

FALANGE


Las culturas políticas del fascismo
en la España de Franco

[1936–1975]

Miguel Á. Ruiz Carnicer (ed.)

colección **actas**





Este libro reúne las reflexiones recientes de algunos de los mejores especialistas en la historia de Falange y en la evolución política del régimen franquista. El objetivo no es sólo poner al día los conocimientos históricos del que fuera encarnación del peculiar fascismo español y luego partido único durante la dictadura, sino también poner en valor la relevancia de Falange, en su complejidad y en sus distintas manifestaciones, en el conjunto del régimen. Las colaboraciones van más allá de la República, la guerra y la fase inicial del franquismo y analizan su influencia a lo largo de la evolución del régimen hasta su final. Se trata de entender mejor la Falange real, no la imaginada o mitificada, y su papel en la sociedad española, así como calibrar el impacto de las ideas en las que se formaron tantos españoles a la hora de entender las peculiaridades sociales y culturales de la sociedad de la transición.

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3279>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

**Falange. Las culturas políticas del fascismo
en la España de Franco (1936-1975)**

COLECCIÓN ACTAS
HISTORIA

Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)



Editor

Miguel Á. Ruiz-Carnicer



INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO» (C.S.I.C.)

Excma. Diputación de Zaragoza

ZARAGOZA, 2013

Publicación número 3206
de la Institución «Fernando el Católico»,
Organismo autónomo de la Excm. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2 · 50071 Zaragoza (España)
Tels. [34] 976 28 88 78/79 · Fax [34] 976 28 88 69
ifc@dpz.es
www. ifc.dpz.es

© Los autores
© De la presente edición, Institución «Fernando el Católico»

ISBN: 978-84-9911-216-9
DEPÓSITO LEGAL: Z 201-2013
PREIMPRESIÓN: Fototype, S.L. Zaragoza
IMPRESIÓN: Gráficas Mola, S.C.

IMPRESO EN ESPAÑA. UNIÓN EUROPEA

ÍNDICE

Presentación.....	7
-------------------	---

I

EL FASCISMO ESPAÑOL: IDEAS, CONCEPTOS Y CULTURAS POLÍTICAS

Franco's Spain in comparative perspective <i>Robert O. Paxton</i>	13
Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español <i>Julián Sanz Hoya</i>	25
Fascismo y nación en el régimen de Franco. Peripecias de una cultura política <i>Ismael Saz</i>	61
¿Un puente demasiado lejano? Fascismo, Falange y franquismo en la fundación y en la agonía del régimen <i>Ferran Gallego</i>	77
Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español <i>Francisco Morente</i>	109
A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista <i>Javier Rodrigo</i>	143
La unificación: coyuntura y proyecto de futuro <i>Joan Maria Thomàs</i>	169

II

LA FALANGE EN ACCIÓN: LA CONSTRUCCIÓN DEL RÉGIMEN FRANQUISTA

Falange y la construcción del régimen, 1939-1945. La búsqueda de unas bases sociales <i>Carme Molinero</i>	181
--	-----

Encuadramiento y consenso en la obra del Movimiento: mujeres, jóvenes, obreros <i>Ángela Cenarro</i>	199
Familias políticas, estructuras de poder, instituciones del régimen <i>Glicerio Sánchez Recio</i>	217
Falange y poder local <i>Martí Marín</i>	231
Sociología del Instituto de Estudios Políticos. Un «grupo de elite» intelectual al servicio del partido único y del Estado franquista <i>Nicolás Sesma Landrin</i>	253
De gaitas y liras: Sobre discursos y prácticas de la pluralidad territorial en el fascismo español (1930-1950) <i>Xosé M. Núñez Seixas</i>	289
De la reforma fiscal a la subida de salarios: falange y la distribución de las rentas en los años cincuenta <i>Miguel Martorell Linares</i>	317

III

LA FALANGE DEL SEGUNDO FRANQUISMO

«Presos de las palabras». Republicanismo y populismo falangista en los años sesenta <i>Javier Muñoz Soro</i>	343
El Consejo Nacional del Movimiento en el franquismo tardío <i>Pere Ysàs</i>	365
Falange y el cambio político y social en la España del desarrollismo. Materiales para explicar una socialización compleja <i>Miguel Ángel Ruiz Carnicer</i>	381
Las aportaciones del análisis sociopolítico al estudio de la socialización y la cultura políticas del franquismo <i>María Luz Morán</i>	401

PRESENTACIÓN

Uno de los convencimientos más constante en mis reflexiones sobre la dictadura franquista respecto al Partido único, es la necesidad de verlo en el conjunto del régimen y no sólo en sus orígenes y primeros pasos. Uno de los grandes objetivos de quienes como miembros del Proyecto de Investigación 2008-05949/Hist («Cultura y memoria falangistas y cambio social y político en España (1962-1982)») del Ministerio de Ciencia e Innovación, decidimos organizar un Congreso sobre la falange franquista era promover una reflexión general sobre el peso de la estructura burocrática falangista y de los actores que se autoperciben como falangistas dentro de la dictadura franquista, dejando de lado esa visión de que tras 1945 o al final de la década de los cuarenta, Falange es un reducto de una minoría paralizada por el nuevo contexto y que por lo tanto ya no interesa como objeto historiográfico ni debemos juzgar al franquismo por ese partido único que quiso emular a sus congéneres Partido Nacional Fascista y NSDAP. Según esta visión, deberíamos analizarlo por una práctica política mucho más pragmática, más cercana al catolicismo conservador (por lo tanto más amable ideológicamente) y menos enraizada con unos fascismos que quedan plenamente derrotados. Por lo tanto, desde ese punto de vista, no era necesario analizar una Falange que ya no tendría relevancia para explicar la propia evolución del régimen, más allá de la pervivencia de unas minorías radicalizadas cuya existencia apenas cuenta y mucho menos en los momentos de la muerte de Franco e inicios de la transición hacia la democracia, reducidos los falangistas a puro búnker. Era sólo la «clac», al decir del propio Franco a su primo Pacón. La propia evolución del régimen, su aparente vaciamiento ideológico desde finales de los cincuenta y claramente en los sesenta parece que induce a corroborar esa sensación. El régimen se mostraría ahora autoritario e incluso, a decir de algunos, base de la futura democracia al crear las clases medias, y permitir el gran salto de los españoles que les acaba abocando a la democracia y al primer mundo de manera más o menos definitiva.

No es esta que acabo de exponer nuestra visión ni nuestra historia y sabemos que muchos compañeros con los que hemos discutido y escrito de estos temas, algunos de los cuales escriben en este volumen, están de acuerdo con nosotros, aunque los matices siempre sean infinitos. Es verdad que la evolución de la sociedad en los cuarenta años de franquismo es enorme, y es cierto que el régimen, a su pesar, toma decisiones económicas y ensancha su base social con la construc-

ción del precario y peculiar estado del bienestar que late tras el nombre de «desarrollismo». Pero los ingredientes básicos del régimen no cambian, al igual que no cambia el cemento ideológico que sigue uniendo a la gente del 18 de Julio. Ni tampoco cambia la pugna entre fundamentalmente dos proyectos políticos en el seno del régimen, como nos ha recordado Ismael Saz: falangistas vs. católicos conservadores. Y al fracaso del régimen como proyecto de futuro se le suple con el miedo cerval a volver al pasado, con un subirse al tren (de mala manera y en el furgón de cola) del desarrollo económico y manteniendo unos rígidos controles políticos, sociales y directamente policiales cuando es necesario.

Además, como base de un *consentimiento* a la fuerza, nos encontramos que el régimen sigue usando los viejos instrumentos del fascismo, en un plano menor y menos intenso de lo que se pudiera ver en 1937 a través de la organización falangista, con su entramado, que era la única capaz de garantizar un eficaz apoyo a la pervivencia de Franco y su régimen en las circunstancias más diferentes y difíciles e incluso en líneas alejadas de la doctrina falangista: desde posibilitar la conversión del régimen en una monarquía o la entronización de Juan Carlos como sucesor a partir del referéndum de 1966 o apoyar el acuerdo con los EEUU y el Vaticano en 1953 y siempre manifestarse en el sentido que Franco creyera necesario.

Esta legión de incondicionales tenían su compensación: puestos de todos los niveles dentro de la administración del partido y sus secciones, central y periférica. Especialmente periférica. Pero también en todos los demás ministerios, delegaciones provinciales, Organización Sindical, administración provincial y local, empresas públicas y un largo etcétera. Este apoyo era interesado no sólo en este sentido de participar del botín ganado con sangre en la guerra, sino que era el producto de saber que el futuro y continuidad de Falange sólo podía venir de la mano de Franco. Franco sabía que la Falange le necesitaba y por eso le iban a ser fieles.

Pero además, Falange no va ser sólo una mera fuerza ciega en manos del dictador: hay una tradición, hay una doctrina, hay unas frustraciones y hay también proyectos políticos.

Muchos de estos aspectos son los que no están suficientemente contados, ni suficientemente explicados, especialmente en el segundo franquismo. Y es el objetivo fundamental que nos planteamos al convocar el congreso matriz de este volumen, en el que, dentro de la especialización investigadora de cada autor, creemos que se arroja luz sobre la Falange de Franco, buscando singularmente su evolución a lo largo del régimen intentando encontrar el rastro de Falange en la sociedad española, como elemento que también hay que tener en cuenta a la hora de explicar la cultura política de los españoles, aspecto sobre el que se ha trabajado muy poco (más en los últimos tiempos, no tanto en el franquismo) y lo

que se ha hecho ha sido desde el ángulo de los sociólogos, pero nada desde los historiadores.

Esa es la razón por la que contamos en el libro con una buena parte de especialistas en Falange y en el régimen franquista, que vuelcan aquí el estado de la cuestión de sus investigaciones de décadas o que apuntan nuevas visiones a partir de aspectos concretos; intentamos no olvidar la perspectiva internacional comparada con la participación de un especialista de gran proyección internacional como es el caso de Robert Paxton; e incluimos también algunos ponentes que suponen nuevas vías de investigación e interpretación por su juventud y cercano impacto en la investigación y reflexión sobre este tema. Hemos querido incluir también en este volumen un disco CD-ROM con los textos completos de las comunicaciones presentadas en el Congreso. Con todo ello, intentamos proporcionar una retrato de la situación actual de los estudios sobre Falange, una reflexión sobre el papel de ésta, importante para comprender el conjunto del régimen y la evolución ulterior de los españoles y también proporcionar un cierto aliento a los jóvenes investigadores sobre este tema, reafirmando una visión del régimen que no acepta la comentada visión simplista y limitada de éste.

En el congreso que ha servido de base para la confección de este libro hubo una afirmación compartida por todos sobre la necesidad de investigar sobre la respuesta popular a las políticas desde arriba del régimen. Sigue pesando mucho en el análisis sobre el franquismo la narración de los proyectos de los ministros y de los grupos que pululan en torno a Franco y se sabe poco de la respuesta de la población a dichas políticas, no en un sentido activo que no era posible en un marco dictatorial, pero sí en el sentido pasivo de medir el impacto a distintos niveles de éstas: por ejemplo la evolución desde dentro del sindicalismo franquista, el impacto del encuadramiento y la evolución de las organizaciones de éste, el tipo de socialización política en los jóvenes a través de escuela y asociaciones, la actuación dentro de los medios del régimen de personalidades luego señaladas del antifranquismo... en este último caso, no nos podemos cansar de repetir que todas las iniciativas e inquietudes de la población se canalizaban necesariamente a través de mecanismos, asociaciones, actividades, revistas de la dictadura porque no había mecanismos al margen, si quitamos parcialmente a la Iglesia, por otro lado comprometida estructuralmente con la dictadura, aunque dentro de ella se fraguaran, al margen de la jerarquía, voces contestatarias relevantes.

Esta socialización no podía dejar de imprimir una huella que no podemos ignorar; al igual que debe analizarse el peso de un proceso de socialización de ámbitos tan amplios de la población. Y además con una característica ambivalente: la influencia no sería sólo en una dirección ideológica determinada, de continuidad con el régimen o con el corpus doctrinal y político falangista, cada vez más exiguo y con menos capacidad de atracción; sino también como vía a partir de la cual evolucionar, buscar el cambio y la transformación social, como

empezará a suceder con los jóvenes universitarios que se movían en el ámbito del Servicio Universitario del Trabajo, o del teatro universitario o de la alfabetización por pueblos perdidos de Castilla.

Esto se acentúa con el hecho de que desde fines de los años cincuenta y primeros sesenta, Falange tiende a definirse frente a los sectores católicos representados por la sociedad religiosa del Opus Dei, apareciendo como una «izquierda» del régimen, que asume posturas «nacionales» y «sociales» frente a los sectores que sirven a un capitalismo denunciado como agresivo. Eso hace que Falange juegue con un proyecto político poco concretado, plural según las voces que lo expresan, pero con un deseo de pugnar por una evolución diferenciada cara al futuro del régimen.

De estos temas, sin excluir la caracterización inicial del entonces arrogante y ambicioso partido único, se nos habla en este libro que intenta, como digo, ser un acicate para investigaciones futuras, pero sobre todo una llamada para que no se despache el tema de Falange y los falangistas dentro de la dictadura franquista como un mero movimiento epigónico de un fascismo fracasado o derrotado; o en el mejor de los casos el testimonio de unas políticas fracasadas en un ámbito palaciego y cerrado. Hemos querido reunir una buena parte de la mejor historiografía sobre el tema, llamando a los investigadores actuales y futuros a profundizar en la necesidad de investigar más y mejor este ámbito.

Es necesario agradecer a la Institución Fernando el Católico y a su director Carlos Forcadell el apoyo recibido para la realización del Congreso y la edición del presente volumen, al igual que a la Universidad de Zaragoza y al Departamento de Historia Moderna y Contemporánea. Detrás de la iniciativa de este congreso, celebrado en Zaragoza entre el 22 y 24 de noviembre de 2011 y del presente volumen, del mismo título ambos, están los miembros del citado Proyecto de Investigación financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, cuyos componentes son Javier Rodrigo, Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma y quien firma esta introducción. A ellos habría que añadir el trabajo de Carlos Domper como secretario técnico del Congreso y como eficaz ayudante en la preparación de la edición de este libro. Finalmente, y por encima de las demás cosas, hay que agradecer a los profesores e investigadores que con sus ponencias y comunicaciones hicieron posible la celebración del Congreso y el presente volumen y que con su labor cotidiana como historiadores impulsan el debate sobre éste y otros temas sobre nuestro pasado reciente y por lo tanto, son agentes activos de creación de ciudadanía.

MIGUEL ÁNGEL RUIZ CARNICER

Zaragoza, septiembre 2012

I

EL FASCISMO ESPAÑOL: IDEAS, CONCEPTOS Y CULTURAS POLÍTICAS

FRANCO'S SPAIN IN COMPARATIVE PERSPECTIVE

ROBERT O. PAXTON

MELLON PROFESSOR OF SOCIAL SCIENCE EMERITUS, COLUMBIA UNIVERSITY

In 1954, Otto Kirchheimer, a German refugee scholar who had emigrated to the United States in the 1930s, proposed a typology of political parties that is still useful¹. Notably he distinguished parties of representation from parties of integration. Parties of representation put forward candidates for election, but otherwise engage their followers very little. Parties of integration seek to involve the entire life of their members in an intensity of commitment that resembles a religion.

While parties of representation are as old as parliamentary elections, parties of integration are a recent invention. They appeared in Europe at the end of the 19th century, first on the Left, with socialist parties (most highly developed in the German Social Democratic Party), and then more ambitiously with Communist Parties. In early 1918, a party of integration took control of Russia and formed a «party state». Existing elites —classical Liberals as well as Moderate Conservatives— learned that their parties of representation, along with the other institutions by which they had managed public affairs —the market, schools, parliaments— no longer sufficed to manage an aroused mass electorate after the double shocks of World War I and the Bolshevik Revolution. They perceived, further, that parties of integration could be turned against the Left. Mussolini created the first anti-Left party of integration, followed by Hitler and many others. Mussolini, then Hitler, succeeded in amalgamating their parties of integration with dictatorial states to create the first anti-Communist «party states».

The party-state offered a compelling model in the 1930s and 1940s. At a moment when the democracies were floundering in unemployment, governmental paralysis, and popular gloom, the party states experienced economic growth and apparently high levels of employment, national unity, and enthusiasm. They mo-

¹ KIRCHHEIMER, O.: «The Transformation of the Western European Party System» in LA PALOMBARA, J., and WIENER, M. (eds.): *Political Parties and Political Development*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1966, pp. 177-210. Kirchheimer also posited «catch-all parties», and fascist parties managed to be both parties of integration and catch-all parties. The article was first published in German in 1954.

bilized national wills and resources in a burst of energy unknown with earlier forms of the nation-state.

During the high era of the Party-State (1926-1945), this seemingly successful new model had many emulators. Only in 1945, when Stalin's party-state defeated Hitler's party-state, did what Philippe Burrin has called the «champ magnétique» of fascism² lose its attractive power. No two emulators were alike, however. Each one was unique because of the particularities of individual national settings and of individual leaders' qualities. This is what makes their comparative study fruitful.

This conference seeks to examine Franco's Spain as a party-state. My particular purpose is to assess it in comparison with the classical fascist party states. How important was the Falange to the Franco State? Did the party succeed in fascistizing the Spanish State after 1939, or was it completely subordinate to Franco's will, and limited to relatively unimportant, largely ceremonial functions?

In my own work on fascism, I tried to replace static, essentialist definitions by an approach that accounted better for fascism's alterations in time, and its dynamic character. I proposed that we envision fascism as a series of processes, evolving in a kind of life cycle through five stages³:

- (a) the formation of movements
- (b) the rooting of movements
- (c) taking power
- (d) exercising power
- (e) the *longue durée*: radicalization, or entropy

This approach reveals that each stage in a fascist life cycle has its own dynamic. Fascist parties, in particular, function differently at each stage. At the formation and rooting stages, when they are trying to sweep all the discontented into one movement, fascist parties tend to be programmatically broad and economically radical. At the stage of coming to power, they focus their discourse and their energies more narrowly on their claims to being the only effective agent for national regeneration and the only effective barrier to a Communist take-over. In the exercise of power, they jostle for influence with the fascist leader's conservative allies. Under the pressures of war, they become radical again.

Further, fascist movements are not comprehensible in isolation. We need to pay particular attention to the role of alliances in their coming to power and in their exercise of it, and to the particularities of each national setting. These dif-

² BURRIN, P.: «La France dans le champ magnétique des fascismes», *Le Débat*, 32 (1984), pp. 52-72.

³ PAXTON, R.O.: *La Anatomía del Fascismo*, Barcelona, Península, 2005.

ferences make comparison possible. Comparison finally helps distinguish what was essential from what was accidental in the fascist experience.

I propose in this paper to examine the Falange and its role in Franco's Spain in terms of these five stages. This approach comes naturally for the Spanish case, since Franco transformed his regime into something quite different after 1945, and again after 1959. Scholars are already accustomed to talking about «first» and «second» Francoisms.

(1) *The formation of movements*: Like every other modern state, Spain generated its own more or less overtly fascist movements in the years following World War I. Indeed no modern state failed to have «first-stage» fascism in the 1920s and 1930s. Spain was, in fact, rather rich in fascist beginnings. The two most important, the *Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista* of Ramiro Ledesma Ramos (1931), and the *Falange Española* of José Antonio Primo de Rivera (1933), fused in 1934 into the *Falange Española de las JONS*. In comparative perspective, first-stage fascism was notable in Spain for three features. One was its Catholic fervor (only the Romanian Iron Guard and the Finnish Lapua, among movements generally considered fascist, were equally religious). Another was the upper-class origin and excellent education of the principal leader, José Antonio Primo de Rivera—only Sir Oswald Mosley of the British Union of Fascists matched him in these respects. Finally, early fascism remained weak in Spain, for Catholic conservatism occupied most of the available space and nationalism tended to refer to peripheral nationalisms. The *FE de las JONS* received only 0.7 percent of the vote in February 1936. Spanish fascism was also notable for the vigor of its criticism of market capitalism.

(2) *The rooting of movements*. Fascism became an important political player in only a few national cases, so here comparison assumes more weight. The Spanish case is surprising. An outsider might think that circumstances were ripe in the Spanish Second Republic for the rapid development of a large and active fascist party. The Republic's first election in 1931 had given power to a center-left coalition, which embarked on reforms of land tenure, military structure, and religious institutions that threatened the possessors of economic and social power. Insurrectionary strikes and land seizures spread out of control in 1931-33, and again in early 1936. Democratic institutions seemed unable to protect property and order.

In the German and Italian cases, the Nazis and the Italian Fascists made themselves indispensable by becoming the defenders of important interests under crisis conditions and grew rapidly into movements so powerfully implanted that the political establishment was required either to fight them or to court them.

In the Po Valley of northeastern Italy, landowners, frightened by militant workers and their unions, called upon Mussolini's Blackshirted «squadristi» to rees-

tablish their authority by direct action⁴. In Germany, the Nazis emerged as the main defender of small farmers in Schleswig-Holstein⁵, and gained attention as the most violent force opposing Communists in the streets of Berlin⁶ and other German cities and towns, and the most uncompromising advocates of national unity, revival, and expansion after the humiliating Treaty of Versailles⁷.

Nothing similar happened in Spain. The threatened landowners of Andalusia did not call upon the Falange to protect them from their workers. They called upon the police and the army. And in Spain, the role of restorer of order and reverser of national decline fell to the Army. It may well be that the military rising of July 18, 1936 preempted the growth of an autonomous fascist party as the strongest force against the Left and perceived national decline. It was only after the Civil War began that the Falange grew rapidly into an important force in Spanish society through its creation of a Militia of Nationalist volunteers.

The Falange's late rooting had important effects. The Falange had little claim to a major role in the future governance in Spain because it had never been indispensable to the anti-Left camp at an early stage. It should be added that the obligatory merger of the FE with the Carlists in April 1937 to form the *FET y de las JONS* further reduced the Falange's independent voice, even though the Falange remained the dominant force within that coalition.

(3) *Coming to power*. The Nazis and Fascists had already become major actors on the national political scene well before their leaders attained power. The Fascist *squadrists* had become the *de facto* local government in the Po Valley and other parts of northeastern Italy by 1921 and 1922. The Nazis won 37% of the vote at their peak, in July 1932, only to slip a bit in the parliamentary election of November 1932. Both parties had become so powerful that the existing political elites were required to take them into account. In both cases, the conservative authorities, sensing that their power was slipping, invited the Fascist and Nazi leaders to share and reinforce it, by steps that were overtly legal even though the situation was highly abnormal. Facing the alternatives of coopting the fascist

⁴ CORNER, P.: *Fascism in Ferrara 1915-1925*, Oxford, Oxford University Press, 1966.

⁵ HEBERLE, R.: *Landesbevölkerung und Nationalsozialismus. Eine soziologische Untersuchung der politischen Willensbildung in Schleswig-Holstein*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1963. A brief English version is HEBERLE, R.: *From Democracy to Nazism: A Regional Case Study on Political Parties in Germany*, New York, Grosset and Dunlap, 1970. This dissertation was completed just as the Nazis reached power in 1933, but Heberle went into exile in the United States. Schleswig Holstein was the only German state where the Nazis won an outright electoral majority in 1932.

⁶ ROSENHAFT, E.: *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence, 1929-1933* Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

⁷ ALLEN, W. S.: *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1922-1945*, revised edition, New York, Franklin Watts, 1984.

movements or fighting them, they preferred to try to coopt them⁸. Fighting them seemed to them likely to aid the Left.

Spain followed a profoundly different course. The Army took power by force of arms. It rose against the Republic and won a devastating civil war. It did so largely with its own resources, though military aid from Italy and Germany were indispensable at the beginning. The Falangist Militia aided Franco's victory, but less so than the Carlist *Requetés*. Spanish fascism was in no way indispensable to Franco's success, whereas the Nazi and Fascist parties had been indispensable to the success of Hitler and Mussolini. Franco won power almost alone. The Falange had limited leverage over him in 1939.

The way was open for Franco to form a simple military dictatorship. Outright military dictatorships were not rare in interwar Europe, as the examples of Marshal Pilsudski in Poland, Marshal Antonescu in Romania, and General Metaxas in Greece demonstrate. As a general rule, traditional conservatives, like these military dictators, preferred to rule alone, without the troublesome intrusion of an unruly populist party looking for offices and spoils and disturbing public order. Sometimes the military dictators crushed troublesome fascist partners, as Antonescu repressed the Iron Guard bloodily in Romania in January 1941.

In view of these comparisons, Franco's decision to follow a different and singular path and make the Falange an integral part of his regime demands explanation. The explanation is not personal. Franco did not have friendly relations with José Antonio, and he imprisoned José Antonio's successor, Manuel Hedilla. The reason was not ideological. Although Franco had a very favorable impression of the Nazi and Fascist regimes and copied some of their institutions, he was more pragmatic and opportunist than ideological.

Several authors have suggested that Franco took lessons from the failure of General Miguel Primo de Rivera to establish popular roots capable of giving durability to his regime⁹. Franco apparently feared that his rule would be equally ephemeral if he did not have some kind of mass organization to generate support and mobilize opinion. He chose deliberately to attach a party of integration to his regime, and he continued to work with the Falange long after the era of party-states was over and when the party constituted something of a liability for him in his international relations. But he did so on his own terms, and not on the party's terms.

(4) *Exercising power*. This is the most interesting stage, so I will spend more time on it than on the others. When I was an adolescent, I was taught by Allied

⁸ LYTTTELTON, A.: *The Seizure of Power*, New York, Charles Scribner's Sons, 1973; TURNER, H. A.: *Hitler's Thirty Days to Power*, Reading (MA), Addison-Wesley, 1996.

⁹ E. g. PAYNE, S.G.: *Fascism in Spain, 1923-1977*, Madison (WI), The University of Wisconsin Press, 1999, pp. 240, 478.

wartime propaganda that the fascist dictatorships —and especially the Nazi dictatorship— were monoliths driven by the singular will of the leader. This image has been overturned by historical scholarship. The predominant historical interpretation today among scholars is that Nazi Germany was «polycratic,» with multiple competing power centers with which the Führer had to contend¹⁰.

In the German and Italian cases, there emerged a three-way contest for predominance among leader, party, and civil society. Both Hitler and Mussolini had difficult relations with their parties after coming to power at the invitation of conservative leaders who, also, needed to be placated. Hitler disciplined the unruly SA by murder, on the night of the Long Knives, 30 June 1934. Mussolini was pushed by some of his more ambitious Ras into establishing single party dictatorship in January 1926, in order to resolve the crisis opened by the murder by Fascist thugs of the socialist leader Matteotti the previous summer. By comparison, Franco seems remarkably unencumbered. It is even claimed that Franco ruled with «more absolute power than even Stalin or Hitler»¹¹.

The Falange, in short, played a smaller role in the functioning of the Francoist regime than the Nazi Party played in Hitler's Germany or even the Fascist Party played in Mussolini's Italy. It existed at the pleasure of the Caudillo, and whole areas of public life were closed to it by the particular power in the Francoist regime of the Church and the Army.

Nevertheless the *FET y de las JONS* was not passive. It managed to assert itself and establish a role in Spanish political life within certain carefully delimited sectors: government administration, labor relations, university students, women, the press, and propaganda. This is now commonly referred to as the «fascistization» of Franco's regime¹².

The term «fascistization» accords very well with my argument, for it embodies a sense of process. «Fascistization» includes, in fact, a number of different processes that I will distinguish below. Conventionally, «fascistization» is studied at the highest political level. The best current work on the German and Italian re-

¹⁰ BROSZAT, M.: *The Hitler State: The Foundation and Development of the Internal Structure of the Third Reich*, translated from the German by John W. Hiden, London and New York, Longman, 1981; MOMMSEN, H. in NIETHAMMER, L. and WEISBROD, B. (ed.): *Der Nationalsozialismus und die deutsche Gesellschaft: Ausgewählte Aufsätze*, Reinbeck bei Hamburg, Rohwohlt, 1991; FREI, N.: *National Socialist Rule in Germany: the Führer State, 1933-1945*, Oxford, Blackwell, 1993.

¹¹ TUSELL, J.: *Spain. From Dictatorship to Democracy, 1939 to the Present*, Oxford, Basil Blackwell, 2007, p. 6. PRESTON, P.: *Franco*, New York, Basic Books, 1994, p. 175, writes, more judiciously, that except for independent power of the Church, «his [Franco's] powers were comparable to those of Hitler and greater than those of Mussolini».

¹² SAZ CAMPOS, I.: *Fascismo y Franquismo*, València, Universitat de València, 2004; SAZ CAMPOS, I.: «Fascism, Fascistization, and Developmentalism», *Social History* 29:3 (2004).

gimes, in my view, studies these processes from below: in industry¹³, in labor relations¹⁴, in popular culture, in local and regional government. Some of the most interesting work on Spain that I discovered while working on this paper works in this way.

We can break «fascistization» down into at least three particular processes:

(a) The penetration of existing public services. The Falange played an important role in some administrative services. The striking thing about them how carefully limited these were. As already noted, the Falange played an important role in the press and propaganda, the syndicates, university student life, the organization of women, and local and regional government. But it was kept out of some particularly important functions in Spain, functions in which the German Nazi and Italian Fascist parties were influential. Education was controlled by the Church. The Falange ceased to have any military role after its militia was dissolved in July 1944.

The police and the judiciary were particularly crucial. Notoriously, Heinrich Himmler emerged in Germany by 1936 as, in effect, the national chief of police, a development which did a great deal to give the Nazi regime its ferocity. The Falange was kept out of police work, and indeed so was the Italian Fascist Party. The chief of police in Italy was a high civil servant, Arturo Bocchini. The magistracy was almost equally important, and after a brief period when the Falange played a major role in identifying and judging political suspects during the Civil War, army courts martial took over this task. In general the Spanish court system remained in the hands of professional magistrates. These did not challenge the dictator's will, and despite the remarkable cruelty of the Francoist repression after 1939, nothing in Spain corresponded administratively to the Nazi Party's Peoples' Courts.

Julián Sanz Hoya has studied the weight of Falange members in regional administration¹⁵. Numbers alone do not tell the whole story, of course, since a civil governor who was, simultaneously a general and a Falange member had a complex identity in which the party might not be uppermost. Just as we need to consider the Francoist regime in evolution, so the party/movement was also in evolution. Someone has said that a political party is like a bus: different people get on and off as it moves along. The Falange was filled by young militants in

¹³ WILSON, P. R.: *The Clockwork Factory: Women and Work in Fascist Italy*, Oxford, Oxford University Press, 1994; HAYES, P.: *Industry and Ideology: I. G. Farben in the Nazi Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987).

¹⁴ CAPLAN, J. (ed.): *Nazism, Fascism, and the Working Class; Essays by Tim Mason*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; outstanding essays on the impact of Italian fascism upon Italian society are in BOCA, A. Del, LEGNANI, M. and ROSSI, M.G. (eds.): *Il regime fascista: Storia e storiografia*, Bari, Laterza, 1995.

¹⁵ SANZ HOYA, J.: «El partido fascista y la conformación del personal político local al servicio de las dictaduras de Mussolini y Franco», *Historia Social* 71 (2011), pp. 107-123. See also the important earlier work of VIVER PI-SUNYER, C.: *El personal político de Franco (1936-1945)*, Barcelona, 1978.

1936. After 1939 and especially later the membership changed in character. Many early militants were killed, and a number of survivors left the party in disillusion. As the regime became established, a new generation of members entered. Many of them were careerists and opportunists, but this was never totally the case and new generations of fervent militants continued to rise within the Falange. These sometimes caused trouble to the dictator, right to the end.

(b) The creation of new agencies. Fascist parties sometimes extended their tentacles into areas of life that had not been organized before. Celebrated examples are the two leisure-time organizations, the Italian *Dopolavoro* and the German *Kraft durch Freude*. As far as I am aware the Franco regime showed little interest in letting the Falange extend its power into new areas of daily life. There was, however, one important exception: the party's very successful *Sección Femenina*, with its array of social services.

(c) A third «fascistization» process is the establishment of parallel structures party positions that exist side by side with traditional administrative positions to oversee and guide them, like the Nazi Gauleiter or the Fascist Federale. Franco's advisor Carrero Blanco was keenly aware of the danger of this process, as demonstrated in his first memo to Franco August 25, 1941: Party «has constituted a duplicate state organization, maintaining a marked parallelism and a troubling duplication of function and dependency in certain positions...» [The party] has «grown without direction», has admitted «semi-Reds..., the amoral..., and... opportunists», and has «slipped through our fingers». He advised Franco to not abolish the party, but to discipline and subordinate it¹⁶. In Francoist Spain parallel structures were generally replaced by a system in which Regional governors and party chiefs were united in same person.

If Falange survived, and retained some influence, the most important reason with Franco's own choice: Franco found it useful as his «claque»¹⁷, and counterweight to the monarchists. He managed with considerable skill to use the movement without losing control of it. The party went along with this, because without the Caudillo it was nothing. Together they formed what Francisco Morente has called a «strategic alliance»¹⁸. Each partner needed the other. This «strategic alliance» satisfied opportunists and latecomers, but the continued existence of the party provided a setting where a few uncompromising «authentic falangists» could survive or reappear from time to time and agitate for completing the fascist revolution.

¹⁶ PAYNE: *Fascism in Spain*, pp. 365-366.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 412, 421, 555 note 71.

¹⁸ MORENTE VALERO, F.: «Hijos de un dios menor. La Falange después de José Antonio», GALLEGÓ, F. and MORENTE VALERO, F.: *Fascismo en España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, p. 224.

In the final analysis, Franco's use of the party may most closely resemble the «trasformismo» practiced with success on the Italian Socialist Party before the First World War by Giovanni Giolitti (and without success on Mussolini's Fascists after it).

(5) Finally, we reach the fifth stage, in which, over the *longue durée*, fascist regimes are either radicalized or fall into entropy. For a regime that has invested so much in popular excitement, a stable moderation seems inconceivable. That Franco seems to have accomplished it may reflect the incomplete nature of his regime's «fascistization,» but it surely reflects his abstention from war after 1939. The preeminent engine of radicalization for Germany and Italy was war. It was in the occupied eastern frontiers, in the no man's land between Germany and the Soviet Union, that Nazi violence metastasized into the horrors of the Nazi occupation and the Final Solution. Mussolini's Italy developed in Ethiopia in 1935-36 the racist policies it extended to the peninsula in 1938. In the last days of the Italian war, the Italian Social Republic at Salò returned to the radical roots of its Fascist beginnings.

In this fifth stage, too, the Spanish case was quite different from the others. The Spanish case followed reverse order. Franco had his war at the beginning and then stayed out of war thereafter. Beginning with the departure of Serrano Suñer in 1942, processes of «defascistization» were set in motion, tentatively at first, and then more decisively after 1945. We know now that Spain's avoidance of the second radicalization that would surely have accompanied participation in the Second World War had more to do with Hitler's lack of interest than with Franco's caution. As with Vichy France, one must study the German documents to understand how the relationship with Hitler worked. Hitler was briefly interested in Spanish cooperation on two occasions, once in October 1940, and again in November 1942, but on the first occasion he understood that he could not gratify Franco in Morocco without sending Vichy France into opposition. On the second occasion Hitler was too fully occupied with the Eastern Front to offer Franco sufficiently important military aid¹⁹.

Then, with the defeat of the axis, the party-state model was discredited. In order to survive in an American-dominated Western world, Franco adapted his regime so successfully (profiting, in time, from the Cold War) that by the time of his death in 1975, the Francoist state had become the longest-lived dictatorship of the twentieth century, except for Salazar and Fidel Castro. But while Franco dismantled the outward signs of his «fascistized» regime, the Falange—now called simply *Il Movimiento*—did not disappear.

«Defascistization» was never complete, just as «fascistization» had never been complete. And, as with «fascistization,» it is best examined as discrete processes. As with «fascistization,» the most indispensable steps in «defascistization» were

¹⁹ PRESTON: *Franco...*, *op. cit.*, seems to have made good use of German documents.

those taken from above by the Jefe himself, beginning with the substitution of the term FET for the «Movimiento» after 1943, and disappearance of the party Secretary-General from the ministerial roster in 1945. Nevertheless, the Movimiento could still try to regain lost ground under the ambitious secretary-general José Luis de Arrese in the middle 1950s. In 1956, however, Franco replaced him with the more pliant José Solís Ruiz.

«Defascistization» could also operate from below. One such process was appropriation, whereby an institution supposed, on fascist principles, to be an instrument of state purposes was taken over by private interests. Although the Syndical organization was supposed not only to discipline workers but also to «establish the social discipline of the employers, on the principle of unity and cooperation» under state authority²⁰, the employers managed to establish a «radical disequilibrium»²¹ by controlling their own delegates as well as retaining their own independent organizations.

Another process of «defascistization» from below, one far more threatening to the regime, was infiltration. In 1944, the regime began to permit the election of worker delegates in the vertical syndicates. In the 1960s, spontaneous worker organizations, «workers' commissions», decided to participate in the election of worker delegates. In the 1966 election, their candidates won an overwhelming victory, obliging the regime to carry out a massive purge²². The student organization was also thoroughly infiltrated by critics of the regime in the final decades.

But the Movimiento persisted for a long time, and exercised real power in the realms of labor relations, the press, public ceremonies, and local government. And it was not simply imposed from above, on the pattern of the «fascism from above» of Japan that was entirely the creation of the imperial state.²³ The Movimiento was truly rooted in Spanish society, and it was capable of generating some authentic opposition to the moderating tendency of late Francoism.

In conclusion, one cannot take a single snapshot photograph of the Francoist regime in order to determine how significant a role and how much power the Falange possessed. The role of the Movimiento changed over time, and its power

²⁰ MOLINERO, C. and YSÀS, P.: «Un instrumento esencial del régimen franquista: la organización sindical», in TUSELL, J. et al.: *El régimen de Franco (1936-1975)*, Madrid, UNED, 1993, tome 1, p. 92.

²¹ MOLINERO, C. and YSÀS, P.: *Productores disciplinados y minorías subversivas: clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998, p. 66. Italian industrialists also appropriated the regime's corporatist structures, more so than in Nazi Germany. See SARTI, R.: *Fascism and the Industrial Leadership in Italy, 1919-1940*, Berkeley, University of California Press, 1971.

²² MOLINERO and YSÀS: *Productores disciplinados...*, *op. cit.*, p. 68; FOWERAKER, J.: *Making Democracy in Spain: Grass-roots Struggle in the South, 1955-1975*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 96-97.

²³ KASZA, G. J.: «Fascism from Above? Japan's Kakushin Right in Comparative Perspective», in LARSEN, S.U. (ed.): *Fascism Outside Europe*, Boulder (CO), Social Science Monographs, 2001, pp. 183-232.

differed from one institution to another. At its highest point, between 1939 and 1957, I have to concede that the Movimiento had more power and influence than I originally thought before beginning work on this paper.

At the end, in the last decade before Franco's death, the regime was no longer one that had gone «a long way down the fascist path»²⁴. And if it had moved closer to the Juan Linz model of «authoritarianism,» it had not lost all of its fascist birthmarks. The change had been both gradual and incomplete. Accurate assessment needs to address these transformations in time, in detail, in particular institutions. Looking ahead at the conference program that is to follow, I see what impressive work Spanish historians are already doing on this subject.

²⁴ TUSELL: *Spain...*, *op. cit.*, p. 12.

FALANGISMO Y DICTADURA. UNA REVISIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE EL FASCISMO ESPAÑOL

JULIÁN SANZ HOYA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Recientemente se han cumplido los aniversarios de dos acontecimientos decisivos en la historia del fascismo español, de las dos fechas extremas entre las cuales se enmarca la trayectoria de la Falange franquista: la creación de FET-JONS, mediante el decreto de unificación de 19 de abril de 1937, y la disolución del Movimiento Nacional, sancionada por un escueto decreto de 1 de abril de 1977¹. Precisamente, el objetivo de las páginas que siguen es trazar una visión reflexiva en relación con el estado de la cuestión de los estudios sobre el falangismo durante la dictadura franquista, atendiendo a los debates e interpretaciones existentes, a las aportaciones más novedosas, así como a los problemas, retos y limitaciones que afronta la historiografía sobre el tema. Este objeto de estudio plantea algunos problemas en su delimitación, toda vez que al hablar del falangismo, del fascismo español, estamos aludiendo a varias cosas. En primer lugar, a una corriente política e ideológica, que es posible caracterizar como una *cultura política* y para cuya consideración necesariamente ha de atenderse a sus orígenes culturales, ideológicos y políticos, en especial a su configuración en los años treinta. En segundo término, a una organización, *FET-JONS*, luego el Movimiento Nacional, el vasto aparato de partido único de la dictadura, que contaba asimismo con una prolija red de organismos menores e instituciones más o menos anexas, algunas de la relevancia y el volumen que alcanzaron la Organización Sindical Española, la Cadena de Prensa del Movimiento, la Sección Femenina o el Frente de Juventudes (luego OJE). Y tercero, en tanto que partido único y una de las culturas políticas en las que se basó la legitimación y la conformación de la dictadura, el análisis del falangismo es inseparable del estudio del Estado y de la dictadura franquista en su conjunto, muy en particular en aquellos ámbitos más impregnados de azul: los discursos nacionalistas del régimen, la

¹ Este trabajo forma parte de los proyectos HAR2011-27392, financiado por el Ministerio de Economía, y HAR2009-07487, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación. Agradezco los comentarios de Ismael Saz Campos.

gestión de las instituciones, la provisión de personal político, la violencia y el control social, la búsqueda de apoyo popular o las políticas sociales.

Existen, al menos, otros dos marcos en los cuales debe insertarse el estudio sobre el falangismo. Uno es el de los fascismos, que hace por tanto necesario recurrir a la mirada comparativa, a las aportaciones de la historiografía internacional sobre los diversos fascismos europeos, el *fascismo genérico* y la crisis de entreguerras. Un aspecto al que dedicaremos especial atención, por entender que la profunda renovación operada en las últimas décadas constituye una referencia inexcusable para nuestro objeto de estudio y, de hecho, a ella se vinculan muchas de las aportaciones recientes de mayor interés. Quedaría, en todo caso, extender esa visión comparada a la época posterior a 1945, un terreno que apenas se ha transitado todavía. El otro gran marco, al que no podemos prestar aquí una atención específica, es el de la evolución del nacionalismo español y de los procesos de nacionalización en España, lo cual implicaría no solo atender a la significación del ultranacionalismo falangista, sino también a sus efectos en la evolución general del nacionalismo español y en la nacionalización de los españoles durante la dictadura².

LA RENOVACIÓN INTERNACIONAL: EL ENFOQUE CULTURAL Y LA CENTRALIDAD DEL SUJETO FASCISTA

A lo largo de las últimas décadas, la historiografía internacional sobre el fascismo ha experimentado una profunda y continuada renovación, permitiendo un avance sustancial de la investigación, un notable enriquecimiento de las herramientas conceptuales y metodológicas, y una clara revalorización del fascismo en tanto que sujeto de estudio. La bibliografía sobre el tema cuenta ya con una extensa historia, iniciada por los contemporáneos del fenómeno fascista, que trataron de explicarlo fuese en función de los problemas asociados a la sociedad de masas, de la peculiar trayectoria histórica de los países afectados, o de la lógica de los intereses de clase³. Prescindiendo de entrar en detalle, de manera esquemática podría decirse que a partir de estos análisis iniciales se derivaron los tres paradigmas interpretativos dominantes durante las décadas de posguerra.

En primer lugar, la teoría del totalitarismo, que partía de la idea de unas masas alienadas y atomizadas, que resultaban atraídas y vehiculadas por unos movi-

² Una visión global sobre la cuestión de la nacionalización en SAZ, I. y ARCHILÉS, F. (eds.): *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, PUV, 2012.

³ Para las interpretaciones iniciales: DE FELICE, R.: *Le interpretazioni del fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 2005 (1969). Útiles visiones globales en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico», *Hispania*, 207 (2001), pp. 17-68; SAZ CAMPOS, I.: «Repensar el fascismo», en ÍD.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004, pp. 91-122.

mientos totalitarios que les proveían de identidad y formas de integración. Los teóricos de esta escuela se aplicaron en construir un modelo de totalitarismo centrado en definir las características formales de los regímenes totalitarios, obviando las insalvables diferencias que separaban a los dos principales referentes, la URSS de Stalin y el Tercer Reich —algo que resultaba muy útil para los combates ideológicos de la guerra fría—⁴. El resultado fue que, en general, tendieron a contemplar al fascismo como un sistema de poder explicado mediante un modelo ahistórico, prescindiendo de sus concretos contenidos ideológicos, programáticos o sociales, al tiempo que sin contar con una sólida base empírica.

También alcanzaron un notable predicamento los estudios orientados a explicar el fascismo en relación con el grado de modernización. Más exactamente, con la defectuosa modernización o la falta de modernidad en las estructuras sociales y políticas de determinados países, que habrían carecido de una auténtica revolución burguesa y habrían quedado dominados por unas élites impregnadas de valores preindustriales. De esta manera, la llegada al poder del fascismo se entendía en clave de continuidad, con las peculiaridades de la vía alemana a la modernidad (*Sonderweg*) guiada por la «alianza del hierro y el centeno», o en general con una vía reaccionaria hacia la modernización en la que se atribuía especial peso al papel de la clase terrateniente⁵. Se convertía así en herencia de un pasado poco moderno, en una herramienta hacia la *modernización sin modernidad* y en un fenómeno del que se subrayaban sus elementos reaccionarios y arcaizantes. Una perspectiva que, además de convertir al fascismo en simple subproducto determinado por la evolución histórica de los países afectados, se mostró refutada conforme las investigaciones demostraron hasta qué punto resultaban incorrectas las tesis del *Sonderweg* y señalaron, en cambio, la estrecha relación entre el fascismo y los problemas de una sociedad capitalista moderna⁶.

⁴ La explicación más sugerente y atenta a los orígenes fue ARENDT, H.: *Los orígenes del totalitarismo*, 3. *Totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1987 (1951); mientras se centraban en el modelo de totalitarismo FRIEDRICH, C. J. y BRZEZINSKI, Z.: *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Cambridge, Harvard University Press, 1956; y LINZ, J. J.: «Totalitarian and Authoritarian Regimes», en POLSBY, N. y GREENSTEIN, F.: *Handbook of Political Science*, v. III, Reading, Addison-Wesley Press, 1975, pp. 175-411. Para evolución del concepto TRAVERSO, E.: *El totalitarismo. Història d'un debat*, Valencia, PUV, 2002.

⁵ Un análisis de esta tendencia en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «Los apoyos sociales...», art. cit., pp. 38-45. Como ejemplos notables MOORE JR. B.: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Barcelona, Península, 1976 (1966); para el caso alemán, DAHRENDORF, R.: *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, Munich, R. Piper & Co. Verlag, 1965; para el caso italiano, donde la formulación gramsciana de la *rivoluzione mancata* tuvo un notable influjo en la historiografía marxista, TRANFAGLIA, N. (ed.): *L'Italia unita nella storiografia del secondo dopoguerra*, Milán, Feltrinelli, 1980.

⁶ BLACKBOURN, D. y ELEY, G.: *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, Oxford, Oxford University Press, 1984; ELEY, G.: «What Produces Fascism: Pre-Industrial Traditions or a Crisis of the Capitalist State?», en ÍD.: *From Unification to Fascism*, Londres, Allen & Unwin, 1986, pp. 254-282. Para la evolución de la historiografía alemana resulta muy sugerente su visión en ELEY, G.: *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV,

Esta última cuestión sí había sido atendida desde un principio por la producción marxista, que entiende el fascismo sobre todo en tanto que instrumento útil a los intereses socioeconómicos de la burguesía. A partir de esta premisa, la tradición marxista mantuvo desde un inicio notables matices, desde la ortodoxia reduccionista resumida por la definición de Dimitrov —«dictadura terrorista declarada de los elementos más reaccionarios, más imperialistas del capital financiero»— a las interpretaciones más complejas procedentes de Gramsci, Togliatti, Bauer, Thalheimer o Trotsky, que incidían en la relevancia del componente pequeñoburgués, en el apoyo de masas conquistado, en la complejidad de las relaciones entre clases en el seno del fascismo o en la interpretación en tanto que «bonapartismo»⁷. La visión marxista tuvo un notable resurgir en los años setenta, con los análisis teóricos de Poulantzas y Kùhn, pero sobre todo con la agenda investigadora de historiadores como el británico Mason o los representantes de la escuela marxista italiana⁸. Estos autores tendieron a hacer un análisis más complejo del funcionamiento de las relaciones entre las clases sociales y, sobre todo, incidieron en la relativa autonomía del movimiento y del régimen fascista, que tenía sus propios fines independientes —lo que Mason definió como «la primacía de la política» en el fascismo—⁹. Los análisis marxistas tuvieron como principal virtud el poner de manifiesto la importancia crucial del contexto de lucha de clases, de la oposición fascista al movimiento obrero, así como la relevancia del apoyo concedido por la burguesía y los centros de poder establecidos para hacer posible el acceso de los fascistas al poder. Con todo, pudieron comprobar que la interpretación basada en los intereses de clase resultaba insuficiente para explicar por sí sola la dinámica del fascismo, tanto en su capacidad de atracción social como en la evidencia de que los fascistas contaban con fines últimos propios y específicos, inaprehensibles sin atender a sus propios mitos y elaboraciones ideológicas.

De estos problemas se deriva la evidente crisis que ha llevado al abandono de las teorías tradicionales. Pues éstas, sin dejar de aportar valiosos elementos de análisis, han mostrado claras insuficiencias como claves interpretativas capaces de explicar la complejidad del poliédrico fenómeno fascista, adoleciendo de una monocausalidad que terminaba por convertir al fascismo en un epifenómeno dependiente

2008, pp. 113-146 y 162-176. Para la renovada visión italiana BANTI, A. M.: *Il Risorgimento italiano*, Roma-Bari, Laterza, 2004.

⁷ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «Los apoyos sociales...», art. cit., pp. 26-38; POULANTZAS, N.: *Fascismo y dictadura: La III Internacional frente al fascismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979; TOGLIATTI, P.: *Lezioni sul fascismo*, Roma, Ed. Riuniti, 1970; BAUER, O. et al.: *Fascismo y capitalismo*, Barcelona, Martínez Roca, 1976.

⁸ POULANTZAS, N.: *Fascismo y dictadura*, op. cit.; KÜHN, R.: *Liberalismo y fascismo, dos formas de dominio burgués*, Barcelona, Fontanella, 1978; MASON, T.: *La política sociale del Terzo Reich*, Roma-Bari, Laterza, 1980, y *Nazism, Fascism, and the Working Class*, ed. J. Caplan, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; QUAZZA, G. (ed.), *Fascismo e società italiana*, Torino, Einaudi, 1973; TRANFAGLIA, N. (ed.), *Fascismo e capitalismo*, Milán, Feltrinelli, 1976.

⁹ MASON, T.: «The Primacy of Politics», en *Nazism, Fascism...*, op. cit., pp. 53-76 (1966).

de variables externas, fuesen la atomización de la sociedad de masas, el grado o la forma de modernización de un país, o los intereses de la clase dominante. En última instancia, no son capaces de explicar los motivos que llevan a la movilización fascista, pues dejan como variables menores, derivadas, aspectos que se han revelado cruciales y sustantivos en el fenómeno fascista, como son la ideología, los modos de acción política, la capacidad para poner en marcha movimientos de masas y, por tanto, las causas que llevaban a tantos individuos a sumarse a las filas del fascismo¹⁰. Esta crisis de los grandes paradigmas ha sido resultado —y a la vez ha funcionado como causa retroalimentadora— de una notable renovación de los estudios en las últimas décadas, muy plural en los centros de atención y enfoques. Pero que ha tenido como característica principal colocar en el centro de atención el sujeto y la ideología fascista, en marcado contraste con el desprecio anterior del discurso y ritual fascistas como simple pantalla demagógica.

En 1963 Nolte publicó *El fascismo en su época*, que puede considerarse el primer gran intento por construir un modelo de fascismo genérico a partir del análisis de la ideología fascista —no sin notables problemas, como señalaron sus críticos—. A lo largo de los sesenta y los setenta siguieron una serie de estudios y compilaciones de Weber, Mosse, Wolf, De Felice, Bracher, Laqueur, Sternhell, Gentile y Payne, que supusieron un notable salto adelante en el conocimiento de los fascismos, prestando una mayor atención a los orígenes y la configuración de su ideología, a la importancia de la cultura y los símbolos en el fenómeno fascista, o a la historización detallada de la conquista y la estructuración del poder, bien a través del estudio diferenciado del caso alemán y del italiano, bien mediante la caracterización de un fascismo genérico¹¹. Al enfatizar la importancia del culto al líder carismático, de los mitos, los símbolos y la escenografía política, así como del uso de los medios de comunicación y las organizaciones de masas, como medios para atraer a amplios sectores sociales y hacerlos partícipes de la pertenencia colectiva a la nación, estos trabajos plantearon la cuestión del apoyo popular a los movimientos y regímenes fascistas. Así, la tesis *defeliciana* sobre el «consenso»

¹⁰ SAZ, I.: «Repensar el fascismo», *op. cit.*

¹¹ NOLTE, E.: *El fascismo en su época*, Barcelona, Eds. 62, 1967 (1963) y *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, Barcelona, Península, 1971 (1966); WEBER, E.: *Varieties of Fascism. Doctrines of Revolution in the Twentieth Century*, Princeton, Van Nostrand, 1964; MOSSE, G.: *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1964, y *The Nationalization of the Masses*, Nueva York, Cornell University Press, 1975; WOLF (ed.), S. J.: *The Nature of Fascism*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1968 e ÍD. (ed.): *Fascism in Europe*, Londres, Methuen, 1968; DE FELICE, R.: *Mussolini*, 8 vols., Turín, Einaudi, 1965-1997, e *Intervista sul fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 1975; BRACHER, K. D.: *La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, Alianza, 1973, 2 vols.; STERNHELL, Z.: *La droite révolutionnaire, 1885-1914. Les origines françaises du fascisme*, París, Seuil, 1978; GENTILE, E.: *Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925)*, Roma-Bari, Laterza, 1975; LAQUEUR, W. (ed): *Fascism: a Reader's Guide*, Berkeley, University of California Press, 1976; PAYNE, S.: *Fascism. Comparison and Definition*, Madison, University of Wisconsin, 1980.

que habría alcanzado el régimen de Mussolini en sus años centrales, generó una fuerte controversia en Italia¹².

Estas aportaciones y los debates generados sirvieron para enriquecer y hacer más compleja la explicación, impulsando nuevas agendas investigadoras. Una de las vías renovadoras más fértiles fue la que —desde el análisis sociológico o la historia social— se centró en el estudio de las bases sociales de los movimientos y los regímenes fascistas, así como de las relaciones entre régimen y sociedad, alcanzando notables avances entre finales de los setenta y la década siguiente. Cabe destacar el esfuerzo representado por *Who were the fascists?*, una magna obra colectiva que incluía textos sobre numerosos movimientos fascistas y ultras en la Europa de entreguerras¹³. El mayor número de estudios de estos años correspondió al esfuerzo por aclarar quiénes habían sido los militantes y votantes del nazismo, permitiendo comprobar la amplitud de las bases sociales del NSDAP, una fuerza interclasista, un *Volkspartei* con amplio apoyo de las clases medias y altas, así como entre los granjeros y campesinos, pero que había conseguido también significativos apoyos entre sectores de la clase obrera (sobre todo, para- dos y trabajadores de pequeñas empresas o de zonas de débil sindicación)¹⁴. Ciertamente, el desarrollo de este tipo de estudios fue mucho menor en el caso italiano —como en otros casos europeos— aunque sí permitió mostrar la relativa incidencia del fascismo entre la pequeña burguesía y el campesinado¹⁵.

Desde luego, el apoyo de masas obtenido por el nazismo, sobre todo, y por el fascismo italiano, en menor medida, estaba lejos de implicar un consenso unánime, al menos por dos razones: la existencia de estratos sociales resistentes a la penetración ideológica del fascismo y la complejidad de las actitudes sociales ante las dictaduras. Por un lado, como señalaron Passerini para el caso italiano y Mason

¹² Sobre la cuestión del «consenso» en Italia vid. DE FELICE, R.: *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso 1929-1936*, Turín, Einaudi, 1974; CANNISTRARO, P.: *La fabbrica del consenso. Fascismo e mass media*, Roma-Bari, Laterza, 1974; DE GRAZIA, V.: *Consenso e cultura di massa nell'Italia fascista. L'OND*, Bari-Roma, Laterza, 1981; CASALI, L.: «E se fosse dissenso di massa? Elementi per un'analisi della 'conflittualità politica' durante il fascismo», *Italia contemporanea*, 144 (1988), pp. 101-116; CHIODO, M. G. (ed.): *Geografia e forme del dissenso sociale in Italia durante il fascismo (1928-1934)*, Cosenza, Pellegrini, 1990.

¹³ LARSEN, S. U., HAGTVET, B., MYKLEBUST, J. P. (eds.): *Who Were The Fascists? Social Roots of European Fascism*, Bergen-Oslo-Tromsø, Universitetsforlaget, 1980. Vid. también MÜHLBERGER, D. (ed.): *The Social Basis of European Fascist Movements*, Londres, Croom Helm, 1987.

¹⁴ HAMILTON, R. F.: *Who voted for Hitler?* Princeton, Princeton U. Press, 1982; KATER, M.: *The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Oxford, Blackwell, 1983; CHILDERS, T.: *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, North Carolina Press, 1983; MÜHLBERGER, D.: *Hitler's Followers. Studies in the Sociology of the Nazi Movement*, Londres-Nueva York, Routledge, 1991.

¹⁵ PETERSEN, J.: «Elettorato e base sociale del fascismo italiano negli anni venti», *Studi storici*, 3 (1975), pp. 627-669; BERNABEI, M.: «Le basi di massa del fascismo agrario», *Storia Contemporanea*, 6/1 (1975), pp. 123-153; REVELLI, M.: «Italy», en MÜHLBERGER, D. (ed.): *The Social Basis...*, op. cit., pp. 1-39; SALVATI, M.: *Il regime e gli impiegati. La nazionalizzazione piccolo borghese nel ventennio fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1992.

para el alemán, entre la clase obrera fue frecuente una actitud hostil hacia los regímenes respectivos¹⁶. Además, el análisis de la autora italiana —con un uso ejemplar de la historia oral— permitía acercarse a los matices de las actitudes sociales, una línea de historia social que también obtuvo resultados muy fértiles en Alemania, a través de la «historia de la vida cotidiana» (*Alltagsgeschichte*). Los trabajos de Broszat, Peukert, Lüdtke, Kershaw, Gellately y otros han permitido mostrar tanto las actitudes populares de resistencia y rechazo, como las de complicidad y apoyo, con frecuencia yuxtapuestas en zonas grises que escapaban de la simple dicotomía entre oposición y adhesión. Con todo, este tipo de estudios ha acabado por mostrar la amplia penetración social del nazismo y del *mito de Hitler*, el éxito de sus ofertas simbólicas de integración y la complicidad de buena parte de la sociedad alemana con las políticas nazis, incluidas aquellas más criminales¹⁷.

El incremento de las aportaciones y las nuevas perspectivas no facilitaron un avance de las grandes síntesis o del estudio sobre el *fascismo genérico*, que retrocedió en la década de 1980. Un factor decisivo fue que la renovación apuntada supuso antes que nada, como ha apuntado Saz, «un proceso de demolición» de los grandes paradigmas antes apuntados, mostrando sus carencias, aunque sin sustituirlos por una nueva interpretación global¹⁸. A ello debe sumarse el particularismo, la tendencia a subrayar las diferencias sustanciales entre las experiencias alemana e italiana, resultando bien la inviabilidad de un fascismo genérico, o bien la separación entre nacionalsocialismo y fascismo. Por otra parte, los postulados revisionistas originaron encendidos debates en torno a la funcionalidad política existente en las tesis de De Felice, Nolte, Furet y la historiografía conservadora alemana, con su tendencia a *normalizar* el fascismo, mitigar el estigma del nazismo sobre la sociedad alemana —explicándolo esencialmente como una reacción defensiva ante el bolchevismo— y atacar la cultura del antifascismo, desatando la *Historikerstreit*¹⁹.

¹⁶ PASSERINI, L.: *Torino operaia e fascismo. Una storia orale*, Roma-Bari, Laterza, 1984; MASON, T.: *La politica sociale del Terzo Reich*, Roma-Bari, Laterza, 1980.

¹⁷ BROSZAT, M. (dir.): *Bayern in der NS-Zeit*, München-Viena, Oldenburg, 1977-1983, 6 vols.; PEUKERT, D.: *Inside Nazi Germany. Conformity and Opposition in Everyday Life*, New Haven, Yale University Press, 1987; LÜDTKE, A.: «Où est passée la braise ardente? Expériences ouvrières et fascisme allemand», en ÍD.: *Histoire du quotidien*, París, Maison des sciences de l'homme, 1994, pp. 209-266; KERSHAW, I.: *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, Oxford University Press 1983, y *The Hitler Myth. Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press 1987; GELLATELY, R.: *The Gestapo and German Society. Enforcing Racial Policy 1933-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1990, y *No solo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002. Una visión general de esta línea en LÜDTKE, A.: «De los héroes de la resistencia a los coautores. 'Alltagsgeschichte' en Alemania», *Ayer*, 19 (1995), pp. 49-69.

¹⁸ SAZ, I.: «Repensar el fascismo», *op. cit.*, p. 101.

¹⁹ Sobre la *querella de los historiadores* ELEY, G.: «Nazism, Politics and the Image of the Past: Thoughts on the West German *Historikerstreit*, 1986-1987», *Past and Present*, 121 (1988), pp. 171-208. Para

La situación experimentó un giro a partir de los años noventa, dando paso a una nueva fase en que la continuación de las principales tendencias renovadoras, de signo tanto *culturalista* como *social*, ha sido paralela al resurgir de la comparación y del *fascismo genérico*. La historiografía centrada en la ideología fascista ha alcanzado su madurez, contribuyendo decisivamente a la definitiva fijación de la centralidad en el sujeto fascista y elaborando una reconstrucción refinada y convincente de la ideología, la cultura y la cosmovisión fascista. Particularmente influyente ha sido el modelo de Griffin, quien ha definido una ideología fascista nucleada por un ultranacionalismo populista fundado en un mito palingenésico, de resurrección de la nación postrada, capaz de movilizar a las masas para crear una «tercera vía» superadora de liberalismo y socialismo²⁰. Por su parte, Eatwell ha explicado el fascismo como síntesis radical de elementos procedentes de la izquierda y la derecha, subrayando su carácter «nacionalista holístico»²¹. Los influyentes estudios de Gentile sobre el fascismo italiano han incidido asimismo en la revalorización de su ideología, en sus componentes de *religión política* y pensamiento mítico, además de su carácter moderno, revolucionario y totalitario²². En este sentido, las aportaciones de Burrin y Gentile, entre otros, han contribuido a redefinir el concepto de totalitarismo, poniendo el acento en la inequívoca «voluntad totalitaria» del fascismo, en tanto que pretendía crear un hombre nuevo, una cultura nueva, un Estado nuevo, organizando y penetrando en todos los ámbitos sociales²³.

El enfoque comparativo se ha visto favorecido asimismo por el importante desarrollo y renovación de los estudios nacionales, que han contribuido a la reflexión global, en especial en los casos italiano y francés. En Italia, la tendencia reciente supone la superación de las tesis que incidían en la «continuidad» esencial del *ventennio* respecto del viejo orden liberal y en la debilidad real del PNF, frente a lo cual se plantea la función desempeñada por el partido como centro de poder esencial en la articulación del régimen, en la organización del consenso y en el impulso del proceso de aceleración totalitaria desarrollado en los años treinta²⁴. En Francia, tras el polémico impacto de las tesis de Sternhell sobre el

las posiciones de Nolte en los ochenta NOLTE, E.: *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México D. F., FCE, 1994.

²⁰ GRIFFIN, R.: *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993.

²¹ EATWELL, R.: *Fascism: A History*, Londres, Vintage, 1996.

²² GENTILE, E.: *Il culto del Littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, Carocci, 1995 y *El Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2004.

²³ BURRIN, P.: «Politique et société: les structures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazie», *Annales*, 3 (1988), pp. 615-637; GENTILE, E.: *El Fascismo*, op. cit., en especial pp. 247-274.

²⁴ Las tesis «continuistas» en DE FELICE, R.: *Mussolini il fascista. L'organizzazione dello Stato fascista 1925-1929*, y *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso 1929-1936*, Turín, Einaudi, 1968 y 1974; AQUARONE, A.: *L'organizzazione dello stato totalitario*, Turín, Einaudi, 1975; LYTTTELTON, A.: *La conquista del*

protagonismo galo en el nacimiento de la ideología fascista, los estudios de Burrin o Paxton han puesto de manifiesto la relevancia de los fascismos autóctonos y la fuerza del «campo magnético» del fascismo, que ayudan a explicar el colaboracionismo con los alemanes y el relevante apoyo popular a Vichy, en las fronteras entre el nacionalismo reaccionario o «tradicional» y el fascismo²⁵.

En suma, se ha producido tanto un relanzamiento del *fascismo genérico*, con buen número de propuestas²⁶, como una amplia aceptación de la centralidad de la ideología en el fenómeno fascista. Buena parte de la historiografía tiende a un acuerdo en considerar al fascismo como una ideología y una cultura política fundada en la idea de revolución nacional, en la obsesión por la regeneración o renacimiento de una patria en decadencia, que, a las antinomias ya conocidas (antimarxismo, antidemocratismo, antiliberalismo, anticonservadurismo), añade el proyecto de forjar una comunidad nacional unida, entusiasta, jerarquizada y conquistadora, con un modelo económico-social de «tercera vía» y una forma político-estatal de partido único con una voluntad totalitaria de transformación y control social. Esto ha llevado a Griffin a plantear la existencia de un «nuevo consenso» historiográfico que estaría nucleado por las tesis *culturalistas*, una opinión muy optimista vista la persistencia de desacuerdos relevantes, la tendencia de cada autor a plantear una definición propia, o la menor receptividad al *fascismo genérico* fuera del contexto anglosajón²⁷. Sobre todo en la historiografía alemana, que sigue una agenda propia sobre el nacionalsocialismo, menos comparativa, con mayor énfasis en la centralidad de la cuestión racial y en las relaciones entre el Estado nazi y la sociedad, desde un enfoque más social. Entre los estudios comparados también encontramos visiones muy divergentes a las del *culturalismo*, como la de Mann, quien señala como conceptos básicos de su caracterización el paramilitarismo, la limpieza étnica, la trascendencia y el «nación-estatismo», si

potere. Il fascismo dal 1919 al 1929, Bari, Laterza, 1974. Ejemplos notables de la visión renovada en GENTILE, E.: *La via italiana al totalitarismo*, op. cit.; PALLA, M. (ed.): *Lo Stato fascista*, Milán, La Nuova Italia, 2001; LUPO, S.: *Il fascismo. La politica in un regime totalitario*, Roma, Donzelli, 2000; DI NUCCI, L.: *Lo Stato-partito del fascismo. Genesi, evoluzione e crisi*, Bolonia, Il Mulino, 2009.

²⁵ STERNHELL, Z.: *La droite revolutionnaire*, op. cit.; *Ni droite ni gauche. L'ideologie fasciste en France*, París, Seuil, 1983; BURRIN, P.: *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945*, París, Seuil, 1986 y *La France à l'heure allemande 1940-1944*, París, Seuil, 1995; PAXTON, R.: *Vichy France, Old Guard and New Order, 1940-1944*, Nueva York, Knopf, 1972 y *French Peasant Fascism: Henry Dorgeres' Greenshirts and the Crises of French Agriculture, 1929-1939*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

²⁶ Además de los citados GRIFFIN, R.: *The Nature of Fascism*, o EATWELL, R.: *Fascism: A History*, siguieron PAYNE, S.: *A History of Fascism 1914-1945*, Londres, UCL Press, 1997; GRIFFIN, R.: *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*, Londres, Arnold, 1998 y *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Hitler y Mussolini*, Madrid, Akal, 2010; KALLIS, A.: *Fascist Ideology*, Londres, Routledge, 2000; BURRIN, P.: *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, París, Seuil, 2000; CAMPI, A. (ed.): *Che cos'è il fascismo. Interpretazioni e prospettive di ricerca*, Roma, Ideazione Ed., 2003.

²⁷ GRIFFIN, R.: *International Fascism*, op. cit.; algunos de los desacuerdos en KALLIS, A.: «El concepto de fascismo en la historia anglófona comparada», en ANTÓN MELLÓN, J. (ed.): *El fascismo clásico...*, op. cit., pp. 48-51.

bien el mayor interés de su investigación radica en el estudio de los entornos sociales que dieron soporte a los fascismos²⁸. Otro punto de vista aporta el modelo de Paxton, un análisis dinámico del auge y la evolución del fascismo de entreguerras a través de diversas fases, preocupado sobre todo por las condiciones que permitieron su surgimiento, la llegada al poder, así como los equilibrios políticos y sociales sobre los que operaban los regímenes fascistas²⁹. Una mirada que pone el foco más en las fuerzas sociales operantes y en la práctica de los fascismos en el poder, lo cual conecta bien con una tradición de estudios empíricos que en cada país se ocupan del estudio de los regímenes fascistas o para-fascistas.

En este sentido, merece la pena insistir en la necesidad de estudiar la interacción entre los fascistas y el conjunto de fuerzas e intereses que conformaron el *compromiso autoritario*, clave fuera en la conquista del poder por el fascismo, fuera en la integración de los fascistas en amplias *coaliciones reaccionarias* en otras dictaduras de entreguerras. Estos aliados (nacionalistas reaccionarios, católicos antiliberales, *fiancheggiatori* exliberales) han quedado con frecuencia eclipsados por el fenómeno fascista y no han sido objeto de una atención, una conceptualización o un recurso a la comparación suficiente³⁰. Todo ello resulta crucial, dada la relevancia de estos aliados a la hora de permitir o favorecer el acceso al poder de los fascistas, así como su peso mayor o menor en la configuración de las nuevas dictaduras y sus dinámicas internas, sin olvidar la importancia alcanzada por la compleja dinámica de *fascistización* que afectó a parte relevante de la derecha europea y que alcanzó su cénit en el *Nuevo Orden Europeo*. Pero también es fundamental para atender a los intereses sociales y económicos que rodearon e hicieron posible el fenómeno fascista, cuyo crecimiento, acceso al poder y desempeño del mismo se vio mediado por pactos y relaciones con una serie de ámbitos institucionales (ejército, fuerzas de orden público), políticos (partidos de derecha) y sociales (burguesía industrial, financiera o agraria). Al fin y al cabo, dentro de la ideología fascista, la enemiga al movimiento obrero y a la democracia no solo fue un rasgo esencial, sino que resulta indispensable para explicar sus alianzas³¹, los apoyos alcanzados como valladar contrarrevolucionaria-

²⁸ MANN, M.: *Fascistas*, Valencia, PUV, 2006.

²⁹ PAXTON, R.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005.

³⁰ Como bien ha señalado recientemente SAZ, I.: «¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas», en ANTÓN MELLÓN, J. (coord.): *El fascismo clásico...*, op. cit., pp. 155-190. Vid. también BLINKHORN, M. (ed.): *Fascists and Conservatives. The Radical Right and The Establishment in the Twentieth Century Europe*, Londres, Unwin Hyman, 1990, e ÍD.: *Fascism and the Right in Europe, 1919-1945*, Londres, Longman, 2000.

³¹ Un influyente análisis comparativo en LUEBBERT, G.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1997.

rio, la violencia contra sus enemigos y, en suma, la llegada al poder, cuya traducción inmediata fue la destrucción de la democracia y de las fuerzas de izquierda.

DE LA FALANGE AL MOVIMIENTO. LA EVOLUCIÓN GENERAL DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL FALANGISMO

La larga perduración de la dictadura franquista fue la principal causa de la tardanza en contar con algún estudio riguroso sobre el fascismo español. Durante mucho tiempo, las casi únicas referencias bibliográficas fueron las procedentes de la publicística del régimen, un conjunto de obras escritas por falangistas que se centraron en la época fundacional de Falange, alcanzando como máximo a la guerra. La falta de libertades explica que las primeras aproximaciones científicas se publicasen en el extranjero, de la mano de autores foráneos o asentados en el exterior, siendo la más destacable la tesis del estadounidense Stanley Payne *Falange. A History of Spanish Fascism*, publicada en 1961 y traducida en Ruedo Ibérico cuatro años después, en rigor el primer estudio del tema³². Payne, con interesantes testimonios orales pero escaso material de archivo, ofrecía una historia política clásica de la evolución del falangismo desde sus orígenes hasta los primeros años de la dictadura, subrayando el contenido nacionalista, antiliberal y fascista del movimiento. Siguieron en los años siguientes algunos estudios menores, la versión falangista de García Venero, así como la réplica de Southworth³³. En 1970 se publicó el influyente artículo de Linz sobre FET-JONS, dentro de su esquema teórico que convertía a España en ejemplo de «régimen autoritario», ni totalitario ni fascista, presentando un «partido autoritario», poco ideologizado, heterogéneo, débil y afectado de una progresiva burocratización y pérdida de influencia³⁴.

La muerte del dictador y el comienzo de la transición permitió la aparición de toda una serie de monografías y ensayos, así como de los primeros debates sobre el fascismo español. Entre ellos sobresalió el *debate sobre la naturaleza del franquismo*, originado por las réplicas a las tesis de Linz, que encuadraba a la dictadura como un «régimen autoritario de pluralismo limitado». Para sus críticos esta definición, además de su utilidad política para la dictadura, obviaba sus compo-

³² PAYNE, S.: *Falange. A History of Spanish Fascism*, Stanford, Stanford University Press, 1961 (*Falange. Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965).

³³ GARCÍA VENERO, M.: *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, París, Ruedo Ibérico, 1967, e ÍD.: *Historia de la Unificación*, Madrid, Agesa, 1970; SOUTHWORTH, H. R.: *Antifalange. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla», de Maximiano García Venero*, París, Ruedo Ibérico, 1967.

³⁴ LINZ, J. J.: «From Falange to *Movimiento*-Organization: The Spanish Single Party and the Franco's Regime, 1936-1968», en HUNTINGTON, S. P. Y MOORE, C. H. (comps.): *Authoritarian Politics in Modern Society. The Dynamics of Established One-Party Systems*, Nueva York, Basic Books, 1970, pp. 128-201.

nentes de clase y minimizaba los fascistas, por lo que planteaban diversas alternativas conceptuales (un «fascismo frailuno» situado entre el bonapartismo y el fascismo, un régimen despótico reaccionario, o una dictadura fascista impuesta para asegurar los intereses de las clases dominantes). Se trató de una discusión con altas dosis de nominalismo y escasa base empírica, centrada en torno a la «definición» de la dictadura, pero que ha tenido una larga influencia al reproducirse el debate en los años ochenta y noventa, ya con mayor base investigadora. De manera esquemática, la cuestión ha enfrentado a los historiadores que, inspirados o no por Linz, han hablado de *dictadura autoritaria*, ante todo clerical y reaccionaria, además de personal y militar, y aquellos que la han definido como *dictadura fascista*, sobre todo por su origen en un proceso contrarrevolucionario que acabó violentamente con la democracia y con el movimiento obrero para asegurar el mantenimiento del «orden social tradicional»³⁵.

Por lo que se refiere específicamente al falangismo, los tres lustros posteriores a la muerte del dictador presenciaron la aparición de un conjunto de estudios notables, algunos convertidos en clásicos. Destacaron dos monografías procedentes de la ciencia política y de base marxista, la de Jiménez Campo sobre el período republicano y la de Chueca sobre FET-JONS en la etapa inicial del régimen. Ambas analizaban la ideología y la función sociopolítica desempeñada por el falangismo desde el punto de vista de los intereses de clase, en tanto que funcional para la defensa y la legitimación del modo de producción capitalista en un contexto de crisis de hegemonía. Pese a la atención prestada a las bases ideológicas, el enfoque utilizado tendía a entender el ideario falangista como un mero instrumento para el sostenimiento del orden social. Chueca se detenía también en la organización y las funciones desempeñadas por FET-JONS, señalando su conversión en «grupo político subordinado» y heterogéneo, su falta de hegemonía ideológica en el seno del bloque dominante —dada la fuerza del factor nacional-católico— y sus fracasos en la penetración social³⁶. Desde la historia política tradicional, la británica Ellwood ofreció el primer estudio que abarcaba toda la cronología falangista, centrando su interés en la participación de los azules en la dictadura, aunque atendiendo también al falangismo disidente³⁷. Aparecieron asimismo los primeros análisis centrados en aspectos específicos: el sindicato

³⁵ El texto de Linz, publicado en inglés en 1964, apareció en español en LINZ, J. J.: «Una teoría del régimen autoritario. El caso de España», en FRAGA, M. *et al.*: *La España de los años setenta. III: El Estado y la política*, Madrid, Moneda y Crédito, 1974, pp. 1467-1531. El debate original, en *Papers*, n.º 8 (1978), revisiones de su evolución en MORADIELLOS, E.: *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000, pp. 209-225; y SANZ HOYA, J.: *La construcción de la dictadura franquista en Cantabria. Instituciones, personal político y apoyos sociales*, Santander, Universidad de Cantabria, 2009, pp. 22-34.

³⁶ JIMÉNEZ CAMPO, J.: *El fascismo en la crisis de la II República española*, Madrid, CIS, 1979; CHUECA, R.: *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, CIS, 1983.

³⁷ ELLWOOD, S.: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984.

vertical, Sección Femenina, las élites políticas del régimen, el Frente de Juventudes, la implicación del fascismo italiano en España, las relaciones con el III Reich, así como algunos estudios de ámbito regional³⁸. También aparecieron notables obras generales sobre el régimen, como las de Payne y Tusell³⁹.

La década de 1990 supuso un momento de inflexión claro en la historiografía sobre el franquismo y el falangismo. Desde mediados de los noventa se produjo una clara expansión, visible en un acentuado incremento de la producción, una creciente pluralidad temática y una renovación de los enfoques, una dinámica que se ha sostenido hasta el presente. Entre los motivos para este auge pueden citarse la expansión del sistema universitario (traducida en un notable aumento de las tesis doctorales), el interés por etapas más recientes y menos estudiadas (pasando de la República y la guerra hacia el *primer franquismo*), la mejor accesibilidad de los archivos y el incremento de los congresos, destacando la celebración regular de los encuentros de investigadores del franquismo⁴⁰.

Durante estos años aparecieron asimismo nuevas obras generales de referencia. En 1997 Payne publicó su renovada historia del fascismo español, que abarcaba desde los antecedentes y FE-JONS hasta el final del Movimiento (si bien con mucha menor atención al período posterior a 1945), en un extenso volumen que constituye el estudio general más completo. El norteamericano incidía de nuevo en encuadrar el falangismo tanto en la evolución del nacionalismo español como en el marco comparado de los fascismos, subrayando el carácter fascista de FE/FET-JONS y la notable impregnación que dio a la dictadura, en especial hasta 1945. Al tiempo, señalaba también la subordinación del partido único a Franco y la de-

³⁸ APARICIO, M. Á.: *El sindicalismo vertical y la formación del Estado franquista*, Barcelona, Eunibar, 1980; GALLEGU MÉNDEZ, M.ª T.: *Mujer, Falange y Franquismo*, Madrid, Taurus, 1983; SÁNCHEZ LÓPEZ, R.: *Mujer española, una sombra de destino en lo universal. Trayectoria histórica de Sección Femenina de Falange, 1934-1977*, Murcia, Universidad, 1990; JEREZ MIR, M.: *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*, Madrid, CIS, 1982; VIVER PI-SUNYER, C.: *El personal político de Franco (1936-1945)*, Barcelona, Vicens Vives, 1978; SAEZ MARÍN, J.: *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de postguerra (1937-1960)*, Madrid, Siglo XXI, 1988; SAZ CAMPOS, I.: *Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1986; RUHL, K.-J.: *Franco, Falange y III Reich. España en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 1986.

³⁹ PAYNE, S.: *El régimen de Franco 1936-1975*, Madrid, Alianza, 1987, ofrece una historia de la dictadura, mientras TUSELL, J.: *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza, 1988, se ocupa sobre todo de la conceptualización del franquismo, comparándolo con las dictaduras de Mussolini y Salazar. Ambos autores estaban influenciados por las tesis de Linz, al igual que FUSI, J. P.: *Franco, autoritarismo y poder personal*, Madrid, El País, 1985.

⁴⁰ Iniciada en 1992, alcanza ya siete ediciones organizadas en colaboración entre las entidades de la Red de Archivos Históricos de CC.OO. y las universidades de Barcelona (1992), Alicante (1995), Sevilla (1998), Valencia (1999), Albacete (2003), Zaragoza (2006) y Santiago (2009), sirviendo como gran foro de encuentro y debate de los especialistas y los jóvenes investigadores, aparte de producir las correspondientes actas. Otras publicaciones de congresos relevantes fueron la del encuentro pionero de Valencia en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986; TUSELL, J. et al. (eds.): *El régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1993; y *El Franquismo: el régimen y la oposición*, Guadalajara, Anabad, 2000, 2 vols.

rrota —crucial la pugna de 1941— en su esfuerzo por hacerse con todo el poder, que daría lugar al comienzo de una larga «desfascistización» en varias fases, haciendo del Movimiento un «partido único posfascista»⁴¹. Poco después, Thomàs abordó en dos monografías fundamentales la historia del falangismo hasta la unificación de 1937, y la conformación y evolución de FET-JONS hasta 1945. Cabe destacar en especial su cuidadosa reconstrucción e interpretación de las coyunturas cruciales en la evolución del falangismo (la unificación, la crisis de 1941 y otras tensiones internas), su atención a las secciones del partido y su análisis de la significación del proyecto fascista en el régimen⁴². Y Rodríguez Jiménez nos ofreció una nueva historia global del falangismo (aunque centrada casi exclusivamente en los años treinta y cuarenta), muy documentada y de especial interés en temas como la relación con Alemania o el funcionamiento de los servicios de FET⁴³. Por su parte, Saz Campos ha analizado, en dos obras de notable calado interpretativo, algunas de las cuestiones claves en relación con la significación del fascismo español, con los proyectos nacionalistas en los cuales se basó el régimen franquista (el falangista y el nacionalcatólico), así como con las pugnas entre éstos⁴⁴.

Disponemos asimismo de buen número de obras que abordan el tema a partir de distintos objetos y enfoques, desde la pluralidad temática de los recogidos en *Fascismo en España*⁴⁵, al papel desempeñado por FET-JONS, la Secretaría General del Movimiento y los falangistas durante la dictadura (Morente, Thomàs, Cazorla, Ruiz Carnicer, González Madrid, Peñalba, Argaya)⁴⁶ y a la relación entre el falangismo y las otras tendencias integradas en el régimen (Lazo, Sánchez Re-

⁴¹ PAYNE, S.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997.

⁴² THOMÀS, J. M.: *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza&Janés, 1999, y *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza&Janés, 2001.

⁴³ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000.

⁴⁴ SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, y *Fascismo y franquismo*, op. cit. Más adelante nos detendremos en estas aportaciones.

⁴⁵ GALLEGO, F. y MORENTE, V. (eds.): *Fascismo en España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005.

⁴⁶ MORENTE, F.: «Hijos de un Dios menor. La Falange después de José Antonio», *ibidem*, pp. 211-250; THOMÀS, J. M.: «La configuración del franquismo. El partido y las instituciones», *Ayer*, 33 (1996), pp. 41-63; CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000; RUIZ CARNICER, M. Á.: «Violencia, represión y adaptación. FET-JONS (1943-1945)», *Historia Contemporánea*, 16 (1997), pp. 183-200, «Falange en la penumbra: FET y de las JONS entre la rebelión y la resignación. 1945-1951», *IV Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Valencia, FEIS/Universitat de València, 1999, pp. 257-264, y «La vieja savia del régimen. Cultura y práctica política de Falange», en MATEOS, A. (ed.): *La España de los cincuenta*, op. cit., pp. 277-304; GONZÁLEZ MADRID, D.: «La banalización de FET-JONS», *Spagna contemporánea*, 39 (2011), pp. 7-30; PEÑALBA SOTORRÍO, M.: *Estado y Partido. La Secretaría General del Movimiento (1937-1945)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Navarra, 2010 y *Falange española: historia de un fracaso (1933-1945)*, Pamplona, Eunsa, 2009; desde el propio falangismo la obra de ARGAYA ROCA, M.: *Historia de los falangistas en el franquismo*, Madrid, Plataforma 2003, 2003.

cio, Ferrary)⁴⁷. Otra fértil línea investigadora procede de las aproximaciones biográficas, incluyendo excelentes biografías de Franco⁴⁸ y de José Antonio Primo de Rivera⁴⁹; pero también las dedicadas a intelectuales, políticos y militares falangistas, si bien carecemos de monografías sobre destacados dirigentes y de estudios prosopográficos de los mandos del partido⁵⁰.

Un primer análisis de la producción existente permite comprobar que se ha privilegiado el estudio de un arco cronológico restringido, delimitado por los años de la Falange originaria, la guerra civil con la unificación y la «fase azul» de la dictadura hasta 1945. Además de coincidir con la atención dominante —al menos hasta hace poco— hacia el *primer franquismo*⁵¹, tal hecho tiene mucho que ver con el énfasis en la temprana derrota del falangismo, apareciendo en muchas historias generales el período posterior a 1945 como un epílogo o capítulo final que daba cuenta del declive y la postración del Movimiento. Una situación en vías de corregirse en los últimos tiempos, en los cuales la investigación está prestando cada vez mayor atención a los años centrales y finales de la dictadura (a destacar las obras de Ysàs y Molinero), rescatando paralelamente el papel desempeñado por los *azules* en la evolución del régimen⁵².

⁴⁷ LAZO, A.: *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*, Madrid, Síntesis, 2008; SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de origen e identidad de intereses*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996 y *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos en el franquismo*, Barcelona, Flor del Viento, 2008; FERRARY, Á.: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1993.

⁴⁸ En algunos casos verdaderas historias políticas de los sublevados durante la guerra civil (TUSELL, J.: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Madrid, Tusquets, 1992) y de la dictadura en su conjunto (PRESTON, P.: *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, 1994).

⁴⁹ GIL PECHARROMÁN, J.: *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy, 1996.

⁵⁰ Destacan GALLEGU, F.: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005; CASALI, L.: *Società di massa, giovani, rivoluzione: il fascismo di Ramiro Ledesma Ramos*, Bolonia, Clueb, 2002; MORENTE, F.: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006; GRACIA, J.: *Dionisio Ridruejo. Materiales para una biografía*, Madrid, FCH, 2005; THOMÀS, J. M.: «Serrano Suñer. El personaje real y el personaje inventado», en GÓMEZ MOLINA, A. y THOMÀS, J. M.: *Ramón Serrano Suñer*, Barcelona, Ediciones B, 2003; DIEGO, Á. de: *José Luis Arrese o la Falange de Franco*, Madrid, Actas, 2001. Carecemos de monografías sobre figuras tan relevantes como Hedilla, Girón de Velasco, Fernández-Cuesta y Pilar Primo de Rivera; por otro lado, contamos con libros de memorias, entre otros, de Serrano Suñer, Pilar Primo de Rivera, Ridruejo, Hedilla, Arrese, Girón, Utrera Molina, Valdés Larrañaga, Fernández-Cuesta o Martínez de Bedoya.

⁵¹ SÁNCHEZ RECIO, G. (ed.): *El primer franquismo (1936-1959)*, Ayer, 33 (1999); RODRIGO, J. (ed.): *El primer franquismo: nuevas visiones, Historia del Presente*, 15 (2010).

⁵² YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004; MOLINERO, C. e YSÀS, P.: *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2004. También HISPÁN IGLESIAS DE USSEL, P.: *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, CEP, 2006; MATEOS, A. (ed.): *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008; SOTO CARMONA, Á.: *¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005; GALLEGU, F.: *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica, 2008.

A la hora de explicar los nuevos rumbos historiográficos, debemos constatar que éstos se han beneficiado notablemente de una mayor atención a los debates internacionales y al método comparativo. Eso sí, aclarando antes que la recepción en España de la renovación de los estudios sobre el fascismo ha sido más bien tardía y muy irregular, en ocasiones limitada a una superficial pátina comparativa o a una ampliación bibliográfica, que no incidía en el fondo de los debates en curso ni daba lugar a nuevas propuestas de conceptualización o apuestas metodológicas novedosas. De hecho, aún es fácil encontrar trabajos anclados en conceptualizaciones añejas, con escasa atención a lo que se escribe en el ámbito internacional —e incluso en el nacional— y apegados al mero empirismo y a la descripción. En todo caso, el esfuerzo por avanzar hacia la historia comparada ha dado lugar a varios congresos y trabajos colectivos reseñables, orientados en especial hacia la comparación entre las dictaduras de Franco y Mussolini, con menor atención hacia otros regímenes y fenómenos fascistas o reaccionarios⁵³. Sea a través de la atención a políticas y regímenes concretos, o en el ámbito de los intelectuales, la historia de las ideas y las culturas políticas, este tipo de aproximaciones ha facilitado la reflexión en torno a cuestiones como la ideología del fascismo, los procesos de *fascistización*, el «consenso» y las actitudes sociales en los regímenes dictatoriales, contribuyendo a proveer de renovadas herramientas conceptuales y metodológicas a la historiografía española.

¿QUÉ FASCISMO EN ESPAÑA? ENTRE LAS VISIONES TRADICIONALES Y LA RENOVACIÓN HISTORIOGRÁFICA

Es posible articular los principales elementos de debate y renovación sobre la significación del fascismo español en torno a tres ejes que abarcan un conjunto de cuestiones entrelazadas: la ideología y la cultura política del falangismo; la configuración y el carácter de FET-JONS, sus funciones y su peso en la dictadura franquista; así como la relación entre el fascismo y la sociedad, vinculada a su vez a las políticas de captación de masas, al uso de la violencia al servicio de la creación de una *Nueva España*, a la formación de las bases sociales de la dictadura y a las actitudes sociales ante el régimen. De un modo muy general, que luego podremos matizar, cabe afirmar que la influencia de los estudios interna-

⁵³ TUSELL, J., GENTILE, E., y DI FEBBO, G. (eds.): *Fascismo y franquismo cara a cara*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004; DI FEBBO, G. y MOLINERO, C. (eds.): *Nou Estat, nova política, nou ordre social. Feixisme i franquisme en una perspectiva comparada*, Barcelona, CEFID-UAB, 2005; DI FEBBO, G. y MORO, R. (eds.): *Fascismo-Franchismo. Relazioni, immagini, rappresentazioni*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2005; SAZ CAMPOS, I. (ed.): *Repensar el feixisme, Afers*, 25 (1996); COBO ROMERO, F. y DEL ARCO, M. Á. (coords.): *Los apoyos sociales al franquismo en perspectiva comparada*, *Historia Social*, 71 (2011); LANERO, D. (ed.): *Fascismo y políticas agrarias: nuevos enfoques en un marco comparativo*, *Ayer*, 83 (2011); GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

cionales, el afinamiento de los instrumentos conceptuales y metodológicos, así como la aportación de las investigaciones recientes marcan una tendencia a la revalorización de la significación histórica del falangismo, sea en tanto que cultura política dotada de un proyecto y un imaginario plenamente fascistas, sea en tanto que partido único con una función muy relevante en la larga dictadura franquista.

¿En qué consiste *el extraño caso del fascismo español* al que se refiriera Payne? Pues ante todo en la paradoja planteada por las dos constataciones contradictorias de su victoria y su fracaso⁵⁴. Por un lado, nos encontramos ante «la organización política de más larga vida de su género», que fue durante cuarenta años partido único de la dictadura franquista, considerada también por muchos —y así vista en su día por buena parte de la opinión nacional e internacional— como el régimen fascista más duradero de la historia. Por otro, ante un partido cuya trayectoria ha sido caracterizada repetidamente por parte relevante de la historiografía a partir de las ideas de *fracaso*, *debilidad* y *artificialidad*. Un débil partido fascista que fracasó estrepitosamente en la etapa democrática y que se convirtió en un movimiento de masas durante la guerra, pero que al tiempo se desnaturalizó por las nuevas adhesiones y fue capturado por Franco con la unificación. Así que FET-JONS habría sido «un simulacro de partido fascista»⁵⁵ creado artificialmente desde el poder e instrumentalizado por completo por el dictador y por un Estado controlado por los sectores más reaccionarios. Lastrado por la tara de origen que supuso el decreto de unificación y derrotado en las pugnas internas del régimen, el partido entró en un proceso de *desfascistización* y rápido declive acelerado por la derrota del Eje en 1945. Más que un partido único, sería entonces un aparato ocupado por una suma de antiguos conservadores, oportunistas y burócratas, sin apoyo social ni fuerza real en el país. Aún vería como el último esfuerzo por mantener su cuota de poder fue derrotado en 1957, quedando el Movimiento como un ente apenas ideologizado, un apéndice burocrático del Estado, que habría llevado una vida lánguida hasta su disolución, sin pena ni gloria, dos años después de la muerte del dictador.

Es cierto que esta visión que acabamos de exponer no es representativa de toda la historiografía, pero entiendo que, *grosso modo*, la idea del fracaso sirve para caracterizar los relatos dominantes sobre la cuestión, al menos los más repetidos hasta hace pocos años. Desde luego, en primer lugar, el relato de los sectores historiográficos que han caracterizado el poder franquista como un *régimen autoritario* de carácter *conservador* o *reaccionario*⁵⁶, *nacionalcatólico*, fun-

⁵⁴ PAYNE, S.: *Franco y José Antonio*, op. cit.; CHUECA, R.: «FET y de las JONS: la paradójica victoria de un fascismo fracasado», en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, op. cit., pp. 60-77

⁵⁵ SÁNCHEZ RECIO, G.: «Líneas de investigación y debate historiográfico», *Ayer*, 33 (1999), p. 25.

⁵⁶ Resulta sorprendente que algunos autores parezcan utilizar indistintamente los conceptos de «conservador» y «reaccionario» (uso difuso que se suele superponer al de «tradicional»), cuando ambos no son

dado sobre todo en los componentes tradicionalistas que habrían constituido largamente la base cultural dominante en las derechas españolas, si bien recogiendo en mayor o menor grado la influencia de elementos fascistas en la primera fase del régimen⁵⁷. Pero también, paradójicamente, encontramos un relato similar entre quienes han defendido el *carácter fascista del franquismo* a partir de un concepto amplio del fascismo, definido como un movimiento contrarrevolucionario violento, antisocialista, antiliberal y antidemocrático, cuya función histórica había sido restaurar el orden social tradicional amenazado por la democracia y el movimiento obrero. Una noción que permitía integrar y hacer compatibles el fascismo de los falangistas y el reaccionarismo clerical de otros sectores derechistas, al tiempo que admitir la derrota del falangismo auténtico, dando lugar de este modo a un *fascismo español*, una peculiar versión hispana del fascismo caracterizada por el fuerte peso de los elementos católicos y reaccionarios. También la reciente síntesis de Riquer asume la definición de la dictadura como «un fascismo a la española», con importantes elementos fascistas en su configuración, pero incidiendo en el carácter meramente instrumental de la *fascistización* de guerra y posguerra, en la debilidad, la derrota y la extrema subordinación del partido, así como en la imposición del nacionalcatolicismo; es decir, un particular fascismo lleno de arcaísmo, con escaso peso de unos fascistas derrotados y manipulados⁵⁸.

Ambos relatos comparten, en este sentido, tanto una visión sobre la derrota del falangismo y del partido único en su intento por imponer su hegemonía política e ideológica, como una interpretación sobre los fundamentos culturales dominantes en la derecha española, que subraya sus caracteres arcaizantes y tradicionales, compartiendo la idea de la ausencia o la debilidad del nacionalismo secular moderno en España, componente crucial que había estado en la base de los movimientos fascistas por excelencia, el italiano y el alemán⁵⁹. Pero, al tiempo,

en absoluto sinónimos. De ahí que con frecuencia se aplique al franquismo el mote de conservador, poco adecuado por más que en ocasiones se le sume «autoritario». Cabe añadir otro tanto por lo que se refiere a «tradicional», que además se aplica a numerosas dictaduras de entreguerras, pese a que tales dictaduras representaban un fenómeno histórico nuevo.

⁵⁷ P. ej. TUSELL, J.: *La dictadura de Franco*, op. cit.; ARÓSTEGUI, J.: *Por qué el 18 de julio... Y después*, Barcelona, Flor del Viento, 2006; SÁNCHEZ RECIO, G.: «La polisemia de los conceptos historiográficos: los análisis sobre el fascismo y el franquismo», *Bulletin d'Histoire Contemporaine d'Espagne*, 27 (1998), pp. 181-196.

⁵⁸ CASANOVA, J. et al.: *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón*, Madrid, Siglo XXI, 1992; CASALI, L.: *Franchismo. Sui caratteri del fascismo spagnolo*, Bolonia, Clueb, 2005; RUIZ CARNICER, M. Á.: *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996; RÍQUER, B. de: *La dictadura franquista*, Barcelona-Madrid, Crítica/Marcial Pons, 2010.

⁵⁹ La idea de la debilidad del nacionalismo secular autóctono, por lo que el fascismo sería débil e importado en PAYNE, S.: *Franco y José Antonio*, op. cit., pp. 693-703. Al respecto resulta fundamental la reflexión de SAZ CAMPOS, I.: «El fascismo en España», en MORALES MOYA, A. (coord.): *Las claves de la España del siglo XX. Ideologías y movimientos políticos*, Madrid, Sociedad Estatal Nuevo Milenio, 2001, pp. 203-219, que permite ver cómo se conecta la idea del fracaso del falangismo con las ideas heredadas

es evidente que difieren en la noción de fascismo empleada y, en estrecha relación con ésta, en el juicio sobre la evolución de las derechas españolas en los años treinta y en las consecuencias extraídas de los estudios internacionales sobre el fascismo y de la mirada comparativa⁶⁰. El estudio de las derechas hispanas durante los años republicanos, considerado clave para entender las bases políticas, sociales e ideológicas del franquismo, ha tenido uno de sus focos de atención en los procesos de *radicalización* y *fascistización* que afectaron en modo diverso a parte de las derechas⁶¹. Unos procesos sobre cuya intensidad, amplitud y significación han diferido los especialistas, en especial por el carácter polisémico del concepto de *fascistización*, no siempre bien explicitado. En unos casos la fascistización de las derechas aparece como algo más bien epidérmico, como una imitación externa de ciertos métodos y símbolos del fascismo, que había contribuido a la radicalización antidemocrática de las derechas, pero dejando a salvo la esencia o núcleo duro de la derecha tradicional, contrarrevolucionaria y confesional, lo cual se aviene bien con el posterior establecimiento de una dictadura reaccionaria, cuya fascistización sería también externa y por ello fácilmente superable o reversible. En otros casos, se incide en mayor medida en la relevancia y la profundidad de la fascistización, que aparece como un paso decidido hacia la esfera del fascismo (un fascismo presentado como cercano ideológicamente a la derecha reaccionaria), desembocando con la violencia y la radicalización de la guerra en una dictadura fascista.

Entre ambas corrientes interpretativas existe tanto una cierta tendencia al acercamiento, como puentes y posiciones intermedias que indican la primacía del componente fascista en FET-JONS y su importancia en la dictadura, la cual se colocaría en una posición intermedia entre los regímenes autoritarios y los propiamente fascistas⁶². Por ejemplo, Payne ha considerado que el peso del catolicismo originó que cuando el falangismo alcanzó fuerza en la guerra civil lo hiciera mutado y sincretizado en un fascismo «híbrido y a la española», definiendo a la dictadura como un «estado semifascista, mitigado el fascismo de la FET sobre

del *paradigma del atraso*. Sobre la superación de este último y la renovación de los planteamientos CALATAYUD, S., MILLÁN, J. y ROMEO, M. C.: «El Estado en la configuración de la España contemporánea. Una revisión de los problemas historiográficos» en EID. (eds.): *Estado y periferias en la España del siglo XIX. nuevos enfoques*, Valencia, PUV, 2009, pp. 9-130.

⁶⁰ La atención a los estudios internacionales y a la mirada comparativa, cuando se producía, podía servir para validar ambas visiones. Pues unos comparaban el fascismo revolucionario y moderno (en los trabajos del primer De Felice, Sternhell, Gentile o Griffin), con la realidad ultraconservadora del franquismo y las derrotas del falangismo radical. Mientras otros subrayaban la relevancia de los apoyos conservadores en el «compromiso autoritario» que propició la subida al poder de Mussolini y Hitler, o los rasgos continuistas del *ventennio* (en De Felice, Lyttelton, Broszat).

⁶¹ Comenzando por el trabajo pionero de JIMÉNEZ CAMPO, J.: *El fascismo...*, *op. cit.*, hasta el más reciente de GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011.

⁶² Acercamiento que señaló en su día SAZ, I.: «El primer franquismo», *Ayer*, 36 (1999), pp. 203-204.

todo por la naturaleza confesional del régimen», lo que daría lugar a un «fascismo clerical» que tendería a desfascizarse ya desde antes de 1945⁶³.

Un carácter diverso plantea la formulación más influyente de los últimos años, la propuesta de Ismael Saz de considerar el franquismo como una *dictadura fascistizada*, atendiendo tanto al genuino proyecto fascista representado por el falangismo —y en especial por su ofensiva totalitaria de 1939-1941— como a la complejidad en las interacciones y pugnas políticas e ideológicas entre los distintos sectores del régimen. Según esta visión, el poder surgido en la zona rebelde comenzó un proceso de *fascistización* notable, aunque sin llegar a culminarse y —derrotas falangistas por medio— pasando pronto a invertirse, desarrollando en 1941-1945 una *desfascistización* limitada, acentuada con los cambios de 1957-1962, pero nunca completada en algunos sectores. Esta visión tiene la ventaja de no reducir el fascismo a su función social, prestando interés al papel central de la ideología en los fascismos, a la fascistización real producida en extensos sectores de la derecha y a los equilibrios de poder entre fascistas auténticos, *fascistizados* y derecha conservadora o radical, teniendo en cuenta sus objetivos comunes pero también sus divergencias⁶⁴.

Sin embargo, Gallego ha planteado una conceptualización diferente de la *fascistización* (que entiende como el proceso concreto que lleva a la conformación del fascismo) y sosteniendo, para el caso español, que la guerra civil constituyó «el proceso constituyente del fascismo español», del cual resultaría una síntesis ideológica y un Estado fascistas, con un fascismo «profundamente vinculado al catolicismo»⁶⁵.

En todo caso, uno de los logros más interesantes de la renovación historiográfica en curso es la revaloración como objeto de estudio de la ideología, del proyecto, de la influencia social, de las políticas falangistas. En primer lugar, porque la flexibilidad programática y la labilidad ideológica de los fascismos no nos deben ocultar el papel central de su ideología, de sus aspiraciones, de sus prácticas sociales, de su identidad, en suma de la cultura política fascista. En segundo término, porque lejos de ser un aparato vacío, un simple apéndice de la administración o

⁶³ PAYNE, S.: *Franco y José Antonio*, op. cit., y «La política», en GARCÍA DELGADO, J. L. (coord.): *Franquismo. El juicio de la historia*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 233-285.

⁶⁴ La formulación original de la propuesta se publicó en 1993 como SAZ CAMPOS, I.: «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en TUSELL, J. et. al.: *El régimen de Franco*, op. cit., vol. I, pp. 189-201, recogido junto a otros artículos que profundizan en la cuestión en *Fascismo y franquismo*, op. cit. La tesis ha obtenido un eco importante y autores como Thomàs han adoptado su marco interpretativo (THOMÀS, *La Falange de Franco*, op. cit.).

⁶⁵ GALLEGO, F.: «Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español», en MORENTE, F. (ed.): *España en la crisis europea de entreguerras*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 249-268, y «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J. L. (coord.): *De un Octubre a otro*, op. cit., pp. 281-354.

una fachada exterior del régimen, FET-JONS —como otros ámbitos controlados por los falangistas— no solo tuvo unas funciones muy relevantes, sino que desempeñó un protagonismo activo en la evolución política, sin el cual no resulta posible explicar ni las características concretas ni la duración de la dictadura.

El estudio de las ideas que movieron a los falangistas se ha fundado en buena medida en la recepción y la reelaboración de las aportaciones procedentes de la aproximación *culturalista* a los fascismos y del enfoque de las *culturas políticas*⁶⁶. Estas han sido las bases del planteamiento defendido por Saz, centrado en el análisis y la delimitación de los proyectos políticos y las tendencias ideológicas que configuraron la dictadura franquista. En *España contra España* ha explicado como éstas se nuclearon en torno a dos culturas políticas netamente diferenciadas, la *fascista* de los falangistas y la *nacionalista reaccionaria* de los nacionalcatólicos. Ambas tenían orígenes que remitían a la crisis de fin de siglo, punto de partida de un nuevo nacionalismo español que creó las bases ideológicas a partir de las cuales se configuraron ya en los años treinta estas dos grandes tendencias, expresadas a través de FE-JONS y *Acción Española*. Este análisis en profundidad de la cultura política falangista permite su plena inserción en el universo del fascismo, es decir, en tanto que «una ideología ultranacionalista, basada en los mitos palingenésicos —de la muerte y resurrección de la patria— y revolucionario», que aspiraba a construir un nuevo orden totalitario mediante una revolución nacional y social, con un discurso populista que pretendía integrar y movilizar un extenso apoyo popular. Un proyecto claramente diferenciado respecto de la derecha reaccionaria, que chocaba por su radicalismo y su empuje totalitario con los objetivos e ideas defendidas por el resto de las fuerzas derechistas del régimen. De ahí que —sin dejar de tener en cuenta los elementos que unían a la coalición del 18 de julio— fuesen inevitables los choques y la competencia por determinar la concreción del *Nuevo Estado* y de la *Nueva España* que se pretendía forjar, con un significado para los falangistas y otro para los reaccionarios. Saz muestra cómo, pese a la toma del partido por Franco y al intento de fusión ideológica que supuso la creación de FET-JONS en abril de 1937, en los años siguientes se produjo una «reinención del ultranacionalismo fascista» y el falangismo totalitario lanzó una ofensiva —cultural y política— para conquistar el Estado y poner en marcha su proyecto de revolución nacional. Sin embargo, el fracaso del falangismo radical con la crisis de 1941 supuso la derrota y el fin del proyecto fascista de Falange, comenzando un proceso de «nacionalización católica del falangismo» que en cierta manera significó su paso de fascista a *fascistizado*. Ello implicaría la inte-

⁶⁶ PÉREZ LEDESMA, M. y SIERRA, M. (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, IFC, 2010; SAZ, I.: «La historia de las culturas políticas en España (y el extraño caso del nacionalismo español)», en PELLISTRANDI, B. y SIRINELLI, J.-F. (dir.): *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, pp. 215-234.

rupción del proceso de fascistización de la dictadura y el comienzo de un proceso inverso, pero limitado⁶⁷.

El planteamiento culturalista nos ha ofrecido asimismo sugerentes estudios sobre la construcción cultural del franquismo, a través del análisis del conjunto de elementos discursivos, míticos, alegóricos y simbólicos que, partiendo de los materiales culturales disponibles, fueron desarrollados desde 1936 con el fin de legitimar el esfuerzo de guerra rebelde, primero, y el Estado franquista, después. Así, la línea de trabajo impulsada por Cobo Romero, o los recientes estudios de Box, Zenobi o Hernández, están abordando aspectos como la creación de una *memoria de la guerra* por los vencedores, la *cultura de la Victoria*, la función simbólica de los *Mártires* y los *Caídos* —con un privilegiado lugar para *José Antonio*—, el *mito del Caudillo*, la construcción de una *Nueva España* superadora de los males disgregadores del liberalismo y del peligro del marxismo, etc. En suma, un arsenal de relatos, memorias e imaginarios que ayudan a comprender la creación de una rocosa base social de apoyo al franquismo, bebiendo tanto de los referentes del catolicismo tradicional como de un nuevo y agresivo discurso nacionalista, antirrepublicano y anticomunista, en el que se entremezclaban elementos tomados del fascismo y del nacionalismo reaccionario⁶⁸.

Los trabajos citados ponen de manifiesto, asimismo, la complejidad de la cuestión de las ideologías y las culturas políticas del franquismo. Pues el deslinde entre las dos culturas rivales a la vez que aliadas —falangista y reaccionaria— no implica olvidar el peso del compromiso sobre el que se edificó la dictadura, el cual fue posible porque existía un *temario ideológico común* que cohesionaba a los franquistas, pues todos eran nacionalistas, antiliberales, antidemocráticos y antimarxistas, sostenían una concepción jerarquizada y fuertemente autoritaria del ejercicio del poder, estaban vinculados por la experiencia de la guerra civil y por la fidelidad a Franco, al tiempo que la élite política y social mantenía intereses de

⁶⁷ SAZ, I.: *España contra España*, op. cit., en especial pp. 40-57. Las tesis de Saz, por lo tanto, desmontan varios vicios y tópicos frecuentes en la historiografía, en especial la tendencia a mezclar indistintamente elementos reaccionarios y fascistas, o a subrayar solo estos últimos como fundamento ideológico y político del franquismo. El estudio de las raíces culturales del nuevo nacionalismo a partir de la crisis finisecular permite desmentir la idea recurrente del arcaísmo del pensamiento derechista hispano; al tiempo, la existencia de un nacionalismo obsesionado por la decadencia de la patria, como el regeneracionismo, contradice las ideas sobre la ausencia o debilidad del nacionalismo español. Supone también cambiar radicalmente el enfoque sobre los orígenes del falangismo, ya que se había subrayado su carácter importado y su debilidad precisamente basándose en la idea de un débil nacionalismo español.

⁶⁸ COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, T. M.: «Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La vivencia alegórica y ritualizada de la guerra civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 131-158; COBO ROMERO, F.: «El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras», *Ayer*, 71 (2008), pp. 117-151; BOX, Z.: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010; ZENOBI, L.: *La construcción del mito de Franco*, Madrid, Cátedra, 2011; HERNÁNDEZ BURGOS, C.: *Granada azul, la construcción de la Cultura de la Victoria en el primer franquismo*, Granada, Comares, 2011.

clase similares. Aún más, ese compromiso se expresó también en el carácter cultural y políticamente híbrido de la dictadura, existiendo entre las diversas tradiciones ideológicas acercamientos, influencias mutuas, contaminaciones, que configuraban un discurso sincrético y *fascistizado*, una cultura franquista hecha más bien de retales que de una síntesis de fascismo y nacionalcatolicismo, revolución y tradición, aspiración social y orden conservador⁶⁹. Y es que, sin mezclar indiferenciadamente fascismo y tradicionalismo, tampoco debemos olvidar que el sincretismo y la fusión de elementos culturales y políticos fueron de hecho un basamento estructural del franquismo y que buena parte de su base social hizo propio un conjunto de ideas-fuerza que resultaban de una fusión de elementos fuertemente autoritarios, reaccionarios, fascistas y clericales. Una mixtura que caracterizó ampliamente el discurso y el imaginario del franquismo, que se reveló de continuo a la población más allá de los debates intelectuales entre elites y que cabe pensar que pudo impregnar extensamente a la sociedad.

PARTIDO Y ESTADO. LA ESTRUCTURA DE FET-JONS Y LA LUCHA POR EL PODER

También el análisis del poder franquista, de la organización de FET-JONS y de las políticas desplegadas por los falangistas, tanto en el conjunto nacional como en ámbitos regionales, provinciales o locales, ha ocupado un nutrido y variado conjunto de investigaciones. Resultaría muy prolijo recoger los múltiples trabajos publicados, por lo que nos limitaremos a señalar los más recientes, exponer las tendencias generales y apuntar algunas reflexiones. Hasta hace bien poco ha sido predominante la ya aludida idea del *fracaso*, considerando la historia de FET-JONS como un fiasco, subrayándose la derrota en la lucha por el control del poder, la debilidad real oculta tras una apariencia omnipresente, la absoluta falta de apoyo popular y la ocupación de buena parte de sus cargos por elementos reaccionarios, antiguos caciques y ambiciosos oportunistas. Todo ello, con frecuencia, teniendo en mente un modelo teórico de *partido único* totalitario capaz de controlar todas las instancias estatales y sociales, de movilizar un entusiasta apoyo popular, además de conformado por dirigentes y militantes de profunda compenetración ideológica e inmaculada trayectoria política en las filas del parti-

⁶⁹ Para Gallego, esa síntesis política e ideológica constituiría la base del fascismo español, «totalitario, católico, síntesis entre tradición y revolución, colaboración de elites tradicionales y sectores revolucionarios en un proyecto que todos observan como propio», asumiendo «los principios del catolicismo como parte integral del movimiento nacionalista» y «como la única vía de nacionalización» (GALLEGO, F.: «Sobre héroes y tumbas», *op. cit.*, p. 261). Esta tesis pone en valor la relevancia de los procesos de simbiosis entre fascismo y nacionalcatolicismo, quedando como cuestión para el debate si se puede hablar de una síntesis nacionalcatólica y fascista al tiempo, que conformaría la cultura política del franquismo. Al respecto será necesario atender a la monografía de próxima publicación de Gallego, vid. asimismo BOTTI, A.: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza Universidad, 1992.

do. Un modelo irreal que ha distorsionado el análisis, al igual que lo hace el considerar el incumplimiento del programa máximo falangista de *revolución nacionalsindicalista* una muestra patente de fracaso —como si los fascismos hubiesen acabado con el capitalismo en algún lugar o pudiéramos negar la existencia de regímenes comunistas por su flagrante contradicción con la utopía emancipadora soñada por Marx—. Pero esta visión está siendo sustituida por un planteamiento más matizado, donde se tiende a reevaluar al alza la influencia y el poder alcanzados por FET-JONS, por más que teniendo presentes las batallas perdidas, las limitaciones y los problemas que afrontó el falangismo en sus intentos por controlar, primero, y condicionar, después, el Estado franquista.

Para empezar, a pesar de la unificación impuesta por Franco en abril de 1937, que supuso la pérdida de autonomía del falangismo, la sustitución de sus dirigentes por otros de escaso relieve y la subordinación al dictador, es un hecho que FET-JONS se convirtió en coto de los falangistas, con los *camisas viejas* al frente. También que desde el partido y desde las posiciones institucionales alcanzadas al amparo de Serrano Suñer, los falangistas lanzaron una fuerte ofensiva política y propagandística en los años siguientes, con el ambicioso objetivo de hacerse con todo el poder dentro de su proyecto totalitario de revolución nacional. Este empuje se tradujo en el acelerado proceso de fascistización operado por el naciente régimen, pero también en el surgimiento de una amplia oposición de otros sectores derechistas. Hay un acuerdo bastante amplio en que tal oposición, unida al recelo de Franco ante un partido excesivamente autónomo, acabó por truncar esta ofensiva radical entre 1941 y 1942, dando lugar a un reajuste que resultaría clave en la dinámica futura de la dictadura. En primer término, implicó la derrota del proyecto de los falangistas más radicales, con la caída de su valedor Serrano Suñer, pero también con el ascenso y la consolidación de un sector falangista más pragmático o moderado, absolutamente fiel a Franco, el representado por Arrese, Girón o Valdés. Esto supuso la subordinación definitiva del falangismo al dictador, pero ocupando una posición decisiva en el reparto de poder: como indica Cazorla, el paso de Arrese por la secretaría general (1941-1945) supuso la reordenación y el fortalecimiento de la estructura del partido, haciéndolo «encajar definitivamente en una posición subalterna pero clave dentro del equilibrio político del Nuevo Estado»⁷⁰. Y, aunque hay unanimidad en señalar el retroceso político

⁷⁰ CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la victoria*, op. cit., p. 19. En mi opinión, a la hora de juzgar los resultados de las crisis de mayo de 1941 y de agosto de 1942 se ha tendido a ofrecer una interpretación cuestionable, al entender la derrota del ala más radical de Falange como una derrota general del falangismo y el fin del proyecto nacionalsindicalista, sustituido por un falangismo acomodaticio, domesticado y demediado, como si solo fueran representantes de la autenticidad falangista los más radicales y como si no hubiera existido siempre en el falangismo, como en cualquier fascismo, un ala moderada. Por otro lado, el pragmatismo demostrado por Arrese, Girón o Valdés se mostró, desde luego, muy efectivo para asegurar posiciones de poder e influencia a Falange, en un contexto en el que no cabía pensar de forma realista en la posibilidad de un partido autónomo del dictador.

para FET-JONS que supuso la derrota del Eje en 1945, se ha matizado que ello tuvo bastante de ocultación parcial, de apariencia cosmética y de expediente temporal frente a la difícil situación de aislamiento internacional. Si la imagen tradicional era la de un partido casi inerte y sin iniciativa después de 1945, los estudios recientes sobre las tres décadas siguientes muestran el peso y la relevancia de las posiciones falangistas, visibles en la *primavera azul* de los primeros cincuenta, en la ofensiva constituyente lanzada por Arrese en 1956, en el renovado protagonismo del Consejo Nacional del Movimiento y en los proyectos políticos de Solís y Utrera⁷¹. Por ello, frente al viejo énfasis en la subalternidad y la dependencia, González Madrid ha insistido en la necesidad mutua existente en la relación entre Franco y FET-JONS, pues el partido constituyó una base esencial del poder del dictador y desempeñó «funciones centrales de salvaguarda del régimen», por lo que apunta a reconsiderar al Movimiento en «una posición de centralidad» en la dictadura⁷².

Las investigaciones recientes han continuado avanzando en el análisis del *aparato* fetista en sus múltiples ramificaciones (en especial sus organizaciones de masas y su estructura territorial), en las políticas concretas impulsadas por el falangismo, en el esfuerzo de penetración social y en la caracterización de los cuadros y la militancia⁷³. Los trabajos sobre las organizaciones juveniles (Frente de Juventudes, OJE y SEU) han destacado tanto la relevancia que se otorgaba a

⁷¹ Un aspecto hasta hace poco casi despreciado en la bibliografía sobre el tema, que despachaba el período posterior a 1945, o como máximo a 1957, con una rápida referencia a la derrota «definitiva» y la tendencia declinante del partido. Algo que está siendo superado por la ampliación de los estudios hacia las décadas centrales y el tardofranquismo, con una renovada atención a los proyectos azules: vid. nota 52. Así, se están abordando la reactivación falangista de los años cincuenta, atendiendo a las batallas culturales (Saz), las propuestas de «los jóvenes economistas de la Falange» (Martorell), el renovado activismo del SEU (Rodríguez Tejada), la cultura y práctica política del falangismo (Ruiz Carnicer) o los proyectos de Arrese; también la estrategia sindical de Solís para conseguir apoyo social, renovar el falangismo y asegurar una extensa cuota de poder (Ruiz Carnicer, Amaya, Molinero e Ysàs, González Madrid), el relanzamiento del Consejo Nacional del Movimiento (Ysàs), o la ofensiva postrera del Movimiento encabezada por Utrera (vid. el capítulo de Ferran Gallego en esta obra).

⁷² GONZÁLEZ MADRID, D. A.: «La banalización de FET-JONS», *op. cit.* Sobre la relación entre Franco, Falange y las diferentes tendencias de la coalición reaccionaria, conviene señalar que la subordinación al dictador, el gran poder acumulado por éste y su capacidad de maniobrar aunando apoyos diversos, no nos debe llevar a contemplar a los falangistas, los católicos o los monárquicos como simples marionetas manejadas y engañadas por el hábil dictador, como a veces parece darse a entender. Al respecto, tampoco es muy fiable asumir de forma acrítica las versiones procedentes de los falangistas disidentes y *auténticos*, cuyo relato sobre la *revolución* traicionada por Franco y por falsos o acomodaticios falangistas tiene mucho de autoexculpatoria y legitimadora.

⁷³ Se trata de aspectos en los que no nos es posible detenernos en detalle, pero para los cuales remitimos a los apartados escritos por Carme Molinero, Ángela Cenarro y Martí Marín. En relación con los estudios y vacíos respecto a las secciones del partido vid. THOMÁS, J. M.: «Los estudios sobre las Falanges», *op. cit.*, pp. 298-301, donde señala la falta de investigaciones sobre la Junta Política, el Consejo Nacional (del que en este libro se ocupa P. Ysàs y también han abordado Santacana o Peñalba), la fundamental Delegación Nacional de Provincias, el Servicio de Información e Investigación, la Delegación de la Vieja Guardia, el SEM y el SEPEM.

la juventud, que debía ser clave en la construcción de la *Nueva España*, como el fracaso global de estas organizaciones, el cual impidió la reproducción generacional de la base social del régimen y ayuda a explicar el alejamiento de la juventud respecto del mismo⁷⁴. Asimismo, uno de los focos de atención privilegiada ha sido la Sección Femenina, en relación con las políticas de género, con el encuadramiento y adoctrinamiento de las mujeres en clave falangista y con las tareas asistenciales desplegadas por la organización dirigida por Pilar Primo de Rivera, un aspecto también plasmado en relación con el Auxilio Social⁷⁵. Por su parte, los trabajos sobre el sindicalismo vertical apuntan a superar la tesis «desvalorizadora» que había insistido en su carácter de artificio burocrático sin efectos reales, subrayando su relevancia como aparato de poder e influencia, punto de articulación de intereses empresariales, medio de control social y laboral, así como centro de irradiación del discurso social del régimen⁷⁶. Igualmente se ha prestado una atención específica a las hermandades sindicales de labradores y ganaderos, en el marco de las políticas agrarias, poniendo de manifiesto sus funciones técnicas y asistenciales, así como su importancia en la aplicación de las políticas de la dictadura, de la autarquía a la previsión social, con un marcado componente clientelar⁷⁷.

⁷⁴ RUIZ CARNICER, M. Á.: *El Sindicato Español...*, op. cit. Visiones muy diferentes del FJ en PARRA CELAYA, M.: *Juventudes de vida española. El Frente de Juventudes*, Madrid, San Fernando, 2001; y CRUZ OROZCO, J. I.: *El yunque azul. Frente de Juventudes y sistema educativo. Razones de un fracaso*, Madrid, Alianza, 2001.

⁷⁵ Entre las numerosas aportaciones cabe destacar BLASCO, I.: *Armas femeninas para la contrarrevolución: La Sección Femenina en Aragón*, Málaga, Universidad/IAM, 1999; RICHMOND, K.: *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de la Falange (1935-1959)*, Madrid, Alianza, 2004; CENARRO, Á.: *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2006; OFER, I.: *Señoritas in blue. The making of a female political elite in Franco's Spain*, Brighton, Sussex Academic Press, 2010; MARÍAS CADENAS, S.: 'Por España y por el campo'. *La Sección Femenina en el medio rural oscense, 1939-1977*, Huesca, IEA, 2011. Los debates sobre el tema han tendido a matizar la visión de la SF en clave exclusivamente reaccionaria y clerical, atendiendo a la relativa modernidad de sus planteamientos en comparación con los eclesiásticos, a la contradicción entre el modelo de mujer difundido (sumisa y doméstica) y el modelo de mujer representado por las dirigentes y cuadros de SF (política, activa e independiente), así como a la citada relevancia de las falangistas en las políticas asistenciales.

⁷⁶ BERNAL GARCÍA, F.: *El sindicalismo vertical. Burocracia, control laboral y representación de intereses en la Dictadura Franquista (1936-1951)*, Madrid, AHC/CEPC, 2010; MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005; AMAYA QUER, Á.: «El acelerón sindicalista y sus contradicciones internas: imagen y realidad en la propaganda de la OSE, 1957-1969», *Ayer*, 76 (2009), pp. 269-290.

⁷⁷ GÓMEZ HERRÁEZ, J. M.: «Las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos (1942-1977). Del análisis franquista a la historiografía actual», *Historia Agraria*, 44 (2008), pp. 119-155; LANERO TÁBOAS, D.: *Historia dun ermo asociativo. Labregos, sindicatos verticais e políticas agrarias en Galicia baixo o franquismo*, Santa Comba, TresCtres, 2011; MATEOS, A. (ed.): *La cuestión agraria en el franquismo. Historia del Presente*, 3 (2004); TÉBAR HURTADO, J.: *Contrarrevolución y poder agrario en el franquismo. Rupturas y continuidades. La provincia de Barcelona*, Tesis doctoral, UAB, 2005; ARCO BLANCO, M. Á.: *Las alas del ave fénix. La política agraria del primer franquismo (1936-1959)*, Granada, Comares, 2005.

Los estudios de ámbito local y regional han tenido un amplio desarrollo, en especial los centrados en las instituciones y los cuadros políticos de la dictadura, en algunos casos con atención específica a FET-JONS⁷⁸. Los principales debates se han centrado en el grado de restauración o renovación existente en los cuadros políticos, aunque la cuestión también se relaciona con el peso atribuido al partido. Una primera interpretación ha subrayado la extensa restauración de veteranos políticos derechistas, caciques y representantes de las oligarquías locales, en ayuntamientos, diputaciones y demás centros de poder, incluso al frente de FET-JONS. Esto se ha relacionado con la debilidad del falangismo y el escaso poder del partido, llevando a autores como Cazorla a concluir que la dictadura significaría un salto atrás hacia los equilibrios político-sociales de la Restauración⁷⁹. Frente a esta visión se viene afirmando otra en los últimos años que incide en el mayor grado de renovación observable a partir de 1939, con la llegada de *hombres nuevos*, en su mayoría jóvenes excombatientes y falangistas, que sustituyeron a los viejos notables o compartieron con ellos el poder. Todo ello con la afirmación del protagonismo de FET-JONS como instrumento de control de los poderes locales y vivero casi exclusivo de formación de cuadros, dentro de un radical cambio en la lógica de funcionamiento de las instituciones locales y provinciales, que sancionaba un estrecho control gubernativo a través de los gobiernos civiles⁸⁰. Y es que la unificación de facto de los cargos de gobernador y jefe provincial del Movimiento, tradicionalmente interpretada como una derrota que sancionó la subordinación falangista al Estado, fue más bien un ejemplo de la simbiosis partido-Estado, traducándose en la llegada sistemática de falangistas resueltos al frente de los gobiernos civiles en los primeros años cuarenta, lo cual reforzó la ofensiva azul por la hegemonía en las provincias y redujo la notable con-

⁷⁸ Hemos tratado con mayor detalle el tema en SANZ HOYA, J.: «Jerarcas, caciques y otros camaradas. El estudio de los poderes locales en el primer franquismo», *Historia del Presente*, n.º 15, 2010, pp. 9-26, texto al que remitimos para la bibliografía, junto a THOMÀS, J. M.: «Los estudios sobre las Falanges», *op. cit.*, pp. 301-311. Una visión general en SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos...*, *op. cit.*, y una comparación con el caso italiano en SANZ HOYA, J.: «El partido fascista y la conformación del personal político local al servicio de las dictaduras de Mussolini y Franco», *Historia Social*, 71 (2011), pp. 107-123.

⁷⁹ CAZORLA SÁNCHEZ, A.: «La vuelta a la historia. Caciquismo y franquismo», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 119-132. Una buena síntesis sobre la instauración de los poderes locales en CENARRO LAGUNAS, Á.: «Instituciones y poder local en el Nuevo Estado», en JULIÀ, S. (coord.), *República y Guerra en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa Calpe, 2006, pp. 421-447.

⁸⁰ SANZ HOYA, J.: «FET-JONS en Cantabria y el papel del partido único en la dictadura franquista», *Ayer*, 54 (2004), pp. 281-303 y «Jerarcas, caciques...», *op. cit.*; MARÍN I CORBERA, M.: *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política i administració municipal, 1938-1979*, Lérida, Pagés, 2000; GONZÁLEZ MADRID, D.: *Los hombres de la dictadura. El personal político franquista en Castilla-La Mancha (1939-1945)*, Ciudad Real, Almud, 2007; COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, T. M.: «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948», *Historia Social*, 51 (2005), pp. 49-72; ARCO BLANCO, M. A.: «Hombres nuevos, el personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español», *Ayer*, 65 (2007), pp. 237-267.

flictividad interna que se había desarrollado en las mismas, inaugurando un largo predominio de los hombres del partido en los poderes locales y provinciales⁸¹.

Bien puede decirse, por tanto, que después de una fase «restauracionista» inicial, la dictadura favoreció la formación de una clase político-administrativa propia, por completo adicta y bastante renovada. Dominada en sus niveles superiores por componentes de la burguesía agraria e industrial y de la clase media integrada por profesionales, técnicos, militares y funcionarios; mientras en escalones inferiores y ayuntamientos predominaba una heterogénea suma de agricultores, propietarios, profesionales, pequeños industriales y comerciantes, empleados y funcionarios, además de algunos jornaleros⁸². Se trata de una cuestión que, pese a la abundancia de trabajos sobre personal político, merecería un estudio prosopográfico a fondo que permitiera conocer mejor los tipos de trayectorias personales (incluyendo las derivas fascistas y la experiencia bélica), las motivaciones ideológicas y los intereses socioeconómicos representados por aquellos hombres que ocuparon los escalafones del partido y del estado. Pues además desde las instituciones gestionaron políticas a través de las cuales la dictadura se relacionó con la sociedad, incluyendo las relaciones establecidas con la patronal y las élites económicas, la articulación de la base de apoyo del régimen, el funcionamiento de la autarquía —por tanto, la *gestión del hambre* y también las redes de influencia, favor, corrupción y *estraperlo*— y la invasión de la vida cotidiana a través del control social, del orden público y de las costumbres.

FASCISMO Y SOCIEDAD. CAPTACIÓN DE LAS MASAS, VIOLENCIA, CONSENTIMIENTO, ACTITUDES SOCIALES

Encuadramiento, adoctrinamiento, discurso social, son aspectos que remiten al objetivo fascista de *nacionalización de las masas*. La visión tradicional ha subrayado que el régimen se sostuvo sobre el binomio de violencia represiva y desmovilización, sin acudir a los esfuerzos de búsqueda del consenso popular propios de los fascismos⁸³. Sin dejar de tener en cuenta el enorme peso de la

⁸¹ Expongo con mayor detalle la cuestión en SANZ HOYA, J.: «Camarada gobernador. Falange y los gobiernos civiles durante el primer franquismo», en NICOLÁS MARÍN, E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.): *Ayer en discusión*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008; vid. asimismo el capítulo de Martí Marín en el presente libro. Un buen estudio del despliegue de las políticas de un gobernador y su relación con los intereses económicos en TÉBAR HURTADO, J.: *Barcelona, anys blaus. El governador Correa Vergilón: poder y política franquistas (1940-1945)*, Barcelona, Flor del Vent, 2011.

⁸² SANZ HOYA, J.: «Jerarcas, caciques...», *op. cit.*, p. 18.

⁸³ En mi opinión el concepto de *consenso* resulta equívoco e inadecuado para su aplicación en un marco dictatorial, resultando más adecuado hablar de *apoyos sociales*, *legitimación* o *captación de las masas*. Han discutido la cuestión del *consenso* BARBAGALLO, F. et al.: *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya*, Barcelona, Crítica, 1990; YSÀS, P.: «Consens i dissens en el primer franquisme», en

represión y del control social, un sector de la historiografía está apuntando la relevancia del esfuerzo de *captación de las masas*, al frente del cual estuvieron los falangistas. Molinero ha subrayado la centralidad de la política y el discurso social como uno de los referentes más significados de la legitimación franquista, vinculado con la voluntad de reforzamiento de la comunidad nacional y traducido tanto en un conjunto de políticas de previsión y asistencia social (impulsadas por los falangistas desde el Ministerio de Trabajo, las obras sindicales, Sección Femenina y Auxilio Social) como en el despliegue de un discurso propagandístico fundado en la idea de justicia social⁸⁴. El esfuerzo de penetración social y legitimación de la dictadura tuvo otro campo fundamental en el aparato de prensa y propaganda, uno de los ejes del poder falangista a través de una extensa Cadena de Prensa del Movimiento presente en todo el país, en un marco de férreo control estatal⁸⁵. Un aparato volcado en la legitimación de la dictadura, en un principio portavoz del discurso nacionalsindicalista revolucionario, para moderar pronto sus planteamientos de acuerdo a la redefinición ideológica que acentuó los elementos católicos, *originales* y *españoles* del falangismo, siempre reivindicando al Movimiento como inspirador del *régimen del 18 de julio* y adalid de las políticas sociales. Sin embargo, este dominio azul no alcanzó a la educación, la cual, tras una feroz depuración que expulsó de la enseñanza a los docentes no adictos, estuvo por lo general bajo control de los *católicos*, con una fuerte presencia del sector religioso, en claro contraste con los proyectos educativos del partido⁸⁶. Mayor peso tuvo el falangismo en la *alta cultura*, a través del Instituto y la Revista de Estudios Políticos y de publicaciones como *Escorial*, *Vértice* o *El Español*, aunque desde luego en este terreno tampoco le fue posible conquistar

DI FEBO, G. y MOLINERO, C. (eds.): *Nou Estat*, *op. cit.*, pp. 161-190 y muchos de los trabajos incluidos en las notas 84, 85 y 94.

⁸⁴ MOLINERO, C.: *La captación de las masas*, *op. cit.*, y «El reclamo de la política social en las políticas de consenso del Régimen franquista», *Ayer*, 56 (2006), pp. 93-110. Por otro lado, las políticas asistenciales podían ir estrechamente unidas al control social y la humillación de la población, como muestra CENARRO, Á.: *La sonrisa de Falange*, *op. cit.*

⁸⁵ BERMEJO SÁNCHEZ, B.: «La Vicesecretaría de Educación Popular (1941-1945): un «ministerio» de la propaganda en manos de Falange», *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Contemporánea*, IV (1991), pp. 73-96; MARTÍN DE LA GUARDIA, R.: *Información y propaganda en la Prensa del Movimiento. «Libertad» de Valladolid, 1931-1939*, Valladolid, Universidad, 1994; CHULIÁ RODRIGO, E.: *El poder y la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras. El régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001; SEVILLANO CALERO, F.: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, Universidad, 1998 y «Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del Nuevo Estado», *Pasado y Memoria*, 1 (2002), pp. 81-110; LAZO, A.: *La Iglesia, la Falange y el fascismo (Un estudio sobre la prensa española de posguerra)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998. Existen numerosas comunicaciones y artículos sobre diarios y aspectos concretos, aunque carecemos de estudios sobre *Arriba*, *Pueblo* y otros destacados portavoces falangistas.

⁸⁶ CÁMARA VILLAR, G.: *Nacionalcatolicismo y Escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Jaén, Hesperia, 1984; GERVILLA CASTILLO, E.: *La Escuela del Nacional-catolicismo*, Granada, Impredisur, 1990; MORENTE VALERO, F.: *La escuela y el Estado Nuevo. La depuración del magisterio nacional, 1936-1943*, Valladolid, Ámbito, 1997.

la hegemonía cultural frente a la fuerte presencia de los medios católicos y reaccionarios (que tuvieron sus principales centros de elaboración en el CSIC, *Arbor*, la ACNdp y las revistas eclesiásticas)⁸⁷.

Las políticas de legitimación y de captación de las masas de los fascismos se engloban en una realidad bifronte, pues van estrechamente unidas al extenso uso de la coacción, el control social y la violencia política como mecanismos para aplastar la disidencia y forjar la comunidad nacional; de ahí la gran atención prestada por la historiografía a la retórica, la utilización y la funcionalidad de la violencia en los movimientos y los regímenes fascistas. No podía ser de otra manera en el caso español, donde el estudio de la llamada *represión* franquista constituye un género propio que ha dado lugar a una extensísima bibliografía, señalando la extensa participación de los falangistas en la misma. Sin embargo, paradójicamente, ha existido una escasa atención específica a esta *violencia azul* y una pobre conceptualización sobre la relación entre violencia y fascismo, dando por descontado con gran frecuencia que el terror desatado por los rebeldes desde julio de 1936 era *per se* fascista⁸⁸. Rompiendo con esta tendencia, se están planteando aportaciones muy interesantes que se nutren de la mirada comparativa, destacando la experiencia de la guerra civil y de la violencia desatada en el frente y en la retaguardia dentro del proceso de *brutalización de la política* que marcó la Europa de entreguerras y del desarrollo de una *cultura de guerra*⁸⁹. En este contexto de exaltación y uso de la violencia, de eliminación y expulsión de la comunidad nacional del enemigo y de construcción de la identidad a través del combate, ha situado Rodrigo «el humus identitario y social del que nació el

⁸⁷ Sobre las dinámicas de la alta cultura SAZ, I.: *España contra España*, op. cit.; SESMA LANDRÍN, N.: «Propaganda en la alta manera e influencia fascista. El Instituto de Estudios Políticos (1939-1943)», *Ayer*, 53 (2004), pp. 155-178; ÍD. (ed.): *Antología de la Revista de Estudios Políticos*, Madrid, BOE, 2009; GRACIA GARCÍA, J. y RUIZ CARNICER, M. Á.: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 155-185 y 212-233.

⁸⁸ ESPINOSA, F. (ed.): *Violencia roja y azul: España 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010. Se pueden señalar como motivos la tradicional consideración del conflicto español como una guerra frente al fascismo, una visión del fascismo fundada sobre todo en el extenso uso de la violencia al servicio de un proyecto contrarrevolucionario, así como la relevante participación de los falangistas en esta violencia. Sin embargo, otros autores han tendido a ver el despliegue de terror rebelde más bien como una muestra de su carácter no-fascista, al entender que ello implicaba el predominio de la voluntad de exterminio del rival político sobre el proyecto fascista de captación de las masas, algo que resulta discutible si atendemos a las características represivas de los fascismos en una dinámica de guerra civil encarnizada (piénsese en la República Social Italiana). Sobre esta cuestión vid. asimismo el capítulo de Javier Rodrigo en la presente obra. Sobre su funcionalidad para la dictadura, CENARRO, Á.: «Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del Nuevo Estado», en *Historia Social*, 30 (1998).

⁸⁹ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general dentro del contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87; así como los textos de J. Rodrigo, E. González Calleja, R. Cruz y C. Gil Andrés en el dossier RODRIGO, J. (ed.): *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*, *Ayer*, 36 (2009). Más interesado en los efectos de la violencia sobre los derrotados, RICHARDS, M.: *A Time of Silence. Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

fascismo *alla maniera* española», resultando por tanto en su opinión una violencia fascista por su naturaleza y praxis, «destinada a la depuración, limpieza, protección y construcción con las armas de una sociedad nueva, un Estado nuevo, una nueva España fascista»⁹⁰.

El peso de la guerra en la legitimación franquista y, en concreto, de la experiencia de la violencia y del combate en la forja de la adhesión a la dictadura, ha llevado a prestar atención también a los *excombatientes*, que desempeñaron un protagonismo relevante en el imaginario, en la gestión del poder y en el sostén del *régimen del 18 de julio*⁹¹. Para el falangismo, la guerra y el frente constituyeron un *momento de memoria* de primer orden, en el que *la juventud* puso las bases de la *Nueva España* con las armas en la mano, un motivo no solo retórico sino muy presente en la experiencia y la memoria, muy teñidas de azul mahón, de tantos miembros de la *generación del 36*, alféreces provisionales, *camisas viejas* o *nuevas* enrolados en las banderas falangistas. Además de todo ello, debe tenerse en cuenta el compromiso de muchos españoles con la represión en sus múltiples vertientes, desde la participación en paseos y palizas a la delación, una implicación que operó como factor de adhesión a la dictadura, vinculando a perpetradores y cómplices en una suerte de vínculo de sangre y de temor a una posible revancha o exigencia de responsabilidades en caso de un cambio político⁹².

La historiografía ha abordado ampliamente la extensión de los mecanismos represivos, buscando explicar los efectos que supuso la enorme «inversión en terror» de la guerra y la posguerra para eliminar opositores, silenciar a la disidencia y acallar duraderamente la contestación social⁹³. Sin las diversas memorias de la guerra y sin el contexto de la posguerra no resulta posible explicar las *actitu-*

⁹⁰ RODRIGO, J.: «Violencia y fascistización en la España sublevada», en MORENTE, F. (ed.): *España en la crisis...*, op. cit., pp. 79-95. Vid. el capítulo de Rodrigo en la presente obra, donde se podrán observar mejor los matices de su argumentación. Entiendo que es fundamental esta atención a la importancia decisiva de la experiencia de guerra en el proceso de fascistización, al margen de que la inclusiva concepción de fascismo planteada pueda ser objeto de debate.

⁹¹ Tema por mucho tiempo descuidado, que se encuentra investigando Ángel Alcalde Fernández en su tesis doctoral.

⁹² Sobre la participación y colaboración con la violencia franquista MIR, C., CORRETGÈ, F., FARRÉ, J., SAGUÉS, J.: *Repressió econòmica i franquisme. L'actuació del Tribunal de Responsabilitats Polítiques a la província de Lleida*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1997; CASANOVA, J., ESPINOSA, F., MIR, C., MORENO, F.: *Morir, matar, sobreviure. La violència en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002; CENARRRO, Á.: «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, 44 (2002), pp. 65-86; GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006; ANDERSON, P.: *The Francoist Military Trials: terror and complicity, 1939-1945*, Londres, Routledge, 2010; ANDERSON, P. y DEL ARCO, M. Á.: «Construyendo la dictadura y castigando a sus enemigos. Represión y apoyos sociales del franquismo», *Historia Social*, 71 (2011), pp. 125-141; PAREJO FERNÁNDEZ, J. A.: «Fascismo rural, control social y colaboración ciudadana», *Historia Social*, 71 (2011), pp. 143-159.

⁹³ PRESTON, P.: *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate, 2011.

des sociales, un terreno de estudio en el que se están haciendo interesantes progresos, recogiendo los avances de la *Alltagsgeschichte* y con un amplio uso de la historia oral. Se trata de una vía de acercamiento fundamental para descifrar si los discursos y las prácticas destinados a generar adhesión tuvieron un mayor o menor efecto, así como para conocer los modos a través de los cuales los individuos se relacionaban con el poder. Los resultados de los fructíferos trabajos sobre Valencia, Galicia o Cataluña muestran la complejidad de unas actitudes sociales que no son reducibles a la dicotomía entre consenso y disenso, apoyo y oposición, colaboración y resistencia, sino que mantienen una amplia gama de posiciones dentro de una *zona gris* intermedia⁹⁴. También parecen indicar que las políticas de la dictadura —el discurso de la prensa, la creación de una memoria negativa de la República, las políticas sociales, la gestión asistencial vinculada al sindicalismo vertical— tuvieron un mayor impacto del que habitualmente se ha pensado en términos de favorecer variadas formas de *consentimiento hacia el franquismo*, en especial en las zonas rurales. Pero, al tiempo, se pone de manifiesto la extensa hostilidad a la dictadura y al partido único que frecuentemente se ocultaba tras la apariencia de desmovilización y apatía, un rechazo mayoritario entre la clase obrera, aunque pudiera ser compatible con la complejidad de las actitudes con respecto a las políticas sociales. Consideramos que resulta fundamental la profundización en esta *historia social desde abajo* del franquismo, sin la cual ni es concebible acercarnos a la experiencia de la gran mayoría de la población, ni resulta posible puentear la difícil conexión entre el estudio de las políticas de la dictadura y los efectos suscitados por las mismas en la base social.

El estudio de las bases sociales del fascismo español debe remitir forzosamente a la militancia falangista, que más allá de algunos tópicos, no nos es demasiado bien conocida. Si hasta 1936, Falange tuvo una reducida —aunque activa— base militante formada sobre todo por jóvenes procedentes de las clases medias y altas, durante la guerra se convirtió en un partido de masas, con la llegada de cientos de miles de nuevos militantes de variada procedencia política y social. Como han señalado Parejo y otros, es un error considerar este ingreso masivo de seguidores solo como fruto del oportunismo y debería valorarse también la capacidad de atracción sobre extensos sectores sociales que demostró la retórica radical, voluntarista y revolucionaria del nacionalsindicalismo. Las filas falangistas incluyeron tanto a destacados exponentes de las elites sociales como a numero-

⁹⁴ SAZ, I. y GÓMEZ RODA, A. (eds.): *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Epistema, 1999; FONT I AGULLÓ, J.: *¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Girona, Diputació de Girona, 2001; CABANA IGLESIA, A.: *Xente de Orde. O consentimento cara ao franquismo en Galicia*, Santa Comba, TresCtres, 2009 y «De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940-1960)», *Historia Social*, 71 (2011), pp. 89-106; SEVILLANO CALERO, F.: «Consenso y violencia en el Nuevo Estado franquista: historia de las actitudes cotidianas», *Historia Social*, 46 (2003), pp. 159-171.

sos miembros de la pequeña burguesía, del campesinado mediano y modesto y, en algunos casos, jornaleros y escasos obreros, de manera bastante congruente con la especial relevancia de los estratos medios rurales en la base del franquismo⁹⁵. El número de afiliados llegó a rozar en los años cuarenta el millón de hombres, lo que para algunos corroboraría «el fracaso del partido único en la consecución de un apoyo masivo al *nuevo* Estado»⁹⁶. Por el contrario, en nuestra opinión tales datos muestran una base humana impresionante, si bien la cantidad de carnés fruto de la conveniencia o del entusiasmo pasajero, unidos al desánimo y a la creciente desmovilización posteriores, redujesen bastante con los años la base militante activa. Carecemos casi por completo de aproximaciones específicas a las ideas, las actitudes o la evolución de esta militancia, para cuya comprensión debería atenderse a los procesos de movilización y radicalización política operados en los años treinta, a la experiencia crucial de la guerra civil y de la violencia de guerra y posguerra.

CONSIDERACIONES FINALES

Una primera consideración después de este repaso de la cuestión es que la historiografía sobre el fascismo español se encuentra en un momento muy productivo, del cual están resultando buen número de interesantes estudios que suponen la apertura de nuevos campos de trabajo y la incorporación de nuevas categorías, una situación muy relacionada con la atención a los estudios internacionales (si bien señalando en el debe la aún escasa recepción exterior de los progresos de la historiografía española). De manera general, la suma de las aportaciones de la historia política tradicional con aquellas influidas por la historia cultural y la historia social apunta a un salto adelante cualitativo que está modificando de manera evidente nuestra manera de entender el falangismo, el partido único y la dictadura franquista en su conjunto.

⁹⁵ LAZO, A.: *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998; PAREJO FERNÁNDEZ, J. A.: *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla (1934-1956)*, Sevilla, Universidad-Ateneo, 2004; SANZ HOYA, J.: *La construcción...*, *op. cit.*; ARCO BLANCO, M. Á. del y GÓMEZ OLIVER, M.: «Los franquistas del campo. Los apoyos sociales del régimen de Franco (1936-1951)», en ORTEGA LÓPEZ, T. M. y COBO ROMERO, F. (eds.): *La España rural (Siglos XIX y XX)*, Granada, Comares, 2011; ALCALDE, Á.: *Lazos de sangre. Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.

⁹⁶ La valoración y los datos en MORENO FONSET, R. y SEVILLANO CALERO, F.: «Los orígenes sociales del franquismo», *Hispania*, 205 (2000), pp. 703-724. En 1941 FET-JONS contaba con 890.000 afiliados, excluyendo las ramas juveniles y femenina, cifra que en 1949 llegaba a 986.793 (cerca del 10% del total de varones adultos), manteniéndose por encima de los 900.000 hasta los años sesenta. Por su parte RIQUER, B. de: *La dictadura franquista*, *op. cit.*, p. 35, da un cómputo global de 2.242.513 en diciembre de 1941, más del 8,6 de la población, incluyendo 932.000 varones, 600.000 mujeres y los afiliados/as juveniles (p. 35).

Como ya hemos apuntado antes, una parte importante de la historiografía ha considerado a FET-JONS como un partido fracasado y artificial, un ente burocrático instrumentalizado por un poder estatal ajeno, que funcionaba como contenedor de los apoyos reaccionarios del régimen. A partir de ahí, numerosos autores han subrayado el carácter cosmético y debilitado del fascismo en la dictadura franquista, definida por la absoluta victoria del nacionalcatolicismo y de la derecha tradicional o reaccionaria. Tampoco han faltado quienes han integrado sin mayores problemas la derrota falangista y la imposición reaccionaria y clerical dentro de un modelo de *fascismo español*, un fascismo católico con un débil partido único que en todo caso había desempeñado una función social similar a los otros fascismos europeos.

Sin embargo, a la luz del conjunto de nuevas aportaciones que hemos repasado se impone una reconsideración del carácter y del peso del *sujeto fascista* y del *partido único* en el franquismo. En primer término, por la existencia de una ideología y una *cultura política falangista* diferenciada del nacionalcatolicismo y plenamente inserta en el paradigma fascista, nucleada por lo tanto por un ultranacionalismo populista, que pretendía superar en clave totalitaria las hondas fracturas sociales a través de una *revolución nacionalsindicalista* que fundiese a las masas en una comunidad nacional, asegurando la justicia social y aspirando a una expansión exterior imperialista. También, por la relevancia crucial para el falangismo de la guerra civil, que impulsó su conversión en un partido de masas, aunando la condición de partido-milicia con la de partido único desde abril de 1937, en un contexto marcado por un acelerado proceso de *fascistización* del poder y la sociedad en la zona rebelde, paralelo a otro de extremada *catolización*. Pero, además, la guerra constituyó un momento fundacional para el *Nuevo Estado*, para sus apoyos y específicamente para el falangismo, en tanto que ámbito de experiencia, de violencia, de memoria, de generación de una *cultura de la Victoria* con la cual se identificaron amplios sectores sociales, que conformaron la principal base social de la dictadura.

La nueva FET-JONS quedaba subordinada a Franco y debía basarse en una fusión política e ideológica de falangismo y tradicionalismo, de fascismo y nacionalcatolicismo, pero ello no impidió que se afirmase pronto el componente falangista, siempre hegemónico en el partido. El control del mismo fue la base desde la cual los falangistas impulsaron sus ofensivas y pugnas por el poder, fuese en pos de la fallida imposición de una hegemonía totalitaria, fuese para ampliar o sostener parcelas concretas de poder e influencia, pugnas que se resolvieron tanto con derrotas evidentes, como con conquistas innegables, triunfos ambiguos y, sobre todo, frecuentes compromisos. Como resultado de ello, el Movimiento constituyó un centro de poder fundamental y los falangistas mantuvieron durante décadas extensas áreas de gestión, tanto en la administración central como —de manera muy acentuada— en la supervisión de las provincias, destacando su

peso en el control social, la provisión de cuadros, el aparato sindical, la red de prensa y propaganda, así como en la elaboración del discurso y de las políticas sociales del régimen. Ciertamente, todo ello debe entenderse en el doble marco de la subordinación al *Caudillo* y de la evolución política del régimen, que se tradujo en una tendencia a la reducción del poder falangista y del propio componente fascista del falangismo y del régimen con el paso del tiempo. Sin embargo, conviene no entender en sentido unidireccional la relación de dependencia con respecto al dictador, pues Franco sabía bien que necesitaba al partido del que era jefe nacional para perpetuarse en el poder, contrarrestar a las demás tendencias derechistas y sostener el esfuerzo de legitimación social de la dictadura. Y por otro lado, las sucesivas pérdidas de peso político falangista no impidieron que los jerarcas del Movimiento mantuviesen hasta el final una cuota de poder relevante, sostenida por un fuerte entramado mediático, político y clientelar. En suma, todo ello hace necesario dejar de contemplar el continuo FET-Movimiento desde la óptica de la auxiliabilidad y la subordinación al Estado —un Estado bastante teñido de azul— y situarlo como componente esencial de la dictadura.

Como ya hemos dicho, los falangistas querían conquistar el poder para desde el mismo integrar el apoyo de las masas populares a su proyecto de revolución nacional y existe un amplio acuerdo en que ahí tuvieron un rotundo fracaso. Pero no solo porque no pudieran hegemonizar el Estado, ni tampoco porque la dictadura optase por sostenerse solo sobre la represión y, por tanto, abdicara supuestamente de la *organización del consenso*. Ello supondría olvidar que si el franquismo fue tan ferozmente represivo, en especial en los años cuarenta, se debió no a una renuncia a la búsqueda de apoyos, a la impregnación cultural de la población, sino a la evidencia de la encarnizada resistencia con que se había encontrado en una guerra de consecuencias indelebles, así como a la lucha guerrillera y a la hostilidad de buena parte de la población en la posguerra, una oposición como no se ha encontrado tal vez ninguna dictadura, fascista o de otro tipo. Con todo, no es posible minusvalorar la existencia de una considerable base social del franquismo, una parte importante de la cual se encuadró en el partido único y que debió incluir tanto a la burguesía como a una parte relevante de las clases medias y de las capas campesinas. Esto mostraría tanto el peso y la intensidad de la radicalización y la fascistización de amplios sectores sociales durante los años treinta, como la efectividad de los recursos de la dictadura para mantener un cierto grado de apoyo, en especial entre la comunidad simbólica de *vencedores*. Siempre, ciertamente, sin olvidar la complejidad que supone captar las múltiples posiciones y adaptaciones frente al poder de tantos españoles y españolas, en un marco dictatorial marcado por la represión, la penuria y el recuerdo de la guerra. Tales fueron precisamente los márgenes en los cuales se movieron las posibilidades de conquista de apoyos sociales por la dictadura, limitados por la enorme fractura causada por el conflicto, por la perpetuación

cotidiana de la división entre vencedores y vencidos, por la continuada represión, por las enormes desigualdades sociales y por la miseria de la famélica posguerra española, factores todos ellos que dificultaron enormemente la penetración entre la mayor parte de los integrantes de las clases populares, en especial entre los *vencidos*.

Evidentemente, los avances de la historiografía nos plantean nuevos retos y abren nuevos interrogantes, en un terreno en el cual queda mucho por investigar. En especial, es visible que la descripción planteada presenta importantes vacíos en los que entrar, sugerencias por desarrollar, hipótesis por contrastar. Continúa abierta la cuestión sobre el lugar de la dictadura franquista en el marco comparado, en especial si atendemos a su período central y final. Unos años cincuenta, sesenta y setenta para los cuales también es necesario afinar en el análisis de la significación del proyecto falangista, una vez que la rebaja en las aspiraciones fascistas originarias hace legítimo plantear nuevas conceptualizaciones de ese extraño superviviente, sea que lo consideremos un fascismo residual, una fuerza *fascistizada*, *postfascista* o nacionalista autoritaria. También es preciso profundizar en la investigación sobre los cuadros y las bases falangistas, avanzando de las estadísticas al terreno de las ideas, las motivaciones, la caracterización y evolución socioeconómica, las trayectorias políticas, o los mecanismos clientelares y de promoción ofrecidos por el partido y el sindicalismo vertical. Igualmente, debe ahondarse en el estudio de las actitudes sociales, que tan buenos resultados está ofreciendo, con el recurso a la historia oral y el avance cronológico hacia esa segunda mitad del período dictatorial que solo recientemente está siendo estudiada con el necesario detalle. Y, por supuesto, resulta imprescindible preguntarse por los duraderos efectos de la dictadura en la sociedad española, no tanto por los aciertos o errores de la transición, cuanto por la persistencia de actitudes, ideas y símbolos heredados del franquismo hasta nuestros días.

FASCISMO Y NACIÓN EN EL RÉGIMEN DE FRANCO. PERIPECIAS DE UNA CULTURA POLÍTICA

ISMAEL SAZ¹
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Como sabemos, no es fácil que los historiadores alcancemos acuerdos o consensos generalizados sobre muchos de los procesos y fenómenos históricos a cuyo estudio nos enfrentamos, ni tampoco a la hora de definir los conceptos, modelos o herramientas de que nos dotamos para la mejor aproximación a dichos procesos. En el terreno que nos ocupa, podríamos decir que la dificultad se eleva al cuadrado, toda vez que nos hallamos, por una parte, ante la existencia de diversas y alternativas posiciones en torno a la definición de lo que es una cultura política, y por otra, con la, a veces lamentada, a veces celebrada, falta de un consenso mínimo en torno a la llamada «naturaleza del fascismo»². Por si fuera poco, y con pocas excepciones, los especialistas en fascismo, los «fascistólogos», si se quiere, parecen más inclinados a ignorar que no a tomar en cuenta la perspectiva de las culturas políticas, con lo que, todo sumado, el texto que presentamos podría correr el riesgo de situarse en *terreno de nadie*, o, en lo que seguramente no sería mucho mejor en cuanto a clarificación, en *todos los terrenos*.

Por supuesto, no se trata de plantear aquí ningún tipo de alternativa mínimamente desarrollada a este juego de antinomias y desencuentros. Pero sí estamos en la obligación de exponer cuáles son nuestras posiciones al respecto, de modo que el lector pueda conocer los planteamientos historiográficos y las premisas a

¹ El autor participa del proyecto de investigación HAR2011-27392 financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

² Como se sabe, la pretensión de Rogger Griffin acerca de que un «nuevo consenso» se estaba formando entre los estudiosos del fascismo, encontró el rechazo de buen número de historiadores, el distanciamiento de otros e incluso la frialdad de algunos de los que podían estar más próximos a sus planteamientos. Pueden verse algunas de esas críticas y las respuestas de Griffin en, GRIFFIN, R.: «The Primacy of Culture: The Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies», *Journal of Contemporary History*, 37 (2002), pp. 21-43. Véase también, KALLIS, A.: «El concepto de fascismo en la historia anglófona comparada», en MELLON, J.A. (coord.): *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 15-70 (49-50). Lo lejos que nos hallamos de la existencia de un consenso mínimamente satisfactorio entre los historiadores viene también perfectamente reflejado en las contribuciones de Stanley G. Payne y A. Lyttelton, en el reciente volumen, COSTA PINTO, A. (ed.): *Retbinking the Nature of Fascism. Comparative Perspectives*, Londres, Palgrave MacMillan, 2011, pp. VII-XII y 271-278, respectivamente.

partir de las cuales el autor se enfrenta a su objeto de estudio, en este caso, la dimensión nacionalista de una cultura política, la del fascismo español, en el marco de la dictadura franquista. Consecuentemente enunciaremos en un primer momento las mencionadas premisas, para desarrollar seguidamente una serie de reflexiones acerca del problema nacional en el fascismo español y en el régimen franquista.

¿POR QUÉ EL FASCISMO COMO CULTURA POLÍTICA?

Como apuntábamos, la noción misma de cultura política es en sí misma conflictiva. Por decirlo de un modo un tanto sumario, tenemos en este terreno desde las perspectivas que apuntan a la existencia de *una* cultura política nacional (de los españoles, de los franceses, de los norteamericanos...) en la línea y la herencia más o menos crítica del funcionalismo «modernizador» de Gabriel Almond y Sydney Verba, hasta aquellas que apuntan a la existencia de una pluralidad de culturas políticas, mejor o peor definidas, en el interior de cada país.

Esta última perspectiva ha encontrado sus mejores desarrollos en una historia de las culturas políticas muy relacionada con las líneas de renovación de la historia cultural y de la historia política. Bien que aquí se pueda diferenciar entre aquellos enfoques, como el de Keith M. Baker, que privilegian el lenguaje (la cultura política como «conjunto de discursos, o prácticas simbólicas»), y aquellos otros de la historiografía francesa, con Serge Bernstein y Jean-François Sirinelli como principales referentes, que vinculan las culturas políticas a las familias y tradiciones políticas (liberales, republicanos, socialistas, nacionalistas...) para definir la cultura política como «un conjunto de representaciones que configuran un grupo humano, una visión del mundo compartida, una común lectura del pasado, una proyección en el futuro vivida conjuntamente»³.

Desde el punto de vista que aquí se sostiene, algo ecléctico en la medida que considera que los dos enfoques reseñados en el párrafo anterior no tienen por qué ser antagónicos y sí pueden ser, en cambio complementarios, la perspectiva de las culturas políticas puede ser sumamente fecunda en su aplicación al fascismo y a las fenómenos políticos más próximos a éste. Y ello, tanto en su dimen-

³ BAKER, K.M.: «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución francesa», *Ayer*, 62 (2006), p. 94; SIRINELLI, J.F.: «De la demeure à l'agora. Pour une histoire culturelle du politique», en BERNSTEIN, S. y MILZA, P. (eds.): *Axes et méthodes de l'histoire politique*, París, PUF, 1998, pp. 385-386. Por razones obvias, lo que aquí apuntamos es sumamente sintético y no da cuenta de la gran complejidad de los enfoques y estudios sobre las culturas políticas. Nos hemos ocupado más ampliamente de ello en, SAZ, I.: «La historia de las culturas políticas en España (y el extraño caso del fascismo español)», en PELLISTRANDI, B. y SIRINELLI, J.F.: *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, pp. 215-234.

sión internacional, esto es, en relación con ese gran y recurrente debate acerca del «fascismo genérico», su posibilidad y su consistencia, como acerca de las diversas experiencias fascistas.

En el primer sentido, en torno al fascismo genérico, si bien se observa, la perspectiva de las culturas políticas entra de lleno —o debería hacerlo— en el que constituye posiblemente el núcleo del debate actual, aquel que contrapone la denominada perspectiva cultural o «culturalista», o «intelectualista», con Griffin y Gentile como principales, aunque no únicos, referentes, y aquel otro que, criticando las supuestas o reales dimensiones esencialistas o estáticas de esta aproximación, incide en la necesidad de centrar la atención también en las prácticas, las estructuras u otros elementos más próximos al análisis sociológico⁴. Sin que falte quien, como Eatwell, formule una contraposición entre la apreciación del fascismo como fenómeno cultural o como fenómeno político, para optar decididamente por esta última posición⁵.

En mi opinión, es precisamente la perspectiva de las culturas políticas la que permite superar estas contraposiciones. Sabemos desde Mosse que hay una cultura fascista y pocos negarían a día de hoy que estamos ante un fenómeno político. Continuar diciendo a partir de ahí que se trata de una cultura política podría parecer simplista, además de una obviedad tautológica. Pero no se entendería muy bien por qué en este caso, el del fascismo, y no en otros, los términos cultura y política deben aparecer como contrapuestos en lugar de articulados⁶. Por otra parte, hasta la perspectiva, supuesta o realmente, más reduccionista desde el punto de vista del lenguaje, la de Baker, asume que las culturas políticas son un conjunto de discursos y prácticas simbólicas. Admitamos que pueda haber más prácticas además de las «simbólicas», o, simplemente, llamémoslas de otra forma. Pero tampoco se advierte, por aquí, la necesidad de contraponer discurso y prácticas; aunque sólo sea porque es el discurso el que articula las prácticas, les da sentido, las orienta o sencillamente las explica. No hay otra forma de captarlas, de no ser, claro es, que partamos de una *verdad* previa y exterior al fenómeno que estudiamos y que, por eso, sea esa verdad y ese, en última instancia, apriorismo, lo que le dé sentido.

⁴ Significativamente, PAXTON, R.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005 (2004) y MANN, M.: *Fascists*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

⁵ EATWELL, R.: «Ideology, Propaganda, Violence and the Rise of Fascism», en COSTA PINTO, A. (ed.): *Rethinking the Nature...*, pp. 165-185.

⁶ En realidad, mucho del juego de oposiciones a la existencia y posible teorización del «fascismo genérico», remite a una *excepcionalidad* en el tratamiento del fascismo que hurta a este fenómeno de su condición de un movimiento político, de una ideología y unas prácticas, de una cultura política, en suma, que puede ser estudiada desde perspectivas historiográficas y metodológicas, con las herramientas conceptuales, que, en cambio, se admiten como «normales» para otros movimientos y procesos, como pueden ser el liberalismo, republicanismo, socialismo, anarquismo..., cuyo carácter, como dice la nueva moda, «transnacional» nadie cuestiona.

Claro que se podría hablar también de estructuras condicionantes, respecto de las cuales habría de ser estudiado y definido el fascismo. Pero tampoco por aquí avanzaremos demasiado. Porque ¿de qué estructuras se trata? ¿de los capitalistas, financieros, terratenientes, militares, iglesias...? ¿de las elites tradicionales de poder? ¿de las elites conservadoras? Pero, ¿estaban todas ellas mudas? ¿marchaban todas al unísono? ¿sus prácticas estaban «sobredeterminadas»? o, por el contrario, ¿no tenían sus propios discursos, no siempre simples y con frecuencia contradictorios? ¿Acaso no «actuaban» en el marco de distintas culturas políticas? Dicho de otro modo, en las relaciones del fascismo con su contexto, en la configuración de unas prácticas determinadas, deberíamos profundizar en el análisis de los discursos-prácticas del fascismo en su relación con otros discursos-prácticas. Tenemos discursos-prácticas a un lado y a otro, y no se puede contraponer el *discurso* fascista a la *práctica* de los demás; ni viceversa. Del mismo modo que no se puede entender el discurso-práctica de los fascistas sin analizarlo en su interrelación con los otros discursos-prácticas; y viceversa.

Entendido así, como cultura política, podemos hablar de un fascismo genérico articulado en torno a un discurso que es cultural, político e ideológico. Si se quiere, a unas ideas, unos valores o a una ideología; pero que las ideas cuentan y que hay que tomárselas «en serio» ya pocos lo discuten⁷. Más aún, habría que convenir que, por este lado, hay más consenso entre los historiadores del que a veces se quiere reconocer: ultranacionalismo (o nacionalismo extremo, o nacionalismo absoluto), palingenesia (o revolución, o redención, o regeneración, o respuesta extrema a un síndrome de decadencia de la comunidad), populismo (la comunidad nacional-popular como referente legitimador), violencia y guerra (exclusión del otro, propensión a la guerra y a la limpieza étnica, al exterminio...)⁸. Otra cosa es cómo se articula todo esto en los distintos enfoques. Aunque pueda añadirse que los mencionados elementos de consenso se disolverían por comple-

⁷ LYTTLETON, A.: «Concluding Remarks», en COSTA PINTO, A. (ed.): *Rethinking the Nature...*, p. 273.

⁸ Retomamos aquí elementos de las «definiciones» de fascismo de Roger Griffin: el fascismo como una forma «palingenésica de ultranacionalismo populista»; de Robert Paxton: «una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, su humillación o victimización y por cultos compensatorios de unidad, energía y pureza, en que un partido con una base de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una colaboración incómoda pero eficaz con elites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora y sin limitaciones éticas o legales objetivos de limpieza interna y expansión exterior»; y de Michel Mann: «fascism is the pursuit of a transcendent and cleansing nation-statism through paramilitarism». GRIFFIN, R.: *The Nature of Fascism*, Londres/Nueva York, Routledge, 1993, p. 26; PAXTON, R.: *Anatomía...*, p. 255; MANN, M.: *Fascists...*, p. 13. Insistimos en que dada la naturaleza de nuestro trabajo las referencias a la historiografía sobre el fascismo es extraordinariamente selectiva, aunque esperamos que sea significativa. Por otra parte, al apuntar la existencia de ciertos aspectos coincidentes en las distintas aproximaciones reseñadas no pretendemos definir una especie de síntesis más o menos articulada, aunque sí constatar que la existencia de esos mínimos elementos de consenso expresa ya, en sí misma, un avance en los estudios sobre el fascismo.

to en el supuesto de que se tendiera a reducirlos a uno sólo por ejemplo la propensión a la limpieza étnica o al exterminio⁹—, pues en tal caso no haríamos sino recaer en viejos esencialismos y reduccionismos.

Relativamente distinta es la cuestión de la naturaleza de los regímenes, de los regímenes fascistas y de los que no lo son; del modo en que el movimiento fascista se define y redefine en su relación con ellos. Por supuesto, aquí nos enfrentamos con otro y viejo venerable problema. ¿Se puede hablar de una «ideología» fascista pura e incontaminada antes de llegar al poder y luego distorsionada en el ejercicio de éste?¹⁰ En mi opinión, no. Si hablamos de un discurso fascista, si hablamos de una ideología —por más que una cosa no se resuelva en la otra— éste, éstos, deben dar cuenta del fascismo de los orígenes y del de su conversión en movimiento sólido, del de su acceso al poder, y del ejercicio del mismo, de la dinámica del régimen¹¹. Y es precisamente, en el plano del análisis del discurso fascista y de sus prácticas, de su interrelación con otros discursos y prácticas, en *todos* y *cada uno* de los momentos, donde se podrá localizar —o no— la existencia de un núcleo discursivo capaz de captar las líneas de continuidad y de cambio, las permutaciones y evoluciones, las radicalizaciones y las transversalidades con otras culturas políticas. Desde luego, todo esto será en última instancia una construcción del historiador. Pero conviene ser prudente, a la vez que justo: estamos siempre, cualquiera sea la perspectiva o enfoque que adoptemos, ante «construcciones del historiador»; lo son todas, no solamente aquellas que no compartimos. Basta con que sean honestas, lo más racionales posibles, capaces de reconocer a, y dialogar con, las construcciones alternativas; y si, además, ayudan a profundizar nuestros conocimientos, mejor que mejor.

Más allá de esto, en el plano de la «naturaleza de los regímenes» también hay un consenso relativamente amplio a la hora de diferenciar a los regímenes fascis-

⁹ Véase al respecto el muy clarificador trabajo de KALLIS, A.: «Fascism, 'Licence', and Genocide: From the Chimera of Rebirth to the Authorization of Mass Murder», en COSTA PINTO, A. (ed.): *Rethinking the Nature...*, pp. 227-270.

¹⁰ Es por aquí por donde vienen buena parte de las críticas al esencialismo/estataticismo de las tesis de Griffin. Pero debe señalarse que este problema es, casi, tan viejo como el fascismo mismo. Así, desde los enfoques en clave bonapartista de un sector del marxismo, según los cuales el movimiento fascista cambiaba radicalmente con su ascenso al poder; así en el binomio movimiento-régimen explicitado por Renzo de Felice; así en las formulaciones de Zeev Sternhell y un largo etcétera prácticamente inagotable.

¹¹ Debería servir, por tanto, esta perspectiva del análisis de una cultura política, de su discurso y sus prácticas, para dar cuenta de las conocidas cinco etapas del fascismo que plantea Robert Paxton: la creación de movimientos, el arraigo en el sistema político, la toma de poder, el ejercicio de ese poder y la radicalización/entropía. Pero debería hacerlo desde una perspectiva analítica y conceptual global; y no como plantea el propio Paxton, que empieza por reclamar instrumentos conceptuales diversos para las distintas etapas y termina por difuminar la comprensión del régimen fascista («una poderosa amalgama») y de «el fascismo en acción», que se parecería «mucho más a una red de relaciones que a una esencia fijada». PAXTON, R.: *Anatomía...*, pp. 33 y 242.

tas de los que no se considera como tales¹². Más allá de las diferentes perspectivas que adoptan, estudiosos como Griffin, Payne, Gentile, Mann o Paxton, entre otros, parecen convenir en que los regímenes fascistas propiamente dichos serían los de Italia y Alemania, mientras que otros, como el franquista, quedaría fuera de esta categoría, por más que casi todos ellos asuman la presencia de importantes elementos fascistas en el régimen de Franco. A estos regímenes, Griffin les ha denominado parafascistas y el autor de estas líneas fascistizados. Para el primero, se trataba de regímenes contrarrevolucionarios en los que el poder era detentado por las élites tradicionales y los militares, pero que adoptaban una fachada populista y toda una serie de instrumentos de organización y control propios de las dictaduras fascistas¹³. Para mí, de dictaduras con una presencia en absoluto menospreciable de componentes y referentes fascistas¹⁴. Ahora bien, tanto en el caso de Griffin como en el mío propio había un problema latente: parafascista o fascistizado son adjetivos. ¿Cuál era entonces el sujeto? ¿Qué era lo *para* fascista? ¿Quién se fascistizaba? Intentando eludir las tan frecuentes como vagas alusiones a elites tradicionales, conservadoras, etcétera, he intentado subrayar el carácter de dictadura nacionalista, y a partir de ahí, fascistizada del régimen de Franco¹⁵.

¹² Relativamente amplio, por supuesto. Porque aquí, como es perfectamente conocido, la gama de posiciones es extraordinariamente amplia, desde los que, como Gilbert Allardyce planteaban que el término fascismo solo tenía sentido en su aplicación al caso italiano, hasta los que niegan la posibilidad misma del concepto de «fascismo-genérico»; de ahí a quienes, como Karl Dietrich Bracher, Renzo de Felice, Zeev Sternhell o James A. Gregor sostenían, desde perspectivas no siempre coincidentes, la imposibilidad de englobar a fascismo y nazismo en una misma categoría; y de ahí, en fin, al largo debate, en el que lógicamente no vamos a entrar ahora, sobre la naturaleza del franquismo.

¹³ GRIFFIN, R.: *The Nature...*, pp. 120 y ss.

¹⁴ Mi principal diferencia con Griffin estriba en que éste parece abrir una suerte de abismo entre los regímenes fascistas y los parafascistas, casi como si la única relación posible entre los segundos y los primeros fuese la puramente instrumental, cuando no directamente «maquiavélica». Por mi parte, como se verá también en las páginas que siguen, esa relación es mucho más rica, compleja y dinámica. Pero debo subrayar con no menos fuerza que esa complejidad se diluye por completo cuando, desde otra perspectiva, se quieren borrar las diferencias entre fascistas y fascistizados en nombre de una supuesta fasciscitización generalizada. Porque si en última instancia todos, fascistas y fascistizados, eran más o menos lo mismo, ¿dónde queda la riqueza y complejidad de aquella relación? Por otra parte, aunque claro y convincente en su consideración de que el régimen de Metaxas en Grecia no era ni fascista ni autoritario, tampoco ayuda mucho desde el punto de vista de la clarificación Aristotle Kallis cuando termina por caracterizarlo como un fenómeno político «híbrido» y la faceta específica griega de un proceso general europeo de «fascistización». KALLIS, A.: «Neither Fascist nor Authoritarian: The 4th of August Regime in Greece (1936-1941) and the Dynamics of Fascistisation in 1930s Europe», *East Central Europe*, 37 (2010), pp. 303-330. Para la evolución de mis planteamientos al respecto, véase, «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en TUSELL, J. y otros (eds.): *El régimen de Franco (1936-1975). Política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 1993, 2 vols., I, pp. 241-272; también, «El primer franquismo», *Ayer*, 36 (1999), pp. 201-221. Ambos ahora en, SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004, pp. 79-90 y 151-169, respectivamente.

¹⁵ Me he ocupado de esta problemática, en los planos español e internacional, en «¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas», en MELLÓN, J.A. (coord.): *El fascismo clásico...*, pp. 155-190.

Si retomamos un poco sintéticamente lo que llevamos visto, podría decirse que consideramos como regímenes fascistas aquellos en los que el fascismo, la cultura política fascista, es la hegemónica, y que es ésta, en consecuencia, la que marca, explica, la dinámica del régimen. Alternativamente, en el caso del franquismo, habría una cultura política fascista —la de Falange— que no sería la hegemónica. Pero si hablamos de dictadura nacionalista, es precisamente para remitirnos a la existencia de otra cultura política —y no de vagas «elites tradicionales»— que sería hegemónica: justamente la nacionalista, la nacionalcatólica.

Naturalmente, no se trata de negar la importancia en el régimen franquista de un compromiso autoritario, o coalición reaccionaria, o alianza contrarrevolucionaria, en el que estarían presentes, además del sector fascista, capitalistas, militares, eclesiásticos y burócratas. Todo lo contrario, lo que se trata de subrayar es precisamente que esas «elites» —«tradicionales» o no— tuvieron un papel fundamental en la configuración y evolución de la dictadura franquista. Pero incidiendo al mismo tiempo en que fue precisamente la cultura política del nacionalismo reaccionario, de Acción Española, la que se configuró como el gran referente cultural y político para las mencionadas «elites», o mejor, para aquellos sectores de las mismas identificados con el franquismo.

En resumen, consideraremos que en el marco del régimen franquista conviven dos culturas políticas de referencia, la fascista y la nacionalcatólica, siendo hegemónica la primera, sin que por ello la fascista fuera en absoluto irrelevante para explicar el régimen y su propia evolución. De la especificidad, del juego de alianzas y contraposiciones entre esas dos culturas políticas, del modo en que enfrentaron el problema de la nación y de su lugar en la propia evolución del régimen se ocupan las páginas que siguen.

DOS CULTURAS POLÍTICAS NACIONALISTAS

Así pues, como hemos apuntado, podemos considerar la existencia de dos culturas políticas como los grandes referentes del franquismo: la fascista y la nacionalcatólica. Conviene subrayar que ambas eran nacionalistas, de un nacionalismo español profundamente antiliberal. Esto es lo que las unía y lo que hace que ambas constituyeran soportes esenciales de la dictadura franquista. Pero había también diferencias, y diferencias importantes.

La fascista era «posliberal», en el sentido de que su visceral antiliberalismo quería proyectarse como una apuesta de futuro más que como una vuelta al pasado preliberal; era ultranacionalista, en el sentido de que su nacionalismo, su nación, se anteponía —o lo pretendía— a clases, partidos e instituciones, y no admitía en principio límites, ni internos, ni externos —proyección imperial—; era

populista, en la medida en que aspiraba a plasmarse como la verdadera articuladora de un pueblo, de una comunidad nacional llamada a cimentarse en torno al, y bajo el control del, partido; era revolucionaria en sus propios términos, es decir, en la prosecución de un nuevo orden revolucionario y totalitario; exaltaba la política en tanto que elemento central para la consecución de sus objetivos revolucionarios, populistas, nacionalistas y totalitarios.

La cultura política del nacionalcatolicismo era «preliberal», en el sentido de que su no menos visceral antiliberalismo se proyectaba hacia atrás, hacia las instituciones de un, por supuesto inventado, Antiguo Régimen, con su Monarquía, su Iglesia, sus corporaciones; su nacionalismo, más negativo que positivo, tenía límites internos —los marcados precisamente por las instituciones y élites económicas, sociales, militares, eclesiásticas, a las que apelaba— y externos, toda vez que el proyecto «imperial», el de la Hispanidad en su caso, no pasaba de la más pura retórica reaccionaria; era, por cuanto se acaba de decir, elitista y tendía a anteponer la administración a la política, toda vez que la participación popular en la vida política, por más controlada que estuviera, contendría potenciales desarrollos democráticos y liberales¹⁶.

A partir de ahí, puede hablarse de dos nacionalismos antiliberales distintos, pero también de dos «naciones» distintas. Porque para los falangistas la nación era el todo, una nación eterna, absoluta, incuestionable, que radicaba —por una parte— en las esencias de un pueblo inventado que se hacía coincidir, en la mejor tradición noventayochista, con el castellano, su lengua, su paisaje y su paisaje; y, por otra parte, en el proyecto imperial, en aquella «unidad de destino en lo universal» que hablaba tanto de proyecto fascista en un plano internacional como de voluntad de conquista. Esa era la nación de los fascistas de la que los falangistas, como los fascistas de cualquier latitud, tenderían a apropiarse, para hacer de ella la «nación fascista».

Frente a esta nación fascista, hecha de esencias populares y proyectos de futuro y conquista, estaba la nación de los nacionalcatólicos, la de Acción Española, y para estos no había más nación que la católica. España vivía y había vivido —ya lo había dicho Menéndez y Pelayo— en su esencia católica, y había sido grande, además de Monárquica e imperial, cuando más fiel había sido a esa esencia.

Como sabemos perfectamente, y anticipábamos más arriba, esta última cultura política, la del nacionalismo reaccionario, la nacionalcatólica, la de Acción Española y, más tarde, sus epígonos, fue finalmente la hegemónica. Sin embargo, conviene recalcar, como también se apuntaba más arriba, que eso no quiere decir,

¹⁶ Para un desarrollo más amplio de estas nociones, véase SAZ, I.: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71 (2008), pp. 153-174. También, «Las culturas políticas del nacionalismo español», en PÉREZ LEDESMA, M. y SIERRA, M. (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pp. 313-329.

en absoluto, que la otra cultura política, la fascista, no existiera, que estuviera «derrotada» de antemano, o que su presencia, sus iniciativas, sus apuestas de poder, sus ofensivas y fracasos, no constituyan un aspecto esencial del régimen y su evolución.

Conviene ser explícito y claro al respecto. Había nacionalcatólicos y había fascistas. Que no todos, nacionalcatólicos y falangistas, eran nacionalcatólicos; y que no todos, falangistas y nacionalcatólicos, eran fascistas. Hay sectores historiográficos que dan, explícita o implícitamente, por sentado que el nacionalcatolicismo triunfó desde el primer momento. Lo curioso es que de esta «constatación», absolutamente reduccionista, algunos deducen que el régimen fue meramente autoritario, y otros que, no obstante su nacionalcatolicismo, el régimen era fascista. Uno de los eventuales resultados finales de este tipo de aproximaciones lo conocemos perfectamente: el régimen era fascista, pero los falangistas eran «liberales»; como quiera que los nacionalcatólicos no admitían, por definición, que fueran fascistas, al final el régimen de Franco terminaría por ser el único régimen fascista del periodo de entreguerras en el que fascista en sentido estricto no había ninguno. Y si, por el contrario, se considera que el régimen no era, desde ya y desde el principio, fascista, puesto que era nacionalcatólico, el resultado no difiere demasiado: el fascismo, la cultura política fascista, el componente fascista del régimen se evapora. Lo que intentaremos poner de manifiesto aquí es que, por el contrario, el proceso que conduce a la hegemonía nacionalcatólica fue todo menos predeterminado, rápido, simple y con resultados aplastantes.

UN PROCESO LARGO Y COMPLEJO HACIA EL ECLIPSE DE LA NACIÓN

El proceso de imposición del nacionalcatolicismo fue, en efecto, largo y complejo. No estaba absolutamente claro en 1936, 1939 o 1940. El nacionalcatolicismo no reinaba «absolutamente», aunque sí relativamente, en esas fechas. Hubo una indudable aceleración del proceso a partir de 1941-1942, aunque ni siquiera por entonces se podría considerar por completo cerrado.

Vale la pena subrayarlo. Hasta 1941 hubo en el régimen un proceso de catolización extrema, pero también de fascistización creciente. Eran, por entonces, las dos caras de una misma moneda. Dos caras complementarias y a la vez en equilibrio inestable, cuando no en conflicto. Desde 1936 en la España nacionalista, luego «nacional», no se podía no ser católico, como no se podía no ser fascista. Consecuentemente, muchos católicos aceptaron, con mayor o menor agrado, resignación o rechazo, lo de fascista, al tiempo que la práctica totalidad de los falangistas hubieron de mostrar su catolicismo hasta la exasperación.

Pero no renunciaron estos últimos por ello a su cultura política ultranacionalista ni a lo que en ella había de religión política¹⁷. Defendieron su nación fascista, hecha de imperio y revolución, de apelaciones populistas, de ceremonias ritos y símbolos encaminados a subrayar la divinización de la patria y del partido, así como la identificación entre Falange y nación. Aceptando que la nación era católica y prodigándose en afirmaciones de que Falange lo era tanto como el que más, el discurso falangista avanzó en el proceso de apropiación, sustitución de la patria. De modo que si, como decían, la patria era una síntesis trascendente y Falange su instrumento, pronto dieron el paso de afirmar que la síntesis trascendente era la propia Falange, que no había más nación que la falangista y hasta que era Falange la que decía quién podía formar parte de la nación¹⁸. Cuando la Europa totalitaria parecía afirmarse en el horizonte a la sombra de las victorias alemanas, llegaron incluso a desprenderse de la «idea nacional» considerando que ésta sólo tenía sentido dentro del proyecto y del marco totalitario falangista¹⁹.

Pero todo eso reflejaba bien lo que querían hacer con un poder que no tenían, que fue el que intentaron conseguir con la ofensiva de mayo de 1941. Y fracasaron. A partir de ese momento, la propia Falange experimentó un nuevo giro nacionalcatólico, machaconamente reiterado con las continuas alusiones al carácter ortodoxo (católico) y no extranjerizante (no fascista) de una FET de las JONS que contemplaba así el fracaso del ultranacionalismo falangista²⁰.

Estaba venciendo, pues, la nación católica y reaccionaria frente a la nación fascista; y estos perfiles se acelerarían y agudizarían tras las derrota de los fascismos en 1945. Ni siquiera entonces, sin embargo, los falangistas, o buena parte de ellos, renunciaron a algunos de los rasgos esenciales de su cultura política.

Esto se pondría claramente de manifiesto con la gran pugna, la gran batalla político-cultural que se abre en 1948 para cerrarse unos años más tarde con una nueva derrota falangista, la cual quedará bien plasmada en el cambio de gobierno de 1957. En efecto, fue entonces, a partir de 1948, cuando los falangistas, con especial protagonismo de los Laín, Tovar o Ridruejo, volvieron a apostar de nuevo por la revolución, el populismo, una idea de España católica pero secular, con capacidad para integrar segmentos de la cultura heterodoxa, para integrar seg-

¹⁷ Al respecto, SAZ, I.: «Religión política y religión católica en el fascismo español», en BOYD, C. (ed.): *religión y política en la España contemporánea*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 33-55; BOX, Z. y SAZ, I.: «Spanish Fascism as a Politic Religion (1931-1941)», *Politics, Religion and Ideology*, 12 (2011), pp. 371-389.

¹⁸ Por ejemplo, RIDRUEJO, D.: «La patria como síntesis», y, del mismo, «La Falange como síntesis», ambos en *Arriba*, respectivamente, 29 de octubre de 1949 y 12 de enero de 1940.

¹⁹ MARAVALL, J.A.: «El totalitarismo, régimen europeo», *Arriba*, 26 de septiembre de 1940; LISSARRAGUE, S.: «Lo nacional y lo falangista», *Arriba*, 26 de noviembre de 1940.

²⁰ Al respecto, SAZ, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 311-337.

mentos de los vencidos. Era la «tercera vía» fascista que precisaba presentarse como una alternativa, la primera y a la vez definitiva, a la vieja división de España entre reaccionarios-pero-buenos-españoles y progresistas-pero-no-tan-buenos-españoles. Esta era la falacia de que se servía Laín Entralgo, en su *España como problema*, para poner sobre el tapete la idea de que lo fundamental, la integración de todos los españoles en una sola España, estaba por hacer²¹. Otra forma de decir que la revolución falangista, la nacional, integradora y nacionalizadora, seguía pendiente.

Conocemos el otro extremo de la querella, el de los epígonos de Acción Española, los hombres del grupo de *Arbor* y *Ateneo*, los que consideraban que ya no hacía falta síntesis ni integración alguna puesto que sólo quedaba una España, la que había derrotado a la anti-España, la nación católica, sin más. Era el planteamiento de Calvo Serer y Florentino Pérez Embid, quienes consideraban que España ya no era problema, aunque pudiera tener problemas. En el plano político y cultural, España solo tenía que seguir «españolizándose», es decir, permanecer en los marcos del nacionalismo reaccionario, del integrismo religioso, concederle un cierto margen regionalista-descentralizador y avanzar hacia la Monarquía. En el plano económico, debía ciertamente «europeizarse», es decir modernizarse, es decir, propiciar el desarrollo capitalista, como de hecho ya lo había preconizado Menéndez y Pelayo y teorizado Ramiro Maeztu²².

No es necesario avanzar más en esta dirección. Sabemos que ese sería el programa de los epígonos de los epígonos, el del gobierno de 1957, el de los tecnócratas del Opus Dei, quienes verían finalmente materializada, y coronada en 1969, la utopía reaccionaria del nacionalismo reaccionario español, la de Acción Española; la de una cultura política, en suma.

Más que preguntarnos ahora acerca de lo que sucedió después, de cómo la culminación de un proyecto iba a constituir el principio del fin del régimen²³, lo que nos interesa es preguntarnos a dónde había ido a parar la nación con todo esto. Y en este sentido, hay que constatar que en lo fundamental, a partir de 1957, el discurso de nación del régimen, en su vertiente falangista y en su vertiente nacionalcatólica, se eclipsa hasta casi desaparecer. Incluso el término *patria* caería en un relativo desuso ya en los años sesenta²⁴. Una aproximación desde el

²¹ LAÍN ENTRALGO, P.: *España como problema*, Madrid, Seminario de problemas hispanoamericanos, 1949.

²² CALVO SERER, R.: *España sin problema*, Madrid, Rialp, 1949; PÉREZ EMBID, F.: «Ante la nueva Actualidad del 'problema de España'», *Arbor*, 45-46 (1949), pp. 149-160.

²³ Nos hemos ocupado de todo ello en, «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68 (2007), pp. 137-163.

²⁴ REBOLLO, M.A.: *Lenguaje y política. Introducción al vocabulario político republicano y franquista (1931-1971)*, Valencia, Fernando Torres, 1978, p. 59.

plano simbólico en lo que se refiere a la «nación celebrada», resulta al respecto plenamente clarificadora.

UNA MIRADA AL PLANO SIMBÓLICO

¿Cómo celebró el franquismo la nación? y ¿cómo se celebró a sí mismo? Es un lugar común que en el franquismo hubo dos fiestas nacionales por antonomasia: el 18 de julio, día del Alzamiento Nacional, y el 12 de octubre, fiesta de la Hispanidad. Pues bien, lo primero que hay que decir al respecto es que esas fechas, con esas denominaciones, no son las de «todo el franquismo», que por el contrario constituyen la resultante, a la altura de 1958, de un largo, complejo y contradictorio proceso que se inicia prácticamente en los primeros meses de la guerra civil²⁵. Veámoslo sintéticamente.

La primera «fiesta nacional» del bando nacionalista es la del Dos de Mayo, una forma de reafirmar, allá por abril de 1937, que ya no eran fiestas ni los aniversarios de las dos repúblicas ni el denostado, por marxista, clasista e internacionalista, Primero de Mayo. Pero de reafirmar también el carácter nacionalista de los sublevados, su voluntad de apropiarse de España, de presentar la sublevación del 18 de julio como aquello que enlazaba con otro «alzamiento nacional» frente a otra «invasión extranjera», el de 1808. Sin embargo, había varios «dos de mayo» en el Dos de Mayo. El de los falangistas, nacionalista y popular, primer germen de las nuevas ínfulas imperiales, un antecedente, en suma, de la nación fascista; y el de los monárquicos reaccionarios, más proclives a resaltar las vertientes católicas, tradicionalistas y dinásticas de aquella epopeya, el de la nación católica, en definitiva. Por otra parte, no era fácil desgajar la festividad de sus connotaciones liberales, de su entronque con la tradición liberal, que era, precisamente, la que había fijado la celebración. Demasiado conflictivo en cuanto a la atribución de significados y demasiado contaminado por la tradición liberal, la celebración del Dos de Mayo decayó enseguida en el calendario festivo franquista. Ya durante la guerra perdería fuerza para situarse como una especie de fiesta oficial de segunda. Los falangistas se apropiaron de la celebración como forma de reafirmar los lazos que unían a los caídos de ambas guerras. Pero el protagonismo falangista fue directamente proporcional a la marginalización oficial de la festividad. Años

²⁵ Existe ya una literatura relativamente amplia sobre el calendario festivo franquista. La más actualizada síntesis al respecto está en BOX, Z.: *España año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010, pp. 196-281. Nosotros mismos hemos abordado la cuestión desde la perspectiva de la dinámica régimen-nación, en SAZ, I.: «Negativo y parasitario. El franquismo y la conmemoración de la nación española», en PÉREZ FACAL, R. y CABO VILLAVARDE, M. (eds.): *De la idea a la identidad: estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Granada, Comares, 2012, pp. 247-259. Lo que se expone a continuación se inspira en buena parte en este último trabajo.

más tarde llegaría a convertirse en una fiesta de Madrid, cuando no de un solo barrio de la capital²⁶.

La que iba a ser fiesta nacional por excelencia del franquismo, la del 18 de julio, no dejó de pasar por sucesivas peripecias. En la disposición de abril de 1937 se hablaba de eventuales, futuras, fiestas oficiales, como la del «Triunfo», la de la «Amistad de los Pueblos Hermanos» y la del «Trabajo Nacional». Pero en julio de ese mismo año, 1937, se declaraba como fiesta nacional el 18 de julio, día del Alzamiento; y el Fuero del Trabajo, de marzo de 1938, añadía para la misma fecha la connotación de «Fiesta del Trabajo Nacional». Sin embargo, y por sorprendente que pueda parecer, lo que se celebró ese mismo año fue el «Día de África», el 17 de julio, el «Día del Alzamiento», el 18, y el día de la «Revolución Nacional», el 19. El año de la victoria, 1939, la celebración se ajustó al Fuero del Trabajo, esto es, como Fiesta del Alzamiento y Fiestas del Trabajo Nacional. Pero, nueva sorpresa, en el calendario oficial de 1940, la única denominación oficial de la festividad fue la de «Fiesta del Trabajo Nacional», sin referencia alguna al «Alzamiento», y así permaneció hasta el calendario... de 1958, donde se retomó la denominación de «Fiesta del Alzamiento Nacional».

Si esto sucedía con la fiesta nacional del 18 de julio, ¿qué acaecía entretanto con «la otra» fiesta nacional, la del 12 de octubre, una fiesta que había sido desde el principio y de suyo sumamente conflictiva?²⁷. Tampoco en este caso las peripecias fueron menores. Se mantuvo, aunque sin ser expresamente aludida en calendario alguno, como lo que había sido desde que se estableciera en 1918, como fiesta de la raza, a lo largo de toda la guerra. Concluida ésta, las diferencias entre las distintas culturas políticas cobrarían todo su significado. Hubo una campaña de claro contenido nacionalcatólico para que esa celebración fuera la del «Día de la Hispanidad». Pero en la práctica lo fue todo: de la «Hispanidad» —con todas sus resonancias firmemente establecidas desde Maeztu y Acción Española—, «Día del Pilar» y «Fiesta de la Raza». En las celebraciones de Zaragoza de ese año, Franco y Serrano Suñer se concentraron en sus discursos en la celebración de la Virgen del Pilar, sin remitirse en ningún momento ni a la Hispanidad ni a la Raza²⁸. Una forma de salirse por la tangente que se comprende mejor si se

²⁶ Sobre la celebración del Dos de Mayo en el largo periodo, véase DEMANGE, C.: *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons, 2004. Más centrado en el franquismo, GARCÍA, H.: «¿El triunfo del Dos de Mayo?: La relectura antiliberal del mito bajo el franquismo», en ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (ed.): *La guerra de la independencia en la cultura española*, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 351-378. La apropiación falangista, en BOX, Z.: *España año cero...* pp. 211 y ss.

²⁷ ALINE BARRACHINA, M.: «12 de octubre: Fiesta de la Raza. Día de la Hispanidad, Día del Pilar, Fiesta Nacional», *Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne*, 30-31 (1999-2000), pp. 119-134; MARCIL-HACY, D.: *Raza hispánica. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, CEPC, 2010.

²⁸ Sobre las celebraciones de ese año y sucesivos, CENARRO, Á.: «Los días de la 'Nueva España': entre la 'revolución nacional' y el peso de la tradición», *Ayer*, 51 (2003), pp. 115-134; y, de la misma, «La

toma en consideración que la prensa falangista se resistió a utilizar la denominación de «Hispanidad», dedicándose a especular con denominaciones más vigorosamente nacionalistas e imperiales («Fiesta de España», «Día del Imperio»...) ²⁹. Se trataba otra vez de la pugna aún no resuelta entre «la nación fascista» y la «nación católica». Tanto es así que el calendario oficial de marzo de 1940 mantuvo la denominación previa, esto es la de «Día de la Raza». No sería, también en este caso, hasta el calendario oficial de 1958, cuando la fiesta adquiriera como denominación oficial ya definitiva la de «Fiesta de la Hispanidad». Aunque aquí haya que llamar la atención sobre otro hecho significativo: en ese calendario oficial, la ya «Fiesta de la Hispanidad» perdía su consideración de Fiesta Nacional, por lo que quedaba una sola fiesta nacional, la del 18 de julio, acompañada, eso sí —y esto casi por imperativo Vaticano— de la fiesta laboral total del 1 de Mayo. Unos días más tarde, un nuevo decreto venía a restituir, en fin, el carácter de fiesta nacional de la fiesta de la Hispanidad.

Muchas cosas pueden deducirse de este maremágnum de denominaciones, vacilaciones, cambios y contradicciones. En lo que aquí nos interesa, se podrían formular las siguientes. Primera: La existencia de un conflicto simbólico entre dos culturas políticas, la falangista en búsqueda de una «nación fascista» y la nacionalcatólica, la de Acción Española, en búsqueda de la «nación católica». Segunda: El conflicto no estaba «resuelto» a la altura de 1939-1941. De hecho, es en esas fechas cuando el proceso de catolización creciente viene acompañado de una aceleración del proceso de fascistización. Tercera: El conflicto simbólico en torno al «18 de julio» denota la voluntad de apropiación falangista de la fecha fundacional del régimen, de ahí la apuesta por la «Fiesta del Trabajo Nacional» de inequívocas resonancias fascistas. La apuesta del sector alternativo por la denominación de «Día del Alzamiento» a secas, denota bien la voluntad de este sector de alejar, en la autocelebración del régimen, cualquier connotación que no fuera la de «todos» los españoles agrupados en torno al movimiento del 18 de julio. Y lo mismo sucedía con el 12 de octubre, donde entraban en disputa las claves populistas, ultranacionalistas e imperiales de Falange con las meramente católicas de la cultura política alternativa. Cuarta: Parece obvio que de 1941 en adelante la «nación católica» avanzó continuamente en el terreno simbólico en detrimento de la «nación fascista» como quedaría finalmente reflejado en el calendario de 1958. Quinta. Todo esto fue a parar a un retroceso en el plano simbólico.

Reina de la Hispanidad. Fascismo y nacionalcatolicismo en Zaragoza, 1939-1945», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 72 (1997), pp. 91-101. El discurso de Franco en, *Palabras del Caudillo*, Madrid, Editora Nacional, 1943, pp. 147-151.

²⁹ *Arriba*, 10, 11, 12 y 13 de octubre de 1939. La resistencia falangista al término *Hispanidad* se explica bien, además, si tenemos en cuenta que ésta era una noción central en el nacionalismo de sus rivales de Acción Española desde que la reactivara y la reformulara Ramiro de Maeztu. Más aún, esta construcción de la Hispanidad enlazaba bien con la noción de «imperio espiritual» que fue objeto de las mayores diatribas por parte falangista. Pueden verse algunas de ellas en, SAZ, I.: *España contra España...*, pp. 272-275.

lico de «la nación» en su conjunto, toda vez que la fiesta oficial por excelencia del régimen, la autocelebrativa del 18 de julio, perdía resonancias «nacionales»; que la de la Hispanidad se relegaba, de hecho, a un segundo plano; y que la «restaurada» celebración del 1 de mayo, por más católica que fuera y por más que Falange intentara reapropiársela trasladando a ella toda la parafernalia del 18 de julio-Fiesta del Trabajo, tenía más resonancias «universales» que «nacionales»³⁰.

CONSIDERACIONES CONCLUSIVAS

En el plano del discurso y en el plano simbólico las dos culturas políticas dominantes en el franquismo, la fascista y la nacionalcatólica, compitieron por hacer valer su propio proyecto político, que era también un proyecto de nación. Lo hicieron de una forma mucho más compleja de lo que generalmente se considera, por más que finalmente se impusiese la cultura política del nacionalismo reaccionario, la del nacionalcatolicismo, la de Acción Española.

En el proceso, ambas culturas fueron rebajando sus contenidos nacionalistas, como, consecuentemente, lo hizo el régimen en su conjunto. Desde 1945, ya nadie podía autodefinirse como «fascista», pero tampoco como «nacionalista». Por otra parte, la batalla político-cultural de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta había venido a poner de manifiesto, una vez más, que la cuestión nacional-nacionalista podía llegar incluso a amenazar la estabilidad del régimen. De ahí el declive, el eclipse, en los discursos y en las prácticas simbólicas de la «nación», en beneficio de la autocelebración del régimen.

¿Quiere esto decir que el régimen y las culturas políticas que estaban en su base habían dejado de ser nacionalistas? ¿o que el franquismo abandonó la pretensión de nacionalizar a los españoles para convertirse en un factor de «desnacionalización»? Aunque éste ya no es el objeto del presente trabajo, no creemos que así fuera. Al fin y al cabo, las dos culturas políticas que hemos estado considerando partían del supuesto de que España, con la derrota de la anti-España, estaba salvada, y que, por tanto, sus querellas se planteaban sobre la base de la existencia de una entidad incuestionada e incuestionable: España; y una España, por supuesto, antiliberal, antidemocrática y centralista. Ambos nacionalismos y, consecuentemente, el del régimen en su conjunto podían *banalizarse*. No era necesario, y sí a veces peligroso, volver a las retóricas expresamente nacionalistas, cuando la realidad nacional, *su* realidad nacional, había quedado —o eso pensaban, o querían pensar— fijada para siempre.

³⁰ Al respecto, CALLE, M.D. de la: «El primero de Mayo y su transformación en San José Artesano», *Ayer*, 51 (2003), pp. 87-113.

Otra cosa es que otros, «el otro», se encargarán de demostrar, que las cosas no eran así, que la (anti) España democrática resurgía con fuerza y, con ella, su pluralidad nacional. Para entonces, el nacionalismo franquista, de origen falangista o no, pudo comprobar que sus retóricas nacionalistas habían quedado oxidadas; y que, en algunos territorios al menos, empezaban a tener perdida la partida³¹. Y con este bagaje, el de unos nacionalismos franquistas que habían ido a quedar en nacionalismos negativos, reactivos, defensivos, hubieron de enfrentarse al reto de la democracia. Otra cosa es si entre las retóricas oxidadas pudo florecer, y con qué eficacia, el gran logro del franquismo: el de la nación banalizada pero incuestionable.

³¹ Cfr., SANTACANA, C.: *El franquisme i els catalans. Els informes del Consejo Nacional del Movimiento (1962-1971)*, Catarroja, Afers, 2000; MOLINERO, C. e YSÀS, P.: *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, pp. 141 y ss.

¿UN PUENTE DEMASIADO LEJANO? FASCISMO, FALANGE Y FRANQUISMO EN LA FUNDACIÓN Y EN LA AGONÍA DEL RÉGIMEN¹

FERRAN GALLEGÓ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

La crisis terminal de un régimen siempre revela su carácter originario. No me refiero sólo a las virtudes explicativas del momento final de su caída, sino al proceso más dilatado de declive, crisis y quiebra de aquellas condiciones de cohesión que permitieron constituirlo y extender su existencia durante un largo periodo. Esto sucede de un modo más claro cuando el caso que examinamos es el de una dictadura formada en la época de entreguerras y capaz de sobrevivir durante una etapa tan duradera como la que ocupó el franquismo. Por un lado, la crisis se presentó en forma de una dispersión de corrientes cuya vinculación a una sola cultura política original se defendía, desde las instancias del poder, por los mismos sectores que progresivamente quisieron destacar sus diferencias, hasta llegar a identificarse por su mutuo antagonismo a medida que se avanzaba en el proceso de ruptura democrática. Por otro, las circunstancias agónicas del régimen fueron dando paso a la elaboración y proyección de una radicalidad del cambio que trataba de favorecer, desde los sectores reformistas, dos percepciones sociales aparentemente contradictorias. Así, mientras se señalaba la rotunda liquidación de las instituciones franquistas, se hacía de esta ruptura el resultado directo de una evolución producida por la misma lógica de la dictadura, incluyendo las previsiones sucesorias y el flexible margen de maniobra ofrecido por el entramado normativo que se caracterizó como una «constitución abierta». Ciertamente, el debate sobre la profundidad, el ritmo y el protagonismo de los cambios determinaron espacios de conflicto que, al tiempo que manifestaban distintas versiones de la reforma, indicaban una diversidad más honda, que hundía sus raíces y su identidad en el desarrollo de la trayectoria completa del régimen.

El proceso de dispersión provocado por la crisis —y, a la vez, causa de la gravedad de la misma— permite considerar cuáles fueron aquellos factores que permitieron una integración en torno al proyecto durante la guerra civil que no

¹ Este trabajo se enmarca en la investigación realizada en el proyecto HAR2011-25749, «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

fue posible articular en los años terminales del franquismo, cuando el Movimiento llevó adelante una ofensiva destinada a adquirir un papel exclusivo en el proceso de institucionalización del régimen en la etapa sucesoria. No sólo el proceso de desguace final del régimen permite realizar esta reflexión, sino también una etapa en la que el fascismo muestra su carácter *revocable*, al ingresar el sistema en una etapa que había liquidado sus principales apoyos internacionales, dejando la era del fascismo como un proyecto y una cultura restringidos al periodo comprendido entre el final de la Gran Guerra y los estertores de la segunda guerra mundial. La capacidad de integración del falangismo y su liderazgo en la caracterización doctrinal y el control político del régimen pasó por vicisitudes que nunca supusieron la marginación de los falangistas del control del partido único, aunque pudieran implicar la revisión de la función de éste e incluso su conversión en un «movimiento» integrado en las instituciones, que, sin embargo, nunca se deseó contemplar como una opción administrativa. Precisamente el examen de la ofensiva lanzada por el Movimiento en los últimos años de Franco, con un apoyo claro del propio Caudillo, puede indicar la permanencia de una voluntad totalizadora que no se basaba en aspectos ilusorios, sino en la conciencia de un poder central en el aparato del Estado y una referencia doctrinal inexcusable para la definición política del franquismo.

Este trabajo propone reflexionar sobre los dos momentos críticos del franquismo —la etapa fundacional y la agonía previa a la desaparición del dictador—, señalando el papel fundamental desempeñado por el falangismo como doctrina y como organización, para ofrecer un marco de convergencia que proporcionara al régimen una sola cultura política. De una parte, el momento crítico inicial, caracterizado por el escenario de la guerra civil y la conjunción de diversos sectores en la opción más congruente con las circunstancias y objetivos de la sublevación, pasa a subrayar como carácter de toda experiencia fascista la capacidad integradora de esta cultura, que consigue incluir en un solo movimiento a amplios sectores de la derecha, obteniendo la *representación* de una movilización social heterogénea, pero encauzada en un proyecto en el que los factores de unidad son más relevantes que aquellos conflictos inherentes a una diversidad inevitable, si es que quería llevarse a cabo la movilización de todas las facetas contrarrevolucionarias bajo un solo proyecto, con recursos ideológicos y políticos para absorberlas. Por otro lado, el momento crítico final, en el que el esfuerzo desarrollado para sostener esta unidad bajo el renovado liderazgo del Movimiento Nacional resultó bloqueado por las propias condiciones políticas en que se desarrollaba el intento de supervivencia del régimen. Las expectativas puestas en la capacidad de control del aparato del Estado y la movilización del partido único trataron de reiterar aquellas condiciones de agregación y renovación política, creyendo que la situación era más ventajosa que la que se experimentaba en la guerra civil. La recuperación de la iniciativa política parecía posible en una men-

talidad formada en la prolongada permanencia de un régimen y en la función aglutinadora que el falangismo creía estar en condiciones de proporcionar. Y tales expectativas no dejaron de basarse en la confianza en una cultura que, en las circunstancias vividas cuarenta años atrás, había permitido la victoria y el proceso constituyente del Nuevo Estado.

LA CONSTITUCIÓN DEL FASCISMO ESPAÑOL: UNIDAD Y HETEROGENEIDAD

Las discrepancias internas y la aceptación de un proyecto común fueron factores indisolubles en la fundación y evolución del franquismo. Ambos factores caracterizaron las limitaciones de las crisis que experimentó el régimen, incluyendo las que se produjeron en el mismo proceso constituyente². Los conflictos se reiteraron sin ponerlo nunca en peligro, dado que las propuestas siempre se produjeron como expresión de una diversidad interna, y se legitimaron por su compromiso esencial con el proyecto político del 18 de julio. Podría decirse que tal diversidad se sostenía por la vehemencia con la que cada una de las tendencias en conflicto manifestaba ser la auténtica plasmación de lo que habían sido los motivos esenciales de la sublevación y de la guerra civil. Así, la legitimidad proporcionada por la guerra civil y la victoria era buscada como un elemento de identidad de la que todos los sectores enfrentados deseaban apropiarse.

Los conflictos entre los sublevados y luego vencedores fueron distintos a episodios circunstanciales y recursos tácticos, que empezaban y concluían en una confrontación efímera. Eran distintos también a un sistema plural que tuviera que dar satisfacción a los integrantes de una coalición política, cuyos diversos proyectos reclamaban la visibilidad de su conquista de espacios de poder. Ni la condición accidental y transitoria de las querellas, ni la definición de una cultura política del régimen, sustituida por la convivencia de proyectos diversos e incluso antagónicos, da cuenta adecuada de su carácter. De hecho, ni siquiera ofrece una aproximación satisfactoria al perfil de cada una de las corrientes que convivieron bajo el mismo sistema. El principio de unidad bajo el que se gestionó la movilización de un heterogéneo sector antirrepublicano en julio de 1936 no fue nunca un elemento instrumental, destinado a disciplinar a los sectores que participaron en la sublevación. Lejos de responder meramente a las exigencias de una guerra a gran escala, la unidad se esgrimía como el motivo fundamental de la movilización y la condición sobre la que podría construirse el Nuevo Estado. La unidad de los españoles, fragmentada por la cultura liberal, amenazada por el socialismo, desafiada por el nacionalismo catalán o el vasco, pasó a ser el factor más impor-

² SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas. El agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68, 2007 (4), pp. 137-163.

tante de identificación de un bando que adoptó el nombre de «nacional» no sólo por su deseo de extranjerizar cualquier actitud de resistencia a la sublevación, sino por la ambición de estar procediendo a la constitución de un proyecto político total³.

Tal voluntad y capacidad de encaje en una movilización unitaria había de convivir con una heterogeneidad que reforzaba la capacidad de convocatoria, la integración y la operatividad de un proyecto político compartido. A la constitución del movimiento salvador se acudía desde experiencias políticas distintas, desde tradiciones que se habían expresado durante la etapa republicana —y aun en los años anteriores— creando sus propios espacios organizativos y siendo fieles a una genealogía doctrinal distintiva. Si, en las condiciones de la república, la radicalización de la derecha española ya había ido mermando la percepción de la autonomía de sus diversos componentes, procediéndose a la colaboración política y, lo que era más significativo, al intercambio de motivos ideológicos, las condiciones de la guerra civil dejaron atrás una simple complicidad para dar paso a la construcción de un mismo movimiento y de unas instituciones representativas de todos aquellos que participaban en la sublevación. La guerra civil, considerada con frecuencia como una alternativa a la conquista del poder por el fascismo fue, en cambio, el marco para que se produjera la masificación de este movimiento y la construcción de un nuevo Estado, fabricado desde la misma raíz, aprovechando la destrucción del orden institucional previo. El proceso de fascistización desembocó en un movimiento, un régimen y una cultura política fascistas, como resultado del encuentro, en esa fase catalizadora, de diversas respuestas al doble desafío de la decadencia de España y de la amenaza de los sectores que la aprovechaban. Todo aquello que representaba la modernización promovida por la anti-España debía ser respondido por la movilización que conduciría a una nueva nacionalización de las masas, a una vía española a la modernidad cuyos indicios exclusivos se habían dado ya en la defensa de la comunidad cristiana universal por el imperio, y cuya actualización en el siglo XX se realizaba en la capacidad aglutinadora del fascismo⁴.

Esta última cuestión es fundamental para comprender el proceso de fascistización, por el que la cultura fascista pasa a ser no sólo hegemónica, sino aquella en la que se insertan los distintos sectores de la derecha radical. Si esta virtud de convertirse en cauce común se da en todas las experiencias europeas, en el caso

³ He planteado algunas de estas cuestiones en «Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español», en MORENTE, F. (ed.): *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y guerra civil*. Madrid, Los libros de la catarata, 2011, pp. 249-268.

⁴ Las motivaciones del bando sublevado han sido recogidas en un número de trabajos que superan en mucho la posibilidad de ser citados aquí, como se verá en otros temas relacionados con esta reflexión. Sin embargo, creo que la mejor aproximación a este tema es la de NUÑEZ SEIXAS, X.M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 178-327.

español el fascismo podía beneficiarse precisamente de lo que en sus inicios como organización autónoma habían sido obstáculos a su desarrollo. De hecho, la «llegada tardía» del partido fascista⁵, supuso que el espacio fascista estuviera definido más allá de lo que limitaba el área de la organización nacionalsindicalista. Por ello, la influencia del fascismo español estuvo muy lejos de limitarse a la que pudiera ejercer políticamente Falange de las JONS. En el momento en que se produjo la crisis final del régimen republicano y cuando se decidió pasar a una vía armada, que podía tomar la forma de un golpe de Estado con considerable intervención civil o la de una sublevación, el fascismo disponía de dos factores que le permitieron convertirse en aglutinador del movimiento nacionalista. Por un lado, la importancia adquirida, en un proceso de mutua contaminación, por el *área fascistizada*, de la cual formaba parte la misma FE de las JONS⁶. La relación entre el partido fascista y las organizaciones de la derecha española más extrema había sido de colaboración y de impregnación doctrinal, que respondía a la existencia de un clima común, ya expuesto como *crisis del parlamentarismo* y voluntad de un Estado nuevo por los sectores alfonsinos, confirmando la denuncia del liberalismo por los carlistas, aunque en una trayectoria doctrinal distinta, mucho más cercana al clasicismo maurrasiano que al integrismo, regionalismo e incluso populismo tradicionalista⁷. De hecho, la fusión entre falangistas y jonsistas ya había supuesto una primera síntesis entre los sectores nacionalsindi-

⁵ CHUECA, R.: *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*. Madrid, CIS, 1983; JIMÉNEZ CAMPO, J.: *El fascismo en la crisis de la Segunda República*. Madrid, Turner, 1979.

⁶ José Calvo Sotelo afirmaba en *El pueblo manchego*, el 7 de mayo de 1936, que «El ambiente fascista actual es enorme en toda la nación. (...) Es una disposición de espíritu, más que un movimiento reflexivo. (...) Pero acabará tomando plenitud íntima, trabazón perfecta y radiación nacional». («A propósito del fascismo», *Obras Completas*. Madrid, Actas, 2009, vol. V-1, pp. 393-395).

⁷ Esta posición alfonsina podía detectarse ya en la forma en que sus futuros dirigentes afrontaron la crisis ideológica derivada de la Gran Guerra. Quien sería el más destacado dirigente de Renovación Española, Antonio Goicoechea, afirmaba en 1925, tras comparar la actitud de Mussolini ante el parlamento con las condiciones en que se desarrolló la Asamblea Nacional francesa: «Aquel entusiasmo que ponía, según la expresiva frase de Taine, al servicio de una retórica de pedantes un énfasis de energúmenos, se ha extinguido en el transcurso de un siglo... 1789 es la aurora de un régimen; 1922 inicia su crepúsculo.» (GOICOECHEA, A.: *La crisis del constitucionalismo moderno*. Madrid, Voluntad, 1925, p. 32). Esa evolución, en el marco político de la Dictadura de Primo de Rivera puede seguirse en QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A.: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera*. Madrid, CEC, 2008. Las actitudes de este sector a favor de una posición análoga de diversos sectores de la derecha en busca de un nuevo orden puede verse en «Hacia un Estado Nuevo», *Acción Española* (42, 1 de diciembre de 1933), pp. 513-516. La discrepancia fundamental entre Acción Española y el fascismo ha sido destacada con un examen riguroso, aunque yo no comparto sus conclusiones, por Pedro Carlos González Cuevas en su exhaustivo trabajo *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*. Madrid, Tecnos, 1998. Téngase en cuenta, sin embargo, que el propio González Cuevas considera que Falange no era una organización fascista, sino cristiana y autoritaria. Puede encontrarse una serie de estudios sobre personalidades que convergerán en este punto en QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A. y ARCO BLANCO, M.A. del: *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*. Granada, Comares, 2010.

calistas más avanzados y quienes sólo se decidieron a constituir una organización de este tipo a partir de 1933, como resultado de una evolución que se consideraba natural entre las posiciones iniciales de un monarquismo autoritario clasista y las de un fascismo menos proclive a la organización de masas que a la exaltación de una minoría rectora. El segundo aspecto favorable se refiere a la flexibilidad doctrinal del fascismo y al tipo de organización y estrategia subversiva que permitía la incorporación a su estrategia de los diversos sectores de la derecha en proceso de radicalización. El fascismo español podía presentarse como defensor de la causa del catolicismo sin desmentir uno solo de sus postulados fundacionales, sino corroborando lo que era una concepción de la nación y del Imperio inseparable de la defensa del catolicismo de la contrarreforma⁸. Podía, además, realizar el llamamiento a las masas que había ido estado presente en todas las actitudes de la derecha española⁹, mientras rechazaba las veleidades románticas de otras experiencias como el nacionalsocialismo, eligiendo el camino de un nacionalismo clasista, partidario de una tradición consolidada en el Estado y manteniendo la condición aristocrática de una política al servicio de España¹⁰. Ofrecía una versión de la política de unidad que no se encontraba en los elementos de disidencia de ninguna otra fuerza política de la derecha —en especial, los factores dinásticos—, mientras aseguraba la militarización de la conquista del poder que era la vía más coherente para la captura u organización del Nuevo Estado, aunque la violencia estuviera muy lejos de ser un patrimonio exclusivo del fascismo. Por todos estos motivos, el fascismo español cumplía esas condiciones que no sólo se referían a su capacidad de *reunir coyunturalmente* a diversas culturas políticas, sino de capturar un espacio totalizado por su doctrina y por su estrategia.

Las tensiones entre continuidad y ruptura fueron características del nuevo régimen, junto a la heterogeneidad de sus componentes. Podían observarse en el propio discurso que legitimaba la sublevación, siendo siempre capaz de presentarse como síntesis entre una tradición actualizada y una revolución cuyo objetivo

⁸ Un especialista en el pensamiento de Víctor Pradera como José Luis Orella ha podido indicar, en la presentación a la edición en un volumen de la revista *Jerarquía*, que «Finalmente, España se había partido en dos y sus regeneradores también, pero aquella pugna podía dar la oportunidad esperada de conciliar el catolicismo substancial de la entraña española con el espíritu regenerador y juvenil, similar a lo que había pasado en el país cisalpino.» (ORELLA, J.L.: «Introducción», *Jerarquía. La revista negra de la Falange. Pamplona, 1936-1938*. Madrid, Barbarroja, 2011, p. 14).

⁹ Incluso de un Calvo Sotelo, que el 6 de octubre de 1935 escribía: «Hace falta sumar la tradición a la masa. Masa sin tradición es ruptura y caos. Tradición sin masa sería, probablemente, aniquilamiento. Pero el sufragio desenfrenado es la masa sin tradición. Necesitamos, pues, al pueblo. Como el pueblo necesita la tradición augusta de una continuidad histórica afianzada.» (*Alborada*, 6 de octubre de 1935, en *Obras Completas...* volumen V-1, pp. 450-453). Como correspondía a la ideología fascista, Calvo Sotelo señalaba en ese mismo lugar que el destino del pueblo no era gobernar, sino ser bien gobernado.

¹⁰ PRIMO DE RIVERA, J.A.: «España y la barbarie», *Obras Completas*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1945, pp. 37-43.

era restaurar la esencia de una España eterna, rompiendo con aquellos factores del pasado reciente que habían impedido su realización histórica. Más allá de ese discurso, existían los elementos de una continuidad que no pueden despreciarse, ya que sin ellos nunca habría existido una movilización con la magnitud suficiente para enfrentarse a las condiciones bélicas de la conquista del poder. Tal continuidad no se expresaba sólo en la capacidad de incorporar a sectores sociales que deseaban volver a disponer de las instituciones como un patrimonio desafiado por la experiencia republicana. Se refería, también, a la asunción de diversas genealogías culturales que habían de reconocerse como complementarias. En ambos sentidos, esa permanencia modificada por las condiciones de la conquista del poder resultó conflictiva, porque debía canalizarse a través de una organización de la dominación social distinta a la existente antes del periodo republicano. Debía competir en un espacio que no era el de una mera *devolución* de los mecanismos de control social y de preservación de los privilegios políticos, sino el establecimiento de nuevos cauces de promoción y de un nuevo discurso político que les diera coherencia y capacidad de movilización. Si las capas desplazadas de los instrumentos de poder político en 1931 pudieron regresar, directa o indirectamente, a ejercer su influencia, hubieron de hacerlo en circunstancias nacionales que se habían modificado radicalmente, por las condiciones de la guerra y por el proyecto que había ido definiéndose en su desarrollo, estimulado por quienes disponían de una mayor capacidad de movilización y de definición de objetivos políticos generales congruentes con las necesidades del Nuevo Estado¹¹. Por otro lado, si podía establecerse un proyecto coherente, había de hacerse sobre la capacidad sintética y los amplios recursos de movilización ofrecidos por la Falange, cuyo fascismo originario ya disponía de elementos de comunicación ideológica y de combinación de estrategias con otros sectores de la derecha radical española antes del 18 de julio. Se trataba de una Falange cuyo catolicismo

¹¹ Sobre la incorporación al Nuevo Estado a través de la disciplina política militarizada por la guerra, CENARRO, Á.: «Instituciones y poder local en el “Nuevo Estado”», en JULIÁ, S. (coord.): *República y guerra en España (1931-1939)*. Madrid, Taurus, 2006, pp. 421-447; la defensa de los elementos de continuidad ha tenido un excelente planteamiento en CAZORLA, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*. Madrid, Marcial Pons, 2000. Julián Casanova ha destacado que los conflictos bien documentados por las experiencias locales nada tenían que envidiar a los que se producían en Alemania o Italia, en «Una dictadura de cuarenta años», CASANOVA, J., ESPINOSA, F., MIR, C. y MORENO, F.: *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, 2004. Un espléndido trabajo sobre la construcción del Estado a escala local y las relaciones entre los sectores tradicionales y el nuevo marco político es el de ARCO BLANCO, M.A. del y GÓMEZ OLIVER, M.: «Los franquistas del campo. Los apoyos sociales rurales del régimen de Franco (1936-1951)», en ORTEGA LÓPEZ, T. y COBO ROMERO, F. (eds.): *La España rural, siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales*. Granada, Comares, 2011, pp. 257-287. Es indispensable, por su capacidad de llevar el análisis local a una reflexión nacional, el trabajo de ORTEGA LÓPEZ, T. y COBO ROMERO, F.: *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental*. Universidad de Granada, 2005, que ofrece un inteligente, documentado y estimulante estudio sobre la formación del poder local, la ruptura con el pasado y las inercias presentes en el régimen modificadas por el fascismo, relacionándolo con lo que sucede en las experiencias similares del continente.

esencial y fundacional pasó a ser profundizado y expuesto como un factor peculiar del nacionalismo fascista español. Del mismo modo, el tradicionalismo se reconocía en una genealogía cuya actualización se encontraba en el falangismo, capaz de incorporar a los diversos sectores reaccionarios que habían abandonado cualquier veleidad liberal desde los años veinte¹². Actitud que fue respondida por un impulso unitario similar de las otras corrientes que convergieron en la sublevación de julio de 1936 y que, desde el punto de vista doctrinal, no dudaron en insertar el pensamiento joseantoniano en una corriente integradora del pensamiento contrarrevolucionario español que desembocaba en el Movimiento Nacional.

Ni la heterogeneidad ni las tensiones entre continuidad y ruptura que se dieron en España pueden considerarse elementos que aíslen esta experiencia de las que se produjeron en los movimientos y los regímenes fascistas europeos. Lo que puede destacarse es la *forma* de realización de ambas características *comunes* en las condiciones fundacionales del Nuevo Estado. La construcción de las instituciones del Estado y de los servicios del partido único *en una fase de guerra* fue un elemento determinante y distintivo, como lo fue establecer los elementos radicales de exclusión e integración de acuerdo con la lógica de la contienda, capaz de crear estructuras transversales que separaban a *vencedores y vencidos*. El movimiento fascista español, a diferencia de lo que sucedió en Alemania o Italia, no se creó y desarrolló al margen de un Estado que debía ser ocupado, creciendo con más o menos lentitud, acumulando fuerzas para llevar adelante un pacto con los sectores tradicionales anclados en las instituciones y presentes en espacios sociales paralelos. El proceso de fascistización de la comunidad política se había realizado tanto en el interior de la burocracia estatal conservadora como —sobre todo— en el exterior de las instituciones. En tales experiencias, sin embargo, el fascismo como movimiento de masas —y, por tanto, como factor relevante desde el punto de vista histórico y como posibilidad política de la captura del poder— obedeció también a un proceso de integración de sectores que continuaron manteniendo, en el seno de una organización unitaria y en el marco de un régimen totalitario, sus propias motivaciones para ingresar en un mismo movimiento, su propia percepción de lo que era la revolución nacional y su conciencia de preservarlas en situación de conflicto no sólo con otras *corrientes* del movimiento, sino también con *actitudes* dispersas en la sociedad. Lo decisivo fue siempre la capacidad de integración de la que el fascismo hizo gala, única forma de obtener el respaldo de quienes no se

¹² La definición de los dos proyectos nacionalistas en competencia y colaboración, aunque en posiciones antagónicas de fondo, fue definido por Ismael Saz en *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons, 2002. La evolución de ambas culturas, aunque indicando un mayor nivel de complicidad, en JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*. Madrid, Taurus, 2004, pp. 275-355. Sobre el proceso de fascistización, GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*. Madrid, Alianza, 2011. La porosidad entre los diversos sectores de la derecha radical fue propuesto hace bastantes años por P. Preston en *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo y golpismo*. Madrid, Sistema, 1986.

habían inclinado a favor del partido original en el momento de su fundación. El *fascismo resultante* —algo distinto a la tradicional división entre fascismo/régimen y fascismo/movimiento, ya que se produjo también en la etapa previa a la conquista del poder— fue siempre receptor de un aluvión de adhesiones, aceleradas en momentos de profunda y decisiva crisis nacional¹³.

La similitud se refiere, además, a la realización de una función social semejante, en la que la necesidad de enfrentarse a la democratización de la sociedad y sus amenazas de pérdida de privilegios, prestigio e identidades culturales, puestos en peligro por los procesos políticos que siguieron a la Gran Guerra, se concretó en la creación, durante un largo proceso, de una alternativa política presentada como respuesta simultánea al liberalismo, a la democracia y a la revolución social. Por ello mismo, las cosas iban mucho más lejos que la articulación de un simple «frente común» circunstancial. Por el contrario, había de manifestarse una voluntad de permanencia sólo imaginable en un afán totalizador y una percepción de que los conflictos siempre se subordinaban a un espacio ideológico compartido y a un origen legitimador que a todos pertenecía. Las divergencias pueden examinarse como luchas por espacios de poder, pero deben ser analizadas también —y, quizá, sobre todo— como reflejo de la capacidad representativa del movimiento y del régimen fascista. Cualquier sector que se enfrentaba a otro en la lucha por adquirir una mayor visibilidad en esta representación de la comunidad nacionalizada lo hacía siempre afirmando la mayor autenticidad de *su* forma de entender el fascismo. Si algo distinguía el proceso político español fue la radicalización acelerada y el marco de estímulo a la unidad que se propició en la guerra civil, su nivel de militarización de masas y la posibilidad de inclusión y exclusión radicales, bajo la sombra de una violencia que sustituía las combinaciones de movilización de secuaces y negociación con otros espacios de la derecha tradicional, que había caracterizado el ascenso del fascismo en Europa¹⁴. La lógica de la guerra civil no estableció un fascismo *deficiente* ni, mucho menos, una *alternativa* al fascismo en España. La contienda y la victoria crearon las condiciones específicas de su realización, nunca de su frustración. El fascismo no fue algo que el régimen *contenía* como una cultura entre otras, y disponiendo de unos representantes de la misma capaz de ganar espacios de mayor o menor influencia en el sistema. El régimen era fascista en su totalidad, aun cuando no todos los sectores que se identificaban con el Nuevo Estado fueran fascistas *del mismo modo* y, podríamos decirlo con unas palabras sólo alusivas, *con la misma inten-*

¹³ Para un mayor detalle de mis posiciones en este campo, «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (coords.): *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*. Barcelona, El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354.

¹⁴ RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*. Madrid, Alianza, 2008.

sidad. Los sistemas fascistas establecieron siempre, por su misma capacidad y necesidad de una movilización amplia de sectores heterogéneos, una pluralidad que nunca tuvo el carácter de una coalición. Se reconoció por todos que la cultura política fascista vertebraba el régimen, además de señalar que los instrumentos de poder desarrollados por éste, incluyendo todo el material discursivo y simbólico de persuasión de masas y la voluntad de su moderna nacionalización, correspondían a la actualización de las opciones contrarrevolucionarias a través del fascismo. La relación conflictiva no se estableció entre quienes eran fascistas y quienes *los aceptaban*, sino entre quienes comprendieron el proyecto fascista de acuerdo con las motivaciones sociales e ideológicas diversas que condujeron a ese proceso de integración, sin que el proyecto fuera contemplado nunca *desde el exterior*¹⁵.

Para un sector importante de la historiografía española, el proceso de fascistización no concluyó en el fascismo. La fascistización había sido una impregnación que afectó a todas las culturas políticas de la derecha radical española, en un proceso que ni siquiera había partido de la capacidad falangista de convencer a los sectores conservadores españoles, sino de una transformación cultural más amplia, radicada en la atención a un fenómeno «de época», que provocaba mutaciones en la radicalización de la derecha a escala europea. Según esto, lo que caracterizó al franquismo fue la cohabitación de culturas políticas en conflicto permanente o una coalición de distintos proyectos en la defensa de los mismos intereses sociales. El propio desarrollo e incluso la persistencia del régimen se explica, desde este punto de vista, por una capacidad de convocatoria que debía anular las pretensiones hegemónicas del sector fascista de los sublevados para lograr la adhesión de quienes siempre se consideraron ajenos a esta cultura política, a pesar de ser miembros del partido unificado en 1937. Estas apreciaciones no descartan la existencia de heterogeneidad en los regímenes fascistas, pero la consideran de naturaleza distinta al proceso de fascistización español, en especial porque en España se produce algo más que una pluralidad, superada por el *antagonismo* entre culturas políticas irreconciliables¹⁶.

¹⁵ El cumplimiento de esa función social común puede verse, por ejemplo, en CENARRO, Á.: *La sonrisa de la Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*. Barcelona, Crítica, 2006; CASANOVA, J.: «La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado», en AA.VV.: *Del pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón, 1936-1939*. 2ª ed., Zaragoza, Mira, 1999, pp. 13-38; MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*. Madrid, Cátedra, 2005.

¹⁶ Tales posiciones son las que han marcado el desarrollo de la historiografía acerca del fascismo español desde el trabajo pionero de PAYNE, S.G.: *Falange. Historia del fascismo español*. París, Ruedo Ibérico, 1965. La definición de régimen fascistizado y el antagonismo de dos culturas nacionalistas ha sido propuesta por I. Saz desde los años noventa y, en especial, en *España...*, otra visión de la pluralidad fundamental e incluso antagonica del régimen, en las obras de SÁNCHEZ RECIO G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de orígenes e identidad de intereses*. Alicante, Instituto Gil-Albert, 1991; ÍD.: *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos*. Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 2008; THOMAS, J. M.: *La Falange de Franco*. Barcelona, Plaza y Janés, 2001, LAZO, A.:

Tales cuestiones nos llevan a la congruencia entre los elementos discursivos del régimen y su capacidad de organizar su dominación política. Conducen a valorar dónde se emplazan los factores simbólicos, pero también los recursos de movilización de los que se dota un partido cuya ideología se fijó en el proceso de síntesis doctrinal realizada durante la guerra civil y la inmediata posguerra. No se trata de una mera teoría cobijada en los textos doctrinales o cínicamente expuesta en una retórica apartada de la realidad y destinada a su permanente falsificación, sino de una *práctica discursiva* destinada a cohesionar a una masa social que se ha unido a la sublevación y que habrá de hacerlo con algo más que con palabras, pero pasando necesariamente por ellas. Ese discurso es utilizado en los mecanismos de socialización indispensables para perpetuar el régimen e incluso para llevarlo a la generación que no ha hecho la guerra, pero que debe ser integrada en esa experiencia a través de la permanencia de una legitimidad de origen del Nuevo Estado. Es el discurso «combatiente» que se ofrece a la juventud, a las mujeres, a los atendidos por los mecanismos asistenciales, a los encuadrados en los sistemas de control sindical, a los estudiantes universitarios a los que se infunde una misión en forma de un discurso sobre las tareas del SEU, pero también, en aquellas facultades dedicadas a la formación de profesionales del derecho, de la economía o de la administración pública, a las razones jurídicas del Estado nacionalsindicalista. El carácter penitencial de la exclusión recalca por los sectores más tradicionales y el afán integrador que exhala la retórica falangista no pueden presentarse como un rasgo que escinde a los vencedores. En primer lugar, porque ni siquiera el sincretismo fascista español puede eludir el cedazo selectivo de su propia ideología, cuyo sentido totalizador se considera suficiente para la redención de los equivocados. Además, porque los límites de las conversiones aceptadas pueden seguirse, desde el principio, en las publicaciones falangistas más cercanas a estos planteamientos, y porque ese sentido penitencial está incluido en sus actitudes de condena aparentemente amable y *siempre asimétrica* de las dos Españas superadas por el triunfo en la guerra civil. La hegemonía falangista siempre se mantuvo, en tiempos de afirmación plena de su relación con el fascismo europeo, sobre la base de una asimilación en su proyecto de la genealogía del tradicionalismo y de la catolicidad de un horizonte político que mereciera el atributo de la españolidad¹⁷.

Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército. Madrid, Síntesis, 2008; ELLWOOD, S.: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*. Barcelona, Crítica, 1984; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid, Alianza, 2000, por citar sólo estudios a escala nacional.

¹⁷ GALLEGO, F.: «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de julio y la reflexión sobre la historia moderna en los años cuarenta», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*. Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 281-337; otra visión en MUÑOZ SORO, J.: «Entre héroes y mártires: la síntesis católica de Joaquín Ruiz Giménez, 1939-1951», *Ibid.*, pp. 339-369.

«ESPAÑOLIZACIÓN» Y DESFASCISTIZACIÓN DEL MOVIMIENTO Y EL RÉGIMEN

La *españolización* del 18 de julio fue uno de los elementos claves de legitimación del franquismo y de creación de una cultura política que llegaba a persuadir a la sociedad de su carácter excepcional, ajeno a las vicisitudes de la crisis europea de entreguerras. Esta autoevaluación no se realizó desde las posiciones opuestas al falangismo, sino por el conjunto del régimen, incluyendo a una Falange que empezó muy pronto a considerar, primero, sus rasgos específicos y, después, su oposición tajante a las doctrinas y los Estados fascistas. *Los mismos* ideólogos que habían definido el nacionalsindicalismo como un movimiento y una propuesta política que respondía a la crisis de la sociedad y el Estado liberal, sin dejar de establecer su normalidad en una movilización europea que estaba haciendo un camino equivalente, pasaron a hacer del falangismo una «forma de ser» *estrictamente española*, una solución exclusiva desde la que se aleccionaba al débil liberalismo vencedor en la segunda guerra mundial¹⁸. Si puede plantearse un debate acerca del carácter de la fascistización española, no cabe duda de la existencia de un proceso de desfascistización impulsado, paradójicamente, por quienes son aceptados como los únicos verdaderos fascistas españoles, ya que es impensable que la rectificación ideológica y política realizada a partir de 1942-1943 se hiciera al margen de quien disponía de los recursos más importantes de orientación política en el Nuevo Estado.

Este proceso pudo adquirir los rasgos de verdadera obscenidad, en manos de los propagandistas del régimen y, en especial, en boca de los antiguos defensores del nuevo orden europeo. Por ejemplo, al señalar que el pensamiento joseantoniano había sido, desde su misma exposición, una alternativa al fascismo, y que el nacionalsindicalismo había tenido mucho más que ver con el cristianismo social que con los regímenes del Eje. Lo que en la inmediata posguerra se presentaba como «aportación española» a un movimiento «de las juventudes europeas», como había de definir Laín Entralgo el catolicismo esencial de Falange¹⁹, pasó a ser aquello que diferenciaba la comunidad cristiana y el Estado católico defendido por ésta de los regímenes totalitarios que habían empezado a caer en 1943. Si el nacionalsindicalismo pasaba a diferenciarse del fascismo desde antes de la guerra civil, los adversarios de la Falange en el seno del régimen pronto empezaron a destacar su *propia y exclusiva* oposición a las actitudes políticas sospechosas de esa complicidad. La deformación llegó, así, al nivel de poder expresar

¹⁸ Entre los casos más vistosos están LEGAZ LACAMBRA, L.: cuyos trabajos de «desfascistización» pueden leerse en los estudios reunidos en *Horizontes del pensamiento jurídico*. Barcelona, Bosch, 1947, o de CONDE, J.: *Introducción al Derecho Político actual*. Madrid, Escorial, 1942; ÍD.: *Representación política y régimen español*. Madrid, Subsecretaría de Educación Popular, 1945.

¹⁹ LAÍN ENTRALGO, P.: *Los valores morales del nacionalsindicalismo*. Madrid, 1941, pp. 19-20.

la existencia de un *antifascismo franquista*, basado precisamente en la existencia de quienes habían permanecido leales al régimen *a pesar* de la presencia dominante de los falangistas. Una afirmación que difícilmente puede considerarse gratuita cuando una reciente biografía de José Enrique Varela se refiere, en el mismo título, nada menos que «al general antifascista de Franco»²⁰. La obscenidad no reside en afirmar, como lo hace una amplia, rigurosa y respetable gama de historiadores, la existencia de sectores no fascistas en el régimen de Franco; se encuentra en el paso del *no fascismo al antifascismo*, que debe referirse a la oposición al régimen *en su conjunto*. Difícilmente podemos conceder el atributo de antifascista a quienes se sentaron en el Consejo Nacional, en el Gobierno o fueron capaces de ocupar cargos de alcaldes o gobernadores civiles asumiendo, a la vez, su condición de jefes locales o provinciales del partido. Liquidada la insultante paradoja, sin embargo, la cuestión sigue en pie: la naturaleza del nacionalsindicalismo, el carácter del partido único, la evolución de los diversos modos de ser falangista en la España que avanza en la fase histórica de la posguerra y la distinta relación con el falangismo de los componentes del régimen. Para quienes consideramos que el régimen es incomprensible en su fundación y en su desarrollo fuera del espacio del fascismo, la clave no reside en los conflictos en sí mismos, sino en su carácter antagónico o no, que determina la pertenencia a la cultura fascista de sus sectores en competencia.

Aun cuando el debate acerca de la dinámica política del régimen y, por tanto, de su naturaleza, se establece en la definición de sus orígenes, el factor que provoca una aproximación más compleja es la quiebra del panorama europeo en el que se produjo la constitución del Nuevo Estado. El análisis del franquismo no puede realizarse, en el periodo más prolongado de su consolidación, comparándolo con experiencias contemporáneas, dada la caducidad política de los regímenes fascistas fundamentales, acompañada de una marginación del campo de las ideologías que proyecta determinados anacronismos sobre el vigor y el prestigio del fascismo en los años anteriores a 1945. A este inconveniente, se suman los factores de turbación del análisis que provoca la propia evolución política del régimen, cuyo desarrollo se produce en el seno de este proceso de desfascistización, pero aceptándose generalmente una *permanencia del fascismo* en su seno, cuya mayor o menor marginalidad varía según el punto de vista de los historiadores. Mi posición es que el franquismo, siendo fascista en su fase originaria, tuvo que ir dejando de serlo en un contexto en el que no sólo se arriesgaba al repudio exterior, sino también a la posibilidad de una fractura de su *cobesión interna* en caso de mantenerse las condiciones de sus primeros años. Y esto significa que debemos referirnos a la forma en que evolucionaron quienes habían prestado su apoyo al régimen, sirviendo *a un proyecto* cuyos presupuestos ideo-

²⁰ MARTINEZ RODA, F.: *Varela. El general antifascista de Franco*. Madrid, La esfera de los libros, 2012.

lógicos, instrumentos de movilización, mecanismos de socialización, fórmulas de liderazgo y vías de representación institucional eran equivalentes a los de los regímenes fascistas europeos. Ese proyecto incluía la voluntad de *un sector* del fascismo español de dotar al partido de un poder que resultó derrotado, si se esperaba la absorción de la sociedad y la anulación de cualquier forma de vida pública alternativa, pero que estuvo muy lejos de plantear la frustración permanente de la *totalidad del fascismo*. La imposibilidad de satisfacer todas las aspiraciones que se atribuían a la Falange fundacional supuso siempre un acicate para procurar la mayor integración entre Estado y Partido, afirmando una lealtad a la jefatura máxima del Estado que era, en sí misma, obediencia al caudillo máximo del partido único. Además, claro está, de presentarse como un útil material retórico, destinado a conjugar el amplio control de elementos claves de la sociedad con la permanente justificación de un horizonte obstaculizado por sectores tibios y oportunistas, lastre que estuvo presente en la retórica del falangismo hasta el final del régimen²¹. Tal acusación, que era respondida con los reproches de demagogia y exclusivismo, lanzados muchas veces desde el propio aparato del Movimiento Nacional, fue característica del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán, donde el enfrentamiento entre «moderados» y «radicales» —para simplificar las cosas de un modo más que insatisfactorio— se produjo en el interior y en el exterior del partido. Afectó, además, a aspectos nada secundarios, como lo indican los conflictos entre las agencias nacionalsocialistas y el gobierno por el control del sistema de seguridad o por el de las relaciones laborales, o el enfrentamiento, en el seno del fascismo italiano, por definir el Estado corporativo o la función esencial o contingente del partido. Factores a los que puede añadirse el modo en que Franco quiso preservar el espacio de actuación del falangismo tanto al principio como *al final* del régimen y que no creo que responda a una instrumentalización inicial y a una radicalización postrera en las orientaciones políticas del Caudillo.

La desfascistización nos permite comprender en qué consistió su fenómeno inverso, el proceso aglutinante y sintetizador de la fascistización previa. Y, aún más, cuando el abandono de este campo se produce a través de la persistencia y consolidación del régimen nacido gracias a esa dinámica generadora del fascismo. Tal persistencia no sólo se produce en un ecosistema internacional hostil, sino en unas condiciones españolas en las que los conflictos entre las diversas corrientes insertadas en un proyecto impulsado por la guerra civil han de preservar el acuerdo fundamental entre los adictos al Nuevo Estado. Aun cuando no podamos establecer un elemento de comparación con un futurible de manifiesta

²¹ Esta posición resulta especialmente visible en las intervenciones públicas del ministro secretario general y luego ministro de la Vivienda José Luis Arrese (ARRESE, J.L.: *Escritos y discursos*. Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1943; *Hacia una meta institucional*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957; en esta colección, destaca «Misión de la Falange en la hora actual», fechado en 1945).

inutilidad —qué habría sucedido en el caso de que el régimen de Mussolini se hubiera mantenido en el poder tras la segunda guerra mundial, por ejemplo—, existen factores que, con la debida cautela, pueden sugerir aportaciones interesantes sobre lo que *ocurrió realmente* con el fascismo europeo como corriente política y como un conjunto de valores compartidos por sectores de la sociedad similares a los que dieron su apoyo al franquismo.

La crisis del fascismo italiano indica que la quiebra interna del movimiento condujo a que ninguno de los sectores en pugna pudiera ofrecer una salida política, provocando la caducidad del fascismo *en su conjunto*. En plena crisis nacional, el fascismo había perdido capacidad representativa y lo expresó con su propia quiebra interna, que demostraba la imposibilidad de restaurar un movimiento de convergencia e integración como el que se había dado después de la Gran Guerra. La actitud del falangismo español, dividido entre su apoyo a la resistencia de los *repubblicchini* o la defensa de la actitud moderada de Bottai o Grandi, indica cómo se refleja esa diversidad en un momento en que en España se está alentando el proceso de construcción de una identidad integradora *alternativa* al fascismo europeo²². De forma más confusa, menos propagada en el exterior y menos investigada por los historiadores, la crisis nacional de Alemania llevará a una quiebra de la relación entre el proyecto político y la sociedad, así como a una exasperación de líneas de conflicto ya expresadas antes en el seno de la dirección del Estado y del partido. La defensa del concepto de «guerra total» de Goebbels enfrentará una concepción «socialista» de la cultura nazi que hallará crecientes espacios de conflicto con la dictadura tecnocrática de Speer o con la utopía racial de Himmler. La ruptura en la dirección del Estado, provocada por las adversidades de una guerra perdida, llevará también a una disgregación que recorre verticalmente la organización política nazi y los diversos motivos de adhesión al movimiento y al régimen por parte de la sociedad alemana de los años treinta.

Pero podemos y debemos ir algo más allá, entrando en una etapa que coincidirá en el tiempo con la madurez del régimen franquista y que tiene una estrecha relación con los mecanismos de continuidad social y cultural en una fase de ruptura política. Como he destacado en otro lugar, el desarrollo de un «neofascismo» con capacidad de convocatoria electoral se produce siempre en condiciones de una búsqueda de la reintegración de *todos los espacios* que constituyeron los movimientos y regímenes de este tipo antes de 1945, aun cuando la opinión generalizada sea que tales expresiones políticas sólo muestran el aspecto más radical

²² Resulta muy significativo comparar el análisis de la caída del régimen fascista y el elogio de los «moderados» publicado por Juan Ramón Masoliver en la revista *Destino*, el 31 de julio de 1943, con el título de «Ni tanto ni tan calvo» con el de HERRÁIZ, I.: en *Italia, fuera de combate*. Buenos Aires, Atlas, 1944.

y sectario de aquella experiencia. Se confunde, por ejemplo, el Movimiento Social Italiano con un área de rescate y supervivencia de los *reduci* de Saló, en torno a los principios antiburgueses de la Carta de Verona, cuando la trayectoria misina fue una constante petición de ingreso en una gran coalición de la extrema derecha, la derecha liberal y la democracia cristiana. Una actitud que necesitaba, además, presentar el rostro de una contestación antisistémica que flanqueaba la estrategia del *inserimento*. Lo mismo podría decirse de los esfuerzos aglutinadores de quienes se consideran herederos de la experiencia nacionalsocialista en diversos grupos que llegaron a alcanzar resonancia especial en la segunda mitad de los sesenta, con la formación del Partido Nacionaldemócrata²³. Y, sobre todo, debería considerarse la manera en que estas propuestas no obtienen un apoyo más amplio por el giro político producido en unas clases medias homogeneizadas por el fascismo, pero que se orientaron hacia propuestas transversales de carácter conservador, como supo definirlo con suma precisión Sandro Setta al analizar la parábola de la derecha italiana de la posguerra y su relación con el *ventennio* mussoliniano²⁴. Puede decirse, por tanto, que contamos con un elemento de comparación que se refiere a quienes no sólo se consideraban una herencia directa del fascismo, sino que veían en el régimen de Franco una referencia mítica, un polo de resistencia en una Europa dominada por los vencedores en la segunda guerra mundial. Y tales movimientos no se expresaron como *una* de las tendencias en pugna en el seno del fascismo «clásico», sino como la aspiración a reunir de nuevo todo lo que éste había sido capaz de conjugar, construyendo experiencias políticas que mantuvieron siempre las tensiones de su heterogeneidad, aunque inclinándose de un modo mucho menos tímido hacia una defensa de los valores *nacionales* de las clases medias como identidad integradora propia que les era disputada por los partidos hegemónicos de la derecha.

El proceso de desfascistización en España se realizó en el seno del propio sistema y, por tanto, careció de la escisión entre la permanencia de núcleos fascistas y la construcción de un Estado democrático. La permanencia del régimen franquista ha podido ser presentada como la lógica evolución de un sistema que *nunca* fue fascista —algo que, como hemos observado, los falangistas afirmaban de su propia doctrina de un modo generalizado ya desde las postrimerías de 1942— o como el retroceso de la capacidad fascistizadora de Falange en el seno del Movimiento Nacional y de las instituciones estatales. La consolidación del régimen obedece, según esto, a una disgregación de sus componentes, que entrarán en permanentes conflictos no sólo en lo que se refiere a la conquista de espacios de poder, sino también

²³ GALLEGO, F.: *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*. Barcelona, Plaza y Janés, 2004; ÍD.: *De Auschwitz a Berlín. Alemania y la extrema derecha*. Barcelona, Plaza y Janés, 2005.

²⁴ *La Destra nell'Italia del dopoguerra*. Roma, Laterza, 1995, pp. 18-22. La relación de un falangista ortodoxo con este panorama puede seguirse en MORENTE, F.: «Corresponsal en Roma. Dionisio Ridruejo y la Italia de la guerra fría (1948-1951)», en MORENTE, F. y GALLEGO, F. (eds): *Rebeldes...*, pp. 371-433.

en su voluntad de definir la cultura política del franquismo a través de sus propias ideologías antagónicas. Ello implica, por tanto, la inexistencia de una *cultura política del régimen*, sustituida por el liderazgo absoluto de Franco como autoridad indiscutible, un caudillismo destinado a equilibrar los distintos proyectos, cuya coexistencia permitía dotar de cohesión al régimen y facilitar su carácter representativo.

Creo que el origen, desarrollo y crisis final del franquismo tienen un hilo conductor distinto, que se refiere necesariamente al carácter de un falangismo que evolucionó en los límites que permitía la conservación de su identidad y los intereses generales del sistema. Aquello que caracterizaba a la Falange no era, fundamentalmente, su naturaleza de «versión social» de la cultura del 18 de julio. Aun cuando ésta no dejó de reivindicarse como un elemento distintivo del nacionalsindicalismo joseantoniano, pasó a formar parte de una posición de mayor importancia en la percepción que se deseaba acreditar para el falangismo: *su voluntad de integración nacional*. La insistencia en una necesaria política social del régimen, que siempre fue la del control de las masas en un proceso de nacionalización antiliberal, era una consecuencia de aquel afán de representación totalitaria de la nación, que encajaba perfectamente en el proceso de militarización de la sociedad y de recuperación de la identidad católica de España. Los aspectos «revolucionarios» de la guerra civil no agotaban el horizonte falangista más que comprendiéndolos como instrumento para que la unidad de la patria pudiera recuperarse anulando cualquier forma de nacionalismo de raíz liberal. El falangismo no se mostraba generoso en su deseo de integrar en la España victoriosa a los vencidos, sino que expresaba la forma más abyecta de sectarismo: el expolio de todas las actitudes de regeneración nacional presentes en la crisis de la Restauración y su realización histórica necesaria en el marco del proyecto nacionalsindicalista. Por otro lado, esa voluntad integradora se orientaba con mayor entusiasmo a los sectores que podían aceptar en la unidad del 18 de julio la actualización de los ideales de la contrarrevolución. Sobrados motivos para complacer esta percepción podían hallarse en los discursos y los escritos de algunos de sus más destacados intelectuales y dirigentes políticos, que no dejaron de manifestar tales esfuerzos de síntesis, cosa que se acompañaba por la evidente colaboración de diversos sectores del falangismo y católicos de distinta trayectoria en las publicaciones de unos y de otros. Los conflictos que se produjeron en múltiples direcciones, a la hora de interpretar una *cultura política común* basada en la aceptación de una misma legitimidad de origen del régimen, no fueron apagados ni en los aspectos doctrinales que se deseaban destacar como propios *del 18 de julio en su conjunto*, ni en los referidos a la competencia por espacios de poder. Lo que sostuvo el régimen en pie no fue la identidad diversa de sus dirigentes, sino el proyecto político que les unía incluso en la discrepancia. Por otro lado, tales conflictos ideológicos y tales luchas institucionales evolucionaron a través de recambios generacionales, mientras la legitimación del régimen iba realizándose

sobre la eficacia de su propia capacidad evolutiva, sobre el mantenimiento de una amplia base de apoyo social transversal y sobre una perspectiva permanentemente actualizada del valor simbólico del 18 de julio y la guerra civil.

Esta evolución se refirió siempre a la forma en que la Falange interpretaba esa voluntad integradora —y, por tanto, exclusivista—, algo que resultó evidente cuando el falangismo pasó a ser identificado con el Movimiento Nacional, trasladando a éste sus nada gratuitos elementos simbólicos y señalando que la superación del concepto del Partido en nada traicionaba los fundamentos doctrinales del viejo falangismo republicano. Por el contrario, la concepción movimentista permitía la integración de la organización política en las instituciones del Estado, sin que debiera existir tensión alguna entre ambos factores. Si no puede hablarse de la «conquista del Estado» por el partido fascista español, cabrá considerar la importancia de esta paradoja que hace del instrumento partidista un elemento defectuoso y contingente, mientras procura preservar el espacio en el que el Estado *define su estrategia política y actualiza sus principios ideológicos*. De hecho —como se ha apuntado antes—, en la experiencia fascista del periodo de entreguerras se había planteado esa integración como un elemento que consumaba la utopía fascista. Los «revisionistas» del fascismo italiano pudieron ver en el movimiento una fuerza dinamizadora que se agotaba en el cumplimiento de la revolución y en su creación de un Estado corporativo autosuficiente, mientras en el nacionalsocialismo se desarrollaban actitudes favorables a un *Führer-staat* basado en la progresiva homogeneización de la comunidad nacional-popular, encarnada en Hitler y organizada en agencias específicas carentes de cualquier coordinación objetiva, más allá del poder discrecional del propio *Führer*. En España, la defensa del Movimiento como *organización*, dotado de un Consejo Nacional que actuaba como cámara de dirección político-ideológica del régimen, se opuso al intento de presentarlo como un mero espacio de comunidad de principios. Tal defensa de la vigencia institucional de los órganos del partido metamorfoseados en instrumentos del Estado fue apoyada de forma decisiva por Franco en los años sesenta, cuando el debate sobre la Ley Orgánica del Estado se acompañó de una discusión muy significativa sobre la Ley Orgánica del Movimiento Nacional y su Consejo²⁵.

La ambición integradora del fascismo falangista se expresó también en conflictos de carácter doctrinal con otros sectores del régimen, aun cuando el ideal de una reconciliación se encuentra en espacios no estrictamente falangistas, llegándose a poder presentar la intransigencia fascista como un elemento que la podía dificultar, como se hará cuando la caducidad del totalitarismo europeo sea presentado como prueba de su fracaso en la construcción de una nación. La reorientación se producirá desde 1942-1943, proponiendo una *superación* de las condiciones ideológicas de la guerra civil y la inmediata posguerra como resultado de

²⁵ MOLINERO, C. e YSÀS, P.: *Anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 95-137.

una evolución de *todos* los sectores del régimen, empezando por los propios fascistas de Falange, cuya complicidad con ideólogos de Acción Católica o monárquicos procedentes de Acción Española se hace patente en reflexiones como las que van publicándose en aquellos momentos. La *Revista de Estudios Políticos* es un laboratorio especialmente significativo para mostrarlo, con los elogios de Corts Grau a los textos de Laín sobre Menéndez Pelayo, con las condenas del totalitarismo a causa de su contradicción con el sentido católico del Estado planteadas por García Valdecasas o Fernández Cuesta, o con la voluntad de separar la guerra civil de cualquier contexto europeo expresando, al mismo tiempo, la unidad esencial de todos los integrantes de la sublevación, como lo hará José María de Areilza²⁶. La síntesis del 18 de julio, realizada de la mano del pensamiento de José Antonio, será defendida por un Gómez de la Serna que había elogiado la resistencia de los combatientes de Saló en una de sus novelas²⁷, actitud que se completará con un análisis del caudillaje unificador de Franco por parte de este ensayista que tan bien refleja la evolución del falangismo al atravesar los años cuarenta²⁸. La tan destacada actitud de Laín Entralgo en torno al problema de España y la polémica a que dio lugar con un grupo de presión muy concreto dentro del régimen —y cuyo manifiesto fundacional es una de las pocas propuestas culturales articuladas que se dan en aquel momento al margen de Falange, aunque siempre tratando de integrar el falangismo en una corriente contrarrevolucionaria de mayor envergadura—²⁹ se acompañó, al final de la década, de aspectos que tienen importancia en esos mismos puntos de encuentro culturales que no han dejado de estar presentes desde la misma guerra civil. Por poner un solo ejemplo, la participación de Laín Entralgo y Tovar en la *Finisterre*, una revista dirigida por un católico tan caracterizado como Leopoldo Eulogio Palacios, en la que Laín escribió nada menos que sobre la relación entre medicina y teología³⁰.

La identidad falangista tuvo otros aspectos de evolución que deben destacarse para comprender algo que va más allá de una legitimidad de origen, para permitirnos entender determinadas actitudes del reformismo en el franquismo tardío. Si es bien sabido que en los ambientes falangistas pudieron formarse nuevas generaciones de españoles que trasladaron su fervor crítico joseantoniano a una ruptura con el franquismo, no lo es menos que la cultura falangista creó otra

²⁶ La mejor reflexión sobre este paso en el seno del IEP corresponde a SESMA, N.: *Antología de la Revista de Estudios Políticos*. Madrid, CEPC, 2010, pp. 59-85.

²⁷ GÓMEZ DE LA SERNA, G.: *Después del desenlace*. Madrid, Revista de Occidente, 1945.

²⁸ GÓMEZ DE LA SERNA, G.: «El discurso de Franco», *Revista de Estudios Políticos* (1945), pp. 213-230; ÍD.: «Síntesis y sectarismo en el 18 de julio», *Ibid.* (1949), pp. 171-180.

²⁹ CALVO SERER, R.: «Una nueva generación española», *Arbor* (1947), pp. 333-348.

³⁰ LAÍN ENTRALGO, P.: «Medicus Pius' o el problema de las relaciones entre la Religión y la Medicina a comienzos del siglo XIX», *Finisterre* (1948), pp. 291-313.

dinámica menos destacada, o considerada una especie de exabrupto ideológico sin relevancia. Para los cuadros que comenzaron sus carreras políticas en el franquismo de finales de los años cincuenta y de los sesenta, el falangismo pudo ser asumido como una representación legítima del pueblo español, que deseaba superar aquellas condiciones de conflicto que habían llevado a la guerra civil, siendo sus manifestos responsables el liberalismo —entendido como la propuesta política experimentada a lo largo de la Restauración— y el comunismo. Estos cuadros, procedentes del SEU en buena parte, con formación universitaria y vinculación paralela a organizaciones católicas, percibieron el falangismo como un movimiento de integración nacional, una vía de modernización que cancelaba las culturas políticas que habían llevado a España al desastre de la República y la guerra civil. Su actitud no era —o no lo era exclusivamente— un cínico aprovechamiento de las condiciones de una promoción con competencia tan restringida, sino una sincera concepción del Estado como un ámbito capaz de representar la unidad de los españoles, afirmada doctrinalmente en los principios joseantonianos y ejecutada con brillantez por la capacidad de adaptación demostrada por el Caudillo, gerente de una progresiva constitucionalización del régimen, cuya culminación habría de ser la apertura de cauces de participación del pueblo en un esquema representativo auténtico, que dejara de lado cualquier veleidad neocanovista. Para ellos, la «liberalización» del régimen, en caso de comprenderse como un regreso a un sistema liberal-conservador, sólo podía ser entendida como una renuncia a un patrimonio unitario que debía prevalecer a causa de la severa advertencia de la guerra civil, y por arriesgar a que el esfuerzo de movilización e integración nacional fuera desbaratado a favor de una renovada fragmentación política y social. Tales actitudes de ortodoxia habrían de mantenerse en el seno del llamado «reformismo azul», sin el que resulta incomprensible, según creo, la capacidad del Movimiento Nacional de proporcionar una estrategia de cambio político en España, cuando la crisis del franquismo se expresó no tanto en el agotamiento de las diversas tendencias por separado como en la extenuación de todas ellas, que siempre se habían necesitado mutuamente para configurar la unidad que permitió la supervivencia del régimen. Un agotamiento que habría de llegar, además, por algo que no se producía en el interior del régimen, y que era la masiva presencia de unos actores políticos cuya razón de ser era la oposición a la totalidad del franquismo. Sin querer plantear aquí que la transición a la democracia se produjo como resultado del potencial existente en el falangismo más reciente, creo que debe considerarse, precisamente para abortar la confianza en *otros aperturismos*, la importancia que esta percepción del Movimiento como representación leal de todos los españoles tuvo en cuadros del régimen, llegando

a estar presente de forma decisiva en el complejo mundo de la administración del Estado en la fase terminal del franquismo³¹.

Esta percepción del Movimiento Nacional y del falangismo en su seno como garantía de la representación popular, de la unidad de la nación, de la permanente integración social y política de los españoles, se expresó de formas diversas en la etapa de crisis del régimen. Esto fue así porque precisamente en aquellos momentos en que se preveían las circunstancias de una inquietante sucesión, y porque se observaba la posibilidad y urgencia de tomar decisiones políticas de futuro, el lugar preferente correspondía a los instrumentos del Movimiento, empezando por su secretaría general y su Consejo Nacional. La identidad del 18 de julio como equivalente a la identidad falangista fue entendiéndose de modo distinto en una evolución que implicó el desguace progresivo del Movimiento y sus desplazamientos en direcciones opuestas, que llegaron a la exasperación cuando, tras la muerte de Franco, el factor político decisivo fue la aceptación de una negociación con la oposición democrática, un elemento ausente en cualquier crisis anterior del régimen.

LA OFENSIVA DEL MOVIMIENTO EN LA CRISIS FINAL DEL RÉGIMEN

No hizo falta que se produjera la desaparición física del dictador para que el debate sobre la institucionalización del proceso sucesorio se presentara en un contexto cubierto de dramatismo, por el asesinato de Carrero Blanco el 20 de diciembre de 1973. La muerte del presidente del gobierno se produjo cuando el falangismo podía sentir su posición política más deteriorada, tras la crisis de octubre de 1969 y la llegada al poder de los gobiernos más controlados por la fuerte personalidad del almirante, apoyado en quienes contemplaban el futuro del sistema, más allá de la muerte de Franco, como una combinación entre la democracia orgánica y el poder de la tecnocracia. Las aptitudes de ésta habían empezado a ser denunciadas desde diversos sectores, para quienes la combinación de la crisis, el aire de despolitización y pérdida de tuétano ideológico, los indicios de una crisis económica profunda y el impulso de las movilizaciones sociales llevaban a criticar la debilidad del carrerismo o bien la frustración de las tímidas expectativas aperturistas de finales de la década de los sesenta. El debate

³¹ A este respecto, es importante destacar la ofensiva realizada en la Colección Horizonte, en la década de los sesenta, para presentar una visión de desarrollo político integrador y original del régimen. Miguel Ángel Ruiz Carnicer ha planteado una más que interesante reflexión en esta línea, tan poco frecuente y, que como él mismo señala acertadamente, es indispensable para comprender el paso del falangismo a posiciones distintas a un mero conservadurismo con aires «liberales» y, menos aún, al espacio de extrema derecha aliancista de 1976. (RUIZ CARNICER, M.Á.: «La *vieja savia* del Régimen. Cultura y práctica de Falange», en MATEOS, A. (ed.): *La España de los años cincuenta*. Eneida. 2008, pp. 277-304.)

sobre la tecnocracia pudo referirse a la primacía de la administración sobre la política, pero en el marco de un enroque autoritario que, desde 1970, llegaba a incluir el desarrollismo enfrentado a la crisis con la clausura de las propuestas reformistas que se habían ido apuntando en los debates del Consejo Nacional en los años sesenta, como lo demuestran los escritos de Fraga contra el pretendido «crepúsculo de las ideologías» que sostenían tecnócratas como Fernández de la Mora³². En ellos, el inmovilismo más duro pudo refugiarse —lo cual indica la transversalidad de actitudes que caracterizó al régimen en toda su trayectoria— tanto en las posiciones doctrinarias de quienes hablaban en nombre de la ortodoxia falangista, como entre quienes decían querer superarla a través de una defensa ultramontana de las Leyes Fundamentales. Otros sectores podían enarbolar la reivindicación del potencial no desarrollado del proyecto político del régimen, en el campo de la representación política y el perfeccionamiento institucional, mientras que algunas corrientes, que habrían de estar en las posiciones más abiertas y lúcidas del «reformismo azul», plantearon la necesidad de llevar adelante un proceso de apertura política basado en las posibilidades de la Ley Orgánica del Estado. De hecho, ni siquiera esta clasificación permite el adecuado encaje de sectores muy diversos, que fueron evolucionando de forma llamativa a medida que las condiciones políticas nacionales fueron modificándose³³.

El nombramiento del nuevo presidente del gobierno, Carlos Arias Navarro, parecía apartar a quien, en su calidad de secretario general del Movimiento, Torcuato Fernández-Miranda, ostentaba la representación de la ortodoxia del régimen y, en especial, una vinculación más clara con la tradición falangista. Sin embargo, poca confianza podía inspirar en estos sectores quien había sido denunciado por la prensa más dura por haber jurado su cargo sin vestir la camisa azul —hasta ese punto llegaba la potencia acreditadora de los elementos simbólicos del régimen— y que había sido fiel portador de los estandartes de un endurecimiento de la vida política al servicio del proyecto carrerista. En este aspecto, el claro «inmovilismo» de Fernández Miranda podía contrastar con la «movilización» solicitada por otros al servicio de la permanencia de las instituciones, en dos caras de una defensa del régimen del 18 de julio que habían entrado en clara confrontación en 1969. La reducción del conflicto político de esta fase de la historia de España a las querellas entre «aperturistas» e «inmovilistas» guarda no sólo una insuficiencia, sino una falsificación que tendrá consecuencias políticas en el futuro. Pues tal juego binario ignora que el conflicto fundamental, el que conduce precisamente a esa confrontación en el seno del régimen, se pro-

³² FRAGA, M.: *El desarrollo político*. Barcelona, Bruguera, 1975 (1ª ed. 1971); ÍD.: *Legitimidad y representación*. Barcelona, Grijalbo, 1973.

³³ Sobre la conciencia de la disfuncionalidad del régimen ante una sociedad evolucionada, véase YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.

duce entre el sistema franquista y la oposición democrática, siendo este factor el que convierte el debate en algo cada vez más áspero e irresoluble en el seno de las instituciones del régimen, del mismo modo que conflictos previos de singular dureza habían podido resolverse por la ausencia de esa función relevante de la oposición³⁴.

Si Arias Navarro fue recibido por la prensa falangista como un «franquista puro» que no representaba a ninguna de las corrientes del régimen, especialmente por su pragmatismo³⁵, tales publicaciones también se apresuraron a saludar a José Utrera Molina, nuevo secretario general del Movimiento, como quien mejor representaba la superación de un gabinete técnico y el retorno de la política cuando se presentaban horas trascendentales³⁶. Todos los comentaristas de este sector se felicitaron por la apertura de una etapa cuyo horizonte fundamental era el reforzamiento de las instituciones solicitado por Franco en su discurso navideño de 1973³⁷. Y la llegada de un falangista ferviente a la secretaría general resultaba un rasgo destacable de cuál era la voluntad del Caudillo en el designio del futuro y de cuáles eran las oportunidades que se abrían para una ofensiva reformista del Movimiento³⁸. Las esperanzas de esta reactivación se consolidaron tras escuchar el discurso de Utrera en su toma de posesión, que se editó con el pomposo título de *Derecho a la esperanza*³⁹. Tan pomposo como el discurso de Utrera, que recalcó en aquella ocasión las habituales referencias a la legitimidad de origen del régimen, basada en un 18 de julio «unitario, pero no uniforme». A lo que se añadía la voluntad de un perfeccionamiento institucional que hallaba en el propio proceso constituyente del régimen, iniciado en la guerra civil, su lógica indestructible. Sin embargo, Utrera había de manifestar algo que, en las condiciones de comienzos de 1974, se presentaría como el indicio de los problemas que llegaría a crear al presidente Arias, siendo el eje de la particular propuesta de movilización expresada desde la dirección del partido. Por un lado, el Movimiento no podía considerarse «una simple declaración de nobles y exactos principios». Debía tener —y, de hecho, recuperar— su carácter de «vanguardia de unos efectivos humanos resueltos, entusiastas y sacrificados»⁴⁰. Además, su misión era la de devolver al pueblo su intervención en la política activa, a través de una intensa

³⁴ GALLEGO, F.: *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona, Crítica, 2008, pp. 19-47.

³⁵ SUEVOS, J.: «Un Jefe», *Arriba*, 13 de enero de 1974.

³⁶ «Continuidad básica», *Arriba*, 4 de enero de 1974; VAN-HALEN, J.: «El gobierno del presidente Arias», *El Alcázar*, 4 de enero de 1974.

³⁷ «La sólida continuidad» y «Protagonista, el pueblo» *El Alcázar* 4 y 7 de enero de 1974; ÓNEGA, F.: «Reforzar las estructuras políticas», *Arriba*, 3 de enero de 1974.

³⁸ VASALLO, J.: «Un permanente cuatro de marzo»; ÓNEGA, F.: «Política en Movimiento», *Arriba*, 9 de enero de 1974.

³⁹ UTRERA MOLINA, J.: *Derecho a la esperanza*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 16.

movilización canalizada a través de los servicios y las jerarquías del partido. «Tenemos que caldear de nuevo la ilusión de nuestro pueblo. Sin emoción, sin vivo contenido popular, el Movimiento no es nada⁴¹.»

Utrera Molina planteaba un desafío cuya envergadura no pudo más que atisbarse en aquel momento como la habitual retórica de los actos de toma de posesión, en la que el «estilo Solís» llegó a poner en boca del nuevo ministro confesiones tan sorprendentes como su creencia en los trigos y en las auroras, lo que debió provocar el sarcasmo implacable de un Torcuato Fernández Miranda que era desplazado por aquel verbo digno de un coplista de campamento de la OJE. La pulsión lírica joseantoniana no resultaba gratuita, al excavar en unas formas que buscaban la recuperación de una apariencia enérgica, soñadora, revolucionaria, juvenil y populista. Así quiso comprenderlo de inmediato la prensa más cercana. Para Fernando Ónega, lo que se requería era «la savia vieja y nueva, pero siempre virgen, que los haga auténticos»⁴². Al Movimiento le correspondía «estimular y albergar»⁴³, apretando «el paso de acuerdo con el momento actual, sin abdicar de lo que fuimos», lo que obligaba a «la fuerza, el apogeo de la base» y a asumir adecuadamente la consigna de «caldear la ilusión del pueblo»⁴⁴. Algo que sólo podía hacerse reconociendo el liderazgo político del Consejo Nacional, y con una exigente conciencia de la participación popular⁴⁵.

Poco podía objetarse a esta posición de principio desde el entorno más próximo al presidente del gobierno. De hecho, el propio Arias Navarro había de actuar de acuerdo con una estrategia común de la elite del franquismo en aquel momento: dar la impresión de que el impulso al cambio político era idéntico a la consolidación institucional del régimen. Su discurso del 12 de febrero establecía esas mismas bases de evolución controlada, leal a los principios fundacionales, promotora de una sucesión sin rupturas, alentadora de la participación en los cauces de reconocido pluralismo del sistema, dejando que el «contraste de pareceres» diera paso a un sistema asociativo de perfil aún difuminado, pero tajantemente definido por incluir en exclusiva a quienes aceptaran el carácter irrevocable de los principios del régimen. El cambio había de ser escenificado por el propio gobierno como autoridad capaz de velar por las aspiraciones del pueblo y por la mejor forma de preservar un sistema que había logrado la paz, el desarrollo y la

⁴¹ *Ibid.*, p. 18.

⁴² ÓNEGA, F.: «Derecho a la esperanza», *Arriba*, 17 de enero de 1974.

⁴³ ÓNEGA, F.: «El lugar del Movimiento», *Arriba*, 18 de enero de 1974.

⁴⁴ ÓNEGA, F.: «Movimiento amplio e integrador», *Arriba*, 19 de enero de 1974.

⁴⁵ ÓNEGA, F.: «La razón de ser», *Arriba*, 22 de enero de 1974; «La hora del pueblo», *Ibid.*, 23 de enero de 1974; ÓNEGA, F.: «Los 'papeles' de la participación», *Ibid.*, 27 de enero de 1974; «Serenidad como método», *Ibid.*, 29 de enero de 1974; «No al inmovilismo», *Ibid.*, 2 de febrero de 1974. Una de las muchas posiciones reticentes a esa defensa del Movimiento como partido, en *La Vanguardia Española*, «Apertura y participación», 20 de enero de 1974.

permanente lealtad a un liderazgo personal, que debía ser capaz de ser sustituido por una legitimidad puramente institucional⁴⁶. Nada había contrario a una ortodoxia formal que, sin embargo, la prensa del régimen había de leer de forma distinta, subrayando los factores de continuidad o los de apertura que se formulaban en el mismo discurso⁴⁷. No podía hablarse, por tanto, de un conflicto entre proyectos que justificara la destitución de Utrera en la primavera de 1975.

Las discrepancias que surgieron de forma cada vez más clara se debieron a un factor fundamental en cualquier escenario de cambio político: no sólo *el ritmo y el sentido* de la reforma, sino también —y sobre todo— *quién* había de diseñarla. Tanto Arias como Utrera remarcaban el control inflexible del cambio que consolidara las instituciones del régimen en el proceso de sucesión. Lo que pasó a ser prioritario fue asegurar ese proceso a través de una dirección exclusiva del presidente del gobierno o bien de una entrega de su orientación básica al secretario general y al Consejo Nacional del Movimiento. El conflicto se produjo ante la fundada impresión de Arias —sometido a presiones muy fuertes de sectores destacados del inmovilismo y, a la vez, de quienes demandaban más audacia en el cambio político— de que Utrera Molina contemplaba su propio discurso como una *alternativa* a la mezcla de timidez de convocatoria popular y posibles excesos aperturistas que podían expresarse en la estrategia de Arias. Era por tanto la *exclusividad* del Movimiento entendido en su versión más partidista lo que condujo al enfrentamiento, en especial cuando a esta cuestión de liderazgo se sumó una percepción del cambio a realizar, que adquiriría una versión populista, de movilización de las estructuras *ya* existentes, frente a la imagen de carácter autoritario y sustitutivo de ese rearme y reactivación que se ofrecía desde la instancia presidencial. Un conflicto que reiteraba el que se había dado en la trayectoria del franquismo, que se había producido en las experiencias fascista y nacionalsocialista en condiciones históricas muy diferentes, y el que seguía produciéndose en los espacios herederos del fascismo en la Europa de los años setenta.

La ofensiva desplegada por Utrera Molina a lo largo de la primavera, el verano y el otoño de 1974 mereció tal apreciación del presidente del gobierno, cuya autoridad y autoría se veían constantemente quebrantadas por las intervenciones

⁴⁶ *Discurso del Presidente del Gobierno Carlos Arias a las Cortes Españolas, 12-II-1974*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974. «La más exacta y cabal manifestación de lealtad consiste en saber actualizar la vigencia de unos Principios Fundamentales permanentes (...), savia vivificadora de una realidad dinámica y no letra muerta; punto de partida y firme cabeza de puente para abordar los horizontes más ambiciosos y no ancla en el pasado. (...) El consenso nacional en torno a Franco se expresa en forma de adhesión. El consenso nacional en torno al Régimen en el futuro habrá de expresarse en forma de participación. (...)» (pp. 17 y 26).

⁴⁷ «Nueva etapa y convocatoria», *Arriba*, 13 de febrero de 1974; «El marco político», *Ibid.*, 14 de febrero de 1974 subrayan la legitimidad originaria y la función crucial del Movimiento; *Fuerza Nueva* manifestó, en «Un discurso» (23 de febrero de 1974) su hostilidad de principio a las palabras de Arias. *ABC* habló de «Lealtad al futuro» (14 de febrero de 1974) y de «Integración de la juventud» (26 de febrero de 1974).

públicas de un secretario general que parecía recoger temores, insatisfacciones y esperanzas de un posible cambio que llevara aparejada la entrega al falangismo —al falangismo de 1974— de la representación más viva y eficaz del régimen. La actividad infatigable de Utrera respondía a un proceso abierto de *recuperación* de espacios y de revitalización de estructuras inertes. Y se realizaba, además, en las condiciones de una ofensiva realizada desde otros puntos, que salían en defensa de la inmovilidad del régimen con argumentos diversos, pero que manifestaban el temor despertado en la elite más radical del franquismo por la coincidencia de la apertura política en España con circunstancias nacionales e internacionales de alto riesgo. Durante todo el año, no dejaron de lanzarse severas advertencias y amenazas desde estos sectores que sólo podemos mencionar aquí de pasada: el «manifiesto» de José Antonio Girón publicado en el diario *Arriba* a fines de abril; la «clarificación» del discurso del 12 de febrero ante los cuadros del Movimiento en Barcelona por parte de Arias en el mes de junio; la sonora ruptura de la revista *Fuerza Nueva* con el presidente —y, de hecho, con el gobierno entero— a mediados de septiembre; la crisis de gobierno provocada por la destitución de uno de los «rostros» de la apertura, Pío Cabanillas, el 28 de octubre, que se sumaba a la previa destitución del Teniente General Díez Alegría; y la organización de la Confederación de Combatientes en noviembre, con una actitud de estado de emergencia nacional dirigido no sólo contra la subversión, sino contra la pasividad del gobierno.

El ambiente de inseguridad y la necesidad de tomar decisiones que aseguraran el futuro político del régimen espolearon la actividad febril de Utrera, flanqueada por la dureza de las exposiciones realizadas por distintos oradores en actos conmemorativos que formaban parte de los rituales de identificación del Estado: fundamentalmente, los discursos en los aniversarios de la fusión de Falange y las JONS, el 4 de marzo, o del acto del Teatro de la Comedia, el 29 de octubre. Utrera podía moverse como un leal ministro de un gobierno que deseaba realizar una obra de regeneración que cumpliera las expectativas de participación popular deseadas por el falangismo fundacional, en el marco de una reactivación y movilización que había sido descartada en los años anteriores. Mientras procuraba distanciar su discurso del que podía promoverse entre los seguidores de Blas Piñar, su situación sólo podía caracterizarse por la cuidadosa ambigüedad con la que trataba de estar en los dos lugares al mismo tiempo, precisamente en una voluntad de integración de todos los sectores del régimen a través del Movimiento, ofreciendo a unos la seguridad de la apertura en la participación política del pueblo y a otros la lealtad al 18 de julio, que nadie podía preservar de modo más firme que la tradición falangista.

Esta ambivalencia se apoyaba en algunos factores distintivos sobre los que se construyó la identidad del reformismo de Utrera Molina, ya fuera en la ocupación de áreas de poder institucional incontestable, ya fuera en la congruencia entre su discur-

so y las condiciones de un cambio *en la continuidad* y en la reivindicación permanente del 18 de julio. El legitimismo originado en la guerra civil, el discurso generacional orientado a la movilización de una juventud groseramente adulada en su espíritu «rebelde», el justicialismo, el catolicismo integral, la defensa de la democracia orgánica frente al liberalismo y, siempre, la presentación de un reformismo original, del único reformismo posible que no llevara a viejas catástrofes al pueblo español, eran piezas de un universo doctrinal fácilmente convertible en consignas ambiguas, polisémicas, adaptables a percepciones tanto de los defensores de la integridad del sistema como de quienes eran conscientes de la necesidad de una reforma sin riesgos que respondiera, al mismo tiempo, a la posibilidad de reactivación del Movimiento. A este universo se sumaban las condiciones institucionales desde las que se hacían las propuestas, una posición *simbólica y legal* que otorgaba indudables ventajas a la estrategia de Utrera. La autoridad de la jefatura del Movimiento no se refería sólo a Utrera, sino a Franco y al Consejo Nacional. Por otro lado, la posesión de un aparato administrativo ingente, construido para el control político de la población española y utilizable para una posible resistencia movilizada, ofrecía perspectivas alentadoras al proyecto de Utrera. Naturalmente, la perspectiva de la que disponemos puede indicar hasta qué punto tales previsiones iban erradas, pero lo que nos interesa es que *en aquel momento* se contemplaban como posibles, congruentes con la coyuntura política, alejadas de cualquier anacronismo, en una inercia de representación totalitaria de los españoles que se había experimentado durante los suficientes años como para consolidar una impresión de impunidad y de marginación definitiva de quienes se oponían al régimen.

Las intervenciones de Utrera en la primavera, verano y otoño de 1974 fueron avanzando implacablemente en esta dirección. En el mes de marzo, Utrera realizaba un viaje a Cataluña, cumpliendo con su compromiso de rescatar «en provincias» la materia menos burocratizada del Movimiento, viaje al que seguirían otros a diversos puntos del país, y que subrayarían esa ambición de recuperar el contacto con las organizaciones locales, revitalizadas por la presencia directa del ministro o por las reuniones en Madrid de los jefes locales y provinciales⁴⁸. A comienzos de abril, Jesús Fueyo sustituyó a Luis Legaz Lacambra en la dirección del Instituto de Estudios Políticos, ocasión que sirvió para que el nuevo presidente del principal laboratorio doctrinal del régimen indicara la necesidad de un giro que situara las actividades del IEP bajo la dirección clara del Consejo Nacional y al servicio del

⁴⁸ «Hacia una gran política», *Arriba*, 14 de marzo de 1974; «Sin alardes», *Id.*, 15 de marzo de 1974; IZQUIERDO, A.: «Ni ruido ni nueces», *Id.* 24 de marzo de 1974; «Desde la solidez y la vigencia», *Id.*, 28 de marzo de 1974; «El Movimiento, factor integrador de las energías nacionales», *Id.*, 31 de marzo de 1974; «Ante una nueva etapa», *Id.*, 6 de abril de 1974; «Rearme doctrinal», *Id.*, 9 de abril de 1974; «Movimiento y provincias», *Id.*, 10 de abril de 1974; «Misión de los Consejos Locales», *Id.*, 11 de abril de 1974; «Pueblo y sistema político», *Arriba*, 12 de abril de 1974; «Inyectar dinamismo y eficacia al desarrollo político», *Id.*, 17 de abril de 1974; «La Constitución y la sociedad», *Id.*, 19 de abril de 1974.

control de la reforma política⁴⁹. A fines del mismo mes, Utrera acudía al homenaje de los falangistas caídos en la sierra de Alcubierre: el lugar era propicio para señalar el vínculo *directo y permanente* que se establecía entre el falangismo y la guerra civil. El recuerdo constante de las víctimas de aquel «holocausto» (sic) había de realizarse con el coraje de la actualización de las ideas que defendieron hasta la muerte. Ello suponía evitar que el Movimiento quedara convertido en un magma administrativo sin principios, o en un factor ornamental del Estado, renunciando a la necesidad que el régimen y el pueblo tenían de una verdadera vanguardia integradora, capaz de construir una comunión de ideales y una elite política al mismo tiempo⁵⁰. El XXVII Consejo Nacional de la Sección Femenina, en junio, volvió a dar ocasión al ministro secretario general para defender las tareas exigidas por «la audacia de la continuidad, la urgencia de nuestra modernización y perfeccionamiento y, sobre todo, la necesidad de avanzar sin titubeos, sin pausas y sin claudicaciones, por el camino de la libertad, la unidad y la justicia»⁵¹. En aquellos mismos momentos, aun cuando no surgiera directamente de la secretaría general, se iniciaría una campaña en el diario *El Alcázar* perfectamente complementaria, al convertirse en portavoz de la legitimidad del 18 de julio en su aspecto más demagógico: oponer la reforma política a las condiciones materiales logradas por el régimen gracias a una política social que había dejado el parlamentarismo en manos de una casta de señoritos⁵². Una posición que flanqueaba las declaraciones de Utrera apoyando con entusiasmo las declaraciones del ministro a favor de una reactivación de los instrumentos políticos del régimen basados, entre otras cosas, en la posibilidad de movilizar al «auténtico» pueblo frente a los acomodados defensores de la «partitocracia.»

⁴⁹ *Una ocasión fundacional. Discursos de José Utrera Molina, Jesús F. Fueyo Alvarez y Luis Legaz Lacambra en la toma de posesión del nuevo presidente del Instituto de Estudios Políticos*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974, pp. 14-15 : «José Utrera Molina (...) acomete la resuelta dinámica del Movimiento con vistas al perfeccionamiento funcional de las Instituciones, a la justicia de nuestras soluciones políticas y a la convocatoria al pueblo eterno y joven de España. (...) Es por esto (...) que la directriz mental y casi estratégica de la reorganización es dar, en primer lugar, con un método de trabajo en la cumbre del Instituto que asegure al Consejo Nacional, pieza clave en el edificio constitucional del Régimen, la asistencia más metódica y funcional en la elaboración de sus decisiones».

⁵⁰ UTRERA MOLINA, J.: *El Movimiento, vanguardia integradora*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974.

⁵¹ UTRERA MOLINA, J.: *El compromiso renovador del Movimiento*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974, p. 15.

⁵² «Economía para el hombre», *El Alcázar*, 2 de abril de 1974; «Odres nuevos», *Id.*, 15 de abril de 1974; «IV Plan de Desarrollo», *Id.*, 20 de abril de 1974; «Fariseos de la libertad», *Id.*, 30 de abril de 1974; «Los elegidos», *Id.*, 25 de mayo de 1974; «La otra participación», *Id.*, 8 de junio de 1974; «El verdadero problema», *Id.*, 27 de junio de 1974; «Empezando por la empresa», *Id.*, 28 de junio de 1974; «Reforma social», *Id.*, 29 de junio de 1974; «Desarrollo político, desarrollo social», *Id.*, 5 de julio de 1974; «Revolucionarios de Ateneo», *Id.*, 1 de agosto de 1974; «Objetivo político», *Id.*, 16 de septiembre de 1974; «Unidad para el desarrollo», *Id.*, 17 de septiembre de 1974; «Apertura, pero de verdad», *Id.*, 4 de octubre de 1974; «Falsa imagen», *Id.*, 11 de octubre de 1974; «A espaldas del pueblo», *Id.*, 18 de noviembre de 1974; «El objetivo de los trabajadores», *Id.*, 11 de diciembre de 1974.

El punto nuclear del conflicto, y que llevaría a la ruptura definitiva entre Arias y Utrera, provocando su posterior destitución, fue el esfuerzo y el éxito obtenido por el ministro al obtener el control de las asociaciones políticas. Aprovechando lo que la misma legislación del régimen permitía, Utrera recalcó la función que correspondía al Consejo Nacional del Movimiento en lo referente a la participación política y el encauzamiento del pluralismo. El 22 de julio, Utrera se dirigió al Consejo Nacional donde debía elaborarse un texto-base del derecho de asociación. El ministro secretario general indicó que el proyecto de Arias expuesto el 12 de febrero debía encontrar en el Movimiento «su protagonista y su más leal intérprete»⁵³. La apertura política sólo podía entenderse como culminación del 18 de julio, correspondiendo al Movimiento su institucionalización. El Movimiento, en exclusiva, «acoge e integra la dimensión puramente política del hombre en nuestro Sistema», por lo que sólo en él «el desarrollo político ha de tener origen y legitimación»⁵⁴. Mientras Arias trató de que el control de las asociaciones políticas dependiera del gobierno y de su presidente, Utrera Molina logró convencer a Franco de los riesgos que se asumían en caso de que la orientación del desarrollo político quedara en manos distintas a las del Consejo Nacional. En septiembre, Arias Navarro pudo mostrar su irritación con Utrera, modificando la posición tomada en el mes de junio en Barcelona y recalcando la voluntad reformista de su gobierno, ante los obstáculos puestos por sectores inmovilistas⁵⁵. La respuesta inmediata fue la declaración de guerra de *Fuerza Nueva* que, tras romper con el gobierno, llamaba en noviembre a la constitución de un frente en defensa del 18 de julio⁵⁶. En el mismo momento, se incrementaba la radicalización de los sectores próximos a Girón, inicialmente próximo a Arias y a Utrera. Nombrado presidente de la Confederación integrada por antiguas asociaciones de excombatientes, en el congreso celebrado entre el 18 y el 20 de noviembre, Girón llamó a la actualización del combate realizado en la guerra civil, superando los rituales simbólicos para establecer la equivalencia política entre las necesidades patrióticas de 1936 y de 1974⁵⁷.

Mientras se producía esa captura de los espacios públicos de la extrema derecha del régimen, futuros integrantes de la «Alianza Nacional del 18 de julio», Utrera Molina seguía planteando desde el gobierno su propia estrategia reformista, destinada a reforzar el Movimiento Nacional aprovechando los objetivos de

⁵³ UTRERA MOLINA, J.: *Desarrollo político. Consejo Nacional del Movimiento, 22 de julio de 1974*. Madrid, Ediciones del Movimiento, p. 17. El único voto en contra del documento-base fue el de Blas Piñar («No», *Fuerza Nueva*, 3 de agosto de 1974).

⁵⁴ *Ibid.*, p. 25.

⁵⁵ «Unas declaraciones consecuentes», *ABC*, 12 de septiembre de 1974. «Un programa político de alcance», *La Vanguardia Española*, 11 de septiembre de 1974.

⁵⁶ *Fuerza Nueva*, 23 de noviembre de 1974.

⁵⁷ *El Alcázar*, 18 de noviembre de 1974; «En orden de paz», *Ibid.*, 19 de noviembre de 1974; «Las eternas banderas», *Ibid.*, 27 de noviembre de 1974.

participación política que habían identificado la trayectoria del sistema a lo largo de aquel año. La condena de Arias a los obstáculos que encontraba a sus propuestas fue respondida por el ministro con concentraciones de jóvenes como las realizadas el 1 de septiembre —poco antes de las declaraciones de Arias, pero ya en una línea abierta de enfrentamiento— o, sobre todo, la que se realizó ante Franco el 10 de diciembre. Si, en la primera ocasión, el diario *Arriba* manifestaba que «Podemos afrontar el futuro sin incertidumbres», dedicando la portada a la concentración, en la segunda podía destacar la imagen del Caudillo, titulando: «Franco: mi confianza está en vosotros». Ese ejercicio de un poder paralelo y visible, que tendía puentes directos al Jefe del Estado y se presentaba como alternativa fiable frente al aperturismo de Arias, dotándolo de la aparente energía de una base movilizadora y joven, acabó por señalar su capacidad de fuego con la aprobación del Estatuto de Asociaciones por el Consejo Nacional el 16 de diciembre, convirtiéndose en decreto-ley cinco días más tarde. En su discurso ante el Consejo Nacional, Utrera Molina quiso destacar que este organismo había hecho lo que le correspondía, entregando al gobierno un texto para su tramitación administrativa, lo que daba una perfecta imagen no sólo de las limitaciones que iba a tener el documento, sino de cuáles eran las relaciones de poder entre ambas instancias y, de hecho, en qué había de consistir la dinámica del régimen desde ese momento en que se había recuperado el «verdadero» espíritu de la Ley Orgánica del Estado⁵⁸.

EPÍLOGO. EL AGOTAMIENTO DE UN RÉGIMEN

La actitud consternada con la que Arias Navarro comunicó el contenido del decreto al país, así como su impresión de haber sido ampliamente desafiado por un plan que presentaba la reforma estrictamente desde las posiciones del falangismo movimentista, habían condenado ya a Utrera a un pulso final que sólo podía acabar con su destitución o con la del presidente del gobierno. La crisis del mes de marzo, que llegó tras el fracaso del intento de integrar a Fraga, Silva o Areilza en la estrategia asociacionista, se realizó por la única vía que le quedaba al presidente: arrebatar la dirección del Movimiento Nacional y su simbólica defensa a quienes, como Utrera, habían logrado mantener esa bandera desde la muerte de Carrero Blanco. La propuesta que plantearía el breve mandato de Herrero Tejedor, concluido abruptamente con su muerte en el mes de junio de 1975, reposaba en un giro del conjunto del régimen hacia la derecha, y en la oferta al país de un marco asociativo que reiteraba la existencia del Movimiento a través

⁵⁸ *Asociaciones políticas. Discurso del vicepresidente del Consejo Nacional del Movimiento José Utrera Molina, 16 de diciembre de 1974*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1975.

de una pluralidad asociativa ficticia, hegemonizada por la Unión del Pueblo Español. La ofensiva desencadenada por Utrera no había sido una estrategia en el vacío, una insensata cabalgata hacia el pasado o el inútil intento de alcanzar, como planificaron las tropas aliadas en uno de los episodios más desdichados de las últimas fases de la guerra, en el frente, holandés, *un puente demasiado lejano*: el lugar en el que podía transitarse desde la orilla de las condiciones políticas de los años setenta a la coyuntura de 1936, enarbolando la bandera legitimadora del 18 de julio, hasta la de la situación de dominio político que se ejercía en 1974. No era una ilusión emanada de la atmósfera viciada de los laboratorios del régimen, sino una percepción social cuyo incumplimiento conocemos *a posteriori* y cuyos deficientes análisis podemos contemplar hoy con mejor resolución. Se disponía de los recursos del Estado y del apoyo de una población formada en una cultura autoritaria, dispuesta a transitar por las vías de la evolución que se marcaran desde el gobierno. Pero, en los dos últimos años de la vida de Franco, ya no podía realizarse una tarea de este tipo sin contar con quienes se hallaban fuera del régimen, a medida que la capacidad de integración en los cauces del sistema quedaba deteriorada por la modernización social y cultural, además de por la movilización y progresiva coordinación de una oposición masificada en puntos neurálgicos del país. La oposición disponía de factores de influencia que provocaban efectos opuestos: la radicalización de los sectores más ortodoxos del régimen y la aceptación por otros —incluyendo poderosos medios de comunicación— de la necesidad de que la instauración de la monarquía se hiciera dotándose de una nueva legitimidad. Sin ese factor que perturbaba la acción libre del régimen, la apuesta realizada por el Movimiento habría podido tener otro destino y, de hecho, la percepción de quienes la propusieron se basaba en una visión del país construida sobre la tradicional capacidad de dominación política y presunción de consenso que había inculcado en la elite del régimen tan larga permanencia en el poder.

El margen de maniobra para todos se había agotado ya a aquellas alturas. La propuesta de apertura había quebrado la unidad de la elite franquista en unas condiciones de conflicto que nada tenían que ver con aquellas producidas en los treinta años anteriores, cuando podían plantear alternativas políticas *dentro del régimen*. Ahora, por el contrario, los enfrentamientos internos habían ido radicalizándose y mostrando algo mucho peor que el agotamiento de una u otra tendencia. Señalaban lo que había sido obvio desde la etapa fundacional del régimen y que era común a todas las experiencias fascistas: la imposibilidad de que el sistema pudiera sobrevivir a la pérdida de cualquiera de sus componentes. La voluntad *integradora* del falangismo se había basado en una perspicaz mirada que iba más allá de sus propios intereses como *parte* del régimen, para desear identificarse con su *lógica* de poder. La identidad del 18 de julio sólo podía actualizarse del mismo modo en que se había planteado en 1936: siendo capaz de

que todos los sectores antidemócratas se vieran igualmente representados en aquella propuesta. La ofensiva falangista encabezada por Utrera habría de mostrar un aspecto de ese esfuerzo de recuperación de la unidad, mucho más que el deseo de marcar las diferencias. Y tendría un final sólo aparentemente paradójico cuando, tras la muerte de Franco y la caída del primer gobierno de la monarquía, la formación de Alianza Popular permitiera reconstruir esa unidad en el marco de una alianza electoral en la que tecnócratas, «democristianos», falangistas y tradicionalistas creyeron poder representar de nuevo a una media España que representaba a la auténtica comunidad nacional.

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS Y LA ESENCIA CATÓLICA DEL FASCISMO ESPAÑOL¹

FRANCISCO MORENTE
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

El corpus teórico que nutrió ideológicamente al partido único del régimen de Franco se articuló a partir de muy diversas contribuciones elaboradas por políticos, académicos e intelectuales que confluyeron en una misma organización política en abril de 1937 y que procedían de partidos y asociaciones, así como de tradiciones culturales e ideológicas, bien diferentes entre sí. Esa diversidad de procedencias ideológico-organizativas ha hecho que haya podido hablarse de culturas políticas enfrentadas en el seno de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS), singularizando, especialmente, la falangista y la nacionalcatólica como culturas políticas portadoras de proyectos no sólo diferentes, sino, en las interpretaciones más extremas, prácticamente incompatibles. Las dinámicas políticas del régimen se explicarían, al menos en parte, como el resultado de la pugna de los grupos que encarnaban dichas culturas políticas por ampliar sus espacios de poder y, sobre todo, por imponer su propio proyecto frente al del adversario ideológico en el seno de lo que ha venido a denominarse «la coalición franquista»², cuya razón de ser fundamental sería la lucha contra un adversario común. En la vida interna de la «coalición», los elementos compartidos tendrían menor importancia que aquellos que singularizarían —y diferenciarían— a los (dos) bloques en pugna en el seno de la misma. Y el resultado final de la lucha, en buena medida decidido ya en 1941 y ratificado por la derrota de las potencias fascistas en la guerra mundial, habría sido el triunfo de los sectores procedentes del espacio ideológico de la Acción Española de época republicana sobre los identificados como falangistas, que, sin desaparecer de la escena, habrían tenido que renunciar definitivamente a su proyec-

¹ Este trabajo se enmarca en el proyecto HAR2011-25749, «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

² O «coalición reaccionaria», como la ha denominado Sánchez Recio al señalar la existencia de grupos con planteamientos ideológicos diferenciados, pero sin estructuras organizativas propias, integrados en el seno del partido único del régimen franquista; véase SÁNCHEZ RECIO, G.: *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos en el franquismo*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, pp. 36 y 44.

to fascista para reacomodarse en un nuevo orden de corte autoritario e ideológicamente nacionalcatólico³.

Esa construcción interpretativa suele completarse con la afirmación de que la unificación de falangistas y carlistas en FET y de las JONS (así como la absorción por la nueva organización así creada de sectores que provenían de los otros campos de la derecha de época republicana —alfonsinos, cedistas, etc.—) privó al partido resultante de cualquier nervio modernista y *revolucionario* (como el que habría tenido el fascismo republicano) reforzando, por el contrario, los aspectos más tradicionalistas, conservadores e incluso reaccionarios propios del tradicionalismo y del catolicismo políticos. El resultado habría sido una especie de híbrido del pensamiento falangista republicano y de las posiciones de la derecha autoritaria, fundamentalmente católica, que habría constituido el corpus doctrinal de un régimen fascistizado pero no fascista. En esa interpretación, falangistas (*de verdad*) serían quienes no compartían la síntesis alcanzada (y sus consecuencias en el plano de la política real) y aspiraban a acentuar en ella los elementos que habrían caracterizado a un falangismo de preguerra no sometido a transacciones con las posiciones del tradicionalismo católico y, por ello, *auténticamente* fascista, algo que, por tanto (si se acepta esa interpretación con todas sus consecuencias), FET y de las JONS no era. Es decir, que ni el régimen en su conjunto ni el partido único del mismo fueron nunca fascistas sino a lo sumo fascistizados⁴.

Más arriba hablaba de falangistas *de verdad*; ese matiz pretende señalar que en esta interpretación (como, por lo general, en prácticamente cualquiera otra) sobre el régimen franquista, nos encontramos frecuentemente con un problema terminológico, pues, en buena lógica, todos los militantes de FET eran falangistas (ya que Falange era el nombre del partido), y sin embargo, cuando se habla de *los falangistas*, normalmente se hace referencia sólo a una parte de la militancia y los cuadros del partido único, sin que, por regla general, se establezcan explícitamente los límites del grupo. Y aquí surge el problema: ¿cuáles eran esos límites? ¿qué identificaba a sus miembros como *auténticos* falangistas por oposición a quienes, aun militando en el partido, no lo eran?; y a un militante que se incorporase al partido, pongamos por caso, a mediados de los años cuarenta y que no hubiese tenido nunca vinculación de tipo alguno con las organizaciones políticas de época republicana que confluyeron en FET y de las JONS ¿a qué sector se le debería adscribir?; más aún ¿sentiría ese militante la necesidad de adscribirse a algún sector específico del partido? ¿no podría

³ El ejemplo más sólidamente construido y matizado de esta interpretación, en SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003. Una apretada síntesis de sus planteamientos en SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos», *Ayer*, n.º 68 (2007), pp. 140-148.

⁴ No deja de ser curioso que, en lo que se refiere al partido, esta última consecuencia no se suele extraer —o al menos no se acostumbra a explicitar— de las premisas anteriores, cuando resulta del todo inevitable si se lleva el razonamiento hasta el final.

sentirse, sencillamente, parte de un Movimiento con un único proyecto político personificado por el jefe del Partido, esto es, por Franco? Las preguntas de ese tipo simplemente dan cuenta de la dificultad (y no pocas veces de la artificialidad) de establecer determinadas líneas divisorias en cuanto a adscripción política e ideológica en el seno del partido único franquista⁵. Aunque no suele explicitarse así, creo que con mucha frecuencia lo que funciona a la hora de establecer esas clasificaciones es la identificación como *falangistas (de verdad)* de aquellos que bien lo eran ya antes de julio de 1936 (o incluso abril de 1937), bien mantuvieron a partir de la unificación, y en la larga postguerra, los principios ideológicos del falangismo republicano, dando por sentado que, en aspectos sustanciales, éstos fueron diferentes de los que mantuvieron el partido y el régimen tras la unificación y la guerra civil, y muy especialmente a partir de la evolución que uno y otro se vieron obligados a emprender a medida que la suerte de las armas se tornó adversa para las potencias del Eje, y no digamos tras la derrota de las mismas en 1945⁶.

Cuestiones terminológicas aparte, la interpretación del régimen franquista y de su partido único a la que hacía referencia más arriba tiene una indudable potencia y está construida sobre argumentos que merecen ser considerados con atención. He de señalar, sin embargo, que, en aspectos esenciales, no comparto esa línea de argumentación. Y ello por varios motivos, no siendo el menor el hecho de que en la descripción de la cultura política falangista se opta habitualmente por establecer como rasgos definitorios de la misma los que podríamos identificar con un fascismo *puro e ideal*, sin ningún tipo de adherencia ideológica ajena, pero que en el caso español seguramente sólo encontraríamos en el minúsculo grupo de *La Conquista del Estado*, que fundó Ramiro Ledesma; las mismas JONS estarían ya *contaminadas*, una vez fusionados los *ledesmist* con el grupo de Onésimo Redondo, y la cosa aún sería más problemática en Falange Española. Por otra parte, esa exigencia de *pureza* fascista —en lo ideológico-programático y en la praxis política— que se acostumbra exigir al franquismo no suele aplicársele ni al nazis-

⁵ Ciertamente, las cosas son algo más claras si sólo nos referimos a los altos cuadros dirigentes del partido y a los ámbitos intelectuales del mismo, pero incluso en esa tesitura abundan los casos de difícil adscripción a uno u otro sector, dificultades de adscripción que aumentan y se generalizan a medida que nos alejamos de los años de la inmediata postguerra.

⁶ Pero este criterio, que tiene una lógica de partida evidente, va perdiendo consistencia, como señalaba en la nota anterior, a medida que nos alejamos de la fecha de la unificación y, no digamos, del final de la guerra civil. En primer lugar, porque la experiencia de la guerra fue tan determinante y extrema que en muchos casos pudo (y los testimonios de época permiten documentarlo abundantemente) relativizar hasta hacerlas irrelevantes las diferencias que muchos militantes del partido único pudiesen haber tenido con respecto a quienes provenían de partidos diferentes al suyo antes de la unificación. Por otra parte, porque cuanto más nos alejamos del final de la guerra, más abundan, por razones obvias, los nuevos afiliados al partido único sin experiencia militante ni adscripción ideológica previa y que, por tanto, ni eran falangistas (a la vieja usanza) ni tradicionalistas (de los de antes de la unificación), sino simplemente falangistas de FET y de las JONS, es decir, militantes del Movimiento Nacional que dirigía Franco, sin mayores etiquetas.

mo ni al fascismo italiano, puesto que de hacerlo habría que concluir que ni siquiera este último fue un verdadero régimen fascista, algo que hasta ahora nadie mínimamente sensato se ha atrevido a plantear. Con todo, mi razón de fondo para la discrepancia no es ésta, sino la que se asienta sobre un cuestionamiento de la premisa mayor de aquella argumentación, a saber, que el corpus ideológico del partido único de la dictadura franquista era sustancialmente diferente del que habían mantenido los falangistas en los años republicanos y hasta el momento de la unificación. Creo, por el contrario, que las diferencias (de haberlas) no eran sustanciales y que puede establecerse un potente hilo de continuidad entre el falangismo de preguerra y los principios y realizaciones del Nuevo Estado (lo que incluye, obviamente, al partido único). En realidad, creo que no puede plantearse el estudio de lo que fue la elaboración teórica de FET y de las JONS sin tener muy presente cómo se había construido el discurso falangista antes de abril de 1937, y muy especialmente durante los años de formación del fascismo español, durante la etapa en paz de la República. Por supuesto, las circunstancias extraordinarias de la guerra y del proceso de convergencia en una única organización de todas aquellas que habían combatido a la República con ánimo de destruirla habrán de dejar huella en la elaboración doctrinal que se haga entre 1937 y 1943 (a partir de ese año, otros factores, en este caso externos, volverán a condicionar el trabajo de los teóricos del régimen), pero no tengo la menor duda de que en lo esencial recogen lo que se había escrito entre 1931 y 1936, y muy especialmente la elaboración teórica de 1934-1936.

En definitiva, y como espero poder mostrar a lo largo del texto, creo que buena parte de los ejes centrales del discurso falangista de 1937-1943 (pero también, y quizás más claramente aún, a partir de 1943) como la forma en que se abordarán tienen su origen en la elaboración doctrinal que se hizo durante el *Kampfzeit* falangista en los años republicanos. Y ahí creo que hay que atender básicamente al trabajo teórico de cuatro personajes. Por una parte, el de quien se ha quedado con el título de introductor del fascismo en España, Ernesto Giménez Caballero; por otra, la de quien posee el indiscutible mérito de haber creado la primera organización fascista de nuestro país, Ramiro Ledesma Ramos; en tercer lugar, quien pasa por ser el líder incuestionable del fascismo en época republicana, José Antonio Primo de Rivera. Los tres personajes indicados pueden decir que han tenido quien les escriba, y a estas alturas su pensamiento nos es bien conocido; los trabajos de Enrique Selva sobre Giménez Caballero, de Ferran Gallego sobre Ramiro Ledesma, y de, entre otros, Gil Pecharromán, Joan Maria Thomàs e Ismael Saz sobre José Antonio, han dado buena cuenta de ello⁷. Pero había escri-

⁷ SELVA, E.: *Ernesto Giménez Caballero. Entre la Vanguardia y el Fascismo*, Valencia, Pre-Textos/ Institució Alfons el Magnànim, 2000; GALLEGO, F.: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005; GALLEGO, F.: «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en

to cuatro teóricos, y sólo he citado tres. El cuarto no es sino Rafael Sánchez Mazas, a cuyo pensamiento político van dedicadas las páginas que siguen a continuación.

A día de hoy, sigue sin haberse publicado una completa biografía de Rafael Sánchez Mazas⁸. Así es por sorprendente que pueda parecer tratándose de un personaje de cierta relevancia literaria y de no poca importancia política en la construcción del partido fascista español, así como de no poco peso en determinados ámbitos —culturales y periodísticos— del régimen franquista. Ciertamente, contamos con la tesis doctoral que le dedicó Mónica Carbajosa en 1995 (que sigue inédita, si bien la autora ha dejado testimonios parciales de su trabajo en obras que ha publicado sobre temas más amplios)⁹. También hay trabajos sobre política y literatura falangistas en los que se analiza más o menos extensamente la obra de Sánchez Mazas situándola en el conjunto de la de otros intelectuales falangistas como él (me refiero a obras como las de Mainier, Trapiello, Rodríguez Puértolas o la ya citada de los hermanos Carbajosa)¹⁰. Y sin embargo, pese a este sólo relativo interés por su figura política, Sánchez Mazas podía acreditar aportaciones muy relevantes a la construcción del discurso falangista antes de la guerra civil. Quizás lo que ha hecho que pasaran hasta cierto punto desapercibidas esas contribuciones sea que en su inmensa mayor parte fueron publicadas sin firmar en las publicaciones falangistas, por lo que se ha tendido a considerarlas como una especie de elaboración colectiva u orgánica que recogería los planteamientos oficiales de la organización, cuando en realidad respondían a una reflexión muy personal de Sánchez Mazas, y que, precisamente por publicarse a modo de editorial en *Arriba* o como un sucedáneo de tal («Consigna» y «Guiones»), en *F.E.* —siempre en la primera página y sin firma—, hacían del pensa-

GALLEGO, F. y MORENTE, F.: (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, s.l., El Viejo Topo, 2005, pp. 253-447; GIL PECHARROMÁN, J.: *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1996; THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999; SAZ CAMPOS, I.: «José Antonio Primo de Rivera y el fascismo español», en ÍD.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Universitat de València, 2004, pp. 65-77.

⁸ Una recientemente publicada no colma las expectativas que la trayectoria política e intelectual del personaje genera. Véase SAIZ VALDIVIELSO, A.C.: *Rafael Sánchez Mazas. El espejo de la memoria*, Bilbao, Muelle de Uribearte, 2010.

⁹ CARBAJOSA PÉREZ, M.: *La prosa del 27: Rafael Sánchez Mazas*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1995. CARBAJOSA, M., y CARBAJOSA, P.: *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003.

¹⁰ MAINIER, J.C.: *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971; MAINIER, J.C.: «Acerca de Rafael Sánchez Mazas (1894-1996)», *Turiá*, n.º 61 (2002) pp. 9-18; TRAPIELLO, A.: *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino, 2010 [1994]; RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Literatura fascista española*, Madrid, Akal, 1986, 2 vols.. A su vez, no hay aportación novedosa alguna en MEDRANO, A.: «Rafael Sánchez Mazas: le doctinaire oublié», *Totalité*, n.º 13 (1981) pp. 87-90, breve nota escrita desde la proximidad ideológica con el personaje, del que se reivindica, a principios de los años ochenta del pasado siglo, la actualidad de su pensamiento para una «révolution non seulement espagnole, mais européenne» (p. 90).

miento de Sánchez Mazas el oficial del partido, o al menos el que oficialmente el partido transmitía a través de sus principales órganos de prensa¹¹.

Sentada, pues, la pertinencia de escrutar lo que Sánchez Mazas escribió, no hay que llamar a engaño. La densidad de su pensamiento no admite comparación (por defecto) con lo que unos años más tarde iban a escribir gente como Laín, Tovar, Conde o Legaz Lacambra, por citar a cuatro de los teóricos fundamentales del nacionalsindicalismo a partir de 1937. Sin embargo, bastantes de los temas que éstos iban a abordar, y en cierto modo la orientación en que lo iban a hacer en un momento u otro de la postguerra, ya estaban en Sánchez Mazas. Por otra parte, su pensamiento no fue más liviano que el de José Antonio, y no hay duda de que escribía mejor que éste.

I. ALGUNAS NOTAS SOBRE EL PENSAMIENTO DE SÁNCHEZ MAZAS

Quizás convenga empezar recordando la temprana toma de contacto de Sánchez Mazas con el fascismo. Como es bien sabido, Sánchez Mazas explicó a los lectores de *ABC*, como corresponsal en Roma que era del periódico monárquico, qué era eso del fascismo, cómo Mussolini llegó al poder tras la Marcha sobre Roma, cómo se estableció la dictadura y cómo se empezó a construir el régimen fascista. Y todo ello desde una creciente admiración por lo que los fascistas estaban haciendo en Italia¹². Una admiración que le hacía salir a replicar incluso a quienes —desde posiciones de simpatía— ponían objeciones a la obra del fascismo, tal y como hizo, por ejemplo, al defender el ruralismo fascista frente a la denuncia del mismo que había hecho José María Salaverría¹³. Y eso en fecha tan temprana como 1928. No escojo el ejemplo al azar. Como veremos, esa defensa del ruralismo va a ser un elemento central en el discurso de Sánchez Mazas y, por ello, en el del falangismo durante la República.

Rafael Sánchez Mazas no tiene la menor duda al establecer la identificación entre falangismo y fascismo, lo que no le impide defender a capa y espada la españolidad de aquél. Como es bien sabido, una de las acusaciones que los fa-

¹¹ Esos editoriales, «consignas» y «guiones», así como otros textos publicados por Sánchez Mazas en *Arriba* y *F.E.*, fueron recopilados años más tarde —con ligeras modificaciones de estilo y puntuación— en SÁNCHEZ MAZAS, R.: *Fundación, hermandad y destino*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957. Aquí se van a citar a partir de los textos publicados en *Arriba* y *F.E.* Agradezco a Ferran Gallego que pusiera a mi disposición su colección de ambos semanarios.

¹² La etapa de Sánchez Mazas como corresponsal en Roma y su creciente admiración por el fascismo, en CARBAJOSA, M. y CARBAJOSA, P., *La corte literaria de José Antonio*, pp. 43-48. Igualmente, pero rebajando el grado de identificación del escritor con el movimiento y el régimen mussolinianos, SÁIZ VALDIVIELSO, A.C.: *Rafael Sánchez Mazas*, pp. 85-93.

¹³ SÁNCHEZ MAZAS, R.: «Reflexiones sobre el fascismo. Carta a D. José María Salaverría», *ABC*, 14 de noviembre de 1928.

langistas (como antes los jonsistas) recibían desde la derecha era la de no ser más que una mera imitación de movimientos extranjeros, como el fascismo italiano o el nazismo, y que, precisamente por ese carácter imitador, difícilmente podrían arraigar en España. Ramiro Ledesma percibió muy pronto ese peligro y por ello, pese a que él no tenía la menor duda de dónde se ubicaba ideológicamente, siempre fue contrario al uso del término fascismo para identificar al partido que había creado en 1931 (las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista —JONS—). Pero que los jonsistas (como después los falangistas) no acostumbrasen a autoidentificarse con el término «fascistas» no ha de llevar a ninguna conclusión equivocada¹⁴. Tampoco los nazis utilizaban nunca ese término para referirse a ellos mismos, y no porque se viesan como algo sustancialmente distinto a lo que el fascismo italiano representaba (aunque, obviamente, tampoco como algo idéntico), sino porque, y esto lo olvidamos con frecuencia, en aquellos momentos el término fascismo hacía referencia de una manera mucho más clara e inequívoca de lo que lo haría después a la experiencia italiana. Eso del fascismo genérico será algo que vendrá mucho más tarde¹⁵.

Pero que no se identificasen con el término fascista no quiere decir, obviamente, que no lo fueran. Ocurre sencillamente que necesitaban definir el perfil propio de su proyecto político y eso pasaba por alejarse de cualquier imagen de meros imitadores de modas extranjeras¹⁶. Es más, no sólo negaban su condición de imitadores sino que acusaban a sus censores de serlo ellos en grado superlativo. Así, Sánchez Mazas reiterará en sus escritos en *F.E.* y luego en *Arriba* que, para imitadores, los socialistas (el marxismo es algo alemán), los demócratacristianos

¹⁴ Con todo, los falangistas, especialmente en los primeros tiempos, no tenían problema alguno en identificarse con el fascismo. En *F.E.* había una sección fija que se titulaba «Vida fascista», y no era infrecuente encontrar en el semanario la identificación entre falangismo y fascismo. Por ejemplo, el apartado «Vida fascista» del n.º 2 (11 de enero de 1934, p. 8) se dedicó a «Alemania: Nazis y Judíos», y en el texto (que aparece sin firma) se dice: «Por el «antisemitismo» el fascio alemán se distingue y separa del fascio italiano. Y de todos los otros fascios en germen. Por ejemplo, el nuestro: el español». De donde se deriva inequívocamente no sólo la condición de fascistas de los falangistas sino la identificación de los nazis y los fascistas italianos como miembros de la misma familia, cada uno, eso sí, con sus peculiaridades nacionales.

¹⁵ BÖCKER, M.: «¿Nacionalismo o fascismo? El fascismo español de la Segunda República y su relación con los movimientos fascistas en el extranjero», en ALBERT, M. (ed.): *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1998, p. 18. Por otra parte, es bien conocida la reticencia de los diversos partidos fascistas europeos de la época de entreguerras a incorporar el término «fascista» al nombre de sus organizaciones, con la única excepción relevante de la *British Union of Fascist*, de Oswald Mosley —y *Le Faisceau*, de Georges Valois, aunque este partido tuvo corta vida y escasa implantación en Francia—.

¹⁶ En «Actualidad y libertad», *Arriba*, n.º 2, 28 de marzo de 1935, Sánchez Mazas escribe: «En el extranjero no nos ligamos a ninguna ortodoxia de fascismo, ni asistimos a reuniones internacionales»; y añade la inutilidad de toda imitación: de nada sirven «imitaciones parciales, inconexas e insostenibles de cosas realizadas fuera: la constitución de Weimar, el portido (sic) centro-alemán (o el popular italiano), el radical socialismo francés, las teorías de Maurras, el legitimismo romántico (también francés), el marxismo, el bolchevismo».

(puros emuladores del *sturzismo*), los conservadores (cuyo *copyright* tienen los ingleses), los liberales (deudores de los franceses) y así sucesivamente. La conclusión, al final, era que si había un movimiento genuinamente español ése era el que representaba la Falange, cuyos orígenes intelectuales y doctrinales Sánchez Mazas remontaba, en un escrito de diciembre de 1933, al Imperio del siglo XVI y la Contrarreforma¹⁷. Pero, como decía más arriba, la defensa de una identidad propia no era incompatible con la identificación de una pertenencia a espacios compartidos con el fascismo y el nazismo. Sánchez Mazas lo señala con frecuencia en sus escritos; no de una forma explícita pero sí de manera que el sentido de lo que dice resulta inequívoco.

Situado, pues, en su espacio ideológico, hay que reconocerle a Sánchez Mazas un considerable esfuerzo por codificar algunos de los elementos fundamentales que caracterizarían al falangismo republicano y que serían asumidos después por la Falange unificada a partir de 1937¹⁸. Sin ánimo de agotar ahora todos y cada uno de ellos, voy a intentar señalar algunos de los que me parecen más relevantes, sobre todo en orden a establecer la necesaria conexión entre el falangismo de preguerra y el de FET-JONS.

Movimiento y no-partido. El espacio fascista

Quizás sea ésta una de las cuestiones que de forma más reiterada aparece en los textos doctrinales de Sánchez Mazas. Falange no es un partido, sino un movimiento. Los partidos políticos son elementos disgregadores, que introducen una cuña de separación en el seno de la nación. Sirven sólo para defender intereses particulares, de clase o de grupo de presión, y, por ello, no pueden contribuir al bien común ni ser instrumentos de la necesaria regeneración nacional. Para Sánchez Mazas, los partidos de izquierda sólo aspiran a «gobernar para su miedo de clase», mientras que los de derecha aspiran a hacerlo «para su odio de clase», pero ninguno de ellos pone sus miras en metas más elevadas, que se sitúen por encima de la defensa de la propia facción¹⁹. La excepción, claro está, es Falange. Pero por eso mismo, Falange no es un partido, sino un movimiento; y un movimiento cuya concepción es «meta política», escribirá en noviembre de 1935, es decir, que está más allá y más acá de la política (sin que quede demasiado claro lo que Sánchez Mazas quería decir con eso)²⁰. En cualquier caso, los falangistas

¹⁷ «La paja en el ojo ajeno», *F.E.*, n.º 1, 7 de diciembre de 1933.

¹⁸ Y ello al margen de la decisiva contribución de Sánchez Mazas a la creación del universo simbólico y el *estilo* falangistas; véase CARBAJOSA, M. Y CARBAJOSA, P.: *La corte literaria de José Antonio*, pp. 124-129.

¹⁹ «¡Arriba España!», *Arriba*, n.º 31, 6 de febrero de 1936.

²⁰ «Extrema experiencia», *Arriba*, n.º 21, 28 de noviembre de 1935.

han de despreciar (como él hace una y otra vez) a los partidos políticos, que son «malolientes y superfluos»²¹, y que sólo están inspirados o por el egoísmo (la derecha) o por la pura delincuencia (la izquierda)²². Ellos, no hay que decirlo, no son ni de derechas ni de izquierdas porque representan a la totalidad de la nación. El partido es la facción, el movimiento es la comunidad nacional en marcha.

El problema en este planteamiento lo genera, claro está, la práctica política, el día a día, porque resulta difícil explicar la compatibilidad entre el denuedo constante de la derecha (que se exacerbará a lo largo de 1935, durante la radicalización antiburguesa de José Antonio y de su partido) y la búsqueda de financiación por parte precisamente de esos plutócratas a los que se acusa sin desmayo de egoístas y antipatriotas. Por no hablar de las maniobras de aproximación política en los contextos electorales: la negociación de plazas en la candidatura de las derechas ante la convocatoria de febrero de 1936²³; pero ésa es una cuestión sobre la que volveré más adelante.

Al hilo de la reflexión anterior, creo que no es de menor importancia intentar acotar el espacio político que el falangismo comparte, ya durante la República, con quienes luego van a incorporarse al partido unificado durante la guerra. Es ésta una cuestión que remite, obviamente, al concepto de fascistización y, más aún, a la cronología de dicho proceso. Sobre el concepto y el proceso de fascistización, y limitándonos al caso español, Ismael Saz, Joan M. Thomàs, Ferran Gallego o Eduardo González Calleja, entre otros autores, han hecho decisivas interpretaciones (no en todo coincidentes), y no seré yo quien añada nada al respecto en este momento²⁴. Lo que me interesa ahora es intentar una aproximación a cómo veían esa cuestión los contemporáneos, y más precisamente los falangistas. Y si nos hemos de guiar por lo que escribía Sánchez Mazas al respecto, no parece que pueda haber duda sobre la certeza que nuestro autor tenía sobre la pertenencia de Falange a un espacio compartido por las fuerzas de la derecha antirrepublicana; quizás no de forma clara en lo que hace a las cúpulas dirigentes

²¹ «Etapa», *Arriba*, n.º 10, 23 de mayo de 1935; «Contienda por lo necesario», *Arriba*, n.º 11, 30 de mayo de 1935.

²² «El sacrificio en el tablero», *Arriba*, n.º 19, 14 de noviembre de 1935.

²³ Un análisis de la radicalización falangista de 1935 en GALLEGO, F.: «Ángeles con espadas. Algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre la revolución de octubre y el triunfo del Frente Popular», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España*, pp. 199-205.

²⁴ SAZ, I.: «El franquismo ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en TUSELL, J., SUEIRO, S., MARÍN, J.M., y CASANOVA, M. (eds.): *El régimen de Franco (1936-1975). Política y Relaciones Exteriores*, Madrid, UNED, 1993, vol. I, p. 189-201 [ahora también en SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 79-90]; THOMÀS, J. M.: *Lo que fue la Falange*; GALLEGO, F.: «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en ANDREASSI, A., y MARTÍN RAMOS, J.L. (coords.): *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, s.l., El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354; GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.

de los partidos de la derecha, pero sí inequívocamente en lo que hace a sus bases, y muy especialmente sus juventudes. Y Sánchez Mazas no era, obviamente, el único que lo veía así. A la altura de septiembre de 1935, Ramiro de Maeztu escribía:

Y creemos que todas las fuerzas derechistas pueden y deben conjugarse para hacer frente a la revolución. Lo mismo que hacen los revolucionarios, ¿por qué no hemos de hacerlo nosotros? Si vemos que hay socialistas, maximalistas y otros que, como los fabianos, se introducen en la fortaleza del capitalismo para ir preparando el personal directivo del Estado socialista, ¿por qué no ha de haber toda clase de matices entre las derechas? Lo único que lo impide es el error de suponer que el enemigo está al lado y no de frente. Pero esto es ya algo peor que error: es el suicidio²⁵.

Nótese que no estoy hablando de identidad de posiciones entre las fuerzas de la derecha antirrepublicana, pero sí de muy estrecho parentesco entre ellas, en la misma forma que lo veía Maeztu en el texto citado: es absurdo, señalaba, persistir en la desunión cuando las diferencias entre los grupos de la derecha son puramente de matiz, sobre todo si se comparan con lo sustancial, que es impedir el triunfo de la revolución. El parentesco era tal que en sus artículos Sánchez Mazas no deja de señalar cómo algunos de esos partidos han entrado en un proceso de imitación (de burda imitación en su opinión) de algunos elementos característicos de Falange (que en este caso quiere decir ni más ni menos que el fascismo español)²⁶.

Las andanadas que, semana sí, semana también, Sánchez Mazas lanza contra las derechas —especialmente, como ya se ha señalado, durante todo el año 1935— responden a la necesidad de marcar un perfil propio, en un contexto en el que, y a veces se olvida, las siguientes elecciones estaban todavía muy lejanas. Pero cuando llega inopinadamente el momento de medirse en las urnas, José Antonio acude presto a negociar algunas actas de diputado con quienes han sido objeto de los ataques sistemáticos de su partido. Sánchez Mazas intenta disfrazarlo, de forma bastante patética, como una propuesta de articular un «frente moral», aunque reconociendo que un frente de ese tipo sólo es viable con la derecha, donde es posible encontrar algunos dirigentes que aún poseen la fibra moral imprescindible en un frente salvador de España²⁷. Con todo, más significativo todavía es que cuando Sánchez Mazas se emplea con enorme contundencia con-

²⁵ MAEZTU, R. DE: «La nueva monarquía y la unión de las derechas», en ÍD.: *El nuevo tradicionalismo y la revolución social*, Madrid, Editora Nacional, 1959, p. 314 [el artículo se había publicado con el título de «La unión de las derechas» en el *Diario de Navarra*, el 5 de septiembre de 1935].

²⁶ «Las lechuzas y la Pascua», *F.E.*, n.º 10, 12 de abril de 1934; y «La línea divisoria», *Arriba*, n.º 18, 7 de noviembre de 1935.

²⁷ «Un frente moral», *Arriba*, n.º 20, 21 de noviembre de 1935.

tra populares y monárquicos, hace siempre una excepción con los tradicionalistas. De esta forma, el 24 de junio de 1935, Sánchez Mazas escribió lo siguiente:

Las derechas de España suponen el más bajo lodazal político que se haya constituido en Europa; la falsificación y la traición más grave del patriotismo auténtico y viril que imaginarse pueda. Hacemos excepción honrosa, ésta y todas las veces que se hable de derechas, del tradicionalismo, donde hay gentes de bien y de valor, víctimas de la picardía dirigente que administra *pro domo sua* el mito derechoide²⁸.

Tradición y revolución

No es inocente esta referencia al tradicionalismo, que adquiere mayor relevancia si se piensa en quiénes van a reunirse en el futuro Partido único. En muchos aspectos, Sánchez Mazas podía ver en el ideario de Falange (que él mismo estaba contribuyendo a definir) una actualización de aspectos importantes del tradicionalismo, cuestiones dinásticas aparte. De la misma forma que, a la inversa, algunos destacados intelectuales vinculados a *Acción Española* (y la propia revista a través de uno de sus editoriales) habían saludado la bandera que se alzaba en el mitin del Teatro de la Comedia del 29 de octubre de 1933 puesto que lo dicho en aquel acto se sustentaba sobre presupuestos idénticos a los del tradicionalismo²⁹. Así como en esos momentos los tradicionalistas podían ver en Falange algo prescindible porque su ideario ya lo defendían ellos, Sánchez Mazas (y con él un importante sector de Falange) podía ver en el tradicionalismo, a la altura de 1935, una cantera de futuros militantes falangistas (como la veía, más claramente aún, en las juventudes de Acción Popular). Si ambas cosas ocurrían sólo era porque, se quiera o no, existía la intuición de ese espacio ideológico común que iba mucho más allá de una mera coincidencia en algunas de las propuestas programáticas de los partidos que compartían dicho espacio³⁰.

De hecho, esto último, que podía ser pura intuición a la altura de 1934 o 1935, era más que una realidad después de la guerra³¹; y no porque se hubiese llegado

²⁸ «Insensibilidad vergonzosa», *Arriba*, n.º 14, 24 de junio de 1935.

²⁹ MORODO, R.: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 75; GONZÁLEZ CUEVAS, P.C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 212.

³⁰ No lo ve así, entre otros, Alfonso Lazo, para quien entre Falange y la Comunión Tradicionalista había un abismo ideológico: «la Falange era el fascismo, la Comunión Tradicionalista era la reacción en estado puro y duro. Un pensamiento político, además de distinto, incompatible con el pensamiento falangista»; cfr. LAZO, A.: *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*, Madrid, Síntesis, 2008, p. 63.

³¹ E incluso ya en los meses que precedieron a su estallido, cuando destacados intelectuales y políticos de la extrema derecha como Ramiro de Maeztu y José Calvo Sotelo publicaban artículos en los que se identificaban abiertamente con el fascismo y reclamaban la convergencia de toda la derecha antirrepublicana en una organización de esas características. Cfr. GALLEGU, F.: «Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español», en MORENTE, F. (ed.): *España en la crisis europea*

a una unión contra natura en 1937, sino porque buena parte de quienes formaban las bases de los partidos fusionados aquel año se identificaban como partícipes de una misma experiencia y un mismo proyecto. Y no sólo las bases. Rafael Sánchez Mazas no tuvo ningún problema en escribir, en 1940, el prólogo a un libro de un capitán de Requetés³² en el que el *camisa vieja* decía que el autor, José Evaristo Casariego, estaba lleno de pasión por Franco y por Zumalacárregui, y añadía «Yo también». No era un desliz ni una simple fórmula de cortesía. Un poco antes, en una conferencia pronunciada en Bilbao, Sánchez Mazas identificó la guerra que acababa de finalizar como «la tercera guerra civil» que se había librado en España, y señaló que, por fin, a la tercera fue la vencida, apuntando así inequívocamente una genealogía también carlista para el *Movimiento Nacional*³³.

Y esa visión tenía recorrido de ida y vuelta. El prologado, el requeté Casariego, escribía en esa obra que el «fascismo» (así, con esa palabra) era una realidad viva en España, que se podía ver y oír cada día, y que se trataba de «una realidad inteligente y vigorosa»³⁴. Y luego añadía:

A España, a nuestra genial España (...) le ha cabido el honor de adelantarse también a eso. España fue el primer país europeo donde floreció un «fascismo» militante, patriótico y popular, religioso y social. ¿Qué fueron, si no, las grandes convulsiones tradicionalistas del siglo XIX?³⁵.

Quede claro que no trato de decir que carlismo y fascismo fuesen la misma cosa. Es evidente que no era así. Lo que trato de situar (y éste es un ejemplo entre otros posibles) es cómo intelectuales de diferente filiación política (Casariego era escritor y periodista, además de requeté) podían reconocerse en ese territorio compartido, en el que los elementos comunes de sus respectivas opciones ideológicas eran tan numerosos y sustantivos que permitían superar sin demasiados problemas los elementos diferenciadores, que también existían. Y eso ya era así antes de julio de 1936. Luis Legaz Lacambra, uno de los principales teóricos del nacionalsindicalismo durante la guerra y la postguerra, lo veía de esta manera:

de entreguerras. República, fascismo y guerra civil, Madrid, Los libros de la catarata, 2011, p. 255. Santos Juliá ha escrito que, ya en 1935, los intelectuales católicos que luchaban por la destrucción de la República no veían contradicción alguna entre fascismo y estado católico, así que, iniciada la guerra, no es de extrañar que «la fusión entre la tradición católica monárquica y la novedad que representaba el ideario fascista no ofreciera mayor problema a los intelectuales de Acción Española»; cfr. JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 298.

³² CASARIEGO, J.E.: *España ante la guerra del mundo*, Madrid, 1940. Agradezco a Ferran Gallego la información sobre esta obra.

³³ SÁNCHEZ MAZAS, R.: *Vaga memoria de cien años*. Conferencia pronunciada en la Sociedad Bilbaina el 14 de octubre de 1939, s.l., Vértice, 1940 (ejemplar sin paginar).

³⁴ CASARIEGO: *España ante la guerra del mundo*, p. 4.

³⁵ *Ibid.*, p. 5.

Falange Española y Requetés no eran dos ‘sectas’ que, mediante una transacción en los respectivos puntos de vista dogmáticos hayan llegado a constituir una ‘Iglesia’; sino que eran dos ‘Iglesias’ a las que ninguna cuestión dogmática separaba, ni siquiera ningún cisma, sino tan sólo el hecho de haber sido fundadas por personas distintas y en tiempos distintos, pero sobre la base de un fondo dogmático común, siquiera interpretado con terminología y estilo diferentes, reconociendo a su vez esta diferencia como causa única, la temporalidad. Bastó, pues, que llegase esta nueva sazón de los tiempos para que quedase unido, sin transacción ni claudicaciones, lo que sólo el tiempo —no con posterioridad, sino anticipadamente— había separado³⁶.

Quizás Legaz exageraba algo, pero de lo que no hay la menor duda es de que en los años republicanos, y al menos en los ámbitos intelectuales conectados con Falange y con la Comunión Tradicionalista, así como con Renovación Española, la *promiscuidad ideológica* era un hecho, y ello se reflejaba no sólo en las elogiosas reseñas y comentarios sobre libros y artículos publicados que se dedicaban unos a otros³⁷, sino también en el hecho de que *todos* publicaban en *todas* las revistas de ese espacio progresivamente fascistizado, con una absoluta normalidad³⁸. De hecho, en fecha tan temprana como diciembre de 1933, la revista *Acción Española* levantaba acta de la identidad de objetivos entre la CEDA, los tradicionalistas, Renovación Española y los falangistas: «No hay discrepancia. El Estado liberal y democrático, hijo de la Revolución francesa, deberá desaparecer y ser sustituido (sic) por un Estado cristiano, nacional y corporativo»³⁹. Todas esas organizaciones no eran lo mismo, pero, de momento, para el editorialista de *Acción Española* se había creado un terreno compartido identificado por lo que

³⁶ LEGAZ LACAMBRA, L.: *Introducción a la teoría del Estado Nacional Sindicalista*, Barcelona, Bosch, 1940, p. 173.

³⁷ Véase, por ejemplo, la dedicada en *F.E.* (n.º 3, 18 de enero de 1934, p. 11) a una antología de textos de Marcelino Menéndez Pelayo a cargo del monárquico Jorge Vigón, que sirve, de paso, para hacer el elogio falangista del polígrafo montañés.

³⁸ Un buen ejemplo de ello son las dos colaboraciones en la revista *JONS* del destacado miembro del *alfonsinismo*, y personaje clave en los contactos entre monárquicos, jonsistas y falangistas, José María de Areilza, tratando nada más y nada menos que sobre el nacionalsindicalismo y el estado nacional: «El futuro de nuestro pueblo. Nacional-Sindicalismo», *JONS*, n.º 1, mayo de 1933, pp. 7-10; y «El futuro de nuestro pueblo. Estado Nacional», *JONS*, n.º 4, septiembre de 1933, pp. 148-152. O las que aparecen en el semanario *F.E.* firmadas por Eugenio Montes, colaborador habitual en *ABC* y *Acción Española*: «Profecía del César Carlos V o el pacto de París con el demonio», *F.E.*, n.º 4, 25 de enero de 1934, p. 10; y «Cantares de gesta», *F.E.*, n.º 10, 12 de abril de 1934, p. 3. A su vez, Rafael Sánchez Mazas, Primo de Rivera e incluso Ramiro Ledesma publicaron textos en *Acción Española*: SÁNCHEZ MAZAS, R.: «Campanella y Maurras», *Acción Española*, n.º 44, 1 de enero de 1934, 769-779, y «El Dux o la política de vejez», *Acción Española*, n.º 51, 16 de abril de 1934, pp. 233-242; PRIMO DE RIVERA, J.A.: «Una bandera que se alza», *Acción Española*, n.º 40, 1 de noviembre de 1933, pp. 363-369; LEDESMA RAMOS, R.: «Ideas sobre el Estado», *Acción Española*, n.º 24, 1 de marzo de 1933, pp. 581-587. Y todo ello sin olvidar lo que representó la iniciativa de *El Fascio*, donde, bajo el impulso y amparo de sectores significados de la extrema derecha monárquica, se reunieron prácticamente todos los que unos meses más tarde iban a participar en el proyecto falangista.

³⁹ «Hacia un Estado nuevo», *Acción Española*, n.º 42, 1 de diciembre de 1933, p. 515.

había que destruir (la República democrática) y por lo que había que crear. El proceso de fascistización de la derecha española estaba en marcha, y en los dos años siguientes no haría sino intensificarse.

En otro orden de cosas, Sánchez Mazas escribirá con frecuencia sobre la combinación de tradición y modernidad que Falange representaba. Una cuestión que, como sabemos, es una de las características más identificables en los fascismos. El *modernismo reaccionario* del que ha hablado Herf⁴⁰ está presente, y casi con esos mismos términos, en algunos de los textos de Sánchez Mazas de los años 1935 y 1936:

En el fondo somos más reaccionarios y más revolucionarios que nadie, más originales y más tradicionales que nadie, más patriotas y más universales que nadie⁴¹.

En otros textos, Sánchez Mazas señala que Falange aspira a mantener todo lo que de bueno hay en la tradición (incluyendo determinados aspectos de la producción económica) pero actualizándola de acuerdo con los nuevos tiempos (en el caso de la economía, mediante la asunción del progreso técnico, por ejemplo)⁴². Pero, con todo, el peso de lo tradicional acaba ganando la partida a los elementos de modernidad en el discurso de Sánchez Mazas (que, vuelvo a repetir, es el que el Partido asume como propio en la medida en que dicho discurso se vierte en los editoriales del órgano de expresión de FE de las JONS). Y quizás uno de los elementos donde más claramente se aprecia esa decantación (además de en la cuestión del catolicismo, a la que después me referiré) es en la apuesta por el ruralismo que el partido hace durante 1935 y que Sánchez Mazas teoriza desde su atalaya de *Arriba*.

Como ya señalé anteriormente, en fecha tan lejana como 1928, Sánchez Mazas había glosado las virtudes del fascismo italiano precisamente por su orientación ruralista, que no era incompatible, escribía entonces Sánchez Mazas, con otros rasgos de modernidad⁴³. En aquel artículo en ABC, Sánchez Mazas decía (y lo decía con admiración) que «el fascio practica hoy el ruralismo como ninguna nación europea», lo que no era incompatible con otros rasgos de la modernidad fascista que podía representar, por ejemplo, un Marinetti (y que Sánchez Mazas alababa también). La clave estaba, sin embargo, en construir una modernidad que

⁴⁰ HERF, J.: *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

⁴¹ «Concordia», *Arriba*, n.º 32, 13 de febrero de 1936.

⁴² «Sabiduría y rareza de España», *Arriba*, n.º 4, 11 de abril de 1935.

⁴³ Era un debate que también se había dado en el seno del propio Partido Nacional Fascista y que, por ejemplo, en el ámbito de la cultura había dividido a los escritores fascistas en dos movimientos confrontados, uno de ellos ruralista y provincial —*Strapaese*— y el otro industrial, urbano y cosmopolita —*Stracittà*—; véase PEÑA SÁNCHEZ, V.: *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del «ventennio fascista» y su repercusión en España*, Granada, Universidad de Granada, 1995, pp. 31-52.

no renegase de la tradición y que no perdiese de vista que en el campo se encuentra la esencia de la nación en su estado más puro.

Unos años más tarde, embarcado ya en la experiencia falangista, Sánchez Mazas retoma el argumento y no necesita hacer de la necesidad virtud para defender que es en las aldeas de España, entre la *humanidad labradora* (como la describe) donde Falange ha de ir a buscar su nutriente y desde donde se producirá el renacer de la nación (mito palingenésico tan caro a los fascistas). Ciertamente, para entonces se había producido el fracaso falangista en el intento de hacerse con una base sindical obrera potente⁴⁴; pero esta realidad no debe convertir la apuesta ruralista de Falange en un mero acto de oportunismo. No al menos, como se ha visto, en el caso de Sánchez Mazas.

Hay en éste una visión idealizada del mundo rural, donde perviven las grandes virtudes del pueblo español, atesoradas por esos labriegos (no los jornaleros andaluces o extremeños, sino el pequeño propietario castellano como arquetipo) que han sido secularmente víctimas del abandono y el desprecio por parte de las derechas y las izquierdas, y que se han visto sometidos a la explotación sistemática por parte «de los tahures de la ciudad y de la Banca»⁴⁵. El campo, pues, como punto de partida de la necesaria reconquista de una España que se hunde, en la que todo anda de mal en peor, desnortada, ruinosa, decadente... y de la que no habrá más remedio que hacer tabla rasa⁴⁶.

Nación e Imperio

El fascismo es, entre otras cosas pero muy especialmente, un ultranacionalismo. La unidad y la grandeza de España constituyen otro de los elementos recurrentes del discurso de Sánchez Mazas. La crítica feroz del separatismo, encarnado sobre todo en el nacionalismo catalán, aparece recurrentemente en sus textos de los años republicanos, y suele ser despachado con exabruptos y argumentos a veces delirantes, como cuando escribe que el nacionalismo disgregador no es sino «BOVARYSMO separatista de divorciada provinciana», generador de pérdida de libertad para España pues «sus honradas hijas» (Vizcaya, Cataluña) son sometidas a una auténtica «trata de blancas» al pretender (los nacionalistas) ponerlas en manos de potencias extranjeras⁴⁷.

Naturalmente, la crítica del separatismo no debe confundirse, explica Sánchez Mazas, con una concepción uniformizadora y homogeneizadora de España. Todo

⁴⁴ THOMÀS, J. M.: *Los fascismos españoles*, Planeta, Barcelona, 2011, pp. 98-99.

⁴⁵ «Esquema de una política de aldea», *Arriba*, n.º 6, 25 de abril de 1935.

⁴⁶ «Tabla rasa», *Arriba*, n.º 15, 27 de junio de 1935.

⁴⁷ «Libertad y unidad», *F.E.*, n.º 3, 18 de enero de 1934 [las mayúsculas, en el original].

lo contrario: es necesario reconocer la diversidad de España y la pluralidad de los pueblos que la forman (y que según él son cinco: vascos, catalanes, castellanos, gallegos y andaluces)⁴⁸. Si España fue grande en el pasado fue precisamente porque esos pueblos supieron unirse en un destino común, superando la simple identificación con el terruño, la raza, el clima «y las cosas que hacen iguales a los rebaños»⁴⁹. Afirmación ésta que nos lleva directamente a una cuestión central como es el concepto de nación que late en el falangismo de Sánchez Mazas.

Para los falangistas, nos dice Sánchez Mazas, el territorio, la raza, la lengua... son elementos importantes en la definición de la nación. Pero no son ni mucho menos los más importantes ni, desde luego, determinantes (lo que es coherente con su afirmación anterior sobre los pueblos de España y la superación de sus hechos diferenciales). Por el contrario, lo que hace a España una nación («una unidad orgánica superior») es la «unidad de destino» que permite agavillar a todos los españoles en torno a un único y gran proyecto universal y que se eleva hacia el Imperio⁵⁰. El planteamiento es de claras resonancias orteguianas —tras pasar por el filtro *joseantoniano*—, pero Sánchez Mazas no se detiene ahí, y es que, evidentemente, nos recuerda el escritor falangista, hay condicionantes físicos de la unidad, pero lo verdaderamente importante está en otra parte: «Del Pirineo a las columnas de Hércules, existen CONDICIONES impuestas a la unidad que son ciertamente naturales y particulares, pero las RAZONES para conquistar esta unidad —recobro de la libertad y de la fe— son *sobrenaturales* y universales»⁵¹.

El concepto de nación es inseparable del de unidad. Pero los falangistas, sigue argumentando Sánchez Mazas, no cometen la simpleza de otros de identificar la unidad nacional con su unidad territorial, física⁵². Ya antes, en otro artículo, había advertido de que la unidad nacional implicaba también «la unidad social y la unidad política», contra la que atentaban los partidos políticos que se guiaban por intereses de clase, lo que los convertía, como a los nacionalistas catalanes o vascos, en separatistas⁵³. Para los falangistas, la unidad nacional es sobre todo «cultural, ideal y de futuro», y se acaba plasmando en un ideal de Imperio⁵⁴.

Pero ¿de qué Imperio? ¿a qué se refiere Sánchez Mazas cuando utiliza ese concepto? Contra lo que se pudiera esperar, no hay en Sánchez Mazas una invocación al Imperio territorial, algo que, por el contrario, estará muy presente en la

⁴⁸ «Diversidad y bienaventuranza», *F.E.*, n.º 5, 1 de febrero de 1934.

⁴⁹ *Ibidem*.

⁵⁰ «Unidad de destino», *Arriba*, n.º 1, 21 de marzo de 1935.

⁵¹ «Libertad y unidad», *F.E.*, n.º 3, 18 de enero de 1934 [las mayúsculas, en el original; el énfasis es mío].

⁵² «Conferencia de Rafael Sánchez Mazas», *Arriba*, n.º 1, 21 de marzo de 1935, p. 4. El tema de la conferencia versó sobre «Nación, Unidad, Imperio», y con ese título se publicaría más tarde en el anteriormente citado *Fundación, hermandad y destino*, pp. 259-266.

⁵³ «Separatismos», *F.E.*, n.º 2, 11 de enero de 1934.

⁵⁴ «Conferencia de Rafael Sánchez Mazas», *Arriba*, n.º 1, 21 de marzo de 1935, p. 4.

elaboración doctrinal del falangismo de guerra y postguerra (es decir, del falangismo *unificado*), y por parte no sólo de autores que provenían de la Falange republicana sino también de miembros del partido que antes de 1937 habían tenido otras adscripciones ideológicas⁵⁵. En el Sánchez Mazas de los años republicanos, sin embargo, el Imperio es sobre todo una construcción espiritual, muy próxima, por tanto, a lo que escribían por entonces otros intelectuales de la derecha radical, no identificada como fascista, en una revista como *Acción Española*.

Para Sánchez Mazas, el Imperio es, ante todo, «misión nacional» y «unidad de destino», que lleva a España a la disyuntiva de «imperar» (sin que nuestro autor se moleste en explicar a qué se refiere con esa palabra, que utilizará sin desmayo durante estos años) «o languidecer»⁵⁶. Por supuesto, el *camisa vieja* falangista no desdeña los elementos territoriales del Imperio, y por ello se remite al reinado grandioso del Emperador Carlos V, en su opinión, el momento de mayor gloria del Imperio español⁵⁷, pero en sus escritos nunca llega a explicitar reivindicación territorial alguna, y no pasa de esa afirmación ya comentada de que España debe «imperar» si quiere ser tenida en cuenta en el concierto de las naciones. Efectivamente, el Imperio tiene un componente material, pero en realidad su sustancia es más compleja. Así lo señalaba Sánchez Mazas en una conferencia pronunciada en marzo de 1935:

Hay una gran confusión de ideas en lo que se relaciona con el Imperio. Imperio no es únicamente sinónimo de grandes acorazados, territorios, islas, etc.; el Imperio es ante todo una actitud del alma colectiva. Antes que extensión es calidad. El Imperio no se reduce a la nación o al Estado. Puede haber Imperio en la familia, en la Falange por el sistema de mando. Imperemos dentro de la Falange; imperando en ella, imperaremos sobre los demás partidos. Imperando sobre los demás partidos, imperaremos en España⁵⁸.

⁵⁵ Sin ir más lejos, en el anteriormente citado libro de Casariego, *España ante la guerra del mundo*, se explicitan clarísimamente las ambiciones territoriales de España en tanto que «potencia mediterránea» y «potencia atlántica». Casariego no duda incluso en utilizar el concepto de «espacio vital» para referirse a las aspiraciones en el Mediterráneo. Eso sí, a continuación dice que el Imperio es también una «misión universalista» y, «sobre todo, la expansión de una fe y de una cultura...»; las citas en pp. 65 y 74. Eso sin olvidar que la obra de referencia sobre las aspiraciones territoriales españolas, *Reivindicaciones de España* (1941), fue escrita no por falangistas *camisas viejas*, sino por «dos recién llegados al partido como José María de Areilza y Fernando María Castiella»; cfr. SESMA LANDRIN, N.: «Importando el Nuevo Orden. El Instituto de Estudios Políticos y la recepción de la cultura fascista y nacionalsocialista en España (1939-1943)», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, s.l., El Viejo Topo, 2011, p. 243.

⁵⁶ «Estado e historia», *F.E.*, n.º 4, 25 de enero de 1934; repetirá esa misma definición en «Fundación», *F.E.*, n.º 12, 26 de abril de 1934: «Ahora bien: una política de unidad de destino y una política de misión que es lo mismo, sólo se llama Imperio» [mantengo la puntuación del original].

⁵⁷ «Cuarto centenario de la toma de Túnez», *Arriba*, n.º 7, 2 de mayo de 1935, p. 6.

⁵⁸ «Conferencia de Rafael Sánchez Mazas», *Arriba*, n.º 1, 21 de marzo de 1935.

En definitiva, para Sánchez Mazas, el Imperio es ante todo misión nacional, unidad de destino y una actitud del alma colectiva. Y es también, como en la época del César Carlos, defensa de la cristiandad⁵⁹.

Catolicismo

Y es que Falange es, sin duda, un partido fascista, pero es, también, un partido católico. Intensamente católico, diría yo, lo que no excluye, claro está, que entre sus militantes hubiese también gente escasamente religiosa, e incluso atea y anticlerical (aunque estos últimos me atrevo a pensar que seguramente constituían una excepción). Pero lo que importa ahora es la línea oficial del partido. Y en ese punto, y sobre esta cuestión, los escritos de Sánchez Mazas publicados como «consignas» y como «editoriales» en los principales órganos de expresión de la organización dejan poco lugar a la discusión.

Hay por una parte —si se quiere, la más superficial— una reiteración de referencias al carácter religioso del fervor militante que identificaba a los falangistas⁶⁰, o a la condición de mitad monjes mitad soldados que tenían los miembros del partido. Y es que, señalaba Sánchez Mazas, «meterse en la Falange, cuando se cumple bien el juramento, es mitad como meterse fraile, mitad como hacerse soldado»⁶¹. O de otra manera:

A nosotros sólo tienen que unirse los afiliados como a una hermandad de fundación, como a una Orden militar y religiosa, donde habrá que hacer en su día noviciado y vela de armas, toma de hábito y toma de juramentos...⁶².

De la misma forma, era habitual la presencia en los textos de Sánchez Mazas de un léxico de carácter netamente religioso: penitencia, ayuno, expiación, cuaresma...⁶³; como eran frecuentes también las referencias de carácter bíblico, como en aquella ocasión —en mi opinión, bien significativa— en que Sánchez Mazas explica cómo, con motivo de la celebración en 1934 de la festividad del 14 de abril, Falange colgó en los treinta y cuatro balcones de su sede su colección de tapices con la historia del «Casto José», que resultó «celebradísima por un inmenso público»⁶⁴.

⁵⁹ En el anteriormente citado «Cuarto centenario de la toma de Túnez», al glosar la figura del César Carlos, Sánchez Mazas pone el énfasis en su condición de «brazo de toda la católica Europa».

⁶⁰ «Valladolid», *F.E.*, n.º 9, 8 de marzo de 1934.

⁶¹ «Hermandad», *Arriba*, n.º 8, 9 de mayo de 1935.

⁶² «Fundación», *F.E.*, n.º 12, 26 de abril de 1934.

⁶³ «Hora expiatoria», *Arriba*, n.º 33, 23 de febrero de 1936.

⁶⁴ «Las fiestas y el camino de las derechas», *F.E.*, n.º 11, 19 de abril de 1934.

Pero con resultar ilustrativos estos ejemplos de expresividad religiosa, mucho más importante es observar cómo lo católico impregna los contenidos del discurso falangista, y muy claramente el de Rafael Sánchez Mazas. Es significativo que, para éste, el amor a la Patria sea lo más importante en la vida, aunque sólo después del amor a Dios —«Amamos a la Patria, como ella debe ser amada, la primera después de Dios»⁶⁵—. O que resuma el programa falangista («las tres grandes reivindicaciones») en estas tres palabras: «pueblo», «Patria» y «Dios» (traicionadas, según nos dice, por las derechas —y, naturalmente, por las izquierdas—)⁶⁶; o en estas otras cuatro: «la Patria, el orden, la Religión o la Familia», que los burgueses bienpensantes también invocan continuamente pero sólo, así lo escribe Sánchez Mazas, para camuflar con ellas la defensa de sus intereses espurios⁶⁷.

Desde este último punto de vista, los falangistas aparecen, y así lo reitera hasta la saciedad nuestro autor, como los auténticos defensores de la fe católica (junto con, quizás, los tradicionalistas)⁶⁸. Según Sánchez Mazas, la revolución falangista tendría un carácter de «revolución cristiana y civilizadora» al tiempo que «moderna, reivindicadora y popular»⁶⁹. Los falangistas tenían, como José Antonio, un «sentido cristiano de la historia»⁷⁰ y creían en un Dios ordenador de la vida de los hombres:

Partía la Falange de una concepción total del mundo y de la realidad, de una concepción clásica y cristiana, que asumíamos por entero en sus imperativos de hoy frente a la realidad histórica. Con esto, cuando hablaba ya el Jefe Nacional en el acto de la Comedia de «unidad de destinos, leyes de amor» y de «guardias bajo las estrellas», en todo esto iba ya implícita una manera de concebir Dios y el mundo, el cielo y la tierra, el espíritu y el cuerpo, la idea y el hecho, y, a la vez, la convicción inseparable de que la vida humana debe ser regulada por una sabiduría que la trasciende, por fines que la trascienden y en primer lugar por una sabiduría divina, por un Dios ordenador, sin el cual no concebimos la naturaleza ni la historia⁷¹.

Esta incorporación del humanismo cristiano al discurso falangista no se queda sólo en aquello que atañe al individuo, su conciencia y su estar en el mundo, sino que tiene también una clara dimensión colectiva, nacional: «Lo fundacional cesáreo, católico (o mixto de cesáreo y católico), es el genio de España como política de misión, como clave de la unidad de destino»⁷². En uno de los mítines

⁶⁵ «Valladolid», *F.E.*, n.º 9, 8 de marzo de 1934.

⁶⁶ «¡Arriba España!», *Arriba*, n.º 31, 6 de febrero de 1936.

⁶⁷ «Sobre unas sonrisas escépticas», *Arriba*, n.º 27, 9 de enero de 1936.

⁶⁸ Sus andanadas contra las derechas iban dirigidas en primer lugar contra la CEDA y, después, contra Renovación Española. A los tradicionalistas, como ya se indicó más arriba, los salvaba de la quema.

⁶⁹ «Bajo el tiempo difícil», *Arriba*, n.º 34, 5 de marzo de 1936.

⁷⁰ «Sobre unas sonrisas escépticas», *Arriba*, n.º 27, 9 de enero de 1936.

⁷¹ «Extrema experiencia», *Arriba*, n.º 21, 28 de noviembre de 1935.

⁷² «Fundación», *F.E.*, n.º 12, 26 de abril de 1934.

de la campaña electoral de febrero de 1936 (doble discurso en los cines Europa y Padilla, de Madrid —2 de febrero de 1936—), Sánchez Mazas recordó que Falange había nacido en pleno apogeo de la reacción moral, religiosa y patriótica que se produjo en España durante el gobierno republicano-socialista; pero, añadió, para entonces (y se refería a principios de 1936) los principios que habían inspirado aquella enérgica reacción habían sido abandonados por las derechas:

Hoy ha desaparecido de esa propaganda política de las derechas toda alusión viva a los temas morales y patrióticos (...) Ya no se habla para nada del Clero, de las parroquias, de la ley del Divorcio, ni siquiera de los Estatutos, de todo aquello que podía ser un ansia de España por recobrar la unidad nacional, la unidad de la Patria, de la familia, el alma del niño. Todo esto parece que no preocupa nada⁷³.

Afortunadamente, sigue Sánchez Mazas, ahí está Falange para mantener la llama de la insurrección moral y religiosa:

Pero ¿qué es esto? Esta no es una política para hombres, esta no es la política de la Falange; la política de la Falange es ante todo una política de predominio de los valores espirituales; la política de la Falange va sobre todo a reconquistar en el alma de España a los hombres de España... (*Grandes aplausos*) La Falange vela las armas, la Falange quiere el alma, la fe, la caridad; la Falange quiere la justicia, la Falange quiere ir a la lucha viendo la dependencia de las cosas con las leyes divinas, no con las leyes humanas. Este es el único valor. Cuando decimos una unidad de destino, no decimos nada sino (sic) agregamos una defensa de las cosas divinas⁷⁴.

Y concluye su discurso con estas palabras:

No nos ha gustado hablar de cosas religiosas, pero nos va a tocar representar en esta España la más auténtica fibra religiosa. Preparaos, pues, a recibir en algún día claro y grande, la universal consigna que fué dando a cada una de las galeras de la flota de Lepanto don Juan de Austria: Cristo es nuestro Capitán General. ¡Arriba España! (*Grandes aplausos*)⁷⁵.

Si no fuese por las alusiones que en el discurso hay a Falange, estas palabras podrían haber sido pronunciadas por algún dirigente católico de cualquiera de los partidos que integraron las candidaturas de la derecha antirrepublicana en aquellas elecciones. De hecho, y como ya se indicó antes, si Falange no participó en una coalición derechista no fue por falta de interés sino por la escasa disposición de populares y monárquicos a ceder a los falangistas plazas de salida en sus candidaturas en el número que éstos creían merecer⁷⁶.

⁷³ «El doble mitin de la Falange en la Capital de España», *Arriba*, n.º 31, 6 de febrero de 1936; la intervención de Sánchez Mazas, en las pp. 2 y 3. El discurso de Sánchez Mazas se publicó en *Fundación, hermandad y destino* con el título de «Nuestro capitán general», pp. 270-278.

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ *Ibid.*

⁷⁶ Una explicación de las negociaciones sobre esta cuestión en RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 208-211.

Con todo, había un aspecto en esta defensa del catolicismo en el que Falange marcaba distancias con otras opciones de la derecha, y no era otro que el tipo de relaciones que debían darse entre el Estado y la Iglesia. La separación de ambas esferas, que aparecía nítida en los 27 puntos que constituían el programa falangista, marcaba una posición que otros partidos de orientación católica no compartían. Sin embargo, no hay que precipitarse a la hora de extraer conclusiones sobre lo que esa posición significaba. Para empezar, los falangistas —y el propio Sánchez Mazas— identificaban esa división de áreas de actuación con la tradición Imperial española: el propio emperador Carlos, «como San Luis, como la Reina Católica, como Cisneros, combate la extralimitación de la Curia Eclesiástica, manteniendo la esfera propia de cada una de las dos potestades y combatiendo, a la vez, por su armonía superior en todos los campos de batalla»⁷⁷. Así pues, no había nada de anticatólico en esa posición, y, desde luego, en modo alguno significaba que Falange estuviese menos dispuesta que otras fuerzas a actuar de forma que la Iglesia quedase en la mejor posición posible para el desarrollo de sus funciones morales y religiosas⁷⁸.

Sánchez Mazas salió al paso de quienes identificaban al fascismo (y, por extensión, al falangismo) con posiciones anticatólicas, recordando la defensa del catolicismo que estaba haciendo el fascismo italiano y el agradecimiento por ello del Papa:

El Papa no ha condenado nunca al fascismo italiano. Ha llamado a Mussolini «hombre dado a Italia por la Providencia divina». Ha dado capellanes a todas las legiones de camisas negras. Ha celebrado los beneficios sociales y religiosos de la legislación fascista, desde el crucifijo en las escuelas hasta la elevación moral de Italia en todos los aspectos de vida. Pero el fascismo ha sido condenado como anticatólico en *El Heraldo* por el señorito Gil Robles, que estaba nervioso precisamente después de la emoción unánime producida ante los cristianos honores rendidos a uno de nuestros muertos. El señorito Gil Robles debe entender que los anatemas de la Santa Madre Iglesia no pueden nunca venir tan bajos ni desde tan bajo lugar⁷⁹.

Y no le faltaba razón a Sánchez Mazas. De todas maneras, y para que no quedara la menor duda sobre la cuestión, en abril de 1935, en plena etapa de radicalización del partido, el número dos de Falange pronunció un discurso en Toro

⁷⁷ «Cuarto centenario de la toma de Túnez», *Arriba*, n.º 7, 2 de mayo de 1935, p. 6.

⁷⁸ La necesidad de delimitar claramente los territorios del Estado y de la Iglesia estaban presentes ya en una obra poco conocida de Sánchez Mazas como fue *España-Vaticano. La política religiosa. Encuentros con el Capuchino* (1932), publicada bajo el seudónimo de «Persiles», que provocó el rechazo de la jerarquía católica y de los posibilistas de la CEDA, pero el apoyo de los monárquicos alfonsinos por lo que en el libro había de crítica al accidentalismo y gradualismo de los populares; cfr. CARBAJOSA, M. y CARBAJOSA, P.: *La corte literaria de José Antonio*, pp. 69-74; también SAIZ VALDIVIELSO, A.C.: *Rafael Sánchez Mazas*, pp. 108-110.

⁷⁹ «Anatema», *FE*, n.º 8, 1 de marzo de 1934.

en el que desarrolló la política para el campo que defendían los falangistas. Tras enunciar algunas medidas que se tomarían, el orador añadió lo que sigue:

Y allí se empezará por algo que no nos compete del todo a nosotros, al Estado, pero también por algo que el Estado debe regular en su libertad y ayudar en su dignidad y esplendor. En realidad se empezará por la ayuda de Dios, por la organización del mundo moral, por la elevación del orden religioso. Es necesario que el centro espiritual de la aldea sea la parroquia, como órgano supremo de su moralidad. Defenderemos las parroquias de aldea con más tesón que las Universidades. No nos gusta hablar de estas cosas por dos razones: 1º Porque exceden en su totalidad a la tarea del Estado. 2º Porque jamás queremos hacer de ellas un banderín de enganche electoral. Pero, alguna vez es necesario. Nuestro Estado había de colaborar con la Iglesia ofreciéndole cuantos medios temporales y legales estén a su alcance para el robustecimiento de las parroquias campesinas (y de las no campesinas también), para la recta formación del clero, para el vigor de la jerarquía episcopal. Nada como la libertad y fortaleza de la Iglesia, en la esfera que le es propia, evita su mezcla deplorable con la política. En la aldea, en torno a la parroquia robustecida, podían funcionar con regularidad y sin mezclarse jamás con la política, todas aquellas obras sociales católicas, que tanto pueden hacer por elevar al mundo campesino (sic) y devolverle sus mejores tradiciones.

Tras el robustecimiento de la parroquia viene la reforma de la escuela y de la escuela con Cristo, que debe ser el enlace cordial e intelectual de la moral y la cultura civiles con la moral y la cultura de la Iglesia⁸⁰.

El mensaje era inequívoco: la Iglesia no debía pretender intervenir en la esfera política, pero a cambio de ello el Estado velaría por que nada le faltase a aquélla para el desarrollo de su magisterio, incluyendo una escuela en la que lo católico sería un eje vertebrador fundamental. No estaría de más tenerlo presente cuando se plantea, como es frecuente en la literatura, la victoria de *los católicos* sobre *los falangistas* en la lucha por determinar la orientación de la educación en la España franquista, argumentando para ello tanto los valores católicos de la legislación y los contenidos educativos en el Nuevo Estado como los privilegios obtenidos por la escuela confesional católica en el nuevo orden educativo⁸¹.

Después de la guerra

Si no conociéramos los textos que Sánchez Mazas escribió en los tres años anteriores al inicio de la guerra civil, podríamos caer en la tentación de pensar

⁸⁰ «Esquema de una política de aldea», *Arriba*, n.º 6, 25 de abril de 1935.

⁸¹ Me he ocupado de la cuestión en diversas publicaciones, pero véase sobre todo: MORENTE, F.: «Los fascismos europeos y la política educativa del franquismo», en *Historia de la Educación*, n.º 24 (2005), pp. 179-204.

que lo que publicó tras el conflicto era el resultado de su experiencia traumática durante el mismo, especialmente por el conocido episodio del fusilamiento en El Collell. Porque, efectivamente, el Sánchez Mazas de 1939 es un escritor que desborda religiosidad por los cuatro costados, como se puede comprobar en el texto que reproduce una conferencia por él impartida en Zaragoza el 8 de abril de 1939 y que lleva el significativo título de *Discurso del Sábado de Gloria*⁸², donde se puede leer una desaforada invocación a la Virgen del Pilar, y donde Sánchez Mazas afirma:

Nosotros imponemos la libertad verdadera, porque imponemos una jerarquía de valores espirituales a las gentes de España (...) Imponemos esta jerarquía de valores espirituales como primera condición de libertad histórica civil, pero no la hemos inventado nosotros, es eterna y viene de Dios. Por eso la imponemos a rajatabla, sin vacilaciones posibles⁸³.

Nada nuevo, como ya se ha visto. Existe un claro hilo de continuidad entre el discurso de Sánchez Mazas antes y después de la guerra civil. Ciertamente, había otros acentos en la Falange en los que el elemento religioso aparecía más amortiguado, pero lo sustantivo aquí es certificar que la afirmación de un fuerte catolicismo en Falange Tradicionalista y de las JONS no fue algo que se produjese como consecuencia de la guerra ni por la *contaminación* provocada por los tradicionalistas, alfonsinos y populares que se incorporan al partido, como tampoco fue algo que los falangistas de preguerra (al menos, un sector muy importante de los mismos) tuviesen que tragarse como un sapo envenenado, sino que fue algo perfectamente congruente con lo que Falange venía defendiendo desde su fundación, y que compartía, sin duda, el propio fundador del partido (aunque no, o al menos no de la misma forma, la línea ledesmista del mismo).

Lo que quizás nos debiera llevar a pensar que la síntesis que se produjo en FET y de las JONS entre un fascismo de carácter más o menos laico y un catolicismo político de fuerte impronta autoritaria y tradicionalista en realidad ya estaba presente en la misma Falange republicana, la de José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma y, atención, Onésimo Redondo, no menos católico, ruralista y tradicionalista que el propio Rafael Sánchez Mazas. Todo lo cual explicaría la relativa facilidad con la que por la base —y en amplios sectores de la cúpula falangista— se asumió la unificación de abril de 1937⁸⁴. Si el discurso del Sábado

⁸² SÁNCHEZ MAZAS, R.: *Discurso del Sábado de Gloria*, s.l., Editora Nacional, 1939.

⁸³ *Ibid.*, pp. 13-14.

⁸⁴ José Andrés-Gallego ha ido más allá y ha señalado cómo el predominio entre los falangistas de aquellos que eran «partidarios de la defensa religiosa» habría sido uno de los elementos fundamentales que hicieron posible la Unificación; y añade: «Franco, de hecho, justificó la fusión expresamente en la afinidad entre el ideario de la Comunión y los Veintisiete Puntos de Falange, afinidad que, recordó, ya había puesto de relieve el tradicionalista Víctor Pradera en las páginas de *Acción Española*»; cfr. ANDRÉS-GALLEGO, J.: *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco 1937-1941*, Madrid,

de Gloria es relevante por lo que nos dice de la catolicidad del fascismo de Sánchez Mazas, no lo es menos por lo que nos enseña sobre la cuestión de la unificación política. El *camisa vieja* falangista recuerda su «invariable devoción» por el tradicionalismo (que hemos podido comprobar anteriormente) y señala a continuación que la unión de falangistas y tradicionalistas es necesaria, y no sólo como fruto de la «fraternidad indisoluble y heroica de las trincheras, sino necesaria desde el punto de vista histórico y desde el punto de vista filosófico». El tradicionalismo y el falangismo aportan, juntos, lo que ha nutrido históricamente el «genio» de España: la combinación de «un alto sentido moderno con un alto sentido tradicional». Así que «cuando esta memoria del pasado y esta voluntad de futuro coinciden por heroica hermandad en un entendimiento del presente, se logra la articulación más eficaz y más exacta de las potencias del alma de la Patria»⁸⁵. Seguramente sería difícil explicar mejor lo que supuso la síntesis que constituyó el fascismo español durante la guerra civil.

II. ALGUNAS CONCLUSIONES

El análisis de los textos que Rafael Sánchez Mazas publicó antes y después de la guerra civil muestra un claro hilo de continuidad entre ellos en muchos aspectos, pero especialmente en todo aquello que tiene que ver con el catolicismo y la función de la Iglesia en un *Estado Nacional*. Y, como ya se indicó al principio, las posiciones de Sánchez Mazas eran algo más que las simples opiniones de un dirigente destacado del partido. Constituían, por la forma en que aparecían en *Arriba* y *F.E.*, doctrina oficial del partido en los años republicanos. Tanto en lo referente a la presencia de profundos elementos de catolicidad en el falangismo, como en lo relativo al papel que la Iglesia y la religión católica deberían tener en el nuevo orden de cosas, la posición de Sánchez Mazas no se vio alterada por lo acaecido en los tres años de guerra civil. Dicho de otra forma: Sánchez Mazas (y, con él, la mayor parte de los dirigentes falangistas de preguerra) no necesitaron experimentar «un proceso de catolización y tradicionalización» durante la guerra, paralelo al de «fascistización» de las otras fuerzas de la derecha, y que habría facilitado el proceso de unificación culminado en abril de 1937⁸⁶. Mucho antes de que se produjese el golpe militar contra la República, los falangistas ya eran

Encuentro, 1997, p. 34. También se explicaría así —y es algo que tiene que ver fundamentalmente con los elementos simbólicos— la rapidez y la facilidad con la que los teóricos falangistas acabaron abonando el uso del término *cruzada* para calificar a la guerra civil; cfr. RODRIGO, J.: «Santa Guerra Civil. Identidad, relato y (para)historiografía de la Cruzada», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios*, pp. 191-192.

⁸⁵ SÁNCHEZ MAZAS: *Discurso del Sábado de Gloria*, todas las citas en pp. 22-24.

⁸⁶ BOX, Z.: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 362.

identificables con esos trazos de catolicismo y tradición, lo que explica que, por ejemplo, a partir de febrero de 1936, la desbandada de los jóvenes de las Juventudes de Acción Popular —JAP— se produjera sobre todo en dirección a Falange y no hacia la Comunión Tradicionalista, que también estaba en condiciones de organizar una respuesta armada contra las organizaciones de izquierda y el propio gobierno del Frente Popular⁸⁷. La ventaja de Falange sobre sus competidores tradicionalistas residió en gran parte en su protagonismo destacado en la escalada de violencia que tuvo lugar durante la primavera de 1936⁸⁸, pero también, desde una perspectiva más ideológica, en su capacidad para combinar los rasgos de catolicidad y tradición a los que hemos hecho referencia antes con propuestas modernizadoras en línea con aquellos movimientos y regímenes que, en el ámbito europeo, estaban demostrando cómo liquidar el viejo mundo liberal-democrático para dar paso a un Nuevo Orden con el que, y no es cuestión menor, la Iglesia católica había mostrado un alto grado de satisfacción, más allá de algunas puntuales discrepancias que, sin embargo, habían sido superadas tras las correspondientes negociaciones y la obtención de no pequeñas contrapartidas por parte de la Iglesia.

Fue esta incuestionable impronta católica del falangismo la que explica también la atracción hacia sus filas, ya durante los primeros meses de la guerra civil, y antes de la unificación, de muchos nuevos militantes que procedían de las organizaciones seculares católicas así como de los diversos ámbitos de sociabilidad de ese mundo. Pedro Laín, José Pemartín o Luis Legaz Lacambra serían buenos ejemplos de ello, y no es mera casualidad que los tres hicieran decisivas contribuciones a la formulación teórica de un nacionalsindicalismo de incuestionable matriz católica ya durante la guerra civil⁸⁹.

⁸⁷ Entre diez y quince mil militantes de las JAP se pasaron a Falange en la primavera de 1936 (un 5% de toda su militancia); cfr. BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, J.: «Movilización juvenil y radicalización verbalista: la Juventud de Acción Popular», *Historia Contemporánea*, n.º 11 (1994), p. 102. Más recientemente, González Calleja ha precisado que esa desbandada tuvo múltiples direcciones —hacia Falange, al Bloque Nacional e incluso a la Comunión Tradicionalista— y que fue el resultado de la avidez de acción de los jóvenes más radicales de las JAP así como de su desengaño con el posibilismo de Gil Robles; cfr. GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios*, p. 358. A su vez, González Cuevas ha incidido en la idea del fuerte crecimiento de la Falange clandestina por la incorporación al partido de «no pocos miembros de las Juventudes de Acción Popular y otros grupos de las derechas», como consecuencia del fracaso de las candidaturas derechistas en las elecciones de febrero de 1936; cfr. GONZÁLEZ CUEVAS, P.C.: «La trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español», en DEL REY, F.: *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 518.

⁸⁸ Un análisis de la misma en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios*, pp. 310 y ss. También Rafael Cruz identifica en el protagonismo violento de Falange la causa principal de la incorporación «de miles de *japistas* y jóvenes extremistas a sus redes de actuación»; cfr. CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, p. 141.

⁸⁹ En el caso de Laín y Legaz, fueron fundamentales sus contribuciones en *Jerarquía. La revista negra de la Falange* (1936-1938) así como la reelaboración de las mismas realizadas tras la guerra; cfr. LAÍN, P.: *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, Madrid, 1941; LEGAZ LACAMBRA, L.: *Introducción a la teoría del Estado*

Ciertamente, y como ha recordado Núñez Seixas, durante la guerra no faltaron los debates entre «falangistas y católico-traditionalistas» sobre el «lugar y la relación que Dios y la nación habían de ocupar en el discurso y la praxis inspiradores del naciente Estado franquista»⁹⁰. Sin embargo, creo que, a tenor de la abundante publicística falangista de hondo contenido católico existente, se trataba en realidad de un intento, por parte de los sectores que competían con el falangismo, de desacreditar a éste alegando su escasa y epidérmica sensibilidad católica. No es de extrañar, pues, que notables falangistas reaccionaran con indignación ante estos ataques y que, frente a ellos, pusieran sobre el tapete sus incuestionables credenciales católicas. Así, Fermín Yzurdiaga escribía en 1937: «la Falange es medularmente católica», y lo era, decía, desde 1933; el *cura azul* denunciaba a continuación la «implacable y turbia [...] campaña contra la Falange sobre su pretendida acatolicidad y paganismo», campaña que era impulsada por «masones por un lado y sedicentes católicos por el otro en la más dolorosa compañía», y se remitía al discurso de José Antonio Primo de Rivera en el Teatro de la Comedia, tan profundamente católico, que, afirmaba Yzurdiaga, habría sido digno de Ignacio de Loyola⁹¹. Sólo unos meses antes de ese discurso, Yzurdiaga había pronunciado otro ante las banderas falangistas en el que, tras exaltar «la Unión substancial española entre Patria y Religión», añadió:

Esta es nuestra revolución. Y no me dá (sic) miedo vestir sotana de sacerdote y la guerrera de soldado para gritar que soy un revolucionario. Porque aquellos primeros cristianos de las Catacumbas —recordad, falangistas perseguidos de Primera Hora— eran nuestros hermanos auténticos, los que se metieron debajo de la tierra de Roma y con el poder de sus oraciones y de su santa rebeldía hirieron revolucionariamente aquel Imperio de la ley, las conquistas, de las tiranías, y del Coliseo hasta levantar sobres sus cenizas el triunfo de la Cruz. Así somos, católicos revolucionarios, los jóvenes de la Falange⁹².

Más allá de esas polémicas un tanto artificiales, la principal diferencia que se puede detectar entre las posiciones de Falange sobre la Iglesia y la religión católicas y las que sostenían los otros grupos de la extrema derecha antirrepublicana es la que tiene que ver con la reivindicación de una separación clara de las esferas de la Iglesia y el Estado. Más arriba se ha señalado cómo Sánchez Mazas lo dejó escrito con absoluta claridad, de la misma manera que dicha reivindicación estaba recogida en los puntos programáticos de FE de las JONS. Pero la clara

Nacional Sindicalista, especialmente el capítulo «Sentido humanista del nacionalsindicalismo», pp. 225-258; en el caso de Pemartín, su libro *Qué es lo nuevo... Consideraciones sobre el momento español presente*, Sevilla, 1937.

⁹⁰ NÚÑEZ SEIXAS, X.M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 196.

⁹¹ YZURDIAGA, F.: *Discurso al silencio y voz de la Falange. Pronunciado en Vigo. Diciembre 1937*, s.l., Editorial Jerarquía, quinta edición, pp. 13-15.

⁹² YZURDIAGA LORCA, F.: *Mensaje de las banderas victoriosas. Discurso de Zaragoza. Julio 1937*, s.l., Editorial Jerarquía, segunda edición, pp. 32-33.

delimitación de esferas no estaba reñida con la concesión a la Iglesia de las más amplias prerrogativas y privilegios, incluso en campos tan sensibles para ella como el de la educación. Así lo afirmaban los falangistas, ya antes de la guerra⁹³, y no de forma diferente acabó actuando el régimen de Franco⁹⁴.

En mi opinión —y refiriéndome ahora al terreno educativo, tan determinante para la cuestión que estamos discutiendo—, se confunde reiteradamente lo que fue una dura lucha por el control de resortes y ámbitos de poder con la disputa por imponer modelos educativos enfrentados⁹⁵. Esto último no ocurrió. Hubo, efectivamente, algunos falangistas que defendían un modelo fuertemente estatalizado e inspirado más en el ejemplo alemán que en el italiano⁹⁶, pero fueron siempre minoritarios y nunca ocuparon posiciones clave en el partido (ni antes ni después de la unificación). Y, contra lo que se acostumbra afirmar, los sectores que suelen ser identificados como *los falangistas* (por oposición a *los católicos*, algo que, desde mi punto de vista, confunde más que aclara las distintas posiciones políticas e ideológicas en el seno del régimen franquista) no fueron barridos de los ámbitos de poder político en materia de enseñanza ya desde 1938, cuando se crea el primer gobierno de Franco y el Ministerio de Educación Nacional (MEN) va a parar a manos de Pedro Sainz Rodríguez. Suele no tenerse en cuenta lo que sería la, podríamos decir, «doble militancia» de algunos de ellos, como José Pemartín o el propio ministro Ibáñez Martín (por no hablar de Ruiz Giménez, un *católico* que, curiosamente, se rodea de falangistas cuando llega al MEN)⁹⁷; y

⁹³ Recuérdese lo que escribió Sánchez Mazas en el artículo ya citado «Esquema de una política de aldea», *Arriba*, n.º 6, 25 de abril de 1935.

⁹⁴ Y no sólo Franco; también Mussolini realizó innumerables concesiones a la Iglesia católica —y muy especialmente en el campo educativo— a cambio del apoyo de ésta al régimen. Vid. MORENTE VALE-RO, F.: *Libro e moschetto. Política educativa y política de juventud en la Italia fascista (1922-1943)*, Barcelona, PPU, 2001; y GAUDIO, A.: *Chiesa e fascismo. La scuola cattolica in Italia durante il fascismo (1922-1943)*, Brescia, La Scuola, 1995. Yendo más allá de la política educativa, Alfonso Botti ha considerado que «la confesionalidad del régimen italiano (y la aportación católica al mismo) constituye una situación muy similar a la del franquismo a lo largo de su historia»; cfr. BOTTI, A.: «Los fantasmas de Clío. A propósito de franquismo y fascismo en la perspectiva de la historia comparada», en *España durante el franquismo*, monográfico de *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, n.º 8-9 (1991-1992), p. 31. El libro de Alfonso Botti, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, sigue siendo iluminador sobre los elementos modernizadores presentes (y frecuentemente ignorados) en el nacionalcatolicismo y su perfecta compatibilidad con un proyecto de carácter fascista, de forma no muy diferente a como se dio en Italia la convergencia de fascismo y catolicismo.

⁹⁵ Como pasó también en otros muchos ámbitos de la vida política; para decirlo con Santos Juliá, hubo una constante lucha por parcelas de poder entre *falangistas* y *católicos*, pero «nada de eso quebró nunca la fusión íntima, entrañable, del nuevo hecho falangista con el tradicional hecho católico»; cfr. JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, p. 300.

⁹⁶ Véase, por ejemplo, ROMOJARO, T.: «Orientación y sentido de la educación alemana», en *Revista Nacional de Educación*, n.º 4 (1941), pp. 95-99.

⁹⁷ Para la doble vertiente, católica y falangista, de Ruiz Giménez, véase MUÑOZ SORO, J.: «Entre héroes y mártires: la síntesis católica de Joaquín Ruiz Giménez (1939-1951)», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios*, pp. 339-369.

se olvida la presencia de *camisas viejas* en puestos clave de ese ministerio incluso en los momentos de presunto dominio absoluto de los *católicos* en el mismo: sin ir más lejos, Jesús Rubio y García-Mina, subsecretario del MEN (y, por tanto, técnicamente, el número dos del mismo) durante las etapas de Ibáñez Martín y Ruiz Giménez; es decir, desde 1939 hasta 1956, momento en que culminó su trayectoria al ser ascendido a ministro del ramo⁹⁸.

Mucho más fundamento tiene el argumento según el cual los falangistas, tanto en la etapa republicana como durante la guerra y tras el final de la misma, construyeron, al modo del fascismo italiano, una «religión política» en torno a la nación, lo que los habría diferenciado netamente de los otros sectores del régimen (monárquicos, tradicionalistas, cedistas, la propia Iglesia), que no habrían ido más allá de una fuerte «politización de la religión»⁹⁹. No obstante, esa afirmación presupone dos argumentos que no creo que se cumplan plenamente: el primero, que el concepto de «nación» que alimentaron los falangistas (netamente secular) fue sustancialmente diferente del que sostuvieron los otros sectores de la derecha tradicional (identificador de catolicismo y nación española); el segundo, que, pese a la mucha importancia que los teóricos falangistas otorgaban al catolicismo, éste quedaba siempre subordinado a la nación como entidad superior¹⁰⁰.

Al menos lo que escribió sobre estas cuestiones Sánchez Mazas (y no se olvide con qué carácter aparecían sus escritos en la prensa falangista de preguerra) incumpliría esas dos premisas, y me remito a lo ya comentado en páginas anteriores al respecto. Es significativo que para Sánchez Mazas el amor a Dios vaya por delante del amor a la Patria¹⁰¹, lo que establece un orden de jerarquías con el que probablemente no todos los falangistas estarían de acuerdo, aunque se hace difícil encontrar un texto de algún dirigente relevante del partido en el que se sostenga lo contrario, antes o después de la guerra civil, con las excepciones de Ramiro Ledesma y, quizás, Giménez Caballero¹⁰²; pero el primero abandonó

⁹⁸ CÁMARA VILLAR, G.: *Nacional-Catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Jaén, Hesperia, 1984, p. 111.

⁹⁹ BOX, Z. y SAZ, I.: «Spanish Fascism as a Political Religion (1931-1941)», en *Politics, Religion & Ideology*, vol. 12, n.º 4 (2011), pp. 371-389. Para el concepto de «religión política» en relación con el fascismo, véase la formulación de Emilio Gentile en *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993; y del mismo autor, «Fascism as Political Religion», en *Journal of Contemporary History*, vol. 25 (1990) pp. 229-251.

¹⁰⁰ BOX, Z. y SAZ, I.: «Spanish Fascism as a Political Religion...», p. 377.

¹⁰¹ «Valladolid», *F.E.*, n.º 9, 8 de marzo de 1934.

¹⁰² El caso de Ledesma es el más claro; para el fundador de las JONS no existía identidad entre catolicismo y nación española, y más bien percibía ese hermanamiento de conceptos como un obstáculo para una formulación moderna de la nación española. Véase un buen ejemplo de ello: «El hecho de que los españoles —o muchos españoles— sean católicos no quiere decir que sea la moral católica la moral nacional. Quizá la confusión tradicional en torno a esto explica gran parte de nuestra ruina. No es a través

Falange a principios de 1935, y el segundo, como es bien sabido, tuvo más bien poca importancia tanto desde el punto de vista de marcar la doctrina del partido como de orientarlo políticamente. Creo que, efectivamente, los falangistas se esforzaron por construir una «religión política» en torno a la nación, con todo lo que ello conlleva (sacralización del concepto, creación de símbolos, rituales y un martirologio propios; visión mesiánica del partido, etc.), pero que en ningún momento dieron el paso de sustituir (o de intentarlo al menos) la religión católica por la propia. Lo que hubo fue una apropiación de muchos de los elementos (rituales, simbólicos, lingüísticos...) del catolicismo para construir un espacio simbólico propio, pero sin llegar a contemplar éste como algo contrapuesto o alternativo al de la Iglesia. Más bien se trataba de combinar ambos, lo que no debía representar mayor problema dada la profunda carga católica que el falangismo había tenido desde su aparición. Véanse al respecto las palabras de Legaz Lacambra, como ya se indicó, uno de los teóricos fundamentales del nacionalsindicalismo de postguerra:

[...] necesariamente debe excluirse *a priori* todo conflicto insoluble entre el Partido único totalitario español y la Iglesia católica. Pues si el Partido, en cuanto 'Iglesia', es tan totalitario como la Iglesia misma y puede legítimamente afectar al hombre entero sin abandonar ninguno de sus aspectos, en cambio, en cuanto que su religión civil encierra religión católica en su substancia íntima, no puede ponerse en oposición con la Iglesia católica sin incurrir en contradicción, sin falsificarse, al menos en lo que se refiere a la doctrina, aunque no se excluya en hipótesis la posibilidad de 'cuestiones de competencia' en puntos procesales y adjetivos¹⁰³.

El planteamiento no puede ser más claro: el partido, efectivamente, ha construido su propia «religión civil», pero ésta no sólo se nutre de la «substancia íntima» del catolicismo sino que se negaría a sí misma si entrase en colisión con la Iglesia católica. Otra cosa es que se pueda discutir sobre ámbitos de competencia en el terreno de las políticas concretas, pero eso será siempre algo secundario —«adjetivo»—, nunca primordial. Estaríamos, pues, ante una situación de íntima convivencia entre la religión católica y la religión política del falangismo, de forma que la sacralización de la patria que ésta incorporaba no podía disociarse del ideal de restauración católica que impregnó desde muy pronto la lucha de los sublevados en la guerra civil y que fue asumida tanto por el partido unificado como por el mismo Estado que aquél vertebraba, como, evidentemente, por la

del catolicismo como hay que acercarse a España, sino de un modo directo, sin intermediario alguno. El español católico no es por fuerza, y por el hecho de ser católico, un patriota. Puede también no serlo, o serlo muy tibiamente. [...] la moral nacional, la idea nacional como deber, ni equivale a la moral religiosa ni es contraria a ella. Es simplemente distinta, y alcanza a todos los españoles por el simple hecho de serlo, no por otra cosa que además sean»; cfr. LEDESMA RAMOS, R.: *Discurso a las juventudes de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003 [1935], p. 70. Para el caso de Giménez Caballero, véase SELVA, E.: «Gecé y la "vía estética" al fascismo en España», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España*, p. 105.

¹⁰³ LEGAZ LACAMBRA: *Introducción a la teoría del Estado Nacionalsindicalista*, p. 174.

Iglesia católica y los sectores políticos que provenían de la extrema derecha no falangista de la época republicana¹⁰⁴.

En otro orden de cosas, de todo lo dicho hasta aquí no debe derivarse la conclusión, que yo no suscribiría, de que FET y de las JONS —y más exactamente hablando, su militancia— fuese algo estrictamente homogéneo, sin diferencias internas reseñables. Es evidente que dentro del partido, como no podía ser de otro modo en una organización de masas, había *sensibilidades* diferentes, concepciones no siempre coincidentes sobre la nación, el Imperio, el papel de la Iglesia, la relación entre el partido y el Estado, y un sinfín de otras cuestiones. De hecho, esas divisiones ya estaban presentes en la propia Falange de preguerra, en la que podía convivir el nacionalismo revolucionario de impronta inequívocamente orteguiana, laico, vitalista y nietzscheano de un Ramiro Ledesma y algunos de sus compañeros jonsistas, el nacionalismo no confesional pero sí genuinamente católico y de inspiración *menéndezpelayista* de Onésimo Redondo¹⁰⁵, el nacionalismo de matriz católica, tradicionalista y ultraconservador de un Sánchez Mazas y muchos de los militantes falangistas que se situaban en la frontera (a veces con un pie a cada lado) con el monarquismo alfonsino o el tradicionalismo, y la posición más ecléctica de un José Antonio Primo de Rivera, admirador de Ortega y de su concepción de la nación, pero al tiempo íntimamente católico y alejado del laicismo radical de Ledesma y de la acusación que éste hacía al catolicismo de estar en la raíz de las dificultades para construir una nación española moderna acorde con los tiempos que marcaban el nazismo y el fascismo en Europa¹⁰⁶. Un partido cuyos intelectuales podían moverse dentro de una concepción estética clasicista —como el propio Sánchez Mazas o un Eugenio Montes—, coquetear con la vanguardia (más o menos descafeinada a la altura de los años treinta) —al

¹⁰⁴ GALLEGU, F.: «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de Julio y la reflexión sobre la Historia Moderna en los años cuarenta», en GALLEGU, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios*, p. 307.

¹⁰⁵ Un Onésimo Redondo que no duda en afirmar en un artículo —«Rehabilitación del patriotismo»— publicado en *Libertad*, el 23 de enero de 1933, que «Menéndez y Pelayo es el padre del nacionalismo revolucionario»; cito a partir de REDONDO, O.: «Nación, patria y unidad», en *FE. Doctrina del Estado Nacional Sindicalista*, II época, n.º 2, enero-febrero de 1938, p. 149. Para la influencia de Menéndez Pelayo sobre los principales dirigentes y teóricos del falangismo de época republicana, véase SANTOVENA SETIÉN, A.: *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, Santander, Ayuntamiento de Santander y Ediciones de Librería Estudio, 1994, especialmente pp. 177-196.

¹⁰⁶ Lo dejó muy claro Pedro Laín, en 1937, en un texto en el que desentrañaba el sentido de «unidad de destino» en el concepto de nación *joseantoniano*. Tras analizar las diversas facetas que presentaba la cuestión, Laín concluía: «Por fin, en el ápice de todo, coronando todos los destinos y sirviéndoles al mismo tiempo de norte, el remate de lo auténticamente espiritual, de lo genuinamente católico [...] Por encima de todo, el Espíritu. Y tampoco ahora ese espíritu vano que circula a través de algunos ambientes culturales, al cual se adecúa mejor la palabra francesa «esprit» que la española espíritu. José Antonio se refiere concretamente al espíritu católico. Quien dude de ello es un imbécil o un malvado, que de todo hay entre nuestros enemigos. En lo católico se encuentra [...] el centro espiritual que da sentido y virtud trascendente a nuestra unidad de destino»; cfr. LAÍN, P.: «La unidad de destino en José Antonio», en *FE. Doctrina del Estado Nacional Sindicalista*, II época, n.º 1, diciembre 1937, p. 80.

estilo de un Giménez Caballero o un Samuel Ros¹⁰⁷ o desarrollar un estilo propio, barroco y capaz de recoger «sugestiones —el nacionalismo imperialista, la llamada vital de lo exótico primitivo, la exaltación de la hombría— que están imbricadas en buena parte de la literatura de entreguerras» —y ése sería Luys Santamarina¹⁰⁸. Una Falange, en definitiva, que podía presentar, *al tiempo*, rasgos de vanguardia y de tradición, de laicismo y catolicismo militante, de ruralismo y exaltación de la técnica y la modernidad del mundo urbano, de defensa de los valores morales tradicionales y de feroz crítica antiburguesa... Contradictorio, sí, como lo fueron todos los movimientos fascistas de alguna relevancia en la época de entreguerras, porque lo verdaderamente sustantivo es que tales contradictorias visiones de la realidad y del futuro que se quería construir se dieron también en el partido nazi y en el partido fascista italiano en los momentos de máxima estabilización de los regímenes que respectivamente sustentaban, sin que ello lleve nunca a cuestionar la naturaleza de aquellas organizaciones o de aquellos regímenes¹⁰⁹. E igualmente relevante es señalar, por lo que hace ahora a FET y de las

107 Véase ALBERT, M.: *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid, Visor, 2003.

108 MAINER, J.-C.: *La corona hecha trizas (1930-1960)*, Barcelona, PPU, 1989, p. 109.

109 Baste recordar, para el caso italiano, las feroces críticas que desde los sectores radicales del partido se vertieron sobre Giovanni Gentile, sus reformas educativas (que incluyeron grandes e inesperadas —para muchos— concesiones a la Iglesia católica) y la línea que siguió (con la bendición de Mussolini) como *organizador* de la cultura fascista en los años veinte y buena parte de los treinta; o las críticas no menos feroces que se lanzaron desde *Gerarchia* contra la deriva conservadora y de aburguesamiento que, en opinión de algunos fascistas, estaba experimentando el régimen a mediados de los años treinta, y que no eran muy diferentes de las diatribas que podía soltar, pongamos por caso, un Dionisio Ridruejo en su etapa más radicalizada tras el final de la guerra civil. Por su parte, en la Alemania nazi no escasearon este tipo de encontronazos: piénsese por ejemplo en la permanente oposición de dirigentes como Ribbentrop o Rosenberg a los diplomáticos que provenían del viejo conservadurismo —pero que eran devotos de Hitler— como el ministro Konstantin von Neurath o el secretario de estado Ernst von Weizsäcker (en lo que fue no sólo una lucha por parcelas de poder sino sobre la concepción misma de la política exterior alemana); o las feroces críticas de los juristas nazis a Carl Schmitt, a quien tachaban de conservador, pese al papel esencial de éste en la teorización de la legitimidad del poder excepcional y discrecional del *Führer* (especialmente tras la «Noche de los cuchillos largos»); o, por no alargar más la lista, la contradicción absoluta sobre el papel de la religión y las iglesias en el Tercer Reich que podían tener un pagano racista como Alfred Rosenberg y el gran teólogo protestante (y nazi y antisemita radical) Gerhard Kittel. Para las cuestiones italianas, véanse TARQUINI, A.: «Gli antigentiliani nel fascismo degli anni Venti», en *Storia contemporanea*, a. XXVII, n.º 1 (1996), pp. 5-59; MORENTE VALERO, F.: «Libro e moschetto»; SESMA LANDRIN, N.: «De la elite intelectual a la aristocracia política. El discurso de la renovación ideológica y generacional en *Gerarchia. Rassegna mensile della rivoluzione fascista* y *Jerarquía. La revista negra de la Falange*», en MORENTE, F. (ed.): *España en la crisis europea de entreguerras*, p. 275; MORENTE, F.: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 235-263. Para los conflictos alemanes: KOONZ, C.: *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 65-88; GALLEGÓ, F.: *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo (1919-1945)*, Barcelona, Debate, 2006, pp. 487-488; GONZÁLEZ CUEVAS, P.C.: *La tradición bloqueada. Tres ideas políticas en España: el primer Ramiro de Maeztu, Charles Maurras y Carl Schmitt*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, p. 201; WEINBERG, G.L.: «Foreign policy in peace and war», en CAPLAN, T.: *Nazi Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 2008, p. 200; y CONZE, E. et al.: *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich, Karl Blessing Verlag, 2010, pp. 88-98.

JONS, que esas diferencias, aun no siendo despreciables, en modo alguno apuntaban a proyectos antagónicos o necesariamente excluyentes de la otra opción (u opciones, pues seguramente podrían describirse más de dos). La mejor prueba de ello la da el que, a pesar de la larga vida de la dictadura franquista, ninguno de los grupos que suelen definirse como recíprocos adversarios ideológicos fue expulsado jamás del régimen (ni se marchó al sentirse derrotado, marginado y condenado a una existencia subordinada). Dicho de otro modo: lo que unía a las diversas fuerzas que confluyeron en FET y de las JONS era mucho más importante y sustantivo que lo que las podía separar. Y la Victoria, el disfrute del poder (y de los privilegios que de él se derivaban), la coincidencia en los valores del 18 de Julio y el propio general Franco constituyeron la argamasa que los mantuvo unidos, con bastante ruido pero con pocas nueces, durante cuatro décadas¹¹⁰.

Ello, a su vez, no fue sólo el resultado de una actitud cínica que antepusiese espurios intereses personales o de grupo a las convicciones ideológicas, sino la consecuencia de un hecho de mucho más calado. Y es que lo que en los años previos a la guerra civil era sólo un espacio compartido —en rápido proceso de fascistización pero fragmentado políticamente— había dado paso con la unificación (y gracias muy especialmente al carácter aglutinador del catolicismo, compartido por todos como el elemento constitutivo esencial de la nación española) a una única organización que, ahora sí, englobaba todo aquel espacio y articulaba orgánicamente lo que constituyó sin duda el verdadero fascismo español¹¹¹.

¹¹⁰ Sánchez Recio ha escrito sobre la «convergencia de intereses» —en buena medida, materiales— que ayudaron al mantenimiento de la unidad a pesar de «la diversidad ideológica y política de los miembros integrados en la coalición reaccionaria», pero también ha señalado cómo el régimen defendía un conjunto de principios ideológicos que habían sido asumidos por *todos* los sectores que se cobijaban bajo su paraguas, lo que igualmente ayudaba a cohesionarlos; véase SÁNCHEZ RECIO, G.: *Sobre todos Franco*, pp. 57-60 [la cita textual, en 59]. Ruiz Carnicer, a su vez, se ha referido a la «solidaridad de clase» que sirvió para cementar la unión de «las fuerzas vencedoras de la guerra civil», que, cada una con sus peculiaridades, contribuyeron a la construcción del régimen fascista español; cfr. RUIZ CARNICER, M.A.: *El Sindicato Español Universitario (SEU) 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 10.

¹¹¹ Unificación orgánica que fue acompañada de la elaboración de una síntesis en el plano ideológico; algo que está bien presente en estas palabras, escritas en 1938, de un antiguo monárquico de Acción Española como era José María Pemán: «El glorioso tradicionalismo español era [...] en su parte intelectual, una doctrina eterna, que necesitaba para ser del todo operante unirse a un estilo vivaz y actualista. La magna obra cultural de los mártires de Acción Española —Maeztu, Pradera— era una construcción perfecta que necesitaba ágiles ruedas para caminar [...] Todos necesitaban de la Falange como la Falange necesitaba de todos; esa es la única y feliz verdad. La Falange fué para todo lo demás, complemento último, puesta en marcha [...] A mí me basta leer los magníficos libros doctrinales de Maeztu o Pradera y los *Dicursos* de José Antonio, para ver de modo evidente cómo se necesitan y se reparten la tarea. Aquéllos son la doctrina; éstos son el manifiesto. En aquéllos hay toda una arquitectura de ideas; en éstos una veintena de consignas agudas y decisivas [...] Muchos no conocieron y admiraron de José Antonio más que lo más visible y ostentoso de él: el gesto, el brinco valiente, el puño duro. Ahora, al irse reconociendo sus ideas, van viendo que en ellas estaban, en consignas agudas, todos los fundamentos que hacían su puño, brinco y gesto, vehículos de la exacta síntesis nacional. Basta su definición del hombre como «portador de

No el grupuscular de las JONS o la Falange republicana, sino el de masas de la guerra y la postguerra. Como el nazismo realmente existente no fue (o no fue sólo) el pequeño partido bávaro de principios de los años veinte, sino el que pudo aglutinar a millones de alemanes que durante años habían estado votando otras opciones de la derecha antirrepublicana, o como el fascismo italiano se construyó no únicamente sobre los *Fasci di Combattimento* sino tras atraer a su campo a los grupos nacionalistas, conservadores y monárquicos, así como a muchos liberales y a la gran mayoría de los católicos. Lo que ocurrió en España no fue diferente. La diferencia estuvo en la brutal guerra civil que fue necesaria para que dicho proceso se consumase.

valores eternos» y de la Patria como «un quehacer en lo universal», basta su deseo de cimentar toda la política sobre el «respeto a la persona humana» que fué redimida por Dios, para hacerla, no sólo compatible con todos los elementos de esa síntesis, sino empuje operante de todos ellos»; cfr. PEMÁN, J.M.: «José Antonio: pero todo José Antonio», en *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*, s.l., Ediciones Jerarquía, 1939, pp. 144-146.

A ESTE LADO DEL BISTURÍ. GUERRA, FASCISTIZACIÓN Y CULTURA FALANGISTA

JAVIER RODRIGO*
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

INTRODUCCIÓN. ¿QUÉ PASÓ CON EL FASCISMO?

1938 fue un año clave en la historia del fascismo: el año de la *Kristallnacht*, de las Leyes Raciales italianas o de la conferencia de Munich. Fue el año en que la Europa democrática abandonaba a su suerte a una pequeña y periférica república, la española, testigo en primera línea de la alianza internacional fascista para acabar con la izquierda, el frentepopulismo, el antifascismo y la democracia. Y ese mismo año el socialista turinés Angelo Tasca, antaño cercano a Togliatti y a Gramsci, escribía su revelador libro sobre el nacimiento de la ideología y del movimiento fascista, en su lengua materna *Nascita e avvento del fascismo*. Lo hacía pues —y eso le ha acabado dando todavía más valor a sus análisis— no sobre los rescoldos de la derrota de la Segunda Guerra mundial ni tras el trágico despertar del sueño fascista de la Europa racialmente jerarquizada, sino cuando parecía que la Italia imperial y el Reich milenario eran los regímenes llamados a dominar una Europa donde las democracias, como piezas de dominó, caían una tras otra. Y en ese contexto, escribía la primer gran historia comparada del fascismo: italiano, pero no solo. Para Tasca, el fascismo no era un sujeto del que bastase identificar los atributos, una estética o una fachada, sino el resultado de toda una situación de la que no podía ser distinguido. En su petición de un análisis complejo de sus formas y contextos históricos, dejando momentáneamente de lado las cuestiones por otra parte nada menores del estilo o de la estética, la propuesta de análisis pasaba por la evaluación de las situaciones que podían llevar al fascismo. Y, por tanto, decía, una teoría sobre el fenómeno fascista no podría emerger sino del

* El autor, contratado Ramón y Cajal en la UAB, participa en los Proyectos de Investigación «Cultura y memoria falangista y cambio social y político en España» (HAR2008-05949/Hist) y «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)» (HAR2011-25749). Este capítulo se complementa con el publicado en *España en la crisis europea de entreguerras*, el libro colectivo coordinado por Francisco Morente para Los Libros de la Catarata en 2012.

estudio tanto de ese contexto, como sobre todo del de todas las formas de fascismo, larvadas o abiertas, reprimidas o triunfantes¹. *Tutte le forme di fascismo*: pero, ¿acaso hay más de una?²

En los trabajos más recientes que han consagrado la centralidad del fascismo en la Europa del Novecientos —y en *el* trabajo por excelencia que planteaba que si algo había caracterizado a la Europa de Entreguerras no era, precisamente, la linealidad irrefrenable del triunfo de la democracia—³ la desaparición del caso español y de su marco histórico (la dictadura militar, la república democrática, la guerra civil, la dictadura militar de nuevo) es un hecho. Y, desde luego, no será por falta de elementos analíticos que apunten en la dirección de considerar su estudio y valoración en el marco de la Europa fascista⁴. De hecho, un artículo sobre España, fascismo, violencia y guerra total bien puede comenzar con la misma pregunta que lanzara Tim Mason, al preguntarse: ¿qué pasó con el fascismo?⁵. En la década de los ochenta, Mason encontraba inaudito que el fascismo hubiese virtualmente desaparecido como categoría de los estudios sobre la Alemania nazi. Varias décadas después, no parece inoportuno preguntarse dónde está ese mismo fascismo en unos contextos explicativos y unos entornos ecuménicos e historiográficos que separan los proyectos biopolíticos y raciales de sus contextos culturales e identitarios, o que elevan a rango de verdad moral e historiográfica (sin distinguir ambos planos) incontestable la incomparabilidad, inevitabilidad y ontológica especificidad descontextualizada de la *Shoah*⁶. Y salvando las distancias, la de dónde está el fascismo es una pregunta que viene haciéndose hace tiempo a la hora de estudiar el caso español⁷.

¹ TASCA, A.: *Nascita ed avvento del fascismo. L'Italia dal 1918 al 1922*, Florencia, La Nuova Italia, 1995 [1938].

² Para Collotti es evidente que los experimentos fascistas se reconocieron en un modelo pese a sus diferencias. COLLOTTI, E.: *Fascismo, Fascismi*, Florencia, Sansoni editore, 1994 [1989], p. 3. También ÍD.: «Il fascismo nella storiografia. La dimensione europea», *Italia Contemporanea*, 194 (1994), pp. 11-30. Collotti desmiente en su libro de finales de los Ochenta la cuestión de la impermeabilidad historiográfica, y su manejo de la literatura española es más que satisfactorio, poniéndonos en la perspectiva de los años en que elaboró el libro.

³ MAZOWER, M.: *Dark Continent. Europe's Twentieth Century*, Londres, Allen Lane, 1998.

⁴ Mi propia propuesta para la renovación de los estudios sobre la Guerra Civil, del fascismo y del antifascismo en España desde su contextualización y comparación, en RODRIGO, J.: «Retaguardia: un espacio de transformación», en ÍD. (coord.), *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*, Ayer, 76 (2009), pp. 13-36.

⁵ MASON, T.: «Whatever happened to 'Fascism'», en CAPLAN, J. (ed.): *Nazism, Fascism and the working class. Essays by Tim Mason*, Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 323-331. También ALBANESE, G.: «Comparare i fascismi. Una riflessione storiografica», *Storica*, 43-44-45 (2009), pp. 313-343.

⁶ Una notabilísima excepción: TRAVERSO, E.: *A ferro e fuoco. La guerra civile europea 1914-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2007.

⁷ Quien más lo ha hecho ha sido GALLEGO, F.: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005; ÍD.: «Ángeles con espadas. Algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre

No es una pregunta improcedente pero tampoco inocente. No resulta totalmente fuera de lugar preguntarse qué ha pasado con el fascismo español en unos análisis comparativos sobre el fascismo en los que se desconoce e ignora, en su abrumadora mayoría, la historiografía española sobre el tema⁸. En consecuencia, cuando se trata de España en la historiografía comparativa de referencia, por fascistas se entiende casi exclusivamente a las Falanges, a lo sumo a las JONS de Ramiro Ledesma, y en ocasiones al partido único, FET-JONS si bien este rara vez cuenta como partido fascista de masas. No se atiende a la guerra como marco de fascistización. Se insiste en el autoritarismo-catolicismo-clericalismo franquista personalizando en la figura, pensamiento o ideología de Franco las formas y culturas políticas de su régimen. Y se encapsula, en consecuencia, cronológicamente el fascismo en unas prácticas estéticas y de poder que habrían finalizado, habrían desaparecido casi como un fenómeno natural en torno a 1945, con especial atención a la supuesta (que no real) eliminación de la simbología y fraseología fascista de la política española: pues, de hecho, si el impacto del fascismo en

la Revolución de Octubre y el triunfo del Frente Popular» y «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en ÍD. y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 179-209 y 253-447; ÍD.: «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en MARTÍN RAMOS, J.L. y ANDREASSI, A. (eds.): *De un Octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, Barcelona, El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354; ÍD.: «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de julio y la reflexión sobre la historia moderna en los años Cuarenta», en ÍD. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa (1914-1956)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 281-337; y el reciente ÍD.: *El evangelio fascista*, Madrid, Península, 2013.

8 Las obras de referencia suelen ser las de LINZ, J.J.: «Una teoría del régimen autoritario. El caso de España», en PAYNE, S.G. (ed.): *Política y sociedad en la España del siglo XX*, Akal, Madrid, 1978 [1964], pp. 205-263; PAYNE, S.G.: *Falange. A History of Spanish Fascism*, California, Stanford University Press, 1961; ÍD.: *The Franco Regime 1936-1975*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1988; ÍD.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español. Historia de la Falange y el Movimiento Nacional, 1923-1977*, Barcelona, Planeta, 1997; ÍD.: *A History of Fascism 1914-1945*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1995. Entre la impresionante bibliografía manejada por Paxton llama la atención el escasísimo número de trabajos que conoce sobre España, ninguno salvo el de Michael Richards específico sobre la Guerra Civil. Sus referencias se limitan a las obras clásicas de Payne, Ellwood o Preston, y a una selección, ni siquiera las obras completas, de los textos de José Antonio Primo de Rivera editada por Hugh Thomas. PAXTON, R.: *The Anatomy of Fascism*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2004. Solamente a una confusión cabe atribuir la referencia a una inexistente «Third Republic» en MANN, M.: «Fascists», en IORDACHI, C. (ed): *Comparative Fascist Studies. New perspectives*, Londres, Routledge, 2010, pp. 187-214, cit. en p. 212. Mann considera que la limpieza (étnica, política, social) forma parte de la naturaleza del fascismo. Sin embargo, y pese a dedicar un largo capítulo completo a España y conocer bastante mejor de lo que es habitual la literatura española al respecto, sobre fascismo español no dice prácticamente nada —lo cual no deja de sorprender. Véase ÍD.: *Fascistas*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2006, en particular pp. 316-374. La falta de lecturas puede llevar a conclusiones como las de POLLARD, J.: «Fascism and religion», en COSTA PINTO, A. (ed.): *Retinking the nature of Fascism*, Hampshire y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 141-164, en particular p. 155, cuando apoyándose en Mann asevera que muchas fuerzas católicas se alinearon con Franco y los nacionalistas debido tanto a la violencia anticlerical como al apoyo del *anti-clerical* México y la *atea* Unión Soviética.

España fue sobre todo visual y limitado, con su desaparición estética se habría consumado su ciclo de influencia.

Desde un conocimiento razonable de la historiografía española sobre el tema⁹, desde el estudio y el análisis del proceso de fascistización (no tanto como un concepto intermedio entre fascismo y autoritarismo, una suerte de constructo histórico y teórico, sino como un proceso en sí mismo¹⁰) y desde la perspectiva comparada, resulta imposible compartir esas conclusiones. Atendiendo de mane-

9 Además de los citados trabajos de Gallego, véanse como obras generales SAZ, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003. ÍD.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Universitat de València, 2004. GRACIA, J.: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, o el largo capítulo de CASANOVA, J.: «La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado», en ÍD. (ed.): *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992. Diferentes panópticos sobre el partido fascista, en ELLWOOD, S.: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1983. CHUECA, R.: *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983. THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999. ÍD.: *La Falange de Franco. El proyecto fascista del Régimen*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001. RODRÍGUEZ, J.L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000. Aspectos sectoriales del fascismo en España como los culturales, organizativos o institucionales los han tratado JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004. RUIZ CARNICER, M.Á.: *El SEU, 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996. MORENTE, F.: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006. MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005. RICHMOND, K.: *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de Falange (1935-1959)*, Madrid, Alianza, 2004. CENARRO, Á.: *La sonrisa de Falange. Auxilio social en la guerra civil y la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2006. En una escala local y regional se han movido, desde el seminal trabajo de SUÁREZ CORTINA, M.: *El fascismo en Asturias (1931-1937)*, Oviedo, Silverio Cañada, 1981, los trabajos de CENARRO, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1997. GONZÁLEZ MADRID, D.: *La Falange Manchega (1939-1945). Política y sociedad en Ciudad Real durante la etapa azul del Primer Franquismo*, Ciudad Real, Diputación, 2004. ÍD.: *Los hombres de la dictadura. El personal político franquista en Castilla-La Mancha (1939-1945)*, Ciudad Real, Biblioteca Añil, 2006. COBO, F. y ORTEGA, M.T.: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*, Granada, Universidad de Granada, 2006. PAREJO, J.A.: *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla*, Sevilla, Universidad/Ateneo de Sevilla, 2004. ÍD.: *Las piezas perdidas de la Falange. El sur de España*, Sevilla, Universidad, 2008. SANZ HOYA, J.: *La construcción de la dictadura franquista en Cantabria. Instituciones, personal político y apoyos sociales (1937-1951)*, Santander, Universidad de Cantabria, 2009, entre otros. Para materias literarias, RODRIGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la literatura fascista española*, 2 vols., Madrid, Akal, 2008 (or. 1986-1987) y un listado completo de publicaciones, en DÍAZ, J. y URIBE, E.: *El yugo y las letras. Bibliografía de, desde y sobre el nacionalsindicalismo*, Madrid, Reconquista, 2005. Sobre estos asuntos, RODRIGO, J.: «El retorno del fascismo», *Ayer*, en prensa.

10 Un debate que puede seguirse en KALLIS, A.: «Fascism', 'Para-Fascism' and 'Fascitization': on the similarities of three conceptual categories», *European History Quarterly*, vol. 33(2) (2003), pp. 219-249, y que en España encabezan desde diferentes posturas Ismael Saz, que proyectó la categoría de régimen fascistizado en 1993, y Ferran Gallego, en varias aportaciones y, sobre todo, la más reciente de 2010. SAZ, I.: «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en TUSELL, J. et. al. (eds.): *El Régimen de Franco (1936-1975). Política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, vol. 1, 1993, pp. 189-201. GALLEGO, F.: «Fascismo, antifascismo y fascitización», cit. También DEL ARCO, M.Á.: «El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre», *Ayer*, 76 (2009), pp. 245-268, quien defiende el uso del término parafascismo, siguiendo a Kallis

ra preferente al caso español, el único fascismo surgido de una guerra civil abierta y vencida, aquí trataré de trazar algunas líneas de confluencia que permitan comprender mejor la evolución de los diferentes regímenes fascistas europeos, desde sus orígenes bélicos y desde su relación con el fenómeno y la cultura de la guerra y de la violencia. En este capítulo se plantea pues un estudio comparativo, interpretativo e historiográfico sobre la noción de violencia fascista, sobre la relación entre guerra, fascismo y violencia, y sobre la condición de la primera, de la guerra, como marco propiciatorio o, por decirlo gráficamente, como partera del segundo, el fascismo. Un parto doloroso: un parto de violencia, cuyo recuerdo constituiría uno de los elementos centrales de la cultura y memoria falangistas durante los años de la dictadura del general Franco.

DESTRUIR PARA CONSTRUIR

La comparación de los elementos identitarios y de las culturas políticas que devienen en fascismo, que se fascistizan o que nutren los movimientos y regímenes fascistas es, de hecho, la que posiblemente más frutos está dando en la actualidad, y posiblemente la que más ayude a resolver los problemas derivados de la elaboración de modelos cerrados aceptados sin debate ni discusión. Por de pronto, no poco se ha avanzado en la identificación de elementos comunes (ultranacionalismo, organicismo, palingenesia, violencia) y contextos similares (heterogeneidad, adaptabilidad, guerra) a la hora de establecer una línea genérica desde la cual comenzar a definir qué es y a qué nos referimos cuando comparamos fascismos¹¹. En ese terreno la historiografía parece estar de acuerdo: tanto la violencia como la guerra, entendida como continente de la primera —además de como contexto inaugural de una nueva era, la reconocida por los fascismos como propia¹²— ocupan un espacio central en el análisis de los fascismos. Si algo caracterizó al fascismo fue su uso de la violencia tanto en su dimensión ideológica como en la de su ascenso al poder y de su ejercicio¹³. La comunidad nacional

11 ALBANESE, G.: «Comparare i fascismi», cit. Un análisis de las tradiciones historiográficas sobre el fascismo, en TARCHI, M.: *Fascismo. Teorie, interpretazioni e modelli*, Roma y Bari, Laterza, 2003.

12 PAXTON, R.: «The five stages of Fascism», *Journal of Modern History*, 70 (1998), también en *Anatomy*, cit., p. 183.

13 Algo que anticipó LYTTTELTON, A.: *La conquista del potere. Il fascismo dal 1919 al 1929*, Roma y Bari, Laterza, 1974. Id., «The 'crisis of bourgeois society' and the origins of Fascism», en BESEL, R. (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany. Comparisons and contrasts*, Cambridge University Press, 1996, pp. 12-22. Para los tiempos de paz en Italia, FRANZINELLI, M.: *I tentacoli dell'Ovra. Agenti, collaboratori e vittime della polizia politica fascista*, Turín, Bollati Boringhieri, 1999. CORNER, P.: «Italian Fascism: whatever happened to dictatorship», *Journal of Modern History*, 74 (2002), pp. 325-357. BORGOMANIERI, L.: *Crimini di guerra. Il mito del bravo italiano tra repressione del ribellismo e guerra ai civili nei territori occupati*, Milán, Fondazione Istituto per la Storia dell'età contemporanea y Guerini e Associati, 2006. Sobre Alemania BESEL, R.: *Political violence and the rise of Nazism. The Storm Troopers in East Germany, 1925-1934*, Yale Univer-

alemana se amalgamó en torno a la eliminación de la disidencia interna y de las impurezas sociales y raciales, bajo la bandera de la ley y del orden y en medio de la construcción de una dictadura de «favores mutuos» en la que la violencia, el terror y el estado de excepción serían las más eficaces armas políticas para la nazificación del Estado¹⁴. Conocemos bien la importancia de la retroalimentación entre diferentes procesos históricos, así como la importancia del contexto, pues se trató de un potencial activado, necesariamente, en tiempo de guerra, y común a las diferentes formas del poder fascista. Sin embargo, y como ya he señalado en otro lugar, no parece haber acuerdo en qué es exactamente violencia fascista o en si existe una dimensión específica de la violencia que pueda considerarse exclusivamente como tal¹⁵. No existe, en consecuencia, una definición satisfactoria para tan proteica y compleja categoría: de hecho, por esa se entiende mayoritariamente la ejercida por los fascistas italianos tanto en su período *squadista* como en el ejercicio del poder¹⁶, y no se concibe como una condición, un estado, una metáfora

sity Press, 1994, y FRITZSCHE, P.: *Germans into Nazis*, Harvard University Press, 1998, pero sobre todo KALLIS, A.: «Fascism, violence and terror», en BOWDEN, B. y DAVIS, M.T. (eds.): *Terror. From tyrannicide to terrorism*, University of Queensland, 2008, pp. 190-204 e ÍD.: *Genocide and fascism. The eliminationist drive in Fascist Europe*, Nueva York, Routledge, 2009. Sin embargo, y paradójicamente, el autor no otorga al fenómeno de la violencia prácticamente valor alguno a la hora de teorizar sobre los elementos constructivos del fascismo europeo, en ÍD.: «The 'Regime-model' of Fascism. A typology», en IORDACHI, C. (ed.): *Comparative*, cit., pp. 215-237.

14 Lo del nazismo como dictadura de favores mutuos, en ALY, G.: *La utopía nazi. Cómo Hitler llegó a los alemanes*, Barcelona, Crítica, 2006. También FRITZSCHE, P.: *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2009 [2008] y FRIEDLÄNDER, S.: *El Tercer Reich y los judíos (1939-1945)*, vol. 1, *Los años de la persecución* y vol. 2, *Los años del exterminio*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009. Sobre los repertorios culturales, KOONZ, C.: *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2005, y GALLEGU, F.: *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001. Sobre la nazificación por la violencia, CAPLAN, J.: «Political detention camps and the origin of the concentration camps in Nazi Germany, 1933-1935/6», en GREGOR, N. (de.): *Nazism, War and Genocide. New perspectives on the history of the Third Reich*, University of Exeter Press, 2008 [2005], pp. 22-41. Y, en ese mismo volumen, GELLATELY, R.: «Social outsiders and the consolidation of Hitler's Dictatorship, 1933-1939», pp. 56-74. MARCUSE, H.: *Legacies of Dachau. The uses and abuses of a concentration camp, 1933-2001*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001. GELLATELY, R.: *Backing Hitler. Consent and coercion in Nazi Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 2001. WACHSMANN, N.: «The policy of exclusion: repression in the Nazi State, 1933-1939», en CAPLAN, J. (ed.): *Nazi Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 2008, pp. 122-145. ÍD.: *Hitler's prisons. Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2004. BENZ, W.: «La exclusión como fase integrante de la persecución», en BANKER, D. y GUTMAN, I. (eds.), *La Europa nazi y la Solución Final*, Madrid, Losada, 2005, pp. 47-65.

15 El análisis más acertado a mi juicio, aunque no abarque todas las zonas territoriales y dimensiones de la violencia que alcanza Kallis, es el de WOODLEY, D.: *Fascism and political theory: critical perspectives on fascist ideology*, Londres, Routledge, 2009. En castellano, GALLEGU, F.: «Fascismo antifascismo y fascitización», cit., pp. 303 y ss. e ÍD.: «La realidad y el deseo», cit., p. 374.

16 Por ejemplo, en ELAZAR, D.S.: *The making of Fascism. Class, State and counter-revolution, Italy, 1919-1922*, Nueva York, Praeger, 2001. DOGLIANI, P.: *L'Italia fascista, 1922-1940*, Florencia, Sansoni, 1999, pp. 17-19.

incluso del fascismo mismo¹⁷. Hay, sin embargo, notables excepciones a esa norma: a fin de cuentas, la concreción de una noción del fascismo como renacimiento palingenésico y reactualización del pasado de la nación no puede ser otra que la experiencia de la depuración, la limpieza, el derrumbe, las ruinas¹⁸. La destrucción había de ser una precondition para la reconstrucción, y la vivencia y convivencia con la violencia, el proceso de integración en la comunidad nacional fascista.

Pese a que en muchas ocasiones al fascismo no se le haya atribuido un proyecto político y social con aspiración intelectual, reduciéndose a barbarie y genocidio, los análisis de los diferentes proyectos sociales fascistas y sus prácticas concretas vienen mostrando, sin embargo, una violencia sustentada en unas retóricas y unas vivencias de naturaleza generadora, creadora, sustentada en un proyecto fascista de sociedad¹⁹. La dimensión destructiva vendría acompañada así de una praxis constructiva: la violencia contra el otro serviría, en última instancia, para proteger a la verdadera comunidad nacional. Y, evidentemente, para la fascistización de la sociedad, siendo uno de los vehículos preferentes, si no el más importante, para la consecución de esa sociedad ideal fascista, renacida y regenerada gracias a la separación, exclusión o eliminación de sus víctimas propiciatorias²⁰. Sobre el evangelio de la violencia construiría el fascismo su capacidad de atracción e identificación —incluida la vivencia de la masculinidad y del cuerpo²¹—, su magnetismo político, su importancia cualitativa y, en tiempo de fascistización (en España, 1936), su naturaleza de masas. En origen, también la cultura fascista española era de naturaleza violenta, y en sus propias palabras. Un país, diría Ramiro Ledesma, al que «repugna la violencia es un país de eunucoides, de

17 Ver, en ese sentido, y para la experimentación del poder a través de la violencia squadrista, ALBANESE, G.: *Alle origini del Fascismo. La violenza politica a Venezia 1919-1922*, Padua, Il Poligrafo, 2001 e ÍD.: *La marcia su Roma*, Roma y Bari, Laterza, 2006. También VIVARELLI, R.: *Storia delle origini del fascismo. L'Italia dalla grande Guerra alla marcia su Roma*, Volumen II, Bolonia, Il Mulino, 1991. También sobre violencia fascista, el recentísimo EBNER, M.R.: *Ordinary violence in Mussolini's Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, así como FRANZINELLI, M.: *Squadristi: protagonisti e tecniche della violenza fascista, 1919-1922*, Milán, Mondadori, 2004 y KLINKHAMMER, L.: *Stragi naziste in Italia, 1943-1944*, Roma, Donzelli, 2006 [1997].

18 GRIFFIN, R.: *The nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993 [1991]. ÍD.: *Modernism ad fascism. The sense of beginning under Mussolini and Hitler*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007.

19 Sobre el bagaje intelectual del fascismo, STERNHELL, Z., SZNAJDER, M. y ASHERI, M.: *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994. Sobre su universo simbólico, GENTILE, E.: *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma y Bari, Laterza, 1993.

20 WOODLEY, D.: *Fascism*, cit. Sobre la violencia, para el caso del fascismo español, GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La violencia y sus discursos: Los límites de la 'fascistización' de la derecha española durante el régimen de la Segunda República», *Ayer*, 71 (2008), pp. 85-116, e ÍD.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011. También CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

21 SPACKMAN, B.: *Fascist virilities: rhetoric, ideology and social fantasy in Italy*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1996. El lado contrario, en DE GRAZIA, V.: *How Fascism Ruled Women: Italy, 1920-1945*, University of California Press, 1992.

gente ilustradita, de carne de esclavo, risión del fuerte»²². En abril de 1932, Onésimo Redondo se preguntaría en *Libertad* si «no es llegado el momento de la guerra cierta, en la que se mata y se muere por un ideal (...) el comunismo y el anarquismo, como se sabe, no luchan sólo con frases y discursos: la lucha física, ¡la guerra civil!»²³. El fascismo aparecía, en un contexto percibido como de crisis, como un elemento de radical novedad en el terreno político, cultural e identitario republicano, sobre todo por su efectividad en el empleo de una retórica violenta y salvadora, sobre la que apoyaría su peso específico cualitativo. Para Gil Robles, el fascismo y la Falange se aparecían «a los ojos de muchas gentes conservadoras como la única tabla efectiva de salvación. Frente a una violencia, se escudaban en la violencia contraria»²⁴. El mismo que en su discurso del 19 de mayo de 1936 había afirmado que, ante la falta gubernamental en su opinión de «respeto a la ley», no podía pedirse «a los ciudadanos que no deriven por cauces de violencia» se reconocía en las palabras de *Gaziel* en *La Vanguardia*, cuando señalaba que en la España en crisis política «todo el mundo se vuelve fascista». Sin gobierno, «sin querer, casi sin darse cuenta, la gente se siente fascista»²⁵. Ramiro de Maeztu, tras el asesinato del gerente del hotel Ezcurra Manuel Carrión por repartir octavillas de FE de las JONS, escribiría en septiembre de 1934 en *El Pueblo Vasco* que «vivimos en guerra civil, en una guerra civil que no se parece a las pasadas, porque (...) es una guerra civil en que, hasta ahora, uno solo de los bandos contendientes estaba armado. De un lado, toda la carne; del otro, todos los cuchillos». Si de la noche a la mañana, continuaba el filósofo, pese a no querer matar, «caemos en la cuenta de que la guerra civil es un hecho, todo el panorama habrá cambiado». La fascistización, en tanto que impregnación con sus límites de discurso y praxis fascista, no alcanzó solamente a las elites políticas y culturales, pero desde luego algunos de sus representantes evidencian mejor que otros el proceso dinámico de aceptación del fascismo y sus premisas.

El panorama cambiaría, y de qué manera, muy rápidamente y para un partido político receptor de en torno a 25.000 votos en febrero del 36. Al hilo de los sucesos de Carrión de los Condes, donde los camaradas de un falangista asesinado ahorcaron al presidente de la casa del pueblo y a sus colaboradores, el boletín de la Falange clandestina *No importa* afirmaría que ya no había soluciones pacíficas, que la guerra estaba declarada, y que no eran ellos quienes habían elegido la violencia, la santa cruzada de violencias, sino la «ley de guerra la que

22 PRIMO DE RIVERA, J.A.: *Obras de José Antonio Primo de Rivera: edición cronológica*, Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de FET y de las JONS, ed. 1970, p. 67. LEDESMA, R.: «La legitimidad y la fecundidad de la violencia», en *La Conquista del Estado*, 11, 23 de mayo de 1931.

23 BELTRÁN GÜELL, F.: *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional. Ensayo histórico*, Valladolid, Librería Santarén, 1939, pp. 142-143

24 GIL ROBLES, J.M.ª: *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 689

25 *La Vanguardia*, 12 de junio de 1936.

la impone»²⁶. Una guerra a la que se venía llamando y que formaba parte de los objetivos del fascismo, al menos desde que en 1935, en la reunión de la junta política de Falange, José Antonio afirmase, por más que haya decenas de publicaciones consagradas a evidenciar su rechazo ético y simbólico a la violencia pese a no descartarla, que «nuestro deber es ir (...) con todas las consecuencias, a la guerra civil». Para cerrar el paso al marxismo «no es voto lo que hace falta, sino pechos resueltos». Y sin duda, Falange y el fascismo representaban una opción política y cultural caracterizada por la teoría y la praxis violenta. El fundador dejaría bien claro en el célebre mitin del Teatro de la Comedia el 28 de octubre de 1933 que «si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia». No de otra manera se entiende la concepción propia como identidad violenta, «monjes-soldados», «caballeros de la Hispanidad y cruzados de Dios», «duros en la lucha pero generosos en la victoria», que fue «menos un recurso propagandístico que un impulso al reforzamiento de la unidad interna en tiempo de crisis», para Eduardo González Calleja²⁷. La violencia, como práctica concreta o como repertorio cultural, se sitúa en ese eje gravitacional de los movimientos, poderes, estados, grupos o individuos definidos, autodefinidos o definibles como fascistas y su experiencia, en el de la vida misma del fascismo en comunidad, en tanto que mecanismo para la regeneración de la nación.

Todos los fascismos articulan, moldean e instrumentan mitos propios, y reinventan y adaptan mitos ajenos, sobre la violencia. Y sobre la violencia política y su evangelio se apoyan desde sus mismos orígenes, desde sus jornadas de lucha, de *squadrismo*, de toma de poder, sobre la que se sustenta la comunidad de los fascistas y sobre la que se erigirán después los movimientos de radicalización posteriores. Su éxito dependió de factores, tanto endógenos como exógenos, lejanos de esa imagen de exclusivos horror y barbarie enviada por los relatos interpretativos clásicos sobre el fascismo y que bloquean la atribución de un proyecto político y social con aspiración intelectual, un código cultural e identitario complejo, propio y coherente²⁸. También en esto ayuda la mirada comparativa²⁹. Para los fascistas la nación regenerada solamente podría demostrar su vitalidad mediante la agresión, la capacidad de reacción y su disposición a la guerra, la «santa guerra» de la que hablara Ernesto Giménez Caballero, y a la violencia, el sufrimiento, el martirio, la sangre. La guerra, justa y sana, latente en la naturaleza humana, fenómeno sublime, reflejo de las exigencias de los pueblos jóvenes,

²⁶ GIL ROBLES, J.M.^a: *No fue posible...*, *op. cit.*, p. 684.

²⁷ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La violencia y sus discursos», *op. cit.* Las citas, de *FE*, n. 8, 1 de marzo de 1934, p. 5.

²⁸ GALLEGÓ, F.: «El nazismo como fascismo consumado», en ÍD. (ed.): *Pensar después de Auschwitz*, Barcelona, El Viejo Topo, 2004, pp. 11-102.

²⁹ Ver, entre otros, THOMPSON, D.: *State control in fascist Italy: culture and conformity, 1925-43*, Manchester, Manchester University Press, 1991.

era el privilegio de unas pocas generaciones³⁰. La inmolación de los «mejores» entre ellos llenó los martirologios de los regímenes y movimientos fascistas, con la salvedad evidente de que fue en España donde se acumularon los volúmenes más gruesos³¹. Precisamente el más importante de esos *mártires*, el líder fascista José Antonio Primo de Rivera, había anticipado y anunciado la noción triunfante de la comunidad fascista como pueblo en armas contra el enemigo, como pueblo elegido, como unidad de destino en lo universal. Un pueblo, una comunidad nacional que habría de fundar parte de su fuerza constructiva en la separación protectora y en la explotación común de sus propios enemigos internos, sus *venidos*.

A juzgar por los análisis de Mosse, Gentile y otros, la relación entre cultura de guerra y construcción de la ideología fascista es inmediata³². Otro tanto ocurre al analizar las bases históricas del fascismo español. La muerte, el culto a los caídos y la exaltación de la violencia fueron elementos fundamentales en la cultura política fascista española, que originalmente fueron la falangista y la jonsista, en ese tiempo en que la gloria de Falange «la iban cantando el plomo y la sangre por la tierra de los vientos de España»³³. Paradójicamente, y a pesar de la centralidad de la violencia en los procesos de fascistización, la reiterada exclusión de España de la familia fascista suele venir justificada por la contextualización del origen de la dictadura franquista en el marco de una guerra civil. Sin embargo, precisamente el contexto bélico es el que favoreció el nacimiento del fascismo en España, en el contexto de una toma armada del poder que tuvo en la práctica de la violencia su fenómeno más destacado, aunque no el único. Entre otras cuestiones de suma importancia, Salvador de Madariaga observaba el proceso de fascistización de los *nacionales*: «1936 tenía muy poco que ver con el fascismo», pero el nombramiento de Franco era el síntoma de la «evolución que iba a transformar gradualmente un movimiento militar de pura estirpe española en un movimiento fascista de inspiración extranjera»³⁴.

La preeminencia de Falange y la impregnación del fascismo como cultura política central en el conglomerado ideológico y político sublevado se comprende solamente desde su predisposición, en palabras de Ferran Gallego, a matar y a

30 ZUNINO, P.G.: *L'ideologia del fascismo. Miti, credeze e valori nella stabilizzazione del regime*, Bologna, Il Mulino, 1995, p. 355.

31 Sobre los martirologios fascistas, FALASCA-ZAMPONI, S.: *Fascist spectacle. The aesthetics of power in Mussolini's Italy*, University of California Press, 1997.

32 MOSSE, G.L.: *Toward the final solution. A history of European racism*, Londres, J.M. Dent & Sons LTD., 1978. ÍD.: *Le guerre mondiali. Dalla tragedia al mito dei caduti*, Roma y Bari, Laterza, 1990. Entre los numerosos trabajos de Gentile, GENTILE, E.: *Fascismo. Storia e interpretazione*, Roma y Bari, Laterza, 2002.

33 XIMÉNEZ DE SANDOVAL, F.: *José Antonio, biografía apasionada*, Barcelona, Editorial Juventud, 1941, p. 185.

34 MADARIAGA, S. de: *España. Ensayo de historia contemporánea*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979 [eds. desde 1929], p. 415.

morir: en base, por tanto, a una determinada cultura política violenta, que facilitaría la conquista del poder local, la toma armada del poder. La participación de las milicias de Falange (y, en sus territorios de influencia, la Comunión Tradicionalista) en el ejército sublevado fue, desde el principio de la movilización, más que significativa, pues dotaría a los sublevados de una fuerza voluntaria de primer orden e influencia política en todos los sentidos. La explosión de 1936 supuso así la radicalización de experiencias previas (tan radicalizada que podría hasta hablarse de *ruptura*), sumada a una gigantesca multiplicación de sujetos (y de objetos) de violencia³⁵. Como recordaría Hedilla, al finalizar 1936 «dirigía una fuerza de vanguardia de 80.000 voluntarios, encuadrados de las Banderas de FE de las JONS, con uniformes, intendencia y servicios propios (...) Además estaba la Segunda Línea, con más de 100.000 hombres armados»³⁶.



Valladolid, 19 de julio de 1936

LIMPIANDO ESPAÑA

Al lado pues (o incluso *por encima*, en términos de importancia) de la experiencia del combate y la trinchera, equiparable por otro lado a la experiencia prefascista de italianos y alemanes en la Gran Guerra, estuvo la participación civil en las tareas de limpieza política en la retaguardia. El terror sobrepasó el rango de metáfora del fascismo para convertirse en su esencia, en su versión más pura y perfecta. En ese contexto, el teórico modelo de coacción fascista, el de la recuperación, regeneración y asimilación del *rojo*, del que Falange había hecho gala durante años, saltaría por los aires junto con el golpe de Estado y las nuevas oportunidades que éste ofrecería. Lo reconocería hasta el mismo José María Fon-

³⁵ Magníficamente estudiada para el carlismo, en el contexto de 1936 por UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

³⁶ JEREZ, J.L. (comp.): *La falange del silencio. Escritos, discursos y declaraciones del II Jefe Nacional de la Falange*, Madrid, Barbarroja, s.r., p. 237.

tana Tarrats, jefe provincial de Tarragona: esa tasa de «represión» haría, en su opinión, que en el aspecto de la integración del disidente «la fascistización del régimen fue casi inexistente». La duración de la violencia impediría, así, su imbricación en un proyecto superior de integración y construcción de comunidad nacional. Según el *Almanaque de la Primera Guardia* de Pemartín, «entrar a formar parte de la Falange de la Sangre significaba presentarse voluntario para lo que fuese, es decir, disposición total para la acción directa»³⁷. Y esa acción directa, en julio de 1936, no era sino la incorporación al frente o la participación en la limpieza política de las retaguardias. En Montijo, los responsables máximos de los 150 asesinatos, «los que dieron las órdenes, fueron los Jefes Locales de Falange, los presidentes de las Gestoras Municipales, el Comandante de Puesto de la Guardia Civil (...) y el párroco (...), ayudados por muchos colaboradores afiliados a la Falange de Franco»³⁸. Preston certifica la presencia generalizada de falangistas en las partidas y expediciones de limpieza y castigo de la retaguardia rebelde: sobre esto último no hay demasiadas dudas. López y Delgado evidenciaron que, en la provincia de Salamanca, la represión inicial «no fue llevada a cabo directamente por el ejército, sino por la Guardia Civil y piquetes de voluntarios» falangistas y católicos, autorizados por los militares y los poderes políticos, judiciales o administrativos. En Teruel la identidad de los verdugos como «falangistas, requetés y guardias civiles» es constantemente resaltada. Y con las reservas lógicas derivadas de un proceso complejo y heterogéneo, lo cierto es que la presencia falangista no solo en la justificación de la violencia e identificación de sus víctimas, sino también en su ejecución directa, está sobradamente demostrada³⁹. Para Payne, siguiendo a A.D. Martín *Prieto* (sic, por Rubio), su responsabilidad no sería «tan grande como se alega frecuentemente», sino que sería cosa militar. «Al parecer» —aventura— «es correcto que los falangistas —en parte simplemente debido a su gran número— jugaron este papel con mayor extensión que cualquier otro grupo político, pero frecuentemente lo hicieron como si fueran policías o verdugos al servicio de los militares más que como agentes independientes, por cuenta propia»⁴⁰.

La implicación en la violencia también ha sido destacada por autores como Joan María Thomàs: «El fusilamiento de prisioneros, los ‘paseos’ y las ‘sacas’ de presos de las cárceles (...) fueron moneda corriente en los primeros tiempos de guerra y los camisas azules de Falange, que ya era la milicia más numerosa en muchas provin-

37 Cit. en PAREJO, J.A.: *Señoritos, jornaleros y falangistas*, Sevilla, Bosque de palabras, 2008, p. 62.

38 MOLANO, J.C.: «La Falange en Montijo (1939-1945)», en GONZÁLEZ, J.R. y AGUADO, R. (coords.): *Extremadura durante el primer franquismo (1939-1959)*, Badajoz, Diputación de Badajoz, 2010, pp. 77-88.

39 LÓPEZ, S. Y DELGADO, S.: «Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la guerra civil», en ROBLEDO, R. (ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 99-187, cfr. p. 142. PRADA, J.: *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*, Madrid, Alianza, 2010, pp. 132-146.

40 PAYNE, S.G.: *Franco y José Antonio...*, op. cit., 390

cias, fueron coprotagonistas o protagonistas en muchos casos». Era, sin duda, una minoría destacada. La carta anónima desvelada por el autor, escrita por un falangista zaragozano a sus jefes, es muy explícita en este sentido: los fusilamientos «los hacen y ordenan, independientemente, el Servicio de Información de Falange Española, la Jefatura de Policía y la Guardia Civil», siendo Falange «la que más se ha distinguido en esa labor, ganándose los odios y la impopularidad y haciendo que su presencia produzca terror y no amor, como sus admirables doctrinas aconsejan»⁴¹. La alocución radiada de Hedilla en la Nochebuena de 1936 sería, en ese sentido, sintomática de lo que de hecho estaba ocurriendo, al apelar a que se sembrase el «amor por los pueblos donde paséis», limitando la depuración a «jefes cabecillas y asesinos». Unos meses antes, en septiembre de 1936, ya había recordado que solamente había que cumplir las órdenes dictadas, y que había que «evitar que sobre la Falange se eche una fama sangrienta, que pueda perjudicarnos para el porvenir», que nadie saciase odios personales, castigase o humillase «a quienes, por hambre o desesperación, haya votado a los rojos». Hedilla prohibió, con cuestionable éxito, a los falangistas a través de jefes provinciales como Arcadio Carrasco en Badajoz o José Moreno en Vascongadas y Navarra que participasen en las tareas represivas tanto clandestinas como legales para evitar «víctimas inocentes en la retaguardia de nuestras líneas»⁴². Pero para entonces, «la falange joseantoniana había perdido su pureza por involucrarse en esas tareas de manera francamente atroz»⁴³.



Venciendo al ogro.

⁴¹ THOMÀS, J. M.: *Lo que fue...*, op. cit., pp. 95 y ss.

⁴² THOMÀS, J. M.: *La Falange de Franco...*, op. cit.

⁴³ PENELLA, M.: *La Falange Teórica. De José Antonio Primo de Rivera a Dionisio Ridruejo*, Barcelona, Planeta, 2006, pp. 354 y ss.

De las cerca de 66.000 víctimas civiles computadas en toda la guerra para las provincias donde triunfó el golpe militar, unas 52.800 fueron asesinadas en los meses del golpe y la guerra de columnas, los más caracterizados por la limpieza política, con una sobradamente demostrada presencia falangista entre los victimarios. No hay historiografía que ponga paños calientes sobre esta cuestión. Thomàs rescata un largo testimonio, del jefe provincial accidental de Barcelona primero y de Girona después, Carlos Trías Beltrán, en el que reconocía que «al entrar en las capitales, especialmente, debía haberse dado una impresión de extrema severidad, ejecutar sumariamente y en plazo brevísimo a gran número de delincuentes, empleando para ello los datos que ya se poseían (...) empleando para obtener tales declaraciones los procedimientos que fueren, por muy violentos y contundentes que resultasen». En 1939, dieciocho personas fueron asesinadas por los falangistas de la Ribera Baixa valenciana; la quema de pajares, como mecanismo desestabilizador o como castigo, sería otra de sus actividades⁴⁴. La fascistización incluía además el adoctrinamiento y la impregnación de la cultura fascista también sobre la parte *aprovechable* del enemigo. Una circular de mayo de 1938, citada por Lazo, del Delegado Provincial sevillano de Información e Investigación era explícita: ningún temor habían de tener quienes, pese a haber militado en «partidos u organizaciones izquierdistas», hubiesen «cambiado de ideas y se hayan adherido con entusiasmo a la Santa Cruzada»⁴⁵. Retórica de integración, aneja y posterior a la de la limpieza política de la retaguardia, que necesitaban tanto la una como la otra de un complejo entramado de delación e información en cuya cúspide estaba FET: esa sería una tensión interna que no abandonaría a Falange jamás en el uso de la violencia y la represión, aparentemente contradictoria con la retórica integradora. Sí, pero de «la masa roja que no se destruyese», como diría en abril de 1940 Serrano Suñer⁴⁶. Masa roja que estaría esperando en esos laboratorios de la Nueva España que fueron las cárceles y los campos de concentración, en los que la propaganda directa e indirecta y los programas de «conferencias patrióticas», ideadas por la Jefatura de Propaganda en los Frentes del Partido Único plantearía series de charlas de «educación moral y social» entre cuyos temas estaban los

Errores del marxismo-lucha de clases; criminalidad imperante antes del 18 de julio; los fines del judaísmo, la masonería y el marxismo; por qué nuestro Ejército toma la labor de salvar la patria; la destrucción de nuestro patrimonio artístico (...) la subordinación y esclavitud de los políticos del Frente Popular a las organizaciones internacionales; lo que es el credo de nuestro Movimiento: los 26 puntos de FET-JONS; la labor de Auxilio Social; lo que es y se propone desenvolver el sindicato

44 TORRES, R.C.: *Camp i política. La Falange en una comunitat rural valenciana (la ribera Baixa)*, València, Afers, 2005, pp. 31-33.

45 LAZO, A.: *Retrato del fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1988, p. 35.

46 Cit. en MOLINERO, C.: *La captación...*, op. cit., p. 24.

vertical (...) el error en que han vivido a través de las mentiras de la prensa roja; el trato que se les da a los prisioneros y la falta de verdad en que incurrieron los que decían que se asesinaba a todos los que caían en nuestro campo (...) el orgullo de saberse fuertes y potentes por el hecho de ser españoles y solamente españoles; el concepto de unidad de la Patria.

Junto con la doble misión de limpieza y recuperación estaba, además, la cuestión de la vigilancia ejercida por los cuadros falangistas, a cuya labor de coordinación se consagraría en 1937 toda una Delegación Nacional, la de Información e Investigación. La efectividad de esa «policía del partido»⁴⁷ ha sido puesta de relieve en varias monografías locales y regionales, pese a que su preeminencia estuviese matizada por la competencia con el Ejército. Desguazado el orden liberal y garantista, la violencia era el vehículo de comunicación preferente para toda situación: también, recuerda Parejo, contra el Requeté, contra la oligarquía o contra la población, en el momento de las cuestaciones económicas. La denuncia marcaba el camino para relacionarse con el poder local. Y los denunciantes podrían presentarse ante la Guardia Civil o la comandancia militar, pero muchos lo hacían ante Falange. Lo hacían «por dos razones: una, porque se preocuparon desde el primer instante de que aquello fuese posible y, la otra, porque organizaron, además, un concienzudo aparato de espionaje y vigilancia»⁴⁸. En el terreno de la legislación represiva, la fascistización, entendida como proyecto en el que la comunidad nacional se elevase a rango de precepto y Falange dominase los resortes punitivos, fue sin embargo solamente parcial. El ministerio del Conde de Rodezno coincidió con la Delegación Nacional de Justicia y Derecho de Antonio Luna, quien elevaría diferentes anteproyectos legislativos en esa dirección, siempre rechazados, como ha estudiado Mónica Lanero. En el tiempo de elaboración de la Ley de Responsabilidades políticas FET no logró su control, pero sí, con el apoyo de Franco, su composición mixta: con un representante del Ejército como presidente, la carrera judicial y el falangismo conformarían las vocalías nacional y provincial de los tribunales de responsabilidades políticas⁴⁹. La red de informantes de Falange no devino, en fin, en una policía política dependiente del partido, y más tras la Ley de Reorganización de los Servicios de Policía de marzo de 1941⁵⁰, pese a que las cuestiones de orden público y su reforzamiento instasen a ello: Información e Investigación, pero no Intervención.

La violencia, una «violencia filosófica, finalista, que fue concebida para ser exhibida en cualquier lugar y en cualquier instante» y su ejercicio directo no fue,

⁴⁷ CHUECA, R.: *El fascismo...*, *op. cit.*, p. 247.

⁴⁸ PAREJO, J.A.: *Las piezas...*, *op. cit.*, p. 313.

⁴⁹ LANERO, M.: *Una milicia de la justicia. La política judicial del franquismo (1936-1945)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1996.

⁵⁰ SANZ, D.: *La implantación del franquismo en Alicante, El papel del Gobierno Civil (1939-1946)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1999.

evidentemente, el único recurso del falangismo, ni su experiencia la única que explica la impregnación de la cultura fascista en la retaguardia sublevada. Como recuerda Parejo «la represión ejercida por los camisas azules no fue, ni mucho menos, el único sostén de ese poder omnipresente que FE de las JONS llegó a alcanzar en los pueblos andaluces». ¿Qué explica, por tanto, el poder de Falange cuando «nadie, ninguna autoridad, le facilitó esa preponderancia que la convirtió en el partido político más importante e influyente de cuantos colaboraban con los insurgentes»⁵¹? Volvamos a julio de 1936 y a la fotografía de la madrugada vallisoletana: en primer lugar, su capacidad de atracción, seguramente mucho más importante en términos cualitativos que cuantitativos. En segundo, y como ya se ha señalado, su disposición para matar y morir en los frentes y las retaguardias, para empuñar las armas, para hacerse con el control y el dominio. Y en tercero, por tanto, el contexto de toma armada del poder: de guerra civil. Parafraseando a Kaminsky, todo fascismo, o proyecto de fascismo, no es sino una pirámide de fascistas: Falange se presentó como la principal fuerza civil, aglutinadora de voluntades y dispuesta a las órdenes de los militares sublevados, quienes reconocieron en ella al brazo armado de la contrarrevolución, a los que vencerían al ogro y limpiarían España. Y, en el proceso de fascistización de la retaguardia, se consolidó como un partido de masas, la primera línea del fascismo *realmente existente*, la condición *sine qua non* para la participación desde la esfera civil, o como integradora de la militar, en el poder.

¿Fue una violencia «al servicio de un proyecto reaccionario que tenía como objetivo fundamentar el restablecimiento del orden social tradicional en todas sus



Limpiando España

⁵¹ PAREJO, J.A.: *Las piezas...*, op. cit., pp. 158-159.

formas»⁵² No parece que el único proyecto de los sublevados fuese reaccionario ni restauracionista, sino que aspiraba, más que a un orden tradicional, a un nuevo orden que incorporase lo tradicional. Pese a que muchos años después Dionisio Ridruejo declarase su repulsión, por motivos personales y políticos, hacia la violencia «directa de aquellos meses y la que vino después»⁵³, en tiempo de guerra había reclamado la síntesis violenta de defensa de la tradición y, a la vez, transformación de la sociedad. Para Pedro Laín, «sin caer en derivaciones pseudoreligiosas», esa violencia tendría el «valor cristiano de la violencia justa, y exige una acción violenta al servicio de la justicia nacional»⁵⁴.

Defender ese sentido cristiano de la violencia justa no era incoherente con el discurso y la praxis falangistas, más bien al contrario: en tanto que guerreros y teólogos, las fronteras entre la construcción violenta de la sociedad fascista y su definición como católica no eran tan nítidas. Al menos, no para el Pemartín que aseguraba que España era fascista con un avance de cuatro siglos sobre Italia o Alemania, que no habían inventado nada pues solo en España podría tener un sentido absoluto la máxima de que el fascismo era una concepción religiosa⁵⁵. De todos los miembros del grupo de Acción Española, Pemartín simbolizaría como ninguno el tránsito hacia el caudillaje totalitario⁵⁶, basado en la experiencia fundadora de la guerra: «En una época de tremenda crisis, encarnando la Voluntad de Dios, [Franco] salva a un país —España—, a una civilización —Europa—, a la misma Obra de Dios en la tierra —la Cristiandad»⁵⁷. Defender a los católicos frente a la violencia sería, de hecho, una base fundamental de legitimidad que equilibraría y daría contenido al Alzamiento. «No podemos olvidar —señalaría en 1939 Eloy Montero— que acabamos de realizar una Cruzada y que el nuevo Estado es fruto de esa Cruzada misma; que con sus Crucifijos, medallas y escapularios sobre el pecho fueron al campo nuestros soldados; que ha habido millares de mártires, víctimas de la horda por profesar su fe, y que falangistas, requetés y soldados dieron su vida en las trincheras por Dios y por España»⁵⁸. Y a ello se empeñaría

52 CENARRO, Á.: «Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del 'Nuevo Estado'», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 5-22, cfr. p. 13

53 RIDRUEJO, D.: *Escrito en España*, Madrid, G. del Toro, 1976, p. 119.

54 LAÍN ENTRALGO, P.: *Los valores morales del nacional-sindicalismo*, Madrid, Editora Nacional, 1941.

55 Cit. en RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia...*, op. cit., p. 348. PEMARTÍN, J.: *Los orígenes del Movimiento*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938. El tema del catolicismo falangista, en GALLEGO, F.: *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo*, Madrid, Península, 2013.

56 MORODO, R.: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza, 1985, p. 183

57 PEMARTÍN, J.: *Qué es 'lo nuevo': consideraciones sobre el momento español presente*, Sevilla, Cultura Española, 1937, p. 89. TELLO, J.Á.: *Ideología y política. La Iglesia Católica española (1936-1959)*, Zaragoza, Pórtico, 1984.

58 MONTERO, E.: *Los Estados modernos y la nueva España*, Vitoria, Montepío Diocesano, 1939, pp. 247-304, cit. en GALLEGO, F.: *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo*, Madrid, Península, 2013.

la brutal oleada de violencia de 1936, destinada a la eliminación, reeducación y regeneración de parte de la sociedad.

Tanto en el frente como en la retaguardia, la experiencia de guerra contribuyó a la forja de esa comunidad nacional fuerte, la de la Victoria, la «verdadera comunidad nacional» reclamada por Ridruejo⁵⁹, donde la muerte de los mejores se convertía en sacrificio por la Patria, esta a su vez se erigía en valor supremo, y la valentía, el arrojo, el dolor y el sufrimiento se conceptuaban como elementos centrales en la cultura y sus repertorios políticos⁶⁰. No de otra manera se entiende la explosión narrativa que, en forma de literatura de la Cruzada, tuvo lugar en la España sublevada de guerra y posguerra⁶¹. Para ello, y de modo coherente con la doble dimensión de ruptura y aceleración histórica propia del fascismo, en la España de Franco la Guerra Civil se elevó a causa sagrada, a Santa Guerra Civil, en palabras de *Gecé*. La asimilación, de naturaleza fascista, del pueblo como nación renacida tras la eliminación regenerativa del miembro enfermo necesitaría, en



59 MORENTE, F.: *Dionisio Ridruejo...*, op. cit., p. 223.

60 COBO, F. y ORTEGA, M.T.: «Muerte purificadora y regeneración patria. La visión sublimada de la guerra civil y la legitimación de la violencia desde la España nacionalista, 1936-1939», en NICOLÁS, E. y GONZÁLEZ, J. (eds.): *Ayer en discusión. Temas clave de la historia contemporánea hoy* [recurso electrónico], Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2008. También SAZ, I.: «Religión política y religión católica en el fascismo español», en BOYD, C.P. (ed.): *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 33-55, y COBO, F.: «El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras», *Ayer*, 71 (2008), pp. 117-151.

61 RODRIGO, J.: *Cruzadas de la memoria. La guerra civil en sus relatos*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2012.

consecuencia, unas narrativas encaminadas a definir el *nosotros* frente a un *ellos* estereotipado, que pudiese contribuir al odio o, al menos, a la falta de empatía hacia las víctimas de una violencia desbordada en toda la España de Franco: la anti-España, soviética y de los intelectuales, era el cáncer destructor de la verdadera nación, y era urgente «practicar una extirpación a fondo de nuestros enemigos»⁶².

Esta percepción denigratoria, esta *construcción odiosa* del enemigo tuvo en el fascismo y en los fascistas a sus entusiastas cantores. Francisco Lacruz describiría a los revolucionarios barceloneses como «seres infrahumanos llenos de taras psicopáticas». Agustín de Foxá en su *Madrid de corte a checa*, al evidenciar la distancia metafórica que se ponía de manifiesto con la supuesta ocupación del centro de la capital y de su zona noble por las «masas revueltas», la «hez de los fracasados, los torpes, los enfermos, los feos». Como se leía en *La Nueva España* del 4 de julio de 1937, «necesita la Nueva España de una política racial que engrandezca los biotipos de buena calidad, para que no quede subyugada la raza a la masa de inferiores»⁶³. La evocación de un mundo enemigo, parasitario, sin escrúpulos y sin límites a la violencia construiría, de tal modo, una imagen de un sujeto colectivo, el rojo, el bolchevique, ficticia e imaginaria pero necesaria para la experimentación de la realidad «en la apariencia de ese contramundo»⁶⁴.

Era pues central, en el terreno simbólico, la construcción de una cultura en la cual la exclusividad de la atrocidad recaía en manos enemigas y la santidad del martirio, en la de los caídos por Dios y por España⁶⁵. Para José María Fontana, las hordas barcelonesas estarían compuestas por «seres armados de aspecto patibulario» cumpliendo «servicios»: robar y asaltar mujeres, matar «entre bromas, como un conejo en día de jolgorio cinegético», organizar el «terrible, destrozado y sangrante banquete de la cultura antifascista»⁶⁶. En Madrid, mientras tanto, rugía la «bestia apocalíptica» inundándolo todo «con su baba inmundada», con su «tufillo» marxista, de

62 ERGUÍA RUIZ, C.: *Los causantes de la tragedia española*, Ed. Difusión, 1938. También SUÑÉN, E.: *Los intelectuales y la tragedia española*, San Sebastián, Editorial Española, 1938.

63 Cit. en SUÁREZ CORTINA, M.: *El Fascismo...*, op. cit., pp. 90-91.

64 WINCKLER, L.: *La función social del lenguaje fascista*, Barcelona, Ariel, 1979 [1970], p. 119. Sobre las imágenes del enemigo y sus empleos, NÚÑEZ SEIXAS, X.M. (2006): «Nations in arms against the invader: on nationalist discourses during the Spanish civil war», en EALHAM, C. y RICHARDS, M. (eds.): *The splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 45-67, e ÍD.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006. Sobre la construcción de la imagen del enemigo en la retaguardia sublevada, SEVILLANO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007.

65 GARCÍA, H.: «Relatos para una guerra: terror rojo, testimonio y literatura en la España nacional, 1936-1939», en RODRIGO, J. (coord.): *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*, *Ayer*, 79 (2009), pp. 143-176

66 FONTANA, J.M.^a: *Los catalanes en la guerra de España*, Madrid, Samarán, 1951, pp. 187, 96 y 99.

«mujerzuelas y masones, escoria de la carne y del espíritu»⁶⁷. Un tufo reconocible: era posible distinguir, según el periodista granadino Julio Moreno Dávila, «a un marxista y aun seguir su rastro con un olfato poco ejercitado»⁶⁸. El artículo dedicado al mes de julio por Agustín de Foxá en el número 17 de *Vértice* abunda en esta línea, rezumando tanto asco por los extranjeros de las Brigadas Internacionales («toda la hez de los puertos mediterráneos, de las razas infectas, apenas erguidas de la animalidad, negros, chinos soviéticos, indios mejicanos, el detritus de los barrios chinos desde Liverpool a Marsella») como por la «chusma» española, los «milicianos entristecidos» de «literatura pornográfica a treinta céntimos». «Los poceros, los que recogen la basura, los limpiabotas, los chóferes de taxis, asesinaron a los oficiales —honor y fe— en el Cuartel de la Montaña. Nos salvó entonces el campo y las provincias»⁶⁹.

Mostrar al enemigo como una turba sucia, maloliente y degenerada, una masa informe, violenta y aprovechada, una «plebe exaltada», fue un elemento común de buena parte de los libros que, publicados en Burgos, Valladolid, Sevilla o Zaragoza, describían ese otro mundo: el Madrid «terrible de odio», rojo, bajo el terror o bajo las hordas⁷⁰; la Barcelona de la tragedia roja⁷¹. Toda la literatura denigratoria del enemigo, de Borrás a Foxá, de Panés a Arrarás, parte de iguales premisas y traza similares descripciones. Barbarie, asesinatos, tiorras, enfermedad, Rusia: las enfrentadas en la guerra fueron identidades totalizantes para una guerra total: occidente contra oriente, España contra el invasor, España contra la anti-España. Era el gran día, diría Foxá, de la revancha de los débiles contra los fuertes, de los enfermos contra los sanos, de los brutos contra los listos. Cuando Félix Ros, escritor falangista detenido en Barcelona, describa a los guardianes de su cautiverio en la checa de Vallmajor, lo hará en términos muy gráficos y explícitos de degeneración, degradación y enfermedad, pero siempre con un trasfondo moral: la enfermedad y la degradación no eran elementos ajenos sino el resultado de acciones y voluntades. Los *rojos* de la checa eran seres supurantes, malolientes, sarnosos, llenos de enferme-

67 CODORNIE, R.: *Madrid bajo el marxismo (estampas)*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1939, p. 25, cit. en DEL ARCO, M.Á.: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007, p. 50.

68 Cit. en HERNÁNDEZ BURGOS, C.: *Granada azul. La construcción de la «Cultura de la Victoria» en el primer franquismo*, Granada, Comares, 2011, p. 93.

69 Cit. en ALBERT, M., ed.: *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Iberoamericana, 2011, p. 175.

70 SANABRIA, F.: *Madrid bajo las bordas (Vía Dolorosa de la Capital de España)*, Ávila, Shade, 1938. Puig, 1937. FERNÁNDEZ ARIAS, A. (1937): *Madrid bajo el terror, 1936-1937. (Impresiones de un evadido, que estuvo a punto de ser fusilado)*, Zaragoza, Librería General, 1937 e ÍD: *La agonía de Madrid, 1936-1937. (Diario de un superviviente)*, Zaragoza, Librería General, 1938. FONTERIZ, L.: *Seis meses bajo el terror rojo en Madrid*, Ávila, Senén Martín Díaz, 1937. FORONDA, A.: *Nueve meses con los rojos en Madrid*, Ávila, Imprenta Católica Sigirano Díaz, 1937. COSSÍO, F. de: *Guerra de salvación: del frente de Madrid al de Vizcaya*, Valladolid, Librería Santarén, 1937. BERDIÓN, A.: *Madrid en tinieblas: siluetas de la revolución*, Salamanca, Imprenta Comercial Salmantina, 1937. MIQUELARENA, J.: *Cómo fui ejecutado en Madrid*, Ávila, Imprenta Católica Sigirano Díaz, 1937.

71 BORRÁS, T.: *Cbecas de Madrid*, Cádiz, reed. en Editora Nacional, Madrid, 1939, p. 28.

dades venéreas, leprosos, sífilíticos, tracomáticos, sádicos, tuberculosos, paraepilépticos, afectados de ginecomastia, hematúricos —según Ros, orinar sangre era una «especie de blasón común a todos los agentes del SIM»—, sarnosos⁷². Enfermedades todas ellas de naturaleza específica: no es que solamente los rojos las tuvieran, es que solo ellos *podían* tenerlas. Y el porqué solamente podía explicarse en términos de determinismo y predisposición que, evidentemente, debían por fuerza retrotraerse a momentos anteriores y, como es de sobra conocido, especialmente a la República. Pero esa patologización de la conducta enemiga atravesó las letras de cuantos explicaron su guerra a su presente y su futuro. Se auguraba, sin ir más lejos, el Cardenal Gomá, prologando al año y medio de la «terrible contienda» y el «Movimiento Nacional» la *Guerra Santa* de Castro Albarrán, que no permitiese Dios, «que hizo sanables a las naciones», que «después de haber sajado el bisturí hasta la entraña viva de España, se infeccione la herida por falta de asepsia —¡son tantos los microbios del ambiente!—»⁷³. La Cruzada como remedio: enfermedad, bisturí, y sanación; pecado, castigo y redención.

Frente a los *rojos*, frente a ese *ellos* estereotipado se situarían los héroes, los victoriosos, los puros. Los muertos, claro está, pero también los vivos, y entre estos últimos, los supervivientes: la literatura de guerra escrita por huidos de la *zona roja*, supervivientes a cautiverios extremos, a checas inhumanas o a torturas execrables se hizo, en buena lógica, habitual y casi un género propio ya desde la misma contienda bélica⁷⁴. La condición de víctima, de hecho, se convirtió en la retaguardia sublevada en enseña y factor de superioridad moral, política y social. Eran los «mejores» en una España de «buenos de verdad»⁷⁵. En las fotografías de Barcelona en 1939, tras la entrada de las tropas franquistas, los gestos y los rostros revelan la adhesión, una identidad forjada en el sufrimiento, el aguante, la resistencia, que no deja de ser real por apoyarse, como sabemos, sobre otros rostros de sufrimiento: los de cuantos *sufrieron* la fascistización por la violencia, el asesinato, la depuración, el internamiento y la reeducación. La gestión de esa Victoria situaría a los fascistas a este, y no el otro (como muchos habían estado o podido estar), lado del bisturí.

72 ROS, F.: *Preventorio D. Ocho meses en la cheka*, Barcelona, Yunque, 1939, pp. 39-45.

73 CASTRO ALBARRÁN, A.: *Guerra Santa: el sentido católico del Movimiento Nacional español*, Burgos, Editorial Española, 1938, p. 10.

74 GARCÍA ALONSO, F.: *Mis dos meses de prisión en Málaga*, Sevilla, Tipografía de M. Carmona, 1936. RODRÍGUEZ DEL CASTILLO, J.: *Vida y muerte en las cárceles rojas*, Tudela, Imprenta Católica Larrad, 1938. MAZORRA SEPTIEN, J.J.: *57 Semanas de angustia. Trozos de las memorias de un Caballero de España sobre episodios de la revolución roja de 1936, en la Montaña*, Santander, Imp. Casa Maestro, 1937. GRAÑA, M.: *Cómo escapé de los rojos*, Burgos, Rayfe, 1938.

75 OLMEDO, F. (1938): *El sentido de la guerra española*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1938, p. 25



Yagüe en Barcelona, enero de 1939. Arxiu Fotogràfic de Barcelona.



Festa Major de Sarrià, Barcelona, 1939. Arxiu Fotogràfic de Barcelona.

En esa comunidad de trinchera y represión, de sufrimiento y martirologio, de dolor, echarían raíces los estratos más profundos de la identidad de la Victoria sobre la que se sustentó la Nueva España. No puede considerarse casual pues que la violencia nutriese unas culturas de guerra (en tiempo de paz o de conflicto) específica y reconociblemente fascistas: hechas de culto a los caídos, culto al liderazgo y culto a la muerte. La continuidad en la cultura política falangista de la adhesión al 18 de julio, la reproducción de sus valores y la fidelidad a los mismos, sin ser homogénea ni monolítica, fue cuanto menos significativa. Los falangistas de posguerra y del primer franquismo, la mayoría combatientes forzosos o voluntarios, y después los hermanos menores, los hijos de los combatientes, la generación del SEU y del Frente de Juventudes se formaron en unos valores políticos atravesados de categorías como

violencia, disciplina, autoridad, camaradería, las propias del fascismo, en las que las experiencias fundacionales (sobre todo, la toma armada del poder: la guerra) y sus correlatos narrativos se situaron en el eje gravitacional.

Evidentemente las consignas e ideas de principios de los Treinta, directamente ligadas a sus contextos políticos y culturales, no tienen por qué tener una traslación directa, coherente y mecánica a contextos como los de la toma armada del poder, la gestión de la victoria o la desfascistización. No puede pensarse que las consignas proviolencia de Ramiro Ledesma u Onésimo Redondo sirviesen de manera mecánica para explicar los mecanismos de toma y, sobre todo, mantenimiento de cuantos espacios de poder pudo ocupar el falangismo. Sin embargo, uno de los elementos centrales de la cultura política falangista, parte central de la cultura política fascista en España, sería precisamente la permanencia, el culto al pasado, la identificación con esos paradigmas heroicos. En tanto que comunidad de memoria, el falangismo (y sus subcomunidades mnemónicas) rendiría culto a la violencia de los años treinta, a la lucha callejera y los primeros caídos de FE, a la victoria en la Cruzada, todos ellos componentes del *ethos* fascista. La cultura política falangista sería, en ese sentido, muy conservadora, pues otorgaría validez transtemporal a los símbolos identitarios —un *Cara al Sol* o una *Oración por los muertos de Falange*— y continuidad incuestionable a los rituales que acompañarían su evolución durante más de cuarenta años, en la ratificación de un éxito poético e identitario de difícil parangón. Las prácticas, las ideas y las identidades fascistas nacidas y amalgamadas al calor de los fuegos del 36 y de la Victoria no se apagaron ni desaparecieron, al menos no en el terreno de lo cultural, con la desfascistización post'45: el español fue un fascismo no derrotado por las potencias aliadas, ni desfascistizado por las armas y la ocupación territorial. De esa manera pueden sortearse, entre otros, los problemas derivados del encapsulado del fascismo en la Europa de entreguerras y comprender así mejor sus elementos culturales e identitarios propios: esos que hicieron que, en España, la socialización política e identitaria en valores del fascismo, a través de mecanismos juveniles, femeninos, laborales o políticos, se mantuviese viva y alentada por el poder hasta muchos años después del final de la Segunda Guerra mundial y de la Guerra Civil.

El análisis de la violencia fascista y de la guerra en España es, en conclusión, una herramienta analítica útil, aunque generalmente minusvalorada, para examinar la construcción de un fascismo homologable al de su entorno. Su rasgo diferencial fue el del contexto, diferente y único, de fascistización: el de una guerra civil *vencida*, que no se repitió de manera abierta —aunque sí larvada— en otros procesos de construcción y radicalización fascista, y que determinaría el resultado final por al menos dos motivos. Primero, por la diferente velocidad impresa en un proceso de convergencia necesario para dotar de homogeneidad militar y política en el tiempo de una guerra total. Y segundo, por el marco de posibilidades nuevo que propició para el ejercicio de la violencia y la inclusión, la destrucción y la reconstrucción. Aparentemente, como en todos los fascismos europeos,

la naturaleza de esa violencia era en primera instancia reactiva. Pronto, sin embargo, y como los propios fascistas reconocerían en los diferentes contextos en los que actuaron, sería la guerra el marco propiciatorio para el cambio cualitativo, para la expansión de esa violencia generadora, performativa y sanadora en el tiempo de su auge, perfeccionamiento y mundialización: los finales de la década de los 30 y principios de los 40, tiempo de la fascistización de España, Rumania⁷⁶, Croacia o Francia, y de radicalización de los dos fascismos más atrayentes e influyentes, pero no los más duraderos, de cuantos tuvieron lugar en Europa: Italia⁷⁷ y Alemania⁷⁸. La virtual desaparición en los análisis generales del fascismo de

76 SOLONARI, V.: *Purifying the Nation. Population exchange and ethnic cleansing in Nazi-allied Romania*, Washington, Woodrow Wilson Center Press y Johns Hopkins University Press, 2010. VEIGA, F.: *La mística del ultranacionalismo. Historia de la Guardia de Hierro. Rumania, 1919-1941*, Bellaterra, UAB, 1989. NAGY-TALAVERA, N.M.: *The Green Shirts and the Others. A History of Fascism in Hungary and Romania*, Iasi-Oxford-Portland, The Center for Romanian Studies, 2001. MAZOWER, M.: *El Imperio de Hitler. Ascenso y caída del Nuevo Orden Europeo*, Barcelona, Crítica, 2009 [2008], pp. 437-453.

77 COLLOTTI, E.: *Il fascismo e gli ebrei. Le leggi razziali in Italia*, Roma y Bari, Laterza, 2003. PISANTY, V.: *La Difesa della razza. Antologia 1938-1943*, Milán, Tascabili Bompiani, 2007. CASSATA, F.: «La Difesa Della razza». *Politica, ideologia e immagine del rascismo fascista*, Turín, Einaudi, 2008. FABRE, G.: *Mussolini razzista. Dal socialismo al fascismo: la formazione di un antisemita*, Milán, Garanzi, 2005. ISRAEL, G.: *Il fascismo e la razza. La scienza italiana e le politiche razziali del regime*, Bolonia, Il Mulino, 2010. GEMINARO, F.: *Fascismo e antisemitismo. Progetto razziale e ideologia totalitaria*, Roma y Bari, La-terza, 2009. Los resultados, en MATARD-BONUCCI, M.A.: *L'Italia fascista e la persecuzione degli ebrei*, Bolonia, Il Mulino, 2008. MAYDA, G.: *Storia della Deportazione dall'Italia, 1943-1945*, Turín, Bollati Boringhieri, 2002. Los campos italianos en DI SANTE, C. (ed.): *I campi di concentramento in Italia. Dall'internamento alla deportazione (1940-1945)*, Milán, Franco Angeli, 2001. ÍD. (ed.): *Italiani senza onore. I crimini in Jugoslavia e i processi negati (1941-1950)*, Verona, Ombre Corte, 2005. KERSEVAN, A.: *Lager italiani. Pulizia etnica e campi di concentramento fascisti per civili jugoslavi 1941-1943*, Roma, Nutrimenti, 2008. CAPOGRECO, C.S.: «Internamento e deportazione dei civili jugoslavi», en DI SANTE, C. (ed.): *I campi*, pp. 134-161. ÍD.: *I campi del Duce. L'internamento civile nell'Italia fascista (1940-1943)*, Turín, Einaudi, 2004. También ÍD.: *Renucci. Un campo di concentramento in riva al Tevere (1942-1943)*, Cosenza, Fondazione Ferramonti, 1998.

78 Sobre las prácticas de ocupación, KLINKHAMMER, L.: «La politica di occupazione nazista in Europa. Un tentativo di analisi strutturale», en BALDISSARA, L. y PEZZINO, P. (eds.): *Crimini e memorie di guerra. Violenze contro le popolazioni e politiche del ricordo*, Nápoles, L'Ancora del Mediterraneo, 2004, pp. 61-88. BARTOV, O.: *Murder in our Midst. The Holocaust, industrial killing, and representation*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, en especial caps. 1 y 2. Id.: *The Eastern Front, 1941-1945, German troops and the Barbarisation of Warfare*, Nueva York, Palgrave, 2001 [1985]. Sobre las prácticas de exterminio corriente, GROSS, J.T.: *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona, Crítica, 2002. BROWNING, Ch.R.: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Europa*, Barcelona, Edhasa, 2002 [1992]. RHODES, R.: *Amos de la muerte. Los SS-Einsatzgruppen y el origen del Holocausto*, Barcelona, Seix Barral, 2003 [2002]. Raphael Lemkin en su voluminoso informe *Axis rule in occupied Europe*, Washington DC, Carnegie Endowment for World Peace, 1944, fue el primero en señalar la radicalización en tiempo de guerra. NÚÑEZ SEIXAS, X.M.: *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945*, Madrid, Alianza, 2007. BARTOV, O. (ed.): *The Holocaust. Origins, implementation, aftermath*, Londres y Nueva York, Routledge, 2008 [2000]. FELDMAN, G.D. y SEIBEL, W. (eds.): *Networks of Nazi persecution. Bureaucracy, Business and the Organization of the Holocaust*, Berghen Books, Nueva York y Oxford, 2006. BROWNING, Ch.R.: *The Origins of the Final Solution. The evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Jerusalem, Yad Vashem, 2004. ALY, G.: «Jewish Resettlement». Reflections on the Political Prehistory of the Holocaust», en HERBERT, U. (ed.): *National Socialist extermination*

un régimen definido por sí mismo fascista y totalitario, en extremo violento para con la democracia, el socialismo, el comunismo o el anarquismo, de partido único definido como fascista, de sincretismo político, de saludos romanos, gobernadores territoriales a su vez jefes regionales de partido, exaltación de los caídos y culto a la violencia, de exacerbado excombatentismo, culto al líder, de proyecto identitario basado en la síntesis histórica y la palingenesia, nacido además de una guerra total y de la aplicación de una violencia definible, en los parámetros antes indicados, como fascista, denota sin embargo que tal vez algo no está haciéndose como debiera. Al menos, observando los grandes paradigmas teóricos del fascismo desde la posiblemente pequeña, poco reconocida, pero privilegiada atalaya española.

policies. Contemporary German Perspectives and Controversies, Oxford y Nueva York, Berghahn Books, 2004, pp. 53-82. ÍD.: *Final Solution: Nazi population policy and the murder of the European Jews*, Londres, Hodder Arnold, 1999. ÍD. y HEIM, S.: *Architects of Annihilation. Auschwitz and the logic of destruction*, Londres, Phoenix, 2003 [1991]. y sobre todo HILBERG, R.: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005 [1961]. Sobre otros mecanismos de eliminación y sobre el trabajo forzoso como mecanismo de regeneración y reorganización sociorracial, HERBERT, U.: *Hitler's foreign Workers. Enforced foreign Labour in Germany under the Third Reich*, Cambridge University Press, 1997. ANDREASSI, A.: «Arbeit macht frei». *El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Madrid, El Viejo Topo-Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 411-450. ALLEN, M.T.: *The Business of Genocide. The SS, Slave Labor, and the concentration camps*, Londres, The University of North Carolina Press, 2002. Sobre lo concentracionario, al clásico de ROUSSET, D.: *L'univers concentrationnaire*, París, Le Pavois, 1948 le siguieron los trabajos de KOGON, E.: *Sociología de los campos de concentración*, Madrid, Taurus, 1965 e ÍD.: *El Estado de las SS. El sistema de los campos de concentración alemanes*, Barcelona, Alba, 2005. Importante es el de KAMINSKY, A.J.: *Konzentrationslager 1896 bis Heute. Eine analyse*, Stuttgart, Kohlhammer, 1982, pero más todavía el de SOFSKY, W.: *The order of terror: the Concentration Camp*, Princeton, Princeton University Press, 1997 [1993]. Para seguir estos debates, GALLEGO, F.: «Estado racial y comunidad popular. Algunas sugerencias de la historiografía sobre el nacionalsocialismo», *Ayer*, 57 (2005), pp. 275-292 e ÍD.: «La función social del exterminio. Algunas aproximaciones de la historiografía alemana», *Ayer*, 66 (2007), pp. 269-290.

LA UNIFICACIÓN: COYUNTURA Y PROYECTO DE FUTURO¹

JOAN MARIA THOMÀS
UNIVERSIDAD ROVIRA I VIRGILI

El título de mi intervención proviene de una pequeña modificación del que me fue propuesto, —*La Unificación, coyuntura o proyecto de futuro*—, del que decidí cambiar la o por la y griega, quedando —*La Unificación, coyuntura y proyecto de futuro*—. Y es que, efectivamente, hubo elementos de **coyuntura** y elementos de **proyecto de futuro**, o **estratégicos**, en la Unificación del 19 abril de 1937, es decir, en la iniciativa política de Franco y su entorno político de proceder a la unión —a los 9 meses exactos de haberse sublevado junto con otros generales contra la República— de los dos partidos de masas actuantes en la parte de España controlada por los rebeldes, bajo la jefatura única de Franco.

Se unificó a los fascistas de Falange Española de las JONS —el partido más numeroso, el que había experimentado un crecimiento espectacular, ya desde antes pero sobre todo, después del estallido de la guerra— y a los carlistas de la Comunión Tradicionalista². Es decir, se unificó a los fascistas con su discurso presuntamente revolucionario, su no confesionalidad, su apertura a personas de todos los orígenes ideológicos —*prefiero los antiguos marxistas arrepentidos antes a los derechistas cucos y maleados por la política y el caciquismo. Que vengan a nosotros cuantos marxistas convencidos de nuestra verdad quieran. Yo los recibiré con los brazos abiertos*³, dijo Hedilla, o, *Brazos abiertos al obrero y al campesino*⁴— pero también su práctica real (compartida, por supuesto) de grandes fusiladores de liberales, demócratas e izquierdistas... se unificó a los fascistas, digo, con los carlistas, es decir, monárquicos tradicionalistas, ultracatólicos y

¹ Este texto es una versión del que fue presentado en la primera sesión del Congreso *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco, 1937-1982* celebrado en Zaragoza los días 22, 23 y 24 de noviembre de 2011.

² THOMÀS, J. M.: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza&Janés, 1999.

³ SERNA, V. de la: «La hora confidente del Jefe. Al volante, a 120 km por hora, habla Manuel Hedilla», *El Adelanto*, 17 de enero de 1937; *Amanecer*, 19 de enero de 1937; *Imperio*, 21 enero 1937.

⁴ «A los obreros y campesinos de la España roja. Palabras pronunciadas en Radio Salamanca», *Imperio*, 29 de enero de 1937; *Amanecer*, 29 de enero de 1937.

neoabsolutistas, mucho más numerosos antes de la guerra pero que si bien habían crecido en la guerra... habían sido ya superados en número por los fascistas.

Por supuesto, los carlistas mantenían un proyecto político diferenciado del falangista y eran críticos con aquel.

Vaya pues por delante, la idea de que Franco unificó a dos organizaciones políticas con ideologías diferentes aunque compartían enemigos comunes. Y a pesar de las intenciones plasmadas en el discurso en el que se anunció dicha unión —el llamado «Discurso de la Unificación» (discurso que contenía también referencias a «Acción Española», el referente cultural principal del nacionalismo autoritario en nuestro país)— nunca se daría una síntesis completa de los componentes básicos de las ideologías «unificadas». Predominaría en el partido, aunque sufriendo diferentes mixtificaciones, el fascismo como ideología.

* * *

Pero vayamos ya a nuestro análisis de los elementos de estrategia que hubo detrás de la decisión de crear el partido único, y de hacerlo sobre el modelo fascista de Falange. Aquí debemos recalcar en primer lugar la idea de novedad ya que en el momento de la creación de FET y de las JONS el partido contó tan sólo con su líder, Franco. La creación la hizo mediante decreto, lo que le permitió, en tanto que nuevo Jefe Nacional, incautar a los dos partidos de masas para, junto con los cuadros del Ejército, crear un *totus revolutum*. Un conjunto —partido unificado— con el que:

1.º Adquiría una nueva esfera de mando, el de las fuerzas políticas... esfera que hasta ese momento se había mantenido independiente, e incluso en algunos momentos discordante.

2.º Acababa con la aparente contradicción existente en el bando rebelde, de luchar contra la democracia y contra la existencia de partidos políticos mientras persistían partidos.

3.º Daba un salto fundamental en la construcción del Nuevo Estado que venía construyendo desde el momento de su nombramiento como Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos, optando por un modelo de régimen de partido único.

4.º Ese partido único lo creaba, reproduciendo en su denominación, ideario y órganos de gobierno fundamentales los de la anterior Falange, es decir, seguía fielmente el modelo de partido fascista (Jefe Nacional, 26 de los originales «27 Puntos», Junta Política, Consejo Nacional..., aunque, recalquemos, el partido era *nuevo*).

Y 5.º Tengamos en cuenta que había también en Franco, junto a la intención de no repetir un régimen como la Dictadura acabada hacía 6 años, *la voluntad de construir un Estado autoritario y antidemocrático y un deseo genérico de jus-*

ticia social, de mejora de la situación de las clases subalternas, de creación de un nuevo Estado con capacidad para integrar lo que denominaba «el elemento obrero»⁵. Todo ello le inclinaba más hacia el modelo fascista que hacia uno carlista propugnador de una monarquía que le parecía a Franco falta de raíz popular y exclusiva de las clases privilegiadas⁶.

Pero no sólo era cosa de crear un partido único, sino voluntad e intención de crear un Régimen de partido único. Y al ser el partido de tipo fascista, parecía augurar la creación de un Régimen fascista. Un régimen equivalente al de los dos principales Estados aliados, la Italia fascista y la Alemania nazi.

Sin embargo, las cosas no eran lo que parecían, como se iría viendo en los siguientes cuatro años, a lo largo de los cuales se dieron no pocas tensiones internas dentro de la coalición autoritaria, tensiones en las que siempre estuvieron los falangistas, y que también se dirigieron contra Franco. Y es que hasta cuatro años después de la unificación, en 1941 y de ahí en adelante, no se llegaría a una aceptación, más o menos resignada, por los falangistas del papel del partido dentro del Estado. Y, si bien mantendrían siempre esperanzas hegemónicas y protagonizarían luchas en otros momentos, el papel del componente fascista del Régimen de Franco había quedado aceptado.

Tampoco las cosas fueron lo que habían parecido en el momento de la Unificación porque en el Régimen de Franco, aunque el líder político fue el mismo que el del partido fascista, ni actuó fundamentalmente éste como tal líder fascista ni, sobre todo, el partido único hegemonizó el poder y lo dirigió en su totalidad. Tuvo una parte del poder, una parte nada despreciable, pero una parte al fin. Y nunca el partido fascista dirigió el Estado. Y es que ni Franco había sido un líder fascista que hubiese conseguido llegar al poder, de la manera que fuese, al frente de su partido, y, una vez alcanzado había transformado el Estado, imponiéndose mediante pactos e imposiciones hasta controlarlo fundamentalmente... ni el partido fascista había sido su instrumento en todo este proceso. Bien al contrario, Franco, una vez alcanzado el poder en tanto que General rebelde, a la hora de estructurarlo, se había incautado del partido fascista, junto con el monárquico carlista, para recrearlos en una nueva organización, de carácter fascista, que convirtió en uno de los pilares —pero sólo uno de ellos— de *su* poder y *del* poder.

Todo ello nos lleva a una caracterización del Régimen más como fascistizado que propiamente fascista⁷.

⁵ Ibídem, p. 99.

⁶ TUSELL, J.: *Franco en la Guerra Civil. Una biografía política*, Barcelona, Tusquets, 1992, p. 98.

⁷ THOMÀS, J. M.: *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza&Janés, 2001.

Pero si el partido nunca dirigió la acción del Gobierno, tuvo carteras ministeriales y, fuera del Gobierno, en su espacio de intermediación entre pueblo y Gobierno, contó con áreas de poder notables y únicas. Poder del Estado que compartió con el Ejército, con representantes de la Iglesia, de los empresarios, con miembros de fuerzas políticas de la etapa anterior —monárquicos carlistas, alfonsinos, antiguos corporativistas católicos, etc.— y con otras fuerzas católicas que aparecieron posteriormente, todos ellos bajo la prefectura del dictador.

En cuanto al poder específico que tuvo FET y de las JONS en el Régimen, anotemos:

- El encuadramiento de una parte destacada de la población adicta;
- El control y encuadramiento de las clases trabajadoras a través de los sindicatos;
- El encuadramiento y socialización política de la mujer, la juventud y el estudiantado;
- El control y encuadramiento de los medios de comunicación, con una participación destacada en la legitimación del Régimen a través de estos medios;
- Una destacada colaboración en las tareas represivas;
- La asistencia social nacionalsindicalista;
- La participación en los diferentes órganos como Cortes Españolas y por supuesto en ministerios, aparte del propio de Secretaría General del Movimiento, como Agricultura, Trabajo u otros.

Sin embargo, en los cuatro años que mediaron entre 1937 y 1941, Falange pretendió convertirse en el *eje del poder*. Cuando digo Falange digo la cúpula del nuevo partido en la que, tras unas primeras semanas post-Decreto de Unificación bastante trágicas (como veremos al hablar de *coyuntura*), se integraron los supervivientes del núcleo dirigente originario falangista en la dirección del partido unificado, junto a elementos que representaban al Cuartel General de Franco y aquellos dirigentes de los carlistas que aceptaron el Decreto de fusión.

El máximo representante de Franco para los asuntos de este naciente partido, y aun de toda la política interior —y después exterior— fue Serrano Suñer, familiar suyo, que representaría el nexo entre estos *viejofalangistas* y el Caudillo en la construcción y desarrollo del partido, desarrollo que, como venimos diciendo, seguiría el modelo fascista de la anterior FE, también a la hora de la elaboración de los Estatutos.

Otra cosa sería la del Fuero del Trabajo, versión de la Carta del Lavoro fascista italiana, en la que se evidenciaría la pluralidad limitada de los órganos colegiados del partido, sin conseguir los falangistas un texto completamente inspirado en su Nacionalsindicalismo, sino otro más mixtificado, más tradicionalista y conservador.

Pero la comunidad de intereses Franco-Serrano Suñer-falangistas sería muy fecunda y durante 1939 y 1940 se aprobarían leyes fundamentales para las pretensiones totalitarias de Falange.

Serían precisamente estos avances del componente fascista dentro de la coalición autoritaria franquista los que incrementarían las tensiones dentro de ella, con los carlistas desde el principio, y pronto con sectores empresariales, con monárquicos alfonsinos y sobre todo con los cuadros del Ejército, que veían con extremado recelo los avances falangistas.

Ahora bien, existía una considerable desproporción entre la letra de las leyes totalitarizantes aprobadas en el bienio citado y la realidad de su implementación, dada la falta de medios económicos (y últimamente hemos conocido las discusiones presupuestarias y la actitud del ministro de Hacienda José Larraz al respecto). Como resultado, la frustración de la cúpula falangista (a la que se añadió la decepción por la no participación de España en la guerra mundial junto al Eje) llevaría al desafío planteado primero al propio Serrano Suñer y después a Franco, en 1941, para forzarle a conceder el poder al partido, desafío —bastante «de salón» por otra parte— que acabaría siendo resuelto por Franco con un incremento del número de carteras ministeriales en manos de falangistas... pero también con una mayor subordinación... y la asunción progresiva por Falange del papel de *parte* y no de *todo* en el Régimen.

El clímax en los enfrentamientos Falange-Ejército, junto a la frustración de los elementos radicales fascistas, lo constituirían los llamados Sucesos de Begoña del año 1942, así como el cese de Serrano Suñer, que completarían este fin de etapa y la plena asunción por Falange de su papel, nada despreciable como hemos dicho, en el Régimen.

* * *

Fijémonos seguidamente en los elementos de **coyuntura** que se dieron a la hora de decretar la Unificación. De coyuntura que además se convirtió en *oportunistismo* por parte de Franco.

En primer lugar existía cierta presión de los aliados internacionales por una mayor estructuración política del Nuevo Estado, y que éste adquiriese la forma de Régimen de partido único. Entre otros, un enviado especial de Mussolini a Franco, Farinacci, le insistió en febrero de 1937 sobre la necesidad de crear *con las fuerzas que han dado combatientes un Partido Nacional Español (...) que asuma pronto una orientación decidida hacia las clases trabajadoras*⁸.

Es sabido también que el Carlismo se encontraba dividido y que el sector menos proclive a pactos —el representado por el Jefe-Delegado de la Comuni6n,

⁸ TUSELL, J.: *op. cit.* p. 112.

Fal Conde— se encontraba desde el mes de diciembre de 1936 debilitado por el mismo exilio de Fal en Portugal, exilio de hecho ordenado por Franco. En cambio, la Junta de Navarra, la más proclive a entendimientos con fuerzas afines frente a la «intransigencia» falcondista, estaba reforzada.

Por su parte, Falange, tras perder a su líder carismático Primo de Rivera a finales del mes de noviembre del 36, estaba dirigida por una Junta de Mando Provisional cuyo jefe, Hedilla, venía trabajando junto a Franco y su entorno para conseguir que, de hacerse la Unificación vía decreto, ésta fuese favorable a Falange... como acabó ocurriendo.

Que la preparación de la Unificación estaba muy avanzada en las semanas anteriores al lunes 19 de abril de 1937 en la que finalmente se decretó es prueba de que el lunes anterior, 12, Franco convocase a cuatro destacados dirigentes de la Junta Carlista navarra para anunciársela —acudiendo Rodezno, Florida, Martínez Berasain y Ulibarri. Y para cuatro días después, para el viernes 16, estaba convocada otra entrevista del Caudillo ahora con dos máximos dirigentes de Falange: Hedilla, y uno de los vocales de la Junta de Mando Provisional, Jefe Territorial falangista de Andalucía y hombre del entorno familiar de los Primo de Rivera, Sancho Dávila. Todo parece indicar que en esa reunión iba a anunciarles también la Unificación.

Pero este último encuentro no se celebró porque dos horas antes de la hora fijada de ese viernes 16, en la mañana, una parte mayoritaria de la dirección colegiada falangista —Junta de Mando Provisional—, en concreto los vocales Aznar, Garcerán, Moreno y el citado Dávila, destituyeron a Hedilla constituyendo un Triunvirato (Aznar, Dávila, Moreno) con Garcerán como secretario general. Eran mayoritariamente hombres del entorno de la familia Primo que recelaban del protagonismo de Hedilla y de sus tratos con Franco, y presuntamente —como le acusarían— de «vender» la Falange y de hacerlo por ambición personal, a cambio de un cargo preeminente en el nuevo partido unificado.

Hedilla buscó y obtuvo el apoyo de Franco en esta lucha por el poder y recuperó el control de la organización en buena parte gracias a él en las horas siguientes; pero en las acciones que emprendió esa misma noche, la que iba del viernes 16 al sábado 17, se produjeron dos muertes violentas en Salamanca, una por cada bando falangista.

Esta coyuntura de lucha fratricida —si bien que con un Franco teniendo claro a quién apoyaba en Falange— le sirvió a éste de *precipitante* y en el fondo, de *justificación adicional*, para decretar la Unificación y hacerlo casi inmediatamente. La anunció en un discurso en la noche del domingo 18 y la decretó el lunes 19.

Y, efectivamente, Falange salió muy favorecida en ella, a la hora del diseño del nuevo partido. Otra cosa fue su puesta en marcha, marcada por los coletazos

de lo sucedido en la madrugada del 17 y, aún más, por el papel jugado por Hedilla en todo el proceso, que se interpretó por el que —a lo largo de la investigación que estoy realizando actualmente sobre Hedilla y la Unificación— he denominado el Grupo de los Primo de Rivera, basado en Salamanca y del que formaban parte familiares de José Antonio, colaboradores profesionales y personas de su entorno inmediato. En concreto:

Su hermana Pilar, un Aznar a punto de contraer matrimonio con una prima de la familia; un primo, éste lejano, Dávila; uno de los pasantes del bufete, Garcerán; y otros, como Marichu de la Mora, un Dionisio Ridruejo que en esa semana por primera vez teniendo un gran protagonismo en la historia de Falange; Fernando González Vélez; y seguramente también un Arrese, casado con una Sáenz de Heredia; entre otros.

Grupo que venía oponiéndose al protagonismo de Hedilla, —intolerablemente «de provincias» y nada elitista— al contrario que los madrileños, grupo extremadamente celoso del «legado» joseantoniano y grupo que estaba en buena parte tras el intento de destitución de Hedilla pero que desde el 17 tenía a varios de sus miembros —Dávila, Garcerán— detenidos por los hechos sucedidos en la madrugada de aquel día. Y que además vio como el martes 20 se arrestaba por la autoridades militares a otro de ellos, Aznar, por los mismos hechos.

Arreciaron entonces en sus críticas a Hedilla. Y aún más cuando se conocieron los nombres de los que formarían de la dirección del nuevo partido, el día 23, tras el decreto al efecto del 22.

En esos momentos la presión sobre Hedilla para que se negase a aceptar el cargo de primer vocal del nuevo Secretariado o Junta Política de FET y de las JONS para el que acababa de ser designado, cargo que posiblemente anunciaba su futura designación como secretario general del partido único, en demostración de la confianza que —dentro de la desconfianza general que Franco sentía por los *viejofalangistas* le otorgaba el Caudillo—... se hizo más intensa. Y, puesto en esta situación, Hedilla, que acababa de ser elegido —el mismo lunes 19, horas antes de haberse publicado el Decreto de Unificación, en medio de la situación de crisis de la Falange— nuevo Jefe Nacional de la misma... se planteó responder, en tanto que máximo responsable aún de una Falange desaparecida legalmente pero existente, a las primeras decisiones que Franco como Jefe Nacional del partido único y su entorno adoptaron en los días inmediatamente posteriores al del Decreto. Y si el miércoles 21 de abril Franco telegrafió a todos los gobernadores militares que requiriesen *la presencia de los Jefes Provinciales de Falange Española y Comunión Tradicionalista que han integrado la nueva Organización Nacional, poniéndose en comunicación con ellos a los efectos oportunos y advirtiéndoles se pongan en todo caso en relación con esta Jefatura absteniéndose de recibir orden ni consigna alguna por otro conducto*, el 22, desde las oficinas de la Jefa-

tura Nacional de FE, se envió otro telegrama que decía *Generalísimo ordenará modificaciones que hubiera por conducto mando supremo Falange. Sancionará severamente iniciativas propias cualquier mando Falange sobre Decreto fusión. Acusa recibo urgente —Jefe Nacional— Hedilla*⁹. Era el mismo 22 en que se fechaba el decreto de nombramiento del nuevo Secretariado o Junta Política de FET¹⁰, de entre cuyos miembros falangistas tan sólo Hedilla provenía de la cúpula de la Falange anterior. Subieron entonces de tono las acusaciones de los Primo contra él, imputándosele una presunta traición e instándosele a no aceptar el cargo para el que acababa de ser designado.

Ante el *Deus ex machina* que estaba sufriendo la *vieja* Falange, Hedilla y la cúpula falangista prepararían una triple respuesta. En primer lugar, vía entrevista con Franco, pretenderían cuestionar algunas de las órdenes que acabamos de reseñar, incluyendo la composición del Secretariado o el telegrama a los gobernadores militares, e incluso la manera de proceder a hacer la unificación. El segundo elemento de la respuesta iba a ser —y en ello tuvo mucho que ver la personalísima iniciativa de un Hedilla que trataba de sacudirse la presión insoportable que recibía del Grupo Primo— que él mismo decidió no aceptar el cargo de vocal. Y en tercer lugar, previéndose una posible detención de Hedilla por la actitud que iba a adoptar en la entrevista con Franco, se decidió se enviarían emisarios a las provincias para organizar manifestaciones prohedillistas —con lemas que siempre incluirían vivas a Franco y a la Falange—; y se darían órdenes para la ocultación de fondos y de armas... preparándose la pervivencia ilegal de FE de las JONS. Y tal vez también se decidió la retirada de milicias de los frentes para resistir a la Unificación pero esto último —que se intentó realmente en una provincia del Norte, como hemos comprobado— no está nada claro lo ordenase Hedilla.

Pero la entrevista con Franco no se llegó a celebrar porque, en una nueva manifestación del *tempo* tan acelerado que estoy analizando, Hedilla fue detenido el sábado 24 por la noche, cinco días después del Decreto de Unificación. Lo que sí hubo fueron retiradas de fondos, al menos dos manifestaciones prohedillistas y seguramente algunas ocultaciones de armas. Y el intento de retirada de milicias del frente, en el frente Norte, que he citado. Las autoridades militares se mostraron muy efectivas y cortaron de raíz estas y seguramente otras manifestaciones de descontento falangista. De raíz y con extrema dureza, como se vio enseguida.

El resto es bien sabido:

Hedilla y algunos de sus colaboradores condenados a muerte y/o a prisión... y el Grupo Primo de Rivera enlazando muy pronto con Franco vía un amigo de la familia,

⁹ Cit. en THOMÀS, *Lo que fue...*, op. cit., p. 204.

¹⁰ Decreto 260 22 de abril de 1937 BMFET n.º 1 5 de mayo de 1937.

el propio Serrano Suñer. Y colaborando en el partido único... recibiendo inmediatamente altos cargos, muchas veces los mismos que ostentaba en la *vieja* Falange.

Hubo por lo tanto también elementos de **coyuntura** tras la decisión unificadora, que fueron aprovechados por Franco y su entorno. Una coyuntura que tan sólo podemos desentrañar si superamos la maraña de interpretaciones interesadas tejidas por los publicistas franquistas y, destacadamente, por los propios falangistas. Con obras en las que se ha basado la bibliografía sobre aspectos de la Unificación; obras que, a la vista de la documentación original, aparecen como aún más tergiversadoras y engañosas de lo que creíamos. Tampoco pues en esta cuestión de la Unificación, está todo sabido y nuestro trabajo consiste, como siempre, en reconstruir, explicar e interpretar lo que sucedió. En ello continuamos.

II

LA FALANGE EN ACCIÓN: LA CONSTRUCCIÓN DEL RÉGIMEN FRANQUISTA

FALANGE Y LA CONSTRUCCIÓN DEL RÉGIMEN, 1939-1945. LA BÚSQUEDA DE UNAS BASES SOCIALES

CARME MOLINERO
UAB/CEFID

Por encima de todas las doctrinas políticas con las cuales se quiere vestir la propia conveniencia, existe un hecho que desde hace medio siglo viene imprimiendo carácter a la evolución política de las naciones y que ha sido el motor de los grandes movimientos modernos: el anhelo por la justicia social de las clases más numerosas. Este proceso no hace más que activarse con las guerras o con las convulsiones. Lo social ha llegado a ser lo importante; lo demás exclusivamente accesorio.

(Francisco Franco en la Escuela Superior del Ejército, 16-10-1945¹.)

En los últimos años las investigaciones sobre Falange se han incrementado de forma notable y, dados sus múltiples cometidos, el protagonismo de la organización en el régimen franquista ha sido abordado desde diversas perspectivas. En particular se ha dedicado mucha atención al activismo represor que desarrolló. Falange fue un agente fundamental de la represión desatada contra la amplia y heterogénea parte de la población que había apoyado la II República y que los vencedores englobaron bajo el común denominador de la anti-España, el «enemigo»². Ya desde el inicio de la guerra se habían atribuido competencias represivas a distintas secciones del Partido pero, además, sus militantes —viejos

¹ Citado en *Franco ha dicho*, Madrid, Edit. Carlos-Jaime, 1947, p. 188.

² La bibliografía desborda cualquier voluntad de cita. Sólo destacar a modo de ejemplo de los excelentes trabajos existentes sobre la cuestión LAZO, A.: *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998; CENARRO, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón*, Zaragoza, PUZ, 1999; MIR, C.: *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Milenio, 2000; CASANOVA, J. (Ed.): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002; PAREJO, J.A.: «La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla», *Ayer*, 52 (2003); COBO F. y ORTEGA, T.: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1939-1950*, Granada, Universidad de Granada, 2005; RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008; PRESTON, P.: *El holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después*, Barcelona, Debate, 2011; GÓMEZ BRAVO, G.: *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*, Barcelona, Península, 2011.

o, sobre todo, nuevos— participaron en su ejecución a escala local, en las acciones más brutales y arbitrarias desarrolladas en pueblos y ciudades pequeñas, que convirtieron a los falangistas en la viva representación de la represión cotidiana.

Ahora bien, aunque en la realidad social esta función represiva fue fundamental, Falange también tenía otras caras. Fue uno de los focos intelectuales fundamentales del régimen, el que, al menos sobre el papel, articuló sus presupuestos ideológicos, el nacionalsindicalismo, unos referentes con los que la dictadura se inscribió en las coordenadas de su tiempo. En particular, el falangismo proporcionó al Nuevo Estado un programa para hacer frente a uno de los grandes retos de las sociedades modernas: la intensidad del conflicto social; así, su propuesta de tercera vía —ni liberalismo ni marxismo— debía permitir superar la lucha de clases por la vía de la integración nacional. En síntesis de Antonio Tovar, el franquismo debía a Falange un programa social y métodos propagandísticos para captar a las masas³, dando por supuesto que el apoyo de los sectores capitalistas se aseguraba por otras vías.

A esta cara del poliedro que fue Falange, la historiografía ha dedicado escasa atención. Seguramente la explicación de este hecho radica en que existe una corriente de fondo en la historiografía española que viene a sostener que, por un lado, el régimen franquista no desarrolló apenas políticas dirigidas a obtener apoyos activos más allá de los que ya tenía en 1939, unos apoyos que estaban determinados bien por intereses económicos, bien por una identificación política-cultural, bien por rechazo de las alternativas existentes, o por la suma total o parcial de esos elementos. Sin embargo, este apriorismo de que no buscó apoyos sociales no es sostenible a la vista de la documentación disponible, además de que comporta aislar el caso español del contexto europeo, en el que el régimen siempre inscribió su acción, aun cuando, después de 1945, el aislamiento fuese muy importante.

En definitiva, aunque el régimen franquista necesitó de un golpe de estado y de una guerra civil para su implantación y que, por eso mismo, la represión fue una línea de actuación política mucho más decisiva que la de atracción, la tesis que se defiende aquí es que la vertiente social devino un elemento distintivo del régimen franquista. Definitorio, no evidentemente porque diera carácter al régimen; es incuestionable que los sectores sociales más beneficiados por su instauración fueron los más acomodados económicamente y sólo es necesario analizar los presupuestos del Estado para observar la escasa relevancia de las partidas de gasto social hasta bien entrada la década de los sesenta, y aun entonces, continuaron siendo pequeñas si las comparamos con las propias de los países euro-

³ TOVAR, A.: «Lo que a Falange debe el Estado», reproducido en *Arriba*, 1 de marzo de 1953.

peos de nuestro entorno⁴. Ahora bien, aunque fuera poco relevante en términos europeos, el Estado Asistencial dio un salto cualitativo durante el franquismo, facilitado por la brevedad de la etapa republicana. Y, sobre todo, la importancia del componente «social» en el régimen deriva del hecho de que el discurso de la dictadura convirtió la «preocupación» social en elemento de referencia política y en uno de sus instrumentos preferidos de propaganda⁵. Un régimen político no puede ser caracterizado por lo que decía de sí mismo, pero tampoco se puede prescindir de su discurso. Si los documentos y los dirigentes de un régimen determinado insisten en unas ideas-fuerza concretas es porque éstas se consideran importantes desde distintas perspectivas, entre ellas la de su legitimidad.

EL DISCURSO SOCIAL DE FALANGE Y EL NUEVO ESTADO

El discurso social que aportó Falange se convirtió en signo de identidad del Nuevo Estado en buena medida por el contexto histórico en el que el régimen se creó, tanto a nivel internacional como por la propia evolución española, cuyas coordenadas se inscribían plenamente en las europeas del momento. Tras la Primera Guerra Mundial —y aunque no hubiera participado en el conflicto— España experimentaba igualmente la crisis del estado liberal, avivada por la incapacidad de las clases dirigentes de responder a las demandas crecientes de inclusión social, planteadas por los trabajadores y por amplias franjas de las clases medias. La crisis política que experimentaban los sectores conservadores y los apoyos crecientes que obtenía la alternativa republicana permitieron la proclamación de la Segunda República. Desde el principio, ésta contó con el hostigamiento de un conjunto de fuerzas que, en 1936, derivó en una «coalición contrarrevolucionaria». Las clases dirigentes sabían, sin embargo, que si querían asegurar la gobernabilidad, tenían ante sí el reto de conseguir el consentimiento social, dado el notable grado de desarrollo que estaban alcanzando las sociedades de masas. En aquel contexto, la gran habilidad del fascismo fue dar certidumbre en un tiempo de inseguridad, una inseguridad que sufría el conjunto de la población, pero que cada sector social experimentaba de forma distinta. Ramón Serrano Suñer lo expresaba muy claramente:

⁴ RODRÍGUEZ CABRERO, G.: «La política social en España: realidades y tendencias» en MUÑOZ, R.: *Crisis y futuro del Estado del Bienestar*, Madrid, Alianza Ed., 1989; GARCÍA PADILLA, M.: «Historia de la Acción Social: Seguridad Social y Asistencia (1939-1975)» en AA.DD.: *Historia de la Acción Social Pública en España. Beneficiencia y Previsión*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990; COMÍN, F.: «Las formas históricas del Estado de Bienestar: el caso español» en AA.DD.: *Dilemas del Estado de Bienestar*, Madrid, Fundación Argentaria, 1996; CALLE, M.D. de la: «El sinuoso camino de la política social española», *Historia Contemporánea*, 17 (1998).

⁵ Esta tesis se puede seguir en MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.

[Un hecho fatal había acontecido] que la democracia había pasado por España. Y de estas cosas no es posible volver del todo atrás. Cualquier régimen necesitaba ya absolutamente la asistencia de la opinión y la organización de las masas. (...) El único modelo de Estado moderno que en tales circunstancias parecía posible, el único que podía permitir una educación y una organización del pueblo español para la vida política era ese que se ha dado en llamar autoritario⁶.

Se podría decir para lo que aquí se trata, que en las décadas anteriores, ante las reivindicaciones sociales, la modernidad «revolucionaria» socialista había situado el concepto de «justicia social» en el centro de la escena pública y ninguna fuerza podía prescindir de ello. Falange, como las otras corrientes del fascismo europeo, intentaron recoger ese núcleo de la modernidad aunque, evidentemente, eliminando el conflicto de clase e integrando la justicia en la idea «nacional». Así afirmaba Raimundo Fernández Cuesta en 1938:

A veces me he preguntado si esta idea revolucionaria no era un tópico demagógico, un mito nacido de la influencia de la propaganda marxista a una concesión halagadora; pero siempre que me he planteado ese problema, os digo también con sinceridad que he llegado a la conclusión de su necesidad absoluta. La humanidad tiene un ansia de justicia que no sabemos si podrá llegar a satisfacer plenamente alguna vez. El espíritu revolucionario es la manifestación de esa intranquilidad y ese afán de acortar en lo posible las distancias que existen entre aquellos que lo tienen todo y aquellos otros que no tienen nada⁷.

Es decir, el mito de la comunidad nacional como integradora de los individuos en un destino común debía ser capaz de desactivar el conflicto social, para lo cual era imprescindible integrar las masas en la política «nacional», ofreciendo un horizonte de sociedad de orden en la que imperase la justicia social. Esa era la tarea de Falange. Pero ¿cómo captar a las masas si cuando Falange «abordó al proletariado, se encontró con una humanidad corrompida por un siglo de marxismo?». Para el autor de esta formulación retórica, Jesús Suevos, el acercamiento pasaba, para empezar, por utilizar un lenguaje que resultara cercano a los trabajadores: «nos critican el empleo de las palabras «camarada», «sindicalista», «pan», «justicia» por tener reminiscencias marxistas. Pues bien, es cierto, las tiene. Nosotros no podíamos dirigirnos a la masa con retóricas y frases bonitas; teníamos que hablarle en el lenguaje que ellos hablaban, comprendían, sentían, en una palabra⁸.

Ese diagnóstico no era compartido por las franjas más tradicionalistas y conservadoras del partido; incluso, a una parte del aparato franquista aquel lenguaje

⁶ SERRANO SUÑER, R.: *Entre Hendaya y Gibraltar*, Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, 1947, 3ª ed. p. 36.

⁷ FERNÁNDEZ CUESTA, R.: *Intemperie, victoria y servicio. Discursos y escritos*, Madrid, Ediciones Prensa del Movimiento, 1951, pp. 145-146.

⁸ SUEVOS, J.: «Nacionalización de las masas proletarias». I Consejo Sindical de la Falange, en *Pueblo*, 13-11-1940.

le provocaba cierta repulsión; sin embargo, durante la guerra y en los años inmediatamente posteriores, esos mismos sectores consideraban que, como afirmaban los falangistas, en el discurso político era imprescindible combinar coacción y persuasión. Ramón Serrano Suñer lo expresaba de la siguiente manera:

la paz social no puede basarse sólo como muchas gentes sesudas quisieran (no podemos ser demasiado aficionados a lo sesudo, porque lo sesudo es muchas veces masónico y burgués), en la gendarmería. La paz social no puede producirse si no está basada en la justicia y sólo entonces, apoyada en la fortaleza del Estado, que a la vez que amparará todos los derechos, impondrá inexorablemente el cumplimiento de todas las obligaciones, dentro de la suprema armonía del interés nacional⁹.

También es suya la frase «solo un estado que pueda afirmar haberse hecho cargo del problema de la pobreza tiene legitimación para reprimir las inquietudes sociales». Coacción y atracción aparecían como un binomio inseparable.

Por eso, entre amplios sectores de los vencedores se consideraba que era imprescindible instaurar un «Estado Nuevo» en España. Sintéticamente los ideólogos del régimen venían a coincidir con la argumentación de Luis del Valle, catedrático de Derecho Político de la Universidad de Zaragoza y ferviente admirador de la Alemania nazi, que afirmaba que el Nuevo Estado surgía del fracaso de los estados liberales frente al llamado «problema social», que facilitó la aparición del bolchevismo ruso¹⁰. También era común el convencimiento de que, para superar tal reto, los nuevos dirigentes debían utilizar el lenguaje y tomar las medidas que permitieran convencer a los «enemigos» de que «el Movimiento tiene entraña y temperatura popular y no obedece al pueblo pero le sirve»¹¹. Éste, evidentemente, era el discurso falangista pero también fue el discurso franquista dada la huella falangista en las políticas de consenso del régimen.

Igualmente, Leonardo Prieto y Miguel Sancho, profesores también de la Universidad de Zaragoza, cuando publicaron en 1938 una obra divulgativa sobre el Fuero del Trabajo insistieron en que éste tenía como objetivo «orientar el ímpetu de las clases laboriosas haciéndolas partícipes en la gran tarea nacional que viene a realizar [El Estado Nuevo](...) e impedir que las previsiones, no equivocadas, de Marx, pudieran cumplirse en el sentido deseado por él»¹². La necesidad de los dirigentes del régimen de apropiarse de los ideales «sanos» de las izquierdas se puso en evidencia de forma reiterada y el mismo Franco hacía explícita su acep-

⁹ SERRANO SUÑER, R.: Discurso en Sevilla, 12-4-40 Reproducido en ALCÁZAR DE VELASCO, A.: *Serrano Suñer en la Falange*, Barcelona, Ediciones Patria, 1941, pp. 111-113.

¹⁰ VALLE, L. del: *El Estado nacionalista totalitario-autoritario*, Zaragoza, Editorial Atheneum, 1940, pp. 14-16.

¹¹ GIRON, J.A.: «Discurso ante las Cortes», 1944, 7, Archivo General de la Administración, Presidencia, Secretaría General del Movimiento, c. 28.

¹² PRIETO, L., SANCHO, M.: *Ilustración popular al Fuero del Trabajo*, Zaragoza, Imperio, 1938, p. 20.

tación de estos referentes con afirmaciones como «nosotros no condenamos el marxismo ni el comunismo por cuanto encierra de aspiraciones en lo social, que no sólo compartimos, sino que superamos; sino por cuanto tienen de antinacional, de materialista y de falso»¹³.

Contra la visión «apolítica» que Franco quiso transmitir de sí mismo cuando, pasados los años así le convino, los discursos del Caudillo mostraban de forma reiterada que no tan solo utilizaba los referentes falangistas sino que no ponía ningún tipo de reparos a inscribir plenamente el régimen español en la constelación fascista. Así afirmaba:

Somos actores de una nueva era, en la que ya no podemos discurrir con la mentalidad de antaño [...] Nosotros no pertenecemos a un mundo distinto del europeo, aunque poseemos características propias y reservas espirituales para asombrarle. [Ese mundo europeo había mostrado el camino]: el genio de Mussolini da cauce y solución fascistas a cuanto de justo y humano existía en la rebeldía del pueblo italiano, hermanando por primera vez en la historia lo que en su corazón vivía estrechamente unido: el anhelo de lo social con el culto de lo nacional, que fue la síntesis de la Revolución fascista. Más tarde es Alemania la que da nueva solución a las inquietudes populares con el nacionalsocialismo, que sujeto a las peculiaridades de la raza une por segunda vez en Europa lo nacional con lo social, estimulando por su sed de justicia en lo internacional. No se trata de movimientos particulares: son solo facetas de un movimiento general de rebeldía en las masas civilizadas del mundo¹⁴.

Y es que, con frecuencia, se olvida que la propia publicística franquista presentaba «la pelea que empezó en este día [18 de Julio] del año de 1936 con el trágico y glorioso balance de nuestros caídos» como «la primera gran batalla del nuevo orden de España, de Europa y del mundo»¹⁵.

Igualmente, en los volúmenes que recogen el «pensamiento político» del *Caudillo* se puede observar que Franco explicitó repetidamente la necesidad de desarrollar políticas sociales para atraer y «nacionalizar» a los españoles descarriados, como reclamaban desde Falange; también en 1942 afirmó que:

«llevábamos muchos años contemplando cómo el motor que animaba a nuestros enemigos, el fuego que la revolución roja encendía, era el motor de la injusticia social, movido y explotado por todos los partidos», de manera que «¿cómo com-

¹³ Discurso pronunciado por Francisco Franco en la clausura del II Consejo Nacional del Frente de Juventudes, El Escorial, 3-10-42; reproducido en RUBIO, F.: «El Caudillo y la política social», *Revista de Trabajo*, 11 (1954).

¹⁴ FRANCO, F.: «Discurso pronunciado ante los nuevos consejeros. III Consejo Nacional», 7 de diciembre de 1942, en *Palabras del Caudillo 1937-1942*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, pp. 524-525.

¹⁵ MORET, F.: *Conmemoraciones y fechas de la España nacional-sindicalista*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1942, p. 42.

prendéis vosotros que fuéramos a hacer la unidad de España y a sembrar el espíritu de colaboración para salvarla, si en nuestro Movimiento y en nuestra doctrina no estuviera impreso y nosotros identificados con esas necesidades sociales?»¹⁶.

La distancia entre el discurso y la realidad era abismal pero ello no hizo modular el discurso, al contrario, el énfasis falangista se hizo mayor para intentar convencer a los trabajadores de que no eran «los mismos perros con distintos collares»¹⁷, para lo cual, desde el aparato del Estado, el falangismo se esforzó en presentarse como algo nuevo. Así, José Luis de Arrese, al exponer en 1940 la obra falangista de la vivienda, resumía los tópicos de aquel discurso dirigido a las masas afirmando que

tras la guerra no queríamos la Paz, sino la Revolución y que la Revolución es la vuelta a Dios frente a la materia y al ateísmo, la vuelta a lo nacional frente a los nacionalismos y a los internacionalismos y la vuelta a la justicia social frente a los privilegios y la demagogia¹⁸.

En definitiva, los dirigentes falangistas quisieron fijar cuáles eran los pilares de la seguridad que ofrecía el Nuevo Estado y uno de ellos era el mito de perseguir la justicia social. Ese rasgo distintivo falangista es el que ayuda a explicar el protagonismo que adquirieron dentro del conglomerado contrarrevolucionario. Los impulsores del golpe de estado de 1936 necesitaron justificar su actuación cuando ésta derivó en guerra civil y, después de la intensa experiencia democratizadora que supuso la Segunda República, cualquier régimen que quisiera obtener legitimidad debía desarrollar un potente discurso en torno a la justicia social.

La «cuestión social» se mantuvo en el discurso del régimen como argumento de justificación histórica incluso cuando los aliados fascistas de la dictadura habían sido derrotados. También porque entre los victoriosos estaba la URSS. El convencimiento de los falangistas de que la inquietud social era insuprimible, explica que, todavía en 1948 y 1949 se sucedieran discursos como el de Raimundo Fernández Cuesta, que continuaba afirmando que la única alternativa al comunismo era un régimen como el franquista:

hace pocos días yo dije públicamente que estamos viviendo una época de transformación mundial, una época que marca un hito en la Historia de la Humanidad, e hice resaltar también cómo la Humanidad se encuentra en el dilema, en la disyuntiva, de tener que elegir entre una formas de vida comunista o entre otras nuevas formas que nosotros tenemos que crearnos. Os decía también que había-

¹⁶ FRANCO, F.: «Sacrificio, Solidaridad y unidad, base de los Seguros Sociales», *Boletín Informativo del Instituto Nacional de Previsión*, 3 (1942), pp. 2-3.

¹⁷ «El camarada Fernández Ramírez dictó a los reunidos LAS CONSIGNAS DEL MOMENTO» Reunión del Consejo Provincial de Ordenación Social en Tarrasa, *Tarrasa*, 30-6-1942

¹⁸ ARRESE, J.L. de. «La obra falangista de la vivienda», Málaga, 5 de mayo de 1940, en ARRESE, J.L. de: *Treinta años de política*, Madrid, Editora Nacional, 1966, vol. I, p. 1171.

mos prescindido ya de esas formas comunistas y nos estábamos creando las nuestras¹⁹.

Es decir, la legitimidad del régimen también provenía de su capacidad para superar los retos planteados por la existencia del comunismo, y así como las democracias occidentales después de 1945 se esforzaron en mostrar que eran más eficientes que los regímenes socialistas incluso a la hora de asegurar el bienestar a los que menos tenían, también los falangistas pensaban que su fuerza estaba vinculada a la atracción de las masas, para lo cual era imprescindible un discurso social. Todavía en 1950, cuando los efectos del Plan Marshall habían mostrado que «el comunismo era contenible», que las democracias liberales estaban teniendo grandes éxitos y que, por lo tanto, los escenarios catastrofistas no se correspondían a la realidad, los falangistas continuaban defendiendo que, sin embargo, el liberalismo continuaba siendo incapaz de canalizar la lucha de clases, mientras que el sindicalismo de tipo falangista era el único capaz de frenar la búsqueda de «redención» propia de las «masas oprimidas».

PROPAGANDA Y ACTUACIÓN ASISTENCIAL EN MANOS FALANGISTAS

En términos relativos y teniendo en cuenta que todos los presupuestos públicos fueron reducidos durante el franquismo —dado el sistema fiscal regresivo que mantuvo a lo largo del tiempo—²⁰, los falangistas dedicaron cuantiosos recursos al capítulo de propaganda. Dentro de esa partida, una de las líneas de actuación más perseverantes consistió en presentar al franquista como un régimen profundamente preocupado por la justicia social, como muestra de lo cual se utilizó particularmente la política asistencial, aunque no exclusivamente; también se destacaron medidas que afectaban a la simbología, pero no por ello menos resaltadas. En este campo sobresalió José Antonio Girón, que estuvo al frente del Ministerio de Trabajo entre 1941 y 1957 y se convirtió en adalid del discurso falangista como discurso del régimen. Girón era quizás el mayor exponente de la demagogia falangista, como mínimo fue el más relevante; así, por ejemplo, afirmaba que «la característica del Estado español fundado el 18 de julio de 1936, es decir, la característica de lo que nosotros, en nuestro lenguaje interior, llamamos el Movimiento Nacional, es la característica social, que prima sobre todas las demás en nuestra generación política»²¹. Sin llegar a ese extremo, fueron muchos los falangistas empeñados en transmitir la misma idea. Para afianzar el relato, también tomaron medidas simbólicas que iban en esta dirección; así por ejemplo, el

¹⁹ FERNÁNDEZ CUESTA, R.: «En la segunda reunión plenaria del Consejo Asesor Nacional de Obras Sindicales», 10-3-1949 en Fernández Cuesta, R.: *Intemperie, victoria y servicio...* pp. 331-334.

²⁰ COMÍN, F.: *Historia de la hacienda en el siglo XX*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 2002.

²¹ GIRÓN, J. A.: *Quince años de política social dirigida por Franco*, Madrid, Altamira, 1951, pp. 5-6.

18 de julio se convirtió en Fiesta de Exaltación del Trabajo en sustitución del Primero de Mayo. En este sentido, José Antonio Girón era taxativo al considerar que «el hecho de que el Caudillo haya establecido la Fiesta del Trabajo precisamente en la fecha de la rebeldía española implica la rotunda afirmación del objetivo que persiguió la guerra»²².

En cualquier caso, la idea que reiteradamente se quería transmitir era que el 18 de Julio, la fiesta más importante del calendario franquista, estaba asociada a los trabajadores, porque aquella fecha significaba «la implantación de la justicia social verdadera, auténtica, que hasta el 18 de julio no existía más que en teoría, pues la gran familia productora, la España trabajadora estaba dividida en homicida lucha y en rencor implacable»²³. Al margen del mayor o menor convencimiento de quienes se expresaban en esos términos, ese pronunciamiento, con toda su carga retórica, lo que viene a evidenciar es que existía una búsqueda de legitimidad más allá de la Victoria y que ésta la fijaron en el componente social, pues solo la evidente voluntad de conectar con el imaginario popular puede explicar que la celebración de la Fiesta de Exaltación del Trabajo se estableciera en el 18 de Julio.

Teniendo en cuenta ese objetivo legitimador es igualmente coherente que la primera ley fundamental del régimen fuera el Fuero del Trabajo, una declaración de principios de contenido social que tenía como funcionalidad política la atracción de las masas a los postulados del Nuevo Estado. Con un discurso que unía «lo social» a «lo nacional» también se pretendía plasmar aquella imagen de novedad que, como se ha señalado, era especialmente importante para los falangistas.

El carácter propagandístico de la Primera Ley Fundamental fue puesto de relieve ya en el mismo año de 1939. Ignacio Serrano aludía a la cuestión cuando escribía que «la redacción del Fuero del Trabajo es bien singular si se la considera desde el punto de vista legislativo, porque en él predomina el tono declamatorio y de propaganda que tan alejado estaba de nuestras leyes. Cuántas veces hemos oído apartados enteros del Fuero, leídos por la Radio, y nos hemos dado cuenta de que sonaba bien, que parecía estar hecho para la propaganda»²⁴. También el falangista Joaquín Garrigues destacaba la voluntad propagandística del Fuero del Trabajo cuando, para justificar el tono declamatorio del texto, afirmó que era una obra:

²² «A todos los trabajadores de España», 18-7-1944, en GIRÓN, J.A.: *Escritos y Discursos*, vol. II 1944-1947, p. 59.

²³ MORET, F.: *Conmemoraciones y fechas de la España nacional-sindicalista...* p. 44.

²⁴ SERRANO, I.: *El Fuero del Trabajo. Doctrina y comentario*, Valladolid, Casa Martín, 1939, p. 13. Indudablemente, estaba hecho para la propaganda y por eso mismo una Orden de 9 de marzo de 1939 obligaba a exponer un ejemplar del Fuero en todos los centros de trabajo.

de rápida preparación, de preparación guerrera, que era preciso emplazar rápidamente frente al adversario, como se emplaza una batería de cañones en la guerra. De aquí la doble naturaleza del F. del T. como aparato legal y como artefacto de guerra. De aquí su carácter polémico y a veces quizás demasiado dogmático y doctrinal. Era preciso convencer al enemigo con la promesa de una obra realmente revolucionaria²⁵.

Que la captación de las masas era el principal objetivo del Fuero del Trabajo continuaba siendo evidente veinticinco años después, pues se le presentaba de la misma manera. Así, el vicesecretario nacional de Obras Sindicales, Antonio Chozas, presentaba el Fuero como instrumento de nacionalización, al afirmar que

Por encima de la contienda civil que estaba desgarrando la carne y el ser de España, el Fuero del Trabajo es un mensaje humano, un mensaje de unidad y convivencia nacional y de justicia social [...] España tenía pendiente su Revolución, nacional y social a la vez, porque sin una hondísima dimensión social, lo nacional casi carece de sentido y contenido [...] Necesitaba España, en suma, entregarse como Patria a todos los españoles y para que los españoles la acogiesen como tal debía ir acompañada del pan y de la justicia²⁶.

De la misma manera que los textos tenían un fuerte componente de propaganda, buena parte de las políticas sociales que se desarrollaron también estuvieron asociadas a esa finalidad.

La primera manifestación de la importancia otorgada a la movilización política con contenido social fue la creación de Auxilio Social, una institución que actuó y fue configurada como un órgano de partido, como un excelente instrumento bélico y de propaganda, un medio de acción y socialización del programa e ideas políticas de la FET de las JONS²⁷. En ese programa, la asistencia social no era concebida como un derecho de los individuos sino como producto de la «conciencia social» de la revolución nacional²⁸. Aunque con el paso del tiempo Auxilio Social fue cada vez más un instrumento de beneficencia, los falangistas mantu-

²⁵ GARRIGUES, J.: *Tres conferencias en Italia sobre el Fuero del Trabajo*, Madrid, Ediciones FE, 1939, p. 59.

²⁶ CHOZAS, A.: *El Fuero del Trabajo y el sindicalismo nacional*, Madrid, Organización Sindical Española, 1963, pp. 10-11.

²⁷ CARASA, P.: «La revolución nacional-asistencial durante el primer franquismo (1936-1940)», *Historia Contemporánea*, 16 (1997).

²⁸ El mismo Javier Bedoya es quien explica en sus memorias que el general Mola «comprendió rápido la modernidad del tema y su trascendencia», obteniendo así el apoyo de la autoridad militar imprescindible para que Auxilio Social pudiera llegar con sus camiones cargados de comida a las «poblaciones liberadas». MARTÍNEZ DE BEDOYA, J.: *Memorias desde mi aldea*, Valladolid, Ámbito, 1996, p. 104. Citas ilustrativas del discurso nacional y social de Auxilio Social en ORDUÑA, M.: *El Auxilio Social (1936-1940). La etapa fundacional y los primeros años*, Madrid, Escuela Libre Editorial, 1996, p. 42. Sobre Auxilio Social como instrumento de control social con fuerte contenido disciplinario véase CENARRO, Á.: *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y la postguerra*, Barcelona, Crítica, 2006. De forma complementaria, en *Los niños del Auxilio Social*, Madrid, Espasa, 2009, Ángela Cenarro ofrece un retrato de las experiencias

vieron el discurso. Así, un documento de una fecha relativamente avanzada como 1950 mantenía la misma argumentación que en 1937 o 1939; afirmaba que

constituye 'Auxilio Social' un instrumento de enorme eficacia para el logro de la empresa política fundamental de nuestro tiempo, que es —así lo ha definido el Caudillo— la incorporación de las masas en las misiones históricas, morales y de cultura, del moderno Estado. En tiempos pasados (..) la amplia masa popular en su dura lucha diaria contra la miseria, el desamparo y las múltiples asperezas del vivir de cada hora, no se veía nunca amparada por el Estado (..). Merced a esta gran Obra la Patria no es solo alta resonancia de clarines bélicos, ni evocación de pretéritas glorias o promesas de nuevas grandezas. Acorde de lleno con sus sustancias maternas, ampara, alivia, vivifica y fortalece. Es una verdad física como una realidad espiritual²⁹.

El mismo planteamiento nacionalizador —en el que la propaganda era un componente fundamental— tenía buena parte de las medidas que tomaron el Ministerio de Trabajo y la Organización Sindical Española, las principales instituciones encargadas de gestionar las políticas sociales, ambas en manos falangistas; José Antonio Girón siempre defendió que el Ministerio de Trabajo y la Organización Sindical eran dos organismos complementarios al servicio de una única política falangista.

Como es bien sabido, el Ministerio de Trabajo tenía dos ámbitos competenciales básicos; por un lado, el control del mercado de trabajo, por otro, las competencias sobre previsión social. En el ámbito laboral se plasmaba de forma transparente el componente de clase de la dictadura, aunque era envuelto en un discurso corporativista protector de los trabajadores ante la arbitrariedad y prepotencia patronal. Efectivamente, por un lado, los trabajadores no podían ser despedidos con argumentos económicos, aunque sí por faltas vinculadas a cualquier manifestación de conflicto laboral, con lo cual se conseguía también reforzar la disciplina en las empresas. Por otro lado se aprobaron reglamentaciones de trabajo, que debían fijar las condiciones básicas reguladoras de las relaciones entre empresarios y trabajadores. Como en tantos otros terrenos, las reglamentaciones de trabajo dieron seguridad a los trabajadores más desarticulados pero hicieron más duras las condiciones de aquellos que, por tradición obrera o por mayor capacidad de presión hubieran podido obtener mejores condiciones laborales, arrastrando al resto. Teniendo en cuenta que el Ministerio de Trabajo fijó los salarios a través de las reglamentaciones hasta 1958 y que éstos eran muy bajos, teóricamente para evitar el aumento de los precios, se puede afirmar que el Ministerio de Trabajo fue responsable de un empeoramiento de las condiciones

de niños tutelados por la institución, la mayoría como consecuencia de la represión o de la miseria extendida durante los años cuarenta.

²⁹ *Auxilio Social*, 16-2-1950, AGA, Cultura, Delegación Nacional de Auxilio Social, c. 2254.

laborales y de vida sin parangón reciente. En este ámbito el Ministerio traducía el componente represivo del régimen, que había eliminado la posibilidad de que los trabajadores pudieran defender sus intereses. Pero, por otro lado, la coacción legal que ejercía el Ministerio de Trabajo iba acompañada de las competencias sobre previsión social, a las que Girón dedicó especial atención.

La política de previsión social era presentada, sobre todo, como una política de protección de la familia. El Régimen Obligatorio de Subsidios Familiares, la primera medida de previsión social, fue aprobada en la fecha emblemática del 18 de julio de 1938, aunque entró en vigor el 1 de febrero de 1939. La declaración que lo acompañaba era bien pomposa: se trataba de

otorgar al trabajador —sin perjuicio del salario justo y remunerador de su esfuerzo— la cantidad de bienes indispensables para que, cuando la prole sea numerosa, y así lo exige la Patria, no se rompa el equilibrio económico del hogar y llegue la miseria, obligando a la madre a buscar en la fábrica o en el taller un salario con que cubrir la insuficiencia del conseguido por el padre, apartándola de su función suprema e insustituible, que es la de preparar sus hijos, arma y base de la Nación, en su doble aspecto espiritual y material³⁰.

Sin embargo, el subsidio como ingreso salarial fue siempre insignificante. En 1945, ante el retroceso espectacular que estaba experimentando el poder adquisitivo de los salarios —con las consecuencias que ello tenía—, el Ministerio dirigido por Girón, tuvo que buscar nuevos instrumentos en los que plasmar el discurso de fortalecimiento de la familia como la célula social y política en la que se apoyaba la nación. Se creó entonces el Plus de Cargas Familiares —los «puntos»— que por primera vez podía suponer un ingreso notable para los trabajadores casados, dependiendo de la estructura generacional de cada empresa³¹. En la memoria popular los «puntos» cuentan en el haber del régimen.

Subsidios como el de la Vejez eran igualmente exiguos en términos globales, pero la situación de muchos ancianos era tan miserable que, en algunos casos, pequeñas cantidades podían significar un incremento destacado de sus ingresos —con el correspondiente agradecimiento a la institución que lo aplicaba—. Otros subsidios a los que la propaganda franquista dedicó una gran atención fueron a los préstamos de nupcialidad y de natalidad, ambos extraordinariamente importantes para la política demográfica y de género que Girón quiso desarrollar en los

³⁰ Instituto Nacional de Previsión, *La Ley de Subsidios Familiares. Su doctrina. Normas para su implantación*, p. 7.

³¹ La variabilidad del plus estaba relacionada con las proporciones existentes en la plantilla de trabajadores solteros y casados, y el número de hijos de éstos, dado que la masa salarial destinada al efecto se repartía entre los últimos.

años cuarenta y cincuenta, pero que en realidad fueron insignificantes dada la inconsistencia presupuestaria que tenían³².

Fue el Seguro Obligatorio de Enfermedad, aprobado por ley de 14 de diciembre de 1942, y presentado como muestra de «la amplitud y generosidad propia de nuestra Revolución Nacional Sindicalista» el que los falangistas y, particularmente su impulsor José Antonio Girón, presentaron como «el paso más firme y amplio que da el Estado español en su incansable tarea de implantación de la justicia social», convirtiendo en «realidad, una vez más, los postulados de justicia social que el Estado propugna y que impulsan con ánimo firme el Caudillo de España, el Ministro de Trabajo y los altos organismos y personas que rigen el sistema de previsión social en España»³³. El SOE estuvo plagado de lagunas e indefiniciones y resultó perjudicial a corto plazo para los trabajadores de las zonas industriales más desarrolladas; sin embargo, supuso un hito en la construcción de las instituciones sociales en manos falangistas. Importa destacar aquí que la puesta en marcha —con la afiliación de los trabajadores— se inició el 1 de mayo de 1944. La fecha no era casual pues, como siempre, la elección de las fechas tenía un componente propagandístico fundamental; si, como se ha dicho, la exaltación del Trabajo se quiso asociar al 18 de Julio, eso no supuso nunca el olvido del 1º de Mayo porque, aunque los falangistas —y por extensión las instituciones franquistas que dirigían— pretendieron eliminar el componente político de la identificación obrera, siempre tuvieron muy presente los referentes del imaginario popular. Solo hay que recordar la «Demostración Sindical», celebrada cada 1º de Mayo en el estadio Santiago Bernabeu desde la segunda mitad de los años cincuenta³⁴.

Si el Ministerio de Trabajo tenía el mayor peso en el ámbito competencial, en el plano de la presencia social más próxima a los ciudadanos, los organismos dependientes de la OSE adquirieron mayor relevancia. La Vicesecretaría Nacional de Obras Sindicales se creó en noviembre de 1941 para que se especializara en el cumplimiento de la función asistencial sindical³⁵, pero, además, se creó una tupida red de interrelaciones que favoreció el clientelismo. Así, la OSE intervenía

³² Sobre las características de estos subsidios véase MOLINERO, C.: *La captación de las masas...*, pp. 108-126.

³³ Instituto Nacional de Previsión, *Ante una ofensiva nacional*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1944, p. 4.

³⁴ La festividad del Primero de Mayo fue suprimida por decreto de 13 de abril de 1937. En 1956, después de que a partir de 1955 el calendario oficial vaticano convirtiera el 1 de Mayo en fiesta de San José Artesano, el régimen franquista recuperó la festividad, aunque manteniendo la Fiesta de Exaltación del Trabajo en el 18 de julio. Véase CALLE, M.D. de la: «El Primero de Mayo y su transformación en San José Artesano», *Ayer*, 51 (2003).

³⁵ CAZORLA, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 132-137; MOLINERO, C.: *La captación de las masas...*, pp. 127-157; BERNAL, F.: *El sindicalismo vertical. Burocracia, control laboral y representación de intereses en la España Franquista (1936-1951)*, Madrid, CEP/CAH, 2010, pp. 381-388.

en el ámbito de la Seguridad Social a través de los Servicios Sindicales del Seguro de Enfermedad, de la Obra Sindical 18 de Julio y de la OS de Previsión Social, además de estar presente en el consejo de administración del Instituto Nacional de Previsión.

En la publicidad de la OS 18 de Julio (de Asistencia Médica al Productor) se señalaba que había sido creada para cumplir a través de los Servicios Sindicales del Seguro de Enfermedad, en beneficio de aquellas clases que la ley clasifica como económicamente débiles, todas las prestaciones sanitarias incluidas en el amplio campo del Seguro Obligatorio de Enfermedad con unas vastas miras de justicia social³⁶.

Por su parte, la Obra Sindical de Previsión Social tenía como objetivo «colaborar con espíritu falangista, y desde el plano sindical, a la realización efectiva y justa de los amplios cometidos que tiene asignados el Instituto Nacional de Previsión, y además fomentar y dirigir por sí misma las Mutualidades de Sindicato o Empresa»³⁷. Esta OS actuó básicamente en el ámbito rural para lo cual desarrollaron una red de corresponsales muy importante —7.385 en 1950— que «por una modesta paga —a un promedio de 1.500 pesetas anuales— se comprometen a rellenar las solicitudes e ingresos en los pueblos» y hacer de intermediario entre el Sindicato y el «productor». Esos corresponsales constituían en muchas ocasiones una red capilar de gran eficacia, teniendo en cuenta que lo que gestionaban eran subsidios que, aunque pudieran ser poco importantes, eran percibidos como una ayuda por parte del régimen. Los subsidios más importantes eran el familiar y el de maternidad, que fueron llegando paulatinamente a un número creciente de beneficiarios.

En el ámbito urbano fue la Obra Sindical del Hogar la que se convirtió en pieza emblemática y más visible de la OSE, además de devenir un instrumento destacado para la obtención de consentimiento³⁸ desde el ámbito sindical; aunque su actuación fue más tardía, básicamente a partir de los años 50³⁹, contribuyó a fijar en el imaginario colectivo el yugo y las flechas como sinónimo de vivienda

³⁶ Departamento de Propaganda de la Jefatura Nacional de la Obra Sindical '18 de JULIO' y de los Servicios Sindicales del Seguro de Enfermedad, *La Obra Sindical 18 de Julio os ofrece*, Madrid, 1951.

³⁷ *Circular n.º 156*, 11-8-1941, AGA, Presidencia, SGM, Vicesecretaría Secciones, c. 14117.

³⁸ MAESTROJUÁN, F.J.: «Ni un hogar sin lumbré ni un española sin pan». José Luis de Arrese y el simbolismo ideológico en la política de la vivienda», *Príncipe de Viana*, 210 (1997).

³⁹ Las cifras correspondientes a la Obra Sindical del Hogar varían según las fuentes; así antes de 1949 se habían entregado 9.759 viviendas y habían sido concedidas 4.715 más, distribuidas en 103 grupos, de las que calculaban se beneficiarían 23.575 personas. Es significativo que para una actuación tan reducida se organizaron 5.600 actos de propaganda y 204 actos oficiales de entregas de viviendas, al tiempo que se habían publicado 450.000 folletos de propaganda. Delegación Nacional de Sindicatos, *Los Sindicatos en España. Líneas generales de actuación*, Madrid, 1949, pp. 301-304.

social⁴⁰. La Obra Sindical Educación y Descanso, escasamente estudiada⁴¹, consiguió igualmente presencia social no a través del «hogar del productor» o la organización de estancias vacacionales a través de albergues o residencias sino a través de la integración forzosa bajo el paraguas de Educación y Descanso de las actividades recreativas que pudieron subsistir o crearse después de 1939. En 1951 estaban encuadradas en la Obra 63 bandas de música, 204 orquestas y rondallas, 90 masas corales y 18 agrupaciones musicales de diversa índole, 462 grupos de baile y danza y 84 cuadros artísticos que «movilizan anualmente 44.000 afiliados». Capítulo aparte se podrían considerar las actividades deportivas, en las cuales los dirigentes falangistas tenían depositadas grandes esperanzas dado el volumen de personas que movilizaban: en 1948 participaron en 11.567 equipos de distintas actividades 348.887 personas⁴².

En el terreno de los servicios también se puede destacar el papel de la Sección Femenina, particularmente en las pequeñas ciudades y en el campo. El mejor ejemplo en este sentido era el del Cuerpo de Divulgadoras sanitario-rurales, creado en 1940 y dependiente de la Regiduría de Divulgación y Asistencia Sanitario-Social de la SF. Su objetivo era «mejorar las condiciones de vida de las familias en los órdenes material, moral y cultural, realizando constantemente una labor de enseñanza, huyendo de lo puramente benéfico, especialmente encaminada a disminuir la mortalidad infantil»⁴³.

¿UNAS BASES SOCIALES PARA EL RÉGIMEN?

Los beneficiarios de esa acción del Estado a través del brazo político falangista podían convertirse, al menos potencialmente, en base social para el régimen. Para el franquismo el asistencialismo constituyó un óptimo vehículo de propaganda porque, indudablemente, fueron muchos los que tuvieron la sensación de que por primera vez el Estado se preocupaba por ellos. No debería olvidarse que las duras condiciones de vida provocaban que amplias capas de la población valorasen positivamente cualquier pequeña mejora en sus condiciones de vida, fueran materiales o de ocio. Miles de jornaleros que huían del hambre, de la miseria y de la explotación de los terratenientes se desplazaban a la ciudad donde encon-

⁴⁰ PÉREZ, J.A.: «De la *comunidad nacional* a la *comunidad de propietarios*. Los límites del nacional sindicalismo» en CASTELLS, L., CAJAL, A. y MOLINA, F. (Eds.): *El País Vasco y España: Identidades, Nacionalismos y Estado (siglos XIX y XX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2007, pp. 215-247.

⁴¹ Entre las excepciones, LÓPEZ GALLEGOS, S.: «El control del ocio en Italia y España: de la Opera Nazionale Dopolavoro a la Obra Sindical Educación y Descanso», *Investigaciones Históricas*, 24 (2004).

⁴² DELEGACION NACIONAL DE SINDICATOS: *La función asistencial en la OSE*, Madrid, Servicio de Información y Publicaciones de la DNS, 1952, p. s/n.

⁴³ ECHEVERRI, B.: «La protección de la infancia: la educación sanitaria de las madres en la posguerra española», *Historia y Política*, 9(2003); MOLINERO, C.: *La captación de las masas...*, pp. 169-178.

traban mayores garantías y Seguridad Social que, por primera vez, les prestaba el Estado.

¿En qué medida los discursos y las medidas a las que se ha hecho referencia ayudaron a construir la legitimidad del régimen entre algunos sectores de las clases subalternas?. Es difícil calibrarlo pero su importancia no puede ser menospreciada sin más. Ciertamente, conseguir que los trabajadores con arraigada cultura política obrera se convirtiesen en adeptos al régimen era un objetivo casi imposible pues, como los propios informes oficiales señalaban, los trabajadores percibían el franquismo como el retorno agravado al peor pasado, ya que había desaparecido incluso la posibilidad de defenderse. Eso afirmaba un informe de la Policía de 1942:

la aparente normalidad no refleja el sentir de la clase trabajadora, que con salarios bajos considerando la carestía de la vida, y con las grandes dificultades que encuentran para abastecerse de los artículos de primera necesidad, estraperlados entre gente de posición, ven en el nuevo Régimen, la continuación del sistema político imperante en España antes del Glorioso Movimiento, en que se hacía labor de partido y no nacional, condenando una clase social al sacrificio, en beneficio de otra que disfrutaba de su privilegio». [El resultado era que] «los descontentos enemigos que integran la masa trabajadora especialmente (...) han llegado actualmente a formar una masa, lo suficientemente preparada y abonada, para que sirva de medio al desarrollo de las doctrinas disolventes y anti-españolas, que no encuentran otro obstáculo a su afianzamiento que el temor a la represión⁴⁴.

Además, como es bien sabido, la concepción franquista de comunidad nacional implicaba la depuración y la consiguiente exclusión de todos aquellos que aparecían como sus enemigos. La represión desatada a partir del 18 de julio de 1936 fue de tal magnitud que consiguió que una parte de la sociedad, y particularmente buena parte de la clase obrera, derrotada y desmoralizada, se recluyese en el ámbito privado, dedicando todas sus energías a la dura supervivencia. En un contexto de atomización del mundo obrero, la pasividad aparecía como una de las pocas opciones disponibles. Sin embargo, incluso así, los conflictos reaparecieron, de forma puntual, a mediados de los años cuarenta y, en forma de estallido, en 1951; todos los estudios disponibles muestran que en los años siguientes el régimen franquista no consiguió atraer a sectores significativos de la clase obrera a sus referentes políticos-sociales.

No obstante, una parte destacada del personal franquista, particularmente los falangistas, no dejaron de desarrollar un discurso político dirigido específicamente a los trabajadores. No era exclusivamente cuestión de perseverancia y de identidad política en el marco de las distintas corrientes contrarrevolucionarias que

⁴⁴ *Informes de la DGS 30-4-1942 en Documentos Inéditos para la Historia del Generalísimo Franco*, Fundación Nacional Francisco Franco Azor, Madrid, 1993, vol. III, pág. 417-8.

poblaban el personal franquista. Ese discurso, aunque no consiguiera el eco apetecido, era imprescindible para alimentar un mito fundacional del franquismo —el armonicismo social—, necesario para dirigirse a otros sectores populares y de clases medias, mucho más proclives a prestarle atención que la clase obrera. Ciertamente, los propios informes oficiales son el mejor ejemplo de que el poder político era consciente de su incapacidad para convencer a los trabajadores más inquietos y con mayor conciencia de clase de la identidad popular del régimen⁴⁵, pero éste perseveró en la difusión de un imaginario populista que, quizás, pudo penetrar en algunas franjas populares. Avanzar en este ámbito constituye un reto pendiente para la historiografía sobre el franquismo.

En los años 40 el régimen también utilizó la retórica social como mecanismo defensivo ante las terribles condiciones de vida de la mayoría de la población. Insistiendo en la preocupación social, una parte de la población podía aceptar más fácilmente que el hambre y la miseria reinante no era culpa de los principales dirigentes políticos, que hacían todo lo que estaba en su mano para evitarlo. No convencía a muchos pero calmaba a otros: entre ellos los más cercanos al régimen o los más despolitizados. En este terreno es posible afirmar que si bien el discurso social iba dirigido al conjunto de las clases populares, donde fue más efectivo fue entre los sectores con menor cultura obrera y entre las clases medias. En cualquier caso, es imprescindible atender a la capacidad de las dictaduras para generar espacios de adhesión y limitar el disenso.

Así, Falange fue una pieza básica en las políticas destinadas a dotar al régimen franquista de unas bases sociales y, por lo tanto, es difícil distinguir en las temáticas aquí analizadas entre la organización y el régimen. Como se dijo al inicio, Falange jugó un papel fundamental tanto en la represión como en la búsqueda de apoyos para el régimen entre la población, porque el franquismo era «su régimen». Además, represión y consenso fueron en aquel tiempo dos caras de la misma moneda en el sentido de que, en buena medida, la esfera privada de los individuos también estuvo condicionada por el régimen y sus políticas de control social⁴⁶. Tener empleo, vivienda, asistencia podía exigir incorporarse o, como mínimo, llamar a la puerta de las organizaciones del régimen: Organización Sindical Española —la cotización era obligatoria— pero también Sección Femenina, Frente de Juventudes, Auxilio Social, etc.

Por otro lado, conviene resaltar que el énfasis que el franquismo puso en su esencia «social» —insistamos, como resultado de la influencia falangista—, el hecho de que el discurso político presentara el acceso a esos bienes no como un

⁴⁵ MOLINERO, C. e YSÀS, P.: «El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?», *Ayer*, 52 (2003).

⁴⁶ Este mismo fenómeno ha sido puesto de relieve para Italia. Véase CORNER, P.: «Italian Fascism: Whatever Happened to Dictatorship?», *The Journal of Modern History*, 74 (2002), pp. 325-351.

derecho de ciudadanía sino como resultado de las opciones políticas del poder, de la «nacionalización» de las masas, eso también convirtió en un continuum la represión y el consentimiento. Ciertamente, el régimen contempló las políticas sociales como un mecanismo de atracción y fidelidad política, y, por eso mismo, este vínculo entre represión y consenso nos dice más del poder que de las actitudes de la población.

ENCUADRAMIENTO Y CONSENSO EN LA OBRA DEL MOVIMIENTO: MUJERES, JÓVENES, OBREROS

ÁNGELA CENARRO
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Abordar el análisis de Falange como «cultura política» supone introducir un cambio de perspectiva importante con respecto a estudios más tradicionales, que consideraban a Falange una «familia política» más del régimen de Franco. En la década de los noventa, momento en el que vieron la luz un número considerable de investigaciones sobre las instituciones locales, la atención de los historiadores se centró en averiguar cómo las nuevas elites políticas que ascendían a través del partido único se abrían camino entre las tradicionales (mayoritariamente procedentes del catolicismo), o bien cómo se fundían con ellas, para construir un espacio propio de poder en el seno de la dictadura. En estos trabajos se dejaba sentir la influencia de los estudios politológicos, pioneros en el análisis científico del franquismo, así como la herencia del concepto de «pluralismo limitado» que Linz aplicó al caso español en su teoría del régimen autoritario¹.

El cambio de óptica es deudor del impacto del concepto de «cultura política» en la historiografía. Se trata, en realidad, de una ampliación y reconsideración de la visión anterior, más centrada en la función que Falange desempeñaba como canteira de elites políticas, con el fin de atender a nuevos aspectos derivados del potencial de las construcciones simbólicas y discursivas a la hora de vertebrar identidades y proyectos de actuación. Así, por ejemplo, en este concepto sería crucial la existencia de una visión compartida del mundo y del lugar que en él tienen los sujetos, y estrechamente ligada a ella, una determinada lectura del pasado y de ciertos hitos históricos que dan sentido al presente; también la existencia de un conjunto de normas, creencias y valores que marcan la pauta para la acción, así como

¹ LINZ, J. J.: «Una teoría de régimen autoritario. El caso de España», en FRAGA, M., VELARDE FUERTES, J., CAMPO, S. del: *La España de los años setenta*. vol. III. *El Estado y la política*, tomo 1, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1974, pp. 1467-1531. El artículo fue publicado por primera vez en inglés en ALLARDT, E., LITTUNEN, Y. (ed.): *Cleavages, Ideologies and Party Systems. Contributions to Comparative Political Sociology*, Helsinki, 1964; DE MIGUEL, A.: *Sociología del Franquismo*, Barcelona, Editorial Éxito, 1978; JEREZ MIR, M.: *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*, Madrid, CIS, 1982; TUSELL, J.: «Familias políticas en el franquismo», en *Socialismo y guerra civil*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1987.

la utilización de estos referentes para la construcción de identidades colectivas con capacidad para sostener un proyecto político (o varios), una memoria de grupo o un conjunto de estrategias de actuación².

Desde este punto de vista, podemos considerar que Falange Española Tradicionalista y de las JONS fue el espacio en el que se gestó una de las principales culturas políticas del franquismo. En primer lugar, fue el marco institucional burocrático que encumbró a una nueva clase política, cuya tímida aparición había tenido lugar durante la II República, y se había ampliado —al igual que en otros partidos fascistas europeos— con una militancia de aluvión durante la guerra civil. En segundo lugar, Falange ofreció a miles de hombres y mujeres la oportunidad de participar en el ámbito público, a través de distintos órganos de encuadramiento. Nos interesa, pues, analizar su experiencia colectiva a la luz de las sugerentes palabras de Robert Paxton: «lo que los fascistas hicieron nos cuenta tanto como mínimo como lo que dijeron; lo que dijeron no puede ignorarse porque ayuda a explicar su atractivo»³. Tan revelador para nuestros propósitos es conocer sus discursos (lo que decían) como sus prácticas (lo que hacían), porque entre unos y otras hubo una adecuación compatible en ocasiones con la contradicción. Por último, los falangistas fueron emisores de un discurso sobre la nación, que se diferenció sustancialmente del que ofrecía la tradición intelectual católica⁴, a la vez que desplegaron proyectos políticos y diseñaron estrategias diversas con el fin de mantener y consolidar su particular espacio de poder en la dictadura.

FALANGE, AL ENCUENTRO CON LAS «MASAS»

Este artículo versa sobre la «Falange realizada», o la «Falange de Franco», es decir, la Falange que emergió de la unificación de las distintas fuerzas políticas derechistas impuesta por el Decreto del 19 de abril de 1937⁵. Esta nueva Falange movilizó y encuadró a las masas durante la guerra y la posguerra de manera

² Ideas clave del concepto de «cultura política» según la síntesis ofrecida por SAZ, I.: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71, 2008 (3), pp. 153-174, siguiendo a Baker y Sirinelli. Un buen repaso historiográfico sobre el concepto en RAMÓN SOLANS, J.: «Usos públicos de la Virgen del Pilar. De la Guerra de la Independencia al primer franquismo», Tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza-Université de Paris 8, 2012, pp. 59-66.

³ PAXTON, R.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2004, p. 19.

⁴ SAZ, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 317-407.

⁵ Estas son las sugerentes denominaciones que utilizaron, respectivamente, Sheelagh Ellwood y Joan Maria Thomàs. ELLWOOD, S.: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984; THOMÀS, J. M.: *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001.

efectiva, si bien en la posguerra, dada la prioridad de reconstruir el orden social alterado por la guerra, lo que se impuso fue la desmovilización, un factor que contribuye a explicar las dificultades del partido para alcanzar su objetivo. La vocación integradora era una señal de identidad de los movimientos fascistas y el caso del fascismo español no fue una excepción. Se mantuvo, pues, un notable grado de coherencia con el discurso fascista, que insistía en la creación de una «comunidad nacional» fuerte e integrada, con capacidad para la proyección imperial, que superase las viejas fisuras ocasionadas por la grave crisis que asolaba la nación. Así, frente a la «degeneración», el discurso falangista proponía la «regeneración», que sólo se conseguiría con el concurso de todas las fuerzas de la nación. De manera congruente, una de las claves de este discurso era la concepción del individuo como elemento cuya contribución era necesaria para el resurgir de la nación, por lo que sus intereses quedaban sometidos a esta, y no como sujeto de derechos políticos o civiles⁶.

Desde este punto de vista, la Falange se nutrirá de —e incorporará con los matices y ajustes necesarios por el cambio de situación que supuso el Decreto del 19 de abril de 1937— los elementos esenciales del discurso que se había forjado en los años previos a la guerra civil. Ismael Saz ha descrito las claves del discurso falangista sobre la nación. Basado en un ultranacionalismo populista, palingenésico y revolucionario, típico de los fascismos, el proyecto político del falangismo era construir un Estado totalitario cuyas piezas esenciales serían el Caudillo, como expresión del pueblo y cabeza del partido —de ahí la propensión antimonárquica—, y el partido, como depositario del poder, a la vez que educador del pueblo; el componente populista aportaba de forma implícita la idea de que el pueblo participaba en las estructuras del partido, de manera, eso sí, ordenada, jerarquizada y controlada⁷.

El encuadramiento y la búsqueda del consenso de las masas que Falange persiguió sólo puede comprenderse a partir de tres líneas de tensión. En primer lugar, la competencia o búsqueda de un espacio propio con respecto a otros espacios de

⁶ El fascismo como búsqueda de una reconciliación entre la comunidad y su configuración social, institucional y organizativa, el Estado nuevo, y por lo tanto como el producto de una época marcada por la crisis finisecular en GALLEGO, F.: «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma Ramos en la genealogía del franquismo», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, p. 329. El discurso de la «regeneración» en la posguerra, frente a la idea de la «degeneración» de España, ha sido ampliamente analizado por RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999.

⁷ SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas. El agotamiento de dos proyectos enfrentados», p. 3 [consulta 26 de abril de 2012]. Disponible en <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/saz1.pdf>. Un sugerente análisis de los dos nacionalismos del franquismo, el falangista y el católico, en SAZ, I.: *España contra España...*, op. cit., p. 53. La vocación integradora del discurso y la práctica falangista también ha sido puesta de relieve por JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, op. cit., pp. 317-353.

poder (en España, el catolicismo y su entramado asociativo). En segundo lugar, el ofrecimiento de una cara amable, integradora, frente al proyecto excluyente, de purificación social que todos los regímenes fascistas llevaron a la práctica. Por último, la continuidad en un marco dictatorial de fórmulas de gestión de la sociedad de masas que habían aparecido en la escena pública en el período de entreguerras.

Así pues, como ya hemos apuntado antes, para Falange será fundamental consolidar ese espacio que se le abrió como consecuencia del golpe de estado de un sector del ejército en julio de 1936. Su colaboración con la sublevación militar, la afluencia de voluntarios a sus filas gracias a la existencia de organizaciones paramilitares— y su capacidad para organizar la retaguardia (sindicatos, Auxilio de Invierno, movilización femenina, propaganda) la catapultaron a un lugar privilegiado. Asimismo, su presencia novedosa en la coyuntura que abrieron las armas, permitió a la coalición insurgente proyectar una imagen de ruptura con respecto a la «decadente» trayectoria que arrastraba España por las consecuencias nefastas del liberalismo y la democracia. La insistencia en la idea de que la «Nueva España» representaba una ruptura con respecto a las fórmulas políticas ensayadas antes de 1936 constituía, además, una fuente de legitimidad para esta familia política recién llegada, que se consideró a sí misma la principal beneficiaria de la gestión de la «Victoria».

A pesar de que los tiempos de guerra y los de la primera posguerra acompañaban el encumbramiento del falangismo, era imposible ignorar que su posición era muy débil con respecto a la «familia católica». Esta contaba no sólo con el apoyo de las elites conservadoras y de la jerarquía católica, sino también con el de una ingente infraestructura compuesta por las parroquias y los distintos órganos del catolicismo social (Acción Católica, sindicatos). Por consiguiente, presentaba una trayectoria marcada por su capacidad para movilizar a hombres, mujeres y jóvenes en la esfera pública, ampliamente consolidada desde principios de siglo. Falange, en cambio, partía casi de cero, en buena medida porque su proyecto antirrepublicano no había conseguido cuajar dada la enorme competencia que le oponían los católicos. Su gran oportunidad se presentaría precisamente cuando las armas sustituyeran a las palabras y al juego parlamentario, y de ahí que la Falange unificada constituyese una seña de identidad inequívoca para la dictadura de Franco. No es una casualidad que FET-JONS, así como los órganos de encuadramiento que eran esas delegaciones nacionales directamente relacionadas con el encuentro y la gestión de las masas —la Sección Femenina, la Organización Sindical y el Frente de Juventudes—, se identificaran plenamente con el régimen, y, por lo tanto, nacieran y desaparecieran con él.

Por otra parte, Falange no fue ajena a la lógica de la violencia contra los enemigos de la nación la «anti-España», que se aplicó con toda su crudeza en la retaguardia insurgente durante la guerra y contra los vencidos en la posguerra. Mientras los mecanismos depuradores, como los consejos de guerra y los tribu-

nales de responsabilidades políticas, seguían funcionando y dejaban bien claro su elevado grado de eficacia, la apuesta de Falange fue consolidar ese espacio que había conquistado durante la experiencia bélica mediante lo que Carme Molinero denominó sugerentemente «la captación de las masas»⁸. Lo que todos estos proyectos ofrecían, a pesar de estar dirigidos a colectivos tan distintos como obreros, mujeres y jóvenes, fue la apertura de cauces para la socialización; también la formación, entendida como adoctrinamiento en un ideario político, el diseño y aplicación de fórmulas de protección social, y estrechamente conectado con estas, las actividades de carácter lúdico. Como señala Mark Mazower, la combinación de exclusión e inclusión fue un rasgo esencial de la «dialéctica del Estado nazi de bienestar, un Estado, en otras palabras, en donde las acciones policiales para reprimir a los «indeseables raciales» representaban el anverso de políticas encaminadas a salvaguardar el vigor de la *Volksgemeinschaft*»⁹.

Por último, el proyecto y la práctica falangista encarnaron la continuidad, si bien reorientada en sus objetivos últimos, con la necesidad de gestionar la movilización de masas que se disparó en el periodo de entreguerras en toda Europa. Era esta una muestra de que el franquismo, al igual que otras dictaduras del periodo, era un producto de la crisis del sistema liberal y del viejo sistema de representación. Los órganos de encuadramiento del Partido se convirtieron en los instrumentos que permitían ordenar la integración de las masas conforme a los intereses del régimen, al estar organizados de manera jerárquica, es decir, controlados «desde arriba». Pero a la vez fueron síntoma de que ni siquiera una dictadura como la de Franco (militar y represiva) podía ignorar el reto que habían opuesto las masas a los sistemas liberal y democrático, un fenómeno que, al igual que en otros ejemplos europeos, fue un rasgo esencial de la dinámica de los fascismos tras la toma de poder.

El encuentro con las masas no estuvo exento de contradicciones. Por un lado, las elites falangistas vivieron una contradicción entre la fidelidad al régimen y la necesidad de atender a los intereses o demandas de esas «masas» a las que se dirigían, y de las cuales dependían para mantener la legitimidad de su propio proyecto político. Esta tensión se convertiría en una fuente de dinamismo en la sociedad franquista. Por otro, hubo una gran indefinición acerca de qué significaba en la práctica la «captación» o la «conquista» de las masas, y por lo tanto, los falangistas se toparon con la dificultad de evaluar su grado de éxito en ese empeño. A veces la pertenencia o no a los órganos de encuadramiento estuvo más o menos clara, como en la Sección Femenina, en la que recayó por el Decreto

⁸ MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.

⁹ MAZOWER, M.: *La Europa Negra. De la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2001, p. 183. Sobre la alteración «revolucionaria» de las formas tradicionales de ciudadanía por el fascismo en el poder, PAXTON, R.: *Anatomía del fascismo*, op. cit., p. 20.

de 28 de diciembre de 1939 la «formación política y social de las mujeres españolas» (art. 1), así como la «movilización, encuadramiento y formación de las afiliadas pertenecientes a la Sección Femenina de Falange Española Tradicionalista y de las JONS» (art. 2)¹⁰. Pero no lo estuvo en el caso de los obreros con respecto a la Organización Sindical, ni la de los jóvenes en el Frente de Juventudes, como se verá más adelante. Además, tuvieron que contar en sus filas con muchos cuya presencia era pasiva e instrumental —obtener un trabajo, en el caso de las mujeres, o dar muestras de complicidad con el régimen, en el caso del Frente de Juventudes— muy alejada del ideal inicial de adhesión entusiasta en torno al Caudillo.

Como consecuencia de todo lo expuesto, a menudo se habla de «fracaso» en los proyectos socializadores de Falange durante el franquismo, porque sólo atrajeron a unos pocos y no consiguieron garantizar su adhesión entusiasta con respecto al régimen. Esto, además, en un contexto de progresiva marginación de Falange como fuerza política capaz de sacar adelante sus propuestas para organizar el Estado franquista. Sin embargo, esta realidad no significó que como «familia política» quedase reducida a ser una fuerza residual, con escasa o nula capacidad de vertebrar un proyecto político de futuro en el seno del franquismo. Bien al contrario, en las delegaciones nacionales dirigidas al encuadramiento de obreros, mujeres y jóvenes, fueron muy conscientes de que la consolidación de su espacio político en el seno de la dictadura pasaba, necesariamente, por la integración de estos colectivos de una manera más eficaz. En juego estaba el éxito o el fracaso de Falange en el proceso de institucionalización del régimen, que garantizaría la forma definitiva del Estado después de la muerte del dictador. No consiguieron los falangistas salir airosos de esta larga batalla. Tras el varapalo que supuso la Ley de Principios del Movimiento Nacional de 1958, que concebía al Movimiento como la «comunidad de los españoles en los ideales que dieron vida a la Cruzada» —frente a los intentos de Arrese de convertir al Movimiento en una «organización» controlada por Falange—, la Ley Orgánica del Estado de 1967 sancionaría los intereses de los tecnócratas del Opus Dei y su proyecto de monarquía del Movimiento¹¹.

¹⁰ La diferencia entre «militantes» y «adheridas» en RODRÍGUEZ LÓPEZ, S.: *El patio de la cárcel. La Sección Femenina de FET-JONS en Almería (1937-1977)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2010, p. 63.

¹¹ La batalla entre católicos y falangistas por la institucionalización del régimen, en JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*. La dimensión política del conflicto cultural e ideológico en SAZ, I.: «Las Españas del franquismo: ascenso y declive del discurso de la nación», en FORCADELL, C., SAZ, I., SALOMÓN, P. (eds.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009, pp. 147-164. El debate entre las dos concepciones del «Movimiento» en LINZ, J. J.: «From Falange to Movimiento-Organización: The Spanish Single Party and the Franco Regime, 1936-1968», HUNTINGTON, S. P. y MOORE, C.H.: *Authoritarian Politics in Modern Society. The Dynamics of Stablised One-Party Systems*, New York, Basic Books, 1970, pp. 128-201.

En definitiva, los falangistas más directamente implicados con las «masas» buscaron fórmulas distintas para su «captación», que en ocasiones les llevó a ensayar experimentos tan diversos que incurrieron en contradicciones discursivas y estratégicas. Como veremos, la exploración de las distintas posibilidades para garantizar su cota de poder, les hizo acercarse a las inquietudes o necesidades de una sociedad en proceso de cambio profundo, como fue la española a partir de finales de los años cincuenta. En este proceso, llegaron en ocasiones a plantear una redefinición de la relación entre el propio régimen y la sociedad civil, que trajo consecuencias no previstas para ellos y, mucho menos, para la dictadura. En las páginas que siguen ofreceremos un repaso de las tensiones y contradicciones que se vivieron en la Organización Sindical, Sección Femenina, el Frente de Juventudes y el Sindicato Español Universitario, que actuaron a largo plazo como un motor de dinamismo frente a la rigidez política e institucional del régimen.

OBREROS DISCIPLINADOS, PERO NO CAPTADOS: LA ORGANIZACIÓN SINDICAL

Entre la Unificación política de abril de 1937 y el diseño definitivo de la Organización Sindical franquista a finales de 1940, los falangistas batallaron para sacar adelante sus proyectos «verticalistas», frente a otras propuestas de carácter corporativista que habían presidido los debates sobre la «cuestión social» en las décadas anteriores y continuaban presentes en la agenda de la derecha española. Existió, pues, una contradicción entre el intento de incorporar a la clase obrera al orden establecido por la vía del corporativismo, es decir, mediante el reconocimiento del pluralismo sindical o la negociación con la patronal, y los planteamientos del «verticalismo», que negaban estas dos premisas a la vez que imponían la coerción de los trabajadores y la regulación autoritaria de las relaciones laborales.

En esos años cruciales, la tensión se resolvió a favor del «verticalismo» gracias a la influencia de figuras como Joaquín Miranda y Pedro González Bueno en la Comisión de Organización Sindical que convocó el Secretariado Político de FET-JONS, de la que saldría el primer diseño del futuro sindicalismo oficial franquista. También fue decisivo el carácter oficial que el Fuero del Trabajo (9 de marzo de 1938) otorgaba a la regulación de las relaciones laborales por parte del Estado, y al encuadramiento de «todos los factores de la economía en sindicatos verticales», es decir, en un modelo de sindicalismo inspirado en «los principios de Unidad, Totalidad y Jerarquía»¹². Aunque al crearse el Ministerio de Organización y Acción

¹² Triunfaron las propuestas verticalistas, frente a las corporativistas que defendían otros vocales de la comisión, como los expertos Miguel Sancho Izquierdo, Eduardo Aunós o Ramón Ruiz Alonso. BERNAL GARCÍA, F.: *El sindicalismo vertical. Burocracia, control laboral y representación de intereses en la España Franquista (1936-1951)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales-Asociación de Historia Contemporánea, 2010, pp. 103-132.

Sindical (1 de febrero de 1938) se disolvió la Comisión, los falangistas continuaron la preparación de la legislación sindical del régimen franquista. No obstante el fracaso del proyecto de Ley de Bases de la Organización Nacionalesindicalista de Pedro González Bueno, titular de la cartera ministerial, en el verano de 1939, puso en evidencia que las tensiones entre los proyectos verticalistas y corporativistas, defendidas por otros sectores del régimen, seguían vivas¹³.

El fracaso de este proyecto de Ley llevó a Franco a considerar la conveniencia de desdoblarse las competencias laborales, que serían asumidas por el Ministerio del Trabajo, de las sindicales, que recaerían en la Delegación Nacional de Sindicatos, ocupada desde septiembre de 1939 por Gerardo Salvador Merino. Su proyecto era culminar el proceso de encuadramiento, o integración, de las asociaciones empresariales —que se logró por la Ley de Unidad Sindical— y de los trabajadores —por la Ley de Bases de Organización Sindical—. En esta se planteaba que la Delegación Nacional de Sindicatos acogiera a los Sindicatos Nacionales y las CNS provinciales, en las que se encuadrarían de manera efectiva, y a nivel provincial, los trabajadores. También se creó un Frente del Trabajo al estilo alemán, dirigido a conseguir la conexión efectiva entre el partido y las masas, que aglutinaba a «centurias» integradas por «trabajadores que destacasen por su entusiasmo nacionalesindicalista»¹⁴.

El proceso de construcción del sindicalismo vertical franquista estuvo presidido por un considerable grado de ambigüedad con respecto a lo que se entendía por «encuadramiento social». Como ha explicado Bernal García, la idea de encuadramiento ponía de manifiesto la existencia de una vocación disciplinaria, de control político de las masas obreras, con el fin de acelerar la segunda fase de la revolución nacionalesindicalista. Paradójicamente, la afiliación formal no era obligatoria, sino voluntaria, a modo de «antídoto para el peligro de una sindicación burocrática». Si la fórmula pretendía evitar que los sindicatos se convirtieran en estructuras esclerotizadas, desde luego no fue suficiente para despertar el entusiasmo de las masas obreras. Sin capacidad coercitiva, y sin ofrecer unas ventajas claras que sirvieran de incentivo para la afiliación de los trabajadores, los sindicatos carecieron de ascendiente sobre ellos. Así lo constataban con pesar algunos falangistas que vivieron esta contradicción en primera persona¹⁵.

¹³ Un decreto de 21 de abril de 1938 establecía que en cada provincia se crease una Central Nacional Sindicalista que reuniría a los sindicatos falangistas de obreros y empresarios, la CONS y la CENS. El 15 de mayo culminaba el proceso de integración de la CESO, que se disolvía formalmente tras una reunión celebrada en Burgos.

¹⁴ BERNAL GARCÍA, F.: *El sindicalismo vertical...*, op. cit., p. 133 y ss.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 237-244. En la década de los 50, la OSE dejó de elaborar estadísticas de afiliación, imponiéndose la idea general de que la afiliación como tal no existía. En este sentido expresaba su frustración Pío Altolaguirre, jefe provincial de FET-JONS de Zaragoza, en CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1996, 341-342.

Con la destitución de Salvador Merino, parecía haber pasado el momento de que el sindicato sirviera como fuerza revitalizadora del falangismo en su competencia con otras «familias políticas». Aun así, el espacio había sido ya creado, el diseño de los sindicatos, ultimado, y en los años siguientes, de la mano de otros delegados nacionales, Fermín Sanz Orrio (1941-1951) y José Solís Ruiz (1951-1969), se consolidó esa burocracia sindical que fue uno de los mejores instrumentos del régimen para propagar las bondades de su obra social y de su empeño por integrar a la clase obrera. Privada de autonomía, no sólo estuvo subordinada al Estado, sino que su función prioritaria fue garantizar la disciplina de los trabajadores y aplicar la normativa en materia laboral del Ministerio del Trabajo —regulada por las leyes de Reglamentaciones de Trabajo de 1942 y de Contrato de Trabajo de 1944—, que favorecía claramente a la clase patronal¹⁶.

Pero la OSE fue también el escenario de otros proyectos no menos interesantes desde la perspectiva de esa reformulación entre las esferas de la política y la sociedad. Así, por ejemplo, las elecciones sindicales, que comenzaron a celebrarse en 1944, fueron un síntoma de la inquietud que se extendió por el falangismo sindicalista ante el progresivo alejamiento de unos trabajadores que nunca habían sido conquistados del todo. Con el tiempo, las elecciones sindicales fueron la ocasión de que cristalizaran algunas iniciativas de carácter antifranquista, especialmente desde que José Solís Ruiz intentó darles un contenido verdaderamente representativo y autorizó la existencia de candidaturas alternativas a las oficiales. Cuando el resultado fue el éxito abrumador de las candidaturas de Comisiones Obreras, en 1966, el experimento liberalizador de Solís se topó con sus propios límites. Las Comisiones Obreras fueron ilegalizadas, y se volvió al control exhaustivo de las candidaturas que se presentaban a las elecciones sindicales¹⁷.

La otra gran apuesta, que compartieron la OSE y el Ministerio del Trabajo —al igual que otras delegaciones nacionales como la Sección Femenina y el Auxilio Social—, fue la política social, en su doble vertiente, asistencial y de previsión. Como ha demostrado Carme Molinero, la creación de mecanismos de protección

¹⁶ LUDEVID, M.: *Cuarenta años de sindicato vertical. Aproximación a la Organización Sindical Española*, Barcelona, Laia, 1976, y APARICIO, M. A.: *El sindicalismo vertical y la formación del Estado franquista*, Barcelona, EUNIBAR, 1980. Que la capacidad de control de los trabajadores por parte de la OSE fue muy limitada en la práctica ha sido defendido por BABIANO, J.: «¿Un aparato fundamental para el control de la mano de obra? (Reconsideraciones sobre el Sindicato Vertical franquista)», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 23-38.

¹⁷ Si bien, a la vez que se potenció la «línea representativa», Solís Ruiz procuró integrar a las asociaciones empresariales en las estructuras verticalistas, favoreciendo que las «secciones económicas» gozasen del máximo grado de autonomía posible, es decir, «se vincularan a la disciplina verticalista conservando una amplia libertad de acción». Finalmente, se deslindaron las líneas «económica» y «social», con la creación del Consejo Nacional de Empresarios y el Consejo Nacional de Trabajadores. BERNAL GARCÍA, F.: *El sindicalismo vertical...*, op. cit., pp. 425-432.

social fue una de las principales señas de identidad del falangismo. Si sus elites políticas dedicaron muchas energías a definir las fórmulas legislativas u organizativas que la regulasen, todavía sabemos muy poco de cuáles fueron los efectos de la aplicación práctica de la Ley de Subsidios Familiares de 1938, el Seguro Obligatorio de Enfermedad de 1942, el Plus de Cargas Familiares de 1945, así como el funcionamiento de las obras sindicales del Hogar, Educación y Descanso, 18 de Julio y de Previsión Social. Lo que sí está claro es que el discurso de la «justicia social» que presidió estas realizaciones fue un instrumento de propaganda dirigido a conseguir el favor de amplias capas de la población¹⁸.

LAS MUJERES DEL FRANQUISMO: ENTRE LO PRIVADO Y LO PÚBLICO

Pilar Primo de Rivera jugó sus cartas con habilidad en abril de 1937. Con su hermano ya muerto —pero sin que la noticia trascendiera públicamente hasta principios de 1938— y una Falange carente de liderazgo, el Decreto de Unificación suponía no sólo la apropiación del proyecto fascista de José Antonio por parte de Franco, sino también la mejor tabla de salvación ante un futuro político incierto¹⁹. A cambio de la aceptación pragmática de esta situación, la Sección Femenina, una pequeña organización de mujeres falangistas creada en junio de 1934, se convertía en una Delegación Nacional de FET-JONS. Pocos meses después, en julio de 1937, por una circular firmada por el secretario de FET-JONS, se le concedía el monopolio para el encuadramiento de las mujeres en la retaguardia insurgente²⁰. Se trataba de un paso muy importante porque en esos meses, junto a la Sección Femenina, se habían consolidado otras dos organizaciones que contaban con el trabajo desinteresado de muchas mujeres: la Delegación Nacional de Auxilio Social, producto del empeño personal de Mercedes Sanz Bachiller, y la de Asistencia al Frente y Hospitales, encabezada por la tradicionalista Urraca Pastor.

Cuando terminó la guerra, Primo de Rivera consiguió que esas delegaciones que limitaban sus afanes totalitarios, porque también integraban a las mujeres o a las niñas, fueran desmanteladas como en el caso de Asistencia al Frente y Hospitales, anuladas políticamente (Auxilio Social), o absorbidas (la rama femenina del Frente de Juventudes). Además, por el Decreto del 28 de diciembre de 1939,

¹⁸ MOLINERO, C.: *La captación de las masas...*; MOLINERO: C., «El reclamo de la «justicia social» en las políticas de consenso del régimen franquista», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 93-110.

¹⁹ Sobre la actitud ambigua de Pilar Primo de Rivera ante la Unificación, así como los beneficios obtenidos, véase PRESTON, P.: *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, pp. 155-159.

²⁰ Circular n.º 12, dictada en Salamanca, el 19 de julio de 1937 y firmada por López Bassa, en el *Boletín del Movimiento de FET-JONS (BMFET)*, n.º 1, 15/8/1937, en la que se especificaba que «todas las afiliadas al Movimiento pertenecen a la Sección Femenina y por tanto están sujetas a la disciplina y jerarquía de la citada Delegación».

quedó adscrita a la Sección Femenina, «bajo la disciplina de su Delegación Nacional», el Servicio Social, una especie de militarización femenina creada por Mercedes Sanz Bachiller que obligaba a todas las mujeres de entre 17 y 35 años a prestar servicios gratuitos durante seis meses en centros asistenciales. Gracias a estas circunstancias, la organización de Primo de Rivera adquirió una posición privilegiada para controlar los destinos de sus militantes e, indirectamente, de todas las mujeres españolas a través de los cursos de economía doméstica y el cumplimiento del Servicio Social, que se mantendría en vigor hasta 1978. De forma congruente con las aspiraciones totalitarias fascistas, la Sección Femenina asumía «su verdadera y más trascendental misión»: la formación de las mujeres con el fin de que perpetuaran esa raza que tanta gloria había dado a la Cruzada, y transmitieran la doctrina de José Antonio a sus esposos e hijos²¹.

Pero en la práctica, en una coyuntura como la posguerra, definida por la desmovilización social, las dirigentes falangistas diseñaron una política que entraba en contradicción con estos ideales²². No ocultaron su intención de captar a nuevas afiliadas, que se formarían en los cursillos de formación en la Escuela de Mandos, instalada en el Castillo de la Mota. Tampoco disimularon su empeño por encuadrar a las trabajadoras, por más que la dictadura hubiese hecho explícita la voluntad de liberar a la mujer del taller y de la fábrica. La creación de cuerpos y servicios de distinta índole fueron algunas muestras de este afán por controlar, a la vez que reconocer e impulsar, la actividad pública femenina. Así sucedió, en plena autarquía, con el Cuerpo de Enfermeras de FET-JONS, creado en enero de 1942, el servicio de enlaces de la Sección Femenina en la CNS en diciembre de 1938 y la Regiduría de Divulgación y Asistencia Sanitario-Social en 1940. En ese mismo año la Hermandad de la Ciudad y el Campo se reconfiguró para que asumiera las competencias del Departamento Auxiliar de Sindicatos, que había atendido hasta entonces las relaciones entre la Sección Femenina y la Organización Sindical²³. Dos décadas después, cuando la liberalización de la economía facilitó el acceso de las mujeres al mercado laboral, se creó en los años 1966 y 1967 el Departamento de Trabajo de la Mujer como órgano interlocutor relativamente autónomo

²¹ PRIMO DE RIVERA, P.: *Discursos, circulares, escritos*, Madrid, Afrodisio Aguado (s.d.) pp. 47-53.

²² La interpretación de la Sección Femenina de Falange como una plataforma que favoreció el acceso de las mujeres al espacio público durante el franquismo ya fue propuesta hace años por GRAHAM, H.: «Gender and the State: Women in the 40s», en GRAHAM, H., LABANYI, J. (ed.): *Spanish Cultural Studies. An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 182-195; y BLASCO, I.: *Armas femeninas para la contrarrevolución: La Sección Femenina en Aragón (1936-1950)*, Málaga, Atenea, Universidad de Málaga-Instituto Aragonés de la Mujer, 1999.

²³ JIMÉNEZ LUCENA, I.: «Un espacio para mujeres. El Servicio de Divulgación y Asistencia Sanitario-Social en el primer franquismo», *Historia Social*, 39 (2001), pp. 67-85; MARÍAS CADENAS, S.: «Por España y por el campo». *La Sección Femenina en el medio rural oscense*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2011.

entre la Sección Femenina y la OSE, y la Comisión Asesora Nacional del Trabajo Femenino²⁴.

Tal y como ha puesto de relieve Kathleen Richmond, Pilar Primo de Rivera y su entorno fueron sensibles a los cambios que trajeron la crisis de gobierno de 1941 y la Ley de Sucesión en 1947, desfavorables para los falangistas. Tras el cambio ministerial de 1957, que benefició claramente a los tecnócratas, la delegada consideró seriamente la posibilidad de dimitir, según cuenta en sus memorias. Pero ante estos cambios impuestos por el régimen, y que respondían a las presiones internas y externas que experimentaba la dictadura, las mujeres de la Sección Femenina apostaron por el pragmatismo, así como por mantener una retórica y un estilo que reforzara su identidad falangista, construida siempre en torno al legado joseantoniano. Tras la destitución de Arrese y Girón de Velasco en 1956, barajaron varios proyectos de futuro como separarse del Movimiento Nacional, convirtiéndose en una asociación política, eliminar el contenido político de sus programas y apostar por la modernización y racionalización de los departamentos. Las propuestas de la SF para salir de la crisis impuesta por la reordenación ministerial implicaban, en definitiva, ampliar la base, en lugar de limitarse a ser un grupo exclusivo, y no abandonar su acción en la esfera pública, que ellas consideraban una contribución decisiva para la sociedad española²⁵.

Por otra parte, de esa crisis de identidad surgió una línea de actuación diferente, dirigida también a superar el abismo que existía entre las elites y las masas. Así, la Sección Femenina fue el caldo de cultivo de una corriente reformista muy moderada, que encarnaron algunas mujeres salidas de sus filas²⁶. Éste fue el caso de la abogada Mercedes Formica, militante falangista ya antes de 1936, pero capaz de ver cómo a medida que pasaban los años la situación legal de la mujer española seguía sumida en una oscuridad propia de otros tiempos. En 1953 inició una campaña en el diario *ABC* para reivindicar algunas mejoras en el Código Civil. La campaña tuvo un eco enorme, a nivel nacional e internacional, hasta que consiguió que sus propuestas de reforma se aprobaran en 1958. La ley introducía algunos cambios en el Código Civil, pequeños pero indicativos de que algo comenzaba a moverse, como la posibilidad de que las mujeres casadas pertenecieran a organismos tutelares o fueran testigos en los testamentos, el derecho a mantener la patria potestad sobre sus hijos habidos en un matrimonio anterior, o a permanecer en su domicilio, que dejaba de ser exclusivamente del marido, durante un proceso de separación. También se equiparó el tratamiento jurídico

²⁴ MARÍAS CADENAS, S.: «Por España y por el campo»..., *op. cit.*, pp. 243-244.

²⁵ RICHMOND, K.: *Las mujeres del fascismo español. La Sección Femenina de Falange*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 181-182.

²⁶ OFER, I.: «La legislación de género de la Sección Femenina de la FET. Acortando distancias entre la política de élite y las masas», *Historia y Política*, 15 (2006), pp. 219-240.

del adulterio, que fue motivo de separación tanto si lo cometía el hombre como la mujer. Le siguió la reforma del Código Penal en 1963, en virtud de la cual se eliminaron esas penas leves y excepcionales que recaían sobre el delito de «paricidio por honor»²⁷.

En 1961 se aprobó la Ley de Derechos políticos, profesionales y laborales de la mujer, una ley que reproducía básicamente los contenidos de la propuesta que Mercedes Formica había presentado al I Congreso Hispanoamericano Filipino de 1951. Ahora era Primo de Rivera quien la defendía ante las Cortes franquistas. Las mujeres pudieron elegir y ser elegidas para el desempeño de un cargo público, tenían derecho a acceder a todos los niveles de enseñanza, a participar en oposiciones en las mismas condiciones que los hombres y a firmar contratos de trabajo, convenios colectivos y reglamentaciones de empresa, sin que pudieran ser objeto de discriminación alguna por razones de sexo o de estado civil.

Mujeres como Mercedes Formica, Belén Landáburu y Mónica Plaza, procuradoras en Cortes —un cargo al que accedieron trece mujeres a lo largo de cuarenta años de dictadura²⁸—, representaron ese sector del falangismo consciente de la necesidad de introducir cambios que modificasen las relaciones de poder entre hombres y mujeres de acuerdo con las pautas europeas. El falangismo femenino, desde esta perspectiva, aparte de ser una plataforma que contribuyó a la acción de las mujeres en la esfera pública, fue uno de los ámbitos que propició la emergencia de posiciones disidentes con respecto a esa legislación franquista que pretendía garantizar la eterna sumisión de la mujer al varón.

LA «OBRA PREDILECTA» DEL RÉGIMEN: LA ORGANIZACIÓN JUVENIL FALANGISTA

Otro de los grandes colectivos que estuvo en el punto de mira de los falangistas fueron los jóvenes. Junto a las mujeres, habían hecho su aparición con fuerza en la escena pública durante el periodo de entreguerras, al haber sido movilizadas por opciones políticas diversas, como el socialismo, el comunismo y el catolicismo. La retórica revolucionaria de Falange, además de las posiciones «accidentalistas» de la CEDA, favoreció que el partido de José Antonio tuviera un éxito especial entre ellos, por mucho que el respaldo material viniera de los mayores que mantenían su fidelidad al monarquismo²⁹. El encuadramiento de los

²⁷ RUIZ FRANCO, R.: *Mercedes Formica (1916-)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1997, y *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

²⁸ FRANCO RUBIO, G.: «De la vida doméstica a la presencia pública: Las mujeres en las cortes franquistas», en PÉREZ CANTÓ, P. (ed.): *De la democracia ateniense a la democracia paritaria*, Barcelona, Icaria, 2009, pp. 187-207.

²⁹ El Pacto del Escorial como símbolo del encuentro entre falangistas y monárquicos, en SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, p. 47.

jóvenes se presentó como una pieza clave de la estrategia para impulsar la revolución nacionalsindicalista. El SEU, constituido en noviembre de 1933, fue un instrumento para la desestabilización de la II República, nacido para aplastar a la FUE con el uso de la violencia y la propaganda³⁰.

Por lo que respecta a los jóvenes no universitarios, fue ya bien entrado el año 1937 cuando se planteó por primera vez la creación de la Organización Juvenil (OJ) como órgano de encuadramiento que reuniera formalmente a falangistas (Flechas) y tradicionalistas (Pelayos), y que tuviera como objetivo prioritario la formación de las nuevas generaciones en el ideario falangista mediante actividades al aire libre de carácter lúdico, pero también con una dimensión educativa y propagandística. Si bien al principio se propuso por parte de Dionisio Ridruejo un plan formativo coherente, dividido en cuatro grados, con el fin de insertar a la OJ en el sistema educativo, al final se consideró más adecuado el plan de Sancho Dávila, confirmado en mayo de 1938 como delegado de la Organización Juvenil, que presentaba un perfil más cultural y menos castrense, como complemento a la enseñanza escolar con actividades durante el tiempo libre. Acabada la guerra, el proyecto de Enrique de Sotomayor, cargado de retórica radical, concebía un Frente de Juventudes que extendiese los ideales nacionalsindicalistas a todos los jóvenes españoles, contando con el SEU como pieza clave³¹.

El encuadramiento de los jóvenes por parte de FET-JONS ha sido, por lo general, visto como la historia de un fracaso. Como ya apuntara Juan Sáez Marín en su libro pionero sobre el Frente de Juventudes, el balance de la organización juvenil en la primera posguerra no podía ser más desolador, pues «no existía una política de juventud al no existir objetivos claros ni medios para conseguir tales objetivos»³². La Ley Fundacional del Frente de Juventudes (FJ), del 6 de diciembre de 1940, sancionaba esa posición paternalista del régimen con respecto a sus jóvenes, a los que brindaba fórmulas de socialización y formación, entendida ésta como adoctrinamiento político y educación premilitar para los chicos.

Pero al igual que otros espacios de encuadramiento, el FJ se vio traspasado por una serie de contradicciones que limitaron sus aspiraciones totalitarias. Una,

³⁰ RUIZ CARNICER, M. Á.: *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 51-72.

³¹ SÁEZ MARÍN, J.: *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la postguerra (1937-1960)*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 33-62.

³² *Ibidem*, p. 77. Con frecuencia se utiliza la palabra «fracaso» en los títulos relacionados con la organización juvenil franquista. Así se constata en los repases bibliográficos que ofrecen RODRÍGUEZ BARRERO, Ó.: «Juventud y franquismo. Los inicios del Frente de Juventudes en Almería», en RIVERA MENÉNDEZ, J. y GUTIÉRREZ NAVAS, M. (ed.): *Sociedad y política almeriense durante el régimen de Franco*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, pp. 183-185; y CAÑABATE VECINA, J. Á.: «Juventud y franquismo en España. El Frente de Juventudes 1940-1960» en MIR, C. (ed.): *Jóvenes y dictaduras de entreguerras. Propaganda, doctrina y encuadramiento: Italia, Alemania, Japón, Portugal y España*, Lleida, Editorial Milenio, 2007, pp. 136-139.

la ambigüedad entre el concepto de afiliación y encuadramiento. Al menos en teoría, todos los jóvenes españoles estaban encuadrados en el FJ, sin que fuera necesario formalizar la afiliación al mismo. La documentación revela que, por el contrario, fueron numerosas las resistencias a la afiliación, sobre todo por parte de las familias más identificadas con el régimen, a la vez que los mandos se quejaban de manera reiterada sobre la procedencia social humilde de la mayor parte de los chicos. Otra, el hecho de que los niños y jóvenes susceptibles de ser encuadrados se encontraran en las escuelas y colegios privados, católicos en su inmensa mayoría, y por lo tanto fuera necesario imponer la presencia de los instructores del FJ en esos centros de enseñanza, algo que fue percibido como una injerencia falangista por parte de sus directores. En el fondo de este conflicto latía la tensión entre los intereses de la Iglesia católica, que había conseguido el monopolio de la educación desde 1936, y los del partido, carente de un espacio propio que les garantizase la posibilidad de gestionar un modelo alternativo de educación y socialización³³.

Por último, también suele señalarse como uno de los factores del fracaso la escasez de medios humanos y materiales para llevar a la práctica esos objetivos, que habían quedado ya muy mermados ante la imposibilidad de competir con otras agencias socializadoras de la juventud. De ahí que concentraran sus esfuerzos en una minoría de jóvenes encuadrados, los 140.000 afiliados voluntarios organizados en centurias que integraron las Falanges Juveniles de Franco (1 de Enero de 1942), bajo la dirección de los delegados provinciales del Frente de Juventudes. También en la formación de los instructores, principal vehículo de transmisión del ideario falangista y garantía última de la presencia del FJ en colegios, escuelas y hogares infantiles. Por último, en la integración del SEU, empeño que se transformó en una fuente de conflictos a lo largo de los años cuarenta y cincuenta.

Las contradicciones estallaron en la década de los 50, al calor de la apertura en materia educativa de Joaquín Ruiz Giménez. La organización de los «Encuentros entre la Poesía y la Universidad», plataforma con presencia de representantes de la intelectualidad disidente y, posteriormente, en 1955 del «Congreso Universitario de Escritores Jóvenes», constituyeron intentos de politización de los estudiantes, a la vez que fórmulas para la canalización de las inquietudes intelectuales y de la frustración acumulada en una universidad cercenada desde el punto de vista científico y organizativo. Los sucesos de febrero de 1956 en la Universidad de Madrid fueron la eclosión de las ambivalencias que arrastraban desde sus orígenes. Por un lado, el SEU se había convertido una plataforma para la disiden-

³³ Las distintas propuestas educativas de católicos y falangistas han sido magníficamente descritas en MORENTE VALERO, F.: *La escuela y el Estado Nuevo. La depuración del Magisterio Nacional (1936-1943)*, Valladolid, Ámbito, 1997.

cia cultural, en la medida que ofrecía actividades culturales y publicaciones, como la revista *Laye*, bastante abiertas y plurales, necesarias para encontrar arraigo en el colectivo estudiantil; pero a la vez, su razón de ser era servir de instrumento de control a la dictadura en la universidad.

Muchos seuístas, sumidos en la contradicción que suponía mantener vivo el ideal para el que había sido creado —atraer al colectivo de universitarios— y la impotencia para llevarlo a la práctica, acabaron entrando en un proceso de frustración y autocrítica ante la constatación realista de que era imposible conciliar ambos objetivos. Al haberse alineado con el régimen en la crisis de 1956, el SEU experimentó un proceso de burocratización en los años siguientes, a la vez que persistió en su empeño de buscar fórmulas que le permitieran garantizar su espacio en el ámbito universitario³⁴. No parece una casualidad que este sindicato, el órgano de encuadramiento que peor resolvió este desfase entre la fidelidad al régimen y la atención a las demandas que emergían de sus filas, o de los colectivos susceptibles de ser integrados, quedara disuelto de forma muy temprana, por un Decreto del 5 de abril de 1965.

Unos años después, en un contexto marcado por la presencia de José Solís en la Secretaría General del Movimiento, y su intento de renovar la política juvenil, el Decreto Ordenador de la Delegación Nacional de Juventudes, de noviembre de 1961, establecía nuevos objetivos de corte educativo, de servicios y asociativo que, siguiendo modelos occidentales, estimulase y controlase los movimientos y asociaciones juveniles, para canalizar las inquietudes de socialización de los jóvenes. Que se definieran dos tipos de asociaciones, las propias y «otras asociaciones», era síntoma de que la sociedad española estaba en un proceso de cambio profundo, y los falangistas eran sensibles a él. Comenzaba, pues, un proceso de relajación en el monopolio del control de la juventud, y de adecuación a otras pautas sociales y culturales más acordes con los tiempos que corrían³⁵.

UN BALANCE Y UNA REFLEXIÓN SOBRE EL «CONSENSO»

Tal y como han apuntado varios historiadores, el término «consenso» no parece adecuado para aludir a la aceptación o aquiescencia del régimen por parte de la sociedad. La utilización de este concepto fue propuesta por Renzo de Felice por primera vez para el caso del fascismo italiano y, tras un importante debate historiográfico, se importó para analizar el caso español en los años ochenta, al hilo de los primeros trabajos académicos sobre el franquismo. Dadas las limitaciones que este término ofrece para explicar las relaciones entre un régimen

³⁴ Esta es la tesis de RUIZ CARNICER, M. Á., *El Sindicato Español Universitario...*, op. cit.

³⁵ SÁEZ MARÍN, J.: *El Frente de Juventudes...*, op. cit., pp. 174-177.

dictatorial y la sociedad civil, y puesto que la palabra «consenso» se refiere, según el diccionario de la Real Academia Española, al «acuerdo producido por consentimiento entre todos los miembros de un grupo o entre varios» sería más adecuado preguntarse si existió un «consentimiento» generalizado de las masas con respecto al régimen de Franco. Al fin y al cabo, el término de «consenso» resulta poco apropiado para describir las respuestas «desde abajo» a esas medidas que perseguían la adhesión activa o pasiva de los españoles, pero nunca fueron el resultado del acuerdo o la negociación con ellos³⁶.

En definitiva, y a la luz de los resultados que ofrecen numerosos trabajos de investigación sobre la sociedad española durante la dictadura, podemos afirmar que no hubo una aceptación generalizada ni entusiasta del régimen, sino más bien un conjunto de actitudes, variadas, plurales y cambiantes según las coyunturas o circunstancias, que los historiadores han clasificado con categorías distintas: adhesión, conformidad, resistencia pasiva, oposición...³⁷

La mera presencia de obreros, jóvenes y mujeres en las filas de Falange es a todas luces insuficiente para afirmar que el régimen disfrutó del «consenso» o el «consentimiento» de la sociedad española. Como se ha intentado demostrar a lo largo de estas páginas, de los órganos de encuadramiento de Falange pudieron surgir actitudes que entraban en contradicción con las posiciones inmovilistas del régimen. Además, muchos afiliados o adheridos no pasaron de ser receptores pasivos, o usuarios instrumentales, de la oferta asistencial, cultural o lúdica que estas delegaciones ofrecían. Y aunque sin duda la dimensión asistencial del falangismo contribuyó a difundir una buena imagen de la dictadura que difícilmente hubiera conseguido recurriendo de manera exclusiva a la violencia, otros factores, como la dificultad para elaborar referencias discursivas y prácticas asociativas alternativas por la gestión excluyente de la «Victoria», o la mejora del nivel de vida gracias a la liberalización económica, contribuyeron en mayor medida a que millones de españoles se identificaran con la dictadura de Franco³⁸.

³⁶ Repasos historiográficos y reflexiones sobre el concepto de «consenso» en la dictadura de Franco en CALVO VICENTE, C.: «El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista», *Spagna Contemporánea*, 7 (1995), pp. 141-163; SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, pp. 171-180; SEVILLANO CALERO, F.: «Consenso y violencia en el «Nuevo estado» franquista: historia de las actitudes cotidianas», *Historia Social*, 46, 2003, pp. 159-171; CENARRO, Á.: *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la Guerra civil y la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2006, p. XII; CABANA IGLESIA, A.: *Xente de orde. O consentimento cara ao franquismo en Galicia*, A Coruña, tresCtres, 2009, pp. 37-49; CABANA IGLESIA, A.: «De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940-1960)», *Historia Social*, 71 (2011), pp. 89-106.

³⁷ DE RIQUER I PERMANYER, B.: «Actituds polítiques catalanes davant el primer franquisme (1939-1950)», *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 179-193; FONT I AGULLÓ, J.: «Nosotros no nos cuidábamos de la política». Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959», *Historia Social*, 49 (2004), pp. 49-66.

³⁸ RICHARDS, M.: «El régimen de Franco y la política de memoria de la guerra civil española», ARÓSTEGUI, J., GODICHEAU, F. (eds.): *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons-Casa de Velázquez, 2006, pp. 167-200.

El lugar de Falange, fue, más bien, ambivalente. Al intentar propiciar la adhesión al régimen por parte de las masas, entró en una espiral de contradicciones que, por un lado, le llevó a proponer un adoctrinamiento a los afiliados (y también de los no afiliados), así como a garantizar la fidelidad de los españoles a la dictadura; por otro, fue uno de los espacios en los que se abrieron dinámicas de cambio que, con sus límites y sus retrocesos, permitieron reformular la manera en la que mujeres, jóvenes y obreros podían estar en Falange y en la dictadura de Franco. Hasta qué punto esta dinámica convergió con otras que surgían de otros entornos, como el del catolicismo y el del antifranquismo en la etapa final de la dictadura, o, por el contrario, se quedó por el camino, víctima de la identificación de Falange con el régimen, es quizá, una pregunta que deberíamos formularnos en futuras investigaciones.

FAMILIAS POLÍTICAS, ESTRUCTURAS DE PODER, INSTITUCIONES DEL RÉGIMEN

GLICERIO SÁNCHEZ RECIO
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

En primer lugar, aunque esto no sería preciso recordarlo, el régimen franquista fue una dictadura impuesta por la fuerza con la ayuda militar y económica de las dictaduras fascistas de Italia, Alemania y Portugal, de las que recibió además importantes préstamos ideológicos, políticos y organizativos. Tratar de todas estas cuestiones no me corresponde a mí y, por otra parte, estoy seguro que todos los presentes las tienen suficientemente claras. Pero con esta advertencia pretendo salir al paso para que nadie piense que hablar de «familias políticas» o, al menos, llevar la expresión al título de la ponencia suponga algún riesgo de retomar la vieja cuestión del «pluralismo político limitado» tan querida por Juan José Linz y asumida de forma completamente acrítica por muchos de nuestros colegas.

LOS GRUPOS POLÍTICOS DEL FRANQUISMO

La expresión o el concepto «familias del régimen» tuvo un gran éxito en la Sociología y la Historiografía por la fuerza retórica que encierra, pero no parece el más adecuado para un análisis de los políticos del franquismo. El término «familias» tiene un significado de carácter parental y aquí se utilizará desde la perspectiva de la sociología y la política. Este concepto alcanzó gran relevancia a partir de 1975 por la publicación del libro de Amando de Miguel: *Sociología del franquismo. Análisis ideológico de los ministros del Régimen*, en el que clasificaba a quienes desempeñaron tales cargos en los siguientes grupos, que él denominaba familias: militares, primorriveristas, tradicionalistas, monárquicos, falangistas, católicos, integristas, tecnócratas y técnicos¹. «Familias del régimen», además, da a entender que todas derivaban de un tronco común, pero sucede justamente lo contrario, es decir, que son distintos grupos (familias) que confluyen hacia el régimen franquista porque sus planteamientos ideológicos eran semejantes y sus

¹ MIGUEL, A. de: *Sociología del franquismo. Análisis ideológico de los ministros del Régimen*, Barcelona, Editorial Euros, 1975.

intereses, idénticos. Por lo tanto, usaré preferentemente la expresión de «grupos políticos», diversos pero agrupados en una especie de coalición, «la coalición reaccionaria».

Se han utilizado otros conceptos para expresar la misma realidad sociopolítica, tales como «personal político» y «elites políticas»; pero con éstos se reduce demasiado el número de personas que se incluye en cada grupo², ya que se utiliza en su elaboración un criterio muy restringido: el posicional, aplicado a las personas que ocupaban el poder en las instituciones del Estado, según Carles Viver, y el de elite -grupo selecto- aplicado a los situados en las alturas del «aparato del Estado», según Miguel Jerez. Asimismo, se ha utilizado el concepto de «cuadros políticos» para incluir a los que se hallaban en las capas bajas e intermedias del régimen franquista, definiéndolo como «conjunto de personas que, disponiendo de la debida cualificación y legitimidad dentro del sistema, coordinan y dirigen las actividades de una determinada institución u organización política»³. Estos conceptos, aunque complementarios, se refieren sólo a quienes ejercieron una actividad política específica pero no aluden en concreto a la función de apoyo social del régimen franquista que los grupos políticos prestaron también.

Con la utilización del concepto «coalición reaccionaria», y sólo de forma analógica, se pretende explicar la naturaleza del partido franquista, FET y de las JONS -partido único-, de las relaciones que se dieron entre los distintos grupos que lo configuraron desde su fundación y las de éstos con los que se integraron en etapas sucesivas. Este concepto exige la presencia de tres elementos: la existencia de dos o más grupos distintos; la afinidad ideológica, que supone el mantenimiento de principios e ideas de carácter ultraconservador (reaccionario), tomando como punto de referencia negativa la política reformista de la II República, contra la que se habían rebelado; y la voluntad expresa de ejercer el poder en un régimen antidemocrático, de dictadura. Es evidente que estos tres elementos se daban en FET y de las JONS; pero ha de afirmarse también que, a pesar de reconocerse *de facto* la existencia de los grupos políticos, éstos no existían *de jure*, porque el régimen franquista sólo admitía la existencia de su partido único. En consecuencia, aquellos grupos no disponían de organización propia ni de autonomía para celebrar actos específicos y la coalición estaba sometida a los mismos condicionantes.

Respecto a la relación del dictador con los grupos políticos integrados en la coalición reaccionaria, ha habido historiadores que afirmaron que el General Fran-

² VIVER PI-SUNYER, C.: *El personal político de Franco (1936-1945). Contribución empírica a una teoría del régimen franquista*, Barcelona, Vicens Vives, 1978; y JEREZ MIR, M.: *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982.

³ Cuadro es un término analógico. En este caso, su significado original es el militar, como conjunto de mandos (jefes, oficiales y suboficiales) que forman la estructura de una unidad del ejército. SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de origen e identidad de intereses*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1996, p. 10.

co ejercía el arbitraje entre los distintos grupos políticos del régimen en los casos de desacuerdo o conflicto⁴; sin embargo, el ejercicio del arbitraje en aquellos casos habría supuesto otorgarles más autonomía y facultades de las que realmente disponían ya que el dictador asignaba los poderes que habían de ejercer sus colaboradores y, una vez delimitados los respectivos campos de actuación, el Generalísimo imponía su criterio (daba órdenes) en los casos de conflicto.

Finalmente, los grupos que se integraron en la coalición reaccionaria y, en definitiva, se incorporaron al régimen franquista, desde la creación del partido único, el 19 de abril de 1937, hasta octubre de 1969, fecha en la que cambió profundamente la relación de fuerzas en el interior de la coalición, fueron, aparte de los militares que estuvieron siempre presentes a lo largo del régimen, Falange Española y de las JONS y la Comunión Tradicionalista, a los que se han de unir los monárquicos de Renovación Española (RE). Todos ellos habían intervenido en la preparación de la trama de la rebelión y se adhirieron a la rebelión militar inmediatamente después de producirse su estallido. Estos grupos actuaron en el gobierno y el control de la retaguardia franquista en los municipios y provincias, y junto a los militares formaron parte de los primeros gobiernos franquistas.

En 1945 se incorporaron a la coalición reaccionaria los militantes católicos, políticos formados en las organizaciones de la Acción Católica, particularmente en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP). Al finalizar la II Guerra Mundial los falangistas, que habían predominado en la coalición reaccionaria hasta entonces, por su relación con los partidos fascistas no eran los más adecuados para representar al régimen en el exterior ni para tomar la iniciativa en el proceso de institucionalización que era preciso abordar. De ahí que el grupo elegido por el dictador fuera el de los militantes católicos, pensando en la posible rentabilidad política de la relación de éstos con los políticos europeos demócratas cristianos, por su proximidad ideológica como miembros de la Acción Católica. No deja de ser llamativo que el Ministro de Asuntos Exteriores designado fuera Alberto Martín Artajo, que entonces era Presidente Nacional de Acción Católica, y que a su equipo se le encargara la redacción de los proyectos de institucionalización del régimen. Con este nombramiento, y otros en 1951 [Joaquín Ruiz-Giménez, Ministro de Educación Nacional], la jerarquía eclesiástica, en particular monseñor Pla y Deniel, arzobispo de Toledo, tendría una vía directa para intervenir en la política activa, un aspecto del nacionalcatolicismo al que no se le ha prestado la atención debida.

La presencia de los militantes católicos en el gobierno de Franco y en la coalición reaccionaria redujo pero no anuló el poder del grupo falangista; con lo que se delimitaba una línea de confrontación política entre católicos y falangistas porque tenían proyectos distintos acerca de la definición política del régimen, tal como

⁴ TUSELL, J.: *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 150-160.

se manifestó entre 1945 y 1947 [Leyes Fundamentales de «Fuero de los Españoles» y «Sucesión»] y entre 1956 y 1957, en las postrimerías de la etapa de mayor influencia de los militantes católicos, cuando se debatía la forma de cerrar el proceso de institucionalización.

El último grupo político, con entidad de tal, en incorporarse al gobierno y, por lo tanto, a la coalición reaccionaria, fue el de los tecnócratas del Opus Dei. Anteriormente ya había habido tecnócratas, a título individual, en los gobiernos de Franco, sobre todo en los ministerios económicos, cuyo perfil político mínimo requerido lo constituían la lealtad a Franco y el no sentir ninguna veleidad de tendencia liberal. Pero el grupo que se incorporaba en 1957, también a las carteras económicas, presentaba unas características determinadas: eran especialistas y técnicos en economía y derecho administrativo; conocían el estado real de la economía española y las tendencias de la economía en el mundo occidental; eran firmes partidarios de la liberalización económica y de la integración de la economía española en la de los países occidentales y, en particular, en la del Mercado Común Europeo; otorgaban prioridad absoluta a la economía sobre cualquier otro aspecto de la actividad política; no albergaban ninguna inclinación hacia la actividad política por vías democráticas, por lo que no hallaron obstáculo en participar en un gobierno de dictadura; y por último, todos ellos pertenecían o estaban próximos a la organización religiosa del Opus Dei, lo que no es un elemento circunstancial, a pesar de sus propias declaraciones, sino que, dadas las características de la institución, ésta contribuía a moldear la ideología y condicionaba la acción de sus miembros. La presencia de este grupo en la coalición reaccionaria dio lugar a una serie de enfrentamientos con el grupo falangista que alcanzaron su nivel máximo en el verano de 1969, con el nombramiento de D. Juan Carlos de Borbón como sucesor en la Jefatura del Estado a «título de Rey» y el estallido del «caso Matesa» en el interior del Consejo de Ministros. La capacidad de influencia de este grupo dentro del régimen franquista quedó patente en la formación del gobierno de octubre de 1969, al que los comentaristas ya entonces denominaron «gobierno monocolor».

LAS ESTRUCTURAS DE PODER

Se consideran aquí estructuras de poder el Gobierno de la nación, el partido único (FET y de las JONS), el sindicato vertical (CNS) y la red de intereses que presta los apoyos sociales y políticos al régimen. Pero antes de adentrarnos en el análisis de cada una de ellas es preciso dejar constancia de la pretensión del dictador y de sus colaboradores políticos más próximos de construir un régimen totalitario, inducidos sin duda por sus aliados políticos, aunque ante este objetivo surgió la oposición de dos destacados sectores del régimen dispuestos a defender su autonomía frente a las intromisiones políticas del partido único.

El general Franco como jefe del ejército y del Estado recibió de la rebelde Junta de Defensa Nacional todo el poder militar y político, argumentando de la siguiente forma:

Razones de todo linaje señalan la alta conveniencia de concentrar en un solo poder todos aquellos que han de conducir a la victoria final, y establecimiento, consolidación y desarrollo del nuevo Estado, con la asistencia fervorosa de la nación (Decreto de 29 de septiembre de 1936, BOE del 30).

Pues bien, el general Franco mantuvo y ejerció hasta su muerte los poderes que recibió de la Junta de Defensa Nacional y a ellos remiten sucesivamente los textos oficiales cuando se trata de tomar decisiones respecto a la gobernación del país o diferenciar los poderes de Franco de los de las instituciones del régimen. Para ilustrar esto bastan dos ejemplos muy representativos: la Ley sobre la Administración Central del Estado, del 8 de agosto de 1939, en cuyo artículo 7, remitiendo a otra ley semejante del 30 de enero de 1938, se decía que:

Correspondiendo al Jefe del Estado la suprema potestad de dictar normas jurídicas de carácter general..., sus disposiciones y resoluciones, adopten la forma de leyes o de decretos, podrán dictarse, aunque no vayan precedidas de la deliberación del Consejo de Ministros...

Y en el preámbulo de la Ley de Creación de las Cortes Españolas, del 17 de julio de 1942, se confirmaba que:

Continuando en la Jefatura del Estado la suprema potestad de dictar normas jurídicas de carácter general..., el órgano que se crea significará, a la vez que eficaz instrumento de colaboración en aquella función, principio de autolimitación para una institución más sistemática del poder.

La creación del partido único resultó ser también uno de los actos fundacionales del nuevo Estado a cuyo frente se colocó el general Franco como jefe nacional, a pesar de no haber militado en ninguno de los partidos con los que se organizó FET y de las JONS. De esta forma los poderes políticos recibidos de la Junta de Defensa Nacional se fortalecían con una tupida red de cargos públicos que en buena parte dependían de la voluntad discrecional del jefe del Estado. El régimen que se estaba estableciendo, además, se hallaba en consonancia con los regímenes más poderosos entonces de Europa Occidental, las dictaduras nazi y fascista en Alemania e Italia, respectivamente, que ayudaron al Generalísimo durante la guerra y no fueron obstáculo para ser reconocido por otros países occidentales, como Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

La pretensión totalitaria del régimen franquista se basaba en los puntos programáticos de FE de las JONS, cuyo ideario fue otorgado por el jefe nacional al nuevo partido FET y de las JONS, con lo que el grupo falangista era colocado en una situación de privilegio en la nueva organización política y se creaba al mismo tiempo un campo de enfrentamiento permanente entre los falangistas y los demás grupos

de la coalición reaccionaria. Así el Punto 6 de FE de las JONS decía de forma clara y contundente:

Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria.

Todos los españoles participarán en él a través de su función familiar, municipal y sindical. Nadie participará a través de los partidos políticos. Se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos, con todas sus consecuencias... y Parlamento del tipo conocido.

Sobre el Estado como «instrumento totalitario» se pronuncia de nuevo el preámbulo del Fuero del Trabajo, del 9 de marzo de 1938, que sería declarado en 1947 primera ley fundamental del régimen (Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, art. 10). Entre este Estado totalitario y FET y de las JONS se había establecido una relación muy profunda ya que en el artículo 1º de los Estatutos del partido franquista, del 4 de agosto de 1937, éste se definía como «el movimiento militante inspirador y base del Estado español, que en comunión de voluntades y creencias asume la tarea de devolver a España el sentido profundo de una indescriptible unidad de destino y de la fe...». El calificativo de totalitario se adecuaba perfectamente al régimen que trataba de implantar el Generalísimo ya que éste, como máxima encarnación del Estado, había asumido todos los poderes y abolido las libertades individuales que reconocen los regímenes democráticos. Ambas características facultaban al Estado franquista para invadir todos los ámbitos de la vida pública y privada valiéndose de su única y exclusiva organización política. Sin embargo, aparte de los conflictos dentro de la coalición reaccionaria, surgieron otros más graves con el ejército y la jerarquía eclesiástica que defendieron sus esferas de autonomía ante las pretensiones falangistas.

Todos los oficiales del ejército eran miembros del partido único según los estatutos de FET y de las JONS (art. 5, B). A pesar de esto, se ha de tener en cuenta el principio inquebrantable de la lealtad que los militares profesaron a Franco durante todo su régimen y asimismo que el ejército tuvo siempre el convencimiento de ser una institución autónoma, es decir, de no depender de ninguna otra autoridad política u organización, a excepción del Jefe del Estado y de sus autoridades propias: ministros, capitanes generales, etc.; pero esto no impedía que algunos militares de alta graduación se reconocieran más próximos a las ideas de uno u otro de los sectores integrados en FET y de las JONS. Los militares, por lo tanto, a pesar de estar estatutariamente incorporados a FET y de las JONS, se inclinaron ideológica y políticamente por las diversas opciones contenidas en la coalición reaccionaria, pero dejando a salvo la unidad y la autonomía del ejército. Por ello estuvieron en contra del excesivo poder del sector falangista en la primera época y se consideraron permanentemente defensores del régimen político implantado por el Generalísimo. En términos generales, puede decirse que los militares sólo consideraron a los políticos del partido único como instrumento de la acción política al servicio del Estado encarnado por el general Franco. Es decir, que su actitud ante ellos no había

cambiado desde la guerra civil, coincidiendo este planteamiento con el que mantenía el propio Franco.

La jerarquía eclesiástica, en cambio, fue más proclive a aceptar las propuestas falangistas y a defender al régimen de las acusaciones de «estatismo». Es muy clarificador el informe enviado al Vaticano por el cardenal primado, monseñor Isidro Gomá, el 24 de abril de 1937 sobre el «decreto de unificación» y la opinión en la España franquista en torno a la encíclica papal sobre «la situación de la Iglesia en el Reich Germánico», en el que destaca su distinta actitud respecto al partido y el general Franco⁵. Sobre FET y de las JONS decía:

Falange, sin negar un sentido de espiritualidad a muchos miles de sus componentes, pero la resultante de la agrupación como tal da un producto de fuerza y de pragmatismo nacional y social en el que predomina menos la idea cristiana. La natural tendencia, que se observa en la literatura de los periódicos de Falange, de imitación del hitlerismo alemán y del fascismo italiano, podría acentuar esta orientación hacia la exaltación de la fuerza material y de la omnipotencia del Estado.

Pero, a pesar de esta opinión y de los temores que expresaba, el Cardenal Primado pensaba que no era conveniente dar mayor difusión a la encíclica papal, aunque no había tenido mucho eco en la prensa franquista, porque a su juicio:

...Podría servir de pretexto para censurar a uno de los componentes de la unión, Falange Española, de tendencia más o menos hitleriana con posible perjuicio de la máxima unidad que debe ser la nota predominante en los actuales momentos críticos por que atraviesa España.

En cambio, su opinión sobre el general Franco era sumamente favorable, considerándolo el soporte más seguro para la recuperación y el respeto de los privilegios históricos de la Iglesia. Escribía monseñor Gomá al respecto:

No parece que por ahora el general Franco esté dispuesto a secundar orientaciones dispares con el espíritu nacional. Son garantía de ello las declaraciones reiteradas de catolicismo por su parte....

A pesar de lo anterior, el cardenal Gomá cambia de opinión y en su carta pastoral de 8 de agosto de 1939: *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*, califica al «estatismo moderno exagerado» como «error... que hace del Estado a un tiempo regla de moral y pedagogo de las multitudes»; por lo que la difusión de esta carta pastoral fue prohibida por el general Franco debido a las críticas que hacía a los regímenes fascistas europeos⁶. Sin embargo su sucesor como arzobispo de Toledo

⁵ SÁNCHEZ RECIO, G.: *De las dos ciudades a la resurrección de España. Magisterio pastoral y pensamiento político de Enrique Pla y Deniel*, Valladolid, Ámbito, 1994, pp. 135-136.

⁶ RODRÍGUEZ AÍSA, M. L.: *El Cardenal Gomá y la guerra de España. Aspectos de la gestión pública del Primado (1936-1939)*, Madrid, CSIC, 1981, p. 360; y TUSELL, J.: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 24-25.

y primado, monseñor Pla y Deniel⁷, en 1945 y, por lo tanto, en una coyuntura política distinta, saldría en defensa del régimen franquista y de la Iglesia española en una carta pastoral, del 28 de agosto, con motivo del final de la guerra mundial, con estas palabras:

En los ataques a España y a su actual gobierno se envuelve por algunos extranjeros a la misma jerarquía eclesiástica española, acusándola de servidumbre a un régimen estatista y totalitario. Ni ha habido ni hay servidumbre a nadie por parte de la jerarquía eclesiástica española, ni menos ha defendido ni defiende una concepción estatista ni totalitaria⁸.

Pero once años más tarde, durante el debate entre el falangista José Luis de Arrese y el católico Alberto Martín Artajo sobre la forma de cerrar la institucionalización del régimen, la jerarquía eclesiástica presidida por monseñor Pla y Deniel, en el contexto del nacionalcatolicismo, entrega un escrito a Franco en el que rechaza la forma de gobierno que derivaría de los proyectos del ministro secretario general del Movimiento, calificándolos como «dictadura de partido único». Decían en su escrito los cardenales españoles:

Se pone como poder supremo del Estado un partido único, aun cuando sea con el nombre de Movimiento, del Gobierno y de las Cortes, cuyas actividades juzga y limita, quedando aún muy mermada la autoridad del Jefe del Estado... La forma de gobierno en España [según los proyectos] no es ni monárquica, ni republicana, ni democracia orgánica o inorgánica, sino una verdadera dictadura de partido único, como fue el fascismo en Italia, el nacional-socialismo en Alemania o el peronismo en la República Argentina, sistemas todos que dieron mucho que deplorar a la Iglesia...

Respecto al sindicato vertical se tomará como referencia el Punto 9 del ideario falangista, en el que puede leerse:

Concebimos a España en lo económico como un gigantesco sindicato de productores. Organizaremos corporativamente a la sociedad española mediante un sistema de sindicatos verticales por ramas de la producción, al servicio de la integridad económica nacional.

Estas ideas se trasladarían un año más tarde al Fuero del Trabajo en el que se sintetizaban las ideas y proyectos de los grupos integrados en la coalición reaccionaria en torno a la política económica y social que debía aplicar el régimen franquista, y en el que, como documento de síntesis, sus formulaciones debían ser más moderadas que los enunciados del ideario falangista, aunque éstos, bien analizados, desvelaban mayor moderación que la que se les suponía bajo la cobertura de su retórica radical.

⁷ Monseñor Enrique Pla y Deniel había sido obispo de Salamanca entre 1935 y 1941. En esta ciudad cedió el palacio episcopal al Generalísimo para el establecimiento de su cuartel general.

⁸ SÁNCHEZ RECIO, G.: *De las dos ciudades a la resurrección de España...*, p. 146.

En la Base XIII del Fuero del Trabajo se desarrolla ampliamente el proyecto de la Organización Nacional-Sindicalista del Estado. En ella aparece definido el sindicato como complemento del Estado para aplicar una política de carácter totalitario; se establece que el sindicato ha de ser único y vertical y a través de éste el Estado elaborará y controlará la política económica. En el punto 9 de la misma Base XIII se anuncia «la ley de sindicación» que señalará «la forma de incorporar a la nueva organización las actuales asociaciones económicas y profesionales». Esta ley se desarrollaría mediante otras dos: La primera, la de Unidad sindical, de 26 enero de 1940, en la que se exponían los principios que se habían enunciado antes en el Fuero del Trabajo: la unicidad del sindicato vertical implicaba la desaparición de los que existían anteriormente y la integración en él de aquellos que habían sido consentidos por las leyes después de julio de 1936; y la segunda, la ley de Bases de la Organización sindical, de 6 de diciembre de 1940, en la que se definía la estructura organizativa del sindicato en sus tres niveles: territorial, sectorial y el de obras sindicales⁹, que se subyugaban e imbricaban entre sí. En esta ley, además, se establecía la relación orgánica entre el sindicato y FET y de las JONS, ya que al primero se le impondrían sus mandos entre los militantes del segundo, tal como se había establecido en el punto 4 de la citada Base XIII del Fuero del Trabajo.

El proyecto de sindicato vertical y las dos leyes que lo desarrollaban se adecuaban al anterior planteamiento falangista; de ahí la oposición permanente que albergó siempre en los distintos grupos de la coalición reaccionaria contra la Organización Sindical. Pero las prerrogativas concedidas al sindicato vertical respecto a la política económica y laboral del régimen franquista se contrarrestaron desde el Ministerio de Trabajo del que fue titular entre 1941 y 1957 José Antonio Girón de Velasco, reconocido adalid falangista, pero cuya lealtad al Caudillo estaba por encima de cualquier otra creencia o militancia. Así pues, a título de ejemplo: A la Organización Sindical le pertenecían las Oficinas de colocación y el control de la cartilla profesional (1940), que debían tener todos los obreros y en el que se recogía el «currículum profesional» de cada uno de ellos; pero el Ministerio de Trabajo dictaba todas las medidas relativas a la actividad laboral: establecía especialidades, categorías, salarios, horarios, condiciones de trabajo, descanso, vacaciones, sanciones, etc. (ley de reglamentaciones de trabajo, de octubre de 1942), y reforzaba la dependencia del trabajador respecto al empresario, «jefe de empresa» (ley de contrato de trabajo, de enero de 1944). A través de esta legislación, el Estado marcaba la pauta al empresario en el proceso de contratación laboral e impedía a los trabajadores asociarse entre sí para hacer valer sus derechos; de la misma forma la reivindicación sólo podía efectuarse ante la Magistratura de Trabajo, es decir, ante el

⁹ SÁNCHEZ LÓPEZ, R. y NICOLÁS MARÍN, E.: «Sindicalismo vertical franquista: la institucionalización de una antinomia (1939-1977)», en RUIZ, D. (Dir.): *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Madrid, Siglo XXI, 1993, pp. 13-17; y BABIANO, J.: «Un aparato fundamental para el control de la mano de obra? (Reconsideraciones sobre el sindicato vertical franquista)», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 23-38.

Estado, de manera individualizada¹⁰. La Organización Sindical, por lo tanto, quedaba reducida a un organismo institucional de escasa incidencia en el campo laboral, en donde el Ministerio de Trabajo ejercía amplias competencias. La Organización Sindical, más bien, completaba las funciones encomendadas al Ministerio de Trabajo; es decir, que a través de la acción política se reducían los privilegios del grupo falangista y se facilitaba la convivencia dentro de la coalición reaccionaria¹¹.

Por último, mediante la red de intereses el régimen franquista obtenía los apoyos sociales y a cambio los empresarios conseguían importantes beneficios económicos. De acuerdo con una de las acepciones que el Diccionario de la RAE da al término interés, puede definirse la red de intereses como «ventajas, no siempre legítimas, de que gozan varios individuos, y por efecto de las cuales se establece entre ellos alguna solidaridad circunstancial». Solidaridad que se expresa en un doble sentido: horizontal, la que mantienen los individuos o grupos que acceden a dicha concesión y que forman una especie de trabazón y se extiende de forma reticular de tal manera que cada individuo que cierra un enlace es el principio de otro u otros nuevos; y vertical, es decir, la solidaridad de los individuos o grupo con el que concede las ventajas y sólo mientras las concede; de ahí el adjetivo de circunstancial. En el sentido vertical, la solidaridad circunstancial puede interpretarse como apoyo social que los mencionados individuos o grupo otorgan a quien les concede las ventajas, obteniendo así un beneficio recíproco y contribuyendo a consolidar una situación de privilegio para ambas partes. De lo anterior se desprende que los conceptos de red de intereses y apoyo social referidos al franquismo no son equivalentes porque el primero supone la obtención del beneficio y la forma solidaria (reticular) de organizarse entre ellos; en cambio el segundo, que es efecto del anterior, expresa solamente el tipo de relación que se establece entre los individuos o grupos que reciben las ventajas, beneficios o privilegios y el que tiene la capacidad o el poder para concederlos.

En la creación de la red de intereses la política económica, fuertemente intervencionista y autárquica en las dos primeras décadas del régimen franquista, ejerció una función primordial. A la red se llegaría por una doble vía: la primera, de forma experimental, por el aprovechamiento de situaciones de hecho que facilitarían el contacto y el estrechamiento de relaciones entre los políticos franquistas y los financieros y empresarios; y la segunda, a través de la utilización consciente de las instituciones y organismos del régimen en los que se producirían dichos encuentros y

¹⁰ A partir de esta situación sociolaboral, José Babiano para explicar la política laboral del franquismo ha utilizado los conceptos de taylorismo y paternalismo del Estado, entendiendo por tales «un modo de gestión global de la fuerza de trabajo». Este planteamiento abre una vía de análisis sobre la política laboral para poner, según sus palabras, «al sindicato vertical en su sitio»: BABIANO MORA, J.: *Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1958)*, Madrid, CES, 1998, pp. 9-16.

¹¹ SÁNCHEZ RECIO, G.: «El sindicato vertical como instrumento político y económico del régimen franquista», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 1 (2002), pp. 19-32.

permitirían la extensión de las relaciones. En la primera vía desempeñaron una función importante las situaciones familiares, en las que determinados dirigentes políticos establecían relaciones familiares, por matrimonio normalmente, con personas de la burguesía provincial, convirtiéndose en un nudo destacado de dicha red. En otros casos, el régimen colocó al frente de determinadas secciones ministeriales o sindicales a políticos cuyas familias estuvieran relacionadas con aquellas áreas de la actividad económica. En este sentido es muy representativo el nombramiento de Demetrio Carceller como ministro de Industria y Comercio y el comentario que hacía al respecto el jefe provincial de FET y de las JONS de Barcelona en el informe emitido a la dirección del partido en noviembre de 1940¹², aunque esta política de tipo tan personalista acarreaba otros problemas y enfrentamientos, como el que tuvo lugar entre el ministro Carceller y el director del INI, Juan Antonio Suanzes¹³.

La segunda vía constituye el marco más adecuado para la formación de la red de intereses; es decir, el proporcionado por los organismos y las instituciones del régimen, en los que los políticos y los empresarios colaboraban en proyectos comunes. En primer lugar, desde los organismos oficiales, dependientes o relacionados con los ministerios económicos, se podía iniciar la construcción de redes de intereses mediante la búsqueda de colaboración o la implicación de empresas públicas y privadas en proyectos comunes, utilizando para ello el poder normativo del gobierno. Desde esta perspectiva el profesor Baena del Alcázar estudia las «asociaciones» que se crean desde los organismos públicos, en las que intervienen empresas públicas y privadas y se utiliza el procedimiento del decreto-ley durante el régimen de Franco¹⁴. Los estudios realizados sobre el Instituto Nacional de Industria (INI) nos ofrecen otra perspectiva sobre la creación de una red de intereses, como la asociación de grandes empresas, públicas y privadas, en torno a los proyectos de un organismo oficial y con la participación del ejército¹⁵. En segundo lugar, con un sentido sociológico mayor y, por lo tanto, con capacidad para crear una red más tupida, se ha de destacar la función ejercida por las instituciones provinciales y locales, como los marcos más favorables para efectuar los mencionados encuentros entre los políticos y los empresarios. Los consejos municipales y provinciales fueron

¹² Escribía textualmente el informante: «Ello no obstante, con una acertada política en la dirección económica y con personas que merezcan su confianza (la de los regionalistas catalanes), han de reaccionar con facilidad como prueba el hecho de la satisfacción producida por el reciente nombramiento del camarada Demetrio Carceller para Ministro de Industria y Comercio, pues a pesar de conocer su filiación falangista, ven en él un hombre capacitado y conocedor de sus problemas, realista y hombre de empresa...» (A.G.A. Presidencia SGM, Caja 31).

¹³ SAN ROMÁN, E.: *Ejército e industria. El nacimiento del INI*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 183-184.

¹⁴ BAENA DEL ALCÁZAR, M.: *Elites y conjuntos de poder en España (1939-1992). Un estudio cuantitativo sobre Parlamento, Gobierno y Administración y gran empresa*, Madrid, Tecnos, 1999, p. 654.

¹⁵ SAN ROMÁN, E.: *Ejército e industria. El nacimiento del INI*, pp. 162-168; y MARTÍN ACEÑA, P. y COMÍN, F.: *INI, 50 años de industrialización en España*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, pp. 140-143, en donde aparece el organigrama de las empresas del INI y las conexiones existentes entre ellas.

las instituciones idóneas para establecer alianzas políticas, llegar a acuerdos económicos y asegurar compromisos con el régimen franquista; y en su interior deben hallarse las razones de la radicación, la estabilidad y la expansión de muchas empresas de servicios básicos, electricidad, agua, limpieza, de industrias de la construcción, de elaboración de productos de primera necesidad, etc., que, si por un lado recibían protección política, por otro, prestaban el apoyo social y la consolidación obtenidos en su zona de influencia y a través de sus conexiones con empresas del mismo sector o con otras con las que se hallaban relacionadas¹⁶. Pero tampoco debe dejarse al margen la función que ejerció el sindicato vertical prestando otro marco para el encuentro de los políticos franquistas y los empresarios, en el que éstos representaron el papel de auténticos protagonistas, llevando la iniciativa en los asuntos económicos de los sindicatos y, en definitiva, colocándolos al servicio de sus propios intereses.

LAS INSTITUCIONES DEL RÉGIMEN

Se hará mención únicamente a las instituciones representativas del régimen franquista. En el Punto 6 del ideario falangista, como se ha visto antes, se decía que «todos los españoles participarán... a través de su función familiar, municipal y sindical». Este principio se establecía en el contexto del régimen totalitario que se pretendía implantar. El franquismo tardó bastante tiempo en desarrollar plenamente su sistema de representación, a no ser que se entendiera como tal la incorporación de los españoles al partido único y a través de éste su presencia en las altas instituciones del Estado, entre las que se ha de considerar el Consejo Nacional del Movimiento, cuyo objeto, según el artículo 3º del decreto de 19 de abril de 1937, era conocer «de los grandes problemas nacionales que el Jefe del Estado le someta». Pero aparte de los procedimientos que prestaba el partido, la triple vía de la representación no se pondría en funcionamiento hasta finales de 1942, en las primeras elecciones a Cortes. Las Cortes se constituyeron con representantes de los municipios y provincias, de los sindicatos, de la Administración y de otras instituciones: ejército, jerarquía eclesiástica y corporaciones civiles del Estado¹⁷. Pero, como ya se dijo más arriba, las Cortes se creaban como un órgano de colaboración con el Jefe del Estado, en quien residía todo el poder legislativo, en la elaboración de las leyes; es decir que las Cortes no tenían autonomía legislativa y sus facultades se reducían a las de una institución consultiva. El tercio familiar no fue convocado hasta 1967, después de la aprobación de la Ley Orgánica del Estado.

¹⁶ Ver una aproximación a estas cuestiones en: SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios...* pp. 117-154.

¹⁷ Ver la Ley constitutiva de las Cortes de 17 de julio de 1942, art. 2.

En 1948 se celebraron las primeras elecciones municipales para la designación de concejales por los tercios familiar, sindical y de las corporaciones. Los alcaldes durante todo el régimen franquista lo fueron por nombramiento gubernativo. Hasta 1948 los cargos municipales [comisiones gestoras] eran designados, de acuerdo con el decreto de 5 de octubre de 1936, entre «los mayores contribuyentes por rústica, industrial, pecuaria y utilidades, siempre que reúnan las características de apoliticismo y eficacia... Ello no obsta para que asimismo puedan ser llamadas cualesquiera otras personas que... puedan estimarse como de leal e imprescindible cooperación...». Pero en cualquier caso habían de ser excluidos todos aquellos «que hayan pertenecido a organizaciones políticas en el Frente Popular», como mandaba la orden del 30 de octubre de 1937 sobre Ayuntamientos y Diputaciones Provinciales.

El desarrollo del sistema de representación del régimen franquista fue el resultado de la diversidad dentro de la coalición reaccionaria. Ante el monolitismo falangista, próximo al del fascismo italiano¹⁸, los tradicionalistas y los monárquicos eran partidarios de un tipo de representación más amplia, de carácter corporativo y sumamente restringida, tanto para los electores como para los candidatos, porque éstos sólo tenían dos procedimientos para presentarse: mediante las listas del partido o la presentación personal, sin posibilidad de buscar otras ayudas ni hacer campaña electoral. Pero esta representación corporativa es el resultado de un compromiso o de la imposición del Caudillo que pretende responder a las peticiones de todos los grupos dentro del cauce establecido por la norma de validez general. Así pues, durante el franquismo los ciudadanos nunca estuvieron representados como tales sino sólo las instituciones y las corporaciones del régimen, y partiendo de una base electoral muy reducida.

¹⁸ PALLA, M.: «Lo Stato-partito», en PALLA, M.: *Lo Stato fascista*, Milano, La Nuova Italia, 2001, pp. 1-20.

FALANGE Y PODER LOCAL

MARTÍ MARÍN I CORBERA
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

INTRODUCCIÓN: LA FALANGE COMO PARTIDO ÚNICO Y SUS PRESUNTOS COMPETIDORES

Sin dudar de la existencia de otros grupos políticos dentro del franquismo (aunque personalmente prefiera hablar de *clientelas*), no se puede tratar al partido único Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET-JONS) como si se tratase de uno más en régimen de concurrencia. Podemos haber detectado que dentro del régimen —como aconteciera también dentro del régimen nazi alemán o del fascista italiano— actuaban individuos que no pertenecían al partido único e incluso que podían mantener tensas relaciones con una parte de sus dirigentes, algo que ha sido ampliamente documentado, por ejemplo, a la hora de explicar las dinámicas de colaboración y de enfrentamiento que tuvieron lugar dentro del Consejo de Ministros¹. Podemos haber descubierto dinámicas grupales que no se correspondían con la teoría de lo que *debería de ser* un sistema de partido único, en la medida en la que ciertos grupos de presión se alinearon detrás de algún dirigente político para tejer sus propias redes de intereses al margen de la Secretaría General del Movimiento, tal y como tuvo lugar a la sombra del almirante Carrero Blanco con los llamados tecnócratas, principalmente del *Opus Dei*, que acaudilló Laureano López Rodó². Pero resulta completamente incongruente llegar a la conclusión de que FET-JONS fue uno(a) más entre distintos(as) grupos, familias, clientelas, políticos(as) que actuaron en plano de igualdad, como si se tratase de reverdecir la vieja tesis del «pluralismo limitado» formulada hace ya tanto tiempo por Juan José Linz³. Y ello porque,

¹ Para una síntesis de esa dinámica ver MOLINERO, C. y YSÀS, P.: «La dictadura de Franco, 1939-1975», en J. M. Marín, C. Molinero y P. Ysàs, *Historia política de España, 1939-2000*, Madrid, Istmo, 2001, pp.17-244.

² Véase, por ejemplo, TUSELL, J.: *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993. Aunque con salvedades, debido a la evidente parcialidad del autor, resulta de interés en la misma línea LÓPEZ RODÓ, L.: *Memorias*, 4 vols., Barcelona, Plaza & Janés, 1990-1993.

³ LINZ, J. J.: «An Authoritarian Regime: Spain» en E. Allart y S. Rokkan (comp.), *Mass Politics. Studies in Political Sociology*, Londres, Free Press., 1970, pp.251-283 y 374-381.

fuera de las dinámicas centrales de la política que tenían lugar en la capital del estado, ese juego de grupos e intereses no se reproducía en modo alguno.

Ni en los ayuntamientos, ni en las diputaciones, ni siquiera en los gobiernos civiles actuaban grupos de tecnócratas opusdeístas —o de propagandistas nacional-católicos— a escala de lo que acontecía dentro del gobierno: todo el aparato gubernativo provincial y local se encontraba en manos de un único ministro —el de la Gobernación— y no sometido al arbitrio del conjunto de fuerzas y tendencias que jugaban dentro del Consejo de Ministros. Este ministerio estuvo permanentemente en manos de quienes apostaron por hacer de FET-JONS un verdadero partido único del régimen (Ramon Serrano Suñer, 1938-41 y Blas Pérez González, 1942-57, pese al breve interregno de Valentín Galarza, 1941-42) y no sufrió cambios apreciables cuando su titular fue designado exclusivamente en función de su *competencia* para hacer frente a los problemas derivados del orden público (Camilo Alonso Vega, 1957-69) o de su probada habilidad para afrontar estos sin olvidar la necesidad de seguir *haciendo política* (Tomás Garicano Goñi, 1969-73)⁴. Por ello, como veremos a continuación, no es posible detectar en la estructura gubernativa presencias porcentualmente significativas de otros grupos políticos que no fueran el falangista, incluso —como veremos— si aislamos dentro de FET-JONS al grupo de los *falangistas auténticos*, tal y como suele referirse la bibliografía a aquellos que procedían de la *Falange de José Antonio*, anterior al estallido de la Guerra Civil.

Además, si nos centramos en el poder local, esto es en el ejercicio de la capacidad de iniciativa y decisión sobre el terreno en cada rincón del territorio, no encontraremos otra presencia generalizada que la de FET-JONS. No había organizaciones locales ni provinciales de la ACNdP o del Opus Dei esparcidas por la geografía para actuar como vasos capilares de organización central alguna, en materia política y no puede equipararse la Acción Católica diocesana —que no tenía relación orgánica con ninguno de los dos—, con una red de partido, máxime cuando tantos significados falangistas *de provincias* pertenecían también a esta. Del mismo modo cabe tratar el caso de otras *familias* o grupos políticos, especialmente en el caso de partidos propiamente dichos, en primer lugar porque su actuación fue prohibida en tanto que tales y en segundo lugar porque la pertenencia a un partido político no es una condición permanente que deba arrastrarse inevitablemente a lo largo de toda la vida⁵.

⁴ En ausencia de monografía sobre el Ministerio de la Gobernación, me remito a las continuidades que he detectado entre unos períodos y otros en la política local y en el nombramiento de gobernadores civiles. MARÍN, M.: *Els Ajuntaments Franquistes a Catalunya. Política i administració municipal, 1938-1979*, Lleida, Pagès editors, 2000 y «Els governadors civils del primer franquisme. Sis personatges en busca d'autor» en CEFID, *Europa, 1939. L'any de les catàstrofes. Actes del congrés*, CD-R, 2009.

⁵ Sobre el carácter inestable de las *agrupaciones políticas* que podamos localizar dentro del régimen —y durante su larga historia— y de su permanente estado de recomposición ya traté en MARÍN, M.: «La política dins el règim franquista: famílies o clienteles? Algunes aportacions des de la perspectiva micro-

Cuando hablamos de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), por poner el más destacado ejemplo de partido *de masas* del espectro conservador, porque su vida como partido fue espectacularmente corta (marzo de 1933 a julio de 1936) y por su proverbial atomización en hasta 72 organizaciones locales eminentemente *autónomas*. Algo muy parecido a cuando tomamos como ejemplo la presencia de antiguos militantes del también efímero Partido Agrario, grupo que además mantuvo una situación de constante recomposición al calor de su ambigua actitud frente a la II República⁶.

Cuando nos referimos a la presencia de la *Lliga Catalana* de Cambó, porque el mero hecho de la pertenencia a ese partido —sin la prescriptiva abjuración— fue motivo de exclusión del juego político e incluso de la apertura de expedientes de *Responsabilidades Políticas*, por todo lo cual parece peregrino pensar que que aquellos de sus miembros que permanecieron en la política activa en cargos de designación fueran los que mantuvieron su vieja afiliación con mayor contumacia⁷. Y en el caso del tradicionalismo/carlismo, cuya presencia territorial previa a la instauración franquista había sido notable en algunos puntos de la geografía española, es bien sabido que su peso en los aparatos centrales fue marginal, incluso si se admite que seguían perteneciendo a este sector aquellos que habían adquirido desde 1937 el carné de FET-JONS, como fruto del conocido *Decreto de Unificación*. La constatada presencia de carlistas en los gobiernos locales y provinciales mantiene esa misma pauta: dimensión reducida y mayoría avasalladora de *unificados* entre los casos que se detectan⁸.

històrica» en *I Encuentro de Investigadores sobre el Franquismo. Barcelona del 5 al 7 de Novembre de 1992*, Barcelona, Fundació Arxiu Històric CONC, UAB y Societat Catalana d'Estudis Històrics, 1992, pp.43-46. Reflexiones parecidas sobre la imposibilidad de mantener como operativas las identificaciones políticas anteriores a 1936 después de 1939, habiendo mediado una guerra civil, en RODRÍGUEZ BARREIRA, Ó.: «La historia local y social del franquismo en la democracia, 1976-2003. Datos para una reflexión», en *Historia Social*, 56, 2006, pp. 153-175; y SANZ HOYA, J.: «El estudio de la dictadura en las provincias. Algunas reflexiones sobre la metodología y el estado de la cuestión» comunicación presentada al *VII Encuentro de Investigadores sobre el Franquismo*, Santiago de Compostela 11, 12 y 13 de noviembre de 2009 [url: http://investigadoresfranquismo.com/pdf/comunicacions/mesa4/sanzhoya_4.pdf]. Finalmente cabría destacar, aún, la facilidad con que se pudieron trocar militancias —por ejemplo, del catalanismo a la Falange— sin perder una cierta coherencia gracias a la continuidad que permitía la divisa católica. CANALES SERRANO, A.F.: *Las otras derechas. Derechas y poder local en el País Vasco y Cataluña en el siglo XX*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

⁶ Especialmente presente en Castilla La Mancha según se deduce del trabajo de GONZÁLEZ MADRID, D.A.: *Los hombres de la dictadura. Personal político franquista en Castilla-La Mancha, 1939-1945*, Ciudad Real, Almud, 2007.

⁷ Para la volatilidad del carácter de catalanista atribuido a no pocos colaboradores de la dictadura franquista en el plano local ver MARÍN, M.: *Els Ajuntaments Franquistes a Catalunya... i Josep Maria de Porcioles. Catalanisme, clientelisme, franquisme*, Barcelona, Base, 2005. Sobre la represión ejercida contra militantes de la Lliga Catalana RIQUER, B. de: *L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalanista davant la guerra civil i el franquisme*, Eumo, Vic, 1996, pp.191-223 y, especialmente, VILANOVA, F.: *Repressió política i coacció econòmica. Les responsabilitats polítiques de republicans i conservadors catalans a la postguerra, 1939-1942*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1999.

⁸ Como escribió en su día, con acierto, Julián Sanz «Sólo el sector más reacto a la unificación en el seno de la Comunión Tradicionalista se esforzó en mantener en pie una estructura propia, al margen del

Mucho más sencillo resulta desestimar la idea de algún tipo de *partido militar* con presencia en el conjunto del territorio que pudiera reflejar la notable representación militar en el gobierno central. No existe relación alguna establecida entre el número de generales presente en el Consejo de Ministros y algún tipo de porcentaje significativo de alcaldes, concejales, presidentes de diputación o diputados provinciales cuyo oficio o formación fuera castrense —que por pura lógica jerárquica hubieran tenido que ser jefes y oficiales de menor graduación—. Ello ni siquiera sucedió durante la dictadura de Primo de Rivera, pese a la tendencia a militarizar los cargos políticos que estableció el dictador durante el breve período del Directorio Militar (septiembre de 1923 a diciembre de 1925). Sobre el papel de los militares como gobernadores civiles —este sí concienzudamente establecido— trataremos brevemente más adelante.

Finalmente, el sector heterogéneo que se ha agrupado bajo la rúbrica de *monárquicos* —unificados solamente por su aparente fidelidad a la dinastía borbón, pero con trayectorias dispares en los viejos partidos dinásticos, la *Unión Patriótica* y los diversos grupos *autoritarios* de los años de la República, como *Renovación Española* o el *Bloque Nacional*—, experimentó un irrefrenable descenso en los aparatos centrales del estado una vez finalizada la Guerra Civil y resultó excluido —salvo integración en FET-JONS— del complejo de los gobiernos territoriales casi desde el principio⁹.

Así pues, nada podemos encontrar que nos induzca a relativizar el peso de FET-JONS como sistema fundamental de control político de la sociedad española, entre una estructura de gobernación jerárquica donde sus miembros eran designados a partir de un concienzudo proceso de cooptación —pese a la escenificación de complejos procesos electorales por tercios para ayuntamientos y diputaciones—¹⁰, donde la pertenencia al partido era un mérito de primer orden tanto entre quienes nombraban como entre quienes eran sujetos de nombramiento y una estructura de partido homogeneamente distribuida por todo el territorio, con sedes, servicios, organizacio-

partido único y de las estructuras de la dictadura, pero —precisamente por ello— fueron los carlistas más dóciles quienes ocuparon cargos en el régimen». SANZ HOYA, J.: «El estudio de la dictadura en las provincias...», p. 5. Sobre la pérdida de papel progresiva —pero en progresión acelerada— de los carlistas en zonas en las que habían ejercido un notable protagonismo como Guipúzcoa o Álava ver CALVO DE VICENTE, C.: *Poder y consenso en Guipúzcoa durante el Franquismo, 1936-1951*, Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 1994, y LÓPEZ DE MATURANA, V.: «Vitoria: política y poder municipal en el primer franquismo», en María del Mar Lazarra Micheltorena (dir.), *De leal a disidente: Pamplona, 1936-1977*, Pamplona, Eunat, 2006, pp. 51-87.

⁹ Para la presencia de «monárquicos» en los aparatos centrales del estado ver VIVER PI-SUNYER, C.: *El personal político de Franco (1936-1945)*, Barcelona, Vicens-Vives, 1978, pp. 45-49 y 145-151. Para fecha posterior a 1945 resulta significativo que no fueran introducidos como grupo diferenciado por JEREZ MIR, M.: *Élites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*, Madrid, CIS, 1982. Para la presencia de monárquicos en los gobiernos locales y provinciales véase más adelante.

¹⁰ MARÍN, M.: *Els Ajuntaments Franquistes a Catalunya...*, pp.209-265.

nes de encuadramiento de la población, etc. Pasemos pues a analizar esa presencia falangista en el nivel local y a compararla con la de cualquier presunta alternativa.

FALANGE Y EL CENTRO DEL PODER POLÍTICO

Como paso previo al análisis anunciado se hace necesario recordar algunas conclusiones de los estudios clásicos de personal político realizados hace ya algunos años. Ello es así porque se ha puesto en duda de forma creciente que FET-JONS y dentro de ella el falangismo de preguerra tuviera un papel importante en el centro del poder político. En un régimen tan extraordinariamente jerárquico como el franquista, sin una presencia notable en los centros de decisión, la presencia local de miembros del partido, aun siendo numerosa, podría llevar a pensar que se trató de una especie de premio de consolación para una formación política que no había logrado su supremo objetivo de *conquistar el estado*, algo así como una parte menor en la distribución de parcelas de poder. Pero la presencia de la Falange en el poder central fue taxativamente afirmada por el primero de estos estudios clásicos, sin mucho margen para la duda, para el período 1936-1945. Escribía Carles Viver Pi-Sunyer en su momento como conclusión de sus balances estadísticos:

Muy a menudo se ha sostenido que los falangistas no estuvieron en el poder o, cuando menos, que los que se incorporaron al nuevo régimen no eran los «falangistas auténticos», los falangistas de la primera hora. Los datos aquí aportados y los que aportaremos a continuación, demuestran palpablemente lo incorrecto de esta afirmación¹¹.

Esa presencia fue corroborada en su momento por Miguel Jerez Mir para el período, más amplio de 1938-57¹². Pero no sólo eso. Jerez Mir advirtió contra la idea de considerar que la implantación del franquismo tuvo un carácter eminentemente restaurador, como han afirmado otros autores¹³. La renovación de personal en el centro del poder político fue muy intensa en los inicios del régimen, tanto respecto de la II República, como era esperable, como respecto a la dictadura anterior (1923-30), lo que ya resulta menos fácil de explicar, dado el *pluralismo* de origen de los apoyos sociales y políticos obtenidos por Miguel Primo de Rivera, salvo que recurramos, como la lógica indica, a señalar el fuerte carácter

¹¹ VIVER PI-SUNYER, C.: *El personal político...* p. 156. El autor, además, cuantificaba esta presencia de falangistas *anteriores* a abril de 1937 entre 1936 y 1945 en el 28,43% del total, más numerosa esta cuanto más se alejaba en el tiempo la Guerra Civil, al contrario de lo que sucedía con el conglomerado de los *monárquicos autoritarios* que sumaban, ello no obstante, un 19,59%.

¹² JEREZ MIR, M.: *Élites políticas...*

¹³ NICOLÁS, M.E.: «Los gobiernos civiles en el franquismo: la vuelta a la tradición conservadora en Murcia (1939-1945)» en J.Tusell (coord.), *El régimen de Franco, 1936-1975: política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 1993, vol. 1, pp.135-150 y CAZORLA SÁNCHEZ, A.: «La vuelta a la historia: Caciquismo y franquismo», *Historia Social*, 30, 1998, pp.119-132.

instaurador —que no restaurador— del Franquismo y a su evidente voluntad de imponer un personal político nuevo y convenientemente tamizado:

Una de las primeras cosas que es posible constatar es el hecho de que la instauración del franquismo trajo consigo un relevo de la clase política bastante más amplio de lo que en principio cabía imaginar. No se olvide que, al fin y al cabo, la dictadura «civil y económica» implantada por el general Miguel Primo de Rivera no quedaba demasiado lejos en el tiempo, ni acaso en lo que hace a su inspiración, por lo que en principio podrían haberse aprovechado muchos de sus dirigentes, en lugar de una mínima parte de ellos, que fue lo que realmente ocurrió¹⁴.

Pero si ello fue así establecido por los investigadores que investigaron el personal político del franquismo *desde arriba*, ¿cómo ha podido impugnarse esa conclusión *desde abajo*? La verdad, cuando uno se molesta en observar las cifras de personal político ofrecidas desde los estudios locales, provinciales y regionales lo que se observa es que esa impugnación no se ha producido en absoluto —como veremos—. Algo así como una red de prejuicios es lo que se ha extendido hacia estos estudios *desde abajo*, desde estudios globales que impugnaban la condición de *fascista* del régimen, lo que es claramente un tema distinto del de la preponderancia de FET-JONS¹⁵. De hecho, muy al contrario, las mejores argumentaciones recientes sobre el carácter *no fascista* del régimen recogen sin rubor alguno el hecho del papel determinante del partido en el régimen¹⁶. Así, para resultar aparentemente congruente con la tesis del régimen *no fascista* se ha negado la condición de *verdaderamente* falangista a militantes con carné en multitud de trabajos locales de la misma forma que se ha rescatado cualquier procedencia militante —por breve que esta fuera— para agrandar artificialmente el peso de otros grupos, siempre mal o insuficientemente delimitados como tales¹⁷.

¹⁴ JEREZ MIR, M.: «El régimen de Franco: élite política central y redes clientelares (1938-1957)», en Antonio Robles Egea (comp.), *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1990, p.255. Y todo ello pese al carácter de ósmosis que se ha descrito para el nacimiento de todos los regímenes fascistas europeos —incluido el nazi— respecto de las viejas élites: ver TRAVERSO, E.: «Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile», *Ayer*, 60, 2005, p. 249.

¹⁵ La impugnación del carácter fascista del régimen ha sido desarrollada mayoritariamente en los últimos veinticinco años a partir de la pautas establecidas por Javier Tusell, que en ningún caso se basó en estudios de personal político sino en el carácter concreto de las políticas aplicadas por los responsables de Exteriores más Carrero Blanco. Ver, principalmente, TUSELL, J.: *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza, 1988; *Franco en la Guerra Civil. Una biografía política*, Barcelona, Tusquets, 1992; *Carrero. La eminencia gris... y Franco, España y la Segunda Guerra Mundial. Entre el Eje y la neutralidad*, Madrid, Temas de Hoy, 1995.

¹⁶ Ver, principalmente, SAZ, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003 y *Fascismo y Franquismo*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2004 y THOMÀS, J. M.: *La Falange de Franco: Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001.

¹⁷ Ver, sobre esto, MARÍN, M.: «Els governadors civils del primer franquisme...» y SANZ, J.: «Jerarcas, caciques y otros camaradas. El estudio de los poderes locales en el primer franquismo», *Historia del Presente*, 15, 2010.

Dejando, pues, de lado la discusión sobre la definición del régimen, nadie ha podido ofrecer datos que impugnen la conclusión de la fuerte presencia del partido en el centro del poder político, pero por esa puerta falsa se han introducido vicios que han resultado perniciosos para la categorización del personal político en el segundo y tercer nivel de la administración del estado. Y esos vicios, que han llevado a negarle a FET-JONS su condición de partido único y sector político mayoritario fuera de los aparatos centrales del estado, cabe enumerarlos y superarlos. En primer lugar la diferencia entre *ser* y *proceder*: Serrano suñer *procedía* de la CEDA pero no *era* de la CEDA en 1937; Eduardo Aunós *procedía* de la Lliga Regionalista pero no *era* de la Lliga Regionalista en 1943 como Duran i Lleida —por poner un ejemplo actual— *procede* del PSUC pero no *es* comunista. Cabe desterrar con urgencia esta práctica ya que, si bien no cabe ocultar militancias anteriores, ello no implica que deban convertirse en esencia permanente a la hora de clasificar políticamente a nadie. Debería trabajarse en base a datos objetivos como la pertenencia en el momento de producirse el juicio a un partido político, a una entidad con papel político, a una profesión, confesión o grupo religioso etc., pero sin caer en el segundo de los vicios detectados: el uso de criterios de clasificación heterogéneos de forma simultánea. *Militar* o *católico* no son militancias políticas, así sin más. No pueden utilizarse para dividir al personal político, salvo para marcar su diversidad de orígenes sociales o profesionales, y aun así teniendo en cuenta que se van a producir intersecciones con categorías como *falangista*, *monárquico*, *carlista*, etc., tal y como mostró en su momento Miguel Jerez Mir¹⁸.

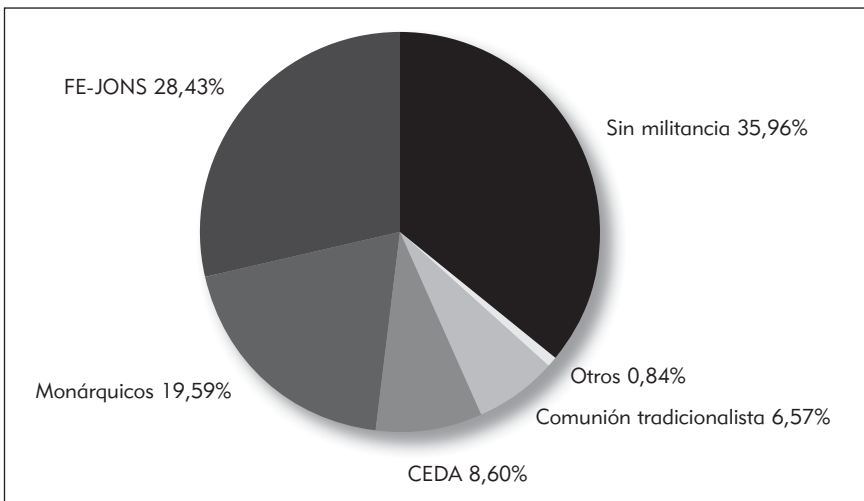
Teniendo esto en cuenta puede empezar a desandarse el camino recorrido por el tercer vicio: la adscripción arbitraria a un grupo y no a otro cuando los criterios de clasificación utilizados han sido como los denunciados más arriba. Porque la tendencia habitual ha sido —salvo excepciones muy conocidas— convertir al católico falangista en católico, al militar falangista en militar, etc., llevados por el entusiasmo en declarar *a priori* el carácter no fascista del régimen. Libres —al menos aquí— de discutir sobre *la naturaleza* del régimen, podemos plantearnos sin cortapisas, al menos, su composición. Y el resultado, como veremos, es el predominio incontestable de FET-JONS por la base, aun cuando pueda objetarse que ello puede resultar menos claro en el Consejo de Ministros y en el conjunto de los aparatos centrales del estado¹⁹. De todos modos, los gráficos 1 y 2 nos

¹⁸ JEREZ MIR, M.: *Élites políticas...* El autor agrupó al personal político en tres categorías: falangistas, católicos y militares, pero destacando en todo momento el carácter mixto de muchos de los personajes por él biografiados, como puede comprobarse en los tres apéndices grupales del trabajo.

¹⁹ Mucho hemos avanzado desde la *clasificación* que desarrolló en su momento Amando de Miguel, con diez categorías: militares, primorriveristas, tradicionalistas, monárquicos, falangistas, católicos, integristas, tecnócratas y técnicos. El grado de superposición de estas clasificaciones resulta mayúsculo, llegándose al pleonismo con las dos últimas. Ver DE MIGUEL, A.: *Sociología del franquismo*, Barcelona, Euros, 1975. Glicerio Sánchez ha reducido las categorías a cinco que, si bien pueden no resultar completamente satisfactorias por los motivos ya indicados, al menos resultan muchos más claras —y clásicas—, en la línea de

muestran la notabilísima presencia falangista —por nadie desmentida— hasta 1957 en esos aparatos centrales, pese a la reserva de considerar *falangistas* únicamente a los militantes anteriores a abril de 1937. Entre el gráfico 1, cuya fuente es Viver Pi-Sunyer, y el gráfico 2, cuya fuente es Jerez Mir, la diferencia fundamental es de concepto —distribución por militancia de partido de origen, frente a distribución por *origen socio-político*— pero para el caso de la categoría *falangista* esa diferencia apenas existe²⁰. Por todo lo cual y teniendo en cuenta la diferencia que hemos establecido anteriormente entre *ser* y *proceder*, y la explicación de Jerez Mir de su categorización doble —falangista y militar, falangista y católico— de algunos de los miembros de la élites políticas que analiza, unida aún al desarrollo temporal que se aprecia de un gráfico al otro, el predominio falangista resulta incuestionable. Y ello aunque aparezca ese llamativo 41,3% de militares en el gráfico 2, porque Jerez Mir incluyó entre los altos cargos del estado a figuras que en cualquier tipo de régimen hubieran sido militares, lo cual no es idéntico a objetar que también incluyó a los altos cargos de la Secretaría General del Movimiento, dado que estos no hubieran existido —simplemente— con un régimen que no fuera de partido único²¹.

Gráfico 1. Militancia política de origen de los altos cargos del estado, 1936-1945
Viver Pi-Sunyer (1978)

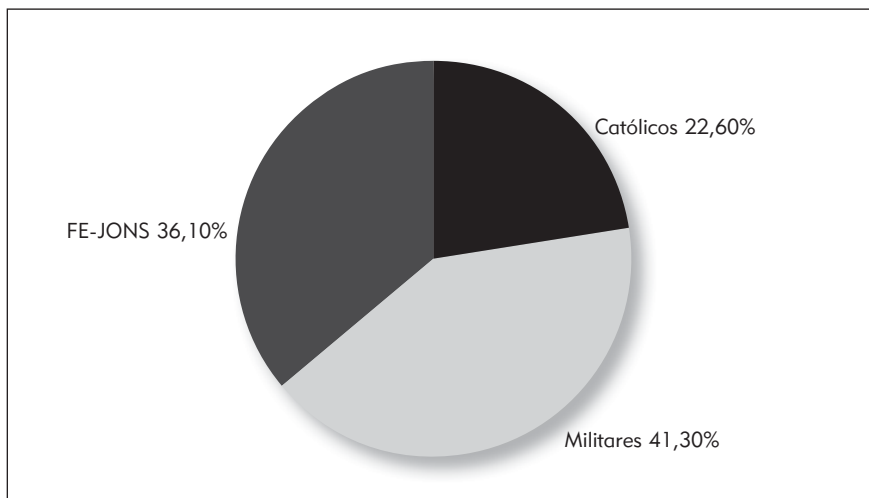


Jerez Mir o Viver Pi-Sunyer: militares, falangistas, carlistas, católicos y tecnócratas. Ver SÁNCHEZ RECIO, G.: *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos*, Barcelona, Flor del Viento, 2008.

²⁰ VIVER PI-SUNYER, C.: *El personal político...*, y JEREZ MIR, M.: *Élites políticas...*

²¹ Los incluidos fueron capitanes generales, jefes de estado mayor, alto estado mayor y casa militar de la jefatura del estado y gobernadores generales de *plazas de soberanía*. JEREZ MIR, M.: *Élites políticas...*, pp.44-45.

Gráfico 2. Origen político y/o socio-profesional de los altos cargos del estado, 1938-1957
Jerez Mir (1982)



FALANGE EN LOS ESTUDIOS LOCALES DE PERSONAL POLÍTICO

Entremos pues en los resultados que nos ofrecen los análisis locales de personal político y esa presunta impugnación *desde abajo* que ha flotado en el ambiente académico de las últimas dos décadas. Dejaremos de lado en un principio, y conscientemente, las valoraciones efectuadas en ausencia de cifras de personal político para volver a ellas al final del apartado, dado que de lo que se trata es de establecer, en primer lugar, datos empíricos y, en todo, caso, proceder a su análisis después. Se quiere con ello evitar otro de los vicios incorporados a este debate: la costumbre de citar en apoyo de una argumentación las consideraciones hechas por autores de trabajos locales sobre la *debilidad* falangista sin adjuntar las cifras que cuantifican esa presunta debilidad y que han hecho que mayorías relativas e incluso absolutas de falangistas en instituciones locales sean calificadas como presencia *débil* o *insuficiente*.

Procediendo con arreglo al orden en que estos estudios fueron publicados, cabe empezar por la obra pionera de Glicerio Sánchez Recio sobre lo que él denominó los *cuadros políticos intermedios* del régimen²². Los cuadros 1 y 2 nos

²² SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de origen e identidad de intereses*, Alicante, Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana e Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert» de la Diputación Provincial de Alicante, 1996. Los datos de los cuadros 1 y 2 y del gráfico 3, con todo, han sido extraídos del resumen hecho en su trabajo posterior *Sobre todos Franco...*, p.53.

ofrece la muestra de este autor sobre gestores locales y provinciales de 1939 efectuada sobre 501 cargos de diez provincias (Alicante, Jaén, Lugo, Madrid, Palencia, Santander, Sevilla, Toledo, Valencia y Zaragoza).

Cuadro 1. Filiación política de una muestra de cargos locales y provinciales de 1939 anterior a 1936

FE-JONS	114	<i>Monárquicos</i>	3
Comunión Tradicionalista	34	Unión Patriótica	3
CEDA	27	Partido Liberal Conservador	2
Renovación Española	22	De <i>derechas</i>	106
<i>Partidos republicanos</i>	15	Sin filiación	175

Cuadro 2. Integración en FET-JONS de la muestra del cuadro 1

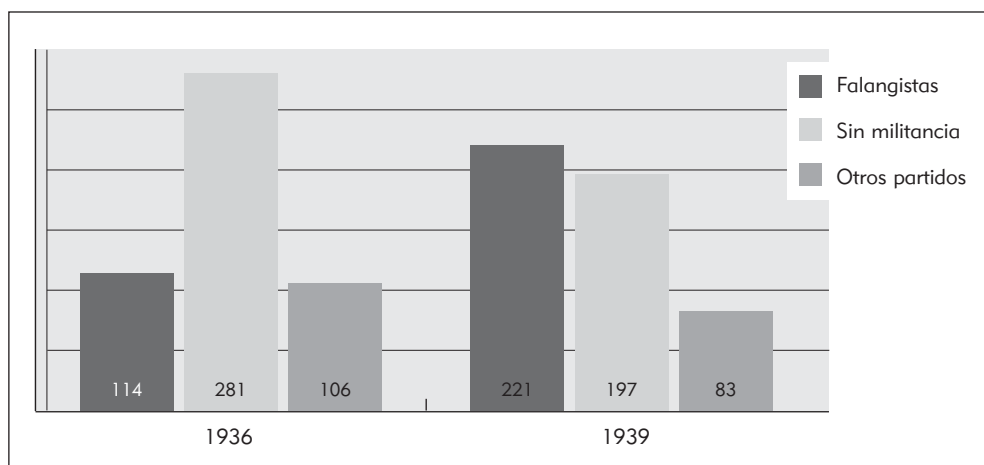
	Militantes	Afectos	Sin afiliación
FE-JONS	106		8
Comunión Tradicionalista	4		30
CEDA	9	3	15
Renovación Española	7	1	14
<i>Partidos republicanos</i>	1		14
<i>Monárquicos</i>	2		1
Unión Patriótica	2	1	
Partido Liberal Conservador	1		1
De <i>derechas</i>	26	5	75
Sin filiación	63	13	99
Total	221	23	257

El predominio de la Falange, se entienda esta como el partido original (FE-JONS) o como el partido unificado (FET-JONS) aparece abrumador. Los falangistas —siempre según la consideración de la Secretaría General del Movimiento, origen último de los datos— pasan de 114 anteriores a 1936 a 221 de 1939 incorporando hasta 63 individuos sin afiliación anterior y 26 considerados *de derechas* que es tanto como decir, también, sin afiliación concreta, dado que no cabe considerar que en la muestra escogida se conceptúe así a militantes de otros partidos cuyo pasado quepa esconder, como sucedió con algunos individuos con pasado regionalista en Cataluña, al menos hasta 1951²³. En este bloque falangista

²³ MARÍN, M.: *Els Ajuntaments Franquistes a Catalunya...*, pp.58-159 y 252-265. No se trata de que sospechemos que los conceptuados como *de derechas* en Catalunya eran en realidad mayoritariamente

mayoritario predominan los *camisas viejas* (106) y los nuevos militantes sin pasado político (89), los restantes (26) resultan insuficientes —repartidos, no se olvide, entre diez provincias— para hablar de posibilidad alguna de infiltración organizada o desvirtuación del partido, máxime cuando su incorporación se había producido al calor de la guerra y de la profunda *fascistización* —en el sentido de conversión al fascismo— que tuvo lugar en el bando *nacional*. Con otros 23 afectos y un resto de 257 sin militancia activa, pero sin la clasificación años más tarde utilizada de *indiferentes*, *disidentes* e incluso *desafectos*, los 75 exmilitantes de otras opciones políticas de 1936, donde el grupo mayor son los tradicionalistas (30), no pueden conducir a pensar de forma natural otra cosa que la *vieja* Falange había pasado a controlar los gobiernos locales y provinciales. Lo cual se halla en consonancia con lo anteriormente expuesto sobre su presencia como verdadero partido único en los aparatos centrales del estado. El gráfico 3 muestra un resumen evidente de esta argumentación, aun permitiéndose la *berejía* de considerar *activas* las militancias de 1936 cuando no se ha producido la incorporación a FET-JONS. Igualmente corrobora lo escrito por Jerez Mir en cuanto al relevo en la clase política producido por la instauración —que no restauración— franquista.

Gráfico 3. Filiación política de una muestra de cargos locales y provinciales de 1996
Sánchez Recio (1996)



catalanistas de la *Lliga*, es que tenemos constancia de que un puñado de ellos lo habían sido por otras fuentes oficiales. Por ello, rectificamos adecuadamente, en su momento, los datos brutos de los informes de la Secretaría General del Movimiento. No constituían un grupo numéricamente significativo, dado que en la mayoría de casos esa vieja militancia no se ocultó. Los casos de ocultación se produjeron cuando un grupo local de Falange quiso encumbrar a uno de tales individuos y juzgó más prudente no desvelar su pasado en los informes: la prevención solía resultar inútil porque la Guardia Civil jamás lo ocultó en los suyos.

Dado que los datos de Sánchez Recio se han utilizado para argumentar el peso de Falange en todos los sentidos posibles, cabe considerar si ofrece algún otro cuadro interpretable en otro sentido al expuesto hasta aquí y la respuesta —ya lo anticipo— es negativa. En una obra de síntesis posterior, el autor sintetiza los datos de su monografía de 1996 en tres momentos: 1939 —que ya hemos visto—, 1948 y 1957²⁴. Los datos de 1948 transmiten una imagen mucho menos *falangista* que la que aparece en el cuadro 3. Pero, pese a lo mucho que se han utilizado para reafirmar esa imagen de Falange irrelevante, contienen una debilidad de fondo insalvable. En primer lugar solamente aparece en ellos la militancia anterior a 1936 y no la integración o no integración posterior en FET-JONS y en segundo lugar corresponden únicamente a candidatos a concejal y no a concejales elegidos, como tampoco a alcaldes, presidentes de diputación o diputados provinciales como los anteriores. Sin saber de los resultados de esas *elecciones* cualquier conclusión es, cuando menos, engañosa, dado que conocemos perfectamente las instrucciones reservadas que se utilizaban para *fabricar* los resultados electorales, donde rezaba que los concejales que *había que elegir* debían destacar por:

su adhesión al Movimiento, manifestada en su adscripción a cualquiera de los grupos que lucharon por su triunfo en la Cruzada de Liberación y continúan dentro de la ortodoxia del Régimen después de la Unificación²⁵.

Cuadro 3. Filiación política de una muestra de candidatos a concejales de 1948 anterior a 1936²⁶

FE-JONS	1066	<i>Monárquicos</i>	86
Comunión Tradicionalista	59	Unión Patriótica	64
CEDA	684	Partido Liberal Conservador	372
Renovación Española	120	De <i>derechas</i>	5685
<i>Republicanos e izquierdistas</i>	159	Sin filiación	6848

Parece innecesario recordar —pero lo haremos por si acaso— que ni la CEDA ni otros partidos conservadores fueron jamás aceptados por el Régimen dentro de la categoría de los que lucharon por el triunfo del *Movimiento* durante la *Cruzada* y que su inserción dentro de la *ortodoxia* pasó necesariamente por la afi-

²⁴ SÁNCHEZ RECIO, G.: *Sobre todos Franco...*, pp. 53-57.

²⁵ *Índice de Directrices Políticas para la celebración de las elecciones de Concejales*, Fondo del Gobierno Civil de Barcelona en custodia en el Archivo de la Corona de Aragón, carpeta número 854. Ver, asimismo, MARÍN, M.: *Els Ajuntaments Franquistes a Catalunya...*, pp. 209-247.

²⁶ SÁNCHEZ RECIO, G.: *Sobre todos Franco...*, pp. 55. Se trata de 12 provincias, entre las cuales han desaparecido —por causas ajenas a la voluntad del autor, obviamente— Jaén, Lugo, Madrid, Palencia, Santander y Zaragoza respecto de los datos de 1939 y se han *compensado* con Ciudad Real, La Coruña, Girona, Granada, Huesca, Oviedo, Valladolid y Vizcaya.

liación a FET-JONS previos avales de militantes. Por ello resulta destacable que, incluso en este limitado cuadro, aparezca evidente el dominio falangista sobre cualquier otro partido, partiendo de la inferioridad electoral manifiesta de FE-JONS durante los años de la II República respecto de cualquier otro de los grupos a los que se compara. De nuevo, la distinción efectuada entre *de derechas* y *sin filiación*, no puede ocultar otra cosa —pese a la presencia ahora de Girona en la muestra— que la intensísima incorporación al régimen, contando con la supervisión electoral mencionada para asegurar la fidelidad, de individuos sin carrera política anterior (12533 candidatos sobre un total de 15149). Pretextar, sin mayores datos, que *de derechas* pueda significar otra cosa que una mentalidad conservadora genérica, expresada públicamente en algún momento, pero sin concreción partidista alguna, en un informe interno de la Secretaría General del Movimiento, es asumir que esta se mentía a sí misma en 1948 para ocultar información a los historiadores de un futuro inconcreto. Permítaseme dudar de tan sibilinas intenciones.

Finalmente, Sánchez Recio dispuso de datos mucho más interesantes para 1957, poco o nada utilizados por aquellos autores que habían obtenido del *aparente descenso* de presencia falangista entre 1939 y 1948 la satisfacción suficiente para su *partie pris* alrededor de la idea de una FET-JONS en constante retroceso, como mínimo, desde la *defenestración* de Serrano Suñer. Estos datos, sintetizados en el cuadro 4, nos devuelven a la realidad del predominio falangista, cuando de cargos *electos* se trata —como en 1939— y, especialmente, como tendremos ocasión de pormenorizar, cuando pasamos del conjunto heterogéneo de poblaciones incluidas en la voz *municipio* a considerar únicamente poblaciones urbanas, mayores de 25.000 habitantes. Es decir, aquellas en las que el juego político pasó necesariamente por un sistema de partidos complejo y no únicamente por las llamadas *fuerzas vivas* locales, cuya adscripción partidista pudo ser de lo más variopinto.

Cuadro 4. Calificación política de los concejales elegidos en 1957
en poblaciones mayores de 25.000 habitantes²⁷

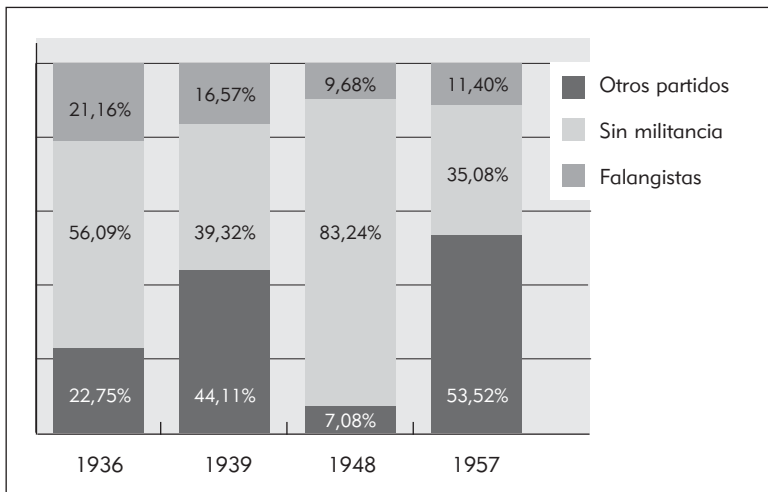
	Falangistas	Otros grupos políticos	Sin filiación	Total
<i>Identificados con el Régimen y con el Movimiento</i>	-	-	263	263
<i>Identificados sólo con el Régimen</i>	-	-	41	41
<i>Identificados con el Movimiento</i>	477	88	-	565
<i>No identificados con el Movimiento</i>	2	14	-	16
<i>Al margen de toda política</i>	-	-	10	10
Total	479	102	314	895

²⁷ SÁNCHEZ RECIO, G.: *Sobre todos Franco...*, pp. 56.

Una vez más, parece no existir otra cosa que la Falange, dada además la *identificación con el Movimiento* de 88 de los 102 antiguos militantes de otras opciones políticas y de 263 de los 314 sin filiación alguna. Sintetizando en base a porcentajes todos los datos de Sánchez Recio entre 1936 y 1957 obtenemos el inequívoco gráfico 4, donde, salvo por la disparidad del tipo de datos correspondientes a 1948, la evolución hasta fecha tan tardía como 1957 muestra el imparable ascenso de Falange en las administraciones de segundo y tercer nivel (provincial y local), en lo que debió de significar no tan sólo la ocupación de cargos por parte de los *camisas viejas* sino un crecimiento espectacular de la nueva militancia durante el período de guerra, dado que el límite para considerar *falangista* a alguien se estableció arbitrariamente en 1939 —miembros del *Frente de Juventudes* al margen—, como veremos. ¿Resulta creíble un retroceso tan espectacular en 1948 seguido de una recuperación no menos espectacular en 1957, sin atender a la diferencia señalada entre candidatos y *elegidos*?

Naturalmente, no cabe quedarse únicamente en los datos de Sánchez Recio por más que no hayan sido puestos jamás en duda. Es preciso complementar esos datos con los establecidos para otras áreas geográficas a los que no tuvo acceso el autor repetidamente citado en su momento. Por lo que respecta a Cataluña, por ejemplo, pude establecer en su momento datos de militancia y actitud hacia FET-JONS de alcaldes y concejales de 1948 para la mayoría de las poblaciones mayores de 10.000 habitantes, completados con los de algunas algo menores pero cabeceras de partido judicial²⁸. Los datos se recogen en los cuadros 5 y 6.

Gráfico 4. Evolución de la filiación política del personal político local, 1939-1957
Sánchez Recio (1996)



²⁸ MARÍN, M.: *Els Ajuntaments Franquistes a Catalunya...*, pp. 227-230.

Cuadro 5. Afiliación a FET-JONS de alcaldes y concejales de 1948
en las poblaciones *urbanas* de Cataluña

ALCALDES	Afiliados	No afiliados	CONCEJALES	Afiliados	No afiliados
< 5.000 habs.	13	1	< 5.000 habs.	78	42
5-10.000 habs.	8	-	5-10.000 habs.	50	22
10-25.000 habs.	10	-	10-25.000 habs.	93	21
25-55.000 habs.	11	-	25-55.000 habs.	126	44
Barcelona	1	-	Barcelona	23	2
Total	43	1	Total	370	131

Cuadro 6. Actitud hacia FET-JONS de alcaldes y concejales de 1948
en las poblaciones *urbanas* de Cataluña

ALCALDES	Adictos	Tibios	Dudosos	CONCEJALES	Adictos	Tibios	Dudosos
< 5.000 habs.	14	-	-	< 5.000 habs.	104	15	1
5-10.000 habs.	8	-	-	5-10.000 habs.	61	10	1
10-25.000 habs.	8	2	-	10-25.000 habs.	86	21	7
25-55.000 habs.	10	-	1	25-55.000 habs.	129	35	6
Barcelona	1	-	-	Barcelona	14	8	3
Total	41	2	1	Total	394	89	18

Un nivel de afiliación de concejales y alcaldes del 73,9 y el 97,7%, respectivamente, con un porcentaje de *adicción* a FET-JONS entre los concejales incluso superior, del 78,6% para 1948 encajaría perfectamente en el gráfico 4 con una explicación mucho más plausible que la de las abruptas —y extemporáneas— caídas y ascensos: a saber, que el proceso de *falangistización* de los cuadros políticos de la administración pública local y provincial se completó progresiva y rápidamente durante la primera década de la postguerra, culminando en 1948 o tal vez en 1954 —con motivo de la completa renovación de las corporaciones de 1948, iniciada por mitades en 1951—. Esto, o como mínimo la fuerte presencia de falangistas por encima de cualquier otra opción de partido, es lo que han señalado también los datos obtenidos para Guipúzcoa, Aragón, Alicante, Valladolid, León, Mallorca, Andalucía Oriental, Palencia, Castilla la Mancha y Cantabria —casos suficientemente diversos— y aun otros locales y comarcales²⁹. Ello no

²⁹ CALVO DE VICENTE, C.: *Poder y consenso en Guipúzcoa...*; CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997; PALOMARES IBÁÑEZ, J.M.: *El primer franquismo en Valladolid*, Valladolid, Universidad, 2002; RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J.: *León bajo la dictadura franquista (1936-1951)*, León, Universidad de León, 2003; MAS QUETGLAS, J.: *Els mallorquins de Franco*, Palma, Documenta Balear, 2003; GARCÍA RAMOS, D.: *Las instituciones palentinas durante el Franquismo*, Palencia Diputación Provincial de Palencia,

obstante, el peso de los condicionantes interpretativos ya mencionados, la ausencia de trabajo comparativo —en los primeros casos porque la fecha de realización del trabajo lo hacía imposible—, la falta de datos completos en algunas ocasiones, la limitación cronológica en otras y muy especialmente la orientación preferente hacía temáticas en las que el análisis del personal político desde el punto de vista del *peso falangista* no eran las prioritarias dentro de un estudio dado, ha significado que sólo algunas de las monografías que se han referido a los territorios mencionados hayan hecho hincapié suficientemente en el tema.

Así, mayorías falangistas del orden del 30% para los primeros compases del Régimen de postguerra han sido consideradas *débiles* por la presencia de una categoría más representada: la ya analizada de los *derechistas* sin filiación precisa³⁰. Otras, superiores al 50% han sido pasadas de puntillas o motejadas de *insuficientes* para afirmar la hegemonía de FET-JONS, dado que el partido único *hubiera debido* representar prácticamente el 100%, o incluso de *falsas y oportunistas* por el hecho de tratarse de militantes ingresados en el partido una vez comenzada la Guerra Civil y al calor del triunfo del golpe de estado³¹. ¿De verdad la militancia falangista posterior a julio de 1936 fue tan diferente de la fascista o de la nazi posterior a sus respectivos accesos al poder en 1922 y 1933? ¿Cabe motejar como arribista o advenedizo a quien apostó en 1936 por FE-JONS o por FET-JONS ya en 1937, como si el inicio de la Guerra Civil pudiera interpretarse

2005; COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, T. M.^a: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental*, Granada, Universidad de Granada, 2005; ARCO BLANCO, M. Á. del: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007; GONZÁLEZ MADRID, D.A.: *Los bombres de la dictadura...* y SANZ HOYA, J.: *La construcción de la dictadura franquista en Cantabria. Instituciones, personal político y apoyos sociales, 1937-1951*, Santander, Universidad de Cantabria / Ayuntamiento de Torrelavega, 2008. La lista sería susceptible de ampliarse de un modo kilométrico por lo que me remitiré a la que se cita en SANZ HOYA, J.: «El estudio de la dictadura en las provincias. Algunas reflexiones sobre la metodología y el estado de la cuestión» comunicación presentada al *VII Encuentro de investigadores sobre el Franquismo*, Universidad de Santiago de Compostela, 2009, recurso electrónico, de otro lado, autor con el que comparto el juicio sobre el gran y progresivo peso de Falange en el mundo local y provincial.

³⁰ Sirva como ejemplo el caso de SANZ ALBEROLA, D.: *La implantación del franquismo en Alicante. El papel del Gobierno Civil (1939-1946)*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1999. En un cuadro de la p. 115 aparecen las categorías de filiación anterior a 1939, de los concejales alicantinos de las principales poblaciones para el período 1939-45. Cuatro de ellas son «Ideología derechista», «Derechas», «Sin conceptuar» y «Ninguno», que agrupan 350 individuos sin filiación evidente, sobre un total de 742, pero el autor decide sumarlos en el texto explicativo con los 132 provenientes de dos grupos de la CEDA (Derecha Regional Agraria y Derecha Regional Valenciana) para formar un único grupo *rival* de FET-JONS, pese a que todos parecen militar en ella el autor no lo aclara aunque el cuadro parece sugerirlo. Su conclusión es que los *derechistas* (482 tras esa hipotética suma) fueron los verdaderos vencedores de la pugna en Alicante, frente a los 133 falangistas *auténticos*, pero no ofrece ninguna prueba de la existencia de un grupo político organizado con esos mimbres, salvo un par de denuncias de la FET-JONS local sobre reuniones de antiguos miembros de la DRA, monárquicos y tradicionalistas en 1945, en las que no se alude a la presencia en las mismas de cargo electo alguno.

³¹ Ver, respectivamente, RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J.: *León bajo la dictadura franquista...* y MAS QUETGLAS, J.: *Els mallorquins de Franco...*

de forma paralela al triunfo fascista que significó la *Marcia su Roma* o el éxito nazi al alcanzar Hitler la cancillería de la República? ¿No fue, bien al contrario, mucho más arriesgado afiliarse a FET-JONS, entre 1937 y 1939, que hacerlo al PNF en 1927 o al NSDAP en 1936? Y es preciso puntualizar que «entre 1937 y 1939» porque con posterioridad a esas fechas el carné de FET-JONS empezó a administrarse con cuantagotas, por no hablar de los procesos de depuración emprendidos por José Luis de Arrese en su primera etapa como Ministro Secretario General del Movimiento (1941-45), a la caza, precisamente, de *infiltrados*, pero no de *oportunistas*, porque de ellos se han nutrido también, históricamente, todo tipo de partidos, con tal que el *oportunismo* vaya de la mano de unos mínimos exigibles de *fidelidad*.

Para cerrar lo dicho, en el apéndice ofrecemos un resumen no exhaustivo de las cifras de diferentes estudios de personal político que confirman lo expuesto siempre que se interpreten como lo que son militancias anteriores o posteriores a 1936: opciones coyunturales y no profesiones de fe eternas. La presencia de FE-JONS resulta desigual pero demasiado notable como para no reparar en ella incluso donde parece pequeña porque hay que compararla con su irrelevante punto de partida. Cualquier otra presencia, por relevante que pueda parecer a priori, cabe relativizarla por dos motivos de peso: sus respectivos puntos de partida, las más de las veces mucho más sólidos que el de FE-JONS, y la marginación bien conocida de sus dirigentes y cuadros principales. La presencia dominante de FET-JONS resulta incontestable aun sabiendo que se trata de *nueva militancia*. ¿O es que la elevada presencia de antiguos mencheviques y socialistas revolucionarios en el PCUS de Stalin —perfectamente documentada— ha hecho deducir a algún autor que la URSS no era *en realidad* un sistema de partido único?

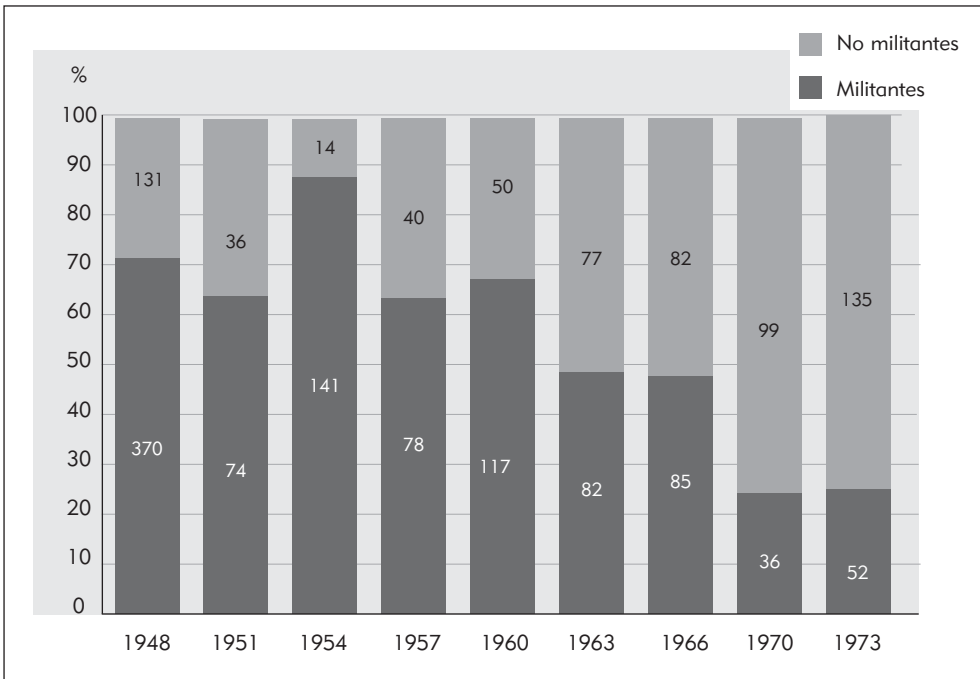
AUGE Y DECLIVE DE LOS AYUNTAMIENTOS FALANGISTAS

A mediados de los años cincuenta dio comienzo una nueva etapa en la presencia de FET-JONS en los cargos locales y provinciales: se inició un proceso de caída, más o menos lenta, de los niveles de militancia a medida que se producía el relevo de la *generación de la guerra*. Es esto, más o menos, lo que sugieren los datos obtenidos de las convocatorias electorales en las poblaciones urbanas de Cataluña entre 1948 y 1973, como se aprecia en los gráficos 5 y 6, referidos a militancia de los concejales elegidos en cada convocatoria y a la composición resultante de los ayuntamientos cada seis años dado que la renovación trianual afectaba solamente a la mitad de los ediles³².

³² Los datos fueron publicados en MARÍN, M.: *Els Ajuntaments Franquistes a Catalunya...*, pero proceden de un estudio realizado seis años antes: MARÍN, M.: *Política i administració local durant el franquisme. Els ajuntaments a la Catalunya urbana, 1938-1979*, Tesis doctoral, UAB, diciembre de 1993,

No se trata del *caso catalán*, como alguien podría interpretar³³. Los datos de Cataluña pueden extrapolarse —aunque no mecánicamente— al resto de España, por dos razones. La principal es la extraordinaria centralización de la toma de decisiones políticas del régimen, destacadamente en materia de nombramientos y *elecciones* de cargos políticos: las instrucciones para las elecciones de concejales citadas anteriormente fueron dictadas para todo el país y se renovaron convocatoria tras convocatoria, al menos hasta finales de los años sesenta en que la referencia a la participación en la *Cruzada* empezaba a ser un requisito difícil de cumplir por motivos de edad. La secundaria, pero para el caso no menos importante, que Cataluña no destacó precisamente por una nutrida presencia de falangistas antes de 1936 —más bien al contrario como puede comprobarse en el apéndice— como para justificar su mayor peso con posterioridad a 1939. Los falangistas catalanes eran fundamentalmente falangistas de guerra, como reconocía sin rubor —antes al contrario— uno de los *camisas viejas* catalanes de mayor prestigio, Carlos Trías Bertrán en 1940:

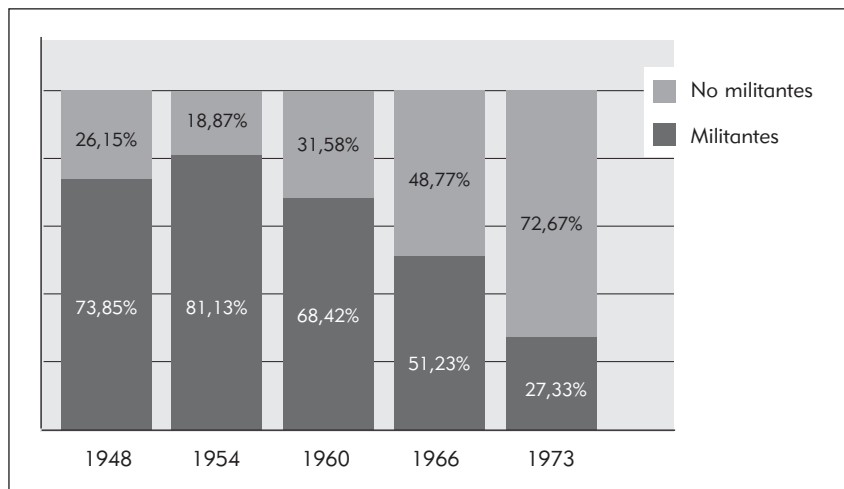
Gráfico 5. Presencia de FET-JONS entre los concejales elegidos en la Catalunya urbana
Marín (1994)



dirigida por Borja de Riquer. La diferencia en la cifra total de concejales de 1948 es debida a que fue el único año en el que las corporaciones se renovaron completamente.

³³ MARÍN, M.: *Els Ajuntaments Franquistes a Catalunya...*, pp.209-265.

Gráfico 6. Presencia de FET-JONS en los ayuntamientos de la Catalunya urbana
Marín (1994)



Indudablemente la masa de 6.000 excombatientes que están encuadrados en el seno de la Delegación del propio nombre del Partido constituye lo mejor y lo más puro que, políticamente, existe en esta provincia [de Barcelona]³⁴.

El *declive* falangista, pues, se produce con posterioridad a 1960 y, ahora sí que, faltos de otros datos paralelos, para el caso catalán, FET-JONS no pierde su mayoría hasta las postrimerías del régimen y aun por lo que respecta a los concejales, ya que este proceso no se da en el caso de los alcaldes³⁵. Desafortunadamente 1951 es la fecha más tardía de cierre de monografías locales (Cantabria, León) y lo habitual resulta cerrarlas incluso antes (Aragón, Castilla La Mancha y Guipúzcoa, 1945; Alicante, 1946). Las excepciones de Palencia y Mallorca, desgraciadamente, no contienen tratamiento sistemático alguno de datos provinciales que puedan utilizarse aquí. Lógicamente, las consideraciones efectuadas por algunos de estos autores sobre la presencia mayor de *derechistas* —esto es, sin filiación, en realidad— y sobre la presencia en espacios de poder significativos de *derechistas* con filiación, no pueden caer en saco roto, pero tampoco convertirse en prueba de antifalangismo de ningún tipo sin mayores pruebas, del mismo modo que no sirven para prejuzgar cómo evolucionaría el personal político en el futuro cuando se cierran las monografías en pleno proceso de crecimiento de FET-JONS, como atestiguan las monografías de mayor alcance cronológico.

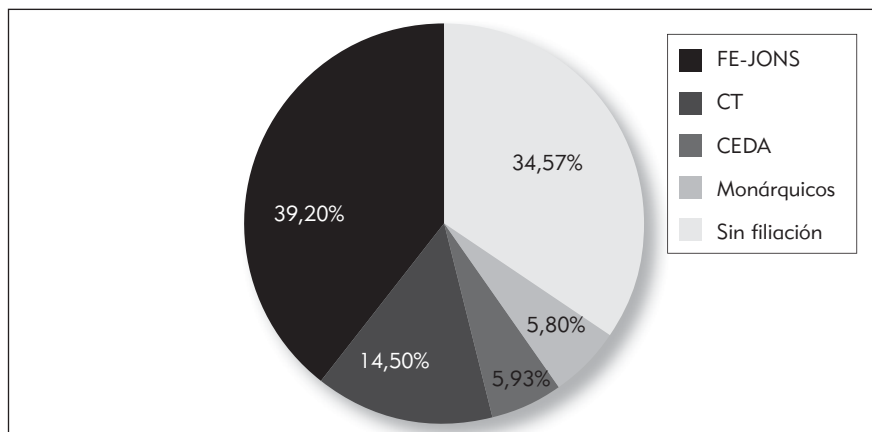
³⁴ *Informe político de Barcelona por el camarada Carlos Trias* [Bertrán], 24 de noviembre de 1940. Secretaría General del Movimiento. Delegación Nacional de Provincias, caja 31, número 32, Archivo General de la Administración.

³⁵ MARÍN, M.: *Els Ajuntaments Franquistes a Catalunya...*, pp.495-527.

Para resolver la aparente paradoja de que un ministerio dominado por un falangista como Blas Pérez, flanqueado en sus decisiones sobre personal político por una Secretaría General del Movimiento no menos falangista, acabase por nombrar ayuntamientos *conservadores* se ha recurrido —como ya hemos dicho— al *poder real* ejercido desde abajo, *como en la Restauración*³⁶. Curiosamente ello se ha hecho compatible, en ocasiones por parte de los mismos autores, con el papel clave de los gobernadores civiles, notoriamente representantes del *poder legal* ejercido desde arriba y, además, sin la alternancia de partidos tan cara al sistema canovista³⁷. Si los gobernadores civiles del franquismo, representantes de una dictadura y no de un gobierno liberal más o menos transitorio, fueron los verdaderos protagonistas y nombraron y destituyeron a alcaldes y concejales no se entiende muy bien quién ni cómo pudo ejercer el *poder real* desde abajo, aunque, tal vez el dominio de los gobiernos civiles por parte de grupos que no fueran la Falange permitiría la oportuna síntesis de argumentos. Lamentablemente para este tipo de interpretaciones ello no fue así: la presencia de *camisas viejas* en los gobiernos civiles fue mayoritaria hasta 1963 al menos, como puede comprobarse en los datos de los gráficos 7 y 8. Del mismo modo el gráfico 9 nos advierte contra la idea de considerar al ejército como una militancia alternativa y distinta de la Falange, que ha sido otra de las *variantes interpretativas*. Al final todos los datos parecen encajar perfectamente: una dirección central de política local falangista, con gobernadores mayoritariamente falangistas, que nombran gobiernos locales de mayoría falangista, incluso si por *falangista* entendemos *camisa vieja*, lo cual resultaría, en cualquier caso, una prevención excesiva. Otra cosa hubiera requerido una explicación hartó más compleja que esa presunta excepción *cañí* que suele aplicarse cuando de España se habla.

Gráfico 7. Militancia anterior a la guerra de los gobernadores civiles, 1936-1945

Viver Pi-Sunyer (1978)



³⁶ Ver la nota 12.

³⁷ NICOLÁS, M.E.: «Los poderes locales y la consolidación de la dictadura franquista», *Ayer*, 33, 1999, pp. 65-86.

Gráfico 8. Militancia anterior a la guerra de los gobernadores civiles, 1936-1963
Marín (2011)

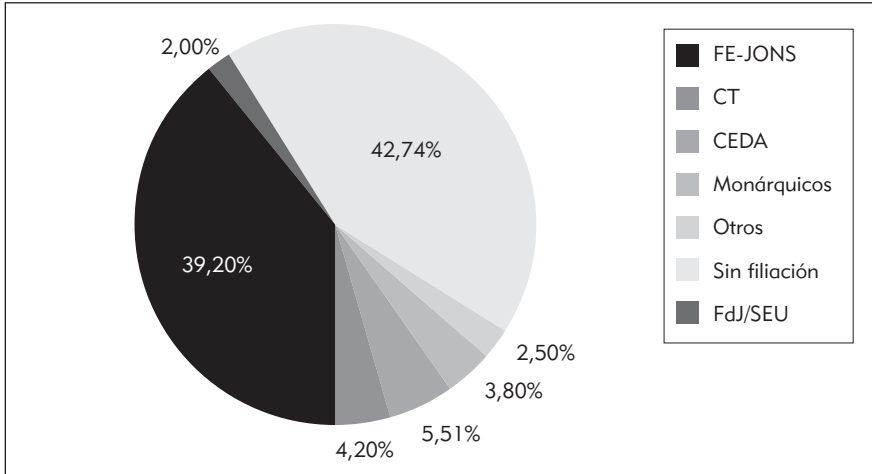
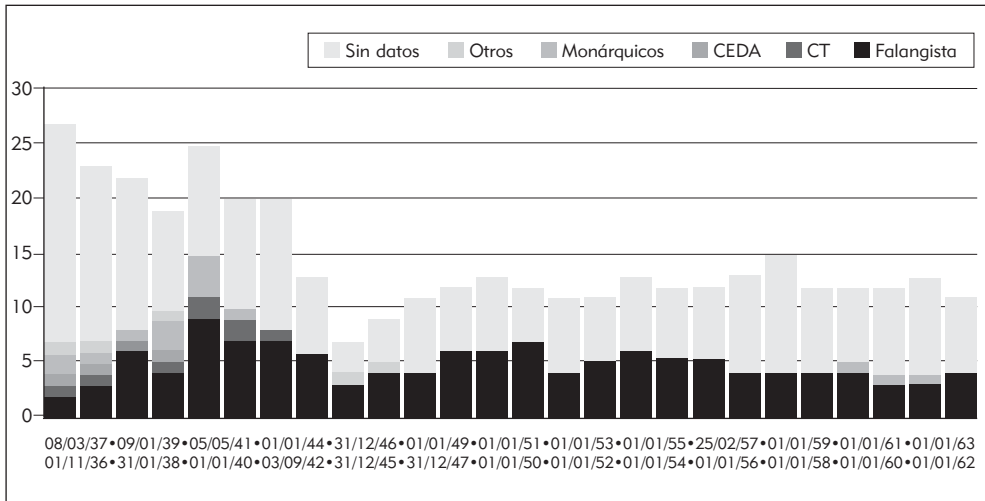


Gráfico 9. Militancia política de los gobernadores de profesión militar, 1939-1963



SUPERAR LAS CIFRAS, SUPERAR LA PREHISTORIA DEL ESTUDIO DE LA FALANGE

Hasta aquí el análisis de aquello que verdaderamente ha ocupado —y casi obsesionado— a aquellos que han (hemos) analizado las relaciones de Falange con los poderes territoriales del estado: su presencia en los cargos políticos, entendiendo éstos como los que en su día habían sido de elección popular. Ello no es —hay que reconocerlo— sino la prehistoria del estudio de la Falange en el nivel local. De un tiempo a esta parte —afortunadamente— vienen apareciendo

comunicaciones a congresos y algún que otro artículo que se encargan de recordarnos que FET-JONS no fue sólo eso. La Secretaría General del Movimiento extendía sus tentáculos sobre todo el territorio a través de delegaciones provinciales y locales de las que poco o nada sabemos. Estas delegaciones eran dirigidas por juntas donde, además de jefes y vocales, había un número no pequeño de delegados de servicios concretos: de excombatientes, excautivos, auxilio social, sección femenina, información e investigación, frente de juventudes, prensa y propaganda, deportes, etc. Tampoco sabemos gran cosa de ellas. Puede que algunas de estas delegaciones no fueran muy activas en los pequeños municipios, pero es indudable que no fue así en las ciudades, donde existían periódicos, revistas y emisoras de radio de la *Cadena de Medios de Comunicación del Movimiento*, donde se organizaban los campamentos juveniles, los que se ofrecían al cuerpo de magisterio —a través del *Servicio Español del Magisterio*— o a los aspirantes a instructores del *Frente de Juventudes* o la *Sección Femenina*, del mismo modo que se organizaban periódicamente cursos, encuentros, concentraciones *patrióticas* con motivo de conmemoraciones y visitas oficiales de distinto rango y nivel, etc. Igualmente en ellas se auxiliaba a los ayuntamientos en la organización de competiciones deportivas escolares, a las federaciones deportivas provinciales de cada especialidad y a los respectivos colegios de jueces y árbitros de competiciones deportivas, debido al control que el partido ejerció sobre la creciente presencia social del deporte en general a través de la Delegación Nacional de Deportes, de José Antonio Elola Olaso (1956-66) a Juan Antonio Samaranch (1966-70), sin olvidar la larga etapa del converso general Moscardó (1941-56). Lo mismo cabe decir de la presencia sindical, si tenemos en cuenta que la OSE fue siempre un monopolio del partido y que su participación en la vida pública no fue meramente laboral —lo que no sería, ciertamente, poco—, en la medida en que estuvieran activas sus diversas obras sindicales *del Hogar* o *de Educación y Descanso*. Además, cuando se creó el Ministerio de la Vivienda en 1957 —especialmente activo durante veinte años—, este fue organizado, también territorialmente, por José Luis de Arrese y traspasado, cual preciada herencia, de ministro falangista a ministro falangista hasta su extinción.

Visto, sucintamente, lo que resta aun por investigar uno no puede sino desear la pronta y definitiva superación de nuestro particular paleolítico...

SOCIOLOGÍA DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS POLÍTICOS. UN «GRUPO DE ELITE» INTELECTUAL AL SERVICIO DEL PARTIDO ÚNICO Y EL ESTADO FRANQUISTA (1939-1969)¹

NICOLÁS SESMA LANDRÍN
COLUMBIA UNIVERSITY

INTRODUCCIÓN

Presente durante todo el periodo de la dictadura, a la que llegó incluso a sobrevivir brevemente, el Instituto de Estudios de Políticos (IEP) constituye sin duda uno de los principales indicadores —al tiempo que uno de sus más destacados actores— del proceso de construcción y de la evolución del régimen franquista, y no sólo desde el punto de vista ideológico e institucional, sino también desde la óptica de su personal político-intelectual.

Los estudios de tipo prosopográfico sobre las elites han sido una constante en la historiografía relativa tanto a la época contemporánea española en general como al franquismo en particular². Y es que, por una parte, la gran discontinuidad del sistema político imperante en la península desde finales del ochocientos ha provocado el interés por determinar hasta qué punto cada una de estas transformaciones trajo consigo el desplazamiento total o parcial de la antigua clase dirigente o su permanencia en los resortes del poder³. Por otra, una dictadura se

¹ El presente trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación HAR2008-05949/Hist, «Cultura y memoria falangista y cambio social y político en España, 1962-1982», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y dirigido por Miguel Ángel Ruiz Carnicer. El autor disfruta en la actualidad de una estancia de movilidad posdoctoral del Ministerio de Educación y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (2010-2012). Con mi agradecimiento por sus valiosos comentarios a Victoria de Grazia, Philippe Schmitter, Carme Molinero y Pere Ysàs.

² Un reciente balance en MORENO LUZÓN, J.: «La historiografía sobre las elites de la España liberal», en CAMURRI, R. y ZURITA, R.: *Las elites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, PUV, 2008, pp. 27-42. Una definición de elite en KELLER, S.: «Elites», en SILLS, D. (ed.): *International Encyclopedia of the Social Sciences*, New York-London, Macmillan Publishers, 1968, pp. 26-29. Sobre la funcionalidad de la prosopografía aplicada a investigaciones históricas, STONE, L.: «Prosopography», en *The Past and the Present*, Bortons, Routledge and Kegan Paul, 1981, pp. 45-73.

³ A modo de ejemplo, LINZ, J. J.: «Continuidad y discontinuidad en la elite política española: de la Restauración al régimen actual», en *Estudios de Ciencia política y sociología. Homenaje al profesor Carlos Ollero*, Madrid, Carlavilla, 1972, pp. 361-423; GENIEYS, W.: *Les élites espagnoles face à l'État. Changements de régimes politiques et dynamiques centre-périphéries*, Paris, L'Harmattan, 1997; CAMPUZANO, F.: *L'élite franquiste et la sortie de la dictature*, Paris, L'Harmattan, 1997.

revela, al menos en teoría, como marco privilegiado para el análisis de las distintas elites, dado que a su mayor capacidad de participación en los mecanismos de toma de decisiones viene a sumarse la verticalidad de las estructuras políticas y la ausencia de responsabilidades jurídicas y electorales frente a los gobernados.

Con todo, las investigaciones clásicas sobre las elites del régimen, así como la reciente oleada de estudios de ámbito provincial y local, han concentrado casi exclusivamente sus esfuerzos en el vértice de la pirámide política franquista —Consejo de Ministros y Cortes Españolas, en el primer caso, mientras Gobiernos civiles y Ayuntamientos han focalizado la atención en el segundo—⁴. De esta forma, aunque con notables excepciones⁵, importantes engranajes de la maquinaria de la dictadura continúan moviéndose en un relativo anonimato individual y colectivo, en especial las instituciones de segundo rango y los grandes organismos de encuadramiento de FET y de las JONS, fundamentales para llevar a cabo la siempre necesaria labor de «mediación» entre las instancias oficiales y la sociedad civil, e integradas por aquellos que, en palabras de Glicerio Sánchez Recio, lejos de la notoriedad de las carteras ministeriales componían el «substrato político y social en el que se cimentaba y sostenía el régimen franquista»⁶.

En este sentido, el objetivo de las siguientes páginas es realizar una contribución al conocimiento de la *intelligentsia* del franquismo a través de la plantilla de miembros del Instituto de Estudios Políticos. Así, considerados en su conjunto como un «grupo de elite»⁷, partimos de la premisa de que mediante un análisis

⁴ Sin ánimo de exhaustividad, LEWIS, P. H.: «The Spanish Ministerial Elite 1938-1969», *Comparative Politics*, 5 (1972-73), pp. 83-106; DE MIGUEL, A.: *Sociología del franquismo. Análisis ideológico de los Ministros del Régimen*, Barcelona, Euros, 1975; CUENCA, J. M. y MIRANDA, S.: «La elite ministerial franquista», *REP*, 57 (1987), pp. 107-148; MIGUEL, J. M. y LINZ, J. J.: «Las Cortes españolas 1843-1970. Un análisis de cohortes», *Sistema*, 8 y 9 (1975), pp. 85-110 y 103-124. CENARRO, Á.: «Instituciones y poder local en el Nuevo Estado», en JULIÁ, S. (coord.): *República y guerra en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa, pp. 421-447; SANZ HOYA, J.: «Jerarcas, caciques y otros camaradas: el estudio de los poderes locales en el primer franquismo», *Historia del presente*, 15 (2010), pp. 9-26.

⁵ Especialmente la obra pionera, de la que nuestra investigación es indudablemente deudora, de JEREZ MIR, M.: *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*, Madrid, CIS, 1982. Véase también BALFOUR, S.: «From warriors to functionaries: the Falangist syndical élite, 1939-1976», en LANNON, F. y PRESTON, P. (eds.): *Élites and power in Twentieth-Century Spain. Essays in Honour of Sir Raymond Carr*, Oxford, Oxford University Press, 1990, pp. 229-248, y ÁLVAREZ, J.: *Burocracia y poder político en el régimen franquista*, Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública, 1984.

⁶ SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de orígenes e identidad de intereses*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996, p. 8.

⁷ El concepto de «grupo de elite» en GIDDENS, A.: «Elites in the British Class Structure», en SCOTT, J. (ed.): *The Sociology of Elites. The Study of Elites*. Volume I, Hants, Edward Elgar, Hants, 1990, pp. 3-30. Su atribución a los miembros del IEP resulta factible dada su común integración en un marco institucional establecido normativamente, pertenencia que les proporcionaba, al menos sobre el papel, una posición dominante dentro del mundo académico y cultural y una serie de funciones ideológico-políticas, así como, en tanto que dotados de un espacio de sociabilidad y unos determinados órganos de expresión pública, un alto grado de cohesión social que contrastaba con la presencia en su seno de distintas sensibilidades

de su perfiles socioformativos, sus adscripciones ideológicas y sus trayectorias políticas y profesionales, estaremos en condiciones de identificar las estrategias de reclutamiento, el índice de renovación, las zonas de procedencia, la presencia social, las funciones para las que fue requerida y la fidelidad doctrinaria de una parte importante de la intelectualidad del sistema franquista, así como, en último término y dada la inmutable naturaleza —jurídica y, como veremos, también ideológica— falangista de nuestro objeto de estudio, de aproximarnos al grado y áreas de influencia y a la capacidad de penetración ejercidas por el partido único en el aparato del Estado. Del mismo modo, la preferencia por un retrato colectivo responde a nuestro rechazo de las interpretaciones del totalitarismo fascista volcadas exclusivamente en el estudio de la voluntad de los correspondientes dictadores, puesto que, tal y como ha señalado Paul H. Lewis:

complexities of modern society and government make it impossible for them to rule alone. They may dominate their respective systems, but some of their authority must be delegated, which means that a governing elite stratum is formed just below them, by studying that elite stratum and seeing what kinds of people are co-opted into it, we may get some insight into how a given dictatorship works⁸.

La investigación se ha realizado sobre el grupo de trescientos individuos que figuran como integrantes oficiales del IEP tanto en su documentación interna —Archivo General de la Administración y Archivo del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales— y en las publicaciones oficiales estatales y del partido —*Boletín Oficial del Estado* y *Boletín Oficial del Movimiento de FET y de las JONS* (BMFET), respectivamente— como en distintos almanaques periódicos —básicamente, el *Anuario Español del Gran Mundo*—, durante el periodo comprendido entre su fundación, fechada en septiembre de 1939, y el cese de su sexto director, Jesús Fueyo, en diciembre de 1969. Para la elaboración de las entradas biográficas individuales, cuyos datos se encuentran completados en torno a un setenta y cinco por ciento, se ha acudido tanto a fuentes archivísticas —Expedientes personales de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE), fondos del Archivo General de Clases Pasivas, de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) y de las Reales Academias— como secundarias —fundamentalmente, recensiones de la *Revista de Estudios Políticos* (REP) sobre sus colaboradores y la información del *Boletín de la ACNP* sobre sus numerarios, así como distintos diccionarios biográficos y libros de homenajes universitarios—⁹.

ideológicas, si bien entre ellas existía igualmente un consenso de mínimos basado en la aceptación y activa colaboración con el Nuevo Estado surgido de la Guerra Civil.

⁸ LEWIS, P. H.: *Latin Fascist Elites. The Mussolini, Franco, and Salazar Regimes*, Westport-London, Praeger, 2002, p. 1.

⁹ Durante el periodo estudiado, la dirección del IEP fue ocupada por Alfonso García Valdecasas (1939-1942), Antonio Riestra del Moral (interinamente) (1942-1943), Fernando María Castiella (1943-1948), Francisco Javier Conde (1948-1956), Emilio Lamo de Espinosa (1956-1961), Manuel Fraga Iribarne (1961-1962) y Jesús Fueyo (1962-1969). Para una ampliación del conjunto de datos, así como de las fuentes

SEMBLANZA DE LOS MIEMBROS DEL IEP

Origen geográfico

En línea con el centralismo imperante tanto en la estructuración de la administración del Estado como en el conjunto de la vida pública española de la primera mitad del siglo pasado, la mayoría de miembros del IEP eran originarios de Madrid, ciudad de la que provenían al menos 45 de sus integrantes, un 22,5% del total conocido —algo más del triple de su proporción de habitantes respecto al total de la población nacional—, porcentaje que probablemente fuera además en realidad muy superior, dado que el cariz madrileño de la institución fue incrementándose con el tiempo y que nuestra mayor ausencia de datos en relación al lugar de nacimiento de los colaboradores corresponde justamente al periodo final del arco cronológico estudiado. De la misma forma, otros factores venían a reforzar el carácter capitalino del grupo, como el hecho de que numerosos de sus integrantes fueran vástagos de militares o altos funcionarios con destino en alguna ciudad de provincias pero que terminaran por instalarse en Madrid tanto al producirse el traslado de sus progenitores a la villa como al ser enviados a cursar sus estudios superiores a la Universidad Central —circunstancia que posibilitaba la función socializadora de los Colegios Mayores—, práctica igualmente muy habitual entre las clases medias de las zonas rurales, y obligada para todas aquellas personas que quisieran seguir enseñanzas de tercer ciclo —porcentaje muy elevado en el caso de los miembros del IEP—, puesto que únicamente la Universidad de Madrid podía expedir el título de doctorado.

Junto a los nacidos en la capital, sin duda destaca la presencia de 14 individuos procedentes de la ciudad de Granada —lo que constituye un nada despreciable 7% de la plantilla del Instituto, situados además por lo general en puestos de responsabilidad—, absolutamente sobrerrepresentada respecto a su importancia demográfica nacional, dato que encuentra su explicación en el origen zaharí del primer director, García Valdecasas, y que nos lleva a preguntarnos si el gentilicio del responsable del centro en cada periodo constituyó un factor determinante para la promoción de sus conciudadanos al rango de miembros¹⁰.

En este sentido, aunque los casos de Lamo de Espinosa, acompañado de otros 10 valencianos —tanto de extracción urbana como rural, para un 5,5% del total—;

consultadas y los presupuestos metodológicos, remitimos a nuestra tesis doctoral, SESMA, N.: *«La médula del régimen». El IEP: creación doctrinal, acción legislativa y formación de elites para la dictadura franquista (1939-1977)*, Florencia, Instituto Universitario Europeo, 2009.

¹⁰ La presencia de personas originarias de Granada respondía igualmente a la especial dedicación de su Universidad a varias de las disciplinas científicas que mejor se ajustaban a las funciones del IEP, véase MOTOS, M.: *La Facultad de Derecho de Granada: De ayer a hoy*, Granada, Universidad de Granada, 1981; CAZORLA, J.: «La escuela mudéjar: evocación de una experiencia personal de tres décadas (1950-1980)», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 100 (2002), pp. 39-59.

Jesús Fueyo, cuyo linaje asturiano era compartido por otros 11 designados —hasta alcanzar un 6% de la institución, prácticamente el doble de su representación demográfica—; y Fraga Iribarne, rodeado de otras 5 personas provenientes de la ciudad de Lugo —lo que suponía un 3% del plantel, cifra algo superior a lo que le correspondía en función de su población—, parecen confirmar esta apreciación, lo cierto es que en los dos primeros supuestos la mayoría de dichos miembros figuraba ya en el organigrama del IEP en el momento de su acceso a la dirección, por lo que el alto número de nombramientos de estas procedencias fue fruto tanto de la relevancia demográfica de la región valenciana como de la tradición universitaria de la ciudad de Oviedo, aspecto este último que introduce un claro factor personal en el proceso de selección —palpable en la incorporación de Jerónimo González a la sección de Reforma del Derecho Privado, donde ya figuraba el ovetense Rodrigo Uría—, pero como fenómeno sostenido y no en función de la figura situada al frente de la institución. Más interrogantes plantea lo sucedido con Fraga, durante cuyo mandato o inmediatamente después de su salida quedaron incorporados los también lucenses Enrique de la Torre, José Manuel González Páramo y Antonio Barrera de Irímo, aunque la dificultad de establecer una relación directa entre ellos invita a la prudencia a la hora de formular conclusiones.

La importancia de las conexiones locales, no obstante, fue posiblemente superior a la que queda reflejada en los números, puesto que si bien Castiella aparece rodeado únicamente de otros dos vizcaínos, dicha presencia aumentaría considerablemente si tomáramos igualmente en consideración a los colaboradores de la *REP* durante su etapa como director —elenco en el que aparecen José María de Areilza, Alberto Martín Artajo y Rafael Sánchez Mazas—, mientras que en el caso de Javier Conde, acompañado por un solitario paisano de su Burgos natal, fue la ciudad de Sevilla su verdadero punto de referencia personal, al desarrollar allí toda su trayectoria vital y profesional hasta el comienzo de la Guerra Civil, como también fue el caso del Vicesecretario General de FET y de las JONS Pedro Gamero del Castillo, que se sirvió del IEP para recolocar a sus contactos hispalenses, como el propio Conde —con la inestimable colaboración de Joaquín Garrigues—, Vicente Genovés Amorós —valenciano de nacimiento pero profesor de enseñanza secundaria en Sevilla— o los palentinos Ramón Carande —catedrático en la Universidad sevillana— y Carlos Ollero —castellano por destino militar de su padre pero de familia y «espíritu» oriundos de la ciudad andaluza—.

De esta forma, y en coherencia con las características que se le podrían suponer a esta clase de elites, el origen geográfico debe necesariamente complementarse con la localidad donde cada uno de los miembros del IEP desarrolló tanto sus estudios universitarios como su actividad profesional, lugar en el que, en la mayoría de las ocasiones, se forjaron las afinidades ideológicas y redes clientelares que más tarde llevarían a la designación para el centro falangista, en especial dado que sus responsables recurrieron frecuentemente a la incorporación en bloque de grupos intelectuales

o académicos ya formados, caso del equipo de redacción de la revista *Alfêrez*, la conocida como Escuela de Economistas de Madrid, el círculo de administrativistas articulado en torno a Eduardo García de Enterría o, en la última etapa del Instituto, el grupo de colaboradores de Mariano Navarro Rubio en el Ministerio de Hacienda.

A grandes rasgos, la plantilla del Instituto se cerraba con 9 componentes procedentes de Valladolid, para un total de 26 personas con origen en Castilla —un 13% de los datos conocidos—, alta cifra cuya lógica explicación remite a que se trataba de la ciudad y región con mayor número de militantes de Falange Española con anterioridad a la Guerra Civil¹¹; otros 9 miembros aragoneses, entre ellos 4 de la capital zaragozana, por lo general figuras que combinaban su adscripción al importante núcleo católico-social fundado allí por Severino Aznar con una tardía influencia del falangismo; y 4 personas más originarias de las dos grandes ciudades españolas restantes, Sevilla y Barcelona —cuya escasa presencia resulta indudablemente significativa—, a las que acompañaban 10 —excluida la provincia de Granada— y 3 elementos de sus respectivas regiones. Por último, señalemos la presencia en el IEP de 3 nacidos en Alemania, dos de ellos por razones familiares —Juan José Linz y Antonio Truyol Serra—, a los que vino a sumarse el profesor Werner Goldschmidt, seleccionado por su relación con el grupo de economistas formado en los años cincuenta en torno al diario *Arriba*; un súbdito francés debido al momentáneo exilio paterno en San Juan de Luz, Luis Joaquín Garrigues López-Chicheri; otro argentino pero «camisa vieja» falangista, José Antonio Elola Olaso, Delegado Nacional del Frente de Juventudes; y, finalmente, el chileno José Antonio García de Cortázar Sagarmínaga y los nicaragüenses Julio Ycaza Tigerino y Pablo Antonio Cuadra —integrante del consejo de redacción de la *REP*, aunque resulta más dudosa su designación formal como miembro—, representantes de la vocación hispanista del Instituto y el régimen franquista.

En cuanto a la cuestión del origen urbano o rural de los miembros del IEP, los datos conocidos arrojan una distribución en la que el primero, con un 65%, prevalece nítidamente sobre el segundo, el restante 35%, una proporción muy similar a la obtenida por Miguel Jerez Mir al analizar el conjunto de la elite de extracción falangista —68,4 por 31,6—, y que contrasta con la visión clásica de los cuadros de los partidos nazi y fascista como de procedencia mayoritariamente rural, si bien este paradigma fue sometido a una cierta revisión en su momento y, nuevamente,

¹¹ PAYNE, S.: «Social Composition and Regional Strength of the Spanish Falange», en LARSEN, S., *et al.* (eds.): *Who were the fascists. Social Roots of European Fascism*, Oslo, Universitetsforlaget, 1980, pp. 423-428; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 193 y 208. La cifra obedece igualmente al núcleo jonsista articulado en torno a Javier Martínez de Bedoya en la sección de Ordenación Social y Corporativa.

se encuentra referido al conjunto de la elite política de dichos movimientos y no, como en nuestro caso, a sus sectores específicamente técnico-intelectuales¹².

Desde la perspectiva de género, por el contrario, no existe lugar a la duda, pues únicamente se contaron 10 mujeres sobre un total de 300 miembros —apenas un 3%—, y en algunos casos su nombramiento parecía motivado por razones simbólicas o personales más que estrictamente académicas —Pilar Primo de Rivera o, si bien disponía de una sólida formación en el campo del Derecho del Trabajo, María Palancar Moreno, esposa de Eugenio Pérez Botija, ambos adscritos a la sección de Ordenación Social y Corporativa—, aunque también hubo escritoras y doctrinarias que ingresaron gracias a su pertenencia y su labor en distintos grupos ideológicos —como Leonor Meléndez Meléndez y Carmen Martín de la Escalera, colaboradoras de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales— y otras cuya capacidad para el oficio jurídico e intelectual resultaba innegable incluso para los dirigentes del partido, caso de Gloria Begué Cantón —catedrática de Economía y futura magistrada del Tribunal Constitucional— o de la abogada gaditana Mercedes Formica Corsi, precisamente una de las personas que más contribuyeron a mejorar el estatus legal de género en España como impulsora de la Ley de derechos políticos, profesionales y de trabajo de la mujer, preparada en buena medida en el seno del IEP¹³.

Grupo de edad

La edad de acceso al IEP constituye un buen indicador en una doble dirección. Por un lado, y especialmente referida a la primera etapa del centro, para comprobar en qué medida el ascenso a posiciones de poder de FET y de las JONS y el establecimiento del Estado franquista supuso efectivamente esa «revolución generacional», esa renovación de las clases dirigentes a la que apelaron la práctica totalidad de movimientos fascistas en el contexto de la Europa de entreguerras¹⁴, en este caso en relación con las elites intelectuales. Por otro, para determinar si el Instituto era concebido por sus integrantes y utilizado por la Secretaría General del Movimiento fundamentalmente como un núcleo de promoción de nuevos

¹² JEREZ MIR, M.: *Elites políticas...*, op. cit., p.77; LINZ, J. J.: «Notas para un estudio comparado del fascismo en perspectiva histórico-sociológica», en *Obras Escogidas*, Madrid, CEPC, 2008, pp. 56-57; KATER, M.: *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Cambridge, Harvard University Press, 1983. Una semblanza sobre los intelectuales durante el período fascista en TURI, G.: *Il mecenate, il filosofo e il gesuita. L'enciclopedia italiana, specchio della nazione*, Bologna, Il Mulino, 2002.

¹³ VALIENTE, C.: «La liberalización del régimen franquista: la Ley de 22 de julio de 1961 sobre derechos políticos, profesionales y de trabajo de la mujer», *Historia Social*, 31 (1998), pp. 47 y ss.

¹⁴ WANROOIJ, B.: «The Rise and Fall of Fascism as a Generational Revolt», *Journal of Contemporary History*, 3 (1987), pp. 401-418.

cuadros para el resto de delegaciones del partido y el aparato del Estado, o si también la designación como miembro del centro suponía un fin en sí mismo.

Respecto a la primera de las cuestiones, los datos recopilados tanto para la primera etapa, cuya específica media de edad en el momento del ingreso se sitúa en 34,5 años, como para todo el periodo de vigencia del organismo, según queda reflejado en el cuadro siguiente, parecen corroborar la impresión de que la plantilla del IEP constituía un grupo de elite joven, aunque no en grado extremo, pues la mayor parte de ellos recibieron el nombramiento entre los 25 y los 40 años.

En este sentido, si tenemos en cuenta que el acceso al IEP de muchos de estos jóvenes se produjo como antesala de la obtención de una cátedra universitaria o de su promoción a un alto cargo, generalmente de tipo político-cultural —en ambos supuestos, lógicamente facilitada por su pertenencia al Instituto—, disponemos de un elemento más que viene a confirmar el carácter de «événement fondateur» de una nueva clase académica e intelectual de la Guerra Civil y sus consecuencias en forma de fallecimientos, represión y, sobre todo, depuraciones políticas, que conllevaron una «ruptura de la tradición liberal» del mundo cultural del primer tercio del siglo veinte español¹⁵. La voluntad de renovación quedaría igualmente de manifiesto con las estrechas relaciones establecidas entre el IEP y el Sindicato Español Universitario, tres de cuyos Jefes Nacionales —Jorge Jordana de Pozas, Jesús Aparicio Bernal y José María del Moral— formaron parte del Instituto, todo un reflejo de la importancia de los estudiantes dentro de la militancia falangista tanto de preguerra como durante el franquismo, tan sólo equiparable entre el conjunto de movimientos fascistas a la Guardia de Hierro rumana¹⁶.

Ahora bien, junto a este reemplazo intergeneracional, en el IEP puede apreciarse igualmente un paralelo relevo intrageneracional, representado tanto por académicos e intelectuales de extracción católica —como Luis Jordana de Pozas, José López Ortiz o José Corts Grau— como por ese grupo de profesores fascitizados en época republicana —como el mismo Valdecasas, Gómez Arboleya o Valentín Andrés Álvarez—, sectores ambos que en muchos casos ya gozaban del desempeño de una cátedra pero que se consideraban desplazados de los ámbitos de decisión político-culturales o que vieron en la Guerra Civil una oportunidad para promocionar a cargos de responsabilidad y prestigio al máximo nivel. De esta forma, fue en alguna medida otra rama de la generación de la Edad de Plata la que accedió igualmente a los puestos de poder tras la salida de la primera —e

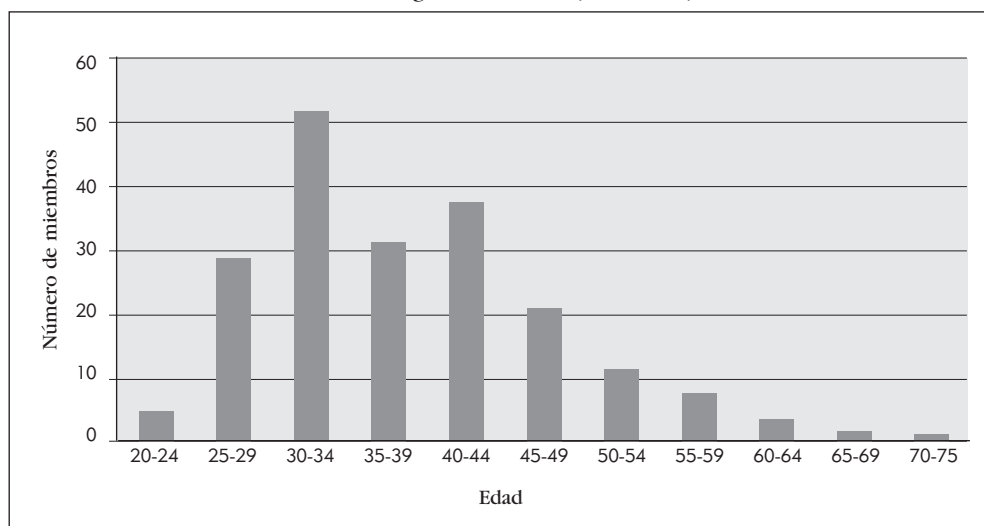
¹⁵ SIRINELLI, J. F.: «Effets d'âge et phénomènes de génération dans le milieu intellectuel français», *Les Cahiers de l'IHTP*, 6 (1987), p. 9; PASAMAR, G.: *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza. Pressas Universitarias de Zaragoza, 1991.

¹⁶ BARBU, Z.: «Psycho-historical and sociological perspectives on the Iron Guard, the fascist movement of Rumania», en LARSEN, S., et al. (eds.): *Who were the fascists...*, op. cit., p. 389.

indudablemente más brillante— de ellas, una circunstancia de la que no cabe por contra deducir la existencia de una continuidad con el mundo cultural de la anteguerra, puesto que, como ha señalado Henry Rouso en referencia a la permanencia de determinados elementos de la III República en el seno del régimen de Vichy: «la continuité des structures ne signifie ni la continuité des hommes, ni, dans le cas où celle-ci existe néanmoins, la continuité des mentalités»¹⁷.

Y es que, en el fondo, no podía ser de otra manera, FE de las JONS era un partido muy reciente, escasamente consolidado en el panorama político y que, además, iba a quedar cribado por la guerra, por lo que no disponía de cuadros suficientes, ni cuantitativa ni cualitativamente, para tomar en sus manos todas las responsabilidades propias del ejercicio de gobierno. La única política posible pasaba por la «recuperación» e incorporación de elites ajenas a su primera militancia, algo que indudablemente afectó a su posición de poder aunque los neofalangistas cumplieron con las funciones encomendadas con tanta o más convicción que sus antecesores.

Gráfico 1.
Edad de ingreso en el IEP (1939-1969)



(Fuente: Elaboración propia)

Como vemos, en la plantilla aparecían contemplados todos los rangos de edad, desde los que como Ángel A. Lago Carballo, Jaime Montalvo Correa, José María Moro, Juan José Linz o Fraga apenas bordeaban los 20 años, hasta las 68 primaveras de Jerónimo González o las 63 de Camilo Barcia Trelles. Sin embargo, de

¹⁷ ROUSSO, H.: «Vichy: politique, ideologie et culture», *Les Cahiers de l'IHTP*, 8 (1988), p. 24.

nuevo resulta necesario contextualizar dichos datos y no recibirlos sencillamente en términos absolutos, pues, como ha recordado Jean-François Sirinelli, tan importante como su presencia es la relación de fuerzas entre los distintos grupos de edad¹⁸. A este respecto, en el IEP una vez más no existe un gen dominante. Así, la dirección fue confiada alternativamente a jóvenes promesas que parecían llamadas a destinos más elevados, tales como Castiella, Fraga o, pese a que su carrera quedó finalmente trunca, Fueyo; y a «valores seguros», a los que se recurría cuando era necesario realizar alguna labor más específica al frente de la institución, caso de Valdecasas —literalmente más joven que el propio Fueyo, aunque sus 35 años correspondían a 1939 y no a la década de los sesenta como los del asturiano, que tampoco gozaba de su experiencia política y relevancia simbólica—, requerido para la puesta en marcha del Instituto, o de Lamo de Espinosa, mantenido en el cargo tras el rechazo de los proyectos de Leyes Fundamentales de Arrese con el objetivo de reforzar su estabilidad y representar la conservación del compromiso del régimen con el falangismo. Por su parte, Javier Conde, en línea con su propia personalidad y su trayectoria intelectual, ocupó la dirección desde una posición más ambigua. De la misma forma, las jefaturas de las secciones se repartieron inicialmente casi a partes iguales entre prometedores y consagrados, aunque a medida que pasaron los años prevalecieron estos sobre aquellos.

Respecto a la segunda de las cuestiones, indudablemente la percepción era distinta precisamente en función del grupo de edad, pues los universitarios que se matriculaban en sus cursos de especialización o aspiraban a situar sus textos en la *REP* contemplaban su ingreso en el IEP como la puerta de entrada a una instancia de legitimación intelectual, y muy posiblemente a una carrera política en el organigrama del partido o la administración, mientras que para catedráticos o altos funcionarios —sectores profesionales, como veremos, mayoritarios en el seno del centro— constituía tanto una vía de participación en la vida política como una cuestión de prestigio intelectual dentro del partido, así como un complemento desde el punto de vista salarial nada desdeñable. De la misma forma, la variable política jugó un papel destacado, pues cuando el partido único gozó de un mayor ascendiente y de unas funciones mejor delimitadas, y por tanto el papel del IEP como laboratorio jurídico y doctrinal quedaba revalorizado, se incrementaba lógicamente la «demanda» de entrada de ambos géneros. En relación con este último punto, la actitud de sus superiores jerárquicos también fue muy cambiante, desde la atención prestada por Serrano Suñer y Arrese, pasando por la absoluta falta de iniciativa de Raimundo Fernández Cuesta, hasta el vacío de la posguerra mundial y el desinterés inicial de José Solís. En este sentido, también puede situarse un punto de inflexión en 1957, momento en el que los sucesivos directores del IEP impulsaron deliberadamente el nombramiento de distintas figuras de la clase política franquista o de personalidades

¹⁸ SIRINELLI, J. F.: «Effets d'âge...», *op. cit.*, p. 7.

de gran empaque falangista en un intento de recuperar una capacidad de influencia menguante, aunque ni mucho menos terminal, pero que repercutió en el aumento de la media de edad de los miembros y, lo que es más importante, suponía un claro reflejo de su progresivo estancamiento y de la falta de interés de las nuevas generaciones universitarias por el centro falangista.

Formación

La formación disfrutada por los miembros del IEP contiene, pese a que una lectura apresurada de los resultados pudiera hacer pensar lo contrario, varias particularidades verdaderamente interesantes de cara a la reconstrucción de la biografía colectiva de este grupo de elite.

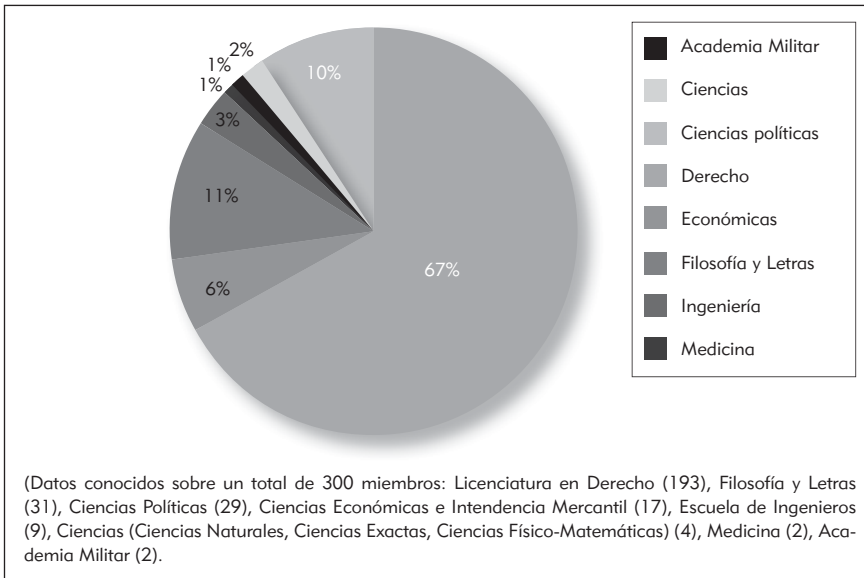
Partiendo de la base de que la práctica totalidad de los integrantes disponía de una licenciatura universitaria —exactamente un 99,15% si equiparamos la categoría de los estudios de Intendencia Mercantil con los propios de la enseñanza superior, y considerando que la titulación de enfermería, cursada por Pilar Primo de Rivera, sería hoy considerada de grado universitario, lo que dejaría al torero y espía autodidacta Ángel Alcázar de Velasco como único integrante sin licenciatura—, aspecto que resulta coherente con la naturaleza del Instituto y las funciones que se le encomendaron, así como con la concepción elitista de la guía política propia de los partidos fascistas, pero que resulta revelador de un origen situado en las clases superior y media de la escala social y que no deja por tanto de contrastar «con la fraseología y el ideario populista del falangismo»; partiendo de dicha base, pues, sin duda llama la atención el absoluto predominio de los estudios jurídicos —82,8% del total conocido—, una circunstancia que nuevamente no implica originalidad alguna respecto a la clase dirigente del franquismo ni tampoco del conjunto de la elite política continental¹⁹. A este respecto, Antonio Costa Pinto ha recordado las tesis de Ralf Dahrendorf sobre el carácter homologable de los estudios de Derecho respecto a las *public schools* inglesas en cuanto que palanca de acceso al poder al analizar la composición del personal político del Estado Novo, en el que uno de los «factores estructurantes» de su sistema de reproducción y formación de cuadros fue la conversión de las Facultades de Derecho de Coimbra y Lisboa en auténticos equivalentes de las *Grands Écoles* francesas, caracterización que recuerda poderosamente a lo sucedido en el franquismo con el Instituto de Estudios Políticos²⁰.

¹⁹ Casi una cuarta parte de los matriculados en la Universidad Central a comienzos de los años treinta lo hicieron en la carrera de Derecho, *Anuario de la Universidad de Madrid. 1932-1933*. Madrid, 1933.

²⁰ COSTA PINTO, A.: «Decisión política y elite ministerial en las dictaduras de la época del fascismo», *Historia y Política*, 7 (2002), pp. 153-154. Sobre el carácter esencialmente juricista del falangismo, JEREZ MIR, M.: *Elites políticas...*, op. cit., pp. 89-90.

No obstante, en el IEP coincidían una serie de factores novedosos para el contexto político y cultural de su tiempo. Así, en primer lugar destacaba la gran cantidad de licenciados en Ciencias Políticas, un tipo de estudios que se encontraba muy poco desarrollado en España al menos hasta la década de los años cincuenta. Y es que el Instituto y sus dirigentes fueron los principales impulsores de la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Central, con la que se estableció una estrecha colaboración prácticamente de circuito cerrado, según la cual una selección de los alumnos con mejores calificaciones y más comprometidos políticamente con el partido completaban su formación en el Instituto para posteriormente ser promocionados desde el mismo centro a alguna de las cátedras de la citada Facultad²¹.

Gráfico 2.
Formación de los miembros del IEP (1939-1969)



(Fuente: elaboración propia)

En segundo lugar, otro tanto cabe afirmar de la nutrida presencia de titulados y especialistas en economía, especialmente durante la etapa comprendida entre 1939 y 1942, periodo en el que los estudios de dicha disciplina no se encontraban regulados como licenciatura independiente —a partir de 1943 se impartió de forma conjunta con la titulación de Ciencias Políticas en la citada Facultad del mismo

²¹ MARSAL, J. F.: *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Barcelona, Península, 1979, pp. 43-48.

nombre— y la formación de economistas se llevaba a cabo básicamente en las Escuelas de Comercio o en las Facultades de Derecho, si bien estas apenas contaban con una docena de cátedras de Economía Política y Hacienda Pública, por lo que parte de los que figuran como licenciados en Derecho e incluso en Ciencias Naturales, caso de Ramón Carande o Valentín Andrés Álvarez respectivamente, estaban dedicados a estudios de naturaleza económica. De esta forma, durante los años como director de Valdecasas revistió gran valor la adscripción al IEP de buena parte de los pioneros en el desarrollo de la ciencia económica en España, como los dos autores citados, discípulos de Antonio Flores de Lemus, o José Antonio Piera Labra²², aunque sus llamadas a la aplicación de un modelo económico más ortodoxo fueron desatendidas desde el gobierno en nombre de un rampante nacionalismo y de una visión cuartelera de la política económica, dirigida básicamente por militares e ingenieros, como el propio José Vergara Doncel, titulado en dicha especialidad y sucesor del ignorado Carande en la jefatura de la sección de Economía Nacional. Con posterioridad, el IEP desarrolló asimismo una importante labor en determinadas materias auxiliares de cara al proceso de estabilización económica, como la utilización de la estadística aplicada y la econometría, proceso llevado a cabo entre otros por dos miembros que figuran igualmente como licenciados en Ciencias Exactas, Ángel Alcaide y Gonzalo Arnáiz, formación de la que se sirvieron para la realización de la «Tabla “Input-Output” de la economía española»²³.

Un elevado porcentaje de miembros del IEP combinó su formación en Derecho con alguna de estas dos disciplinas más novedosas, así como, en una fórmula más clásica, con la licenciatura en Filosofía y Letras. De hecho, prácticamente todos los titulados en Ciencias Políticas habían ya cursado o simultanearon los estudios de Derecho. En el primero de dichos supuestos, se trataba además en muchos casos de ex combatientes o personas destacadas políticamente que pudieron obtener la nueva licenciatura por la vía rápida —los célebres exámenes patrióticos—, atraídos por la promesa de su carácter de trampolín hacia otra carrera, pero esta vez no a desarrollar en facultad alguna sino en alguno de los asientos del Consejo Nacional del Movimiento o de las Cortes franquistas.

Con todo, el principal factor de diferenciación de los miembros del IEP respecto al conjunto de la elite política franquista, y hasta cierto punto también de sus sectores intelectuales, es su experiencia formativa exterior. Así, realizaron estudios en el extranjero al menos 82 integrantes del centro —algo más de una cuarta parte

²² A este respecto, MARTÍN ACEÑA, P.: «Economistas e intelectuales en la España del primer tercio del siglo XX», *Historia y Política*, 8 (2002), pp. 197-227; FUENTES QUINTANA, E.: *Economía y economistas españoles. Vol. VII. La consolidación académica de la economía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg —Círculo de Lectores, 2002, pp. 12-32.

²³ ALCAIDE, A., BEGUÉ, G., FERNÁNDEZ CASTAÑEDA, J. y SANTOS BLANCO, A.: *La estructura de la economía española. Tabla “Input-Output”*, Madrid, IEP, 1958.

del total de la plantilla en el periodo estudiado—, de los cuales 35 a través de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Paradójicamente, dicho organismo no sólo había recibido desde su creación furibundos ataques desde los medios del integrismo católico, que lo acusaban de la progresiva secularización de la Universidad y de las nuevas generaciones, sino que el propio régimen franquista lo señalaba como principal responsable nada menos que del desencadenamiento de la Guerra Civil²⁴.

Junto a los miembros pensionados por la JAE, destacaron igualmente aquellos que realizaron sus estudios de doctorado en el Real Colegio Español de Bolonia —cuya asociación de antiguos alumnos desarrolló asimismo funciones de contacto entre el régimen fascista y la dictadura franquista—, caso del mismo Valdecasas, Juan Beneyto, Antonio Bouthelier, Antonio Luna, José Antonio García Trevijano, Manuel Olivencia, Fernando Suárez González, Lorenzo Martín Retortillo y Jaime García Añoveros.

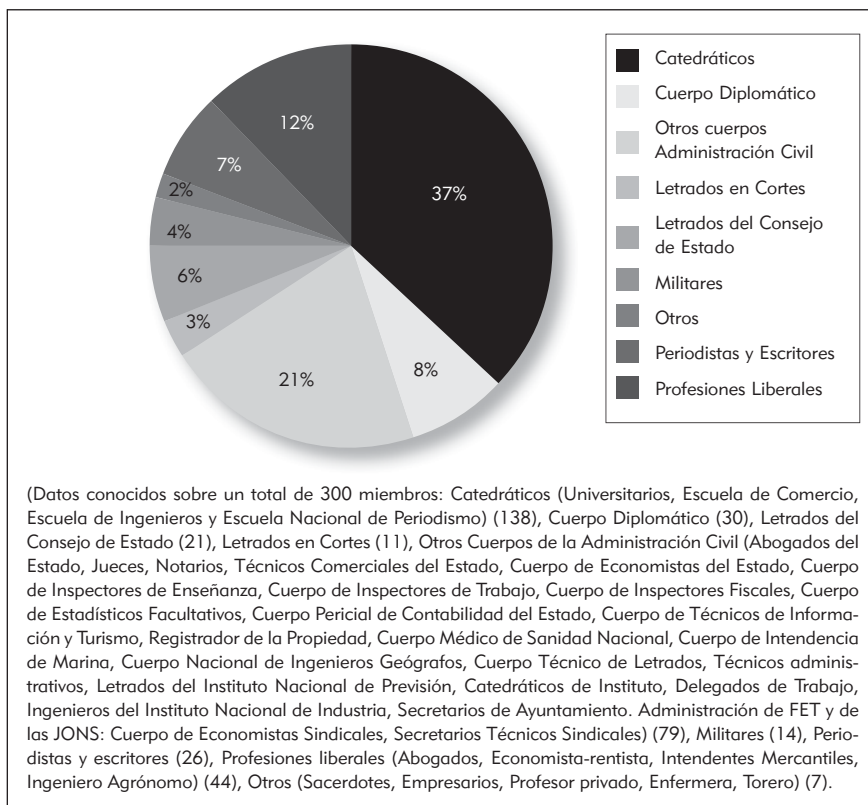
Un último dato viene a confirmar la sólida formación académica, así como sus todavía más importantes conexiones políticas, de los miembros del IEP, su futura pertenencia a alguna de las Reales Academias, principalmente las consagradas a las Ciencias Morales y Políticas y a la Jurisprudencia y la Legislación, que contaron entre sus académicos electos con al menos 36 y 32 representantes —en ambos casos en torno a un 12% del total de la plantilla— del centro falangista, respectivamente.

Actividad profesional

Un alto porcentaje de miembros del Instituto compatibilizó dos o más profesiones a lo largo de su carrera, por lo que cada una de las categorías establecidas en la tabla que se inserta a continuación no son excluyentes. Además del campo relativo a los catedráticos universitarios —mayoritario entre los integrantes de la plantilla—, hemos optado por separar los datos referidos al Cuerpo Diplomático y a los Letrados, tanto en Cortes como del Consejo de Estado, del grupo general de funcionarios de la Administración Civil debido a su innegable relevancia política en el primer caso y, en los dos siguientes, a la importancia cuantitativa y cualitativa de dichas profesiones en el seno del IEP, pues no en vano varias jefaturas de sección y la dirección de algunas publicaciones —como *Política Internacional* y, sobre todo, la *Revista de Administración Pública*— fueron desempeñadas por personas que disfrutaban de dicha condición.

²⁴ Sobre esta circunstancia y sus implicaciones, véase SESMA, N.: «Continuity within the Rupture. The JAE Grant Recipients in Germany and Italy and their Presence in Francoist Institutions (1922-1948)», Lisboa, ASPHS, 2011 (en prensa).

Gráfico 3.
Profesiones de los miembros del IEP (1939-1969)



(Fuente: Elaboración propia)

A diferencia de otras agrupaciones de elite, la información acerca de la profesión ejercida por los miembros del centro falangista resulta decisiva, puesto que, al margen de figuras como Castiella, Manuel Fraga, Pilar Primo de Rivera o José Solís, su desempeño constituyó su verdadera ocupación principal y no, tal y como advertía Max Weber, sus actividades estrictamente políticas. De la misma forma, y de nuevo en contraste con el conjunto de la clase dirigente del partido único, pese al predominio numérico de las profesiones humanísticas, aquellas de tipo aplicado se encontraban presentes en un grado bastante considerable. Una y otra característica vienen a confirmar el carácter primordialmente técnico-intelectual —si bien en su acepción más institucionalizada conforme a los parámetros totalitarios— y no político del grupo objeto de estudio²⁵.

²⁵ El concepto de «profesiones dispensables», de mayoritaria adscripción por parte de la plantilla del IEP, en WEBER, M.: *La ciencia como profesión; la política como profesión*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, pp. 149-160. El contraste con el conjunto de la elite falangista en JEREZ MIR, M.: *Elites políticas...*, op. cit., p. 94.

Como puede apreciarse, la primacía de los altos cuerpos burocráticos —aunque, excepto en el caso de los catedráticos, no de aquellos tradicionalmente más relacionados con el poder político, como los Abogados del Estado, cuya representación en el IEP correspondía por lo general justamente a los numerarios de la ACNP o el Opus Dei— es abrumadora, con un 75,4% de presencia sobre el total de profesiones conocidas. Junto a la máxima categoría del profesorado universitario, sobre la que nos detendremos a continuación, destaca la figura del diplomático al menos por una doble causa al margen de su magnitud numérica. En primer lugar, por su significado político en tanto que representantes del régimen en el ámbito internacional, extremo que ratifica los nexos establecidos entre el IEP y la acción exterior de la dictadura tanto desde el punto de vista doctrinal —como veremos al comentar el elenco de cargos desempeñados por los integrantes del centro— como en materia de personal, derivados de la importancia de sus cursos de especialización y su papel en la creación de la Escuela Diplomática²⁶, circunstancia esta última corroborada por el hecho de que la práctica totalidad de quienes ejercieron dicha profesión accedieron a la carrera diplomática con posterioridad a su ingreso en el Instituto. En segundo lugar, porque muestra una de las vías de contacto existentes entre el centro y los círculos político-intelectuales internacionales, de gran importancia en momentos de aislamiento del régimen y autarquía cultural, tales como la posguerra mundial. En este sentido, Castiella, Conde y Fraga reunían la doble condición de catedráticos universitarios y diplomáticos de carrera, lo que iba a quedar reflejado en la producción de una *REP* más actualizada y abierta a las corrientes académicas internacionales —con los lógicos condicionantes durante el mandato de Castiella— en dichos periodos que en los correspondientes a Lamo de Espinosa y Fueyo.

La presencia de periodistas resulta igualmente reseñable, y encuentra su explicación tanto en la importante tradición falangista en esta materia, continuada por miembros del IEP que se convirtieron en referentes del periodismo nacional, caso de Fernández Almagro, Bartolomé Mostaza o Demetrio Castro, como en la estrecha colaboración establecida entre la red de prensa del Movimiento y el Instituto, que se servía de aquella como mecanismo de vulgarización y transmisión de sus elaboraciones doctrinales, tareas en las que —cumpliendo funciones de «intellettuali funzionari»— destacaron personalidades como Díez del Corral, José Antonio Maravall, Salvador Lissarrague y Sabino Alonso, este último director de *Arriba* entre 1962 y 1965²⁷.

²⁶ NEILA HERNÁNDEZ, J. L.: «La articulación del Estado franquista en la posguerra civil: la reorganización de la administración exterior y la creación de la Escuela Diplomática (1939-1945)», en *II Encuentro de investigadores del franquismo*, Alicante, 1995, Tomo I, p. 175.

²⁷ ISNENGHI, M.: *Intellettuali militanti e intellettuali funzionari. Appunti sulla cultura fascista*, Torino, Einaudi, 1979, pp. 186-199; *Las terceras de ABC de Melchor Fernández Almagro*, Madrid, Prensa Española, 1976; FRESÁN, F. J.: «Un ideólogo olvidado: el joven José Antonio Maravall y la defensa del Estado

En cuanto a los catedráticos, los datos no hacen sino confirmar el carácter de plataforma de promoción y rampa de acceso a la Universidad del IEP, la mejor arma con la que contó el partido único dentro del proceso de «asalto a las cátedras» que caracterizó el periodo inmediatamente posterior al final de la Guerra Civil y la gestión ministerial de Ibáñez Martín²⁸. A este respecto, precisamente una de las relativamente escasas victorias del Movimiento fue que, a través del Instituto, consiguió monitorizar el acceso a determinadas cátedras de la Facultad de Derecho, por lo general en «disciplinas de alto significado ideológico»²⁹ como Derecho Político —ocupada por Conde, Fraga, Nicolás Ramiro Rico, José María Hernández-Rubio, Carlos Ollero o Torcuato Fernández-Miranda—, Filosofía del Derecho —Lissarrague, Gómez Arbolea, Legaz Lacambra o los católicos José Corts Grau y Joaquín Ruiz-Giménez— y Derecho del Trabajo —especialidad creada por la LOU en 1943 y que fue casi monopolizada por miembros del centro como Eugenio Pérez Botija, Manuel Alonso Olea y Alfredo Montoya Melgar—, cada una de ellas muy vinculada a su correspondiente sección temática en el seno del IEP.

En el mismo sentido, el IEP controló en un grado bastante elevado la adjudicación de cátedras en su Facultad de Ciencias Políticas, puesto que si bien 26 puestos no parecen en principio un número concluyente, debemos tener en cuenta la congelación de la provisión de cátedras ocurrida tras la caída del régimen fascista en 1943, de tal forma que cinco años después únicamente se habían cubierto 7 titularidades³⁰. Así, la presencia de miembros del IEP constituyó incluso el rasgo característico de esta Facultad, en la que copaban las cátedras referidas a investigación social, gracias a la presencia de Lissarrague en Filosofía Social y de Gómez Arbolea, Luis González Seara y Salustiano del Campo en Sociología, así como los departamentos de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas con Díez del Corral, Historia del Pensamiento Político con José Antonio Maravall y Teoría del Estado con Carlos Ollero y, de nuevo, Fraga Iribarne, y ello por citar únicamente algunos ejemplos.

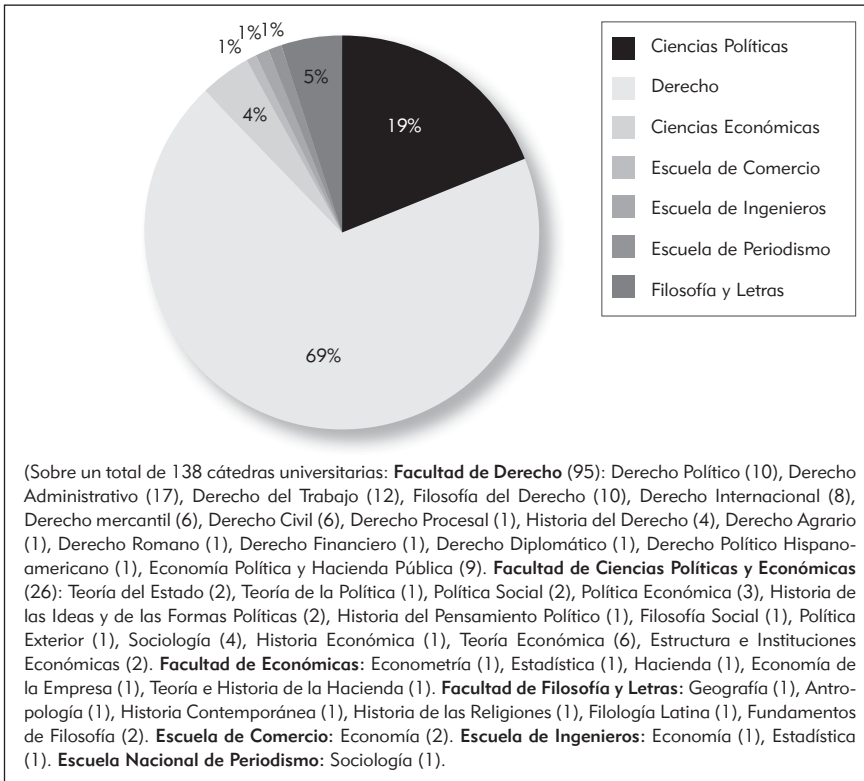
Nacionalsindicalista. Su colaboración en *Arriba*, órgano oficial de FET y de las JONS. 1939-1941», *Memoria y civilización*, 6 (2003), pp. 153-187.

²⁸ GRACIA, J. y RUIZ CARNICER, M. A.: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 169-175.

²⁹ PORTERO, J. A.: «La *Revista de Estudios Políticos* (1941-1945)», en RAMIREZ, M. et al.: *Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945)*, Zaragoza, Libros Pórtico, 1978, p. 31.

³⁰ *Escalafón de catedráticos numerarios de la Universidad*, Madrid, 1948, p. 131.

Gráfico 4.
Cátedras Universitarias por especialidades ocupadas por miembros del IEP
(1939-1969)



(Fuente: Elaboración propia)

Un posible factor de corrección de estos datos, así como de la efectividad del IEP en tanto que plataforma de promoción, habría podido producirse al analizar la fecha de consecución de cada una de estas cátedras y haberse localizado ésta en su mayoría en el periodo anterior a la Guerra Civil. No obstante, si para la primera etapa se ha podido consignar la existencia de un cierto equilibrio entre aquellos que ya disfrutaban de dicho estatus —básicamente, intelectuales de formación liberal rechazados al calor de la polarización social de tiempos republicanos, así como alguno de los doctrinarios católicos³¹— y los que lo alcanzaron

³¹ Como señalaba nuevamente JEREZ MIR, M.: *Elites políticas...*, *op. cit.*, p. 99, aquellos que se encontraron en dicha situación mejoraron considerablemente su posición en el escalafón merced a la terrible depuración del cuerpo docente.

en los años siguientes al final del conflicto —por lo general, jóvenes militantes del Movimiento, así como otros rápidamente «convertidos» al falangismo, en su mayoría meritorios en vías de ganar la cátedra ya con anterioridad a 1936—, en el resto del arco cronológico estudiado se impone claramente el modelo de catedrático pos-Guerra Civil.

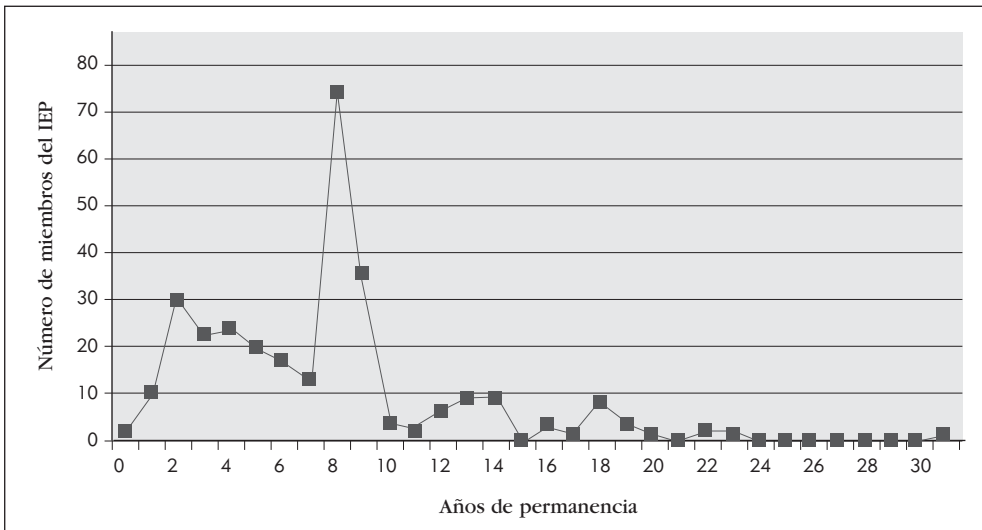
Por último, queda únicamente por dilucidar cuáles fueron las principales universidades de recepción entre las doce existentes en España en aquel momento, cuestión que viene a ratificar una vez más la naturaleza absolutamente centralista tanto del sistema político y la toma de decisiones como del conjunto de la vida pública y las propias aspiraciones personales de este grupo de elite. Y es que, aunque no faltaron miembros del IEP que ganaron y ejercieron su cátedra en alguna de las universidades situadas fuera de la capital, pronto convertidas en auténticos feudos particulares y polos de poder ideológico a nivel provincial —caso de Corts Grau en Valencia, Rodrigo Fernández Carvajal en Murcia, Legaz Lacambra en Santiago de Compostela y, en sentido contrario desde el punto de vista político, Tierno Galván en Salamanca—, lo cierto es que el paradigma predominante fue intentar permanecer en la Universidad Central de Madrid a cualquier precio, actitud que encontraba su razón de ser en la citada concentración de la actividad cultural e intelectual del país en la capital, pero especialmente en cuestiones de orden político, derivadas de la importancia de mantener a determinadas personas con responsabilidades directivas o de asesoramiento cercanas físicamente a los centros de poder de la dictadura. De este modo, numerosos integrantes del Instituto concursaron y obtuvieron la cátedra en universidades de provincias, pero los dirigentes del partido cuidaron de que permanecieran en Madrid, para lo que se sirvieron de una doble metodología. Por un lado, sobre todo en la etapa inicial, el recurso a las denominadas «cátedras de doctorado», arbitradas en función de las personas a las que estuvieran destinadas, como ocurrió con el propio Valdecasas. Por otro, mediante la figura de la comisión de servicios, en especial en una Facultad de Ciencias Políticas que no tenía cubierta la plantilla docente necesaria, a la que acudieron hasta el definitivo traslado de su cátedra a Madrid varios integrantes del grupo, como Ramiro Rico, Ollero, Conde, Lissarrague, Fraga, Maravall, Torres López, Mariano Aguilar Navarro y Alfonso García Gallo.

Tiempo de permanencia

El tema del tiempo de permanencia presenta en el caso del IEP alguna variable importante respecto a otras tipologías de puestos de elite, como el hecho de que la promoción al desempeño de un cargo distinto no implicaba necesariamente la renuncia a la continuidad como integrante del Instituto, circunstancia que solía producirse únicamente con ocasión de nombramientos en el ámbito de la política exterior, caso de algunos históricos de la institución como Javier Martínez de

Bedoya, cuya presencia quedó interrumpida durante su ciclo como agregado de prensa en Lisboa y París, y Antonio de Luna, designado delegado de España en la ONU en 1957 y que posteriormente desempeñaría varias embajadas. En esta dirección, a partir de ese mismo año de 1957 incluso los directores salientes se mantuvieron formalmente como miembros ordinarios del centro, si bien en casi todos los casos —Fraga sería la principal excepción— su participación se convertía en meramente testimonial.

Gráfico 5.
Tiempo de permanencia como miembro del IEP (1939-1969)



(Fuente: Elaboración propia)

Al margen de algunos ejemplos extremos —Ramón Carande o José Navarro Latorre apenas se mantuvieron unos meses, mientras que Luis Jordana de Pozas o Joaquín Garrigues abarcaron los treinta años objeto de estudio al frente de sus respectivas secciones—, la nota dominante fue un alto grado de estabilidad salpicado por ciertos periodos de incertidumbre, situados casi exclusivamente en la andadura inicial de la institución y en el periodo de Javier Conde, director que presenta los mayores índices de miembros cesados tanto a su llegada, reflejo de su voluntad de ruptura con la gestión de Castiella y su núcleo de confianza propagandista, como una vez hubo abandonado el IEP, en buena medida merced a que arrastró en su caída a varios colaboradores de talante más liberal a los que había dado acceso al centro, como Felipe González Vicén, Manuel Cardenal Iracheta y Ángel Trapero. En líneas generales, la pauta habitual se caracterizaba por una estancia media de aproximadamente diez años, lo que significaba que los miembros

solían trascender a la persona que los había seleccionado para formar parte de su proyecto, aunque de igual manera fueron relativamente escasos aquellos que permanecieron bajo la autoridad de tres directores diferentes. En este sentido, en el seno del centro pronto se articuló una suerte de «núcleo duro» del intelectualismo falangista, formado por los consabidos Maravall, Díez del Corral, Bedoya, Ollero, José María Cordero Torres, Conde, Jordana de Pozas y Garrigues, que se convirtió en el principal protagonista de las iniciativas y actividades del IEP, y cuya trayectoria, a su vez, estuvo marcada por su pertenencia a una institución con la que quedaron identificados. Desde 1956, no obstante, con el final del «experimento comprensivo» puesto en marcha por Ruiz-Giménez en el Ministerio de Educación y la definitiva derrota de los proyectos de Leyes de Arrese, dicho núcleo perdió rápidamente presencia y capacidad de influencia sobre las políticas desarrolladas en el IEP en favor de otras facciones del partido, como el legitimismo francofalangista, representado por Lamo de Espinosa, y, posteriormente, de esa nueva generación de «hombres del partido» como Fraga y Fueyo, que —en estrecho contacto con José Solís— impusieron una línea de actuación más acorde con las nuevas necesidades institucionalizadoras del Movimiento. Finalmente, merece la pena destacar que el grado de permanencia fue descaradamente más elevado entre los puestos directivos, como las jefaturas de sección, que en lo relativo a los miembros ordinarios, lo que viene a confirmar nuestra impresión de que la revolución nacionalsindicalista quizá quedara pendiente, pero desde luego no fue continuada ni en el tiempo ni en el aspecto personal.

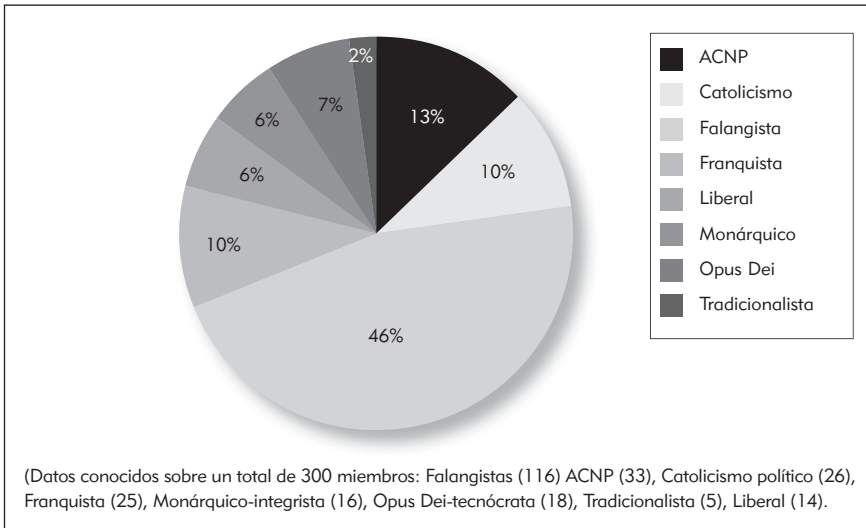
Composición ideológica de la plantilla de miembros

En cuanto a su composición ideológica, la plantilla del IEP no sólo constituía en buena medida un auténtico microcosmos tanto del Movimiento como del conjunto del régimen franquista, sino que su evolución a lo largo del tiempo resultaba igualmente indicativa de las distintas fases por las que habían atravesado partido único y dictadura. Así, el Instituto se movió desde el inicial predominio —aunque no monopolio— del componente falangista, cuyas aspiraciones de forja de una comunidad intelectual unificada se basaban en la absorción de distintos sectores políticos³², pasando por la inestable aleación entre falangismo y catolicismo político-social producida durante los años del aislamiento internacio-

³² Archivo General de la Administración (AGA), Sección Presidencia, Secretaría General del Movimiento (SGM), Caja 51/18540. Tal y como señalaba Emilio Lamo de Espinosa al repasar la trayectoria del centro en un informe de junio de 1960: «el intelectual español, buscó deliberadamente del 40 al 45, su integración en los cuadros del Movimiento incluso de buena fé (*sic*), y sin condicionamientos previos, lo que era facilitado por la ausencia de toda posibilidad de contraste de posiciones políticas y de sus oportunidades. El hecho de que se integren en el Instituto un grupo brillante de intelectuales es ya de por sí un éxito, máxime cuando esta integración se mantiene desde los años fundacionales».

nal, fiel reflejo de una clase dirigente que, tras conseguir la continuidad del régimen, encaró sus años de mayor estabilidad pero al mismo tiempo fue incapaz de asegurar su renovación generacional, hasta la postrera fragmentación del concepto y la militancia del Movimiento —ya de por sí de frágil cohesión previa—, aunque siempre manteniendo en su seno un cierto núcleo falangista, al hilo de la creciente complejidad de lealtades e intereses propios de una sociedad en pleno proceso de transformación.

Gráfico 6.
Composición ideológica del IEP (1939-1969)



(Fuente: elaboración propia)

Estas categorías no resultaban excluyentes ni tampoco eran completamente coherentes en sí mismas, de hecho, una cierta heterodoxia respecto a la línea oficial de cada grupo político aparecía como un elemento común a los miembros del IEP con independencia de dicha adscripción ideológica, especialmente en la primera andadura de la institución. Sin duda, el prestigio académico del centro se veía reforzado por esta característica, que en muchas ocasiones ha sido, erróneamente a nuestro entender, interpretada en términos de disenso con el régimen, cuando en realidad se buscaba su fortalecimiento por la vía de la credibilidad intelectual, así como por una aparente capacidad de autocritica que nunca llegaba a poner en entredicho la ausencia de legitimidad y la nula representatividad del sistema político franquista.

Dado que el IEP constituía un organismo del partido único y que la mayor parte de sus miembros respondían efectivamente a una fidelidad ideológica de tipo falangista, puede resultar interesante desglosar las distintas facciones coexistentes

dentro de dicho estrato ideológico, así como intentar calibrar sus respectivas posiciones de poder en el seno del centro. Lógicamente, al etiquetar como falangistas a determinados integrantes del Instituto no nos estamos refiriendo a su pertenencia formal a FET y de las JONS, puesto que prácticamente todos y cada uno de los cargos públicos del país conllevaban la incorporación automática a las filas del partido —de la misma forma que la formalización de una matrícula universitaria suponía ingresar en el SEU, y qué decir de la célebre «cuota sindical», sino a lo que Robert O. Paxton ha calificado como «milитantes comprometidos»³³.

En este sentido, una abrumadora mayoría de los 116 miembros falangistas del Instituto (78,4%) quedaba encuadrada en los sectores más convencionales de FET-JONS, esto es, el legitimismo joseantoniano en un primer momento y, más adelante, lo que podríamos denominar como «movimientismo» —basado en la idea de que la doctrina falangista debía inspirar la actividad del partido, pero sus filas debían englobar al conjunto de fuerzas políticas agrupadas en la coalición autoritaria—. Sin embargo, fueron precisamente las facciones minoritarias las que marcaron la pauta y otorgaron a la institución sus rasgos diferenciadores dentro del conjunto de instrumentos político-culturales de la dictadura. De esta forma, los tres primeros directores pertenecían a los siguientes subgrupos dentro del falangismo: García Valdecasas al que denominaremos como «falangismo monárquico» (3,5%) —aunque su componente orteguiano era igualmente notorio—, una corriente de la que el pequeño sector formado en torno al Instituto constituía una de sus contadas representaciones, casi la única muestra de un monarquismo de tipo fascista para el caso español; por su parte, Castiella era el mejor ejemplo de la doble pertenencia a Falange y a la ACNP (9,5%), fundamental para la trayectoria del IEP, que sirvió de bisagra para la incorporación al partido de la intelectualidad católica fascitizada al hilo de la Guerra Civil y la inmediata posguerra, la cual, retomadas sus referencias pontificias de juventud, no por ello abogó por la desaparición del Movimiento en aras de la supervivencia del régimen, caso de importantes figuras como Ruiz-Giménez, Torres López, Bartolomé Mostaza, José María García Escudero y Adolfo Muñoz Alonso; finalmente, Javier Conde era uno de los exponentes de ese falangismo de raíz orteguiana (8,6%) formado en los primeros años del centro y retornado al primer plano de la política durante la década de los cincuenta, periodos ambos en los que el IEP y sus integrantes disfrutaron del mayor número de prebendas y la máxima capacidad de influencia que llegaron a ejercer sobre el conjunto del régimen de la mano de las importantes iniciativas políticas que protagonizaron. No en vano, entre los componentes de dicha facción se contaron intelectuales de la talla de Valentín Andrés Álvarez, Joaquín Garrigues, Rodrigo Uría y los consabidos Nicolás Ramiro Rico, Salvador Lissarrague, Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall.

³³ PAXTON, R. O.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005, p. 255.

Presencia en altos cargos del partido y en el aparato del Estado

Según los datos que obran en nuestro poder, al menos uno de cada dos miembros del Instituto de Estudios Políticos ocupó algún alto cargo dentro del sistema político franquista, ya fuera en el seno del Movimiento o en el aparato del Estado y como fruto tanto de una designación de confianza como en calidad de miembro nato dada su posición en el organismo falangista.

En líneas generales, los casi 400 cargos desempeñados por integrantes de la plantilla vienen a confirmar las funciones del IEP como trampolín político del partido único y núcleo de formación y extracción de elites técnicas y profesionales para el conjunto del régimen. Y es que, más allá de las correspondencias institucionales entre el Instituto y la administración —centradas básicamente en la figura del director—, ser designado miembro llegó a convertirse en un impulso importante a la hora de «hacer carrera» en el intrincado mecanismo de poder de la dictadura. Para numerosos jóvenes universitarios —como vimos, generalmente procedentes de las Facultades de Derecho y de las primeras promociones de la recién estrenada Facultad de Ciencias Políticas—, la vinculación con el Instituto —al igual que sucedía con otras instancias de legitimación, como el CSIC, el Instituto de Cultura Hispánica o, más adelante, la Secretaría General Técnica de Presidencia— implicaba una forma de reconocimiento, una suerte de licencia para la actuación en la vida pública que debía ratificarse en el desempeño de las concretas funciones encomendadas en alguna de sus secciones. Caso de superar dicha reválida, fogueados ya en un puesto de cierta responsabilidad, los colaboradores accedían generalmente a toda una serie de cargos inmediatamente superiores en el escalafón político —Delegaciones Nacionales, Gobiernos Civiles, Direcciones Generales o destinos diplomáticos figuraban entre las más habituales—, en lo que solía constituir el primer paso de un dilatado peregrinaje por el entramado institucional de la dictadura³⁴.

Con todo, el esquema que acabamos de exponer distaba de reproducirse de forma sistemática. Así, la diversidad de situaciones observada a lo largo de la historia de la institución obliga a formular al menos dos factores de corrección. Por una parte, y al igual que al abordar el tema del acceso a las cátedras universitarias, en numerosas ocasiones era el IEP el que incorporaba a un alto cargo del partido

³⁴ Sobre las funciones del IEP como trampolín político-profesional, PASAMAR, G.: *Historiografía e ideología...*, *op. cit.*, p. 63. Entrevista personal (7 de marzo de 2002) con Joaquín Ruiz-Giménez: «en la órbita del Instituto, trabajaban para preparar sus Tesis Doctorales por ejemplo, los que aspiraban a ser luego profesores, catedráticos, o profesores en distintas organizaciones universitarias españolas o institucionales. Es evidente que el impulso que les dio y la ayuda que les dio el Instituto les sirvió luego para su actividad política [...] el Instituto era un órgano de pensamiento pero también de formación de personas y a esas personas se las procuraba preparar e impulsar luego para su acción social y política».

o el régimen con objeto de aumentar su presencia en ciertas áreas de decisión, por lo que el Instituto no jugó un papel determinante, al menos como lugar de iniciación, en toda una serie de casos cuya magnitud resulta necesario discernir para poder calibrar la verdadera capacidad de promoción del centro. Por otra, tanto la Junta Política primero como la Secretaría General posteriormente se sirvieron de la designación para el IEP como una forma de atenuante para aquellas personas aspirantes a un cargo de importancia que finalmente había ido a parar a otro candidato. El Instituto no actuó únicamente como plataforma sino también como instrumento de compensación política.

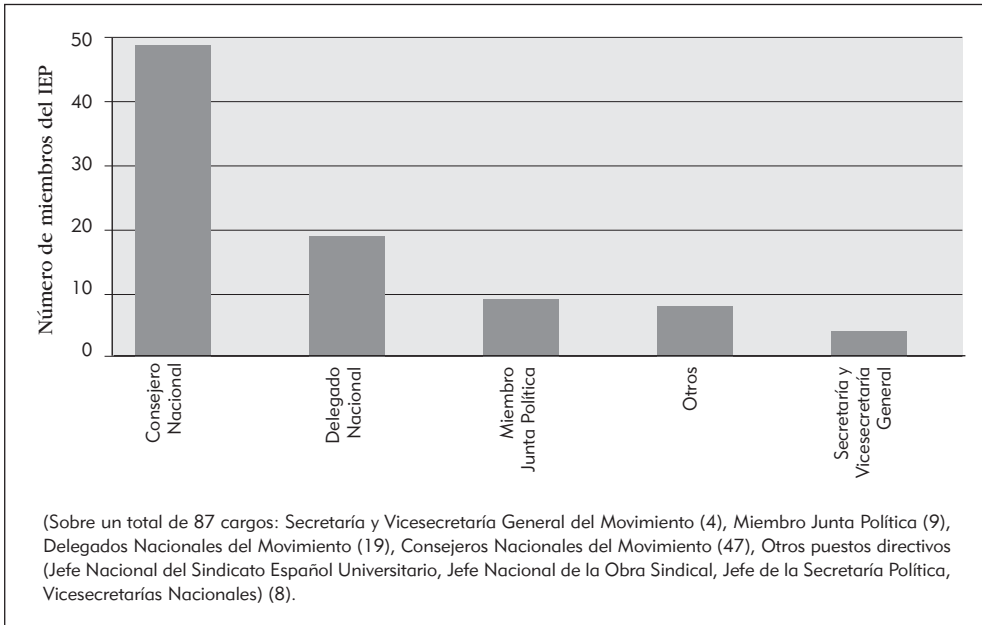
A la vista tanto de la cantidad como especialmente de la calidad de las posiciones desempeñadas, y en contra de lo que pudiera pensarse *a priori*, el Instituto sirvió de núcleo de promoción a sus miembros principalmente de cara a la administración general y no tanto en relación a las estructuras del partido único. Esta circunstancia, a nuestro juicio, no representa una falta de implicación en los sucesivos proyectos políticos del Movimiento —pues fue precisamente en su seno donde se prepararon las principales iniciativas legislativas falangistas—, sino que, antes al contrario, habla del Instituto como una de sus principales bazas para la introducción de elementos afines en el aparato del Estado —de hecho, mientras que apenas un 20% de los miembros clasificados como falangistas no ocupó cargos de confianza, dicho porcentaje aumenta hasta casi el doble para el resto de tendencias ideológicas, por lo que la heterogeneidad de la plantilla no parece representar en esta ocasión un elemento de ajuste—, posiblemente debido tanto a la escasez como a la creciente demanda de personal cualificado en ciertas áreas objeto de atención preferente por parte del IEP.

La presencia en la cúpula directiva del Movimiento no resulta, efectivamente, tan significativa como cabría esperar. El director del IEP formaba parte de la Junta Política en tanto que miembro nato³⁵, con lo que 6 de los 9 integrantes que figuran en la siguiente gráfica se corresponden con los sucesivos ocupantes de la máxima jerarquía del centro, pero en la práctica ninguna otra personalidad destacada del mismo fue incluida en el que fuera principal órgano de gobierno del partido, pues sus otros 3 eventuales componentes fueron Dionisio Ridruejo, Pilar Primo de Rivera y José Antonio Elola Olaso, el primero reclutado por Javier Conde únicamente por motivos simbólicos, mientras que los dos siguientes —ambas figuras emblemáticas del falangismo con absoluta independencia del IEP— ingresaron durante la etapa de Lamo de Espinosa al hilo de la recuperación de la sección de Política y Organización del Movimiento, que apenas desarrolló actividad alguna hasta su desaparición, esta vez ya definitiva, en la reorganización sufrida por el Instituto en 1961.

³⁵ BMFET, 10-XI-1939, p. 779.

Gráfico 7.

Altos cargos de FET y de las JONS ocupados por miembros del IEP (1939-1969)



(Fuente: Elaboración propia)

La situación no fue muy diferente al nivel de la Secretaría General, aunque en este caso sí hubo algún firme aspirante al cargo —el propio García Valdecasas— y un importante teórico del Instituto, Torcuato Fernández Miranda —cuyo nombre había sonado para la dirección tras la salida de Fraga—, alcanzó a ser finalmente designado por Franco, aunque ya en octubre de 1969³⁶. Desde 1962 aparecía igualmente registrado como miembro José Solís, cuya presencia no pasaba de ser un nuevo ejemplo del servilismo de Fueyo para con su jefe político. Por su parte, de los tres individuos que ocuparon el rango de vicesecretarios generales, Rodrigo Vivar Téllez, Julián Pemartín y Tomás Romojaro, tan sólo este último lo hizo de forma coetánea a su nombramiento para la sección de Leyes Fundamentales, si bien es cierto que Pemartín desarrolló una intensa labor doctrinal en el seno del Instituto durante el proceso de redacción tanto del Fuero de los Españoles como de la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento, y que otro vicesecretario General, Pedro Gamero del Castillo, estuvo asimismo muy vinculado a las tareas

³⁶ Sobre la candidatura de Valdecasas a la Secretaría General del partido, RIDRUEJO, D.: *Casi unas memorias*. Barcelona, Planeta, 1976, p. 110. Las ambiciones de Torcuato Fernández Miranda a propósito de la dirección del IEP en LORA TAMAYO, M.: *Lo que yo he conocido (Recuerdos de un viejo catedrático que fue ministro)*, Cádiz, Federico Joly, 1993, p. 97.

del centro, en cuya nómina no llegó a figurar debido únicamente a su rápido retorno a las filas del monarquismo juanista.

Por el contrario, en el Consejo Nacional del Movimiento la presencia del Instituto de Estudios Políticos sí revistió cierta importancia, no tanto numérica, puesto que, tal y como recordaba Jerez Mir respecto al conjunto de la clase dirigente del partido, «entre quienes componen este sector de la elite lo realmente excepcional es no haber sido procurador en Cortes y/o consejero nacional de FET en algún momento del régimen»³⁷, sino desde el punto de vista cualitativo.

De la misma forma, el papel del IEP fue decisivo en el funcionamiento de numerosas delegaciones nacionales, con cuyas respectivas secciones temáticas se estableció un alto grado de circulación no solamente doctrinal sino también personal. Así, desde la jefatura del departamento de Política Exterior alcanzó Castiella el cargo de Delegado Nacional de Servicio Exterior³⁸, a cuya salida, justamente por su designación como director del centro, le sucedió Antonio Riestra del Moral³⁹, que lo recibía en tanto antiguo secretario general, puesto desde el que también consiguió hacerse con la Secretaría de la Comisión de Servicios del partido⁴⁰. A su vez, expresión del vínculo existente entre las distintas publicaciones del Instituto y la red de medios del Movimiento fue la promoción a la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Manuel Torres López, Jesús Fueyo, José María del Moral y Antonio Correa Veglison, y otro tanto sucedió con la Delegación Nacional de Asociaciones, en la que la sucesiva presencia de Fraga y Jorge Jordana de Pozas era, en buena medida, reflejo de los esfuerzos del IEP por sacar adelante una Ley de Asociaciones desde finales de 1956. Por todo ello, resulta algo sorprendente la ausencia de miembros del IEP en puestos de responsabilidad en la Delegación Nacional de Sindicatos, de cuyo Cuerpo de Asesores en cuestiones ideológicas y técnicas sí formaron parte Ramón Carande, Garrigues, Aragón y Legaz Lacambra, con el colaborador de la *REP* José María de Areilza como jefe de su sección especial de Sindicación Industrial⁴¹. Se trataba, en todo caso, de instancias puestas en marcha por Gerardo Salvador Merino, con lo que la progresiva domesticación de la OSE tuvo sin duda mucho que ver con dicha ausencia.

Por último, en referencia igualmente a los primeros años de la posguerra, debemos hacernos eco de la posición de una persona tan influyente como Salvador Lissarrague en el cargo de Delegado Provincial de Educación Nacional para la región de Madrid —precedido además por otro destacado miembro del IEP, An-

³⁷ JEREZ MIR, M.: *Elites políticas...*, *op. cit.*, p. 130.

³⁸ *BMFET*, 20-XI-1942, p. 1770.

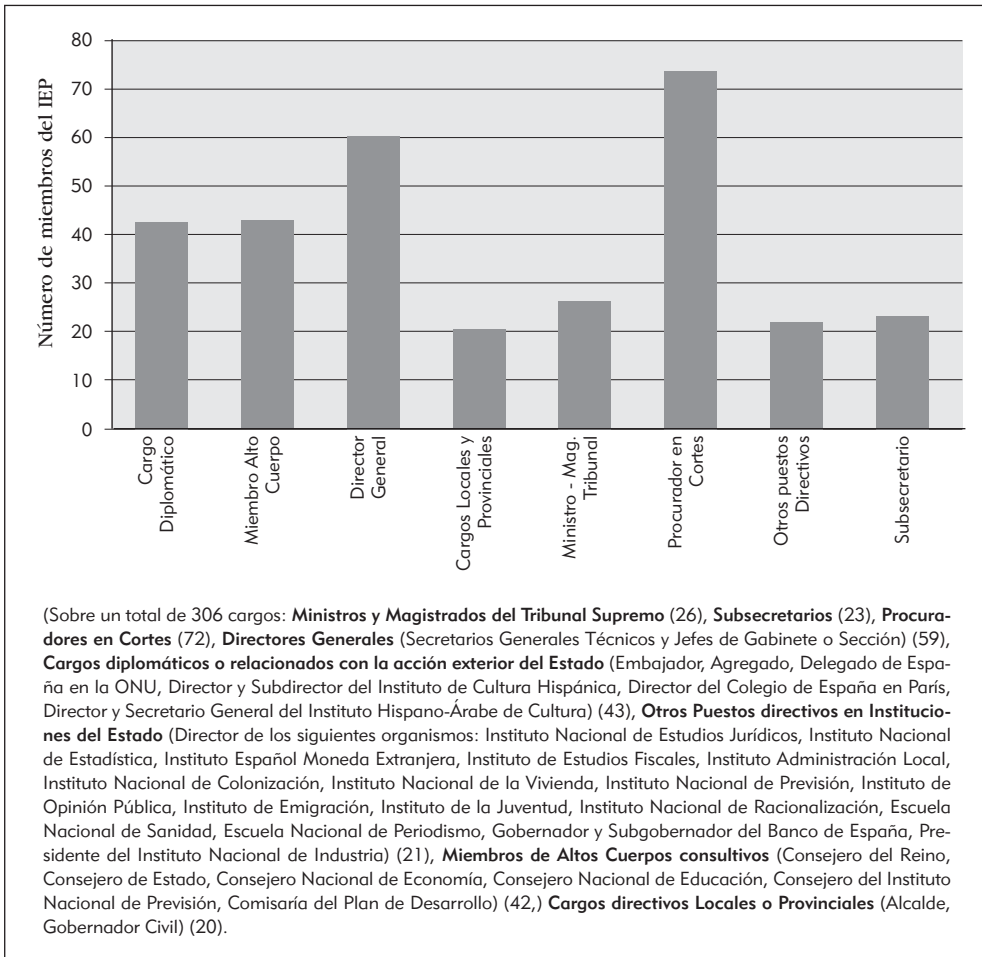
³⁹ *BMFET*, 1-IV-1943, p. 1969, La Delegación Nacional del Servicio Exterior se extinguiría como parte de las reformas desfascizadoras de 1945, *BMFET*, 20-XII-1945, p. 3960.

⁴⁰ *BMFET*, 20-I-1943, p. 1857.

⁴¹ *BMFET*, 1-XII-1939, p. 804-805.

tonio de Luna—, en apariencia un puesto secundario pero cuyo control confería grandes posibilidades de difusión ideológica, ya que dicha Delegación tenía bajo su custodia el antiguo Ateneo, una tribuna pública que, pese al vaciado de contenido al que fue sometida, continuaba jugando un importante papel en el mundo cultural madrileño.

Gráfico 8.
Altos cargos de la Administración del Estado ocupados por miembros del IEP
(1939-1969)



(Fuente: Elaboración propia)

Al igual que en relación a las estructuras del Movimiento, ser designado para la dirección del Instituto comportaba la entrada como miembro nato en numerosos

organismos de la administración central de la dictadura, tales como el Consejo de Estado, el Consejo de Economía Nacional, el Consejo Nacional de Educación, la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, la Comisión permanente del CSIC y la Comisión Nacional de Cooperación con la UNESCO⁴². No obstante, la figura del director era tan sólo el ejemplo más obvio de las posibilidades de promoción que se abrían a los miembros ordinarios, que, como puede apreciarse en el gráfico adjunto, disfrutaron de una más que notable representación en el seno de las altas esferas de la administración franquista, en las que contaban asimismo con ciertas posiciones de promoción automática, como dos asientos en Cortes dentro del tercio sindical, adjudicados al director y otro colaborador de la sección de Ordenación Social y Corporativa⁴³, o un representante en cada una de las secciones —Derecho Privado, Derecho Público y Derecho Procesal— de la Comisión de Codificación del Ministerio de Justicia⁴⁴.

Al menos 26 componentes del centro formaron parte de lo que podemos considerar como la cúspide del sistema político de la dictadura —lógicamente, al margen de la propia Jefatura del Estado y de Gobierno—, esto es, pertenecieron al Consejo de Ministros o alcanzaron la condición de magistrados del Tribunal Supremo. Este último cargo es considerado equivalente a la categoría ministerial sobre la base de la propia concepción de la práctica judicial de la que siempre hizo gala el régimen franquista, contrario por definición al precepto demoliberal de la separación de poderes —tal y como señalaría un informe de la Comisión Internacional de Juristas⁴⁵—, pero cuyo ordenamiento otorgaba, al menos sobre el papel, una notable importancia a la jurisprudencia emanada de su máxima instancia arbitral.

Obviamente, la pertenencia al IEP no revistió la misma importancia en todos los casos. Así, resulta indudable que tanto para Castiella como con posterioridad para Fraga el paso por la dirección del centro —a la que llegaron tras desempeñar sendas jefaturas de sección y, el segundo de ellos, ser igualmente alumno de la primera edición de sus cursos— constituyó un hito fundamental en su definitivo despegue político, cristalizado en el acceso a los Ministerios de Asuntos Exteriores e Información y Turismo, respectivamente, y otro tanto puede afirmarse del ministro de Trabajo Jesús Romero, que veló sus primeras armas en la sección de

⁴² Archivo del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (ACEPC), *Instituto de Estudios Políticos. Memoria. 1961*, p. 15.

⁴³ *BMFET*, 20-XI-1942, p. 1741. Decreto de 14 de octubre de 1942 sobre «Representación Sindical en Cortes».

⁴⁴ AGA, Sección Presidencia, Junta Política, Caja 9936, Carta de Alfonso García Valdecasas a Ramón Serrano Suñer, 15 de enero de 1940.

⁴⁵ *El Imperio de la Ley en España*, Ginebra, Comisión Internacional de Juristas, 1962, En el epígrafe sobre «El poder judicial y la Abogacía», el informe señalaba cómo de entre los 6 Presidentes de Sala del Tribunal Supremo en el momento de redactarse el Informe, 5 habían desempeñado en el régimen cargos esencialmente políticos en la antigüedad.

Administración Pública, así como del también ocupante de dicha cartera Fernando Suárez González, incorporado al departamento de Ordenación Social a comienzos de los años sesenta. En el otro extremo del espectro aparecen varios ministros tardofranquistas, como el titular de Comercio Nemesio Fernández Cuesta, posiblemente designado para el IEP por el empaque falangista de sus apellidos, o el de Gobernación José García Hernández, así como el ministro de Exteriores Pedro Cortina Mauri, ave de paso por la sección de Política Internacional durante la etapa Conde, y, algo más atrás en el tiempo, el titular de Justicia Antonio Oriol Urquijo, que apenas si tuvo tiempo de asimilar su nombramiento de la mano de García Valdecasas cuando apenas contaba con veintiséis años de edad⁴⁶.

En un modelo a medio camino entre los dos patrones que acabamos de describir, esto es, el formado por aquellas personas favorecidas por su adscripción al IEP y que se sirvieron de sus mecanismos de promoción, aunque dicha vinculación e instrumentos no constituyeron el eje central de su acceso al rango ministerial, podemos situar a Joaquín Ruiz-Giménez, titular de Educación a comienzos de los años cincuenta, y a los también responsables de Información y Turismo Pío Cabanillas y Alfredo Sánchez Bella —como puede apreciarse, dicho Ministerio estuvo copado por aquellos que respondían a ese perfil a caballo entre el falangismo movimientista y la militancia católica, tan característico del IEP—, así como a la dupla ministerial surgida de la sección de Administración Pública —caracterizada por su heterogeneidad ideológica y relevancia técnico-científica, en especial desde la entrada del grupo capitaneado por Eduardo García de Enterría—, José Luis Villar Palasí, destacado ministro de Educación Nacional, y Antonio Carro Martínez, ministro de la Presidencia en el último gabinete franquista.

Como curiosidad, señalemos por último que el Instituto no jugó prácticamente papel alguno en la carrera política de varios ministros del desarrollismo que figuraron entre sus componentes, caso de los sucesivos titulares de Obras Públicas Jorge Vigón, Federico Silva y Gonzalo Fernández de la Mora, los ministros de Hacienda Juan José Espinosa San Martín y Antonio Barrera de Irimo y el ministro de la Vivienda del denominado gobierno «monocolor» de 1969, Vicente Mortés; pero sí en la de dos de los pioneros tecnócratas, puesto que Alberto Ullastres, designado ministro de Comercio en 1957, figuraba en la plantilla del centro desde 1943 y había labrado parte de su reputación en materia de comercio internacional como comentarista en los primeros *Suplementos de Información Económica* de la REP, mientras que Mariano Navarro Rubio, el responsable del proceso de estabilización económica desde la cartera de Hacienda igualmente desde 1957, acababa de ser elevado a la jefatura de la sección de Política Financiera, a la que continuó ligado

⁴⁶ Semblanzas biográficas de todos ellos en *Los 90 ministros de Franco*, Barcelona, Dopesa, 1971. Sus fechas de nombramiento y de cese en URQUIJO, J. R.: *Gobiernos y ministros españoles (1808-2000)*, Madrid, CSIC, 2001.

los años siguientes, tras un largo periplo por las estructuras de la Organización Sindical del Movimiento.

Estas diferencias se reproducían en el grupo de miembros del Instituto que alcanzaron alguna de las salas del Supremo. Así, junto a personas como José María Cordero Torres, cuya entera trayectoria se había desarrollado en torno a las secciones y publicaciones de política exterior del centro, Jerónimo González, de impecable bagaje jurídico previo pero que necesitó de su entrada en el IEP para obtener el visto bueno ideológico del régimen, y Manuel de la Plaza, un integrante prototípico de la sección de Reforma del Derecho Privado —a los que posiblemente habría que añadir a Manuel Torres López, vocal del Tribunal de Responsabilidades Políticas en 1942, fecha en la que esta tristemente célebre instancia constituía la verdadera magistratura central de la dictadura—, encontramos a otras como Salvador Ortola Navarro o Rodrigo Vivar Téllez, cuya vinculación al IEP fue puramente simbólica.

En resumen, a la vista de la contextualización de los datos puede afirmarse que el Instituto de Estudios Políticos constituyó una plataforma ministerial de cierta importancia, aunque posiblemente no cumplió todas las expectativas que podían inferirse de la amplitud y calidad de su plantilla de miembros, así como de su situación en la red de centros consultivos del Estado y de los proyectos que le fueron encomendados por parte del partido único y del conjunto del régimen.

A este respecto, lo cierto es que resulta destacable el gran número de integrantes de este «grupo de elite» que formaron parte de las sucesivas quinielas para ocupar una cartera ministerial pero que nunca llegaron a alcanzar el gabinete presidido por el general Franco, quizá debido a alguno de los factores que hemos tratado de describir en las páginas precedentes, como su relativa heterodoxia dentro de sus respectivas opciones políticas o su igualmente relativa independencia y sentido críticos derivados de toda labor intelectual digna de tal nombre. En palabras de uno de los comentaristas clásicos de la sociología ministerial de la dictadura:

Entre esos nonatos Ministros tenemos en primer lugar un abanico de intelectuales definidores del sistema a los que a lo mejor faltó capacidad de compromiso con alguna “familia” política en el momento oportuno en que mayor era su cuota de poder, o quizá no llegaron a tener nunca la suficiente capacidad “ejecutiva”, o no supieron ser todo lo “fieles” o “creyentes” que requiere un puesto de alta responsabilidad política. Pienso en Luis Sánchez Agesta, Carlos Ollero, Javier Conde, Juan Beneyto, Jesús Fueyo, Eugenio Montes [...] Rodrigo Fernández Carvajal, José María de Areilza [...] Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo, Pedro Laín, entre otros⁴⁷.

En sentido inverso, tal y como apuntamos anteriormente, el IEP recibió en su seno tanto a varios candidatos ministeriales fallidos como a algún destacado titular

⁴⁷ DE MIGUEL, A.: *Sociología del franquismo... op. cit.*, p. 29.

recién destituido, categorías ambas en las que su nombramiento revestía claros síntomas compensatorios. El primer supuesto fue incluso el caso de su primer responsable, García Valdecasas, designado director del centro una vez Franco hubo descartado su ascenso de subsecretario a ministro de Educación Nacional⁴⁸; o de sus también directores Lamo de Espinosa, cuyo nombre fue barajado en distintos momentos para el departamento de Agricultura, y Jesús Fueyo, capaz de alcanzar cotas extremas de servilismo con tal de incluir un cargo ministerial en su tarjeta de visita; así como del eterno jefe de la sección de Ordenación Social, Javier Martínez de Bedoya, frustrado aspirante a la cartera de Trabajo y desagraviado por Serrano Suñer con su nombramiento para el Instituto. Por su parte, en el segundo puede localizarse a un Joaquín Ruiz-Giménez reintroducido en la vida pública del régimen a través del IEP y el Consejo Nacional del Movimiento.

Los principales organismos colegiados del régimen contaron con una nutrida representación del centro falangista, tanto aquellos de tipo político-legislativo, caso de las Cortes Españolas, en las que un mínimo de 72 procuradores llevaron el marchamo del IEP —cifra relevante aun teniendo en cuenta las incorporaciones automáticas, y que se concentró principalmente en el tercio sindical—, como los de carácter consultivo, especialmente el Consejo de Estado y el Consejo Nacional de Educación. Sobre el primero de ellos ya señalamos la vinculación del director del IEP como consejero nato, algo lógico dado que dicho organismo había sido reorganizado en 1944 a resultas de una iniciativa del propio Instituto⁴⁹, que quiso convertirlo en una suerte de instancia suprema de arbitraje encargada de controlar la fidelidad de la nueva legislación a los preceptos contenidos en el Fuero de los Españoles y, posteriormente, al espíritu y letra de los Principios Fundamentales del Movimiento. Además de los sucesivos directores, formaron parte del Consejo de Estado, entre otros, Luis Jordana de Pozas, Díez del Corral, José López Ortiz, Cordero Torres, Tomás Romojaro o José Ignacio Escobar. Respecto al segundo, la notable participación de la plantilla y la asistencia del director, igualmente en calidad de miembro nato, constituyen el mejor ejemplo de su implicación estructural en el sistema educativo de la dictadura, en el que desempeñaban un importante papel como complemento de la Universidad en materias de potencial aplicación política. A lo largo del régimen fueron nombrados consejeros figuras como Adolfo Muñoz Alonso, Gregorio Marañón Moya, Luis Sánchez Agesta, Isidro de Arcenegui o Emilio de Figueroa.

El Instituto disfrutó aún de mayor presencia en los escalones de segundo grado de la administración, tales como gobiernos civiles, subsecretarías, direcciones generales o secretarías generales técnicas, categoría esta última en la que se dio la particularidad de que miembros del IEP desempeñaron en distintos momentos las

⁴⁸ FERNÁNDEZ CUESTA, R.: *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Madrid, Dyrsa, 1985, pp. 177-178.

⁴⁹ CORDERO TORRES, J. M.: *El Consejo de Estado*, Madrid, IEP, 1944.

correspondientes a la totalidad del gabinete si exceptuamos las carteras militares, con Educación Nacional y Hacienda como mascarones de proa con cuatro titulares cada uno —Fraga, José Navarro Latorre, Lago Carballo y Juan Velarde, por un lado, Espinosa San Martín, Antonio Barrera de Irimo, Juan Antonio Ortiz y César Albiñana, por otro—. No obstante, dichos cargos de segundo orden se concentraron en los departamentos de Trabajo y de Información y Turismo —junto al de Gobernación, del que dependían las delegaciones provinciales del gobierno—⁵⁰, así como, a cierta distancia, nuevamente en el Ministerio de Educación, si bien en este último caso podemos también referirnos a un género de posiciones que, a nuestro juicio, deben contemplarse igualmente dentro de una panorámica sobre cargos de responsabilidad política aunque no aparecieran oficialmente considerados como tales, esto es, los rectorados, a los que la supresión de la autonomía de las universidades y el profundo verticalismo del modelo franquista convertían en elementos clave para la gestión del ministro, que por lo general situaba en ellos a personas de su entera confianza.

En este sentido, en vista del perfil político-intelectual de los integrantes del Instituto seleccionados como rectores —de nuevo, aquellos que combinaban su militancia en el Movimiento con su cercanía al catolicismo político— y su fecha de designación (Legaz Lacambra en la Universidad de Santiago (1942-1960), Tovar en Salamanca (1951-1956), Sánchez Agesta en Granada (1951-1960), Fernández Miranda en Oviedo (1951-1953), Corts Grau en Valencia (1952-1967), mientras que Segismundo Royo Villanova (1956-1964) y Adolfo Muñoz Alonso (1972) compartieron la Central de Madrid), estamos en condiciones de ratificar la importancia del centro en el proyecto político desarrollado por Ruiz-Giménez durante su etapa como ministro de Educación. Del mismo modo, al incorporar la variable de los decanatos, puede confirmarse igualmente la especial vinculación existente entre el IEP y las facultades de Derecho (al menos cinco universidades distintas contaron con algún miembro de la institución como decano, además de sucederse al frente de la Facultad de Derecho de la Central entre 1953 y 1976) y de Ciencias Políticas y Económicas (destacadas figuras del Instituto ocuparon el decanato entre 1943 y 1975) a lo largo de todo el periplo de la dictadura.

La acción cultural exterior del Estado franquista fue otro de los ámbitos donde la relevancia del centro fue más que notable, en especial durante la inmediata posguerra mundial. De esta forma, un repaso de los nombres escogidos para desarrollar dichas funciones, pero ante todo de la importancia de los destinos que les fueron encomendados, no hace sino corroborar nuestra impresión de que el régimen recurrió deliberadamente a la plantilla del IEP en tanto que rostro amable y académico de la dictadura frente a los círculos político-intelectuales de países

⁵⁰ Para una comparativa con el conjunto de la elite política falangista, JEREZ MIR, M.: *Elites políticas...*, *op. cit.*, p. 119.

clave para la ruptura de su ostracismo internacional. En esta línea debe interpretarse la actuación como agregados culturales de José María Moro —que Castiella llevo consigo a la Embajada española en Lima en 1948—, Díez del Corral —enviado a la crucial representación en París una vez restablecidas las relaciones entre ambos países—, Leopoldo Panero, Manuel de la Calzada, Juan Manuel Castro Rial, Jesús Castrillo, Pedro Rocamora y Rafael Fernández Quintanilla⁵¹; y la no menos importante desarrollada por Bedoya como agregado de prensa desde 1943 en la Embajada de Lisboa —convertida en uno de los escasos puntos de contacto con el conjunto de representaciones diplomáticas europeas y americanas— e igualmente en la misión diplomática francesa desde 1951, mientras que otros miembros como José Vergara o Luis Burgos formaron parte del masivo envío de agregados laborales realizado por Solís durante los años sesenta para fortalecer las conexiones internacionales de la Organización Sindical.

La influencia ejercida por el Instituto, por añadidura, no se limitó al recinto de las embajadas, puesto que su actuación fue también decisiva en todo ese elenco de instituciones paraestatales que gravitaban en torno al Ministerio de Exteriores con objeto de reforzar sus políticas por cauces extraoficiales. Así, el IEP participó activamente en los organismos volcados al estrechamiento de lazos con las potencias fascistas durante la II Guerra Mundial, caso de la Asociación Hispano-germana o la Asociación Cardenal Alborno, cuyas secretarías recayeron en el destacado doctrinario filofascista Juan Beneyto. Posteriormente, el centro encontró igualmente acomodo en aquellas consagradas a debilitar el aislamiento comunicativo de la elite franquista, como el CEDI, integrado entre otros por Conde, Fraga, Ruiz-Giménez, Sánchez Bella, Sánchez Agesta y Solís; el Instituto de Cultura Hispánica, tres de cuyos directores, los citados Ruiz-Giménez y Sánchez Bella, además de Gregorio Maraón Moya, fueron miembros del Instituto —si bien en este caso dicha presencia era reflejo de su acción complementaria hacia el ámbito latinoamericano, no del ascendiente sobre ella del IEP—⁵²; o los distintos Institutos Españoles situados en capitales extranjeras, como el de Lisboa, a cargo de Eugenio Montes, o Londres, encomendado a Leopoldo Panero, así como en la que posiblemente era su institución cultural más prestigiosa en el extranjero, el Colegio de España en París, dirigido sucesivamente por Maravall y Antonio Poch.

⁵¹ MORENO JUSTE, A.: «La política europea de los católicos españoles en los años 40 y 50», en SÁNCHEZ RECIO, G. (Coord.): *La Internacional Católica. Pax Romana en la política europea de posguerra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, ha recordado cómo las acciones diplomáticas «se complementaron con las actividades de los consejeros y agregados culturales en las representaciones diplomáticas principales de Europa occidental a partir de 1946 [...] Se apostará [...] por destacadas personalidades del panorama cultural —catedrático, católico y liberal dentro del sistema— a través de quienes se pretendía ofrecer una imagen culta y flexible del régimen español», p. 193.

⁵² Al menos otros 15 miembros del IEP estuvieron presentes en el Instituto de Cultura Hispánica, véase ESCUDERO, M. A.: *El Instituto de Cultura Hispánica*, Madrid, Mapfre, 1994.

Esta implicación en la estrategia cultural franquista contó asimismo con su correlato en el interior, merced a la masiva presencia de integrantes del centro falangista en órganos como el CSIC, la Escuela Diplomática, la Escuela Social de Madrid, el Instituto Social León XIII, la Escuela Nacional de Periodismo y el citado antiguo Ateneo de Madrid, y en toda esa serie de organismos oficiales de naturaleza consultiva, tales como los Institutos Nacionales de Estudios Jurídicos, Estadística, Racionalización, de la Juventud y de la Opinión Pública, de cuya dirección estuvo encargado en algún momento un miembro del IEP y de cuya acción conjunta tantos beneficios obtuvo la dictadura.

CONCLUSIONES

Como hemos tratado de demostrar en las páginas precedentes, a través del análisis de los integrantes del Instituto de Estudios Políticos resulta posible poner en cuestión determinados elementos inherentes a las interpretaciones del régimen franquista como una mera dictadura militar o como un sistema esencialmente personalista. Así, ni la dictadura se encontraba desprovista de apoyos dentro de la sociedad civil, concretamente dentro de los círculos académicos e intelectuales, lo que hizo posible el desarrollo de sus preceptos ideológicos y la sucesiva adaptación de su discurso a las circunstancias internacionales, ni tampoco FET y de las JONS y sus organismos quedaron rápidamente vaciados de contenido y reducidos a un papel puramente burocrático y decorativo. Antes al contrario, pese a sus numerosas limitaciones, propias e impuestas, el partido único contó a lo largo de toda su trayectoria con activos instrumentos de encuadramiento, cooptación y formación de elites, a las que posteriormente promocionaba e introducía en los distintos niveles tanto del ámbito de gobierno como de la administración estatal.

De esta forma, liderado por algunas figuras del intelectualismo falangista de primera hora, el IEP llevó en buena medida a cabo el doble proceso de captación de la antigua *intelligentsia* y creación de una nueva que fuera enunciado por Antonio Gramsci a propósito de aquellos grupos políticos elevados a posiciones de poder⁵³, caso de la organización fundada apenas unos años antes por José Antonio Primo de Rivera. Dicha estrategia conformó una plantilla de miembros caracterizada efectivamente por el sincretismo, puesto que, además de combinar la renovación generacional con la recuperación de personalidades ya contrastadas, presentaba un perfil a medio camino entre la intelectualidad en sentido clásico y el personal técnico institucionalizado, actuaba como bisagra ideológica entre las distintas tendencias nacionalistas —aunque siempre con predominio último del componente falangista— e incorporaba una experiencia formativa

⁵³ GRAMSCI, A.: «Apuntes y notas dispersas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales», en *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1985, Vol. IV, p. 335-356.

exterior que, pese a revestirles de un halo de heterodoxia, se reveló de gran utilidad para cumplir las funciones diplomáticas que le fueron encomendadas.

Lejos, por último, del reducido impacto del que *a priori* pudieran disfrutar las formulaciones elaboradas en el seno del IEP, mediante el estudio de las actividades de sus miembros puede observarse igualmente su constante presencia en todas y cada una de las instancias culturales y técnicas de su tiempo, desde la cátedra universitaria y la judicatura hasta los principales medios de comunicación, canales desde los que trataron de incorporar sus construcciones doctrinales a la cultura política de importantes segmentos de la población.

DE GAITAS Y LIRAS: SOBRE DISCURSOS Y PRÁCTICAS DE LA PLURALIDAD TERRITORIAL EN EL FASCISMO ESPAÑOL (1930-1950)*

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS
LUDWIG-MAXIMILIANS-UNIVERSITÄT MÜNCHEN

Las culturas e identidades subnacionales durante el franquismo acostumbran a ser vistas como víctimas de una política represiva sin apenas fisuras, de ensayos de genocidio cultural *tout court*, y como depositarios o vehículos de formas de resistencia contra un régimen que les denegaba todo derecho a la existencia. Aquí abordaremos una perspectiva complementaria: cuál fue el papel de las culturas territoriales subnacionales o subestatales dentro del discurso del fascismo español, del propio régimen y sus élites dirigentes a diversos niveles; y cuál fue su evolución, preguntándonos asimismo por la función instrumental de los discursos territoriales de geometría múltiple (regionalismo, provincialismo, pero también localismos varios) para la articulación del nacionalismo español falangista, y la forja de actitudes de consentimiento social hacia el franquismo. Pues esas identidades también jugaron un papel, con una intensidad y visibilidad variables y cambiantes, dentro de la propaganda cultural y simbólica de Falange y del franquismo, al igual que en el caso del fascismo italiano o el nazismo alemán, la Francia de Vichy o el salazarismo¹. Las culturas subnacionales eran contempladas como parte de un patrimonio cultural sobre el que debía refundarse la nación, estudiado por disciplinas como la dialectología o la etnografía. La tradición local fue considerada por muchos falangistas como el depósito más auténtico del pasado nacional, la reserva del espíritu popular y por tanto base de su regeneración autoritaria. Y a la reinención de esa tradición se le otorgaron diferentes significados.

Partimos de dos premisas para intentar acuñar un concepto útil de «regionalismo», que a su vez puede ser aplicado para comprender el lugar de lo local y lo regional dentro de una dictadura fascista o pseudofascista.

* La investigación en que se basa este artículo se enmarca en el proyecto de investigación HAR2008-06252-C0201.

¹ Cf. una reflexión comparativa en NÚÑEZ SEIXAS, X. M. y UMBACH, M.: «Hijacked Heimats. National Appropriations of Local and Regional Identities in Germany and Spain, 1930-1945», *European Review of History / Revue Européenne d'Histoire*, 15:3 (2008), pp. 295-316.

1. ¿Qué es lo regional, y qué es lo local? No existe un consenso definitivo acerca de lo primero. Para algunos, las regiones son únicamente entidades político-administrativas. Toda comunidad territorial desprovista de ese reconocimiento sería meramente una *ethnie* en un sentido similar al acuñado por Anthony Smith². Empero, esa definición puede ser excesivamente reduccionista. El término «región» existe antes de la reivindicación de descentralización político-administrativa, aunque su naturaleza puede ser meramente cultural o etnocultural, y poseer unos límites territoriales relativamente imprecisos, y referirse a una esfera de identificación intermedia entre el espacio social de la experiencia vivida (lo local) y la comunidad imaginada dotada de soberanía, un espacio al que se le atribuyen características comunes, más allá del ámbito de interacción física, no necesariamente de naturaleza étnica o histórica³. Podemos definir de modo operativo el regionalismo como la cultura que sostiene y forja, en el espacio público, que un territorio determinado es una región. Esa afirmación se puede acompañar de una reivindicación de descentralización política, pero también puede carecer de ella. Desde este punto de vista, sí es factible hablar de regionalismos franquistas y fascistas.

2. En el caso de que un regionalismo reivindique una descentralización político-administrativa, podemos clasificarlo como un regionalismo político, o movimiento regionalista. Sin embargo, existen formas de regionalismo o de afirmación mesoterritorial cuyo principal vehículo de expresión es cultural, sin que las reivindicaciones políticas ocupen el centro de su agenda, mientras que preconizan la existencia de una entidad territorial basada en argumentos de raíz histórica, etnocultural o simplemente «funcional», integrada a su vez en una narrativa nacional(ista) correspondiente a un territorio de mayor ámbito. Aquí optamos por la definición de «nacionalismo regional» o regionalizado, adaptando el término acuñado por Anne-Marie Thiesse para el caso francés⁴. La diferencia entre las dos categorías es un matiz relevante. En el primer caso, el centro de la agenda está ocupado por la reivindicación de alguna forma de autogobierno o de descentralización territorial. La agenda política y cultural del nacionalismo regionalizado se centra en afirmar la nación «grande» a través del apoyo y exaltación de los niveles de identificación local, provincial o regional⁵.

Sin embargo, las imágenes, discursos y argumentos distintivos (desde la Historia a la domesticación de la Naturaleza, desde la cultura a los idiomas y dialectos)

² Cf. SMITH, A.: *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell, 1986.

³ Vid. PETRI, R.: «Heimat/Piccole patrie. Nation und Region im deutschen und im italienischen Sprachraum», *Geschichte und Region/Storia e Regione*, 12 (2003), pp. 191-212.

⁴ Vid. THIESSE, A.-M.: «Centralismo estatal y nacionalismo regionalizado. Las paradojas del caso francés», *Ayer*, 64 (2006), pp. 33-64.

⁵ Para más detalles, cf. NÚÑEZ SEIXAS X. M.: «Historiographical Approaches to Sub-National Identities in Europe: A Reappraisal and Some Suggestions», en AUGUSTEIJN, J. y STORM, E. (eds.): *Region and State in Nineteenth-Century Europe*, Basingstoke, Palgrave-Macmillan, 2012, pp. 13-35.

tos o lenguas vernáculas, desde el folclore hasta la creación de paisajes...) que fueron elaborados para definir esa patria local o terruño, y que originariamente habían sido pensados para destacar su contribución peculiar a las glorias nacionales, o su carácter puramente representativo de las mejores cualidades del cuerpo de la nación, son susceptibles de generar a medio y largo plazo un potencial conflicto de lealtades entre sus territorios de referencia y la nación, cuyos estadios pueden cambiar a lo largo del tiempo. Aunque esas narrativas fueron inicialmente concebidas como partes de una narrativa identitaria más general, su desarrollo autónomo puede estar sujeto a una reinterpretación ulterior por nuevos actores, es decir, por aquellos que imaginan el territorio en cada contexto histórico. Todo depende de quién reinterprete esos materiales culturales, con qué postulados ideológicos se combina, y dentro de qué culturas políticas e intereses sociales son formulados⁶.

El nacionalismo regionalizado podía admitir interpretaciones divergentes. Sin embargo, podía ser compartido por actores ideológicamente diversos dentro del nacionalismo franquista. Y acabó, además, preso de sus contradicciones. ¿Qué esfera debía cobrar prioridad: la provincia o la región? ¿Qué era más relevante y más español: lo local como esencia de la patria, o las antiguas provincias de la monarquía preliberal, cada una con sus distintos fueros, tradiciones y códigos jurídicos? ¿Existe un regionalismo o nacionalismo regionalizado propiamente falangista, distinguible del franquista genérico, y en particular del de raigambre carlo-tradicionista y católica? El recurso a las identidades subnacionales como mecanismo de afirmación de la españolidad que fue desplegado por el primer franquismo no funcionó de la misma manera en todos los territorios de España. La capacidad y voluntad de integración de los distintos sentimientos de pertenencia territorial por el *nuevo Estado* franquista no se desplegó en todas partes del mismo modo y con los mismos objetivos. Había distintos patrones de tolerancia hacia la diversidad territorial o regional, que a menudo variaban de una región a otra, aunque la «materia prima» cultural (por ejemplo, una lengua similar) fuese semejante. Allí donde existía un sentimiento social extendido de identidad nacional alternativa a la española, como ocurría sobre todo en parte del País Vasco y en Cataluña, los discursos sobre lo local y lo regional que fueron emitidos por el régimen franquista, y de modo más específico por distintos actores dentro de sus filas —desde instituciones locales al partido único—, estuvieron marcados por el temor a resucitar un *separatismo* que se sabía vencido, pero no erradicado⁷.

⁶ CHATTERJEE, P.: «Comunidad imaginada, ¿por quién», en ÍD.: *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI/Clacso, 2008, pp. 89-105.

⁷ Así, por ejemplo, la prensa falangista de Castelló de la Plana podía aceptar el uso del catalán —siempre definido como valenciano, y usando una forma no estandarizada— de modo más generoso que la prensa falangista de Tarragona o Barcelona. En particular, con ocasión de las festividades locales en honor de santos patronos de los distintos pueblos. Vid. p. ej. «La encomienda de Fadrell. En la fiesta a su Patrono San Jaime», *Mediterráneo*, 25.7.1942; «Conservad vuestras tradiciones», *Mediterráneo*, 25.8.1942.

Las medidas de renacionalización franquista rebajaron la relevancia y el significado de algunos elementos diacríticos claves de la etnicidad subestatal, y redujeron el alcance de la interpretación de la historia regional subordinándola a la narrativa principal de la Historia nacional española. Aunque se pueden señalar ciertos paralelismos formales del uso de varios símbolos e imágenes —desde el paisaje al uso de algunos lugares de memoria, así como algunos discursos sobre el espíritu popular o la tradición— por parte de los nacionalismos subestatales y los regionalismos franquistas, se estableció una nueva frontera en lo relativo a la interpretación asumible de esos símbolos por el nacionalismo español. En algunas regiones en que los rasgos de una etnicidad diferencial eran fáciles de señalar, pero donde apenas se desarrolló un nacionalismo propio antes de 1936 —Aragón, Asturias, Andalucía, Valencia, Baleares...—, el nacionalismo regionalizado franquista ayudó a definir y reelaborar imágenes, símbolos y mitos que fueron después reinterpretados, en los años sesenta y setenta, por actores diversos, tanto en el seno del régimen como fuera de sus confines, y les atribuyeron significados opuestos, esto es, la reivindicación de la autonomía regional para dar a esa región o territorio una categoría «similar» al País Vasco o Cataluña dentro del marco de la reestructuración territorial que siguió al final del franquismo.

LA CUESTIÓN TERRITORIAL EN EL FALANGISMO DE PREGUERRA

Es ya bien conocido, aunque quizás no siempre se le otorga un papel determinante, que la oposición al otro interior por excelencia del nacionalismo español desde 1900, los nacionalismos subestatales, también fue relevante en el nacimiento de los primeros núcleos protofascistas y fascistas en España, ubicados en la periferia y adoptando la forma de *ligas* patrióticas al estilo francés o argentino —como la *Liga Patriótica Española* de 1919, *La Traza* (1923), o la Peña Ibérica desde 1926. La relación entre contrarios se caracterizó también por la interacción y hasta las derivas individuales entre uno y otro campo, así como los trasvases de imaginarios culturales, ideas e interinfluencias personales. Así ocurrió primero con el grupo de pensadores, periodistas y políticos que concibió en el País Vasco la revista nacionalista heterodoxa *Hermes*, algunos de ellos luego miembros de la tertulia bilbaína del café *Lion d'Or*, como Ramón de Basterra⁸, Rafael Sánchez Mazas o Pedro Moulane Michelena. También fue el caso de la fascinación por el líder catalanista radical Francesc Macià y por las condiciones sociopolíticas de la Barcelona de los años veinte —posible germen de un auténtico fascismo— que sintió el vanguardista y fascista Ernesto Giménez Caballero. Una fascinación que le llevó a asumir y transformar varias de las ideas sobre el imperio procedentes

⁸ DUPLÁ ANSUATEGUI, A.: «El clasicismo en el País Vasco: Ramón de Basterra», *Vasconia*, 24 (1996), pp. 81-100.

del teórico catalanista Enric Prat de la Riba y sobre todo del filósofo Eugeni d'Ors, así como a jugar con la pluralidad imperial hispánica desde las páginas de *La Gaceta Literaria*, que mostró una cierta apertura hacia las culturas periféricas peninsulares⁹. El fascismo era además, en el contexto de la Europa de los años veinte, a ojos de muchos intelectuales nacionalistas una ideología nueva y regeneradora. Esto también atraía a más de un nacionalista subestatal, desde los poetas catalanistas J. V. Foix y Josep Carbonell hasta el modesto maestro galleguista Manuel García Barros en la villa pontevedresa de A Estrada. La unidad alrededor de un líder, la aclamación de las multitudes, la virtualidad palingenésica de la movilización en nombre de la nación, la ruptura con los modos de la *vieja política* parlamentaria y su sublimación de elementos aparentemente opuestos, como eran la nación y la revolución, como alternativa a la revolución social, eran elementos susceptibles de causar fascinación en todo tipo de nacionalistas. Se trataba, pues, durante la década de 1920 y los primeros años de un contexto sumamente lábil, en el que las identidades nacionales podían fluctuar en función de los proyectos políticos.

En los primeros núcleos específicamente fascistas que nacieron en Madrid y Castilla a principios de la década de 1930, desde el grupo de *La Conquista del Estado* liderado por Ramiro Ledesma Ramos hasta las Juntas Castellanas de Acción Hispánica de Onésimo Redondo, también apuntaban algunos signos en ese sentido. El nacionalismo imperial podía ser compatible con algún tipo de autonomía por la base, no necesariamente de las regiones —el manifiesto de *La Conquista del Estado* (febrero de 1931) aludía a una «Articulación comarcal» de España compatible con su afirmación nacional, quizás resabio de la propuesta de Ortega y Gasset en *La redención de las provincias* (1931)—, sino de demarcaciones territoriales a las que se les concediese una autonomía administrativa pero eso sí, *simétrica*, en una suerte de poco definido federalismo imperial¹⁰. Pero, desde abril de 1931, la nueva hegemonía en el mapa político catalán de la Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) de Macià, sus coqueteos con el obrerismo, la fugaz proclamación del Estado Catalán y la imposición de facto de la cuestión autonómica en la agenda política de la naciente República, convirtieron al catalanismo político en el gran enemigo al que oponerse, un adversario que sustituía al sibilino Francesc Cambó, con quien Ledesma había mantenido algún contacto, y su táctica de influir en España para, se afirmaba, debilitarla desde dentro mien-

⁹ Vid. UCELAY-DA CAL, E.: «Vanguardia, fascismo y la interacción entre nacionalismo español y catalán. El proyecto catalán de Ernesto Giménez Caballero y algunas ideas corrientes en círculos intelectuales de Barcelona, 1927-1933», en BERAMENDI, J. G. y MÁIZ, R. (comps.): *Los nacionalismos en la España de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 39-96; así como ÍD., *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.

¹⁰ Vid. SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 123-28.

tras hablaba de regenerarla¹¹. El periódico vallisoletano *Libertad*, promovido por Redondo, había iniciado su andadura esgrimiendo sobre todo dos mensajes: nacionalismo español y furibundo anticatalanismo¹². El castellanismo a ultranza, que combinaba el lamento y el argumento de agravio comparativo por la postración y maltrato al que se habría sometido a Castilla, junto con la afirmación de la centralidad de Castilla en la construcción de España y su imperio, por ser garantía de independencia y unidad, devino en un elemento fundamental de la ideología de Onésimo Redondo y, en buena parte, también influyó en la de Ledesma Ramos¹³.

Para Ramiro Ledesma, la patria tenía que ser unitaria y disciplinada, aunque podía admitir formas de descentralización más inocuas (municipal o comarcal), que permitiesen ir más allá del regionalismo y del separatismo y bucear en las auténticas esencias de la patria. Así lo defendía también de forma un tanto heterodoxa el jonsista catalán José M.^a Fontana Tarrats en 1933, advirtiendo de que un españolismo homogeneizador sólo haría crecer el separatismo, y proponiendo por el contrario una «Unidad de espíritu y fervor patriótico en la variedad de necesidades, matices y formas»¹⁴. Pero la nación debía ser el sustento del Estado, con el que se identificaba mediante la movilización permanente: «La Patria es coacción, disciplina. [...] Al asumir el Estado rango nacional, identificándose con la Nación misma, hizo concreta y fecunda la fidelidad a la Patria, hasta entonces emotiva y lírica»¹⁵.

Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) fundadas por Ledesma en octubre de 1931, tuvieron en sus primeros tiempos un cierto componente intelectual periférico —sobre todo gallego, con adalides como Manuel Souto Vilas, José M.^a Castroviejo o Santiago Montero Díaz, alguno de los cuales también había coqueteado con el galleguismo cultural, en particular Montero—, y que jugó con una retórica de «pluralidad imperial»¹⁶, pero a la hora de la verdad lo que primaba era la desconfianza hacia los *separatismos* y los proyectos de Estatuto de autonomía. Ahí, como mostró la ejecutoria de las JONS gallegas bajo la dirección de Montero Díaz en el otoño de 1933, se jugó a fondo la carta de la apuesta por la férrea unidad centralizada del Estado, la preferencia por la homogeneización lingüística del mismo y una visión conspirativa de los nacionalismos y regionalismos políticos de la peri-

¹¹ Vid. por ejemplo «La peculiaridad política de Cataluña», *La Conquista del Estado*, 5, 11.4.1931, y «España única e indivisible», *La Conquista del Estado*, 14, 13.6.1931, reproducidos en LEDESMA RAMOS, R. [T. Ledesma Ramos, ed.]: *Escritos políticos. 1931*, Madrid, Trinidad Ledesma, 1986, pp. 124 y 145.

¹² Cf. SALAYA, G.: *Anekdótico de las JONS*, San Sebastián, Yugos y Flechas, 1938, pp. 24-25; GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011, pp. 146-49.

¹³ Vid. por ejemplo REDONDO ORTEGA, O.: «Castilla en España», *JONS*, 2 (junio 1933).

¹⁴ FONTANA, J. M.^a: «Cómo conseguir la unidad del Estado», *JONS*, 8 (enero 1934).

¹⁵ LEDESMA, R.: «La voluntad de España», *JONS*, 3 (agosto 1933) [en id., *Escritos Políticos JONS*, pp. 94-98].

¹⁶ Sobre el caso particular de Montero Díaz, cf. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012, pp. 86-99.

feria, presentados como arietes de una conspiración exterior, fuese portuguesa, británica o francesa. Así se esperaba atraer voluntades alrededor de la exaltación del nacionalismo español. Por ello, cabía también renegar del cultivo de culturas y lenguas distintas del castellano más allá de los géneros literarios menores, pues aquéllas llevaban consigo, en última instancia, la simiente de la disgregación. La nación debía ser homogénea en su configuración cultural, mediante la forja de una «cultura hispánica» exportable a Iberoamérica y que debía ser «común y totalitaria», impuesta a las demás culturas peninsulares mediante la escuela y la cátedra universitaria. El castellano era un idioma ecuménico, y debía ser lengua oficial exclusiva, si bien todavía dejaba un margen a la pluralidad de modo limitado, al reconocer «después la conveniencia del cultivo de las otras». Cultivo subordinado y cierto reconocimiento simbólico, pero no cooficialidad administrativa y en la enseñanza. Montero Díaz admitía que cada provincia y región poseyese sus pasados particulares y sus mitos de origen singulares, y reconocía que todos ellos habían enriquecido el acervo de la patria, al modo de *estilos* peculiares, aportando un «acento propio» a la obra común: «Los mitos regionales españoles son, sencillamente, ‘los estilos’ con que cada región colaboró en crear a España. Las maneras propias de ayudar a esa obra solidaria». Esas modalidades empezaban por el «sentido armonizador, repoblador, católico» de Galicia, mientras Castilla tendría «su genio organizador, imperial, creador de inmensas solidaridades universales», y Cataluña «el suyo constructor, humanista, industrial, sindicalista». Pero, ninguno de esos caracteres populares o estilos bastaba para convertirse en fundamento de una nación diferente. Por esa razón, su exaltación sólo conseguía transformarlos en fundamentos de disgregación y «rencorosa feria de vanidades»¹⁷.

Ramiro Ledesma seguiría en buena medida postulados semejantes, y al confluir en Falange Española en marzo de 1934 contribuyó a forjar la teoría del imperio y la nación *misional* que adoptó la organización, además de acentuar su rechazo al catalanismo desde la intentona insurreccional protagonizada por Lluís Companys en octubre de 1934¹⁸. De todos modos, tras separarse de FE y Primo de Rivera en enero de 1935 se podía leer entre líneas, en alguno de sus últimos escritos de 1936, un mayor espíritu dialogante hacia los «separatismos», y hasta una actitud moderadamente favorable a algún tipo de federalismo hispánico y de afirmación de la diversidad regional a través de un Estado integrador¹⁹.

En el núcleo intelectual y político madrileño, mezcla de neoorteguianos y vanguardistas, que dio lugar a Falange Española (FE) alrededor de José Antonio

¹⁷ SMD: «Contra el separatismo. Esquema de doctrina unitaria», *JONS*, 7 (diciembre 1933).

¹⁸ Vid. sus reacciones en LEDESMA RAMOS, R. [T. Ledesma Ramos, ed.]: *Escritos políticos JONS 1933-1934*, Madrid, Trinidad Ledesma Ramos, 1985, pp. 213-21.

¹⁹ LEDESMA RAMOS, R.: «La contienda política y social del momento. Hombres. Ideas. Grupos», *Nuestra Revolución*, 1, 11.7.1936.

Primo de Rivera también figuraban intelectuales venidos de la «periferia» como los bilbaínos Rafael Sánchez Mazas o Mourlane, y hasta algunos que habían militado en el galleguismo político, como Eugenio Montes. Dentro de él se registraban impulsos en el fondo similares a los experimentados por las JONS, pero que, por influencia de los seguidores del filósofo Ortega y Gasset, y con la aportación posterior del ultranacionalismo imperial de Ledesma Ramos, fueron progresivamente tamizados por el nuevo énfasis joseantoniano en la idea misional de nación. Era éste un concepto, una vez más, de raíz orteguiana —de proyecto sugestivo de vida en común a unidad de destino, manera hispánica de la *Schicksalsgemeinschaft*—, que se debía colocar por encima de la tierra y los muertos, y que sublimaba en una misión exterior el reconocimiento forzado de que España era plural y compleja internamente, pero no podía dejar de ser una nación. Insistir en las esencias terrenales, idiomáticas o culturales era una forma de dar ventaja a los nacionalismos «regionales», que José Antonio despreciaba intelectualmente. Pues aquéllos no serían sino hijuelas del romanticismo, sí, pero muy difíciles de combatir sustituyendo sentimientos por sentimientos, ya que en lo relativo a los «resortes primarios» de la emotividad, siempre ganaría el más simple, y por tanto el más cercano. La manera de superar la contradicción era reinventando el concepto de nación, transformándolo en una unidad de destino histórico, «el pueblo considerado en función de universalidad», y renegando del concepto de nacionalismo, que no sería más que «el individualismo de los pueblos»²⁰.

Sin llegar a reflexionar en gran profundidad sobre la cuestión nacional, en varios de sus escritos se apreciaba igualmente en José Antonio el rechazo al desafío a la unidad de España que supondría en primer lugar el «regionalismo divisionista», además de la lucha de clases; pero también insinuaba que cierto grado de variedad, cuyo alcance y concreción político-institucional no se detallaba, era compatible con la idea de nación como proyecto y misión universal. La diversidad de España era rotunda e indiscutible, y no se podía aspirar a construir una nueva nación con sino imperial negando la realidad: que España era «varia y plural, con sus lenguas, con sus características», pero sus pueblos estaban unidos en un destino. En particular, *José Antonio* manifestaba su cierta admiración por Cataluña y su personalidad diferenciada, que situaba en primer lugar y seguida de otras muchas regiones que «existen con su individualidad»²¹. Junto a ello, tampoco meditó en exceso sobre otros temas, como el papel de la lengua como elemento de unidad y homogenei-

²⁰ PRIMO DE RIVERA, J. A.: «Ensayo sobre el nacionalismo» [abril 1934], en *Obras de José Antonio Primo de Rivera. Edición cronológica* (ed. A. del Río Cisneros), Madrid, Alemna, 1971, pp. 211-18; «Unidad de destino», *Arriba*, 1, 21.3.1935. Vid. también la interpretación de SAZ CAMPOS, I.: *España contra España...*, pp. 140-44.

²¹ PRIMO DE RIVERA, J. A.: «España y Cataluña» [30.11.1934 y 11.12.1934], en *Obras...*, pp. 383-92. Vid. también la colección de textos del líder falangista *La Falange y Cataluña*, Zaragoza, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de F.E.T. y de las J.O.N.S., 1937

dad, si bien formaban parte esencial de su repertorio los argumentos del nacionalismo lingüístico forjados por la escuela de Ramón Menéndez Pidal una década antes: la creencia en la superioridad intrínseca del castellano por su asociación con el destino imperial de Castilla y su carácter, su mayor perfección fonética y lingüística, y su paulatina expansión como auténtica lengua española de fusión, sin imposiciones, que prefiguraría su difusión ultramarina²². La ampliación de los mercados culturales en idiomas periféricos y la introducción, todavía tímida, de las lenguas regionales en la enseñanza, junto con la (mucho más lenta) presencia pública, en particular, del catalán en comercios y rótulos oficiales, llevaba a José Antonio Primo de Rivera a preguntarse si dentro de poco no sería necesario viajar dentro de España con «intérprete». Tal era la percepción, por ejemplo, de un joven falangista zamorano, el abogado del Estado Carlos Pinilla, cuando estuvo destinado en Girona entre 1935 y 1936. Tenía la sensación de vivir en una ciudad extranjera, en la que sólo los funcionarios y policías hablaban habitualmente castellano, lo que creaba en él un sentimiento extraño: se sentía extranjero en su propia patria, lo que acentuaba su fobia al catalanismo²³.

Para algunos falangistas catalanes, como Roberto Bassas Figa, un culto abogado procedente del catalanismo republicano, la doctrina joseantoniana permitía conciliar el españolismo y una forma de catalanismo. El primero era espiritual, el segundo telúrico. Si una «nación o nacionalidad es un pueblo o conjunto de pueblos con un destino histórico propio», y la variedad de pueblos era inevitable en una nación producto de una historia de agregación de distintos reinos y pasados imperiales, sólo la recuperación de un destino imperial compartido permitiría canalizar los patriotismos locales, una emoción «pura, en sí», hacia un futuro nacional común²⁴. Año y medio después, en el mitin de clausura del II Consejo Nacional de Falange, Bassas insistía en que la unidad de destino debía ser capaz de amar «todas las cosas muertas y vivas que antaño constituyeron las nacionalidades españolas», y de discernir los «valores auténticos regionales y en qué medida serían un freno o un impulso para el Movimiento español a su Destino»²⁵.

En la práctica, y aunque repudiase bajar al terreno de la tierra y los muertos, lo cierto era que el *antiseparatismo* formaba parte de los lemas movilizadores del falangismo escuadrista y juvenil, manifiesto en varias huelgas y boicots contra el catalanismo —como la campaña de los estudiantes falangistas contra el «separa-

²² PRIMO DE RIVERA, J. A.: «Patria: La gaita y la lira» [11.1.1934], «Los vascos y España» [28.2.1934], en *Obras...*, pp. 111-12 y 179-83.

²³ PINILLA TURÍÑO, C.: *Como vuelo de un pájaro*, s. l. [Barcelona], El Autor, 1991, pp. 25-27.

²⁴ BASSAS, R.: «Nacionalismo-hispanismo», *JONS*, 10 (mayo 1934). Sobre este peculiar falangista, hombre de pensamiento más que de acción muerto en 1939, que mantenía una postura abierta hacia el uso del catalán dentro de la pequeña organización falangista de Barcelona, vid. THOMÀS, J. M.^a: *Feixistes! Viatge a l'interior del falangisme català*, Barcelona, La Esfera dels Llibres, 2008, pp. 30-35.

²⁵ «Discurso de Roberto Bassas», *Arriba*, 21.11.1935.

tismo de la Universidad Catalana» en enero de 1936—. Y la desconfianza hacia los partidos nacionalistas mayoritarios en el País Vasco y Cataluña llevaba a acentuar un extremo del péndulo: el de la homogeneización y la oposición a cualquier forma de descentralización o regionalismo «sano», que, como señalaba el vasco José María de Areilza, sería entregar a partidos *separatistas* resortes de poder y mecanismos legitimadores que únicamente podían tener sentido, y aun así con prudencia, en provincias «sanas»²⁶. La unidad de España era condición mínima e indispensable para su reconstrucción «como gran Nación»; y ante cualquier amenaza de disgregación territorial, era preferible «cualquier catástrofe, porque siempre será de grado inferior a ella»²⁷. La evolución del catalanismo político desde la revolución de octubre de 1934 hizo crecer esa desconfianza entre los catalanistas. En Cataluña se estarían echando las raíces del odio a España y de una secesión futura, al entregar la educación y la administración a separatistas desleales²⁸.

Con todo, dentro de FE de las JONS también hubo algunas modulaciones discursivas locales, tanto en el caso de Cataluña como, de intensidad más débil, en el caso de Galicia, que no pasaban de conceder cierto espacio simbólico como *estilos* peculiares al folclore y, de modo más limitado, a las lenguas vernáculas²⁹. Julio Ruiz de Alda apelaba en 1935 a los falangistas navarros y vascos, recordándoles que España era un destino superior, pero también propugnaba que en la primera fase de conquista de la nación con vistas a reestructurar el Estado, utilizaran sin sombra de duda «los motivos sentimentales, locales; haced que los motivos nuestros, danzas, canciones, lenguaje, sean tan nuestros como de los nacionalistas. No les dejéis nunca el monopolio porque, por ser españoles, tenemos derecho a ellos». En la revolución nacionalsindicalista por llegar, no había interés en deshacer todo lo bueno que había realizado la Diputación Foral de Navarra...³⁰. E, igualmente, también existieron algunos casos de derivas o tránsitos biográficos, especialmente frecuentes entre militantes juveniles con identidades lábiles y fascinados por la estética nacionalista, que llevaban del nacionalismo subestatal a la Falange. Desde Víctor d'Ors, hijo de Eugeni d'Ors, o varios militantes de la primera Falange barcelonesa o de la ourensana³¹, hasta el escritor ferrolano Gonzalo

²⁶ AREILZA, J. M.^a de: «En torno a los separatismos regionales», *JONS*, 11 (agosto 1934).

²⁷ «Nuestra actitud. Cataluña en el camino de la insurrección», *JONS*, 11 (agosto 1934).

²⁸ Vid. por ejemplo «Cataluña», *Arriba*, 5.3.1936.

²⁹ Vid. para Cataluña THOMÀS, J. M.^a: *Falange, Guerra Civil, Franquisme. FET de las JONS de Barcelona durant els primers anys del règim franquista*, Barcelona, PAM, 1993, p. 41 e ÍD.: *Feixistes!*, pp. 89-90. Para Galicia, PÉREZ DE CABO, J.: *¡Arriba España!*, Madrid: s. ed., 1935, pp. 122-24.

³⁰ RUIZ DE ALDA, J., «Sana doctrina contra separatismos», reproducido en *Destino*, 44, 14.1.1938.

³¹ En una lista de afiliados de la *Mocedade Galeguista* de Ourense (1935-36), es sintomático que varios nombres figuraban tachados con la mención: «Afiliado á F.E.» (Archivo del autor). Vid. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «El fascismo en Galicia. El caso de Ourense (1931-1936)», *Historia y Fuente Oral*, 10 (1993), 143-174. Tales trasvases individuales no parecen producirse en el caso del nacionalismo vasco antes de la guerra civil: cf. FERNÁNDEZ REDONDO, I.: «Aproximación a Falange Española en el País

Torrente Ballester, que desde el Partido Galeguista se acercó a las JONS y a Falange Española desde 1934³², o el camino del también escritor mindoniense Álvaro Cunqueiro desde un galleguismo con ínfulas «totalitarias» hacia el pleno salto al nacionalismo de vocación totalitaria realmente existente, el español, al socaire de las circunstancias de julio de 1936.

UNIDAD IMPERIAL EN LA DIVERSIDAD Y EL ESPECTRO DEL SEPARATISMO

Desde julio de 1936 Falange tuvo que redefinir sus posturas ideológicas, en muchos casos más esbozadas que desarrolladas, en el marco de una guerra civil que le confirió un poder inimaginable meses antes. El análisis del nacionalismo de guerra en la zona insurgente durante el período 1936-39 y sus actitudes hacia la diversidad territorial descubre la existencia de un cierto nivel de tensión soterrada entre dos polos, que atraviesa la retórica de regeneración nacional autoritaria que caracterizaba a la propaganda insurgente³³, y que también se puede aplicar a los sectores más falangistas del naciente Estado franquista.

1. Por un lado, la tendencia a usar imágenes y símbolos regionales como discursos movilizadores, aunque podamos dudar de su eficacia última frente a otros discursos (religioso o «de clase», defensa del orden y la propiedad, coerción...). El folclore, los bailes y los vestidos regionales, incluyendo la recopilación del patrimonio local por etnógrafos y eruditos locales, entre otros elementos, se convirtieron en el objeto de escenificación e instrumentalización controladas, que constituyeron un ingrediente secundario, pero en ocasiones muy visible, de los festivales y conmemoraciones dedicadas a la exaltación del concepto de nación española abrigado por los rebeldes, que se pretendía sólidamente asentado en la tradición, al mismo tiempo que orientado hacia la construcción de un nuevo proyecto compartido³⁴. Esta codificación fijó los límites de la participación de las identidades regionales y locales en las celebraciones y rituales de la *nueva España*. Si España era diversa en sus paisajes, costumbres y usos lingüísticos, pasados históricos y caracteres colectivos, y como no era posible basar sobre fundamentos raciales la unidad española, sino que ésta se fundamentaba en un crisol de razas y pue-

Vasco (1910-1945)» (2012), disponible en: <http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/31/24/10/fernandezredondo.pdf>.

³² CERCAS, J.: «Torrente Ballester falangista: 1937-1942», *Cuadernos Interdisciplinarios de Estudios Literarios*, 5:1 (1994), pp. 161-78.

³³ Cf. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española 1936-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 291-306, e ÍD.: «La España regional en armas y el nacionalismo de guerra franquista, 1936-1939», *Ayer*, 64 (2006), pp. 201-31.

³⁴ ORTIZ, C.: «The Use of Folklore by the Franco Regime», *The Journal of American Folklore*, 112:446 (1999), pp. 479-96. Vid. también CIRICI, A.: *La estética del franquismo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977.

blos³⁵, para los tradicionalistas y católicos antiliberales en general sólo la fe católica y la monarquía, como ya había augurado la conversión al catolicismo de los visigodos, aseguraba la continuidad histórica de la nación, sometida jerárquicamente a Dios³⁶.

Por el contrario, aun incorporando a la tradición nacional el componente religioso, para los falangistas sólo la voluntad de imperio, la existencia de un destino histórico o *misión* era capaz de cumplir un papel aglutinador. Los falangistas se dedicaron desde el inicio de la guerra civil a intentar desarrollar de forma insistente, en exégesis retóricas a menudo huecas, los principios que había dejado esbozados su malogrado líder. El Estado liberal había provocado el surgimiento de separatismos, al carecer de una misión trascendental con la que unir las tierras de la patria. Pero sólo en la nación, a cuyo servicio estaba el Estado, tenían cabida las «entidades naturales»; la patria estaba «al servicio del Imperio», y éste al de Dios. Así se resumía la «misión histórica» que amalgamaba a las regiones³⁷. Lo que no suponía uniformidad, sino una suerte de armonía multicolor, según expresaba de forma confusa Martín Almagro³⁸. Los *separatismos* no eran sino una negación de esa misión, además de una muestra de despreciable apego a la tierra y lo material. La Historia y el sacrificio de los caídos en la guerra civil, procedentes de regiones diversas empezando por «nuestras dos Prusias, Navarra y Castilla», tenían un valor superior a la sangre y la voluntad popular³⁹. El patriotismo de Falange era espiritual, sublime, y pretendía apelar a la inteligencia, frente a un denostado patriotismo de política caduca y vulgar, el «patriotismo de los sentidos [...] sensiblero, vulgar y facilote. Patriotismo de charanga y banderitas. Patriotismo de ‘Las Corsarias’»⁴⁰. Y renegaba del propio concepto de nacionalismo, sublimación egoísta de la nación y concepto de base materialista propia del liberalismo. Por el contrario, había que reinterpretar la tradición y al propio Menéndez Pelayo, «regionalista de todas las regiones», reafirmando en el presente «el sentido imperial de toda la historia de España»⁴¹.

³⁵ Vid. GOODE, J.: *Impurity of Blood: Defining Race in Spain, 1870-1930*, Baton Rouge, Louisiana State UP, 2009; un ejemplo en LOPE MATEO: «¿Quiénes y cómo somos los españoles?», *El Español*, 5.2.1944.

³⁶ Vid. por ejemplo «En la fiesta de la hispanidad. Dios y Patria», *La Voz de España*, 13.10.1936; ARA-XES: «Idea cristiana de la Patria», *La Voz de España*, 19.11.1936, o «La Base de la Unidad Española», *La Voz de España*, 8.5.1937.

³⁷ «La unidad de la Patria», *Unidad*, 25.10.1937.

³⁸ ALMAGRO, M.: «Dogmas del Imperio. El principio de la unidad de España», *Unidad*, 10.10.1936. Vid. también PÉREZ LABARTA, S.: «Unidad de destino», *Unidad*, 21.10.1936, y «Separatismos», *Unidad*, 5.11.1936.

³⁹ PUENTE, J. V.: «Romance del sirimiri», *Unidad*, 3.11.1937; BENEYTO, J.: «Somos unitarios», *Unidad*, 10.7.1937.

⁴⁰ «La Patria y la Falange», *Unidad*, 18.9.1936.

⁴¹ «Vasquismo», *Unidad*, 15.10.1936.

Esto se complementaba con la exaltación del 18 de julio como una movilización de los valores auténticamente españoles, que habían sido conservados en las áreas rurales por el campesinado, y protegidos de su abducción por el virus revolucionario y ateo esparcido desde las ciudades. Los repositorios de la tradición eran la auténtica España, la ubicada en la provincia y el campo, imbuidos de religiosidad. En consecuencia, la cultura regional pasó a ser considerada un sinónimo de la tradición, así como del «alma» eterna de la nación española, lo que también incluía su esencia católica. Se combinaba así un postulado de esencia noventayochista, en el fondo, que sin insistir en el componente de la tradición católica también había mantenido la Institución Libre de Enseñanza o Ramón Menéndez Pidal⁴². Un tesoro de costumbres, ritos, cantos, poemas y creencias ancestrales esperaba a ser recopilado y estudiado de modo conveniente, empezando por formas dialectales y modos de hablar. Como evocaba en 1943 el periódico falangista de Teruel *Lucha*, al tratar del lenguaje hablado por un campesino octogenario en cuyos labios se escuchaba aún el dialecto local en su prístina pureza, su verbo resumía «la sinceridad, los sentimientos y el lenguaje de un auténtico hijo de Teruel.. Religiosidad... Patriotismo.. Resignación... Honradez y sufrimiento»⁴³.

Al contrario de lo que había sido el objetivo de la etnografía republicana, y de lo que había sido buscado en los usos y creencias populares por las Misiones Pedagógicas o por la Institución Libre de Enseñanza⁴⁴, el espíritu popular y el fundamento intrahistórico de la nación ya no constituían el objetivo principal. El pueblo y lo popular fueron sustituidos de forma progresiva por la tradición y lo tradicional, buscando algún tipo de vínculo con la tierra y los muertos que dotase de una mayor corporeidad y base al concepto misional de nación, que para varios teóricos falangistas, como Francisco Javier Conde o Antonio Tovar, empezó a tornarse excesivamente etéreo y circular, con lo que la vuelta a Castilla y a las «otras» regiones que la acompañarían en el destino imperial se hacía inevitable⁴⁵. Los fundamentos teóricos de esta etnografía y antropología significaban un retorno a las corrientes más tradicionalistas de la antropología europea decimonónica⁴⁶. Sin embargo, en el interés falangista también se podía encontrar una idea difusa: el folclore no sólo debía ser recuperado, sino modernizado, pues debía

⁴² Vid. BARRACHINA, M.-A.: *Propagande et culture dans l'Espagne franquiste (1936-1945)*, Grenoble, ELLUG, 1998, pp. 215-16; «El cancionero y sus interpretaciones», *Consigna*, 44 (septiembre 1944).

⁴³ EL DUENDE DEL TOZAL: «Un visita a las ruinas del Seminario», *Lucha*, 24.8.1943.

⁴⁴ LIZARAZU DE MESA, M.^a A.: «En torno al folklore musical y su utilización. El caso de las misiones pedagógicas y la Sección Femenina», *Anuario Musical*, 51 (1996), pp. 233-45.

⁴⁵ Cf. MARAVALL, J. A.: «Metafísica de la unidad de España», *Arriba*, 29.11.1939; SAZ CAMPOS: *España contra España*, pp. 251-56.

⁴⁶ Vid. GARCÍA DE DIEGO, V.: «Tradición popular o folklore», *Revista de Tradiciones Populares*, I: 1-2 (1944), pp. 1-29.

trascender su carácter de reliquia local para transformarse en un arma de solidaridad y de imperio, mediante su depuración y codificación. Y, al mismo tiempo, mostrar la realidad de lo popular, no encerrándolo en representaciones arcaicas⁴⁷.

Algunas concepciones similares fueron asimiladas por el discurso falangista en los primeros cuarenta. Impregnaban los debates intelectuales de la élite cultivada de Falange, que se desarrollaron en sus principales revistas teóricas, e intentaron desarrollar el legado joseantoniano —a menudo más consistente en fórmulas, frases cargadas de poesía y orientaciones que en afirmaciones contundentes—, incidiendo en la armonía entre unidad y variedad territorial y cultural mediante una misión imperial, con la necesidad de atraer para el proyecto de la *nueva España* a las élites intelectuales «periféricas», en particular las catalanas. Las armas dialécticas utilizadas contra otros idiomas peninsulares —todavía preestandarizados, producción editorial y de alta cultura más limitada, etc.— tenían por fuerza que ser matizadas al referirse al caso catalán (no así al valenciano o balear), pese a que en un principio sí se intentó rebajar en manuales y declaraciones el catalán a dialecto. España, insistía el semanario dirigido por el antiguo jonsista Juan Aparicio *El Español* en noviembre de 1942, no era sólo geografía, e importaba más la comunión de valores, la conciencia de su pasado histórico y su destino universal⁴⁸.

2. Un polo alternativo estuvo determinado por una actitud defensiva. Según esta interpretación, la guerra había sido, ante todo, una reacción de Castilla frente a la sedición antisolidaria de algunas regiones periféricas desleales, sólo Castilla podía llevar sobre sus espaldas, como en el pasado, los destinos de España. Empero, esa reacción no sólo había sido castellana. Otros territorios habían estado a su lado desde julio de 1936, mandando sus mejores hijos al frente para defender la *auténtica* España. La jerarquía de lealtades que se debía establecer entre esas regiones era a menudo un motivo de disputa en la prensa insurgente: ¿Quién se había sacrificado antes y más: Navarra, Galicia, Aragón...? Entre octubre de 1936 y abril de 1937 se sucedieron unos meses de incertidumbre en lo relativo a la estructuración territorial del nuevo Estado español construido en la zona rebelde. Los tradicionalistas fueron a la guerra proclamando su lealtad a los fueros navarros. Los diversos propagandistas locales del bando rebelde insinuaban que aquellas regiones que habían dado más voluntarios al frente (Navarra, Aragón, Galicia, Castilla...) debían ser recompensadas, bien con algún tipo de privilegios administrativos o con ampliaciones de territorio a costa de las provincias *traidoras*. Y los «regionalismos» resultantes invocarían el peso de sus muertos en el frente. Falange, sin embargo, renunciaba a establecer, en teoría, jerarquías de fidelidad entre las regiones, o premiar a unas en detrimento de otras, abjuran-

⁴⁷ HOYOS SÁNCHEZ, N. de: «Los temas folklóricos en la Exposición Nacional», *El Español*, 17.7.1943.

⁴⁸ Vid. «España no es sólo Geografía», *El Español*, 14.11.1942.

do de «nacionalismos centrífugos» y de «regionalismos centrípetos». No se podía conquistar la propia patria⁴⁹.

Hasta mediados de 1937 algunos carlistas todavía creían que la nueva España se basaría sobre las autarquías regionales y alguna forma de descentralización corporativa⁵⁰. Pero los primeros diseños de la estructura territorial del Estado franquista desde mediados de 1937 dejaron pocas dudas. Aunque algunas de las competencias que en materia de Educación, Obras Públicas y Beneficencia habían sido acumuladas de manera excepcional por las Diputaciones de Navarra y Álava fueron respetadas⁵¹, toda posibilidad de restauración de los fueros o *autarquías* regionales como forma de recrear una España tradicional regionalizada murió cuando Franco abolió los fueros de Vizcaya y Guipúzcoa. Por el contrario, los falangistas recordaban, cuando las tropas franquistas tomaron Gernika, que la bandera española ondeaba otra vez sobre el viejo árbol, símbolo de la unión entre Vizcaya y España, y que el espíritu originario de los fueros, la defensa del pueblo frente a los oligarcas, sería ahora encarnado por el *nuevo Estado*⁵². La prensa de trinchera dirigida a los combatientes, y que estaba bajo influjo falangista, reproducía a menudo poemas enviados por soldados que alababan las bellezas de su región o su pueblo, y cantaban sobre todo a Navarra, Castilla, Galicia, Oviedo o Aragón, supuestos pilares de la España insurgente. También publicaba portadas dedicadas a las virtudes estereotipadas de cada una de esas regiones⁵³. Aunque a veces se insinuaba en esas colaboraciones la petición de un trato de favor o privilegiado hacia las regiones *leales*, en otras se recordaba que los problemas peculiares de cada una sólo podían resolverse en la armonía del conjunto⁵⁴.

Eso se complementaba con el carácter beligerante que desde un principio habían adoptado algunos órganos falangistas contra el *separatismo*, frente a la ocasional pretensión carlista de atraer a los nacionalistas vascos católicos a su bando. A fines de octubre de 1936, *Arriba España* de Pamplona afirmaba que «¡España una! Es nuestra primera consigna. Y en la España una, no caben ni nacionalismos centrífugos, ni regionalismos centrípetos», por lo que cabía mantener

⁴⁹ «España, Una», *Unidad*, 17.10.1936.

⁵⁰ Vid. por ejemplo RÍO, E. del: «Fueros a España», *La Voz de España*, 22.9.1936, o «Manifiesto que dirige a Vizcaya la Junta Carlista del Señorío», *La Voz de España*, 15.4.1937.

⁵¹ Vid. FRESÁN CUENCA, F. J.: «Carlistas y falangistas ante el 'hecho diferencial navarro' durante la guerra civil. Una primera aproximación», *Iura Vasconiae*, 5 (2008), pp. 383-403. Para Álava, vid. algunos apuntes en CANTABANA MORRAS, I.: «Lo viejo y lo nuevo: Diputación-FET de las JONS. La convulsa dinámica política de la 'leal' Álava (Primera parte: 1936-1938)», *Sancho el Sabio*, 21 (2004), pp. 149-80.

⁵² «Ante el árbol de Guernica», *Unidad*, 3.5.1937.

⁵³ Vid. por ejemplo SIMÓN VALDIVIESO, J.: «Navarra», *La Ametralladora*, 62, 3.4.1938; SUÁREZ, E.: «Patria Chica», *La Ametralladora*, 55, 13.2.1938; «Aragón», *La Ametralladora*, 59, 13.3.1938;

⁵⁴ Por ejemplo, UN MARISCO GALLEGO: «El caso de Galicia», *La Ametralladora*, 2, 25.1.1937.

toda forma de localismo o regionalismo fuera de la esfera política⁵⁵. El neofalangista Pedro Laín Entralgo recordaba igualmente en agosto de 1937 que en tiempos de forja de una nueva España, frente al «descarrío diversificador no sólo marxista, pero también estatutario», había que marcar prioridades frente a la nostalgia foral: «¡España Una!, porque sólo así será ¡Grande y Libre!»; pues sólo la Falange y el Caudillo habían de decir en aquellas horas cómo sería la «unidad nueva de España», más allá de modelos caducos de organización del Estado como «la regalía borbónica, ni el centralismo liberal, ni [...] un estatismo panteístico», y sin atender a derechos históricos o geográficos, lo que también incluía a los «regionalismos de molde antiguo»⁵⁶. Frente al nacionalismo y la nación, conceptos obsoletos con raíces en la doctrina de la soberanía nacional o en el romanticismo, que apelaban a pasiones primarias y afectos del terruño que darían alas a los separatismos de cualquier índole, cabía invocar al imperio. España sólo sería algo si recuperaba su vocación imperial; como nación sería una entidad condenada a la zozobra y a la irrelevancia. Así reaccionaban *Arriba España* o el donostiarra *Unidad* frente a las propuestas intelectuales del filósofo católico Manuel García Morente y su «nacionalismo español», que les sonaba a vieja política⁵⁷.

La retórica de la guerra de *reconquista* de la periferia rebelde, alentada además por el nacionalismo cuartelero del ejército, se vio muy reforzada tras la conquista de Cataluña entre enero y febrero de 1939⁵⁸. Los tonos defensivos y el lenguaje de conquista al tratar con periferias derrotadas, pero rebeldes, fueron objeto, sin embargo, de una cierta evolución. Una cosa eran, en el terreno de las prácticas administrativas y políticas, las prohibiciones del uso del catalán, las sanciones administrativas y multas contra su uso, y los frecuentes desplantes de autoridades militares y civiles; y otra, más etérea, la constante apelación retórica por parte de la intelectualidad falangista a incorporar plenamente a Cataluña dentro de la comunidad de destino. El momento de apoteosis de esta retórica, que coincidió con el desplazamiento de los falangistas más radicales de los puestos de mando del partido único y la progresiva domesticación del falangismo dentro del discurso nacionalcatólico y la fidelidad al *Caudillo*, tuvo lugar con motivo de la visita del general Franco al Principado, en conmemoración del tercer aniversario de su conquista, entre el 25 y el 30 de enero de 1942. El viaje estuvo jalonado de manifestaciones populares de entusiasmo que despertaron encendidas loas a Cataluña, su historia milenaria, su vocación imperial y su carácter de Marca Hispánica, y por tanto de auténtica precursora de la unidad española, en

⁵⁵ «¡España una!», *Arriba España*, 30.10.1936, p. 15.

⁵⁶ LAÍN ENTRALGO, P.: «Unidad y fuero», *Arriba España*, 7.8.1937, p. 1; ÍD.: «Nueva unidad de España. Aviso a los impacientes», *Arriba España*, 15.8.1937, p. 1.

⁵⁷ «Palabras peligrosas. Otra vez 'nacionalismo'», *Unidad*, 23.6.1938, y *Destino*, 7.7.1938.

⁵⁸ Una buena recopilación documental en BENET, J.: *L'intent franquista de genocidi cultural contra Catalunya*, Barcelona, PAM, 1995, pp. 263-328.

la prensa falangista de Madrid⁵⁹. Los discursos de Franco en Montserrat, Terrassa, Sabadell, Girona, Reus y Tarragona no mencionaban en absoluto las peculiaridades culturales e idiomáticas de Cataluña, y sólo de manera reticente incluyeron algunas referencias a la contribución catalana a la formación de la unidad española durante la Edad Media. Únicamente los empresarios catalanes fueron destacados entre sus pares españoles por su «carácter industrioso», al igual que los numerosos voluntarios catalanes de la Legión en Marruecos. No obstante, la prensa falangista se hizo eco del «significado especial» del hecho de que Cataluña hubiese dado la bienvenida al *Caudillo*, lo que expresaría que la Barcelona separatista, impía y roja había fenecido⁶⁰. Al tiempo, recordaban de soslayo que el centralismo liberal, extranjerizante y afrancesado había constituido uno de los factores disgregadores y adulteradores del destino nacional de España, lo que había provocado como reacción el separatismo en algunas minorías. Pero el pueblo catalán, con su recepción al *Caudillo*, habría demostrado que Cataluña, de la mano de la restauración católica, había vuelto al buen camino, y al mismo tiempo que «España no es sólo Madrid», que las regiones reivindicaban su papel protagonista en la Historia y el presente español, como complemento de la unidad nacional⁶¹.

No obstante, a principios de los años cuarenta los distintos sectores de Falange seguían inmersos en su propio y peculiar péndulo patriótico. Pues para otros órganos falangistas esa variedad en lo imperial también debía acomodarse a un mismo molde, en una permanente contradicción. Así, el vallisoletano *Libertad* (29.1.1942) afirmaba que, desde la visita de Franco a Cataluña, *sólo* existiría una manera de ser español.

LAS LENGUAS Y CULTURAS DEL IMPERIO

La *nueva España* que se empezó a construir en la zona sublevada durante la guerra civil también aspiraba a una uniformización lingüística de la nación que se pretendía reconstruir, mediante la imposición autoritaria del castellano. Sin embargo, durante el conflicto bélico afloraron sensibilidades diferenciadas entre los diversos actores que pretendían configurar, en competencia implícita y a veces explícita, el discurso público del nuevo Estado franquista⁶². Algunos publicis-

⁵⁹ Para los ecos periodísticos y las opiniones de la intelectualidad falangista, vid. SAZ CAMPOS: *España contra España*, pp. 326-35; varios de ellos en *El Caudillo en Cataluña*, Madrid: Eds. de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1942.

⁶⁰ GIMÉNEZ CABALLERO, E.: «¡Estos son nuestros poderes!», *Arriba*, 1.2.1942.

⁶¹ Vid. «España no es sólo Madrid», *Arriba*, 27.1.1942; «Lección de Historia», *Arriba España*, 31.1.1942 (citado por SAZ CAMPOS: *España contra España*, p. 334).

⁶² Vid. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!*, pp. 306-15.

tas, sobre todo los de tendencia carlista, abogaron al principio por un cierto reconocimiento de los idiomas regionales y su pervivencia como lengua auxiliar en la educación primaria, argumentando que aquéllas siempre habían ido unidas a la tradición católica. Siempre que fuesen las lenguas *auténticas*, las que siempre se habían hablado antes de que los *separatistas* pervirtiesen su gramática y léxico. Había, como recogía un periódico donostiarra en abril de 1937, dos vascuences: «uno, el de siempre, el que habla el pueblo español; y otro, hecho en los laboratorios; el incomprensible; el separatista»⁶³.

Sin embargo, esos atisbos de tolerancia tenían un contrapeso en la beligerancia contra el espectro del separatismo, principal enemigo de la *nueva España*, según destacaba el Gobernador civil de Guipúzcoa, el antiguo monárquico José M.^a Arellano, en enero de 1937 y en abril de 1937: la semilla de Arana Goiri debía ser extirpada, y en cierto modo Guipúzcoa y Vizcaya tendrían que hacer penitencia por su pecado⁶⁴. En la prensa de trinchera se hacía burla del catalán hablado por los catalanistas, o se parodiaban las *invenciones* lingüísticas ideando un idioma «konkense» para las milicias de una supuesta República de Cuenca...⁶⁵. La crítica del uso de lenguas *regionales* extramuros de la casa familiar se generalizó en la retaguardia franquista desde marzo de 1937, cuando la prensa y los radios falangistas de San Sebastián, Sevilla o Burgos se hicieron eco de artículos y consignas que insistían en la necesidad de hablar exclusivamente en castellano en el espacio público y semipúblico, lo que podía incluir las conversaciones privadas en los cafés u otros locales. El detonante fue la presencia de numerosos refugiados catalanes, cuyo idioma se hizo sentir en las calles donostiarras⁶⁶.

El tono imperativo de las consignas tendió a aumentar en los meses siguientes. En abril de 1937 el gobernador militar de San Sebastián exhortaba a todos los vecinos a expresar su patriotismo mediante el uso exclusivo del idioma castellano. Pese a señalar que ello no significaba «menosprecio de los idiomas regionales», sugería medidas de castigo para quienes incumpliesen la admonición. Las posiciones abiertas a una limitada pluralidad en lo cultural fueron barridas por el afán revanchista y el anhelo por asegurar la unidad de España sobre sólidas bases: la sangre de los caídos era un tributo a una nueva unidad que bien podía merecer el precio de los *dialectos*. El falangista catalán Víctor d'Ors afirmaba además, rebatiendo a quienes admitían que las lenguas *regionales* mantuviesen su uso privado, que la unidad de España debía ser un requisito previo para que

⁶³ «El vascuence español y el vascuence separatista», *La Voz de España*, 13.4.1937.

⁶⁴ Cf. «Hay que españolizar Vasconia», *La Voz de España*, 7.10.1936, y el discurso de Arellano en *La Voz de España*, 23.1.1937; así como *Unidad*, 27.4.1937. En semejantes términos, ahora referidos a Cataluña, vid. «España Una», *Destino*, 57, 3.4.1938.

⁶⁵ «Biba Kuenka Livre», *La Ametralladora*, 59, 13.3.1938; «El día del Presidente – de Catalunya doliente», *La Ametralladora*, 33, 12.9.1937; «Chispas. El desgraciado Chomin», *La Ametralladora*, 24, 11.7.1937.

⁶⁶ ESCAÑO RAMÍREZ, A.: «España, de habla española», *Unidad*, 18.3.1937.

se pudiese proceder a su regeneración autoritaria por el nuevo Estado, por lo que todo reconocimiento de la diferencia regional era contraproducente⁶⁷. Y el canónigo y falangista catalán José Montagut Roca escribía que las lenguas no pecaban contra España, pero sí el uso perverso que se había hecho de ellas. Razón por la que la pluralidad lingüística era un peligro latente para la unidad de la patria⁶⁸.

De hecho, detrás de varias disposiciones militares contra las lenguas no castellanas latía el anhelo de erradicar el carácter simbólico *separatista* de algunos usos idiomáticos. Los idiomas *regionales* podían ser utilizados con fines propagandísticos instrumentales, en algunas octavillas y emisiones de radio dirigidas a la retaguardia republicana de Vizcaya o Cataluña. Igualmente, dentro de Falange subsistieron algunos atisbos de tolerancia, sobre todo en relación con Cataluña. Cuando las tropas franquistas avanzaron por Cataluña en enero de 1939, el Servicio Nacional de Propaganda dirigido por Dionisio Ridruejo, a sugerencia de los dirigentes de la Jefatura Territorial de Cataluña, tenía preparada diversa propaganda bilingüe, y tanto en Tarragona como en Reus se usó en parte el catalán en los primeros actos propagandísticos de los ocupantes, así como en algunos bandos municipales. Pero la propaganda no llegó a repartirse en Barcelona por la oposición de la autoridad militar y del Ministerio del Interior⁶⁹. Por el contrario, se impusieron las disposiciones restrictivas, y las representaciones de la conquista de Cataluña como una reincorporación *manu militari* a la disciplina cuartelera de la unidad.

El marco legal de la reimposición del monolingüismo se caracterizó por una multiplicidad de disposiciones sectoriales, pero nunca existió una ley general de prohibición del uso de los idiomas *regionales*. La represión lingüística consistía preferentemente en un tejido de sospechas, presiones y temores, amparados en un clima de represión general. Y estaba alentada por la convicción, según resumía otra vez en 1939 el ferozmente anticatalanista José Montagut, de que una política castellanizadora consecuente, promovida por el Estado a través del sistema educativo, con la colaboración de la Iglesia y la interdicción del uso público y culto de las lenguas regionales, lograría a medio plazo «el imposible aparente de que una nación, castigada por la coexistencia de varias lenguas, sin perseguirlas ni ultrajarlas, llegue a comunicarse, gozosa y radiante, consciente de que la lengua es el Imperio [...] a través del idioma que se habla en veinte naciones por nosotros descubiertas»⁷⁰. El credo oficial del primer franquismo

⁶⁷ D'ORS, V.: «Proyección mundial del Nacional Sindicalismo. La reconstrucción de España (1)», *Unidad*, 13.5.1937.

⁶⁸ MONTAGUT ROCA, J.: «La pluralidad de lenguas en una nación es un mal evidente, pero remediable», *El Diario Vasco*, 6.8.1938.

⁶⁹ Vid. RIDRUEJO, D.: *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 164 y 168-70.

⁷⁰ MONTAGUT ROCA, J.: «El Estado Nacional frente al problema de la pluralidad de lenguas», *Solidaridad Nacional*, 6.9.1939.

insistió en que todo idioma diferente del castellano no era sino un simple dialecto, inapropiado para las funciones de la vida moderna.

Las lenguas *vernáculos* no siempre eran rebajadas explícitamente a la condición de dialectos. Pero la exclusividad del castellano en la esfera pública las condenaba de hecho a su desaparición gradual. A pesar de todo, los idiomas *regionales* no desaparecieron totalmente de la letra impresa. Incluso durante los años de la guerra civil se permitió, sobre todo allí donde el sentimiento de identidad nacional alternativo se hallaba poco arraigado, la publicación de algunas obras religiosas, de tono costumbrista o satírico-campesino en idiomas vernáculos, que hacían propaganda de los fines del *movimiento* del 18 de julio. Al mismo tiempo, pervivía en varios círculos un interés erudito, folclorístico y etnográfico por las lenguas y dialectos. Los idiomas y *dialectos* regionales podían sobrevivir en géneros literarios menores, folclore y etnografía, sin normas estandarizadas que se alejasen de la idea de «lengua popular». Así se puso en evidencia, por ejemplo, en la promoción del valenciano con ocasión de las fallas y los *Jocs Florals*, autorizados desde julio de 1939⁷¹.

A partir de 1945 la presión sobre los idiomas *regionales* empezó a relajarse. Se toleraron algunas representaciones en lengua vernácula de teatro infantil y religioso, además de reediciones más o menos seleccionadas; y el Institut d'Estudis Catalans pudo organizar algunos cursos de lengua y literatura catalanas, siempre con poca publicidad. Raimundo Fernández Cuesta, a la sazón ministro de Justicia, afirmaba en octubre de 1946 que el castellano se había impuesto de forma natural como lengua de proyección universal sobre los demás idiomas peninsulares; pero que no había entorpecido «el cultivo y medro de otros idiomas y dialectos regionales», sino que «como ríos confluentes al mismo caudal, servían, a su vez, de vehículo a la universalización del castellano»⁷². Sin embargo, la política lingüística del franquismo siguió consistiendo en restituir al castellano al lugar en el que consideraba que era natural que estuviese: el de única lengua culta y oficial. Los métodos fueron autoritarios y cuarteleros, pero sus argumentos fueron los ya acuñados en décadas anteriores (superioridad intrínseca, mayor utilidad, dimensión universal, prestigio literario, y asociación con el alma de Castilla y el espíritu nacional español). A lo largo de la década de 1950 y 1960 la posición beligerante contra los idiomas vernáculos se fue matizando, y tanto el catalán como el gallego y el vascuence pasaron a ser considerados lenguas que formaban parte de un patrimonio cultural español; y la tolerancia hacia su uso literario y —limitadamente— público (festivo y conmemorativo) amplió sus márgenes. Con todo, no recobraron estatus legal alguno, y se-

⁷¹ Vid. CORTÉS CARRERES, S.: *València sota el règim franquista (1939-1951): instrumentalització, repressió i resistència cultural*, Barcelona, PAM, 1995.

⁷² *Abc*, 18.10.1946.

guían excluidos de la enseñanza y la administración. Y el régimen vigilaba qué se publicaba en ellos.

¿UN REGIONALISMO BANAL? LOS COROS Y DANZAS DE LA SECCIÓN FEMENINA

Los certámenes de Coros y Danzas que fueron organizados de modo regular por las secciones femenina y juvenil del partido único FET, desde el primer concurso nacional celebrado entre febrero y junio de 1942 —y que, en número de veinte, se sucederían de manera periódica hasta 1976, movilizandando en cada edición a varios miles de participantes—⁷³, se convirtieron en un escenario privilegiado para el cultivo y escenificación de la tradición y la variedad en sentido totalitario, ya desde los primeros pasos de la articulación del partido único (FET de las JONS) y del *nuevo Estado* franquista⁷⁴, y en uno de los ámbitos donde también se manifestaron los dilemas prácticos del concepto falangista de unidad imperial en la variedad.

El regionalismo de los Coros y Danzas consistía de entrada en conservar tradiciones, lo realmente cantado y hablado por el pueblo. Era un propósito de anticuario: recopilar las «canciones antiguas que se conservan por tradición», sin adscribir más significados explícitos (que no implícitos) a una tradición supuestamente «congelada» que debía ser resucitada como presumiblemente había sido en el pasado reciente⁷⁵. Seguía en eso una cierta impronta institucionista, patente en el hecho de que Ramón Menéndez Pidal actuó de primer asesor de la Sección Femenina (SF) en su labor de recuperación de cantares y coplas, del mismo modo que años antes se había comprometido en la búsqueda del *Romancero*; y prologó una de las primeras recopilaciones de cantos y danzas de España, alabando explícitamente la labor de la SF no sólo al recopilar, sino también al «encauzar y dirigir» el folclore español⁷⁶. También se trataba de reinventar esas identidades locales y re-

⁷³ En el II Concurso de 1943 se presentaron 203 grupos corales con 5.075 miembros, y 114 grupos de danza con 1.368 integrantes; en el XIV Concurso de 1959-60 compitieron 920 coros con 18.556 miembros, y 1.572 grupos de danza y 23.378 participantes, aunque el número de concursantes en los niveles locales era aún mayor. Existían, con todo, claros desequilibrios territoriales. En el XV Certamen (1962), participaron 153 grupos de la provincia de Barcelona, por 53 de Madrid y 22 de Albacete (cf. CASERO, E.: *La España que bailó con Franco. Coros y Danzas de la Sección Femenina*, Madrid, Ed. Nuevas Estructuras, 2000, pp. 54 y 88).

⁷⁴ Cf. MARTÍNEZ DEL FRESNO, B.: «Mujeres, tierra y nación. Las danzas de la Sección Femenina en el mapa político de la España franquista (1939-1952)», en RAMOS LÓPEZ, P. (ed.), *Discursos y prácticas musicales nacionalistas (1900-1970)*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2012, pp. 229-54.

⁷⁵ «A últimos de septiembre se reanuda el Concurso Nacional de Folklore», *Lucha*, 28.8.1943.

⁷⁶ Cf. *Canciones y danzas de España*, Madrid, Sección Femenina de FET y de las JONS, 1953, p. 1. Pilar Primo de Rivera reconoció que «recibimos el consejo inapreciable de Don Ramón Menéndez Pidal, quien nos dijo que buscáramos la autenticidad por encima de todo»: PRIMO DE RIVERA, P.: *Recuerdos de una vida*, Madrid, Dyrsa, 1983, p. 239.

gionales, y convertirlas en una expresión de un patrimonio común que debía ser intercambiado y sentido como propio por todos los españoles, posibilitándoles un conocimiento mutuo que habría sido negado por los regímenes políticos anteriores. Como señalaban tres musicólogos contemporáneos, si al reformular de modo inventivo danzas o composiciones se alejaban del original, «nada importa, porque la tradición verdadera, la viva, es la que modifica y depura, siempre dentro de un cauce de unidad de estilo y fidelidad a la raíz lejana»⁷⁷. Este proceso no estaba guiado por imperativos estrictamente ideológicos, sino también por la interacción de modalidades de representación cultural y política. Y un común denominador fue la noción de espectáculo, fundamental para el modo en que el franquismo, al igual que otros regímenes fascistas o autoritarios contemporáneos, moldeó su imagen pública, como parte de la sensación de «nuevo comienzo»⁷⁸. Así se apreciaba ya en el magno homenaje dispensado por la Sección Femenina al ejército y a Franco en Medina del Campo, en mayo de 1939⁷⁹.

En 1940 María Josefa Hernández Sampelayo, entonces Regidora Provincial de Cultura de Madrid, puso en marcha el proyecto de restaurar el folclore regional español. De esa labor se encargaron las secciones locales de la SF, ayudadas desde 1946 por las llamadas Cátedras Ambulantes. El baile se consideraba un ejercicio físico conveniente para la mujer —hasta 1957 sería una actividad exclusivamente femenina—, que presentaba otras virtudes a la hora de implantar una nueva semiótica nacionalista: la mujer transmitía la tradición. Y el traje regional, repensado de manera *casta*, servía también para recrear una moralidad católica supuestamente arraigada en la tradición, retomando así un postulado que había sido igualmente caro a la dictadura de Primo de Rivera⁸⁰. Esa tradición recreaba y ponía en escena la variedad, que «matizaba la unidad entrañable de las tierras españolas», confiriendo carácter orgánico a esa comunidad invocada y alejándola

⁷⁷ DIEGO, G., RODRIGO, J. y SOPEÑA, F.: *Diez años de música en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1949, p. 84.

⁷⁸ GRIFFIN, R.: *Modernismo y fascismo: La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010 [Basingstoke 2007].

⁷⁹ El homenaje particular de la Sección Femenina se escenificó como una entrega simbólica de las frutas de cada tierra y las labores típicas del artesanado, realizada por afiliadas vestidas con idénticos uniformes de la Hermandad de la Ciudad y el Campo pero con un pañuelo diferente para cada región cubriendo su cabeza. Mujeres de toda España se acercaban a la tribuna del *Generalísimo* y donaban las ofrendas naturales y trabajos artesanales típicos de su región, así como estandartes de su provincia. Durante la procesión sonaban como fondo canciones populares entonadas por las afiliadas, cuyas letras aludían a temas de religiosidad popular, trabajos rurales, alimentos, paisajes, etc. A mediodía se ofreció a Franco una comida al aire libre y la tarde se dedicó a ejercicios físicos, bailes rítmicos, juegos, canciones y bailes regionales, con intervenciones sucesivas de numerosas mujeres vestidas con trajes típicos, y acompañamientos musicales característicos: gaita, txistu, rondalla, castañuelas: muiñeira, danza vasca de arcos, la jota aragonesa, la sardana catalana, el vito y las sevillanas de Andalucía, así como el romance balear del Mayorazgo o la isa canaria (cf. Y, 17, junio 1939).

⁸⁰ Cf. por ejemplo PALENCIA, I. de: *Traje regional en España. Su importancia como expresión primitiva de los ideales estéticos del país*, Madrid, Voluntad, 1926.

de la masa informe⁸¹. Para conmemorar el primer aniversario de la Victoria, se dispuso que «las muchachas de Sección Femenina cantasen y bailasen en las plazas de sus pueblos, como sus abuelos, usando además en sus canciones la lengua originaria de las mismas: catalán, gallego, bable, vascuence, sayagués o de las altas tierras de Aragón»⁸². Pilar Primo de Rivera hacía gala de esa diversidad: «los catalanes cantaban en catalán; los vascos en vasco; los gallegos en gallego, en un reconocimiento de los valores específicos, pero todo ello sólo en función de España y su irrevocable unidad, dentro de la unidad peninsular»⁸³.

Las canciones populares y las danzas fueron cultivadas también de modo particular por las organizaciones juveniles del partido único, que veía en ellas un complemento formativo apropiado para fomentar virtudes castrenses como la disciplina y el orden, con sentido tradicional: una «unidad entre las tierras y entre los hombres, conseguida en la bella confusión de las músicas de las regiones»⁸⁴. Además, las canciones y bailes populares eran vistos como una continuación del legado grecorromano, que se vinculaba con la teoría de la nacionalidad española como mejor expresión de la herencia clásica, con el tamiz agustiniano y católico. Una mezcla de temperamento guerrero y elegancia racional, elementos que ahora resucitaban en la nueva España y que debían formar parte de un nuevo estilo nacional⁸⁵. Fomentar el baile y la canción tradicionales también era un antídoto contra la «invasión» de ritmos foráneos, desde el *fox-trot* al baile *agarrao*, identificados con la etapa republicana, al igual que las populacheras coplas y cuplés. Había que renacionalizar el ocio juvenil y femenino⁸⁶.

La prensa falangista expresó su apoyo entusiasta a los Concursos Nacionales de la Falange celebrados en mayo de 1942, en los que se escenificó la pluralidad de ritmos y bailes para celebrar una «variedad eternamente Unida, Grande y Libre», sancionada por Dios y por el orden social jerárquico que esas canciones y bailes reflejarían⁸⁷. Y con ocasión del I Concurso Nacional de Bailes Populares

⁸¹ «El pueblo en la concepción unitaria de la Falange», *El Español*, 22.1.1944; «Pueblo y no masa», *El Español*, 29.1.1944.

⁸² Citado por SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Crónica de la Sección Femenina y su tiempo*, Madrid, Nueva Andadura, 1993 [2ª ed.], p. 125.

⁸³ PRIMO DE RIVERA: *Recuerdos...*, p. 249.

⁸⁴ *Consigna*, 1 (1940).

⁸⁵ CARMONA VICTORIO, J.: «El tesoro folklórico de España», ABC, 3.12.1944. Igualmente, HOYOS SÁNCHEZ, N. de: «España a través de sus bailes», *El Español*, 8.4.1944, y CASARES, J.: «Divagaciones de un aficionado. Cantos populares», *El Español*, 10.3.1945.

⁸⁶ «Así canta la juventud. El Día de la Victoria celebrará el Frente de Juventudes el Día de la Canción», *Mediterráneo*, 31.3.1942; MORENO TORROBA, F.: «Las canciones y las danzas regionales», *Mediterráneo*, 29.3.1942; ABC, 19.6.1942 y 9.3.1943. Postulados semejantes se expresaron con ocasión del *Día de la Canción* celebrado por el Frente de Juventudes el 1 de abril de 1943: vid. ABC, 2.4.1943.

⁸⁷ ASENSI, E. F. de: «Coral de canciones. La riqueza folklórica de España, en el Concurso Nacional de Falange», *Mediterráneo*, 31.5.1942.

organizado por el Frente de Juventudes, celebrado entre abril y mayo de 1943 en Bilbao y Salamanca, también celebraba lo que emergía como gran manifestación de disciplina colectiva, que combinaba el culto a la tradición y al nuevo concepto de nación. La música popular forjaba una «unión espiritual», que caracterizaría a una generación marcada por «una unidad de pensamiento y unidad de acción [...] la canción medida hace medir los impulsos y disciplinar la voluntad, que cada voz, cada individualidad no es más que un elemento de la armonía total». Si José Antonio había afirmado que España era «varia y plural», los falangistas habían heredado de él y de los precursores el deber de conocer mejor las tierras que ahora estaban definitivamente unidas, «porque precisamente por ser varia ha tenido España desde sus comienzos vocación de imperio». El folclore disipaba diferencias sociales y políticas, como mostraba de forma metafórica la película propagandística *Ronda Española* (1951), de Ladislao Vajda.

Precisamente porque la singularidad del legado cultural español estaba marcada por la diversidad, la experiencia de la variedad era un instrumento para enseñar a los falangistas que el amor por la patria española era algo situado por encima de los sentimientos de pertenencia primaria a una tierra, un idioma y una experiencia cotidiana. Sólo la percepción de la diversidad más allá de su mundo local podía hacer a los nuevos españoles conscientes de la importancia de la patria como misión, que iba más allá de la tierra, los muertos y el individuo: una ruta que «les hace marchar unidos en una canción»⁸⁸. Si España era una e imperial, «no desgarrada por un separatismo infame y parricida», debía ser capaz de reconciliar en su regazo lo mejor de sus componentes, condensados en una serie de imágenes y estereotipos que comprendían virtudes *raciales* e implícitamente de género: «hidalga y recia, como Castilla; tenaz, como Aragón; intrépida, como Navarra; risueña, como Andalucía; hermosa y bella, como los vergeles y paisajes de Galicia». Pilar Primo de Rivera aludía así en enero de 1939, ante el III Consejo Nacional de la Sección Femenina, a la unidad de España como un gran coro de voces variadas, en el que unos aprendían de otros:

Cuando los catalanes sepan cantar las canciones de Castilla, cuando en Castilla se conozcan también las sardanas y sepan que se toca el chistu, cuando del cante andaluz se entienda toda la profundidad y toda la filosofía que tiene, en vez de conocerlos a través de los tablados zarzueleros; cuando las canciones de Galicia se conozcan en Levante, cuando se unan cincuenta o sesenta mil voces para cantar una misma canción, entonces sí que habremos conseguido la unidad entre los hombres y entre las tierras de España. Y lo que pasa con la música, pasa también con el campo, con la tierra [...]. España estaría incompleta si se compusiera sola-

⁸⁸ «Competición nacional de Bailes Populares del Frente de Juventudes», *Lucha*, 28.4.1943.

mente del Norte o del Mediodía. Por eso son incompletos también los españoles que sólo se apegan a un pedazo de tierra⁸⁹.

Aunque todo lo español debía ser apreciado estéticamente por el mero hecho de serlo⁹⁰, la recuperación del folclore debía huir además del casticismo (asociado a gusto populachero, urbano e implícitamente izquierdista, y además denostado como marcador étnico o como supuesto carácter nacional por los intelectuales falangistas)⁹¹ y del localismo (por su posible derivación hacia un nacionalismo particularista)⁹². La patria, recordaba otra vez Pilar Primo de Rivera parafraseando a su difunto hermano, no era «el arroyo y el césped, la canción y la gaita», sino «un destino, una empresa»⁹³.

Los coros estaban organizados por provincias y localidades, incluyendo agrupaciones existentes con anterioridad que en tiempos habían sido fundadas por sindicalistas, etnonacionalistas o republicanos —como los coros de Clavé o el grupo gallego *Cantigas e Agarimos*. La tradición era ahora territorializada exclusivamente en términos provinciales, aunque se admitían las subdivisiones en comarcas. La Sección Femenina se apropió de los repertorios folclóricos y los trasladó del ámbito rural al urbano, y sobre todo a los desfiles y conmemoraciones. La danza tradicional fue teatralizada, feminizada y, sobre todo, rejuvenecida. Así se revivía el espíritu de la nación. No sólo era un interés etnográfico, sino que trataba de depurar selectivamente ese repertorio tradicional, fijando versiones estandarizadas e implantando una práctica colectiva de su ejercicio, para encuadrar a la juventud⁹⁴. Empero, la práctica de la recopilación del folclore no siempre estaba guiada por la retórica misional. La SF osciló a menudo entre el deseo de difundir el folclore español en su variedad en todas las regiones, previa depuración y selección, y el objetivo de refolclorizar las fiestas y conmemoraciones mediante la popularización de las piezas y canciones más o menos olvidadas⁹⁵. Con el paso de los años combinó ambas tareas: las instructoras locales y provinciales buscaban el poso de la tradición; pero la Regiduría Central de Cultura de

⁸⁹ PRIMO DE RIVERA, P.: *Discursos circulares escritos*, Madrid, Sección Femenina de FET y de las JONS. s. f. [1950], pp. 22-31.

⁹⁰ F. C.: «La ‘españolada’ y el tópico», *Unidad*, 27.1.1939.

⁹¹ Vid. SAZ CAMPOS: *España contra España...*, pp. 246-48; GARCÍA LUENGO, E.: «Hipertrofia del sainete y envilecimiento de lo castizo», *El Español*, 10.3.1943.

⁹² De hecho, en el I Concurso de Coros y Danzas de 1942 los repertorios musicales de los grupos de las distintas provincias combinaban piezas tradicionales o autóctonas con otras importadas (desde fandanguillos en Ávila hasta muiñeiras en Barcelona). Informe del Departamento de Música de la SF, citado por CASERO: *La España*, p. 101.

⁹³ PRIMO DE RIVERA, P.: *Discursos...*, p. 71.

⁹⁴ Cf. SAMPELAYO, M.^a J.: «Labor de la Sección Femenina en el resurgimiento del folklore español», en VV. AA.: *Etnología y tradiciones populares*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1969, pp. 99-111.

⁹⁵ Circular de Pilar Primo de Rivera de marzo de 1944, citada por CASERO: *La España que bailó...*, p. 46.

la SF, con la ayuda de musicólogos y el dictamen de las dirigentes falangistas, seleccionaba aquellas piezas que mejor servían a los fines propagandísticos del régimen. Sobre todo, las que mejor simbolizaban la conjunción entre catolicismo y tradición, y que después eran difundidas por todo el territorio español, además de integrar el repertorio después mostrado por los grupos de Coros y Danzas en sus giras al exterior⁹⁶.

LAS AMBIGÜIDADES DE UN MENSAJE

Un factor que distinguía al nacionalismo de Estado franquista de otros nacionalismos de Estado fascistas contemporáneos era su menor y contradictoria capacidad para promover marcos de identificación local y regional como variantes complementarias de la identidad nacional. En parte, era una consecuencia del persistente espectro del separatismo, contemplado de modo implícito como un potencial enemigo presto a reaparecer tras cualquier concesión a las culturas e idiomas mesoterritoriales, o de cualquier medida de descentralización político-administrativa. Esas reticencias también tenían algún fundamento. La erudición local o regional, y la reatribución de significados atribuidos a las tradiciones y festividades locales, también ofrecieron ámbitos en los que intelectuales, activistas y grupos que habían militado en los nacionalismos subestatales con anterioridad a 1936-39, y que habían sido objeto de moderada represión, pudieron redefinir su espacio y modalidades de actuación. Algunos ejemplos catalanes podían ilustrar esa tendencia, como el caso de Vilanova i la Geltrú, donde los catalanistas católicos y los conservadores locales se transmutaron simplemente en entusiastas partidarios de la identidad local⁹⁷. También en Galicia, donde surgió desde la segunda mitad de los años cuarenta una colaboración entre dos grupos de actores. Por un lado, algunos activistas culturales próximos a los círculos que mantenían en la clandestinidad el nacionalismo gallego de preguerra, y que ejercían de eruditos locales, etnógrafos, escritores o publicistas. Por otro lado, algunos falangistas y carlistas locales que abogaban por una forma de regionalismo cultural dentro de los límites tolerados por el régimen, incluyendo a historiadores locales, etnógrafos, políticos retirados, periodistas y profesionales liberales. No se debe subestimar el papel de varios intelectuales que oscilaron entre sus lealtades galleguistas de preguerra y el nuevo falangismo de los años bélicos, a menudo reforzado por su anticomunismo. Algunas trayectorias individuales ilustraron esas ambigüedades, desde el escritor Álvaro Cunqueiro, antiguo galleguista radical devenido en falangista desde julio de 1936, y periodista influyente en diarios del

⁹⁶ SUÁREZ FERNÁNDEZ: *Crónica...*, p. 192.

⁹⁷ Vid. CANALES SERRANO, A. M., *Las otras derechas. Derechas y poder local en el País Vasco y Cataluña en el siglo XX*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

Movimiento durante los años cincuenta y sesenta, hasta el etnógrafo e historiador Xosé Filgueira Valverde, galleguista conservador que tras 1939 se convirtió en un miembro influyente del partido único en la provincia de Pontevedra, pasando también por antiguos fascistas como el periodista José M.^a Castroviejo y el historiador Santiago Montero Díaz⁹⁸. Ferran Valls Taberner, José M.^a Porcioles —quien más tarde se convirtió en alcalde de Barcelona— y algunos representantes más del catalanismo conservador durante los años treinta podrían ser ejemplos comparables en Cataluña, como el grupo de la revista *Destino*, alrededor de personajes como el escritor Josep Pla, el falangista Ignacio Agustí o el tradicionalista Martí de Riquer. Y algo semejante ocurrió con algunos nacionalistas vascos antes de 1936, como el escritor católico José M.^a de Arteche, quien de ser miembro del *Gipuzku Buru Batzar* pasó a ser voluntario del ejército franquista en 1936, y un promotor de algún tipo de «vía vasca» dentro del régimen⁹⁹.

La exaltación de lo local también podía servir como un instrumento eficaz de integración social dentro de los mecanismos de creación de consentimiento puestos en práctica por el régimen. Esos impulsos demostraron, no obstante, ser contradictorios, lo que explicaba también el posterior (re)surgimiento de tendencias descentralizadoras en el seno de los cuadros institucionales, locales y provinciales del franquismo desde principios de los años sesenta, de modo paralelo al abrazo de postulados descentralizadores, regionalistas y/o nacionalistas periféricos por el conjunto de la oposición antifranquista. La eclosión autonomista de las postrimerías del régimen y que marcó el proceso de transición a la democracia también debe ser contemplado, desde esta perspectiva, como un resultado de las contradicciones y tensiones internas del nacionalismo franquista¹⁰⁰.

No obstante, lo local y hasta cierto punto lo regional fueron elementos cruciales para la comprensión y definición de la nación y su escenificación y representación durante el franquismo, desde las conmemoraciones y fiestas locales hasta las exhibiciones de folclore, y desde las representaciones pictóricas hasta el periodismo de trinchera de la División Azul. Las consecuencias políticas tangibles

⁹⁸ Vid. por ejemplo FORTES ALÉN, M.^a J. (ed.): *Xosé Filgueira Valverde – Ramón Otero Pedrayo. Epistolario*, Pontevedra, Museo de Pontevedra / SECC, 2009.

⁹⁹ MARIN I CORBERA, M.: *Josep M.^a de Porcioles. Catalanisme, clientelisme i franquisme*, Barcelona, Base, 2005; ÍD.: «Existí un catalanisme franquista?», en VV. AA.: *El catalanisme conservador*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1996, pp. 271-92; ARTECHE, J. M.^a de: *Un vasco en la postguerra. Diario 1939-1971* San Sebastián, La Gran Enciclopedia Vasca, 1977; ECHENIQUE ELIZONDO, T.: «Intelectuales vascos de la posguerra», *Cuadernos de Alzate*, 36 (2007) [disponible en: <http://www.revistas culturales.com/articulos/16/cuadernos-de-alzate/784/1/intelectuales-vascos-de-la-posguerra.html>].

¹⁰⁰ Vid. GARCÍA ÁLVAREZ, J.: *Provincias, regiones y comunidades autónomas. La formación del mapa político de España*, Madrid, Temas del Senado, 2002; NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «Regions, Nations and Nationalities: On the Process of Territorial Identity-Building During Spain's Democratic Transition and Consolidation», en WAISMAN, C. H. y REIN, R.(eds.): *Spanish and Latin American Transitions to Democracy*, Brighton/Portland, Sussex Academic Press, 2005, pp. 55-79.

de esa imaginación espacial, sin embargo, permanecieron presas de sus propias contradicciones. La geometría de esferas de identificación territorial en España era variada e inestable. La región no existía como entidad político-administrativa, pero era constantemente invocada en la propaganda del régimen, sus escuelas y su publicidad turística, los recursos dedicados a la recuperación y renovación del folclore y la tradición local, etcétera. El centralismo franquista se basaba igualmente en un tratamiento simétrico de todas las provincias, a las que reforzó como circunscripción administrativa general y ente local desde la Ley de Bases del Régimen Local de 1945. Al mismo tiempo, las diputaciones también sufrieron un vaciamiento progresivo de sus competencias, en beneficio de la Administración periférica del Estado.

Como discurso identitario, el regionalismo cultural era compatible con un nacionalismo de Estado de signo fascista, autoritario o totalitario. Bajo los regímenes fascistas de la Europa de entreguerras, incluyendo en esa categoría al régimen franquista en su primera etapa, podían coexistir el uso de un imaginario e iconografía subnacional con una estructuración territorial centralista (en algunos casos), y con una apelación altamente emotiva a la nación como comunidad de destino, con un signo imperial. Como Alon Confino ha sugerido para Alemania, las metáforas de lo local y lo regional como vehículos de construcción de la nación siguieron aplicándose bajo muy distintos regímenes políticos¹⁰¹. A pesar del temor a la resurrección del separatismo, las visiones fascistas y fascistizadas de la nación y el Estado también eran capaces de guardar cierta afinidad con una noción de diversidad territorial y regional. El regionalismo podía ser invocado para combatir los peligros de la construcción estatal en su variante napoleónica: liberalismo, jacobinismo, progresismo y burocratización. Si el fascismo genérico puede ser definido, según autores como Griffin o Payne, como una forma de «nacionalismo palingenésico», situar la nación en la cumbre de la jerarquía de valores no significaba necesariamente que aquélla tuviese que ser homogénea desde el punto de vista territorial, político-administrativo y cultural. Para los fascistas, tanto en España como en otros países, la nación era una realidad más revestida de autenticidad que el Estado, que no se definía por ello en términos idealtípicos y racionales, sino a través de sus componentes espaciales subalternos, legitimados por la tradición.

¹⁰¹ CONFINO, A.: *Germany as a culture of remembrance: Possibilities and Limits of Writing History*, Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 2006.

DE LA REFORMA FISCAL A LA SUBIDA DE SALARIOS: FALANGE Y LA DISTRIBUCIÓN DE LAS RENTAS EN LOS AÑOS CINCUENTA

MIGUEL MARTORELL LINARES
UNED

«GANAR LA CALLE Y ESTRUCTURAR EL RÉGIMEN»¹

«Dos tareas fundamentales corresponden en esta hora a la Falange: ganar la calle y estructurar el Régimen». Así se expresaba el 4 de marzo de 1956 José Luis Arrese, a la sazón ministro secretario general del Movimiento, en los actos conmemorativos del aniversario de la unificación de FE y las JONS, celebrados en Valladolid. En aquel momento, Arrese se hallaba enfrascado en la segunda tarea; en la lucha para que la Falange controlara el diseño del entramado legislativo-institucional que no sólo habría de garantizar la continuidad de la dictadura en un futuro sin Franco, sino dirimir de una vez por todas en favor de los falangistas la pugna entre las diferentes familias del franquismo por el predominio dentro del régimen. «Hemos de lograr una estructura firme y jurídica que impida el manejo y la especulación sobre el futuro», diría el propio Arrese en aquel discurso; asumir «la misión sublime de convertirnos en arquitectos de España». Respecto al otro reto, si había que «ganar la calle» era porque cundía entre muchos falangistas la certeza de que la calle se había perdido y por ello, apuntaba Arrese, era preciso conseguir «que la Falange vuelva a tener un mayor arraigo en el alma popular». Certeza contrastada por el repunte de la conflictividad social al comenzar la década de los cincuenta. No obstante, más preocupado en 1956 por el diseño institucional que por el creciente aislamiento falangista, las soluciones que Arrese ofreció en Valladolid a este problema no pasaban de ser meras figuras retóricas: un comportamiento acorde con los viejos valores falangistas, como la «honestidad» o la «camaradería», permitirían a la Falange «ganar arraigo entre los españoles»².

¹ ARRESE, J. L.: «Discurso en los actos conmemorativos del aniversario de la unificación de FE y las JONS», *Arriba*, 6 de marzo de 1956.

² ARRESE, J. L.: en *Arriba*, 6 de marzo de 1956. Sobre el repunte de la conflictividad social desde 1951, véase FERRI, LL., MUIXÍ, J. y SANJUÁN, E.: *Las Huelgas contra Franco*, Barcelona, Planeta, 1978 y MOLINERO, C. e YSÁS, P.: *Productores disciplinados y minorías conflictivas*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

Pero desde principios de los cincuenta también hubo quienes, dentro del heterogéneo conglomerado que se arracimaba bajo el paraguas falangista, intentaban ganar la calle con algo más que palabras. Un grupo de intelectuales, entre los que figuraban Pedro Laín, Antonio Tovar o Joaquín Pérez Villanueva, se sumó en 1951 al equipo del ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, católico de la ACNP. Todos eran conscientes de que la Falange se había convertido en una estructura burocratizada, sin apenas calado en la sociedad. Entre 1951 y 1956 dicho grupo, en sintonía con Dionisio Ridruejo, que no ocupó ningún cargo en esta etapa, trató de ampliar la base de la Falange y con ella la del régimen. Reivindicaron con este fin a individuos y valores del liberalismo y de la izquierda, sin que ello conllevara disidencia ante la dictadura, y enarbolaron un discurso que abogaba por la construcción de una conciencia nacional asentada sobre la integración selectiva de vencedores y vencidos. Un discurso integrador y *comprensivo*, renovador, trufado de referencias *joseantonianas*, que gozó de amplia prédica entre jóvenes falangistas universitarios, y que chocó frontalmente con el discurso *excluyente*, reaccionario, nutrido de integrismo católico que esgrimió otro grupo de intelectuales, buena parte de ellos vinculados al Opus Dei, herederos del espíritu de *Acción Española*³.

Recuperar el discurso de José Antonio, retornar a las más puras esencias no desvirtuadas por lustros en el ejercicio del poder, era un modo de emprender una renovación que a muchos falangistas se les antojaba necesaria, imprescindible para conectar de algún modo con la sociedad. Máxime si la relectura del corpus *joseantoniano* hacía hincapié en la justicia social. Mediados los años cincuenta la economía española comenzaba a crecer tras el fin del aislamiento internacional. Mas no por ello disminuyeron la desigualdad económica y social; al contrario: consolidado el régimen, descartada la coartada del cerco, éstas no sólo se hicieron más evidentes sino que incluso se acentuaron por un crecimiento asimétrico. Quizá la adopción de medidas que paliaran la creciente fractura social permitiera a la Falange ganar un mayor respaldo social. Esa fue la tesis de un grupo de jóvenes economistas, liderado por Juan Velarde, que en 1953 se hizo con el control de la sección de economía del diario *Arriba*. Desde las páginas del diario, pero también desde otras revistas económicas vinculadas al Movimiento, como la *Revista de Economía Política*, del Instituto de Estudios Políticos, o *De Economía*, de la Organización Sindical, este grupo contribuyó activamente a la elaboración de un programa económico para la Falange. Un programa que ellos mismos tildaban de radical, cuyas raíces

³ La política cultural del Ministerio de Educación en estos años, el programa de los *comprensivos* y su batalla con los *excluyentes*, en FERRARY, Á.: *El franquismo, minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, Pamplona, EUNSA, 1993; RUIZ CARNICER, M. Á.: «Las fisuras en el sistema y el nacimiento de la disidencia», en GRACIA, J. y RUIZ CARNICER, M. Á.: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 201-239 y «La vieja savia del Régimen. Cultura y práctica política de Falange», en MATEOS, A. (ed.): *La España de los cincuenta*, Madrid, Envida, 2008, pp. 277-307; JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.

aseguraban hallar en las palabras de José Antonio y cuya vocación anticapitalista proclamaban. Un programa que abogaba por la reforma agraria, que apostaba por la inversión estatal, que combatía los monopolios privados y que reivindicaba la redistribución de las rentas a través de la reforma tributaria. Un programa, en definitiva, que defendía la intervención del Estado en la economía y recelaba de la iniciativa privada.

VOLVER A LA «FALANGE SOCIALISTA DE JOSÉ ANTONIO»⁴

En el año 1952 Ismael Herráiz, director de *Arriba* —órgano oficial de Falange—, llamó a Juan Velarde Fuertes para que colaborara en el periódico, y a partir del 6 de febrero de 1953 le encargó la dirección de la nueva Sección de Economía. Velarde se rodeó en el diario de un equipo de jóvenes economistas, muchos de los cuales eran viejos amigos de la carrera o de sus primeros años de formación: Agustín Cotorruelo, Manuel Gutiérrez Barquín, Juan Plaza Prieto, Enrique Fuentes Quintana, Alfredo Cerrolaza, Carlos Muñoz Linares, César García-Albiñana... Fuentes, Velarde, Plaza Prieto y Cerrolaza pertenecían a la primera promoción de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Central, de 1947. Fuentes Quintana y Velarde estrecharon sus lazos como alumnos de Werner Goldschmidt en la Academia de Ciencias y Derecho de la calle Arrieta, de Madrid. Más tarde se unió a ellos Agustín Cotorruelo, quien preparó con ambos la oposición a técnico comercial del Estado. Este pequeño núcleo central se amplió poco a poco, asentándose en torno al Consejo Superior Bancario, donde se veían Velarde y Fuentes Quintana, Cerrolaza, Muñoz Linares, Carlos Fernández Arias, José Ignacio Ramos Torres, y más esporádicamente Manuel Gutiérrez Barquín, Manuel Varela Parache y Eduardo del Río. Además de la formación o el trabajo, compartían espacios de ocio, como las tertulias de Molinero, La Cervecería de Correos o Teide. Al comenzar la década de los cincuenta constituían, en palabras de Velarde, «una compacta comunidad» cuyo radio de publicación iba más allá de *Arriba*. Eduardo del Río les abrió las puertas de *De Economía*, la revista de la Delegación Nacional de Sindicatos, y José María Zumalacárregui y Manuel de Torres las de *Anales de Economía*. Velarde, Fuentes y Plaza Prieto también colaboraron en la *Revista de Economía Política*, del Instituto de Estudios Políticos. Velarde, además, dirigió entre 1948 y 1950 la sección de economía de *La Hora*, diario del SEU, colaboró en *Alfêrez* y participaría en la revista *Alcalá*, buque insignia de la política *comprensiva* del Ministerio de Educación. Entre 1953 y 1956 este equipo escribió la mayoría de los artículos de la sección

⁴ El economista Manuel de Torres aseguró, en un comentario a Velarde, que el grupo de jóvenes economistas de Falange pretendía volver «a la Falange socialista de José Antonio»; VELARDE FUERTES, J.: *Introducción a la historia del pensamiento económico español en el siglo XX*, Madrid, Editora Nacional, 1974, p. 249.

económica de *Arriba*, pero también bastantes editoriales del periódico y esto dio una notable proyección política a sus ideas. En estas publicaciones del entorno falangista defendieron un programa económico cuyas raíces emplazaban en el pensamiento de José Antonio, articulado en torno a varios puntos básicos: reforma agraria, lucha contra los monopolios, intervención del Estado en la economía y redistribución de la renta a través de la política fiscal⁵.

«¿Hay alguno entre vosotros... que se haya asomado a las tierras de España y crea que no hace falta una reforma agraria?». Con esta cita de José Antonio comenzaba Manuel Gutiérrez Barquín una tribuna en *Arriba*, el 10 de junio de 1953, con el expresivo título de «Latifundios». La experiencia española, alegaba, mostraba como «regla general que las grandes fincas vayan acompañadas de un aprovechamiento deficiente, y como consecuencia, sostengan pocos obreros y éstos con jornales bajos». De ahí que se impusiera la parcelación de los latifundios, que no era «idea subversiva», precisaba para calmar a los lectores más conservadores, «sino doctrina constantemente recomendada por los Pontífices». Aunque quizá el problema no estuviera tanto en el latifundio como en la tradición absentista y despreocupada de los latifundistas. «Puede que el latifundio sea necesario, pero no el latifundista, como señaló José Antonio». En ese caso, debería darse a paso «a una explotación de tipo colectivo». Que nadie pensara que estaba refiriéndose a un koljoz, o algo parecido: era una práctica «de vieja tradición en el municipio español», «perfectamente posible», concluía, «porque existe una potente y extendida organización sindical». En cualquier caso, apuntaba Agustín Cotorruelo, había que resolver el problema de «la dimensión óptima de la explotación agrícola» para que no se cumpliera el vaticinio de José Antonio de que habrían de pasar como poco ciento sesenta años para que fuera posible la reforma agraria⁶.

La denuncia de los grandes monopolios privados y la defensa de la inversión estatal, así como de una activa intervención del Estado en una economía en vías de desarrollo, ocupó buena parte de la actividad del grupo. «Las industrias del carbón, electricidad, acero y cemento, con intereses comunes entre sí e íntimamente ligadas al sistema bancario constituyen probablemente la más formidable oligarquía económico-privada con que se enfrenta la comunidad española», escribían Fuentes Quintana y Plaza Prieto, en la *Revista de Economía Política*, en 1952; «los grupos monopolísticos de la agricultura y de la industria están estrechamente asociados unos a otros y, además, han conseguido asociar a sus empresas a miembros de la antigua

⁵ «Compacta comunidad», en VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la decadencia económica de España*, Madrid, Tecnos, 1967, p. 30. La historia del grupo, en este mismo, pp. 28-43 y VELARDE FUERTES, J.: *Introducción a la historia del pensamiento...*, pp. 96, 263 y ss. VELARDE en Alcalá, en RUIZ CARNICER, M. Á.: «Las fisuras en el sistema y el nacimiento...», p. 229.

⁶ VV.AA: *Notas sobre política económica española*, Madrid, Publicaciones de la Delegación Nacional de Provincias de FET y de las JONS, 1954. Este libro contiene una recopilación de artículos de la sección económica de *Arriba*, escritos entre 1953 y 1954. Las citas de Gutiérrez Barquín, en p. 23; Cotorruelo, en p. 13.

aristocracia terrateniente», proseguían. Era «la minoría de españoles, agazapada en la gran propiedad territorial, en los bancos, y en los negocios industriales», contra la que había alertado años atrás Ramiro Ledesma en la cita que encabezó una tribuna de Fuentes y Velarde en *Arriba*, de agosto de 1953. La desconfianza hacia la banca, en concreto, es constante en numerosos artículos de *Arriba*: «habrá de cortarse de raíz cualquier intento especulativo de nuestra banca», escribía Fuentes Quintana, en noviembre de 1953, en un texto sobre la economía española y la ayuda americana. El Estado debía intervenir activamente en la producción para compensar el efecto pernicioso de los monopolios privados. De ahí los elogios al Instituto Nacional de Industria, «tal vez la más formidable creación del régimen», apuntaban Fuentes y Plaza Prieto, «trascendental para el futuro de nuestra patria», remachaba Plaza en *Arriba*, en agosto de 1953. «En España es preciso que gran parte de la inversión, por ahora y por mucho tiempo, se oriente por caminos estatales», advertía Velarde en 1954: «La inversión ha de dirigirse hacia ciertas actividades públicas —obras públicas, de saneamiento, enseñanza profesional y técnica, viviendas, etc.— aunque sea en detrimento momentáneo de las inversiones privadas... El ahorro que la respalde deberá obtenerse preferentemente por vía de los más ricos...». «Una vez más —concluía—, se comprende la razón de estas palabras de José Antonio: “mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender unos cuantos negocios, como los intereses de los bancos o los dividendos de las grandes empresas”»⁷.

Un año antes, Velarde había defendido la esencia anticapitalista de la Falange en un artículo titulado «La economía española en unas pocas manos», publicado como editorial de *Arriba* el 3 de noviembre de 1953, y que ganó el Premio Primero de Octubre, concedido por la Secretaría General del Movimiento. «Desde *La Conquista del Estado* y las J.O.N.S., hasta la época de los magisterios de Franco y José Antonio, el nacionalsindicalismo señaló como uno de sus fines el de desmontar el sistema capitalista», escribía Velarde. «La inmensa mayoría de las actividades industriales y comerciales tienen su capital concentrado en unas pocas manos», una oligarquía económico-financiera que se mueve, insistía, únicamente «para conseguir su provecho a costa del de sus conciudadanos». Denuncia de tinte radical que iba acompañada de una propuesta quizá algo timorata: la creación de una comisión estatal, «con poderes ejecutivos amplísimos», que investigara contabilidades, listas de accionistas y política de patentes, y estudiara la conducta de los grupos monopolísticos, dando publicidad a los resultados. Una

⁷ FUENTES QUINTANA, E. y PLAZA PRIETO, J.: «Perspectivas de la economía española», *Revista de Economía Política*, núm. 9 (1952), pp. 53-54, 105. VV.AA: *Notas sobre política...*, Ledesma, p. 73; Plaza Prieto, p. 102; editorial de Velarde, pp. 165 y ss.; Fuentes, p. 233. VELARDE FUERTES, J.: «Crónica sobre la economía española», en *De Economía*, 29 (mayo-junio de 1954), p. 543. VELARDE FUERTES, J.: «Crónica sobre la economía española», en *De Economía*, 30 (julio-agosto de 1954), p. 692.

comisión que aclarara hasta qué punto la maquinaria legal y administrativa española favorecía el desarrollo de los monopolios⁸.

Por último, el grupo de *Arriba* también reclamaba una reforma del sistema tributario que contribuyera a redistribuir la riqueza. El sistema tributario español era regresivo, ejercía una presión mayor sobre las rentas más reducidas, debido al excesivo peso de la imposición indirecta. Los impuestos que gravan el gasto, apuntó Fuentes Quintana, en junio de 1953, recaen «en su mayoría sobre clases, si no modestas, sí medias, que soportan con su menor bienestar los gastos del Estado». «Sin justicia redistributiva no hay paz social», observaba en otro artículo, en noviembre de 1953. Amén de regresivo, el sistema era insuficiente: «El déficit presupuestario, casi crítico en los últimos años, no ha sido producido por lo cuantioso de los gastos, sino por lo insuficiente de los ingresos», escribía Alfredo Cerrolaza, en abril de 1954. La insuficiencia era fruto de la inelasticidad: los impuestos iban a la zaga del crecimiento económico. Esto, observaba Fuentes Quintana, era debido al escaso desarrollo de la imposición sobre la renta: los impuestos directos recaían sobre el valor de los productos, no sobre las rentas, y los impuestos sobre el producto tienden a estancarse y a crecer por debajo del desarrollo económico. La regresividad, la inelasticidad y el anquilosamiento del sistema tributario iban parejos de una excesiva e innecesaria complejidad, que el profesor Manuel de Torres, mentor de los economistas del grupo de *Arriba*, calificaba como «presión tributaria indirecta»: «el conjunto de molestias, inconvenientes y gastos que la tributación comporta, independientemente de la cantidad que paga el contribuyente»; la suma de leyes, decretos y órdenes establecían desgravaciones, recargos y otras casuísticas para cada tributo constituían una compleja e inextricable maraña. Por último, la suma de los factores anteriores y «una burocracia fiscal apegada a la rutina», caótica, débil e ineficaz, conducía a un alto grado de evasión y fraude: estimaba Torres que la evasión fiscal había pasado del 40 al 75 por 100 entre 1942 y 1953. Para compensar la ocultación, el Ministerio de Hacienda subía en exceso los tipos impositivos y ello acrecentaba la injusticia del sistema pues la carga tributaria que recaía sobre quienes realmente pagaban los impuestos era excesiva. En definitiva, el sistema tributario era injusto y regresivo; innecesariamente complejo y ofrecía demasiadas oportunidades para el fraude, propiciadas por una Administración fiscal poco capacitada. Por todas estas razones, mediada la década de los cincuenta se había divorciado de la realidad económica y no bastaba para sostener el gasto público⁹.

A la altura de 1953, el grupo de economistas de *Arriba* gozaba de cierta influencia en el diseño de la política económica falangista. Cuando Francisco Torras

⁸ La concesión del premio, en *Arriba*, 20 de noviembre de 1953.

⁹ VV.AA: *Notas sobre política económica...*, Fuentes Quintana, en pp. 233 y 386; Cerrolaza, en p. 380. TORRES MARTÍNEZ, M.: *Juicio sobre la actual política económica española*, Madrid, Aguilar, 1956, pp. 138, 148 y 152-167.

Huguet ascendió a la jefatura del departamento central de seminarios de Falange, Manuel Gutiérrez Barquín pasó a dirigir el Seminario de Estudios Económicos y llevó a Velarde con él de secretario. Los seminarios de la Falange fueron un nuevo punto de encuentro para el grupo, que desde allí participó de forma decisiva en la redacción de las directrices económicas del I Congreso Nacional de la Falange, celebrado en octubre de 1953. El punto VII de las bases de acción pública aprobadas en el Congreso apela a la redistribución de las rentas a través de la reforma tributaria y resume sus posiciones en el ámbito de la política fiscal:

Para esta política de redistribución de la renta nacional se propugna el empleo del instrumento adecuado mediante la reforma del sistema tributario, con la disminución de los impuestos sobre el consumo y el aumento de aquellos que gravan la renta y la sucesión

Suyo es también el punto VIII que pretendía la desarticulación de «los grupos de presión», cárteles, trusts y monopolios», la «continuación de la política de inversiones estatales» y la «reorganización de la Banca para su subordinación a las necesidades del pueblo y la Nación». El grupo consideró como un gran éxito el haber logrado emplazar sus postulados en el programa del congreso nacional: «podíamos ser radicales sin ser heterodoxos —escribiría Velarde—. Es más, convertir lo que hoy se calificaría de socialismo o progresismo en la doctrina ortodoxa». Radicales, pero sin dejar por ello de ser falangistas, pues la «Falange fue la única fuerza que de algún modo atenuó o disfrazó el talante reaccionario del Estado instituido a partir de 1939», apuntaría César Albiñana, ya en 1969¹⁰.

Entre 1953 y 1956 los artículos de la sección económica de *Arriba* se encuadraron en la ofensiva falangista para definir el perfil institucional e ideológico del régimen, de la que fueron hitos el I Congreso Nacional de la Falange, de 1953, y los anteproyectos de leyes fundamentales elaborados por José Luis Arrese, en 1956. En este contexto, el grupo de *Arriba* aportó un programa económico coherente y atractivo, que daba un aire radical y renovado a una institución excesivamente burocratizada y anquilosada, y por ello tuvo el beneplácito de los jerarcas del partido y de los ministros falangistas. Cuando el grupo se enfrentó desde el diario al minis-

¹⁰ Sobre el Congreso Nacional de Falange, véase ELLWOOD, S.: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1985*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 168 y ss.; FERRARY, Á.: *El franquismo, minorías políticas...*, pp. 371-372; PAYNE, S.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997, pp. 614 y ss.; RODRIGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *Historia de la Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 488 y ss. Las conclusiones del I Congreso de Falange, en *Arriba*, 29 de octubre de 1953. VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la decadencia económica...*, pp. 34-35. ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta en los años 1953-1954», *Revista de Economía Política*, 51 (1969), p. 33. Este último texto es un número extraordinario de la *Revista de Economía Política*, que en más de 500 páginas, a modo de compendio, recopila todos los documentos oficiales —proyectos, anteproyectos, borradores, informes, estudios...— generados en el debate sobre la reforma de la Contribución sobre la renta de 1954, así como artículos de prensa y otra documentación diversa, entre ella los diarios de Juan Velarde correspondientes a dicha época.

tro de Hacienda Francisco Gómez de Llano por el proyecto de reforma de la contribución sobre la renta de 1953, contó con el respaldo de Raimundo Fernández Cuesta, ministro secretario general del Movimiento; al fin y al cabo, Gómez de Llano no era afín a la Falange y chocó en más de una ocasión con sus compañeros de gabinete falangistas. No obstante, esto tampoco significa que la relación de los economistas de *Arriba* con la dirección del periódico, con los dirigentes de Falange o con el gobierno fuera siempre fácil: entre 1953 y 1954, varios artículos fueron censurados y el ministro de Información y Turismo, el también falangista a la par que nacional-católico, Gabriel Arias Salgado, estableció un férreo marcaje sobre los economistas del diario¹¹.

«SIN JUSTICIA REDISTRIBUTIVA NO HAY PAZ SOCIAL»¹²

Al comenzar los años cincuenta la convicción de que era necesaria la reforma del sistema tributario estaba presente en el debate político-económico. Se ha creado un «estado de opinión casi unánime... que pide la reforma del sistema tributario», escribía en 1956 el economista Manuel de Torres. Un estado de opinión, proseguía, defendido «en las pastorales de los prelados, en ciertos sectores de la Acción Católica, en los acuerdos del último Congreso del Movimiento y de la Organización Sindical, por no citar sino los casos más destacados». Incluso el ministro de Hacienda, Francisco Gómez del Llano, reconocía en las Cortes que algunos «procuradores piensan que nuestro sistema impositivo es arcaico y representa un gravamen excesivo para las clases medias y necesitadas, y propugnan... una reforma tributaria a fondo». El sistema tributario español apenas había variado en sus líneas generales desde antes de la guerra, y los pocos cambios introducidos por el ministro de Hacienda José Larraz en 1940 consistieron en el refuerzo de los impuestos indirectos. Tal y como argumentó Torres en 1956, una reforma tributaria radical hubiera sido inadecuada en la inmediata posguerra, un período de depresión económica combinada con alta inflación. Pero al comenzar los años cincuenta la situación del país estaba cambiando. El gobierno de 1951 relajó en parte el intervencionismo estatal de la década anterior. El final del aislamiento internacional y, sobre todo, la política de pactos con Estados Unidos aumentaron la confianza en la economía española y contribuyeron a dotarla de un mayor dinamismo. Tras dos décadas de hundimiento, en los primeros años cincuenta comenzaron a recuperarse los niveles macroeconómicos de 1935. Y esta reactivación económica provocó que el sistema tributario, rígido e incapaz de captar el modesto crecimiento, se hiciera «cada vez más regresivo y más anti-

¹¹ Respaldo de Fernández Cuesta y marcaje de Arias Salgado, en el testimonio de Velarde, en ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 28-32.

¹² Enrique Fuentes Quintana en VV.AA.: *Notas sobre política económica...* p. 386.

social». Por ello, apuntaba Torres, había que reforzar «la imposición directa» para «evitar un grave empeoramiento en la distribución». Aplazar la reforma podría tener «efectos desfavorables sobre el proceso de recuperación» económica, concluía, «ya que el enjambre de impuestos indirectos pesa demasiado sobre los precios... y puede inducir un descenso de la demanda efectiva que tendría muy graves consecuencias para el desarrollo de la producción»¹³

Aunque sólo era partidario de ajustar el sistema tributario con algunos «retosques sucesivos», huyendo de «ensayos peligrosos que pudieran colocar a la Hacienda en una situación difícil», en 1951 el ministro de Hacienda, Francisco Gómez de Llano, aceptó reformar la contribución sobre la renta. Ahora bien, una vez decidida la reforma surgieron dos posturas antitéticas. Si Manuel de Torres y el grupo de *Arriba* abogaron por transformar la contribución en un instrumento eficaz para redistribuir las rentas, otro grupo de economistas liderado por José María Naharro Mora, con el apoyo de empresarios y entidades financieras públicas y privadas, sostuvo que, en una fase de expansión económica, la contribución sobre la renta debía promover el desarrollo impulsando el ahorro y la inversión privada. En torno a estas dos orientaciones se libró una dura lucha política que abarcó todo un lustro, entre 1951 y 1956. Gómez de Llano se inclinó por la segunda. En su primer discurso ante las Cortes, en diciembre de 1951, argumentó que la política fiscal debía «procurar el ahorro» y con este fin encargó a José María Naharro Mora la reforma de la contribución sobre la renta. Naharro pertenecía a la última generación de discípulos de Antonio Flores de Lemus. En 1940 se incorporó al Instituto de Estudios Políticos y participó en su sección de economía, que años después integraría el núcleo fundacional de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. Vinculado al Banco Urquijo, compartía la preocupación de la banca por el escaso ahorro privado destinado a la inversión, justo cuando las perspectivas abiertas por la reintegración de España a la comunidad internacional aventuraban la expansión de la economía. El total de la inversión en España, aseveró al respecto la *Memoria del Banco de España* en 1952, no alcanzaba los 15.000 millones de pesetas, frente a una renta nacional de 250.000. Resultaba, por tanto, insuficiente. «La movilización total del ahorro hacia esas tareas de inversión parece constituir la exigencia más destacada del momento», concluía el Banco;

¹³ Reactivación de la economía española en los años cincuenta, PARDOS DE LA ESCOSURA, L., ROSÉS J., y SANZ VILLARROYA, I.: *Stabilization and Growth under Dictatorship: The experience of Franco's Spain, Working Papers in Economic History*, February 2010, http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/10016/6987/1/wp_10-02.pdf. Evolución del sistema tributario en la autarquía, Comín, F.: «La Hacienda Pública entre 1940-1959», en COMÍN, F. y MARTORELL, M. (eds.): *Historia de la Hacienda en el siglo XX, Hacienda Pública Española*, Monografía 2002, pp. 169-191. Incidencia de las inversiones americanas en la reactivación económica, CALVO GONZÁLEZ, Ó.: «American military interests and economic confidence in Spain under the Franco Dictatorship», *The Journal of Economic History*, Sept. 2007, vol. 67, Iss. 3, pp. 740-768. TORRES MARTÍNEZ, M.: *Juicio sobre la actual política...*, pp. 145-147. GÓMEZ DE LLANO, F., en *Boletín Oficial de las Cortes (BOC)*, 18 de diciembre de 1951, núm. 383, p. 7024.

«continúa siendo el problema básico en el desarrollo económico de la España de hoy», insistía la memoria del siguiente ejercicio¹⁴.

En junio de 1952, ya como jefe del gabinete técnico del Ministerio de Hacienda, Naharro Mora elaboró un dictamen sobre la contribución sobre la renta, en junio de 1952. Apuntaba el texto que la contribución sobre la renta, durante un largo periodo, debía ser un tributo débil, casi testimonial, que complementara, pero no remplazara, los impuestos directos sobre el producto. La situación económica del país, argumentaba, estaba sometida a «un proceso de transformación potente», y en ese contexto no procedía «añadir factores de perturbación» como una «extensa reforma del sistema tributario». Además, sostenía, el impuesto sobre la renta atravesaba una crisis en las grandes economías occidentales, pues no resultaba «un mecanismo demasiado efectivo para la lucha anticíclica». En definitiva, Naharro quería un impuesto sobre la renta pequeño, que no gravara en exceso el capital, que recaudara poco, que no detrajera capitales desde la iniciativa privada hacia el Estado. Su dictamen constituyó el punto de partida de dos anteproyectos de ley, redactados en julio y septiembre de 1952, discutidos ambos en el Consejo de Ministros. Las discrepancias entre los ministros debieron ser notables, porque hasta el 4 mayo de 1953 el gobierno no respaldó el proyecto de reforma de la contribución sobre la renta que poco después llegó a las Cortes. El texto contó con el apoyo de los principales bancos. Tal y como aseguró Pablo Garnica, ante la Junta General de Accionistas del Banco Español de Crédito, en abril de 1953, «la política fiscal debe tener muy en cuenta la necesidad de dejar medios disponibles para la autofinanciación de las empresas y para que puedan ser cubiertas sus emisiones, y, por ello, toda elevación excesiva de la presión fiscal se traduciría en menores disponibilidades en el mercado de capitales»¹⁵.

Naharro pretendía que la contribución tuviera un lugar complementario, y no central, en el sistema tributario. Por ello proponía elevar el mínimo exento desde 60.000 pesetas hasta 125.000, medida que reduciría el número de contribuyentes. En el dictamen de junio de 1952 había alegado que de este modo se resolvía un problema práctico: «el aparato administrativo» era demasiado pequeño «en relación al volumen de declaraciones» y a la «comprobación e investigación de las bases». La evasión fiscal era grande porque un mínimo exento bajo generaba un número ex-

¹⁴ GÓMEZ DE LLANO, F., en *BOC*, 21 de diciembre de 1953, núm. 452, p. 8781 y 18 de diciembre de 1951, núm. 383, p. 7024. Naharro discípulo de Flores, en SÁNCHEZ HORMIGO, A.: «El pensamiento económico de Valentín Andrés Álvarez», en FUENTES QUINTANA, E. (dir.): *Economía y economistas españoles. La consolidación académica de la economía*, tomo VII, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2002, p. 167. Vinculación al Banco Urquijo, en ESTAPÉ, F.: *Sin acuse de recibo*, Barcelona, De Bolsillo, 2001, p. 169. Memorias del Banco de España, en *Moneda y Crédito*, 1953, núm. 49, pp. 47-81 y *Moneda y Crédito*, núm. 45, 1954, pp. 52-80.

¹⁵ Primeros anteproyectos, en ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», p. 20 y ss. NAHARRO MORA, J.M.: «Evolución y problemas esenciales del sistema impositivo español», en *De Economía*, 30 (1954), pp. 625-666. Dictamen de Naharro, en ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 61-105, citas, p. 87; Garnica, en p. 509.

cesivo de declaraciones que la Administración no podía gestionar; alzando el mínimo exento disminuiría el número de contribuyentes y, al tiempo, el fraude. La segunda gran orientación del proyecto consistía en aumentar el número de exenciones y desgravaciones, de modo que las rentas invertidas en capital mobiliario o industrial tuvieran un trato fiscal favorable, medida que —estimaba Naharro— permitiría encauzar el capital ahorrado hacia la inversión. El preámbulo del proyecto reconocía que en el texto todo eran «ventajas y desgravaciones» para el contribuyente; a cambio, al «ofrecerlas generosamente» —de modo un tanto voluntarista—, el gobierno esperaba «la máxima colaboración, tanto en el fiel cumplimiento de lo establecido, como en el logro de los altos fines» perseguidos: unir el ahorro particular, la iniciativa privada y la gestión pública «en el esfuerzo común de conseguir para España más riqueza y para los españoles mejor bienestar». Se trataba, había advertido Naharro en el dictamen, de un cambio radical en la política fiscal, pues en su origen la contribución sobre la renta, «aparte del propósito fiscal recaudatorio», perseguía «fines de carácter social, buscando una más equitativa distribución de la riqueza». Al margen de las razones de índole financiera, promover el ahorro era una decisión eminentemente política. Y al tratarse de razones estrictamente políticas, insistía, «toda finalidad de justicia tributaria» estaba «fuera de consideración»¹⁶.

El grupo de economistas de *Arriba* arremetió contra el proyecto de Naharro. El 21 de junio de 1953, Enrique Fuentes Quintana escribía en el diario:

El fruto que de la reforma cabe esperar es, pues, claro en lo que a recaudación se refiere: la disminución de ingresos por el impuesto sobre la renta. En cuanto al esperado efecto sobre la inversión, admitamos que ocurra, aunque la experiencia española al respecto no sea prometedora... Esto supone reconocer, en primer término, que estos medios, a los que el Estado tan generosamente renuncia en beneficio de un grupo de ciudadanos privilegiados, los invertirán más provechosamente que aquél —afirmación por demás discutible—; en segundo lugar, que esta capitalización que tan cómodamente se les ofrece merece pagar el precio carísimo, que es no sólo el de la virtual supresión del tributo, sino el de sobrecargar otros impuestos que con probabilidad se soportarán por los recargados hombros de los menos pudientes¹⁷.

Pero no sólo combatieron a Naharro desde el periódico. También redactaron las enmiendas presentadas contra el proyecto en la Comisión de Hacienda de las Cortes, firmadas por procuradores falangistas como Gerardo Gavilanes, Ismael Herráiz, director de *Arriba*, o Tomás Romojaro, vicesecretario general. «Mucho trabajo en las enmiendas del proyecto de ley sobre la renta», apuntó Velarde en su diario el 20 de junio de 1953. Más allá de las anotaciones de Velarde, es evidente la sintonía entre

¹⁶ Proyecto, en *Archivo del Congreso de los Diputados (ACD)*, serie general, Comisión de Hacienda, 1023/11. Citas del dictamen, en ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 89, 103, 108.

¹⁷ FUENTES QUINTANA, E.: «La contribución general sobre la renta en el sistema fiscal español», *Arriba*, 21 de junio de 1953, en VV.AA: *Notas sobre política económica...* p. 383-388.

los textos de las tribunas de *Arriba* y de las enmiendas falangistas, que en su mayoría arremetían contra el proyecto por su falta de progresividad y por las facilidades que ofrecía a la ocultación y a la evasión fiscal. Una enmienda exigía más firmeza en la investigación fiscal para evitar «que por medio de documentos públicos o privados, se falseen los reales precios de venta o enajenación y se evadan del gravamen las rentas imponibles».

Negar a los jurados fiscales la posibilidad de estimar, en conciencia, la existencia de rentas imponibles defraudadas —apuntaba otra—... supone legitimar conductas de ocultación o defraudación siempre repudiables y más en un impuesto personal y de acusado carácter corrector de desigualdades rentísticas... Con la redacción propuesta se alientan conductas defraudadoras.

El elevado mínimo exento, se leía en otra, que eximía del pago del tributo a las rentas inferiores a 125.000 pesetas y reducía considerablemente el número de contribuyentes, implicaba «renunciar, de hecho, a la aplicación de este impuesto de acentuado carácter social y redistributivo». Y dicho carácter social estaba en la naturaleza del tributo: «Es regla general seguida en las contribuciones sobre la renta de otros países la de que para que estos tributos puedan formar la pieza fundamental del sistema fiscal, han de tener una adecuada progresividad». Por otra parte, una baja presión fiscal podría acrecentar las altas tasas de inflación, uno de los problemas que sufría la economía española:

Al facilitar la existencia de una mayor cantidad de disponibilidades monetarias a ciertas personas, lo que se lograría con la baja de los tipos únicamente supondría el facilitar las posibilidades de inflación dentro del país, y los únicos favorecidos acabarían siendo los elementos especuladores que se mueven dentro de nuevos medios económicos¹⁸.

Tres procuradores vinculados al Ministerio de Hacienda, a otros órganos del gobierno y a la banca integraban la Comisión de Hacienda que informó el proyecto: Alfredo Prados Suárez, director general de Contribuciones; José García Hernández, director general de Administración Local, y Luis Sáez de Ibarra. Este último, procurador sindical por el sector de banca y exdirector general de Banco y Bolsa con Benjumea, era subgobernador del Banco de España desde 1947. La comisión, por tanto, estaba en plena sintonía con el ministro de Hacienda y, sobre todo, con el promotor del proyecto, Naharro Mora. Los ponentes no sólo rechazaron todas las enmiendas contra el proyecto, sino que, además, acentuaron las desgravaciones, sumando al dictamen, emitido el 24 de noviembre de 1953, nuevos gastos deducibles. En definitiva, como señaló César Albiñana, resultaba patente «el signo desgravatorio» de los cambios. Pero precisamente el exceso de confianza de Naharro en

¹⁸ Diario de trabajo de Velarde, en ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 27 y ss.; cita, p. 29. El proyecto recibió 62 enmiendas, algunas en su defensa, pero la mayoría críticas. Enmiendas, en *ACD*, serie general, Comisión de Hacienda, 1023/11.

sus propias fuerzas acabó resultándole caro. Los cambios introducidos en el dictamen eran de tal envergadura que el 4 de diciembre de 1953, Gabriel Arias Salgado, ministro de Información y Turismo, anunció la retirada del proyecto de la Cámara, «en uso de las facultades» que «el reglamento de las Cortes» concedía al gobierno, «por estimar que la Comisión de Hacienda había aceptado enmiendas en sentido desgravatorio» que desnaturalizaban «el propósito de la reforma». La apuesta de Naharro había sido excesiva, pero en el abandono del proyecto también debió de influir el hecho de que en este momento la Falange se hubiera fortalecido, apenas un par de meses después de la celebración de su Primer Congreso Nacional con el apoyo público de Franco. A finales de 1953, como ha escrito Álvaro Ferrary, todo parecía augurar a Falange un «revitalizado papel en la nueva fase en la vida del régimen». La postergación del proyecto de ley abunda en esta idea, pues al tiempo que informaba sobre su retirada, Arias Salgado anunció que el Consejo de Ministros modificaría el texto para mantener «el postulado de justicia tributaria» que debía «cumplir la contribución sobre la renta», principal reivindicación de la Falange. El grupo de *Arriba* vivió la retirada del proyecto como una victoria: «conseguimos que no viese la luz», anotó Velarde en su diario. El propio Arias Salgado le felicitó «por nuestras campañas»¹⁹.

Tras el 4 de diciembre de 1953, Naharro Mora siguió trabajando en el Ministerio de Hacienda, tratando de salvar parte del espíritu de su obra en nuevas iniciativas legales. De hecho, elaboró otros tres anteproyectos entre febrero y mayo de 1954. Buscando una línea de consenso con sus detractores, el segundo asumió algunas propuestas sugeridas por las Cortes, como el gravamen sobre los incrementos de renta no justificados o la recuperación de la valoración de la renta mediante la evaluación de signos externos, y llegó a ser discutido en el Consejo de Ministros. En su compendio de 1969, sin citar a los autores, Albiñana consignó los comentarios de algunos ministros sobre dicho anteproyecto que denotan la división del gobierno sobre la naturaleza que debía adoptar la reforma. Contra el gravamen sobre el incremento patrimonial no justificado arremetió uno: «el capital es miedoso —alegó— y si el contribuyente siente algún temor... el capital quedará oculto e inactivo, con evidente perjuicio de la economía nacional». Otro, de probable adscripción falangista, respaldó la medida, pues excluir ciertos capitales de la contribución, adujo, «equivaldría a establecer una amnistía permanente a favor de los defraudadores más hábiles u osados». No obstante, hubo un aspecto del nuevo proyecto que provocó el rechazo casi unánime: la estimación por signos externos, un sistema suprimido en 1943, que asentaba la valoración de la renta imponible sobre el gasto

¹⁹ Ponencia, ACD, serie general, Comisión de Hacienda, 1023/11. César Albiñana, en ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», asegura que los cambios en el dictamen fueron ordenados directamente por Naharro, p. 21 y 37; comunicado del Consejo de Ministros, en p. 40, citas de Velarde y celebración, en su diario de trabajo, p. 27 y ss. FERRARY, Á.: *El franquismo, minorías políticas...*, p. 372.

y el nivel de vida ostentado y que, por tanto, requería un desarrollo cualitativo de la inspección fiscal. Un ministro consideró que resultaba fácil «adivinar las impopulares consecuencias de este método estimativo de rentas imposables». «La generalización del tributo —vaticinaba— se conseguirá a costa de una extraordinaria impopularidad, no justificada por el rendimiento del impuesto». Otro alegó que «la aprobación de este precepto significaría poner en manos de los inspectores una patente intromisión en las vidas privadas de los españoles que haría más odioso e impopular, si cabe, este medio de investigación utilizado por la nefasta República y abolido por el actual régimen»²⁰.

Las críticas al anteproyecto evidenciaban la caída en desgracia de Naharro, que abandonó el Ministerio de Hacienda el 22 de julio de 1954. Caída en desgracia puesta de manifiesto por el hecho de que Gómez de Llano ya llevara un tiempo trabajando con Manuel de Torres, uno de sus principales competidores. Que Gómez de Llano, sin solución de continuidad, aceptara un relevo entre asesores que implicaba un cambio considerable en su política revela que, o bien, carecía de un criterio firme, o bien que su posición política en el gobierno era lo suficientemente débil como para no poder resistirse a la entrada en el Ministerio de un equipo que, hasta la fecha, le había combatido duramente y que contaba con el respaldo de la Falange. Acabada la guerra civil, Torres se había incorporado a la Universidad de Valencia, donde obtuvo su cátedra en 1942. En 1945 ya era catedrático de Teoría Económica en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Central, de Madrid, de la que llegó a ser decano. Durante su carrera compartió docencia e investigación con la economía política, ya como miembro del Consejo de Economía Nacional, ya como asesor del Ministerio de Hacienda. Torres se afilió a Falange al comenzar la guerra, al igual que muchos jóvenes de su partido, la Derecha Regional Valenciana: «los ritos fascistas son de derechas y en aquellos años no nos incomodaron», explicaría a Juan Velarde años más tarde. Pero mediados los cincuenta ya se consideraba más conservador que falangista. Sin renegar de su pasado, afirmaba que el «ser falangista ya no me corresponde», lo cual le distanciaba un tanto de sus jóvenes discípulos de *Arriba* que —a su juicio— trataban de volver a la «Falange socialista de José Antonio». «Me parece su ideario muy respetable —comentó Torres a Velarde—, pero yo tengo el mío y es un tanto diferente, aunque coincida en bastantes cosas». Discrepancias que no debilitaron los estrechos vínculos entre Torres y sus discípulos: Velarde y Fuentes Quintana salieron en más de una ocasión en defensa de su maestro desde la tribuna de *Arriba*, aun a costa de poner en peligro su continuidad en el diario. Y es que las críticas de Torres a la política económica no siempre eran bien recibidas en el gobierno. En octubre de 1953, por ejemplo, Fernández Cuesta ordenó la redacción de un editorial en *Arriba*

²⁰ ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 43-46.

que ridiculizara a Torres, quien había arremetido contra la gestión económica del gobierno en su conferencia «La coordinación de la política económica española»²¹.

Uno de los primeros encargos que recibió Manuel de Torres en el Ministerio de Hacienda fue la lectura crítica del anteproyecto de Naharro de mayo de 1954. Con este fin, Torres organizó una comisión que trabajó desde la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. Integraban la *Comisión Torres* Juan Velarde y Enrique Fuentes Quintana, a los que se unió César Albiñana, a «título de técnico comisionado por el Ministerio de Hacienda». De este modo, en el informe de la *Comisión Torres* participaron los especialistas en Hacienda Pública de la sección económica de *Arriba*. «En él están presentes muchos de los juicios e ideas del profesor Fuentes Quintana. Se advierte la participación de quien redacta estas líneas. El profesor Velarde puso a contribución la espléndida humanidad de sus ideales y de su inconformismo», escribiría tres lustros después Albiñana, para concluir que, en suma, «el informe Torres apenas fue de él». El informe perseguía un claro objetivo: desplazar a Naharro de la órbita del Ministerio de Hacienda, y con él a los grupos bancarios y financieros que respaldaban su política. Toda crítica valía con este fin, hasta el punto de que hubo notables discrepancias entre el informe y el pensamiento del propio Torres, expuesto en el proyecto de ley que aprobarían las Cortes meses después. «Fue un trámite de emergencia y despachado con urgencia. Sirvió para paralizar la tramitación del anteproyecto de ley de bases de mayo de 1954», explicaría Albiñana. Toda prisa era poca, pues —anotó Velarde en su diario el 30 de junio de 1954— corría el «rumor, quizá absurdo, de que en el Banco Urquijo», al cual estaba vinculado Naharro Mora, preparaban «el reglamento» del anteproyecto de mayo de 1954. El informe de la *Comisión Torres* cuestionó el texto en su forma y en su fondo: la «confusión administrativa» era «considerable» y la «mala redacción» impedía su clara comprensión; una «ambigüedad» nada inocente, pues permitía «la detracción de importantes deducciones». Contra los principios que inspiraban el anteproyecto, el informe defendía la doctrina expuesta desde las páginas de *Arriba*: «generalizar la contribución sobre la renta» era «mandato imperativo de imprescindible cumplimiento para mejorar nuestro futuro fiscal»; si había «que igualar a los ciudadanos ante la ley», lo justo era «igualar tributando». Y ni el proyecto de 1953 ni el anteproyecto de mayo de 1954 apostaban por la justicia distributiva, pues ambos pretendían

²¹ TORRES, EN VELARDE FUERTES, J.: *Introducción a la historia del pensamiento económico...*, p. 249. Véanse también COSSÍO y COSSÍO, R.: «Manuel de Torres catedrático y economista», en FUENTES QUINTANA, E. (dir.): *Economía y economistas españoles. La consolidación académica de la economía*, tomo VII, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2002, pp. 281-305; ZABALZA ARBIZU, J. A.: «El keynesianismo desde la óptica de los países atrasados: su adaptación por Manuel de Torres a la economía española», en *Revista de Historia Económica*, 2 (Primavera-Verano 2003), Año XXI, pp. 399-433; SÁNCHEZ LISSEN, R.: «El profesor Manuel de Torres y la integración europea de España», en FUENTES QUINTANA, E. (dir.): *Economía y economistas españoles. La consolidación académica de la economía*, tomo VII, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2002, pp. 339-349. Fernández Cuesta y censura, en diario de Velarde, ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 28-32.

«disminuir la carga de tal impuesto»: los dos desgravaban el capital, pero no aseguraban que después se invirtiera en riqueza productiva. «No queremos que las conveniencias de la economía nacional queden encerradas en los lindes de las Bolsas oficiales de comercio de valores mobiliarios», afirmaba rotundamente el informe²².

En agosto de 1954, Manuel de Torres ya tenía preparado un primer anteproyecto de ley, antecedente directo del proyecto que el 24 de septiembre de 1954 ratificó el Consejo de Ministros y que después fue presentado en las Cortes. Un proyecto mucho más moderado de lo que hubiera querido el grupo de *Arriba* que, no obstante, se embarcó a fondo en su defensa: «aunque no llenaba nuestros deseos completamente, fue saludado con cordialidad suma», escribiría Velarde. La exposición de motivos del anteproyecto justificaba la reforma en la necesidad de generalizar el impuesto e impulsar la justicia distributiva:

Si el tributo personal no alcanzase la indispensable generalización al menos entre quienes ofrezcan los más altos niveles de renta y, por tanto, una mayor capacidad contributiva, podría afirmarse que todas las ventajas y metas de justicia distributiva que la teoría asigna a tal clase de gravámenes no sólo no existirían, sino que sus efectos serían negativos en todos los órdenes de una comunidad nacional.

El objetivo principal de Torres era extender el impuesto: por ello aumentó el mínimo imponible desde 60.000 a 100.000 pesetas, sacrificando «los intereses del Fisco» a la generalización del tributo. Aquí Torres coincidía en parte con Naharro y discrepaba del informe que para la *Comisión Torres* elaboraron Albiñana, Velarde y Fuentes Quintana, quienes habían censurado a Naharro por elevar el mínimo imponible; Torres llegó a afirmar, incluso, que si el proyecto hubiera sido sólo suyo el mínimo imponible se habría elevado a 150.000 pesetas. También quiso Torres personalizar más el gravamen, elevando las deducciones por hijos, que pasarían de 5.000 a 10.000 pesetas, y admitiendo entre las deducciones gastos familiares extraordinarios siempre que no fueran suntuarios. Por otra parte, redujo los tipos impositivos y estableció una tarifa progresiva, que hiciese menor la presión sobre las rentas más pequeñas, en particular sobre las inferiores a 500.000 pesetas. También amplió la desgravación por rentas del trabajo, desde 25.000 hasta 100.000 pesetas. De este modo, suavizando tipos y escalas y aumentando el mínimo exento, Torres pretendía disminuir la propensión al fraude, lo que facilitaría su arraigo entre los contribuyentes²³.

²² Albiñana como comisionado de Hacienda, en ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 32n; cita de Albiñana, en pp. 22-23, la de Velarde en p. 32; Informe, en pp. 139-153.

²³ Cordialidad, en VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la decadencia económica...*, pp. 365-366. Citas del anteproyecto de ley, en Albiñana García Quintana, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 223 y ss.; Torres, en p. 25. El proyecto de ley, en BOC, 15 de diciembre de 1954, núm. 486, pp. 9482-9487.

Buena parte de las discrepancias entre el proyecto de ley que Naharro llevó a las Cortes en mayo de 1953, y el de Torres de septiembre de 1954, figuraban en los ámbitos de las deducciones. Torres descartó muchas de las que había propuesto Naharro. Pero las diferencias iban más allá. Pese a que buena parte del gobierno rechazaba un sistema asociado a la «nefasta República», Torres recuperó la estimación de la renta por signos externos, algo con lo que ya había transigido Naharro en sus últimos días en Hacienda. Al Consejo de Ministros correspondía precisar estas valoraciones, mediante una Orden que publicaría el *BOE*. Quienes evidenciaron los signos externos convenidos, junto con quienes tuvieran una renta imponible superior a 100.000 pesetas, estaban obligados a declarar. El proyecto, por último, amplió las facultades del Jurado Central de la Contribución sobre la Renta y reforzó las penas cuando la infracción no fuera causada por ignorancia o por errónea interpretación de la ley²⁴.

A diferencia de lo ocurrido en 1953 con el proyecto de Naharro, el proyecto de Torres de 1954 apenas fue discutido en la Comisión de Hacienda de las Cortes. Algunos procuradores quisieron eximir del impuesto los ingresos o rentas invertidos en la renovación de equipos industriales, agrícolas o ganaderos, en la mejora de fincas urbanas o en el «fomento de la renta nacional, en general». Otros arremetieron contra la valoración por signos externos y contra las atribuciones del Jurado Central de la Contribución sobre la Renta. José Bustamante, de la Organización Sindical, pidió la supresión de la estimación por signos externos, y Gerardo Gavilanes trató de suavizarla, pero la Comisión de Hacienda hizo oídos sordos de ambas propuestas. No obstante, la Comisión sí admitió una enmienda de Roberto Reyes que ya avanzaba por dónde iría el desarrollo normativo de la ley: «la existencia de dichos signos externos de renta gastada o consumida —decía el nuevo texto— no permitirá en ningún caso inquisición sobre la vida privada o sobre el hogar de las personas en quienes tales signos se hayan apreciado». Asimismo, aceptó que en el Jurado Central de la Contribución sobre la Renta hubiera dos representantes sindicales, y suavizó el régimen de sanciones²⁵.

²⁴ El proyecto de ley, en *BOC*, 15 de diciembre de 1954, núm. 486, pp. 9482-9487. Estipulaba el proyecto que la renta podría estimarse a partir de los siguientes signos de renta consumida: el valor en renta o alquiler de la habitación; el número de automóviles, coches, aeronaves, embarcaciones o caballerías de lujo, así como de servidores; el nivel de las fiestas y de las recepciones, «o cualquier otra manifestación» que pudiera «interpretarse como de ostentación suntuaria». También podría calcularse a través otros signos externos como el valor las explotaciones agrícolas, forestales, ganaderas, comerciales, industriales y otras de carácter lucrativo; la posesión de tierras, edificios, solares, minas, patentes y demás bienes muebles o inmuebles que produjeran renta a su propietario o el ejercicio de cargos directivos.

²⁵ Comisión de Hacienda, *ACD*, serie general, Comisión de Hacienda, Actas taquigráficas, 3 de diciembre de 1954, 4871/35.

«UNIDAD DE OPINIÓN SOBRE LA SUBIDA DE SALARIOS»²⁶

Aprobada por las Cortes, la ley de reforma de la contribución sobre la renta entró en vigor el 16 de diciembre de 1954. Pese a los cambios introducidos en el proyecto a su paso por las Cortes, Manuel de Torres quedó satisfecho del resultado y colaboró en su reglamento. Sentía respecto a la ley, aseguró Albiñana, «el fervor propio del autor respecto de su obra». Pero también temía por el futuro de una norma cuyo éxito dependía, en buena medida, del «comportamiento de los órganos de la Administración tributaria». Y Torres tenía una «proverbial falta de confianza en la Administración pública, en general», y en la Administración «financiera en particular». La desconfianza, además, era recíproca. Los responsables de los servicios de recaudación del Ministerio de Hacienda interpretaron como un ataque personal el que Torres, en la primavera de 1954, denunciara que estaba cayendo el rendimiento de la contribución sobre la renta. La dirección general de Contribuciones e Impuestos replicó, en un duro escrito, que los cálculos de Torres eran «verdaderamente deleznable». El «meritísimo servicio de inspección» y el Registro de Rentas realizaban correctamente su trabajo, pues tenían censados a todos los rentistas profesionales; «la masa de defraudadores de la contribución» estaba formada «por el rentista accidental, que vive al margen del tributo, regateándole el mínimo exento», frente al que nada se podía hacer. Torres, en definitiva, había chocado con «el patriarcado del Ministerio de Hacienda»; aquel «patriarcado burocrático al que todos los ministros venían rindiendo la más completa sumisión», como describiría tiempo después quien más tarde fuera ministro de Hacienda, Mariano Navarro Rubio. Y ello comprometía el éxito de la reforma. Máxime cuando su principal esperanza era que la generalización del impuesto aumentara el número de declaraciones: «queda por ver qué es lo que hará la Administración con tanta declaración, y si está en condiciones de controlarlas», advirtió al respecto el economista Enrique Rodríguez Mata²⁷.

Pero el problema no radicaba sólo en la Administración tributaria. Los economistas de *Arriba* pronto detectaron cómo el propio ministro, Gómez de Llano, una vez aprobada la reforma, volvía por sus fueros y trataba de desarrollar sus primeras ideas sobre la contribución, pervirtiendo el espíritu de la ley a través de la normativa de su desarrollo. En febrero de 1955 el *Boletín Oficial del Estado* publicó la orden que enumeraba en detalle los signos externos que permitirían valorar la renta. Velarde consideraba que eran claramente insuficientes. «Baste señalar que con tres criadas, una vivienda en Serrano de 500 pesetas mensuales y dos coches de 10

²⁶ Título de un editorial de *Arriba*, 30 de marzo de 1956. Velarde se atribuye su autoría, en VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la decadencia económica...*, p. 365.

²⁷ Fervor y desconfianza de Torres, ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 24-25; alegatos de la dirección general a Torres, pp. 207-217. NAVARRO RUBIO, M.: *Mis memorias*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991, p. 81. RODRÍGUEZ MATA, E.: «La nueva ley del impuesto sobre la renta», en *Moneda y Crédito*, 52 (1955), p. 92.

c. c. se le imputan al contribuyente 105.000 pesetas de renta total —el límite exento son 100.000 pesetas—, de las que podrá deducir un tercio por rentas de trabajo personal y tantas veces 10.000 pesetas como hijos», escribió en un editorial del 13 de julio de 1955. El 13 de mayo de 1955 un decreto-ley aprobó una amnistía para los contribuyentes primerizos. Nuevas órdenes del Consejo de Ministros, del 15 de julio y del 3 de octubre de 1955, desarrollaron varias excepciones tributarias. Todo esto, apuntó Albiñana, eximía del impuesto a ganancias «producto de ciega especulación», que constituían rendimientos «estimables como renta imponible en cualquier régimen general de un tributo personal». Las rectificaciones representaban, reconoció Albiñana en 1956, la victoria de Naharro Mora y de los grupos financieros afines, y la derrota del grupo de *Arriba*. Si a ello se unía la escasa colaboración de la Administración tributaria en la persecución del fraude, la reforma estaba sentenciada²⁸.

Velarde expresó su contrariedad en un editorial titulado «¿Será imposible evitar la defraudación tributaria?», publicado el 13 de julio de 1955. Fue uno de los primeros artículos del grupo de *Arriba* que señalaban la responsabilidad de Gómez de Llano en el fracaso de la reforma y arremetían, directa o veladamente, contra el ministro, quien un año después, según contaba José Luis de Arrese, llegó a pedir a Franco el cese porque «se había visto atacado incesantemente por *Arriba*». «*Arriba* ha esperado bastante», comenzaba el texto de Velarde. Dispuesto a colaborar con el Ministerio de Hacienda, el diario no había criticado la amnistía de mayo de 1955, ni las normas sobre valoración de signos externos, que consideraba excesivamente febles. Pero pese a que la ley del 16 de diciembre de 1954 «era de benevolencia suma» y a que «la suavidad de los tipos impositivos era marcadísima», la reforma estaba fracasando: la Administración esperaba 125.000 declaraciones como mínimo y había recibido menos de 80.000. Y eso que el plazo para presentar las declaraciones se había ampliado hasta el 31 de mayo de 1955. Aun así, seguía Velarde, «abundan los que no han presentado declaración. Y parece ser que abundan los que han presentado declaraciones falseadas». Se trataba de «malos españoles y malos católicos», que «desde la altura de sus copiosos dividendos, sus suntuosos automóviles, sus escandalosas fiestas» y «sus excesivos veraneos» negaban ayuda al Estado. «Con plena conciencia han quitado el pan al hambriento, la casa al emigrante que huye del paro en el campo, la salud al niño que precisa de aire puro y vida sana», concluía. De ahí que exigiera al Ministerio de Hacienda el mayor rigor contra los defraudadores: que aplicara las sanciones que señalaba la ley de 16 de diciembre en un grado máximo; que publicara semanalmente en la prensa nacional la

²⁸ Editorial de Velarde en *Arriba*, 13 de julio de 1955, en VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la decadencia económica...*, p. 365-366. ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: *La contribución sobre la renta*, Madrid, PYLSA, 1956, pp. 110-112 y 350. Las desgravaciones incluidas en las órdenes de julio y octubre de 1955 afectaban a la reinversión en viviendas de renta limitada, en las emisiones del Instituto de Crédito para la Reconstrucción Industrial, en RENFE, en los Institutos de colonización, vivienda, industria y patrimonio forestal, en valores de renta fija o variable de empresas de interés nacional, en títulos de deuda y en otros fondos públicos.

relación de los defraudadores sancionados y que estudiara una modificación del código penal que incluyera entre los delitos la defraudación en la contribución sobre la renta²⁹.

Lo cierto es que el fraude era la piedra de toque de la reforma. Dispuestos a combatir la evasión fiscal, los legisladores habían renunciado a la perfección técnica en la construcción del impuesto. De ahí que, argumentaba el profesor Fuentes Quintana, sostuvieran y ampliaran el sistema de valoración de la renta mediante signos externos, una «medida política arbitrista» plagada de «imperfecciones», que ya había demostrado sus límites en la gestión de los viejos impuestos liberales sobre el producto, como la contribución industrial o la contribución territorial, pero que confería a la Administración tributaria numerosos recursos para combatir el fraude. Se trató de una decisión «esencialmente política».

Y si a la política hay que juzgarla por el éxito —concluía Fuentes en 1961—, cabe afirmar que la reforma de la Contribución sobre la renta de 16 de diciembre de 1954 ha fracasado. Los hechos recaudatorios del impuesto son bien elocuentes... El ambiente de defraudación sigue siendo importante, a pesar de los arbitrios políticos introducidos en 1954³⁰.

La ley del 16 de diciembre de 1954 pecó en exceso de voluntarista. La mera reforma legal de un tributo era insuficiente si no iba acompañada de una voluntad política real y de una administración tributaria eficaz. Y no se daba ninguno de los dos casos. El gobierno no tenía intención de perseguir el fraude. No en vano, aquellos «malos españoles» que —según denunciaba Velarde— «desde la altura de sus copiosos dividendos» negaban su ayuda al Estado, eran quienes integraban buena parte de la élite política y económica del Franquismo. Por otra parte, raro hubiera sido que el gobierno abordara la pesquisa de las rentas privadas cuando uno de sus ministros calificó a la valoración de la renta mediante signos externos como un terrible «medio de investigación utilizado por la nefasta República». La burocracia fiscal tampoco tenía voluntad —ni capacidad— para combatir el fraude. Para «el patriarcado del Ministerio de Hacienda» la reforma de la contribución sobre la renta de 1954 era un arbitrio elaborado por economistas universitarios ajenos a la realidad de las relaciones entre el Estado y los contribuyentes. Los funcionarios del Ministerio, como explicó Navarro Rubio, daban por hecho que las leyes fiscales «no se aplicaban nunca... y se buscaba el modo de llegar a un punto de compromiso entre las leyes y el fraude». Así había ocurrido antes de la reforma de diciembre de 1954, y así seguiría ocurriendo durante décadas. Por último, la cultura del fraude se hallaba ampliamente extendida entre la ciudadanía. La escasa voluntad de la Admi-

²⁹ VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la decadencia económica...*, pp. 365-366. ARRESE, J.L.: *Una etapa constituyente*, Barcelona, Planeta, 1982, p. 86.

³⁰ El texto de 1961 en FUENTES QUINTANA, E.: *Las reformas tributarias en España. Teoría, historia y propuestas*, edición al cuidado de Francisco Comín, Barcelona, Crítica, pp. 120-122.

nistración para combatir la ocultación, la proliferación de amnistías y moratorias, los altos tipos impositivos para sostener la recaudación ante el elevado nivel de elusión fiscal, el efecto contagioso del propio fraude, que al no recibir respuesta de la Administración se multiplicaba... todo ello alentaba a los contribuyentes a evadir los impuestos, pues, aunque fueran descubiertos no se enfrentaban a las sanciones que prescribía la ley, sino —en todo caso— a una negociación sobre el monto de la deuda fiscal³¹.

Tras el fracaso de la reforma de la contribución sobre la renta, *Arriba* redobló sus críticas contra el Ministerio de Hacienda. La irritación de Velarde ante el Ministerio le llevó a celebrar las subidas salariales decretadas unilateralmente por el ministro de Trabajo José Antonio Girón de Velasco, que Gómez de Llano conoció a través de la prensa, y que provocaron un repunte de la inflación. En un editorial de noviembre de 1953, *Arriba* había recordado que existían dos vías para redistribuir las rentas: la reforma del sistema tributario y la subida salarial. Alertaba, no obstante, contra esta última porque elevaba «los costes, con lo que la medida repercute sobre los precios casi inmediatamente», aumentaba «el riesgo de las empresas» y afectaba por igual a grandes y pequeños empresarios, provocando un «agravio comparativo». Pero la situación cambió en 1956 porque el Ministerio de Hacienda había renunciado a redistribuir las rentas a través del sistema impositivo: llegaba la hora del Ministerio de Trabajo. Velarde publicó en *Arriba*, el 23 de marzo de 1956 un editorial titulado «El Ministerio de Hacienda tiene la palabra», en el cual celebró «la reciente y decidida medida de José Antonio Girón». Señaló Velarde que el objetivo del alza salarial no era otro que «mejorar el nivel de vida de los trabajadores». Y respaldó la medida pues juzgaba que, para financiar la elevación de los sueldos, el Ministerio de Hacienda tendría que modificar el sistema tributario: de ahí que fuera Gómez de Llano quien tuviera la palabra. No cabía recurrir a la deuda, aseguraba el editorial, pues ello provocaría una «inflación galopante», ni se podían reforzar más los impuestos indirectos, pues «la elevación de los precios de los artículos» amortizaría el aumento de los salarios. Sólo cabía actuar sobre la imposición directa: la contribución sobre la renta, la tarifa III de Utilidades y los impuestos sobre el capital. «Es preciso detraer los medios económicos de los más adinerados mediante impuestos no repercutibles, traspasándolos a los más pobres gracias a los seguros sociales sufragados así». Gracias a la subida salarial, por tanto, llegaba «la hora definitiva de la reforma tributaria»³².

³¹ VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la decadencia económica...*, p. 366. Dirección general de Rentas y Patrimonios, en ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», pp. 207-217. Navarro Rubio, M.: *Mis memorias...*, p. 81.

³² El editorial de noviembre de 1953 es «Una nueva fase de la política económica española», en VV.AA: *Notas sobre política económica...* pp. 347-352. El editorial «El Ministerio de Hacienda tiene la palabra», *Arriba*, 23 de marzo de 1956, Velarde se atribuye su autoría en VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la deca-*

«LA ACCIÓN DE FALANGE FUE DESVIADA POR LOS INTERESES OLIGÁRQUICOS ENQUISTADOS EN SUS CUADROS OPERATIVOS»³³

Nunca llegó aquella «hora definitiva de la reforma tributaria». En febrero de 1957 Franco reorganizó su gobierno. José Luis de Arrese fue cesado de la secretaría general de Falange y relegado al ministerio de Vivienda. El traslado de Arrese fue parejo al veto a sus proyectos para conferir un sesgo falangista a la institucionalización del régimen y certificó el fracaso final de la ofensiva que había emprendido la Falange al comenzar la década. Las carteras de Hacienda y Comercio las ocuparon, respectivamente, Mariano Navarro Rubio y Alberto Ullastres, dos economistas pertenecientes al *Opus Dei*. Como también era miembro del *Opus Dei* Laureano López Rodó, secretario general técnico de la Presidencia del gobierno. Los tres *tecnócratas* habían sido promovidos por el hombre fuerte de la situación, el almirante Luis Carrero Blanco. La remodelación del gobierno constató la derrota de Falange pero ello no impidió que algunos de los integrantes del grupo de *Arriba* se sumaran desde el primer momento al nuevo equipo económico, lo que revela que en la etapa política que se abría falangistas y *tecnócratas* no constituyeron dos bloques estrictamente blindados y monolíticos. Agustín Cotorruelo fue nombrado jefe del gabinete técnico de la Oficina de Coordinación y Programación Económica, que dependía de la Secretaría General Técnica de la Presidencia del Gobierno, a cargo de López Rodó; César Albiñana accedió a la secretaría general técnica del Ministerio de Hacienda, con Navarro Rubio; Enrique Fuentes Quintana se incorporó al equipo del Ministerio de Comercio, con Alberto Ullastres. Puede que la esencia de las medidas liberalizadoras del Plan de Estabilización de 1959 —«la política de sano desarrollo basada en la iniciativa privada», tal y como lo definió Juan Sardá— contraviniera alguna de las ideas que habían defendido en los primeros años cincuenta. Pero su participación en el nuevo equipo de gobierno supuso una promoción para estos jóvenes economistas y técnicos comerciales que estaban afianzando sus carreras en la Administración, y que se adaptaron pronto a un lenguaje, más secularizado, que

dencia económica..., pp. 362-364. Véase también el editorial, obra de Velarde, «Unidad de opinión sobre la subida de salarios», *Arriba*, 30 de marzo de 1956. Las dos alzas salariales del ministro de Trabajo en 1956 alentaron la espiral inflacionista; véase GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, M. J.: *La economía Política del Franquismo (1940-1970). Dirigismo, mercado y planificación*, Madrid, Tecnos, 1979 y GARCÍA DELGADO, J. L.: «La industrialización y el desarrollo económico de España durante el franquismo» en NADAL, J., CARRERAS, A. y SUDRIÀ, C. (eds.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1987 pp. 164-189. Las alzas salariales no tuvieron que ver tanto con la voluntad del Ministerio de Trabajo para redistribuir las rentas, como con la respuesta al creciente grado de movilización social que hacía temer un año conflictivo, como lo fuera 1951; véase FERRI, LL., MUIXÍ, J. y SANJUÁN, E.: *Las huelgas contra Franco...* y MOLINERO, C., e YSÁS, P.: *Productores disciplinados...*

³³ ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», p. 34.

rehuía las referencias a los mitos fundacionales de la dictadura y hacía énfasis en conceptos como gestión, eficiencia o desarrollo³⁴.

El cambio de gobierno significó el principio del fin de la relación del grupo con el diario *Arriba*, propiciado también por el cese de Ismael Herráiz en la dirección del diario, en 1956. La ruptura sobrevino en febrero de 1958, cuando Fuentes Quintana reseñó en el diario una conferencia de Manuel de Torres y al día siguiente, con referencia explícita a la nota de Fuentes, el periódico publicó una diatriba contra Torres titulada «Agricultura, industria y balanza de pagos». Los miembros del grupo que aún colaboraban en el periódico dimitieron. Aseguran Velarde y Albiñana que para entonces ya se habían deteriorado los vínculos entre ellos y el diario. Tras el fracaso de la ofensiva falangista para definir el perfil institucional e ideológico del régimen, *Arriba* se acomodó a la situación reconciliándose con sus viejos enemigos. Atrás quedaron los ataques a la banca como sustentadora de los monopolios en la economía española; también el discurso radical, *joseantoniano*, del que había hecho gala la tribuna económica del diario durante unos años. A estas alturas, apunta Velarde, ya eran considerados como «un grupo de oposición al gobierno»; algo cuestionable, al menos para todos los integrantes del grupo, pues varios de ellos habían adquirido importantes responsabilidades en la nueva etapa³⁵.

Esta última percepción de Velarde y Albiñana tiene que ver con el hecho de que ambos fueron los integrantes del grupo de *Arriba* que de un modo más claro y evidente percibieron el cambio de rumbo como una derrota. Cuando menos así lo expresaron años después. A diferencia de lo ocurrido con algunos de los intelectuales falangistas que participaron en la política *comprensiva* del Ministerio de Educación entre 1951 y 1956, nunca se convirtieron en disidentes; si en algún momento su discurso fue radical, ellos nunca quisieron ser heterodoxos. «Es raro que pasemos a la oposición», escribiría Velarde ya en 1972; «nuestra vinculación es con los que triunfaron» en la guerra. Tampoco denunciaron públicamente el reequilibrio de fuerzas ocurrido en 1957, ni la llegada de los *tecnócratas* a los ministerios económicos; a la postre, a lo largo de sus carreras profesionales como técnicos del

³⁴ Incorporación de Cotorruelo, Albiñana y Fuentes Quintana a los nuevos equipos económicos, en HISPÁN IGLESIAS DE USSEL, P.: *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006, pp. 34-39. Lenguaje secularizado, JULIÁ, S.: *op. cit.*, p. 395. Que no eran bloques monolíticos, SESMA LANDRÍN, N.: *Camino a la institucionalización. La pugna entre Falange y los sectores tecnócratas en torno al proceso de reforma administrativa de finales de los años cincuenta*, Documento de Trabajo 2009/2, Seminario de Historia, Dpto. de Historia Social y del Pensamiento Político, Dpto. de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, Fundación Ortega y Gasset. Sardá, citado en MARTÍN ACENA, P.: «Qué hubiera pasado si Franco no hubiera aceptado el Plan de Estabilización», en TOWNSON, N. (ed.): *Historia virtual (1870-2004) ¿Qué hubiera pasado si...?*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 219-251.

³⁵ Cambio de línea editorial de *Arriba*, ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», p. 33. VELARDE FUERTES, J.: *Introducción a la historia del pensamiento económico...*, p. 258n. Abandono, en VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la decadencia económica...*, p. 37.

Estado prácticamente todos los integrantes del grupo participarían, de una u otra manera, en la política económica abierta con el cambio de gobierno de 1957, impulsada en sus diferentes etapas por Laureano López Rodó. Sus reproches no fueron dirigidos contra la dictadura, ni contra el dictador, responsable último en los diferentes equilibrios de poder entre las distintas familias del régimen, sino contra el aparato institucional de la Falange, al que acusaban de traición por haber abandonado el legado de José Antonio. Durante unos años el grupo de *Arriba* había suministrado al partido un discurso radical, que fue respaldado por el aparato falangista mientras resultó útil para dotar de un programa económico a la Falange en su ofensiva para capturar el Estado. Pero al derivar de aquel discurso una propuesta política real, aun cuando fuera tímidamente reformista como lo fue la transformación de la contribución sobre la renta, los dirigentes de la Falange les retiraron su apoyo. «La acción de Falange fue desviada por los intereses oligárquicos enquistados en sus cuadros operativos», apuntaba Albiñana en 1969. «La falta de desarrollo intelectual de la política económica del Movimiento político fundado por José Antonio llevó a sepultar bajo un tumulto de pesadas losas de granito retórico sus alusiones a la reforma fiscal, a la estatificación de la banca y a la reforma agraria», había escrito Velarde dos años antes. El aparato oficial falangista, concluía Velarde, se limitó a defender un modelo corporativo que hermanase a los «sindicatos verticales» con lo que se entendía como «último grito de la Iglesia en doctrina social: la encíclica *Quadragesimo anno*». Y para ello había optado por la vía más cómoda: un «neoliberalismo económico ligado a una permanencia de ciertas estructuras formales del mundo sindical»³⁶.

³⁶ VELARDE FUERTES, J.: *El nacionalsindicalismo cuarenta años después*, Madrid, Editora Nacional, 1972, p. 304. ALBIÑANA GARCÍA QUINTANA, C.: «La contribución general sobre la renta...», p. 34. «Neoliberalismo», en VELARDE FUERTES, J.: *Sobre la decadencia económica...*, pp. 20 y 35.

III

LA FALANGE DEL SEGUNDO FRANQUISMO

«PRESOS DE LAS PALABRAS». REPUBLICANISMO Y POPULISMO FALANGISTA EN LOS AÑOS SESENTA*

JAVIER MUÑOZ SORO
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

INTRODUCCIÓN

Se dice que a Franco le gustaba utilizar un proverbio de origen árabe, «el hombre es dueño de sus silencios y esclavo de sus palabras», y es verdad que pocas frases reflejan mejor su comportamiento político, que llegaba a exasperar incluso a algunos de sus más íntimos colaboradores. Muchos dirigentes falangistas, sin embargo, parecieron guiarse por una idea opuesta y acabaron siendo «presos de sus palabras», de sus excesos retóricos y de su dogmatismo alejado de la realidad. Parecía tan evidente ese contraste entre retórica y realidad que solo podía estar impulsado por el cinismo y destinado al fraude o, en los casos donde fuera más o menos sincero, conducir inevitablemente al fracaso. Precisamente de ese fraude y/o de ese fracaso de las intenciones originarias se alimentaría el desencanto de los falangistas radicales, revolucionarios o puristas, que acabaron construyendo un mito sobre su propia historia, la «Falange idealizada» como la llamó uno de ellos, Cantarero del Castillo¹.

La historiografía más reciente sobre la dictadura franquista ha intentado abordar el discurso ideológico e intelectual de sus élites desde un enfoque más atento a las lógicas internas y a su propia racionalidad, aunque son contados los estudios que se han ocupado de su evolución más allá de la inmediata posguerra, durante lo que solemos denominar «segundo franquismo»². Seguimos todavía hoy prisioneros del esquema que Ricardo Chueca resumió en una acertada frase, «la paradójica victoria de un fascismo fracasado»³, de manera que la retórica falangis-

* El presente artículo se enmarca en el proyecto de investigación «Cultura y memoria falangista y cambio social y político en España, 1962-1982» (HAR2008-05949/Hist), que dirige M. Á. Ruiz Carnicer.

¹ CANTARERO DEL CASTILLO, M.: *Falange y socialismo*, Barcelona, Dopesa, 1973, p. 205.

² Entre ellos, MOLINERO, C., e YSÀS, P.: *Anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008, o GAL-LEGO, F.: *El mito de la Transición*, Barcelona, Crítica, 2008.

³ CHUECA, R.: «FET y de las JONS: la paradójica victoria de un fascismo fracasado», en Josep Fontana (ed.), *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 60-77.

ta se interpreta como el adjetivo de un fracaso político, un placebo sin efectos reales, un dogmatismo vacío que, al máximo, sirvió para alimentar la nostalgia de una tradición inventada y el radicalismo de ciertos grupos disidentes, aunque de hecho tolerados e incluso mantenidos por el franquismo.

Dentro de esa retórica un elemento clave fue el republicanismo, interpretado por la historiografía de acuerdo con las mismas categorías negativas que acabamos de ver. Es decir, en términos de ambición política fallida, de impotencia disimulada a través de palabras huecas que para lo único que sirvieron al final fue para alejar aún más a los dirigentes falangistas de la cambiante realidad social, de mero oportunismo o calculada ambigüedad en la competición con los monárquicos por espacios de poder, y de subordinación a Franco en la adaptación a hechos consumados, sobre todo después de la proclamación de Juan Carlos de Borbón como sucesor en 1969.

Lo que ya en 1965 Stanley G. Payne llamó «el fascismo español» compartía con otros fascismos su escasa preocupación por un sistema de ideas o un programa⁴. Robert O. Paxton, Roger Griffin o Zeev Sternhell han explicado la naturaleza profundamente ecléctica del fascismo y su pragmatismo, que le permitió llegar a toda clase de acuerdos para alcanzar el poder y ejercerlo aun en evidente contradicción con muchas de sus primeras declaraciones doctrinales⁵. Emilio Gentile también ha destacado la necesidad de estudiar el fascismo como un proceso en continuo desarrollo a través de la dialéctica entre ideología y acción, entre proyecto y realización, distinguiendo entre movimiento, partido y régimen político⁶. Eso no significa que el fascismo careciera de ideología, sino su eficaz capacidad de síntesis entre ideas de procedencias muy distintas, incluso opuestas, subordinadas en una primera fase a la conquista del poder y a la primacía de lo político. Una auténtica «doctrina del hecho»⁷.

Como sabemos, la guerra fue en el caso español la vía de acceso de Falange al poder y ello tuvo consecuencias duraderas en la conformación del nuevo sistema político, lo que los vencedores llamaron el «Nuevo Estado»⁸. Entre ellas la subordinación orgánica al ejército, con la imposición de un liderazgo en principio ajeno, el del general Franco; la hegemonía de la Iglesia católica como product-

⁴ PAYNE, S.G.: *Falange. Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965.

⁵ PAXTON, R. O.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005; GRIFFIN, R.: *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993; STERNHELL, Z., SZNAJDER, M. y ASHERI, M.: *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994, e ÍD.: «Fascist Ideology», en LAQUEUR, W. (comp.): *Fascism: a Reader's Guide*, Los Ángeles, UCP, 1976, pp. 315-377.

⁶ GENTILE, E.: *La vía italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, La Nova Italia Scientifica, 1995 (hay traducción española: *La vía italiana al totalitarismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006).

⁷ CANTARERO DEL CASTILLO: *ob. cit.*, p. 160.

⁸ Para esos años ver THOMÀS, J. M.: *La Falange de Franco: fascismo y fascistización en el régimen franquista, 1937-1945*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

ra de discurso legitimador que incorporaba novedosos elementos de fascistización, pero adaptados a un contenido que seguía siendo esencialmente tradicional y reaccionario; y, sobre todo, la violencia como práctica social y política de dominación. Esa debilidad originaria, así como las sucesivas fusiones en pocos años o la pérdida de sus principales líderes, contribuyeron al eclecticismo doctrinario del falangismo, algo que estaría muy lejos de ser un inconveniente en el futuro.

La imposibilidad de hacerse con «todo» el poder aprovechando el curso de la II Guerra Mundial, como demostró la crisis de mayo de 1941, y sobre todo la derrota de las potencias del Eje en 1945 determinaron cierto ostracismo del partido único y sus organizaciones, pero en ningún caso su liquidación más o menos «honrosa», como solicitaron algunos de sus más destacados dirigentes⁹. De hecho, el debilitamiento de la presión internacional y la consolidación del régimen franquista dieron paso en 1948 a una intensa reactivación institucional, intelectual y social del falangismo que se prolongó al menos durante una década. Los cambios en el poder entre 1956 y 1957 abrieron una nueva etapa en la que Falange siguió desempeñando una importante función legitimadora y ocupando un espacio de poder considerable, a pesar de que el desarrollo político-institucional iba en una dirección distinta a la que ella defendía.

Tras el fracaso de los anteproyectos de leyes fundamentales del secretario general del Movimiento, José Luis Arrese, la entrada de los llamados «tecnócratas» en el gobierno y la salida de él de falangistas tan destacados como Raimundo Fernández Cuesta o José Antonio Girón entre 1956 y 1957, FET y de las JONS parecía condenada definitivamente a cumplir dentro del sistema un papel residual. Esta marginación institucional y decreciente influencia política sería contrarrestada con una retórica republicanizante, de marcado tono populista y demagógico, en intenso antagonismo político con los aliados/rivales dentro de la coalición gubernamental, los católicos monárquicos¹⁰. Otra consecuencia de esa crisis sería el surgimiento de una disidencia falangista más organizada, como la representada por los Círculos Doctrinales José Antonio, fundados en 1959¹¹.

Sin embargo, durante los años siguientes el falangismo logró mantener ciertos espacios de influencia social y política gracias, por un lado, a la renovación de su discurso adecuándolo a las nuevas exigencias de modernización y racionalización burocrática y por otro, de manera compatible aunque contradictoria en ocasiones, al recurso a su antiguo arsenal de estrategias discursivas y prácticas

⁹ Me refiero a las conocidas cartas de Ramón Serrano Suñer y Dionisio Ridruejo; ver MORENTE, F.: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006.

¹⁰ SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68 (2007), pp. 137-163.

¹¹ Sobre los Círculos Doctrinales José Antonio, ver ELLWOOD, S.: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 226.

sociales populistas. Ambas líneas, simbolizadas idealmente por los ministros Manuel Fraga Iribarne y José Solís Ruiz, no lograron sus objetivos últimos de relegitimación de la dictadura mediante la construcción de un renovado —aunque viejo en sus bases— consenso social entre los beneficiarios del sistema y las nuevas generaciones, ni menos aún impedir la imparable crisis del régimen. Pero es probable que contribuyeran a su supervivencia todavía durante tres lustros y a que unos cuantos falangistas, sin abandonar su autopercepción de fieles servidores del Estado, ahora bajo forma monárquica, tuvieran un protagonismo destacado en la salida de la dictadura.

POPULISMO Y FALANGISMO

El populismo goza de muy mala prensa. Suele ser conceptualizado como una forma inferior de ideología, como una versión degenerada de la política que, frente a la supuesta racionalidad de esta, actúa en sus márgenes y contra sus reglas recurriendo al sentimiento y la irracionalidad. Siguiendo las reflexiones de Ernesto Laclau¹², aquí voy a utilizar el concepto como una lógica política con ciertos rasgos específicos, ante todo la institución de lo social por encima de reglas institucionales, no como una ideología comparable a otras —liberalismo, socialismo o fascismo— ni como un tipo de movimiento sociopolítico delimitable. El populismo es un modo de construir lo político, presente desde el principio como un elemento fundamental de la política fascista y falangista, que esta última potenció ante el fracaso de su ambición por hacerse con todo el poder y, más tarde, de marcar el rumbo en la institucionalización de la dictadura, buscando legitimidad en la ampliación de sus apoyos sociales.

Como aconseja Laclau¹³, debe invertirse el habitual análisis del populismo y, en lugar de partir de un modelo de racionalidad política que lo entiende en términos de lo que le falta, de su vaguedad, vacío ideológico, antiintelectualismo o carácter transitorio, ampliar su racionalidad en términos de una posibilidad distintiva, pero constante en la vida política, y una dimensión de la cultura política presente en movimientos de signo ideológico muy diferente. En esa dimensión jugaría un papel clave la retórica, entendida no como una anomalía de la racionalidad política moderna, sino como «anatomía del mundo ideológico», a través de la cual no solo se satisfacen las expectativas de unos grupos sociales ya existentes, sino que se construyen identidades políticas amplias que abarcan distintos sectores de la población, normalmente de manera transversal o interclasista, constituyendo así «sujetos populistas». Al igual que en el lenguaje populista repu-

¹² LACLAU, E.: *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

¹³ *Ibid.*, pp. 26-27.

blicano, el «pueblo» no era una clase, sino la reunión orgánica de todas las clases¹⁴. Ya lo advirtió Patrick Joyce: una ideología populista pudo articular sentimientos de clase y ser en ese sentido lenguaje de clase, pero también habla de otros sentimientos e identidades sobre los que los términos de clase hacen poca justicia¹⁵.

En esta «producción discursiva del pueblo» no son los grupos sociales, sino las demandas articuladas y unificadas simbólicamente las que constituyen el «pueblo» como actor histórico potencial de acuerdo con una visión antagonista que lo enfrenta al «poder». De manera que los habituales mecanismos retóricos como la metáfora, la metonimia, la catacrexis —uso metafórico de una palabra para designar una realidad que carece de un término específico— o la sinécdoque —tomar una parte por el todo— se convierten en instrumentos de una racionalidad social que no pudo ser desechada como meramente retórica. Es su funcionalidad performativa la que realmente nos interesa para el análisis de las culturas políticas, del mismo modo que el significado asociativo de las palabras va más allá del teóricamente denotativo y el lenguaje es, más que un sistema, un acto de comunicación a través del cual las personas interpretan la realidad como sabemos gracias a las aportaciones de Ludwig Wittgenstein o John L. Austin.

Por eso supone una pérdida de tiempo intentar dar una definición positiva, un contenido conceptual, a términos tan reiterados en el lenguaje falangista como «igualdad», «libertad», «justicia», «paz», «pan», «tierra» u «orden». Esos conceptos más que abstractos son vacíos, porque de ellos no procede la deducción lógica de ningún tipo de orden sociopolítico concreto, ni fascista ni socialista, ya que se trata de un proceso discursivo realizado a través de una sobredeterminación que une a esas palabras agravios que originariamente nada tienen que ver con ellas, pero que se expresan a través de ellas¹⁶. De tal manera que esa vacuidad no es el resultado de ningún subdesarrollo ideológico, sino que refleja el hecho de que toda unificación populista tiene lugar en un terreno social fundamentalmente heterogéneo, de ahí que su lenguaje esté repleto de «significantes flotantes», es decir, que igual aparecen en el discurso de la izquierda que de la derecha.

Los eslóganes falangistas contra la derecha, del tipo «preferimos balas comunistas a los aplausos derechoides», «menos coche oficial y más justicia social» o «no hay más aristocracia que la del trabajo»¹⁷, al igual que el falangismo «de izquierdas», anticapitalista y socializante de Emilio Romero en las páginas del diario

¹⁴ CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo*, Madrid, Siglo XXI, 2006, p. 29.

¹⁵ JOYCE, P.: «A people and a class: industrial workers and the social order in nineteenth-century England», en BUSH, M.L. (ed.): *Social Orders and Social Classes in Europe since 1500. Studies in Social Stratification*, Londres, Longman, 1992, p. 205.

¹⁶ LACLAU: *ob. cit.*, p. 38.

¹⁷ CANTARERO DEL CASTILLO: *ob. cit.*, p. 57.

Pueblo, respondían, bajo la reivindicación del supuesto mensaje original joseantoniano, a esa necesidad de alimentar una cultura política sin aislarla del presente. Hasta se permitían afirmar que eran ellos quienes seguían el ritmo de la historia, frente a las versiones más «reaccionarias» del parlamentarismo liberal, la democracia partitocrática o el egoísmo individualista.

El ultranacionalismo con sus correlatos de unidad superadora de las divisiones internas y de exclusión de «los otros» de la comunidad, la retórica socializante y anticapitalista, el antiintelectualismo con su consiguiente desprecio hacia los programas detallados y las ideas elaboradas, el gusto por el gesto, el estilo y la estetización de la política, la idealización de una democracia plebiscitaria y, sobre todo, la exaltación del pueblo, su incorporación orgánica a la política y su vinculación emocional al líder carismático, son todos ellos rasgos populistas que formaron parte del fascismo desde sus orígenes¹⁸. La particularidad del falangismo a partir de 1945 fue que alimentó con ellos una cultura política que hundía sus raíces en la breve experiencia republicana y en la radical experiencia de la guerra, pero que logró renovarse en las décadas siguientes bajo su aparente continuidad.

Es verdad que las sucesivas adaptaciones doctrinales al cambio de circunstancias internacionales y la grave crisis en que desembocó la polémica cultural de los años cincuenta, con el sucesivo alejamiento del régimen de algunos de sus más destacados intelectuales, dejó a esa retórica populista casi como el único cemento identitario de los falangistas. Que los más radicales hicieran de su historia un mito y pretendieran que la realidad se adaptara a él no quiere decir, sin embargo, que su retórica fuera un adorno absurdo al que los historiadores no tendrían que dedicar su precioso tiempo. De hecho, constituyó la base de una ideología tan operativa como cualquier otra, y guió a los políticos falangistas en su gestión del poder y en su competición por el poder.

Tampoco es incompatible que el populismo participe en el poder y, al mismo tiempo, se presente a sí mismo como una subversión de este o como el punto de partida de una reconstrucción más o menos radical del orden de cosas existente: puede suceder cuando el poder se encuentra de alguna manera fracturado¹⁹. En ese sentido, el mensaje palingenésico original del fascismo sobrevivió en el discurso de la «revolución pendiente» que, por un lado, alimentó las sucesivas disidencias del ultrafalangismo, pero que, por otro, no dejó de ser esgrimido también desde el discurso oficial y del propio Franco. Por ejemplo, en su discurso de clausura del II Congreso Sindical en marzo de 1962, en un contexto político marcado por la solicitud de apertura de conversaciones con el Mercado Común Europeo, declaraba:

¹⁸ GRIFFIN, R.: «The palingenetic core of generic fascist ideology», en CAMPI, A. (ed.): *Che cos'è il fascismo? Interpretazioni e prospettive di ricerche*, Roma, Ideazione, 2003, pp. 97-122. ÁLVAREZ JUNCO, J. y GONZÁLEZ LEANDRI, R.: *El populismo en España y América*, Madrid, Catriel, 1994.

¹⁹ LACLAU: *ob. cit.*, p. 221.

Vivimos una revolución, y no lo podemos olvidar. Por lo tanto, no tiene que preocuparnos el que nos desfasemos con otras naciones o con el sentir de otros países de Europa, apegados a sus viejos sistemas, porque estamos haciendo una revolución: una revolución en España y, sin duda, una revolución en Europa²⁰.

En ese discurso fueron formadas sucesivas remesas de jóvenes militantes en organizaciones como el Frente de Juventudes y durante los años cincuenta fue dominante en sus publicaciones, como *Juventud*, o en las revistas del Sindicato Español Universitario (SEU) como *Alferez*, *La Hora*, *Alcalá* o *Laye*²¹. Porque en el franquismo se dio esa dialéctica aparentemente contradictoria entre formación-socialización doctrinal revolucionaria de las juventudes, contención-tolerancia de sus manifestaciones y asimilación-represión de estas en cuanto amenazaban la estabilidad del sistema, que encontramos también en el fascismo italiano. Como escribió Gino Germani, «cuanto más exitosos eran los mecanismos dinamizantes, más se veía obligado el partido a restringirlos o eliminarlos», de acuerdo con una constante de los regímenes dictatoriales de todo tiempo y lugar²². Lo cual provocaba la consiguiente frustración de esos jóvenes que habían creído en la revolución, de esos «jóvenes “nuestros”, salidos de las vanguardias, de los grupos universitarios, de los centros de preparación política del partido», en cuya alma crecía, al decir de Giuseppe Bottai en 1942, «un marasmo oscuro y profundo»²³.

Ese «juvenilismo» exaltado sobre el que advirtió Laín Entralgo en su conocido informe sobre *La situación espiritual de la juventud española* de 1955 chocaba con un régimen que envejecía sin dar paso a las nuevas generaciones, porque el fascismo fue «un movimiento de jóvenes, pero no joven»²⁴. En el caso español, además, el florecimiento de la cultura juvenil falangista desde 1948 se encontró con un corte o *decalage* generacional provocado por el desencanto de los más caracterizados intelectuales falangistas de la primera hora tras la caída del ministro Joaquín Ruiz-Giménez y su equipo en 1956²⁵.

Como señala Sheelagh Ellwood, de esa crisis surgieron tres líneas de evolución: la de los jóvenes cuya frustración condujo al abandono de su militancia falan-

²⁰ «Franco clausura el II Congreso sindical», *ABC*, 11/3/1962.

²¹ GRACIA, J.: *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1996.

²² GERMANI, G.: *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, Il Mulino, 1975, p. 47.

²³ BOTTAI, G.: *Vent'anni e un giorno*, Milán, Garzanti, 1948, p. 222, citado en VITTORIA, A.: «L'università italiana durante il regime fascista: controllo governativo e attività antifascista», en CARRERAS, J.J. y RUIZ CARNICER, M. Á. (eds.): *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 29-61.

²⁴ Reproducido en MESA, R.: *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la UCM*, Universidad Complutense de Madrid, 1982, pp. 45-50. CHUECA, R.: «Las juventudes falangistas», *Studia Historica*, 5 (1987), pp. 87-104.

²⁵ MUÑOZ SORO, J.: «La disidencia universitaria e intelectual», en MATEOS, A. (ed.): *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, pp. 201-221.

gista e incluso a la oposición antifranquista; la de quienes formaron grupos falangistas puristas para rescatar la doctrina original de la usurpación, y la seguida por los falangistas más pragmáticos, como Manuel Fraga Iribarne, Gabriel Elorriaga, Rodolfo Martín Villa o Miguel Ortí Bordás, punto de salida de una larga carrera en la administración y la política incluso más allá de la dictadura. Para estos últimos se debía actualizar el legado irrenunciable de la guerra con una estructura institucional adecuada a los nuevos tiempos y de hecho, frente a lo que pudiera parecer, estaban más preocupados por preservar el contenido ideológico del régimen que los «camisas viejas», quienes habían demostrado en repetidas ocasiones que se daban por satisfechos con mantener sus posiciones de poder²⁶. De esa forma el discurso populista tuvo garantizada su vitalidad todavía durante otra década.

LA JUSTICIA SOCIAL Y SUS ENEMIGOS

Si hubo un concepto de naturaleza «vacía» y potencialidad «flotante», de acuerdo con las categorías que acabamos de ver, fue el de «justicia social». Como ha señalado Carme Molinero, el reclamo a la justicia social constituyó el eje de las políticas de consenso del régimen franquista, llevadas a cabo por Falange desde el Ministerio de Trabajo, el Ministerio de la Vivienda o la Obra Sindical del Hogar, desde la Organización Sindical Española (OSE) y desde sus propias organizaciones, como el Auxilio Social, la Sección Femenina o el Frente de Juventudes²⁷. Además, el predominio falangista en una estructura de poder consolidada en los diversos niveles de la administración territorial garantizaba su influencia en la renovación del personal político de la dictadura²⁸. El reclamo social amplificado por la propaganda se convirtió en una de las fuentes de legitimidad de la dictadura ya que en él, como ha escrito Manuel Penella, se dirimía en último término «la justificación moral de la guerra», pues de otro modo «todo podía entenderse como una brutal acometida para revertir el curso de la historia»²⁹.

Si ese reclamo fue operativo, al margen de sus evidentes limitaciones políticas, fue gracias a la identificación absoluta con Franco, tan necesaria como recíproca:

²⁶ ELLWOOD: *ob. cit.*, pp. 169-171 y 176.

²⁷ MOLINERO, C.: «El reclamo de la “justicia social” en las políticas de consenso del régimen franquista», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 93-110.

²⁸ Ver SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de orígenes e identidad de intereses*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1996; RODRÍGUEZ BARREIRA, O.: «La historia local y social del franquismo en la democracia, 1976-2003. Datos para una reflexión», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 153-175; o SANZ HOYA, J.: «El partido fascista y la conformación del personal político local al servicio de las dictaduras de Mussolini y Franco», *Historia Social*, 71 (2011), pp. 107-123.

²⁹ PENELLA, M.: *La Falange Teórica*, Barcelona, Planeta, 2006, pp. 424-425.

«La Falange está con Franco y Franco cree en España porque cree en la Falange»³⁰. Para los enfoques historiográficos centrados en las «familias políticas» del régimen, el dictador habría mantenido la «claque» de la Falange porque le resultaba útil para afirmar su poder arbitral contrarrestando el peso de los monárquicos³¹. Pero la identificación con su «Caudillo» fue mucho más profunda. En palabras de Raimundo Fernández Cuesta, la Falange «no ha tenido más que un designio terminante: hicimos, hacemos y haremos lo que Franco nos ordene»³².

Los cambios en el poder producidos en la segunda mitad de los años cincuenta, que marcaban el rumbo institucional a favor de los monárquicos, y los católicos del *Opus Dei* en particular, no supusieron ni mucho menos la renuncia por parte de Falange a controlar el proceso de institucionalización para darle un sentido acorde con sus ideas³³. Pero el contraste entre el fracaso de los anteproyectos de leyes fundamentales de José Luis Arrese y la popularidad de José Antonio Girón como ministro de Trabajo durante casi diecisiete años, a quien Emilio Romero llegó a presentar desde el diario *Pueblo* como el «Perón español»³⁴, fue una lección bien aprendida por José Solís.

Nombrado delegado nacional de Sindicatos en 1951 y secretario general del Movimiento entre 1957 y 1969, Solís aprovechó la poderosa estructura de la OSE, favorecida por la Ley de Convenios Colectivos Sindicales de 1958³⁵, para llevar a cabo un rearme político e ideológico. A través de los medios de propaganda agrupados en el Servicio Nacional de Información y Publicaciones Sindicales, en especial el diario *Pueblo*, impulsó un discurso populista que perseguía fortalecer las posiciones falangistas ganando espacios de poder social. Declaró que iba a «excluir la demagogia social antigua»³⁶, pero también que «jamás arriaremos nosotros una bandera social que constituye la médula de nuestro Movimiento»³⁷. Con ese objetivo vinculó dicho discurso a la figura de Franco, como ha señalado Àlex

³⁰ ELLWOOD: *ob. cit.*, p. 171.

³¹ TUSELL, J.: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984. FERRARY, Á.: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, Pamplona, Eunsa, 1993.

³² ELLWOOD: *ob. cit.*, pp. 191-192.

³³ HISPÁN IGLESIAS DE USSEL, P.: *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, CEPC, 2006.

³⁴ *Pueblo*, 9/3/1966, en RODRIGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, p. 533. Sobre la política social de Girón, ver MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.

³⁵ SOTO CARMONA, Á.: «Auge y caída de la organización sindical española», *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 8 (1995), pp. 247-276.

³⁶ ROMERO, E.: *Tragicomedia de España (Unas memorias sin contemplaciones)*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 92-93.

³⁷ «Discurso del Ministro Secretario en la clausura del curso de la Escuela Sindical de San Sebastián, *ABC*, 25/8/1959.

Amaya³⁸, presentándolo como el gran constructor del desarrollo socioeconómico de España y máximo ejemplo de la voluntad falangista de integración social, y reforzando así la conexión entre la Falange y su «Caudillo», garantes de la justicia social en el nuevo marco de crecimiento económico:

La justicia social fue una de las consignas primeras de Franco. Ya en sus primeras palabras proclamó su decisión de transformar la situación de los trabajadores (...) y, asimismo, en plena guerra, fueron puestas las bases de la Organización Sindical. Y con la justicia social, el fortalecimiento económico. La Revolución de Franco es una revolución creadora, positiva. Y justifica la serenidad de los españoles ante el futuro³⁹.

A su vez, los discursos de Franco en los actos sindicales se adecuaban de manera coherente a las demandas sociales sobre las que se construía el discurso falangista. Así, en el acto de clausura del I Congreso Sindical de 1961, afirmaba su voluntad de dar una salida «constructiva» a los «anhelos de justicia social», de «anticapitalismo» y «antiimperialismo», y a las «ansias nacionales, aspiraciones a una vida mejor», que de otra forma buscaría salida «en el comunismo o lo que sea», proclamando que «en este orden nosotros somos una solución»⁴⁰. El dictador era así utilizado como principio de autoridad en los momentos de mayor pugna política con los tecnócratas monárquicos, dentro de la cual cobraba sentido la reiterada exaltación de «lo social» en el discurso de Solís: «No creemos en la política que no cuenta con el pueblo»⁴¹. Él mismo era un hijo del pueblo, nacido en un pueblo, «que es donde está España en gran parte», la de «los magníficos trabajadores», y el día en que dejara la política y «el servicio de la Patria» volvería «como labrador, a mis tierras». Era, por otra parte, «un hombre abierto» al trato con todos los segmentos sociales:

Conozco al trabajador, vivo con el empresario, oigo a diario al técnico y sé la bondad que estos hombres llevan en sus corazones, y no comprendo por qué tenemos que agruparnos para luchar entre sí (sic), en vez de luchar en común⁴².

Con unos modos distintos —pronto pasó a ser conocido como «la sonrisa del régimen»— Solís retomaba algunos temas recurrentes en el discurso legitimador del falangismo. El más importante fue la integración, médula de la propuesta falangista tanto en su vertiente social como en la política —«desarrollo político»—

³⁸ AMAYA QUER, À.: «La figura de Franco en el discurso de la Organización Sindical Española durante los años del desarrollismo a través del Diario Pueblo (1957-1969)», *Hispania*, volumen LXVIII, 229 (2008), pp. 503-532.

³⁹ «La obra de Franco», *Pueblo*, 1/10/1958, en el vigésimo segundo aniversario de la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado.

⁴⁰ FRANCO, F.: *Nosotros somos una solución*, Madrid, 1961, pp. 5-9, en AMAYA QUER: *ob. cit.*

⁴¹ «Clausura del Consejo Económico Sindical de Jaén», *Pueblo*, 30/5/1963.

⁴² «Hemos resuelto infinidad de problemas de España, pero otros objetivos quedan por conseguir. Declaraciones del Ministro Secretario General ante la Televisión Española», *Agencia Cifra*, 1958.

y la cultural —«política comprensiva»— defendida por los más destacados intelectuales falangistas hasta los años cincuenta⁴³. Una integración necesaria para la construcción discursiva del pueblo, acto político por excelencia, que el populismo convierte en el centro de su propuesta presentando una comunidad unida en torno a su jefe carismático.

En el caso español esto no resultaba fácil, porque en lugar de una guerra exterior que hubiera unido contra un enemigo exterior, lo que había era una sociedad brutalmente dividida por una guerra civil y un régimen que hacía de la victoria sobre el enemigo interior, la «anti-España», la principal razón de su existencia. Pero incluso una guerra civil podía interpretarse, «en su doble dimensión de triunfo militar y triunfo político», como «un valor de beneficio total para todos los españoles. Se luchó y se venció para todos. Sin discriminaciones. Sin diferencias» (sic), según declaraba Franco en su discurso durante la inauguración, el 1 de abril de 1959, del símbolo más opuesto a cualquier modelo de reconciliación, el Valle de los Caídos⁴⁴. En esa comunidad ideal del pueblo-nación el objetivo era integrar a las masas proletarias, por eso el enemigo ya no eran los vencidos, ni siquiera el comunismo, sino los tradicionales enemigos del pueblo, los privilegiados. Se trataba de «arrebatar banderas» al comunismo, en lugar de plantear la lucha sólo en términos negativos⁴⁵.

Para Solís debía «preocuparnos la falta de habilidad para combatir el comunismo», porque la huelga no bastaba con suprimirla, sino que había que «superarla con un sistema más justo de convivencia, de diálogo entre la empresa y el trabajador»⁴⁶, y se preguntaba si algunas causas de «ese fenómeno revolucionario que ha venido a trastornar una parte del mundo» eran justas, «e incluso si esas causas todavía subsisten entre nosotros»⁴⁷. La «fórmula original española» se había acabado imponiendo «gracias al resorte de la ideología, del pensamiento social-cristiano, de los beneficios que representa la unidad política, la unidad social, la unidad nacional», porque:

No hubiera sido posible el desarrollo económico en un clima de enfrentamiento de obreros con obreros, de obreros con empresarios, de banderías políticas, de división nacional y de reivindicaciones sociales carentes de base económica⁴⁸.

⁴³ Sobre la «política comprensiva», ver JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.

⁴⁴ «Franco preside la inauguración del Monumento Nacional a los Caídos», *Pueblo*, 1/4/1959, pp. 1-3, en AMAYA QUER: *ob. cit.*

⁴⁵ La cita es de Joaquín Ruiz-Giménez, en MUÑOZ SORO, J.: «Joaquín Ruiz-Giménez o el católico total (apuntes para una biografía política e intelectual hasta 1963)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), pp. 259-288 (p. 278).

⁴⁶ «El señor Solís aboga por un sistema más justo de convivencia», *ABC*, 17/3/1964.

⁴⁷ «Termina el II Congreso del Comité Internacional de Defensa de la Civilización Cristiana», *ABC*, 26/1/1960.

⁴⁸ «Declaraciones del ministro señor Solís Ruiz por Televisión Española», *ABC*, 3/7/1959.

Es decir, la justicia social falangista era acorde con la doctrina social cristiana y su idea de «bien común», mientras que el trabajo era una dimensión central y al mismo tiempo autónoma de la persona integrada en su vida comunitaria. De manera que, «si la actividad principal del hombre es la del trabajo, la colaboración, el entendimiento y la unidad hay que buscarlas en esta actividad y no en otra parte», a diferencia de lo que había ocurrido en el pasado:

Del clima de odio y rencor, de desunión y anarquía, patente en el panorama de la triste España del 36, hemos pasado a este otro de trabajo y progreso, de orgullo y ambición, de seguridad y esperanza que nadie puede negar a esta España de 1961⁴⁹.

El discurso de Solís hacía hincapié en la participación —«contamos con vosotros (...) para que participéis en la vida económica y social»⁵⁰— negando implícitamente cualquier clase de coacción en uno u otro sentido, ya que «toda la política social que se ha creado en estos años de nueva planta ha sido debida a una presión pacífica y libre, ejercida por los gobernados cerca de los gobernantes»⁵¹. Pese a los límites que había para que esa participación fuera auténtica, interpretó la aprobación por referéndum de la Ley Orgánica del Estado (LOE) en 1966, momento culminante del proceso de institucionalización del régimen, como la victoria de todo el pueblo español⁵². La ley iba a perpetuar «más allá de la vida de Franco y más allá de nuestra propia vida, los ideales de unidad, paz y justicia que fuimos los primeros en proclamar y defender y hemos sido los más fieles en servir»⁵³.

El discurso populista de Falange durante esos años, como se puede ver, combinó el idealismo nacionalista más propio de la retórica utilizada en la inmediata posguerra con la propaganda sobre el desarrollo material y los avances en la previsión social, de manera semejante a como antes habían hecho el fascismo italiano y el nazismo alemán, ahora en clara competencia con el desarrollo del «Estado de bienestar» en el mundo occidental⁵⁴. En ese sentido fue especialmente intensa la actividad de Fraga Iribarne desde el Ministerio de Información y Turismo, que culminó con la famosa campaña de los «25 Años de Paz Española» en 1964, aunque ya a finales de los años cincuenta se habían elaborado varios proyectos de exposi-

⁴⁹ SOLÍS, J.: «España cara al futuro», *Arriba*, 18/7/1961.

⁵⁰ «Discurso del Ministro Secretario en la clausura del curso de la Escuela Sindical de San Sebastián, *ABC*, 25/8/1959.

⁵¹ «Declaraciones del ministro señor Solís Ruiz por Televisión Española», *ABC*, 3/7/1959.

⁵² *Arriba*, 17/11/1966.

⁵³ *Arriba*, 8/12/1966.

⁵⁴ MASON, T.: *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the «National Community»*, Oxford, OUP, 1993. GIORGI, Ch.: *La previdenza del regime. Storia dell'Inps durante il fascismo*, Bolonia, Il Mulino, 2004. HESSE, Ph-J. y LE CROM, J. P. (dirs.): *La protection sociale sous le régime de Vichy*, Rennes, Presses Universitaires, 2001. PATRIARCA, F.: *A Questão Social no Salazarismo 1930-1947*, Lisboa, Imprensa Nacional Casa da Moeda, 1995.

ciones sobre las «realizaciones de la España actual»⁵⁵. Sin embargo, al igual que en el discurso sobre la cuestión social, también el discurso de la paz social reflejaba la tensión inevitable entre un mensaje relativamente conciliador que trataba de integrar a las nuevas generaciones y una memoria oficial que seguía haciendo de la guerra, necesaria o inevitable, toda una pedagogía⁵⁶.

Solís intentó mantener y renovar el falangismo «sindicalizándolo» como plataforma para su actuación política, ha señalado Damián A. González⁵⁷. Su «democracia sindical» fue también un intento de dar respuesta a la presión de los trabajadores, tratando de desactivarla mediante la movilización, por un lado, y por otro mediante concesiones enmarcadas en un discurso de construcción del «Estado social» a la española, intentando de paso adquirir mayor legitimidad exterior mediante su reconocimiento por la Organización Internacional del Trabajo (OIT)⁵⁸. Según Àlex Amaya, la propaganda sindical habitaba en una «realidad virtual» ajena al proceso de transformaciones sociales que vivían las clases a las que pretendía representar, una contradicción que sería factor determinante en la decepción política en que terminó la apuesta sindical de Solís en octubre de 1969⁵⁹.

Pero ese empeño, al igual que su fracaso, no puede dissociarse de otras iniciativas de relegitimación social e institucionalización de la dictadura como la aprobación por Fraga Iribarne de una nueva Ley de Prensa e Imprenta en 1966, o el desarrollo político en los sucesivos proyectos para una ley de asociaciones. De ahí que Carrero Blanco defendiera ante Franco «la conveniencia del cese de Solís por empecinarse en sacar adelante una Ley Sindical tan recusable como los proyectos de Leyes Fundamentales de 1956, pues otorgaba todo el poder a la Organización Sindical, a semejanza de Arrese que pretendía todo el poder para la Secretaría General del Movimiento»⁶⁰. La tan traída y llevada Ley Sindical acabaría aprobándose en 1971, despojada de cualquier novedad relevante.

CAUDILLISMO, REPUBLICANISMO Y MONARQUÍA

En esa misma lógica interna de retórica populista debe entenderse la demanda del republicanismo, que constituyó precisamente por su contenido ambiguo y

⁵⁵ Dirección General de Información, *Proyecto de una exposición permanente sobre -Realizaciones de la España actual-* (s.a ¿1959?). Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN), caja 003/115/113.

⁵⁶ AGUILAR, P.: *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 189-206.

⁵⁷ GONZÁLEZ MADRID, D.: «La banalización de FET-JONS», *Spagna Contemporanea*, 39 (2011), pp. 7-30.

⁵⁸ MATEOS, A.: *La denuncia del Sindicato Vertical*, Madrid, CES, 1997.

⁵⁹ AMAYA QUER, À.: «El discurso de la doble legitimidad en la propaganda de la Organización Sindical Española», en NICOLÁS, E. y GONZÁLEZ, C. (eds.): *Ayeres en discusión. Temas clave de historia contemporánea hoy*, Murcia, Universidad de Murcia/AHC, 2008.

⁶⁰ LÓPEZ RODÓ, L.: *Memorias*, Barcelona, Plaza y Janés/Cambio 16, 1990, p. 402.

reactivo un elemento central de la cultura política del falangismo durante el franquismo. Si bien hundía sus raíces en los años republicanos, se alimentó del antagonismo por la hegemonía dentro de la coalición contrarrevolucionaria y se mantuvo como un elemento de socialización para las nuevas generaciones hasta prácticamente el final de la dictadura. No es de extrañar, por tanto, que constituyera uno de los elementos principales en la identidad de los grupos juveniles y más radicalizados, hasta convertirse en una especie de «sebastianismo» —primero con José Antonio, luego con Hedilla— entre los defensores de la «revolución pendiente». Pero la memoria del «ausente» cumpliría un papel relevante en todo el imaginario falangista, sin que fuera un impedimento —o no se dejó que llegara a serlo— para atar con hierro la Falange a Franco.

En realidad, el republicanismo falangista constituye un ejemplo de derivación populista de un problema en origen doctrinal e institucional que se planteó a todos los fascismos. En general, como hemos visto, estos se preocuparon muy poco por elaborar una teoría del liderazgo, no solo por la aversión a la sistematización teórica, sino también porque el carisma del que estaba revestido el líder pertenecía, por sus mismas características, más a la esfera mítica que a la jurídico-institucional. Lo ha explicado Emilio Gentile: la figura del jefe carismático, «non necessariamente legato alla lettera di leggi e istituzioni», estaba intrínsecamente unida a la cultura y la mentalidad fascista como personificación del mito⁶¹. En los estatutos del PNF ni siquiera se había previsto un procedimiento para el caso de su desaparición repentina, porque pocos se atrevían a ofender la «sacralità carismatica» del *Duce* con una hipótesis de sucesión⁶².

Sin embargo, tras la conquista del poder, el jefe era también la culminación jerárquica de un régimen político basado en la unidad de mando, de ahí que la fusión entre la jefatura del partido y la del gobierno se convirtiera en el principal problema político para los fascistas. Como escribía en 1938 Carlo Castamagna, «il problema del *Capo* è il più delicato fra tutti i problemi aperti dalla organizzazione dello Stato Nuovo», dado que la revolución en curso bajo la guía de un hombre excepcional no evitaba que el régimen, si quería permanecer e incluso convertirse en un «sistema de vida», pudiera obviar por su estructura jerárquica la necesidad de un jefe aunque no estuviera dotado de las características extraordinarias de Mussolini. Un problema grave no sólo por los aspectos teóricos o jurídicos que planteaba, sobre todo en la relación entre los poderes del partido, el gobierno y el Estado, sino porque afectaba a «la realtà esistenziale del sistema politico fascista», al dilema fundamental entre mito y organización⁶³.

⁶¹ GENTILE: *ob. cit.*, p. 147.

⁶² *Ibid.*, p. 211.

⁶³ *Ibid.*, p. 146.

En el caso español, la subordinación de FET y de las JONS al mando militar permite hablar más de «franquismo» que en el caso italiano de «mussolinismo». Aun así el exsindicalista revolucionario Sergio Panunzio se había basado en Max Weber para elaborar una doctrina del caudillaje que reafirmara el carácter históricamente excepcional del poder carismático de Mussolini, un estado de gracia heroico, sobrenatural y providencial, superior por tanto a cualquier forma jurídica y no transferible a un sucesor. También en España Javier Conde, en el seno del Instituto de Estudios Políticos, elaboró una teoría del caudillaje carismático de acuerdo con la doctrina fascista, aunque alejando definitivamente cualquier tentación de imponer la primacía del partido único y, como ha señalado Ismael Saz⁶⁴, tras la derrota del Eje revinculando la autoridad de Franco al desarrollo institucional. Mientras tanto los medios de propaganda del régimen fueron construyendo alrededor de Franco un mito al que el falangismo, según el reciente estudio de Laura Zenobi⁶⁵, contribuyó no de manera única, pero sí determinante.

Con el paso de los años ese mito iría adquiriendo otros contenidos que hacían hincapié en la estabilidad y el orden representado por Franco en un proceso inevitable de «rutinización»⁶⁶, pero al mismo tiempo se planteaba con mayor intensidad el problema sobre cómo perfilar institucionalmente las competencias entre los distintos poderes del Estado. Además, se hacía cada vez más apremiante solucionar el tema de la sucesión ante la paradoja de que «el caudillaje ha de tener sucesión, pero no tiene sucesores», como tantas veces se escribió entonces, y de que el régimen no debía acabar con la persona que lo había encarnado por mandato del pueblo y de la providencia divina. Como había afirmado José Antonio en 1933 durante el discurso fundacional de Falange en el Teatro de la Comedia, citando a San Francisco de Borja, tampoco ellos querían servir a señor que se les pudiera morir.

En ese marco político el republicanismo pasaría a cumplir desde los años cincuenta una función clave en el antagonismo que enfrentaba a los falangistas con los monárquicos, no solo, ni mucho menos, por la cuestión de la forma de gobierno, que para los primeros podía ser accidental, sino como representación discursiva de los dos proyectos enfrentados. En otras palabras, la república no representaba para los falangistas una forma más o menos circunstancial que adquiriría el ejercicio del poder, ni por supuesto hacía referencia a la cultura política secular del republicanismo progresista ni menos aún a la breve experiencia de la

⁶⁴ SAZ, I.: «Franco, ¿caudillo fascista? Sobre las sucesivas y contradictorias concepciones falangistas del caudillaje franquista», *Historia y Política*, 27 (2012), pp. 27-50.

⁶⁵ ZANOBI, L.: *La construcción del mito de Franco. De jefe de la Legión a Caudillo de España*, Madrid, Cátedra, 2011.

⁶⁶ El concepto de «rutinización» del carisma fue elaborado por Max Weber, aunque ha sido sometido a crítica por su carácter contradictorio; otros autores han hablado de «banalización» del carisma. Ver DEUSDAD AYALA, M.^a B.: *El carisma político en la teoría sociológica*, Tesis Doctoral, Universidad de Barcelona, 2001 (<http://www.tdx.cat/handle/10803/2962>).

II República. Funcionaba como una metáfora de las demandas de justicia social, participación popular e integración cultural de sectores sociales que Falange trataba de atraer en su beneficio y, a la vez, convocar con la misma formulación retórica de esas demandas. Como afirmaba un documento del grupo de intelectuales monárquicos pertenecientes al Opus Dei en 1961:

El predominio de la Falange se debe a que Franco la considera como su creación e instrumento político, cuya utilidad encuentra manifiesta. Le ha mantenido en paz a los obreros (...). Le ha servido para vigilar o coaccionar a los otros grupos políticos o sociales que podrían discutir el poderío absoluto de Franco⁶⁷.

En su misma ambigüedad, y gracias a ella, el republicanismo resultó útil a Falange como «ideología operativa» en oposición a los proyectos monárquicos, aunque la Ley de Sucesión de 1947 había puesto una piedra en el camino con la que habría de contar en el futuro. En la polémica cultural desarrollada entre 1948 y 1956 no se discutió el tema de la forma del Estado, pero estaba implícito, y cuando después de 1956 se replanteó con fuerza la institucionalización del régimen, incluso tras el fracaso de los proyectos de Arrese, los debates sobre el Movimiento-organización, el asociacionismo o el contenido de la LOE reflejaban la vigencia del conflicto. En uno de los pocos estudios sobre el tema Nicolás Sesma escribe:

A la Falange oficial no le interesaba la sólida fundamentación teórica de un modelo de Estado y de Gobierno, sino tan sólo superar de forma accidentalista los distintos obstáculos que se plantearan al mantenimiento de su cuota de poder. En este sentido, el republicanismo no fue sino uno más de los recursos retóricos que le sirvieron para revestir su falta de ambición política⁶⁸.

Sin duda el republicanismo fue un recurso retórico, lo que no está tan claro que sirviera solo para enmascarar una impotencia política y una práctica meramente oportunista en la lucha por espacios de poder. Formaba parte del imaginario falangista y, como tal, de su identidad política, indispensable para la socialización de las nuevas generaciones. Así, en un informe de 1955 del jefe nacional del SEU, Jordana de Pozas, para el ministro Fernández Cuesta le respondía a este que no debía sorprenderse de la hostilidad de las bases contra la monarquía, dado que todos los jóvenes falangistas recibían esa formación antiborbónica, hasta el punto de persuadirlos de que las medidas encaminadas a la instauración monárquica solo eran «maniobras de distracción» impuestas por el contexto internacional⁶⁹.

⁶⁷ *La situación política española, a mediados de 1961*, s/n (¿Florentino Pérez Embid?). AGUN, caja 003/116/052.

⁶⁸ SESMA LANDRÍN, N.: «El republicanismo en la cultura política falangista. De la Falange fundacional al modelo de la V República francesa», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 18 (2006), pp. 261-283.

⁶⁹ Citado en MOLINERO e YSÀS: *Anatomía del franquismo*, ob. cit., p. 29.

Los periódicos del Movimiento, sobre todo después de la Ley de Prensa e Imprenta de 1966, alimentaron esa retórica porque mantener la tensión antagonista con los medios monárquicos era otra manera de movilizar a sus lectores. Así, mientras el *ABC* atacaba a los «profetas republicanizantes de la justicia social», el diario de Sindicatos, *Pueblo*, recordaba que en España había tan pocos monárquicos como republicanos y advertía contra cualquier pretensión de volver a una monarquía como «la que fue derrocada en 1931 con el asentimiento general». El órgano de Falange, *Arriba*, se indignaba ante los ataques de «algún sector cortesano», defendiendo la «instauración» de una monarquía «eminentemente social, muy distinta a la que presidió en los últimos tiempos nuestra decadencia», como había declarado Franco⁷⁰. La posibilidad de una regencia para cuando llegara el momento de la sucesión, recogida en la LOE aunque como fórmula provisional, fue utilizada por los falangistas como una «espada de Damocles» para apoyar sus posiciones en los debates sobre la institucionalización. Lo reconocían los propios monárquicos:

Si Franco muriera sin preparar la sucesión, es del todo improbable que de la reunión funeraria del Consejo del Reino saliese una Monarquía; saldría la Regencia de un General. Y de unas elecciones, saldría la república, con una etapa previa de caos político⁷¹.

El republicanismo funcionó asimismo como un «concepto flotante» para abrir espacios ambiguos entre derecha e izquierda, una estrategia discursiva utilizada a menudo por los publicistas falangistas, entre los cuales destacó Emilio Romero con sus «gallos» del diario *Pueblo*. Que este se presentara como adalid de la justicia social, acusando a la izquierda antifranquista de «burguesa» o «neocapitalista», no dejaba de ser visto por muchos con perplejidad lógica, como un ejercicio de falsa demagogia incoherente con el tono autoritario de sus artículos y la posición real de su autor⁷². Pero sí existieron lo que se podrían denominar «espacios de frontera», por ejemplo el representado por la revista *Índice* del falangista radical Juan Fernández Figueroa, donde pudo tener cabida incluso la colaboración de la izquierda antifranquista o temas como la II República⁷³. En octubre de 1966 publicó un número monográfico titulado *¿República o Monarquía?* con un texto de Juan Marichal y fotos de Negrín y Azaña, que fue denunciado precisamente por Emilio Romero desde *Pue-*

⁷⁰ MUÑOZ SORO, J.: «Hacia la transición: Monarquía y República en los debates de la prensa», en Ángeles Lario (ed.): *Monarquía y República en la España Contemporánea*, Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 2007, pp. 329-349.

⁷¹ *El momento actual en España*, Madrid, 1/6/1959. AGUN, caja 003/115/042.

⁷² *Pueblo*, 1/2/1967. La revista *Cuadernos para el Diálogo*, por ejemplo, afirmaba que «*Pueblo* no es, en absoluto, el portavoz de los trabajadores españoles», al revés, «significa una barrera de contención»; Editorial, «Prensa obrera», 106 (julio 1972), pp. 6-7. Ver MUÑOZ SORO, J.: *Cuadernos para el Diálogo. Una historia cultural del segundo franquismo (1963-1976)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

⁷³ Sobre la revista *Índice* ver OSKAM, J.: *Interferencias entre política y literatura bajo el franquismo. La revista "Índice" durante los años 1951-1976*, Universidad de Amsterdam, 1992.

blo con un amenazante «Ni una milésima más»⁷⁴. En 1968 *Índice* fue secuestrado y su director procesado por el TOP a causa de un editorial titulado «Miedo monárquico», donde afirmaba que ese dilema era un sofisma, porque «si hay elección democrática, ya *sin Franco*, no habrá Monarquía»⁷⁵.

La proclamación de Juan Carlos como sucesor en la Jefatura del Estado, el 22 de julio de 1969, pareció cerrar definitivamente estos debates. En su discurso Franco recordó «que el Reino que nosotros, con el consentimiento de la Nación, hemos establecido, nada debe al pasado; nace de aquel acto decisivo del 18 de julio, que constituye un hecho histórico trascendente que no admite pactos ni condiciones (fuertes aplausos y voces de ¡Franco, Franco, Franco!)», mientras que Juan Carlos en el suyo reconoció «que recibo de Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo Franco la legitimidad política surgida el 18 de julio de 1936 (fuertes y prolongados aplausos de toda la Cámara), en medio de tantos sacrificios, de tantos sufrimientos, tristes, pero necesarios, para que nuestra Patria encauzase de nuevo su destino»⁷⁶.

La práctica totalidad de los procuradores falangistas votó a favor, aunque alguno sintió la necesidad de justificarse por ello. Según Girón, había sido la mejor manera de servir a Falange, no solo por su indiferencia hacia la forma de gobierno, sino porque «instauraba» y no «restauraba» una monarquía muy distinta de la que había «fenecido gloriosamente» en 1931, como había dicho José Antonio. Pero más significativo era el reconocimiento de que oponerse al propósito de Franco habría incapacitado a los falangistas para luchar por la aplicación de su doctrina⁷⁷. El Ministerio de Información y Turismo siguió las repercusiones en todo el país de la proclamación, que los falangistas acataron «por lealtad al Caudillo», aunque muchos lo hicieran con reservas y los sectores más politizados con escepticismo. La contestación más grave llegó de los Círculos Doctrinales José Antonio, donde se acordó expulsar a los miembros que habían votado a favor, entre ellos Miguel y Pilar Primo de Rivera, si bien se lograría finalmente evitarlo⁷⁸. Los medios de propaganda del Movimiento también hicieron un amplio despliegue para explicar que:

El nombramiento de sucesor no modifica en nada ni la visión ni los proyectos del Movimiento Nacional; antes bien, los apuntala, en tanto precisamente la fidelidad jurada a los Principios Fundamentales es el punto de arranque de quien por volun-

⁷⁴ «¿República o Monarquía? La opinión de nuestros colaboradores», *Índice*, 211-212 (1966); *Pueblo*, 7/10/1966.

⁷⁵ «Miedo Monárquico», *Índice*, 230 (1968), p. 7. Cursiva en el original.

⁷⁶ «Sesión plenaria y extraordinaria celebrada los días 22 y 23 de julio de 1969», en MARTÍNEZ CUADRADO, M. (ed.): *Cambio social y modernización política. Anuario político español, 1969*, Madrid, Edicusa, 1969, pp. 195-197.

⁷⁷ LÓPEZ RODÓ, L.: *La larga marcha hacia la Monarquía*, Barcelona, Noguer, 1977, pp. 646-647.

⁷⁸ *Informes de la Oficina de Enlace del MIT sobre las reacciones en España al nombramiento de Juan Carlos como sucesor en 1969*, Archivo General de la Administración (AGA), Sección Cultura (3), fondo 104.4.

tad de las Cortes Españolas habrá de hacerse cargo en su día de la Jefatura del Estado⁷⁹.

Se cumplía así la apreciación que varios años antes había realizado un destacado intelectual monárquico, Rafael Calvo Serer, en el sentido de que Franco había abierto un proceso en el que se intentaba «falangizar a la Monarquía o monarquizar a la Falange»⁸⁰. La monarquía era «el resultado de la institucionalización del nuevo Estado del 18 de julio de 1936», pero no solo por decisión de Franco, como explicaba Herretero Tejedor unos años después ante el inminente cumplimiento de las «previsiones sucesorias»: había sido «el pueblo español» el que, una vez «estuvo en posesión de su soberanía, instauró una Monarquía sobre el cuadro de valores e instituciones que el pueblo se había dado»⁸¹. El pueblo aparecía otra vez como fuente de legitimación. El «rey de todos los españoles» sería desde entonces objeto de otros discursos populistas destinados a construirle una nueva legitimidad democrática⁸², con la muy importante colaboración de algunos falangistas.

CONCLUSIONES: UN POPULISMO ENTRE LA COERCIÓN Y EL CONSENSO

Desde luego Falange no monopolizó el poder, «sin embargo —como ha escrito Sheelagh Ellwood— ningún otro grupo individualmente considerado tuvo más representantes que la Falange; a ningún otro grupo le fue permitido ni siquiera mantener su estructura anterior a la guerra, su nombre ni sus símbolos y publicaciones, y no digamos ya proyectarlos sobre la sociedad como lo hizo la Falange a lo largo del régimen de Franco»⁸³. Ese poder ejercido a través de sus organizaciones y de los Sindicatos, esa presencia en todos los niveles institucionales y de la administración, desde la Secretaría General del Movimiento a cualquier alcaldía del país, ese monopolio sobre gran parte de la construcción simbólico-ideológica del franquismo⁸⁴, sin duda dieron a Falange amplias posibilidades para influir sobre la sociedad española durante casi cuarenta años. Valorar hasta dónde esas posibilidades se hicieron realidad es un problema historiográfico nada fácil de resolver.

⁷⁹ Franco y el Príncipe de España. *La Monarquía del Movimiento Nacional*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1972, p. 39.

⁸⁰ Carta de Calvo Serer a José María Pemán, *Esquema para una acción política inmediata (La experiencia de veinte años)*, s/f (1964). AGUN, caja 003/116/002.

⁸¹ *Anteproyecto de conclusiones elaborado por la ponencia constituida en el seno de la Sección Mixta del Consejo Nacional para el estudio de “La concepción política del Movimiento y su proyección frente a la subversión ideológica”*, presidida por Fernando Herrero Tejedor, 19/6/1974.

⁸² ZUGASTI, R.: *La forja de una complicidad. Monarquía y prensa en la Transición española (1975-1978)*, Madrid, Fragua, 2007.

⁸³ ELLWOOD: *ob. cit.*, p. 113.

⁸⁴ BOX, Z.: *España, año cero: La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010.

El populismo falangista, algunos de cuyos temas hemos visto aquí, era en gran medida la respuesta a una crisis. Es verdad que aquellos temas y tonos populistas formaban parte del arsenal ideológico del falangismo desde sus orígenes, de manera muy semejante a otros fascismos europeos, pero su uso retórico durante los años sesenta era una respuesta a la grave crisis de legitimidad de los valores sobre los que se sustentaba, tanto dentro de la coalición de fuerzas que apoyaba al franquismo, como frente a una sociedad que estaba reconquistando cada vez mayores espacios de autonomía. Ante el reto constante de sus aliados/rivales monárquicos reaccionarios, con su concepción tecnoautoritaria de la política, y en respuesta a las crecientes demandas sociales de mayor participación, pero al mismo tiempo legitimándose en ellas mediante un proceso en apariencia paradójico, los falangistas recurrieron a un lenguaje populista plagado de conceptos «vacíos» y «flotantes», en el sentido definido por Laclau. Hablar de «justicia social», «república» o «desarrollo político» les permitía jugar en un espacio ambiguo, «de frontera», una «tierra de nadie» entre la derecha y la izquierda especialmente útil en momentos de cambio social y rupturas epistemológicas.

Tras la derrota de los fascismos y sus fracasos en los sucesivos intentos por controlar los resortes del Estado en su totalidad, incluidos los simbólicos, el falangismo acentuó sus apelaciones al «pueblo», a su integración en el sistema y su participación como fuente de legitimidad. Sin embargo, esa atribución de un rol «tribunicio» dentro del propio Estado chocaba con su defensa y justificación de un ejercicio del poder que seguía basándose en la represión, por más que esta se hubiera hecho mucho más selectiva a causa de las nuevas exigencias de normalización internacional⁸⁵. La crisis de hegemonía del franquismo, dicho en términos gramscianos⁸⁶, resultado de las fuertes presiones sociales «desde abajo» que, a su vez, abrieron mayores divisiones dentro del bloque del poder franquista, hizo inevitable seguir recurriendo a los mecanismos de dominación precisamente cuando estos tenían un mayor coste de legitimidad para el régimen tanto dentro como fuera de España. En ese proceso complejo deben entenderse los intentos de Falange por ganar, o al menos mantener, cuotas de poder político por medio de una mayor influencia social a través de varias vías que iban desde el proceso de institucionalización —asociacionismo y «desarrollo político»— a la información —Ley de Prensa e Imprenta de 1966— pasando por el aperturismo sindical. Como sabemos, a largo plazo todo ello acabó haciendo aún más evidentes las contradicciones del sistema.

⁸⁵ El concepto de «rol tribunicio» en HERMET, G.: *Los católicos en la España franquista*. Madrid, CIS, 1985.

⁸⁶ GRAMSCI, A.: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce y Notas sobre Maquiavelo, política y el Estado moderno*, México, Editor Juan Pablos, 1975.

Tampoco resulta fácil analizar la recepción social de ese mensaje populista. Las cifras de difusión de la prensa del Movimiento e incluso del diario *Pueblo*, muy pobres en términos absolutos e inferiores a la prensa de propiedad privada o anterior a la guerra en términos relativos⁸⁷, parecen indicar que el mensaje no superó los límites de las propias estructuras del régimen y que, quizás no los destinatarios, pero al menos sí los verdaderos receptores eran tan franquistas como sus emisores. De hecho, el eco de buena parte de esa información llegaba a la sociedad a través de medios sociales ajenos al régimen, como las revistas *Cuadernos para el Diálogo*, *Triunfo* o *Destino*, y por tanto mediatizado e interpretado por estas en sentido muy distinto al original. Las cifras de afiliación en las organizaciones del Movimiento tampoco arrojan resultados mucho más satisfactorios para el proselitismo impulsado por Solís: en 1965 el 85% de los afiliados era mayor de 45 años, y en 1969 menos del 1% de la población entre 11 y 20 años pertenecía a alguna de sus organizaciones juveniles, mientras que la Sección Femenina contaba ese último año con solo 2.916 nuevos ingresos, ninguno en 19 provincias y, por ejemplo, solo cuatro en la provincia de Barcelona⁸⁸.

En una sociedad con bajos índices de participación política como la española durante esos años⁸⁹ —como cualquier otra sociedad bajo una dictadura— y en la que la «inmensa minoría de ciudadanos» movilizados lo hacía precisamente en contra del régimen y cuestionando su legitimidad⁹⁰, la interpretación de su consenso social entre los sectores de población menos movilizados, lo que algunos autores han llamado «zonas grises»⁹¹, difícilmente puede pasar del estadio de

⁸⁷ TIMOTEO ÁLVAREZ, J.: «La información en la era de Franco: hipótesis interpretativa», y SINOVA, J.: «La difícil evolución de la prensa no estatal», en TIMOTEO ÁLVAREZ, J. y otros: *Historia de los medios de comunicación en España. Periodismo, imagen y publicidad (1900-1990)*, Barcelona, Ariel, 1989, pp. 222-230 y 262-272. MONTABES PEREIRA, J.: *La prensa del Estado durante la transición política española*, Madrid, CIS/Siglo XXI, 1989.

⁸⁸ MARTÍNEZ DEL VAL, J. M.^a: *¿Por qué no fue posible la Falange?*, Barcelona, Dopesa, 1975, pp. 148-158.

⁸⁹ El sondeo mensual realizado por ICSA-GALLUP para el periódico *Informaciones* entre enero de 1971 y noviembre de 1973 concluía que, respecto a otros países, el porcentaje de personas politizadas en España era nueve veces menor que en los EEUU, ocho que en Gran Bretaña, cinco que en México o cuatro que en Italia.

⁹⁰ YSÀS, P.: «¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», en SAZ, I. (ed.): *Crisis y descomposición del franquismo, Ayer*, 68 (2007), pp. 31-57.

⁹¹ Sobre el tema del consenso durante el franquismo, ver MORÁN, M.L.: «Los estudios de cultura política en España», *REIS*, 85 (1999), pp.97-129; SEVILLANO CALERO, F.: «Opinión y dictadura en España: la percepción de los cambios a través del análisis de la cultura política (1965-1977)», en SÁNCHEZ RECIO, G. (coord.), *Eppure si muove. La percepción de los cambios en España (1959-1976)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp.213-221; RUIZ CARNICER, M. Á.: «El sistema y la fabricación de un nuevo consenso», en RACIA, J. y RUIZ CARNICER, M. Á.: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 283-319; o FUERTES, C.: «El problema del consenso en el franquismo (c.1957-c.1976). Reflexiones sobre el estudio de las actitudes sociopolíticas de los españoles», en el *II Encuentro de Jóvenes Investigadores de la AHC*, Granada, Universidad, 2010, así como los estudios del CIS, en <http://www.cis.es/cis/opencms/ES/index.html>.

conjetura. La hipótesis más afirmada es que fue en esos sectores donde caló con mayor intensidad el mensaje populista del franquismo, lo que Amando de Miguel definió como el «franquismo sociológico»⁹². El éxito de la publicística neofranquista en tiempos recientes ha sido interpretado también por Carme Molinero como un indicio de cierto éxito de la socialización de amplias capas de la población en los valores franquistas, pese a su posterior resocialización adulta en los valores democráticos⁹³. De hecho, la difusión social de ese tipo de literatura era muy anterior, pues se remonta hasta los primeros años de la transición, como demuestran los éxitos de ventas de Vizcaíno Casas y otros autores de lo que he definido como «el franquismo banal»⁹⁴.

El voto de esos sectores —junto a la abstención, probablemente elevada— en las primeras elecciones libres de junio de 1977 fue mayoritariamente a la Unión de Centro Democrático (UCD) de Adolfo Suárez, exsecretario general del Movimiento, mucho más que a la Alianza Popular (AP) formada por siete exministros franquistas y que a los grupos que reclamaron para sí la continuidad de FET y de las JONS, que ni siquiera legaron a superar el 1%. Pero quizás habría que hablar no tanto de «mayorías silenciosas» o «zonas grises», sino, utilizando las categorías de Michael Oakeshott⁹⁵, del espacio intermedio entre una «política redentora», que ya para entonces solo representaba la izquierda marxista, y una «política pragmática» o tecnocrática que había enarbolado la dictadura en sus últimos años. Un «no-terreno» dentro del cual se construye la política populista, la del «hombre común», que Adolfo Suárez supo utilizar con indudable maestría renovando sus contenidos y sus medios durante la transición⁹⁶. Ese espacio se abrió para muchos votantes que podían estar de acuerdo en que el franquismo había sido una época de paz, orden y prosperidad que culminaba institucionalmente en la monarquía, haciendo posible un cambio necesario para adaptarse a las nuevas circunstancias internacionales y a los profundos cambios de la sociedad española.

⁹² MIGUEL, A. de: *La sociología del Franquismo: análisis ideológico de los ministros del régimen*, Barcelona, Euros, 1974; e Id., *La berencia del franquismo*, Madrid, Cambio 16, 1976.

⁹³ MOLINERO, «El reclamo de la “justicia social”...», *ob. cit.*

⁹⁴ MUÑOZ SORO, J.: «De los intelectuales y su pasado: usos públicos de la cultura antifranquista», *Alcores*, 11 (2011), pp. 41-64.

⁹⁵ OAKESHOTT, M.: *La política de la fe y la política del escepticismo* (introducción y edición de Timothy Fuller), México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

⁹⁶ Sobre el papel de los líderes carismáticos en las transiciones políticas, ver PASQUINO, G.: *La transizione a parole*, Bolonia, Il Mulino, 2000.

EL CONSEJO NACIONAL DEL MOVIMIENTO EN EL FRANQUISMO TARDÍO

PERE YSÀS
UAB/CEFID

El Consejo Nacional del Movimiento ha sido una institución poco estudiada hasta fechas recientes y por ello bastante desconocida. Poco estudiada, probablemente, por la influencia que han ejercido las interpretaciones que han sostenido la debilidad del falangismo, en particular más allá de los primeros años de vida de la dictadura franquista, y que han puesto un particular énfasis en sus sucesivas derrotas desde 1941. Debilidad y derrotas convertirían, a la Falange en general y al Consejo Nacional en particular, en actores políticos poco revelantes y por tanto apenas merecedores de atención. Desde luego, hoy ya no son sostenibles estas visiones minimizadoras del papel del falangismo, como ha confirmado el propio congreso «Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco» y la mayor parte de las contribuciones presentadas.

Este texto se ocupa del Consejo Nacional en lo que conocemos de forma algo imprecisa como tardofranquismo, es decir, la última etapa de la dictadura, cuyo punto final está bien delimitado por la desaparición del régimen y no tanto su inicio, aunque habitualmente se sitúe en la segunda mitad de la década de los años sesenta. Está dividido en tres partes, la primera dedicada a las características del Consejo, en especial tras los cambios introducidos por la Ley Orgánica del Estado, la segunda a su actuación en el marco de las instituciones de la dictadura, y la tercera a su papel en la coyuntura final del franquismo, concretamente en 1976.

EL CONSEJO NACIONAL, LA CÁMARA ALTA DEL RÉGIMEN

El primer Consejo Nacional del Movimiento se constituyó en octubre de 1937 como el organismo superior de FET y de las JONS¹ y tuvo una desigual actividad

¹ Los Estatutos aprobados en agosto de 1937, y parcialmente reformados en julio de 1939, establecían que correspondía al Consejo Nacional conocer «las líneas primordiales de la estructura del Movimiento», «las líneas primordiales de la estructura del Estado», «las normas de ordenación sindical», «todas las grandes cuestiones nacionales que le someta el Jefe del Movimiento», y «las grandes cuestiones de orden internacional». Decreto de la Jefatura del Estado de 31 de julio de 1939.

hasta mitad de la década de los años cuarenta, entrando a continuación en una larga etapa de parálisis, cuando el partido único inició lo que Joan M.^a Thomàs ha denominado «los años de oscurecimiento» tras la derrota de las potencias fascistas². El Consejo estaba formado por los dirigentes nacionales del partido y por consejeros designados por Franco entre altos cargos del Estado y militantes del partido «en atención a sus méritos y servicios excepcionales».

Con la llegada de José Luis de Arrese a la Secretaría General del Movimiento, en febrero de 1956, el Consejo Nacional fue revitalizado, y a partir de febrero de 1957, con José Solís Ruiz al frente, incrementó su actividad en el marco del proyecto del nuevo secretario general, y al mismo tiempo delegado nacional de sindicatos, de afirmar y extender el papel del Movimiento en el ordenamiento franquista.

La Ley Orgánica del Estado promulgada en enero de 1967 supuso, finalmente, la institucionalización del Consejo Nacional. El artículo 21 enumeraba los fines del Consejo en tanto que «representación colegiada» del Movimiento, entre ellos, «fortalecer la unidad entre los hombres y entre las tierras de España; defender la integridad de los Principios del Movimiento Nacional y velar porque la transformación y desarrollo de las estructuras económicas, sociales y culturales se ajusten a las exigencias de la justicia social; velar por el desarrollo y el ejercicio de los derechos y libertades reconocidas por las Leyes Fundamentales y estimular la participación auténtica y eficaz de las entidades naturales y de la opinión pública en las tareas políticas; contribuir a la formación de las juventudes españolas en la fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional e incorporar las nuevas generaciones a la tarea colectiva; encauzar, dentro de los Principios del Movimiento, el contraste de pareceres sobre la acción política; cuidar de la permanencia y perfeccionamiento del propio Movimiento Nacional».

El nuevo Consejo Nacional estaría formado por un consejero por cada provincia en representación de los consejos provinciales y locales; por 40 consejeros designados por Franco entre personas que hubieran prestado «reconocidos servicios» al país —los denominados 40 de Ayete—, consejeros que al «cumplirse las previsiones sucesorias» adquirirían el carácter de permanentes hasta los 75 años de edad y que ellos mismos cubrirían las vacantes de dicho grupo mediante terna presentada al pleno del Consejo; y por doce consejeros en representación de las «estructuras básicas de la comunidad nacional», elegidos entre los procuradores en Cortes en representación de las familias, de las corporaciones locales y de la Organización Sindical (OSE). Completaban el Consejo seis consejeros designados por su presidente, y el secretario general que ejercería las funciones de vicepresidente.

² THOMÀS, J. M.^a: *La Falange de Franco. El proyecto fascista del régimen*, Barcelona, Plaza&Janés, 2001, pp. 353-360.

Las principales atribuciones que se le asignaban eran «promover la acomodación de las leyes y disposiciones generales a los Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales», proponer al gobierno «la adopción de cuantas medidas estime convenientes a la mayor efectividad de los Principios del Movimiento y demás Leyes Fundamentales» y, «en todo caso, conocer e informar, antes de su remisión a las Cortes, cualquier proyecto o modificación de Ley Fundamental». Finalmente, «elear al Gobierno los informes o memorias que considere oportunos y evacuar las consultas que aquél le someta...»³. Al Consejo Nacional se asignaba pues un papel político importante, lo que permitió que empezara a ser denominado en el lenguaje político franquista y en los medios de comunicación la *Cámara Alta* del régimen

En el Consejo Nacional —el XI— constituido tras la aprobación de la Ley Orgánica encontramos, en particular entre los 40 consejeros designados por Franco, a veteranos falangistas que se habían sentado en el Consejo de Ministros o que habían ejercido o ejercían altos cargos en el Estado y en el partido único —como Raimundo Fernández Cuesta, José Luis de Arrese, José Antonio Girón de Velasco, Pilar Primo de Rivera—, junto a veteranos de otras procedencias políticas que también habían formado o formaban parte de altos organismos del Estado —como Joaquín Bau o Antonio Iturmendi—. Entre los designados directamente por Franco estaban también miembros del gobierno, encabezados por Luis Carrero Blanco, como Manuel Fraga, Federico Silva Muñoz, Laureano López Rodó, Gregorio López Bravo y el almirante Pedro Nieto Antúnez, junto a dirigentes que formarían parte de futuros gabinetes —como Torcuato Fernández Miranda o Fernando Herrero Tejedor—. Entre los consejeros elegidos para representar a las provincias destacan falangistas más jóvenes como Rodolfo Martín Villa o José Miguel Ortí Bordás, algunos también futuros ministros como Cruz Martínez Esteruelas y José Utrera Molina, junto a cuadros con una larga trayectoria al frente de direcciones generales, gobiernos civiles o en el Ejército —como Jesús Suevos, Francisco Labadí Otermín, Fernando Mateu de Ros, o los generales Tomás García Rebull o Carlos Iniesta Cano—.

El XII y último Consejo Nacional del Movimiento, constituido en enero de 1972, presentaba una clara continuidad con el anterior. Entre las bajas del grupo de los 40 consejeros designados directamente por Franco destacan las de Raimundo Fernández Cuesta y Manuel Fraga Iribarne y, entre las altas, los miembros del gobierno formado en octubre de 1969 como Licinio de la Fuente, así como Carlos Arias Navarro, entonces alcalde de Madrid, y el general Alfonso Pérez-Viñeta. La continuidad primaba también abrumadoramente en los consejeros elegidos por las provincias, destacando entre los incorporados Marcelino Oreja, que sería más tarde miembro del grupo católico «Tácito» y ministro de Asuntos Exteriores en el

³ Ley Orgánica del Estado, 10 de enero de 1967, artículos 21, 22 y 23.

primer gobierno presidido por Adolfo Suárez, y el exdelegado nacional de la Juventud y futuro dirigente de UCD y del PP Gabriel Cisneros.

Después de la promulgación de la Ley Orgánica, fueron elaboradas una serie de normas para materializar el papel asignado al Movimiento. En primer lugar, en junio del mismo año 1967, fue aprobada la Ley Orgánica del Movimiento y su Consejo Nacional, pero tras un duro y revelador debate en el interior de la clase política franquista. Para los denominados tecnócratas, vinculados al Opus Dei y emparentados con el catolicismo reaccionario de Acción Española⁴, el Movimiento debía ser solamente, como decía la Ley Orgánica del Estado, la «comunidad de los españoles» en sus principios, es decir debía ser lo que se denominó «Movimiento-comunidad». Esta posición resultaba conveniente tanto para quienes defendían la concentración máxima de poderes en el gobierno y rechazaban las posibles interferencias de otras instancias —la posición de Carrero y los tecnócratas— como para aquellos que postulaban un futuro asociacionismo que reconociera un pluralismo político limitado, pero no sometido orgánicamente al Movimiento, que sirviera de estímulo para una vitalización de las instituciones y que permitiera conservar y ampliar los apoyos sociales del régimen, algo esencial para asegurar su futuro. Frente a tal posición, los falangistas defendieron la conservación del «Movimiento-organización», es decir, el mantenimiento del conjunto de organizaciones del Movimiento y de su papel en la vida política y, además, que fuera exclusivamente en el seno del Movimiento donde se desarrollase el «contraste de pareceres» reconocido, incluso donde se configuraran unas futuras asociaciones políticas. Pero los argumentos utilizados para tal defensa de la organización del Movimiento entraban en contradicción con el propio concepto de Movimiento-comunidad, pues aceptaban que todos los españoles no compartían una única ideología, cuando toda la retórica del régimen se fundamentaba justamente en tal supuesto, sumando a las actitudes de la minoría manifiestamente adicta las de la denominada «mayoría silenciosa».

Este debate se resolvió a favor de quienes defendían el Movimiento-organización y su protagonismo político, lo que constituye un dato muy significativo que indica la fortaleza de estas posiciones, mayor de lo que a menudo se ha considerado. Así, la Ley del Movimiento y de su Consejo Nacional estableció que el Movimiento actuaba por medio de la Jefatura Nacional, el Consejo Nacional, la Secretaría General, los consejos locales y provinciales y «aquellas organizaciones y entidades que se consideren convenientes para el cumplimiento de sus fines». El Movimiento y sus organizaciones estarían «abiertos a todos los españoles», aunque «previa aceptación expresa de fidelidad a sus Principios y demás Leyes Fundamentales del Reino, en la forma que se establezca a propuesta del Consejo

⁴ Ver los artículos de SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas. El agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68 (2007) y «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71 (2008).

Nacional». Conforme a dichas normas, el Movimiento Nacional aseguraría «la participación responsable de los españoles en la vida pública, procurando que la pluralidad de opciones se encauce y desarrolle al servicio de la unidad nacional y del bien común»⁵.

A continuación, y desarrollando las leyes citadas, fue elaborado un Estatuto Orgánico, sancionado en diciembre de 1968, que contemplaba la existencia de distintos tipos de asociaciones en el seno del Movimiento, entre ellas las de carácter político. Expresado en la farragosa retórica franquista, se contemplaba la creación de asociaciones que tuvieran como objetivo «contribuir a la formulación de la opinión pública sobre la base común de los Principios del Movimiento, en servicio de la unidad nacional y del bien común». Dichas asociaciones contribuirían «a promover el legítimo contraste de pareceres» y a «la posibilidad de un análisis crítico de las soluciones concretas de gobierno y la formulación ordenada de medidas y programas que se orienten al servicio de la comunidad nacional»⁶.

De acuerdo con el Estatuto Orgánico, se procedió finalmente a la elaboración de unas Bases del asociacionismo, aprobadas por unanimidad en el pleno del Consejo Nacional celebrado el 3 de julio de 1969, pese a manifestarse por parte de algunos consejeros serias reservas sobre el asociacionismo político. Las Bases reconocieron a los españoles el derecho a constituir asociaciones, siempre conformes a los Principios del Movimiento, en el seno del Movimiento y bajo el estricto control del Consejo Nacional. Sin embargo, la aplicación de las Bases quedó paralizada pocos meses después, tras el cambio de gobierno de octubre de 1969, con Torcuato Fernández Miranda al frente de la Secretaría General y con Carrero ejerciendo de hecho la presidencia del gabinete⁷.

Desde este momento tuvo lugar un debate continuado sobre la cuestión, que consumió una porción notable de la actividad del Consejo y que contribuye a analizar la situación y la vida interna del franquismo en sus últimos años. Fernández Miranda se vio forzado, en mayo de 1972, a revelar a los consejeros la razón última de la parálisis: Franco había aceptado la conveniencia de establecer una fórmula asociativa para dar vida política al régimen, pero las dudas le habían asaltado inmediatamente, en particular desde diciembre de 1970, agravadas por estar los partidarios más entusiastas del asociacionismo en los márgenes o fuera de la clase política franquista, en posiciones calificadas «no de nuestro Sistema» sino «demoliberales», y por tanto incompatibles con los Principios Fundamentales,

⁵ Ley Orgánica del Movimiento y de su Consejo Nacional, 28 de junio de 1967, artículo 2.

⁶ Estatuto Orgánico del Movimiento, 20 de diciembre de 1968, artículos 8 y 15.

⁷ Carrero había expresado claramente su rechazo a las asociaciones. En un informe reservado enviado a Franco, en octubre de 1969, en el que insistía en la necesidad de efectuar un cambio de gobierno, arremetía contra Solís por promover el asociacionismo que «abre, de hecho, la puerta a los partidos políticos, tan claramente proscritos en nuestras Leyes Fundamentales». Ver, TUSELL, J.: *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, p. 355.

además en un contexto de creciente conflictividad social y política. En palabras de Fernández Miranda, las asociaciones planteaban un problema «porque habiendo nacido con clara opinión, han sido manejadas de tal suerte, que no se sabe si actuarían con sinceridad ideológica o no»⁸.

Pero, pese a todo, el Consejo Nacional continuó incrementando su papel político, paradójicamente en el momento en el que los tecnócratas disponían de un mayor poder en el gobierno. En noviembre de 1972, se estableció que el período de sesiones del Consejo Nacional se abriría con un Informe Político del Gobierno, que sería objeto de análisis, debate y formulación de propuestas, y que concluiría con la aprobación de un documento «de la máxima autoridad política». Al mismo tiempo se creaba la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional para asegurar la máxima colaboración entre ambas instituciones⁹, después de las importantes tensiones manifestadas en los dos años anteriores, tras la paralización de las asociaciones y el recrudecimiento de la conflictividad sociopolítica antifranquista, que habían comportado en diciembre de 1970 la insólita solicitud por parte de 43 consejeros de la celebración de un pleno extraordinario para tratar sobre la situación política¹⁰. En el primer informe gubernamental, presentado por Carrero en marzo de 1973, se ponía en manos del Consejo formular una propuesta sobre las medidas necesarias «para ampliar la participación de los españoles en las tareas públicas»¹¹, lo que comportó que el debate sobre el asociacionismo se intensificara de nuevo. Resultaba claro que el régimen necesitaba articular algún tipo de participación política para hacer frente a la profunda erosión que estaba sufriendo. Pero justamente por eso, porque la situación política de 1973 era menos plácida para la dictadura que algunos años antes, las voces contrarias a toda iniciativa política que comportara el peligro de «desnaturalización» del régimen se incrementaron sensiblemente.

El documento que elaboró el Consejo y que fue presentado en la reunión de la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional celebrada el 7 de diciembre de 1973 reformulaba, con escasas modificaciones, las Bases de 1969, pero la muerte pocos días después de Carrero impidió la toma de decisiones al respecto. Sin embargo, la cuestión de la participación política fue reabierta de inmediato por el nuevo

⁸ AGA, Presidencia, Consejo Nacional del Movimiento (CNM), *Libro de sesiones del Consejo Nacional del Movimiento*, libro 945.

⁹ AGA, Presidencia, CNM, *Libro de sesiones del Consejo Nacional del Movimiento*, libro 945.

¹⁰ La Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional estuvo integrada, por parte gubernamental, por Carrero, López Bravo, Alfredo Sánchez Bella, Gonzalo Fernández de la Mora, José María López de Letona y José Luis Villar Palasí; en representación del Consejo, por Fernández Miranda, Jesús Fueyo, Juan Sánchez-Cortés Dávila, Santiago Pardo Canalís, José María Rabanera Ortiz de Zúñiga y José Luis Zamanillo González-Camino.

¹¹ AGA, Presidencia, CNM, *Informe político presentado al Consejo Nacional por el Excmo. Sr. Vicepresidente del Gobierno, almirante Carrero Blanco*, 1 de marzo de 1973, c. 1983.

gobierno presidido por Carlos Arias. En diciembre de 1974, con José Utrera Molina al frente de la Secretaría General, el pleno del Consejo Nacional aprobó finalmente, con tres abstenciones, el proyecto que daría lugar al Estatuto Jurídico del derecho de asociación política, con escasas variaciones respecto a las propuestas anteriores.

Un consejero, Emilio Romero, director del diario de la OSE *Pueblo*, sintetizó lo que para una parte del personal político franquista significaba la norma aprobada: era «la barcaza más importante que asegura la continuidad política y nos lleva al futuro», además del «signo externo para vernos democráticos o autoritarios»¹².

Pero por si alguien dudaba de los límites del Estatuto aprobado, los secretarios generales que lo desplegaron se encargaron de explicitarlo contundentemente. El considerado «aperturista» Fernando Herrero Tejedor, efímero secretario general, afirmó en el Consejo que lo que los franquistas denominaban «la Constitución española» —es decir, las Leyes Fundamentales— era abierta, pero «no abierta a quienes quieren entrar a saco en ella, para alterar sus principios esenciales, modificar su equilibrio de fuerzas o derrumbar sus paredes maestras», por lo que se había asegurado que no sería posible que el «desarrollo de las posibilidades de la política» del propio régimen se convirtiera en una «alteración profunda del orden constitucional»¹³. Pocas semanas después, José Solís, de nuevo en la Secretaría General, afirmaba también ante el Consejo, y frente a las voces críticas con las exigencias del Estatuto, que éste no era «estrecho», a no ser que se pretendiera «un Estatuto ancho para hacer pasar por él los explosivos que vuelen el sistema»¹⁴. Quedaba muy claro todo lo que daba de sí el asociacionismo político franquista. Desde luego no tiene base alguna establecer cualquier vínculo entre este aperturismo/reformismo franquista y los cambios políticos posteriores a 1976.

ANTE LOS PROBLEMAS DEL RÉGIMEN

Voy a ocuparme, a continuación, de algunas de las principales actuaciones del Consejo Nacional. Ya antes, pero especialmente después de la aprobación de la Ley Orgánica, y como hemos visto en las páginas anteriores, la primera actividad del Consejo fue dirigida a conseguir que el Movimiento ejerciera el relevante papel que se le había asignado, y que constituía una pieza esencial del proyecto conducido por Solís para hacer frente a los problemas políticos del presente y para preparar el futuro del franquismo. En síntesis, se trataba de impulsar un

¹² AGA, Presidencia, CNM, *Libro de sesiones del Consejo Nacional del Movimiento*, libro, 946.

¹³ HERRERO TEJEDOR, F.: *La evolución política. Discurso en el Pleno del Consejo Nacional del Movimiento el 13 de mayo de 1975*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1975, pp. 10-14.

¹⁴ «Discurso del Ministro Secretario General del Movimiento pronunciado en la sesión plenaria del día 28 de julio de 1975», *Boletín Oficial del Consejo Nacional del Movimiento*, n.º 84.

«desarrollo político» sobre tres bases estrechamente entrelazadas: participación, representatividad y legitimidad. Se trataba de establecer mecanismos para una mayor participación popular en las instituciones, obviamente las de la «democracia orgánica», para dotarlas de una mayor representatividad lo que a su vez reforzaría extraordinariamente su legitimidad. Unas instituciones con una nueva legitimidad «democrática» asegurarían la estabilidad política, el fortalecimiento del consentimiento y, en definitiva, el futuro del régimen. Pero el desarrollo político propugnado por los falangistas tuvo que enfrentarse con obstáculos notables, especialmente con las desconfianzas y los rechazos de Carrero y de los tecnócratas, lo que comportó que emergiera una desconocida tensión interna, especialmente entre 1969 y 1973. En la sesión extraordinaria del Consejo Nacional de febrero de 1971, el malestar de muchos consejeros se expresó incluso con vehemencia. Francisco Labadíe Otermín, consejero por Asturias, llegó a afirmar que los problemas que se estaban acumulando en la agenda del régimen eran «síntomas claros de que algo no funciona bien en el Movimiento y en la política del Régimen», de que «algo huele mal aquí, en donde debería estar el poder político del Régimen», y ello era así porque «institucionalmente el Movimiento no funciona como debiera funcionar según las Leyes Fundamentales». En mayo de 1972, el mismo combativo consejero afirmó que se había «interrumpido el proceso de desarrollo de las Leyes Orgánicas»¹⁵, en definitiva se había parado el necesario «desarrollo político» para hacer frente a los crecientes desafíos que se planteaban al régimen.

Más allá de la consecución del pleno ejercicio del papel del Movimiento y del Consejo Nacional, éste llevó a cabo una notable labor de análisis de los problemas de la sociedad española, en particular de los que eran percibidos como los más importantes para el régimen, y formuló propuestas para hacerles frente.

Dos de los problemas que tuvieron mayor presencia en los trabajos del Consejo Nacional fueron los relativos a la juventud y al «separatismo». En efecto, la juventud constituyó una preocupación continuada desde el inicio de la década de los años sesenta. Durante 1962 y 1963 el Consejo examinó, con manifiesta incomodidad por parte de muchos consejeros, los problemas, actitudes y opiniones de los jóvenes, lo que comportó encontrarse con un cuadro muy poco amable. Rodolfo Martín Villa, delegado nacional del SEU, llegó a afirmar en relación a los universitarios que «la juventud se nos ha ido»¹⁶. Por su parte, Joaquín Ruiz Giménez, presidente de la ponencia encargada del tema, no presentó un panorama más tranquilizador: «cualquiera que esté en contacto con los medios juveni-

¹⁵ AGA, Presidencia, CNM, *Libro de sesiones del Consejo Nacional del Movimiento*, libro 945.

¹⁶ AGA, Presidencia, CNM, *Incorporación al Movimiento de la juventud universitaria*, c. 9849. El texto completo de Martín Villa en YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.

les sabe que en el seno de la universidad, y no digamos en el seno de la clase obrera, hoy la ideología socialista tiene una enorme fuerza». Pero, además de los problemas derivados de un sector de la juventud «que abiertamente está en ruptura con nosotros», no podía ignorarse que la «más próxima a nosotros, es decir la de nuestros hijos concretamente (...) está en actitud díscola, y posiblemente cada uno de nosotros tenemos el riesgo de que alguno de nuestros hijos un día se enfrente con lo que nosotros representamos»¹⁷. Naturalmente, no todos los consejeros compartían esa visión tan dramática; además también discrepaban sobre las causas y, en consecuencia, sobre las actuaciones que deberían promoverse. En cualquier caso, combatir la situación descrita no resultaba nada fácil considerando el conjunto de cambios sociales y culturales que estaba experimentando la sociedad española desde el inicio de la década, con particular impacto entre los jóvenes. El análisis y el debate sobre la juventud estuvo presente reiteradamente en el Consejo. En enero de 1968, un nuevo estudio, en este caso dedicado exclusivamente a la Universidad, afirmaba que estaba en «crisis y en subversión»; en subversión, porque se había convertido en un «centro de ataques al Régimen»¹⁸, lo que la oposición comunista denominaba una «zona de libertad». En los años siguientes la rebeldía de los jóvenes no haría más que crecer ante la impotencia del régimen.

El «separatismo» fue otra de las cuestiones que recibió mayor atención en sucesivos informes y debates. En 1962, en 1971 y nuevamente en 1973 se analizó y discutió sobre la situación política, social y cultural en el País Vasco y en Cataluña, y se formularon propuestas para desarrollar un «regionalismo bien entendido» como alternativa al extremo centralismo y al uniformismo impuesto desde 1939, y para hacer frente al catalanismo y al nacionalismo vasco que, a los ojos de los consejeros y de la mayor parte de la clase política franquista, volvían a amenazar la sacrosanta «unidad de España»¹⁹. Un documento de la Comisión Permanente del Consejo de febrero de 1971 sostenía una implícita autocritica al afirmar que confundir separatismo con regionalismo era muy peligroso, fruto de una determinada concepción de España «que ha dado en definir lo español como una idea en exceso abstracta y radicalmente uniforme, en cuya virtud cuanto no se adapta al rígido esquema preestablecido se repudia lisa y llanamente como secesionista». Ello alimentaba la contraposición de lo particular a lo español, lo que era aprovechado por quienes pretendían «destruir la unidad de la nación y el sistema

¹⁷ AGA, Presidencia, CNM, *Libro de sesiones del Consejo Nacional del Movimiento*, libro 919. Una explicación extensa en MOLINERO, C. e YSÀS, P.: *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona Crítica, 2008, pp.71-76.

¹⁸ AGA, Presidencia, CNM, *Informe sobre la situación actual de la Universidad*, Madrid, enero de 1968, c. 9922.

¹⁹ Los trabajos y debates sobre Cataluña han sido estudiados por SANTACANA, C.: *El franquisme i els catalans. Els informes del Consejo Nacional del Movimiento (1961-1971)*, Afers, Catarrosa, 2000.

político existente», y ponía como ejemplo de medidas contraproducentes determinadas prohibiciones y restricciones, ya que si «ciertos emblemas, enseñas o cánticos» eran considerados antinacionales «desde la rigidez del esquema uniformista», estos símbolos eran monopolizados por «los elementos separatistas que acaparan así el poder convocante de aquellos signos», reforzando sus posiciones. Sin embargo, las tímidas propuestas descentralizadoras formuladas por el Consejo apenas lograron abrirse camino.

Desde finales de los años sesenta, la «subversión», es decir, la creciente actividad de la oposición antifranquista y la también creciente conflictividad social, se convirtieron en la principal preocupación del Consejo. Así fue particularmente en la sesión extraordinaria del Consejo Nacional celebrada en febrero de 1971 tras la convulsión causada por el «proceso de Burgos». En el documento debatido en dicho pleno titulado «Esquema sobre libertad y seguridad en la Comunidad Nacional ante la situación política actual» se exponía el crecimiento de la actividad opositora desde mitad de los años sesenta, en especial en las universidades, en las grandes empresas industriales y en los colegios profesionales, facilitada, se afirmaba, por una mayor difusión de opiniones favorables a la democracia gracias a la nueva Ley de Prensa e Imprenta. El documento se ocupaba también del papel «subversivo» de importantes sectores del clero, una denuncia que iba más allá, porque «el alejamiento de la Iglesia española de las estructuras del Poder Civil» había «sufrido en los últimos años una fuerte aceleración», hasta el punto de que la Iglesia había dejado de ser «un factor aglutinante de nuestra sociedad, y la fe católica neutralizante principal de nuestros demonios familiares»²⁰.

Las medidas contra la «subversión» adoptadas en los años anteriores, añadía el texto, habían obtenido resultados muy pobres; en este sentido, se expresaba una moderada crítica a la considerada insuficiente actuación gubernamental, a pesar de la contundencia de muchas afirmaciones de Carrero²¹. Para los consejeros que elaboraron el documento citado²², las fuerzas de la «subversión» y los «núcleos coadyuvantes» actuaban impunemente, por lo que pedían la aplicación rigurosa de las leyes, porque el Estado no podía ser tolerante con las doctrinas y actividades que amenazaran «sus creencias fundamentales así como con quienes traten de impedir su normal funcionamiento o amenacen su estructura social». La intolerancia, añadían, debía extenderse a «quienes pactan, encubren o facilitan la

²⁰ AGA, Presidencia, CNM, *Esquema sobre libertad y seguridad en la Comunidad Nacional ante la situación política actual*, c. 9929.

²¹ Por ejemplo, en la intervención en las Cortes el 7 de febrero de 1969 para dar cuenta del establecimiento del estado de excepción, Carrero manifestó que «caería inexorablemente todo el peso de la ley sin contemplaciones de ninguna especie» sobre los transgresores del orden. El texto completo de la intervención en ALMIRANTE CARRERO BLANCO: *Discursos y escritos 1943-1973*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1974, pp. 218-226.

²² Los autores eran Antonio Ibáñez Freire, José Planelles Guerrero y Luis Valero Bermejo.

acción subversiva»²³. La llamada al endurecimiento de la represión era, pues, inequívoca.

En las sesiones del Pleno del Consejo Nacional, la mayoría de quienes intervinieron coincidieron con las formulaciones del documento; por ejemplo, Labadie Ortermín, afirmó que los enemigos del régimen le habían «perdido definitivamente el miedo y estaban dispuestos a «asaltarle y destruirle». Otros, como Emilio Romero, se quejaron amargamente del trato recibido en el exterior, argumentando que se les pedía «una conducta con el adversario interno, sin aceptar que somos una nación acosada por el comunismo desterrado» y por «una emigración política todavía influyente»²⁴.

La Comisión Permanente del Consejo Nacional, en su informe preceptivo para la sesión, apuntaba la necesidad de evaluar si los recursos represivos disponibles eran suficientes y de revisar las normas legales²⁵. En definitiva, el Consejo Nacional mostraba de manera muy clara una notable preocupación por la acción opositora y pedía una respuesta más contundente, dedicando más recursos humanos y materiales a la defensa del régimen si ello era necesario y, al mismo tiempo, revisando las normas vigentes para hacerlas más eficaces.

La preocupación por la «ofensiva subversiva» aparecería de nuevo en sesiones del Consejo celebradas en los dos años siguientes. En marzo de 1972, en el informe presentado al Consejo por Carrero, y en los informes complementarios presentados por los ministros de Gobernación, Tomás Garicano Goñi, Educación, José Luis Villar Palasí y Sindicatos, Enrique García Ramal, la «subversión» ocupó nuevamente un lugar preferente, y en un acalorado debate en el cual se relacionaron directamente los desafíos crecientes y la insuficiente acción desde las instituciones, el teniente general Carlos Iniesta Cano, director general de la Guardia Civil, defendió que había que desencadenar una «acción enérgica para que no por temor a la creación de mártires estemos nosotros siendo los mártires de la situación». Por su parte, José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde, añadió que hacía falta «autoridad», pero también «una política impetuosa, una política constructiva, una política capaz de ilusionar a las masas y capaz de devolver a la juventud la ilusión por esos ideales que se sacrificaron un día». Y añadió: «tanto hemos querido suprimir los partidos políticos que hemos llegado a suprimir el nuestro» y así «ahora resulta que hay un solo partido en el país: el partido comunista»²⁶.

Esta última intervención es representativa de una opinión notablemente extendida en el Consejo que relacionaba la creciente «subversión» con los errores e

²³ AGA, Presidencia, CNM, *Esquema sobre la libertad y seguridad en la Comunidad Nacional ante la situación política actual*, c. 9929.

²⁴ AGA, CNM, *Libro de sesiones del Consejo Nacional del Movimiento*, libro 941.

²⁵ AGA, Presidencia, CNM, *Informe del orden del día*, c. 9900.

²⁶ AGA, Presidencia, *Libro de sesiones del Consejo Nacional del Movimiento*, libro 944.

insuficiencias de la política del régimen, aunque con notables discrepancias sobre la cuestión. Una parte muy amplia de consejeros consideraba que la contestación social y política se había agravado por una política represiva de insuficiente dureza y, por tanto, clamaba por una acción mucho más contundente. Pero, a partir de aquí, surgían importantes discrepancias; una parte del Consejo miraba hacia el pasado con nostalgia y reclamaba una vuelta a los orígenes y a las esencias al tiempo que rechazaba cualquier iniciativa que pudiera derivar, aunque fuera involuntariamente, en un proceso de «desnaturalización» del régimen. Compartiendo lo último, una parte numerosa del Consejo Nacional continuaba defendiendo el «desarrollo político» como única alternativa frente a las demandas de cambio de la sociedad. En todo caso, la incapacidad de dicho «desarrollo político» para revertir la situación quedó claramente de manifiesto en 1975.

SIN FRANCO

La última parte de este texto está dedicada al Consejo Nacional en 1976, con Franco desaparecido ya de la escena pero no así la dictadura franquista. Cuando tras larga agonía se apagó la vida del dictador, el Consejo estaba ocupado en el despliegue del asociacionismo. Las propuestas reformistas del primer gobierno de la monarquía provocaron sorpresa e inquietud entre los consejeros, aunque la formación de una nueva Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional para proceder al estudio de los proyectos legislativos otorgaba aparentemente al Consejo un muy notable papel²⁷. Es bien conocido como, a lo largo de los primeros meses de 1976, el limitado alcance de los cambios propuestos, en un contexto en el que se estaba desarrollando una importantísima movilización antifranquista, tuvo como resultado la agudización de la crisis política, amenazando incluso a la institución monárquica²⁸.

En mayo y junio el Consejo Nacional examinó el principal proyecto del reformismo gubernamental, la propuesta de reforma de la Ley Constitutiva de las Cortes y otras Leyes Fundamentales. Los escritos presentados por los consejeros mostraban el desconcierto de muchos ante el proyecto remitido por el gobierno, y mientras unos se adaptaban a la nueva situación política, otros mostraban su rechazo radical a cualquier cambio que modificara sustancialmente el ordenamiento político. No

²⁷ Presidida por Carlos Arias y con Adolfo Suárez como vicepresidente, en representación del gobierno formaron parte de la Comisión Fraga, Solís, Martín Villa, Fernando de Santiago y Díaz de Mendivil, Juan Miguel Villar Mir, José M.^a de Areilza, Antonio Garrigues y Alfonso Osorio. Por el Consejo Nacional, Fernández Miranda, Fueyo, Girón, López Bravo, Ortí Bordás, José García Hernández, Miguel Primo de Rivera y Enrique Sánchez de León.

²⁸ Ver, entre otros, SARTORIUS, N. y SABIO, A.: *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España, noviembre de 1975-junio de 1977*, Madrid, Temas de Hoy, 2007; TUSELL, J. y G. QUEIPO DE LLANO, G.: *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003.

obstante, en la ponencia formada en la Sección Primera del Consejo, dedicada a «Principios Fundamentales y desarrollo político», fueron predominantes las actitudes más favorables a la reforma, incluso más allá del proyecto gubernamental.

El escollo fundamental de toda propuesta reformista estaba en la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento. Por ello, el texto elaborado por la ponencia afirmaba que, «por encima de rígidas interpretaciones», era fundamental «la continuidad del Estado, la consolidación de la Monarquía y el encauzamiento ágil de la presencia y de la participación política del pueblo español». Esto sólo podía lograrse mediante «una interpretación amplia y progresiva de los propios Principios», necesaria porque los cambios experimentados por la sociedad española exigían «una concepción dinámica» de aquellos «para que no queden superados por la aceleración de los hechos»²⁹. Formulado más clara y directamente: o bien se forzaba una interpretación de los Principios hasta lo conveniente, o toda reforma sería inviable, aunque ello era precisamente lo que se había pretendido con la Ley de 1958: «blindar» el régimen y hacer imposible su transformación.

La propuesta de informe sobre el proyecto redactada por la citada ponencia es particularmente interesante porque constituye una de las primeras piezas del discurso construido para justificar reformas abiertamente contradictorias con los principios y con las características del franquismo presentándolas como si constituyeran el natural y máximo desarrollo del mismo, lo que permitía obviar su cuestionamiento y el de su clase política.

Conforme a tales planteamientos, la ponencia se había inclinado por informar favorablemente sobre los cambios institucionales, calificados como «de indudable alcance», e incluso por proponer «modificaciones importantes a fin de conseguir la coherencia y la funcionalidad de las nuevas instituciones»³⁰, pero cuando el 11 de junio se reunió el Pleno de la Sección Primera del Consejo se manifestó un contundente rechazo al texto presentado, por lo que fue designada una segunda ponencia que presentó su informe el día 30 del mismo mes³¹. Sin embargo, el debate sobre este nuevo documento, inicialmente aprobado como base de discusión, quedó inconcluso al producirse la dimisión forzada de Carlos Arias y la formación de un nuevo gobierno.

²⁹ AGA, Presidencia, CNM, *Proyecto de Ley de Reforma de la Ley Constitutiva de las Cortes y otras Leyes Fundamentales*, c. 1980. La ponencia estuvo formada por Licinio de la Fuente, José Miguel Ortí Bodás, Baldomero Palomares, Emilio Romero, Melitino García Carretero, Eduardo Navarro Álvarez y Fernando Benzo Mestre. Sus reuniones fueron presididas por Jesús Fueyo en su condición de presidente de la Sección Primera del Consejo.

³⁰ AGA, Presidencia, CNM, *Proyecto de Ley de Reforma de la Ley Constitutiva de las Cortes y otras Leyes Fundamentales*, c. 1980.

³¹ Los miembros de la nueva ponencia fueron José García Hernández, Manuel Conde Bandrés, Julio Gutiérrez Rubio, Manuel Ortiz Sánchez e Ignacio García López.

Este segundo texto reflejaba mucho mejor las actitudes mayoritarias presentes en el Consejo Nacional, entre el continuismo y el reformismo de menor alcance. La ponencia aceptaba que era necesaria la reforma, pero consideraba que no debía «exceder del cuadro del perfeccionamiento» ofrecido por las Leyes Fundamentales. El documento elaborado afirmaba que los Principios Fundamentales continuaban «constituyendo el sustrato ideológico del ordenamiento nacional», y que el nuevo Senado recogía entre sus fines «aspectos muy destacados de los que configuran el Consejo Nacional por la Ley Orgánica del Estado». Y, aunque la estructura del Movimiento no era una cuestión a tratar en normas fundamentales, el Consejo manifestó «su preocupación ante el Gobierno sobre la conveniencia de asegurar los fines de carácter social y comunitario, integrados en la estructura actual, a fin de que puedan seguir siendo prestados a la comunidad de forma eficaz y continuada, adecuando sus organizaciones y servicios a la nueva ordenación sociopolítica». La ponencia mostraba su acuerdo con el sistema bicameral tal como figuraba en el proyecto gubernamental, aunque proponía severas limitaciones a la representación en proporción a la población de cada provincia³². En definitiva, la ponencia y la mayoría de los miembros de la Sección Primera del Consejo realizaron la lectura más continuista posible del proyecto de reforma, remarcando la vigencia de los Principios Fundamentales del Movimiento, la continuidad del Consejo Nacional en el nuevo Senado, y la necesidad de mantener la organización del Movimiento. Por otra parte, aprovecharon las ambigüedades e indefiniciones del texto gubernamental para formular propuestas tendentes a limitar el alcance de los cambios.

Poco después, la Comisión Permanente del Consejo tuvo que hacer frente a una petición, encabezada por el exdirector del Instituto de Estudios Políticos, Emilio Lamo de Espinosa, para que se interpusiera recurso de «contrafuero» contra la Ley de Asociación Política aprobada por las Cortes el 9 de junio, por considerar que vulneraba la Ley de Principios Fundamentales y la Ley Orgánica del Estado. La Comisión Permanente rechazó la petición pero tuvo que elaborar un extenso informe para justificar que no existía tal vulneración. Partiendo de la literalidad de las normas y forzando su interpretación hasta donde fuera necesario se argumentaba algo absolutamente insólito: que «la ilegalidad o antijuricidad de los partidos políticos» no tenía «prohibición constitucional expresa». Además, considerando los documentos favorables al «desarrollo político» aprobados por el Consejo en los años anteriores, se afirmaba que la ley respondía «a un decidido intento de perfeccionamiento democrático de la convivencia española». Apelando al reconocimiento del derecho de asociación en el Fuero de los Españoles, la Comisión Permanente afirmaba que había existido una «prolongada laguna legal técnica, por falta de regulación de una de las fórmulas del asociacionismo, el político», lo cual había sido

³² AGA, Presidencia, CNM, *Proyecto de Ley de Reforma de la Ley Constitutiva de las Cortes y otras Leyes Fundamentales*, c. 10029.

«cuestión de oportunidad o de política legislativa»³³. Es decir, la negación del pluralismo político en el marco de un régimen de partido único se convertía simplemente en «una prolongada laguna legal técnica» y las mismas normas que habían servido para negar los derechos civiles básicos se convertían en sustentadoras de todo lo contrario.

El gobierno presidido por Adolfo Suárez retiró del Consejo Nacional el proyecto de reforma de Fraga y en septiembre aprobó el nuevo proyecto de Ley para la Reforma Política. Menos de un mes después, el 8 de octubre, se reunió por última vez el Consejo Nacional para debatir y aprobar el informe preceptivo sobre la propuesta gubernamental. El informe, aprobado con 80 votos favorables, 13 contrarios —los de los consejeros que rechazaban frontalmente la reforma— y 6 abstenciones —la mayoría de ellas de los miembros del gobierno presentes—, hacía de nuevo la lectura más continuista posible del proyecto de ley y proponía una serie de modificaciones con el claro objetivo de limitar hasta donde fuera posible el alcance de los ya inevitables cambios, desde la fijación de cuestiones que debían quedar excluidas de cualquier posibilidad de reforma hasta el establecimiento del sistema electoral previsiblemente más beneficioso para la clase política franquista, pasando por un Senado con un mayor peso político.

En la primera parte, y siguiendo la propuesta de informe sobre el proyecto del gobierno Arias, el documento se esforzaba en defender la compatibilidad de la reforma con lo fundamental del orden franquista e incluso en presentarla como un paso natural dada la trayectoria del régimen y las exigencias de la sociedad que éste había configurado. Sin duda, políticamente, para buena parte de la clase política franquista éste era el único argumento, por forzado que resultara, que le permitía adaptarse a unos nuevos tiempos sin someter a crítica su trayectoria anterior. El informe definía a la democracia como un método «que en sí no es un fin», y que no debería «hacer olvidar ideales e intereses supremos en la vida de una Nación que, por su trascendencia, la democracia debe garantizar, salvaguardando valores cuya vigencia debe quedar protegida»³⁴. El Consejo Nacional también aprobó, contra la posición de la ponencia, una propuesta de Gonzalo Fernández de la Mora para que el futuro Senado mantuviera la representación orgánica.

La Ley para la Reforma Política fue aprobada pocas semanas más tarde por la Cortes sin tener en cuenta el informe del Consejo Nacional, y tras rechazar la enmienda a la totalidad defendida por Blas Piñar.

* * *

³³ *Boletín Oficial del Consejo Nacional del Movimiento*, n.º 84.

³⁴ AGA, CNM, Libro de sesiones del Consejo Nacional del Movimiento. *Informe que en relación con el Proyecto de Ley para la Reforma Política eleva el Consejo Nacional del Movimiento al Gobierno de la Nación, en cumplimiento de las atribuciones conferidas en el apartado b) del artículo 23 de la Ley Orgánica del Estado*, lib. 948.

La Ley Orgánica del Estado institucionalizó definitivamente el Consejo Nacional del Movimiento, atribuyéndole importantes funciones y modificando su composición. Ello reforzó el proyecto de «desarrollo político» encabezado por José Solís para asegurar la continuidad del franquismo y a la vez situar al Movimiento en una posición central en el ordenamiento del régimen. El Consejo dedicó una parte muy considerable de su actividad a lograr desarrollar el papel asignado si bien se encontró con la actitud poco favorable de Carrero y de los tecnócratas, lo que quedó de manifiesto con la paralización de la creación de asociaciones políticas en 1969. Por otra parte, el cambio gubernamental de octubre abrió un período de notable tensión entre el Consejo Nacional y el gobierno, que se expresó con intensidad en la sesión extraordinaria del Consejo de febrero de 1971 y que tuvo como consecuencia final la confirmación y la ampliación del papel del Consejo, con la regulación de los períodos de sesiones y con la formación de la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional, paradójicamente en el momento de mayor poder de los tecnócratas.

Con el gobierno de Carlos Arias, el «desarrollo político» pareció que al fin avanzaría mediante la aprobación, después de años de debates, del Estatuto que regulaba la creación de asociaciones políticas en el marco del Movimiento y bajo el control del Consejo Nacional. Pero en ese momento, la crisis de la dictadura había reducido sustancialmente el margen de maniobra del régimen. Por otra parte, la elevada conflictividad sociopolítica había rebajado el entusiasmo «aper-turista» en sectores significativos de la clase política franquista resituándolos en actitudes básicamente defensivas.

A comienzos de 1976, el Consejo Nacional se encontró con un tímido proyecto reformista impulsado por el nuevo gobierno que, sin embargo, desbordaba los límites de los Principios del Movimiento. Una nueva y final división se manifestó en el seno del Consejo; por un lado, una parte de los consejeros se adaptaron con rapidez a las propuestas gubernamentales, elaborando un discurso que presentaba los cambios anunciados como continuación y culminación del orden franquista, aunque, al menos en cuanto a la mayoría de este sector, intentando la limitación máxima de dichos cambios. Otro sector del Consejo, manifestó el rechazo al reformismo, denunciando su incompatibilidad con los principios y el ordenamiento franquista.

El último pleno del Consejo Nacional, en octubre de 1976, mostró su incapacidad para evitar el inicio del desmantelamiento de la dictadura, a pesar del formidable blindaje legal que se había preparado tan laboriosamente para que todo quedara «atado y bien atado» y en el que el propio Consejo era una pieza esencial.

FALANGE Y EL CAMBIO POLÍTICO Y SOCIAL EN LA ESPAÑA DEL DESARROLLISMO. MATERIALES PARA EXPLICAR UNA SOCIALIZACIÓN COMPLEJA¹

MIGUEL ÁNGEL RUIZ CARNICER
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Hace no demasiado tiempo, en 2008, Joan María Thomàs publicaba un trabajo en *Ayer*² en el que realizaba una revisión historiográfica que en la práctica suponía un pequeño pero completo estado de la cuestión del tema y señalaba el camino recorrido pero también algunas líneas en las que había que profundizar, entre ellas el trabajo de base sobre la Falange local, real y concreta existente en España, trabajando más con los archivos locales o sectoriales o mediante la historia oral, que no el mero trabajo de seguimiento del BOE o de los rimbombantes artículos de la prensa del oficialismo como *Arriba* o la prensa provincial del Movimiento, pues ello podía dar lugar a una impresión irreal e incompleta sobre el potencial de Falange. En ese sentido, los aportes de Alfonso Lazo o de J.A. Parejo en Andalucía han ido en esa línea y se unen a algunos otros trabajos.

Otra cuestión es la influencia real de los falangistas en la población, teniendo en cuenta esa falta de medios, las batallas internas por el poder dentro del régimen, un contexto internacional cada vez menos adecuado para un proyecto como el falangista y la subordinación plena de los falangistas al estado, lo que les seguía nutriendo, pero a la vez hacía muy poco creíble la posibilidad de configurar un proyecto alternativo aunque fuera en el seno del régimen.

Thomàs destacaba también la ausencia de monografías a escala nacional sobre el partido a partir de 1945. En el último párrafo de ese trabajo se decía que «se hace necesario profundizar en las investigaciones sobre la relación de FET y de las JONS con la población para poder valorar su influencia y capacidad de penetración en la sociedad, tanto desde la perspectiva de la propia organización masculina como de las secciones o servicios, diferenciando ámbitos territoriales».

¹ Este trabajo ha sido posible y se ha desarrollado dentro del marco del Proyecto de Investigación HAR2008-05949/Hist del Ministerio de Ciencia e Innovación, Gobierno de España.

² THOMÀS, J. M.: «Los estudios sobre las Falanges /Fe de las JONS y FET y de las JONS): Revisión historiográfica y perspectivas», *Ayer* 71 (2008), pp. 293-318.

Es quizá uno de los elementos clave y que más se nos escapan aún a los historiadores, especialmente en la década de los sesenta y setenta, sobre todo en el periodo 1965-69 en que, a pesar de los desafíos que ya tenía el régimen y la pérdida definitiva de la Universidad, aún existe una posibilidad de construir un proyecto diferenciado pensando en el futuro del régimen, al calor del debate sobre el asociacionismo dentro del movimiento, del nuevo marco de ley de prensa de 1966 y del propio contexto político de esa segunda mitad de la década³. Un contexto peculiar: hay que recordar que algunos de los medios falangistas veían con agrado el movimiento guerrillero latinoamericano y singularmente la figura del Che Guevara; miraban con fascinación el mayo francés y otros movimientos estudiantiles de ruptura, con la única incomodidad de que también se daban en España; pero hacían la lectura de que este movimiento era la avanzada de un rechazo a la democracia al estilo occidental que interpretaban ellos que dejaba en mejor lugar la vía española. Llegaban a establecer paralelismos entre la vieja rebeldía falangista y los movimientos de liberación del tercer mundo. Algunos discursos de Martín Villa o los referentes antedichos son una prueba. De hecho, el Che Guevara visitará España en tres ocasiones; la primera de ellas, amparado y financiado por la Secretaría General del Movimiento, siendo recibido y atendido durante su estancia en Madrid por el periodista del Movimiento Antonio D. Olano y alojándose en el Hotel Suiza, en donde Falange tradicionalmente alojaba a sus huéspedes⁴.

Más allá de anécdotas, lo que aquí pretendemos es hacer un acercamiento forzosamente parco en su desarrollo sobre el papel complejo y ambivalente de falange en los años sesenta y setenta respecto a la forja y evolución de la cultura política de los españoles en ese periodo, pensando en el proceso de transición hacia la democracia ulterior.

CULTURA POLÍTICA DE LOS ESPAÑOLES Y CAMBIO POLÍTICO

Los informes FOESSA al igual que otros trabajos sociológicos posteriores muestran desde el principio una baja cultura política de los españoles⁵, corrobo-

³ Pere Ysàs se ha acercado de manera sugerente a esa evolución del conjunto del régimen en YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004 y en YSÀS, P.: «Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», *Ayer* 68 (2007), pp. 31-57.

⁴ *El País*, 5/8/03. Una visión anecdótica de la peculiar visita en OLANO, A. D.: *La gran Vía se ríe*, Madrid, VisionNet, 2010.

⁵ La referencia a los Informes FOESSA y los acercamientos modernos al tema están bien resumidos en SEVILLANO CALERO, F.: «Opinión y dictadura en España : la percepción de los cambios a través del análisis de la cultura política (1965-1977)», en SANCHEZ RECIO, G. (Coord.): *Eppure si muove. La percepción de los cambios en España (1959-1976)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008. Vale la pena el completo resumen sobre el tema de la cultura política y el aprovechamiento de la información anterior que hace REIG CRUAÑES, J.: *Identificación y alienación. La cultura política y el tardofranquismo*, Valencia, Univer-

rados por otros como los de López Pina y Aranguren. Otros rastreos que se han hecho en el tiempo desde la pura sociología como los de la Empresa DATA o los trabajos de Juan Díez Nicolás, también nos llevan en esa dirección. Algunos análisis primerizos de opinión pública corroboran esta visión. Encontramos trabajos accesibles en este sentido en la *Revista Española de Opinión Pública* o en el actual Centro de Investigaciones Sociológicas, ya que el propio régimen, que siempre tuvo interés por la opinión pública de los españoles, especialmente los falangistas que durante muchos años encargaron estudios «de ambiente» a través del Servicio de Auscultación, eran conscientes de ello. Una muestra de la preocupación por la reacción de los españoles y su deseo de conocer la «pulsión de las masas»⁶ se puede ver en los ricos antecedentes del Instituto de Opinión Pública y la trayectoria de éste. En todo caso, los instrumentos técnicos y, sobre todo, el marco político hacían muy difícil afirmar con criterios sólidos cuál es el pensamiento de la población respecto a sus ideas y respecto a las perspectivas de futuro. La guerra en este sentido, como es sabido, hace de terrible nivelador y parteaguas de recuerdos. Lo que parece muy claro es que hay una nítida ruptura entre el periodo de esperanzas en modelos utópicos y de transformación social y el tiempo de la larga posguerra española, en el que la supervivencia ahoga cualquier sueño político y social y hace que la propia transmisión de esos ideales se corte, y explique el perfil apolítico de tantas y tantas familias, unas porque son el producto directo de la dictadura, en su capacidad desmovilizadora tras 1945; otros, porque conscientemente buscaron proteger a sus hijos dejándoles en la mayor ignorancia política.

Sea como fuere, a partir de 1956 y de la conflictividad universitaria que empezará a menudear desde ese momento, será evidente que la juventud se separaba del régimen, que se estaba forjando una sociedad nueva para la que el falangismo, como la propia figura de Franco, formaban parte de sus vidas y de su educación no sólo política sino también emocional, pero que difícilmente podía formar parte del futuro⁷. Ese reconocimiento va a espolear distintas salidas a la situación; pero la movilización dentro de estos supuestos falangistas ya no es

sitat de València, 2007. El *Informe sociológico sobre la situación social de España 1970*, Madrid, Euramérica, 1970 fue censurado por el Ministerio de Información y Turismo: la parte realizada por Amando de Miguel, el capítulo referido a «vida política y asociativa». Un buen resumen de aspectos de este primer informe y siguientes de la Fundación FOESSA en el citado libro de REIG CRUAÑES y en SEVILLANO CALERO, F.: *Ecos de Papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. Sigue siendo útil el volumen de ARANGUREN, E. J. y LOPEZ PINA, A.: *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976.

⁶ Un muy interesante trabajo sobre los mecanismos de «auscultación» a lo largo del franquismo, sus limitaciones y algunos de los más interesantes primeros estudios de opinión encargados por el régimen en ALCOBENDAS TIRADO, M. P.: *Historia del Instituto de la Opinión Pública 1963-1977*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006.

⁷ Sobre este tema, de la deriva de los estudiantes, detectada por profesores y especialistas, hice en su momento un resumen en RUIZ CARNICER, M. Á.: «Los estudiantes de la Universidad de Valencia en el franquismo (1939-1965). Del encuadramiento político a la agitación social», *Saitabi* 49 (1999), pp. 125-153.

posible por el desgaste de los nombres, de los iconos, de las canciones, de toda la rica simbología falangista. De ahí la búsqueda de referentes de estos sectores formados en el régimen y que no pueden alinearse con éste, aunque estén en él y actúen en su interior. De esas contradicciones y tensiones entre realidad y deseo surgen las terceras vías y esos problemas; y de ahí viene también ese revolverse contra una sociedad con pautas autoritarias, conservadoras y continuistas, que interioriza los valores del régimen como la paz y el orden entre los grupos de población más teóricamente críticos como los sectores obreros y deja sólo para una estrecha minoría de universitarios y de clase media y media-alta culta la constatación de la diferencia que nos separa con Europa, la falta de un marco legal de libertades, la inexistencia de libertad de expresión, la arbitrariedad de poder que se evidencia cuando el orden público se ha puesto en entredicho por una conflictividad lógicamente creciente en un marco de desarrollo social y económico sin contrapartidas de evolución política y representativa de ningún tipo.

La cultura política de los españoles a la altura de mediados de los años sesenta estaba presidida por la inercia política y la aceptación de lo establecido, con fuerte rechazo a la participación política, lo que refuerza las pautas de apoliticismo y autoritarismo, asumiéndose la idea de que hay que delegar el poder en un hombre providencial o en un grupo⁸. El fuerte conservadurismo se traducía en autoritarismo, apego a la tradición, justificación de las diferencias sociales y no secularización. Los más continuistas serían los obreros y clases bajas y los más progresistas los universitarios y profesionales. Llama la atención en estos datos —por otro lado conocidos y publicados en muchas ocasiones— la reafirmación en posiciones extremas de futuro (continuidad franquista o ruptura mediante la fórmula de la república) y el seguidismo de los estudiantes de bachillerato respecto a lo existente, que hace que el 17% de estudiantes de bachillerato digan tener preferencia por el Movimiento (y el 7% por Falange, planteándolo como algo diferente), algo que queda reducido al 1% entre los universitarios, lo que muestra claramente cómo existe una cesura entre las personas que van a la Universidad y se ven sometidas a una influencia crítica contra el régimen respecto a las que no van.

Los valores de Paz y Justicia son los más valorados por los encuestados, mientras que son muy bajos los atribuidos a la Libertad o la democracia. Estos valores sólo muy lentamente se irán modificando y, en todo caso, marcando una clara diferencia entre los sectores urbanos, cultos y bien informados, partidarios del cambio político, la democracia y el acercamiento a Europa y el resto de la población de menor formación, mujeres y sector rural que son mucho más seguidistas

⁸ MIGUEL, A. de: *El final del franquismo: testimonio personal*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 265 y ss. Estos datos y los de las siguientes líneas forman parte del capítulo censurado por el Ministerio de Información y turismo al *Informe sociológico sobre la situación social de España*, 1970, Madrid, Euramérica, 1970, elaborado por Amando de Miguel e incorporado en este volumen por su autor. Son datos tomados en 1969.

de la situación establecida y arrojan serios temores ante un cambio político que suponga pluripartidismo y libertades públicas, para muchos asociadas al estado de cosas que llevó a la guerra civil. Esa unión entre libertades políticas y conflicto civil es uno de los mayores logros de la dictadura a la hora de impedir un cambio político, una modificación de los dirigentes y cualquier evolución política.

Datos como éstos llevan a que se afirme la existencia de una cultura política escindida, como hace Reig Cruaños: el resultado de la guerra civil sería la existencia no de una sola cultura política, sino de dos: una de identificación con el régimen y otra de alienación o rechazo. La existencia de dos culturas políticas supondría la excepcionalidad española, pues debería haber una única cultura política por compleja o ambivalente que esta fuera, haciendo imposible la existencia de una cultura cívica común, compartida. Sin embargo, este concepto, proveniente de la ciencia política está ideado para aplicarlo a países con regímenes de libre concurrencia política, todos ellos democráticos y participativos con sus peculiaridades. De hecho, Almond y Verba, los creadores del concepto, intentaban demostrar la existencia de una cultura cívica compartida que aseguraba el mantenimiento de la convivencia por la síntesis pluralista que se conseguía; socialmente daba lugar a la mezcla de consenso y de aceptación de la diferencia, de cambio y transformación con moderación y continuidad⁹.

Por ello, desde nuestro punto de vista, y a pesar de su interés desde otros ángulos más sociológicos o politológicos, no podemos quedarnos en la existencia de dos culturas contrapuestas en el franquismo (identificación y alienación) ante la ausencia de una «cultura cívica» compartida, ni podemos centrarnos en la visión más global de las aproximaciones sociológicas estando de acuerdo en la utilidad de sus aportes. Y es que los ciudadanos tienen no sólo una cultura autoritaria en abstracto y el miedo nacido de la guerra civil, como muy bien ha explicado Paloma Aguilar, sino socializaciones políticas concretas en las que sabemos que el régimen como tal fracasa en su objetivo de dotar de continuidad al proyecto franquista, lo que no quiere decir que no sean esos elementos los que hayan conformado y aún conforman una buena parte de la mentalidad de los españoles.

Como es sabido, hoy día el concepto de cultura política ha evolucionado mucho tanto en el ámbito politológico como en el de la sociología y se ha empezado a aplicar en historia de una manera relativamente reciente como una forma de trasladar al ámbito de la historia, y de la historia política singularmente, aspectos de la historia social que antes se entendía que no podían articularse dentro de un formato de historia tradicional.

⁹ ALMOND, G.A. y VERBA, S.: *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid, Euramérica, 1970.

Pero los historiadores somos casi unos recién llegados al tema. Tenemos mucho que aprender de unas aproximaciones politológicas y sociológicas que han intentado utilizar este concepto de «cultura cívica» y «cultura política» de Almond y Verba como un instrumento para conocer la disposición de los ciudadanos hacia los sistemas políticos, también sus limitaciones; es verdad que, como dice Mari Luz Morán¹⁰, una de las grandes especialistas del tema en España, se ha hecho al margen de historiadores, psicólogos y otros especialistas de las ciencias sociales, pero en todo caso los historiadores no podemos pretender entrar en el tema como descubridores del concepto cuando se ha trabajado tanto ya desde otros ámbitos.

Casi todos los estudios hablan de transformaciones en los valores que a su vez generan cambios en la cultura política; ese cambio en los valores compartidos por la población sería la base que explicaría el éxito aparentemente fácil y el tránsito suave a la democracia en España. Y a ello contribuiría el proceso general de modernización y desarrollo económico que sucede en los sesenta, incluida una sofisticación del funcionamiento del estado que pone en marcha los fundamentos del estado de derecho en sus aspectos administrativos y jurídicos (que obviamente no alcanza a los de tipo político y de libertades públicas), pero sobre todo basados, a nivel de difusión de valores entre la población, en el turismo y la emigración que actuaron en este caso como «mecanismos de socialización en la cultura y los modos de vida de las democracias occidentales»¹¹. A ello se une la progresiva atracción de Europa como equivalente del bienestar económico y social y de la democracia política a que da lugar la convivencia en paz. Aunque el icono de Europa no era nuevo, y había sido utilizado desde diversos ángulos desde los inicios del franquismo, la percepción de una rápida recuperación de la contienda mundial y el éxito de los desarrollos democráticos en sociedades castigadas por la guerra y el totalitarismo fueron también un acicate a la hora de emular a estos países.

Autores como Víctor Pérez Díaz fueron también precursores¹² en señalar el papel fundamental de la sociedad a la hora de poner las bases que hicieron posible el cambio político y la consecución de una resocialización de la población adulta en otros valores, valores democráticos. Pérez Díaz señala también como

¹⁰ MORAN, M. L.: «Los estudios de cultura política en España», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 85 (1999), pp. 97-129. Morán resume una buena parte de las obras de referencia sobre análisis de opinión pública y aplicación del concepto de cultura política que luego yo utilizo en este texto. Igualmente interesante, MORÁN, M. L. y BENEDICTO, J.: *La cultura política de los españoles. Un ensayo de reinterpretación*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1995.

¹¹ MORÁN: «Los estudios de cultura política...», p. 107.

¹² En distintos trabajos, Víctor Pérez Díaz ha analizado la sociedad de la transición y pretransición. Destaco PEREZ DÍAZ, V.: *El retorno de la sociedad civil: respuestas sociales a la transición política*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1987 y PEREZ DIAZ, V.: *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza editorial, 1993.

elementos propiciados indirectamente por el propio franquismo la legislación de los convenios colectivos o la puesta en marcha del asociacionismo en 1964¹³ que hizo posible la aparición de voces formalmente encuadradas dentro del mundo del Movimiento, pero que dieron voz a cabezas de familia, a sectores vecinales que expresaban su desazón por el escaso apoyo del estado a los nuevos asentamientos a las afueras de las ciudades y dieron lugar a un escrutinio mucho más exigente fundamentalmente de la acción municipal.

Las Universidades fueron otros conocidos focos de rechazo al régimen y a su representación, constituyéndose en islas políticas y culturales dentro de la España franquista; eso explica el desgaste del SEU desde fines de los cincuenta y especialmente desde 1962-63. No es necesario insistir en la relevancia que tuvieron las Universidades a la hora de crear nuevos mecanismos de representación política, que sirvieron de cancha de entrenamiento de generaciones de jóvenes en la cosa pública y para las prácticas democráticas.

Otro núcleo de oposición y de forja de una nueva práctica social y política fue el mundo de las fábricas y talleres, donde las nuevas condiciones de trabajo generaban también, además de riqueza, conflictividad creciente con la aparición de una nueva clase obrera que no podía entrar dentro de la dinámica burocratizada del Movimiento. De estos núcleos, como es de todos sabido, procede un movimiento obrero más desideologizado que en el pasado, pero progresivamente consciente de la necesidad de reivindicar en la calle y en el tajo sus derechos. Y que éstos estaban finalmente ligados a las libertades públicas.

La iglesia por su parte será muy importante en el desgaste del régimen, no tanto por sus dirigentes sino por unas bases crecientemente sensibles a los nuevos vientos que venían de Roma y que estarán lejos de la Iglesia de posguerra. Aunque su protagonismo sea puntual, la existencia de estos sectores críticos y las mayores distancias respecto al pasado de sus integrantes serán vividas por el régimen con mayor preocupación que en cualquier otro caso.

Como ha explicado muy bien Pere Ysàs¹⁴, ello generó un ambiente que explica el nacimiento no sólo de la oposición activa de una minoría a la dictadura franquista, sino que la mayoría percibiera los desequilibrios, insuficiencias, injusticias existentes y viera necesario un cambio que, en todo caso, se acabaría produciendo a la muerte del dictador.

¹³ Aspecto que ha desarrollado especialmente Pamela Radcliff. Un resumen de las tesis de esta autora en RADCLIFF, P.: «Las asociaciones y los orígenes sociales de la transición en el segundo franquismo», en TOWNSON, N. (ed.): *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

¹⁴ Vid nota 3. Sobre el movimiento vecinal, cabe señalar como estudio de caso la reciente recopilación de trabajos de MOLINERO, C. e YSÀS, P. (coords.): *Construint la ciutat democràtica: el moviment veïnal durant el tardofranquisme y la transició (1964-80)*, Barcelona, Icaria, 2010.

Este ambiente crecientemente distanciado del discurso del régimen dista desde luego mucho del pacto entre reformistas y opositores que dio lugar a la transición pero era la base necesaria e imprescindible para que unos y otros no tuvieran más salida que esa negociación.

Aparentemente, es asumido por todos que la democratización de la sociedad española, a partir de las bases comentadas más arriba viene de la mano de la propia democratización política: el éxito del nuevo marco político, la elaboración de la Constitución, la irreversibilidad del marco democrático en definitiva contará enseguida con el apoyo de la opinión pública (aunque no se vea el régimen franquista como algo oprobioso necesariamente), como único marco posible. Pero sobre este proceso de cambio, aunque tenga estas bases sociales, seguimos sin saber muchas cosas sobre sus bases políticas. ¿Cómo fue posible la ruptura con la cultura autoritaria tan fuertemente enraizada en la vida pública española no sólo por el franquismo, sino proveniente de antes, como señaló en su momento Juan Linz en sus trabajos. Algunos autores ya clásicos como José M.^a Maravall¹⁵ han señalado la pervivencia de los recuerdos de la república y del liberalismo restauracionista, de las tradiciones que cogieron fuerza en el primer tercio del siglo y que fueron truncadas por la guerra; estos valores habrían permanecido vivos y se habrían transmitido por la vía familiar y explicarían algunos liderazgos y continuidades; por otro lado, Jordi Gracia, en *La resistencia silenciosa* y en recientes libros como *A la intemperie*, que establece una mayores conexiones entre exilio e interior de lo que se ha percibido hasta ahora, señala también la permanencia de un hilo liberal en la noche cerrada del franquismo, aunque en este último caso, ha habido una polémica importante¹⁶.

Esto no es incompatible con dar valor a los movimientos sociales que se oponían a la dictadura y que fueron creando la experimentación política y social que haría posible el salto, tejido con los recuerdos de las organizaciones derrotadas y el brillante contexto político europeo, que llamaba a España a romper el aislamiento en que vivía¹⁷.

No seguimos teniendo sin embargo, al menos desde el punto de vista del historiador, respuestas detalladas sobre esas culturas políticas que posee la población. Esto hace decir a Antonio Cazorla en un reciente trabajo¹⁸ que necesitamos

¹⁵ MARAVALL, J. M.: *La política de la transición*, Madrid, Taurus, 1982; en la vertiente práctica, destaca su trabajo sobre la formación de los liderazgos obreros y estudiantiles en la lucha contra la dictadura: MARAVALL, J. M.: *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1978.

¹⁶ GRACIA, J.: *La resistencia silenciosa. Fascismo y Cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004; GRACIA, J.: *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2010.

¹⁷ Sobre el tema de los movimientos sociales y cómo van cambiando la cultura autoritaria se detiene REIG CRUAÑES: *op. cit.*, p. 203 y ss. y 250-251.

¹⁸ CAZORLA SANCHEZ, A.: Orden, progreso y sindicalismo: Cómo vieron las autoridades franquistas el cambio socioeconómico-, en TOWNSON N. (ed.): *op. cit.*, 2009, p. 88.

más historia cultural del franquismo, «en particular necesitamos mas historia de las culturas políticas de la guerra civil y del franquismo». Y aunque el autor intenta en ese trabajo la recomposición de las mentalidades del tardofranquismo a través de los informes de los Gobiernos civiles sobre la situación social y política en las provincias, lo que hace es señalar el vacío que deja el régimen en su retirada política, la ausencia de vigor en las propuestas de éste y la necesidad de llenar ese vacío que acabará ocupando la oposición. Pero una oposición social aún no estructurada políticamente y con elementos peculiares.

Y ahí es donde llega la cuestión que apunta muy bien Mari Luz Morán sobre el papel del franquismo en la formación de una cultura política democrática. Es evidente que de forma directa no tuvo ninguna, pero sí que es conductor de una serie de valores que encontraron su sitio posteriormente, con las nuevas condiciones resultantes de haber desatado el nudo gordiano del sistema político franquista a la muerte del dictador. Pero si hay algo que se ha analizado mucho menos es lo que llama Morán las «subculturas políticas» refiriéndose con ello a las subculturas ideológicas existentes en la nación o en los territorios que habían sido dejadas de lado por el discurso unificador y totalizador franquista¹⁹. Y esas subculturas no pueden estar ajenas a la socialización política recibida por los ciudadanos a través de muchos canales: a través de las organizaciones de encuadramiento, los medios de comunicación, la escuela, la simbología, el lenguaje icónico de edificios, celebraciones y concentraciones, etc.

En este sentido, nos interesa acercarnos al papel del mundo falangista a la hora de explicar cómo esa subcultura o, si se prefiere, cultura política en el sentido específico del término, nos puede arrojar una luz novedosa sobre algunos aspectos de esas bases políticas directas.

Esta sensación de necesitar una mayor explicación sobre ese proceso se basa también en la discrepancia sobre los trabajos que han insistido en la centralidad de las elites políticas y su toma de decisiones, no porque las creamos irrelevantes en este contexto²⁰, sino porque se ha demostrado por parte de los historiadores que el régimen responde a dinámicas externas que le plantean problemas y no tanto por la existencia de un plan previamente diseñado que es el que impone a la población, hablemos del salido del franquismo o de los primeros pasos de la transición. Obras como las de Carme Molinero y Pere Ysàs o Nicolás Sartorius y Alberto Sabio muestran cómo los acontecimientos que vive el país no pueden entenderse sólo en base a la evolución pragmática de los reformistas del régimen y el espíritu conciliador de la oposición moderada, como ha defendido en sus

¹⁹ MORÁN: «Los estudios de cultura política en España...» p. 118.

²⁰ Sobre la relevancia de la desmovilización de la población ha insistido Cayo Sastre en SASTRE GARCÍA, C.: «La transición política en España: una sociedad desmovilizada», en *REIS* n.º 80 (1997).

trabajos Cristina Palomares²¹. Esta última autora hace una clásica interpretación de elites, poniendo de manifiesto el papel relevante de esos sectores reformistas del régimen en el éxito de la transición a la democracia, con o sin su voluntad expresa de lograr la democratización, lo cual es totalmente insuficiente a la hora de analizar el proceso de manera global.

Tratamos pues de buscar el papel de la Falange y la tradición falangista tal y como se define en la república, guerra y a lo largo de la dictadura a la hora de ver la conformación de la cultura política de la población en el contexto del segundo franquismo, su final y la transición hacia la democracia.

EL (LOS) DISCURSO(S) FALANGISTA(S) EN LOS AÑOS SESENTA

Ya hemos dejado dicho en otro lugar²² que existían tres grupos o tres líneas dentro del falangismo a la altura de finales de los cincuenta y principios de los sesenta. No se trata de grupos organizados, sino de tendencias y líneas, entremezcladas en el plano personal y en absoluto organizadas, pero claramente visibles, especialmente desde la distancia en el tiempo, viendo la evolución ulterior. En primer lugar, los que llamaríamos la extrema derecha con carácter crecientemente violento, una línea siempre presente en el falangismo y que se irá marginando pasando de las centurias, universitarias o no, a los grupúsculos ligados a individualidades (Guerrilleros de Cristo Rey, Fuerza Nueva...) y con fuertes contactos con la policía, siendo protagonistas de la represión social y callejera, el asalto a librerías o siendo *clac* entusiasta de concentraciones y celebraciones del régimen en los últimos años de agonía de éste. En segundo lugar, podemos hablar de lo que algunos han llamado «reformadores sociales», sectores con inquietudes sociales, herederos del discurso doctrinario de Falange en este terreno, con fuerte apoyatura en la estructura sindical de Solís, y en la tradición del populismo falangista de Girón pero a la vez influidos por los nuevos vientos europeos de cambio y de reivindicación del tercer mundo, de rechazo del orden capitalista occidental. La tercera línea sería la de los «carreristas» políticos, los hombres forjados por el Movimiento que pueden compartir en mayor o menor medida esas inquietudes sociales de la tradición azul, pero que son pragmáticos, y conocen y utilizan perfectamente los mecanismos del régimen y son duchos en el arte del pacto interno,

²¹ MOLINERO, C. e YSAS, P.: *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008; SARTORIUS, N. y SABIO, A.: *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España (noviembre de 1975- junio de 1977)*, Madrid, Temas de Hoy, 2007; PALOMARES, C.: *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977*, Madrid, Alianza Editorial, 2006 y PALOMARES, C.: «Nuevas mentalidades políticas en el tardofranquismo», TOWNSON, N. (ed.): *op. cit.*, pp. 103-128.

²² RUIZ CARNICER, M. Á.: «La vieja savia del régimen. Cultura y práctica política de Falange», en MATEOS, A. (ed.): *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, pp. 277-304.

con los diversos sectores y sensibilidades de la dictadura. Entre éstos, personas claves en la transición a la democracia.

Estos sectores encararán los años sesenta en una posición defensiva frente a los sectores católicos opusdeístas y los reformistas sociales intentarán, con el apoyo sindical y cierta estructura mediática que les brindaba el Movimiento, presentar una opción de futuro ante la realidad de un régimen que mira más al pasado que al presente, por su historia y por la inevitable bomba de relojería biológica que supone la desaparición física de Franco en un futuro más o menos cercano.

En ese sentido, la clase política del segundo franquismo se enfrenta a una situación difícilmente previsible a principio de los años sesenta: el progresivo envejecimiento del General Franco (y el accidente de caza con una escopeta en diciembre 1961 que le afectó a una mano y que le obligará a un relativamente largo periodo de recuperación es un claro aviso) que, aunque no sepan que aún viviría quince años más, a muchos les proyecta los primeros nubarrones sobre el futuro político de España y hace que los distintos grupos que operan en el franquismo se intenten presentar a sí mismos como los más preparados para hacer posible la continuidad del régimen, con sus peculiares correcciones a la realidad de ese momento: mayor sensibilidad social (los falangistas agrupados en torno al sindicalismo de Solís); necesidad de una evolución desarrollista (como demostrarán los opusdeístas, sensibles a las nuevas voces del gobierno técnico frente al gobierno ideológico) o los que pensaban que sólo una fidelidad a los valores de la guerra y posguerra salvarían al país de una realidad que empezaba a variar de forma inapalable dentro y, sobre todo, fuera de España en todos los ámbitos.

Esta fragmentación es el producto de la división progresiva en el seno de los falangistas y la plasmación de la evolución política a partir de 1956, tal y como hemos apuntado más arriba. Y aunque es la vía de los carreristas políticos la más interesante por su evolución política que entronca directamente con la dinámica de la transición, ni la vía sindicalista ni la de extrema derecha hay que dejarlas de lado, pues ayudan a explicar también aspectos de la cultura política de los españoles a la salida de la dictadura.

No quiero hacer ahora una historia detallada de facciones, intereses políticos y peripicias ministeriales, mediáticas o coyunturales, sino un análisis de cómo estas ideas empaparon la vida política de la época, cómo se trasladaron a la sociedad y en qué medida influyeron en la mentalidad política al final del franquismo e inicio de la transición. Es verdad que a veces el retrato que queda en la gente del falangismo va a quedar marcado por los sectores ultras que se van definiendo como los cercanos al «bunker», forjado entre los seguidores de Girón, entre los sectores menos imaginativos de la burocracia sindicalista, que se unen a sectores en alza como la Fuerza Nueva de Blas Piñar y los militares que sentían

vigente el 18 de julio; su presunto discurso social de los años sesenta se va a debilitar para acabar agarrándose al cadáver agonizante del Caudillo hasta el final. Los propios falangistas «carreristas» hacen una fuerte apuesta técnica y pragmática, que les lleva a suavizar su procedencia política, identificándose con la tradición falangista, pero apostando por una vía de «camisa blanca» a lo Torcuato Fernández Miranda.

La organización Sindical emerge con los cambios de gobierno (y reorganización del Movimiento) de 1957 y 1962, que son relevantes al convertir definitivamente a la vieja FET y de las JONS en Movimiento de una manera ya irreversible y en un contexto en el que, tras el cambio de gobierno de 1962, los seguidores de la Obra consiguen un peso considerable que mantienen a lo largo de la década.

Los sindicalistas de Solís en ese sentido intentan argumentar una línea diferenciadora a lo largo de los sesenta pero, como se puede apreciar en *Arriba*, difícilmente pueden ir más allá del discurso que salva siempre la figura de Franco, los logros del régimen, y el peso de los muertos y toda esa retórica propia del régimen que ahoga un proyecto que quería ser realmente sindicalista, que buscaba unas bases propias para el régimen y fundamentalmente, para los falangistas dentro de éste. Si la referencia a la guerra civil ya no podía servir para ilusionar como proyecto de futuro (aunque las conmemoraciones de hitos de la guerra en los que tuvieron un importante papel los falangistas siguió siendo una constante, como se ve anualmente en Cerro Garabitas o la posición San Simón), tampoco lo podía ser el discurso del desarrollismo y del cambio social que se estaba produciendo como legitimador del propio régimen²³, ya que éste estaba unido al principal elemento con el que se identificaba la política de los tecnócratas, los ministros ligados al Opus Dei. El giro a la política económica practicado desde el plan de estabilización dio lugar a un desarrollo económico bienvenido por todos y desde luego por el régimen, que ganaba una legitimidad de «ejercicio» que sería defendida por Gonzalo Fernández de la Mora y su «estado de obras», pero que remitía a la lucha entre los falangistas, crecientemente enfeudados en el tremendo aparato sindical y de algunas secciones del Movimiento aún pujantes pero cada vez más alejadas respecto al corazón del régimen desde el que se tomaban las decisiones y estos sectores confesionales que habían sustituido a los propagandistas en la «cuota católica» del régimen.

Como este enfrentamiento Falange-Opus Dei por la definición del régimen se mantiene a lo largo de los sesenta, heredero de las viejas luchas de los cincuenta, los sindicalistas de Solís tienen que buscar una alternativa al desarrollismo exito-

²³ Esto lo analiza muy bien José Reig Cruaños en su *Identificación y alienación. La cultura política y el tardofranquismo*, Universitat de València, Valencia, 2007, p. 217 y ss. y *passim* en donde muestra cómo el régimen intenta dentro de su propia cultura política dotar de nueva legitimidad al régimen, además de la obviamente discutida legitimidad de origen que sería una legitimidad guerrera, centrándose mucho en el tema de la legitimidad de ejercicio. Todas estas cuestiones, muy tratadas en el mundo de la politología y la sociología están bastante bien resumidas en este volumen.

so de los «lópeces». Y esa alternativa es presentarse como la «izquierda nacional», la «izquierda del régimen», la sensibilidad social dentro de la vida nacional. Y esa es una de las ideas fuerza con las que luchan contra la creciente influencia del sector tecnocrático acaudillado por López Rodó y que contaba con el apoyo evidente del almirante Carrero. Con una aparente victoria de los opusdeístas con el cambio de gobierno de 1969 que fue calificado como de monicolor (aunque esta victoria es más aparente que real) se cerraría esta pugna, dando lugar por cierto a la dimisión como alcalde de Valencia de uno de los referentes del falangismo activo pero de corte más de gestión como Adolfo Rincón de Arellano, desde entonces protagonista en cualquier foro del falangismo independiente. A partir de 1969, la situación del régimen va a dar menor margen para la pugna por el futuro y más para luchar por la supervivencia del sistema, aunque los falangistas van a recuperar cierta presencia, mostrando su ciega entrega a Franco hasta el final. La desaparición de *Diario SP*, principal baluarte de los llamados «falangistas independientes» en el verano de 1969 es otra muestra de esa aparente derrota o capitulación.

La sensibilidad social como bandera del falangismo y su auto-reivindicación como la parte «social» del 18 de julio, que hacía que les llamaran FAI-langistas en 1936 —como repetían a los que les quisieran escuchar— va a ser elevada a definitiva en la década de los sesenta. Y por lo tanto, reivindicada como punto de partida de la reconstitución de una izquierda que debía ser «nacional» (es decir no marxista y no obediente a partidos internacionalistas) y que debía partir del 18 de julio (es decir, no poner en cuestión el legado de la guerra). Este discurso no era totalmente nuevo, pues desde 1945, en los años oscuros cuando Falange pasó a un segundo plano, se veía a los falangistas en las manifestaciones contra el aumento de precios o los beneficiarios del mercado negro, pidiendo penas ejemplares contra los estraperlistas. Ya entonces los falangistas más reivindicativos (o más fascistas) contraponían el discurso conservador y continuista con las pretensiones revolucionarias del ideario joseantoniano, que junto con los otros ilustres miembros del panteón falangista eran paseados periódicamente por revistas y foros cuando las fechas sagradas (20 de noviembre, 29 de octubre, 18 de julio...). De hecho son paseados aún hasta el final del régimen. La diferencia de los años sesenta respecto a momentos anteriores es que realmente se busca estructurar un poder alternativo y propio, con el ideario falangista como patrimonio, destacando sus aspectos sociales y sindicalistas, con una reafirmación de la presencia del estado frente a los sectores «privatizadores» del mismo, y ello más allá incluso de la permanencia de Franco en la jefatura del estado²⁴. Se quiere ir de la vieja revolución pendiente de los discursos de Girón a una apuesta más mo-

²⁴ Un sugerente e influyente artículo sobre el tema del enfrentamiento entre los dos grandes sectores del franquismo en SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», en *Ayer* 68 (2007), pp. 137-163.

dernizada por construir una *izquierda* desde el falangismo que integre, en la medida de lo posible y asumiendo el 18 de julio como fecha irreversible, indiscutible y piedra angular de cualquier construcción política futura —en realidad ese era el problema que hacía inservible cualquier iniciativa en este sentido— y sea capaz de atraer a los jóvenes, a los obreros concienciados, a las clases medias y funcionariales dentro de un movimiento político que partiera del legado joseantoniano y del discurso falangista y se proyectara en un elemento más moderno inspirado incluso en cierto laborismo o tradeunionismo desideologizado. Así se puede colegir de la lectura de *Arriba*, donde se recogen tantas intervenciones de Solís y discursos de sus hombres a lo largo de buena parte de los sesenta, hasta la llegada de Torcuato Fernández Miranda y de J.M. Ortí Bordás a Secretaría y Vicesecretaría del Movimiento respectivamente, y en donde se plantean estas ideas que reaparecen siempre dentro de esta literatura entre partidarios, salvando siempre a Franco, al 18 de julio y, parcialmente, a las realizaciones del régimen²⁵.

Sin esta línea, más intensa de lo que se podía percibir a la muerte del dictador, creemos que no se puede entender la fuerza que el llamado falangismo independiente pueda tener entre un amplio ámbito de personas que están presentes en la vida política mediática especialmente de la segunda mitad de los años sesenta, singularmente entre 1966 y 1969. Vale la pena detenerse en esos tres años en los que parece posible vertebrar un nuevo tipo de salida política tras la futura muerte de Franco que no fuera la mera resistencia y el búnker.

En 1966, con la aprobación de la Ley Orgánica del Estado aprobada en referéndum por mayoría, en pleno crecimiento económico y una cierta estabilidad internacional (dentro del contexto de la guerra fría, siempre beneficiosa para Franco), el régimen se siente fuerte como para promover los debates —siempre abstrusos e infecundos— sobre el asociacionismo y sus variantes y hablar del futuro del régimen. A partir de 1969, las tensiones sociales, los conflictos en la Universidad y en las fábricas que dan lugar al estado de excepción ese mismo año, los primeros datos que anticipan el final del crecimiento económico constante de años anteriores y la proximidad de la crisis del petróleo, el nombramiento del príncipe y la evidente vejez ya de Franco provoca un parón en el optimismo del régimen. La cierta limitada primavera que se vio en la prensa y los medios como efecto de la ley de prensa de 1966 empieza también a desaparecer sustituida por las multas y el control gubernamental más estricto. El inicio de la agonía del régimen se acercaba.

En esos poco más de tres años sí que podemos encontrar una actividad relevante de grupos neofalangistas que no van a ser los acostumbrados grupos minoritarios de posguerra (hedillistas, vieja guardia, escuadristas veteranos) ni los

²⁵ Vid. AMAYA QUER, A.: «El acelerón sindicalista y sus contradicciones internas: imagen y realidad en la propaganda de la OSE, 1957-1969», *Ayer* n.º 76 (2009-4).

grupos ultras de los últimos años del régimen cercanos a Girón y a los alféreces provisionales y enrocados en torno a *El Alcázar* como órgano de expresión de los excombatientes, sino algo mucho más amplio y complejo, con un carácter ideológico muy confuso y un tono intelectual y político a veces notable que se puede rastrear escasamente en algunas intervenciones del casi siempre anodino *Arriba*, pero sobre todo en revistas como *Índice* y en *Diario SP*. Además, existen una serie de personalidades (quizá el más conocido sea Manuel Cantarero del Castillo, pero también Rodrigo Royo, director de *Diario SP* y responsable del grupo SP, que también incluía a la revista del mismo nombre) que defenderán visiones más diferenciadas y críticas de falangismo, asociándolas al socialismo y a una izquierda integradora, aunque sin salirse nunca de las fronteras del régimen y por supuesto sin renunciar nunca al 18 de julio. Todos ellos se asoman a la prensa, escriben libros, participan en actos, tienen una cierta proyección pública que el régimen les permite, amparados en su falangismo y en la no discusión sobre la figura de Franco, sino sobre el futuro. Además, en 1967 se celebran las primeras elecciones a procuradores por el tercio familiar, cuando se produce el momento de mayor apariencia de participación y debate electoral en el seno del franquismo. Los periódicos publican entrevistas a los candidatos de cada provincia con resúmenes de su programas y se organizan actos públicos e incluso se hacen tímidas aproximaciones al *marketing* electoral, con la difusión de carteles, octavillas y envío de cartas a domicilio. Estas discusiones, siempre limitadas al ámbito del régimen, sí que ayudarán a transmitir la impresión de debate sobre los futuros contenidos del régimen en un futuro inmediato y tras la desaparición física del Jefe del Estado.

Otros medios además, como la voz del sindicalismo vertical *Pueblo* contribuirán a lo que en la jerga del momento se conceptualiza como *contraste de pareceres* mediante una actitud abierta en la misma línea de Solís, pero buscando la polémica con otros medios del régimen como el propio *Arriba*. Todo ello lo ejemplifican las invectivas —a veces más amables, a veces agrias— entre el curtido Emilio Romero y el relativamente joven y también falangista Jaime Campmany, más lírico y menos cínico que Romero. Las pajaritas de Campmany competirán con los «gallos» de Emilio Romero, dando la impresión de un debate abierto, similar al de otros países, aunque el partido siempre se jugaba en casa y con reglas muy definidas, como ha sido puesto de manifiesto en ocasiones²⁶.

Como parte de un proyecto más amplio de investigación, hemos hecho un vaciado de medios como *Índice* y *Diario SP* entre otros, medios importante no sólo para entender los equilibrios internos dentro del régimen y del bloque de

²⁶ En este sentido, estamos analizando también una antología de los «gallos» de Emilio Romero recogidos en *Los «gallos» de Emilio Romero*, Barcelona, Planeta, 1968. Una muy recomendable biografía sobre Romero en AMILIBIA, J. M.: *Emilio Romero. El gallo del franquismo*, Madrid, Temas de Hoy, 2005.

poder, tema que ha sido muy tratado por Pere Ysàs en sus últimos trabajos y singularmente por C. Molinero y P. Ysàs en su *Anatomía del franquismo*, sino para analizar la evolución de los sectores del falangismo menos integrado en el aparato del régimen y que busca mantener contacto con los sectores más jóvenes, más inconformistas, o más informados de la población, y que participan de una forma u otra del sustrato del falangismo o de los vencedores de la guerra civil aunque críticos con el día a día de la dictadura.

En el caso de *Índice* se trata de una publicación cuyo objetivo no es incidir en la información del día a día, sino hacer una revista política y cultural, con especial incidencia en el factor falangista, con colaboradores ligados al falangismo crítico o a diversos *outsiders* de la política y la cultura del momento. Sobre salen personajes como Heleno Saña, Manuel Cantarero del Castillo o su director Juan Fernández Figueroa. *Índice* se mantendrá desde 1966 hasta 1976. La identificación de *Índice* con la izquierda de forma más global, pero no marxista y el tener colaboradores ligados a Falange hace que se transforme en vehículo de esa ansiada izquierda nacional, con el ingrediente falangista en primer término; pero no se trata de un medio cerrado, sino abierto y relativamente plural para la época. *Índice* también estará enfrentada a la derecha opusdeísta del régimen. En este terreno tenemos un caso original de debate político e intelectual de cierta altura ligado a estos presupuestos que iban más allá de sectores marginales del Movimiento o, desde luego, sectores ultras que se ven rechazados, dirigiéndose a un sector no tan reducido de la población deseoso de romper amarras políticamente hablando con el régimen, pero aún atado cultural e intelectualmente a los presupuestos de los vencedores de la guerra civil y del falangismo y que echan mano de los factores revolucionarios de Falange para buscar un algo más que permita una definición de futuro nacional.

En ese sentido, cabe destacar que en el llamado «fichero de la amistad» que mantiene la publicación los lectores y suscriptores van dejando datos de sus características personales como distribución geográfica, sexo, profesión, ideología y clase. Y las respuestas muestran un cliché alejado de lo que podría suponerse unos sectores falangistas más o menos nostálgicos o rancios. Hay un claro predominio de universitarios (40% a nivel nacional) y de profesionales no universitarios y funcionarios (17%), junto con obreros (18%) y estudiantes (16%). Y aunque es muy difícil dar como válido el cuadro de definiciones ideológicas sí que es significativo: el 11% se declaran falangistas, mientras la mayoría se declaran socialdemócratas (16%) y social cristianos (12%), siendo muchos también los que no indican nada; liberales se declaran los mismos que falangistas (11%) y luego hay una serie de referencias de socialistas, republicanos, de izquierdas, etc. Una revista pues claramente dirigida a personas de una manera u otra ligados o no ajenos a la tradición falangista, que es leída por un espectro amplio de izquierda más o menos orientada, dentro de la cual entra la posibilidad de contar con el

bagaje joseantoniano de una manera o de otra. La autodefinición de clase apunta a que se califican la mayoría, un 41% (54% en Madrid), como «clase media y pequeñoburguesa», y un 25% clase obrera, como trazos básicos²⁷.

Sin duda todos estos datos denotan confusión ideológica, poca clarificación y escasa cultura política democrática. Pero no hay que olvidar que lectores de revistas como ésta son *rara avis* en la España de los años sesenta y nos habla de una minoría muy marcada. No hay que descartar pues el papel de medios como éste a la hora de poner las bases para la transición entre una opinión pública más informada; y en ese contexto la variable falangista no está enteramente identificada con el original fascismo del régimen ni con los ultras cercanos a Blas Piñar o los grupos violentos de tinte neonazi, sino con sectores que buscan construir un espacio político plural y moderno desde nuevas bases que cambien pero no rompan con el 18 de julio, algo que aún se ve de muy difícil superación, entre otras cosas por la permanencia del trauma de la guerra.

Muy interesante es hacer el seguimiento del *Diario SP* en sus dos años de vida, en el periodo 1967-69 y que es una muestra relevante de este falangismo independiente del Movimiento y que partiendo del régimen quiere distinguirse de éste o mirar más allá. Dirigido por el falangista Rodrigo Royo, antiguo director de *Arriba*, en sus páginas nos encontramos con una abierta profesión de fe en un falangismo renovado o «falangismo independiente» que sin embargo se da en un medio comprometido abiertamente con la causa falangista, aunque desligado del Movimiento, con pleno respeto y acatamiento a Franco, pero que denuncia los problemas, las injusticias y sobre todo la sensibilidad derechista representada por los hombres del Opus Dei (sus enfrentamientos con articulistas de *Nuevo Diario*, periódico cercano a esta sensibilidad, tendrán hondo calado en ocasiones) e intentan trazar también esta senda de la izquierda nacional. Este diario de corta duración en el tiempo pero significativo en sus intenciones, tiene una sección de cartas de los lectores aquí llamadas «Cartas del Pueblo Español», en donde un buen número de personas, muy jóvenes en muchas ocasiones (incluido un José María Aznar de 16 años que hace profesión de fe en un «falangismo independiente»²⁸) se alinean con una interpretación falangista alternativa a la encarnada por el Movimiento. No se trata de casos aislados. Es un aluvión continuo de cartas; y ese aluvión transmite un sentimiento falangista alternativo, que se manifiesta con claridad cuando el director Rodrigo Royo es condenado por una querrela presentada por José María Gil Robles, el viejo líder de la derecha durante la Segunda República, lo que da lugar a la publicación de una carta de J. A. Girón en solidaridad con el director que pone en marcha una dinámica de adhesiones y aportes a una cuenta corriente para pagar la fuerte pena impuesta al

²⁷ Índice n.º 324 (15 de febrero de 1973), p. 48.

²⁸ *Diario SP*, 1/6/69, p. 4.

periodista por un montante de 200.000 pesetas de la época. Esta respuesta solidaria desvela la existencia en todas las provincias españolas de personas que se autorreconocen como falangistas y que están dispuestos a movilizarse puntualmente; en algunos números además, hay pequeños textos de algunos de estos falangistas y aunque es muy difícil calibrar su grado de «independencia» respecto a las estructuras del Movimiento (y que el instigador de este impulso sea Girón no es especialmente clarificador) sí que constituye una muestra de la existencia de una sensibilidad aferrada a los conceptos políticos derivados de la mística falangista, lo que podríamos denominar la cultura o subcultura política del falangismo, por muy contaminada que esté y muy identificada con la praxis franquista. Ahora lo novedoso es que se intenta hacer un proyecto de futuro a partir de dichos elementos de la tradición falangista a la hora de buscar la continuidad del régimen nacido el 18 de julio. Ahí las contradicciones envuelven los discursos y las intervenciones van desde la reafirmación falangista al estilo vieja guardia a la crítica del Movimiento por no poder hallar un camino para la actual juventud española y por haber perdido la ocasión de efectuar la revolución, escamoteada desde la dictadura de Primo de Rivera habiendo servido sólo la guerra civil para mantener la «sociedad burguesa». En ese sentido, se trata del pensamiento de lo que luego se denominará «Falange Auténtica» o independiente²⁹.

Muchas de las cartas que publica el diario además son destacadas por el editor intencionadamente para hacer de estas opiniones editoriales una muestra de la existencia de esa sensibilidad falangista crítica que mira hacia el cambio y que tiene una vertiente juvenil y también de una clara sensibilidad hacia la izquierda por las constantes invocaciones al socialismo (a un «nuevo socialismo») y la valoración de quienes estuvieron en la guerra al otro lado de la trinchera³⁰.

Muchos ejemplos se podrían poner de opiniones del mismo tenor. En el *Diario SP* aparecen figuras que están primero en una situación de crítica al Movimiento desde posiciones falangistas para luego ocupar cargos de peso, como José Miguel Ortí Bordás, que fue en los primeros años sesenta el *enfant terrible* del SEU con sus artículos muy duros contra el Opus o la presencia de la Iglesia en la educación, y al que se achacaban conexiones con la Cuba castrista y que

²⁹ Entre los muchos ejemplos que se podrían poner y que estamos analizando ahora, destacar «Cartas del Pueblo Español: Pasado, Presente y futuro de la Falange», *Diario SP*, 16/7/69, p. 4.

³⁰ El director inserta en portada una de esas «Cartas del Pueblo Español» titulada «Habla un viejo cenetista» en donde plantea la equivocación de que falangistas y cenetistas hubieran estado en trincheras distintas en la guerra, «cuando teníamos un solo y hermano ideal de justicia, mientras los enemigos de España, del pueblo humilde, en uno y en otro lado, eran los mismos; los eternos reaccionarios que se amparaban bajo el pabellón de las derechas esas que acaudillaba Gil Robles, para que se frustrara toda posibilidad de convivencia y futuro de unos hombres que anhelaban de siglos la Justicia Social». *Diario SP*, 24/7/68, p. 1.

luego fue vicesecretario general del Movimiento con Fernández Miranda. Y como él hay muchos otros que transitan en este periodo y que luego tienen responsabilidades relevantes en la transición desde Unión de Centro Democrático³¹. Lo difícil es valorar su dimensión real y mucho menos traducirlo a acción. Pero los cenáculos e iniciativas en esta dirección son habituales en la época y, aunque lo tengan más difícil una vez se haya doblado la década y el régimen, en su caso muestre una vez más su cerrazón que no dejaba hueco a flexibilidad ideológica alguna, seguirán actuando. El mejor ejemplo es Manuel Cantarero del Castillo, teórico de un socialismo nacional de base joseantoniana que, como es sabido, llegará a liderar Reforma Social Española partido presente en las primeras elecciones democráticas y originalmente una de las asociaciones que intentan funcionar en el marco del régimen, y que representará de una manera compleja estas sensibilidades en las primeras elecciones democráticas en junio de 1977.

Es verdad, sin embargo, que no se puede desprender de aquí ningún proyecto concreto, estructurado, ideológicamente coherente y capaz de articular un movimiento político en esa dirección. De hecho, el pluripartidismo y la reaparición en el juego político abierto de la izquierda clásica romperá todas estas acciones una vez iniciada la transición; también lo hará la agonía del régimen, el ascenso de las acciones ultraderechistas que arrojarán de nuevo la imagen de matonismo y fascismo sobre estas pretensiones recuperadoras de Falange desde una sensibilidad social y *de izquierdas* de sectores de personas encuadradas y educadas en los valores del régimen. Quizá el principal problema fuera la propia confusión de conceptos que limitaba cualquier proyecto o concreción programática, al estar los protagonistas de estos intentos lastrados por su trayectoria. Es significativo un artículo sin firma atribuido al propio director, Rodrigo Royo³², en el que al hilo de los acontecimientos del mayo del 68 en París hace un canto a la juventud y a las acciones de los estudiantes, que se enfrentan a una sociedad alienada y consumista, pervertida en sus valores y lo hacen desde occidente y buscando algo diferente al mundo burgués que les ofrecen; y esto, sigue la argumentación, al margen del modelo americano y del soviético. Por lo tanto, lo que los estudiantes estarían planteando en París sería nada más y nada menos que fascismo:

Por definición, aquella postura que repudia por igual la estructura capitalista y la dictadura comunista, abogando al mismo tiempo por la más avanzada justicia social y el respeto a los valores eternos del espíritu humano, se llama fascismo, aunque les moleste a los que se dejaron lavar el cerebro por los rapaces vencedores de la II Guerra mundial.

³¹ Ortí Bordás hace una razonable exposición de su evolución política en ORTÍ BORDÁS, J. M.: *La Transición desde dentro*, Barcelona, Planeta, 2009.

³² Se trata de «El nuevo fascismo», *Diario SP*, 30/5/68, p. 1.

Aunque los burgueses se rasguen las vestiduras, nos honramos en proclamar desde este diario que las juventudes universitarias están rescatando el honor de Occidente.

O sea, que los estudiantes de mayo eran fascistas sin saberlo. Es significativo que se plantee en 1968 la palabra «fascismo» con un cariz positivo, como una superación de las injusticias existentes y una reivindicación del falangismo clásico de los años treinta, en su «tercerismo utópico». Este artículo dio lugar a muchas reacciones, como la quema de ejemplares de *Diario SP* en la Complutense, a pesar de que el Diario se autocalificaba de «amigo» de los estudiantes y comprensivo con el movimiento en todo el mundo. Muchos otros artículos y cartas, incluida una de la redacción de SP, puntualizarían que no se consideraban fascistas, como el propio Rodrigo Royo que se definirá como «falangista joseantoniano»³³. Pero todas estas reacciones e interpretaciones remiten a una reivindicación de lo que significaba la visión y la cultura falangista en un entorno en donde sus términos eran ya muy difíciles de comprender.

Con todas estas reflexiones y este trabajo que estamos desarrollando lo que intentamos es averiguar el alcance del proceso de socialización de un buen número de personas en la España de los años sesenta y setenta a la hora del paso a la democracia. Y cómo las distintas corrientes ligadas de una forma y otra a Falange influyen en la resocialización de los españoles en distintos planos y siguiendo las diferencias entre las sensibilidades de los que se adscribían a tal advocación política. Algunos de los falangistas que tienen serios problemas de adscripción en el tramo final del régimen o sufren por sus contradicciones acabarán recalando en el marxismo y rompiendo con el régimen, acercándose así a los partidos de izquierda tradicionales, perdedores de la guerra civil en España.

Calibrar el peso de la cultura política del falangismo y cómo influye ésta en el paso a la democracia es una tarea en la que seguimos trabajando. Sirva esta muestra de testimonio de cómo el acervo de la tradición falangista no puede darse por muerto a mediados o finales de los años cincuenta, ni reducir su presencia posterior a las manifestaciones de la extrema derecha violenta. Sí debemos profundizar en la proyección en la población de este tipo de propuestas que establecían lazos con nombres, eslóganes, ideas, sentimientos que habían protagonizado la socialización de la población española durante más de tres décadas.

³³ *Diario SP* 1/6/68, p. 1.

LAS APORTACIONES DEL ANÁLISIS SOCIOPOLÍTICO AL ESTUDIO DE LA SOCIALIZACIÓN Y LA CULTURA POLÍTICAS DEL FRANQUISMO

MARÍA LUZ MORÁN
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Desde finales de la década de los cincuenta, el estudio de la socialización y de la cultura políticas se incorporó al análisis sociopolítico. Por ello, no sorprende que sociólogos y politólogos se interesaran, unos años después, por el modo en que el régimen franquista había llevado a cabo su función socializadora y sobre cuáles habían sido sus resultados. Este trabajo está dedicado a considerar las aportaciones y limitaciones de este campo de estudio. Para ello, la exposición se dividirá en tres partes. En primer lugar, se presentarán los principales rasgos del modelo teórico que subyace tras estas propuestas. A continuación, se expondrán las aportaciones de los principales estudios que se realizaron en España en el período comprendido entre el final de los años sesenta y el comienzo de los ochenta. Fue durante aquellos años cuando se plantearon los principales argumentos que, aun hoy en día, siguen operando como marcos de referencia para buena parte de las investigaciones. Por último, a partir de la constatación de sus limitaciones, se presentará una propuesta para seguir avanzando en un terreno todavía plagado de incógnitas.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL ANÁLISIS DE LA SOCIALIZACIÓN Y LA CULTURA POLÍTICAS

El interés por el estudio de la socialización política surgió en la investigación sociopolítica a mediados del pasado siglo XX. De hecho, en el año 1959 Herbert H. Hyman publicó la primera obra que lleva este título. Muy pronto se convirtió en una pieza importante de la perspectiva pluralista, aquella corriente de análisis, por entonces hegemónica, que se esforzó por aplicar los principios de la escuela funcionalista al estudio de los sistemas políticos y, más en concreto, de las democracias «realmente existentes»¹.

¹ «La poliarquía» de R. Dahl es quizá el ejemplo máximo de este programa de estudio de las democracias reales. Véase DAHL, R.: *La poliarquía: participación y oposición*, Madrid, ed. Tecnos, 1990.

El contexto en el que encajó el argumento de la socialización política no es otro que el empeño de las ciencias sociales por definir los factores que garantizan la estabilidad de los sistemas democráticos. Desde el fin de la segunda guerra mundial, éstas se vieron obligadas a reflexionar sobre la reconstrucción de una Europa devastada tras la contienda, al tiempo que muy pocos años después, enfrentadas a los procesos de descolonización, tuvieron que dar cuenta de las singularidades y limitaciones de la implantación de los sistemas políticos democráticos exportados desde las metrópolis a sus antiguas colonias. En ambos casos, los científicos sociales recurrieron al análisis histórico para explicar la «otra cara de la moneda»: los procesos de quiebra de las democracias europeas en la década de los veinte.

Al considerar los fundamentos teóricos del concepto de socialización política, todos los estudiosos coinciden en afirmar que el autor de referencia es Talcott Parsons², la máxima figura del funcionalismo en sociología en el período posterior al fin de la guerra. En concreto, la socialización juega un papel central en su explicación del orden social, en la medida en que son los valores compartidos por sus miembros los que constituyen el «cemento de la sociedad». Parsons reconoció haber tomado dicha noción de la obra «Éducation et sociologie», que publicó Emile Durkheim en 1922³. Expuestos de un modo muy resumido, los elementos centrales de la concepción durkheimiana de socialización pueden resumirse en cuatro ideas. Ante todo, su función es perpetuar y reforzar la homogeneidad de la sociedad; se trata, en suma, de que sus miembros lleguen a compartir una comunidad de ideas y de sentimientos. Por lo tanto, en la vida cotidiana ello supone que todos ellos aprendan un cierto número de normas y reglas comunes. Para lograr este fin, la educación se concibe como el aprendizaje de un conjunto de normas, que deben entenderse como unos moldes con contornos definidos dentro de los que tienen que discurrir nuestras acciones. Finalmente, Durkheim da por supuesta una distribución normal de los diferentes rasgos culturales de una sociedad dada. Por consiguiente, se considera indiscutible la existencia de ciertos atributos centrales en dicha cultura que garantizan la existencia de la sociedad y, en definitiva, su reproducción.

El modelo de Parsons retomó estas ideas básicas, pero añadió algunos elementos importantes que también se expondrán de forma sucinta. Para empezar, incorporó la influencia del psicoanálisis, lo que le llevó a matizar el énfasis que Durkheim prestaba a la educación. Para el sociólogo estadounidense, los componentes centrales de la socialización no sólo se aprenden, sino que se interiorizan hasta el punto de llegar a formar parte de nuestra personalidad básica. Por otro

² PARSONS, T.: *Estructura y procesos en las sociedades modernas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966; PARSONS, T.: *La estructura de la acción social*, Madrid, ed. Guadarrama, 1968.

³ DURKHEIM, E.: *Éducation et sociologie*, Paris, PUF, 1985.

lado, el impacto de la obra de Freud en sus planteamientos explica la centralidad que concede a la infancia como período de la vida en el que se producen los principales procesos de socialización.

A partir de estos planteamientos, la sociología parsoniana aplicada se interesó por concretar los principales agentes de socialización de las sociedades contemporáneas y por analizar sus principales funciones. Las sociedades modernas, complejas, se distinguen, en su opinión, por la existencia de una pluralidad de agentes socializadores, entre los que destacan la familia, el grupo de pares (los «iguales», los coetáneos), el sistema educativo y las iglesias. Con posterioridad, los discípulos de Parsons incorporaron los medios de comunicación a esta relación. La insistencia en que la principal función socializadora de todos ellos era hacer posible la integración social exigió dar por supuesta la congruencia entre sus distintos mensajes socializadores. Es decir, no se tomó en cuenta la posibilidad de que emitieran mensajes divergentes; de que existiera la más mínima «cacofonía» entre ellos. Por otra parte, este argumento presuponía la densidad de la sociedad civil: la existencia de una tupida red de asociaciones en cuyo seno transcurre una buena parte de la vida cotidiana de los miembros de las sociedades modernas, y que cumplen una función de refuerzo de la socialización y de puesta en práctica de las capacidades de la «sociabilidad».

Los estudios de sociología de la familia, la educación o la religión incorporaron pronto el interés por el análisis del papel socializador de todas estas instituciones, y lo han seguido haciendo hasta la fecha. Al mismo tiempo, se hizo necesario considerar el reverso de este fenómeno; es decir, los procesos fallidos de socialización. Fue la sociología de la desviación la encargada de considerar las distintas patologías sociales tras estos procesos malogrados.

La influencia de los argumentos de Parsons se hizo sentir muy pronto en el análisis político. Se estableció, así, un campo de especialización dedicado al análisis de aquellos fenómenos específicos de socialización que vinculan a los individuos y grupos con el sistema político. Éstos se consideraron esenciales para entender la formación del consenso político y, por lo tanto, para la superación de una política del conflicto que se entendía peligrosa, si no incompatible, para la estabilidad de los sistemas democráticos contemporáneos. En consecuencia, a la ya mencionada lista de agentes socializadores se añadieron los partidos políticos. Así pues, sobre los presupuestos teóricos de la sociología parsoniana se desarrolló una línea de investigación empírica sobre socialización política que tuvo un gran impulso desde mediados de la década de los cincuenta hasta inicios de los años setenta. Sin embargo, a pesar de la vitalidad que adquirió durante este período, en palabras de uno de sus entonces principales defensores, Richard Niemi⁴, «murió de muerte prematura» debido a que estaba basada en unas premi-

⁴ NIEMI, R. et al, *The politics of future citizens*, San Francisco, Jossey-Bass, 1974.

sas exageradas y bastante simplistas, y también porque los resultados de los principales trabajos fueron mucho menos sólidos de lo que esperaban sus defensores.

En cualquier caso, todos los estudios que adoptaron esta concepción de socialización política compartieron una serie de rasgos que conviene recordar con brevedad. Ante todo, forman parte del triunfo del conductismo en la investigación sociopolítica del momento, uno de cuyos presupuestos básicos era que el comportamiento político es una conducta aprendida. Por otra parte, basándose en las aportaciones de los trabajos de los psicólogos sobre los procesos de aprendizaje en la infancia, se asumió que todo lo aprendido antes de la edad adulta permanecía inalterable a lo largo de toda la vida⁵. Ello explica los escasos esfuerzos que se hicieron por diferenciar empíricamente los elementos estables de la socialización política de los que cambian a lo largo del curso vital de las personas, ya que esta generación de investigadores dio por sentada de forma acrítica la enorme relevancia del aprendizaje político a edades muy tempranas⁶. Entendieron que éstos mantienen una significativa influencia en el resto de etapas de la vida, pero no aportaron evidencias consistentes de los efectos a largo plazo de la socialización política temprana⁷. Por ello, la infancia y la adolescencia se consideraron como el momento privilegiado de formación de las «lealtades políticas»⁸. Como veremos más adelante, dichos argumentos se convirtieron en una de las principales debilidades de este modelo a la hora de estudiar la vida política más allá de la «normalidad» de la política democrática.

En definitiva, la socialización política constituía el mecanismo esencial de la estabilidad de las fuerzas políticas y del sistema político democrático en su con-

⁵ Esta tesis fue pronto rebatida por los propios resultados de las investigaciones realizadas sobre los procesos de socialización política. Se comprobó que, efectivamente, se produce un aprendizaje de valores y actitudes políticas durante la infancia y la primera adolescencia. Pero también se constató que no se puede dar por sentada la inexistencia de cambios importantes a lo largo del resto de la vida.

⁶ Por ejemplo, se insistió mucho en que las pautas de autoridad difundidas en el seno de una sociedad se aprenden antes de los diez años.

⁷ Uno de los principales obstáculos con los que se encontró la investigación aplicada fue la enorme dificultad para incorporar la dimensión longitudinal a sus estudios. Puesto que en su inmensa mayoría emplearon la encuesta de opinión o las entrevistas en profundidad como técnicas de análisis, la única manera de poder percibir los cambios en los fundamentos de la socialización hubiera sido llevar a cabo «estudios de panel». Es decir, repetir la encuesta o la entrevista a una misma muestra de individuos a lo largo del tiempo para poder constatar los cambios que se producen y relacionarlos con las transformaciones de otras variables «de contexto». Pero se trata de una técnica enormemente costosa y difícil de llevar a la práctica, por lo que encontramos poquísimos estudios que la hayan empleado. Los trabajos de Jennings y Niemi fueron una excepción. Véanse JENNINGS, M. K. y NIEMI, R. G.: «The transmission of political values from parent to child», *The American Political Science Review*, vol. 62, n.º 1, 1968, pp. 169-184; y JENNINGS, M.K. y NIEMI, R. G.: *Generations and politics: a study of young adults and their parents*, Princeton, Princeton University Press, 1981.

⁸ SEARS, D.: «Political Socialization», en GREENSTEIN, F. I. y POLSBY, N. W. (eds.): *Handbook of Political Science*, vol. 2, Reading, Mass, Addison-Wesley cop., 1975, cap. 2.

junto. Para dos de los principales defensores de esta perspectiva, D. Easton y J. Dennis⁹, debía contemplarse como el mecanismo más poderoso de desarrollo de un apoyo afectivo y difuso con respecto al sistema político. En definitiva, la aceptación de los principios, normas y reglas del juego comunes que definen a la vida política pesaba mucho más que el aprendizaje de cualquier comportamiento concreto.

Todos estos rasgos permiten entender la rapidez con la que, en el seno de las ciencias sociales, se cuestionó este enfoque. Como hemos apuntado ya, se advirtieron muy pronto las principales debilidades de sus resultados empíricos. Pero, sin duda, fue más decisiva la refutación del modelo teórico subyacente a los mismos. Distintos trabajos comenzaron a poner en entredicho el modo en que sus defensores habían incorporado a sus investigaciones el peso de los presupuestos de la antropología cultural entonces dominante. Es decir, habían aceptado de forma acrítica un modelo de socialización que daba por supuesta la existencia de unas sociedades altamente indiferenciadas y consensuales, lo que no se correspondía con las sociedades contemporáneas «realmente existentes». Su complejidad y el consiguiente conflicto inherente a las mismas no podían entenderse desde estos presupuestos. Por otro lado, se subrayó el sesgo que introducía una particular recepción de la teoría política liberal, que descansaba sobre una concepción de participación y de representación de un tipo de sistema político democrático que opera sobre la desigualdad reconocida y aceptada de los ciudadanos. A todo ello, se añadió la crítica de orientación marxista, asumida por la entonces denominada «sociología crítica», que insistió en que dicha perspectiva ocultaba que la socialización política contribuye esencialmente a reproducir la estructura de las relaciones de clase, y a mantener el orden social establecido.

Este conjunto de críticas y debilidades explican el agotamiento y la práctica desaparición de los estudios empíricos sobre socialización política a partir de los años setenta¹⁰. Desde entonces, los sociólogos y psicólogos interesados por el problema de los aprendizajes de la política han tratado de incorporar otras perspectivas de análisis. De forma muy breve, podemos referirnos a la integración de algunos postulados de los estudios neomarxistas acerca del papel de los «aparatos ideológicos del Estado»¹¹ en el mantenimiento del orden político. Ciertamente, ello nos sitúa en otro terreno en el que se pone el énfasis en el análisis de la dominación, la propaganda y el adoctrinamiento político frente a la insistencia en el consenso de la teoría pluralista. Por otro lado, no debe olvidarse el impacto de

⁹ EASTON, D. y DENNIS, J.: *Children in the political system: Origins of political legitimacy*, Nueva York, McGraw Hill, 1969.

¹⁰ A partir de esta fecha, han sido los psicólogos sociales quienes más se han preocupado por seguir analizando los procesos de socialización política.

¹¹ ALTHUSSER, L.: *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.

la teoría de P. Bourdieu¹² sobre la formación del «habitus» y sobre los mecanismos de la reproducción social en el análisis de los fundamentos de la vida política en las sociedades contemporáneas.

En consecuencia, la investigación sociopolítica cuestionó pronto el concepto de socialización política, al considerar que estaba demasiado sesgado teórica e ideológicamente. Pero lo más relevante para mi argumentación es tener en cuenta que este modelo se formuló desde una concepción muy específica del sistema político democrático, entendido como aquel que corresponde de forma natural a las sociedades modernas, más desarrolladas. Así pues, el argumento clásico de la socialización enfatiza los aprendizajes de los miembros de una sociedad, que se producen «desde abajo»; no toma en consideración el papel de la dominación, el adoctrinamiento político o la propaganda. Y, por consiguiente, no se interesa por los procesos de socialización que tienen lugar en sistemas no democráticos, sea cual fuere su naturaleza (tradicionales, dictatoriales, autoritarios...).

Para considerar ahora el segundo concepto que da título a este texto, la cultura política, comenzaré haciendo hincapié en que comparte la misma matriz ideológica y teórica que la socialización política. En su definición más clásica y difundida¹³, la cultura política es el resultado último del proceso de socialización. Por consiguiente, la larga tradición de estos estudios surgió en este mismo período, habiendo sido sometida a las mismas críticas y compartiendo buena parte de las limitaciones que se acaban de señalar¹⁴.

No obstante, conviene señalar tres diferencias fundamentales que explican la pervivencia de esta línea de investigación hasta nuestros días y, en buena medida, su utilidad. En primer lugar, el modelo clásico —formulado por dos politólogos estadounidenses, Gabriel Almond y Sidney Verba, en su obra *La cultura cívica*— incorporó una clasificación de «tipos ideales» de cultura política —local o parroquial, de súbdito, y participativa— que hicieron corresponder con una propuesta de desarrollo histórico de los sistemas políticos. Ello fue así porque, a diferencia del argumento de la socialización política, su propuesta se enmarcó dentro del esfuerzo del análisis sociopolítico pluralista por contribuir al desarrollo de las teorías de la modernización y del desarrollo político.

¹² BOURDIEU, P.: *Raisons pratiques: sur la théorie de l'action*, Paris, ed. du Seuil, 1994; BOURDIEU, P.: *Cuestiones de Sociología*, Madrid, ed. Itsmo, 2000; BOURDIEU, P.: *Propos sur le champ politique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 2002.

¹³ «La cultura política de una nación consiste en la particular distribución de las pautas de orientación hacia objetivos políticos entre los miembros de esta nación», ALMOND, G. y VERBA, S.: *La cultura cívica*, Madrid, ed. Euroamérica, 1970, p. 31.

¹⁴ Una de las críticas más certeras de esta concepción tradicional de cultura política es la realizada por PATEMAN, C.: «The civic culture. A philosophical critique», en ALMOND, G. y VERBA, S. (eds.): *The civic culture revisited*, Boston, Little Brown, 1980.

De hecho, la cultura cívica —aquella que corresponde a los sistemas democráticos más avanzados, y que garantiza su eficacia y estabilidad— se entendió como una mezcla de los tres tipos ideales. Su composición exacta se explicó a partir de los particulares desarrollos históricos de la democracia y la ciudadanía que se producen en cada Estado nación. Ello hizo posible extender el análisis de la cultura política a cualquier tipo de sistema político. De hecho, el mantenimiento de culturas políticas de carácter tradicional —a medio camino entre las locales y las de súbdito— se consideró como un factor enormemente relevante a la hora de comprender las dificultades para la implantación de sistemas democráticos más allá del mundo occidental. Por otro lado, como tendremos ocasión de comprobar en el siguiente apartado, el argumento del peso de una cultura política autoritaria jugó un papel central en la explicación de la quiebra de las democracias para autores como J.J. Linz¹⁵, quien prosiguió la línea de los trabajos de S. Lipset¹⁶ y S. Rokkan¹⁷. Unos años después, el papel de la cultura política volvió a ser muy relevante en los análisis de las transiciones a la democracia¹⁸.

Por otra parte, a pesar de la pervivencia del modelo clásico¹⁹, en los últimos treinta años éste ha sido adaptado con éxito por algunas de las principales corrientes del análisis sociopolítico, sin que se haya producido una ruptura clara con sus fundamentos teóricos e ideológicos. En concreto, dos ejemplos relevantes de incorporación de algunos de sus argumentos básicos son la línea de trabajo propuesta por R. Inglehart²⁰ sobre el cambio cultural y la difusión de los valores postmaterialistas en las sociedades avanzadas, y también los estudios de R. Put-

¹⁵ LINZ, J. J.: *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza ed., 1987; LINZ, J. J.: *Fascism, breakdown of democracy, authoritarian and totalitarian regimes: coincidences and distinctions*, Madrid, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, 2002.

¹⁶ LIPSET, S. M.: «Some social requisites of democracy: Economic development and political legitimacy», *American Political Science Review*, vol. 53, n.º 1, 1959, pp. 69-105; LIPSET, S. M.: *Political Man*, Londres, Heimann, 1969.

¹⁷ ROKKAN, S. y EISENSTADT, S. N.: *Building states and nations. Models and data resources*, Londres, Sage, 1973.

¹⁸ Un análisis del papel jugado por el argumento de la cultura cívica en las transiciones a la democracia puede encontrarse en MORÁN, M. L.: «La cultura política y la interpretación de las transiciones a la democracia. Notas sobre el caso español», *Política y Sociedad*, n.º 20, 1995, pp. 97-110.

¹⁹ El modelo clásico de estudio de la cultura política sigue vigente en la actualidad en buena parte del análisis del comportamiento político. Pero también se ha incorporado a los estudios de opinión pública, realizados en muchos países por distintos organismos oficiales o por medios de comunicación. En España, el ejemplo más relevante es el de los barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas. Para América Latina, la principal referencia son los «Latinobarómetros» (www.latinobarometro.org).

²⁰ INGLEHART, R.: *The silent revolution. Changing values and political styles among western publics*, Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1977; INGLEHART, R.: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, CIS, 1991; INGLEHART, R.: *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia de desarrollo humano*, Madrid, CIS, 2005.

nam²¹ y de sus seguidores sobre la relación entre el capital social y los rendimientos de las democracias.

Finalmente, no debe olvidarse que, a lo largo de los años ochenta, el «giro cultural»²² favoreció la recuperación del interés por el estudio de los «universos políticos», de las «representaciones colectivas» de lo político. Aunque sus propuestas son heterogéneas, muchas defienden la relevancia de seguir profundizando en este campo, pero rompiendo con las bases teóricas y metodológicas de los viejos estudios de la cultura política. De ahí, la precaución con la que emplean el concepto de cultura política, o directamente su rechazo²³.

EL ESTUDIO DE LA SOCIALIZACIÓN Y LA CULTURA POLÍTICAS DURANTE EL FRANQUISMO

A lo largo del apartado anterior he tratado de llevar a cabo una somera clarificación de conceptos. Se trata, a mi juicio, de una tarea imprescindible en la medida en que nos permite comprender mejor los motivos por los que los sociólogos y politólogos españoles se interesaron desde mediados de los años sesenta por el análisis de la cultura política de los españoles y, en menor medida, por el de la socialización política en el franquismo. Una modesta «sociología histórica de los conceptos»²⁴ hace posible tomar en cuenta los marcos históricos y teóricos en el seno de los cuales se desarrollaron las investigaciones a las que dedicaré este apartado. Además, ello me permitirá avanzar, al final de estas páginas, algunas líneas que ha dejado de lado la investigación sociopolítica y sobre las que considero merece la pena profundizar.

Para comprender cómo se incorporaron estas cuestiones al análisis de la realidad social y política española, es necesario considerar la influencia de una serie de acontecimientos en la investigación sociopolítica de nuestro país. El primero de ellos fue la recepción del paradigma funcionalista a través de jóvenes licenciados en ciencias sociales que comienzan a viajar a los Estados Unidos en los años sesenta para ampliar sus estudios. El acuerdo del año 1958 por el que se estableció el programa de becas Fulbright para estudiantes de postgrado españoles tuvo

²¹ PUTNAM, R.: *Making democracy work*, Princeton, Princeton University Press, 1993; PUTNAM, R.: «Bowling Alone: America's declining social capital», *Journal of Democracy*, vol. 6, n.º 1, 1995, pp. 65-78.

²² BONNELL, V.E. y HUNT, L. (eds.): *Beyond the cultural turn. New directions in the study of society and culture*, Berkeley, University of California Press, 1999.

²³ Un análisis mucho más detallado de la evolución de la tradición clásica de los estudios de la cultura política y de estas nuevas propuestas del análisis cultural puede encontrarse en MORÁN, M. L.: «Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis socio-políticos», en PÉREZ LEDESMA, M. y SIERRA, M. (eds.): *Cultura política: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 87-131.

²⁴ He tomado la expresión «sociología histórica de los conceptos» de la propuesta de análisis de SOMERS, M.: «Narrating and naturalizing civil society and citizenship Theory: the place of political culture and the public sphere», *Sociological Theory*, vol. 13, n.º 13, 1995, pp. 229-274.

un papel fundamental para que las universidades norteamericanas se convirtieran en lugar de destino preferente, sustituyendo rápidamente a Alemania y Francia como centros de influencia intelectual.

En consecuencia, el impacto de la sociología funcionalista y de la ciencia política pluralista son esenciales para comprender la perspectiva de estudio que fue adoptando una nueva generación de científicos sociales, educados en la universidad española de los años cuarenta y cincuenta, entre los cuales pueden destacarse los nombres de Salustiano del Campo, Víctor Pérez Díaz, Amando de Miguel, Juan Díez Nicolás, Salvador Giner, o incluso Francisco Murillo Ferrol. Muchos recibieron la influencia directa del magisterio de Juan Linz. Y todos ellos, aunque con matices diversos, incorporaron desde los años sesenta a sus estudios las teorías de la modernización y del desarrollo político.

Existió, es cierto, un grupo más reducido y con menor presencia pública —posiblemente debido a que estuvo apartado de la vida académica española en aquellos años— que, desde una posición muy distinta, también compartió el interés por el estudio de la sociedad y la política del franquismo. En este caso, fue desde Francia donde se trató de aplicar una sociología crítica de clara inspiración marxista al análisis del franquismo y, más concretamente, del funcionamiento de los aparatos ideológicos en España. Los dos nombres más conocidos son, sin duda, los de Ignacio Fernández de Castro y Jesús Ibáñez²⁵.

En ambos grupos, el estudio del franquismo se convirtió en un tema extremadamente relevante para considerar la naturaleza del cambio social y sus consecuencias sobre el futuro del régimen. En este sentido, no debe olvidarse el papel que jugó la clara implicación política de algunos de estos académicos en la dirección que adoptaron sus investigaciones, que se hizo patente, sobre todo, en los últimos años del franquismo y a lo largo de la transición. Al mismo tiempo, es necesario recordar el peso de estos trabajos en los cambios ideológicos y de estrategias de ciertas organizaciones políticas en este mismo período.

Ahora bien, el hecho de que esta generación compartiera un mismo objetivo de estudio, no significa que no respondieran de forma distinta a las polémicas en las que se enmarcan sus trabajos. Las siguientes páginas estarán dedicadas a exponerlas de forma sucinta, ya que éstas repercutieron en los diagnósticos más difundidos sobre la socialización y la cultura política franquistas.

El primer debate relevante se produjo en torno a la naturaleza del franquismo. Al menos en la investigación sociopolítica, la tesis hegemónica fue la defendida

²⁵ A pesar de que en aquel momento Manuel Castells compartía con estos autores una misma perspectiva teórica, en rigor no puede incluirse dentro de este grupo ya que su interés por el análisis de la realidad española fue escaso. Aunque es cierto que influyó en otros investigadores españoles que, por entonces, comenzaban a preocuparse por el estudio de los fenómenos urbanos y de los movimientos vecinales en España.

por J. Linz. Su postura es conocida y originó desde entonces un largo debate entre historiadores y otros científicos sociales²⁶, pero cabe recordar que defendió que el franquismo era esencialmente un régimen autoritario con un pluralismo limitado, claramente diferenciable de los regímenes fascistas²⁷. Ésta se convirtió en la tesis fundamental que incidió sobre las demás polémicas. A partir de la misma, pueden entenderse las razones por las que el enfoque predominante en los análisis sociopolíticos subrayara un segundo rasgo del franquismo: la ausencia de una ideología franquista en sentido estricto. Ello generó una discusión sobre las aportaciones de las distintas «familias» del régimen en la formación de lo que se consideró como una «no ideología»: el nacional-catolicismo. La principal conclusión de la polémica, como es bien sabido, presentó a la Falange como la gran perdedora de la pugna ideológica y a la Iglesia católica como la principal vencedora.

Lo más relevante para mi argumento es que las tesis del franquismo como régimen autoritario y la inexistencia de una ideología franquista se convirtieron en la base sobre la que se asentó la afirmación del «fracaso socializador» del régimen franquista. En las investigaciones de sociólogos y politólogos se apuntaron algunos factores que explicaban esta incapacidad. Paralelamente, la investigación social subrayó el fracaso del régimen franquista para desarrollar organizaciones que trabajaran desde la sociedad civil, y que lograran influir de forma clara sobre la misma. Se trataba, en opinión de la mayoría de los estudiosos, de un fenómeno directamente relacionado con su incapacidad de crear un auténtico partido de masas. Por consiguiente, se entendía que el franquismo había destruido todas las bases asociativas de la sociedad civil española del período anterior a la guerra civil, y no había logrado construir unas alternativas, provocando la consiguiente debilidad de la sociedad civil. En definitiva, al menos hasta finales de los años sesenta no existieron redes o lugares que hicieran posible procesos de socialización política en sentido estricto. Se incumplía, así, uno de los requisitos básicos del modelo que, como se ha expuesto en páginas anteriores, entendía que los vínculos que relacionan al sistema político con los ciudadanos se aprenden precisamente en el marco de las instituciones y asociaciones en donde tiene lugar la vida cotidiana de los miembros de una sociedad²⁸.

²⁶ Algunos trabajos importantes para seguir este debate son los de DI FEBBO, G. y JULIÁ, S.: *El franquismo*, Barcelona, ed. Paidós, 2005; JULIÁ, S.: *Historia de las dos Españas*, Madrid, ed. Taurus, 2005; PAYNE, S. G.: *El régimen de Franco: 1936-1975*, Madrid, Alianza ed., 1987; SAZ, I.: *Crisis y descomposición del franquismo*, Madrid, Marcial Pons ed., 2007; TUSELL, J.: *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza ed., 1988; y VILAR, S.: *La naturaleza del franquismo*, Barcelona, ed. Península, 1977.

²⁷ LINZ, J. J.: «Una interpretación de los regímenes autoritarios», *Papers*, n.º 8, 1978, pp. 11-26; LINZ, J. J.: *Fascism, breakdown of democracy*, op. cit., y Linz, J.: «Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios», *Obras escogidas*, ed. de MONTERO, J. R. y MILEY, T. J.: Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, vol.3.

²⁸ La tesis del papel de una sociedad civil densa ha sido empleada en ciertos análisis sociológicos para explicar la reproducción del nacionalismo vasco a partir de mediados de los años sesenta. En con-

Finalmente, el análisis sociopolítico incorporó también el impacto de la situación económica desde finales de la guerra hasta mediados de los años cincuenta, que había impedido la realización de buena parte de los proyectos megalómanos y faraónicos, concebidos para desarrollar una simbología y una iconología propias del nuevo régimen. Esta debilidad simbólica habría contribuido, pues, a las dificultades de poner en práctica una auténtica socialización «desde abajo» en el franquismo²⁹.

En definitiva, esta versión hegemónica del franquismo en las ciencias sociales explica que se diera por sentada la pervivencia de aquella misma «cultura política autoritaria» que había contribuido a la «quiebra» de la Segunda República. Sus principales características se derivarían de los obstáculos para la construcción de unas bases comunes de un auténtico «nosotros común» ciudadano. O, por plantearlo con otras palabras, los intentos de formar una cultura política durante el franquismo fracasaron por su propia incapacidad de establecer mecanismos y ámbitos para la socialización, pero sobre todo, por el lastre que seguía suponiendo la pervivencia de la debilidad de las identidades y prácticas de una auténtica ciudadanía, características del caso español desde el último tercio del siglo XIX en adelante.

Desde esta óptica, el estudio del franquismo, tanto en lo que se refiere al análisis de las principales características del régimen político como a las tendencias de cambio económico y social, se convirtió en un tema relevante para el análisis sociopolítico desde mediados de los años sesenta. Ya se ha mencionado que, tras este interés, estaba el intento por comprender la dirección del cambio social y su posible impacto en el tipo de evolución del régimen. En definitiva, se trataba de un esfuerzo por prever cuáles podían ser las salidas más probables del franquismo. En este esfuerzo, la cultura y —en mucha menor medida— la socialización política jugaron un papel muy relevante. Las siguientes páginas estarán dedicadas a presentar los principales resultados de estas investigaciones, que comenzaron a realizarse a finales de los años sesenta, adquirieron su máxima relevancia en plena transición política y prácticamente desaparecieron desde mediados de los años ochenta. Pero antes de abordar esta tarea, debo recordar que mi objetivo no es ahondar en sus contribuciones sino, simplemente, considerar el modo en que entienden la socialización en el franquismo y, por consiguiente, sus resultados: la construcción de una cultura política específica del régimen.

creto, es uno de los principales argumentos de los trabajos de A. Pérez Agote. Véase PÉREZ AGOTE, A.: *La reproducción del nacionalismo: el caso vasco*, Madrid, CIS, 1984; y PÉREZ AGOTE, A.: *El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*, Madrid, CIS, 1987.

²⁹ Dos referencias ineludibles sobre este tema son las de BONET CORREA, A. y UREÑA, G.: *El arte del franquismo*, Madrid, ed. Cátedra, 1981; y BOX, Z.: *España. Año cero: la construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza ed., 2010.

Un primer grupo de trabajos está formado por aquellos que se dedicaron de forma explícita al estudio de los mecanismos de adoctrinamiento político del franquismo. En éste se incluyen diversos trabajos publicados sobre el sistema educativo en el franquismo, la Sección Femenina, el SEU o los medios de comunicación. Aunque es innegable que manejan diferentes perspectivas, todos ellos presentan análisis detallados de las organizaciones, instrumentos, programas y contenidos de dicho adiestramiento³⁰. Por consiguiente, los conceptos claves que emplearon son los de adoctrinamiento y propaganda. Buena parte reconoce las dificultades de incorporar los conceptos de socialización política o de cultura política en sus investigaciones. Simplificando sin duda, o bien admiten la tesis de la debilidad del impacto socializador del franquismo —éste es el caso de los trabajos de Cámara Villar³¹—, o simplemente advierten que la mirada «desde abajo», del resultado del adoctrinamiento, excede el objetivo de sus investigaciones, coincidiendo en que se trata de un campo de estudio «todavía por explorar».

Pero, por lo que respecta al tema central de estas páginas, la línea más potente es aquella que combina los fundamentos de la teoría de la modernización con un análisis del desarrollo político español que descansa en los presupuestos de la teoría de Linz sobre los regímenes autoritarios. Es en su seno donde el argumento de la cultura política y, de nuevo en menor medida, el de la socialización política adquieren un papel muy relevante. Estos trabajos comenzaron a realizarse en un contexto en el que las encuestas de opinión fueron adquiriendo un papel muy relevante para el análisis sociopolítico. La creación del Instituto de la Opinión Pública —que años más tarde se convertiría en el actual Centro de Investigaciones Sociológicas³²— en 1963, o el trabajo de la Fundación Foessa³³, fundada en 1965 en el seno de Cáritas, son dos acontecimientos importantes para poder entender este cambio de orientación. En concreto, desde finales de los años sesenta el IOP realizó encuestas que incorporaban algunas de las preguntas del cuestionario original sobre cultura política elaborado por Almond y Verba. Y, por su parte, la Fundación Foessa comenzó a realizar una serie de informes sobre la situación social y política en España. En ambos casos, se llevó a

³⁰ Existe una abundantísima literatura sobre estos temas. Algunos ejemplos relevantes son los trabajos sobre la Sección Femenina de OTERO, L.: *La sección femenina*, Madrid, ed. Edaf, 1999; y GALLEGO, M. T.: *Mujer, falange y franquismo*, Madrid, ed. Taurus, 1983. O el estudio de CÁMARA VILLAR, G.: *Nacional-catolicismo y escuela: la socialización del franquismo (1936-1951)*, Jaén, ed. Hesperia, 1984, sobre el papel del sistema educativo.

³¹ Por ejemplo, este autor insiste en las escasas diferencias entre los programas de asignaturas de Historia, Geografía o Literatura de los años cuarenta-cincuenta y los de la década de los veinte en España; Véase, CÁMARA VILLAR: *op. cit.*.

³² Un buen estudio sobre la historia del IOP es el de ALCOBENDAS, P.: *Historia del Instituto de la Opinión Pública: 1963-1977*, Madrid, CIS, 2006.

³³ A lo largo de las décadas de los sesenta y setenta, Juan Linz fue uno de los principales investigadores que impulsaron los trabajos de esta Fundación.

cabo un importante trabajo de creación de indicadores sociales con el fin de comprender las principales tendencias de evolución de la sociedad española.

A pesar de que los distintos autores introdujeron diferentes énfasis en sus argumentos, todos ellos comparten un mismo planteamiento básico, no exento de ciertas contradicciones y «zonas de sombra»³⁴. En primer lugar, insistieron en que en España pervivía esencialmente un tipo de cultura política autoritaria-tradicional, a la que se habrían añadido algunos rasgos específicos introducidos por el franquismo. Ésta sería la predominante en la población española durante buena parte del franquismo, al menos hasta finales de los años sesenta. Sus principales rasgos pueden resumirse en los siguientes puntos. Ante todo, a pesar de la contradicción en los términos, se trataba de una cultura política marcada por el apoliticismo, en la que predomina la desconfianza de los individuos frente a todo aquello que se relacione con la política: las instituciones, las organizaciones, las élites... En definitiva, es un ámbito a evitar, tal y como revela la difusión de las connotaciones negativas del adjetivo «político», como sinónimo de poco claro, no de fiar.

Por consiguiente, esta cultura política se caracterizaba por unos bajos niveles de interés, conocimiento e información sobre temas políticos lo que reforzaba, de nuevo, las tesis del fracaso de la socialización política franquista. Por otro lado, algunos autores subrayaron que la «religiosidad» era un atributo destacado de los discursos políticos y de las formas de comprender las adhesiones políticas. Se trataría de un rasgo heredado, que entronca también con el pasado y que se perpetuará durante la transición y posterior etapa de consolidación de la democracia, tanto en el seno de las organizaciones conservadoras como en las herederas de la oposición antifranquista³⁵.

No obstante, esta particular visión de la política era compatible con el gran peso del estatismo y el antiliberalismo en la concepción de la relación entre ciudadanía y Estado. Existió entonces un acuerdo generalizado en admitir que gran parte de los españoles creía que el Estado estaba obligado a intervenir en la vida económica y social para garantizar el bienestar de los ciudadanos. Este hecho revelaría que la cultura política de los españoles estaba teñida por una ideología

³⁴ Un análisis mucho más detenido de estos trabajos se puede encontrar en MORÁN, M.L. y BENEDICTO, J.: *La cultura política de los españoles. Un ensayo de reinterpretación*, Madrid, CIS, 1995; MORÁN, M. L.: «Cultura política y democracia en España», *Documentación Social*, n.º 73, 1988, pp. 9-24; y MORÁN, M. L.: «Los estudios de cultura política en España», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 85, 1999, pp. 97-130.

³⁵ Una buena exposición sobre estas tesis del componente religioso de la cultura política en España puede encontrarse en DÍAZ SALAZAR, R. y GINER, S.: *Religión y sociedad en España*, Madrid, CIS, 1990; y en RECIO, J. L. et al.: *Para comprender la transición española: religión y política*, Estella, ed. Verbo Divino, 1990. En los últimos años, este mismo argumento ha resurgido en algunos análisis sobre la radicalización del discurso político en España; en concreto, véase GIL CALVO, E.: *La lucha política en España. Tragicomedia de la crispación*, Madrid, ed. Taurus, 2007.

difusa de igualitarismo, que reclamaba un papel importante de las autoridades públicas en muchas esferas de la vida pública. Para algunos, este factor constituía una clave importante que revelaba la solidez y continuidad de un tipo de cultura política «de súbdito».

La contradicción entre la desconfianza del mundo de la política y la exigencia de un Estado fuerte-interventor explicaría uno de los atributos centrales de dicha cultura: en palabras de J. Linz, el «cinismo político». Con este concepto se aludía al resultado de la combinación de dos actitudes frente al sistema político: un alto grado de legitimidad y bajos niveles de efectividad. Por otro lado, en los últimos años del franquismo, las encuestas de opinión revelaban que, si bien el franquismo contaba con una alta legitimidad, ello era compatible con la admisión de que a España le correspondía pertenecer al ámbito político europeo. Expresada ciertamente de una forma ambigua, y con todas las precauciones que deben tomarse a la hora de valorar los resultados de las encuestas realizadas durante aquellos años, parecía difundirse la idea de que la vida del régimen estaba ligada a la de Franco. Es decir, se consideró que se percibían indicios de un deseo de cambio político que «normalizara» la situación de una España profundamente afectada desde mediados de los años sesenta por grandes cambios económicos, sociales y de estilos de vida.

Por último, cabe recordar que una de las singularidades de esta cultura política del tardofranquismo era la debilidad de su dimensión participativa. Se entendía que, como consecuencia directa de la supresión de derechos políticos y del fracaso de la puesta en marcha un auténtico partido único de masas, las capacidades de los españoles para ser ciudadanos participativos eran muy escasas. Este factor fue considerado como el principal lastre para la reconstrucción de una auténtica cultura cívica en el inicio de la transición; un argumento que se completó con el reconocimiento del raquitismo de la sociedad civil.

Todos estos elementos estarán presentes al comienzo de la transición política, y son los que, en aquel momento, se creía podían operar como una base favorable para la superación del franquismo, una vez desaparecido el dictador. Por ello, numerosos trabajos publicados en esos años o inmediatamente después³⁶ defendieron que los elementos básicos de la cultura política de los españoles eran comparables con los existentes en las viejas democracias europeas: una prueba más del fracaso

³⁶ Entre ellos pueden mencionarse: DE MIGUEL, A.: *La berencia del franquismo*, Madrid, ed. Cambio 16, 1976; GINER, S. et al.: *España. Sociedad y política*, Madrid, ed. Espasa Calpe, 1990; LÓPEZ PINA, A. y ARANGUREN, E.: *La cultura política en la España de Franco*, Madrid, ed. Taurus, 1976; LÓPEZ PINTOR, R.: *La opinión pública del franquismo a la democracia*, Madrid, CIS, 1982; LÓPEZ PINTOR, R. Y WERT, J. I.: «La otra España. Insolidaridad e intolerancia en la tradición político-cultural española», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 19, 1982, pp. 7-25; LÓPEZ PINTOR, R. y BUCETA, R.: *Los españoles de los años setenta: una versión sociológica*, Madrid, ed. Tecnos, 1975; y TEZANOS, J.F. et al.: *La transición democrática española*, Madrid, ed. Sistema, 1989.

socializador del franquismo. El único elemento preocupante era la mencionada debilidad participativa de la cultura política. No obstante, se confió en que la instauración de un régimen democrático produciría una rápida «resocialización» política adulta en los nuevos valores y prácticas de la vida democrática que lograría «corregir» esta desviación del modelo de la cultura cívica en un tiempo razonable.

En consecuencia, el tema de la socialización volvió a adquirir cierto impulso en los análisis que se preocuparon desde mediados de los años setenta por la construcción de una cultura política plenamente democrática. Sobre este punto, merece la pena realizar algunas precisiones. En primer lugar, la propia idea de «resocialización» —o de nueva socialización— adulta corregía una de las limitaciones del planteamiento clásico de la socialización política. Puesto que se trataba de asegurar la viabilidad de una transición a la democracia, era necesario admitir que podían darse nuevos aprendizajes de la política más allá de la infancia y la adolescencia. No obstante, esta tesis no se concretó en una línea de investigación; es decir, no se realizaron trabajos sobre los nuevos procesos de socialización. Posiblemente, ello se deba a que, a finales de los años setenta, las preocupaciones de los científicos sociales comenzaron a cambiar y, además, a la práctica desaparición de este campo de estudios, tal y como se ha mencionado con anterioridad.

Finalmente, es interesante tener en cuenta que los estudios realizados sobre la cultura política en España coinciden en que buena parte de estas características se han mantenido hasta la fecha. Las razones de esta persistencia exceden el objetivo de estas páginas, pero posiblemente ayuden a explicar algunas singularidades de nuestra vida política actual³⁷.

Todo este conjunto de argumentos constituyó la principal aportación de la interpretación más difundida sobre la socialización y la cultura política franquista. Como hemos visto, las investigaciones se centraron en el estudio de los últimos años del régimen, obviando todo el período anterior. Pero esta presentación estaría incompleta si no mencionáramos que otros autores propusieron una línea alternativa de investigación menos centrada en la cultura o socialización políticas, pero que sí aportó algunas ideas interesantes.

En este caso, se trata de trabajos que aplican de forma mucho más directa al caso español el modelo de las teorías de la modernización³⁸. En concreto, defen-

³⁷ J. Benedicto ha analizado las consecuencias de las persistencias y cambios en lo que denomina la «matriz cultural» de la democracia en España. En concreto, véase BENEDICTO, J.: «Ciudadanos, ciudadanía y cultura democrática», en PÉREZ LEDESMA, M. (ed.): *Historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 365-397.

³⁸ Entre ellos, destacan los informes FOESSA: AAVV: *Informe sociológico sobre la situación social de España 1970*. (Director: Amando de Miguel), Madrid, Euroamérica, 1970; AAVV: *Síntesis actualizada del III Informe Foessa* (Síntesis de Joaquín Casal Bataller), Madrid, Euroamérica, 1970; AAVV: *Informe sociológico sobre el cambio político en España. 1975-1981*: IV Informe Foessa, Madrid, Euroamérica, 1981; y

dieron que una de las principales consecuencias del desarrollo económico en España había sido un cambio notable de valores y «estilos de vida» que se fue extendiendo a lo largo de la década de los sesenta a amplias capas de la población. Entre las transformaciones más significativas, destacan el proceso de secularización, los importantes cambios del rol de las mujeres, el inicio de la «democratización» de las familias españolas como consecuencia del conflicto intergeneracional, y el turismo. Todo ello explicaría un cambio notable en las formas de vida, que se vio facilitado por el rápido desarrollo de una sociedad de consumo. Europa occidental se convirtió así en sinónimo de modernidad y de bienestar, y los estilos de vida propios de las etapas más «duras» del franquismo comenzaron a ser rápidamente superados.

Estas mismas investigaciones indicaron que algunas medidas liberalizadoras y aperturistas del régimen habrían hecho posible una cierta revitalización de la sociedad civil, creando espacios de «aprendizaje de prácticas de ciudadanía». Esta es la tesis que mantuvo, en concreto, V. Pérez Díaz³⁹ al analizar el impacto del establecimiento de la negociación colectiva en el régimen laboral español en el desarrollo del movimiento sindical.

Por último, el aumento de la conflictividad social —obrera, estudiantil, vecinal— desde finales de los años sesenta planteó la necesidad de analizar la pervivencia de las «culturas de la resistencia» durante el franquismo. Sin embargo, lamentablemente éste fue un tema con una escasísima repercusión en la investigación social del momento. Prácticamente, la única obra dedicada a este tema es la de J.M. Maravall, *Dictadura y disenso político*⁴⁰, quien no prosiguió después esta línea de trabajo⁴¹.

En definitiva, a comienzos de los años setenta, el análisis sociopolítico se enfrentó a un dilema: ¿cómo hacer compatibles ambos conjuntos de argumentos: la persistencia de claros elementos de una cultura política autoritaria-tradicional, que habría perpetuado el franquismo, con la afirmación de que ésta misma hacía posible encarar un proceso de cambio político? En aquel momento, se trataba de una cuestión clave para que el argumento de la cultura política pudiese servir —como así ocurrió— para apoyar la tesis de que era posible emprender un proceso de democratización. O, por decirlo de otra forma, que la cultura política de

AAVV: *Informe sociológico sobre el cambio social en España. 1975-1983*: IV Informe Foessa, Madrid, Euroamérica, 1983.

³⁹ PÉREZ DÍAZ, V.: *El retorno de la sociedad civil*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1990; PÉREZ DÍAZ, V.: *La emergencia de la España democrática: la invención de una tradición y la dudosa institucionalización de una democracia*, Madrid, Working Papers, Fundación Juan March, 1991; y PÉREZ DÍAZ, V.: *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza ed, 1993.

⁴⁰ MARAVALL, J. M.: *Dictadura y disenso político*, Madrid, ed. Alfaguara, 1978.

⁴¹ Ha sido la investigación histórica la que, en las últimas décadas, ha contribuido a colmar esta laguna.

los españoles «chocaría» con cualquier intento de perpetuación del franquismo tras la muerte del dictador.

En mi opinión, el planteamiento que entonces cumplió ese papel —y que, unos años después, se convirtió en uno de los elementos clave de la interpretación dominante de la transición política española— recurrió a una combinación del peso de la memoria y del olvido en la cultura política de los españoles. Lo curioso es que la base empírica de dicho argumento fue siempre muy endeble. La explicación, cuya formulación más acabada se encuentra en la obra de J.M. Maravall *La política de la transición*⁴², combinaba dos afirmaciones. Ante todo, sostenía que, durante todo el franquismo, en el seno de las familias españolas se habían mantenido —y transmitido a la siguientes generaciones— unas memorias de la vida política democrática republicana. Dichas memorias incluían todos los elementos clásicos de la concepción de la cultura política: valores, actitudes, capacidades, visiones del mundo... Se trataba, por tanto, de una socialización política familiar que se había prolongado a lo largo de décadas. La principal prueba de dicha efectividad era el mantenimiento de las identificaciones partidistas y de la lealtad del voto entre las últimas elecciones de la República de febrero de 1936 y las primeras elecciones generales del 15 de junio de 1977⁴³. No obstante, no se aportaban más datos acerca de la forma concreta en la que las familias habrían llevado a cabo este papel.

Este argumento fue compatible con la paralela constatación de la eficacia de un «pacto de olvido» que se habría forjado en torno a la idea de «reconciliación nacional» impulsada, entre otros, por sectores de la Iglesia católica y también por el PCE desde mediados de los años sesenta. En este caso, hay que reconocer que el peso del olvido en el tardofranquismo, y sobre todo durante la transición, sí fue un tema de investigación abordado desde los años ochenta⁴⁴. Pero, aun así, la mayor parte de las investigaciones publicadas en los años setenta y ochenta sobre el cambio político en España se limitaron al análisis del pacto «entre las élites», a su impacto en los cambios de estrategias de los actores políticos y a su influencia en el diseño de ciertas políticas públicas. La extensión de los movimientos vinculados con la «recuperación de la memoria histórica», los recientes cambios legislativos y la polémica que se ha generado en la opinión pública

⁴² MARAVALL, J. M.: *La política de la transición*, Madrid, ed. Taurus, 1982.

⁴³ MARAVALL, J. M.: «Transiciones a la democracia. Alineamientos políticos y elecciones en España, *Sistema*, n.º 36, 1980, pp. 65-105.

⁴⁴ Los siguientes trabajos son una buena prueba de este interés: DEL ÁGUILA, R. y MONTORO, R.: *El discurso político de la transición*, Madrid, CIS, 1984, y AGUILAR, P.: *La memoria histórica de la guerra civil española (1936-1939): un proceso de aprendizaje político*, Madrid, Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Fundación Juan March, 1995.

parecen demostrar el error de dar por sentado que este olvido había pasado a formar parte de la cultura política de los españoles⁴⁵.

EN FAVOR DE UNA NUEVA PERSPECTIVA DE ESTUDIO DE LOS APRENDIZAJES DE LA POLÍTICA Y DE LOS UNIVERSOS POLÍTICOS DE LOS ESPAÑOLES DURANTE EL FRANQUISMO⁴⁶

La primera parte de este texto ha estado dedicada a presentar unas breves reflexiones sobre los conceptos de socialización y cultura políticas tal y como han sido empleados en el análisis sociológico. A partir de ahí, se han tomado en consideración las aportaciones que los sociólogos y politólogos españoles realizaron, hace ya más de tres décadas, al estudio de ambos temas. Se ha querido mostrar cómo el interés por este campo de estudio estuvo marcado por un contexto político concreto —el final del franquismo y el inicio de la transición— pero también por los entonces enfoques dominantes en el análisis sociopolítico. Desde comienzos de la década de los ochenta, las contribuciones de los científicos sociales en este terreno han sido muy escasas. Además, consideradas desde la óptica actual, algunas de sus limitaciones son patentes.

Paralelamente, los historiadores han retomado el interés por estos temas. Han sido ellos quienes, a lo largo de los últimos treinta años, han cuestionado las interpretaciones dominantes del cambio político en España, adoptando nuevas perspectivas de estudio y, sobre todo, liberándose de las constricciones del viejo análisis sociopolítico del franquismo y la transición política. Pero, además, sus investigaciones han permitido avanzar en el conocimiento de los mecanismos de la socialización y de la formación de culturas políticas desde el franquismo.

El análisis de estas contribuciones historiográficas excede mis propias competencias. Lo que me interesa considerar en esta última parte de mi exposición es en qué medida la sociología política en España está en condiciones de recuperar el impulso que tuvo hace ya tiempo, para volver a analizar estos temas, superando sus viejas limitaciones y contribuyendo a colmar algunas de las lagunas de sus antiguos trabajos. Soy consciente de los obstáculos que conlleva esta apuesta. El análisis sociológico peca, sin duda, de un cierto «presentismo» y, además, se ve empujado a centrarse en los que considera los problemas sociales más urgentes del momento. El franquismo y la transición quedan ya muy lejos. Por otro lado, es evidente el peso de las «modas» teóricas en cada generación de sociólogos, y

⁴⁵ JULIÁ, S. y AGUILAR, P. (eds.): *Memoria de la guerra y el franquismo*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias y ed. Taurus, 2006.

⁴⁶ En este último apartado, empleo a propósito dos términos —aprendizajes de la política y universos políticos— que considero menos cargados teórica e ideológicamente que los de socialización y cultura políticas.

no se puede negar la posición marginal de la perspectiva cultural en el análisis social. Aun así, éste vuelve, una y otra vez, a reconsiderar sus temas clásicos, y sin duda en el caso de la sociología española el estudio de lo que nosotros denominaríamos las «bases culturales» del franquismo es uno de ellos.

Por lo tanto, con todas las precauciones necesarias, defenderé que es posible retomar este tema de estudio desde unas perspectivas que nos permitan avanzar considerablemente frente a los anteriores estudios. En primer lugar, ello es así porque contamos con marcos teóricos que hacen posible ir mucho más allá de las limitaciones de los viejos modelos de análisis de la socialización y la cultura políticas. Por lo que se refiere al primero de estos temas, hace ya tiempo la propuesta de A. Percheron⁴⁷ sobre los aprendizajes de la política durante la infancia introdujo la dimensión del cambio en los procesos de socialización, mostrando la multiplicidad de agentes, la posible contradicción de sus mensajes socializadores, y la existencia de avances y retrocesos (de aprendizajes y olvidos) a lo largo de los mismos. Concebida como el desarrollo de una cierta representación del mundo, la socialización se vincula con las experiencias concretas de los individuos, grupos y generaciones, y con las condiciones sociales, económicas y políticas en las que se vive⁴⁸.

En este mismo sentido, la «sociología de la experiencia» de F. Dubet⁴⁹ defiende una nueva óptica para estudiar la experiencia social, entendida como un fenómeno construido y crítico. De aquí que cuestione la concepción clásica del análisis social de un individuo «hipersocializado», subrayando, por el contrario, que se debe prestar atención al modo en que se conforman las experiencias a través de conductas individuales y colectivas dominadas por la multiplicidad de sus principios constitutivos y por la actividad de los individuos que deben construir el sentido de sus prácticas en el seno de dicha heterogeneidad. Nos encontramos, pues, con unos actores no totalmente socializados, debido a que los individuos establecen una distancia con el sistema social y político que proviene de la diversidad de las lógicas de acción que se cruzan en la experiencia social vivida como un problema.

Por lo que se refiere al ámbito de la cultura política, también se ha producido una cierta renovación, a partir de la crítica del modelo clásico de «La cultura cívica». En este caso, es inevitable volver a mencionar el impacto de la propuesta de R. Putnam⁵⁰ sobre el capital social en el análisis sociopolítico de los últimos veinte años. Pero, en mi opinión, las aportaciones que mejor pueden contribuir a retomar el análisis son las que han comenzado a plantear el estudio de las «gramáticas de

⁴⁷ PERCHERON, A.: *La socialisation politique*, París, Armand Collin, 1993; y PERCHERON, A. y RÉMOND, R. (eds.): *Age, attitudes et comportements politiques*, París, Armand Colin, 1993.

⁴⁸ PERCHERON, A.: *La socialisation politique*, *op. cit.*, pg. 33.

⁴⁹ DUBET, F.: *Sociología de la experiencia*, Madrid, CIS, 2010.

⁵⁰ PUTNAM, R.: *Making democracy work*, *op. cit.*; PUTNAM, R.: «Bowling alone..», *op. cit.*

la vida ciudadana»⁵¹, a partir de la recepción de la influencia del «giro cultural» en las ciencias sociales.

En el análisis sociológico, este conjunto de propuestas obliga a desplazar el énfasis desde el estudio de los «aparatos ideológicos del Estado» —del adoctrinamiento, la propaganda— a un análisis detallado de otros espacios de la vida cotidiana que parecen esenciales para el análisis de los aprendizajes políticos: el ocio, las iglesias y el trabajo esencialmente. Sin olvidar nunca que la familia debe seguir siendo considerada como un agente central en dichos procesos. En definitiva, es necesario adoptar decididamente una óptica de estudio «desde abajo», que sea capaz de tomar en consideración el modo en que los individuos y grupos, por medio de las prácticas concretas que llevan a cabo en sus vidas cotidianas, incorporaron aquellos valores, actitudes y creencias que se esforzaba por difundir el régimen franquista, al tiempo que se producían fenómenos de resistencia, y también de hibridación con sus viejos universos políticos.

Para llevar a cabo esta tarea, es imprescindible romper con la concepción unitaria de la cultura política inherente a la tradición clásica que inauguraron Almond y Verba. Es decir, no podemos seguir empeñados en dar por supuesto que exista algo que pueda denominarse la cultura política «de los españoles». Por el contrario, es esencial recuperar la idea de «subculturas políticas» específicas, vinculadas a grupos sociales concretos. Pero, sobre todo, no debe olvidarse que, hace ya tiempo, el análisis sociológico mostró las limitaciones de las encuestas de opinión para el estudio de los fundamentos culturales de la vida social. En el tema que aquí nos ocupa, ya se ha mencionado el papel que jugaron las encuestas de cultura política en los últimos años del franquismo y en la transición, a pesar de las evidentes reticencias que suscitaban sus resultados. Más de cuarenta años después, considerar el contenido de los cuestionarios —qué temas se incluían, cómo se formulaban las preguntas...— parece mucho más útil que seguir prestando atención a los resultados de estas encuestas. Por otra parte, la perspectiva sociopolítica debe incorporar nuevas fuentes para el estudio. Aquellas sobre las que, desde hace mucho tiempo, están trabajando los historiadores: diarios, literatura, cine, fuentes orales... Sólo así, podremos aportar resultados relevantes a este esfuerzo común, cuyos resultados, sin duda alguna, nos permitirían a los sociólogos comprender algunos de los rasgos, y sobre todo ciertas debilidades, de la vida democrática actual.

⁵¹ CEFAÍ, D.: «Expérience, culture et politique», en CEFAÍ, D. (ed.): *Cultures politiques*, París, PUF, 2001, pp. 93-117; ELIASOPH, N.: «Political Culture and the Presentation of a Political Self. (A study of the public sphere in the spirit of Erving Goffman)», *Theory and Society*, n.º 19, 1990, pp. 465-494; ELIASOPH, N. y LICHTERMAN, P.: «Culture in interaction», *American Journal of Sociology*, n.º 108, 2003, pp. 735-794; LICHTERMAN, P. y CEFAÍ, D.: «The idea of political culture», en. GOODIN, R.E. y TILLY, Ch. (eds.): *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)

Editor

Miguel Á. Ruiz-Carnicer

Comunicaciones



INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO» (C.S.I.C.)

Excma. Diputación de Zaragoza

ZARAGOZA, 2013

Publicación número 3206
de la Institución «Fernando el Católico»,
Organismo autónomo de la Excma. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2 · 50071 Zaragoza (España)
Tels. [34] 976 28 88 78/79 · Fax [34] 976 28 88 69
ifc@dpz.es
www. ifc.dpz.es

© Los autores
© De la presente edición, Institución «Fernando el Católico»

ISBN: 978-84-9911-216-9
DEPÓSITO LEGAL: Z 201-2013
PREIMPRESIÓN: Fototype, S.L. Zaragoza

IMPRESO EN ESPAÑA. UNIÓN EUROPEA

ÍNDICE

ALBANESE, Matteo Antonio y HIERRO, Pablo del: <i>Una red transnacional. La «network» de la extrema derecha entre España e Italia después de la II Guerra Mundial, 1945-1968</i>	Pag. 6
ALEGRE, David: <i>El fascismo como experiencia interna somatizante: una propuesta de análisis del fascismo español a través del lenguaje</i>	Pag. 25
BARRENETXEA, Igor: FORTUNATO (1941). <i>Una cultura social de la Falange en el cine de ficción</i>	Pag. 41
BARRUSO, Pedro: <i>La falange en la formación de una nueva clase política a nivel local. Un estudio comparado: Guipúzcoa y La Rioja (1936-1948)</i> ..	Pag. 58
CEBREIROS, Ana: <i>Movilización femenina para ganar una guerra. Las actividades de retaguardia Sección Femenina en Galicia</i>	Pag. 77
COLOMER RUBIO, Juan Carlos: «Gestionar desde la izquierda». <i>Adolfo Rincón de Arellano y su proyecto político falangista</i>	Pag. 95
DOMPER, Carlos: <i>Entre la fuerza del mastodonte y la reserva de dinosaurios. Falange y las elecciones municipales de representación familiar en Aragón, 1948-1973</i>	Pag. 111
FERNÁNDEZ, Iñaki: <i>Aproximación a Falange Española en el País Vasco (1910-1945)</i>	Pag. 131
FUENTES, Maximiliano: <i>Eugenio d'Ors y la génesis del discurso del nacionalismo falangista</i>	Pag. 148
GELONCH, Josep: <i>FET y de las JONS en la Cataluña rural de postguerra. La implantación del Partido Único en la Provincia de Lleida, 1938-1945</i> ..	Pag. 165
GONZÁLEZ, Juan Ignacio: <i>¿Mitad monjes, mitad soldados? Los hombres del fascismo rural en la provincia de Huelva: de la teoría a la práctica (1937-1945)</i>	Pag. 183
GUERRA, Ricardo, y LEÓN, Aarón: <i>La españolización de Canarias a través de la propaganda falangista (1936-1945)</i>	Pag. 195

HERNÁNDEZ, Claudio: <i>Desempolvando las camisas: revitalización falangista y combate por España en el marco local</i>	Pag. 221
JANUÉ, Marició: <i>La atracción del falangismo a la causa nacional-socialista por parte de la sociedad germano-española de Berlín durante la guerra civil española</i>	Pag. 240
JIMÉNEZ, Alfons: <i>Artículos, reflexiones y miradas sobre el huevo de la serpiente. El fascismo visto desde La Veu de Catalunya</i>	Pag. 262
LEÓN ÁLVAREZ, Aarón: <i>Falange y la construcción del consenso en Canarias durante el primer franquismo</i>	Pag. 278
MARTÍNEZ SÁNCHEZ, Santiago: <i>El Dios y el César de Fermín Yzurdiaga, 1936-1939</i>	Pag. 301
MORANT, Toni: <i>«Todo ha sido como en cine». El viatge d'un grup d'estudi d'Auxilio Social a l'Alemanya nacionalsocialista, tardor de 1937.</i>	Pag. 317
MORENO, Antonio C. <i>Espionaje, neutralidad y propaganda franquista en Gran Bretaña durante la II Guerra Mundial.</i>	Pag. 335
MOTA, José F.: <i>España Club: una breve experiencia unitaria de la extrema derecha barcelonesa (1935-1936).</i>	Pag. 354
NAVARRA, Andreu: <i>Pedro Sainz Rodríguez: orígenes literarios de una ideología</i>	Pag. 377
ORTEGO, Óscar: <i>Cine, realismo y propaganda falangista: un ejemplo en la revista Primer Plano</i>	Pag. 394
PEÑALBA, Mercedes: <i>La Secretaría General del Movimiento como pilar estructural del primer franquismo, 1937-1945</i>	Pag. 408
RAMOS, Pilar: <i>Género y Falange: un recorrido historiográfico sobre la Sección Femenina</i>	Pag. 424
RINA SIMÓN, César: <i>Universidad de Navarra. Las «guerras de la memoria» entre militares y falangistas en Cáceres, 1936-1942</i>	Pag. 444

RINALDI, Andrea: <i>Ramiro de Maeztu en la redacción de The New Age: algunos rasgos comunes en los orígenes del fascismo español e internacional</i>	Pag. 463
RINCÓN, Aintzane: <i>Cuerpos enfrentados en Sin novedad en el Alcázar</i>	Pag. 481
RÍO MORILLAS, Miguel Ángel del: <i>La Unión del Pueblo Español (UDPE): los orígenes de la macro-asociación azul de Alianza Popular (AP)</i>	Pag. 499
RIPOLL, Blanca: <i>La retórica del poder en Destino. Entre el periodismo y la literatura (1939-1944)</i>	Pag. 515
RODAO, Florentino: <i>Hedillismo en Filipinas. La cultura política falangista frente al resto de franquistas durante la Guerra Civil</i>	Pag. 525
RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio: <i>Los últimos fascistas: juventud, política y dictadura franquista en los años cincuenta</i>	Pag. 542
SANTOS SÁNCHEZ, Diego: <i>El fracaso del proyecto teatral falangista</i>	Pag. 564
TOMASONI, Matteo: <i>Fascismo agrario y proselitismo revolucionario en el pensamiento de Onésimo Redondo</i>	Pag. 578
VELASCO MARTÍNEZ, Luis: <i>El Movimiento antes del movimiento: De las asociaciones católicas a FET de las JONS. El caso de Vigo</i>	Pag. 593
ZARATIEGUI, Jesús María: <i>El falangismo en crisis con la crisis de febrero de 1956</i>	Pag. 609

**UN RED TRANSNACIONAL. LA «NETWORK» DE EXTREMA DERECHA
ENTRE ESPAÑA E ITALIA DESPUÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL,
1945-1968**

Matteo Antonio Albanese y Pablo del Hierro

Introducción

El 12 de diciembre de 1969 una bomba estallaba dentro de la *Banca Nazionale dell'Agricoltura* de Milán dejando 16 muertos y decenas de heridos. Cinco años más tarde, el 26 de mayo de 1974, otra bomba hacía explosión en las calles de Brescia durante una manifestación antifascista, causando 8 muertos y más de 40 heridos.

El 9 de mayo de 1976 un número indeterminado de pistoleros atacaron con armas de fuego a miembros del Partido Carlista que estaban celebrando una romería en Montejurra (España). Los incidentes dejaron dos muertos y varios heridos. Unos meses más tarde, en la noche del 24 de enero de 1977, otro grupo de pistoleros irrumpió en el despacho de abogados laboristas vinculados al sindicato Comisiones Obreras, sito en la madrileña calle de Atocha. Los sicarios dispararon indiscriminadamente al grupo provocando 5 muertos y 4 heridos.

Todos estos atentados fueron planeados y ejecutados por grupos terroristas de extrema derecha, unos grupos cuyo punto en común reside en que pertenecían a una red o *network* más amplia de movimientos fascistas cuyas raíces pueden ser rastreadas hasta la década de 1930. El objetivo de este artículo es precisamente mostrar cómo nacieron estas redes y cómo se desarrollaron en el contexto de la Guerra Fría y, un poco más tarde, en el del proceso de integración europea. Evidentemente, es imposible analizar en un texto corto una red global de tal magnitud. Es por ello que el presente artículo se va a centrar exclusivamente en un anillo de esa cadena, concretamente en las relaciones establecidas entre movimientos neofascistas italianos y españoles. A este respecto, es importante aclarar que, aunque este caso de estudio representa únicamente una parte pequeña de la red, se trata de uno de sus anillos más fuertes e importantes, hasta el punto de que su análisis nos ayuda a entender los mecanismos y las maneras de toda la *network*.

A fin de reconstruir esta parte de la red de manera satisfactoria, es necesario distinguir tres categorías de análisis que, aunque diferentes, se entrecruzan en todo momento durante nuestro estudio: personas individuales, organizaciones políticas y aparatos estatales. Con respecto a la primera categoría, la relación nacida durante la Guerra Civil española entre el «Corpo di Truppe Volontarie» (CTV) y los ejércitos franquistas, produjo una serie de vínculos personales fundamentales en los primeros pasos de la formación de la red. Como se propone evidenciar el presente artículo, en la base de estas relaciones estaba el compartir la dramática experiencia de la derrota sufrida durante la Segunda Guerra Mundial y una misma ideología, al menos en sus puntos principales. Respecto a la segunda categoría, es necesario tener en cuenta que esas personas estaban muy a menudo involucradas en organizaciones políticas. De este modo, las relaciones personales se volvieron inmediatamente políticas y, por consiguiente, activas y dinámicas, cambiando según los diferentes escenarios tanto nacionales como internacionales. Por último, la elección de la tercera categoría responde a la particular organización del régimen de Franco. De hecho, resulta evidente que significados miembros de la extrema derecha española formaban parte del Gobierno nacional, lo cual implicaba que los neofascistas italianos se vieran obligados a mantener relaciones con importantes sectores del régimen franquista. La activa participación del Gobierno español en la red constituye otra razón más que refrenda la importancia de este anillo para entender mejor el funcionamiento de toda la cadena.

A pesar de que el nivel internacional es crucial para analizar esta red, debemos hacer notar que la mayor parte de la literatura dedicada al estudio de los movimientos de extrema derecha sigue siendo a día de hoy eminentemente estado-céntrica. Sin embargo, el presente artículo parte de la base de que estos movimientos no pueden ser entendidos adecuadamente si no se tiene en cuenta su dimensión transnacional. Dada la escasez de literatura especializada que haya adoptado un enfoque transnacional, este artículo está basado principalmente en fuentes primarias. De entre ellas, los documentos más importantes han sido hallados en los archivos nacionales tanto de Italia (los «Archivio Centrale dello Stato» tanto de Roma como de Cosenza, y el «Istituto Sturzo» extremadamente útil para comprender la relación entre el régimen franquista y la «Democrazia Cristiana»), como de España (Archivo General de la Administración, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y la Fundación Nacional Francisco Franco). La

dimensión transnacional ha sido reforzada aún más si cabe gracias a los documentos encontrados en los archivos de Portugal (Archibo Naçional Portuguese de Torre do Tombo), Francia (Ministère des Affaires Etrangères) y del Reino Unido (National Archives). Estas fuentes demuestran claramente que aún queda una enorme labor por hacer.

Finalmente, es necesario añadir una nota respecto al uso de las fuentes judiciales que constituyen otra de las principales bazas de este artículo. En particular, es importante aclarar dos aspectos. En primer lugar, que los indicios y las pruebas que un historiador busca y usa durante su investigación son diferentes de los que buscan y usan los jueces y, o, abogados durante un juicio. En su búsqueda de razones para explicar ciertos eventos, los historiadores tratan de reconstruir un contexto más amplio, cosa que muy pocas veces interesa a jueces y a abogados, más preocupados por demostrar sus tesis a base de «teoremas». Y en segundo lugar, debido a la particular naturaleza de este tipo de fuentes, el historiador debe usarlas con extremo cuidado. Es por ello que la presente investigación solamente hará uso de documentos judiciales que tengan su corroboración en otras bases documentales. Esta elección está motivada por el hecho de que un juicio es una batalla dialéctica en la que las distintas partes intentan demostrar sus propias hipótesis. En este contexto, el cruzar estas fuentes con otras de distinta naturaleza contribuye a diferenciar la información de lo que acaba siendo pura argumentación dialéctica¹.

En resumidas cuentas, las páginas siguientes se proponen abordar las relaciones establecidas entre movimientos de extrema derecha españoles e italianos entre 1945 y 1968 en un intento por entender un importante anillo dentro de una red global de organizaciones terroristas y neofascistas.

1945-56 La consolidación de la red fascista después de la segunda guerra mundial

Del MIFF a los FAR. La red de extrema derecha después del final de la Segunda Guerra Mundial.

Contrariamente a lo que se podría pensar, el final de la Segunda Guerra Mundial no trajo consigo la desaparición de los contactos entre extrema derecha española e

¹ ALBANESE, M.: *Storia Di Una Sconfitta: Le Brigate Rosse E La Gauche Prolétarienne Di Fronte Alla Globalizzazione*, Florencia, European University Institute, 2011.

italiana. Y ello, a pesar de la difícil situación en la que se encontraban los dos países en el verano de 1945. Por un lado, el nuevo gobierno italiano tenía por delante la difícil misión de reconstruir el país, reintegrándolo dentro del sistema internacional. Es por ello, que la mayor parte de los esfuerzos del gobierno de concentración nacional estuvieron encaminados a borrar el pasado fascista, tratando de convencer a la comunidad internacional de que el pueblo italiano no había sido realmente el causante del conflicto bélico². Por el otro lado, la situación de España no era mucho mejor. La victoria de los aliados dejaba al régimen de Franco como el último reducto fascista en Europa, un anacronismo que debía desaparecer lo antes posible. Enfrentados a esta difícil situación, las autoridades españolas trataron de acelerar el proceso de distanciamiento del Eje, un proceso que ya había comenzado muy lentamente en septiembre de 1942 con la sustitución de Serrano Suñer como Ministro de Asuntos Exteriores³. Es en este contexto de separación con respecto al fascismo en el que debemos encuadrar la decisión tomada por el Gobierno español de cerrar oficialmente las oficinas del Servicio Exterior de Falange en Roma⁴. Cabe recordar que estas oficinas habían jugado un papel muy importante durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial como nexo entre elementos de extrema derecha de los dos países⁵.

Sin embargo, y a pesar de la difícil situación, la extrema derecha española e italiana logró mantener los contactos, poniendo en pie una red bastante sólida con sorprendente rapidez. Dentro de estos contactos, debemos mencionar cuatro actores que destacan por su relevancia en el plano bilateral: los antiguos miembros de la República Social Italiana (RSI) que decidieron permanecer en España después de 1945, el *Movimento Italiano Fede e Famiglia* (MIFF), los *Fasci d'Azione Rivoluzionaria* (FAR) y, por último, el *Uomo Qualunque*.

² FOCARDI, F. y KLINKHAMMER, L.: «La difficile transizione: l'Italia e il peso del passato» en ROMERO, F. y VARSORI, A. (eds.): *Nazione, Interdipendenza, Integrazione: Le Relazioni Internazionali dell'Italia, 1917-1989*, Roma, Carocci, 2005, pp. 113-29.

³ RIQUER, B.: *La Dictadura De Franco*, Barcelona, Crítica/Marcial Pons, 2010, SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicaciones Universitat de Valencia, 2004.

⁴ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE): R. 1.276, Exp. 2. Telegrama del Embajador español en Roma, José Antonio de Sangróniz, a Lequerica, 29-5-45.

⁵ CAROTENUTO, G.: *Franco e Mussolini*, Milán, Sperling & Kupfer, 2005; GUDERZO, M.: *Madrid e l'arte della diplomazia: l'incognita spagnola nella Seconda Guerra Mondiale*, Firenze, Manent, 1995; TUSELL, X. y GARCÍA Y QUEIPO DE LLANO, G.: *Franco y Mussolini: La política española durante la segunda guerra mundial*, Barcelona, Planeta, 1985.

La primera opción era la más fácil y lógica puesto que numerosos miembros de la RSI, fieles a la causa mussoliniana, habían decidido permanecer en España al término de la guerra. Aunque muchos de ellos optaron por abandonar toda actividad política, hubo una minoría que siguió defendiendo los ideales fascistas de una manera bastante activa. Dentro de este grupo, destaca la figura de Arturo degli Agostini que acabaría por convertirse en el primer delegado oficial del MSI fuera de Italia⁶. Este grupo de exiliados italianos en España iba a tener una gran importancia dentro de la red hispano-italiana puesto que casi todas sus actividades pasarían por ellos de una u otra manera. A este grupo se uniría rápidamente otro formado por antiguos fascistas que habían sido arrestados por las autoridades aliadas durante la guerra, pero que fueron siendo liberados poco a poco durante los años posteriores al fin de las hostilidades. Muchas de estas personas no contemplaban la opción de permanecer o regresar a Italia, y por ello buscaban alternativas. Obviamente, la España de Franco aparecía como una de las más atractivas.

Dentro de este conjunto, destaca la figura de Gastone Gambara. Militar de carrera, Gambara se destacó durante la intervención italiana a favor del bando de Franco en la Guerra Civil Española donde consiguió el ascenso a General de brigada. También participó en la Segunda Guerra Mundial donde luchó en las filas tanto de Italia como de la RSI. Finalmente, fue capturado por los aliados e internado en un campo de concentración. Sin embargo, su estancia en la cárcel fue muy breve quedando pronto liberado. Los buenos contactos que había forjado con las autoridades franquistas durante la guerra civil le sirvieron para obtener refugio en Madrid donde se instaló con bastantes comodidades. Desde esta privilegiada posición, Gambara se convirtió no sólo en una pieza clave dentro de la red fascista, sino también en un intermediario privilegiado entre el Gobierno italiano y el régimen de Franco⁷.

Un segundo actor relevante en estos primeros momentos después de la Segunda Guerra Mundial fue el MIFF. Fundado por la Princesa Maria Pignatelli como organización asistencial para antiguos fascistas en apuros, el movimiento se acabó convirtiendo en un importante eslabón de la red, gracias a los valiosos contactos de la

⁶ Archivio Centrale dello Stato di Cosenza (ACSC). Fondo MIFF. Carpeta 38, fascículo 20.

⁷ DEL HIERRO, P.: *Beyond Bilateralism: Spanish-Italian Relations and the Influence of the Major Powers, 1943-1957*, Florencia, European University Institute, 2011, p. 246.

Pignatelli. Estos no se limitaban al nuevo Gobierno italiano, sino que incluían a importantes autoridades aliadas (entre ellos, gente de la OSS), miembros de la jerarquía católica, y representantes de la extrema derecha de todo el mundo. De hecho, un análisis detallado de la sección exterior del archivo del MIFF nos permite comprobar que entre 1945 y 1950 la organización estableció contactos con elementos de países tan variopintos como Alemania, Suecia, Estados Unidos, Brasil o Argentina. Obviamente España no podía ser una excepción, y la Pignatelli logró establecer una sección del movimiento (dirigida por Linda Berardi) y entablar contactos con, entre otros, Arturo degli Agostini, Pilar Primo de Rivera o Mercedes Carré – siendo estas últimas importantes elementos de la sección femenina de Falange⁸. A pesar de su importancia en la consolidación de la red, su actividad en España se limitó a la recaudación de fondos para la asistencia de conocidos fascistas (entre ellos, algunos miembros de la familia Petacci que habían logrado huir a España) y la organización de viajes de intercambio entre jóvenes italianas y españolas⁹.

El tercer actor de relevancia fueron los FAR que representan, según Giuseppe Parlato, «el momento político clandestino más significativo del neofascismo»¹⁰. La organización, liderada por “Pino” Romualdi, se encargó de aglutinar a los fascistas más ilustres de la RSI que aún quedaban en libertad en Italia, y estaba compuesta por un directorio político y un brazo armado, formado a su vez por grupos de acción de diversos orígenes. De entre los miembros de esta organización cabe destacar los nombres de Pino Rauti, quien años más tarde fundaría *Ordine Nuovo* y jugaría un papel muy importante dentro de la red neofascista, y Luciano Lucci Chiarissi. Mención especial merece este último por sus importantes contactos con España. Uno de ellos era Leo Negrelli, periodista de *Il Giornale d'Italia* muy cercano a la colonia fascista residente en España, con el que mantenía una curiosa relación epistolar¹¹.

Finalmente, el cuarto actor que debemos destacar es el *Uomo Qualunque*. En efecto, el partido creado por Guglielmo Giannini, conocido periodista, jugó un papel relevante en la vida política italiana durante los meses que siguieron al final de la

⁸ ACSC. Fondo MIFF. Carpeta 38. España.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ PARLATO, G.: *Fascisti Senza Mussolini: Le Origini Del Neofascismo in Italia, 1943-1948*, Bologna, Il mulino, 2006, p. 234.

¹¹ Archivio Centrale dello Stato (ACS). Fondo Giorgio Pini. Proceso judicial a los FAR.

Segunda Guerra Mundial, nutriéndose de exfascistas, fascistas proscritos y, en general, todas aquellas personas descontentas por la nueva situación creada con el nuevo régimen. Durante este periodo las autoridades españolas vieron al *Uomo Qualunque* con mucha simpatía e incluso como una verdadera alternativa de poder a la Democracia Cristiana¹². Y es que, aunque los democristianos seguían siendo los interlocutores principales con el régimen de Franco, las autoridades españolas no querían perder de vista otras alternativas políticas que seguramente habrían contribuido a mejorar las relaciones bilaterales¹³.

Un canal privilegiado. El nacimiento del MSI y los contactos con el régimen de Franco

Sin embargo, todo este panorama cambió de manera drástica en diciembre de 1946 con el nacimiento del Movimento Sociale Italiano (MSI), el partido ideado por Pino Romualdi y que iba a aglutinar a casi toda la extrema derecha italiana durante casi diez años. Aunque es imposible analizar aquí los detalles de la creación y evolución del MSI durante sus primeros años, sí que es necesario explicar que los buenos resultados obtenidos por el «*partito della fiamma*» durante las primeras elecciones convencieron a las autoridades españolas de la necesidad de entablar buenas relaciones con él. Obviamente, esta percepción era compartida por los líderes del MSI quienes se apresuraron a organizar una oficina en Madrid que quedó al cargo de Arturo degli Agostini y que contó con el apoyo de los fascistas más prominentes residentes en Madrid. Por un lado, el MSI miraba al régimen de Franco como a un posible referente político, y por otro, mucho más pragmático, como una fuente de ingresos para financiar sus campañas propagandísticas y electorales¹⁴.

De esta manera, se creó rápidamente un mecanismo que iba a regular los contactos entre el MSI y el régimen franquista durante más de dos décadas. Por un lado, los dirigentes del MSI iban a realizar viajes periódicos a España con un doble motivo: informar de la situación de la política italiana, cada vez más difícil debido a presencia del PCI y la tibia política de la DC, y solicitar apoyo financiero para el partido que era presentado a ojos de los españoles como el único capaz de oponerse a la

¹² AMAE: R. 2.042 Exp. 8-11. Informaciones sobre política interior de Italia, 1946-49.

¹³ DEL HIERRO: *op. cit.*

¹⁴ NELLO, P.: *Il partito della fiamma: la destra in Italia dal MSI ad AN*, Pisa, Istituti editoriali e poligrafici internazionali, 1998; PARLATO, G.: *op. cit.*

expansión del comunismo en Italia. A cambio, el MSI se comprometía a defender la causa española dentro del Parlamento italiano y a utilizar toda su maquinaria propagandística para mejorar la imagen del régimen de Franco a ojos de los italianos. Personaje clave en este mecanismo durante los primeros años fue Filippo Anfuso, antiguo embajador de la RSI en Berlín y ahora alto cargo del MSI. Aunque no se puede descartar que las ayudas económicas se dieran antes, los documentos españoles nos muestran cómo Anfuso fue la primera persona encargada de distribuir ayudas económicas españolas dentro del partido. En concreto se trataba de 2.738.000 liras que tenían que financiar una campaña a favor del régimen franquista durante el año 1951¹⁵.

Un año más tarde, Anfuso volvía a España, esta vez acompañado de Arturo Michelini, nuevo líder del MSI, para pedir más financiación con motivo de las elecciones administrativas en Italia. El viaje por parte española fue organizado conjuntamente por el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Embajada en el Quirinal, que se convertían así en partes activas de la red de extrema derecha hispano-italiana¹⁶. De esta manera queda refrendada una de las hipótesis que planteábamos en la introducción, que veía en la participación del gobierno español un elemento nuevo y enriquecedor dentro del estudio de la *network*.

Estos viajes se irían repitiendo de forma periódica aunque sus protagonistas fueron cambiando en cada ocasión. A Anfuso y a Michelini se fueron añadiendo otras personalidades del MSI como Franz Turchi, Ezio Maria Gray o Roberto Mieville. En la mayoría de los casos, estos lograban reunirse con las personalidades más importantes del régimen, incluyendo a Carrero Blanco y al mismísimo Franco; aunque sus contactos no se quedaban allí. También establecieron relaciones con importantes miembros de la Falange como los hermanos Fernández Cuesta o José Antonio Girón¹⁷.

El resultado de esta interacción fue que el MSI quedó durante casi una década como un interlocutor privilegiado y pieza clave dentro de la red neofascista italo-

¹⁵ AMAE: R. 2.717 Exp. 15-16. Telegramas entre Madrid y Roma, 1951.

¹⁶ AMAE: R. 3.154, Exp. 11-12. Telegrama de Sangróniz a Artajo, 20-4-52 y respuesta de Carrero Blanco, 21-4-52.

¹⁷ AMAE: R. 4.512, Exp. 51. Carta de Navasqués a Artajo, 4-2-57. Fundación Nacional Francisco Franco (FNFF). Doc. Nº 28. Pro-Memoria entregado por Franz Turchi, 23-12-60. Archivo General de la Administración (AGA). Fondo del Movimiento Nacional. Servicio Exterior. AGA 51/19051. Visita de Roberto Mieville a España, diciembre, 1949.

española. Un buen ejemplo de esto fue el viaje a Roma de un grupo de estudiantes falangistas que fueron recibidos «a bombo y platillo» por los más importantes representantes del partido de la llama, entre ellos Roberto Mieville, Ernesto Massi y Giorgio Almirante¹⁸.

Sin embargo, la preponderancia del MSI dentro de la red neofascista no iba a durar mucho. La propia crisis interna del partido que llevó a su escisión en 1956 (de la que saldría *Ordine Nuovo*), junto con el fracaso del experimento Tambroni en 1960, convenció a las autoridades españolas de que el partido de la llama era un aliado con muchas limitaciones. Aunque los contactos nunca se perdieron del todo, e incluso se siguió financiando al partido en momentos puntuales, el Gobierno español comenzó a sondear y mantener contactos con otros grupos aún más radicales que el propio MSI.. Esta orientación, como veremos en el párrafo siguiente, quedó confirmada a principios de los sesenta en el contexto de la política de apertura a la izquierda adoptada por los democristianos. En efecto, la participación del Partido Socialista Italiano (PSI) en el Gobierno dificultaba las relaciones bilaterales y obligaba a las autoridades españolas a buscar alternativas más radicales. Comenzaba una nueva etapa para la red hispano-italiana de extrema derecha.

Del «nacimiento» de las nuevas organizaciones de extrema derecha a las primeras acciones violentas, 1960-1968

Una paradoja caracteriza el desarrollo y expansión de la red neo-fascista durante el periodo 1960-1968. Después de todo, ¿por qué a principios de la década de los sesenta, cuando el escenario político nacional tanto en Italia como en España parecía moverse en nuevas direcciones, con la consolidación del *Opus Dei* dentro del régimen de Franco y la exclusión del MSI de cualquier Gobierno en Roma, el Gobierno español decidió mantener relaciones con grupos radicales de extrema derecha?

Encontrar respuesta a este interrogante requiere un análisis profundo tanto de los nuevos grupos de extrema derecha nacidos durante este periodo, como del *status* de las relaciones entre el Gobierno español y la Democracia Cristiana.

¹⁸ Noticia recogida en el periódico de extrema derecha *Asso di Bastoni*, 12-1-49.

En primer lugar, la explicación se fundamenta en las propias características de los nuevos grupos de extrema derecha – la manera en que se desarrollan y multiplican en función de los cambios generacionales – y la subsiguiente evolución de la red. Los viejos militantes educaban a los más jóvenes, mientras que estos últimos, aunque seguían respetando las «viejas costumbres», buscaban una identidad propia a través de la adopción de nuevos métodos, modelos de organización, e incluso creencias. Ese era el tipo de vínculo que las diferentes generaciones de fascistas establecieron y consolidaron en España e Italia a finales de la década de los cincuenta.

En segundo lugar, aunque igualmente importante, la persistencia del Gobierno español por mantener y ampliar la red hacia los grupos más radicales de la extrema derecha italiana se explica por la evolución de las relaciones bilaterales, muy condicionadas por la política de apertura a la izquierda adoptada por la DC. En este sentido, fue el deterioro de las relaciones del nuevo Gobierno de los «tecnócratas» españoles como consecuencia de la remodelación de 1959 con la Democracia Cristiana, junto con la exclusión definitiva del MSI como posible socio de Gobierno italiano, la que obligó a las autoridades en Madrid a tomar en consideración otras opciones más radicales dentro del espectro de la extrema derecha. A ello hay que añadir los importantes cambios en el escenario internacional con la nueva etapa de la Guerra Fría tras la administración Kennedy, y el pleno desarrollo del proceso de integración europea, acontecimientos que tuvieron un enorme impacto en la nueva configuración de la extrema derecha tanto en España como en Italia.

Estos argumentos, mutuamente interdependientes, contribuyen a explicar el paradójico comportamiento del Gobierno español y el políticamente prolífico ambiente fascista del periodo 1960-1968 que fue testigo del aumento del número de organizaciones y de militantes, así como de la radicalidad de su discurso político.

Generaciones

Como hemos visto en páginas anteriores, las relaciones institucionales entre el régimen español y los fascistas italianos eran un hecho. Sin embargo, la red tenía muchas caras y la forma institucional era solamente una de ellas. Como veremos a continuación, no sólo seguían existiendo los canales de comunicación oficiales entre el

MSI y el régimen de Franco, sino que también había una densa red de contactos tanto personales¹⁹, como políticos²⁰, que también tenían una gran relevancia puesto que configuraban la red fascista tanto de arriba abajo como de abajo arriba. Explorar los canales de esta relación nos lleva a conclusiones adicionales centradas en los intercambios de conocimiento y en el cambio generacional en el interior de estas organizaciones. A ello hay que añadir la fragmentación que tuvo lugar dentro del MSI después del año 1956 y que tuvo como principal consecuencia no sólo el declive del partido sino proliferación de grupúsculos con la subsiguiente alteración del juego de alianzas dentro de la extrema derecha. Al mismo tiempo, es necesario ser consciente de la existencia de lazos familiares y afectivos al interno de estos diferentes grupos, condición que creaba dinámicas particulares. Este contexto político tan complejo, acompañado por el descontento social internacional y los acontecimientos en el continente europeo culminaron con la multiplicación de movimientos juveniles que acabaron por reforzar esta red neofascista.

Un ejemplo de esta complejidad generacional lo encontramos en un documento italiano datado en 1957. Este se refiere a la *Gioventù Mediterranea*, un grupo establecido por Giulio Maceratini y Gino Ragno – que más tarde se convertirían en miembros de *Ordine Nuovo*. Hay que notar que según los archivos españoles, *Gioventù Mediterranea* era una de las organizaciones con las cuales el Gobierno español mantenía contactos oficiales y regulares²¹. Se trataba de una organización juvenil cercana a las posiciones políticas de Giorgio Almirante, que en ese momento representaba la corriente minoritaria dentro del partido, aunque mayoritaria dentro de los jóvenes del partido²². Por otro lado, no es una coincidencia que las oficinas centrales de esta organización juvenil se encontrasen en el mismo edificio que *Il Secolo d'Italia* – el periódico oficial del MSI que sin embargo se encontraba controlado por la fracción más favorable a Almirante. Teniendo en cuenta todos estos elementos, es

¹⁹ ACS, Ministerio del Interior (M.I.), DCCP 1944-1986, carpeta 57, 26-11-57. En este documento podemos leer la corta historia de la familia Rossi de Padova. El padre fue un voluntario en la Guerra Civil española por el bando nacional y en 1956 se convirtió en secretario general de una rama de la Asociación de Excombatientes para la RSI. Su hijo era un militante del MSI muy próximo a *Ordine Nuovo*.

²⁰ ACS, *ibidem*, En esta carpeta podemos encontrar algunos artículos de diferentes periódicos en los que se hace referencia a la red neo-fascista. Por ejemplo *Il Giorno* del día 20 de noviembre de 1963 publicaba un largo artículo sobre un *meeting* público organizado por el MSI en Roma junto con algunos elementos de Falange.

²¹ AGA, Archivo General de Administración 51-20956-008. Sobre Publicaciones de Italia.

²² ACS, M.I. DCCP, 1944-1986, 28-3-57.

posible dibujar el siguiente esquema: una minoría dentro del MSI mantenía estrechos lazos con una organización juvenil relativamente independiente con respecto al partido que, a su vez, ya había establecido lazos de manera oficial con el régimen de Franco.

Aparentemente, la nueva generación en Italia estaba tratando de entrar en escena y participar directamente en una lucha interna del MSI sobre la conveniencia o no de adoptar posiciones más extremistas. De hecho, tres años más tarde, justo después del congreso de 1960 del MSI, algunos militantes de la *Gioventù Mediterranea* abandonarían el partido a la vez que trasladaban la sede central de la organización a otro lugar. La organización juvenil se establecería en los locales de la Federación de Excombatientes por la RSI²³. No hay que olvidar que muchos militantes de la República de Salò habían tomado parte en la Guerra Civil española en el bando nacional;²⁴ algunos, como su líder, Junio Valerio Borghese mantenían importantes conexiones no sólo con el régimen de Franco sino con algunos nazis que habían logrado escapar de Alemania para establecerse en España – los ejemplos más notables serían los de Leon Degüelle y Otto Skorzeny. Cuando en diciembre de 1970 Borghese fue acusado de ser el autor intelectual del reciente golpe de estado en Italia, su reacción fue la de abandonar el país y refugiarse en Madrid, en la casa que Skorzeny tenía en la calle Gran Vía. Así pues el esquema que proporcionábamos antes se actualiza a principios de la década de los sesenta: la *Gioventù Mediterranea* se aparta de la protección de un partido político, el MSI, para acercarse a una asociación más radical si cabe, la Asociación de Excombatientes de la RSI. Otro dato a tener en cuenta es que *Gioventù Mediterranea* no era el único grupo de extrema derecha presente en ese edificio ya que *Avanguardia Nazionale*, liderado por Stefano delle Chiaie también había establecido sus cuarteles allí justo después de su escisión de *Ordine Nuovo*²⁵.

El inicio de la década de los sesenta trajo nuevos cambios en la red neofascista. Según Piero Ignazi, el MSI perdió su hegemonía dentro de la derecha italiana. Es por ello que el ambiente político adquiere nuevas características. De hecho, Ignazi propone tres categorías diferentes de movimientos que pueden ser usados para comprender

²³ *Ibidem*.

²⁴ DEL HIERRO, P.: *op. cit.*

²⁵ ACS, M.I. DCCP, 1944-1986, 28-3-57.

mejor los grupos de extrema derecha en Italia. Estos son los siguientes: movimientos que contemplaban la posibilidad de un golpe de estado como el de Borghese; los grupos de contramovilización tales como la «maggioranza silenciosa»; y los movimientos radicales orientados hacia la revolución popular conservadora (por ejemplo *Ordine Nuovo* o *Avanguardia Nazionale*)²⁶. Esta clasificación nos parece bastante adecuada para el tema que estamos tratando puesto que explica las razones que llevaron al florecimiento de grupos de extrema derecha durante la década. Sin embargo, lo que resulta un tanto menos adecuado es la descripción que hace de las diferencias culturales y los acuerdos estratégicos tomados por estos grupos. El caso que acabamos de describir proporciona conclusiones diferentes puesto que los tres grupos, aunque formaban parte de distintas categorías de análisis, acabaron trabajando en la misma localización y pasando juntos las mismas experiencias diarias de militantes. Sorprende también el hecho de que los vínculos con el MSI siguieran siendo bastante fuertes a pesar de las diferencias ideológicas y del declive del partido de la llama. La explicación a este fenómeno la podemos encontrar de nuevo en la importancia de las cuestiones generacionales. Un ejemplo de esto sería la figura de Adriano Romualdi, hijo de Pino (Giuseppe) Romualdi, uno de los fundadores del MSI y exvicesecretario del partido fascista durante la República de Salò²⁷. Incluso dentro de los choques generacionales que tuvieron lugar durante los sesenta por toda Europa y que afectaron a diferentes ideologías, resulta bastante difícil imaginar la ausencia de contacto entre un padre y un hijo, ambos involucrados en política y con una ideología bastante similar al fin y al cabo. Además, el conocimiento y la mitología de los excombatientes en la guerra civil española y el de aquellos que años más tarde lucharon por la RSI, era transmitido muy a menudo a las nuevas generaciones. Es por ello que estas, a pesar de su actitud crítica, acababan formando parte *sui generis* de la generación que sus «padres» habían creado a finales de la década de los cuarenta.

El activismo de los jóvenes militantes de extrema derecha es, en efecto, muy notable durante toda la década de los sesenta. Además, en 1965 se funda una nueva organización: *Il Comitato italiani per l'Occidente*. Dentro de esta organización se podían encontrar personajes como Stefano delle Chiaie, Pino Rauti, Nicola Romeo (diputado

²⁶ IGNAZI, P.: *Extreme Right Parties in Western Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

²⁷ PARLATO, G.: *op. cit.*

nacional por el MSI) o Pier Francesco Nistri (quien, entre otras cosas, era Presidente de la Asociación de Excombatientes de la RSI y exvoluntario durante la guerra civil española con el bando nacional), Sforza Ruspoli o Piera Gatteschi (responsable de las organizaciones agrarias y secciones femeninas del MSI), todos ellos famosos por su activismo dentro del neofascismo. El primer debate público organizado por este grupo fue moderado por Pino Romualdi quien, como recordaremos, fue uno de los fundadores del MSI²⁸. Hay que aclarar que Romualdi acababa de ser excluido de la dirección nacional del MSI lo cual indica que probablemente en esos momentos estaba tratando de crear una esfera de influencia propia dentro del neofascismo, una esfera que le permitiría recuperar un rol relevante dentro de su partido.

La pertenencia a *Il Comitato italiani per l'Occidente* de todos estos activistas neofascistas que antes formaban parte de otros grupos confirma una vez más que la extrema derecha debe ser estudiada como una única organización en forma de red. El estudio de esta red resulta particularmente complicado debido a la actitud adoptada por estos grupos que tendían a crear nuevas «etiquetas» muy a menudo. Es el caso de la *Associazione Italiana amici della Spagna*. Esta organización fue creada en torno al 1964, justo después del viaje que Pino Rauti realizó a Portugal. En el archivo nacional de Torre do Tombo se puede encontrar un documento con los detalles acerca de este viaje en el que Rauti planeaba encontrarse con el mismísimo Oliveira Salazar. El objetivo del encuentro habría sido explicar al dictador portugués el plan para establecer en Italia un grupo cuya principal finalidad sería la lucha contra la propaganda comunista crítica con Portugal y su régimen. El documento está datado en febrero de 1964²⁹. Lo que resulta crucial de este documento es el hecho de que Rauti quisiera encontrarse con Salazar para que este facilitara apoyo institucional, y por tanto oficial, y económico a *Ordine Nuovo* para crear una asociación de amistad entre Italia y Portugal. No hemos encontrado pruebas que certifiquen que el encuentro finalmente tuvo lugar. Lo que sí sabemos, a través de otro documento encontrado en los archivos italianos, es que durante una manifestación celebrada en 1963 en Roma, *Ordine Nuovo* usó volantes producidos en Portugal y llevados clandestinamente a Italia. Los pasquines fueron distribuidos por un grupo llamado *Associazione Italo-Iberica*. Este grupo, como Rauti

²⁸ ACS, Questura de Roma, 5-6-65.

²⁹ Archivo Nacional de Torre do Tombo, AOS/CO/NE-30A.

escribió en una carta a Salazar, era de una organización fantasma a través de la cual *Ordine Nuovo* organizaba algunas de sus actividades. El grupo no sólo estaba representado en Roma, sino que tenía al menos otra sede en Venecia que contaba con la militancia, entre otros, de Carlo Maria Maggi, uno de los que serían acusados años más tarde de haber participado en la masacre de Piazza Fontana.

Otra de estas numerosas organizaciones era la denominada *Associazione italiana amici della Spagna* la cual tenía relaciones políticas con las autoridades españolas a través del Cónsul español en Sicilia. También en Sicilia se encontraba el *Centro Studio per l'Economia Organica*, una organización muy activa que, según la policía italiana mantenía contactos con la revista francesa de orientación nazi *Europe Action*, con el *Centro Doctrinal José Antonio*, muy cercano a la Falange, y con la portuguesa *Jovem Europa*.

Esta explosión de movimientos juveniles de extrema derecha no era un fenómeno exclusivamente radicado en Italia, sino transnacional y transgeneracional. Esta aparición de una nueva generación militante de extrema derecha debe ser caracterizada como uno de los aspectos salientes del escenario político en Europa occidental durante la década de los sesenta. Militantes jóvenes que no habían participado en la guerra pero que habían crecido escuchando las historias sobre la valentía y coraje de sus padres. Al mismo tiempo, ellos querían encontrar su propio camino hacia la revolución. Criticaban a las generaciones precedentes y trataban de encontrar una visión de la ideología fascista más acorde con el mundo en el que vivían. A este respecto, la idea de una lucha política a nivel europeo fue uno de los principales puntos que acompañaron a estas nuevas generaciones, especialmente en el nuevo contexto de Guerra Fría.

La identidad europea y la lucha contra el comunismo

Como se ha explicado en las páginas anteriores, el análisis de las relaciones entre organizaciones neofascistas españolas e italianas nos presenta una imagen muy articulada que aclara perfectamente cómo se tejió la red a partir del final de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, para completar esta imagen es necesario profundizar en el contexto internacional. En este sentido, la recuperación del concepto de Europa-nación provoca importantes cambios en estos nuevos grupos que empiezan

a replantearse sus prioridades políticas, a realizar una lectura diferente del orden internacional, e incluso a concebir un cambio profundo en su ideología.

La idea de Europa como conjunto que debe convertirse en una nación no era en absoluto nueva dentro de la extrema derecha. Ya Hitler en algunos de sus discursos había descrito al viejo continente como un espacio político, económico, y racial diferente tanto del capitalista como del comunista. A principios de la década de los sesenta el mito de la derrota a manos de la Unión Soviética y de Estados Unidos resurgió entre los militantes más jóvenes dentro de la extrema derecha que no había luchado en la guerra. A esto es necesario añadir la influencia ejercida por Julio Evola dentro del neofascismo. Con sus enseñanzas espirituales, Evola atrajo a una parte muy significativa de los militantes de *Ordine Nuovo* y otros grupos similares para que abrazaran su doctrina, una doctrina que rechazaba la modernidad como producto de la Revolución Francesa. Según Evola, la nación no era lo verdaderamente importante, sino la comunidad. En esa comunidad el concepto de nacionalidad dejaba de ser un punto crucial, siendo sustituido por el concepto de tradición. Estas concepciones fueron fusionadas con las clásicas del fascismo como honor y lealtad. En sus estudios Evola mezclaba fascismo, nazismo y filosofía oriental, dando lugar a una teoría que fascinó a las generaciones más jóvenes en busca de un nuevo modelo en su rebelión generacional y política contra sus padres.

Siguiendo estas ideas, los militantes de extrema derecha muy pronto tuvieron que afrontar una difícil cuestión: ellos querían ser una alternativa al capitalismo y al socialismo pero, al mismo tiempo, vivían en un país como Italia donde operaba el partido comunista más importante de todos los países occidentales. ¿Acaso debían trabajar conjuntamente con los Estados Unidos en nombre del anticomunismo? ¿O debían permanecer extraños a esa lucha que a muchos sonaba como una guerra ajena entre dos enemigos acérrimos?

A este respecto es posible encontrar ejemplos de organizaciones e individuos muy diferentes unos de otros como la *Alleanza Cattolica Tradizionalista* o *Franco Freda*. La primera se trataba de un grupo perteneciente a la sección juvenil del MSI pero dentro de la cual podíamos encontrar a Guido Giannettini – un futuro periodista y espía a las órdenes del servicio militar de contraespionaje. Sospechoso de haber participado en el atentado de Piazza Fontana, Giannettini fue ayudado a huir al

extranjero por los propios servicios de inteligencia. En 1961 Giannettini fue arrestado junto con Pierre Lagaille, uno de los fundadores de la OAS³⁰. A principios de los sesenta, Guido Giannettini trabajó como periodista en diferentes periódicos, incluyendo *L'Italiano*, publicación que editaba Pino Romualdi. Tomando esto como ejemplo, es posible comprender cuál era la posición de Giannettini sobre la colaboración con los Estados Unidos en su lucha contra el comunismo.

Respecto al segundo ejemplo, Franco Freda fundó una editorial llamada AR. Cercano a *Ordine Nuovo*, Freda escribió un libro que le convirtió en uno de los puntos de referencia más importantes de los grupos neonazis en Italia: *La disintegrazione del sistema*. En este libro, publicado en el año 1969 (aunque algunas partes ya se habían hecho públicas desde mediados de los sesenta), Freda teorizaba sobre la alianza entre grupos de extrema derecha y de extrema izquierda en nombre del interés común, representado en este caso por la destrucción del sistema burgués. Según este autor, aunque los dos movimientos eran muy diferentes, podían encontrar puntos en común y maneras de colaborar especialmente a través del intercambio de información o de militantes.

Todo ello evidencia una vez más la importancia de la red que vio cómo las organizaciones que propugnaban una identidad europea crecían tanto en número como en importancia a partir de 1963. El nacimiento de este tipo de movimientos fue seguido con gran interés por las autoridades tanto españolas como italianas. En el caso español, estos grupos estaban integrados por personas cercanas al régimen con el que mantenían, la mayoría de las veces, estrecho contacto. Sin embargo, resultaba necesario seguir a estas organizaciones que estaban tratando de actualizar las tradiciones de fascismo tanto español como italiano a través de la introducción de este nuevo concepto de Europa nación.

Un buen ejemplo de estos intentos, lo constituye el encuentro organizado por el MSI en 1966 en el que se intentó juntar a un gran número de organizaciones de extrema derecha de toda Europa. No hay duda de que el proceso de unificación europea que había comenzado diez años antes, estaba afectando a todo el panorama político europeo, incluyendo a los grupos de extrema derecha. Sin embargo, este

³⁰ MONZAT, R.: *Enquêtes sur la droite extrême*, Paris, Le Monde-éditions, 1992, p.91. Monzat cita a su vez a DUPRAT, F.: *L'Ascension du MSI*, Paris, Edition les Sept Couleurs, Paris, 1972 .

aspecto está aún por estudiar, por lo que desde aquí queremos recomendarlo a futuros historiadores puesto que nos parece de gran relevancia.

Por último, es necesario hacer mención de un último aspecto: la lucha contra el comunismo. Este punto tuvo un rol crucial como nexo ideológico que mantuvo juntos durante décadas a grupos muy dispares dentro de la extrema derecha. Como hemos explicado en páginas anteriores, el florecer de tantas organizaciones era en realidad una estrategia encaminada a captar nuevos militantes. Y es que, a pesar de la multiplicación de agrupaciones con múltiples siglas, las personas que las encabezaban seguían siendo las mismas. Esta estrategia estaba fundada en el convencimiento de que sería más fácil captar nuevos adeptos si se les planteaba la oportunidad de militar en una organización «nueva». A la hora de la verdad, la amenaza comunista era percibida por casi todos los grupos como lo más importante, lo cual hacía que las diferencias ideológicas entre los distintos grupos se difuminasen de manera considerable. De hecho, si analizamos el encuentro mantenido en 1965 en el Hotel «Parco dei Principi» de Roma, se puede deducir que todas las diferentes «almas» dentro de la red allí reunidas tenían la firme voluntad de responder al desafío comunista dejando a un lado posibles disensiones internas. En efecto la lista de personas que acudieron al evento es impresionante: los exponentes de la «izquierda» más social se sentaron con los neonazis más cercanos a Julius Evola y con los grupos más realistas, cercanos a sectores del ejército y más favorables a la colaboración con los Estados Unidos. La teoría de la guerra psicológica, explicada por primera vez en público durante este *meeting*, acabó por persuadir a todos los grupos presentes de la necesidad de colaborar todos juntos. Aquí se sentaron las bases de la «estrategia de la tensión» que sería empleada en Italia y en España durante los años siguientes y que permitiría la participación de la red neofascista en los atentados con los que empezábamos este artículo.

Conclusiones

Teniendo todo esto en cuenta es posible realizar tres conclusiones. En primer lugar, la derrota del Eje en la guerra no implicó el final del fascismo en Europa. Como ha quedado demostrado en estas páginas, los elementos de extrema derecha que

habían sobrevivido a la guerra se organizaron muy rápidamente, poniendo en pie una red fascista de gran relevancia. Esta red ya no operaba y pensaba en términos nacionales, como en el periodo de entreguerras, sino en términos transnacionales.

Este proceso, y llegamos al segundo punto, se vio intensificado a principios de la década de los sesenta debido a los cambios en el panorama internacional y la irrupción de las nuevas generaciones que no habían vivido la guerra. Todo ello dio como resultado la proliferación de grupos de extrema derecha que, si bien no suponían una ruptura radical con el modelo anterior, sí que provocaron cambios dentro de la red neofascista. Estos cambios fueron seguidos muy de cerca por el Gobierno español que se apresuró a establecer contactos con los nuevos grupos que iban surgiendo en Italia. Aunque este comportamiento pueda parecer paradójico, con el «aperturismo» introducido por los tecnócratas del *Opus Dei*, es necesario tener en cuenta el contexto de las relaciones hispano-italianas. En efecto, el deterioro de las relaciones con la DC tras la apertura a la izquierda, y el progresivo declive del MSI dentro de la extrema derecha italiana, obligaba a las autoridades españolas a explorar otras posibilidades.

Finalmente, y llegamos a la tercera conclusión, la red hispano-italiana de extrema derecha estuvo muy influida por el proceso de integración europea y la nueva fase de la Guerra Fría. Así, los debates sobre la idea de Europa-nación y la conveniencia o no de aliarse con los Estados Unidos en la lucha global contra el comunismo, fueron una constante que tuvo un peso fundamental de estos grupos. Con esto llegamos a la conclusión de un texto sobre un trabajo no acabado y en el que todavía queda mucho por hacer. En cualquier caso, queda claro que el enfoque transnacional tiene un enorme potencial que debe ser explotado aún más si cabe.

EL FASCISMO COMO EXPERIENCIA INTERNA SOMATIZANTE: UNA PROPUESTA DE ANÁLISIS DEL FASCISMO ESPAÑOL A TRAVÉS DEL LENGUAJE

David Alegre Lorenz
Universitat Autònoma de Barcelona

«Aquel que quiere permanentemente "llegar más alto" tiene que contar con que algún día le invadirá el vértigo.

¿Qué es el vértigo? ¿El miedo a la caída? ¿Pero por qué también nos da vértigo en un mirador provisto de una valla segura? El vértigo es algo diferente del miedo a la caída. El vértigo significa que la profundidad que se abre ante nosotros nos atrae, nos seduce, despierta en nosotros el deseo de caer, del cual nos defendemos espantados.» (Milan Kundera, *La insoportable levedad del ser*, p. 67.)

A menudo, la tormentosa relación de la literatura con la historia descubre al historiador todo un mundo de infinitas posibilidades; sin lugar a dudas, abordado con profesionalidad, este es un campo muy prolífico en ideas y estímulos. En mi caso puedo decir sin ningún miedo que, con su obra *Las benévolas*, Jonathan Littell tuvo un efecto revolucionario en mi proceso de formación, hasta el punto de que me abrió toda una infinidad de puertas desconocidas hasta entonces para mí, como la que me llevó a la desbordante obra de Klaus Theweleit, cuyas tesis van a servir a este artículo como base teórica. Lo que parece estar claro es que siempre que queramos comprender qué es el fascismo y qué supone hay que descender un paso más en los análisis. Tal y como ha comentado últimamente Javier Rodrigo «no puede elaborarse ninguna teoría general del fascismo que no parta del análisis de los fenómenos concretos en todos sus estadios, sus diferentes naturalezas y procesos históricos, individuando elementos comunes (lo que no quiere decir idénticos), prácticas convergentes y contextos propiciatorios (como el bélico)»¹. Precisamente, en ese mismo artículo, Rodrigo critica la escasa consideración dada por la historiografía de fuera de la península Ibérica al estudio del fascismo español como tal, ignorando por completo las múltiples posibilidades de análisis ofrecidas por este. Precisamente por eso, uno de los objetivos de esta comunicación es contribuir a demostrar las

¹RODRIGO, J.: «Guerra, violencia, fascismo e fascistizzazione. Alcune proposte comparate dall'esperienza spagnola», en *Storica*, en prensa.

similitudes del fascismo español con sus homólogos europeos, al menos en lo referido a la experiencia individual. Así pues, por medio del estudio detenido de textos autógrafos de excombatientes españoles en el frente del este y a través del análisis comparado de estos casos con los observados en los ensayos de Theweleit sobre los *freikorps* alemanes² y de Littell sobre el líder del rexismo belga, Léon Degrelle³, intentaremos demostrar, no sólo la existencia de fascismo en España, sino, además, la similitud de este a nivel individual con otras experiencias europeas. De algún modo creemos que este ensayo contribuirá a demostrar lo superfluo de seguir insistiendo «en el autoritarismo-catolicismo-clericalismo franquista como elemento diferenciador de la familia fascista»⁴.

De acuerdo con las teorías de Theweleit centradas en el contexto de la Alemania guillermina y de la República de Weimar lo que caracterizará a los individuos que más tarde se identificarán a sí mismos o serán identificados como fascistas es el hecho de no haber podido desarrollar su *ego*⁵ durante la infancia por cuestiones de diversa índole que no podemos desarrollar aquí⁶. Al no cumplirse la decantación del *ego* respecto al *ello*⁷ el individuo se encuentra con una seria limitación en su capacidad para dar lugar a relaciones con el mundo exterior y, por supuesto, consigo mismo, ya que se ve constantemente desbordado por sus impulsos y deseos internos. Así pues, al no existir un *ego* definido se produce una percepción distorsionada y desordenada del mundo exterior, donde todo aparece difuminado, sin unos contornos claros, identificado, por tanto, con esas pulsiones internas que el individuo es incapaz de controlar. Es precisamente por ello que Littell observa al fascista como «el-que-aún-no-ha-acabado-de-nacer».

² THEWELEIT, K.: *Male Fantasies*, v. 1: *Women, Floods, Bodies, History*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2007 (sexta edición) e ÍD.: *Male Fantasies*, v. 2: *Male Bodies: Psychoanalyzing the White Terror*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989.

³ LITTELL, J.: *Lo seco y lo húmedo. Una breve incursión en territorio fascista*, Barcelona, RBA, 2009.

⁴ RODRIGO, J.: *op. cit.*

⁵ Entendido este como «el mediador entre el mundo y el *ello*». THEWELEIT, K.: *op. cit.*, vol. 1, p. 204.

⁶ De acuerdo con el propio Theweleit «El rango de posibilidades que impiden a un niño escapar de la simbiosis va desde la madre extremadamente “estricta”, que nunca acepta debidamente a su hijo o lo separa de ella demasiado pronto, hasta la madre “blanda”, que nunca dejará a su hijo separarse de sus faldas». *Ibidem*, p. 207. Una condición que, como vemos, podría ser bastante común en la España de principios del siglo XX. En cualquier caso es algo que está por estudiar.

⁷ En este caso se refiere a las pulsiones básicas que el hombre necesita satisfacer, como el hambre, la sed o la sexualidad, pero también las relacionadas con la violencia. Se trata de una instancia psíquica que requiere satisfacción inmediata y que, en relaciones normales, es contenida por el *ego*.

Es obvio que una disfuncionalidad de esta naturaleza en la estructura psíquica del individuo genera una constante necesidad de compensación, para lo cual el fascista «se ha fabricado, o ha hecho que le fabriquen – mediante disciplina, amaestramientos y ejercicios físicos – un yo externo»⁸, es decir, una armadura cuyo objetivo es conjurar las amenazas⁹ externas –mediante la producción de realidad¹⁰– e internas –mediante la violencia que dirige contra esos objetos exteriores que identifica como proyecciones de sus propios impulsos. Por ello, precisamente, el contexto más propicio para reforzar esta armadura es la guerra. Como observa Javier Rodrigo la guerra es el escenario por excelencia para la fascistización de una sociedad, dado que, en esta coyuntura, la violencia se convierte en «el elemento central de la vivencia real, concreta y cotidiana de las culturas e identidades políticas fascistas», siendo el fascismo «el modo real, deseado y deliberado del que los fascistas decidieron dotarse para comprender el mundo y para interactuar entre ellos y con quienes no eran como ellos. La violencia sería uno de los vehículos preferentes de ese posicionamiento en el espacio y, sobre todo, en el tiempo»¹¹.

Así pues, son dos las cuestiones que se nos plantean: ¿qué busca el hombre en el fascismo a nivel individual y qué siente que le proporciona este? Pues ni más ni menos que protección, la conservación del yo, ese *ego* forjado a costa de grandes sacrificios y penalidades. Dionisio Ridruejo lo expresa a la perfección en un poema escrito durante el periodo de instrucción de la División Azul en el campo de entrenamiento de Grafenwöhr cuando afirma que «Mi esperanza es más ancha que mi tierra/La patria es un combate cada día»¹². Como vamos a tratar de demostrar sus versos son

⁸ LITTELL, J.: *op. cit.*, p. 26.

⁹ El fascista identifica la amenaza con lo fluido, por oposición a lo rígido y sólido, con lo que este se identifica. De hecho aquello que más teme es caer presa de la disolución y, de ese modo, perder su pie en el mundo, viéndose así desbordado por sus impulsos internos y arrastrado por la marea roja comunista. Theweleit aporta varios ejemplos interesantes que muestran el pavor del fascista –en este caso alemán– ante este hecho: «Este fue el último resto de la generación de principios de la guerra que no había sido *enterrada por la fangosa marea de la revolución* o en la búsqueda de confort» o «Matar gente no es nada: ellos habrán de morir un día. [...] Lo peor no es que ellos quieran matarnos, sino que continuamente nos *inundan* con su odio, que siempre nos están llamando boches, hunos, bárbaros. Eso es lo que nos cabrea». La cursiva es mía. Citado en THEWELEIT, K.: *op. cit.*, vol. 1, pp. 387 y 400.

¹⁰ El fascismo y la violencia fascista son en esencia productores de realidad: «[...] el cuerpo construye el mundo externo a su propia imagen». THEWELEIT, *op. cit.*, vol. 2, pp. xviii-xix.

¹¹ RODRIGO, J.: «Violencia y fascistización en la España sublevada», en MORENTE, Francisco (ed.): *República, fascismo y Guerra Civil. España en la crisis europea de entreguerras*, Madrid, Los Libros de la Catarata, en prensa.

¹² Cit. en REVERTE, J. M.: *La División Azul. Rusia, 1941-1944*, Barcelona, RBA, 2011, p. 99.

esclarecedores en varios sentidos y, al mismo tiempo, nos pueden venir bien para introducirnos en materia, pero antes se impone una explicación.

De algún modo el fascista se percibe a sí mismo como un juego de *matrioskas* o muñecas rusas y, además, estructura la realidad en base a ello: todas son iguales, simplemente varía su tamaño; si se ponen en el orden adecuado encajan una dentro de la otra a la perfección. El fascista, en su necesidad por ampliar sus exiguos límites corporales sin diluir esa armadura que necesita para su supervivencia, se ve a sí mismo como el representante individual de la comunidad nacional, portador de las mismas esencias. Así pues, el individuo en cuestión encajaría a la perfección dentro de la comunidad nacional o, si se prefiere, la patria, porque vendrían a ser iguales (mismos colores, trazos y forma)¹³. Por supuesto entre estas dos matrioskas fundamentales podrían introducirse otras muchas como la familia, la unidad militar, el propio ejército, etc. y, por qué no, se puede añadir otra que encaje dentro de ella a la de la patria: el imperio, una dimensión fundamental de la realidad para el fascista. Cada una de estas matrioskas compondría un estrato de la armadura corporal del fascista.

Por medio de esta teoría podemos comprender mejor los versos de Ridruejo que, sin duda, reflejarían la tragedia inherente al fascista, que no sería otra que su impulso incontenible hacia el exterior huyendo de sí mismo –de lo que lleva dentro– y de lo que le rodea –la percepción de estar bajo una constante amenaza. Así pues, la esperanza lo desborda y, al mismo tiempo, siente la necesidad de ir más allá del límite externo de su armadura corporal: «su» tierra o «su» patria que, para seguir siendo, le empuja a luchar sin cesar, ya que el fascista concibe la vida como una constante catarsis, una lucha imposible por la purificación. De este modo, cada nuevo paso, cada lucha, supone la amenaza del abismo, una espiral de violencia sin fin de la que no puede escapar. Es por eso que no cesa aunque se sepa condenado de antemano en su empeño, simplemente no puede. Rafael García Serrano¹⁴ lo explica en el prólogo que

¹³La teoría del fascismo como juego de matrioskas funciona a la perfección, basta con hacer la prueba. Es evidente que habría individuos que no encajarían dentro de dicho juego de matrioskas y que, por lo tanto, no serían la representación de dicha comunidad nacional. En el caso español es lo que comúnmente se conoció como los representantes de la anti-España durante la guerra civil, pero en el caso del nacionalsocialismo alemán u otros fascismos serviría con la misma eficacia. Lo único que cabría preguntarse es qué fue antes, ¿la matrioska pequeña o la matrioska grande? Simplemente decir que los artesanos rusos tallan primero la más pequeña, el resto son hechas a su medida.

¹⁴ Rafael García Serrano (Pamplona 1917- Madrid 1988). Falangista revolucionario conocido por su labor como escritor y periodista, siendo una de sus obras fundamentales *La fiel infantería* (1943), obra que, a

dedica a la obra de Miguel Ezquerra¹⁵: «Aquí están los soldados de una ilusión perdida batiéndose hasta el fin. Miguel Ezquerra era uno de ellos y mandó a un buen puñado de españoles en este combate *perdido*»¹⁶. Existen otros casos en la literatura fascista peninsular como el de Joaquín Miralles Güill¹⁷, quien aún llamaba a las armas a sus camaradas en 1981, cuando ya debía contar al menos 66 años, recordándoles «el deber que tenéis de *continuar en la brecha* para conseguir esa Patria que José Antonio deseaba; [...] sepamos hacer honor a nuestros juramentos»¹⁸. Algo parecido observa Littell en Degrelle cuando, tras fracasar la ofensiva del Cáucaso en la que participaba con la División Valonia, afirma que «Ya sólo resistíamos porque estaba en juego nuestro honor de soldados», no siendo dicho honor otra cosa que «el yo, o más bien la armadura rígida que le hace las veces de yo al fascista»¹⁹. Queda claro pues que la idiosincrasia del fascista es combatir hasta el fin.

Sin embargo, aunque para el fascista sea lo mismo –en tanto que cumple la misma función y genera sensaciones similares–, no todo es combatir en el sentido ortodoxo de la palabra. Así pues, este también escribe, y lo hace para apropiarse de la realidad y llevar a cabo una transmutación de esta. Precisamente aquí entra en acción esa cualidad propia del fascista de hacer el mundo exterior a su propia imagen, para ello busca esquemas sencillos que funcionen de un modo mecánico, lo cual consigue remitiéndose una y otra vez a las mismas cuestiones, hasta que estas se convierten en lugares comunes, en torno a los cuales se reconstruye su visión de

pesar de ser Premio Nacional de Literatura llegó a ser censurada por presiones de la Iglesia ante el inmoderado lenguaje del autor. Durante la guerra civil española combatió en las columnas del general Mola, experiencia bélica de la cual se sirvió ampliamente en su obra y que le valió para calificar la obra maestra de Erich Maria Remarque, *Sin novedad en el frente* (1929), como buena para limpiarse el «culo».

¹⁵ Miguel Ezquerra (Huesca ¿1914?-Madrid 1984). Falangista revolucionario que combatió en la batalla de Berlín (1945) al mando de una unidad de españoles bautizada con su nombre y encuadrada en las SS, con la cual –siempre según su propio testimonio– se distinguió alcanzando el grado de *Obersturmbannführer* y siendo condecorado con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro por el propio Hitler. Durante la guerra civil española combatió en la Séptima Bandera de Falange y, al término de esta, marchó encuadrado en la División Azul a Rusia, donde combatió entre finales del año 1942 y octubre de 1943.

¹⁶ La cursiva es mía. EZQUERRA, M.: *Berlín, a vida o muerte*, Granada, García Hispán, 1999 (cuarta edición), p. 8.

¹⁷ Joaquín Miralles Güill. Falangista revolucionario original de Ibi (Alicante). Luchó en Rusia encuadrado en la División Azul entre enero de 1942 y agosto de 1943.

¹⁸ La cursiva es mía. MIRALLES GÜILL, J.: *Tres días de guerra y otros relatos de la División Azul*, García Hispán. Editor, 1981, p. 12.

¹⁹ LITTELL, J.: *op. cit.*, p. 103.

la realidad²⁰. Lo que consigue a través de este medio es fortalecer su armadura y, al mismo tiempo, la de quienes lo leen. Así lo vemos en el general José Díaz de Villegas²¹, quien plasma sobre el papel en dos líneas cuál fue el bagaje de la Legión Azul²² en Rusia: «Sólo la pequeña pero *gloriosa* Legión que mandaba el Coronel García Navarro debió permanecer allí activa algunos meses más»²³, de tal modo que parece que con sólo plasmar sobre el papel ante el nombre de la unidad la palabra «gloriosa»²⁴ queda cerrada cualquier posible brecha en su edificio argumentativo –al fin y al cabo una representación clara y perfectamente definida del *ego* fascista. La misión ha quedado cumplida: el honor ha quedado salvado. La realidad es que los alistamientos fueron forzosos y la baja moral de la tropa se vio refutada por los casos de alcoholismo y depresión²⁵. Por tanto, la gesta española no sólo se forjó gracias a las armas sino, además, con la ayuda de la pluma, lo cual queda demostrado por la extensión del «relato divisionario». Quizás sea Rafael Coloma²⁶ quien mejor exprese la importancia que para el fascista tiene el acto de escribir en el prólogo que dedica a la obra de su paisano y compañero de armas en la División Azul, al afirmar que

²⁰ THEWELEIT, K.: *op. cit.*, vol. 1, pp.86-88.

²¹ José Díaz de Villegas (Santander 1894- Madrid 1968). Jurista de formación que hizo carrera militar alcanzando el grado de general. Sirvió durante nueve años en Marruecos y como general de Estado Mayor de la División Azul durante el año 1943, hasta su definitiva disolución. A su vuelta, como recompensa a sus inestimables servicios, fue nombrado director general de Marruecos y Colonias. En la columna que le dedica el ABC el día de su muerte podemos ver que, como todo fascista que se precie, «Simultaneó siempre, desde su juventud, el ejercicio de las armas con las letras». ABC, domingo 11 de agosto de 1968. Edición de la mañana, p.25.

²² Unidad compuesta por españoles que, ante las presiones de la diplomacia angloestadounidense, sucedió a la División Azul en Rusia en noviembre de 1943 como solución de compromiso para que el régimen de Franco pudiera salvar la cara ante los alemanes. El contingente pasó de los más o menos 18.000 hombres que componían originalmente la División Azul a algo más de 2.000 efectivos. Su participación en el conflicto finalizó en marzo de 1944 y sirvió en varias misiones en la retaguardia del frente norte.

²³ La cursiva es mía. DÍAZ DE VILLEGAS, J.: *La División Azul en línea*, Barcelona, Editorial Acervo, 2003 (reedición), p. 108.

²⁴ Aunque no he llevado a cabo una contabilización exhaustiva de la palabra en cuestión, esta aparece a lo largo de toda la obra en numerosas ocasiones, véase DÍAZ DE VILLEGAS, J.: *op. cit.*, pp. 12 o 99, también encontramos otros adjetivos como «gran» (45, 62, 100) y adverbios de modo como «heroicamente» (23) o «valientemente» (69), por citar otros ejemplos.

²⁵ Véase MORENO JULIÁ, X.: *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2004 (2ª edición), pg. 191 y NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «¿Eran los rusos culpables? Imagen del enemigo y políticas de ocupación de la División Azul en el frente del este, 1941-1944», *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXVI, 223 (2006), pp. 746-747.

²⁶ Rafael Coloma Payá (Alcoy 1912- Alcoy 1992). Miembro fundador de Falange que pasó los tres años de la guerra encarcelado en la Cárcel Modelo de Alicante. Al término de la contienda fue nombrado Delegado Local de Propaganda de FET en Alcoy, participando activamente en la depuración y las persecución de desafectos al régimen. Marchó con la División Azul a Rusia y tras su vuelta se convirtió en un prolífico escritor, actividad que combinó con la de archivero de Alcoy.

Le faltaba a Joaquín Miralles Güill una sola cosa para alcanzar la nominación de gran hombre, cual es la de escribir un libro, –...de hecho– no pretende en modo alguno hacer literatura –...sino– que, de modo especial en sus compañeros de armas, remuevan y renueven los sentimientos que otrora les movieron a ser cruzados de la mejor y más noble de todas las causas, la lucha contra el comunismo²⁷.

Así pues, la grandeza definitiva del fascista se forja a través de la escritura, ejercicio de conservación como ningún otro que, al hacer grande al hombre, lo preserva de la disolución y, al revivir las sensaciones, restaña las brechas que hubieran podido quedar en su armadura debido a lo que no dejó de ser una derrota. No hay mucha diferencia con respecto a los objetivos de Degrelle como escritor, al menos desde el prisma de Littell:

«No cabía duda de que nos habían vencido materialmente» –por supuesto– «pero yo no había perdido ni la fuerza ni la fe». Porque, aunque se había perdido la campaña de Rusia, quedaba *La campaña de Rusia*. No cabe duda de que los padecimientos, los horrores del combate, el choque de la derrota han deteriorado esa armadura que es lo único que mantiene íntegro a Degrelle. Es urgente remendarla, y sólo existe un medio para hacerlo. [...] cuando le quietan la escayola del brazo derecho, pone manos a la obra. [...] La campaña de Rusia es ante todo una amplia operación de salvamento del yo degrelliano, un naufragio que las olas zarandean. Y esa operación [...] fue un éxito²⁸.

No hay duda de que el bagaje experiencial reunido por el fascista durante la guerra civil española va a ser decisivo a la hora de crear los marcos de referencia que servirán como acicate en la movilización contra el comunismo ruso. Uno de los fenómenos más curiosos que he podido observar en los textos memorísticos que he analizado es la «antropomorfización» de la República llevada a cabo por Miguel Ezquerro, quien la identifica como el origen de todos los males y la eleva a la condición de ser con vida propia capaz de sembrar el caos:

Cada minuto que transcurría, sentía como se ahondaba más y más el foso que nos separaría durante tres años a los españoles. Nadie sabía hacia dónde íbamos, pero los desastres que habían jalonado los cinco años de República la acusaban ante el mundo de haber agravado todos los problemas de nuestro país²⁹.

²⁷ MIRALLES GÜILL, J.: *op. cit.*, p. 9.

²⁸ LITTELL, J.: *op. cit.*, p. 113.

²⁹ EZQUERRA, M.: *op. cit.*, p. 10.

Casi podemos sentir la angustia *in crescendo* dentro de Ezquerra si tenemos en cuenta la extensión de un minuto puesto detrás de otro durante cinco años, convirtiéndose esta en un abismo que amenaza con succionar al autor. A su vez, podemos percibir su desconcierto como algo plástico, exactamente como si España –«nuestro país» y no el de la República– se encontrara a la deriva como si de un gigantesco barco destartado se tratara. Theweleit lleva a cabo una lectura similar en torno a un texto del escritor y periodista nacionalsocialista Rudolf Herzog, en el cual este se refiere de un modo bastante gráfico a la situación de Alemania durante la República de Weimar:

En términos más precisos Alemania se ha transformado en el cuerpo de una prostituta. La ciénaga que se llama a sí misma república alemana es simplemente la vagina de una gigantesca prostituta – sin duda una vagina con la menstruación, dado que la ciénaga es roja. Procedentes de esta ciénaga todos los horrores de la revolución emergen: «Junto a ardientes fanáticos alemanes, una irracional y furiosa chusma alemana; junto a agitadores rusos, un contingente polaco monstruoso de las minas y fábricas del Bajo Rin-Westfalia. Y entre las enfermeras, la prostitución aparece como si algún pantano las hubiera vomitado. Alcohólico y libertinaje en los hombres y las mujeres» (Rudolf Herzog)³⁰.

De igual forma, la literatura fascista española consultada, a pesar de que su propósito es centrarse en la experiencia rusa, no ahorra en referencias a la guerra civil española, la brutalidad y la miseria moral y material de sus enemigos. Al fin y al cabo para el voluntario español ambas guerras aparecen indisolublemente unidas sin solución de continuidad dentro de un mismo empeño: acabar con el comunismo. Esta es una impresión que queda reforzada aún más si tenemos en cuenta que en la mayor parte de los textos consultados aparece como causa del alistamiento en la División Azul «devolver la visita a Rusia», algo que destacan Díaz de Villegas (18 y 90) y Teodoro Palacios³¹ (77). Miguel Ezquerra se referirá a las checas (26), una obsesión en el

³⁰ THEWELEIT, K.: *op. cit.*, vol. 1, p. 392.

³¹ LUCA DE TENA, T. y PALACIOS, T.: *Embajador en el infierno. Memorias del capitán Palacios (Once años de cautiverio en Rusia)*, Barcelona, Planeta, 1991 (4ª edición). Teodoro Palacios Cueto (Potes-Santander 1912 - 1980). Falangista de primera hora que durante la guerra civil escapó a las líneas nacionales, combatiendo en las columnas del general Mola. Al acabar la guerra marchó a Rusia con la División Azul en 1942, siendo capturado en la batalla de Krásny Bor el 10 de febrero de 1943. Volvió a España en 1954 a bordo del Semiramis, cargado con otros doscientos ochenta y seis prisioneros españoles, tras lo cual iniciaría una fulgurante y tardía carrera militar, alcanzando el grado de general de brigada y la Cruz

imaginario colectivo del fascista que también aparece en Díaz de Villegas (111 y 116); este último hablará de la gran hoguera encendida por el comunismo en España (110) y de los fusilamientos (116). Pero si algo nos ha llamado la atención por encima de todo es la imagen del comunista español construida por Palacios, un «hombrecillo moreno, enjuto, de aspecto derrotado», a quien a duras penas le reconoce la condición de ser humano pero que ni mucho menos puede ser un auténtico hombre, condición reservada única y exclusivamente al español, es decir, al fascista. El «hombrecillo» iba envuelto en «un abrigo negro, muy sucio y raído.», portando consigo por donde va el estigma y la vergüenza de la derrota, bien reflejada en su miseria material. El derrotado es alguien que, por naturaleza, se halla en estado de disolución, pues ha perdido su rigidez; esa suciedad que lo caracteriza –siguiendo a Theweleit³²– se identifica con dicha disolución y, por extensión, con lo afeminado, que puede llegar a amenazar los valores más hermosos de una sociedad. Precisamente por eso el hombrecillo, un intérprete al servicio de los rusos, comunista exiliado «era incapaz de mantener la mirada. La dejaba resbalar sobre mí [...] la mirada del comunista español me dio por primera vez la sensación de ser yo más fuerte que él. Le miré de abajo arriba; parecía un delincuente declarando ante un juez. Y el juez, para él, para su conciencia, en aquel momento, era yo»³³. La mirada del comunista resbala precisamente porque Palacios se yergue rígido ante él y siente cómo aquel, al igual que un fluido³⁴, resbala por su armadura sin suponer ninguna amenaza para su integridad³⁵; de ahí que incluso se atreva a erigirse en juez, aunque sólo a nivel de conciencia, dadas las circunstancias, si bien no es difícil imaginar lo que habría hecho con él de haberse encontrado ambos en la situación inversa³⁶.

Laureada de San Fernando. Todo un mito en el imaginario colectivo que gira en torno a la División Azul, para sus nostálgicos la misma representación de los valores de la unidad.

³² THEWELEIT, K.: *op. cit.*, vol. 1, pp. 385 y 387.

³³ LUCA DE TENA, T.: *op. cit.*, pp. 25-26.

³⁴ Como veremos el estado líquido, si bien bajo muy diversas condiciones, es el estado natural del comunismo, representado por la disolución.

³⁵ Degrelle siente algo similar cuando afirma que «Unos rusos se escurrían entre nosotros». Cit. en LITTELL, J.: *op. cit.*, p. 51.

³⁶ En su trabajo sobre la División Azul, Jorge M. Reverte, nos remite a un episodio muy significativo de la estancia de los españoles en Rusia. Salvador Lorente Gómez de Agüero, comunista español, tras combatir en el bando republicano y huir milagrosamente de España consiguió llegar a la Unión Soviética, donde se alistó en una unidad de guerrilleros que actuaban en la retaguardia alemana. Fue capturado por los alemanes que, al conocer su nacionalidad, decidieron mandárselo a la División Azul. Una vez allí se enfrentó a la acusación de auxilio a la rebelión militar prevista por la Ley de Responsabilidades

A estas alturas no puede sorprendernos que el fascista observe al comunismo como una terrible amenaza para la supervivencia de la «civilización cristiana», que, poco a poco, fue dejando paso a la idea de «civilización europea», más del gusto del pagano nacionalsocialismo alemán al que los fascistas españoles rendían pleitesía. Nadie tenía que advertir a los españoles de los peligros del comunismo, que «habíamos vivido en *nuestra propia carne*»³⁷. Sin embargo, los españoles no tendrían descanso, había sonado la hora de la batalla definitiva: «El mundo civilizado contra la barbarie roja», decía la portada del *ABC* del 24 de junio de 1941³⁸. Los fascistas no cabían de júbilo ante la posibilidad de «combatir, en su mismo seno, al comunismo, que tanto daño había hecho ya en España y fuera de España»³⁹. Pero, ¿qué era el comunismo para el fascista español?

Partiendo del hecho de que el comunismo es visto por el fascista en esencia como un fluido podemos constatar, continuando con Theweleit, que este «no siempre aparece bajo la forma de corrientes desatadas. Frecuentemente estas se encuentran confinadas, furiosas, dentro de recipientes de diferentes tipos. Fue la revolución, sentía Salomón, la que transformó la ciudad de Munich en un enorme caldero, donde la sangre espesa y la cerveza clara burbujeaban juntos de forma salvaje»⁴⁰. Aunque el motivo del caldero no aparece como tal en ninguno de los textos analizados lo cierto es que sí se habla del comunismo como fermento, un estado –no por casualidad– del alcohol, que se produce dentro de enormes cubas. José Luis Gómez-Tello, veterano de la División Azul, nos lo explica de un modo muy gráfico: «Huele a ruso – patatas podridas, *kapuska*, miseria humana, estiércol, y todo fermentado en una atmósfera que no ha sido renovada en diez meses para que no se vaya el calor»⁴¹. Díaz de Villegas es aún más explícito si cabe:

Políticas. Dos días después, el 11 de enero de 1943, es fusilado de «manera imperiosa y sin vacilación alguna», según palabras de Emilio Esteban-Infantes, nuevo general de la División. REVERTE, J. M.: *op. cit.* p. 455-458. Esa violencia que acompañó siempre al franquismo de forma consustancial pone de manifiesto el carácter fascista del régimen, lo cual se puede observar en este episodio de odio visceral que pretende llegar «hasta la raíz» –como afirmara Javier Rodrigo –, esté donde esté el objeto de su ansia vengativa.

³⁷ La cursiva es mía. Nótese la plasticidad de la expresión. MIRALLES GÜILL, J.: *op. cit.*, p. 42.

³⁸ REVERTE, J.M.: *op. cit.*, p. 37.

³⁹ DÍAZ DE VILLEGAS, J.: *op. cit.*, p. 220.

⁴⁰ THEWELEIT, K.: *op. cit.*, p. 237.

⁴¹ Cit. en NÚÑEZ SEIXAS, X.M.: *op. cit.*, p. 726. La *kapuska* es un plato turco cuyo principal ingrediente es la col.

Así, Rusia es, por obra de una minoría demoniaca, una fuerza viva, impregnada de ateísmo, de comunismo y de nacionalismo, que sueña en esclavizar al mundo entero. ¡Y ese *gran fermento* es, sin duda, el peligro más grave que la Humanidad conoció jamás!⁴².

Al igual que en el caso alemán, para el fascista español la sangre es uno de los elementos fundamentales del potaje revolucionario, dado que si por algo se caracteriza el comunismo es por derramarla a raudales. El propio Miguel Ezquerra lo destaca en las descripciones de sus combates en las ruinas de Berlín, donde avanzaba a duras penas «saltando por encima de aquella alfombra de carne humana [...]. Nuestras botas estaban llenas de sangre, lo mismo que nuestros uniformes y nuestras manos»⁴³. La sangre fluye libremente, de forma incontenible, incluso desde la vagina de las mujeres rusas, ya que en «Rusia el aborto era práctica normal y tolerada»⁴⁴, una idea insoportable para el fascista.

Otro elemento importante con el que se identifica al comunismo es el lodo, que hace su aparición de forma constante en el paisaje ruso, como destaca Palacios en el caso del campo de trabajo de Cheropoviets, encarnación misma del sistema con toda la miseria que contiene: «El campamento era un enorme barrizal de olor pútrido, en el que se incrustaban las botas hasta media pierna»⁴⁵. Así pues, aquí vemos el peligro de disolución en su máxima expresión: el mar de lodo del comunismo que amenaza con doblegar al fascista, con succionarlo y arrastrarlo⁴⁶. Algo parecido vemos en el caso de Degrelle. Para entender el poder que este tipo de asociaciones tienen en el imaginario fascista son útiles las palabras de Littell, quien afirma que

Para el fascista la metáfora no se limita nunca a ser *sólo* una metáfora (y de ahí les viene su fuerza y su increíble eficacia a las metáforas fascistas). En lo que, visto a distancia, nos parece el tópico ideológico más manido, obran

⁴² La cursiva es mía. DÍAZ DE VILLEGAS, J.: *op. cit.*, p. 61. Por supuesto, detrás de esa minoría demoniaca se hallan, cómo no, los judíos, identificados con el comunismo y viceversa de forma constante. Véase EZQUERRA, M.: *op. cit.*, p. 97 o LUCA DE TENA: *op. cit.*, p. 61, por citar algunos ejemplos.

⁴³ EZQUERRA, M.: *op. cit.*, p. 87.

⁴⁴ DÍAZ DE VILLEGAS, J.: *op. cit.*, p. 65.

⁴⁵ LUCA DE TENA, T.: *op. cit.*, p. 53.

⁴⁶ Encontramos sensaciones de índole similar en Degrelle: «En cuanto nos acercábamos a aquellos bloques de edificios se revolvía el estómago con un olor desabrido de barro y de excrementos que subía de los pantanos que rodeaban las edificaciones». Citado en LITTELL, J.: *op. cit.*, p. 44.

sensaciones físicas muy concretas; para el fascista son algo cierto, puede tocar y notar la realidad de lo que afirma⁴⁷.

No obstante no podríamos dejar de enunciar un ingrediente fundamental de este potingue que es el comunismo para el fascista: el alcohol. Díaz de Villegas dedica todo un capítulo a hablar del vodka como «arma de guerra»: de este modo «bajo la ola de “wodka” –aunque parezca increíble– Rusia ganó una gran victoria [...] hay que admitirlo también: el “vodka” ha dado a los rusos también la victoria militar en más de una ocasión. Es menester reconocerlo, aunque seamos abstemios o prudentemente moderados en el consumo circunstancial de las bebidas alcohólicas»⁴⁸. El fascismo, como productor de realidad, se estructura en torno a pares de opuestos, de tal modo que el fascista está contrastando constantemente sus hábitos y manera de ser con los de sus más empecinados enemigos: los judíos, los acomodados y, por supuesto, los comunistas. En este caso el fascista es un caballero, a lo sumo moderado consumidor, frente al ruso, que se revuelca por los suelos como un perro empapado en alcohol. Poco importa que algunas de sus afirmaciones no sean verdad, el fascista crea su propia realidad al margen de los hechos, basándose esta en una serie de esquemas básicos que funcionan de forma mecánica para garantizar la conservación del yo, lo cual se consigue proyectando todo lo indeseable sobre el enemigo. De este modo, vemos cómo Miguel Ezquerro, tratando de adecuar su experiencia de lucha sin cuartel contra el comunismo va más allá, actualizando sus proyecciones sobre los rusos de todo lo infame y disuelto a los tiempos en que él escribió su obra, el año 1975: «Hemos capturado a varios soldados rusos. Ninguno de ellos ha ofrecido la menor resistencia. Me ha dado la impresión de que estaban drogados... o borrachos»⁴⁹. Una declaración tan trasnochada como esta no puede tener otro objetivo que infundir en el lector desprecio por el ruso que, por defecto, se identifica con el comunista⁵⁰; por otro lado, se trata de un paso necesario en el proceso de objetivación de la amenaza, frente a la

⁴⁷ LITTELL, J.: *op. cit.*, p. 29.

⁴⁸ DÍAZ DE VILLEGAS, J.: *op. cit.*, pp. 80-88.

⁴⁹ EZQUERRA, M.: *op. cit.*, p. 78.

⁵⁰ Entre otras cosas esta sería una de las consecuencias –entre otras– de aquella famosa declaración de Serrano Suñer que enervó a los fascistas españoles en Madrid el 23 de junio de 1941 y los llevó a Rusia: me refiero a su grito de guerra «¡Rusia es culpable! [...] El exterminio de Rusia es exigencia de la historia y del porvenir de Europa», una irresponsable «antropomorfización» del comunismo, que cobraría forma concreta en Rusia. A posteriori, el «relato divisionario» siempre ha sido firme en torno a la idea de que ellos fueron a hacer la guerra al comunismo y que, por lo demás, no tenían nada en contra del pueblo ruso, lo cual no deja de ser un despropósito.

cual hay que romper cualquier identificación empática para poder hacer la guerra libremente. Como parte de dicho proceso el ruso es convertido en un ser indeseable, caracterizado como animal salvaje. Durante su evacuación a territorio ocupado por los aliados Ezquerro nos refiere el siguiente desencuentro entre un oficial inglés y otro soviético:

Una mujer montada en una bicicleta fue interceptada por un oficial ruso que la obligó a apearse y de un tirón le arrancó la bicicleta de las manos. Pero el oficial inglés siguió el mismo procedimiento, arrancándosela a su vez de las manos al ruso y devolviéndosela a su dueña. El oficial ruso empezó a gritar y a gesticular, pero el inglés, con una fusta en la mano y sin inmutarse lo más mínimo, siguió dando órdenes para el embarque en los camiones⁵¹.

Podemos preguntarnos qué pinta en mitad de esta escena esa fusta en la que se pone un particular énfasis. Para el fascista que observa en el ruso a un ser inferior la fusta es un elemento fundamental de defensa frente a ese ruso incivilizado que ladra sin control y que debe ser domado, y qué mejor que un látigo para dominar su incontrolable naturaleza. No menos jugosas son las declaraciones de Díaz de Villegas en sus atrevidas teorías etnológicas, con las cuales intenta despertar pavor en el fascista: «Las ciudades muestran las “viviendas-hormigueros”. [...] Las viviendas urbanas rusas acogen una y aun varias familias por habitación, esto es, por cuarto. La promiscuidad es allí tan horrible como la higiene»⁵². Es curioso que diga esto un hombre que nunca estuvo en una gran ciudad rusa, de modo que ha tenido que inventarlo o afirmarlo de oídas, pero eso no importa, su objetivo es cumplir el propósito de mostrar al ruso como el individuo-cosificado que es, confundido en medio de la masa hacinada, pululante, caótica y sucia, como ese lodo del que hablábamos más arriba.

¿Cómo se opone el fascista a esa amenaza de disolución representada por el comunismo? Oponiendo su armadura, para lo cual dispone de varias tácticas. La más importante de ellas es el uso de la violencia, que sirve para canalizar hacia el exterior lo que bulle dentro del fascista y que, además, es identificado con las supuestas amenazas que lo cercan en el ámbito exterior. Así pues se trata de una violencia que

⁵¹ EZQUERRA, M.: *op. cit.*, p. 112.

⁵² DÍAZ DE VILLEGAS, J.: *op. cit.*, p. 48.

sirve como reafirmación del *ego*, pero también como huida hacia delante, algo que ya adelantábamos al principio de esta comunicación. El acto violento es identificado por el fascista con el acto sexual, y su consumación con el orgasmo, porque precisamente lo que busca es aliviar sus pulsiones matando lo que lleva dentro en su manifestación exterior, ya sea el comunista, el judío o la mujer⁵³. En varias ocasiones podemos observar en Ezquerria la experimentación del placer por medio del ensañamiento o, al menos, la idea de que cuando comete un acto violento es como si algo saliera desde dentro de su cuerpo: «La lucha es terrible. Nuestras pistolas ametralladoras vomitan fuego sin descanso. El lugar está infestado de rusos». He aquí la manifestación en forma de vómito de ese impulso interno, de su propio abismo interior ante el que se espanta y del cual trata de huir el fascista al hacer fuego contra sus blancos. Otros dos testimonios interesantes en la línea apuntada más arriba:

Un grupo de soldados rusos subía tranquilamente. Disparé sobre ellos una y otra vez, hasta vaciar el cargador. Los rusos, que no se esperaban aquel recibimiento, rodaron por la escalera [...] Una de las balas le atravesó la garganta. La sangre brotaba con tanta fuerza que parecía un surtidor [...]

Mientras el ruso estaba pendiente de mí [...] El Legionario, portador de la lima, se lanzó sobre él y empezó a pincharle salvajemente. Cuando los franceses le soltaron, el centinela se derrumbó como un saco⁵⁴.

Para asegurar la conservación de su estructura psíquica el fascista se ve empujado a forzar la transformación de su mundo externo en la forma con que lo percibe, es decir, necesita hacer irreconocible al objeto de su violencia arrebatándole su condición humana al convertirlo en un amasijo sanguinolento. Ese es el único modo que tiene de obedecer a ese impulso interno que le llama a acercarse al abismo que porta dentro y que encuentra sus manifestaciones fuera de sí mismo, arrebatándole la vida y, por lo tanto, la amenaza que representa.

En este sentido, la violencia anteriormente enunciada favorece la condición natural del fascista: la rigidez. Littell dedica mucha atención a este estado corporal del fascista, así vemos cómo Degrelle observa que «Contra la avalancha soviética [...] se

⁵³ Una amenaza fundamental en el universo psíquico fascista que es ampliamente abordada por Theweleit y sobra la que, no obstante, no podemos extendernos aquí, a pesar de que los textos analizados ofrecen ideas interesantes en torno al tema.

⁵⁴ EZQUERRA, M.: *op. cit.*, pp. 82, 94 y 98.

irguió toda una juventud» y, además, el belga afirmaba que le «gustaba la vida de soldado, erecta como una *i*, libre de las contingencias mundanas, de las ambiciones y del interés»⁵⁵. El paradigma de rigidez entre nuestros escritores-soldados es, sin lugar a dudas, Palacios, apodado por sus hombres durante el cautiverio «el Gigante», no sólo por su talla, sino precisamente por su rigidez, la cual hizo posible que no sucumbiera a los once años de cautiverio en Rusia y puso un enorme *dique de contención*⁵⁶ que protegió a sus soldados en innumerables ocasiones frente a las múltiples amenazas del comunismo. Él mismo lo reconoce a lo largo de su relato en abierto desafío a un teniente coronel ruso: «Como capitán cumpliré con mi deber mientras pueda mantenerme en pie»⁵⁷. Miralles Güill aporta una idea similar al afirmar que el mayor valor del soldado es que «con miedo o sin él, había que estar en su sitio y esto era lo que nosotros nos disponíamos a hacer»⁵⁸.

En caso de que la rigidez lograda por las vías referidas fracasase el fascista siempre tiene la posibilidad de convertirse en estatua, encarnación del modelo de belleza para la cultura occidental y ejemplo eterno perpetuado en piedra. Es precisamente lo que le ocurre a Ezquerria al consumarse la derrota de Alemania:

De pronto me quedé como una estatua: podía pensar y ver, pero era incapaz de moverme y de hablar. Había quedado completamente paralizado. Un sudor frío cubría todo mi cuerpo. El sargento Pinar me tomó por los brazos y me sacudió. Ignoro el tiempo que transcurrió: fueron unos minutos que me parecieron siglos⁵⁹.

Convertido en estatua se alza como una torre frente a la disolución del bolchevismo. En esos minutos que le parecen siglos toma conciencia de que ya ha conquistado la gloria, del mismo modo, ese sudor frío que recorre su cuerpo es el proceso de congelación que preserva el mito frente al paso del tiempo y que cicatriza

⁵⁵ Cit. en LITTELL, J.: *op. cit.*, pp. 35-36 y 40.

⁵⁶ El tema del dique es fundamental en la literatura fascista, como vemos constantemente en los casos referidos por Theweleit o por Littell respecto a Degrelle, no obstante podemos observarlo también en autores como Díaz de Villegas, quien recoge un discurso del general Muñoz Grandes en el que este habla a su llegada a España en los siguientes términos: «tened la satisfacción de vuestros soldados [...que] están poniendo en las estepas de Rusia un dique, un dique de acero que no podrá traspasar, pese a todos sus esfuerzos, la barbarie bolchevique». DÍAZ DE VILLEGAS, J.: *op. cit.*, p. 111. Otros motivos interesantes son el del fascista como barco que atraviesa los mares o el del fascista que se ve como isla, desgraciadamente no tenemos espacio para apuntar nada más al respecto.

⁵⁷ LUCA DE TENA, T.: *op. cit.*, p. 52.

⁵⁸ MIRALLES GÜILL, J.: *op. cit.*, p. 37.

⁵⁹ EZQUERRA, M.: *op. cit.*, p. 93.

las graves heridas producidas por el combate y la derrota. De algún modo el fascista puede sentir que ha perdido la batalla por el mundo terrenal pero, sin lugar a dudas, cree haber ganado con su sangre y su ejemplo el mundo celeste, allá donde se hallan preservados los ideales supremos, como esa estatua. Así pues, este, en su último y supremo acto como creador de realidad consigue transformar la derrota en victoria.

FORTUNATO (1941).
UNA CULTURA SOCIAL DE LA FALANGE EN EL CINE DE FICCIÓN

Igor Barrenetxea Marañón
Universidad del País Vasco

«Todas las sociedades acogen las imágenes en función de su propia cultura.»¹

A modo de introducción

El 28 de marzo de 1939 las tropas franquistas entraban victoriosamente en el Madrid republicano, y cuatro días más tarde, el 1 de abril de este mismo año se daba la contienda, en el aspecto militar, por finalizada. La rebelión de una parte del Ejército, que comenzó el 17-18 de julio de 1936 contra el legítimo régimen republicano había, finalmente triunfado tras una sangrienta confrontación civil. Habían sido tres largos y duros años de lucha en los que se habían ido componiendo y tejiendo una serie de discursos, actitudes y sentimientos contrarios en los que el bando vencedor, el franquista, había ido creando un imaginario en el que se inculpaba a la Segunda República española (1931-1936) y a sus reformas de los males y desastres del país, la denominada anti-España². En 1941, todavía en los años más duros de la posguerra española, se rodó y estrenó el filme *Fortunato*, inspirado en una obra de teatro homónima, escrita a inicios del siglo XX, por los escritores hermanos Álvarez Quintero³ y dirigida por el falangista Fernando Delgado (1891-1950) quien había puesto su talento cinematográfico a las órdenes de la causa nacional rodando varios documentales durante la guerra⁴.

Delgado nació en Madrid. En sus inicios fue actor de teatro y cine, aunque conjugándolo con funciones de ayudante de dirección del mismo Jacinto Benavente. En 1924 dirigirá su primera película titulada *Los granujas*. Durante su etapa como director de cine mudo alcanzó notable éxito con películas como *Ruta gloriosa* (1925), sobre la guerra de Marruecos, el melodrama *Las de Méndez* (1927) y el sainete *¡Viva*

¹ FERRO, M.: *Historia contemporánea y cine*, Barcelona, Ariel, 1995, p. 25.

² CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la victoria*, Madrid, Marcial Pons, 2000; JULIÁ, S. y DI FEBBO, G.: *El franquismo*, Barcelona, Paidós, 2005.

³ ALVAREZ QUINTERO, S. y J.: *Fortunato*, Madrid, Renacimiento, 1912.

⁴ Como *Homenaje a las brigadas de Navarra* (1937), *Bilbao para España* (1937), *Asturias para España* (1937), *Santander para España* (1937), *Hacia la nueva España* (1937).

Madrid que es mi pueblo! (1928). Pero la llegada del cine sonoro no se acomoda a su estilo y rueda otros filmes sin tanta fortuna, a excepción de *Currito de la Cruz* (1936). La Guerra Civil le coincide en Córdoba y por sus convicciones falangistas se puso al servicio de los sublevados realizando seis documentales (de los dieciséis que produjo CIFEA) para el régimen. El único filme de mención en su siguiente etapa será *Fortunato* (1941) por el cual es premiado como mejor director del año por la SNE. Sus últimas películas, la comedia *Lluvia de hijos* (1947) y el drama *La calumniada* (1947) tuvieron poca repercusión⁵. Pero es este filme, *Fortunato*, el que nos interesa, porque es un auténtico revelador, más allá de lo que fueran las intenciones del director, del contexto histórico que nos ocupa, ya que no deja de ser agente de la Historia y, por consiguiente, «puede motivar una toma de conciencia»⁶.

Sinopsis del film⁷

Corre el año 1934 en la ciudad de Madrid, Fortunato es un padre de familia que es injustamente despedido de su trabajo, para permitir que un *recomendado* ocupe su lugar. Entonces, no tiene más remedio que ir en busca de una salida laboral. Y para ello ha de desempeñar diferentes oficios, ya sea conductor de tranvía, camarero o actor de reparto. Sin embargo, ninguno de tales trabajos le dura mucho debido a sus despistes o errores. Su situación se torna cada vez más desesperada para él y su familia, a la que no puede dar una vida digna. Por ello, han de mudarse a vivir a los bajos fondos y no logra que nadie se apiade de él cuando decide pedir limosna por la calle, incluso intenta robar a un ciego, pero hasta eso es más fuerte que él y le devuelve el dinero. Mientras, otros que viven de la picaresca, como don Vitorio, tienen más éxito que él.

Finalmente, responde a un anuncio en el que se solicita un ayudante para un trabajo sin determinar. Resuelto, no teniendo nada que perder, decide acudir a la cita. Su labor consistirá en servir de blanco humano de una tiradora, Amaranta, en el Circo.

⁵ BORAU, J. L. (dir.): *Diccionario de cine español*, Madrid, Alianza, 1998. TORRES, A. M.: *Cine Español. Diccionario Espasa*, Madrid, Espasa, 1999.

⁶ FERRO, M.: *op. cit.*, p. 17.

⁷ 1941. España. Director y guión: Fernando Delgado. Argumento: basado en la obra del mismo título de Álvarez Quintero, Serafín Álvarez Quintero. Director de fotografía: Carlos Riccioni, Enzo Pahissa. Música: Jesús G. Leoz. Blanco y negro. Duración: 77 minutos. Productora: PB Films. Protagonistas: Antonio Vico, Carmen Carbonell, Florencia Bécquer, María Luisa Arias, Luisa Jerez, Joaquina Carreras, Pastora Peña, José Abulquerque.

Fortunato tiene pavor a las armas pero por el amor a su familia no tiene más remedio que aceptarlo, sabedor de que eso le permitirá ofrecer pan a sus hijos.

La tragicomedia, en todo caso, tiene un desenlace feliz, cuando una amiga de su mujer le encuentra un trabajo más digno a Fortunato.

Análisis de sus elementos

1) El contexto histórico del filme y el texto teatral

En los años posteriores a la guerra la instauración del Estado franquista partió de «deslegitimar el ordenamiento, cultura y las instituciones republicanas»⁸. El 18 de julio de 1936 constituía, por aquel entonces, la fecha de refundación de la sociedad española y todo lo que quedaba detrás de ella pertenecía a la esfera de un pasado que había que redimir o descalificar, ya que se estimaba que las causas de la confrontación bélica habían venido dadas, entre otros factores, por la corrupción y la decadencia provocada por el liberalismo. Pero, sin duda, lo que quedaba claro es que la contienda había traído consigo destrucción, hambre y miseria que no se podía ocultar a los ojos de una población que había vivido tres largos años de lucha cruenta⁹. Y a raíz de esto surgieron diversos proyectos culturales, que fueron acompañados por una política cinematográfica que pretendió recomponer la moral nacional y el espíritu de lucha y sacrificio (de la insigne cruzada o guerra de liberación). *Fortunato* fue estrenada el 2 de febrero de 1942 en Madrid y sufragada por la productora P. B. Films¹⁰.

Tal y como señalan Francis Vanoye y Anne Goliot-Lete el cine «es un testigo vivo de la realidad, procura actuar sobre las representaciones y las mentalidades»¹¹. Aunque el filme parte de la apoyatura de un texto teatral original, no hay duda de que se introducen elementos nuevos que lo dotan de otro significado y nos permite, de este modo, considerarlo un testimonio de estos años en los que primaba el hambre, la miseria, las enfermedades, el mercado negro, el estraperlo, las graves desigualdades

⁸ JULIÁ, S. y DI FEBBO, G.: *op. cit.*, p. 22.

⁹ BOX, Z.: *España, año cero*, Madrid, Alianza, 2010. JULIÁ, S. (coord.): *República y guerra en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa, 2006. PRESTON, P.: *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Círculo de lectores, 2006.

¹⁰ FERNÁNDEZ COLORADO, L.: «Fortunato», en PÉREZ PERUCHA, J. (ed.): *Antología crítica del cine español (1906-1995)*, Madrid, Cátedra, 1997, p. 136.

¹¹ VANOYE, F. y GOLIOT-LÉTÉ, A.: *Principios de análisis cinematográfico*, Madrid, Abada, 2008, p. 64.

sociales, la represión, la profunda marginalidad, la prostitución, etc.¹², en las que, subsidiariamente, «las huellas de lo que ha existido –la Segunda República– son o bien suprimidas, o bien maquilladas y transformadas»¹³. No es por ello casual que este filme, inspirado en la obra de los hermanos Álvarez Quintero fuera contextualizado en 1934¹⁴.

Comparando el texto teatral con el filme, tanto la escena introductoria, en la que Fortunato es despedido, como la fecha donde se contextualiza son elementos añadidos, por lo que tales aspectos son los que, en definitiva, le dotan de un valor añadido. La obra de teatro arranca en el momento en el que Don Vitorio, un pícaro, va a pedirle dinero a Alberto, un arquitecto, y tras su entrevista con él, Fortunato acude a solicitarle trabajo. En esta entrevista con Alberto, Fortunato le expresa sus diversos miedos, distintos a los del filme, en el desempeño de diversos trabajos que acaban por hacerle renunciar a ellos, como el de albañil (le dan miedo las alturas) o guarda de una finca (donde roban dos veces). En la trama fílmica se actualizan estas experiencias que ha de vivir Fortunato, con los oficios de camarero, conductor de tranvías o figurante en una Zarzuela. También se añade la trágica muerte del ayudante de Amaranta, a la que se da un mayor peso, en un tono más bien negativo, además de un cierre en el que consigue, gracias a su mujer, encontrar otro trabajo más digno. Todo ello nos ofrece una relectura de la sociedad franquista en la que se revelan sus fobias, percepciones del pasado o de la realidad y del carácter cultural que porta el cine para el régimen.

Otro aspecto interesante que hay que destacar es la depuración que se hace del lenguaje de la obra teatral original, dejando a un lado las palabras castizas (como *vestío de papé de fumá, ange de esta casa, segurisma, der difunto, etc*). El franquismo practicó no solo un rígido control de las imágenes, a través de la censura sino, también, impulsó una homogeneización lingüística a través del castellano que «se convertía en una nueva forma de censura de los cines foráneos al eliminar acentos y giros –geográficos, pero también de

¹² GIL PECHARROMÁN, J.: *Con permiso de la autoridad. La España de Franco (1939-1945)*, Madrid, Temas de Hoy, 2008, p. 72. MIR, C. y AGUSTÍ, C.: «Delincuencia patrimonial y justicia penal», en MIR, C., AGUSTÍ, C. y GELONCH, J. (ed.): *Pobreza, marginación, delincuencia y políticas sociales bajo el franquismo*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2005, pp. 76-77. MORADIELLOS, E.: *La España de Franco (1939-1975)*, Madrid, Editorial Síntesis, 2000, pp. 81-89. JULIÁ, S. y DI FEBBO, G.: *op. cit.*, pp. 31-42

¹³ TODOROV, T.: *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 12.

¹⁴ Fue estrenada el 30 de noviembre de 1912, en el Teatro Cervantes de Madrid.

clase»¹⁵. Todo ello con el fin de fortalecer la unidad del país, frente al temible separatismo, en un intento de crear una cultura integradora pero tradicionalista, y negadora de su riqueza, que diera lugar a la esencia de la *españolidad*. Finalmente, el único elemento a matizar considerado como importante por la censura es el situar el contexto de la película «antes –del– Glorioso Alzamiento»¹⁶, para que no haya ningún equívoco (se temía que al exportarse al exterior diese una imagen negativa de España, mostrándolo como un país pobre, desgraciado y atrasado, por lo que era necesario achacárselo a la etapa precedente). Puesto que el franquismo había prometido que «no faltaría en los hogares madrileños ni la paz, ni el pan, ni el trabajo, ni el bienestar»¹⁷. Aunque, en el fondo, la situación de hambre y penuria no dejaba de ser la que podía verse en el propio filme.

No obstante, «el régimen se aprovechó de ello»¹⁸ para sus fines reeducativos y aleccionadores y, en este caso, *Fortunato* se inscribe dentro de esta cosmovisión propicia. «No en vano», señala Enrique Moradiellos, «los años de hambre y miseria fueron también los años de la más intensa propaganda *social*»¹⁹.

Por ello, al tiempo de la República, los inefables años 30 (aunque el régimen democrático no será citado ni mencionado ni una sola vez a lo largo del filme), se le confería ese lugar preeminente en la inculpación de todos los males. Pues, como señala Ferro, «la realidad cuya imagen ofrece el cine resulta terriblemente auténtica», con lo que puede poner de relieve sus «insuficiencias»²⁰, de ahí que se quisiera remarcar tan directamente el contexto anterior a la guerra.

Y en lo tocante al carácter falangista del filme viene dado no por un discurso ideológico puro sino por su carácter tradicional (la familia cristiana, la dignidad, la humildad, los buenos sentimientos, etc.), en la que se disponen de una serie de elementos que pasaremos a analizar en los apartados siguientes, en los que sí cabe anticipar como «la virtualidad legitimadora de la ideología fascista se subordinó a la mucho más decisiva de la religiosa»²¹. De todos modos, *Fortunato* no deja de ser un cine característico de la época que navegaba entre la «tosquedad de la ambientación,

¹⁵ CASTRO DE PAZ, J. L.: *Un cinema herido*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 29.

¹⁶ ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN, Cultura, Caja 21/4456.

¹⁷ BOX, Z.: *op. cit.*, p. 50.

¹⁸ MIR, C. y AGUSTÍ, C.: *op. cit.*, p. 77.

¹⁹ MORADIELLOS, E.: *op. cit.*, p. 89.

²⁰ FERRO, M.: *op. cit.*, p. 37.

²¹ MONTERO, J. R.: «Los católicos y el nuevo Estado», en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 105. MORADIELLOS, E.: *op. cit.*, pp. 75-76.

la rigidez de las interpretaciones y el énfasis sobreactuado de los actores cuando sus textos hablaban de orgullo de ser español, del valor católico de la patria, de la derrota, la muerte o la santa providencia»²². Y, por lo tanto, la cultura de la falange quedaba reducida o encuadrada en los aspectos generales de la cultura dominante, al menos en el cine, por mucho que quisiera crear o generar un espacio propio.

2) *Clientelismo social*

Continuemos con el filme. Aunque la causa por la que se despide al protagonista, el desdichado Fortunato, el clientelismo, provoca su necesidad de buscar un empleo, sobre lo que gira el argumento central de la trama, bien podría relacionarse, a decir verdad, con cualquier otra época histórica contemporánea. El hecho de que se circunscriba a 1934, durante la Segunda República, no es casualidad, y viene dado por la necesidad de hacer impensable que esto sea posible en los tiempos que corren y denigrar la imagen de ese tiempo anterior. A fin de cuentas, esto respondía a denunciar el «peligro de disolución social que se atribuía a las democracias liberales»²³. Pero, también, se podría considerar que esa desnaturalización del presente no es más que otra forma de hablar de la realidad, tal como indican Fernández Colorado o Torres²⁴.

Volviendo al filme, en la primera escena, dos hombres, el director de la empresa Previsión Industrial, compañía de seguros donde trabaja Fortunato mantiene una conversación con otro subordinado, en la que le explica que no tiene más remedio que despedir al bueno de Fortunato para poner a un recomendado, un tal señor Álvarez. No importa que aquel haya trabajado desde su fundación ni que tenga «*una nube de chiquillos*», la decisión está tomada por las influencias del hombre que viene a sustituirle. Y la misma conversación alude a una crisis económica que, en parte,

²² GRACIA GARCÍA, J. y RUIZ CARNICER, M. Á.: *La España de Franco (1939-1975)*, Madrid, Síntesis, 2001, p. 32.

²³ MONTERO, M.: «Cine para la cohesión social durante el primer franquismo», en VIDAL PELAZ, J. y RUEDA, J. C. (eds.): *Ver cine*, Madrid, Rialp, 2002, p. 175.

²⁴ TORRES, Augusto M., p. 332. BORAU, José Luis (dir.), *op. cit.*, p. 272. FERNÁNDEZ COLORADO, L.: «Fortunato», PÉREZ PERUCHA, J. (ed.): *Antología crítica del cine español (1906-1995)*, Madrid, Cátedra, 1997, p. 136.

justifica la decisión adoptada ya que les viene bien a la hora de reducir el coste de la plantilla²⁵.

El tema, por tanto, adquiere un tinte social y de injusticia moral. Para reforzar esta injusticia, este tal señor Álvarez se nos presenta en otra escena disfrutando cómodamente de una sesión de circo, con un amigo. Y al ver a don Eduardo, quien le ha dado el puesto de Fortunato, va a saludarle para agradecerle lo que ha hecho por él. Sin embargo, el amigo es quien nos indica que Álvarez ha entrado a trabajar en la empresa sin tener necesidad de ello, mientras el pobre Fortunato se ha quedado sin el sustento para su familia. Por lo tanto, el filme pretende convertirse en una lección humana. Esta enseñanza se relaciona con los años de la República pero, a su vez, se entiende como una manera de educar en presente, para llamar la atención sobre lo que puede estar sucediendo en la sociedad franquista. Por ello, refleja los males de la organización del Nuevo Estado franquista, que estaría «presidida por un carácter amoral de favoritismo»²⁶ y apoyada, asimismo, en una «tupida red de privilegios y favores»²⁷. Pero, como señala Cazorla, «el Nuevo Estado se reclamó no sólo enemigo de la herencia política de patronazgo y corrupción de la España decadente sino –como– la solución definitiva a la misma de la que, en su opinión, la corrupta República sólo habría sido el último capítulo»²⁸. Aunque no dejaba de ser mera demagogia hipócrita a tenor de que reprobaba a la República lo que ella misma era incapaz de solucionar.

Tras el despido de Fortunato, en el filme, este tiene que empezar a ganarse la vida con cualquier oficio que le permita granjearse un jornal para sustentar a la familia y dar de comer a sus hijos. Incluso, una amiga de su mujer, Remedios, le ofrece mediar por él, puesto que su hijo puede darle un puesto, aunque sea de poca relevancia. Fortunato, desesperado, no puede elegir y le contesta: «*Lo que sea, Remedios, es que no puede darse cuenta de la situación en la que estamos*». Paralelamente es como si el filme aludiese a las inclemencias de la población civil tras la Guerra Civil en Madrid, en la que las condiciones de vida eran pésimas a pesar del racionamiento²⁹.

²⁵ CASTRO DE PAZ, J. L.: *op. cit.*, p. 100.

²⁶ CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *op. cit.*, p. 28.

²⁷ NICOLÁS, E.: *La libertad encadenada*, Madrid, Alianza, 2005, p. 132.

²⁸ CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *op. cit.*, p. 47.

²⁹ MONTOLIÚ, P.: *Madrid en la posguerra, 1939-1946*, Madrid, Silex, 2005, p. 183.

El primer trabajo que logra Fortunato es de camarero. En esta escena se intenta introducir, sin lograrlo, un aire de comedia. Fortunato, vestido de camarero, se encuentra fuera de lugar, nervioso e inseguro. Va pasando por las mesas apuntando en una libreta las bebidas que le van pidiendo. Tras hacer un primer recorrido llega a la barra y le indica al barman lo que necesita. Uno de los clientes le ha pedido un “*glote*”. Ni el camarero ni el encargado saben lo que es. Vuelve con el encargado donde el cliente y este, de una manera hosca y un tanto desagradable reitera su petición. El encargado educadamente le confirma la petición pero, una vez en la barra, le da indicaciones al barman para que prepare algo con todo el alcohol que encuentre y añade: «*Ese no vuelve a pedir un glote en su vida*». El resto de la escena se desarrolla al estilo Chaplin, en la que Fortunato se ve superado por las circunstancias con su torpeza y mala fortuna, confundiendo las bebidas que le han pedido los clientes, provocando el caos y el descontento allá por donde pasa. Finalmente, se produce una redada policial en la que se clausura el local porque se trafica con drogas. En este planteamiento y elección del escenario, se ilustra como crítica a las modas extranjeras y a este tipo de establecimiento de escasa moral. De hecho, durante la posguerra, en las afueras de Madrid, surgieron locales de *género frívolo* «como cabarets, *dancigs* y *boites*»³⁰ que no serían bien vistos, aunque sí a regañadientes tolerados por el régimen. De ahí que en este marcado acento moralizador se proceda a dotarle de un sentido negativo a este ambiente en el filme.

Tras el cierre del local, Fortunato se convierte en conductor de tranvías. Se nos muestra en su interior, acompañado por un instructor que le enseña el manejo de las diferentes palancas y mecanismos para ponerlo en marcha y frenar. Pero, una vez más, aunque el instructor le indica que «*no es de los más torpes*», Fortunato no retiene por mucho tiempo el trabajo. Cuando ya conduce solo, un buen día, se distrae discutiendo con dos hombres que tratan un problema matemático. Cruzado en medio de la vía, de forma repentina, hay un coche y distraído, enfrascado en la discusión, no tiene tiempo para frenar y se lo lleva por delante. Es un hombre al que le acompaña la desgracia.

El siguiente empleo es de figurante en una Zarzuela. No es una labor difícil, y tiene otros compañeros que viven con lo que se les paga. Pero debido a la mala

³⁰ *Ibidem*, p. 198.

fortuna, le ponen una peluca que le hace no ver nada y cuando son convocados y ha de desplazarse por el escenario, provoca el caos a su alrededor.

Hay que destacar como el filme, en su carácter aleccionador, conjuga esos dos elementos de comedia y tragedia que no acaban de casar demasiado bien, a pesar del protagonismo del cómico Antonio Vico. Esto se aleja, claramente, de ese referente del cine de *cruzada*³¹, lo cual nos advierte de un intento por parte del cine del régimen de llegar al público y crear un modelo social y moral a través de otro tipo de temáticas que, aparentemente, son más livianas pero que contienen una buena dosis de reforzamiento de un imaginario. Es algo propio de este tipo de regímenes (como la Alemania nazi y la Unión Soviética de Stalin) en los que los filmes que triunfaban no eran aquellos pretendidamente afines sino comedias, western o musicales³².

3) *Los roles sociales y la sociedad del hambre*

La causa que precipita los acontecimientos es el despido de Fortunato, pero el hecho de que sea un padre de familia abnegado y con hijos es un aspecto en modo alguno secundario de la intencionalidad interna del filme. La familia es, ante todo, para el franquismo un «lazo sagrado»³³ de la composición de la sociedad española. Esta «se constituía como la comunidad natural anterior a la sociedad civil, como la unidad que garantizaba la cohesión interna de la sociedad, la supervivencia y refugio frente a un mundo externo en continua amenaza»³⁴. En la presentación de Fortunato le vemos jugar con sus hijos, tener una buena relación con su mujer, que es la eterna sufridora ama de casa, aguardando a que su marido, finalmente, logre el sustento familiar del *hogar cristiano*³⁵. En el momento en que este recibe, en su domicilio, la misiva por la que se le notifica el despido, se refugia en su despacho y hace balance de los ahorros que le quedan. En la otra habitación, en este paralelismo harto significativo, se encuentran su mujer y sus hijos (uno de sus cuatro hijos es un bebé todavía), sin saber

³¹ GUBERN, R.: *1936-1939: La guerra de España en la pantalla*, Madrid, Filmoteca Española, 1986. SÁNCHEZ-BIOSCA, V.: *Cine y guerra civil española. Del mito a la memoria*, Madrid, Alianza, 2006.

³² DE ESPAÑA, R.: *El cine de Goebbels*, Barcelona, Ariel, 2002. DE PABLO, S. (ed.): *La historia a través del cine: La Unión Soviética*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001.

³³ SÁNCHEZ-BIOSCA, V.: *op. cit.*, p. 118.

³⁴ FOLGUERA, P.: «Relaciones privadas y cambio social (1940-1975)», en FOLGUERA, P. (comp.): *Otras visiones de España*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, p. 196.

³⁵ JULIÁ, S. y DI FEBBO, G.: *op. cit.*, p. 77.

cuál es su verdadera situación. El hombre es el cabeza de familia y quien mantiene la casa. La mujer queda, por ello, subordinada a este, tanto en autoridad como en lo económico.

Tras no conseguir mantener sus trabajos viven en la miseria. La familia, en la desesperación, se ve forzada a abandonar su domicilio y trasladarse a otro mucho más humilde, lo que cabría identificarse con la «otra lacra social durante la posguerra»³⁶: la extrema pobreza de miles de españoles. Esto nos confirma lo que afirma Ferro, que un filme «es un testimonio»³⁷. Aunque la censura del régimen quiso negar que en la España de Franco la penuria alcanzaba a amplias capas de la población, el filme nos remitía a esta certeza. Había que ubicar el filme en una época anterior a la contienda porque se temía que se relacionase con la España de los años 40, lo cual dejaba en evidencia que se pretendía ocultar dicha situación.

De nuevo en el filme, Fortunato, tras perder su último empleo, no tiene más remedio que pedir auxilio a un benefactor, Alberto, un arquitecto que conoce porque fue compañero de trabajo de su hermano. Sin embargo, Alberto, tras haber recibido la visita de un desaprensivo pícaro, don Vitorio, le contesta a Fortunato que no puede ayudarle.

Fortunato no pide caridad sino una oportunidad, a diferencia de don Vitorio. Pero a Alberto le resulta imposible ayudarle, a pesar de que reconoce que don Vitorio es un farsante mientras que Fortunato es un hombre sincero y necesitado. La escena concluye con una lección moral y se introduce un rótulo que dice así: «*La sociedad es una liga de bribones contra los hombres honrados, Leopardi*». «*Media Humanidad se levanta por la mañana pensando en engañar a la otra media. Anónimo*». Estas citas se entienden como una mirada aleccionadora a la hora de apelar a las decentes actitudes cristianas. En el hambriento Madrid de los años 40, «la picaresca, el pequeño timo o el hurto» eran «lo normal»³⁸, de ahí que la figura de don Vitorio sea tan significativa. Mientras él se sale con la suya, el alma cándida de Fortunato sufre con amargor la injusticia. La secuencia concluye cuando, una vez en la calle, don Vitorio, que le ha mostrado sus habilidades para el llanto y la estafa, le invita a comer a Fortunato y este le responde estoico y abnegado: «*Comer yo donde ayunan mis hijos*». Pero don Vitorio

³⁶ NICOLÁS, E.: *op. cit.*, p. 135.

³⁷ FERRO, M.: *op. cit.*, p. 37.

³⁸ GRACIA GARCÍA, J. y RUIZ CARNICER, M. Á.: *op. cit.*, p. 43.

le replica que no puede invitar a tantos. La actitud y la lucha diaria de Fortunato es el sustento de la familia no su propio egoísmo, todos sus esfuerzos, sacrificios y renunciaciones los hace por ellos. Y no le va a quedar otro remedio que mendigar, un proceder que «se va a disparar»³⁹ en toda España. Aunque Fortunato logra que un transeúnte se detenga no consigue que le dé nada, aun apelando a la caridad cristiana. «Las ciudades se poblaron de niños andrajosos a cargo de viudas de guerra abocadas a menudo a la prostitución, o al servicio doméstico o la improvisación de oficio»⁴⁰. No hay duda de que el filme, por mucho que apelase a los años 30, bien podía entenderse como reflejo de lo que se estaba viviendo en esa España franquista.

Pero aún hay más. Fortunato sigue su camino y encuentra a un pobre ciego con un violín. A sus pies hay un sombrero con limosnas. Al no ver a nadie, Fortunato coge, en su propia desesperación, el dinero que hay en él. Pero el ciego nota la presencia de alguien y llama a una mujer, Conchita, que suele ser su acompañante. Fortunato no tiene otro remedio que darse a conocer y le dice que está solo, por lo que el otro le contesta: «*Gracias, caballero*». Al dirigirse a él con estas palabras, eso le alcanza el corazón. El ciego tiene tres hijos y piensa que Fortunato no tiene problemas en mantener a los suyos. Este no puede confesarle la verdad, que está peor que él, y le responde que sí, que nada en la abundancia y le devuelve su dinero como si le dejase una limosna. «*Dios se lo premie, caballero...*». Fortunato se regodea como un parabién que representa su íntegra dignidad, a pesar de todo: «*Caballero, sí...*».

En esta época, cerca del «65% de los delitos son robos y hurtos, la estafa en un 10%»⁴¹. Con lo que la labor pedagógica del filme está clara. Es mejor ser un hombre íntegro, esa es una virtud cristiana, que un miserable como don Vitorio. Y aunque el escenario es, presuntamente, la imagen del Madrid republicano, el episodio del ciego nos revela una calle suburbial, destacando su pobreza, coincidiendo con el contexto de su realización; «aguda escasez de viviendas urbanas e incremento de chabolismo; graves privaciones materiales en vestimenta, transporte, alumbrado eléctrico, servicios sanitarios y educativos, etc.»⁴². Esto era el Madrid de Franco.

³⁹ *Ibidem*, p. 55.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 19.

⁴¹ NICOLÁS, E.: *op. cit.*, p. 146.

⁴² MORADIELLOS, E.: *op. cit.*, p. 88.

4) *El trabajo en el Circo, ¿metáfora de la Guerra Civil?*

En el arranque del filme se nos presenta Amaranta, que tiene un espectáculo como tiradora en un circo-teatro. Es una mujer con acento extranjero que representa el exotismo, la independencia pero no como valores positivos de una mujer sino, al revés, negativos, puesto que induce con su conducta a que su ayudante, Sabatino, se suicide tras haberse enamorado de ella (el efecto nocivo y destructivo de la mujer liberal). Le hemos visto bebiendo y adoptando una actitud autodestructiva tras una función. Aunque la noticia de su acción se presenta de una manera indirecta, a través de un recorte de prensa, no deja de tener su significación, puesto que se vincula un hecho funesto con tener que trabajar subordinado a una mujer. Así, mientras que la mujer de Fortunato es una sufridora, soporta las penalidades que viven sin queja alguna, confiada en que su marido logrará, finalmente, un trabajo digno, Amaranta encarna un ideal de mujer muy distinto que entraría en ese estadio de la «liberación femenina»⁴³ emparentado con la República, o bien con los nuevos aspectos liberales que se fueron conformando en los años 20 en el reconocimiento de la mujer. Esto parece servir de seria advertencia «sobre los peligros de la incorporación de la mujer a la vida pública y profesional»⁴⁴.

Nada de esto intuye Fortunato cuando lee un artículo en el que se reclama un ayudante. Está desesperado, tras el encuentro con el ciego, y tras su infructuoso paso por distintos oficios que, en su desdicha, no ha podido retener. Sin embargo, esto se une al simbolismo que ostenta Amaranta, actúa de tiradora y, por lo tanto, se ejercita con armas de fuego (y ello se relaciona con la violencia y la guerra). Fortunato, en una cándida escena familiar, al inicio del filme, se siente profundamente sobresaltado por los fogonazos de la pistola de juguete de su hijo. Es un hombre pacífico y tranquilo al que las armas de fuego, aunque sean de ficción, no le gustan.

Acude a la cita sin saber en qué consiste la labor. Mientras aguarda a Amaranta, en el jardín de su casa, entabla una conversación con la criada:

Fortunato: *¿Sabe usted para qué quiere ese servidor la señora Amaranta?*

⁴³ ABELLA, R.: *La vida amorosa en la Segunda República*, Madrid, Temas de hoy, 1996, p. 41.

⁴⁴ FOLGUERA, P.: *op. cit.*, p. 199.

Criada: *Ella se lo dirá mejor que yo. Usted será el sustituto del pobre Sabatino.*

Fortunato: *De Sabatino, y ¿qué le ha ocurrido al pobre Sabatino? ¿Se ha muerto acaso?*

Criada: *Se mató. Es decir, cuentan que se mató. No todo el mundo va creyéndolo.*

Fortunato: *Alguna imprudencia quizás. Las armas de fuego, un puñal o una navaja se están quietecitos pero las armas de fuego a lo mejor el diablo las carga, ¿eh?*

En este diálogo se sintetiza muy bien el rechazo que siente Fortunato por las armas y su actitud timorata. Su rostro denota, claramente, el hambre, el sufrimiento y la pobreza en la que se ha visto inmerso pero, sobre todo, la desesperación en la que se encuentra. Cuando, por fin, aparece Amaranta, Fortunato inmediatamente exclama: «¡Ay señora Amaranta!, me da usted la vida. Dios, sin duda, me ha traído hasta aquí».

Sin embargo, antes ha de pasar la prueba definitiva que, en modo alguno, es como él espera. Y en cuanto la ve con un rifle en la mano se asusta y, nervioso, le pregunta a la criada cuál es el trabajo de Amaranta. Tiradora, es su respuesta. Amaranta le pide a Fortunato que se coloque junto al blanco de pie y cuando la criada le da un fósforo le dice ingenuo: «No fumo». La tiradora le insta a que extienda su brazo con el fósforo encendido. Entonces este comprende y se pone a temblar de los pies a la cabeza. A lo que Amaranta, desconcertada por esta actitud, le infiere: «¿Cómo? ¿Le da miedo?». Y el pobre Fortunato no tiene otro remedio que confesarle la verdad y replica: «Miedo, no, en fin, sí, sí, puede que sea miedo». Amaranta cree que esto es debido a los infundios que se han extendido sobre su persona sobre que ella ha matado a su ayudante, cuando ha sido un amor despechado lo que, en realidad, ha provocado su muerte. Con ello se refuerza ese lado perverso del carácter femenino.

A pesar de todo, Fortunato controla su espanto y su angustia y exclama como muestra de su victoria: «¡Tienen pan mis hijos!»⁴⁵.

Si la obra teatral se cierra en este punto, la película no acaba con este plano de Fortunato, hay una secuencia añadida.

⁴⁵ QUINTERO, S. y J.: *op. cit.*, p. 125.

Tras una elipse temporal, se nos muestra a la esposa de Fortunato, hablando por teléfono con su amiga Rafaela, a la que había escrito para interceder por Fortunato ante su marido. Su situación económica ha cambiado, vuelven a estar en su antiguo hogar, han dejado atrás la penuria y miseria. Sin embargo, se queja de que su nuevo trabajo de *viajante* le tiene muy ocupado y que le ve poco. Por eso, aboga por encontrar otra labor para que pueda estar más tiempo en casa para estar con ella y sus hijos. Poco después sale con sus hijos a ver una representación en el circo. Es el mismo en el que ejerce Fortunato de ayudante. Aunque los hijos no son conscientes de que es su padre el que se está jugando la vida, ya que se le presenta disfrazado de indio, su mujer sí le reconoce. En un sentido y emotivo plano-contraplano se muestra a Fortunato, que esconde en su mirada la angustia y la felicidad al saber que esto da de comer a su familia, frente al orgullo triste de su mujer por el noble sacrificio hecho por su marido.

Tras demostrar Amaranta su buen oficio, dispara contra la diana en la que se ha situado Fortunato, se escuchan los aplausos generales del público asistente.

Al cierre del filme, nos encontramos con una idílica escena familiar. Una criada les sirve la cena mientras los hijos hablan emocionados de la representación que acaban de presenciar, sin saber el peligroso papel que jugaba su padre en ella. La mirada cómplice entre los dos esposos revela que van a guardar su secreto a sus hijos, dejándoles ignorantes del verdadero trabajo de su padre. Una vez solos, la esposa le expresa que tiene una sorpresa para él, tras responder él que *gracias a Dios* tienen pan para sus hijos: «*Sí. Gracias a Dios. Pero no quiero que nos separemos más. No nos separaremos más, ¿lo oyes? Mira, ya tengo otro empleo para ti. El premio al heroísmo, nuestros hijos tendrán pan pero no a costa de tanto sacrificio. Ahora sí que seremos felices de veras*». El carácter que adquiere Fortunato en el desempeño de su labor en el circo contiene tintes dramáticos. Su mujer lo calificará de *heroísmo*. No hay duda de que este *sacrificio* de Fortunato deriva en una lectura más simbólica.

«El elemento fundamental del mito franquista de la Guerra Civil era que esta no había sido una guerra»⁴⁶. Por lo tanto, no es difícil interpretar que Delgado, que tenía grabadas imágenes recientes de la contienda en su labor de documentalista, pudiera

⁴⁶ BOYD, C. P.: «De la memoria oficial a la memoria histórica», en JULIÁ, S. (dir.): *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006, p. 85.

apelar a través de la metáfora del espectáculo circense a esta. Si bien, recreándola de un modo diferente, más sutil, ya que su intención no era tanto hablar de aquella sino de representar los valores fundamentales que habrían de desarrollarse en la sociedad de la posguerra (la dignidad, la unidad familiar, la honradez, el estoicismo y el sacrificio) frente a la injusticia provocada por el liberalismo (etapa corrupta donde las haya), vinculándola, por la fecha, con la Segunda República. La *guerra*, el tiempo que Fortunato pasa con Amaranta, es un tiempo necesario, crucial para demostrar la capacidad de entrega y valor del *héroe*, que en esta ocasión no es gallardo ni su valentía es la tradicional, en la defensa de la familia. De ahí que en la revista *Primer Plano*, Mas-Guindal la calificara como una «cinta española estimable y decorosa en su conjunto»⁴⁷. Esta apreciación nos subraya las virtudes de su carácter, tal como se entendían en su época. Mientras, Augusto M. Torres, en perspectiva, escribe calificándola como una película lenta, pero que en su virtud radiografía «el hambre que refleja en la España de principios de la década de los cuarenta», por eso, «la censura del general Franco obliga a ambientar esta obra, escrita en 1912, en plena II República, en 1934»⁴⁸.

No hay duda de que el periodo republicano se etiquetó como nefasto en la historia de España y, por lo tanto, germen de todos los males presentes, de ahí que se decidiera por fechar el filme en los años 30 y no retrotraerlo a inicios del siglo XX, como era su versión original. Tal y como escribe Reig Tapia: «Si algún recuerdo queda de la República en nuestra memoria colectiva es el de su tópica simplificación: sobrevalorada por unos, demonizada por otros, y simplemente ignorada por los más»⁴⁹. Este filme nos ayuda a explicar, en parte, cómo se produjo esta desfiguración del pasado y que se pudieran mantener vivos ciertos clichés ideológicos y sociales al respecto.

Consideraciones finales

«Todo arte de la representación (el cine es uno de ellos) genera producciones simbólicas expresando, más o menos directamente, más o menos explícitamente, más

⁴⁷ MAS-GUINDAL, A.: «Fortunato», en *Primer Plano*, núm. 69, 8 de febrero de 1942.

⁴⁸ TORRES, A.: M.: *op. cit.*, p. 332.

⁴⁹ REIG TAPIA, A.: «La proclamación de la República en la memoria literaria y cinematográfica», en EGIDO LEÓN, Á. (ed.): *Memoria de la Segunda República*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, p. 156.

o menos conscientemente un punto de vista (o varios) sobre el mundo real»⁵⁰. No hay duda de que esta explicación nos permite entender por qué la censura hizo fecharla antes de la Guerra Civil. Su fin no era otro que no identificar su contexto con la España de la posguerra en el exterior. La adscripción ideológica del director, sin duda, pero el hecho de que se tratara de una película de corte social, fue otro aspecto que permitió que el filme pasara sin mayores problemas la dura censura de la época.

Sus intenciones, en todo caso, radicaban en convertirse, como ya se ha escrito, en una enseñanza moral sobre la condición humana en tiempos de dificultades, por lo que se mostraban (veladamente), de algún modo, los problemas que caracterizaban a la España franquista. Y aquello que se pretendía ocultar (hambre, miseria y dificultades) era lo que, en verdad, se recogía en el filme, como una preocupación del momento.

Fortunato intenta ser una historia costumbrista, con fallidos tintes de comedia, pero que contiene altas dosis de patriotismo, ya que la actitud del personaje es la que caracteriza al *buen español*, íntegro, familiar y sacrificado. Así, como afirma Pedro Montoliú, el cine español se hallaba «anquilosado en las historias costumbristas y patrióticas»⁵¹. De esta manera hay que entender el filme desde un punto de vista que no trae consigo un ideario falangista puro, como pudiera imaginarse, porque igual que no todo el cine de los regímenes totalitarios estaba fuertemente ideologizado, sabedor de que, entonces, no sería atractivo para el público. Aquellos filmes panfletarios rara vez tenían éxito, salvo en contadas ocasiones, a no ser que contuvieran, como fue el caso de *Raza* (1941)⁵², un modelo válido de referencia. Pero no hubo en sí un cine de ficción propiamente falangista (pensemos en lo que ocurre con el filme *Rojo y negro* (1942), de Carlos Arévalo, retirado de cartel poco después de su estreno). Por ello, cabe concluir que la cultura falangista, desnudándola de sus fórmulas retóricas e imágenes simbólicas más representativas, desde esta perspectiva cinematográfica, se hallaba integrada en el modelo general dispuesto por el Nuevo Estado, con sus incongruencias, perversiones, idealizaciones, contradicciones y falsedades⁵³.

⁵⁰ VANOYE, F. y GOLIOT-LÉTÉ, A.: *op. cit.*, p. 68.

⁵¹ MONTOLIÚ, P.: *op. cit.*, p. 215.

⁵² GUBERN, R.: *Raza: El ensueño del general Franco*, Madrid, Ediciones 99, 1977.

⁵³ ELLWOOD, S.: *Historia de la Falange Española*, Barcelona, Crítica, 2001. PRESTON, Paul, *La política de la venganza*, Barcelona, Península, 1997. PAYNE, S. G.: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985. RODRÍGUEZ JIMENES, J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000.

En el fondo, esta cultura, pretendidamente revitalizadora del espíritu nacional, no dejaba de ser un modelo arcaizante que negaba o ignoraba su carácter retrógrado, antiliberal y antidemocrático con el que se había concebido. Y que se convertiría, asimismo, en un punto de ruptura con las corrientes revitalizadoras del cine y la sociedad española que se habían desarrollado con fuerza en los años 30, pero que la brutal y destructiva contienda acabó, ante la decisión del franquismo, por cercenar.

LA FALANGE EN LA FORMACIÓN DE UNA NUEVA CLASE POLÍTICA A NIVEL LOCAL. UN ESTUDIO COMPARADO: GUIPÚZCOA Y LA RIOJA (1936-1948)

Pedro Barruso Barés
IES Alonso de Avellaneda (Alcalá de Henares)

Falange Española y de las JONS era una pequeña fuerza política al comienzo de la Guerra Civil. Pese a su actividad y la gran actividad de sus líderes al comienzo del conflicto era una fuerza minoritaria dentro del conglomerado de la derecha española, en el que ocupaba su posición más extrema, posición compartida con la Comunión Tradicionalista. Falange Española y de las JONS, una opción política de corte fascista y autoritario, encontró difícil acomodo en el sistema político español de la Segunda República a pesar de actuar como aglutinador de diversas tendencias de extrema derecha que conformaron lo que en julio de 1936 era la Falange.

A lo largo de la Guerra Civil, y más por las maquinaciones urdidas en Salamanca que por el verdadero peso de la Falange, pasaría a convertirse en el partido único que daría sustento al régimen. Eso sí lo; haría como Falange Española Tradicionalista y de las JONS, lo que suponía la fusión de la principal fuerza política que se había sumado a la sublevación con el grupo más extremista de cuantos formaron la coalición reaccionaria que protagonizó la sublevación. El 19 de abril de 1937 nació por decreto la única organización política de la Dictadura y que iba a ser la encargada de suministrar el personal que mantuviera el entramado político del régimen.

Partiendo de estas premisas de sobra conocidas, en las siguientes páginas vamos a analizar la composición y la evolución del personal político falangista y su verdadera incidencia a la hora de crear un partido unificado. Para ello hemos elegido dos territorios relativamente cercanos pero con procesos diferenciados a lo largo de la Segunda República; Guipúzcoa y La Rioja.

Pese a que se trata de territorios conservadores, tal como se deduce de los resultados electorales entre 1931 y 1936, el sistema de partidos presenta sensibles diferencias; de la bipolarización en La Rioja a la triangulación guipuzcoana por la presencia del PNV. Ambos territorios cuentan con una estructura económica diferenciada (mayor desarrollo del sector secundario y terciario en Guipúzcoa, fundamentalmente agrícola en La Rioja) y en último lugar, pero no menos importante,

mientras La Rioja quedaba controlada por los sublevados desde el primer momento Guipúzcoa fue conquistada por los sublevados tras una dura campaña militar que se prolongó hasta el mes de octubre de 1936. Todos estos condicionantes influyeron de manera decisiva a la hora de conformar la nueva clase política en ambos territorios.

Tomando como punto de partida lo anteriormente mencionado, vamos a tratar de analizar el proceso que experimentaron tanto la Falange riojana como guipuzcoana entre 1936 y 1948 en lo que a la provisión de cargos municipales se refiere. Para ello vamos a analizar, empleando una base de datos de más de 1.300 cargos políticos, las diferencias entre ambos territorios en los que será apreciable un elemento clave: la relegación de los miembros más antiguos de Falange Española y de las JONS, salvo en algunos casos destacados, por un personal político ligado a posiciones políticas más conservadoras que las de los falangistas.

Vamos a tomar en consideración en primer lugar lo que hemos denominado «pretorianismo militar» y que se corresponde con los primeros momentos de la Guerra Civil, desde la sublevación de julio de 1936 hasta mediados de la contienda, fase en la que en la mayor parte de las designaciones son responsabilidad de las autoridades militares. En una segunda parte vamos a analizar el período que se extiende entre 1937 y 1948¹, cuando los nombramientos dependen de un proceso de designación gubernativa ligada al nuevo poder.

El presente análisis se va a centrar, casi de manera exclusiva, en localidades rurales o de mediano tamaño donde las relaciones políticas son más cercanas y relacionadas con cuestiones de tipo social. Está claro que procediendo de esta manera dejamos de lado otras instituciones de importancia como son las diputaciones o el propio Gobierno Civil pero un estudio detallado de las instituciones mencionadas supera los objetivos de la presente comunicación. Lo mismo podemos decir de la evolución política de las capitales –Logroño y San Sebastián– que han sido analizadas por Cristina Rivero y Cándida Calvo respectivamente².

¹ Para la periodización que hemos establecido BARRUSO BARÉS, Pedro: «Poder político y representación social en Guipúzcoa durante el Primer Franquismo (1936-1947)», *Spagna Contemporánea*, 16 (1999), pp. 83-100.

² RIVERO NOVAL, Cristina: *Política y sociedad en La Rioja durante el Primer Franquismo (1936-1945)*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2001 y CALVO VICENTE, Cándida: *Poder y consenso en Guipúzcoa durante el Franquismo (1931-1951)*. Tesis Doctoral Inédita, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1994.

Es por esta razón que nos vamos a centrar, casi de manera exclusiva en los cargos municipales de ambos territorios en el período 1936-1948. Es evidente que los cambios que se producen a partir de 1948 son fundamentales para analizar la composición del poder político franquista, sobre todo para el mantenimiento del régimen, pero esto excede las posibilidades del presente trabajo.

Los orígenes de la Falange en Guipúzcoa y La Rioja

El Falangismo antes de la Guerra Civil era una opción minoritaria tanto en Guipúzcoa como en La Rioja. Durante la Guerra Civil el desarrollo de ambos, como veremos más adelante, fue diferente. Mientras el falangismo riojano conseguía hacerse con grandes cuotas de poder, los falangistas de Guipúzcoa quedaban reducidos a un plano secundario no obstante las excepciones que veremos más adelante.

El desarrollo de Falange Española en ambos territorios fue lento durante la Segunda República. El falangismo guipuzcoano tuvo su origen en un grupo de arquitectos vinculados al Grupo de Artistas y Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea (GATEPAC) del que formaban parte los arquitectos guipuzcoanos José Manuel Aizpurúa y Ramón Gabarain³ que formaron parte del núcleo inicial del falangismo guipuzcoano. El origen intelectual del falangismo guipuzcoano se ve reforzado por la relación de algunos de sus impulsores con la Sociedad Gastronómica GU («nosotros» en euskera) fundada en San Sebastián en 1934 y entre cuyos impulsores se encontraba Aizpurúa. La conferencia inaugural de la citada sociedad, que más que gastronómica podemos considerar cultural, fue pronunciada por el escritor falangista Rafael Sánchez Mazas⁴.

Dejando a un lado los orígenes intelectuales de la Falange guipuzcoana, la presencia organizada de la misma en el territorio se puede documentar en septiembre de 1934. El 7 de septiembre de 1934 un numeroso grupo de socialistas y comunistas se

³ Los hermanos Gabarain durante la Guerra Civil se verían envueltos en una trama del espionaje franquista para atentar en Francia contra personas e intereses republicanos. BARRUSO BARÉS, Pedro: *El frente silencioso*, Alegia, Hiria, 2001 y JIMÉNEZ DE ABERASTURI, Juan Carlos y ORENO IZQUIERDO, Rafael: *Al servicio de extranjero. Historia del Servicio Vasco de Información*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2009.

⁴ CARBAJOSA, Mónica: *La corte literaria de José Antonio*, Madrid, Crítica, 2003.

enfrentó a un grupo de falangistas que repartía propaganda en la playa de Ondarreta y en el que resultaron heridos varios falangistas. A partir de ese momento, y hasta la ocupación de la capital guipuzcoana por las tropas sublevadas –el 13 de septiembre de 1936– la historia del falangismo guipuzcoano se caracterizó por una serie de incidentes violentos protagonizados o en los que se ven envueltos los militantes del partido fascista español.

Este incidente dio origen a un proceso de violencia política hasta entonces desconocida en Guipúzcoa. A los pocos días de la agresión en la playa de Ondarreta, concretamente el día 9 de septiembre de 1934, fue asesinado Manuel Carrión Damborenea, jefe provincial de Falange y director del Hotel Ezcurra de San Sebastián. Al día siguiente, posiblemente como represalia por la muerte de Carrión, fue asesinado Manuel Andrés, ex Director General de Seguridad, en San Sebastián. No sería este el único falangista guipuzcoano muerto antes de la Guerra Civil. Pocos días antes del comienzo de la Guerra Civil, el 15 de julio de 1936, a la salida de un funeral por Calvo Sotelo organizado por Renovación Española, se produjo un tiroteo en el que resultó muerto el falangista Manuel Banús Aguirre.

A pesar de los numerosos incidentes –que podían inducir a pensar lo contrario– en los que se vieron involucrados los falangistas su presencia organizada en Guipúzcoa era escasa. No fue hasta principios de enero de 1935 cuando Falange contó con una sede en San Sebastián. El 5 de enero de 1935 fue inaugurada –por el propio José Antonio Primo de Rivera– en el número 34, 4º, de la calle Garibay la sede falangista mediante un acto en el que intervinieron el propio José Antonio Primo de Rivera, el Jefe Provincial Luis Prado⁵ –designado tras el asesinato de Carrión– y el Jefe Local, Joaquín Quintana⁶. La afiliación al falangismo guipuzcoano en 1936, poco antes de que diera comienzo el conflicto, según Joaquín Arrarás se cifraba en 120 miembros, siendo el Jefe Provincial Manuel Aizpurúa y el Jefe Local Miguel Rivilla⁷. El falangismo guipuzcoano contaba con figuras destacadas como era el caso del arquitecto José Manuel Aizpúrua, que pertenecía a la Junta Nacional de Falange Española desde el año 1934, como delegado nacional de Prensa y Propaganda, y que jugó un papel de enlace con la Falange local.

⁵ MONTES AGUDO, Gumersindo (1939): *Vieja guardia*. Madrid, Aguilar, p.78.

⁶ RODRIGUEZ RANZ, José Antonio (1994): *Guipúzcoa y San Sebastián en las elecciones de la II República*. San Sebastián, Fundación Kutxa, p. 90.

⁷ ARRARAS, Joaquín: *Historia de la Cruzada Española*, tomo IV, p.222.

A diferencia de Guipúzcoa el falangismo riojano tiene su origen en un pequeño núcleo logroñés procedente de Acción Riojana y el somatén primorriverista. Siguiendo a Cristina Rivero podemos mencionar, como los principales impulsores de Falange Española en La Rioja, a Norberto Santarén, antiguo jaimista, Julio Pernas Heredia, antiguo integrante del Somatén y uno de los fundadores de Acción Riojana, y Federico Palacio Príncipe⁸. La mayor parte de ellos ocuparían cargos de relevancia en el franquismo.

La falange riojana, al igual que la guipuzcoana, contaba con una reducida afiliación. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió en Guipúzcoa la implantación territorial de la organización trascendió de la capital y así se pueden documentar núcleos falangistas con anterioridad a la guerra en municipios como Haro, Tricio, Nájera, Quel, Autol y Alfaro⁹. El falangismo riojano vio como su filas se nutrían de nuevos afiliados en los meses previos a la Guerra Civil y al igual que en otros lugares practicaron la «dialéctica de los puños y de las pistolas». Pese a que los incidentes protagonizados por los falangistas fueron numerosos no fue hasta el 16 de abril de 1936 cuando se produjo la primera víctima mortal. Ese día se produjeron diversos incidentes en Haro que se saldaron con la muerte de un tradicionalista y el asalto de la sede de Acción Riojana en la localidad.

El bautismo de sangre de Falange Española en La Rioja tuvo lugar el 14 de junio de 1936 en Nájera cuando se producen incidentes frente al Bar España de la localidad, reconvertido en lugar de reunión de los derechistas locales desde la clausura del Círculo Católico de Obreros. En los incidentes falleció Victoriano Manzanares Albelda y resultó herido Francisco Galarreta Bezares, que falleció pocos días después y resultó herido un tercer falangista, Enrique García Espinosa. Como consecuencia de estos incidentes fueron detenidas cinco personas (cuatro militantes de la CNT y un sereno) que serían asesinadas al comienzo de la Guerra Civil¹⁰.

⁸ RIVERO NOVAL, Cristina: *op. cit.*, p.181.

⁹ *Ibidem*, p.182.

¹⁰ *Ibidem*, p.188 y AGUIRRE GONZÁLEZ, Jesús Vicente: *Aquí nunca pasó nada*. La Rioja 1936. Logroño, Editorial Ochoa, 2007, p. 583. Uno de los implicados en estos sucesos, y posteriormente asesinado en la Guerra Civil, fue Ernesto Gasco Romero, dirigente anarquista riojano que había sido encarcelado en 1930, 1933 y 1934. Detenido el 22 de julio de 1936 fue trasladado a la cárcel de Logroño y asesinado junto con otros implicados en los sucesos de Nájera el 9 de agosto de 1936. Su hermana –María Resurrección Gasco Romero– y su madre– Ana María Romero Bartolomé– fueron asesinadas en La Barranca el 5 de octubre de 1936.

El comienzo de la Guerra Civil supuso un desarrollo completamente diferente para la Falange guipuzcoana y riojana. Mientras que en Guipúzcoa fracasaba la sublevación, en La Rioja no sin algunas dificultades iniciales, los sublevados consiguieron hacerse con el control de la situación. Esto supuso que Falange Española desempeñara dos papeles diferentes en ambos territorios. Mientras que en Guipúzcoa los falangistas iban a ser perseguidos como consecuencia de su apoyo a la sublevación, los falangistas riojanos tuvieron un papel destacado en la represión y en los primeros momentos de la Guerra Civil.

Esta es, sin lugar a dudas, una de las principales diferencias entre ambas falanges. Mientras que los guipuzcoanos se convertían en víctimas los falangistas riojanos pasaban a ser verdugos. El falangismo guipuzcoano experimentó la dureza del conflicto y según los datos de la Causa General, de las 382 víctimas de la violencia republicana que el gigantesco sumario recoge en Guipúzcoa al menos 17 son de filiación falangista. Pese a que numéricamente no es una cifra importante (el 4,45% del total de las víctimas del periodo republicano), sí que resulta cualitativamente importante. Entre los falangistas asesinados en Guipúzcoa se encuentran prácticamente todos los dirigentes provinciales del partido –empezando por el propio Aizpurúa– o destacados militantes como los hermanos Iturrino y Valmaseda que conformaban el núcleo de FE y de las JONS en el territorio guipuzcoano. Por tanto podemos decir que FE y de las JONS era prácticamente inexistente en Guipúzcoa en septiembre de 1936, cuando era necesario empezar a construir una nueva clase política¹¹. También es importante constatar que el escaso número de falangistas asesinados es una muestra de la escasa implantación del falangismo en Guipúzcoa, donde el tradicionalismo carga con el peso de la sublevación y, como consecuencia, de la represión republicana.

El falangismo riojano, por el contrario, toma parte activa en la sublevación y pronto se formaron Banderas de Falange que salieron a combatir hacia el puerto de Somosierra. El 55% de los voluntarios que salieron de este territorio eran de esta filiación y el partido experimentó un intenso crecimiento que situó a los afiliados a

¹¹ Para todas las cuestiones relacionadas con la violencia y la represión de guerra y posguerra nos remitimos a los datos que exponemos en BARRUSO BARÉS, Pedro: *Violencia política y represión en Guipúzcoa durante la Guerra Civil y el Primer Franquismo (1936-1945)*, San Sebastián, Hiria, 2005.

Falange en 10.000¹². De manera paralela se formaron milicias auxiliares que fueron las encargadas, junto con fuerzas del orden, de proceder a las detenciones, y en no pocos casos a los asesinatos, de los izquierdistas en diversas localidades riojanas.

Los primeros ayuntamientos

De manera simultánea a la progresión de las columnas riojanas hacia Madrid y las tropas navarras por Guipúzcoa dio comienzo un proceso de nombramiento de nuevas autoridades. Los ayuntamientos republicanos fueron sustituidos por otros más adecuados a la nueva situación. Sin embargo el proceso es diferente en función del territorio.

En La Rioja, donde no hubo combates, la sustitución de las autoridades es por designación gubernativa. En la mayor parte de los casos los designados son concejales derechistas o ex concejales derechistas. Sin embargo, en lugares donde Falange contaba con presencia antes de la sublevación esta comienza a hacerse con el control de los ayuntamientos. Este es el caso de Autol, uno de los municipios en los que estaba implantada antes de la Guerra Civil, donde fue nombrado alcalde José Marrodán¹³. En Agoncillo Julián Fernández Baños, jefe local de Falange, ocupó la alcaldía y José de la Prida, falangista, fue nombrado alcalde de Galilea en julio de 1936.

Normalmente el proceso en La Rioja pasaba por el nombramiento de los máximos contribuyentes o empresarios de la localidad. Así podemos mencionar, por ejemplo, a Teodoro Tejada Pérez, empresario de maquinaria agrícola, que fue nombrado alcalde de Haro el 29 de julio de 1936. En localidades más pequeñas se recurre, generalmente a los mayores contribuyentes. En Castañares de Rioja, por ejemplo, son designados «gestores» –y no es utilizado el término de manera inocente– los máximos contribuyentes si bien se nombra a un gestor obrero católico designado en septiembre de 1936 para completar el consistorio formado en julio por los contribuyentes¹⁴. En la localidad de Ezcaray, villa industrial y turística en la que se habían producido una serie de incidentes sociales durante la Segunda República, el

¹² RIVERO NOVAL, Cristina: *op. cit.*, p.191.

¹³ AGUIRRE GONZALEZ, Jesús Vicente: *op. cit.*, p.301.

¹⁴ Archivo Histórico Provincial de La Rioja-Gobierno Civil (AHPLR-GC), Castañares de Rioja.

ayuntamiento fue ocupado por industriales de la localidad¹⁵. Un informe de la Falange de Ezcaray, fechado en noviembre de 1937, informa que el alcalde –Ceferino Soto– procedía del requeté, lo mismo que el primer teniente de alcalde, mientras que el resto de los concejales alegaban su filiación falangista¹⁶. Sin embargo tanto el alcalde como uno de los concejales –Angel Sanz– formaron parte de la junta directiva local de Acción Riojana en febrero de 1932¹⁷ repitiendo un proceso que se apreciaba en Logroño.

En muchos casos los designados en 1936 permanecieron largos años en el cargo. Este es el caso de Martín Menaut Traspaderne, un industrial falangista, que fue nombrado alcalde de Navarrete en 1936 cargo que renovó en 1943¹⁸. De la misma corporación formó parte el jefe local de Falange en 1936 Miguel Moreno Olarte, quien se incorporó al partido al empezar la Guerra y «ha desempeñado el cargo de concejal desde la terminación de la Guerra hasta el día 6 de febrero de 1943 en que fue renovado el Ayuntamiento», si bien ambos fueron confirmados en sus puestos en 1943¹⁹. En el caso de Ollauri de los miembros del Ayuntamiento nombrados en 1936 dos de ellos se mantuvieron en el cargo hasta las elecciones de 1948; Agustín Apellániz y Roque Castillo, y se mantuvieron en el consistorio cuando ambos resultaron elegidos concejales por el tercio familiar.

Como ya hemos mencionado, la cuestión de la permanencia en el cargo es un aspecto nada desdeñable. Son numerosos los cargos que tienen una larga presencia municipal. Por ejemplo podemos mencionar el caso de Francisco Espinosa Díez que fue nombrado alcalde de Ausejo en noviembre de 1936, y que permanecerá en el cargo hasta 1944 cuando es cesado debido a «que dejándose influir por el segundo alcalde deja que desear en el cumplimiento del deber dando con ello motivo a su destitución»²⁰. Más larga fue la presencia del dentista de Alfaro, y jefe de la Falange local, Isidoro Álvarez Vicente que llegó a ser elegido concejal en las elecciones municipales de 1948 por el tercio familiar. Posiblemente el caso de mayor longevidad política sea el de Salustiano Ruiz Ruiz, que fue alcalde con la monarquía, se mantuvo en el consistorio durante la República y volvió a ser nombrado alcalde en 1936.

¹⁵ AHPLR-GC, Ezcaray.

¹⁶ AHPLR-GC, Ezcaray.

¹⁷ AHPLR-GC, Ezcaray.

¹⁸ Archivo General de la Administración (AGA)-Gobernación, caja 2.543.

¹⁹ AGA-Gobernación, caja 280.

²⁰ AGA-Gobernación, caja 2.761.

En Guipúzcoa la situación es diferente. La provincia tuvo que ser ocupada tras una dura campaña militar con lo que el proceso de provisión de cargos municipales es diferente. En las localidades pequeñas, que son ocupadas en los primeros días del conflicto, se aprecia la tendencia a mantener parte de la corporación, fundamentalmente los concejales tradicionalistas, al frente de los consistorios. A modo de ejemplo podemos mencionar los casos de Abalcisqueta, Alzo, Arama o Berástegui donde el primer alcalde designado por los sublevados es el mismo que lo era durante la Segunda República. Sin embargo hay que hacer la salvedad de que se trata de pequeños municipios de mayoría tradicionalista. En otros lugares de mayor importancia se mantiene una parte de la corporación, en la mayor parte de los casos los concejales derechistas que no han huido del municipio durante el período republicano, como el caso de Andoain, donde el primer ayuntamiento lo conforman solo con cuatro concejales tradicionalistas²¹ y es necesario contar con la colaboración de un gestor nombrado en 1934 tras la destitución de los ayuntamientos vascos. Pero lo realmente destacable es que el nombramiento no procede de las autoridades gubernativas, como es el caso en La Rioja, sino de la Junta Carlista de Guerra, verdadero poder efectivo en Guipúzcoa durante la primera fase de la guerra y que funcionó en cierto modo como el embrión de un estado carlista en Guipúzcoa dado el calado y la amplitud de sus decisiones.

En el territorio guipuzcoano un caso destacado es el de Azkoitia, uno de los feudos del tradicionalismo en Guipúzcoa. En este municipio 13 de los 16 concejales elegidos en 1931 pertenecían a la Comunión Tradicionalista por tan solo 3 al PNV. La coalición derechista logró unos resultados del ¡99,63%! de los votos emitidos en 1931, porcentaje tan solo superado por resultados del 100% de votos a la derecha en pequeñas localidades guipuzcoanas de escasa entidad. Pese a que a lo largo de la Segunda República la tendencia al voto se fue equilibrando entre el tradicionalismo y el PNV (este llegó a superar el 50% de los votos en las elecciones de 1933) la derecha más reaccionaria siguió siendo la fuerza hegemónica en Azkoitia. Tras ser ocupada la localidad, a mediados de septiembre de 1936, el alcalde durante la República, José Luis

²¹ Para el caso de Andoain BARRUSO BARÉS, Pedro: «Poder político y representación social en Andoain durante el Primer Franquismo», *Leyçaur*, 6 (2000), pp. 255-350.

Albizuri Zubizarreta, recuperó el cargo al conformarse el nuevo ayuntamiento el 20 de septiembre de 1936, volviendo toda la corporación a sus puestos con la única excepción de Julián Urrestarazu.

Tras la primera renovación municipal, llevada a cabo en el mismo 1936, el ayuntamiento de la localidad del valle del Urola tan solo renovó su consistorio en 1943, cuando el Gobernador civil propuso «la casi total renovación de la Comisión Gestora del Ayuntamiento de Azkoitia, de esta provincia, por la necesidad de dar un impulso renovador a la actuación de la corporación municipal». En la nueva corporación tan solo se mantuvo a tres concejales, que no habían formado parte de la corporación de 1936, lo que demuestra que la corporación se había ido retocando a lo largo de los años pero no de forma tan radical como en 1943. En esa fecha se dio entrada a un excombatiente carlista, regresó un exconcejal de la etapa republicana e incluso un antiguo concejal de la etapa de la Dictadura de Primo de Rivera y dos cargos del Movimiento, el jefe local del Frente de Juventudes y el secretario del sindicato vertical de la localidad, todos ellos tradicionalistas. Es decir, a pesar de los esfuerzos de las autoridades franquistas el control del municipio siguió quedando en manos de los tradicionalistas guipuzcoanos.

Otro de los casos destacados es el de Fuenterrabía²², donde se dio uno de los casos de longevidad política más destacado. Tras ocupar la ciudad las tropas sublevadas, el 4 de septiembre de 1936, las autoridades militares crearon un consistorio en el que se integraron varios excautivos del fuerte de Guadalupe. El cargo de alcalde recayó en un excautivo de la CEDA que había formado parte de la corporación como consecuencia de la dimisión de los ayuntamientos vascos en septiembre de 1934. Sin embargo, pronto regresó al ayuntamiento Francisco Sagarzazu, alcalde de la localidad entre 1924 y 1930, concejal durante la Segunda República, concejal en 1936, nombrado de nuevo alcalde en 1941 por el Gobernador Civil, renovando su cargo en las elecciones de 1948. Este incalificable personaje, en el que se entrecruzan los intereses políticos, económicos y urbanísticos de la localidad, fue cesado de su cargo finalmente en 1958 tras una presencia municipal de ¡34 años!

²² Para el caso de Fuenterrabía VV.AA: *Historia de Hondarribia*, Hondarribia, Ayuntamiento de Hondarribia, 2004, pp. 340 y ss.

En lo que se refiere al peso de la Falange en los cargos municipales guipuzcoanos podemos señalar que de los 506 cargos locales analizados en Guipúzcoa tan solo 12 (el 2,3%) declaró ser de filiación falangista antes de la Guerra Civil. En La Rioja, por el contrario, de 887 casos analizados, tan solo 9 (el 1%) alegaron entre los méritos su filiación a FE y de las JONS antes del conflicto. Por tanto, como podemos comprobar, tanto en Guipúzcoa como en La Rioja, el personal político de FET y de las JONS se va a formar con elementos extraños a Falange Española y de las JONS que han evolucionado para adaptarse a la nueva situación.

En el caso riojano, quizá uno de los casos más destacados de la evolución política se da en la localidad de Treviana. Se trata de un municipio agrícola, de cierta entidad en la época (con 1.060 habitantes en 1930 es uno de los más poblados del partido judicial de Haro). Se trata también de una localidad en la que la presencia de la izquierda es destacada, lo que supuso que la represión fuera especialmente dura en el municipio. Al menos 33 vecinos fueron asesinados (el 3,11% de la población de 1939) lo que sitúa a este municipio entre aquellos con mayor número de víctimas de la provincia²³.

Por esta razón nos parece llamativo mencionar el caso de Pantaleón Cantabrana Olalla, uno de los mayores contribuyentes del municipio, y que en 1931 se definió como radical socialista. A partir de ese momento estuvo presente en toda la vida política del municipio. Fue nombrado integrante del Consejo Local de Trabajo –como patrón– al constituirse el mismo e incluso como impulsor, en 1931, de la Agrupación Socialista de la localidad. En 1933 entró a formar parte del ayuntamiento como concejal del Partido Socialista. A pesar de estos antecedentes, una vez comenzada la Guerra Civil, aparece como integrante de Falange, en la que declara haberse integrado en octubre de 1936, y fue designado alcalde²⁴. La explicación a este sorprendente caso solo pude basarse en su condición de mayor contribuyente. Hemos apreciado en diversas localidades riojanas como este, era el criterio fundamental a la hora de designar a la nueva clase política. Los mayores contribuyentes pasarán a engrosar las filas de Falange logrando de esta manera una

²³ Según los datos de Jesús Aguirre tan solo es superada en proporción por Villamediana de Iregua donde fue asesinada el 4% de la población. AGUIRRE: *op. cit.*, p. 969.

²⁴ Archivo Histórico Provincial de La Rioja- Gobierno Civil (Treviana).

confluencia entre el poder político y el económico que les permite controlar la vida municipal en función de sus intereses, consiguiendo de este modo revertir la situación creada durante la Segunda República.



Ilustración 1: Sede de FET y de las JONS en Ezcaray (La Rioja). Cortesía familia Soto.

El perfil de la clase política

El último aspecto que vamos a considerar en estas páginas intenta trazar cuál es el perfil del cargo público en la primera etapa del Franquismo, tanto en Guipúzcoa como en La Rioja. Para ello vamos a emplear una muestra de 887 cargos municipales riojanos y 506 guipuzcoanos nombrados entre 1936 y 1948, antes de las primeras elecciones orgánicas. Para ello vamos a analizar una serie de parámetros como son la filiación antes de la sublevación del 18 de julio; los méritos alegados a la hora de su nombramiento; la edad; la pertenencia a FET y de las JONS y los cargos que han ostentado los nombrados antes de ser designados concejales o alcaldes. Con estos ofreceremos una radiografía social de los cargos públicos que nos permita establecer las características del personal político municipal en la primera etapa del franquismo.

Filiación	Guipúzcoa	%	La Rioja	%
Acción Popular	3	0,60		0,00
Apolítico	2	0,40	90	11,60
CEDA	9	1,81	74	9,54
Derechista	35	7,06	207	26,68
Falangista	12	2,42	177	22,81
Independiente	4	0,81	4	0,52
Izquierdista		0,00	15	1,93
Monárquicos	6	1,21	4	0,52
Nacionalista	22	4,44		0,00
PNV	5	1,01		0,00
Republicano	2	0,40	2	0,26
Sin Filiación	167	33,67	114	14,69
Tradicionalista	225	45,36	87	11,21
Unión Patriótica	4	0,81	2	0,26

Tabla 1: Filiación de los concejales (1936-1948).

El primer aspecto al que nos vamos a referir es la filiación política anterior al 18 de julio. Es en este apartado donde se aprecian las mayores diferencias entre Guipúzcoa y La Rioja. Mientras en la primera la filiación más repetida es la tradicionalista (más del 45% de los nombrados en esta provincia declaran esta filiación en la provincia vasca mientras que tan solo un 11% lo hace en La Rioja). En La Rioja, por el contrario, el grupo más numeroso está formado por aquellos que declaran un pasado derechista (el 26%) seguido muy de cerca por los falangistas, que suponen el 22% del total. En Guipúzcoa, por el contrario, quienes se declaran miembros de Falange Española tan solo alcanzan un escaso 2% (cfr. Tabla 1).

Esto nos da una primera clara diferencia de la conformación de la clase dirigente en ambos territorios. Ambos comparten una característica común que es el conservadurismo de su clase política municipal pero incluso dentro de este hay destacados matices. Mientras que en La Rioja podemos ver como el poder municipal es ocupado por los sectores conservadores que podemos considerar habituales (propietarios agrarios, comerciantes, industriales...). Por el contrario, en Guipúzcoa, la clase política se nutre de tradicionalistas, fundamentalmente de extracción rural y vestigio de las ideas más conservadoras formadas a lo largo del siglo XIX y que han logrado pervivir, y reaparecer con fuerza como demostró la

sublevación del 18 de julio. Si bien es cierto que en la mayor parte de los ayuntamientos guipuzcoanos, con la excepción de San Sebastián, eran los tradicionalistas quienes detentaron amplias cuotas de poder hasta 1936 y el objetivo, a partir de los procesos de designación gubernativa será ir reduciendo, en la medida de lo posible esta presencia para ir sustituyéndolos por un personal político formado en el franquismo.

La diferencia está en Falange Española. Como hemos visto, en el caso de La Rioja el 22% de los cargos nombrados entre 1936 y 1948 corresponden al falangismo. De los 61 municipios riojanos de los que tenemos datos en 16 municipios no se nombra ningún falangista para el Ayuntamiento. En todos los casos, salvo Santo Domingo de la Calzada, se trata de municipios de poca entidad. Esto es una importante diferencia frente a un escaso 2% de concejales guipuzcoanos procedentes de la Falange. Únicamente en ocho municipios, además de en San Sebastián, se detecta la presencia de concejales de procedencia falangista. De estas localidades todas, salvo dos (Elgoibar y Segura) están en el área de la capital. Entre ellos destacan los dos concejales de Irún, un «camisa vieja» con dos hermanos muertos en el frente y el jefe local y que además ostentaba la condición de excautivo²⁵.

Hay un aspecto que puede llamar la atención y es la procedencia nacionalista del 4% de los cargos municipales guipuzcoanos. Este fenómeno, por el que antiguos militantes del PNV encuentran acomodo en los ayuntamientos franquistas, se explica por la cercanía de las posturas conservadoras y católicas del nacionalismo con el tradicionalismo. Gran parte de los cuadros locales del nacionalismo tenían su origen político en el tradicionalismo. Esto hace que no tengan demasiadas dificultades en hacer el camino de vuelta y encontrar acomodo en una clase política municipal dominada por el tradicionalismo. Por el contrario resulta inexistente la presencia de antiguos militantes de izquierda en Guipúzcoa mientras que en La Rioja suponen casi el 2% de los cargos municipales. De todos modos esta transferencia de izquierdistas hacia Falange no es excepcional y se aprecia desde los primeros momentos. En fecha tan temprana como el 15 de septiembre de 1936 la Guardia Civil de Treviana informa que 72 antiguos izquierdistas (la mayor parte de UGT) se habían alistado en las milicias,

²⁵ AGA-GOB 2540.

bien de Falange o del Requeté²⁶. Evidentemente es posible dudar de la sinceridad de este alistamiento sobre todo si tenemos en cuenta que de los municipios informados tres de ellos (Treviana, Tormantos y Leiva) se encuentran entre los más castigados por la represión. Es posible que en estos municipios el alistamiento en Falange fuera, al menos inicialmente, una forma de garantizarse cierta seguridad. En el otro municipio, Foncea, donde solo fue asesinado un concejal socialista –Víctor Arce Barahona– el 15% de la población se alista en las milicias lo que posiblemente evitó una mayor represión. De los alistados, el 41%, según la Guardia Civil, habían sido militantes de UGT, lo que muestra una clara tendencia izquierdista teniendo en cuenta la población del mismo.

Sin embargo, en algunos casos la calificación de «izquierdista» que otorgan las nuevas autoridades responde a cuestiones más pedestres. A modo de ejemplo podemos mencionar el caso de Torre de Cameros. En esta pequeña localidad de 169 habitantes en 1930 formó parte de la corporación Rafael Tejada Ramos, concejal antes y después del 18 de julio de 1936. La Guardia Civil, en 1944, informando sobre su actividad antes del Alzamiento, dice que era la de «vivir con su familia en paz y en gracia de Dios, amante del orden y su patria y hombre de corazón sano, grande y amigo de practicar el bien». Durante la Guerra Civil se alistó en el Requeté y alegó en su descargo que «en las últimas elecciones de 1936 votó por las izquierdas por haberse enemistado con el cabecilla de las derechas de San Román, llamado Pedro Sáez». A su vez el pequeño ayuntamiento de Torre de Cameros es un ejemplo de escasa renovación municipal ya que esta no se llevó a cabo hasta las elecciones de 1948 cuando fueron designados tres concejales, de los cuales dos no eran militantes de FET y de las JONS, pero se mantuvo en la alcaldía Rafael Tejada a pesar de su supuesto izquierdismo.

Otro de los indicadores importantes de la clase política en la primera fase del franquismo son los «meritos» que se alegan, o se enumeran, para fundamentar, la designación municipal. En función de los datos de nuestra muestra observamos como la mayoría de los cargos municipales, tanto en La Rioja como en Guipúzcoa, no alegan méritos anteriores para ser designados (cfr. Tabla 2).

²⁶ AHPLR-GC, Treviana.

Méritos	La Rioja	%	Guipúzcoa	%
Camisa Vieja	6	1,36		0,00
Ex cautivo	2	0,45	25	4,94
Excombatiente	146	33,11	85	16,80
Sin méritos	284	64,40	393	77,67
Vieja Guardia	3	0,68		0,00
Total	441	100	506	100

Tabla 2: Méritos de los cargos municipales

Como se puede apreciar el 77% de los alcaldes y concejales guipuzcoanos no hacen constar ningún mérito en el momento de su designación municipal. En el caso de los riojanos el porcentaje es algo menor, tan solo de un 64%. Tras este grupo el sector más numeroso es el de los excombatientes que en el caso de La Rioja dobla en porcentaje a los guipuzcoanos. La explicación está en la rápida movilización en La Rioja, desde donde parten al frente milicias tanto de Falange como de la Comunión Tradicionalista, frente a la campaña que se libra en Guipúzcoa, donde no se movilizan los voluntarios guipuzcoanos hasta septiembre de 1936, cuando los riojanos ya llevan casi tres meses en el frente. Esto también nos da idea de la importante movilización en La Rioja (con poco más de 200.000 habitantes en 1930) frente a la guipuzcoana en una población de casi 300.000 personas en la misma fecha.

En lo que respecta a Falange el número de cargos municipales que alegan haber pertenecido a la «vieja guardia» o «camisas viejas»²⁷ es muy limitado. En Guipúzcoa no hay ningún cargo municipal que alegue dichos méritos siendo el porcentaje muy limitado en el caso de La Rioja.

En todo caso está claro que los servicios prestados a la causa encuentran recompensa, como es el caso de Indalecio Peña Azofra, nombrado alcalde de Nájera en 1940. Teniente retirado de la Guardia Civil fue nombrado Jefe de FE-JONS en abril de 1936. El 19 de julio se le designó delegado gubernativo y jefe de zona de Falange y «actuó con los miembros de su organización y Guardia Civil en la persecución del

²⁷ Suponemos que se refiere a los que ostentaban la medalla de la Vieja Guardia creada por un decreto de 10 de marzo de 1942 y a la que eran acreedores todos aquellos que habían militado en Falange o en la Comunión Tradicionalista antes de las elecciones de febrero de 1936. Por el contrario los «camisas viejas» eran aquellos afiliados a Falange anteriores a las mencionadas elecciones.

marxismo, hasta lograr su completa limpieza»²⁸. En diciembre de 1937 fue movilizado y puesto al mando de una compañía en la frontera pirenaica. A la hora de ser designado para la alcaldía alegó su condición de excombatiente aunque suponemos que también pesó sustancialmente su actuación en la retaguardia a comienzos del conflicto.

Otro de los aspectos interesantes es la edad de los cargos municipales al ser designados. Como podemos observar en la tabla 3 tanto en La Rioja como en Guipúzcoa domina la banda de edad comprendida entre los 23 y los 40 años. Si bien es importante el grupo del que no consta la edad (sobre todo en Guipúzcoa donde este dato falta en el 41% de los cargos designados) podemos observar que más del 50% de los cargos municipales guipuzcoanos está entre los 23 y los 55 años. En La Rioja, por el contrario, la clase política municipal se sitúa en la franja antes mencionada (el 73% de los cargos municipales) lo que nos hace pensar en una combinación –casi equitativa– de personas jóvenes con otras de mayor edad.

Grupos de Edad	La Rioja	%	Guipúzcoa	%
No consta	145	16,44	207	41,57
23 a 40	336	38,10	139	27,91
40 a 55	313	35,49	112	22,49
Más de 55	88	9,98	40	8,03

Tabla 3: Grupos de edad de los cargos municipales

Pese a que es lógico pensar que en un régimen totalitario como el franquista todos los cargos públicos debían pertenecer a FET y de las JONS el análisis de nuestra muestra, tanto en Guipúzcoa como en La Rioja nos viene a desmentir esta afirmación.

Condición	Guipúzcoa	%	La Rioja	%
Adherido	13	2,63	2	0,23
Militante	331	67,00	371	42,16
No militante	82	16,60	126	14,32
Sin datos	68	13,77	381	43,30

Tabla 4: Pertenencia a FET y de las JONS de los cargos municipales.

²⁸ AGA-Gobernación, caja 2597.

Tal como podemos apreciar en la tabla 4 pese a que la mayoría de los cargos municipales sí pertenecen al partido único, observamos que un porcentaje que oscila entre el 14 y el 16% de las personas que ocupan un cargo no militan en el partido y hay un porcentaje elevado –sobre todo en La Rioja– sobre los que se carece de datos. Las razones para la presencia de un grupo significativo de personas no afiliadas a FET y de las JONS son diversas.

En el caso de Guipúzcoa la no militancia en el partido único es un símbolo de la oposición de un sector significativo del tradicionalismo guipuzcoano a la unificación con Falange Española. Pese a que este sector fue apartado progresivamente de los puestos de responsabilidad su peso siguió siendo significativo en el territorio guipuzcoano. En La Rioja, por el contrario, la no pertenencia a FET y de las JONS se relaciona con la pertenencia a la vieja clase política o a los máximos contribuyentes de las distintas localidades. Hay que tener en cuenta que salvo los municipios cabeza de partido judicial en la mayoría de los casos se trata de pequeñas localidades. En ellas, normalmente, se recurre a los principales contribuyentes para ocupar los cargos municipales. Se trata, generalmente, de propietarios agrícolas más próximos a las ideas conservadoras que a los radicalismos fascistas de la falange de los primeros años.

A pesar de ello se observa el interés por la creación de una nueva clase política adicta al régimen y desvinculada de toda práctica política anterior. La muestra la tenemos en que de los más de 800 cargos analizados en La Rioja tan solo el 12% de los analizados han ostentado un cargo en el Movimiento anteriormente.

Cargos Anteriores	Número	%
Alcalde	10	9,43
Concejal	42	39,62
Delegado de Auxilio Social	5	4,72
Delegado del Frente de Juventudes	3	2,83
Delegado Sindical	6	5,66
Jefe Local del Movimiento	33	31,13
Juez Municipal	4	3,77
Secretario Local del Movimiento	3	2,83

Tabla 5: Cargos ocupados en el Movimiento.

La mayor parte de los designados entre 1936 y 1948 –un 40%– habían sido concejales con anterioridad a su designación por el Ministerio de la Gobernación. En segundo lugar el haber sido jefe local del Movimiento –cargo que terminará confundiéndose con el de alcalde pero que en este momento tenemos que interpretar como jefe local de Falange– parece el trampolín más seguro para el consistorio. El resto de los cargos se sitúan en unas cifras similares. Tan solo destaca el grupo de los alcaldes si bien hay que tener en cuenta que muchos alcaldes se mantuvieron en su puesto en los primeros momentos y que luego siguieron ocupando cargos en los ayuntamientos.

En resumen el perfil del cargo municipal entre 1936 y 1948 responde a un perfil de entre 23 y 40 años, sin méritos anteriores, militante de FET y de las JONS que ha ocupado un cargo concejal con anterioridad y que políticamente procede del tradicionalismo en Guipúzcoa y de las opciones conservadoras en La Rioja.

MOVILIZACIÓN FEMENINA PARA GANAR UNA GUERRA LAS ACTIVIDADES DE RETAGUARDIA DE SECCIÓN FEMENINA EN GALICIA¹

Ana Cebreiros Iglesias
Universidad de Vigo

La sublevación del 18 de julio y el inicio de la Guerra Civil marcan una nueva etapa para FE-JONS, caracterizada por su conversión en un «Movimiento» de masas. Este aumento de afiliados y la unificación de las diversas formaciones políticas de derecha en FET-JONS, hicieron que esta organización juegue un papel crucial en la victoria del bando franquista.

Dentro de la movilización hay que destacar la labor realizada por la Sección Femenina. Durante los tres años de guerra, y bajo el mando de la organización masculina, las mujeres de Falange trabajaron en segunda fila aunque realizando una labor fundamental en la retaguardia. En esta comunicación se pretende analizar, utilizando la prensa como fuente principal, las actividades realizadas por la Sección Femenina en Galicia y su importancia en la conformación del modelo de mujer en el nuevo Estado franquista, así como las relaciones con otras iniciativas que surgieron alrededor de la organización falangista.

Palabras clave: Mujer, Guerra Civil, Sección Femenina, Actividades.

Introducción. La sublevación militar en Galicia

Para comprender el alcance de las actividades llevadas a cabo por la rama femenina de Falange, y qué papel jugaron en la Guerra Civil, debemos analizar el contexto geográfico e ideológico que rodeó estas actuaciones.

La sublevación militar y la primera etapa del franquismo en Galicia son temas relativamente nuevos en la historiografía gallega, pero sobre los que se ha avanzado considerablemente en los últimos veinticinco años².

¹ Esta aportación se inscribe dentro del proyecto de investigación *Disidencia, consenso y actitudes sociales durante el primer franquismo. Galicia, 1940-1953* (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2010-15857), y forma parte de una tesis doctoral en proyecto titulada *La Sección Femenina en Galicia*.

² Una aproximación al tema de la historiografía de la Guerra Civil y la represión en Galicia la podemos encontrar en PRADA RODRÍGUEZ, J.: «Capítulo preliminar. Estado de la cuestión y líneas interpretativas sobre represión y franquismo», en JUANA LÓPEZ, J. y PRADA RODRÍGUEZ, J. (coords.): *Historia contemporánea de Galicia*, Barcelona, Ed. Ariel, 2005.

Los trabajos realizados nos permiten tener un conocimiento bastante completo de cómo se desarrollan los acontecimientos en las cuatro provincias gallegas. A nivel general podemos decir que la sublevación militar en este territorio fue todo un éxito, ya que bastaron unos días para que la situación se estabilizara. Entre el 20 y el 21 de julio en todas las capitales de provincia gallegas se declaró el estado de guerra, controlando las ciudades sin apenas oposición. A pesar de ello, en algunos núcleos hubo grupos ligados a partidos de izquierdas o a sindicatos que defendieron la legalidad de la Segunda República, pero la fuerza de los apoyos insurgentes y la pasividad de la gran mayoría de la población hicieron posible que en el plazo de unos días la situación estuviese prácticamente controlada en todas las provincias. Comienza así una nueva etapa en la historia de Galicia, el Franquismo.

Con el establecimiento del nuevo poder se intenta regresar al «orden tradicional», liquidando todas las aportaciones y reformas económicas y sociales establecidas durante la etapa anterior. Su propósito es convencer a las masas de su regreso al lugar que siempre le había correspondido en la sociedad³.

Para llevar a cabo este propósito se utilizaron diferentes recursos, el más radical fue la represión física a la que se vio sometida la población vinculada con las izquierdas. A pesar de las tesis doctorales defendidas en los últimos años⁴, todavía es complicado establecer cifras generales para el número de represaliados en Galicia debido al desconocimiento de datos para algunas zonas.

Pero no sólo podemos hablar de represión física sino que, a partir de la proclamación del estado de guerra, se impuso un ambiente totalmente contrarrevolucionario que llevó a una represión ideológica de todo lo diferente al orden que se intentaba imponer. Más que un ideario propiamente definido, la política de las nuevas autoridades fue encaminada a contrarrestar las medidas legislativas que habían llevado a cabo las Cortes republicanas durante más de cinco años, tanto en el aspecto económico como en el social y religioso. Buenos ejemplos de esto los tenemos en la provincia orensana, donde desde los primeros momentos el nuevo gobierno

³ RICO BOQUETE, Y.: «El Franquismo en Galicia», en JUANA LÓPEZ, J. y PRADA RODRÍGUEZ, J. (coords.): *op. cit.*

⁴ Tesis como las de M.J. Souto para la provincia de Lugo, la de X.M. Suárez para la zona de Ferrol y su comarca y la de J. Prada para Ourense, nos aportan datos sobre la represión en diferentes zonas de Galicia; a las que podemos añadir la de D. Rodríguez Teijeiro que trata sobre el complejo penitenciario en Galicia en esta época.

tomó medidas de este tipo como la orden dada el 11 de agosto de 1936 por el gobernador civil, Manuel Quiroga Macías, en la que se autorizaba el funcionamiento de colegios a cargo de congregaciones y órdenes religiosas⁵; el restablecimiento de la bandera nacional, quitando la tricolor republicana⁶; o la reposición de los crucifijos en las escuelas⁷.

Otro aspecto que cabe destacar es la «división» de la autoridad en tres estamentos: civil, militar y eclesiástico. Las tres fuerzas tuvieron un peso importantísimo en la sociedad franquista, y mucho más mientras duró la Guerra Civil. En todos los actos importantes van a estar presentes estos tres grupos: la autoridad civil representada por el gobernador civil o el alcalde, cargo que acabará coincidiendo con el de jefe provincial o local de Falange, respectivamente; la militar representada por el gobernador militar, algún alto cargo militar o bien por la Guardia Civil; y la eclesiástica representada por el obispo, el párroco de la zona o algún miembro de una orden religiosa. Este aspecto es muy importante dentro del tema que nos ocupa, ya que desde estos tres ámbitos se defendió un modelo de mujer con grandes semejanzas, que a continuación analizaremos brevemente, y que matizó las actuaciones que llevaron a cabo tanto durante como después de la Guerra.

Dos modelos enfrentados: mujer franquista vs mujer republicana

Para comprender las limitaciones a las que se vieron sometidas las mujeres en este período es fundamental acercarse al modelo que se impone en esta etapa, base que se difundió al resto del territorio una vez fue cayendo en manos franquistas.

Como dice Di Febo⁸, en una guerra civil se produce un enfrentamiento al máximo nivel, no solamente en el ámbito militar, sino también de valores y pautas ideológicas, culturales y simbólicas. Esta cuestión nos lleva a entender por qué a partir de julio de 1936 se impuso en la zona sublevada un modelo de mujer contrapuesto al modelo de

⁵ *El Pueblo Gallego*, 12/08/1936, p. 8.

⁶ *Ibidem*.

⁷ El acto de la reposición de los crucifijos se convierte en un acto solemne, presidido por las autoridades. Los crucifijos son bendecidos por el obispo, realizándose una manifestación cívico-religiosa que acompaña a las autoridades para llevar los crucifijos a la escuela normal. *El Pueblo Gallego*, 29/08/1936, p. 9.

⁸ DI FEBO, G.: «El “Monje Guerrero”: identidad de género en los modelos franquistas durante la Guerra Civil», en VV.AA.: *Las mujeres y la Guerra Civil Española*, Madrid, Instituto de la mujer, 1991, p. 202.

mujer republicana, ya que ambos bandos encontraron suficientes diferencias en este tema como para hacerlo uno de los referentes fundamentales al intentar identificar sus posiciones.

Así en la España republicana se defiende un modelo de «nueva mujer», emancipada e independiente, cuyo reflejo más paradigmático durante la Guerra fueron las milicianas que actuaron en algunos frentes. Estas se aprovecharon de la escasa organización de los primeros momentos en las milicias para actuar como parte del ejército en el campo de batalla. Pero esta situación duró poco tiempo. En septiembre de 1936 se puso en marcha un procedimiento en los frentes para forzarlas a abandonar. Este se completó cuando a finales del otoño el primer Ministro, Largo Caballero, aprobó varios decretos militares que ordenaban a las mujeres retirarse. Esta medida despertó resistencias por su parte, pero a comienzos de 1937 ya eran muy pocas las que aún permanecían como milicianas⁹.

Pero la actuación de las mujeres republicanas no quedó ahí. Hubo una enorme movilización tanto en el aspecto ideológico como laboral. No debemos olvidar que, como ya había acontecido en parte de Europa en la Primera Guerra Mundial, el éxodo de los hombres hacia los frentes hizo que las mujeres ocuparan funciones propias de estos: tareas en medios productivos, instituciones, organizaciones y todo tipo de servicios. Esto sin olvidar las actividades que seguían ligadas al mundo femenino, como la prestación de servicios sanitarios o asistenciales.

Esta imagen de mujer activa se extendió por todos los medios en el bando republicano, utilizando en más de una ocasión la contraposición con la «represión» que estaba sufriendo en la zona dominada por las fuerzas militares.

Efectivamente, en el bando nacional se defendió un modelo de mujer sumisa y dependiente, que se plegaba ante las necesidades de la autoridad masculina. Se reforzó la estructura del sistema patriarcal basada en el predominio natural del varón, la jerarquía y la autoridad. Esto fue acompañado de su retorno al ámbito doméstico, del que se las declaró «reinas».

⁹ NASH, M.: «Republicanas en la Guerra Civil: el compromiso antifascista», en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XIX a los umbrales del XXI*, Madrid, Cátedra, 2003, p. 144.

Al igual que sucede en el otro bando, la defensa de este modelo fue acompañada de una labor de desprestigio del contrario. Se desató la manía hacia las mujeres republicanas, sobre todo a partir de 1938, cuando la victoria franquista era cuestión de esperar. Fueron acusadas de destruir el hogar cristiano y el pudor de las españolas, y las hicieron responsables de la catástrofe¹⁰. Todo esto unido a la represión que sufrieron aquellas ligadas al régimen anterior.

Pero el modelo femenino defendido por los sublevados no era nada nuevo, ni siquiera algo muy distanciado de la mayoría de las mujeres de aquel momento, sobre todo si tenemos en cuenta las características del territorio gallego en donde la mayor parte de la población era eminentemente rural y la mayoría de sus ciudades contaban con una impronta religiosa muy importante.

En realidad, era la revalorización del modelo tradicional de mujer que defendían los apoyos sociales y políticos de la sublevación militar. Como ya hemos destacado en otras aportaciones¹¹, en Galicia en la etapa republicana muchos grupos de mujeres vinculados a estos sectores salieron a las calles en defensa de lo que creían sus derechos, que se habían visto violados con la aprobación de algunas medidas legislativas. Entre los más activos podemos destacar: las secciones femeninas de Acción Católica, las Margaritas (sección femenina de la Comunión Tradicionalista), o la Sección Femenina de Falange.

Todos estos grupos defendían un modelo de mujer muy parecido, con pequeñas diferencias. Por ejemplo, las Margaritas concebían la mujer dentro del seno familiar, célula primaria y natural de la sociedad. Además de su papel en el hogar, sus funciones tenían una importancia fundamental en cuatro aspectos: la educación, ya que esta era la base para los hombres del futuro y «la escuela será el campo de batalla entre el comunismo y la civilización cristiana»; la caridad, tanto con los militantes carlistas como con los necesitados; el culto y la piedad, que representa la «cruzada espiritual» frente a las medidas laicistas llevadas a cabo durante los períodos de izquierdas republicanos; y la propaganda de la propia organización y de sus ideas. Mientras la

¹⁰ BUSSY GENEVOIS, D.: «Mujeres de España: de la República al Franquismo», en DUBY, G. y PERROT, M. (dirs.): *Historia de las mujeres en Occidente*, Tomo 5, Madrid, Taurus, 1993, p. 218.

¹¹ PRADA, J. y CEBREIROS, A.: «Dios ante todo... Religión y movilización católica en la construcción del paradigma de mujer conservadora en los años 30. El caso de Galicia», en *XV Coloquio Internacional de la AEIHM. Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina*, Bilbao, noviembre de 2010.

Sección Femenina defendía un modelo muy parecido pero asignándose un papel más activo.

Con el paso de los meses el modelo de mujer defendido en el bando «nacional» estaba cada vez más definido, y se fue imponiendo a través de múltiples vías. Así, ya a partir de 1936, se empezaron a disponer medidas legislativas para un regreso a la moral y las buenas costumbres anteriores al Régimen republicano: la supresión de la escolaridad mixta (1936), la derogación de la ley sobre el matrimonio civil y sobre la ley del divorcio (1938)...

Estas medidas gubernativas fueron complementadas con la propaganda realizada en los medios de comunicación, radio y prensa, que enmarcaban el retorno a los «valores perdidos» durante la etapa republicana. Esto se reforzó con la importante labor realizada desde los púlpitos para difundir estas ideas. Se inició una recristianización de la sociedad donde la mujer tenía un lugar privilegiado, los cultos marianos resurgieron con más fuerza ensalzando su lugar como madre buscando sus analogías con el lugar que ocupaba la Virgen María en la Iglesia.

Este modelo de «mujer nacional», cuyos pilares básicos son la subordinación al varón, el cuidado del hogar y la formación de una familia, es imprescindible para comprender el carácter que se le imprimió a las actividades realizadas por las mujeres en este bando.

Las actividades femeninas de retaguardia en Galicia. El papel de la Sección Femenina

El modelo femenino que se reafirmó en el bando nacional desde un primer momento estuvo condicionado por la situación bélica que se estaba viviendo.

Los objetivos que pretendían las fuerzas sublevadas con la imposición del modelo tradicional de mujer eran su reclusión en el hogar y el alejamiento de cualquier trabajo remunerado que pudiera distraerla de las tareas que le habían sido asignadas por su naturaleza. Esta situación fue corroborada cuando en 1938 se promulga el Fuero del Trabajo, prohibiéndole el trabajo nocturno, regulando el trabajo a domicilio y liberando a la mujer casada del taller y de la fábrica. Pero esta situación chocó con las circunstancias que se dieron durante los años de guerra, ya que se necesitaba su mano

de obra en algunos sectores, principalmente los ligados a abastecer a los soldados en los frentes.

Esta aparente contradicción no impidió que desde un primer momento las autoridades hicieran hincapié en la importancia que todos los elementos de la sociedad tenían para ganar la guerra: los chicos formando parte del ejército o ayudando en la medida de lo posible para atender los enormes gastos de la guerra; los niños porque eran los hombres que llevarían las riendas del país en el futuro; y las mujeres:

porque aparte de los encantos femeninos poseen condiciones indispensables para ganar las empresas de las grandes naciones; y, si llega el caso también, al igual que los hombres, con esa firmeza en el pensar, con esas esencias de españolismo, saben luchar con ardor y valentía como los mismos hombres, sin perder su feminismo. Recordad si no, mujeres españolas, la gesta heroica de Agustina de Aragón; aquel episodio que cubrió de gloria a la mujer española, y recordad también, mujeres gallegas, la heroica coruñesa, que lo viene a demostrar y poner en relieve, lo que es capaz de hacer la mujer. [...] muchas ocupaciones son las que se le encomiendan; trabajos que sólo la mujer puede llevar a feliz término¹².

De estas palabras dirigidas por las autoridades y difundidas por la prensa parece desprenderse que las mujeres también pueden ser útiles en los frentes, luchando igual que lo hicieron otras en momentos importantes de nuestra Historia. Pero remarca un matiz fundamental: esta utilidad no va a ser de igual a igual con el varón, sino que a la mujer tenían que encomendársele ocupaciones ligadas a su condición. De lo que se trataba era de extraer las funciones que llevaban a cabo en sus hogares al ámbito público. Esta aparición quedaba totalmente justificada por una necesidad mayor, ganar la guerra, y una vez acabada el regreso a sus hogares no supondría un problema.

Otra característica fundamental de este trabajo de retaguardia fue que estas tareas no iban a ser remuneradas, se trataba a priori de un trabajo totalmente gratuito y voluntario.

La recompensa que se le ofrecía por su esfuerzo era de carácter moral, ya que solamente aquellas que contribuyeran a la victoria podían sentirse partícipes de la misma, las que no lo hicieran deberían sentir vergüenza por no acompañar con sus

¹² Llamamiento de las autoridades falangistas a la sociedad viguesa para ganar la Guerra. *El Pueblo Gallego*, 6/08/1936, p. 5.

manos la labor que estaban realizando sus compañeros en los frentes de batalla. Además no trabajaban para algo ajeno a ellas, «trabajamos para nosotros, para nuestro bienestar, para nuestra cruzada, noble y rica España»¹³.

Este trabajo gratuito contó con alguna excepción, como reconoce Matilde Vela, presidenta de Mujeres al Servicio de España, por ejemplo en el caso de los Talleres de A Coruña, donde existían algunos en los que el trabajo era remunerado¹⁴.

Esta gran movilización voluntaria de mujeres fue utilizada desde la prensa como una muestra de fidelidad al Régimen, por lo que no fue extraño que muchas tuvieran como principal objetivo mostrar su adhesión al mismo e intentar tapar un pasado ligado a los perdedores. Por otra parte, la coerción que se llevó a cabo a través de los periódicos con llamamientos como el siguiente pudo alentar a estas posturas: «Mujeres orensanas: Demostrad, yendo desde hoy al taller, vuestro amor al Ejército y a la causa que defiende»¹⁵.

En el caso de los Talleres el trabajo voluntario se canjeó en obligatorio por una Orden del Gobierno del 12 de octubre de 1937. Por la misma se obligaba a las mujeres a trabajar en los Talleres de Mujeres al Servicio de España en la confección de ropa para el ejército.

Otro punto muy importante fue el de la disciplina. Este estuvo muy vinculado al nuevo estado marcial que se pone en marcha con el triunfo de la sublevación. El sometimiento de estas mujeres a una rígida disciplina tiene como finalidad una mayor productividad de las tareas que están realizando. El método utilizado para que las mujeres lo acataran sin protestar fue vincularlo al mundo religioso y a la sensibilidad femenina, como podemos observar a través de la prensa:

Disciplina es sólo el medio de conservar el orden y la armonía tanto espiritual como en lo humano, ya que el desorden significa la subversión del orden cuando ocurre en el alma se peca contra Dios; cuando el desorden impera en las costumbres, se peca contra la Sociedad. La Disciplina material ayuda a la Disciplina moral; esta última es sólo la subordinación de lo inferior a lo superior; de los instintos al sentimiento, de las pasiones a la inteligencia, de la

¹³ «Más aguja y menos colorete», *Rumbo*, 27/06/1937, p.4.

¹⁴ Matilde Vela afirmaba en una entrevista para *Arco* que aparte de todos los talleres en los que la mano de obra era gratuita contaban con otros dos, instalados en lo que le llamaban la factoría, donde el trabajo que se realizaba era remunerado aunque exento de todo beneficio empresarial. *Arco*, 30/11/1937, p. 3.

¹⁵ *Rumbo*, 5/06/1937, p. 4.

rebeldía a la voluntad; y todo en relación ascendiente con el alma, destello de Dios que nos hace hijos suyos¹⁶.

Por lo tanto la mujer debía «escuchar esta voz de el Cielo de manera especial y someterte». Esta vinculación de la disciplina con lo religioso entroncaba con la idea de una lucha como «cruzada» de los valores cristianos defendidos por el bando nacional contra los valores laicos defendidos por el bando republicano. A aquellas personas que no colaboraban con la construcción de la «nueva España» se les transmitía que no tenían cabida en la sociedad que se estaba construyendo a través de alocuciones como esta: «nuestro pésame a los o las que se dedican al chismorreio con la sin hueso, en lugar de demostrar con la aguja y el dedal su amor a nuestros valientes soldados »¹⁷.

La Sección Femenina fue la organización que tuvo un papel más destacado dentro del trabajo en la retaguardia. Esta organización nace durante la etapa republicana, a finales de 1934. A pesar de que José Antonio Primo de Rivera niega en un primer momento la entrada a las mujeres a Falange, la situación de enfrentamiento permanente con las izquierdas y el crecimiento de presos falangistas en las cárceles lo lleva a crear una sección femenina dentro del partido. En sus primeros estatutos se ve reflejado el modelo de mujer subordinada al varón que predicaba José Antonio, ya que las funciones que se le encomiendan son únicamente subsidiarias a las de la rama masculina.

Después de la formación de un núcleo inicial en Madrid, comienza a expandirse de forma lenta por el territorio nacional. En Galicia contamos con el primer núcleo provincial de España, después de Madrid. Una afiliada anónima, reconoce en un relato sobre los primeros años de la organización¹⁸, que el 28 de noviembre de 1934 se recibe la primera propuesta de una jefe de Sección Femenina en provincias que se corresponderá con la ciudad de Vigo, que propone a Lily Ozores para el cargo. A este primer núcleo de mujeres falangistas en Galicia le seguirán las otras provincias. Por ejemplo, en el caso de Ourense nace dentro de un clima de efervescencia falangista, debido a la visita que realiza José Antonio a Villagarcía para dirigirse a los falangistas gallegos. Vicenta Pérez fue la primera afiliada y la delegada provincial. En Coruña fue

¹⁶ «Mujeres de Falange Española. Puntos de su programa», *Rumbo*, 27/06/1937, p. 4.

¹⁷ *Arco*, 23/12/1937, p. 3.

¹⁸ Real Academia de la Historia. Archivo Nueva Andadura. Carpeta nº 44. Varios trabajos sobre la Historia de la Sección Femenina de varias fechas y de varias autoras.

en verano de 1935 cuando aparece la organización, cuya fundadora será Antonia Naya Neira a la que muy pronto se unió Ricarda Canalejo. Mientras que en Lugo habrá que esperar a 1936, cuando se afilie en marzo la fundadora de la organización en la ciudad, Pura Pardo Gayoso. El crecimiento de la organización se debió al incesante trabajo de las primeras afiliadas, aunque fue, al igual que en el resto del país, bastante lento y difícil. Muestra de la dificultades de mantener la organización viva la da la filial en Vigo, cuando en las primeras semanas de 1936 en la inspección que realiza Pilar Primo de Rivera y Dora Maqueda para la fundación y supervisión de núcleos provinciales se encuentra con solo dos afiliadas y el desánimo de Lily Ozores debido a la persecución constante que sufre aquella JONS.

Esta primera etapa de la organización va anticipar algunas de las funciones que estas primeras camaradas desarrollarán en la etapa posterior.

Con el triunfo de la sublevación militar y el estallido de la Guerra Civil, la organización femenina de Falange pasó de ser un pequeño reducto de mujeres a una verdadera organización de masas. En poco tiempo fueron apareciendo delegaciones locales en prácticamente todas las cabeceras de municipio, y el número de afiliadas se incrementó notablemente. Por ejemplo, en la provincia de Coruña en enero de 1937 eran ya 2000 afiliadas¹⁹ o en Ourense en marzo de ese mismo año se habla de 60 delegaciones locales²⁰.

Son las delegaciones locales las que gestionaron la mayor parte de las tareas, aunque además de SF habrá otras organizaciones, así como la participación de diferentes mujeres a nivel individual, que van a desarrollar o a colaborar en las iniciativas que relataremos a continuación.

La tarea principal que van a llevar a cabo estas mujeres cuando estalla la guerra es la confección de ropa, debido a la imperiosa necesidad de vestir a los soldados. En el caso de la contienda española, tanto en el bando republicano como en el franquista le dedicaron muchas horas de trabajo, aunque con pequeños matices diferenciadores.

En el caso de la zona republicana, que cuenta en un primer momento con las industrias textiles más importantes del país, la mayoría de las mujeres que trabajan en el sector formaron parte del trabajo en fábricas y talleres, al igual que lo hacen en

¹⁹ *El Pueblo Gallego*, 19/1/1937, p. 5.

²⁰ *Rumbo*, 6/03/1937, p. 4.

otros sectores, donde realizaban una jornada laboral muy dura (entre doce y catorce horas diarias) y el trabajo era asalariado, aunque percibían una retribución menor que la de los hombres²¹.

Mientras, en la zona nacional fue la tarea a que más tiempo le dedicaron las mujeres. Esta importancia queda reflejada en la prensa local, ya que es la actividad que aparece con más frecuencia, tanto para pedir mano de obra como para paliar las necesidades que tenían.

Su misión era que los soldados estuvieran en el frente en las mejores condiciones posibles, por eso no solamente realizan prendas para vestir (camisas, pantalones, calzoncillos, guantes...) sino también ropa de cama (sábanas, mantas...). Esta actividad se organizó en torno a talleres, destacando los de Falange y los de Mujeres al Servicio de España.

En el caso de los talleres de Falange eran atendidos por las propias afiliadas. La confección de ropa no era algo ajeno a ellas, ya que fue una de sus ocupaciones en la etapa republicana. Normalmente eran establecidos en las oficinas de la organización o en algún local cedido por algún falangista o personaje afín al bando franquista, como el caso del taller de Castrelo de Miño, en la zona orensana del Ribeiro, que se estableció en el bajo de la casa del maestro-sastre Jaime Nieves. Fue su mujer, Concepción Pérez, la que le cedió a las mujeres falangistas tanto el bajo del pazo como los útiles para que comenzaran su trabajo de confección.

También se crearon los talleres de Mujeres al Servicio de España, que nacen en el verano de 1936 en Coruña y poco a poco se fueron extendiendo por toda Galicia. Por ejemplo en Ourense se forman en diciembre de 1936, por iniciativa del gobernador militar, que pedía únicamente a las damas orensanas, sin distinción de categorías ni edades, que prestasen su ayuda en un taller de ropas para los soldados que tuvo su sede en el Liceo Recreo Orensano²².

En junio de 1938 se unieron ambos talleres. A partir de ese momento se unifican muchos de los existentes en diferentes localidades, por ejemplo en Coruña a mediados de ese mes ya aparecen llamamientos para acudir a «Los Talleres de Falange Española

²¹ Véase RUIZ FRANCO, M^a R.: «Transformaciones, pervivencias y estados de opinión en la situación jurídica y social de las mujeres en España (1931-1939)», *Historia y Comunicación Social*, 5 (2000), pp. 229-254.

²² *El Pueblo Gallego*, 31/12/1936, p. 7.

Tradicionalista y de las JONS, Mujeres al Servicio de España» ya que «No hay razón para ninguna ausencia»²³ o los de la provincia de Ourense en donde se crea un taller central en la capital del que dependían todos los talleres que habían sido creados hasta ese momento²⁴.

A pesar de la unificación, las afiliadas a los Talleres de Mujeres no van a pasar a ser afiliadas de SF. En cuanto a la dirección de los mismos, si observamos los listados de nombres que aparecen en la prensa vemos como la movilización de las mujeres de clase alta y media fue fundamental. Además esto nos ratifica la vinculación entre este tipo de iniciativas y las autoridades, ya que a la cabeza de las mismas estaban siempre personas vinculadas directamente con los hombres que ocupaban los altos cargos de villas y aldeas.

Con la caída de territorios en manos de los nacionales la actividad de los talleres fue mermando, y una vez terminada la guerra en pocos meses se acabaron desmantelando.

Otro tipo de tareas importantes fueron las sanitarias. En época de guerra la función principal de la mujer en hospitales o sanatorios era la de enfermeras y auxiliares.

Desde los primeros momentos de la guerra hubo diferentes grupos que se dedicaron a esta misión. Por un lado están las Margaritas, que se organizaron en la institución llamada Frente y Hospitales que tenían como misión, como su propio nombre indica, la atención de los heridos tanto en los frentes como en la retaguardia. Aparte de esta organización existían también grupos de enfermeras en la Sección Femenina que actuaban en los llamados hospitales de sangre.

A pesar de que en Galicia no hubo lucha entre las milicias de ambos bandos, llegaron heridos de guerra trasladados desde diversas partes del frente, sobre todo mientras estuvo activo el del Norte. Así, en la provincia de Pontevedra había hospitales con heridos en Vigo, Pontevedra, Mondariz, Tuy,...

El Decreto de unificación de falangistas y requetés publicado en abril de 1937 hizo que se definieran las posiciones de los grupos que integraban la nueva organización. A partir de esos momentos Frentes y Hospitales se encargó de todo lo

²³ *El Pueblo Gallego*, 7-6-1938, p.4.

²⁴ *Arco*, 14/08/1938, p.3.

que tenía que ver con los heridos de guerra a través de diversas secciones: Servicio de Heridos y Combatientes, Aguinaldo del Soldado, Hogar del Herido... lo que no fue bien acogido por la Delegada Nacional de Sección Femenina, que veía como inaceptable no tener el control de las actividades femeninas en la guerra²⁵.

En cuanto a la formación de estas mujeres, desde un primer momento la organización falangista femenina puso en marcha cursillos de enfermeras que no fueron oficialmente reconocidos hasta 1937. Esta situación quedó totalmente organizada cuando se creó el Cuerpo de Damas Enfermeras de Falange, que tenía como objetivo legalizar la situación de las afiliadas a FET-JONS que estuvieran en alguna de las siguientes situaciones: poseer el título de enfermera oficial, que hubieran tomado parte en los cursillos de la Delegación provincial, que hubieran hecho el cursillo con anterioridad a la unificación, o bien las que a partir del 18 de julio de 1936 tuvieran más de tres meses de prácticas hospitalarias a un servicio militar²⁶.

La importancia de esta labor radica en que continuó después de la guerra, ya que estos cursillos debían ser realizados por las divulgadoras sanitarias que actuaron principalmente en la lucha contra la mortalidad infantil.

Otro de los ámbitos a los que la mujer estuvo íntimamente ligada fue el asistencial. Durante los tres años que duró la guerra se pusieron en marcha una serie de actividades de beneficencia que siguieron realizándose con posterioridad y en las que participaron distintas instituciones: Falange, Cruz Roja, Acción Católica, Junta de Socorro de Mujeres, jóvenes y niños desamparados....

Un hito importante para el desarrollo de estas actividades fue la creación el 30 de octubre de 1936 de la iniciativa falangista llamada Auxilio de Invierno, que más tarde se conoció como Auxilio Social. Su fundadora fue Mercedes Sanz de Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, para lo cual siguió como ejemplo el *Winterhilfe* alemán. Surge en el contexto de pobreza y miseria que se encontraban muchas ciudades en el periodo de la guerra.

La principal tarea de la que se encargó esta institución durante el período que nos ocupa fue la creación de comedores y cocinas de hermandad. Ambas instituciones

²⁵ GALLEGO MÉNDEZ, M^a T.: «Mujeres azules en la Guerra Civil», en MORANT, I. (dir.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XIX a los umbrales del XXI*, Madrid, Cátedra, 2003, p. 159.

²⁶ Normas para la creación del Cuerpo de "Damas Enfermeras Españolas", *El Pueblo Gallego*, 2/01/1938, p. 2.

tenían como finalidad dar luz a las palabras del General Franco «Ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan». En estos comedores se atendió a niños y niñas hasta los doce años comprendidos en los siguientes apartados: niños huérfanos de padre y madre; hijos de viuda sin medios de vida suficientes para su sostenimiento, entendiéndose así cuando sus ingresos por todos los conceptos no alcanzaran las dos pesetas diarias por la primera persona, y una peseta diaria más por cada una de las demás que habían vivido bajo el mismo techo; los hijos de viudo o matrimonio que por estar en paro forzoso u otra causa cualquiera no habían dispuesto de un ingreso análogo al señalado en el párrafo anterior. Dentro de estas categorías tenían preferencia las familias en las que había habido enfermos o impedidos²⁷.

Esta actividad, además del sentido asistencial de la misma, ya que Auxilio de Invierno se consideraba un pilar base «porque aspirábamos al Imperio, que es llevar orden a otras tierras, y para ello tenemos que ser nosotros mismos ordenados. Y el Imperio sólo será justo cuando no guarde en sí miserias ni se levante sobre el llanto y la necesidad de muchos; ni se sirva, ni oculte, para atrapar, dolores que no sean únicamente compartidos»²⁸. Otra de sus finalidades era la instructora, siendo uno de sus objetivos principales la regeneración de la sociedad, por lo que a los pequeños se les enseñaba la doctrina nacional-sindicalista además de recibir una formación católica inherente a la formación del nuevo Estado.

Esta iniciativa caló desde un primer momento en Galicia. Así en febrero de 1937 se habían abierto comedores de Auxilio de Invierno en Coruña, Vigo, A Estrada, Pontevedra, Vila de Ares, Pontedeume, Bouzas, Betanzos, Sanxenxo, Cangas, Bueu, Marín, Teis, Ourense, Padrón, Noia, Santiago, Redondela, Finisterre... Normalmente los comedores estaban situados en zonas céntricas de las ciudades y villas, aunque también se acabaron instalando en los barrios más necesitados de las ciudades. Los locales eran cedidos en muchas ocasiones, como el caso de Bayona en la que un simpatizante falangista residente en Buenos Aires cede el bajo de uno de los edificios en la villa para tal fin.

Estas actividades asistenciales fueron atendidas en un primer momento por las afiliadas a Sección Femenina que divididas en grupos realizaban labores de cocina y

²⁷ *Rumbo*, 13/03/1937, p. 1.

²⁸ *El Pueblo Gallego*, 10/02/1937, p. 4.

servicio en los comedores. Con la promulgación del Decreto que instauro Servicio Social, gran parte de la mano de obra utilizada en estas instituciones pasa a depender de las cumplidoras de este servicio, aunque por lo menos hasta el final de la guerra fueron muchas las afiliadas que continuaron con su labor en los comedores.

Otra actividad en la que las mujeres aparecen, pero nunca como protagonistas, son los actos públicos. Durante el período bélico estos se convirtieron en lugares de exaltación continua de los valores patrióticos, por lo que el papel secundario al que se relegó el sector femenino concordaba perfectamente con los valores defendidos. Estos actos irán desde manifestaciones por la caída de un territorio en manos nacionales hasta procesiones religiosas, pasando por inauguraciones de locales o comedores de Falange, festejos de alguna fecha señalada... Las jerarquías de Sección Femenina participaron en ellos, debido a que era una organización que formaba parte del poder. Por otro lado su participación en estas manifestaciones era una forma de mostrar que también ellas estaban de acuerdo con el cambio de régimen, y por tanto también con su ideario. En muchas ocasiones las funciones que se les encomendaban reafirmaban estas posiciones, por ejemplo era muy común que después de algún desfile o acto se realizara una comida para las autoridades que normalmente era servida por mujeres de la Sección Femenina.

Tampoco nos podemos olvidar del importante papel que llevan a cabo en la recaudación de donativos. El mantenimiento de muchas de las actividades descritas anteriormente fue a costa de los donativos de la población. Su recaudación fue asignada a las mujeres.

Además de peticiones puntuales que se realizaban a través de la prensa para los Talleres, el aguinaldo de los soldados... existían petitorios por las calles de ciudades y villas como los que se realizaban cada quince días para el mantenimiento de los comedores de Auxilio de Invierno. También eran mujeres las que recaudaban las suscripciones tipo «Día sin postre», «Día del Plato único» o la «Ficha azul». Era muy común la organización de festivales caritativos, que tenían como escenario los teatros más importantes de la ciudad: el Teatro García Barbón en Vigo, el Teatro Principal o el Losada en Ourense,...

Aunque estos donativos tenían un carácter voluntario, la publicación de los listados en la prensa funcionaba como medida coercitiva, ya que era una muestra de

adhesión al Régimen. Además en muchos casos las medidas por las que se obligaba a colaborar con estas ayudas fueron más allá, como en los petitorios de Auxilio de Invierno en los que se acabó por sancionar a aquellas personas que asistían a espectáculos, bares, cafés en el día del petitorio y no llevaran su emblema.

Por último podemos hablar de las labores relacionadas directamente con el propio frente porque, aunque en nuestra provincia no hubo lucha, las afiliadas gallegas también participaron en diversos frentes del territorio español, tanto a nivel personal como colectivo.

A nivel personal tenemos algunos ejemplos como el testimonio de la orensana, Antoñita Méndez Villar, que se trasladó al frente desde los primeros días de la Guerra. Esta afiliada a SF era una de las más antiguas y destacadas de la provincia. Estuvo en diferentes hospitales, como el de Griñón o el hospital militar en Getafe. Por las labores realizadas en este último se le concedió la Medalla al Mérito Militar²⁹.

A nivel colectivo destacan otras actividades como la realizada en los lavaderos en el frente cuya misión era la de atender los equipos mecánicos que lavaban las ropas sucias de los combatientes. Esta labor fue una propuesta realizada por la Sección Femenina y aprobada por la General del Octavo Cuerpo del Ejército, comenzando a instalarse tres por el frente del Norte y extendiéndose por otros lugares donde la presencia de soldados era mayor.

Por ejemplo, de Ourense parten en agosto de 1937 un grupo formado por unas 25 camaradas, acompañadas por los mandos provinciales, con esta misión. Así se instalaron en el lavadero de Cornellana. La inversión realizada fue de 30 mil pesetas en la instalación de las máquinas y los pabellones. Las camaradas lavaban y repasaban la ropa de los soldados que operaban en el Frente asturiano, y percibían una muy pequeña cantidad por prendas de ropa, gastos de jabón, hilo y mantenimiento de estas³⁰.

Otro aspecto interesante realizado por las mujeres de Falange, e íntimamente ligado con el frente, fue la función de madrinas de guerra. Esta figura nació en la Primera Guerra Mundial, para darle una distracción al soldado, y su misión era escribirle amplias cartas que este respondía. En la Guerra Civil, en el bando nacional,

²⁹ *Rumbo*, 11/08/1937, p. 3.

³⁰ *Rumbo*, 14/08/1937, p. 4.

las peticiones de madrinas de guerra eran enviadas a la Sección Femenina. Este carteo le sirvió al soldado de distracción en unos momentos tan duros como los que estaba viviendo, por lo que era sobre todo una ayuda psicológica. A las delegaciones provinciales llegaban las direcciones de los soldados que se encontraban en diferentes puntos de España: el frente de Belchite, el Regimiento de Infantería América número 23, Regimiento de Simancas...

Una de las cuestiones que debemos plantearnos al estudiar estas actividades es cómo se hace el reclutamiento de las mujeres tanto a nivel de filiación en organizaciones como SF, como en la colaboración con las funciones llevadas a cabo por esta u otras iniciativas.

No podemos obviar que la principal forma de reclutamiento sería el boca a boca. Si nos paramos a analizar los nombres de afiliadas de Sección Femenina o de Mujeres al Servicio de España observaremos como muchas de ellas son familia (hermanas, primas...), por lo que el factor de arrastre sería el elemento principal.

Pero a esto también va a contribuir la numerosa propaganda que se va hacer a través de la prensa escrita, de la que ya vimos algún ejemplo. La SF le dio una enorme importancia a la propaganda, de hecho uno de los primeros departamentos con los que contó la organización fue este (Departamento de Prensa y Propaganda) que se ocupó directamente de estas cuestiones.

Pero no sólo SF va a jugar con este elemento. En la prensa analizada tenemos numerosas apelaciones a la mujer en general. En ella se conjugaron en la mayoría de los casos dos elementos: la petición de ayuda y el deber de la mujer como buena española. Desde el comienzo de la contienda son numerosos los llamamientos pidiendo oro, colaboración con los talleres, donativos en especie... Algunos de ellos van dirigidos directamente a mujeres, como en el siguiente ejemplo en el que podemos ver como se hace referencia a las virtudes de las mujeres españolas destacando la generosidad y el sacrificio entre ellas:

¡¡JÓVENES ESPAÑOLAS!!

***JAMAS FUE PATRIMONIO DE LA MUJER ESPAÑOLA MOSTRARSE
REMISA EN LOS LLAMAMIENTOS DE LA PATRIA.***

Una historia tan rica en virtudes raciales de la mujer hispana, no puede en los solemnes momentos en que se escribe una página de la mayor gloria nacional, dejar de recoger los hechos de generosidad y sacrificio de que siempre fuisteis vivero inagotable y ejemplar.

No basta el entusiasmo de la calle, ni la ayuda moral, con ser mucho; os preciso más, la aportación material de vuestro oro y alhajas para el Tesoro Público Nacional³¹.

Este ejemplo es uno de los tantos que nos encontraremos en la prensa durante los tres años de guerra, en ellos se apela al renacer de una nueva mujer con los valores que se habían perdido con la República, destacando su función como madre y católica.

En definitiva, podemos decir que las actividades que llevan a cabo las falangistas gallegas en este período de guerra van a reforzar la imagen de mujer ideal que se va a imponer una vez rematada la contienda civil. En los llamamientos y artículos en los que la mujer es la protagonista, van a aparecer las principales características que debe poseer: madre, cristiana, abnegada, generosa... y que van a marcar sus funciones durante los casi cuarenta años de Dictadura.

Aunque, en el caso de la Sección Femenina, en estos momentos empezarán las contradicciones en su seno sobre el modelo de mujer difundido por la organización y el papel que acabarán interpretando dentro de la sociedad, que se reforzará con el rol cedido en el aparato institucional franquista a partir de 1939.

³¹ *El Pueblo Gallego*, 1/09/1936, p. 13.

«GESTIONAR DESDE LA IZQUIERDA» ADOLFO RINCÓN DE ARELLANO Y SU PROYECTO POLÍTICO FALANGISTA

Juan Carlos Colomer Rubio*
Universitat de València

«En el organismo humano hay dos sistemas uno que excita y otro que frena. El simpático y el vago. Yo creo, aunque no por deformación profesional, que dentro del Régimen interesa un sistema que excite y otro que frene. Entre un sistema y otro, yo estoy alineado desde luego con el que excite, esto es, con los españoles que pretenden avances sociales lo más rápidos posible»¹.

Las palabras con las que iniciamos nuestra reflexión corresponden a Adolfo Rincón de Arellano García –Valencia, 1910-2006– médico de profesión, falangista «de primera hora», presidente de la Diputación de Valencia, alcalde de 1958 a 1969 y consejero nacional del Movimiento; además de una figura clave para entender la construcción del franquismo en territorio valenciano. El estudio de su vida y de su propia gestión municipal nos permite situar una de las culturas políticas insertas en el régimen: la falangista, además de trazar la trayectoria y enfrentamientos de uno de los grupos de poder de la dictadura.

Como en el caso del alcalde José María de Porcioles para Barcelona, con Rincón encontramos al completo diseñador del equilibrio político dentro de una gran ciudad. Su presencia desde la Falange inicial, diputación y ayuntamiento posteriormente, completó su conocimiento de la realidad valenciana y le permitió la relación con multitud de grupos de poder político del franquismo. Esto es así porque en Valencia se produce, como en caso de muchas de las ciudades, un crecimiento urbanístico descontrolado que ampliará los límites del término municipal, los escándalos políticos relacionados con la empresa privada y pública y los equilibrios de poder derivados de las interpretaciones del propio régimen.

* El autor es beneficiario del programa de becas FPU del Ministerio de Educación.

¹ Número de diciembre de 1969 de la Revista *Índice*. La figura de Rincón de Arellano (1910-2006) resulta clave para comprender la elite valenciana que tendrá enorme peso en el franquismo. Su extensa carrera política puede ser analizada gracias a la documentación presente en su archivo personal depositado en la Fundación Cañada Blanch de Valencia y de forma microfilmada en el Archivo del Reino de Valencia. – Archivo del Reino de Valencia – Fondo Rincón de Arellano, en adelante: ARV/F.RdeA–.

Con la presente comunicación, inserta en un proyecto de tesis doctoral más amplio², se pretende presentar la biografía, gestión pública y proyecto político de Rincón, relacionándolo con la propia diversidad discursiva del régimen y las diferentes ideas sobre el mismo que fueron diversificándose a medida que la dictadura llegaba a su final. Con Arellano encontramos ese falangismo, denominado por parte de sus representantes como «de izquierdas», contestatario por naturaleza, que se mantuvo con más o menos gloria a lo largo de todas las crisis políticas del régimen, adaptando y reelaborando su discurso a lo largo de todo el sistema franquista.

Para explicar dicha evolución, que es la de parte de la elite falangista articulada en torno a una serie de instituciones locales y provinciales, debemos comprender el horizonte final: un franquismo sin Franco, límite que urgía, sin ninguna duda, pensar alternativas para lograr lo indisociable al mundo de la política: la perpetuación.

Como hace poco tiempo destacaba Sebastián Balfour, una cosa es el estudio local que contribuye, con nuevos datos empíricos, a confirmar una tesis ya determinada y otra es la que aporta una nueva virtualidad explicativa, que matiza o cuestiona hipótesis establecidas. Con el presente trabajo intentaremos, por medio de esta perspectiva, comprender el papel de estas figuras políticas que ocuparon instituciones a lo largo de todo el franquismo y su propia evolución, indisociable a la desintegración de la dictadura³.

Médico, falangista, político: perfiles de una trayectoria

Valencia 1910, en el contexto de la monarquía de Alfonso XIII nació Adolfo Rincón de Arellano García. Hijo de un importante médico militante de Izquierda

² Tesis actualmente en elaboración cuya temática versa sobre el Ayuntamiento de Valencia en el tardofranquismo y la transición. Analizando la evolución del consistorio municipal, composición, políticas concretas y su relación con otras instituciones locales y estatales. Estudios sobre la institución municipal en la dictadura son escasos y poco variados. Aun así tenemos notables excepciones entre las que podemos destacar: MARÍN, M.: *Els ajuntaments franquistes a Catalunya: política i administració municipal, 1938-1979*, Lleida, Pagès, 2000 y MARÍN, M.: *Josep María de Porcioles: catalanisme, clientelisme i franquisme*, Barcelona, Base, 2005; los trabajos de Encarna Nicolás o Carmen González sobre Murcia: NICOLÁS, E.: «La transición se hizo en los pueblos. La vida política en Murcia (1968-1977)» en QUIROSA-CHEYROUZE, R. (coord.): *Historia de la transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 251- 252 u Óscar Martín para Albacete, MARTÍN, Ó.: *Albacete en transición. El Ayuntamiento y el cambio político*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 2006.

³ MARTÍN GARCÍA, O.: *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete. 1966-1977*, Madrid, Los libros de la catarata, 2008, p. 13.

Republicana, desde muy pronto la situación familiar se vio oscurecida por estas militancias divergentes, algo que se agravó con el tiempo fruto de la tensión política presente en el momento. Pese a todo, Adolfo Rincón realizó los mismo pasos que su progenitor y, a finales de la década de los 20, entró en la Facultad de Medicina donde tuvo, entre sus profesores, a médicos cercanos al entorno político de su padre. Hasta entonces no tenemos constancia de militancia en grupo político alguno aunque será aquí, en sus estudios superiores, cuando trabará relaciones estrechas con organizaciones que tenían como objetivo la defensa del régimen de monarquía vigente hasta el momento y, de paso, llevar cualquier actitud contestataria ante cualquier forma de gobierno republicana. La universidad valenciana, tal y como ha destacado Perales Birlanga, se encontraba fuertemente dividida entre grupos estudiantiles con orígenes ideológicos diversos, lo que llevaba a peleas, enfrentamientos y luchas por dominar el espacio público estudiantil⁴.

Yo mismo, sin ser ningún campeón, compartí muchos vasitos de vino con los que en el ring de la Universidad me habían zurrado de lo lindo. Recuerdo que una vez me dejaron KO tras una patada en los testículos. Poco antes, yo había tumbado de un directo a mi siempre querido amigo fuera del *ring*, Adolfo Rincón de Arellano García, entonces futuro jefe de Falange, de la Diputación de Valencia, alcalde de esta capital y otras gangas que le concedió el franquismo vigente⁵.

Adolfo Rincón, posiblemente influido por compañeros de promoción que luego reencontrará en Falange, comenzó a militar en grupos estudiantiles conservadores que crecieron al amparo de cierta permisividad del claustro y, sobre todo, que se vieron reforzados por la salida de Alfonso XIII del poder. Así:

Hubo también entre un grupo de jóvenes que se organizó en marzo de 1930 en defensa del monarca Alfonso XIII, y que, encabezado por A. Larrea Sanz, el día 12 de noviembre publicaba un llamamiento a la juventud valenciana en apoyo del monarca⁶.

El resultado de este llamamiento fue la creación de la Juventud Monárquica Valenciana que contó en la junta de gobierno con nuestro protagonista y que, por esa

⁴ ALÓS FERRANDO, V.: *Reorganización, supremacía y crisis final del Blasquismo (1929-1936)*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1992, p.208 y OLMOS, V. (ed.): *Proces a Joan Peset Aleixandre*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2001, p.57.

⁵ PERALES BIRLANGA, G.: *Católicos y liberales: el movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1875-1939)*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2009, p. 304.

⁶ *Ibidem*, p. 303.

época, ya era un activo estudiante que había propuesto, en algún escrito, retomar la capa española entre los estudiantes como paso para recuperar el modelo universitario de la vieja Salamanca y Alcalá⁷.

Unidos en esa cultura política reaccionaria que lo que pretendía era una revolución nacional que acabase con los traumas de la nación pasará a formar parte de los primeros grupos *Jonsistas* que, en aquel momento, ya comenzaban a tener una fuerte presencia con varias células y multitud de militantes articulados en torno a la Facultad de Medicina. Las JONS habían sido organizadas rápidamente por Maximiliano Lloret y los hermanos Beneyto, amigos personales de Rincón, a partir de las ideas que arribaban de Ledesma y su «Conquista del Estado». Aquí militará fervientemente participando incluso en la «Sanjurjada», detenido y, posteriormente, liberado. Meses después de estas circunstancias, la Falange valenciana iniciaba su andadura.

A fines de octubre de 1933 llegó a Valencia la noticia de la fundación oficial de Falange en el teatro de la Comedia, Javier Pérez Miralles, un abogado de Alicante, se entrevistó con Adolfo Rincón de Arellano, estudiante de medicina y entusiasta JONSISTA y Rincón fue a Madrid donde conoció a José Antonio y Ruiz de Alda. De vuelta a Valencia reunió a los jonsistas en su local de la calle Avellanas y les propuso su paso en bloque a Falange, La propuesta fue aceptada por la mayoría, y así quedó constituida la Falange Valenciana⁸.

Rincón quedó seducido por las ideas y posiciones de José Antonio y vio en la Falange la posibilidad de ocupar una responsabilidad que en las JONS, por la omnímoda presencia de Lloret o los hermanos Beneyto, le era vetada. Por el interés en la creación de la Falange en territorio valenciano fue premiado con la primera jefatura provincial y con la misión, nada fácil, de integrar a los miembros *jonsistas* que eran mayoría. Por tanto, de octubre a marzo el interés de Rincón fue integrar a la mayoría del sector de las JONS. Algo que al final acontecerá «por decreto» en 1934. Mientras tanto, la coexistencia fue pacífica, pues tenían el órgano de difusión común que era la revista «Patria Sindicalista», publicación seriada que llegó a los seis números y que

⁷ PERALES BIRLANGA, G.: «Los estudiantes católicos de la Universidad de Valencia (1875-1936)», *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad*, 8 (2005), pp. 215-236, p. 232.

⁸ MANCEBO, F.: *La Universidad de Valencia, de la monarquía a la República (1919-1939)*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 1994, p. 139.

contaba con el apoyo, en forma de artículos, de Ledesma y Redondo, ciertos *jonsistas* y algunos falangistas⁹.

A partir de aquí, la presencia de Adolfo Rincón de Arellano en la Falange Valenciana es fundamental hasta 1935 en que, fruto de su formación universitaria, marchará a Roma becado por el Instituto de Tuberculosos. En la ciudad eterna recibirá gran influencia de la lectura y contacto con la «Doctrina del Fascismo» de Mussolini que resume ideas de la primera etapa del fascismo. Aquí asimiló que en un sistema en el que la raza carece de toda importancia, el Estado es el elemento sustancial: el principal artista, el genuino creador. En definitiva, una concepción orgánica del mundo que tiene el Estado como centro: la institución política pone orden, supera los conflictos y las luchas y crea propiamente la nación¹⁰.

Regresó con el conflicto armado ya en marcha y participó activamente en el mismo, aunque retomó su puesto de poder en la Falange cosa que le permitió no tener un contacto diario y recurrente con la lucha en el frente.

Finalizada la guerra, continuó como jefe provincial y su hábil capacidad de adaptarse al medio le permitió, en poco tiempo, realizar una carrera ascendente dentro del mundo de la política valenciana y española. De hecho, su labor a cargo de la jefatura provincial del Movimiento, tras la guerra, integrando a antiguos seguidores de Luis Lucia y de Derecha Regional Valenciana, fue fundamental. En sus manos recayó la potente organización de los fastos del primer aniversario de la victoria en la capital del Turia lo que le valió ser nombrado presidente de la Diputación de Valencia en 1943 –cargo no menor en importancia si atendemos a las amplias competencias culturales y políticas que estos cargos suponían–. Además, como procurador en cortes e inserto en esa red clientelar, su importante influencia le permitió, tras una breve desconexión de la política para ocuparse de una boyante consulta médica de cardiología, ser recomendado alcalde de Valencia en 1958, cargo que ocupó hasta 1969. Su salida de la alcaldía no hizo quebrar su fidelidad política al dictador, sino todo lo contrario, pues será nombrado consejero nacional del Movimiento por designación

⁹ El testimonio excepcional de la configuración de Falange en Valencia lo da el testimonio de dos de sus iniciadores y constituye una fuente de gran interés: BENEYTO PÉREZ, B. y HERRERO HIGÓN, J. M.: *La Falange en Valencia antes del alzamiento*, Valencia, Imprenta F. Doménech, 1939.

¹⁰ Este libro fue donado por el propio Rincón de Arellano a la Universidad de Valencia. He tomado la idea del blog del profesor Justo Serna. Consultar <http://justoserna.wordpress.com/2009/02/07/la-doctrina-del-fascismo/#comments> –Última consulta, 5-9-2011–.

directa de Franco en 1972, puesto en el que permaneció hasta 1976. Retirado de la política tras el franquismo, continuó como médico hasta su jubilación. Adolfo Rincón de Arellano García falleció en Valencia el 17 de marzo de 2006.

Su personalidad política estuvo fuertemente influida por José Antonio y Ledesma, de los que era amigo personal¹¹. Como hijo de republicano depurado y combatiente en el bando franquista, su vida estuvo marcada por el fuerte conflicto familiar por su opción política. Esto le llevó, años más tarde, a cierta condescendencia con los funcionarios pertenecientes a la administración republicana, sobre todo cuando fue nombrado presidente de la Diputación y tuvo que hacer frente a la depuración de cargos.

Franco a mí me aguantaba muchas cosas que yo no sé cómo me aguantaba, porque usted calcule que yo en la presidencia de la diputación hice lo que no ha hecho nadie en España que es la redepuración, o sea, volver a meter prácticamente a todos los que habían tirado por rojos después de la guerra [...] Los volví a meter a todos¹².

Los sucesos de Begoña de 1942 fueron determinantes, pues aparte de suponer la culminación de un largo proceso de enfrentamiento entre falangistas y militares, llevaron a un replanteamiento de la ideología de Rincón. Hasta entonces *varias* falanges habían coexistido en el interior del partido. Una de ellas, la oficial de un Arrese que poco a poco había ido reafirmando sus posiciones frente a un cada vez más debilitado Serrano Suñer, se había conformado progresivamente como la Falange de Franco. Aquí Rincón acabará tomando partido por una Falange de Franco, donde el caudillaje jugaría un papel fundamental. Esta misma se había mostrado dispuesta a renunciar a elementos esenciales de su propio discurso fascista con la esperanza de desactivar el acoso sufrido. Todo ello, a costa de perder ilusión en sus bases y jugando a la carta del caudillaje franquista. La Falange de nuestro protagonista se reafirmó como española, católica y tradicional y permaneció frente a todos¹³:

Será esa imagen de resistencia, unida a la permeabilidad, la que forjará la personalidad de Rincón de Arellano y su gestión como veremos, primero opuesta al

¹¹ ARV/F.RdeA/M. 2896. Antes de la liberación-Varios temas.

¹² Entrevista a Adolfo Rincón de Arellano realizada por el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València. En adelante, DHC-AO/CU133

¹³ SAZ, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 369-370 y ELLWOOD, S.: *Prietas las filas: historia de la Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984.

gobernador civil Planas Tovar tras la guerra, después dimitiendo en su cargo como presidente de la Diputación, o los sucesos de 1969, ahora con el enemigo nacionalcatólico enfrente, encarnado en la figura del Opus Dei.

Opino que así como los pertenecientes a una religión deben admitir toda la vida los dogmas, en política no puede ocurrir lo mismo, las circunstancias cambian. No se puede pensar ahora como en 1933 o 1936. Yo soy fiel a las líneas fundamentales: la unidad de España y una acusada conciencia social. [...] Incluso el concepto de Patria, la concepción orteguiana de José Antonio, requiere ser adaptada al tiempo que vivimos¹⁴.

Esto se ve claramente cuando, valiéndose de su puesto como consejero nacional del Movimiento, participó activamente de las reuniones, ponencias y debates derivados del informe político «sobre el estado de la nación» que presentó Luis Carrero Blanco el 1 de marzo de 1973¹⁵.

El exalcalde se mostró partidario de realizar reformas conducentes a reafirmar la representatividad en vigor y poner los cauces para ampliarla. Consideraba que los diferentes sectores que quedaban representados debían ampliarse y moverse por otro tipo de intereses, incluida cierta oposición.

Aquí la representación municipal tampoco está lograda, su primer tercio adolece de defectos que hemos planteado anteriormente al referirnos a la representación familiar. En el segundo, los representantes sindicales obreros, en su mayoría, dejan de pertenecer a este estamento durante el ejercicio con posterioridad al desempeño del mismo, dedicándose más o menos plenamente a su función municipal, no apareciendo por sus puestos de trabajo, siendo envidiados primero, y despreciados después por sus propios compañeros¹⁶.

Por ello, sugería que los alcaldes debían ser elegidos por sufragio universal y los candidatos propuestos por un grupo gubernamental y una oposición al régimen. El alcalde debería poder nombrar directamente delegados de servicios para funciones

¹⁴ Número de diciembre de 1969 de la Revista *Índice*.

¹⁵ Presentado por Carrero, ante el Consejo Nacional del Movimiento, se trató de una nueva reafirmación de los principios del régimen, una defensa cerrada de sus características y una negativa rotunda a cualquier cambio. Pero, a partir de las anteriores consideraciones, Carrero propuso al Consejo Nacional el estudio de las medidas que aquel considerara convenientes en una serie de puntos como eran: Política cultural, criterios operativos para una política que sirva a la unidad de los hombres y las tierras de España, política económica, social y sindical, formación y promoción de la juventud, desarrollo político desde la base constitucional de las Leyes fundamentales del Reino, relaciones estado-iglesia y estudio sobre la juventud. YSAS, P. y MOLINERO, C.: *Anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, p.171 y ss.

¹⁶ ARV/F.RdeA/M.2901-2902 Consejero nacional designado por Franco/Contestaciones y sugerencias de los consejeros nacionales.

ejecutivas, por tanto quedaba con mayores atribuciones que antes. En cambio, el pleno municipal quedaba despojado de funciones ejecutivas para pasar a ser solo un órgano administrativo y consultivo. Aquí pasaría a ser fundamental la creación de una oposición al gobierno fiel a los principios fundamentales.

En definitiva, la creación de una izquierda del régimen. Aunque la idea parece muy ambigua, como bien se concretó¹⁷, propuso la autorización de dos grandes asociaciones una más conservadora y otra de acusado sentido social. Una asociación de «carácter aperturista, socializador, avanzado y creador». Una «izquierda», en sus palabras, que fomentara la participación en determinadas decisiones y ámbitos relativos a la política que se dirigiera a la reforma de la empresa, que impidiera la especulación del suelo y frenase el monopolio de la banca privada por el camino de la nacionalización o por sistemas de competencia sindical. La aceptación de esta idea, defendida por muchos falangistas a la altura de 1969¹⁸, se forjó discursivamente como alternativa al enemigo nacionalcatólico y explica choques de Rincón con el Opus Dei, esa derecha que había estado ahí siempre, como él decía, conformada como una «santa mafia» y a la que había que combatir con todos los medios¹⁹.

Ello explica sus ideas sobre educación, apoyando la realizada por el Estado siempre que fuera posible. La enseñanza debía ser gratuita, afirmaba, orientada a la creación de líderes. Sobre la nación apoyaba una realidad plurirregional, al servicio de Europa, fomentando la descentralización administrativa. Junto con ello, para el exalcalde, la juventud necesitaba, y el país también, un canal para manifestar discrepancias y para poder llevar a la práctica sus deseos en lo político, económico y social²⁰.

Todo ello explica que, en un momento determinado, la desunión ideológica presente en la clase dirigente hiciera imposible continuar con un proyecto franquista. Y las posibilidades que se abrían, ante la ya cercana muerte del dictador, posibilitaban

¹⁷ YSAS, P. y MOLINERO, C.: *op. cit.*, p. 196.

¹⁸ Ideas falangistas resumidas en la obra de GARCÍA, J. (comp.): *La Falange imposible*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2007.

¹⁹ Tomamos aquí la referencia que usa Rincón en su correspondencia cuando se refería al Opus Dei, recomendando a muchos la lectura del libro de YNFANTE, J.: *La prodigiosa aventura del Opus Dei: génesis y desarrollo de la santa mafia*, París, Ruedo Ibérico, 1970. —ARV/F.RdeA/M.2930-2931. Temas Varios Alcaldía-Dimisión—.

²⁰ ARV/F.RdeA/M.2901-2902 Consejero nacional designado por Franco/Contestaciones y sugerencias de los consejeros nacionales.

plantear determinados proyectos novedosos que respondían a una cambiante realidad social.

Una revolución siempre pendiente: Claves de una gestión «desde la izquierda»

Pero esta evolución personal e ideológica, ¿se plasmará en su acción de gobierno concreta? Para responder a esta cuestión debemos analizar su proyecto político falangista y los principales rasgos de su gestión política más amplia: la que tuvo lugar al frente de la alcaldía de Valencia de 1958-1969. Características que nos permitirán entender como su formación ideológica no va desligada de lo que fueron sus obras concretas pensadas, todas ellas, en la construcción de un nuevo estado «modernizador, avanzado y creador». Rincón, inserto en un proyecto político municipal que aúna toda una concepción simplificada del espacio urbano con aquella frase de «una ciudad del Movimiento», representa un sector nostálgico de un proceso revolucionario que nunca llegó. Por ello, la transformación urbana que el franquismo infligió a la ciudad era un buen elemento para insistir en la novedad revolucionaria que el franquismo suponía. Esta política, orientada a ganarse a un sector social amplio, a medida que la ciudad y el país se transformaban en una coyuntura de cambio derivada de las políticas económicas y sociales de los planes de estabilización, derivó en situaciones concretas que vamos a analizar.

Rincón daba mucha importancia a «la ciudad del Movimiento», en la línea de otros como Fernández Cuesta. Sería de la opinión de apostar, como veremos, por barrios interclasistas, donde el hogar familiar fuese lo más importante, en una ciudad «fraternal y humana». El alcalde fundando su idea de urbanismo en lo definido por Adolfo Posada y Gabriel Alomar²¹ y conectado a su concepción falangista, planteaba la ciudad como verdadero organismo en el que el hombre encontrase las condiciones esenciales para una vida digna «según el ideal de su tiempo y de su pueblo». Así, la ciudad aparecía como un «espacio humano fraternal, donde el bien espiritual y físico

²¹ Adolfo Posada, autor de la obra *El régimen municipal en la edad moderna*, ocupó la cátedra de derecho municipal comparado desde su creación en Madrid a principios del siglo XX. Gabriel Alomar representa el ideal falangista de proyecto urbanístico; arquitecto mallorquín, autor del Plan Alomar de 1943, su proyecto de segunda fase del ensanche de la capital balear resultó la fijación del ideal urbanístico franquista. Véase RINCÓN DE ARELLANO, A.: «Valencia, de cara al porvenir», en VV.AA.: *El futuro de Valencia*, Valencia, Publicaciones del Ateneo Mercantil, 1959. Posteriormente publicaría la misma conferencia actualizada en RINCÓN DE ARELLANO, A.: *Valencia, 1957-1967*, Valencia, Imprenta J. Doménech, 1969.

del hombre se convertía en el principal objetivo; ciudades donde las clases sociales no se decanten en barrios, sino que el ambiente de fraternidad y el sentimiento cristiano y natural de comunidad se deje sentir en todas las esferas». Para lograrlo resultaba clave la elaboración de un plan urbanístico que regulase espacios, los reformulase y reestructurase las orientaciones e intereses de cada zona²².

Un plan regulador que venía definido y condicionado por la propuesta de desvío del río Turia tras los sucesos de la gran riada de 1958 y que marcaría un antes y un después en la fisionomía urbana. El desvío del río Turia, unido a la urbanización de espacios naturales como «El Saler», respondía, por tanto, a una solución integral, a ojos de Rincón revolucionaria, planteando zonas de expansión, lugares comerciales, turísticos y de servicios. Esta solución preveía, además, el crecimiento de Valencia según un modelo atómico, como el que se había ejecutado en Londres o Estocolmo diez años antes.

Pero será en la gestión del transporte urbano donde podemos observar con detenimiento la perspectiva ideológica del alcalde. Para ello optó por un sistema, a tenor del contexto, revolucionario, con una idea polémica y compleja como fue el SALTUV, la Sociedad Anónima Laboral de Transportes Urbanos de Valencia que se dedicó a gestionar la circulación de tranvías, autobuses y trolebuses. Legalmente la empresa se constituyó como una sociedad donde los empleados eran dueños de dos acciones y las restantes pertenecían a una fundación llamada FULTUV; el Consejo directivo de SALTUV a la vez era también administrador de dicha fundación²³. La sociedad anónima laboral que se constituyó tenía como objetivo asumir la desastrosa situación dejada por la empresa anterior. Pero, optando

²² Lo que sí que existía en la ciudad era un plan General de Ordenación que comprendía a Valencia y los veintinueve pueblos que formaban su cinturón o zona circundante. Este proyecto, confeccionado por la Oficina Técnica de la Comisión de Ordenación de la provincia, cuya realización estaba confiada por decreto de 14 de octubre de 1949 a la Corporación Administrativa creada al efecto «Gran Valencia», apenas se desarrolló. Respecto del casco de la capital, estaba previsto su división en zonas o sectores para que cada uno de ellos fuera objeto del proyecto parcial correspondiente. Así, en el primer momento, solo existió un plan orgánico y de conjunto realizándose sucesivas y aisladas mejoras urbanas como proyectos de reforma interior.

²³ La memoria realizada en el quinto año de gestión de la empresa resulta una clara justificación de la idea del SALTUV, una empresa gestionada por los trabajadores y que se presentaba como posible vía de reforma de la empresa. El memorándum incluye «importantes puntos de meditación a quien esté interesado por la realidad social de nuestro país, al estudio jurídico liberal de la empresa comunitaria en un régimen capitalista o bien el análisis de la función del sindicalismo y su relación con la empresa, hasta una exposición de los logros y de la problemática en una esfera meramente técnica» Véase: VV.AA.: *La empresa comunal. Una experiencia española de socialización*, Valencia, Saltuv, 1970, p. 9.

implícitamente por esta forma de organización empresarial, se ponía el acento en la insuficiencia de la forma capitalista de la empresa «con su gestión autocrática y su atribución insolidaria del beneficio frente al personal y frente a la sociedad en general». Por otro lado, dicha organización se presentaba como solución al problema social y, a la vez, al problema económico que arrastraba la empresa. Optando por este modelo se implicaba directamente al trabajador con una colaboración de ambas categorías sociales, «así se disminuye el conflicto social y se ayuda a la solución de importantes problemas, tales como la reestructuración de la empresa o la reducción del personal a causa de la racionalización impuesta por el progreso técnico».

SALTUV constituyó una experiencia singular en el proceso de transformación de la empresa a lo largo de la dictadura y conectó con aquella idea de defender lo social, «ya que en ella se respeta la forma más pura de organización jurídica del capital, a saber: la sociedad anónima; pero se nutre de un contenido totalmente nuevo: las acciones pertenecen íntegramente al trabajo, mediante su atribución a los miembros del personal singularmente considerados y al mismo personal como ente colectivo a través de la Fundación Laboral que sirve su común interés».

Debemos subrayar que como edil municipal tuvo que hacer frente a los problemas derivados del crecimiento urbanístico de la ciudad y a los nuevos retos que durante los años sesenta y setenta la ciudad experimentó dado su creciente peso económico entre las ciudades españolas. De su mandato perdurará, en toda una memoria colectiva, la ejecución de dos grandes proyectos: el «Plan Sur» y la urbanización del paraje natural de «El Saler», Ambos planes representaban la política de expansión urbanística descontrolada del franquismo y del proyecto falangista de ciudad. Además, las dos ejecuciones supusieron una lucha interna continua entre los miembros elite municipal con los barrios y asociaciones vecinales, abriendo la puerta a la reivindicación ciudadana que será fundamental en la transición. Lo que nos deja su gestión no es más que la radiografía de una forma de entender la política, el urbanismo, la gestión municipal y, claramente, la dictadura. En definitiva, como firmaba Rincón de Arellano, «las revoluciones había que hacerlas y después justificarlas».

Rincón de Arellano y los proyectos políticos enfrentados

Nuestro protagonista fue el alcalde del franquismo que más perduró en el cargo hasta su dimisión en 1969. Su sucesor, López Rosat, lo explicaba de la siguiente manera:

Adolfo Rincón de Arellano estuvo al frente del Ayuntamiento alrededor de once años. Hubo un motivo concreto para su dimisión, y es que había tenido un choque personal y político muy fuerte con el que era subsecretario del Interior, un catalán cuyo nombre no recuerdo ahora. Pues bien, resulta que Franco hizo en 1969 un cambio de política, y nombró mucha gente del Opus. Rincón de Arellano había hecho recientemente unas declaraciones bastante críticas con el Opus. El subsecretario le llamó la atención, cosa que Adolfo le sentó muy mal. Entonces se produjo un enfrentamiento considerable²⁴.

Su dimisión, debida al ascenso del Opus, el nombramiento de Garicano Goñi como ministro de la Gobernación, en sustitución del veterano Camilo Alonso Vega, y el ascenso de Cruilles de Peratallada como subsecretario del Ministerio, llevaron a un conflicto abierto entre las partes. Como aseguraba Rincón:

Creo que una cosa es estar en desacuerdo con el gobierno y otra muy distinta enfrentarse con el Régimen. Yo puedo estar en desacuerdo con un gobierno, pero no estoy en contra del Régimen. Pienso que es imprescindible montar una izquierda del sistema político español²⁵.

Podemos llegar a pensar que la evolución de Rincón de Arellano era la de esa Falange real contrapuesta a la «hipotética», en palabras de Dionisio Ridruejo, que ostentó desde un primer momento el poder, tiñendo de «azul» una serie de medidas pragmáticas, generalmente conservadoras y paternalistas y en ocasiones populistas, en palabras de Amando de Miguel²⁶. Aunque con Rincón encontramos un componente más: la política como forma de vida que le llevaría a no vacilar presentando una dimisión ruidosa y un proyecto político que consideraba plausible para la realidad social del momento. Y la clave del asunto es que los falangistas y Rincón no fueron siempre el sector del gobierno influyente, sino más bien el «social» el que atendía a las

²⁴ Posiblemente con el catalán se refería a Santiago Cruilles de Peratallada, nuevo subsecretario de gobernación tras la remodelación ministerial, catalán de origen, será hombre de confianza del nuevo ministro de gobernación: Tomas Garicano Goñi. Entrevista a López Rosat en ZABALA, F. y MARÍ, R.: *La Valencia de los años 60*, Valencia, Ayuntamiento de València, 1999, pp. 95-103 y ARV/F.RdeA/M.2920 Correspondencia exalcaldes del Ayuntamiento de Valencia. Correspondencia con López Rosat.

²⁵ DHC-AO/CU133

²⁶ DE MIGUEL, A.: *Sociología del franquismo*, Barcelona, Éxito, 1978, p. 195.

demandas y los problemas, pero nunca el que recogía o administraba el dinero, el que marcaba las líneas de la política económica y presupuestaria. En Rincón encontramos una queja a las políticas sociales que se estaban realizando y, en definitiva, a un franquismo como él no había soñado.

Por ello, el 8 de noviembre de 1969, Adolfo Rincón de Arellano presentaba su dimisión como alcalde de Valencia. Una de las principales figuras políticas del «desarrollismo» valenciano dejaba su cargo y una ciudad transformada en un contexto de inicio de desgaste del franquismo. La noticia fue recogida por los principales medios de comunicación locales y estatales motivando una gran sorpresa para la mayoría de la opinión pública. La renuncia de este edil a seguir ostentando el mando de una de las principales ciudades españolas fue justificada alegando motivos personales, algo muy alejado de la realidad. Todo parecía indicar que detrás de aquella decisión se escondía una fuerte motivación política. Habrá que esperar a unos meses después, en una entrevista en las páginas de *Índice*, para que el propio protagonista diera una mayor explicación del suceso²⁷, y demostrará que su dimisión escondía una fuerte disensión de la elite española en pleno final del franquismo. Su institucionalización y, por tanto, la idea de continuar con un determinado sistema tras la desaparición física del dictador dejaba fuera a parte de la elite falangista que proponía nuevas formas de organización del régimen sin Franco. Dichas propuestas de sistema político, a la altura de los últimos años de vida de la dictadura, vienen a demostrar la situación de incertidumbre y de división de la elite dirigente. Algo que no fue solo consecuencia de los conflictos de clientela o de cuestión asociativa sino, de la propia actitud de fondo de los protagonistas políticos y de la forma como veían la evolución social²⁸. Por tanto, la salida de Rincón de Arellano debe situarse en un contexto general, alejada de las razones personales que se argumentaron, para pasar a ser una renuncia claramente contestataria por parte de una elite que estaba empezando a dejar de contar en el sistema.

No es casualidad que Rincón renunciara pocas semanas después de la famosa remodelación y triunfo del gobierno «monocolor» diseñado por López Rodó y Carrero

²⁷ Número de diciembre de 1969 de la Revista *Índice*.

²⁸ TUSELL, J. y QUEIPO DE LLANO, G.: *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la transición. (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003.

Blanco. Tampoco podemos olvidar que 1969 fue el año de la proclamación de Juan Carlos de Borbón como sucesor a la Jefatura del Estado, un triunfo del «proyecto carrerista» que fue visto por la «vieja guardia falangista» como una usurpación encaminada a constituir la monarquía del Movimiento. Un proyecto culminado por los tecnócratas, consolidados en el poder, que se injerían en las gestiones locales y regionales por medio de una potente red de gobernadores civiles. La política se estaba convirtiendo en un campo de batalla, si no lo había sido ya, entre varios y múltiples proyectos de una elite que entendía que después de Franco se abría la puerta a ocupar su vacío y el futuro del estado.

Unos proyectos que intentaban dar una respuesta a la «sociedad en ebullición» que estaba desarrollándose, desgastando políticamente al Régimen en un doble sentido: por una parte, desafiando su capacidad para proveer a sus bases para la paz social y el orden y por otra «erosionando su cohesión conforme se enfrentaba a este desafío»²⁹. Esta división, sin prácticamente solución de continuidad, llevará al replanteamiento del régimen después de la muerte del dictador. Como ha desarrollado Ismael Saz³⁰, la historia del franquismo es la historia de sus crisis que ejemplifican, lo que ya afirmábamos, sobre la importante división en la clase dirigente que, en gran medida, fue una cuestión de talante e incluso de dedicación³¹. La crisis de gobierno de 1969, viene a suponer una de las más significativas, pues descartó el proyecto falangista dentro del régimen explicando su evolución posterior.

Para entender también dicho enfrentamiento debemos retrotraernos a la aparición de la familia tecnocrática en el poder. Una elite político-administrativa, especialistas en economía y derecho, miembros o simpatizantes de la organización religiosa Opus Dei y con fuertes relaciones con el mundo empresarial. Como ha destacado Glicerio Sánchez, el inductor de este grupo en la política del régimen fue Laureano López Rodó, secretario general técnico del Ministerio de la Presidencia del Gobierno y antes catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad de Compostela. Con la incorporación tecnocrática al régimen de partido único, se generó un enfrentamiento político que alcanzó su nivel más alto en el verano de 1969, meses

²⁹ *Ibidem*, p. 13.

³⁰ SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68 (2007), pp. 137-163.

³¹ TUSELL, J. y QUEIPO DE LLANO, G.: *op. cit.*, p. 26.

antes de la dimisión de Rincón, cuando en la mesa del Consejo de Ministros estalló el caso MATESA³², prueba ineludible de la división acuciante de la clase política del régimen en torno a proyectos políticos enfrentados³³.

La elite tecnocrática desplazará, de forma progresiva, a la elite más vinculada al falangismo formando un importante «lobby» de presión y situándose en el entorno de Franco a finales de los años sesenta. Asuntos espinosos como la Ley Sindical propugnada por José Solís, o la política al frente del Ministerio de Información llevada por Manuel Fraga, considerada «laxa» por estos sectores más conservadores, incluido como se trató en prensa el escándalo MATESA, llevó a una división profunda del Consejo de Ministros y, por consecuencia, de la elite al frente.

Pero la renuncia debe entenderse también una vez hemos analizado la personalidad y visión política del dimisionario y representante de aquella «vieja guardia falangista» que había vivido el conflicto armado. Médico de profesión e impulsor de la FET-JONS en Valencia, logró realizar una rápida carrera política en la región, siempre con la vista puesta en la «revolución pendiente» y concibiendo su labor como un «servicio a la Patria y al Caudillo». Su carrera política en Valencia, primero, y en Madrid, después, le llevaron a relacionarse con los principales círculos político-económicos como presidente de la Diputación y procurador en Cortes.

Todo ello le posicionó claramente en la alcaldía al dimitir el Marqués del Turia tras los sucesos de la Riada de 1957³⁴ e incluso fue considerado por Pilar Primo de Rivera entre uno de los falangistas descontentos que hicieron lo que pudieron por hacer del Régimen un sistema falangista como habían soñado³⁵.

³² Como caso MATESA entendemos el fraude económico realizado por la empresa Maquinaria Textil del Norte S.A. que cobró créditos derivados a la exportación de forma fraudulenta. La vinculación de su principal accionista, Vilá Reyes, con la familia tecnocrática y con ministros relacionados con López Rodó era una realidad palpable. Algo que se anunció de forma reiterada en la prensa del Movimiento, controlada en aquel momento por el ministerio de Manuel Fraga. Por este motivo el malestar, en el Consejo de Ministros, fue en aumento y resultó el detonante de la crisis política de 1969.

³³ SÁNCHEZ RECIO, G.: *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos de poder político*, Barcelona, Flor de Viento Ediciones, 2008.

³⁴ Se conoce como la Gran Riada de Valencia a la inundación que tuvo lugar el 14 de octubre de 1957, en la cuenca del río Turia, a su paso por la ciudad de Valencia y que causó más de 80 muertos, además de cuantiosos daños materiales. Tras la riada, ante la tardanza de las ayudas por parte del gobierno, el alcalde de Valencia, Tomás Trénor Azcárraga, se enfrentó al gobierno franquista, el cual le destituyó. Pero el alcalde logró su objetivo puesto que se agilizó la ayuda a la ciudad y el proyecto de reforma urbana que la transformó. Véase PÉREZ PUCHE, F.: *Hasta aquí llegó la riada*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1997.

³⁵ PRIMO DE RIVERA, P.: *Recuerdos de una vida*, Madrid, Dyrsa, 1983, p.185.

Por tanto, en este sistema de confianzas y relaciones jerárquicas, tener influencia era fundamental para labrarse una buena carrera política. Adolfo Rincón de Arellano, cuya vida va más allá de la gestión local, intentó administrar determinadas relaciones, interviniendo, de alguna manera, en la construcción de un nuevo mapa político posible tras Franco. Y en 1969, constatado el hecho de que cualquier cambio de calado era prácticamente inviable, podemos detectar pequeños indicios de miembros de la elite que estaban empezando a pensar en un franquismo sin Franco³⁶. La cultura política falangista formada por hombres y mujeres lo intentó. Su trayectoria respondía claramente a aquella idea de José Antonio cuando afirmaba que «nuestro Movimiento no es una manera de pensar tan sólo, es una manera de ser».

³⁶ Espacios para pensar, dentro del ámbito político, podían ser desde el Consejo Nacional del Movimiento como las Cortes franquistas que resultaban ser espacios de encuentro y relación de la elite de las diferentes provincias. Desde la apertura de las primeras cortes eran procuradores todos los alcaldes de las capitales de provincia y el resto de municipios elegían otro procurador por provincia. Después de 1967 quedaron solo como procuradores natos los alcaldes de poblaciones de más de 300.000 habitantes.

**ENTRE LA FUERZA DEL MASTODONTE Y LA RESERVA DE DINOSAURIOS.
FALANGE Y LAS ELECCIONES MUNICIPALES DE REPRESENTACIÓN FAMILIAR
EN ARAGÓN, 1948-1973**

Carlos Domper Lasús
Universidad de Zaragoza

«Nosotros, los hombres de la Falange, sinceramente miramos con muy poca simpatía todo lo que se refiera a sufragios y comicios democráticos. Sentimos ante estas cosas un cierto desprecio, pero en este caso, en beneficio de la Patria, a las órdenes del Caudillo, cumplimos disciplinadamente cual soldados de permanente milicia. Allá cada uno con sus festines y sus melindres. Nosotros callamos y con ello hacemos de nuestro silencio castrense una lección para los del desagüe impotente y cobarde.»¹

Las elecciones municipales de representación familiar fueron tan solo una más de las diversas convocatorias electorales, con diferente censo y función, alrededor de las cuales el franquismo trató de articular un falso sistema de representación política, que le permitiese legitimarse exterior e interiormente y poner en marcha un mecanismo de renovación periódica no conflictiva del personal político de segunda línea, en apariencia mucho menos discrecional. De acuerdo con el tema de reflexión propuesto por este congreso y desde el microenfoque que permite la historia local, mi comunicación pretende aproximarse al estudio de la Falange ahondando en dos aspectos hasta hora escasamente abordados por la historiografía². La efectividad con la que FET desarrolló su cometido en la organización y puesta en marcha de los citados comicios, y el lugar que los mismos ocuparon en la conformación y desarrollo de la cultura política de una parte del falangismo.

La fuerza del mastodonte (1948-1963)

Franco, claramente forzado por el devenir de los acontecimientos, anunció en el verano de 1945 la pronta celebración de elecciones municipales orgánicas en España, presentándolas como el paso inicial que conduciría a una progresiva apertura política.

¹ Fragmento del editorial «Murmuradores» del Diario *Nueva España* (Huesca), 6 de noviembre de 1948, p. 2.

² Aunque existen algunos trabajos sobre las elecciones municipales franquistas, salvo honrosas excepciones, excesivamente descriptivos o con un carácter meramente cuantitativo, lo cierto es que son prácticamente inexistentes los que centran su foco de atención en FET-JONS. Quizás el más relevante, por no decir el único, sea el artículo de MIRANDA J.A. y PÉREZ, J.F.: «Actitudes falangistas ante las elecciones municipales (1948-1957)», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, 8-9 (1991-1992), pp. 139-147. Yo mismo he contribuido recientemente a este campo con mi trabajo «¡Aragoneses votad! ¡Franco os necesita! Las elecciones municipales de representación familiar de 1948 en Aragón», comunicación presentada al *VIII Congreso de Historia Local de Aragón*, celebrado en Rubielos de Mora entre el 30 de junio y el 2 de julio de 2011.

No obstante, el anuncio coincidió con el final de la II Guerra Mundial y el comienzo de un periodo de gran incertidumbre para el Régimen, por lo que su realización se pospuso hasta 1948, cuando la situación internacional comenzó a mostrarse más favorable a los intereses de la dictadura.

Finalmente, la convocatoria tuvo lugar en noviembre de 1948. Por aquel entonces, FET-JONS era sin lugar a dudas un auténtico “mastodonte burocrático” puesto que continuaba teniendo el monopolio de la vida política pero, en la medida en que los complejos aparatos de los organismos de encuadramiento habían seguido funcionando incluso en los años más difíciles, también de la social. La Sección Femenina, el Frente de Juventudes, la Organización Sindical, la Prensa del Movimiento, y el entramado del poder local en gobiernos civiles, diputaciones y ayuntamientos «estaban trufados de falangistas que siguieron haciendo su trabajo durante los años de la “travesía del desierto” a pesar de la pérdida de protagonismo»³. A finales de los cuarenta, nadie dudaba de que era Falange quien controlaba la situación política y social.

Con el final de la década y el comienzo de la siguiente, los negros nubarrones que cubrieron el camino de los falangistas en la segunda mitad de los cuarenta comenzaron a desaparecer. A la altura de 1948, con el explícito apoyo de Franco, el nombramiento de Raimundo Fernández Cuesta como Secretario General del Partido, el ostracismo internacional más suavizado y las peores consecuencias de la desastrosa gestión económica ya superadas, Falange volvió con fuerza al primer plano de la política nacional. Ahora que el Régimen parecía consolidado, sin alternativa real posible, los falangistas estaban dispuestos a jugar con fuerza en el terreno intelectual y político para lograr una mayor influencia en todos los ámbitos del estado franquista.

De alguna manera los falangistas sintieron que había llegado su momento, que tras haber sobrevivido a la guerra y postguerra mundiales, ahora las cosas serían diferentes. Sin embargo, eran plenamente conscientes de la impopularidad y la mala imagen que el trabajo sucio realizado durante años para el régimen, sin contrapartidas visibles ante la población, les había granjeado entre amplios sectores de la sociedad española, especialmente entre los trabajadores. De hecho, para la mayoría de la población seguían la violencia de la represión y también todo lo malo de la dictadura.

³ RUIZ, M.Á.: «La *vieja savia* del Régimen. Cultura y práctica política de Falange» en MATEOS, A. (ed.): *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, p. 280.

Como digo, los miembros del Partido conocían perfectamente este descontento y sabían de su débil posición ante una gran parte de los españoles, por ello trataron de ganárselos poniendo en marcha una política de realidades que destacara su vertiente asistencial y social. Ese fue el motivo por el que durante los años siguientes, tanto desde el Ministerio de Trabajo, como desde los ayuntamientos, diputaciones provinciales y gobiernos civiles, FET intentó apadrinar la construcción de viviendas protegidas a bajo costo, la concesión de créditos para obras y nuevos proyectos de mejora en ámbitos locales y provinciales y, en general, todo tipo de acciones de mejora que mostraran su clara voluntad «social».

Sin embargo, un temor todavía mayor que el del rechazo social atenazaba por aquel entonces a los falangistas. El miedo a que la aceptación de España entre las democracias occidentales, aumentase la influencia de estas en el seno del régimen y, como consecuencia de todo ello, el Partido viera disminuida su capacidad de control sobre el entramado administrativo del Estado. FET podía aceptar, aunque quejosa y a regañadientes, que en las fotos oficiales los representantes del Estado aparecieran sin la camisa azul y sin el brazo en alto, pero no estaba dispuesta a permitir bajo ningún concepto que se le arrebataran los puestos de trabajo e influencia conseguidos en el Estado como botín de guerra.

No obstante, era evidente que cuanto mayor fuese la aceptación internacional de la dictadura, mayor necesidad tendría esta de superar el régimen de excepcionalidad sobre el que se encontraba asentada y de forjar un marco político con una base más estable y normalizada. Ese fue precisamente uno de los objetivos del gobierno franquista al tratar de introducir en la vida pública procedimientos de representación que, sin recurrir a los partidos políticos y ampliando o reduciendo el sufragio en función de sus necesidades, le permitiesen exportar la imagen de una ciudadanía participando tanto en el proceso de la toma de decisiones, como en la constitución de las instituciones políticas⁴.

⁴ Un buen resumen de todos los procedimientos electorales alrededor de los cuales se articuló el nuevo sistema de representación política del franquismo puede encontrarse en RUIZ, M.Á.: “Las elecciones franquistas (1942-1976). Limitaciones al sufragio universal”, *Historia* 16, Extra II (Abril 1977), pp. 85-94. CUADRADO, M.M.: «Representación. Elecciones. Referéndum», en FRAGA IRIBARNE, M. (et alii): *La España de los años 70. Vol. 3. El Estado y la política*, Madrid, Moneda y Crédito, 1974, pp. 1371-1439.

A decir verdad, toda la normativa que reguló la puesta en marcha de la *democracia orgánica*, fue escrupulosamente fiel a los fundamentos ideológicos de la dictadura. A pesar de ello, los jerarcas falangistas se pusieron inmediatamente a la defensiva cuando, el 7 de octubre de 1948, el Boletín Oficial del Estado publicó el Decreto por el que el Ministerio de la Gobernación convocaba las primeras elecciones municipales a las que habría de enfrentarse el régimen, y señalaba las fechas en las que cada uno de los tres tercios corporativos en los que se entendía que estaba dividida la sociedad deberían acudir a las urnas para elegir a sus representantes en el ayuntamiento⁵.

Como señalaron José Antonio Miranda y Juan Francisco Pérez a principios de los noventa, «la vocación totalitaria de la ideología falangista provocó que el solo anuncio de la celebración de elecciones levantara una oleada de indignación»⁶. De hecho, tanto los sectores más rígidos en sus concepciones, como los líderes, no escasos, que consideraban irrenunciables sus compromisos políticos con el ideal falangista, se mostraron en un principio poco predispuestos a que unas elecciones «inorgánicas» manchasen la pureza del régimen, precisamente en la administración local, donde los falangistas disfrutaban de mayor grado de control⁷.

⁵ Las elecciones municipales franquistas constituyen un sistema de representación política de carácter no competitivo, puesto que en ellas nunca se puso en juego ninguna alternativa política, y orgánico, dado que estaban basadas en la destrucción de los partidos políticos y los candidatos se presentaban en nombre de uno los tercios corporativos de la sociedad en los que la dictadura los había encuadrado (familia, sindicatos y entidades culturales y profesionales). Por otro lado, la participación en las mismas de candidatos y electores estaba sujeta al cumplimiento de un elevado número de requisitos y condicionada a la aceptación explícita de los principios ideológicos del régimen, que además controló intensamente todos los aspectos relacionados con la celebración de dichas citas electorales y trató de manipularlas en su favor. Por último, las funciones reales a desempeñar por los concejales elegidos fueron de escasa importancia, ya que los agentes realmente ejecutivos de las corporaciones municipales eran los alcaldes, y estos fueron siempre nombrados discrecionalmente bien por los gobernadores civiles, bien directamente por el Ministro de la Gobernación. No obstante, dado que el objetivo de esta comunicación no es analizar las características, funcionamiento y ordenamiento legal de las elecciones municipales franquistas, remito para todo lo que tenga que ver con estos aspectos a los excelentes trabajos de MORENO, R.: «Las consultas franquistas: la ficción plebiscitaria» en MORENO FONSET, R. y SEVILLANO FRANCISCO, F. (eds.): *El franquismo. Visiones y balances*, Alicante, Universidad de Alicante, 1999, pp. 77-175; ÍD.: «Las elecciones del tercio familiar en el régimen franquista» en MORENO FONSET, R. (ed.): *Plebiscitos y elecciones en las dictaduras del sur de Europa (siglo XX)*, Alcoy, Marfil, pp. 135-173. SEVILLANO, F.: «El nuevo estado y la ilusión de la “democracia orgánica”. El referéndum de 1947 y las elecciones municipales de 1948 en España», *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 374-387. GARCÍA, D.: «Las elecciones municipales del franquismo» en *El franquismo: el régimen y la oposición. Actas de las IV Jornadas de Castilla la Mancha de investigación en archivos. Vol. 1.*, Guadalajara, ANABAD, 2000, pp. 253-270.

⁶ MIRANDA, J.A. y PÉREZ, J.F.: *op. cit.*, pp. 140-141.

⁷ Julián Sanz Hoya y Martí Marín i Corbera han defendido con toda solvencia en algunos recientes trabajos como, sobre todo desde la llegada al Ministerio de la Gobernación de Blas Pérez en 1942, los gobiernos civiles recayeron mayoritariamente en notorios falangistas. Esto permitió que el número de gobernadores

Con todo, los popes del Partido eran conscientes de su dependencia del favor de Franco y de lo vital que resultaba para la normalización exterior y la estabilización interior de su dictadura la puesta en marcha de este nuevo sistema de representación. Por eso, como refleja perfectamente la cita que encabeza este texto, decidieron ser pragmáticos y, bajo la sufrida capa del patriotismo, asegurar la supervivencia de su organización. Para ello, FET activó todos los mecanismos que ponía a su alcance la mastodóntica estructura burocrática que poseía con el objetivo de controlar la totalidad del proceso electoral. Desde su preparación y la selección de candidatos, hasta el escrutinio de los votos y la utilización propagandística de los resultados.

En realidad, FET ya había demostrado en el referéndum sobre la Ley de Sucesión realizado el año anterior su importante papel en el control político de la sociedad. Para lo que aquí interesa, entre las diversas funciones de propaganda y control que llevaron a cabo los falangistas conviene resaltar el minucioso sondeo que la Delegación Nacional de Información e Investigación desarrolló en todos los municipios del Estado sobre el grado de adhesión que la población procesaba al Régimen. El estudio no hizo sino confirmar que “cabía esperar una oposición mayor a medida que aumentase el tamaño de los núcleos de población, lo cual daba razones al régimen para dudar de la posibilidad de obtener el apoyo abrumador que precisaba para consolidarse”⁸.

Era más que palmario que, aun a sabiendas de su poderoso potencial burocrático, Falange se sentía débil e insegura a la hora de escuchar la voz amordazada de una población que estaba atravesando penurias económicas y frente a la que sabía que no tenía buena imagen. En este sentido las palabras del Gobernador Civil de

comprometidos con el ideario nacionalsindicalista y la posición del partido fuese creciendo hasta convertirse en netamente hegemónico, desplazando casi por completo a los representantes de otras sensibilidades u orígenes políticos. Estos gobernadores aprovecharon su posición para impulsar el asalto falangista a ayuntamientos y diputaciones, asegurando así el control político de su provincia por parte de FET-JONS. De ese modo, la llegada de los gobernadores en camisa azul supuso un fuerte avance de la cuota de poder de Falange en la periferia, promoviendo procesos de renovación de los cuadros intermedios e inferiores, a través de la promoción de excombatientes, excautivos, camisas viejas allí donde era posible, y, en general, hombres identificados con FET o que gozasen de su confianza. MARÍN, M.: «Els governadors civils del primer franquisme: sis personatges en busca d'autor» en YSAS SOLARES, P. (ed.): *CD Actas congreso internacional Europa 1939: el año de las catástrofes*, Barcelona 22, 23 y 24 de abril de 2009. SANZ, J.: «Camarada gobernador: Falange y los gobiernos civiles durante el primer franquismo» en NICOLÁS MARÍN, M.A. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.): *CD Ayeres en discusión. Temas claves de historia contemporánea hoy*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008. ÍD.: «Jerarcas, caciques y otros camaradas. El estudio de los poderes locales en el primer franquismo», *Historia del Presente*, 15 (2010/1), 2ª época, pp. 19 y 20.

⁸ MIRANDA, J.A. y PÉREZ, J.F.: «El franquismo intranquilo: la manipulación electoral en el referéndum de 1947» en TUSELL, J., GIL, J., MONTERO, F. (dirs.): *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, p. 602.

Zaragoza resultan altamente reveladoras. En su opinión, el ambiente en el que se vivía era de «incertidumbre, de inseguridad, de provisionalidad», y aunque tenía claro que las raíces de dicho clima estaban en la situación internacional, no le cabía la menor duda de que sus efectos se agudizaban debido a la actuación de los «saboteadores de nuestro régimen al socaire de las enormes dificultades de abastecimiento de todas clases por que atravesamos». Por todo ello, pensaba que «sería erróneo en estas circunstancias sentirnos optimistas» y entendía que era imprescindible «trabajar con ahínco para que la gran masa apolítica se incline a nuestro favor en un momento dado»⁹.

De todos modos, para evitar sorpresas desagradables en aquellos lugares en los que se consideraba que la fuerza del aparato burocrático de FET no era lo suficientemente poderosa como para garantizar que el régimen controlara el proceso electoral, se decidió eliminar la posibilidad de que los cabezas de familia acudieran a las urnas. Para ello, los legisladores franquistas introdujeron en el decreto del Ministerio de la Gobernación de 30 de septiembre de 1948¹⁰ un artículo, el 21, según el cual «la proclamación de candidatos equivale a su elección como concejales en los distritos donde el número de aquellos no fuera superior al de estos». Este resorte legal permitió tanto al Régimen como al Partido colocar a sus candidatos sin necesidad de exponerse a un escenario político y social no controlado totalmente por ellos. El caso de la ciudad de Teruel constituye un claro ejemplo.

En la capital del Bajo Aragón, los cabezas de familia no pudieron elegir a sus representantes en el ayuntamiento hasta noviembre de 1957, casi diez años después de que la dictadura pusiera en marcha las elecciones municipales corporativas. Una situación que ya en 1948 los propios falangistas trataron de argumentar desde su propio periódico, *Lucha*, aduciendo que «tal vez por la personalidad de los señores que componían la candidatura, los turolenses no hayan creído necesario enfrentarle ninguna otra, pues se consideran todos ellos muy dignamente representados»¹¹. Sin embargo, desde mi punto de vista y en línea con lo ya apuntado más arriba, la

⁹ Los entrecomillados en el Informe remitido por la Jefatura Provincial de FET y de las JONS en Zaragoza a la Delegación Nacional de Información e Investigación el 21 de octubre de 1946. Citado por MIRANDA, J.A. y PÉREZ, J.F.: «El franquismo intranquilo...», *op. cit.*, p. 603.

¹⁰ *Boletín Oficial del Estado* (en adelante BOE) del 7 de octubre de 1948.

¹¹ Diario *Lucha*, 23 de noviembre de 1948, p.4.

debilidad de la que adolecía el aparato del Partido a finales de la década de los cuarenta en la provincia de Teruel proporciona un marco explicativo mucho más cabal y próximo a la realidad.

En este sentido, aun cuando a mediados de 1948¹² la situación política de «inquietud y temor»¹³, que durante buena parte de los años cuarenta provocó en el Bajo Aragón la actuación del Maquis, había sido resuelta gracias a la «actitud demostrada por el mando en la represión del bandolerismo»¹⁴. Lo cierto es que, como amargamente le reconoció el Delegado Provincial de Sindicatos (Jesús Milián) al Delegado Nacional de Provincias en una carta fechada el 18 de enero de 1949, aunque por aquel entonces «las actuaciones terroristas» habían terminado, tanto el apartamiento de las funciones de represión de las mismas al que fue sometido el Partido por parte de los gobernadores civiles y jefes provinciales Ruiz Castillejos y Herrero Lozano, como la falta de visión de los mandos y, en especial, «la inexistencia de una organización política a la que supeditar toda actuación de carácter gubernativo», hicieron que Falange no pudiese recuperarse¹⁵.

En este contexto, el artículo 21 permitió a FET y al Ministerio de Gobernación situar en el consistorio turolense a hombres de su total confianza sin necesidad de arriesgarse a infiltraciones de personas no deseadas o a que, alrededor de la celebración de los comicios, pudieran realizarse actuaciones destinadas a socavar la legitimidad de la dictadura, denunciando la falsedad de las políticas de representación puestas en marcha por la misma. No obstante, al ahondar en las características políticas de los concejales designados durante estos seis años salta a la vista la fragilidad de las estructuras del Movimiento en la provincia, puesto que aun cuando no tuvo que hacer frente a la compleja tarea de controlar y dirigir los diferentes procesos electorales, fue la jefatura de las tres provincias aragonesas que menos afiliados logró colocar en el ayuntamiento de su correspondiente capital entre 1948 y 1954.

¹² En el parte mensual de agosto de 1948, enviado por el Jefe Provincial del Movimiento a la Delegación Nacional de Provincias el primero afirmaba, en relación a las actuaciones del Maquis, que «la normalidad en toda la provincia es grandísima». Archivo General de la Administración (en adelante AGA) (9)17.19 51/20683.

¹³ Parte mensual de abril de 1947. AGA (9)17.10 51/20683.

¹⁴ Parte mensual de agosto de 1948, AGA (9)17.19 51/20683

¹⁵ AGA (9)17.10 51/20756

En otro orden de cosas, desde las instancias oficiales siempre sostuvieron, incluso en aquellos lugares donde no se celebraron, que las elecciones municipales carecían de significado o contenido político y se limitaban a constituir un acto de carácter puramente administrativo en el que todos los ciudadanos estaban involucrados. A pesar de ello, lo cierto es que a nadie, tampoco a los falangistas, se le ocultó el cariz político que, al margen de todas sus limitaciones, adoptaron estos comicios. En primer lugar porque se convirtieron en el mecanismo elegido por la dictadura para regular la cooptación de una parte del personal político de segunda fila. En segundo lugar porque, gracias a la abstención, muchos vieron en ellas una vía a través de la cual poder manifestar cierta disidencia.

Solo un férreo –pero al mismo tiempo sutil– dominio de todo el proceso, permitiría al partido extraer el mayor de los beneficios tras el escrutinio de los votos y desactivar la amenaza que podía suponer a su omnipotencia sobre la política local la elección de personas no vinculadas a él. En otras palabras, Falange pretendía que los ayuntamientos estuviesen regidos por «hombres competentes, honestos, entusiastas y prestigiosos» pero, sobre todo, «impregnados de su fe política» y dispuestos a proyectar «en su labor municipal la inspiración de nuestra doctrina»¹⁶.

Para conseguirlo, los falangistas no dudaron en aprovechar su preponderancia sobre los procesos electorales con el fin de manipularlos en beneficio propio y poder así ejercer un control exhaustivo de las candidaturas presentadas, aceptando solo las oficiales y rechazando sutilmente las restantes. Un método que, al menos en las capitales aragonesas y durante el periodo estudiado, resultó de lo más efectivo puesto que no solo evitó que llegaran a los ayuntamientos hombres contrarios al régimen¹⁷, sino que permitió que el porcentaje de concejales elegidos que eran miembros de FET fuese siempre muy elevado, en Huesca resultó del 100% en las cinco elecciones que se

¹⁶ Los entrecomillados en la circular reservada enviada por la Delegación Nacional de Provincias a todas las jefaturas provinciales en octubre de 1948 citada en MORENO, R.: «La presencia de los grupos políticos en el régimen de Franco a través de las elecciones municipales de 1948» en TUSELL, J., GIL, J., MONTERO, F. (dirs.): *op. cit.*, p. 615.

¹⁷ Solo hubo una excepción que se produjo en Zaragoza en 1954. Aquel año resultó elegido Enrique Cucalón Tejero, un guardia municipal relacionado con el Frente Popular de 1936. No obstante, fue rápidamente cesado de su cargo y su vacante cubierta en las siguientes elecciones. La información sobre el pasado político de Enrique Cucalón en AGA (9)17.10 51/20821.

celebraron entre 1948 y 1960, y aun en sus peores cifras, registradas en Teruel, no bajase nunca del 50%¹⁸.

El éxito fue más relativo a la hora de movilizar a los cabezas de familia para que acudieran en masa a las urnas. Dado que la puesta en marcha de este sistema electoral era en última instancia un guiño propagandístico a las potencias democráticas occidentales, la dictadura temió que un bajo nivel de participación desvirtuara la legitimidad que pretendía alcanzar con su celebración. Por ello, especialmente a través de FET y sus aparatos de coacción y propaganda, trató de lograr el máximo grado posible de participación. Si nos guiamos por las cifras oficiales disponibles para las tres capitales aragonesas, la labor del Partido a la hora de movilizar al electorado fue nuevamente impecable puesto que en Huesca y Teruel estuvieron siempre muy cercanas o bastante por encima del 70% y en Zaragoza, un espacio claramente industrial, oscilaron entre el 68% y el 52%.

Estos datos contrastan llamativamente con las constantes alusiones de los gobernadores civiles al «poco entusiasmo» que despertaron los comicios municipales entre los aragoneses¹⁹. A decir verdad, la ausencia de lucha electoral y el habitual conocimiento de quienes iban a resultar elegidos antes de que se celebrasen, hicieron que estos vieran las votaciones como una pantomima y se burlaran frecuentemente de ellas. En consecuencia, además de constatar el engrosamiento general de las cifras oficiales de participación, convendría disminuir el alcance del trabajo realizado por FET en este ámbito y señalar que el, con todo, alto nivel de participación logrado durante las primeras convocatorias electorales respondió, antes que a una efectiva labor de los falangistas a la hora de socializar un sistema de representación en el que no creían, tanto a los rescoldos del poderoso y todavía cercano fenómeno de movilización política organizado con ocasión del referéndum de 1947, como al miedo a la capacidad coercitiva del régimen entre una población que, mayoritariamente, había abandonado

¹⁸ Además de pertenecer al partido, en su gran mayoría estos hombres no habían participado en la vida política con anterioridad a la guerra civil y, al menos hasta principios de los sesenta, muchos de ellos, especialmente en Huesca y en Zaragoza, ostentaban con orgullo la condición de excombatientes del bando rebelde.

¹⁹ Estos términos fueron utilizados por el Jefe Provincial del Movimiento de Huesca para describir al Secretario General del Movimiento el ambiente en el que se habían desarrollado las elecciones en la capital altoaragonesa. AGA (9)17.10 51/20697.

todo interés por la política, preocupada como estaba por obtener los recursos necesarios para poder sobrevivir²⁰.

Los jerarcas provinciales del partido, que abrumadoramente vieron en las elecciones un síntoma de los derroteros impuros que para ellos estaba tomando el régimen, trataron de utilizar el desinterés de los electores para resaltar la multitud de problemas que la celebración de las mismas acarrearba y pedir su desaparición, puesto que como afirmó en 1955 Marcos Peña Rollo, gobernador civil de Teruel, era «indudable que las elecciones en sí mismas no movilizan ni despiertan el interés de las masas» advirtiendo que dicha situación se iría «agrandando más y más», hasta convertir las votaciones en «rutinarias y desprovistas de interés e ilusión»²¹. Entre quienes se alinearon de inmediato con aquellos que deseaban la supresión de los comicios estaba la primera autoridad provincial de Zaragoza, que, en aquel mismo año, no dudó en solicitar la vuelta al sistema de designación discrecional de los concejales, alegando para ello que cuando los ayuntamientos eran elegidos directamente por las autoridades, estas podían escoger a «los hombres apropiados para el momento, lo que daba una mayor eficacia al conjunto»²².

En el mismo informe en el que aparecen las palabras que acabo de citar, Marcos Peña Rollo escribió lo siguiente: «no cabe duda de que a la masa no debe dejársela sola, pues ni piensa ni discurre por ella misma, hace falta dirigirla y vigilarla y si se hace así puede llegar a seleccionar a los mejores. El dejarla en plena libertad de acción, es peligroso y desemboca en lo que repudiamos, en el sufragio universal con todas sus consecuencias»²³. Era un buen resumen de lo que pensaban gran parte de los falangistas acerca de unos procesos electorales sobre los que, según ellos, existía «una falta absoluta de fe»²⁴. No obstante, aunque se discutieran aspectos puntuales de su funcionamiento, e incluso se llegara a plantear su eliminación, todos eran conscientes de que su supervivencia estaba directamente ligada a la continuidad del Caudillo al

²⁰ Parte mensual de Julio de 1950, enviado por el Jefe Provincial del Movimiento de Zaragoza a la Delegación Nacional de Provincias. AGA (9)17.10 51/20766.

²¹ Los entrecomillados en el Informe sobre las elecciones de 1954 redactado por Marcos Peña en enero de 1955. AGA (9)17.10 51/20804

²² Los entrecomillados en el Informe sobre las elecciones de 1954 redactado por el gobernador civil de Zaragoza en enero de 1955. AGA (9)17.10 51/20804

²³ Informe sobre las elecciones de 1954 redactado por Marcos Peña en enero de 1955. AGA (9)17.10 51/20804

²⁴ Informe sobre las elecciones de 1954 redactado por el gobernador civil de Zaragoza en enero de 1955. AGA (9)17.10 51/20804

frente de la dictadura, por eso nadie llegó a cuestionar nunca la lealtad básica al Régimen.

La reserva de dinosaurios (1963-1973)

Las revueltas estudiantiles de 1956 marcaron para Falange, y también para la dictadura, el comienzo de un imparable proceso de decadencia frente al cual su único objetivo fue sobrevivir. Muchos percibieron que el Régimen había fracasado y trataron de asegurar un *statu quo* que habilitara a los falangistas para perpetuarse en puestos de poder. La institucionalización se vio entonces como la única solución para salvar la maquinaria del Partido y mantener su unidad interna.

El primer acto de ese grito por la supervivencia lo protagonizó, tras su regreso a la Secretaría General del Partido, José Luis Arrese. Este intentó sacar adelante un proyecto de nuevas leyes fundamentales que pretendía recuperar el peso político de Falange en el régimen y, a la vez, proporcionarle un proyecto de continuidad inexistente hasta el momento, más allá de las difusas referencias a la ley de 1947. Sin embargo, pomposas declaraciones de intenciones al margen, los falangistas solo intentaban asegurarse la supervivencia y, sobre todo, garantizarse su continuidad en los puestos que ocupaban a lo largo y ancho de la geografía española y de la administración a todos los niveles.

Las propuestas de Arrese fueron calificadas por muchos de sus críticos como «totalitarias» y pronto encontraron el claro rechazo de aquellos que no se identificaban nítidamente con el falangismo, especialmente de los monárquicos ligados a Carrero y enseguida de la Iglesia y el Ejército. El propio Franco rechazó al parecer borrador tras borrador hasta que finalmente, en febrero de 1957, ordenó paralizarlas y apartó a su impulsor de la dirección del Movimiento, poniendo nuevamente de manifiesto la falta de anclajes del futuro de Falange más allá de su propia voluntad²⁵.

La salida de Arrese de Alcalá 44, se completó con la entrada en el gobierno de hombres sin pasado político, profesionales que, si partían de una lealtad básica al régimen, no estaban comprometidos con la militancia en Falange o con alguno de los grupos ligados a la época de la Segunda República o la guerra. Estos hombres fueron

²⁵ Una excelente y actualizada visión de la evolución interna de Falange durante los años cincuenta puede encontrarse en RUIZ, M.Á.: *op. cit.*, pp. 277-304.

los artífices del cambio económico inaugurado en 1959 con el Plan de Estabilización, que permitió la liberalización económica del país y la inclusión del mismo en los circuitos del capitalismo internacional.

El periodo abierto a partir de entonces trajo consigo una fuerte movilidad social, con ascenso y estabilización de las clases medias, mayor poder adquisitivo de los trabajadores y la irrupción de un «principio de legitimidad tecnocrático»²⁶ que, fomentando valores como el desarrollismo, la eficacia, el europeísmo, el consumismo, etc., provocó una mayor despolitización de la sociedad en la medida en que la compra de un piso, un coche o una televisión, vestir mejor o tener vacaciones anuales, sustituyeron a los viejos ideales de cambio e hicieron que la sumisión al régimen ya no se basara tanto en el temor o el mero conformismo, sino en los beneficios que para la clase media traía la nueva sociedad de consumo que la dictadura muy pronto convirtió en su aliada.

Esta nueva situación conllevó la definitiva postergación de FET JONS como punto de referencia del poder y como agente político efectivo. Por eso, aun cuando mantuvo sus estructuras y enorme aparato burocrático, su presencia en la vida cotidiana de los españoles tuvo un tono mucho más comedido, menos ideologizado y claramente más burocratizado. Esta pérdida de poder real alcanzó inmediatamente las provincias debido a que el liderazgo de los gobernadores civiles y jefes provinciales del Movimiento, pasó a depender mucho más de su propia personalidad que de unas competencias políticas venidas a menos salvo en lo referido estrictamente a problemas de orden público²⁷. Asimismo, Julián Sanz indicó hace algunos años como a finales de los cincuenta y principios de los sesenta comenzaron a aparecer algunos gobernadores de inclinación católica e incluso vinculados al Opus Dei²⁸.

Dado que los gobernadores civiles eran una pieza fundamental del entramado de control y manipulación de las elecciones municipales de representación familiar puesto en marcha por Falange desde finales de los cuarenta, el impacto de su pérdida de poder pronto repercutió en los resultados de las mismas. De este modo, a partir de

²⁶ SOLÉ-TURA, J.: «Elecciones municipales y estructura del poder político en España» en *Estudios de ciencia política y sociología. Homenaje al profesor Carlos Ollero*, Madrid, 1972, p. 792.

²⁷ RUIZ, M.Á.: «Dictadura y desarrollo», en FORCADELL ÁLVAREZ, C. (coord.): *Historia contemporánea de Aragón*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1993, p.350.

²⁸ SANZ, J.: «Camarada gobernador: Falange y los gobiernos civiles durante el primer franquismo...», *op. cit.*

1963 los falangistas vieron como el número de afiliados que conseguían colocar en los plenos municipales de las tres capitales aragonesas a través de esos comicios descendió de forma drástica y continua²⁹. Mientras todos los concejales elegidos por este tercio en Huesca en 1960 pertenecían al Movimiento, en 1973 este porcentaje solo alcanzaba el 33,3. Lo mismo ocurrió en Zaragoza, donde del 75% obtenido en 1960 se pasó al 25% en 1973. Finalmente, en Teruel sucedió algo similar y mientras en 1957 (no dispongo del dato de 1960) todos los elegidos pertenecían a FET, en 1973 esta cifra solo alcanzó el 33,33.

A pesar de las circunstancias adversas, desde Falange trataron de resistir a los proyectos para su anulación dispuestos desde el Gobierno por Carrero y López Rodó. Para ello, conscientes como eran de que, tras los cambios socioeconómicos y generacionales que había sufrido, la dictadura necesitaba una nueva legitimidad, desde 1963, al calor de los intentos de «sindicalización» del Movimiento puestos en marcha por Solís, debatieron fórmulas que permitieran insuflar vida a su organización asegurándole un lugar en el futuro de la vida política del país sobre la base más representativa tolerable por su antiliberalismo. Por esa vía, impulsando la representatividad de sectores amplios de la sociedad a través de sus estructuras sin dejar por ello de denostar la «falsa democracia republicana», entendían que podían competir con las políticas hegemónicas promovidas desde la Presidencia del Gobierno por los tecnócratas.

Durante los años sesenta, las páginas de los periódicos del Movimiento y los informes de algunos gobernadores civiles, se llenaron de apelaciones a aquello que Raimundo Fernández Cuesta había denominado en 1949 como una «democracia falangista bien entendida»³⁰, así como de propuestas para aumentar el interés ciudadano por las elecciones municipales de representación familiar. Entre los diarios aragoneses pertenecientes a FET que más se involucraron en la difusión y defensa de

²⁹ Ante el alarmante descenso del número de afiliados que eran elegidos como concejales, Falange decidió tomar medidas para inculcar a los nuevos concejales «las principales ideas de responsabilidad y estímulo para la buena marcha de su actividad al frente de la administración municipal». En esa dirección ha de entenderse la organización en Teruel en 1963 de un curso especial para concejales del tercio de representación familiar que tuvo lugar en la Delegación Provincial de Asociaciones del Movimiento. Memoria sobre la marcha de la provincia en 1964 realizada por el Gobierno Civil de Teruel. AGA (8)003.002 44/11464.

³⁰ Diario *Patria* (Granada), 21 de octubre de 1949. Citado por HERNÁNDEZ, C.: «Desempolvado las camisas viejas: revitalización falangista y combate por España en el marco local», contribución del autor a este mismo congreso.

esa nueva «preocupación del Movimiento por revestir de mayor amplitud y vigor a las estructuras de nuestra democracia municipal»³¹, destacó el periódico *Amanecer* de Zaragoza.

Desde sus páginas se apoyó la necesidad de «recuperar o reconquistar el sentido democrático» aunque siempre «a través de las unidades nacionales de convivencia» y sin recurrir a «los antiguos moldes que llevaban consigo gérmenes de guerra civil». En opinión de los redactores zaragozanos, el verdadero arraigo de la democracia europea no partía de los «antiguos partidos» sino de «sus movimientos nacionales que han dado base a la convivencia». Para ellos, el mundo tendía hacia una «repristinación y autentificación de la democracia» sobre la base «de una nueva convivencia nacional» que, en España, estaba representada por el Movimiento, por mucho «empeño que fuera y dentro se le haya querido dar al carácter de momentáneo y hasta de imitador de fenecidos totalitarismos»³².

En aquellos mismos años Víctor Fragoso del Toro, «camisa vieja» y Gobernador Civil de Huesca, constató con gran rotundidad que «el actual sistema [de representación municipal] adolece de falta de adaptación a las circunstancias presentes y no cuenta con el asentimiento y respaldo popular indispensables», concluyendo sin ambages que «se halla en crisis». Para salvarlo, según su parecer, era conveniente «establecer un sistema representativo capaz de asegurar la participación de los ciudadanos», aunque sin olvidar que «ni las circunstancias actuales son las mismas que se daban en las épocas en las que fueron promulgadas las anteriores leyes municipales españolas», ni que «lo que puede ser excelente para ciertos países no ha de serlo necesariamente para el nuestro».

Por todo ello, partiendo de la necesidad de buscar fórmulas y sistemas que «garantizando esa mayor representatividad ahora propugnada a todos los niveles, procuren también asegurar la necesaria eficacia en la gestión de los cargos públicos aquí implicados», la máxima autoridad provincial oscense proponía tanto la supresión del tercio de entidades, e incluso del sindical, para acrecentar el de representación familiar y la intervención de los vecinos en el nombramiento del Alcalde, «porque aun cuando se amplíe la base electiva de los concejales [...] mientras el representante

³¹ Diario *Amanecer*, 2 de noviembre de 1963, p. 4.

³² Los entrecomillados en Diario *Amanecer*, 8 de noviembre de 1966, p. 1.

máximo de la corporación municipal sea designado sin más por la Autoridad gubernativa, el principio de representatividad fallará»³³.

Sin embargo, desde las altas esferas del Estado los tecnócratas no adoptaron ninguna medida en este sentido y, a pesar de los cambios que la sociedad española estaba sufriendo desde finales de los cincuenta, el sistema de representación municipal permaneció inalterado. No podía resultar extraño entonces que en los informes que a final de año realizaban los gobernadores civiles haciendo balance de la situación de su provincia, muchos de ellos continuaran aludiendo a una «atonía política general»³⁴ o a la existencia de una «indiferencia por las cuestiones de tipo político»³⁵.

Dejando al margen la ciudad de Huesca, donde los cabezas de familia continuaron acudiendo masivamente a elegir a sus concejales³⁶, desde 1966, a diferencia de lo ocurrido durante la década de los cincuenta y principios de los sesenta, esa indolencia fue unida en las otras dos capitales aragonesas a un descenso de los índices de participación en los comicios municipales. Así, mientras en Teruel la caída fue real pero poco significativa, se pasó de un 73,3% en 1966 a un 59,9% en 1973, en Zaragoza el desplome fue especialmente notable, llegándose a alcanzar porcentajes de votación inferiores al 33%.

Evidentemente, aquello no fue casual. En 1964 Zaragoza fue declarada Polo de Desarrollo Industrial, algo que reforzó su papel de «locomotora» económica de la región y disparó su crecimiento, con todas las consecuencias urbanísticas y sociales

³³ Los puntos de vista aquí citados de Víctor Frago sobre el sistema de representación municipal en el Informe que el mismo realizó sobre las elecciones municipales de 1966 en la provincia de Huesca. AGA (8)003.002 44/12138. En 1969 el gobernador madrileño volvió a insistir en este asunto en su Informe sobre la situación política de la provincia de Huesca. AGA (8)022.004 52/491. En un sentido similar, aunque sin ser tan explícitos y sin aportar soluciones, se pronunciaron el gobernador civil de Teruel en el informe sobre la marcha de la provincia de 1966 AGA (8)003.002 44/12141 y el gobernador civil de Zaragoza en su informe sobre la situación de la provincia de 1970 AGA (8)003.002 52/498.

³⁴ Memoria de actividades del Gobierno Civil de Teruel de 1965. AGA (8)003.002 44/11696.

³⁵ Informe sobre la situación general de la provincia de Zaragoza de 1965. AGA (8)003.002 44/11697.

³⁶ En su Informe sobre las elecciones municipales de 1966 en la provincia de Huesca. AGA (8)003.002 44/12138, Víctor Frago asociaba esta alta participación al mayor conocimiento de los candidatos y de sus posibilidades, existente en los núcleos de población con reducido número de habitantes. No obstante, en mi opinión esas bajas tasas de abstención se explican mucho mejor aludiendo tanto a la continuidad de los valores subyacentes tales como la tradición conservadora, la persistencia del voto clientelar o el bajo nivel de modernización económica y social de la capital oscense y su provincia, como por los mayores frutos producidos por la coerción en ámbitos reducidos. MORENO, R.: «Las consultas franquistas: la ficción plebiscitaria...», *op. cit.*, p. 135.

que el mismo trajo consigo³⁷. En ese contexto, tal y como sucedió en el resto de núcleos urbanos industrializados del país, se produjo una elevada abstención que no respondió al desinterés o a la desinformación de sus habitantes sino que, muy al contrario, tuvo un alto componente político, de rechazo al sistema de representación orgánico en los ayuntamientos, a la uniformidad de los candidatos presentados y al escaso margen de maniobra que los concejales tenían respecto al alcalde³⁸.

Coincidió plenamente con Damián González Madrid cuando afirma que Falange deseaba trascender los límites de la plaza de Oriente y los libros de afiliados para ir al encuentro de esa mayoría de españoles no hostiles al régimen. El problema fue que, mientras el otrora poderoso aparato de Falange se convirtió en un gaseoso Movimiento sin apenas fuerza política, su Secretaría General se mostró incapaz de articular un programa social convincente que le permitiese cambiar la mala imagen, asociada a la represión y la violencia de muchos años, que la gran mayoría de españoles tenía de Falange. De ese modo, el peligroso vacío que Franco siempre temió en ausencia de un instrumento político que canalizase adecuadamente la adhesión popular, acabó produciéndose por la presencia disminuida del mismo. Además, su lugar no fue ocupado por rivales de la *coalición reaccionaria*³⁹, sino por nuevas generaciones que atendían a fórmulas, anhelos, y místicas alternativas, enemigas de la continuidad de la estructura dictatorial⁴⁰.

A pesar de la poderosa fuerza que su mastodóntico aparato burocrático le proporcionaba a finales de los cuarenta, tras su alejamiento una década después de las altas esferas del poder y ante los cambios que la prosperidad produjo en la sociedad española, FET fracasó en su intento de construir una nueva legitimidad para el régimen, y para sí misma, mediante la configuración de una alternativa al Estado

³⁷ Una buena aproximación a las consecuencias del desarrollismo en la sociedad aragonesa, especialmente en Zaragoza, puede encontrarse en RUIZ, M.Á.: «Dictadura y desarrollo...», *op. cit.*, pp. 337-360.

³⁸ Dado que no es el tema de esta comunicación remito para todo lo que tenga que ver con la abstención electoral en la España de Franco a los excelentes trabajos de LÓPEZ, L.: «Abstencionismo electoral en contextos no democráticos y de transición: el caso español», *REIS*, 2 (1978), pp. 53-69; y SOLÉ-TURA, J.: *op. cit.*, pp. 785-799.

³⁹ SÁNCHEZ, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959: diversidad de origen e identidad de intereses*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996, pp. 27-31.

⁴⁰ GONZÁLEZ, D.: «Un movimiento político para la adhesión popular: la Falange de Franco» en el *X Congreso de la Asociación de historia contemporánea*, celebrado en Santander los días 16 y 17 de septiembre de 2010. www.unican.es

desarrollista y apolítico defendido por Carrero basada en la apertura de nuevos cauces de representatividad con los que recuperar el aliento y el favor popular.

Incapaz de imponerse a otros sectores de la dictadura en unas elecciones municipales que, sobre todo en las grandes capitales industrializadas como Zaragoza, cada vez movilizaban a sectores más pequeños de la población, y comprobando como una gran mayoría de los integrantes de aquellos que habían sido sus principales sectores de socialización, trabajadores y estudiantes, acudían en masa a las filas del antifranquismo, el Movimiento no consiguió hacerse con una base directa de poder que le asegurase alguna posibilidad de sobrevivir a la implantación de una monarquía o a una desaparición temprana de la figura de Franco.

Poco a poco, la organización creada por el Caudillo en 1937 con el objetivo de canalizar el apoyo popular a su régimen, fue convirtiéndose en una «reserva de dinosaurios»⁴¹ que pasaban sus últimos días disfrutando de unos privilegios logrados en tiempos ya muy lejanos que recordaban con nostalgia y sobre los que hablaban con orgullo a unas nuevas generaciones que, ignorando o conociendo muy vagamente el significado de las camisas azules y los correaes, pasaban por su lado mirándoles con la extrañeza de quien observa algo que no encaja en el contexto que le rodea, y con la indiferencia de aquel que acude a un museo cuyas obras no le interesan.

Conclusiones

A finales de los cuarenta Falange volvió al primer plano de la política con todo el poder que le proporcionaba su mastodóntico aparato burocrático intacto. Por aquel entonces la dictadura estaba concluyendo la operación cosmética encaminada a ser aceptada entre las potencias occidentales, una de cuyas últimas medidas fue la puesta en marcha de las elecciones municipales de representación familiar. En un principio FET se mostró poco predispuesta a que unas elecciones manchasen la pureza del Régimen, precisamente en la administración local, donde ellos disfrutaban de mayor grado de control. Pero conscientes de su imposibilidad de sobrevivir sin Franco y de la necesidad que este tenía de las mismas para garantizar su continuidad, mantuvieron la

⁴¹ Debo reconocer aquí la autoría de este magnífico símil a Miguel Ángel Ruiz Carnicer, con quien mi deuda intelectual, y también personal, es cada día mayor.

lealtad a su líder y se apresuraron a utilizar todo su poder en provincias para evitar que el mismo se viese disminuido a causa de aquellos comicios.

Lo sucedido en las tres capitales aragonesas constituye un claro ejemplo del éxito logrado por los falangistas en su labor de control de los procesos electorales y en su intento por monopolizar la ocupación de las vacantes concejiles. Sin embargo, muestra también las dificultades del Partido para socializar, entre una población fundamentalmente preocupada por sobrevivir y en no pocos casos contraria a la dictadura, las bondades de un sistema de representación municipal en el que ellos no creían.

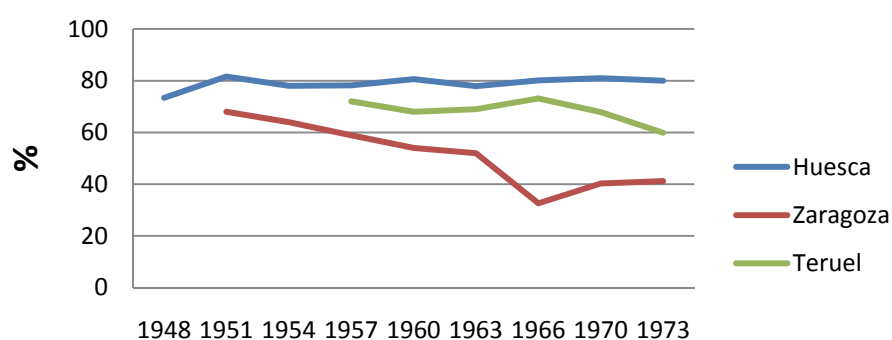
La llegada de los tecnócratas al poder supuso el alejamiento de Falange del Gobierno y la puesta en marcha de una política de liberalización económica que provocó grandes transformaciones en la sociedad española. El Partido conservó su poderoso aparato burocrático, pero al ser alejado del Gobierno perdió peso político efectivo. Las consecuencias en la administración periférica no tardaron en llegar y, según muestra el ejemplo aragonés, pronto, comenzó a descender el número de militantes que FET era capaz de colocar en los Ayuntamientos a través de las elecciones de representación familiar.

En su intento por recuperar el pulso del Movimiento y dotar al Estado de un proyecto de institucionalización que garantizase a FET un papel destacado en el mismo y, sobre todo, la conservación de las prebendas obtenidas durante la guerra, José Solís trató de insuflar vida al Partido impulsando, entre otras cosas, la representatividad de sectores amplios a través de sus estructuras. En ese contexto, las elecciones y la «democracia falangista bien entendida» adquirieron cierta centralidad en la cultura política de los jerarcas del Movimiento. Sin embargo, los falangistas ya no tenían poder en el Consejo de Ministros y ninguna medida fue adoptada en este sentido por unos tecnócratas que deseaban a toda costa integrar al Movimiento bajo el paraguas gubernamental.

No obstante, dejando a un lado su inexistente repercusión en el BOE, el cambio de discurso falangista sobre las elecciones llegó cuando, especialmente en ciudades industrializadas como Zaragoza, las transformaciones estructurales provocadas por el desarrollismo habían inhabilitado los comicios municipales como canal aceptable y aceptado de representación política para la mayoría de la ciudadanía. Algo fácilmente comprobable al observar los datos de participación en dichos procesos electorales a partir de 1966.

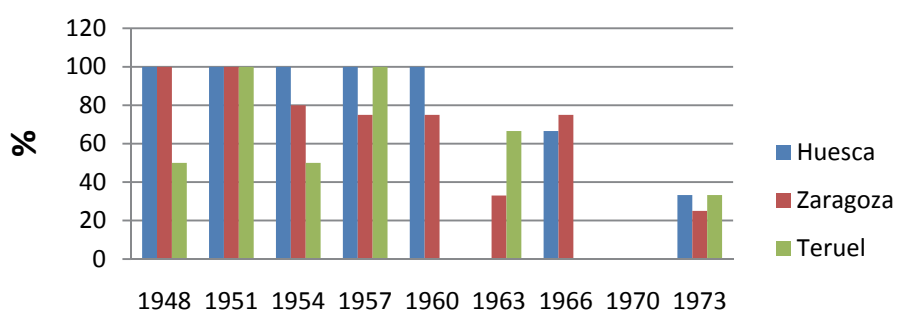
APÉNDICES

Participación



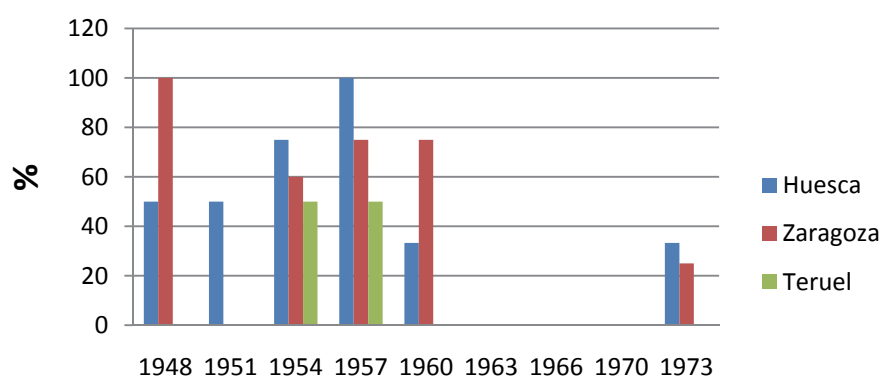
Fuente: Elaboración propia

Concejales elegidos afiliados a FET



Fuente: Elaboración propia

Concejales elegidos excombatientes



Fuente: Elaboración propia

TABLA DE DATOS RELATIVOS A LOS PROCESOS ELECTORALES CELEBRADOS EN LAS TRES CAPITALES ARAGONESAS ENTRE 1948 Y 1973 Y A
LOS CANDIDATOS ELEGIDOS EN ELLAS

	Participación			Afiliados FET			Excombatientes			Pasado político			Camisas Viejas		
	Huesca	Zaragoza	Teruel	Huesca	Zaragoza	Teruel	Huesca	Zaragoza	Teruel	Huesca	Zaragoza	Teruel	Huesca	Zaragoza	Teruel
1948	73,4	SD	-	100	100	50	50	100	SD	0	43	0	0	43	SD
1951	81,6	68	-	100	100	100	50	SD	SD	50	SD	0	0	SD	SD
1954	78	64	-	100	80	50	75	60	50	0	0	0	0	20	0
1957	78,24	58,9	72	100	75	100	100	75	50	0	0	0	0	0	0
1960	80,6	54	68	100	75	SD	33,3	75	SD	0	50	SD	0	0	SD
1963	77,91	52	69	0	33	66,6	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1966	80,12	32,6	73,13	66,6	75	SD	0	0	SD	0	0	SD	0	0	SD
1970	81	40,3	67,87	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1973	80,01	41,2	59,9	33,3	25	33,3	33,3	25	0	0	0	0	0	0	0

Fuente: elaboración propia.

SD. Se desconoce.

APROXIMACIÓN A FALANGE ESPAÑOLA EN EL PAÍS VASCO (1910-1945)

Iñaki Fernández Redondo*
Universidad del País Vasco

Introducción

El cometido de esta comunicación es doble. Por un lado, y tal y como se puede desprender del título, pretende ser el vehículo para un primer acercamiento a la realidad del *continuum* FE-FET en el ámbito del País Vasco. En este sentido, en las páginas siguientes plantearemos varias hipótesis a través de las cuales buscamos comenzar a explicar el fenómeno del falangismo vasco de manera acorde con las interpretaciones más recientes que se han hecho en la historiografía internacional sobre el fascismo. Por otro lado, esta comunicación se encuentra inserta dentro de un marco mayor, el de las labores de preparación de una futura tesis doctoral sobre Falange Española en el País Vasco. Así pues, esta comunicación también será una manera de dar a conocer nuestro trabajo entre la comunidad de historiadores dedicados al estudio del fascismo español y ofrecer a los mismos los primeros frutos de nuestra labor investigadora.

Hemos estructurado esta comunicación en dos partes siguiendo un criterio cronológico y temático. La primera de ellas, que lleva por título *Antecedentes literarios y culturales en el País Vasco*, recogerá las hipótesis que nos hemos planteado para explicar las importantes aportaciones que hizo un grupo de escritores vascos a la conformación de la cultura política falangista y esbozaremos, por lo ajustado del espacio del que disponemos, algunas de esas aportaciones. En la segunda parte, encabezada por el epígrafe *FE-FET en el País Vasco*, expondremos las hipótesis que manejamos para interpretar de manera satisfactoria los condicionamientos y características del devenir de Falange Española en cada una de las tres provincias vascas. Proporcionaremos indicaciones generales sobre aspectos como el grado de implantación en cada provincia, la sociología de los afiliados con anterioridad a la Guerra Civil, el papel que jugó en el auge de la violencia política que se experimentó a

* Esta comunicación ha sido realizada gracias a la inclusión del autor dentro del «Programa de Formación y Perfeccionamiento del Personal Investigador» del Departamento de Educación, Universidades e Investigación del Gobierno Vasco.

lo largo de la etapa republicana, la situación en la que quedó dentro del partido unificado y la cota de poder que alcanzó dentro de las instituciones de gobierno franquistas... Por último, y en adición a estas partes, incluiremos unas Conclusiones, en las que a modo de recapitulación, repasaremos las hipótesis y planteamientos que hayamos enunciado a lo largo de esta comunicación.

Antecedentes literarios y culturales en el País Vasco

Las áreas urbanas de Vizcaya y Guipúzcoa experimentaron a comienzos del siglo XX una etapa de importante renovación cultural como consecuencia del drástico cambio que sufrió su estructura socioeconómica tradicional a raíz del intenso proceso de industrialización del último tercio del siglo XIX. En un momento en el que las principales características de la *sociedad de masas* (migración, proletarización, conflictividad social y política, pérdida de los referentes de comprensión del mundo de las sociedades tradicionales...) se estaban dejando sentir se produjo una fuerte crisis moral y de identidad en la sociedad vasca, paralela a la que atravesaban otros territorios de España y Europa inmersos en procesos de modernización similares. Esta coyuntura crítica favoreció la aparición y extensión de diferentes movimientos culturales y proyectos políticos, entre ellos el fascismo, que se presentaron como la solución a los problemas y retos que entrañaba la sociedad moderna. De hecho, esta es la tesis que creemos que mejor contribuye a explicar la aparición en el Bilbao de las primeras décadas del siglo XX de una serie de literatos e intelectuales que desarrollaron gran parte de los supuestos ideológicos que después conformarían la doctrina de Falange Española, el partido más representativo del fascismo español. Estas elaboraciones ideológicas no serían más, ni menos tampoco, que respuestas ofrecidas a la profunda crisis de valores que se manifestó con el advenimiento de la modernidad.

Esta idea que acabamos de exponer es deudora de las tesis mantenidas por Roger Griffin que interpreta el fascismo como un producto del modernismo, entendido este último como «un término genérico para un enorme despliegue de iniciativas heterogéneas, individuales y colectivas, que se llevaron a cabo en las sociedades europeizadas en todos los ámbitos de la producción cultural y la actividad social desde

mediados del siglo XIX en adelante. Su común denominador se halla en el intento de lograr una sensación de valor, significado o propósito trascendentes a pesar de la pérdida de un sistema homogéneo de valores y una cosmología dominante de la cultura occidental provocada por las fuerzas secularizadoras y desarraigadoras de modernización»¹.

Es en este marco interpretativo en el que queremos situar la escena cultural local del Bilbao de las dos primeras décadas del siglo XX. En ella se desarrollaron una serie de personalidades que, como ya hemos señalado, desempeñaron un importante papel en la posterior conformación de la cultura política falangista. Se trata de Rafael Sánchez Mazas, Pedro Murlane Michelena y Jacinto Miquelarena. Ellos fueron los responsables de integrar en la doctrina falangista gran parte de los supuestos ideológicos que se elaboraron en los círculos intelectuales conservadores de Bilbao a comienzos de siglo.

Estos autores se reunían en torno a la tertulia del *Café Lion d'Or* y a la figura de su instigador, Pedro Eguillor Atteridge². Esta tertulia era uno de los grandes exponentes del conservadurismo de talante liberal de las clases preeminentes bilbaínas³, un conservadurismo que se vio progresivamente influenciado por las tesis corporativistas y autoritarias procedentes del continente europeo hasta desembocar, como en los casos de Sánchez Mazas o Murlane Michelena, en posturas abiertamente fascistas.

Aquí debemos hacer mención especial a uno de los contertulios del *Lion d'Or*, cuya influencia fue determinante en el desarrollo de los planteamientos que Sánchez Mazas, Murlane Michelena y Miquelarena llevaron a Falange Española. Nos estamos refiriendo a Ramón de Bastera, sobre cuyo influjo en la cosmogonía falangista ya han llamado la atención algunos autores⁴.

¹ GRIFFIN, R.: *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Tres Cantos (Madrid), Akal, 2010, pp. 8-9.

² Para más información sobre Pedro Eguillor consultar: AREILZA, J.M.: *A lo largo del siglo, 1909-1991*, Barcelona, Planeta, 1992, pp. 23-24; AREILZA, J.M.: *Así los he visto*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 61-70; BACIGALUPE, C.: *Cafés parlantes de Bilbao*, Bilbao, Cafés Baqué, 1995, Vol. I, pp. 55-59.

³ UNZUETA, P.: *Bilbao*, Barcelona, Destino, 1989.

⁴ MAINER, J.C.: *Falange y literatura: Antología*, Barcelona, Labor, 1971; DUPLÁ ANSUATEGUI, A.: «El clasicismo en el País Vasco: Ramón de Bastera», *Vasconia*, nº 24 (1996) pp. 81-100; CARBAJOSA, M. y CARBAJOSA, P.: *La Corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003.

Basterra sería el líder de una supuesta *Escuela Romana del Pirineo*, que, además de por él mismo, Rafael Sánchez Mazas y Pedro Murlane Michelena, estaría constituida por José María Salaverría, Esteban Calle Iturrino, Joaquín de Zuazagoitia y Fernando de la Quadra Salcedo. La existencia de esta Escuela es discutible; principalmente respondería al deseo de Basterra de constituir un grupo a semejanza de la *École Romane* iniciada en Francia por Jean Moréas. De hecho, será por medio del clasicismo, cuyo concepto de la belleza constituirá componente central de las culturas políticas fascistas⁵, como Basterra, Sánchez Mazas y Murlane Michelena se acercarán al nacionalismo autoritario de la *Action Française* de Charles Maurras⁶. En cualquier caso, para el propósito de esta comunicación no es tan relevante el grado de veracidad que pueda haber tras la afirmación de la existencia de la *Escuela Romana del Pirineo* como los presupuestos ideológicos y estéticos comunes que compartían sus «integrantes» y la interpretación que hagamos de los mismos.

Los planteamientos comunes de los miembros de la difusa *Escuela Romana del Pirineo*, procedentes en su mayoría del propio Basterra, serían los siguientes:

- Identificación de la Roma clásica con el culmen de la civilización occidental.
- Interpretación de España como continuadora de la misión civilizadora romana.
- Visión de la catolicidad como matriz cultural y política de Occidente.
- Creencia en la misión rectora de las élites, que llevarían a España a culminar su empresa universal.
- Justificación del imperialismo siempre que responda a «una misión civilizadora».
- Estética clasicista.
- Antirromanticismo .

La identificación de estos autores con el ideal de *romanidad*, con la cultura clásica, ha de entenderse como reacción ante el momento crítico, que ellos entendían como decadente, que atravesaba la civilización occidental. En este sentido, buscaron en el referente romano el orden y el sentido trascendente que consideraban que el mundo moderno había perdido. No debemos caer en reduccionismos simplistas

⁵ DUPLÁ ANSUATEGUI, A.: «Clasicismo y fascismo: líneas de investigación», en ÁLVAREZ MORAN, C., e IGLESIAS MONTIEL, R. M. (coords.): *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio: actas del congreso internacional de los clásicos. La tradición grecolatina ante el siglo XXI* (La Habana, 1 a 5 de Diciembre de 1998), 1999, pp. 351-359.

⁶ Sobre este punto consultar ORTEGA GALLARZAGOITIA, E.: «El discurso de las armas y las letras de Pedro Murlane Michelena: ideología y cultura», *Cuadernos de Alzate*, nº18 (1998) pp. 203-219.

tachando sin más esta postura de reaccionaria. De ser así, no podríamos explicar convenientemente el entusiasmo que alguno de ellos mostró ante otros fenómenos de la modernidad, como el que Rafael Sánchez Mazas reflejó en su *Apología de la historia civil de Bilbao*⁷ al alabar el poderío industrial y mercantil de la villa bilbaína tras su industrialización. Más bien se trataría de traer ciertos elementos del mundo antiguo a la modernidad, sería, por usar una expresión de Roger Griffin, «un proyecto de modernidad alternativa»⁸.

Estos supuestos ideológicos y estéticos que acabamos de exponer un poco más arriba serían asimilados en la doctrina de Falange Española de la mano de Rafael Sánchez Mazas y Pedro Murlane Michelena, pertenecientes al círculo íntimo de José Antonio Primo de Rivera y principales responsables de la elaboración del canon estético falangista. Ramón de Basterra falleció en 1928 a causa de una enfermedad mental por lo que cualquier apreciación sobre su posible evolución política no es más que mera especulación; sin embargo, no sería descabellado imaginarle un discurrir similar al de sus amigos que se integraron en Falange Española.

El papel de Rafael Sánchez Mazas dentro de Falange Española no se redujo al de ser un mero vaso comunicante entre el partido y los presupuestos de la Escuela Romana del Pirineo. Su actuación fue determinante en el devenir de Falange y ocupó un lugar preeminente dentro del partido joseantoniano: fue miembro fundador con el carnet número 4, miembro de la Junta de Mando Nacional tras la fusión con las JONS, miembro de la Junta Política, candidato en las elecciones de 1936 por Toledo y Madrid, redactor (junto con José Antonio Primo de Rivera) de la *Norma Programática de Falange* y de sus *Puntos Iniciales*...

Sin embargo, la aportación más importante de Sánchez Mazas (por la que Agustín de Foxá aseguró que en el futuro los investigadores analizarían su influencia en José Antonio y en Falange⁹) fue la que hizo a la conformación de la estética y doctrina falangistas. Como señalan los hermanos Carbajosa¹⁰, pese a que en la configuración de la retórica falangista participaron diversos escritores cercanos a Falange Española la

⁷ V.V.A.A.: *Un siglo en la vida del Banco de Bilbao: primer centenario (1857-1957)*, Bilbao, Banco Bilbao, 1957.

⁸ GRIFFIN, R.: *op. cit.*

⁹ FOXÁ, A.: «José Antonio», en VV.AA.: *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*, Barcelona, Ediciones Jerarquía, 1939, p. 97.

¹⁰ CARBAJOSA, M. y CARBAJOSA, P.: *op. cit.* p. 109.

aportación de Sánchez Mazas resultó fundamental. No en vano, Sánchez Mazas sería el encargado, tanto en la revista semanal *FE* como en el semanario *Arriba*, del apartado «Consignas de normas y estilo», en la que se exponía lo esencial de la doctrina y estética de Falange Española. También sería hacia su persona a la que se dirigirían las principales críticas por el tono «relamido» y excesivamente literario de las publicaciones falangistas.

Sánchez Mazas fue un escritor bastante conservador en su estilo, y los rasgos esenciales del mismo se manifestaron tempranamente en su obra. Siguiendo de nuevo a los hermanos Carbajosa¹¹, podemos señalar que en el segundo cuarteto de los *Siete sonetos ante el retrato de la condesa de Noailles*¹² de Sánchez Mazas se recogen los elementos centrales de la estética falangista:

Este es nuestro ascetismo: Damos como semilla
 aventada, las carnes a la hoya postrera
y, aunque pase la edad sin una primavera,
tras el Juicio tendremos primavera en Castilla...

Más allá de la presencia de diferentes ideas que en el futuro serán tópicos del pensamiento falangista (el sentido ascético de la vida, la idea de sacrificio, el ideal de servicio...) hay contenido en este cuarteto, y por influencia de su autor en la idiosincrasia falangista, un elemento que nos llama poderosamente la atención: un fuerte componente milenarista. No será hasta que se atravesase el punto álgido de una etapa terminal, identificado aquí con el *Día del Juicio*, cuando la «primavera», una nueva era de esplendor, llegue a Castilla, donde reside la esencia de España. Este extremo nos parece especialmente interesante ya que nos permite conectar el imaginario falangista con la tesis que venimos defendiendo hasta el momento. Desde esta interpretación, el falangismo, y bajo una óptica más amplia el fascismo, sería una de las múltiples estrategias adoptadas por diversos sectores de la sociedad para hacer frente a un momento de intensas transformaciones sociales y mentales que fue percibido por sus contemporáneos como el umbral de una nueva era.

No queremos ponerle el punto final a este apartado sin hacer una última aclaración. En las páginas anteriores nos hemos venido refiriendo en exclusiva al ambiente de renovación cultural de la capital vizcaína pese a que al comienzo hemos

¹¹ *Ibid.*, p. 7.

¹² *Hermes*, nº 8 (agosto 1917) p. 19.

señalado que esta dinámica modernizadora se había dado también en Guipúzcoa. Este punto merece una explicación. Nos hemos detenido en el caso bilbaíno porque es Bilbao de donde proceden los autores que mayores contribuciones hicieron al establecimiento de la cultura política falangista y porque es el caso que mejor conocemos. Sin embargo, y para completar la interpretación que hemos mantenido, a continuación vamos a añadir algunas consideraciones sobre el caso guipuzcoano.

El proceso de modernización en Guipúzcoa no estuvo tan concentrado en el tiempo y en el espacio como el de Vizcaya. A pesar de ello, sus efectos ya se sentían durante las primeras décadas del siglo XX en sus principales áreas industriales y urbanas. En la ciudad de San Sebastián, al igual que en Bilbao, también arraigaron diferentes iniciativas culturales e ideológicas que respondían a los desafíos que entrañaba la dinámica modernizadora. Uno de los elementos más representativos de estas iniciativas y movimientos fue la sociedad *GU*, fundada a comienzos de los años 30 por el arquitecto José Manuel Aizpurúa y el pintor Juan Cabanas Erausquin. *GU* era un pequeño reducto de carácter vanguardista integrado por varios artistas e intelectuales. Testimonios como el de Eduardo Olasagasti, recogidos en la revista *Nueva Forma*, nos ofrecen pistas sobre el carácter de esta sociedad: «Club *GU* heterogéneo, mitad cultural y gastronómico, donde un poco al modo de los *maestros Cantores* he visto polemizar sin violencias, a pesar de la tensión de los años treinta, a Picasso con José Antonio Primo de Rivera, a Pío Baroja y su hermano Ricardo con Rafael Sánchez Mazas y a otros muchos en tertulias y cenas inolvidables»¹³.

Lo más interesante para el propósito de esta comunicación es que varias de las personas vinculadas con esta sociedad orientaron su búsqueda de alternativas a la modernidad hacia el fascismo. Entre ellos sobresale la figura de José Manuel Aizpurúa. Aizpurúa fue uno de los arquitectos con mayor proyección del momento y es considerado uno de los padres del racionalismo arquitectónico español, siendo el edificio del *Club Náutico* de San Sebastián, diseñado por él, una de las obras más emblemáticas de este movimiento. Aizpurúa también fue un miembro muy destacado de Falange Española, siendo miembro de la Junta Nacional desde 1934 en su calidad de Delegado Nacional de Prensa y Propaganda (cargo que ocuparía hasta su muerte en 1936). Fue el responsable de organizar Falange Española en Guipúzcoa y en su estudio

¹³ *Nueva Forma*, nº 40 (1969) p. 35.

de la calle Prim de la capital donostiarra se celebraron las primeras reuniones del partido hasta que, por motivos de seguridad¹⁴, Falange ocupó su propia sede a comienzos de 1935.

Por su parte, Juan Cabanas Erausquin, pintor influenciado por las corrientes pictóricas vanguardistas, también fue militante de Falange Española. Fue colaborador del semanario *Arriba* (cuya cabecera, por encargo de José Antonio Primo de Rivera, diseñó Aizpurúa), durante la Guerra Civil fue el director del Departamento de Música y Arte de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS y, posteriormente, al frente del Departamento Nacional de Plástica, contribuyó en el diseño de la ornamentación de alguno de los grandes ceremoniales del franquismo.

Por último, no debemos olvidar las aportaciones del músico guipuzcoano Juan Tellería, autor de la pieza *Amanecer en Cegama* que sería la música del himno falangista *Cara al Sol*. Otros himnos falangistas a los que puso música fueron el de la División Azul, el del Frente de Juventudes y el de la Vieja Guardia de FE.

FE-FET en el País Vasco

Lo primero que debemos señalar es que la implantación durante el periodo republicano de Falange Española como organización política en el País Vasco fue mínima. En este aspecto sigue la línea general del partido en toda España; Falange no consiguió convertirse en un movimiento de masas con anterioridad a la Guerra Civil.

Pese al escaso peso cuantitativo que Falange Española tuvo en las tres provincias vascas, el País Vasco tuvo una importancia cualitativa muy amplia en el partido fascista. En el apartado anterior ya hemos esbozado las líneas generales de las aportaciones de los intelectuales y literatos bilbaínos a la conformación de la cultura política falangista; pero, además, Falange encontró en el País Vasco financiación por parte de las élites industriales y financieras así como el campo de reclutamiento de un personal político que desempeñó algunos de los puestos de mayor responsabilidad política del partido antes y durante la Dictadura franquista: Manuel Valdés Larrañaga, José Luis Arrese, José María de Areilza...

¹⁴ Como veremos más adelante, el Jefe Local de San Sebastián, Manuel Carrión, fue asesinado el 9 de septiembre de 1934 al abandonar una reunión celebrada en el estudio de José Manuel Aizpurúa.

La hipótesis que contemplamos para explicar el grado de implantación de Falange Española y su desigual concentración territorial en el País Vasco es complementaria de la que hemos expuesto en el apartado anterior. Creemos que el fascismo arraigó en territorios inmersos en procesos de modernización, en momentos de profundos cambios de las estructuras socioeconómica y mental y en los que sus habitantes buscaban nuevos valores trascendentes ante la pérdida de los referentes tradicionales. Estas características se daban especialmente en dos de las tres provincias vascas, Guipúzcoa y Vizcaya, que fueron en las que mayor implantación logró Falange Española. Álava continuaba siendo, a excepción, quizás, de Vitoria, un territorio eminentemente tradicional, sin crispación social, en el que los efectos desarraigadores de la modernidad aún no se habían producido con intensidad.

De manera más concreta, Falange tuvo sus principales focos de implantación en el País Vasco en espacios con altos grados de conflictividad obrera, con movimientos nacionalistas periféricos fuertes y activos, en los que jóvenes hijos de familias conservadoras, monárquicas e, incluso, tradicionalistas, veían degradarse de manera progresiva el orden social tradicional, y que ante los interrogantes que planteaba la crisis de valores que atravesaba su sociedad se vieron seducidos por la mezcla de modernidad y tradición que representaba el fascismo.

Aun con todo, el fascismo no tuvo una presencia importante ni en Vizcaya ni en Guipúzcoa debido, entre otros factores, a que su posible espacio político ya se encontraba copado. Tres fuerzas políticas: izquierda republicano-socialista, nacionalismo vasco y tradicionalismo¹⁵, ocupaban la práctica totalidad del espectro político vasco dejando escaso margen a otras orientaciones como el monarquismo alfonso; que se encontraba implantado entre los sectores sociales en los que Falange Española tenía mayores posibilidades de penetrar. Esta circunstancia complicó las posibilidades de la Falange para introducirse tanto en territorio guipuzcoano como vizcaíno.

A continuación vamos a exponer algunas líneas generales sobre diferentes aspectos del devenir de Falange Española en cada provincia vasca. Estas ideas obedecen al estadio inicial de nuestra investigación por lo que son completamente

¹⁵ GRANJA, J. L. de la: *El oasis vasco: el nacimiento de Euzkadi en la República y la guerra civil*, Madrid, Tecnos, 2007.

provisionales y requieren que continuemos con nuestra labor para ser completadas y confirmadas.

A) Guipúzcoa

De las tres provincias del País Vasco será en Guipúzcoa donde Falange Española logrará un mayor nivel de arraigo durante el periodo republicano. Pedro Barruso señala que Joaquín Arrarás, en su *Historia de la Cruzada Española*, fija la afiliación a FE de las JONS en Guipúzcoa en 120 miembros¹⁶. Tenemos la impresión, a partir de los datos que hemos obtenido de la prensa local del momento, que también fue la provincia vasca en la que Falange mostró mayor actividad. Se organizaron actos públicos, como el de la inauguración de los locales de la calle Garibay el 5 de enero de 1935 al que acudió José Antonio Primo de Rivera¹⁷; se realizaron campañas propagandísticas, como el reparto de octavillas¹⁸...

Por otra parte, la Falange guipuzcoana fue la que mayor contribución hizo al auge de la violencia política y a la brutalización de la dinámica política dentro del País Vasco. Es Guipúzcoa la única provincia en la que hemos conseguido localizar un caso de asesinato y represalia en el que estuviese implicada Falange Española. Nos referimos al asesinato el 10 de septiembre de 1934 de Manuel Carrión, Jefe Local de San Sebastián, a manos, presuntamente, de pistoleros socialistas¹⁹. Este ataque originó que el mismo día, como represalia, fuese abatido de dos disparos Manuel Andrés Casaus, ex Director General de Seguridad con el Gobierno de Azaña²⁰.

El asesinato de Manuel Carrión no fue el único incidente sangriento que padeció Falange en territorio guipuzcoano. Con medio año de anterioridad, fue asaltado en la localidad de Eibar el joven encargado de Industrias Vascas, José Oyarbide Traviesas, que sobrevivió a cuatro impactos de bala en su cuerpo²¹. El ataque pudo ser motivado por la actividad proselitista del joven, que habría intentado atraer a otros muchachos

¹⁶ BARRUSO BARÉS, P.: *Verano y revolución: la Guerra Civil en Gipuzkoa (julio-septiembre de 1936)*. San Sebastián, R&B, 1996.

¹⁷ *El Pueblo Vasco*, 6 de enero de 1935.

¹⁸ *El Pueblo Vasco*, 13 de septiembre de 1934

¹⁹ *El Pueblo Vasco*, 11 de septiembre de 1934.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *El Liberal*, 16 de enero de 1934.

establecidos en Eibar a la doctrina falangista²². Posteriormente, el 16 de julio de 1936, también sería asesinado el joven de 17 años de edad Manuel Banús. El escenario fueron los funerales organizados en honor de José Calvo Sotelo en San Sebastián. A la salida se congregó un numeroso grupo de gente que, haciendo el saludo fascista, cantó el *Cara al Sol* y coreó diversas consignas fascistas. En medio del alboroto sonaron varios disparos y cayó muerto Manuel Banús²³.

Debido a la particular manera en que se desarrolló la Guerra Civil en Guipúzcoa²⁴ y a que la Falange guipuzcoana era la más fuerte y activa del País Vasco se produjo una alta mortandad entre los falangistas de esta provincia. De hecho, al finalizar la contienda en Guipúzcoa, fue necesaria la reorganización de Falange ya que la práctica totalidad de sus cuadros de mando durante la etapa republicana había fallecido. Entre los fallecidos se cuentan los tres hermanos Iturrino (el mayor, Jesús, ocupaba el cargo de Jefe Provincial en el momento de la sublevación militar), José Manuel Aizpurúa...

Tras la caída de Guipúzcoa en manos del ejército franquista Falange Española se vio relegada a un segundo plano dentro del organigrama administrativo y político planteado por los sublevados. Hasta septiembre de 1937, momento en el que el camisa vieja Miguel Rivilla es nombrado Secretario Provincial de FET, no contó Falange con más representación en los órganos de gobierno de la provincia que la de dos gestores en la Diputación, lo que responde al escaso peso que tuvo el partido fascista dentro del espectro político guipuzcoano. La posición hegemónica durante los primeros momentos en las instituciones guipuzcoanas correspondía al tradicionalismo (que mantendría su preponderancia hasta 1942). No será hasta el fin de la Guerra Civil en 1939 que Falange Española alcance cierta cuota de poder dentro de la provincia; pero ya no se trataba de la Falange de preguerra, sino del nuevo partido FET y de las JONS, sometido a un rígido control por parte de Franco y en el que los aspectos fascistas más radicales fueron suprimidos²⁵.

²² *El Liberal*, 6 de enero de 1934.

²³ *El Pueblo Vasco*, 16 de julio de 1936.

²⁴ Sobre la Guerra Civil en Guipúzcoa consultar BARRUSO BARÉS, P.: *op. cit.*

²⁵ En lo referente a la institucionalización del Régimen en Guipúzcoa y al papel que desempeñó Falange en la misma hemos seguido a LUENGO TEIXIDOR, F.: «La formación del poder local franquista en Guipúzcoa (1936-1945)», *Gerónimo de Uztariz*, nº4 (1990) pp. 83-95.

B) Vizcaya

El caso de Vizcaya es ligeramente diferente al guipuzcoano. Creemos que es el territorio vasco en el que antes penetraron las organizaciones fascistas ya que es el único territorio del que actualmente poseemos evidencias de la existencia de núcleos jonsistas con anterioridad a la fundación de Falange Española²⁶. El líder de estos grupúsculos jonsistas de Bilbao fue Felipe Sanz Paracuellos, joven capataz de minas, que también sería el primer Jefe Provincial tras la unificación con Falange Española.

Al margen de estos primeros grupos fascistas (de los cuales aún sabemos poco, salvo que su presencia era mínima pero relativamente activa), Falange Española echaría raíces entre las jóvenes generaciones de monárquicos alfonsinos, hijos en su mayoría de las clases preeminentes bilbaínas. Estos jóvenes, de los que José María de Areilza es un destacado representante, fueron experimentando durante el periodo republicano un intenso proceso de fascistización²⁷. Como consecuencia de ello, los límites entre el monarquismo autoritario y el fascismo se volvieron muy difusos entre estos jóvenes.

Además, en esta compleja relación que existe entre la Falange vizcaína y las élites financieras bilbaínas influyen, al menos, dos elementos más: por un lado, la financiación que proporcionaron estas élites a Falange Española²⁸ y, por el otro, la colaboración del Jefe Provincial Alberto Cobos y de un sector de la Falange vizcaína con Renovación Española durante las elecciones de febrero de 1936, que, según la versión de Maximiano García Venero, estuvo a punto de originar una escisión en la organización²⁹.

La Falange vizcaína, a tenor de los datos parciales con los que contamos, desplegó una actividad menor que su homóloga guipuzcoana. La mayor parte de las referencias que hemos localizado hacia la misma en la prensa local están relacionadas con algaradas ocasionadas con motivo de la venta de periódicos o la proclamación de consignas

²⁶ YBARRA Y BERGÉ, J.: *Mi diario de la Guerra de España*. Bilbao, Imprenta Provincial de Vizcaya, 1941, p. 15; *El Pueblo Vasco*, 24 de octubre de 1933.

²⁷ Entendido según la definición dada por Ismael Saz: «proceso que conduce a determinados sectores de la derecha clásica [...] que ante el desafío de la democracia [...] adopta una serie de elementos cuya novedad y funcionalidad es claramente imputable al fascismo, hasta el punto de que la resultante no será ya ni el fascismo en sentido estricto ni tampoco una derecha exactamente igual a cuanto lo era antes de su confrontación –dialéctica, diríamos– con el propio fascismo», en: SAZ, I.: «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», p. 194, en TUSELL, J., et al. (eds.): *El Régimen de Franco (1936-1975)*, Madrid, UNED, 1993, vol. I, pp. 189-201.

²⁸ AREILZA: *Así los he visto*, op. cit., p. 90.

²⁹ GARCÍA VENERO, M.: *Testimonio de Manuel Hedilla. Segundo Jefe Nacional de Falange Española*, Barcelona, Ediciones Acervo, 1972, p. 94.

falangistas³⁰. Con todo, a medida que el ambiente político se iba radicalizando los incidentes fueron incrementando su gravedad hasta producir heridos de gravedad³¹.

Creemos que el impacto que Falange tuvo en el deterioro del orden público en Vizcaya fue sobredimensionado por la prensa, especialmente la de orientación progresista. Las referencias a incidentes protagonizados por posibles falangistas son bastante escasas: tan sólo hemos localizado cinco desde la fundación de Falange hasta enero de 1935. Cuatro de ellos son peleas sin heridos de gravedad y el otro, un caso de contrabando de armas entre Bilbao y Torrelavega³². Si bien es cierto que 1934 fue a nivel nacional un año de escasa actividad para Falange Española, creemos que cuatro trifulcas y un caso de contrabando de armas no resultan significativos teniendo en cuenta el clima de crispación política que se empezó a respirar en todo el país a partir de 1933.

La participación de Falange en la preparación del «Alzamiento» en Bilbao parece que fue relativamente importante. Según la versión de García Venero, Manuel Hedilla mantuvo una serie de contactos con los miembros de la Unión Militar Española destinados en Bilbao³³. José María de Areilza, bien relacionado con Falange, realizó el papel de interlocutor entre el general Mola y los elementos civiles afines a un levantamiento³⁴. García Venero también asegura que el 17 de julio de 1936 Falange Española sacó a la calle a 150 hombres para apoyar a las fuerzas militares sublevadas³⁵. Esta cifra nos parece algo elevada, aunque a espera de que podamos confirmarla o rebatirla, tampoco nos parece increíble que rondasen el centenar.

Con el fracaso de la sublevación en Vizcaya varios falangistas fueron hechos prisioneros y encarcelados en las cárceles bilbaínas y los barcos-prisión fondeados en la ría de Bilbao. Parece ser que, pese a su situación de cautiverio, trataron de mantener la disciplina del partido organizándose en escuadras y realizando ejercicio³⁶. Durante los asaltos que sufrieron las cárceles y barcos-prisión de Bilbao perecieron varios de ellos, entre ellos el citado Felipe Sanz Paracuellos, Pompeyo Pérez, Francisco

³⁰ *El Pueblo Vasco*, 16 de octubre de 1933 y 5 de diciembre de 1933; *El Liberal*, 18 de noviembre de 1933.

³¹ *El Pueblo Vasco*, 21 de julio de 1936.

³² *El Liberal*, 18 de noviembre de 1933, 2 de diciembre de 1933, 5 de diciembre de 1933, 25 de enero de 1934 y 31 de enero de 1934.

³³ GARCÍA VENERO, M.: *op. cit.*, pp. 94-95.

³⁴ AREILZA: *A lo largo del siglo...*, *op. cit.*

³⁵ GARCÍA VENERO: *op. cit.*, p. 95.

³⁶ Archivo del Nacionalismo Vasco. JDGC-0001-30

Echarri, y diversos miembros de la familia Ybarra que, según Javier de Ybarra y Bergé, eran fundadores de las JONS y de Falange en Vizcaya³⁷. Estos macabros sucesos se constituyeron en uno de los elementos de legitimación del Régimen franquista en Vizcaya y fueron continuamente esgrimidos por la «historiografía oficial»³⁸.

Con la institucionalización del franquismo en Vizcaya los principales puestos de responsabilidad política fueron ocupados por miembros de las élites económicas vizcaínas. Elena Mariezcurrena indica que el principal rasgo caracterizador del personal político franquista en Vizcaya es «la aceptación del sistema político al que se alían»³⁹. La mayor parte de los políticos vizcaínos relacionados con el franquismo hace gala de una indefinición ideológica, sin perjuicio de que hubiese una porción de los mismos proveniente de los diferentes movimientos políticos que apoyaron el golpe de estado, destacando los provenientes del monarquismo alfonsino.

Al igual que en Guipúzcoa⁴⁰ y el resto en España⁴¹ el rasgo definitorio de la situación inicial es la inestabilidad en los cargos políticos provinciales y locales. Así, entre 1937 y 1942 se sucederán hasta cinco personas en el desempeño de la Alcaldía de Bilbao⁴², una media de uno por año. Durante los primeros años impera una situación de desorganización y desorientación dentro de la Falange vizcaína, situación de la que es acusado el Jefe Provincial José María Oriol y que parece ser es la causa de su destitución el 19 de Diciembre de 1940, siendo sustituido por el tradicionalista castellonense Juan Granell Pascual⁴³.

C) Álava

Lo primero que necesitamos señalar es que Álava es la provincia para la que nuestra investigación se encuentra más retrasada, motivo por el que los datos de que disponemos son escasos. En cualquier caso una cosa parece clara, y es que fue el

³⁷ YBARRA Y BERGÉ: *op. cit.*, p. 15

³⁸ ECHEANDÍA, J.: *La persecución roja en el País Vasco. Estampas de martirio en los barcos y cárceles de Bilbao*, Barcelona, Fidel Rodríguez Impresor, 1945; DELEGACIÓN PROVINCIAL DE EXCAUTIVOS DE VIZCAYA: *In memoriam. Mártires de Vizcaya. Labor de un delegación*. Bilbao, Delegación Provincial de Excautivos de Vizcaya, 1946; *Informe sobre la situación de las provincias vascongadas durante el dominio rojo-separatista*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1938.

³⁹ MARIEZCURRENA, E.: «La clase dirigente de Vizcaya durante el franquismo», *Saioak. Revista de Estudios Vascos*, nº5 (1983) pp. 77-96.

⁴⁰ LUENGO TEIXIDOR: *op. cit.*

⁴¹ SANZ HOYA, J.: *La construcción de la Dictadura franquista en Cantabria. Instituciones, personal político y apoyos sociales (1937-1951)*, Torrelavega, Universidad de Cantabria-Ayuntamiento de Torrelavega, 2009; GONZÁLEZ MADRID, D. A.: *La Falange Manchega 1939-1945: política y sociedad en Ciudad Real durante la etapa «azul» del primer franquismo*, Ciudad Real, Diputación Provincial de Ciudad Real, 2004.

⁴² AGIRREAZKUENAGA, J. (dir.): *Bilbao desde sus alcaldes. Diccionario biográfico de los alcaldes de Bilbao, 1836-1901*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2002.

⁴³ Archivo General de la Administración, Presidencia del Gobierno, SGM, DNP, Caja 67, Carpeta 23.

territorio vasco en el que Falange tuvo mayores dificultades para penetrar y en el que menor desarrollo alcanzó con anterioridad a la Guerra Civil⁴⁴. Los motivos de este fenómeno han sido explicados en el primer apartado de esta comunicación pero, recapitulando, diremos que se debió principalmente a que Álava era aún a comienzos del siglo XX una sociedad muy tradicional, cohesionada, a la que los problemas y retos de la modernidad resultaban, en buena medida, ajenos. Además, hay que tener en cuenta la posición hegemónica que ostentaba el carlismo.

En lo que respecta a la Falange alavesa anterior a la sublevación militar, Santiago de Pablo señala que estaría circunscrita casi en exclusiva a Vitoria y que sus miembros serían mayoritariamente jóvenes estudiantes procedentes de las clases pudientes de la capital alavesa⁴⁵. Joan Maria Thomàs i Andreu coincide en este punto y añade que Álava sería una de las provincias en las que el porcentaje de estudiantes sería mayor⁴⁶. El Jefe Provincial durante la etapa republicana fue Ramón Castaños⁴⁷, nombrado por José Antonio Primo de Rivera y con buenas relaciones con otros jerarcas falangistas de Madrid como Agustín Aznar⁴⁸, extremo este último que le ayudaría en el futuro.

Falange Española, como corresponde a la escasa entidad que alcanzó en Álava, desempeñó un papel bastante modesto en la gestación del golpe militar en la provincia alavesa. La fuerza política que prácticamente monopolizó los contactos con los militares fue el carlismo⁴⁹. La Falange alavesa se limitó durante los primeros días de la sublevación a ocupar el edificio de telégrafos y la central eléctrica de Vitoria. También consiguieron hacerse con los locales y maquinaria del diario *La Libertad* y con el edificio de *Radio Vitoria*, desde donde tratarían de contrarrestar la hegemonía del carlismo por medio de campañas propagandísticas⁵⁰.

Tras el posicionamiento de Álava en el bando nacional, los resortes gubernamentales de la provincia: gobierno militar y civil, presidencia de la Diputación y

⁴⁴ Javier Ugarte asimila las características de Álava con las de Navarra en *La nueva Covadonga Insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998

⁴⁵ PABLO, S. de: *La Segunda República en Álava: elecciones, partidos y vida política*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1989, pp.70-71.

⁴⁶ THOMÀS I ANDREU, J. M.: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la unificación: Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza&Janés, 1999, p. 66

⁴⁷ Archivo General de la Administración, Presidencia del Gobierno, SGM, Caja 12, Carpeta 6.

⁴⁸ UGARTE TELLERÍA, J.: *op. cit.*, p. 117.

⁴⁹ *Ibid*, pp. 191-199.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 203.

alcaldía de Vitoria, recayeron en manos de militares o exmilitares⁵¹. Los gestores provinciales y los concejales del Ayuntamiento de Vitoria fueron reclutados entre la derecha provincial, especialmente carlistas y gente relacionada con el ámbito empresarial⁵². Contamos, como ya hemos señalado, con escasos datos sobre la situación en que quedó Falange en la Álava franquista. Creemos que apenas alcanzó poder dentro de los órganos de gobierno alaveses, lo que es lógico si tenemos en cuenta su escasa implantación y la posición que ocupaba el carlismo. Posteriormente, y para agravar aún más esta situación, Ramón Castaños, antiguo Jefe Provincial, fue destituido de su cargo y sometido a juicio por presuntas irregularidades en las cuentas de la Jefatura y por emplear recursos del partido en beneficio propio. Castaños contó con el aval de Agustín Aznar y Sancho Dávila, y, aunque fue despojado de su cargo consiguió no ser expulsado del partido⁵³.

Conclusiones

El País Vasco se constituyó en un soporte fundamental para el primitivo fascismo español, aportándole una parte considerable de sus elementos simbólicos y doctrinales, financiándolo, y nutriéndolo de personal político de primer nivel. Pese a ello, el impacto cuantitativo de Falange Española en este territorio, al igual que en el resto de España, fue mínimo con anterioridad a la Guerra Civil.

Existen dos modelos en la implantación de Falange Española en el País Vasco. Por un lado, se encuentran Vizcaya y Guipúzcoa, y, por el otro, Álava, cuyas características la asemejarían especialmente a Navarra. Teniendo en cuenta que Falange siempre fue un partido minoritario, podemos señalar que las provincias vascas en las que logró un mayor grado de implantación dentro del País Vasco fueron Vizcaya y Guipúzcoa. De las dos, sería la Falange guipuzcoana la que mayor actividad mantuviese. Es en esta provincia en la que Falange más contribuyó a la dinámica de radicalización política.

También en lo que respecta al papel que la Falange vasca jugó en el proceso de institucionalización del Régimen franquista encontramos diferencias provinciales. Álava volvería a asemejarse a Navarra, mientras que en Guipúzcoa y Vizcaya los

⁵¹ RIVERA, A. y UGARTE, J.: «La Guerra Civil en el País Vasco: la sublevación en Álava», *Historia Contemporánea*, nº 1 (1988) pp. 182-201.

⁵² *Ibid.*

⁵³ Archivo General de la Administración, Presidencia del Gobierno, SGM, Caja 12, Carpeta 6.

falangistas jugarían un papel mayor, pero se encontrarían dentro de un partido único fuertemente controlado en el que tendrían que pugnar con las demás opciones políticas integrantes de la coalición franquista.

EUGENIO D'ORS Y LA GÉNESIS DEL DISCURSO DEL NACIONALISMO FALANGISTA¹

Maximiliano Fuentes Codera
Universitat de Girona

Esta comunicación tiene como objetivo general realizar una aproximación al pensamiento sobre la nación y el nacionalismo de Eugenio d'Ors y a las relaciones establecidas entre él y el pensamiento falangista sobre el Imperio, España y Europa. El uso de la palabra «aproximación» no es casual ya que este es un problema de gran calado que, a pesar de haber sido abordado en algunas obras relativamente recientes, no ha sido analizado en profundidad por la historiografía. Los elementos centrales que parecen explicar esta falta de estudios² son, por un lado, la falta de sistematicidad de la obra orsiana, publicada mayoritariamente en glosas, y por el otro, un cierto apriorismo que ha caracterizado el ambiente historiográfico catalán en las últimas décadas, el único que, por otra parte, le ha concedido una mínima atención. Me refiero esencialmente a aquellos que han puesto (y continúan poniendo) el énfasis en su «traición» al nacionalismo catalán como el eje central de una trayectoria que supuestamente había de finalizar en la adhesión al franquismo³.

El franquismo estructuró su discurso nacionalista a partir de la relación entre dos culturas políticas, la nacionalcatólica y la fascista-falangista, que se desarrollaron desde la crisis de fin de siglo, emergieron como tales en los años treinta y crecieron de manera exponencial durante la guerra⁴. Tuvieron unos orígenes diversos, la primera desde la esencialidad católica de España de Menéndez y Pelayo y la segunda como heredera heterodoxa de regeneracionistas y noventayochistas, y compartieron algunos elementos comunes a todos los nacionalismos europeos: la idea de decadencia y resurrección de la patria, la lucha contra el nacionalismo liberal del siglo XIX y la

¹ El autor participa del proyecto de investigación FFI2009-11260. Agradezco a Alfons Jiménez Cortacans haberme dejado leer algunos fragmentos preliminares de su tesis doctoral.

² La única biografía disponible en la actualidad es la de Enric Jardí, publicada originalmente en 1967. JARDÍ, E.: *Eugeni d'Ors. Obra i vida*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990.

³ Dos excepciones a esta tendencia general: CACHO VIU, V.: *Revisión de Eugenio d'Ors (1902-1930)*, Barcelona, Quaderns Crema- Residencia de Estudiantes, 1997; UCÉLAY-DA CAL, E.: *El imperialismo catalán*, Barcelona, Edhasa, 2003.

⁴ SAZ, I.: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71(2008), pp. 153-174; SAZ CAMPOS, I.: *España contra España*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

búsqueda de unas esencias de la patria –y de las palancas para su regeneración– que acabaron encontrando en lugares diferentes, la primera en la unidad católica y la segunda en un pueblo abstracto y eterno. Por otra parte, ambas culturas mantuvieron relaciones divergentes con el liberalismo: mientras que el nacionalcatolicismo se estructuró desde sus inicios en abierta oposición a él, el nacionalismo falangista bebió de algunas fuentes –Ortega y Gasset, Unamuno, Baroja, el «primer» Maeztu– que, sin ser «prefascistas», sostuvieron unas actitudes ambiguas que podían evolucionar desde una crítica al parlamentarismo español a la crítica al parlamentarismo como sistema, y de allí al desprecio por la democracia⁵.

El pensamiento de Eugenio d’Ors es esencial para comprender el nacimiento y el desarrollo de ambas culturas políticas. A pesar de que interactuó ampliamente con el nacionalismo nacionalcatólico⁶, esta comunicación intentará analizar su influencia en el falangismo a través del comentario de algunos de sus intelectuales más relevantes.

El nacionalismo (catalán y español) de Eugenio d’Ors

En plena consonancia con el ambiente intelectual del fin de siglo, Eugenio d’Ors, desde sus inicios como intelectual, consideró que era vital un cambio en los valores que imperaban en Cataluña y España y encontró en la Lliga Regionalista y sus espacios institucionales la plataforma para proyectar sus ideas. Su pensamiento político-cultural se articuló en base a unas palabras-clave (Arbitrarismo, Civilismo, Socialismo, Intervención) que tenían en el clasicismo y el imperialismo su marco general. Así como Georges Sorel había creado una mitología para el sindicalismo revolucionario basada en la huelga general, D’Ors construyó un repertorio mítico para su proyecto nacionalizador centrado en el Imperio. Influenciado por Thomas Carlyle, pensaba que la Historia había

⁵ Véanse, para confrontar visiones: JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 59-102; SAZ, I.: «Regeneracionismos y nuevos nacionalismos. El caso español en una perspectiva europea», en BURDIEL, I. Y CHURCH, T. (eds.): *Viejos y nuevos imperios*, Valencia, Episteme, 1999, pp. 135-156; GONZÁLEZ CUEVAS, P.: «La inflexión autoritaria del liberalismo español», en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.), *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 427-469.

⁶ Las cíclicas polémicas entre D’Ors y Maeztu o las referencias al Imperio de Pemán son muestras claras de las relaciones entre el glosador catalán y los intelectuales tradicionalistas. Véanse: GONZÁLEZ CUEVAS, P.: *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003; ÁLVAREZ CHILLIDA, G.: *José María Pemán. Pensamiento y trayectoria de un monárquico (1897-1941)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996; GONZÁLEZ CUEVAS, P.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998.

sido hecha por individuos excepcionales, genios políticos, religiosos o culturales que eran parte, a su vez, de Estados-héroes, naciones extraordinarias que podían imponer su vigorosa personalidad a una época⁷. Estas ideas estaban directamente relacionadas con su tarea expansiva: la reivindicación pancatalana que prometía un futuro esplendoroso en el que Cataluña, heredera latina de la antigüedad, intervendría en los asuntos mundiales desde el Mediterráneo. A partir de aquí, rechazaba la generación anterior del liberalismo y el individualismo que había permitido la consolidación de los nacionalismos y regionalismos *burgueses* y había imposibilitado la unidad de los pueblos, modélicamente representada por el Imperio Romano.

Antes de la Gran Guerra, Eugenio d'Ors había presentado una idea clara sobre su concepción de Europa centrada en la voluntad de un retorno mítico al Sacro Imperio Romano Germánico que se fundamentaba en la existencia de dos culturas en lucha dialéctica, la latina (mediterránea) y la germánica, que habían construido una Europa dinámica y que le habían proporcionado su unidad desde la época clásica⁸. Desde esta perspectiva, Europa debía construirse bajo el modelo de una federación, elemento proveniente de la Grecia clásica que a lo largo de buena parte de su vida intentaría vincular con un federalismo pimargalliano, subordinado a la autoridad y el orden de un gobierno aristocrático. En este esquema, el papel del imperialismo⁹ y el mediterraneísmo¹⁰ eran centrales ya que le permitían que este planteamiento funcionase como un mito nacionalizador para Cataluña y, potencialmente, para España. Asumiendo con profundidad la crisis del naturalismo, Xènius oponía el imperialismo a todo aquello relacionado con el siglo XIX –individualismo, nacionalismo, anarquismo¹¹– y afirmaba que el Estado era la pieza central del Imperio, «*Per rebatejar en ciutadania als homes caldrà deslliurar-los de les Monarquies i de les Nacionalitats. Caldrà glorificar, una darrera altra hora, l'Estat –la superba creació arbitrària– i*

⁷ Véase D'ORS, E.: «Noruega imperialista», *Papers Anteriors al Glosari*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994, pp. 286-294.

⁸ FUENTES CODERA, M.: «El somni del retorn a l'Imperi: Eugeni d'Ors davant la Gran Guerra», *Recerques*, 55 (2007), pp. 73-93; PASCUAL SASTRE, I.: «La idea de Europa en el pensamiento de Eugenio d'Ors. Etapa barcelonesa, 1906-1920», *Hispania*, 180 (1992), pp. 225-260.

⁹ UCELAY-DAL, E.: *El imperialismo catalán*, op. cit.; VARELA, J.: «El sueño imperial de Eugenio d'Ors», *Historia y política*, 2 (1999), pp. 39-82.

¹⁰ VALLCORBA, J.: *Noucentisme, mediterraneisme i classicisme. Apunts per a la història d'una estètica*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994; GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «Noucentisme, catalanisme et arc latin», *La Pensée de Midi*, 1 (2000), pp. 44-51.

¹¹ D'ORS, E.: «Litúrgia», *Glosari 1915*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990, pp. 244-245.

*combatre la Nació –el jou fatal»*¹². Estas ideas, como veremos, serían centrales en el nacionalismo falangista.

D'Ors había sido influenciado por varios autores europeos y por las lecturas hechas por algunos intelectuales catalanes que le habían precedido¹³. En la mayoría de los trabajos que han estudiado su pensamiento político-cultural se han enfatizado sobre todo dos de ellos, Charles Maurras y Georges Sorel, dos de las fuentes fundamentales del fascismo en términos ideológicos¹⁴.

Xènius había recibido la influencia del pensamiento de Maurras, basado en la conjunción de un nacionalismo integral –que negaba cualquier vinculación entre el absolutismo ilustrado y las tendencias democráticas– y una estética clasicista¹⁵. Sin embargo, en su perspectiva, mientras que el nacionalismo exaltaba las diferencias de cada pueblo, el imperialismo aspiraba a unirlos en un Estado. Este elemento, y el positivismo comtiano del que bebía Action Française, le alejaba del maurrasianismo estricto¹⁶. Frente a la tensión evidente planteada entre su pensamiento «no-nacionalista» y su proximidad a la Lliga Regionalista, Xènius estableció una diferenciación entre el «atrasado» nacionalismo español y el «universalizante» e imperialista nacionalismo catalán, que era simultáneamente un proyecto regenerador para España.

Georges Sorel también fue una influencia importante y las referencias son fácilmente detectables en sus textos¹⁷. En el proceso de construcción del clasicismo mediterráneo, D'Ors, pasando a través de Nietzsche¹⁸, había alcanzado la idea de un *individualismo colectivo* en la que la invención de los mitos políticos y culturales tenían una referencia evidente. Pero lo que le atraía de la ideología sindicalista revolucionaria

¹² D'ORS, E.: «Per la reconstrucció de la Ciutat», *Papers anteriors...*, op. cit., p. 300.

¹³ RUIZ SIMÓN, J. M.: «Eugeni d'Ors i l'imperialisme català (1903-1909)», en TERRICABRAS, J.-M. (ed.): *El pensament d'Eugeni d'Ors*, Girona, Documenta Universitaria, 2010, pp. 53-84.

¹⁴ STERNHELL, Z.: *Ni droite, ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, Paris, Seuil, 1987; STERNHELL, Z., SZNAJDER, M. y ASHERI, M.: *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994. No entraré en esta comunicación en el debate sobre sus tesis; véase, entre otros: WOHL, R.: «French Fascism, Both Right and Left: Reflections on the Sternhell Controversy», *Journal of Modern History*, 63 (1991), pp. 91-98.

¹⁵ NGUYEN, V.: *Aux origines de l'Action Française. Intelligence et politique vers 1900*, París, Fayard, 1991.

¹⁶ Véase MOLIST POL, E.: «Lo vivo y lo muerto en la doctrina de Maurras. Una entrevista con Eugenio d'Ors», *Revista. Semanario de Información, Artes y Letras*, 32 (20.XI.1952), p. 8. Cfr. GONZÁLEZ CUEVAS, P.: «Charles Maurras en Cataluña», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCIV, c. II (1998), pp. 309-362.

¹⁷ Es importante destacar que el análisis de la influencia de Sorel en España es un tema prácticamente inexplorado.

¹⁸ UCELAY-DA CAL, E.: *El imperialismo catalán*, op. cit., p. 570; SOBEJANO, G.: *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 2004, pp. 565-574.

no era su componente clasista sino la fuerza del sentido intervencionista que infundía en todo militante, la potencia de lo que Sorel entendía como un producto intelectual que debía ser aceptado en su totalidad como la expresión de las convicciones irrefutables de un colectivo¹⁹.

Lejos de presentar una postura pesimista, para Xènius la Gran Guerra representó una posibilidad excepcional para la reconstitución de Europa –y de España, dentro de ella– a través de la (re)construcción mítica del Imperio de Carlomagno, favorecida por las virtudes purificadoras del conflicto. Desde su perspectiva, Francia y Alemania constituían una comunidad que debía unirse; debían formar un único Imperio y por ello condenó el enfrentamiento como una «guerra civil» en el seno de la cultura europea y realizó un intento de conciliación sincrética entre el germanismo y el latinismo a través de un juego de conceptos en el que Alemania volvería a traer a Europa la *Autoritat* (una vieja idea latina), que, a su vez, volvería a extender la *Llibertat* (vieja idea alemana) en toda Europa. El esquema que sostenía este planteamiento era la identificación de la cultura francesa con el liberalismo del siglo XIX, mientras que Alemania era entendida como la heredera de los valores de la cultura europea del siglo XVII, del absolutismo ilustrado francés y sus ideas de jerarquía, autoridad y orden²⁰.

Pero este esquema, sostenido desde una posición férreamente neutralista en el contexto de antagonismos dominante durante la guerra, le proporcionó críticas muy duras de quienes eran sus supuestos aliados intelectuales –Action Française, entre otros grupos franceses– y apoyos del difuso pacifismo europeísta que se constituyó durante los primeros años del conflicto alrededor de Romain Rolland²¹. En el contexto posterior al conflicto, las críticas a Maurras y a Action Française aparecieron con mayor fuerza y la influencia del pensamiento de Sorel, que –recordemos– se había mantenido neutral durante la guerra²², se hizo mucho más evidente.

El final del conflicto abrió una nueva etapa marcada por una creciente simpatía por el sindicalismo, el obrerismo y el desarrollo de los procesos revolucionarios europeos, el ruso en particular. La Gran Guerra había pasado sin provocar el cambio

¹⁹ ACCAME, P.: *Georges Sorel. Le mutazioni del sindacalismo revolucionario*, Roma, Prospettiva, 2009, pp. 71-74.

²⁰ FUENTES CODERA, M.: «El somni...», *op. cit.*

²¹ FUENTES CODERA, M.: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès Editors, 2009.

²² MALATESTA, M.: «Georges Sorel devant la guerre et le bolchevisme», en JULLIARD, J. y SAND, S.: (dirs.), *Georges Sorel en son temps*, Paris, Seuil, 1985, pp. 101-122.

total que algunos intelectuales habían esperado con ansias de regeneración y las conmociones revolucionarias eran el nuevo mito a abrazar. Y aquí se encontraba con un Sorel que había hecho una vuelta hacia un sindicalismo *sui generis* que veía en Lenin el gran líder antiliberal y antidemocrático²³. La falta de esperanza en el papel de la Sociedad de Naciones se mezclaba con las noticias sobre los levantamientos revolucionarios en Europa y Barcelona: la humanidad estaba entrando en una «*nova era*»²⁴, la de «*Marsellesa de l'Autoritat*». En este contexto, la lucha sindicalista era entendida como una lucha estatalizante por la cultura colectiva²⁵ que, aunque no lo dijera en estos términos, era también una lucha nacionalizadora-civilizadora.

Sus textos posteriores a la «defenestración» mostraron algunos elementos interesantes. Por un lado, una clara preocupación por el sindicalismo y el gremialismo; por el otro, una marcada tendencia federalista en oposición al nacionalismo –«He aquí dos naciones. –Según nacionalismo se excluyen. Según cosmopolitismo, se funden. Según principio federativo, se enlazan»²⁶ – que se combinaba con el cuestionamiento de las capacidades imperiales catalanas. Como en Ortega, Europa aparecía como una idea nacionalizadora y abría un amplio abanico de relaciones posibles²⁷. Por el otro, se evidenció también un mayor peso del pensamiento de Sorel frente al de Maurras –que nunca desapareció del todo–, lo cual permite pensar su influencia sobre los futuros jóvenes falangistas, la «corte literaria de José Antonio», que buscaban la renovación de la política y el nacionalismo español alejándose del *viejo* tradicionalismo.

Frente a la dictadura de Primo de Rivera D'Ors mostró unas primeras dudas que pronto se desvanecieron ante la certeza del inicio de un nuevo período marcado ya no por el regionalismo y la autonomía, sino por la «necesidad de pensar según jerarquía»²⁸. La experiencia bolchevique había perdido ya todo los matices autoritarios que tanto le habían impactado. El modelo parecía venir desde mucho más cerca. Así como en 1919 había decidido aceptar la servidumbre intelectual que creía que exigía el leninismo, el 18

²³ D'ORS, E.: «Grandeza y servidumbre de la inteligencia (1919)», en *Trilogía de la «Residencia de Estudiantes»*, Pamplona, EUNSA, 2000.

²⁴ D'ORS, E.: «Encara serveixen», *La Veu de Catalunya* (edición de la tarde), 19-III-1919, p. 8.

²⁵ D'ORS, E.: «El míting d'anit passada», *La Veu de Catalunya* (edición de la tarde), 20-III-1919, p. 7.

²⁶ D'ORS, E.: «Dialéctica y principio federativo», *Las Noticias*, 25-IV-1920, p. 1.

²⁷ FUENTES CODERA, M.: *Un viaje por los extremos. Eugeni d'Ors entre la Gran Guerra y el fascismo (1914-1923)*, Tesis Doctoral, Girona, Universitat de Girona, 2011.

²⁸ D'ORS, E.: «Las opiniones extranjeras sobre lo de España», *Nuevo Glosario*, Vol. I, Madrid, Aguilar, 1946, p. 724. Véase: GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G.: *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Alianza, 1988 (sobre D'Ors, pp. 88-93).

de junio de 1924 –no sin reservas– parecía encontrar en el fascismo italiano una nueva fuente de renovación que pasaba por encima de la esterilidad del largo derrotero del regeneracionismo español, «Si no hay otro remedio, antes que caer en una socarronería general, en una despotenciada vejez, en una imposibilidad completa de retórica y de mímica, en la esterilidad para el mito y el rito... ¡viva el Fascio!»²⁹. En este contexto, certificaba su adhesión a la dictadura integrándose como profesor de «Ciencia de la Cultura» en la Escuela Social tras el sonado homenaje a Ángel Ganivet de marzo de 1925 en la Universidad de Madrid³⁰. El fascismo comenzaba a parecerle cada vez menos nacionalista y más imperialista y europeísta³¹, un modelo que podía importarse, con las especificidades del caso, en España.

El advenimiento de la República fue como el regreso de una vieja pesadilla y le llevó a afirmar que la solución no podía venir de un régimen dominado por las masas y el «mezquino molde constitucional nacionalista», sino por la «concepción imperial» y de una «política de misión» que pusiera España dentro de «los intereses de los otros pueblos de la comunidad continental» con centro en Roma³². Con el inicio del *Glosario* en el periódico católico *El Debate* en 1932, el peso de la religión creció, aunque lo hizo, como siempre, desde un punto de vista «utilitario», maurrasiano, que destacaba la organización jerárquica de la Iglesia y su importancia en la «continuidad nacional» por encima de los aspectos meramente religiosos: un Estado sin religión oficial –sin «misión espiritual»– tendería a reemplazarla por la religión del nacionalismo que se observaba en sectores tradicionalistas como la CEDA. Como es sabido, durante la Guerra Civil D’Ors se incorporó al gobierno de Burgos, en enero de 1938 se convirtió en secretario perpetuo del recientemente creado Instituto de España y un mes después fue nombrado Jefe Nacional de Bellas Artes (fue cesado el 25 de agosto del año siguiente).

²⁹ D’ORS, E.: «Mitos, ritos», *Nuevo Glosario*, Vol. I, *op. cit.*, p. 931.

³⁰ JARDÍ, E.: *Eugení d’Ors...*, *op. cit.*, pp. 231-233; D’ORS, E.: «El arte de no aderezar los restos», *Nuevo Glosario*, Vol. I, *op. cit.*, pp. 1017-1019.

³¹ D’ORS, E.: «El *Prezzolini*», *Nuevo Glosario*, Vol. I, *op. cit.*, pp. 764-767; D’ORS, E.: «La unidad en la Europa inquieta», *Nuevo Glosario*, Vol. II, Madrid: Aguilar, 1947, pp. 51-52.

³² D’ORS, E.: «Nueve en nueve», «Política y Misión» y «Espíritu de Ginebra y espíritu de Roma» *Nuevo Glosario*, Vol. II, *op. cit.*, pp. 695-697, 707-710 y 711-712.

En líneas generales, como afirmó Javier Varela³³, el pensamiento nacionalista sólo sufrió un ejercicio de reescritura a partir de 1923. A pesar de que la potencialidad imperialista de la Cataluña mediterránea desapareció, su legado clásico e imperial no se perdió sino que fue resignificado para (re)construir la grandeza imperial española. La Cataluña nacionalista había quedado del lado de lo irregular y España, mirando al fascismo italiano³⁴, se incorporó a la corriente de lo eterno, apareció del lado de lo europeo y muchas de sus características se convirtieron en universales³⁵. Pero la idea del Imperio era la misma: «Imperio es el nombre de una creación esencial de Cultura y, por consiguiente, de redención, en exorcismo contra un producto de Natura, de pecado, por ende, es decir la Nación. Pienso que en el Imperio se redimen las naciones, como los hijos de Eva y herederos de su mancha, en el bautismo»³⁶. Sólo cambiaban los referentes: se pasaba de la exaltación de la raza catalana simbolizada en la Teresa de *La Ben Plantada* –que ahora representaba reposo y ociosidad– a la exaltación del Imperio español en las figuras de Isabel y Fernando, símbolos de política y acción. *La vida de Fernando e Isabel*, un libro cargado de historicismo pensado con el objetivo de «profetizar el pasado»³⁷, mostraba a los Reyes Católicos como «forjadores los dos con sus manos de la nación que tras ellos, y solamente tras ellos, merece el nombre de España»³⁸, como los primeros responsables de la unidad de la nación y de un proyecto imperial que debía ser un modelo para el presente. En este texto, la «profetización del pasado» tenía su punto culminante en un «Soneto de las Regencias de Fernando»³⁹ que era tanto pasado como presente y futuro para España, una declaración de la estrechez de las naciones y una llamada a emprender el camino imperial de «restauración del Imperio Romano»⁴⁰.

³³ VARELA, J.: «El sueño imperial de Eugenio D'Ors», *op. cit.*, p. 70.

³⁴ D'ORS, E.: «Facies del Fascio», *Nuevo Glosario*, Vol. II, *op. cit.*, pp. 976-978.

³⁵ D'ORS, E.: «Nacionalismos en América», «Un escritor regional», «Sacudida», *Nuevo Glosario*, Vol. II, *op. cit.*, pp. 27-29, 603-604 y 717-718.

³⁶ D'ORS, E.: «Comercio epistolar», *Nuevo Glosario*, Vol. III, Madrid, Aguilar, 1949, p. 625. En este texto, escrito entre 1938 y 1940, afirmaba que Maeztu no había entendido bien sus ideas, pero que José Antonio era uno de los «se encendían» con ellas.

³⁷ D'ORS, E.: *Vida de Fernando e Isabel*, Barcelona, Juventud, 1982, p. 9.

³⁸ *Ibid.*, p. 5.

³⁹ *Ibid.*, p. 199.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 207.

D'Ors en la construcción del ultranacionalismo falangista

Las influencias ejercidas por Xènius fueron amplias y sinuosas, y aunque este no es el lugar donde reseñarlas, es interesante destacar dos grupos sobre los cuales sus textos fueron especialmente importantes antes del nacimiento del falangismo. En primer lugar, el de algunos jóvenes catalanes –Josep Maria Junoy, J. V. Foix y Josep Carbonell, entre otros– que desde *Monitor* permiten trazar, como ha hecho Ucelay, algunos puntos de contactos con las teorías de Giménez Caballero a través de Joan Estelrich. En una mezcla de futurismo italiano y nacionalismo integral, bebiendo de fuentes orsianas, estos jóvenes abogaron por una expansión confederal de la Península Ibérica que permitiría la destrucción de los «provincialismos» locales –Cataluña– y españoles y la conformación de unidades imperialistas en Europa⁴¹. El segundo grupo, más conocido y analizado, es el de la Escuela Romana del Pirineo y la revista *Hermes*⁴². La influencia orsiana es fácilmente detectable en varios de sus integrantes, especialmente en Rafael Sánchez Mazas. *Hermes* afirmaba tener como propósito trabajar para «la afirmación espiritual de la raza»⁴³ y aportar, a la manera *noucentista*, una savia nueva a España. Allí convivían sin aparente dificultad, el nacionalismo vasco y el español, la dirección de un vasco más o menos heterodoxo como Jesús de Sarría con la colaboración de un maurista como José Félix de Lequerica, la *vieja* generación –Unamuno, Baroja o Maeztu– con la joven –Sánchez Mazas, Murlane Michelena–, ambas bajo la mirada de Ortega y Xènius. Así como el imperialismo de D'Ors y Prat proponía regenerar España desde Cataluña, *Hermes* planteaba la posibilidad de que esto sucediera desde Bilbao. Era una demostración de que «los caminos españoles y los europeos marchaban en la misma dirección» y de que «la propia guerra europea, junto con la posguerra y la Revolución rusa, pudo ser seguida por algunos intelectuales

⁴¹ UCELAY-DA CAL, E.: «Vanguardia, fascismo y la interacción entre nacionalismo español y catalán: el proyecto catalán de Ernesto Giménez Caballero y algunas ideas corrientes en círculos intelectuales de Barcelona, 1927-1933», en BERAMENDI, J. y MÁIZ, R. (comps.), *Los nacionalismos en la España de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 73-85; UCELAY-DA CAL, E.: *El imperialismo catalán*, op. cit., pp. 793-796.

⁴² MAINER, J.-C.: *Regionalismo, burguesía y cultural. Los casos de Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Barcelona, A. Redondo, 1974; CARBAJOSA, M. y P.: *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 1-13; ESCALANTE, P.: *Hermes, revista del País Vasco*, Bilbao, Caja de Ahorros Vizcaína, 1989.

⁴³ *Hermes*, núm. 1, 1-I-1917.

españoles como una crisis de la civilización occidental»⁴⁴. En repetidas oportunidades D'Ors glosó elogiosamente esta iniciativa, en la que vio una nueva promoción novecentista que mostraba «la emancipación de anécdotas mezquinas» y «captaciones de verdadera modernidad»⁴⁵. Esta vinculación se mantuvo en las décadas posteriores y su influencia se desarrolló al compás de la radicalización de algunos de ellos. No en vano, la revista *Hermes* ha sido analizada por la historiografía como uno de los puntos de partida del fascismo español.

Veamos ahora, de manera resumida, algunos autores que conformaron el discurso del ultranacionalismo falangista. La apropiación imaginativa de las ideas orsianas es seguramente menos evidente en Ernesto Giménez Caballero (poco visible en Ramiro Ledesma Ramos y casi imperceptible en Onésimo Redondo) que en Rafael Sánchez Mazas y José Antonio Primo de Rivera. A pesar de las escasas referencias a Gecé en el *Glosario*⁴⁶ y de las colaboraciones de Xènius en *La Gaceta Literaria*, lo realmente importante son los puntos de contacto entre el pensamiento nacionalista de ambos.

Gecé, discípulo de Ortega, testigo del desarrollo del fascismo italiano y primer importador español⁴⁷, intentó desde un principio dejar claro que el fascismo español debía ser en el fondo una reinterpretación de la cultura española de las últimas décadas. Se trataba de armonizar rasgos europeístas (el ecumenismo religioso, entre otros) con las características autóctonas: una mezcla de europeísmo espiritualista y ultranacionalismo heredero de Ortega, Unamuno y también de D'Ors. Por eso, las figuras claves del fascismo italiano –Marinetti y Malaparte, entre las más importantes– fueron puestas en relación con las españolas: Ortega, Unamuno, Menéndez Pidal, Baroja, Azorín, Gómez de la Serna... y Eugenio d'Ors, «amante de la unidad»⁴⁸. Justamente este aspecto, el de la unidad imperial, fue destacado también en *Círculo Imperial* donde se refirió a D'Ors como iberista e imperialista⁴⁹.

⁴⁴ SAZ CAMPOS, I.: *España contra España*, op. cit., p. 85.

⁴⁵ D'ORS, E.: «Dos generaciones en Vizcaya», *Nuevo Glosario*, vol. I, op. cit., p. 783.

⁴⁶ D'ORS, E.: «Nuevos luceros», *Nuevo Glosario*, vol. I, op. cit., p. 802.

⁴⁷ SELVA, E.: *Ernesto Giménez Caballero. Entre la Vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pretextos, 2000.

⁴⁸ «Carta a un compañero de la joven España», *La Gaceta Literaria*, núm. 52, 15-II-1929; cit. en SAZ CAMPOS, I.: *España contra España*, op. cit., p. 106.

⁴⁹ UCELAY-DA CAL, E.: «Vanguardia, fascismo...», op. cit., pp. 53-54.

A diferencia de Xènius, Giménez Caballero, un heredero «atípico» del 98, anclaba sus ideas en la intrahistoria unamuniana y en los componentes más barresianos de Ortega. Sin embargo, había dos elementos que compartía con el catalán. Por un lado, un radicalismo antiliberal que le había llevado a entusiasmarse con la revolución bolchevique y con Lenin; por el otro, un imperialismo concebido de una manera muy parecida a la orsiana, aunque mucho más cercano al devenir político del fascismo italiano y europeo. En sus formulaciones, el peso del latinismo y la romanidad son piezas que distinguen España de la Europa «nórdica», y esto le permite ser mucho más permeable que otros a la potencial aportación de las regiones españolas a la resurrección de la nación. Las ideas del «genio de España»⁵⁰ como un tercer «genio» superador –con centro en Roma– de los de Occidente y Oriente tienen puntos en contacto con los planteamientos orsianos sobre Europa: César y Dios, Libertad y Autoridad, Independencia y Dependencia. Se trata una síntesis entre despotismo y libertad, entre tradición y revolución, próxima a la que D’Ors había presentado en la *Lletres a Tina* en los inicios de la Gran Guerra, aunque reformulada en clave fascista. En esta obra, publicada el mismo año que apareció la versión original francesa de *La vie de Ferdinand et Isabelle*, los Reyes Católicos aparecían también como los padres de la primera unidad española, protagonistas del momento imperial de la Historia de la nación que se había perdido con el romanticismo. Los puntos de contacto se observan también con la concepción de la catolicidad (no el catolicismo), entendida como base para la unidad nacional-imperial, que Gecé expresó un año después en *La Nueva Catolicidad*, un texto marcado por el triunfo del nazismo⁵¹.

En líneas generales, la salida imperial romana le permitía a Gecé proponer una solución al problema de España y a la definición plural de la nación que pasaba por una conjugación de la nacionalización como empresa común de Ortega con la idea de una proyección imperial que podía servir como mito nacionalizador hacia adentro y, potencialmente, hacia afuera. Las ideas de Xènius se expresaban en una especie de imperio confederal, una posición que le distanciaba del castellanismo esencial que

⁵⁰ GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Genio de España: exaltaciones a una resurrección de España y el mundo*, Madrid, La Gaceta Literaria, 1932.

⁵¹ GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *La Nueva catolicidad: teoría general sobre el fascismo en Europa: en España*, Madrid, La Gaceta Literaria, 1933.

dominaba el pensamiento de Ledesma Ramos⁵² y que hacia 1934 iría perdiendo fuerza frente a la certeza de la «vía falsa» que representaba el catalanismo⁵³.

Rafael Sánchez Mazas, el gran rival de Giménez Caballero en la lucha por la influencia sobre José Antonio⁵⁴, fue para Xènius el miembro más destacado de los jóvenes de *Hermes* y quien había sabido captar la esencia de sus ideas clásicas e imperialistas⁵⁵. Su idea imperial durante su estancia italiana durante el inicio de la experiencia fascista es puro D'Ors: un Imperio procedente de la Roma clásica que se había repetido de maneras diferentes a lo largo de toda la historia europea con los césares, el Constantino cristiano, Carlomagno, Carlos V y el imperio español. El clasicismo romano era la base de una idea de Europa que era, simultáneamente, un proyecto para España. ¿Cuál era esta idea? El modelo del Sacro Imperio Romano Germánico que D'Ors había reivindicado en la Gran Guerra –la misma era la de Mourlane Michelena– y había sostenido tantas veces después de ella⁵⁶, un modelo –que le había llegado en sus años en *Hermes*– en el que el componente clásico maurrasiano tenía una presencia importante. Estos elementos, tan centrales para el falangismo, llegarían a través de Sánchez Mazas a José Antonio.

Las influencias de José Antonio fueron múltiples y variadas. Entre ellas es necesario destacar, por un lado, sus relaciones con Giménez Caballero y Sánchez Mazas y, por otro, las de Ortega y D'Ors⁵⁷. José Antonio comenzó su carrera con unas primeras intervenciones políticas en la Unión Monárquica Nacional que tenían poco de la radicalidad de Giménez Caballero o Ledesma Ramos. Pero pareció resultar muy influenciado por *Genio de España* y en 1932 abrazó el fascismo participando de la efímera publicación *El Fascio*, en la cual expresó que el punto de partida de su visión nacionalista tenía como eje la unidad. Rápidamente el contacto con los orteguianos del Frente Español y la constitución del Movimiento Español Sindicalista-Fascismo Español le permitió expresar su conocida formulación de España como «unidad de destino en

⁵² SAZ CAMPOS, I.: *España contra España*, op. cit., p. 127

⁵³ UCELAY-DA CAL, E.: *El imperialismo catalán*, op. cit., pp. 840-842.

⁵⁴ Véase una síntesis en THOMÀS, J. M.: *Los fascismos españoles*, Barcelona, Planeta, 2011, pp. 63-122.

⁵⁵ D'ORS, E.: «Dos generaciones en Vizcaya», *Nuevo Glosario*, vol. I, op. cit., pp. 782-784.

⁵⁶ Véase CARBAJOSA, M. y P.: *La corte literaria...*, op. cit., pp. 50-51, 122 y 163.

⁵⁷ Según afirma D'Ors, José Antonio le visitaba entre 1932 y 1933 en su despacho madrileño para formarse; D'ORS, E.: «Recuerdos de José Antonio», *Nuevo Glosario*, vol. III, op. cit., pp. 709-710.

lo universal»⁵⁸. Poco tiempo después, en el «Discurso de Fundación de la Falange Española»⁵⁹ –que comenzó con una crítica frontal a Rousseau– afirmó que la Patria era «una unidad trascendente», sostuvo el carácter universalizante de la catolicidad como lo había hecho Giménez Caballero y, producto de la presencia de Ledesma, mostró una radicalización imperial, ultranacionalista y fascista que se volvería a expresar en los 27 puntos del programa definitivo de la FE de las JONS. El Estado era el instrumento más eficaz al servicio de la Patria, y España, como realidad «distinta y superior», había de desarrollar tres fines propios: la permanencia de su unidad, el resurgimiento de su vitalidad interna y la participación en las empresas espirituales del mundo⁶⁰.

Rápidamente aparecieron dos temas sobre los que es necesario detenernos: la potencial contradicción entre la influencia extranjera del calificativo «fascista» y el nacionalismo español, por un lado, y las incómodas relaciones con el nacionalismo como doctrina, por el otro. El primer problema era importante ya que Falange recibía críticas constantes desde los sectores tradicionalistas. ¿Por qué hablaba del Imperio romano Mussolini?, se preguntaba José Antonio. Lo hacía porque pretendía encontrar así la vena tradicional del espíritu de Italia y en este sentido era «esencialmente tradicionalista». En España debía hacerse lo mismo: buscar la tradición del propio Imperio «porque lo que hay de universal en el fascismo es esta revitalización de los pueblos todos; esta actitud de excavación enérgica en sus propias entrañas»⁶¹. La segunda cuestión, la del «no nacionalismo», se acabaría convirtiendo en una de las piezas clave del discurso del nacionalismo falangista en estrecha vinculación con la cuestión del Imperio. Era un tema que, a pesar de estar en la base del pensamiento nacionalista de Ortega, José Antonio parecía asumir directamente de Xènius relacionándolo estrechamente con la crítica rotunda al romanticismo, Rousseau y el liberalismo democrático que había estado mucho más presente en D'Ors que en cualquier otra de sus influencias. Además, este enfoque, que había llevado al catalán a una crítica constante a Action Française desde 1914, podía servir al falangismo para diferenciarse del nacionalismo de Acción Española. Y en este marco, el Imperio –la

⁵⁸ SAZ CAMPOS, I.: *España contra España*, op. cit., pp. 138-141.

⁵⁹ «Discurso de la fundación de Falange Española», 29-X-1933; en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Escritos y discursos. Obras completas (1922-1936)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1976, pp. 189-195.

⁶⁰ «Puntos iniciales», FE, 7-XII-1933; en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Escritos y discursos...*, op. cit., p. 219.

⁶¹ «Al volver. ¿Moda extranjera el fascismo?», *La Nación*, 23-X-1933; en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Escritos y discursos...*, op. cit., pp. 180-182.

unidad de destino en lo universal— podía convertirse en una formulación nacionalizadora perfecta en clave fascista, aunque, como afirmó Saz, las esencias españolas del nacionalismo noventayochista podían seguir siendo una segunda opción por si esto fallaba⁶².

En este sentido, afirmaba un José Antonio que seguía al Sánchez Mazas más orsiano, el Imperio romano era «tan nuestro como de Italia»⁶³, la culminación y el destino universal de «España», no de la nación⁶⁴. Esta negación del nacionalismo a través del concepto «España» podía tener otras implicaciones también provechosas: podía ser un mecanismo a través del cual incorporar las «otras naciones»: «España es varia y es plural, pero sus pueblos varios, con sus lenguas, con sus usos, con sus características, están unidos irrevocablemente en una unidad de destino en lo universal»⁶⁵. Se trataba, en cierta manera, de una formulación inversa pero equivalente a la del imperialismo que Prat de la Riba había (re)construido siguiendo a D'Ors. La diferencia era que Castilla, y no Cataluña, era la esencia de lo universal, la que había aspirado siempre a ser Imperio y no había podido «entender lo local nunca». Era este un castellanismo que se vinculaba tanto con la orteguiana idea de patria como empresa como con la orsiana de pueblo imperialista con misión universal⁶⁶.

El caso es que la influencia orsiana en el falangismo es clave en la identificación del nacionalismo con el individualismo liberal del XIX y en la idea de un Imperio justificado por una misión cultural universal —Cultura es sinónimo de Imperio, en D'Ors y en José Antonio— impuesta de manera autoritaria por unas aristocracias intelectuales. Estos elementos, típicamente orsianos, formaron una parte central del discurso de José Antonio y del ultranacionalismo falangista. En uno de sus textos fundamentales sobre esta cuestión, «Ensayo sobre el nacionalismo»⁶⁷, que se iniciaba nuevamente con una dura crítica a Rousseau, al individualismo y al nacionalismo —la línea de continuidad era evidente—, José Antonio planteaba una definición opuesta a la

⁶² SAZ CAMPOS, I.: *España contra España*, op. cit., p. 144.

⁶³ «Al volver. ¿Moda extranjera el fascismo?», en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Escritos y discursos...*, op. cit., pp. 180-182.

⁶⁴ Véase «Puntos programáticos de la Falange Española de las JONS», XI-1934; en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Escritos y discursos...*, op. cit., pp. 478-482.

⁶⁵ «Discurso sobre la nación española», 19-V-1935; en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Escritos y discursos...*, op. cit., pp. 681-682; véanse también «Sobre Cataluña», 4-I-1934, y «España irrevocable», FE, núm. 15, 19-VII-1934; en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Obras completas*, op. cit., pp. 240-241 y 413-415.

⁶⁶ «Discurso de proclamación de Falange Española de las JONS», 4-III-1934; en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Escritos y discursos...*, op. cit., pp. 327-333.

⁶⁷ «Ensayo sobre el nacionalismo», *Revista JONS*, núm. 16, IV-1934; en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Escritos y discursos...*, op. cit., pp. 347-351.

del romanticismo y al naturalismo —«los nacionalismos más peligrosos (...) son los que han entendido la nación de esta manera»—: la nación no se determinaba por los caracteres nativos sino que era parte de una «situación de partida hacia un punto de llegada tal vez inasequible». El nuevo «no-nacionalismo» tenía un proyecto claro: «reemplazar el débil intento de combatir movimientos románticos con armas románticas, por la firmeza de levantar contra desbordamientos románticos firmes reductos clásicos, inexpugnables (...) Hacer del patriotismo no un vago sentimiento, que cualquier veleidad marchita, sino una verdad tan incommovible como las verdades matemáticas».

Este «anti-nacionalismo» quedó más explícito en un fragmento del interrogatorio del proceso de Alicante celebrado el 16 de noviembre de 1936. Allí, casi a modo de sentencia final, José Antonio afirmó la presencia central de Sánchez Mazas en la idea del Imperio falangista: «la plenitud histórica de España es el Imperio. Pero según explica una conferencia de Rafael Sánchez Mazas, que es el primer intelectual de la agrupación, se entiende que nosotros no entendemos por Imperio una vasta extensión de país. Nosotros no somos nacionalistas (...) Creemos que es una Nación importante en cuanto encarna una Historia Universal. (...) Creemos que eso tiene que representar una función universal; Imperio, es decir, trascendental, que salga más allá de sus fronteras, de su tierra, de sus piedras, de sus elementos naturales»⁶⁸. La presencia de las ideas de D'Ors, como vimos, era evidente.

Ideas finales

Antes de acabar este texto, creo necesario apuntar algunos elementos. En primer lugar, el discurso sobre la nación de D'Ors y el falangismo aparecen en un contexto plenamente europeo y no pueden desprenderse de él⁶⁹. En este sentido, la combinación de modernidad y tradición, con un mayor peso de la primera parte de este binomio es ciertamente evidente⁷⁰. Y aquí, la intervención del D'Ors de sus años catalanes —y de las influencias mostradas, la de Sorel entre ellas— es fundamental.

⁶⁸ «Interrogatorio de José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, en el proceso celebrado en Alicante, el 16 de noviembre de 1936»; en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Escritos y discursos...*, op. cit., p. 1050.

⁶⁹ Véase KALLIS, A.: «To Expand or Not to Expand? Territory, Generic Fascism and the Quest for an "Ideal Fatherland"», *Journal of Contemporary History*, 38, 2 (2003), pp. 237-260.

⁷⁰ Véase GRIFFIN, R.: *Modernism and Fascism. The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*, Basingstoke, Palgrave, 2007.

En este sentido, parece claro que los falangistas compartieron la idea de Europa como gran nación con Ortega y D'Ors. Una idea que en Ortega pasó por varias fases pero que a finales de los años veinte, en *La rebelión de las masas*, tuvo como eje la unidad continental, una Europa como idea nacional que podía alcanzarse con el liderazgo de unas aristocracias que pusieran fin al dominio del hombre-masa y mantuvieran a Europa alejada de las alternativas americana y soviética⁷¹. Era claramente una moral de «mando» que, en palabras orsianas, se había traducido en una «política de misión» que sonaba más atractiva a oídos falangistas.

A pesar de que los falangistas recogieron toda la esencialidad castellanista del 98 y del Ortega más barresiano, también fueron conscientes de la pluralidad de los pueblos de España (esta se les hizo mucho más evidente durante la dictadura de Primo de Rivera) y, en este punto, el legado de Ortega de la nación como empresa y proyecto pudo ser proyectado a través de D'Ors en una «voluntad de Imperio». Sin Xènius es difícilmente comprensible este proceso.

El nacionalismo falangista también compartió las críticas al nacionalismo de Ortega y D'Ors, enfocadas estas siempre de manera diferente. El «no nacionalismo» de Ortega y su impacto en los falangistas han sido estudiados y ponderados por varios autores⁷², pero, en cambio, la influencia de D'Ors, equivalente en este punto a la del autor de *España invertebrada*, ha sido poco analizada. Polémicamente, así lo planteó Francisco Umbral hace algunos años: «La influencia de D'Ors en la retórica de José Antonio es más importante que la de Ortega, y esto no lo ha señalado nadie por la sencilla razón de que a D'Ors no lo han leído»⁷³. Más allá de lo exagerado de estas palabras, Xènius parece ser mucho más importante de lo que se ha pensado en la elaboración del pensamiento nacionalista de Falange. Esto no quiere decir que la idea del Imperio falangista fuese únicamente una importación del imperialismo catalán a

⁷¹ SAZ, I.: «Discursos y proyectos españoles sobre el nuevo orden europeo», en VILANOVA I VILA-ABADAL, F. y YSÀS I SOLANES, P.: *Europa, 1939. El año de las catástrofes*, Valencia, PUV, 2010, pp. 134-137.

⁷² ARCHILÉS, F.: «La nación de las *mocedades* de José Ortega y Gasset y el discurso del nacionalismo español (1906-1914)», en FORCADELL, C., SAZ, I. y SALOMÓN, P. (eds.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, PUV, 2009, pp. 65-121; VARELA, J.: *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999 (especialmente pp.217-218); SAZ CAMPOS, I.: *España contra España*, op. cit., pp. 86-99.

⁷³ UMBRAL, F.: *Leyenda del César Visionario*, Barcelona, Seix Barral, 1991, p. 89, cit. en CARBAJOSA, M. y CARBAJOSA, P.: *La corte literaria...*, op. cit., p. 121.

través de Cambó, Prat de la Riba y D'Ors, como ha planteado Ucelay⁷⁴. Sin embargo, sí parece que la incuestionable influencia de Ortega debe ser vinculada a la de D'Ors ya que su aportación en el «anti-nacionalismo» duramente contrario a Rousseau, el naturalismo y el liberalismo, la línea de continuidad histórica entre pueblo, nación e Imperio, y la centralidad otorgada al mito del Sacro Imperio Romano Germánico con capitalidad romana son centrales. El desarrollo intelectual de estos elementos difícilmente puede ser explicado sin recurrir a los textos de Eugenio d'Ors y a las lecturas hechas por los falangistas.

⁷⁴ Véase GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «*El catalanismo en la hora del imperialismo: un estudio excepcional sobre la proyección hispánica del nacionalismo lligaire*», *Studia historica. Historia contemporánea*, 23 (2005), pp. 311-312.

**FET Y DE LAS JONS EN LA CATALUÑA RURAL DE POSTGUERRA.
LA IMPLANTACIÓN DEL PARTIDO ÚNICO EN LA PROVINCIA
DE LLEIDA (1938-1945)**

Josep Gelonch Solé
Universitat de Lleida

Con el Decreto de Unificación política de 19 de abril de 1937, nacía el partido único franquista, bajo cuyas siglas de FET y de las JONS eran integrados los dos principales partidos políticos que habían apoyado el Alzamiento militar de julio de 1936: Falange Española de las JONS y Comunión Tradicionalista. Subordinado al control de Franco, jefe nacional, el nuevo partido único tomaba el programa ideológico, la organización y el estilo de la Falange hegemónica. FET y de las JONS nacía como un instrumento totalitario al servicio del Estado, tomaba por modelo los partidos fascista italiano y el nazi alemán, con los objetivos de organizar, encuadrar y educar las masas, crear una nueva élite política y convertirse en pieza fundamental en el engranaje que debía unir el Estado y la sociedad. Este debía ser el papel central del partido en el sistema político del *Nuevo Estado*. Hasta el año 1943 –los años de mayor fascistización del régimen– Falange pretendió llevar a cabo la construcción del régimen franquista según su proyecto totalitario.

De acuerdo con ello, el estudio de FET y de las JONS resulta de gran interés para entender mejor la construcción de la dictadura, ya sea a nivel estatal, provincial o local. Nos proponemos analizar la implantación y el despliegue del partido único en el mundo rural catalán durante los primeros años de la postguerra, tomando la provincia leridana como marco de estudio. Para abordar el análisis usamos los utensilios metodológicos de la historia local y la microhistoria. A menudo, las realidades locales no se ajustan exactamente a las hipótesis y modelos generales, a veces las contradicen; en todo caso, se presentan como perspectivas complementarias que deben contribuir a la mejor comprensión del régimen franquista¹.

¹ La comunicación se basa en parte de nuestra tesis doctoral *Falange i poder. Lleida durant la dictadura franquista*, dirigida por la Dra. Conxita Mir, que fue defendida el 28 de mayo de 2010 en la Universitat de Lleida. Disponible en la base colectiva Tesis en Red: <http://www.tesisenred.net/handle/10803/8225>.

Despliegue inicial de FET y de las JONS en Lleida

Lleida fue la primera capital catalana ocupada, el 3 de abril de 1938, y provincia y ciudad estuvieron partidas por el frente de guerra de los ríos Noguera Pallaresa y Segre hasta las vísperas navideñas de aquel año, cuando el ejército franquista, victorioso en la batalla del Ebro, emprendió la ocupación definitiva de Cataluña. En estas circunstancias de frente bélico eran los mandos militares las autoridades máximas de la ciudad. Nombraron las autoridades municipales y provinciales, todas ellas subordinadas al poder militar. La Secretaría General del Movimiento (SGM) nombró los principales cargos de las prefecturas provinciales de FET y de las JONS. En el caso leridano, al igual que el de Tarragona, la designación de los dirigentes fue reflejo de la correlación de fuerzas en el seno de la Delegación Territorial de Cataluña de FET y de las JONS en Burgos en el momento de la entrada franquista en Cataluña. En Burgos se libró la batalla principal entre falangistas y tradicionalistas catalanes para controlar el reparto de poder en el nuevo partido único. En principio, debía corresponder a los carlistas la dirección de la jefatura territorial en Cataluña por ser la fuerza hegemónica entre la colonia catalana en la Zona Nacional. Sin embargo, gracias a sus influencias en el seno de la SGM, los falangistas catalanes fueron capaces de subvertir esta supremacía tradicionalista. Y cuando en agosto de 1937 fue creada la Delegación Territorial de FET y de las JONS de Cataluña, en Burgos, fueron designados dos falangistas, José Ribas y Mariano Calviño, respectivamente delegado y secretario. En definitiva, la Jefatura Territorial de FE y de las JONS se había convertido en Delegación Territorial de Cataluña de FET y de las JONS. Los tradicionalistas habían sido marginados de la dirección del nuevo partido².

Los dos primeros jefes provinciales de FET y de las JONS de Cataluña fueron dos falangistas. José M^a Fontana, el de Tarragona, era *camisa vieja* de Reus; el de Lleida, Javier Bañeres Piniés, falangista de origen oscense. Según Fontana, Bañeres fue nombrado porque la mayoría de falangistas leridanos habían sido ejecutados en verano de 1936 o estaban encarcelados, huidos o desaparecidos³. Antes de la guerra, en Lleida –como en el conjunto catalán– la Falange había sido un grupo marginal, que

² THOMÀS, J. M.: *Falange, guerra civil, franquisme. FET y de las JONS de Barcelona en els primers anys del franquisme*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, pp. 127-196.

³ FONTANA TARRATS, J. M.: *Los catalanes en la guerra de España*, Madrid, Samarán, 1951, p. 353.

nunca constó formalmente organizado. No consiguió reunir más de cuarenta simpatizantes, la mayoría jóvenes, hijos de familias conservadoras de la ciudad, muchos de ellos estudiantes que entraron en contacto con los falangistas en las universidades de Zaragoza o Barcelona, y algún empleado, profesional liberal, funcionarios y militares, en torno al capitán retirado Pablo Valledor Díaz y el profesor de secundaria José Martínez de San Miguel Falcó. Sus actividades no fueron más allá de repartir folletos, pegar carteles, protagonizar encontronazos con jóvenes izquierdistas o realizar sesiones de tiro con armas –facilitadas por los contactos de Valledor o sustraídas de la armería Balius, propiedad de la madre de un joven falangista. A pesar de ello, participaron en los preparativos del golpe militar en la ciudad, junto con militares, carlistas y miembros de la CEDA; como todos ellos, la mayor parte de sus efectivos fueron abatidos por la represión de verano y otoño de 1936.

Según la versión de los carlistas, hubo una sucia maniobra de los falangistas catalanes en la SGM, que consiguieron de Fernández-Cuesta el nombramiento interino de Bañeres puesto que el carlista propuesto por el cargo había sido objeto de denuncia (aunque más tarde se demostró falsa). Los carlistas no se conformaban con el nombramiento del tarrasense Lluís G. Ventalló (tradicionalista partidario de la Unificación) para el cargo de gobernador civil de la provincia⁴. Pese a haber sido la opción con mayor arraigo e implantación social y territorial entre las fuerzas derechistas en la provincia de Lleida, los carlistas tan sólo recibieron las delegaciones de Frentes y Hospitales (asignada a María Recassens Gassió, de arraigada familia carlista de la ciudad) y las milicias de FET y de las JONS, en manos de Enrique Monteys de Carbó, ex jefe del Tercio de Montserrat e inspector de milicias de Cataluña. Estas dos delegaciones, ubicadas en el mismo edificio de la capital, sirvieron como base de reorganización de la militancia carlista, y desde ellas se llevó a cabo una actividad autónoma respecto a FET y de las JONS, a menudo en competencia con Auxilio Social y Sección Femenina. Así queda manifiesto en la documentación privada del gobernador civil Ventalló, con denuncias por parte del jefe provincial Bañeres y los informes a

⁴ THOMÀS, J. M.: *Falange, guerra civil, franquisme...*, op. cit., 1992, p. 268, nota 2. Para la trayectoria de Lluís G. Ventalló, cfr. VIGUÉS, M.: *Lluís G. Ventalló i Vergés (1903-1980). De la fidelitat a Sala al compromís amb el Rèim*, Terrassa, Fundació Torre del Palau, 2005.

Serrano Suñer⁵. Cuando en mayo de 1939 desapareció la delegación de Frentes y Hospitales, los carlistas intentaron recuperar el antiguo círculo tradicionalista (ahora como Círculo España), aunque no lo consiguieron ni en Lleida ni en otras localidades (como Llardecans); sólo tenemos constancia de que lo consiguieron en Juncosa de les Garrigues, localidad del antiguo jefe tradicionalista Alfonso Piñol. Era el inicio de la desafección carlista, que desde entonces se manifestaría en los actos conmemorativos, las fiestas nacionales, etc., llegando a su mayor expresión durante la visita de Franco a la ciudad (enero de 1942)⁶. En el caso de las *margaritas* leridanas, su integración al Movimiento fracasó y originó continuas tensiones⁷.

La situación de la provincia de Lleida durante los ocho meses de frente – especialmente en el caso de la capital casi desierta de población civil–⁸ no era nada favorable al desarrollo de los objetivos iniciales de FET y de las JONS. Objetivos que debían concretarse en el esfuerzo de captación de afiliados, el despliegue de los servicios asistenciales, de encuadre y movilización del partido, la implantación de las jefaturas locales, la organización de actos de masas, y, cómo no, la colaboración activa en la represión de los vencidos.

Después de una breve estancia inicial en una casa de la Rambla de Aragón, la jefatura provincial de FET y de las JONS se situó en el Casino Principal de Lleida, en la calle Mayor. Pero cuando los socios del Casino Principal, representantes de la burguesía comercial y industrial leridana, reclamaron el retorno del edificio, la Falange no tuvo más opción que mudarse a un primer piso de alquiler en la plaza Sant Joan, que ocupó hasta el 1977. Fracasaron los intentos de apropiarse del edificio de Joventut Republicana, cuna del republicanismo catalanista local, con un gran valor simbólico. La formación de patrimonio inmobiliario de FET y de las JONS en pueblos y ciudades se basó en la apropiación de edificios y bienes de partidos políticos, organizaciones sindicales y asociaciones declarados ilegales, al igual que de propiedades de individuos juzgados por responsabilidades políticas, ejecutados, huidos o desaparecidos. Un caso

⁵ Archivo familiar Ventalló, Terrassa.

⁶ Cfr. GELONCH, J.: «Carlistes dins FET y de las JONS: entre la integració i l'enfrontament. Lleida, 1938-1939», en DD.AA.: *Sense memòria no hi ha futur*, Catarroja, Afers, 2004, pp.53-58.

⁷ JARNE, A.: «La branca femenina del carlisme lleidatà. República, Guerra Civil i Primer Franquisme», en MIR, C. (ed.): *Carlins i integristes. Lleida segles XIX i XX*, Lleida, IEL, 1993, pp. 177-207.

⁸ SAGUÉS, J.: *Una ciutat en guerra. Lleida en la guerra civil espanyola (1936-1939)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2003, pp. 507-579.

llamativo lo encontramos en la Seu d'Urgell, donde la jefatura local y comarcal fue ubicada en el antiguo Hotel Rimbau, propiedad de Enric Canturri (diputado de ERC) incautada por el TRP, rebautizado como Hotel Nueva España, aunque el pueblo lo conociese como el *hotel de la Falange*⁹.

Desde el primer día de la ocupación, aparecen continuas llamadas a la afiliación en las páginas de la prensa falangista leridana¹⁰. Era necesaria la propaganda para atraer las masas al partido, a la vez que era necesario un control de las personas que solicitaban el ingreso. Las órdenes de la SGM dejaban muy claro que *«no podrán ser admitidas al Movimiento, ni siquiera como adheridas, las personas que hayan desempeñado cargos directivos en los partidos del frente popular, incluidos los partidos nacional-separatistas y las sindicales. Tampoco podrán serlo los que, sin haber desempeñado aquellos cargos directivos, hayan ocupado cargos políticos precisamente por su condición de afiliados a aquellos partidos o sindicales»*.¹¹ A los jefes locales se les pedía una relación mensual exacta de los que solicitaban inscribirse en el partido, con el objetivo claro de *«tener en todo momento un perfecto control de los afiliados a FET y de las JONS a esta Provincial de Lérida»*¹². Era necesario conocer sus antecedentes políticos y sociales para evitar que se infiltrasen personas políticamente no deseables. Pese a todo, Bañeres y Fontana (jefes provinciales de Lleida y Tarragona) fueron denunciados por los carlistas en agosto de 1938 de favorecer la entrada a destacados elementos rojos, incluso de nombrarlos jefes locales del partido¹³.

Como se ha dicho, el núcleo falangista de antes de la guerra había sido minúsculo y el resto de opciones derechistas habían tenido poco arraigo, excepto la Comunión Tradicionalista y la Lliga Catalana, con destacados núcleos locales y comarcales. A ello hay que añadir que la represión revolucionaria había mermado notablemente los cuadros dirigentes de todos los partidos derechistas. Si los carlistas fueron apartados

⁹ MIR, C.; CORRETGE, F.; FARRÉ, J. y SAGUÉS, J.: *Repressió econòmica i franquisme. L'actuació del Tribunal de Responsabilitats Polítiques a la província de Lleida*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997, pp. 291-292.

¹⁰ «Cartel de Falange», *Ruta. Órgano de FET y de las JONS*, Lleida, 19-4-1938.

¹¹ Orden circular núm. 35, 20-6-1938. Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia, SGM-Vicesecretaría General del Movimiento, c. 11.

¹² Oficio de 27-5-1938. Archivo Comarcal de la Noguera (ACN), Fondo Jefatura Local del Movimiento de Albesa, c. 2.

¹³ THOMÀS, J. M.: *José M. Fontana Tarrats. Biografía política d'un franquista català*, Reus, Centre de Lectura, 1997, pp. 53-54. La denuncia consiguió el cese de algunos jefes locales del partido, pero no el de Fontana y Bañeres.

del control del partido, los ligeros despertaban muchas dudas por su pasado catalanista, demonio execrable para el régimen franquista. Pese a todo, encontramos antiguos miembros de la Lliga al cargo de algunas delegaciones provinciales, algunos de ellos con verdaderas antipatías en el partido, como es el caso de José M^a de Porcioles, al frente de Auxilio Social. Es obvio que FET y de las JONS debía construirse sobre una base muy heterogénea de afiliados, como un partido de aluvión, con muchas camisas *nuevas* y pocas *viejas*, donde era la experiencia de la guerra (ser excombatiente, excautivo, familiar de caído, perseguido, etc.) el principal referente. Individuos de diversa procedencia, derechistas y otros sin pasado político, jóvenes y mayores, acudieron a solicitar el ingreso en la nueva Falange. Unos para demostrar su adhesión al nuevo régimen, otros deseosos de limpiar su historial político, otros para acceder al reparto del poder. Otros, quizás los menos, porque compartían con entusiasmo los ideales de la revolución nacionalsindicalista.

Disponemos de muy pocos datos para saber con precisión cuál fue la afiliación a la Falange aquellos meses de 1938, cuando la actividad de la jefatura provincial se reducía poco más que a la capital. Muy pronto Javier Bañeres era acusado de no realizar la propaganda necesaria en los pueblos *liberados* para atraer adhesiones al partido¹⁴. Las pocas jefaturas locales organizadas, con jefe nombrado, a duras penas funcionaban. Así lo constataba un informe del alcalde de Balaguer, de agosto de 1938, donde afirmaba que FET y de las JONS «y tal vez por la falta de población civil y por el ambiente intranquilo con que se vive, no ha podido desarrollar su acción con la eficacia que corresponde a los altos fines de su creación»¹⁵. Era evidente la falta de medios humanos y técnicos de la jefatura provincial para, en aquella situación, llevar las órdenes y consignas a lo largo de la provincia *liberada*.

Sí sabemos que, en agosto de 1938, la Falange local de Albesa (municipio vecino a Balaguer, de poco más de 1.500 habitantes) contaba con 121 afiliados (sólo uno con la condición de *militante*), 71 jóvenes en las Organizaciones Juveniles y 61 chicas y mujeres en la Sección Femenina. Las cifras aumentaron en los meses posteriores, llegando a los 174 afiliados en abril de 1939¹⁶. Estos datos de Albesa nos podrían llevar

¹⁴ Escrito del gobernador civil Lluís G. Ventalló al inspector territorial de FET y de las JONS José Ribas, 23-4-1938. Archivo familiar Ventalló, Terrassa.

¹⁵ Archivo Histórico de Lleida (AHL), Administración Local, Balaguer, c. 1944.

¹⁶ ACN, Jefatura Local del Movimiento de Albesa, c. 2.

a pensar en una buena capacidad de penetración social del partido, pero contrastan con los informes de la jefatura provincial de FET y de las JONS, que no dejaban de señalar las resistencias a solicitar el ingreso, a pesar del proselitismo realizado. Es de suponer, pues, que la afiliación no fue tan masiva como se esperaba y en todo caso dependió mucho de las realidades locales y de la capacidad de los jefes locales para atraer a sus convecinos. En agosto de 1939, un informe de inspección realizado por Pablo Ruiz de Alda señalaba que el número de afiliados a FET y de las JONS en la provincia de Lleida era de unos 7.000, contando militantes, adheridos y mujeres de SF, lo que se consideraba «*notoriamente bajo en relación con los habitantes*». En la capital, con unos 40.000 habitantes, disponía de 750 afiliados. El informe describía una situación «*francamente mala*» de la jefatura, en que las delegaciones tenían «*escasa vida*», «*un desarrollo rudimentario*» o no funcionaban, a excepción de la delegación de Información e Investigación, de la que se decía que «*es modelo, funciona muy bien*»¹⁷.

Ello parece indicar que a mediados del año 1939 el proyecto de implantación de FET y de las JONS en Lleida estaba fracasando. La mitad de los pueblos no disponían todavía de jefatura local y la inspección provincial, que debía encargarse del despliegue del partido en el territorio, no había iniciado su andadura. La jefatura provincial se encontraba en flagrante desorganización, incapaz de resolver con agilidad las solicitudes de ingreso, y, según el propio testimonio falangista, no disponía del debido prestigio ni en la sociedad ni entre las instituciones leridanas. El jefe provincial Javier Bañeres fue cesado en junio de 1939, acusado de ser el responsable de la mala gestión del primer año de la Falange, así como de la lamentable situación económica de la jefatura. La capacidad de algunos delegados de servicio del partido era considerada muy escasa¹⁸. También se solía señalar la nula colaboración del gobernador civil, Juan A. Cremades, que tomó posesión en enero de 1939, a quien se acusaba de que «*no tiene ni afecto ni simpatía por la Falange*»¹⁹. Acusaciones de poco apoyo, de obstaculización a la tarea del partido o de favorecer a los grupos antifalangistas de la ciudad (los carlistas), que serán una constante en los informes de

¹⁷ «Inspección de la Jefatura Provincial de Lérida», Pablo Ruiz de Alda, 7-8-1939. AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 118.

¹⁸ Bañeres y alguno de sus colaboradores fueron acusados de malversación de fondos de la jefatura provincial. AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 368, 23-9-1939.

¹⁹ «Inspección de la Jefatura Provincial de Lérida», Pablo Ruiz de Alda, 7-8-1939. AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 118.

la jefatura provincial, y que sin duda deben enmarcarse en la lucha por el reparto de las cuotas de poder.

Otro elemento que nada ayudó en la consolidación de FET y de las JONS en Lleida fue la interinidad con que se ejerció la dirección del partido y el poco arraigo de los jefes provinciales. Desde el cese de Javier Bañeres hasta la unificación de cargos (gobernador civil-jefe provincial) en abril de 1943, ocuparon la jefatura provincial Francisco Mora Sádaba (junio-noviembre 1939), Ramón Trepas Andreu (noviembre 1939-octubre 1940), Ángel Abril Lefort (octubre 1940-octubre 1941) y Cándido Sáez de las Moras (octubre 1941-abril 1943). Tan sólo Trepas era natural de la provincia, hijo de una familia industrial de Tàrraga; sin embargo, sólo pudo ejercer su cargo desde la distancia, ya que era militar con destino en Barcelona y luego en Mallorca. Los otros tres, como había sucedido con Bañeres, gozaron de poca o nula conexión con la realidad leridana.

Los informes de la Falange leridana reflejaban la falta de organización, de estilo y orientación nacionalsindicalista, de liderazgo, origen de la baja moral de los afiliados, que se sentían desatendidos y, poco a poco, se daban de baja en el partido. Se señalaba la ineptitud de algunas jerarquías para dirigir el partido o para sancionar las faltas de los afiliados. Todo ello hacía urgente, en mayo de 1940, el nombramiento de un jefe provincial que «*pueda hacer resurgir el Partido del caos en que se halla*»²⁰. Los *partes mensuales* reflejaban inactividad, falta de cuadros aptos, falta de recursos y escaso apoyo del resto de instituciones. En junio de 1940, centenares de solicitudes de afiliación estaban todavía pendientes de informar y aprobar, lo que provocaba gran malestar en las filas del partido y los solicitantes²¹.

Esta imagen que nos ofrece la provincia de Lleida era más común de lo que pretendían las jerarquías nacionales a lo ancho del territorio español. Antonio Cazorla ha descrito un partido único caracterizado progresivamente por una mayor impotencia y desorganización, tanto en los centros de poder como en las provincias²². Sin duda alguna, la interinidad instalada al frente de las jefaturas provinciales afectó muy negativamente a la implantación y despliegue del proyecto falangista y contribuyó

²⁰ «Información relacionada con nuestro escrito nº 18.141 del pasado año, sobre Lérida», 10-4-1940. Informes del delegado provincial de Información e Investigación (25-5-1940) y de la delegada provincial de la Sección Femenina (24-5-1940). AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 38, 368.

²¹ «Parte quincenal de 15-30 de Junio de 1940», AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 368.

²² CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 25-43.

todavía más a situar el partido en una posición de debilidad respecto a otras instituciones provinciales, en concreto el gobierno civil, que disfrutaban de mayores poderes y, además, dispusieron de mayor estabilidad.

¿Todo el poder para la Falange? Tensiones, conflictos y enfrentamientos

El nombramiento del exjonsista vallisoletano Cándido Sáez de las Moras, en noviembre de 1941, respondía a la necesidad de dar vida al mortecino partido único en Lleida. Sus primeras notas en la prensa expresaban sus deseos de potenciar sus servicios con la expresa voluntad de conquistar las masas, al mismo tiempo que se iniciaba la depuración de sus filas para conseguir un mayor nivel de compromiso de los afiliados. Era necesario extender los ideales nacionalsindicalistas entre las masas sanas, *«atraer a todos aquellos que, equivocadamente pero de buena fe, militaron en campos políticos distintos y que sin llegar a contaminarse irreparablemente, al reconocer su error pueden entregarse de corazón al servicio de España y de nuestra Revolución»*, y, en paralelo, se dieron las órdenes para iniciar el proceso de información de los afiliados, para depurar la organización de aquellos que lucían, sin mérito alguno, el carnet y la camisa azul, por *«la imperiosa necesidad de llevar a efecto rápidamente, con rigidez y justicia, la selección de los mejores»*²³.

La jefatura de Sáez de las Moras supuso la activación de todos los instrumentos propagandísticos de que disponía el partido. El diario falangista *La Mañana* –dirigido por Emilio Romero, persona de confianza de Sáez de las Moras–, y la recién recuperada emisora EAJ 42-Radio Lérida, asumieron la tarea de altavoz del proyecto y la retórica nacionalsindicalistas del jefe provincial. El proyecto de Sáez de las Moras hacía necesario que todos los instrumentos de poder recayeran en manos de FET y de las JONS. La reclamación de *«todo el poder para la Falange»* era consecuencia directa de la situación subalterna que ocupaba el partido único en el organigrama político del régimen, que no controlaba los resortes del poder, ni en el ámbito local ni provincial²⁴.

²³ Circular núm. 29, 17-11-1941, ACN, Fondo Jefatura Local del Movimiento de Balaguer, c. 2 (*La Mañana*, 18-11-1941). José L. de Arrese: «Orden circular nº 137 de depuración del Partido», AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 108 (BMFET, nº 128, 20-11-1941). «La Falange purifica sus líneas», *La Mañana*, 27-11-1941.

²⁴ La reclamación de *«todo el poder para la Falange»* respondía a la frustrada ofensiva de Serrano Suñer en mayo de 1941 y la insatisfacción se extendió a muchas jerarquías nacionales y provinciales de

En la prensa se criticaba duramente a todo aquel que se oponía, dentro y fuera del partido, a la marcha triunfal de la Falange²⁵. Los falangistas leridanos valoraban muy positivamente los esfuerzos de Sáez de las Moras de situar al partido en el lugar merecido. Así lo transmitía la delegación provincial de Información e Investigación, en enero de 1942: «*la opinión general es de que por fin Lérida tiene un Jefe que se preocupa del Partido y trabaja activamente y como es natural la Falange inicia su existencia hasta la fecha desconocida*»²⁶. Sin embargo, la ambición de poder y la contundencia verbal del jefe provincial eran vistas con recelo por el resto de autoridades políticas provinciales, puesto que se oponía a la marginalidad que el partido había ocupado hasta entonces en el control y ejercicio del poder político. Fue en tiempos de Sáez de las Moras cuando se produjeron las mayores tensiones y enfrentamientos en el seno del grupo de poder franquista de la ciudad.

Según los informes falangistas, en las instituciones locales y provinciales (Gobierno Civil, Diputación, Ayuntamiento de Lleida) se juntaban los sectores antifalangistas de la ciudad y ninguna de ellas actuaba siguiendo las directrices de Falange y el *Nuevo Estado*. Los alcaldes Ramón Areny y Juan J. Arnaldo o el presidente de la Diputación José M^a Porcioles fueron objeto de ataques y críticas por parte de Falange²⁷. Se acusaba a Porcioles (a la vez delegado provincial de Auxilio Social), de desatender la delegación, de funcionar al margen del partido y de actuar como un verdadero cacique en Balaguer, donde ejercía de notario. Falange le acusaba de un pasado político catalanista e incluso recuperó la denuncia que unos vecinos de Balaguer habían presentado en su contra en 1939, y que le había acarreado un proceso judicial²⁸. El proceso de depuración de Porcioles concluyó con la propuesta de

Falange. Cfr. GÓMEZ RODA, J. A.: «La primera jefatura provincial de FET-JONS de Valencia, 1939-1943», en *II Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Alicante, 1995, pp. 127-134.

²⁵ «Fauna antifalangista: los “hombres cultos”», «Los impacientes», «El peligro de los inconstantes», «Los falangistas de acera», «Revolución falangista», *La Mañana*, 12-12-1941, 17-12-1941, 18-12-1941, 10-1-1942, 14-1-1942.

²⁶ «Informe de la Delegación Provincial de Lérida», 8-1-1942. AGA, Presidencia-Vicesecretaría General del Movimiento, c. 17.

²⁷ «Boletín de información y ambiente de la Delegación Provincial de Información e Investigación de Lérida», nº 557 (15-3-1942), nº 624 (15-4-1942), nº 651 (30-4-1942), nº 675 (16-5-1942), nº 714 (30-5-1942). AGA, Presidencia, SGM-Vicesecretaría General del Movimiento, c. 17.

²⁸ Un análisis del proceso judicial a Porcioles en SAGUÉS, J.: «La societat de la tensió i de la sospita. Disputes i enfrontaments entre els vencedors a les comarques de Lleida, 1938-1939», en ARNABAT, R. y MARÍN, M. (eds.): *Franquisme i transició democràtica a les terres de parla catalana*, Valls, Cossetània, 2001, pp. 741-753.

expulsión del partido, que en marzo de 1943, cuando fue ascendido por el ministro Eduardo Aunós al cargo de Director General de Registros y Notariado, quedó sin resolución ni efecto.

Las relaciones entre Sáez de las Moras y el gobernador civil Juan A. Cremades se convirtieron en un enfrentamiento abierto. Las pocas simpatías del gobernador (profundamente católico y exmilitante zaragozano de la CEDA) hacia la Falange eran de sobras conocidas. Los falangistas le acusaban de no tener en cuenta las propuestas del partido en el nombramiento y las renovaciones de las comisiones gestoras municipales, de nombrar personas sin carnet de Falange, de obstaculizar la tarea y el despliegue del partido, de dar apoyo y cobertura a los carlistas contrarios a la unificación, de haber convertido la delegación provincial de Abastecimientos en refugio del peor antifalangismo. Incluso le acusaban de perseguir a algunos falangistas, como fue el caso del delegado provincial del SEU Julio Mejón Sudor, que, recién retornado de la División Azul, en diciembre de 1942 fue detenido y llevado a comisaría por no poder acreditar su cargo en el partido. El nivel de tensión entre Sáez de las Moras y Cremades fue tal que el jefe provincial de Falange solicitó ser relevado del cargo y poder ir a combatir el comunismo con la División Azul, petición que le fue denegada.²⁹

Todos los análisis provinciales de Falange y las instituciones políticas franquistas abundan en enfrentamientos entre los jefes provinciales y los gobernadores civiles. Fueron la tónica habitual mientras duró la dualidad de poderes en las provincias.³⁰ En general, eran los jefes provinciales los que salían peor parados, y solían ser cesados y relevados. A menudo, estas tensiones se reproducían en el ámbito local, entre alcaldes y jefes locales de Falange, incluso entre estos y las autoridades eclesiásticas. Más que diferencias ideológicas, ponían al descubierto la lucha por los espacios de poder y reflejaban la situación subalterna que del partido único respecto a los representantes del Estado (gobernadores civiles, alcaldes) que disponían del poder efectivo y la mayor parte de los recursos. En 1943 era evidente que la Falange ni dirigía la política española, ni podría llevar a cabo la revolución nacionalsindicalista soñada, que quedó definitivamente *pendiente*. A nivel provincial y local apenas tenía poder real, incapaz

²⁹ La versión de Cándido Sáez de las Moras en AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 95, informe de 7-12-1942.

³⁰ Una visión general en CAZORLA, A.: *Las políticas de la victoria...*, op. cit., pp. 43-60.

de llevar a cabo sus amplias tareas ante la crónica falta de recursos humanos y materiales y su posición cada vez más clara de aparato estatal gregario.

Sólo la unificación de los dos máximos cargos provinciales –implantada para poner fin a los conflictos– dio una nueva ilusión ficticia a la Falange, ya que estos la veían como la última oportunidad de materializar el acceso al poder. Pensaban que sólo así el partido conseguiría todo el prestigio, la influencia y el poder que se merecía. En Lleida se produjo en abril de 1943, con el nombramiento de José M. Pardo Suárez de Santayana. El nuevo gobernador civil y jefe provincial procedió a renovar gran número de comisiones gestoras municipales y la Diputación provincial. Se nombraron personas afiliadas a FET y de las JONS y se tendió a unificar los cargos de alcalde y jefe local en los pueblos³¹. En la capital fue nombrado alcalde un joven, camisa vieja y secretario provincial de FET y de las JONS, Víctor Hellín Sol, quien iniciaba una larga trayectoria política que, después del ayuntamiento, pasaría por la Diputación provincial (1952-1961) y los gobiernos civiles de Zamora, Girona, Baleares y Sevilla.

Parecía que definitivamente el sello falangista impregnaba toda la acción de gobierno en la provincia. Así lo hacían constar los informes falangistas, que destacaban la buena sintonía con las instituciones. Las críticas desaparecieron. Se suponía que la Falange había tomado el control del poder. La realidad, sin embargo, distaba mucho del entusiasmo de los falangistas, de la consecución de *«todo el poder para la Falange»*. Por el contrario, las instituciones políticas del Estado (o sea, gobernadores civiles y alcaldes) se habían apoderado del control del partido, que seguía siendo un mero accesorio del poder. Porque era el Ministerio de la Gobernación y no la Secretaría General del Movimiento quien nombraba los gobernadores civiles-jefes provinciales. Y estos nombraban los alcaldes. Como señaló Ángela Cenarro, el nombramiento de falangistas, ya fuesen camisas viejas o no, resultaba una efectiva forma de integrar en la carrera política del Estado a individuos que hasta entonces habían desarrollado su trayectoria en el partido, para quienes resultó un trampolín hacia el poder real.³² Sucedió que cuando accedieron a los ayuntamientos, diputaciones y gobiernos civiles, los falangistas se convirtieron en autoridades civiles y

³¹ AGA, Ministerio de la Gobernación, DGAL, c. 44/2543, 44/2762, 44/2776.

³² CENARRO, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón (1936-1945)*, Zaragoza, Prensas Universitarias Zaragozaanas, 1997, p. 116.

dejaron de actuar en nombre del partido. Lo que deseaban muchos falangistas eran cargos de poder real, y a partir de este momento actuaron desde los consistorios y no desde las sedes del partido, que fueron perdiendo actividad.

Fue este el verdadero fin del proyecto autónomo de la Falange y la definitiva domesticación del partido único por parte del Estado, que impulsado por la necesidad de supervivencia convirtió el partido en una máquina burocrática al servicio del Estado (Movimiento Nacional). Años más tarde, José M^a Martínez Val (gobernador civil de Lleida, 1969-1970), escribía que la unificación de cargos provinciales había llevado a la Falange al fracaso ya que, pese a terminar con los enfrentamientos, supuso la erosión y desactivación de todo propósito revolucionario falangista, la burocratización absoluta y el inmovilismo de sus dirigentes, más preocupados por conservar los cargos que otra cosa³³.

La Falange en los pueblos y capitales

El partido no dispuso nunca de los medios y recursos necesarios ni controló los resortes de poder para llevar a cabo con éxito las funciones de encuadramiento de las masas (jóvenes, mujeres, trabajadores) y de crear y organizar el consenso activo favorable a la *Nueva España* que se le encomendaron. Los esfuerzos de las jerarquías, por muy abnegadas que fuesen, siempre chocaron con una realidad esquivia. Los partes mensuales de las jefaturas provinciales pronto mostraron la pobre imagen de un partido desasistido. «*Los recursos son pocos y no son suficientes para cubrir las necesidades más perentorias a pesar de la austeridad que existe en lo referente a gastos de personal administrativo*», decía un parte de mediados del año 1940. Las cuotas de los afiliados no llegaban a las 1.700 pesetas, «*fiel reflejo de los poquísimos afiliados que hasta ahora existen en esta provincia*», y tenían que confiar en los donativos particulares –cada vez menores– para hacer frente a los gastos de la jefatura, que superaban las 10.000 pesetas mensuales, entre alquileres, personal y mantenimiento³⁴. A pesar de que la delegación de Información e Investigación disponía de un agente, dos mecanógrafas, dos auxiliares y un enlace, ello era insuficiente para informar todas las solicitudes de ingreso al partido y los expedientes

³³ MARTÍNEZ VAL, J. M.: *¿Por qué no fue posible la Falange?*, Barcelona, Dopesa, 1976, pp. 145-148.

³⁴ AGA, Presidencia, SGM-DNP, informes mensuales 1940, c. 368, c. 59.

de depuración, o para atender las funciones represivas y de control social encargadas. Sin embargo, el gran número de informes políticosociales que se han conservado de las delegaciones comarcales de Información e Investigación de Balaguer y Tremp, con 1.397 y 901 respectivamente³⁵, nos da idea del ahínco con que, desde la base local, la Falange se dedicó a sus cometidos represivos y de vigilancia. Quizás fuera esta la imagen que en muchos pueblos se asoció con el partido y sus hombres.

La secretaría local de la capital tenía muy poca actividad, con sus funciones absorbidas por la jefatura provincial. A mediados de 1940 estaba casi abandonada, sin ficheros de afiliados ni libro de registro de entradas y salidas. Su estado económico era tan lamentable que tenía que solicitar créditos especiales para comprar material de oficina³⁶. Las numerosas solicitudes de ingreso pendientes de resolver no fueron puestas al día hasta marzo de 1941. Ello provocaba inquietud y quejas de los interesados. Por entonces, contaban con unos 800 afiliados en la capital, con muy poca variación respecto agosto de 1939, lo que ponía de manifiesto los límites de la captación de masas en Lleida. Se atribuía la responsabilidad al secretario local Francisco García Terán, que ostentaba el cargo desde abril de 1938. Se le presentaba *«carente de autoridad personal y estilo falangista»*³⁷. El nombramiento del camisa vieja y ex divisionario Antonio Hernández Palmés, en noviembre de 1943, supuso un aumento de la actividad de la secretaría local, con múltiples movilizaciones (incluso bajo amenazas) de los afiliados, aunque no cambió sustancialmente su rumbo, que, con el eclipse definitivo de Falange en 1945, se vio reducido a la tarea puramente burocrática.

¿Si en la capital, con centenares de afiliados y el aliento de la jefatura provincial, la secretaría local languidecía, cómo podían funcionar las jefaturas locales de los pequeños pueblos del Pirineo leridano, alejados de todo núcleo importante? Una inspección a la delegación comarcal de la Seu d'Urgell, en julio de 1940, manifestaba las enormes dificultades en poner en funcionamiento las jefaturas locales: *«el desarrollo de la Organización en los pueblos de la Comarca es bastante deficiente, debido a la falta de comunicaciones ya que la mayoría de los pueblos sólo cuentan con*

³⁵ ACN, Fondo de la Delegación Comarcal de Información e Investigación de FET y de las JONS, c. 8; Archivo Comarcal del Pallars Jussà (ACPJ), Fondo FET y de las JONS de Tremp.

³⁶ AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 59, escrito de 9-11-1940.

³⁷ AGA, Presidencia, SGM-Vicesecretaría General del Movimiento, c. 80, 26-2-1941.

caminos de herradura, estando en proyecto la agrupación de Jefaturas Locales que no cuentan con el número suficiente de afiliados para desenvolverse independiente-mente»³⁸.

La implantación del partido único en el territorio había sido muy desigual pese a las disposiciones legales y la voluntad de las jerarquías del partido. Evidentemente hubo grandes diferencias entre el mundo urbano y el mundo rural, entre los pequeños pueblos, las capitales de partido judicial o los núcleos importantes de población. Pese a que resulta difícil el estudio de las Falanges locales por la falta de documentación, en general el estado de desorganización de las jefaturas locales persistió a lo largo de los años y se convirtió en su estado. En noviembre de 1941 la jefatura provincial de Lleida envió unas fichas para recoger información sobre los recursos humanos y materiales de las jefaturas locales. En el Archivo Comarcal de la Noguera (Balaguer) se han conservado algunas de ellas, que nos ofrecen una radiografía aproximada de la situación de las delegaciones locales en el ámbito rural leridano en la postguerra. Disponemos sólo de las fichas de ocho localidades: Albesa, Algerri, Bellvís, Cubells, Montgai, la Sentiu de Sió, Tragó de Noguera y Vallfogona de Balaguer.

En ninguna de ellas, Falange disponía de local propio. En unos casos, como Montgai y Tragó de Noguera, se alojaban en una habitación cedida por el Ayuntamiento, por la que no pagaban ningún alquiler. Tampoco pagaban alquiler en Cubells ni en la Sentiu de Sió, dónde respectivamente se alojaban en local cedido por la Junta de Recuperación y en un pequeño despacho particular. En Bellvís, la jefatura local se encontraba en casa del jefe local. En Algerri, Vallfogona de Balaguer y Albesa, la Falange local sí pagaban alquiler, en el último caso 25 ptas mensuales al Ayuntamiento en concepto de uso de la sala que ocupaban en el mismo edificio. Las fichas también nos dan recuento del mobiliario de que disponían. En Albesa tenían cuatro sillas, una mesa escritorio, un armario archivador, una máquina de escribir y los retratos de Franco y José Antonio, todo ello requisado durante la ocupación militar del pueblo. En Algerri y Vallfogona de Balaguer sólo disponían de una mesa y algunas sillas, ahí sí en propiedad. En la Sentiu de Sió, el escritorio y las sillas que usaban les habían sido cedidos temporalmente. Ninguna de las ocho jefaturas disponía de biblioteca, ni aparato de radio, ni teléfono. Sí tenían los retratos de Franco y José

³⁸ «Informe sobre el viaje de inspección a Seo de Urgel», 6-7-1940. AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 368.

Antonio, excepto Montgai y Tragó de Noguera, que tampoco tenían las banderas nacional y de Falange preceptivas. El crucifijo sólo estaba colgado en Bellvís (en casa del jefe local) y en Algerri, siendo esta última la única que tenía el rótulo de Falange en el balcón. La existencia de delegaciones de los servicios del partido, en estos pueblos, era muy desigual. La Sección Femenina, el Frente de Juventudes y los Sindicatos eran presentes en la mayoría de los ocho municipios, mientras que las Milicias, Excombatientes y Auxilio Social sólo estaban organizados en alguno³⁹.

La existencia de delegaciones, sin embargo, no nos explica su actividad real, que pensamos no podía ser mucha, si tenemos en cuenta que, en enero de 1944, se tuvieron que reorganizar las jefaturas locales, puesto que muchas de ellas ni reunían las condiciones ni disponían de los afiliados mínimos para su funcionamiento. Los datos de afiliación por jefaturas locales en la comarca de Balaguer indican el peso de la capital (249 afiliados, 6.031 hab.) y algunas localidades –Linyola (139 afiliados, 1.924 hab.), Albesa (108 afiliados, 1.515 hab.), Castelló de Farfanya (96 afiliados, 1.106 hab.) y Bellcaire d’Urgell (91 afiliados, 1.487 hab.)–, mientras que en otras no había ningún afiliado o menos de tres –Camarasa (1.595 hab.), Avellanes (919 hab.), Ivars de Noguera (448 hab.), Fontllonga (426 hab.), Bellmunt d’Urgell (387 hab.)⁴⁰. El muy reducido porcentaje de militantes respecto al total de afiliados indicaría un bajo nivel de compromiso de estos. Cabe señalar el gran número de bajas del partido solicitadas desde 1939, circunstancia preocupante para las jerarquías provinciales, según las cuales los jefes locales no tenían que resignarse ante la falta de espíritu de la Falange, sino que debían persistir en el adoctrinamiento: *«Es preciso que ese pueblo comprenda bien que el Movimiento salvador de nuestra Patria está en la Falange, y que por consiguiente no puede considerarse buen patriota el que creyéndose de derechas y buen español, no pertenece al heroico Partido, pero mucho menos debe merecer tal condición aquel Camarada que de manera voluntaria e injusta deserta de los senderos invocados por nuestro glorioso José Antonio, que son en forma precisa la salvación de España»*⁴¹. En Albesa la afiliación de enero de 1944 muestra una disminución de casi el 40% respecto a la de marzo de 1939. Las fichas cumplimentadas por las jefaturas

³⁹ La información de las jefaturas locales de la Noguera procede de las fichas conservadas en el ACN, Fondo Jefatura Comarcal de Balaguer del Movimiento, c. 1.

⁴⁰ *Ibidem*. Los datos de población proceden del Censo de 1940, www.ine.es

⁴¹ Comunicaciones de 17-3-1941 y 26-8-1941. ACN, Fondo Jefatura Local del Movimiento de Albesa, c. 2.

locales en marzo de 1944 nos dan de nuevo un cuadro muy similar al anterior, con jefaturas que seguían sin disponer de local y se alojaban en despachos del ayuntamiento, que no disponían de las banderas reglamentarias, no digamos ya de los rótulos en el balcón o de bibliotecas básicas del Movimiento⁴².

¿Qué era pues la Falange en los pueblos leridanos a mediados de los años cuarenta? No hay duda de que la unión de cargos locales –alcalde y jefe local del Movimiento–, convirtió muchas jefaturas locales en accesorios del poder. Algunos falangistas denunciaban el estado de apatía, escepticismo, poca fe y entusiasmo, despreocupación, conformismo y renuncia de los dirigentes locales del partido. Muchos de los afiliados lo eran sólo nominalmente, constaban en una ficha y nada más, no pagaban las cuotas; los afiliados no se reunían jamás, la actividad de las delegaciones era mínima, muchas de ellas cerradas día tras día; su funcionamiento era autónomo de la provincial, un absoluto descontrol administrativo, no respondían las comunicaciones. A nivel popular, la Falange despertó pocas simpatías en tierras leridanas, según testimonios falangistas. En muchos casos, los hombres de Falange eran vistos como unos aprovechados, unos arribistas, que ocupaban cargos en beneficio propio. A la Falange se le cargaba la responsabilidad de los problemas de la postguerra (estraperlo, abusos e insuficiencias en los abastos) y de los errores políticos del régimen. Era un blanco mucho más fácil que los órganos administrativos del Estado. Las tareas parapoliciales, y el empeño puesto en ellas, ensuciaron para siempre la imagen de los hombres de Falange en muchos pueblos, donde todos se conocían.

Esta situación de las Falanges de pueblo poco tenía que ver con la idea de un partido único con pretensiones totalitarias que aspiraba a tomar todo el poder. La realidad local contrastaba con la posición dominante a nivel estatal de FET y de las JONS, cuando se encontraba en la cúspide de su hegemonía política y presencia institucional. La retórica falangista –que se tradujo en una importante presencia en la liturgia política del régimen– perduró muchos años, pero cada vez más vacía de contenido real y alejada de la realidad. Quizás su papel inicial en la articulación del núcleo de adhesiones al régimen en cada localidad y, sobre todo, su colaboración en el control social y la represión fueron los mayores éxitos de la Falange. Mientras que el escaso éxito del proyecto movilizador nacionalsindicalista el mayor de sus fracasos.

⁴² ACN, Fondo Jefatura Comarcal de Balaguer del Movimiento, c. 1

Porque, desde el principio, la Falange controló, adoctrinó e impulsó al poder más que encuadró y movilizó la sociedad española. Las jefaturas locales poco a poco desaparecieron de la vida local –convertidos en consejos locales, órganos asesores de los alcaldes–, y su presencia pública se redujo hasta la desaparición práctica, mucho antes de la desaparición nominal en 1977. Sólo en aquellos núcleos más grandes, dónde se encontraban las jefaturas comarcales, o en aquellas localidades con una centuria activa del Frente de Juventudes o de la Guardia de Franco, mantuvieron una mínima actividad y movilización a partir de los años cincuenta. Ramón Fernández Paredes, funcionario de Sindicatos en Lleida, lo analizaba muy críticamente en una ponencia del I Congreso Provincial de la Falange, en septiembre de 1953:

Lastimosamente, y culpablemente también en muchos casos, hemos ido dejando morir las mejores esperanzas de nuestros cuadros locales –levadura de la Falange– por una negligente despreocupación y desinterés de amplios sectores de la rectoría subalterna de la Falange. Las JONS de los pueblos han ido perdiéndose lenta e irremisiblemente, sin que nadie se preocupase por ello.

Magníficas organizaciones locales han dejado de serlo por esta emancipación jerárquica. ¿Cuál ha sido la causa? Todos lo sabemos, la Falange, en un amplio sector, se convirtió en un reparto de prebendas y cargos, sin tener en cuenta su propio servicio e interés. El ideal falangista, manteniendo en su consigna “el hombre para el cargo”, tornóse en “el cargo para el hombre”. Donde surgía un compromiso personal se plegaba el interés de la Organización. Así han pasado muchos años, invadiendo la desilusión y la decepción el alma del falangista.

Consecuencia inmediata fue un serio retroceso en el proselitismo político y la pérdida del calor y el sentimiento de nuestras masas sanas. [...] El afiliado ha ido perdiendo estímulo, la falta e implicación constante al quehacer del Movimiento⁴³.

⁴³ FET Y DE LAS JONS: *Reglamento y ponencias del I Congreso Provincial de la Falange Leridana*, Lleida, 1953.

¿MITAD MONJES, MITAD SOLDADOS?
LOS HOMBRES DEL FASCISMO RURAL EN LA PROVINCIA DE HUELVA:
DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA (1937-1945)

Juan Ignacio González Orta
Universidad de Huelva.

Jerarquía, orden, obediencia, disciplina, sacrificio, austeridad... Tal era –o, al menos, pretendía ser– el espíritu que debía impregnar el trabajo diario de la Falange y sus hombres. Así lo pensaron los teóricos del fascismo español y así lo pregonaron sus mandos. Desde la periférica jefatura provincial de FET y de las JONS de Huelva, por ejemplo, figuras como la del que fuese Consejero Nacional del Movimiento y fundador de la Falange sevillana, Joaquín Miranda González, se encargaron de recordar, insistentemente, la necesidad de mantener la hierática esencia *joseantoniana* en las filas del partido; una imagen, además, apuntalada por todos los ritos que se escondían tras el boato y la magnificencia falangista.

Claro que aquella aparente y avasalladora Falange distaba, con mucho, de ser lo que realmente pretendía ser. Entrar en los caóticos cuarteles de cualquier JONS local supone, para el historiador, topar de lleno con la persistente carencia de «celo» de sus mandos locales, la desidia de sus propias bases y la cotidiana incompetencia que tanto enervaba a los jefes provinciales. Nada tiene de extraño, por tanto, que desde ciertos sectores de la derecha conservadora se les considerase un puñado de falsos patriotas que nada aportaban –antes al contrario– a la construcción de la Nueva España. Analizar, en el caso de la provincia de Huelva, las contradicciones existentes entre la virtuosa imagen proyectada del falangista y su opuesta realidad constituye el eje sobre el que gira la presente comunicación.

He de confesar que cuando vi surgir en la política de nuestra patria a estos hombres, y en medio de la general cobardía, que me hacía creer equivocadamente, según he comprobado después, en la degeneración de nuestra raza, contemplaba su valor acudiendo a disputar el dominio de la calle y de la sociedad a los socialistas y demás extremistas de la izquierda, respiré a pulmón abierto por considerar que aún existían hombres en España, y me fueron simpáticos, siquiera yo no podía estar conforme con buena parte de las doctrinas que proclamaban ni con algunos de los

procedimientos que empleaban para contestar a las provocaciones y a los crímenes de los adversarios; porque siempre me ha parecido execrable que se combata el crimen con el crimen, y de ahí mi pública protesta y mi perseverante campaña contra Martínez Anido y sus esbirros de Cataluña.

Después del movimiento militar, al examinar con detenimiento su doctrina y al ver su actuación política y las características y condiciones de sus dirigentes, no puedo por menos de alarmarme considerando que su exclusivo dominio, que su gobierno, sería una de las más grandes calamidades que ha padecido esta desdichada y amadísima patria nuestra¹.

Con estas palabras recordaba en 1937 el viejo cacique onubense, Manuel de Burgos y Mazo², la decepción que le había producido ver en qué había desembocado aquel grupúsculo de jóvenes fascistas onubenses que, a la altura de la primavera de 1936, había comenzado a salir a la calle en su lucha contra las autoridades frentepopulistas y los republicanos de izquierdas. ¿Qué hubo de cierto en aquella pésima visión de la Falange y sus hombres? Enfrentamientos personales a un lado –que, dicho sea de paso, alguno que otro hubo–, la impresión del político conservador carecía de ingenuidad en un contexto en el que los principales jerarcas del partido se habían visto envueltos en sonados escándalos, muy poco acordes con la rectitud y la justicia que, por otro lado, no paraban de pregonar.

El primero de ellos fue Rafael Garzón, destituido del cargo de Jefe Provincial a mediados de septiembre de 1936 tras el escándalo que había provocado en la sociedad onubense la participación falangista en las matanzas que, cada tarde, tenían lugar públicamente a las afueras de la ciudad.³ Con todo, aquellos «crímenes horrorosos», como los calificó Burgos y Mazo en sus «Memorias», no supusieron el final de la trayectoria de Rafael Garzón en las filas del falangismo onubense. Relegado en un principio a la Segunda Línea del partido, volvió a aparecer en la escena pública provincial como Delegado de Auxilio Social, en cuyo cargo fue juzgado, ya en 1941, por haberse

¹ Archivo Privado de Manuel de Burgos y Mazo (en adelante, APBM). Libro de Memorias anteriores a 1937, tomo 1º.

² Para un primer acercamiento a la figura de Manuel de Burgos y Mazo puede consultarse PEÑA GUERRERO, M. A.: «Manuel de Burgos y Mazo o el caciquismo ante sí», *Historia Social*, 36 (2000), pp. 77-100, y, de la misma autora: *Clientelismo político y poderes periféricos durante la Restauración. Huelva, 1874-1923*. Huelva, Universidad de Huelva, 1998. Para su evolución durante el período republicano, véase: GARCÍA GARCÍA, C.: «Manuel de Burgos y Mazo y la derecha republicana», en CASAS SÁNCHEZ, J. L. y DURÁN ALCALÁ, F.: *El republicanismo en la historia de Andalucía*. Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, 2001, pp. 521-544.

³ REYES SANTANA, M. y PAZ SANCHEZ, J. J.: *La represión del magisterio republicano en la provincia de Huelva*. Huelva, Diputación de Huelva, 2008, pp. 233-234.

apropiado de notables cantidades de productos durante su mandato. Finalmente fue condenado, en septiembre de 1944, a veinte años de prisión por un delito de «auxilio a la rebelión», obteniendo la libertad condicional en octubre de 1945⁴.

Entre tanta polémica en torno a las excesivas formas y maneras de los fascistas onubenses, la destitución de Garzón apenas encontró eco en las páginas de una prensa al servicio de las nuevas autoridades. En una discreta y silenciosa nota, el diario *Odiel* daba a conocer el nombre del que iba a convertirse en nuevo Jefe Provincial: Luis María Pardo Maestre⁵. Pero su paso por el partido en Huelva tampoco estuvo exento de polémica y, poco después de su llegada, comenzaron los enfrentamientos entre el nuevo mando y el Gobierno Civil. Así lo recogió, en 1938, el comerciante Antonio Bahamonde:

... En Cádiz y Huelva, Falange tiene preponderancia, pero el poder está dividido. Hay dependencias en las que los militares son mayoría. No hay un criterio homogéneo, como en Málaga. Los choques y la suscitación de competencia entre Pardo, jefe provincial de Falange en Huelva, hermano del jefe de propaganda de Sevilla, y el coronel De Haro, gobernador militar, son frecuentes. Todos los que habitan en la provincia conocen la pugna existente...⁶.

La escasa discreción de Pardo Maestre en sus funciones –tan poco acorde con la pretendida rectitud falangista– acabó provocando su destitución y el nombramiento de Felipe González Daza, el día doce de febrero de 1938, como nuevo Jefe Provincial de FET y de las JONS⁷. Pero quizá porque su paso por el partido transcurrió sin pena ni gloria –o con poco «celo», que a ojos de los mandos fascistas venía a significar lo mismo–, Felipe González terminó siendo sustituido, poco más de un año después de su llegada a la jefatura, por quien ya entonces ocupaba el cargo de Gobernador Civil en Huelva, el ex novillero y fundador de la Falange sevillana, Joaquín Miranda González⁸.

⁴ Su expediente puede consultarse en: Archivo Histórico Provincial de Huelva (AHPH): fondo Prisión Provincial, Expedientes Procesales, caja 7544.

⁵ En estos términos fue publicado por el diario *Odiel*: «Hemos recibido un atento saludo en el que el nuevo jefe provincial de Falange Española de las J.O.N.S. en Huelva, don Luis María Pardo, nos comunica que ha tomado posesión de su cargo, en el que se nos ofrece amablemente. Damos al señor Pardo la más cordial bienvenida y deseámosle que gestión al frente de la organización falangista de Huelva sea todo lo acertada y eficaz que de sus grandes dotes cabe esperar. (...)». *Odiel*, 24 de septiembre de 1936.

⁶ BAHAMONDE Y SÁNCHEZ DE CASTRO, A.: *Un año con Queipo de Llano. Memorias de un nacionalista*. Sevilla, Espuela de Plata, 2005, p.100.

⁷ *Odiel*, 13 de febrero de 1938.

⁸ Para una breve aproximación a la figura y trayectoria política previa de Joaquín Miranda en el seno de la Falange, véase: PAREJO FERNÁNDEZ, José Antonio: «Entre la disciplina y la rebeldía: Miranda versus Sancho Dávila (1936-1938)», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n. 22 (2009).

La llegada de Miranda a los mandos de la Falange onubense –al igual que, más adelante, su marcha– supuso un notable punto de inflexión en la propia dinámica interna del partido, y no sólo porque en su persona acabase confluyendo también el control de otras instituciones como el Gobierno Civil o la Jefatura Provincial de Abastecimiento y Transporte, sino porque, en el terreno estrictamente organizativo, se encargó de llevar a cabo una profunda renovación en las filas del falangismo que pretendía recuperar los originarios valores *joseantonianos*. Ya desde su toma de posesión, el 11 de octubre de 1939, se ocupó de dejar meridianamente claro cuáles iban a ser las consignas a las que no estaba dispuesto a renunciar:

...Vengo a este puesto en cumplimiento de un acto de servicio y obediencia a nuestros Jefes; obediencia y disciplina que exijo y estoy dispuesto a exigir a todos mis camaradas. Por esto me dirijo en estos momentos a ellos, para enviarles, al mismo tiempo que mi saludo brazo en alto, las consignas que haré cumplir inexorablemente. Tales son: Disciplina y Obediencia. Tenemos que ser, como dijo José Antonio, mitad monjes y mitad soldados. Monjes en la obediencia y en la castidad espiritual de todas nuestras acciones políticas. Soldados, en la disciplina, en la actividad, en el arrojo y en la valentía...⁹.

Miranda había llegado dispuesto a poner un poco de orden –si es que alguna vez había existido– en las filas del falangismo onubense y a acabar con la «relajación de la disciplina» que tanto enervaba a los mandos del partido. Buscaba, sobre todo, al buen falangista, capaz de mantener postura de soldado y combinar obediencia, jerarquía, compromiso y disciplina; ejemplo moral, en el caso de los mandos, para el resto de afiliados:

Para la obra que vamos a emprender es necesario valentía, fe, constancia y decisión. Los que no sienten estos ardores y estos afanes no nos interesan; son espíritus afeminados en contraposición a nuestro estilo: pueden marcharse. Queremos hombres que sean canteras de falangismo auténtico, aunque sean pocos en número. Las masas están bien para las grandes paradas o las manifestaciones populares, para hacer una revolución basta un grupo de hombres impregnados de fe en el Caudillo y en el Porvenir, amor a España y decisión en el cumplimiento del deber.

Esta tarea está encomendada a los que ostentan mando en el Partido y a todos los que visten la Camisa Azul, porque nosotros somos los que estamos obligados a dar ejemplos con nuestra conducta, con nuestro trabajo, conduciéndonos siempre y en todo momento con la dignidad y el respeto que nos merece nuestra Camisa como prenda heroica que tanto y

⁹ *Odiel*, 12 de octubre de 1939.

tantos sacrificios le ha costado a España poderla usar y que nosotros solamente hemos de llevarla con el recuerdo permanente puesto siempre nuestro pensamiento en los Caídos por Dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista...¹⁰.

Fue así, con esta declaración de intenciones, como comenzó una progresiva y selectiva limpieza en las jefaturas de casi todos los pueblos onubenses. Porque el coreado mensaje de disciplina, jerarquía, rectitud, sacrificio y callado trabajo que lanzaba Miranda no sólo iba dirigido a los hombres que, desde las JONS locales, formaban las bases del partido; era, también, una llamada al orden a los acomodados mandos que integraban la Falange y que tan corto ejemplo parecían estar dando. Ellos fueron, entre otros, objetivo prioritario en el trabajo de la Jefatura Provincial y por ellos comenzó, en consecuencia, la pretendida recuperación de un espíritu que no existía más que en el imaginario de algún que otro viejo camarada.

Sobran los ejemplos. En junio de 1940, por citar los episodios más sobresalientes, fueron destituidos los jefes de Hinojos –«por falta de espíritu y por estar completamente entregado a los elementos obstruccionistas del Nuevo Estado»– y de Villarrasa, donde la Falange estaba «completamente desorganizada», según el propio Miranda, no funcionando ninguna delegación «debido a la falta de estilo y cansancio» del, por entonces, Jefe Local¹¹. La misma suerte corrieron, por aquellos días, los delegados locales de las aldeas de San Telmo y La Corte, ambas en la Sierra de Huelva. El primero «por su constante estado de embriaguez e inmoralidad» y el segundo «por el abuso constante que hace del cargo, por su proceder egoísta y ambiciones bastardas»¹².

Los episodios reseñados bien podían haberse convertido en simple anécdota de no ser porque pasaba el tiempo y, con él, seguían aflorando casos de dejadez, atonía y falta de celo en el desempeño de las funciones encomendadas a los hombres de las falanges rurales. En enero del año siguiente era sustituido el Jefe Local de Bollullos del Condado «por su falta de espíritu, labor anti-falangista e inmoral» –lo que le valió la

¹⁰ Archivo Municipal de Valverde del Camino (en adelante, AMVC): Fondo de Falange Española Tradicionalista y de las JONS (en adelante FE), caja 1, «Consignas» enviadas por el Jefe Provincial de FET y de las JONS de Huelva a todos los Jefes Locales, 18 de noviembre de 1939.

¹¹ Ambos casos en: Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia, Delegación Nacional de Provincias (DNP). Jefatura Provincial de Huelva, *Parte mensual del mes de junio*, 1940, Caja 8.

¹² *Ibidem*.

apertura de un expediente disciplinario—¹³ y tres meses después, en abril de 1941, fue relevado el Jefe Local de Cabezas Rubias, que, según el informe mensual de Miranda enviado a la Delegación Nacional de Provincias, era incapaz de interpretar el sentido de los postulados falangistas.¹⁴

¿Fue habitual aquella falta de celo entre los mandos del partido único? Para responder a esta pregunta basta hacer uso de la escasa documentación que conservamos de las jefaturas locales de FE[T] y comprobar que, en efecto, no sólo fue habitual, sino que, además, se convirtió en una persistente realidad con la que hubieron de convivir numerosas Falanges rurales de toda la provincia. Algunos casos nos son bien conocidos. En la localidad de Valverde del Camino,¹⁵ el problema de la falta de nervio en los mandos del partido alcanzó a la práctica totalidad de delegaciones locales. Auxilio Social, por ejemplo, tenía abandonadas las funciones benéficas en la localidad —y así lo reconocía el propio partido— muy a pesar de las continuas advertencias del Jefe Local al delegado responsable:

El Jefe Local que suscribe había ordenado repetidas veces al Delegado de Auxilio Social que se preocupara de esta cuestión, proponiendo inmediatamente la creación de la Cocina de Hermandad, pero el Delegado en cuestión (...) hizo caso omiso de mi ruego u orden. Por este motivo y por su actitud de indisciplina conmigo, desconsideración, por su actuación mediocre en la resolución de los asuntos de la institución, —actuaba— siempre de manera cicatera y ridícula, dándose el caso de presentar a veces comida sin sustento apenas, con el natural disgusto de las encargadas del Comedor y de las que prestan servicios en el mismo, y por último por haberse permitido destituir a la encargada del Comedor, sin razón de ninguna clase...¹⁶.

El problema tuvo fácil solución: la destitución del Delegado Local y el nombramiento de otro nuevo en su lugar; al fin y al cabo, ni era el primero ni sería el último que el partido apartaba por su manifiesta incompetencia. Sin embargo, hubo

¹³ AGA, Presidencia, DNP, Jefatura Provincial de Huelva, *Parte mensual del mes de enero*, 1941, caja 56.

¹⁴ AGA, Presidencia, DNP, Jefatura Provincial de Huelva, *Parte mensual del mes de abril*, 1941, caja 56.

¹⁵ La Falange de Valverde del Camino ha sido objeto de un detenido estudio por nuestra parte que puede consultarse en: GONZÁLEZ ORTA, J. I.: *Aproximación al fascismo onubense. Análisis de una Jefatura Local de FET y de las JONS. Valverde del Camino, 1936-1941*. Trabajo fin de máster inédito. Huelva, Departamento de Historia II, Universidad de Huelva, 2010.

¹⁶ El Jefe Local se quejaba del estado «verdaderamente lamentable» en el que se encontraba la ciudad en cuanto a las funciones benéficas. Y añadía: «Tenemos buen número de niños que no han podido ser admitidos en Auxilio Social y además unos cincuenta ancianos que necesitan que se les asista con toda urgencia, ya que a su pasada situación crítica se une ahora la carestía de artículos y el encarecimiento de los mismos». En AMVC-FE, caja 2, Carta del Jefe Local al Delegado Provincial de Auxilio Social, 3 de septiembre de 1940.

servicios en los que la escasez de personal adecuado para desempeñar cargos de responsabilidad presentó mayores inconvenientes y sus consecuencias fueron, si cabe, aún más visibles. Fue el caso de las Organizaciones Juveniles masculinas.

En una de las muchas renovaciones que la Jefatura Local de Valverde llevó a cabo en sus OO. JJ. —esta vez en octubre de 1937—, fue propuesto como instructor de la organización el camarada José Ortiz Batanero, «por ser persona competente para el cargo»¹⁷. Tres días después, sin embargo, el Jefe Local vuelve sobre el oficio de propuesta y añade: «Contestando verbalmente que no pasaría con agrado el camarada que se solicita por haber estado ya en dicha organización y no ser adecuado su carácter para andar aguantando a los niños»¹⁸. Parece que José Ortiz no tenía ya ni ánimos ni ganas para perder su tiempo así, pero la cuestión iba mucho más allá de aceptar o no un simple cargo. En el período que va de 1936 a 1940, el partido había visto pasar, al menos, a seis afiliados como responsables de los jóvenes flechas y todos, bien fueron relevados, bien destituidos por su manifiesta incompetencia. Unos meses después de la renuncia de aquel malhumorado camarada, se probó suerte con José Rodríguez Varón, pero el intento terminó nuevamente en fracaso. En una carta al Jefe Local del partido, el nuevo instructor se arrepentía de haber aceptado aquel cargo para el que él, como en su día advirtió, no estaba preparado:

Quando hace unos meses fui requerido por ti para que me hiciese cargo de la Delegación Local de Organizaciones Juveniles, hube de exponerte con toda sinceridad que no creía ser yo el hombre apropiado para desempeñarlo con éxito, pero ante tu insistencia hube de aceptarlo.

Después de unos meses de experiencia, quizás hoy estés convencido de lo que entonces te decía y te ruego, si lo crees oportuno y es factible, me sustituyas en la Delegación que hoy desempeño, con cuya sustitución si tienes la suerte de encontrar un camarada apto, con cariño a los niños y (...) con el entusiasmo que a mí me falta, saldrá ganando mucho nuestra Organización Juvenil, cosa que ardientemente deseo...¹⁹.

El hecho de que aquel falangista no tuviese ganas de «aguantar niños», o su «falta de cariño», es una muestra más de las carencias del proyecto fascista falangista. Como recuerda Juan Sáez Marín, FET de las JONS «abusó con largueza del “entrañable

¹⁷ AMVC-FE, caja 1, Carta del Jefe Local de FET y de las JONS al Jefe Provincial, 7 de octubre de 1937.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ AMVC-FE, caja 3, Carta de José Rodríguez Varón al Jefe Local de FET y de las JONS, 29 de marzo de 1938.

celo” para suplir carencias de casi todo»²⁰, entre ellas la de las personas encargadas del adoctrinamiento juvenil. Faltaban, por tanto, buenos instructores, pero también numerosos medios materiales. Cuando se produjo la unificación con los Pelayos carlistas, la jefatura de la Falange valverdeña ni siquiera contaba con cuartel propio para sus Flechas, utilizando por entonces el de la Sección Femenina²¹, donde las cosas, por cierto, no marchaban mejor.

No parece que las buenas señoritas de la Falange de Valverde del Camino tuviesen más vigor que sus compañeros, algo que quedó en evidencia cuando tuvo que ser elegida una representación provincial para la concentración nacional en Medina del Campo en mayo de 1939. Para entonces, en relación al grado de trabajo y constancia de las afiliadas falangistas, los pueblos se habían dividido en tres categorías según su nivel de compromiso. Finalmente, fue elegida una representación de casi todos los pueblos de Huelva, excepto de aquellos que habían sido calificados como de «3ª categoría»; ahí, precisamente, se encontraba Valverde²². La Delegada Local, Catalina Díaz Tenorio, mostró su rotundo desacuerdo con semejante descortesía y presentó su dimisión con carácter irrevocable²³. Sin embargo, no lo tuvo fácil el Jefe Local para buscar una sustituta de entre las decenas de afiliadas que conformaban la Sección Femenina de aquella JONS, y así se lo hacía saber al Jefe Provincial: «Como todas las gestiones que he realizado para buscar quien debe sustituir a la camarada referida han resultado inútiles, ya que en este no hay quien pueda sustituirla, por el carácter especial de las mujeres de aquí, espero que a la mayor brevedad posible sea confirmada en el cargo la camarada DIAZ TENORIO...»²⁴.

No queda muy claro cuál era ese «carácter especial» de las mujeres valverdeñas, pero, sea como fuere, nos interesa resaltar la persistente ausencia –extrapolable,

²⁰ SAEZ MARÍN, J.: *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la postguerra (1937-1960)*, Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 75.

²¹ AMVC-FE, caja 2, Carta del Jefe Local de FET y de las JONS al Jefe Provincial, 11 de abril de 1937.

²² AMVC-FE, caja 2, Escrito de la Jefatura Provincial, 23 de mayo de 1939.

²³ Así lo expresaba la propia Catalina, en un escrito dirigido al Jefe Local de FET y de las JONS: «He leído que son elegidas las que más se han distinguido por su constancia, y como quiera que en esta Sección hay camaradas que han prestado admirables servicios y han dado pruebas de verdadero espíritu de sacrificio en todas las ocasiones sin haber desmayado en su tarea, creo una injusticia sean calificadas entre las que nada han hecho», al tiempo que reconocía que «aunque hay muchas que no han hecho nada, son muchas las que se han portado admirablemente». AMVC-FE, caja 2, carta de la Delegada Local de la Sección Femenina al Jefe Local de FET y de las JONS, 25 de mayo de 1939.

²⁴ AMVC-FE, caja 2, carta del Jefe Local de FET y de las JONS al Jefe Provincial, 31 de octubre de 1939.

también, a otras localidades y provincias españolas—²⁵ de unos cuadros políticos cuya formación y compromiso con el ideario falangista hubiesen permitido al partido, al menos, poner en marcha su proyecto político. Pero el vertiginoso crecimiento experimentado por la Falange —en un contexto, no se olvide, de guerra civil— provocó que entre sus filas se alineasen hombres cuyas convicciones fascistas eran, como poco, discutibles. Muchos de ellos, recuerda Ricardo L. Chueca, no tenían más horizonte que el de la lucha contra el liberalismo, el marxismo o el separatismo, y no eran especialmente celosos de promesas revolucionarias y conquista total del poder del Estado por parte del partido²⁶. Este incremento, unido a la cada vez mayor oferta de cargos que su colosal estructura administrativa requería, debió ser cubierto por unos militantes cuyos méritos no iban más allá de la lucha en armas contra el enemigo.

Derivado de esta realidad aparece otro de los grandes males que arrastró el partido: la falta de una verdadera y férrea disciplina. En 1940, Miranda volvía a ordenar a los Jefes Locales que reuniesen en sus respectivos cuarteles a todos los «Mandos y Camaradas» de las JONS para hacerles saber que la máxima jerarquía del Movimiento en cada pueblo la ostentaba —por si aún había alguien que lo hubiese olvidado— el Jefe Local de FET y de las JONS. Y continuaba: «El motivo de esta circular obedece al concepto erróneo y al desconocimiento absoluto de nuestros Estatutos por la mayoría de los camaradas, dando lugar con ello a falsas interpretaciones del concepto de Jerarquía que es base y esencia del Movimiento»²⁷.

Parece claro —y de eso eran conscientes los jefarcas de FET y de las JONS— que existía un importante desfase entre los principios teóricos del falangismo *joseantoniano*, insistentemente arengados desde los órganos propagandísticos del partido, y la cotidianeidad de las Falanges locales. De ahí que, aún a tiempo de corregir viejos vicios y desviaciones, desde la Vicesecretaría General del Movimiento se enviase una circular extraordinaria a todas las jefaturas provinciales en la cual se recordaba que, sin jerarquía ni disciplina, cualquier empresa revolucionaria estaba condenada al fracaso:

²⁵ Véase, por citar el ejemplo más próximo: PAREJO FERNÁNDEZ, J. A.: *Las piezas perdidas de la Falange: el sur de España*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2008.

²⁶ Cit. por SAZ CAMPOS, I.: «Política en zona nacionalista: la configuración de un régimen», *Ayer*, 50, (2003), p. 63.

²⁷ AMVC-FE, caja 1, Escrito del Jefe Provincial del Movimiento de Huelva a las JONS locales, 8 de febrero de 1940.

... Jerarquía y Disciplina son precisamente esos principios a que antes se hace referencia y que, no obstante su continua invocación, no se cumplen o, por lo menos, no se cumplen en el grado que requiere nuestra obra, y que fue la característica principal como es natural de la Falange en su fundación.

No es fácil el prendimiento de estos principios en todos los que hoy constituyen la masa falangista, ya que por ser virtudes que se han de tomar voluntariamente, es mucho lo que se pide a cambio de nada o del sacrificio.

(...) Así pues, los Jefes Provinciales hasta tanto no estén convencidos de que su labor en este sentido no haya tenido su máxima efectividad no podrán pensar en la puesta en marcha de nuestra Revolución, pues sería temerario emprender una obra donde falta, es débil, o se ha deteriorado la materia prima.

Es inútil que haya Jefes Provinciales que crean que su labor está hecha en ese sentido, pues si bien hay Organizaciones Provinciales mejores o peores, todas sin excepción adolecen de la falta de formación de los camaradas. Todas sin excepción han querido avanzar con notable olvido de lo primordial y ello mismo ha evidenciado que los que más han avanzado han sido, precisamente, los que más se preocuparon en mantener y aumentar la formación del camarada...²⁸.

Aquella falta de formación no era ningún secreto y la «masa falangista», incluyendo no sólo a las bases, sino también a los mandos de FET, aún estaban lejos de trabajar con la abnegación y la obediencia que exigía la doctrina del partido. El camino para conseguirlo, según esa misma circular, parecía claro: estudio continuo, predicación de la doctrina, vida ejemplar, dinamismo y, por supuesto, espíritu ardiente y combativo. Pero no parece, sin embargo, que los filtros que hubieron de pasar los mandos de las Falanges rurales fuese otro que el de contar con cierta antigüedad en las filas del partido –especialmente con anterioridad al golpe de Estado–, poseer una demostrable «adhesión y entusiasmo» para con los principios del Movimiento y ser persona de «conducta recta y honda». Si, con estas características, pocos eran los hombres susceptibles de ocupar un cargo en el seno de una jefatura local, menos fueron quienes, además, lo acabaron haciendo en un convencido acto de sacrificio. En este sentido, difícilmente encontraremos palabras más significativas que las del camarada José Rodríguez Varón, secretario local de la Falange en Valverde del Camino. Aunque llevaba algún tiempo pidiendo ser relevado en su cargo, sus quejas no habían

²⁸ AGA, Presidencia, DNP, Circular extraordinaria n. 1, enviada por el Vicesecretario General del Movimiento, José Luna Meléndez, a todas las jefaturas provinciales, 11 de agosto de 1941. Caja 239.

tenido mucho eco entre sus superiores. Sin embargo, aprovechando que su compañero Fernando Álvarez Suero dejaba la Jefatura Local en junio de 1939, le envía una carta personal en la que le recuerda, con toda sinceridad, cuáles habían sido las causas que le habían llevado al partido:

Tú sabes que cuando me llevaste a tu lado para desempeñar la Secretaría lo hiciste, más por el trabajo que tu pudieras creer que allí iba a desempeñar, por la confianza que tú tenías en mí (...). Esto, unido al deseo de seguir el camino por ti trazado de abandonar la jefatura y que al fin te han concedido, es decir, de hacer causa común con quien allí me llevó, lo que nuevamente me mueve a rogarte que, antes de dejar de ser nuestro Jefe, tú que al cargo me llevaste, tú seas quien me dé el relevo...²⁹.

Rodríguez Varón parecía tener claro que su llegada a FE se debía a una cuestión o favor personal hacia su amigo y, una vez que este no estaba, él no tenía nada que hacer en el partido. Pero el de aquel secretario local no fue el único caso de dudosa entrega al falangismo. Poco antes de acabar el año 1938, con motivo de la instalación de la Oficina de Colocación Obrera en Valverde, llega a conocimiento del Jefe Local, entre otras cosas, que el Delegado Sindical de la localidad se había propuesto a sí mismo, sin su conocimiento, para el cargo de jefe, además de haberse auto-asignado una notable cantidad de ingresos. Rápidamente, se dispuso a dejar las cosas claras: aquello era incompatible con las normas y consignas de la organización e iba en contra de su buen nombre, «pues nadie quitará de la cabeza al público, con hechos de esta naturaleza», que iban «a los cargos, como antiguamente, en busca de sueldos y prebendas»³⁰. Ese era el tipo de políticos que la Falange no quería pero el que, precisamente, parecía tener. Miranda también se acordó, por medio de una circular, de ese tipo de hombres. No sólo les atacaba a ellos, sino a quien entrase en su juego, sancionando a todo el que, consciente o inconscientemente, ayudase «a los manejos turbios de los politicastros y caciques, que sólo buscan su medro personal»³¹. Y es que el suyo era otro estilo –con independencia, eso sí, de que alguna vez consiguiese imponerlo– que rehuía el de los políticos y partidos que la tradición liberal y las ideas extranjerizantes del liberalismo habían introducido en España.

²⁹ AMVC-FE, caja 2, Carta de José Rodríguez Varón a Fernando Álvarez Suero, 20 de Junio de 1939.

³⁰ AMVC-FE, caja 2, Carta del Jefe Local de FET y de las JONS al Jefe Provincial de Huelva, 11 de diciembre de 1938.

³¹ AMVC-FE, caja 1, Circular nº 101 de la Jefatura Provincial de Huelva, s/f.

Así las cosas, parece claro que FE[T] y de las JONS no contaba siquiera con los medios humanos necesarios para intentar poner en pie su proyecto –hasta donde las circunstancias le hubiesen permitido–, ni para actuar con cierta eficacia dentro del variable margen de maniobra del que fue disponiendo dentro del régimen. ¿Qué sería entonces del falangismo a partir de 1945 si, a poco de haber acabado la guerra, esa era su realidad? En verdad, la Falange supo vivir largo tiempo de una imagen que se había ido forjando y proyectando desde 1936, hasta aparecer consolidada en el imaginario colectivo de los españoles de posguerra, definitivamente, a partir de 1939. Y, ahí, jugó un papel fundamental su servicio de Prensa y Propaganda, pero, sobre todo, la utilización que hizo de la violencia. Una modélica imagen de sí misma y un uso indiscriminado de la fuerza y el poder fueron, en definitiva, las claves de esa otra Falange –soñada e idealizada, pero también avasalladora y matona, como la calificase A. Cazorla–³² que, finalmente, acabó por proyectarse sobre una desmovilizada y aterrada población.

³² CAZORLA SÁNCHEZ, A.: «*Las políticas de la victoria*». *La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, p. 42.

LA ESPAÑOLIZACIÓN DE CANARIAS A TRAVÉS DE LA PROPAGANDA FALANGISTA (1936-1945)

Ricardo A. Guerra Palmero y Aarón León Álvarez

Introducción.

Canarias en la década de 1930 era un territorio que presentaba numerosas particularidades con respecto al conjunto del Estado. Entre otros motivos, por su posición geográfica en el noroeste de África (a más de 2.000 kilómetros de la Península); por su modelo económico basado en el régimen de Puertos Francos y en la exportación agraria a mercados europeos, que había motivado una vinculación económica con el exterior mayor que con España¹; por la gran importancia de los

¹ El «hecho diferencial canario» se puede definir resumidamente como la constatación de «las singularidades evolutivas que se adecuan al carácter específico de la economía canaria». BERNAL, A.: «En torno al hecho económico diferencial canario», en *Canarias ante el cambio*, Santa Cruz de Tenerife, Instituto de Desarrollo Regional de la ULL, Banco de Bilbao, Junta de Canarias, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la ULL, 1981, p. 29. La expresión teórica del «hecho diferencial» toma forma a lo largo del siglo XX, configurando el eje de las reivindicaciones burguesas y el argumento último de la ideología de la clase dominante. Para una aproximación a la evolución de dicho concepto y su crítica, véase *Ibid.*, pp. 25-37. Sobre las especificidades económicas, fiscales y administrativas son de obligada consulta las siguientes obras: BOURGÓN TINAO, L. P.: *Los puertos francos y el régimen especial de Canarias*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982. CARBALLO COTANDA, Antonio: *Canarias islas francas. Las especialidades económico-fiscales del Archipiélago*, COCIN, Santa Cruz de Tenerife, 1970, y del mismo autor: *Canarias región polémica. Análisis crítico del régimen económico-fiscal del Archipiélago*, Madrid, EDICUSA, 1972.

En el caso de la presencia extranjera en la economía canaria, destacaba la británica, pese a, que a partir de los años veinte y la década de 1930, su influencia empezó a declinar. No obstante: «a principios de 1933, *Fyffes* recolectaba y exportaba la mayoría de los plátanos de Gran Canaria y buena parte de los tinerfeños, mientras las casas británicas controlaban en gran medida la actividad del Puerto de la Luz en lo que se refiere a depósitos de víveres, carbón, aceite y fuel-oil, además de la consignación de buques». DÍAZ BENÍTEZ, J. J.: *Anglofilia y autarquía en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2008, pp.43-44. Acerca del control de servicios estratégicos por compañías extranjeras es imprescindible la consulta de MILLARES CANTERO, A.: «Sobre el papel de las compañías imperialistas en Gran Canaria, Canary Islands, UNION, COPPA, CITY, SELP, CICER, UNELCO Y TRANVÍAS», en *Aguayro*, 1978, pp. 31-34 (98), 31-34 (99), 39-42 (100) y 31-33 (101). Una relación de las empresas británicas radicadas en Canarias a la altura de 1936 figura en MORALES LEZCANO, V.: «Esbozo de Canarias en la edad contemporánea (1850-1936)», en *Historia general de las Islas Canarias de Agustín Millares Torres*. Vol. 5, Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, 1977, pp. 296-297. También este cuadro está reproducido en: MACÍAS HERNÁNDEZ, A.: «Algunas consideraciones sobre la economía canaria entre 1900-1936», en VV.AA.: *Canarias siglo XX*. Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, 1983, pp. 290-291.

Asimismo, un contingente importante de la burguesía canaria y de los profesionales liberales establecidos en las islas era de origen extranjero. Ingleses naturalizados o descendientes de ciudadanos de ese país que en unión de intereses británicos metropolitanos formaban la denominada burguesía anglocanaria, descendientes de irlandeses asentados en las islas desde el siglo XVIII y descendientes de italianos y de franceses asentados desde la edad moderna y en el siglo XIX. Entre los numerosos títulos publicados sobre la relación entre Canarias y el extranjero se pueden destacar: GUIMERÁ RAVINA, A.:

movimientos migratorios con dirección a América, que presentaba históricamente diferencias con la de otras regiones.

La dictadura, por su parte, trató de unificar todos los territorios españoles mediante un exacerbado centralismo y una visión excluyente y unicista de lo español. En este marco, el Archipiélago fue sometido a un proceso que nosotros denominamos de *españolización*, tanto en el plano político, como en los económico y cultural. A este empeño se unieron los falangistas, cuyo discurso político se puede calificar en gran medida como extraño a la sociedad canaria, dada la escasa presencia del partido antes del golpe de estado de julio de 1936 y a las características y peculiaridades de las islas.

Por *españolización* aquí se denomina al conjunto de procesos paralelos y en ocasiones interconectados que, a lo largo del periodo estudiado y en la década de 1950, modificaron el desenvolvimiento económico del Archipiélago y permitieron una mayor imbricación de este con la Península². A lo que hay que añadir la mayor presencia del Estado en la política insular y los intentos uniformadores en los planos ideológico y cultural en el seno de la «unidad de destino» que postulaban los vencedores en la guerra civil, en especial los falangistas.

La guerra civil y los años cuarenta se pueden considerar como el momento de liquidación del modelo de dependencia iniciado en 1852 con la promulgación del Decreto de Puertos Francos y el origen del modelo de desarrollo económico que surgió a partir de la década de 1960. No obstante, en esos años se reconstituyó el bloque dominante isleño, una vez resueltas las condiciones que provocaron las contradicciones y los enfrentamientos intraburgueses del periodo anterior³ y se afirmó

Burguesía extranjera y comercio atlántico. La empresa comercial irlandesa en Canarias (1703-1771), Santa Cruz de Tenerife, Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias-CSIC, 1985; QUINTANA NAVARRO, F.: *Barcos, negocios y burgueses en el Puerto de la Luz, 1883-1913*, Las Palmas de Gran Canaria, La Caja de Canarias, 1983; del mismo autor, «Los intereses británicos en Canarias en los años treinta. Una aproximación», en *Vegueta*, 0, 1992, pp. 149-172. SUÁREZ BOSA, M.: «Empresas y empresarios franceses en canarias en el siglo XIX», en *Boletín Millares Carlo*, UNED, Centro Asociado de Las Palmas, 27, 2008, pp. 157-180.

² Sobre la economía en la etapa autárquica consúltese la siguiente recopilación de artículos: RODRÍGUEZ MARTÍN, J. Á., CARNERO LORENZO, F., NUEZ YÁÑEZ, J. S. y GUERRA PALMERO, R. A.: *La autarquía en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2009. También RODRÍGUEZ MARTÍN, J. Á.: «La economía contemporánea (III), de la Autarquía a la integración en la CEE», en MORALES PADRÓN, F. (dir.), *Historia de Canarias*, Vol. IV, editorial Prensa Ibérica, pp. 733-752 y GUERRA PALMERO, R. A.: *Sobrevivir en Canarias (1939-1959). Racionamiento, miseria y estraperlo*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2006.

³ A lo largo de los años treinta, como consecuencia de la crisis económica, la depreciación del plátano y el incremento de la conflictividad social, se produjo un enfrentamiento en torno a la obtención de la

de nuevo la identidad de intereses entre los sectores más poderosos de la burguesía canaria en torno a las reivindicaciones de las especificidades canarias: puertos francos (que incluía un régimen fiscal y arancelario diferencial), protección a la agricultura de exportación, propiedad privada del agua, internacionalización de la economía canaria, etc.⁴.

En ese marco fue donde se desarrolló Falange en las Islas e intentó, al menos desde una parte de sus jerarquías, ejecutar su programa político. En términos generales, las principales aportaciones programáticas efectuadas por el partido se realizaron durante los años de la guerra civil y los inmediatamente posteriores, a través de sus jefes provinciales y de los Servicios Técnicos. Estas propuestas se centraban en cuestiones de ordenación económica y en análisis parciales de la sociedad isleña, en los que destacaba el intento de lograr una mayor inserción de la economía canaria en el conjunto de la española y conseguir la asimilación social y cultural de las Islas, a lo que hay que añadir la propaganda que a través de la prensa, la radio, mítines, actividad cotidiana de las organizaciones de encuadramiento, etc., se desplegó masivamente.

hegemonía en el sector exportador que opuso a una parte sustancial de los terratenientes productores de plátanos con los exportadores y el resto de los elementos agroexportadores. Las reivindicaciones de los terratenientes agrupados en torno al Sindicato Agrícola del Norte de Tenerife y sus aliados de otras islas se concretaban en cuatro cuestiones: demanda al Estado de la inclusión de las islas en el crédito agrícola español para la liquidación de las deudas de los cosecheros; sindicación forzosa de los productores para gestionar y controlar la exportación frutera; concentración de la comercialización en torno a las asociaciones; rebaja de los fletes y en general del transporte, llegando a plantearse la creación de una compañía de navegación o flota propia. A todo esto hay que añadir la crítica a los organismos que, como las comisiones de exportación, eran consideradas como instrumentos de los exportadores. Estas pugnas tuvieron implicaciones políticas ya que se tradujeron en tensiones internas graves en Acción Popular Agraria en Tenerife y la constitución de una lista electoral independiente de cara a las elecciones de febrero de 1936 (Asociación General de Agricultores de Tenerife). Las tensiones en torno al control de la exportación también tuvo implicaciones en Gran Canaria y abrió aún más la brecha entre las dos formaciones que integraban la CEDA en esa isla: Acción Popular Agraria y el Partido Popular Agrario Autónomo de Mesa y López. Sobre estas cuestiones: CABRERA ACOSTA, M. A.: *La II República en las Canarias Occidentales*, Santa Cruz de Tenerife, CCPC-Cabildo Insular de El Hierro, 1991, pp. 509-526; YANES MESA, J. A.: «Productores contra intermediarios: la otra crisis del sector frutero canario en la Segunda República», en *El Museo Canario*, LII, Las Palmas, 1997, pp. 267-294 y *La gran depresión en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, CCPC, 1999, pp. 31-128. Sobre las derechas en Gran Canaria durante la II República: MONTEIRO QUINTANA, M^a. L.: *La Derecha en Las Palmas durante la II República: el Partido Popular Agrario Autónomo*, Tesis doctoral, ULPGC, 2004.

⁴ Acerca de las demandas canarias sobre un régimen económico-fiscal y administrativo diferencial durante el periodo autárquico: GUERRA PALMERO, R. A.: «Economía e ideología de la clase dominante en Canarias (1940-1960)», en *XV Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria, Patronato de la Casa de Colón-Cabildo Insular de Gran Canaria, 2002; ÍD.: *Autarquía y hecho diferencial canario (1936-1960)*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2005, pp. 1088-1100.

Por tanto, en este trabajo se realizará una aproximación parcial a la valoración falangista de la sociedad insular y a los medios empleados para imponer su discurso «unificador» en la población canaria durante la guerra civil y los años de la II Guerra Mundial. De manera que centraremos nuestra atención en la visión de la realidad de las Islas por parte de algunos destacados jerarcas falangistas y, además, plantearemos la *españolización* desde el punto de vista de las propuestas del partido y su plasmación en el terreno de la propaganda en sus diversos vehículos.

La españolización de Canarias

La valoración de Canarias por los jerarcas falangistas

Durante los años de la guerra civil, los informes de los gobernadores civiles y otras fuentes de origen falangista mostraban extrañeza ante las prácticas y costumbres de la población isleña y emitían juicios extremadamente negativos sobre las islas, fundamentalmente contra los sectores más pudientes y poderosos.

Las costumbres «extranjerizantes», la tradición liberal y el regionalismo de una parte sustancial de la burguesía canaria, el destacado peso de la masonería en la época anterior⁵, la vinculación al extranjero y la presencia de numerosos elementos burgueses de origen extranjero, así como el desarrollo de asociaciones como el Rotary Club⁶, entre otros factores, fueron elementos que concitaron las críticas de numerosos falangistas y justificaron la intervención del partido único en sentido uniformador.

⁵ El gran arraigo y la importancia numérica de la masonería en las Islas se puede comprobar con la lectura de: PAZ SÁNCHEZ, M. de: *Historia de la francmasonería en las islas Canarias (1739-1936)*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1984 (reeditado en dos volúmenes en 2009 por Ed. Idea). La represión a la masonería ha sido poco estudiada, para esta cuestión se cuenta con PAZ SÁNCHEZ, Manuel de y FELIPE GONZÁLEZ, R.: «Sobre el 18 de julio y la represión de la masonería en Canarias: informes y denuncias (1936-1939)», en *VI Coloquio de Historia Canario-Americana (1984)*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1984, pp. 1.037-1.060.

⁶ El club Rotario de Tenerife se formó en 1934. Esta asociación colaboró con los militares golpistas, pero, como afirman en su web: «A poco de iniciarse el levantamiento, comenzó a atacarse al club rotario por algunos exaltados y en vista de ello se acordó suspender las actividades de club, dándose cuenta de ello a la Comandancia General mediante escrito en el que se decía que, considerando que las energías que por algunos se empleaban en combatirnos se debían dedicar a mejor fin, acordábamos suspender nuestras reuniones y entregar los fondos de que disponíamos. El comandante general acusó recibo a esta carta felicitando al club por su patriótico proceder» (<http://www.rotaryclubtenerife.org/esp/secc221.asp>). Los rotarios enviaron la misiva a la Comandancia General el 29 de mayo de 1937, pero los ataques a esta asociación prosiguieron por parte de los falangistas. En el «Informe sobre la situación política en Tenerife» (Sección Presidencia, Dirección Nacional de Provincias, caja n.º 21. S/C de Tenerife 1939-1940), firmado por José Guitart en Madrid (11-1-1940), se acusa a doce falangistas de haber sido miembros de este club. El juicio que emite Guitart acerca de la isla de Tenerife es igual o más duro, si

Las valoraciones negativas de la vida insular, además de basarse en los prejuicios y en la ideología de los falangistas, partían de las dificultades que estos encontraban para hacerse con el control político del archipiélago, con las tensiones y enfrentamientos que se desarrollaron en esos años en el seno de FET-JONS y entre el partido y otras instituciones o individuos destacados de la sociedad y la economía local. De ahí que los principales testimonios críticos provengan de los gobernadores civiles falangistas más *conflictivos* que hubo en ese periodo: Antonio García López en la provincia de Las Palmas de Gran Canaria y Vicente Sergio Orbaneja en la de Santa Cruz de Tenerife.

Antonio García López describía al Archipiélago como un lugar «donde siempre ha existido un gran desvío hacia todo lo que significan directrices generales del Gobierno»⁷. Por su parte, Vicente Sergio Orbaneja, justificando sus sanciones y detenciones a miembros de la clase dominante tinerfeña, llegaba a afirmar que «esta provincia presumía hasta hace poco y de antaño el echar a las Autoridades del Gobierno que se oponían a sus ilícitas pretensiones»⁸.

Según los gobernadores civiles este desvío se producía por varios motivos: primero, porque el Archipiélago había estado históricamente abandonado por los poderes centrales del Estado; segundo, en palabras de Sergio Orbaneja, porque:

La ideología predominante en la provincia ha sido liberal, y en la última etapa marxista. Hay que hacer notar sin embargo que sobre estas dos ideologías ha predominado la amoralidad política, y como necesaria consecuencia, el transformismo o adaptación en términos de verdaderas clientelas electorales.

Dicha enfermedad política obtuvo gran formación en los últimos tiempos de constitucionalismo republicano con los partidos «Republicano Tinerfeño» y más tarde «Unión Republicana». Puede apreciarse por esto como podrán encontrarse las directrices generales del Gobierno en una masa de tal formación [...].

cabe, que el del gobernador Sergio Orbaneja. Calificó a Tenerife como lugar de «recia estirpe liberal-demócrata, con sus tres logias y la influencia extranjera dueña del comercio y la industria», y afirmaba que: «La Masonería ayudada por los elementos marxistas adquiere cada día mayor predominio en sus actuaciones. Se infiltra en las organizaciones proletarias, obreros del puerto sojuzgados por las casas extranjeras, y los exhorta públicamente a repudiar los Sindicatos del Movimiento que denominan mito irrealizable».

⁷ Archivo General de la Administración (AGA), Sección Gobernación, Subsecretaría de Interior. Administración Provincial y Municipal. Gestión Administrativa, «Memorias 1938-1939», Carpeta IV, Las Palmas de Gran Canaria, caja n.º 2.791.

⁸ AGA, Sección Interior-Gobernación, Subsecretaría de Interior, Administración Provincial y Municipal, «Memorias 1938-1939», Santa Cruz de Tenerife, caja n.º 2.792.

Es una gente que ha llegado a estimar como medios legales de vida la defraudación y el contrabando [...] puede comprenderse qué difícil es arraigar en este pueblo las directrices generales de un gobierno que honradamente ha venido a gobernar⁹.

En tercer lugar, porque el Archipiélago había tenido una importante vinculación con el extranjero, especialmente con Inglaterra¹⁰, lo que implicaba, además de unas peculiaridades económicas, unos hábitos o costumbres sociales en las clases dominantes isleñas marcadas por la imitación de los gustos extranjeros, fundamentalmente británicos, que contrastaba con las maneras de los gobernadores y jefes de Falange procedentes de la Península, marcados por la exaltación de los valores imperiales:

Existe en esta Provincia, como característica primordial de las clases elevadas –que generalmente residen fuera de la capital (Orotava, Garachico, La Laguna)– un deseo fomentado continuamente de imitar, adoptar y asimilar costumbres extranjeras, principalmente inglesas. Este deseo también lo tienen las clases ricas de la capital formada principalmente esta clase por comerciantes o negociantes y merodeadores del Puerto Franco.

Es posible que alguna razón exista para ello. Hay que confesar que la Península ha tenido anteriormente en completo abandono las Islas Canarias [...] y aun cuando es visiblemente palpable que se sienten españoles y que a su modo quieren a España es frecuentísimo el que los canarios que pueden hacer viaje de recreo se vayan al extranjero [...] en lugar de visitar su patria¹¹.

Respecto a las clases populares, García López tenía una visión distinta que le lleva a afirmar que estas tenían gran apego a las tradiciones y «un gran españolismo», por lo que planteaba como medida urgente de encontrar una pronta asimilación de los principios inspiradores del Movimiento y «desarraigar la influencia extranjera que

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Los intereses británicos apoyaron mayoritariamente el golpe de Estado de julio de 1936 y colaboraron con los sublevados, no obstante hubo elementos que se opusieron y los intereses de ese país fueron puestos bajo sospecha y atacados, DÍAZ BENÍTEZ, J. J.: *Anglofilia y autarquía...*, op. cit., pp. 51-60; véase también ALCARAZ ABELLÁN, J. ANAYA HERNÁNDEZ, L. A. y MILLARES CANTERO, S.: «Los extranjeros y la Guerra Civil en la provincia de Las Palmas de Gran Canaria (1936-1939)», *VII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Patronato de la Casa de Colón-Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria de Gran Canaria, 1986, pp. 99-132. Una de las más sonadas colaboraciones de las empresas británicas con los sublevados fue la cesión de los almacenes de Fyffes en Santa Cruz de Tenerife para crear la Prisión Militar Costa Sur y la donación por parte de la casa Elder-Dempster del alambre de púas para esa prisión de triste recuerdo. RIVAS GARCÍA, R.: *Tenerife 1936. Sublevación militar: resistencia y represión*, Canarias, La Marea, 1998, pp. 68-69.

¹¹ AGA, Sección Interior-Gobernación, Subsecretaría de Interior, Administración Provincial y Municipal, «Memorias 1938-1939», Santa Cruz de Tenerife, caja n.º 2.792.

indudablemente existe en el pueblo canario», motivada por el olvido y abandono sufrido las islas por parte del Estado, lo que le lleva a considerar a las islas como «hijas resentidas de la madre patria»¹².

La lucha contra lo extranjero y lo «extranjerizante»

La tarea de desarraigar las influencias extranjeras, fundamentalmente británica, pasaba, según esta interpretación de la realidad (matizada con posterioridad, como se verá más adelante), por reforzar los vínculos económicos con la Península, por hacer más efectivo el poder del estado y del Partido Único en la política y administración local y en adoptar una actitud enérgica ante las influencias «extranjerizantes» y ante los propios colectivos foráneos.

Acerca de la mayor inserción de Canarias en la economía nacional, FET y de las JONS elaboró, a través de sus Servicios Técnicos, una serie de directrices económicas con la intención de insertar más a la economía canaria en España y de paliar los efectos de la crisis y el paro. Muchas de estas propuestas eran aceptables para algunos sectores de la burguesía, especialmente de la agraria, y se caracterizaban por su nacionalismo españolista y por sus orientaciones de signo autárquico, aunque con matices, que, favorecidas por las circunstancias creadas por la Segunda Guerra Mundial y por la orientación económica «cuartelera» de los primeros años del régimen, prosperaron en cierta medida.

Las medidas económicas formuladas, en líneas generales, compartían los fundamentos de las directrices económicas dictadas desde el Estado y tenían como base la intensificación de la producción agraria, la reducción de importaciones del extranjero, la mayor participación de la producción isleña en el mercado peninsular y el fomento de un tejido industrial dedicado a la sustitución de importaciones, o lo que

¹² Los entrecomillados están extraídos de: «Primera Memoria elevada a este Ministerio por el Excmo. Sr. Gobernador Civil de Las Palmas de Gran Canaria», 7 de septiembre de 1938. AGA, Sección Gobernación, Subsecretaría de Interior. Administración Provincial y Municipal. Gestión Administrativa, caja n.º 3.123. La dureza de la expresión del gobernador García López indica algunos sentimientos de la población, pero ante todo indica un ataque a los sectores vinculados al puerto, importadores-exportadores, y urbanos que constituían los principales apoyos del Partido Republicano Radical y del Partido Agrario Popular Autónomo.

es lo mismo: dar un giro autárquico, con el objetivo central de reducir el déficit de la balanza comercial¹³.

El tipo propuesto de inserción en el mercado español atacaba frontalmente a la base de la economía canaria desde el siglo XIX, los Puertos Francos, y se promovía reformar el sistema aduanero para facilitar la entrada en España de los frutos canarios y limitar la importación del exterior. Sin embargo, algunas de estas medidas fueron llevadas a cabo por los gobiernos civiles y la autoridad militar, en colaboración con instituciones creadas a tal fin, integradas en muchos casos no por falangistas, sino por miembros destacados de la burguesía canaria¹⁴.

Posteriormente el discurso de FET-JONS acerca de la economía canaria se iría confundiendo con el del resto de los sectores dominantes y de las instituciones canarias, asimilándose a las reivindicaciones en defensa del «hecho diferencial canario»¹⁵.

¹³ FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS JONS: *Trabajos de los Servicios Técnicos / Islas Canarias*, n.º 1, abril de 1937, Santa Cruz de Tenerife, Litografía Romero, pp. 10-11. El segundo trabajo de los Servicios Técnicos fue publicado en la imprenta Falange de Las Palmas de Gran Canaria en junio de 1937. También véase «Memoria de los trabajos de los Servicios Técnicos de FET y de las JONS de Las Palmas de Gran Canaria», 18 de noviembre de 1937. AGA, Sección Presidencia, Secretaría General del Movimiento, Secretaría Política, caja n.º 18.947.

¹⁴ La participación falangista en la gestión de los abastos y de la economía canaria en general se vio limitada por las atribuciones de la Comandancia General durante los primeros años de la guerra civil y por la creación del Mando Económico del Archipiélago en agosto de 1941. Este último organismo, adscrito a la Capitanía General y cuyo jefe era el capitán general, dirigió la economía de las Islas hasta su disolución el siete de febrero de 1946. Además, en Canarias se crearon desde los años de la guerra civil varios organismos de regulación e intervención económica al margen de los falangistas o en los que su participación era reducida.

¹⁵ En 1946 Canarias fue asimilada a lo dispuesto para el conjunto estatal y la política local se reorientó en un sentido tradicional en el que los cabildos y otras instituciones y organismos controlados por la burguesía isleña se encargaron de la intermediación con Madrid y de la defensa de los intereses y «singularidades» canarias. En este marco se debatió el fracasado proyecto de Ley de Bases sobre régimen administrativo de 1948. En los informes de los distintos ministerios hay que destacar que aquellos controlados por falangistas (Trabajo, Justicia, Gobernación, además de Marina y Obras Públicas) apoyaron ese texto descentralizador. La actitud positiva a las demandas canarias de esos ministerios puede estar relacionada con la influencia de Blas Pérez González y por el reconocimiento por parte de jerarcas del partido de que la situación de las Islas en materia de abastos y de la situación económica catastrófica que se había agravado desde la supresión del Mando Económico. GUERRA PALMERO, R. A.: *Autarquía y hecho diferencial...*, op. cit., pp. 313-322. A medida que pasaba el tiempo la comprensión de la opinión dominante en torno al «hecho diferencial» fue mayor en las filas falangistas, aunque todavía algunos elementos consideraban esas demandas al Estado como manejos separatistas. Algunas muestras del cambio de actitud a la hora de valorar el pasado reciente de Canarias las tenemos en varios documentos, como el informe del gobernador civil de Las Palmas de Gran Canaria, García Hernández, enviado al secretario general del Movimiento el 17 de diciembre de 1948 (AGA, Sección Presidencia, DNP, caja n.º 279) o en el escrito del Delegado nacional de Sindicatos, Fermín Sanz Orrio, al ministro secretario general del Movimiento de 28 de noviembre de 1949, donde da cuenta del viaje oficial efectuado a Canarias para examinar la situación de los organismos sindicales (AGA, Sección

En lo tocante a hacer más efectiva la presencia del Estado en las Islas, los jefes del partido reclamaban una mayor presencia en las instituciones para quebrar el poder de los sectores dominantes tradicionales. Esta reivindicación mostraba su incapacidad para convertirse en la fuerza hegemónica de la coalición antirrepublicana y traslucía las luchas por el poder entabladas en esos años, en los que el poder militar y la influencia de los sectores más reaccionarios de la burguesía eran los dominantes.

Con relación a las medidas para extirpar las influencias extranjeras y «extranjerizantes» los falangistas adoptaron o apoyaron varias vías de actuación. En primer lugar se trataba de limitar y eliminar la influencia extranjera, británica principalmente¹⁶, en la economía de las Islas, así como controlar e incluso expulsar a los miembros de algunas colonias extranjeras. Entre las medidas sugeridas destacan las que propuso el jefe provincial de Las Palmas, Manuel Romero Ojeda, en un informe de marzo de 1938. El documento partía del reconocimiento de que Canarias era la provincia cuya prosperidad más había dependido del extranjero, en parte por el abandono del poder central:

Y por otros —motivos— a que Canarias por estar minada por los intereses extranjeros, ni el poder central ha sido potente para desarraigar tales intereses. La solución del problema es en verdad difícil puesto que indudablemente no es posible una sustitución inmediata y momentánea de los intereses extranjeros creadores de riqueza y de trabajo por otros idénticos o mejores de tipo nacional, pero si nuestra consigna es el Imperio y

Presidencia, caja n.º 18.997). Otras muestras de la asimilación por los falangistas por las demandas tradicionales canarias está en la tramitación del frustrado proyecto y de la unidad del bloque dominante lo constituye el Primer Congreso Provincial de FET y de las JONS en Tenerife, de septiembre de 1953 (AGA, Sección Presidencia, Secretaría General del Movimiento, DNP, caja n.º 282), en el que se reivindica la restitución de los puertos francos, obras hidráulicas y extensión de los regadíos, protección a la agricultura de exportación, mayores facilidades para importar del extranjero, potenciación del turismo, dotar de mayores competencias a los cabildos insulares y una mayor descentralización administrativa. Se solicita del Gobierno que «el régimen especial creado para Canarias por la ley de Cabildos se complete, estructurando una forma de descentralización que, sin romper la unidad de la organización administrativa española [...] que tuviere facultades resolutivas, en las materias que se especificase, análogas a las que normalmente corresponden a los escalones secundarios de los diferentes Departamentos Ministeriales».

¹⁶ «En julio de 1938, el cónsul británico en Tenerife, Mr. Paterson, redactó un alarmante informe sobre la situación de los intereses británicos en el archipiélago. La política del nuevo régimen había acabado con una prosperidad económica que, según dicho cónsul, se debía únicamente al sistema de puertos francos y la influencia británica. Las exportaciones británicas habían cesado desde el inicio de la Guerra Civil, lo cual había obligado al cierre temporal o definitivo de muchas de las principales firmas inglesas. El control del comercio por las autoridades del gobierno de Burgos perjudicaba a la economía isleña, al tiempo que favorecía la penetración de la influencia alemana a costa de los intereses británicos. La incompetencia dominaba a la administración pública, cuyo abuso de poder estaba matando a la iniciativa privada, nostálgica de la influencia inglesa». DÍAZ BENÍTEZ, J. J.: *Anglofilia y autarquía...*, op. cit., p. 42.

nuestro afán constante no cabe duda de que ha llegado el momento de que nuestra aspiración españolista, pronto, muy pronto, pueda ser una tangible realidad y la llave que abra el arcano de nuestro deseo puede ser precisamente la justa pero inflexible aplicación de la orden de 5 de enero actual¹⁷.

La dependencia del extranjero, según este informe, había creado un problema de trabajo para la clase media y los artesanos, porque buena parte de las labores cualificadas en el puerto y en otras empresas eran desempeñadas por foráneos.

El grupo más importante era el de los súbditos ingleses, que, según Romero Ojeda, representaba «el interés masónico». Refiriéndose a los intermediarios británicos en el negocio frutero concluía que: «Por ello debe negarse la permanencia en España a quien tal trabajo realice ya que sobre –todo por– no ser necesaria es contraproducente»¹⁸.

Como se puede observar, el ataque se centraba en los principales enemigos de los sectores agroexportadores más conservadores y de paso se planteaba que la expulsión de los británicos era la única forma de que pasasen a manos españolas las concesiones portuarias.

Respecto a los hindúes, se afirmaba que este colectivo, al poseer varios establecimientos de comercio de productos exóticos y explotar el turismo, le hacía la competencia a los productos del país. Se criticaba que la actitud de aquellos era «intolerable», porque en sus tiendas casi no había personal nacional y pagaban sueldos míseros. Por esos motivos el jefe provincial solicitaba la prohibición del trabajo de estas personas y el cierre de sus negocios, medida que no se llegó a efectuar.

Otro grupo de extranjeros denostado en el informe era el integrado por libaneses, sirios, árabes y palestinos. Estos residentes, en general, se dedicaban al comercio minorista; por ello, según lo escrito en el informe, arruinaban a los pequeños comercios locales y su moralidad dejaba mucho que desear, por lo que era «una plaga que es preciso exterminar»¹⁹.

¹⁷ «Informe de la Jefatura de FET y de las JONS de Las Palmas de Gran Canaria expresivo de sus puntos de vista del problema de los extranjeros residentes en esta Provincia», marzo de 1938. AGA, Sección Presidencia, Secretaría General del Movimiento, Secretaría Política, caja n.º 19.174.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.* Durante la guerra civil se detuvo en Las Palmas de Gran Canaria a 69 personas de origen árabe, siendo el motivo del elevado número de detenidos de esta procedencia «la xenofobia de que eran objeto, sobre todo por parte de la burguesía comercial local...». ALCARAZ ABELLÁN, J. ANAYA HERNÁNDEZ, L. A. y MILLARES CANTERO, S.: «Los extranjeros y la Guerra Civil...», *op. cit.*, p. 116.

El último grupo reseñado era el de los sudamericanos, de los cuales la gran mayoría eran emigrantes canarios retornados de Cuba durante los años treinta como consecuencia de la crisis económica en la Gran Antilla. Tanto para el jefe provincial como para el gobernador civil de Las Palmas, según lo escrito en la memoria ya citada de 1938-1939, era preciso limitar su entrada porque: «No es justo que estos españoles extranjeros por su voluntad sigan compartiendo con los nacionales el pan nuestro de cada día»²⁰. Por el contrario, los alemanes, segunda colonia en importancia numérica, y la pequeña colonia italiana eran los mejores grupos, aunque en el caso de los alemanes era preciso no consentir la presencia de elementos «judaicos o masones», en referencia a individuos opuestos o no significados a favor del régimen nazi.

Posteriormente también se acusaría a los intereses extranjeros, principalmente anglosajones, de favorecer la oposición al régimen haciendo propaganda contra las potencias del Eje, contra la Falange y por obstaculizar la labor del partido²¹. En algunos partes y en el Informe Guitart se acusaba a empleados de la Casa Hamilton, de Santa Cruz de Tenerife, de tener contactos con la masonería internacional, mientras que a la Unión Eléctrica de Canarias, de capital estadounidense, se le imputaba el favorecer reuniones «masónicas».

Prensa y propaganda

En Canarias, al igual que en el conjunto del Estado, el activo papel de la propaganda falangista resultó fundamental en la construcción simbólica de la dictadura franquista y, especialmente, en la identificación de determinados elementos como propios de la España victoriosa. Los mitos imperiales, las figuras de los Reyes

²⁰ AGA, Sección Gobernación, Subsecretaría de Interior. Administración Provincial y Municipal. Gestión Administrativa, Memorias 1938-1939, Carpeta IV, Las Palmas de Gran Canaria, caja nº 2.791. La parte dedicada a extranjeros en esta memoria es casi idéntica al informe anteriormente citado de marzo de 1938.

²¹ Una de las grandes preocupaciones de los militares y de la Falange a lo largo de la Segunda Guerra Mundial era el progreso de la anglofilia en el conjunto de la población canaria, tanto en los sectores burgueses que añoraban una «época dorada» en términos económicos de la mano del capitalismo inglés, como por parte de las clases populares y opositores al régimen, agobiados por el hambre y la nefasta política económica adoptada por el régimen y esperanzada por una victoria aliada en la conflagración mundial. Acerca de esta cuestión, cabe destacar que es una temática que está presente, especialmente a partir del capítulo tercero, en DÍAZ BENÍTEZ, J. J.: *Anglofilia y autarquía...*, op. cit. Los partes de las jefaturas provinciales de Falange daban cuenta de los avances de la «aliadofilia» y mostraban un panorama poco alentador en lo referido a los progresos y aceptación de las consignas del partido. GUERRA PALMERO, R. A., *La Falange en Canarias...*, op. cit., pp. 158-161.

Católicos y las referencias a cualquier hecho glorioso del pasado español aparecen constantemente en sus textos, discursos e imágenes representativas. El objetivo no era otro que relacionar la guerra con algunas de las gestas del pasado español y, especialmente, que la victoria final de los sublevados significaría el resurgir de un país que había sufrido las desastrosas consecuencias de la democracia. Resulta evidente que una de las claves para entender la nueva situación era la necesidad de destruir cualquier relación con el pasado más reciente, algo que será una constante a lo largo de estas décadas. La República había resultado ser, en esta perspectiva, un proyecto ruinoso y destructivo en lo moral y material, habiendo dañado la esencia de un país que necesitaba de un renacer al que parece que únicamente Franco podría conducir de manera satisfactoria. De modo que, la actuación de la propaganda se centró en reiterar el carácter dañino de la República y, especialmente, en legitimar el nuevo marco político y social de España. Esa legitimación se manifestará a través de un discurso²² de permanente vigencia a lo largo de las cuatro décadas de duración de la dictadura y que mantendrá un eje vertebrador,

Interpretando la historia a través de la poderosa lente nacionalcatólica, el régimen situó su particular *edad de oro* a restaurar en la España de los siglos XV Y XVI, la España de los Reyes Católicos, artífices de la unidad religiosa y territorial, y de los grandes reyes del Imperio español, especialmente de Carlos V y Felipe II, con quienes Franco gustaba compararse²³.

Pero evidentemente, a ese momento de esplendor le siguió con otro de posterior de caída que, como decíamos, sería superado por una figura única como la de Franco y por la victoria en la guerra civil:

el franquismo interpretó los siglos XVIII y XIX como las terribles centurias causantes de los males españoles, siglos de reyes extranjerizantes, de penetración de ideas revolucionarias y de liberalismo, uno de los demonios

²² ESCOLANO BENITO, A.: «Discurso ideológico, modernización técnica y pedagogía crítica durante el franquismo», en *Historia de la Educación: revista interuniversitaria*, 8, 1989, p. 7. Este mismo autor destaca los efectos de ese discurso en el ámbito de la enseñanza y como, por ejemplo, en el caso de la Historia se buscaba inculcar el amor a la Patria, concediéndosele la máxima importancia a destacados hechos del pasado, especialmente a aquellos de marcado carácter bélico, nacionalista e imperialista, como las gestas de Sagunto, Numancia o la Guerra de Independencia. Según sus palabras, estaríamos pues, ante «una historia evidentemente sectaria y con severas amputaciones, ordenada a la legitimación» (*Ibid*, p. 11).

²³ BOX, Z.: «Secularizando el Apocalipsis. Manufactura mítica y discurso nacional franquista: la narración de la victoria», en *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*, 12, 2004, pp. 150-151.

familiares más odiados por Franco. Finalmente, tras la culminación del proceso de caída sufrido por España con la victoria del Frente Popular en febrero del 36, la guerra civil y la Victoria habían supuesto la completa eliminación del Mal antiespañol y la Restauración de la España tradicional, la España católica, misionera e imperial de los Reyes Católicos y del glorioso siglo XVI español, tradición áurea de la que el franquismo se consideró restaurador y continuador²⁴.

En ese proceso de construcción simbólica y de establecimiento y creación de lazos identitarios que permitieran unir los destinos de España y Canarias, hay que tener en cuenta que también se asiste a la incorporación de toda una serie de festividades religiosas y políticas que marcarán el calendario de los españoles²⁵. El 12 de octubre, el 8 de diciembre o el 18 y 25 de julio se convirtieron en fechas señaladas como festividades pero también como días en los que el discurso, las páginas de los periódicos españoles se llenaban de referencias, textos e imágenes de exaltación de la grandeza de España y de su tradición católica y conservadora²⁶. El orden impuesto tras la victoria en la guerra, la paz conseguida por Franco, pasaron a convertirse en ejes vertebradores de buena parte de esos actos. El culto a la victoria fue la base sobre la que se sustentó toda esa arquitectura simbólica que permitió a la dictadura mantener toda la vigencia de la misma a lo largo de su existencia, exaltando la virilidad, el patriotismo y españolidad de quienes, bajo el mando unívoco de Franco, habían logrado conducir a España hacia su resurgir. Y en ese discurso las islas también tuvieron algunos ejemplos claros, aunque en realidad la mayor parte de los símbolos y referencias de la guerra procedían de la Península. Aun así, aparte del hecho mencionado sobre la salida de Franco de Canarias como punto de partida de la Cruzada, tenemos que tener en cuenta que en las islas también asistiremos a la

²⁴ *Ibid.* En el caso canario esa visión de la historia tuvo su exponente más destacado en el obispo de la diócesis niverense, Fray Albino González Menéndez-Reigada. Su beligerancia contra todo aquello que tuviera relación con la modernidad y los «funestos» siglos XVIII y XIX fue constante a lo largo de su estancia en Tenerife (1925-1946) y está presente en la casi totalidad de las pastorales de su mandato. GUERRA PALMERO, R. A. *Ideología y beligerancia: la cruzada de Fray Albino*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2005.

²⁵ Sobre esta cuestión, Claudio Hernández ha planteado el concepto de «cultura del tiempo» franquista que «estuvo conformada por el conjunto de discursos, mecanismos y políticas empleados por el régimen que, persiguiendo la regeneración y renacimiento de la nación, definieron el pasado, el presente y el futuro que en base a su historia le correspondía a la Patria, tratando de imponer unos “ritmos” y “estilos temporales” precisos a la vida de los ciudadanos». HERNÁNDEZ BURGOS, C.: «La “cultura del tiempo” en España: la Guerra de la Independencia en el discurso del franquismo», en *HAOL*, 25, 2011/Primavera, p. 146.

²⁶ Véase, GÓMEZ FUENTES, C.: «La construcción de la memoria franquista (1939-1959): mártires, mitos y conmemoraciones», en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 25, 2007, pp. 87-123.

elaboración de un discurso propagandístico capaz de incorporar algunos hechos propios del archipiélago. El caso de los excombatientes y la necesidad de ayudarlos, la exaltación religiosa de algunas festividades insulares o, especialmente, el destacado papel de algunos falangistas en las islas y, posteriormente, en la guerra, así como los «mártires locales»²⁷, fueron objeto de atención de la Delegación Provincial de Propaganda.

Teniendo presente todo lo expuesto más arriba, lo que ahora debe centrar nuestra atención es cómo y en qué condiciones se construye y qué elementos componen ese discurso tendente a resaltar la españolidad de Canarias.

Como en otros aspectos de la vida de FET-JONS en Canarias, las quejas de los jerarcas provinciales son numerosas en lo referido a los medios de que disponían para llevar a cabo su labor propagandística, a las interferencias a sus tareas y están enmarcadas en las tensiones y pugnas, tanto internas al partido como con otros poderes. Además, el partido contaba con la limitación de su escasa implantación anterior previa a la sublevación y con el desconocimiento, cuando no hostilidad, de la gran mayoría de la población de sus propuestas, programa e ideas.

Los vehículos de transmisión utilizados por el partido fueron variados y, entre ellos, destaca la prensa escrita, el uso de la radio²⁸, los mítines y conferencias y la acción adoctrinadora de sus servicios y organizaciones de encuadramiento. En el plano organizativo las delegaciones provinciales de prensa y propaganda durante la guerra civil trataron de divulgar el nacionalsindicalismo, que, según la delegación provincial de propaganda de Las Palmas, «se desconoce totalmente en los barrios», mientras que en las áreas rurales se vivía «una realidad triste y de espaldas al nacional sindicalismo»²⁹.

²⁷ Un caso paradigmático al respecto es el de Francisco Javier Centurión. Véase, *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de diciembre de 1937, 21 de junio de 1938, 31 de agosto de 1938, 11 de diciembre de 1938 y 9 de febrero de 1939. La atención prestada en la prensa a los caídos en los frentes peninsulares fue amplia y permanente, como también ocurrió con el recuerdo del joven católico lagunero Santiago Cuadrado, primer «mártir de la Cruzada en Tenerife».

²⁸ Véase, YANES MESA, J. A.: «La propaganda radiofónica de la España nacional en Canarias durante la Guerra Civil, 1936-1939», en *Anàlisi*, 41, 2011, pp. 101-116.

²⁹ *Programa de la Delegación Provincial de Propaganda de Las Palmas para el año 1938* (AGA Sección Presidencia, Fondo VI Secretaría General del Movimiento, secretaría política, IDD 17.02, caja 19.174). La delegación de propaganda de Las Palmas desde diciembre de 1936 hasta el 20 de noviembre de 1937 se articuló siguiendo el siguiente organigrama: servicio de prensa, propaganda escrita y agencia de colaboración; propaganda oral, propaganda de radio, propaganda plástica, propaganda en cines y teatros, concentraciones y fiestas, propaganda comercial. En ese primer periodo los delegados provinciales de propaganda han sido: 21 septiembre 1936 Luis Aulet Ecurra, 13 diciembre de 1936

En lo referido a prensa escrita, Falange se dotó de varios diarios y de otras publicaciones. Los principales medios escritos eran el vespertino *Falange* de Las Palmas de Gran Canaria³⁰; el diario *Amanecer* de Santa Cruz de Tenerife³¹ y *Escuadras* en Santa Cruz de La Palma³². A los que se suman en distintos momentos publicaciones como el semanario lagunero *Arriba España*³³ o las publicaciones de los distintos servicios y organizaciones falangistas.

La propaganda en estos periódicos era lo dominante y en ellos lo principal, a lo largo de los dos primeros años de la guerra civil, era, además de exaltar a los sublevados y a Franco, intentar explicar el programa y virtudes del nacionalsindicalismo. En este sentido se desarrollaron campañas para explicar los «26 puntos» y se destinaba un espacio relevante a artículos de fondo cuyo objetivo era explicar la doctrina falangista, la política a seguir y tratar de captar simpatías a base de una demagogia furibunda. En esos textos el ultranacionalismo españolista y el concepto imperio eran empleados profusamente. Gran parte de los textos publicados eran de «importación», aunque una parte menor, tampoco desdeñable, era producción local, destacando, en el caso tinerfeño, los artículos y transcripciones de conferencias del que fuera delegado de prensa y propaganda y jefe provincial Francisco Aguilar y Paz.

Antonio de la Nuez Caballero; 22 diciembre 1936 Diego Mesa Suárez; 22 febrero 1937 Luis Alvarado Moreno; 29 mayo 1937 Arturo Sarmiento Valle, 21 noviembre 1937 Juan Marqués Peñate. El paso de cuatro delegados provinciales y la posterior reorganización indican provisionalidad y posibles deficiencias de la Delegación, de hecho se solicitó la reorganización de los efectivos de la delegación y de las locales. Las locales estaban desconectadas en parte de la provincial y limitadas a pegar carteles y a algún que otro discurso incontrolado, porque «La propensión de nuestros isleños a dormirse no excluye a los que ostentan cargos en nuestra delegación» (nótese el prejuicio). La delegación se reorganizó y quedó integrada por los siguientes servicios: de oral-radio-música; servicio de plástica cine teatro; servicio de fiestas desfiles masas; propaganda especial en fábricas y cuarteles; propaganda especial en hospitales y cárceles, propaganda especial en escuelas.

³⁰ Vio la luz el 7 de diciembre, tras el intento frustrado de crear otro diario (*Arriba*) en agosto de dicho año, y que contaba con una tirada de más de tres mil ejemplares. *Ibid.*

³¹ Inició su andadura el 1 agosto de 1937 con el subtítulo de «Diario de la Revolución Nacional Sindicalista» (que cambió el 7 de agosto de 1937 por el de: «Diario de Falange Española Tradicionalista y de las JONS») y su último número salió el 12 de febrero de 1939. Dos días después se unificaba con *La Prensa* dando lugar a *El Día*.

³² Fusionado en 1939 con *Acción Social* y *Diario de Avisos*.

³³ Era el órgano de Falange en La Laguna y desapareció a finales de julio de 1937. Entre sus firmas se hallan presentes numerosas de personajes reconocidos de la cultura insular sumados a los sublevados, como Andrés de Lorenzo Cáceres, Agustín Espinosa, Leopoldo de La Rosa o el rector José Escobedo y Alberu.

El catálogo de actividades propagandísticas desplegado por los falangistas fue amplio y variado, tanto de cara al adoctrinamiento de los militantes y adheridos como de cara al público general. Destacaban los desfiles, concentraciones y conferencias en fechas señaladas, así como las alocuciones radiofónicas sobre nacionalsindicalismo, el desarrollo de la guerra y otros temas «patrióticos». Asimismo, fueron muy eficaces las acciones destinadas a la infancia, como las actividades de propaganda en las escuelas, que consistía en visitas semanales y conferencia a los niños en las que se daban premios a niños aplicados, se reclutaba para las falanges juveniles y, de paso, se tomaban notas secretas sobre las aptitudes y características de los maestros, realizándose informes confidenciales al respecto³⁴.

En lo concerniente al discurso españolizador y al papel de Canarias en la guerra y en el nuevo Estado, se puede identificar una doble vertiente que dio forma a esa idea común del deber de Canarias para contribuir a la victoria en la guerra: su esencia como territorio desde el que se inició el Movimiento y su papel fundamental como retaguardia del frente de guerra peninsular. En ese discurso, aparte de las referencias al momento histórico, se puede entresacar igualmente una particularidad esencial: la españolidad de Canarias. Estos tres aspectos entrelazados conforman la base sobre la que se sustenta buena parte de la propaganda falangista en las islas y que, en general, tiende a resaltar su condición de territorio unido a los destinos históricos de España. Para ello, hemos de decir que la prensa fue uno de los ámbitos en los que se manifestó con mayor evidencia este discurso legitimador y de reivindicación del pasado glorioso y su relación con la *nueva España*. En el caso de Canarias disponemos de varios ejemplos que podrían servirnos perfectamente para mostrar cómo se construyó ese discurso, cuál fue su base y su relación con el momento histórico por el que atravesaba el país. Uno de ellos y, que utilizaremos en este apartado, es el del periódico falangista, *Amanecer*, editado en Santa Cruz de Tenerife entre agosto de 1937 y febrero de 1939³⁵.

³⁴ *Programa de la Delegación Provincial de Propaganda...*, op. cit.

³⁵ Véanse, MARTÍN MONTENEGRO, S. F.: *Índices de periódicos y libros durante la década de los treinta en Tenerife con especial atención al período 1936-1939*, Memoria de Licenciatura inédita, Universidad de La Laguna, 1981. LEÓN ÁLVAREZ, A.: «Combatiendo desde la retaguardia. Prensa y propaganda en Tenerife: el periódico *Amanecer*», en *Boletín de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife. El periodismo y la cohesión territorial del Archipiélago: actas del I Congreso de Historia del Periodismo*

Tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 se dispuso la dispersión de aquellos militares considerados desafectos al régimen republicano, ante el temor a un posible golpe de Estado. Entre ellos, en marzo de ese mismo año, Francisco Franco fue nombrado Comandante Militar de Canarias. A partir de ahí, su actividad durante este breve período de tiempo en el archipiélago es bastante conocida, destacando especialmente que será de este desde donde partirá con destino a la Península tras el golpe de Estado de 18 de julio de 1936³⁶. Eso permitió que, poco tiempo después, se llegase a decir de Tenerife que fue la «cuna del Movimiento Nacional», por haber sido «el solaz consolador de un héroe español en los días de amargura en su vida, y por haber sido templo lleno de majestad, donde se verificó el misterio sublime de la unción de nuestro Caudillo»³⁷.

De tal modo que, a partir de ese momento, la relación entre Canarias y Franco, Canarias y España se va a mantener a lo largo de toda la dictadura, como un referente que dio paso a las largas décadas de paz y estabilidad social. Así, se entiende Canarias como punta de lanza, inicio de una nueva etapa triunfal y el 18 de julio de 1936³⁸ como un nuevo referente histórico. Un hecho este que venía a demostrar esa españolidad, esos nexos de unión existentes entre la Península y las Islas:

Me hace pensar que al encontrar nuestro Caudillo entre vosotros el momento sublime de Iniciar el Glorioso Movimiento Nacional, y al contar con vuestra adhesión, habéis demostrado, cómo Tenerife entre todas sus virtudes posee la más sublime, la más grande, la más excelsa, que es la de su amor a España³⁹.

Canario, celebrado en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna entre los días 20 de octubre y 5 de noviembre de 2010, coord. por YANES MESA, J. A., San Cristóbal de La Laguna, RSEAPT, 2010, pp. 471-488.

³⁶ RIVAS GARCÍA, R.: «La Guerra Civil en Tenerife», en CABRERA ACOSTA, M. A. (ed.): *La Guerra Civil en Canarias*, Francisco Lemus Editor, La Laguna, 2000, pp. 47-55.

³⁷ «Tenerife en el Movimiento Nacional» (conferencia pronunciada por Luis Cabrera Puntero en Radio Club Tenerife), *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de julio de 1938.

³⁸ «El 18 de julio viene a recordarles a los españoles que su misión en el mundo no está terminada. Porque ahora no se trata de descubrir nuevas tierras ni de completar la unidad geográfica, sino que nuestra segunda imperial empresa está encaminada a salvar todo un mundo, con todo lo que ese mundo representa.

Ya no se trata de civilizar indios y enseñarles una fe y un idioma, sino que ahora hemos de oponernos al paso de la barbarie que se ha despertado en Europa y amenaza extenderse, para trastocar los destinos de los pueblos que han cumplido la suprema misión de alumbrar la marcha de las generaciones, con la luz de la civilización y de la cultura. Y esta nueva obra de España, realizada con dolor y con sangre, a costa del mayor sacrificio que puede realizar un pueblo, tiene la suprema trascendencia que siempre tuvieron en nuestro suelo las grandes gestas de la raza». «12 de octubre: día imperial de España», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de octubre de 1937.

³⁹ «Tenerife en el Movimiento Nacional» (conferencia pronunciada por Luis Cabrera Puntero en Radio Club Tenerife), *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de julio de 1938.

Esa relación e identificación llega hasta el punto de que el archipiélago canario es asimilado, desde el punto de vista de la propaganda, con un nuevo punto de partida para la reconquista y la unidad de España bajo el liderazgo de Franco, pues «desde esta tierra atlántica, la más apartada provincia española, se comienza, después de trece siglos, a escribir la nueva epopeya de una raza que expulsa a los enemigos de nuestra fe, de nuestra historia, de nuestro destino»⁴⁰.

Esta trascendencia histórica de las Canarias no se limitó únicamente a una exaltación simbólica sino que, además, se persiguió una plasmación real, toda vez que las islas quedaron identificadas como punto de retaguardia⁴¹. Hay que tener en cuenta que Canarias aparece como un territorio con características propias y –al menos, inicialmente– con una situación política diferente a la de buena parte de un país que combate en el frente. Y es que, incluso más allá de su lejanía geográfica, lo verdaderamente importante fue la ausencia de frentes de batalla y que los sublevados lograran hacerse rápidamente con el control de la situación política y social en las islas, convirtiéndolas en uno de los primeros territorios ganados en ese proceso que se identificaría con la reconquista de España.

Este hecho se vio enmarcado dentro de una idea general que se difundió durante estos primeros años: Canarias entendida como retaguardia, como zona de colaboración y sacrificio para el frente de guerra. De tal modo que mientras que en aquellas *lejanas* tierras se decidía el destino de España, las islas debían convertirse en ejemplo de servicio a la Patria como retaguardia que ayudara al definitivo impulso de la victoria en la guerra. Porque en realidad de lo que se trataba no era sólo de ganar una guerra sino de ganar por encima de todo la independencia del país frente a la

⁴⁰ «Covadonga reconquistada», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de octubre de 1937. La identificación simbólica de los avances de los sublevados queda vinculada en este breve fragmento de ese mismo artículo: «Hoy, cuando las invencibles tropas de Franco, el Caudillo y segundo Reconquistador, devuelven Covadonga a la civilización cristiana y occidental, el viejo Teide, símbolo de nuestra grandeza geográfica, quiere elevar más y más su altura, acortar los espacios, para en una visión maravillosa saludar las peñas sagradas que fueron un día cuna de la España Una, Grande y Libre que volverá a los caminos de su tradición por el triunfo de Franco».

⁴¹ «Por un lado, la zona de vanguardia, zona de peligros, de sacrificios, de luchas y de triunfos a costa de la abnegación de la juventud de España. Por otro lado, la zona de la retaguardia, apacible, normalizada en su vida, sintiendo este relativo bienestar—dentro de la preocupación natural de la guerra—que ganaron los que a tiempo hicieron la ofrenda de su vida para impedir que el marxismo nos envolviera en su sangrienta embestida». «Asistencia al frente», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 30 de noviembre de 1937.

supuesta amenaza e injerencia extranjera representada en todo aquello que pudiera ser identificado con la República.

Probablemente fuese el tema más recurrente durante el período de la guerra, la necesidad de que desde las islas se colaborase activamente con el frente, que se cumpliera con una misión histórica. De tal manera, que tanto valor tendría luchar en el frente como las suscripciones patrióticas, el alistamiento al Ejército o las manifestaciones de adhesión y entusiasmo en los desfiles. Se trataba de evidenciar que es necesario «compartir el sacrificio de nuestros hermanos de la Península», pues las consecuencias de la guerra también afectarán a las Islas.

Así fue Canarias en los tiempos en que España necesitaba de sus hombres. Así tiene que ser ahora, cuando la Patria se bate en empañada lucha. Si hemos de hacer honor a la tradición de nuestras islas, no podemos permitir que otras regiones españolas, por más castigadas o cercanas al corazón de Castilla, nos dejen atrás en la cooperación, en el entusiasmo, en la identificación con los que luchan, con los que sufren, con los que mueren por la noble causa nacional⁴².

En ese marco propagandístico, una de las constantes será la relación que se establece entre el territorio insular y el peninsular, tratando de resaltar continuamente el carácter español del primero y los lazos históricos y nacionales que une a ambos. Incluso no se duda en atacar a quienes desde la Península ven a los canarios como «seres adormecidos, aplanados, en soñarrera, galbana y modorra. Pero es que no conoce tu alma como nosotros [...] ¿Tú, dormida, Canarias? ¡Si no hay otra tierra más alerta y vigilante de España!»⁴³.

De tal modo, que a lo expuesto en los párrafos anteriores, tenemos que añadir que Canarias se integró en ese discurso como parte de la unidad nacional, buscándose los lazos de unión y los elementos identificadores de su tradición española en el pasado.

Canarias –y esto conviene acentuarlo como precedente honroso para las islas– estuvo siempre ligada tanto a las tristezas como a las alegrías de España. Ya dijo aquel isleño ilustre que se llamó Galdós, «que nosotros, los más distantes, somos los más cercanos en el corazón de la Patria». Todas las demás destacadas personalidades de la

⁴² «Canarias y el momento español», *Viva España*, diciembre de 1936.

⁴³ «Canarias, la madrina de España», por Ernesto Giménez Caballero. *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de abril de 1941.

Península que han pasado por nuestras islas, han hallado en nosotros una virtud característica: el acendrado españolismo. Canarias, decía un significado político español, es tan médula de la Patria como el propio Toledo⁴⁴.

A pesar de su lejanía y mayor proximidad geográfica al continente africano que al europeo, en la propaganda se exaltará su españolidad⁴⁵, habitualmente con la grandilocuencia propia del falangismo, especialmente utilizando adjetivos y una retórica destinada a reivindicar la pureza isleña. Es el caso de algunos de los textos de Ernesto Giménez Caballero que fueron publicados en la prensa tinerfeña y que permiten observar algunas expresiones o aspectos que se resaltan con relativa frecuencia⁴⁶. El siguiente fragmento, por ejemplo, lo consideramos bastante representativo al respecto,

¡Canarias! ¡España! Cuando un pueblo consigue poner en alerta y celo a una tierra como la de Canarias –sólo ese pueblo puede decir que la posee–. Y nuestro pueblo posee a Canarias porque logró lo que ningún aventurero logrará nunca: desposar a esa tierra, tener hijos con ella, haciéndoles hablar su lengua y empuñar sus armas. Logró: vencer la «feminidad» huidiza de Canarias con la «maternidad». Haciéndola: madre.

Sí, todos los viajeros tienen derecho a la ilusión de descubrir y enamorarse de Canarias. Pero sólo nosotros, los españoles –que la poseemos con sangre de nuestra sangre– tenemos el deber de defenderla⁴⁷.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ De tal modo, que su lejanía llega a convertirse en algo positivo, lo que permite a Giménez Caballero definirla como «Centinela de España en medio del Océano, fe nacional. Esta fue y será siempre el genio inmortal de Canarias, el corazón del Guanche y la fidelidad del can». «Canarias, la madrina de España», por Ernesto Giménez Caballero. *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de abril de 1941. En parecidos términos puede verse la siguiente interpretación, «estas islas que son como una escuadra fondeada en el Atlántico».

«Significado y alcance de la Exposición de Canarias en Madrid», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de abril de 1941.

⁴⁶ Un ejemplo paradigmático de esa exaltación de Canarias, lo encontramos en un artículo de Giménez Caballero sobre el tomate canario. Con un lenguaje literario y profusamente adornado de adjetivos destinados a resaltar la belleza y pureza de las Islas, ensalza su pasado mitológico y la grandeza de su presente manifestada en su producción agrícola. Valga de ejemplo que, para él, el tomate canario «con sus celdillas rojas llenas de simientes amarillas, es el fruto totalitario de la bandera española. Que es el clavel comestible de las huertas hispánicas». Pero, igualmente, cabe resaltar que no hace más que recordar que ese producto de la tierra canaria es, en realidad, un producto español: «No será menester hacer ningún elogio de los tomates canarios. Bastará que el español los pruebe, los saboree, los acaricie con labios, lengua, dientes, entrañas y obtenga el frescor dulce y sabroso de su jugo: sabroso a mar y sol, pinos, palmas y volcán; a islas divinas, atlántidas, vespérales; a islas alíseas. ¡Tomates de Canarias! Frutos paradisiacos de España». «Los tomates de Canarias», por Ernesto Giménez Caballero. *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 19 de junio de 1941.

⁴⁷ «Canarias: posesión española», por Ernesto Giménez Caballero. *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de junio de 1941. Un deber de defensa que viene determinado previamente por la conquista de las islas a

En parecidos términos se pronunciaba Dionisio Ridruejo, que había visitado las Islas Canarias «con la misión de ensanchar allí la españolidad peninsular». En su caso, más que destacar su feminidad o su belleza –«es una naturaleza convulsionada, trágica, muchas veces colosal, otras desolada, con frecuencia paradisíaca»–, retoma ese discurso de Canarias como exponente histórico del Movimiento y como tierra española que comparte las más profundas raíces imperiales.

Es considerable ver, en medio de tan largos abandonos, cómo se ha mantenido en Canarias la conciencia de españolidad. Como en Ávila o en Burgos. Se ve allí el dolor de un imperio mutilado del que las islas son el último extremo actual, cuando fueron en tiempos escala de nuestros itinerarios. Se ve en todo el cruce africano-americano (es decir, el cruce de nuestra historia y nuestro porvenir), en suma, la España larga, la que iba lejos [...] Canarias es un buen sitio para soñar con una España poderosa. Es como una escuadra a la que un día se podrá decir otra vez: adelante⁴⁸.

Queda claro pues, que Canarias tenía suficientes raíces históricas como para participar en el esfuerzo de guerra y que, a su vez, compartía verdaderos lazos de unión con el territorio peninsular para lograr expulsar al enemigo y para contribuir a que la victoria en la guerra fuera decisiva en la construcción de la paz de Franco⁴⁹.

Al igual que en los demás territorios de la zona sublevada, el exacerbado españolismo adoptó la forma de un centralismo de base castellanocéntrica, no obstante, como han resaltado algunos autores, la movilización también apelaba al ámbito de lo local en una difícil combinación entre exaltación de lo español y de las aportaciones de las tradiciones de las provincias y de lo rural contra la modernidad y lo antiespañol⁵⁰.

finales del siglo XV y que en las primeras décadas del siglo XX tenía interpretaciones como esta: «Los conquistadores de Canarias hallaron en este Archipiélago una raza aborigen, fuerte y noble, que valientemente luchó contra el invasor, antes de someterse a él, reconociendo la superioridad de su cultura, de su civilización y de su fe. Lo propio sucedió en América, y en esto, el comportamiento de los guanches de Canarias puede ponerse en parangón con el de los indios de allende el Atlántico». «Canarias y América», por R. Hardisson Pizarroso, *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 12 de octubre de 1937.

⁴⁸ «Dionisio Ridruejo habla de su viaje por Canarias», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 3 de julio de 1941.

⁴⁹ Fue habitual que durante el período estudiado en este trabajo se publicaran numerosos artículos sobre la importancia y trascendencia de la «paz de Franco». Algunos ejemplos destacados sobre este concepto y la propaganda, se pueden consultar en *Amanecer*, 4 de septiembre de 1938 o *El Día*, 27 de marzo y 1, 14 y 17 de marzo de 1942.

⁵⁰ «La preponderancia del imaginario castellano se vio matizada y acompañada, al menos durante los dos primeros años del conflicto, por el uso frecuente de otros motivos regionales y locales en diversos escalones territoriales de la propaganda franquista de guerra. Una razón esencial para no resaltar en exceso el castellanocentrismo del nacionalismo español de los sublevados era la necesidad de movilizar

En este sentido, la exaltación de lo típico regional en el seno de la «unidad de destino» con objeto de reforzar la «unidad de la patria» y desterrar las influencias extranjeras adoptó numerosas manifestaciones. El papel de Falange en esa labor fue destacadísimo, tanto en las manifestaciones artísticas como en el de la cultura popular.

Respecto a la arquitectura, se trató de homogeneizar el aspecto de las edificaciones, tanto públicas como privadas, a partir del estilo neocanario que había dado sus primeros pasos pocos años antes. En esa labor destacaron las fiscalías de vivienda y numerosos arquitectos que en etapas anteriores se habían encuadrado, en su gran mayoría, en las filas del racionalismo⁵¹. El neocanario tuvo así la hegemonía durante los años de la guerra civil y la década de 1940⁵².

En lo tocante a la recuperación de las «esencias patrias», identificadas con la exaltación de lo rural y lo folclórico, el medio rural fue idealizado y convertido en depositario de las virtudes del espíritu nacional, y de ahí que a lo largo de los años cuarenta y en el periodo posterior el partido dedicase una importante atención, al igual que en el resto de provincias y regiones, a la difusión de la artesanía y del

a la población con llamamientos, lemas e imágenes concretas y cercanas». «Asimismo, era una vindicación local, *de pueblo*. Se trataba de la redención de la España *degenerada* [...] por parte de la porción más sana de la nación, la que todavía estaba incontaminada por el virus del impío progreso, mantenía el vínculo con las sanas tradiciones rurales y las envolvía en un halo de religiosidad y respeto por la familia y la sociedad orgánica. Es decir, la parte más auténticamente española y castiza del país: la *provincia* en sentido figurado». NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «La España regional en armas y el nacionalismo de guerra franquista (1936-1939)», en *Ayer*, 64/2006 (4), pp. 209 y 211.

⁵¹ La integración de elementos típicos que dio lugar al racionalismo comenzó a finales de los años veinte. En la imposición del neocanario tuvo un papel destacado el arquitecto tinerfeño y fiscal de vivienda José Enrique Marrero Regalado. Asimismo, en Gran Canaria destaca el paso que desde el modernismo hacia el tipismo dio el pintor Néstor Martín-Fernández de la Torre y su hermano Miguel, arquitecto racionalista. Además de esos inicios locales, el propio Estado tenía la «voluntad de fomentar lo regional como reflejo del nuevo orden que se acababa de instaurar». NAVARRO SEGURA, M^a I.: *Arquitectura del Mando Económico en Canarias. La posguerra en el Archipiélago*, Santa Cruz de Tenerife, Cabildo de Tenerife, 1982, pp. 108-109.

⁵² En esa revaloración manipulada de la arquitectura típica canaria algunos falangistas actuaban o se expresaban mostrando, además de ignorancia, su profundo reaccionarismo estético. Por ejemplo, en la memoria de la Delegación de propaganda de Las Palmas antes citada, hacían hincapié en fomentar la arquitectura típica, «que si bien no tiene ninguna marcada originalidad, ni tampoco un valor artístico de relieve, posee una gracia ingenua y un sello especial que generaciones anteriores se han enconado –incomprendiblemente– en destruir y desaparecer, cometiendo verdaderos crímenes sobre todo en los humildes templos de los pueblos, que son, por otro lado, los que poseen en mayor abundancia la gracia primitiva de esta pequeña arquitectura colonial». Sobre la ciudad de Las Palmas decían que «de la capital poco podremos salvar» en arquitectura, salvo Vegueta, barrio «señorial y españolísimo». Está claro que la arquitectura modernista y racionalista de buena parte de esa ciudad no tenía ningún valor artístico y mucho menos español. Otra muestra del desconocimiento de la arquitectura popular era la afirmación de que pintar las casas de colores intensos era una «tendencia fetichista-africana», en vez de una herencia cultural portuguesa.

folclore. Eso sí de un folclore convenientemente adaptado, expurgado todo aquello que no convenía a los tópicos y a los valores sustentados por la dictadura⁵³.

Este fenómeno de exaltación de lo rural, del supuesto espíritu del pueblo (*volkgeist*), se produjo también en los otros países fascistas. A través de la Sección Femenina y de las obras sindicales se desarrollaron las actividades tendentes a reforzar esa visión ideal de lo canario dentro de la «unidad de destino»⁵⁴. Trajes típicos, coros y danzas, exposiciones de artesanía⁵⁵, romerías, reinvención de las indumentarias tradicionales, manifestaciones folclóricas y surgimiento de la llamada «canción canaria», conversión definitiva de la lucha canaria en un deporte reglado⁵⁶, etc., se producen en estos años y en la década siguiente, estableciendo tópicos, modificando o eliminando o vaciando de contenido elementos de esas manifestaciones de cultura popular⁵⁷.

⁵³ A la exaltación de lo rural se debe añadir la ruralización que supuso la guerra civil y la autarquía en las islas, tanto en términos de población activa como de actividad económica.

⁵⁴ La presentación y potenciación de algunos rasgos «típicos» regionales no entraba necesariamente en contradicción ni con el centralismo del Estado, ni con el ideario falangista. Los puntos iniciales de Falange, de 7 de diciembre de 1933 (publicados en el n.º 1 de *FE*, Madrid, pp. 6-7) afirmaban que «... una nación no es una lengua, ni una raza, ni un territorio. Es una *unidad de destino en lo universal*. Esa unidad de destino se llamó y se llama España. Bajo el signo de España cumplieron su destino –unidos en lo universal– los pueblos que la integran...». Por este motivo, algunas manifestaciones regionales eran toleradas y potenciadas. En cambio, aquellos aspectos del folclore, las costumbres... que cuestionaban de alguna manera esa unidad eran perseguidos con saña, como por ejemplo las lenguas vasca y catalana. Muchos de los prejuicios y los tópicos que se atribuyen como características regionales fueron creados o reforzados durante el periodo de la dictadura. En este sentido, durante la guerra civil «el discurso del españolismo regional se superponía, chocaba y a veces invadía el terreno del españolismo de *patria chica* y de *provincia*, aun sin salirse un milímetro del marco discursivo heredado, que incidía en una neofolclorización de la tradición y su exaltación como esencia más orgánica de la nación». NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «La España regional...», *op. cit.*, p. 230.

⁵⁵ Las exposiciones de artesanía «típica» del país organizadas por las CNS o por la Sección Femenina tuvieron una importante cobertura en la prensa de la época y fueron utilizadas como herramienta demagógica por parte de los falangistas, tanto para la exaltación de lo rural como para la crítica de valores y actitudes modernas y «antiespañolas», cuestión que se hace extensible a la música popular y las danzas tradicionales, en las que su difusión se convertía en arma de lucha, al igual que para la Iglesia, contra los bailes pecaminosos como el tango o la «danza negra» y «música selvática», músicas inventadas, según los propagandistas, por judíos o por razas inferiores. Véase, por ejemplo, «Obra de la CNS / Exaltación del artesanado», «Exaltación de lo típico», «El campo depositario de los valores eternos», «Insistiendo sobre tipismo», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 24 y 25 de abril de 1940.

⁵⁶ Para un análisis de la identificación como deporte de la lucha canaria y la creación de las federaciones provinciales en los años cuarenta, véase PALENZUELA, M. y MORALES MAGYÍN, J. V.: *La lucha canaria*, Santa Cruz de Tenerife, CCPC-Cabildo de Tenerife, 2004.

⁵⁷ En lo concerniente a este tema, se puede decir que su huella ha sido más profunda de lo que se pudiera pensar en un primer momento, en tanto que buena parte de las propuestas e intervenciones falangistas en este campo han perdurado y siguen siendo valoradas y utilizadas como elemento identitario en la actualidad, incluso por individuos o colectivos que se identifican como nacionalistas.

A modo de conclusión: la recepción de la españolización

La búsqueda de elementos que definieran la españolidad de las Islas Canarias centró una parte considerable del esfuerzo de los servicios técnicos y de propaganda de Falange durante el período de la guerra civil y de la posguerra. Como hemos planteado en este trabajo, se asistirá a la elaboración de un discurso tendente a resaltar la condición del archipiélago como territorio español, fundamentalmente a partir de la difusión de una serie de mitos castellanos y de la conexión de los valores de la guerra y de los conceptos de victoria y de paz para la retaguardia canaria, cuestión esta que, por ejemplo, en el caso de la prensa fue una constante durante el período estudiado. Pero paralelamente, los dirigentes del partido se encargarán de explicitar en sus informes los efectos dañinos de la influencia extranjera en las Islas y, especialmente, sobre las deficiencias y debilidades existentes en el conjunto del territorio insular. Ante ambas cuestiones, se evidencia una clara preocupación por parte de los falangistas por reducir cualquier influencia exterior –especialmente británica– y por reforzar los lazos económicos y culturales de Canarias con la península.

El éxito de la propaganda y de la política falangista de cara a la divulgación de su ideario, la *españolización* de Canarias y la exaltación de los «valores eternos» isleños en el seno de la unidad del país fue desigual. En el terreno de la integración económica con la Península y de expulsar las influencias británicas se puede decir que fracasaron en gran medida, sin embargo, sí se logró una mayor integración comercial y se reservó el mercado peninsular para los plátanos canarios, aunque esto no lo consiguieron los falangistas.

La posición de los falangistas contrastaba con la de buena parte de la población, que identificaba la presencia de extranjeros, principalmente británicos, con la normalidad económica y con la etapa puertofranquista por oposición a la crítica situación creada a partir de la sublevación militar por las medidas tomadas por el poder central. La «españolización» económica y administrativa de Canarias no era bien vista por muchos y se manifestaba en un incipiente sentimiento antipeninsular, que se iba intensificando ante la llegada de personal civil y militar de la Península, que era considerado por muchos como una invasión:

Since that time (1936), a tight centralised economic control has gripped the islands, crushing local commercial initiative. Numbers of military and civil officials from Spain began to arrive and as these arrivals continued in such volume the local population refers to their presence as an invasion⁵⁸.

Esta opinión e identificación entre puertofranquismo, o defensa de las singularidades canarias con progreso y bienestar, frente a autarquismo y «burocratización peninsular» tendría posteriormente una importante trascendencia en sectores populares y en el renacimiento de expresiones de nacionalismo canario desde la década de 1960. También se convertiría en un arma de presión en manos de los sectores dominantes, porque ir contra esas especificidades implicaba un decaimiento en el patriotismo del archipiélago⁵⁹:

Por lo que respecta a nosotros, los isleños, podemos decir que, hasta hace pocos años, éramos, como los de la provincia de León, los más patriotas de España, pero aquel patriotismo tan profusamente arraigado en ambas provincias canarias, una vez más demostrado al estallar el Movimiento Nacional, ha ido, poco a poco marchitándose a causa de la avalancha [sic] de «godos» que han caído en nuestras ciudades como una plaga de insectos destructora. El sistema que fue

⁵⁸ «Canary Islands. Annual report, economic (A)», 15 de abril de 1946. NARA, PRO. FO. 371/60396. 112331 (anexo 1, texto 4). «Al parecer, los peninsulares enviados a Canarias se comportaban como si estuvieran en una colonia, tratando a la población local con una extrema dureza, lo cual hacían con el consentimiento del Gobierno español. Según el informe —se refiere a un informe de Gerald Miller de julio de 1941—, a ello había que añadir que las relaciones de los peninsulares con la ley eran fraudulentas y corruptas, perjudicando siempre a los canarios, con lo que la hostilidad entre ambos aumentaba aún más. También afirmaba que la población peninsular residente en Canarias constituía un grupo aparte y minoritario, formado por los funcionarios enviados por el Estado y que si bien disfrutaban de una gran influencia, también eran acusados de ser maleducados, deshonestos e impopulares, siendo relevados con cierta frecuencia.

No obstante, es preciso matizar estas afirmaciones. El trato despectivo y prepotente no era generalizable a todos los funcionarios enviados a las islas. Quizá se tratase más bien del desconocimiento de las costumbres locales, lo cual pudo haber sido interpretado en más de una ocasión como una falta de respeto hacia los isleños. Por otro lado, es posible que el ser destinado a Canarias influyera negativamente en el comportamiento de más de un funcionario, ya que parecía ser interpretado como un castigo en vez de un destino más, proyectando la frustración resultante sobre la población isleña, con lo cual se creaba una imagen negativa que terminaba siendo generalizada erróneamente al conjunto de los peninsulares». DÍAZ BENÍTEZ, J. J.: *Anglofilia y autarquía...*, op. cit., p.155.

⁵⁹ Sobre los orígenes del moderno nacionalismo canario de base popular, véase GARÍ HAYEK, D.: *Historia del Movimiento Canarias libre: 1960-1962*. Santa Cruz de Tenerife-Las Palmas de Gran Canaria, Benchomo, 1990. ÍD.: *Historia del nacionalismo canario*, Santa Cruz de Tenerife-Las Palmas de Gran Canaria, Benchomo, 1992, pp. 85-138. También pueden consultarse otras investigaciones más recientes como, LÓPEZ TRUJILLO, Z.: *Imaginar la nación canaria. El papel de Antonio Cubillo en el resurgimiento de los movimientos obrero y nacionalista en Canarias (1956-1978)*, Universidad de La Laguna, Memoria de Licenciatura, 2010 (Inédito); CABRERA ACOSTA, M. A. y LÓPEZ TRUJILLO, Z.: «Antonio Cubillo: de la oposición al franquismo al independentismo africanista canario», en NÚÑEZ SEIXAS, X. y MOLINA APARICIO, F.: *Los heterodoxos de la patria, biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Editorial Comares, 2011, pp. 221-241.

empleado en nuestras perdidas colonias, va consumiendo la esencia de nuestro patriotismo. La abalancha [sic] burocrática, con plus de residencia, ha hecho que en ambas provincias canarias aumente considerablemente la carestía de la vida y disminuya el tradicional patriotismo...⁶⁰.

No obstante, afirmaciones como la anterior no implicaban, ni por asomo, separatismo, sino más bien, malestar. En periodos pretéritos la población se consideraba española, solo que abandonada por el poder central, y en los años cuarenta se sentía agredida por unas políticas que empobrecían aún más a las islas y por la prepotencia de algunos elementos de origen peninsular. La conclusión fue que las jerarquías del partido, salvo excepciones, acabaron asimilando y apoyando buena parte de las demandas tradicionales de la burguesía canaria.

⁶⁰ Carta, sin firma, enviada al capitán general desde Las Palmas de Gran Canaria, 24 de enero de 1950. Argumentos similares se encuentran, por ejemplo en un escrito de la firma Jiménez y Cía enviada a García-Escámez en esas fechas. Archivo Histórico de la Transición en Canarias (AHTDC). Fondo Francisco Fajardo (Universidad de La Laguna). Dirección General de Seguridad (DGS). Caja 3, legajo 4.

«DESEMPOLVANDO LAS CAMISAS»: REVITALIZACIÓN FALANGISTA Y COMBATE POR ESPAÑA EN EL MARCO LOCAL

Claudio Hernández Burgos¹
Universidad de Granada

A lo largo de toda su existencia, la dictadura franquista constituyó un campo de batalla en el que pugnaron por imponerse dos «culturas políticas» o proyectos de nación que se mostraban tan coincidentes en algunos postulados, como divergentes en otros muchos. De una parte, se encontraba el proyecto del catolicismo tradicional que hundía sus raíces en el conservadurismo que había recorrido primero las páginas de las obras de Marcelino Menéndez Pelayo y más tarde las de *Acción Española*. De la otra, el proyecto encarnado por Falange, que se cimentaba sobre el pensamiento «regeneracionista» de los hombres del 98 y defendía la necesidad de someter a la nación española a una profunda labor palingenésica². Estas dos concepciones enfrentadas de la nación habían confluído en 1936 para aniquilar completamente a todos aquellos otros proyectos de nación española que, agrupados bajo la denominación de «anti-España», eran considerados ajenos a la naturaleza de la Patria. Y serán precisamente estas dos grandes culturas políticas victoriosas las que lucharán de manera continuada, aunque con diferentes grados de intensidad, por dotar de contenido al régimen emanado de las trincheras de la Guerra Civil.

En esta comunicación se atiende a uno de los episodios que jalonaron esa constante guerra mantenida entre ambos proyectos nacionalistas a lo largo de toda la dictadura. Concretamente, me centro en uno de los momentos que considero que fue de mayor importancia para la definición de lo que iba a ser España: el periodo 1948-1953. Durante estos años, Falange retornó al primer plano de la escena política cuando muchos ya no esperaban su vuelta. Esto hizo que los llamados «católicos» –que habían dominado la situación al menos desde 1942-1943– vieran en peligro su posición hegemónica. De esta manera se generó una lucha en la que cada artículo, discurso o gesto trató de hacer virar la nave del régimen en una u otra dirección. Una pugna que

¹ Becario FPU adscrito al Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada.

² SAZ CAMPOS, Ismael: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, pp. 156-158.

pareció silenciarse a la altura de 1953, aunque sólo por unos años, y que tuvo sus vencedores, sus vencidos y sus consecuencias políticas.

Sin embargo, mi propósito es el de enmarcar estas luchas ideológicas en el ámbito de «lo provincial» y de «lo local», es decir, allí donde el régimen franquista se hacía presente y se relacionaba con los ciudadanos corrientes mediante el contacto diario en su vida cotidiana. Para ello, quizás resulte pertinente preguntarse si estos conflictos mantenidos en las altas esferas de la política nacional y por los más destacados pensadores que escribían en las revistas y periódicos del Estado, tuvieron una incidencia real en aquellas provincias que parecían estar al margen de cuanto sucedía en las capitales culturales del país. Al fin y al cabo, «lo nacional» cobra vida en la esfera de «lo local», que es donde los ciudadanos establecen un contacto cotidiano con la identidad nacional, contribuyendo a moldearla a lo largo de un proceso de elaboración de memorias y negociaciones permanentes³. Volver la mirada a las instituciones provinciales y locales del franquismo, y entenderlas como filtro de cuantos debates ideológicos y pugnas políticas por la hegemonía de España se entablaron en los más altos escalones de la política española, resulta completamente necesario para comprobar el papel desempeñado por alcaldes, jefes provinciales del Movimiento, delegados provinciales, revistas e instituciones de carácter cultural o grupos alineados con cualquiera de estas «culturas políticas» que luchaban en la escena nacional.

En este caso, pretendo comprobar el impacto y las consecuencias que la «revitalización» de Falange y el establecimiento del importante debate cultural y político señalado, tuvo en una ciudad como Granada. Creo que el análisis del desarrollo de esta «lucha por España» en la capital granadina, puede resultar útil para desentrañar quiénes fueron los protagonistas del mismo a nivel provincial, cómo fue vivido e interpretado por los españoles corrientes y que consecuencias tuvo en las dinámicas de poder local. Sólo de este modo, parece posible acercarse a la verdadera repercusión que tuvieron sobre el conjunto de la sociedad los discursos de la nación española ofrecidos por las dos «culturas políticas» dominantes.

³ Al respecto véase CONFINO, Alain y SKARIA, Ajay: «The Local Life of Nationhood», *National identities*, 4 (1), pp. 8-10; CONFINO, Alain: «Lo local, una esencia de toda la nación», *Ayer*, 64, 2006, pp. 19-31; NEILL, Deborah y TODD, Lisa M.: «Local History as Total History», *German History*, 20 (3), pp. 372-378.

La vuelta del ostracismo: la revitalización falangista en Granada

Desde el estallido de la Guerra Civil, Falange trató de hacerse con una posición preferente entre todas las fuerzas que sustentaban al régimen franquista. Pero todos los avances hacia la «fascistización» del Estado –simbolizados en algunas intentonas del partido por llegar al poder– se habían visto abocados al fracaso, desencadenando importantes consecuencias políticas⁴. Aunque Falange había perdido antes todas sus posibilidades de crear una España fascista, las derrotas de las potencias del Eje frente a los ejércitos aliados, terminaron por apagar las últimas ascuas de la Falange fascista. El partido estaba inexorablemente obligado a vivir momentos difíciles. Y así, mientras unos falangistas se empeñaban en mostrar que el partido ya no era partido y que el totalitarismo que se le suponía a Falange no era tal⁵, otros, como el propio Serrano Suñer⁶, le pedían a Franco que se deshiciera para siempre de Falange e iniciara la «desfascistización» pertinente, como única vía para salvar al régimen.

En efecto, el «Caudillo» inició la operación cosmética necesaria para mostrar a España como una nación católica y tradicional, alejada de cualquier veleidad totalitaria y fascista. Los falangistas vieron como el régimen se deshacía de elementos tan importantes para ellos como el saludo a la romana o la Secretaría General del Movimiento y temieron por su supervivencia. A nivel provincial, los centros de extracción de las elites locales parecían sufrir un cambio que perjudicaba al partido en beneficio de otros grupos⁷. Patricio González Canales, por entonces al frente de la Jefatura Provincial de Falange en Murcia, expresaba cómo entre los afiliados de aquella provincia existía «el temor de que el fin de la guerra de Europa traiga consigo una serie de presiones que obliguen si no a la disolución de Falange sí a su apartamiento de todas las tareas de Estado»⁸. Pero los planes de Franco no pasaban en absoluto por desprenderse del partido, sino por su postergación hasta que la

⁴ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 357-359; SAZ CAMPOS, Ismael: «El primer franquismo», en ÍD.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004, pp.

⁵ ARRESE MAGRA, José Luis de: *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular. 1945.

⁶ SERRANO SUÑER, Ramón: *Entre Hendaya y Gibraltar*, Barcelona, Nauta, 1973.

⁷ MARÍN I CORBERA, Martí: *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política y administració municipal, 1938-1979*, Barcelona, Pagés Editors, 2000, pp. 200-202.

⁸ AGA, Cultura, Delegación Nacional de Prensa, Propaganda y Radio (DNPPR), Caja 21/2356, “Escrito de Patricio González Canales al Vicesecretario de Educación Popular”, 21 de mayo de 1945.

presión internacional e interior disminuyeran. Aunque Falange pudiera sentirse marginada y algunos de sus miembros se alejaron del partido, la mayoría se acomodó a la nueva situación, cerró filas en torno a Franco y buscó en la lealtad al dictador la única garantía de su supervivencia⁹. Por su parte, el Jefe de Estado sabía que, aun constreñida al silencio durante un tiempo, Falange era necesaria para canalizar el apoyo político al régimen, generar opinión entre la población española, proporcionar cuadros políticos fieles al Caudillo y actuar como fuente de información para el Estado y elemento represor de la oposición¹⁰.

De manera que, a la altura de 1948, cuando el «cerco internacional» se había suavizado, Falange emergió rediviva y recuperó su apariencia más beligerante, demostrando que la desfascistización de España había sido más de forma que de fondo. Aunque había perdido terreno durante los años de ostracismo falangista, el partido había conservado importantes esferas de poder como las organizaciones de encuadramiento de masas (Sección Femenina, Frente de Juventudes, Sindicato Español Universitario o la propia Organización Sindical), y el control sobre buena parte de los Gobiernos Civiles, Diputaciones y Ayuntamientos¹¹, haciendo que, a escala local, su presencia no se viera excesivamente disminuida a ojos de la población. Además, aunque el partido había disminuido su número de militantes en el tramo final de la II Guerra Mundial, desde 1947 inició una paulatina recuperación¹². En 1948, pasada la época de obligado silencio, Falange recuperaba la Secretaría General del Movimiento, que había perdido en 1945. Con Raimundo Fernández-Cuesta al frente, el partido reclamaba su puesto en el Estado y emprendía la «refalangistización» de España.

En primer lugar, Falange trató de ajustar las cuentas pendientes con todos aquellos que habían dado por segura su eliminación y, especialmente, con quienes, al

⁹ El sentimiento de marginación en GIRÓN DE VELASCO, José Antonio: *Si la memoria no me falla*, Barcelona, Planeta, 1996, p. 134; La actuación de la Falange tras la derrota de Alemania en RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: «El aparato falangista a la caída de los fascismos. FET-JONS en 1945», *Spagna Contemporanea*, 4, 1993, pp. 127-130.

¹⁰ RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: «El aparato falangista...», *op. cit.*, pp. 132-133; PAYNE, Stanley G.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997, p. 611.

¹¹ MARÍN I CORBERA, Martí: *Els ajuntaments...*, *op. cit.*, pp. 202-204; RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: «La vieja savia del régimen. Cultura y práctica política de Falange», en MATEOS, Abdón (ed.): *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, p. 282.

¹² Si a la altura de 1945 FET de las JONS contaba con 908.000 afiliados, en 1948 ya tenía 941.000 y, en vísperas del Congreso Nacional de Falange en 1953, contaba ya con 952.000 militantes: BARDAVÍO, Joaquín: *La estructura del poder en España*, Madrid, 1969.

ver el declive de las potencias fascistas frente al empuje de los aliados, se habían apresurado a quitarse la camisa azul y la habían guardado convenientemente en el armario. Así Fernández-Cuesta criticaba a los arribistas que «habían hecho ostentación hasta el ridículo de su fervor por la Falange y por sus signos exteriores» y reafirmaba la presencia del partido frente a aquellos que apostaron por su disolución: «hoy muchos empiezan a estar de vuelta y a arrepentirse de sus deserciones precipitadas, y hoy muchos ven que pese a sus pronósticos y a sus deseos, la Falange sigue firme sobre sus cimientos¹³. Por su parte, la Falange granadina admitía una parte de culpabilidad en el silencio guardado durante los años anteriores: «No vamos a negar que se nos han colado como una epidemia muchos indeseables, muchos tibios con bastante de traidores, muchos satélites de la componenda y, en suma, muchos practicantes del fraude». Equiparando la voluntad de Franco a la de Falange advertía a todos aquellos que creían «que todo el monte es orégano y se permiten el lujo de darnos por muertos y hasta en trance de funerales», de que «quien no está con nosotros, sean los que fueren sus convencimientos de toda laya, está frente a la comunidad nacional instituida a consta de raudales de sangre»¹⁴. De esta forma, los falangistas hacían de su fidelidad al Caudillo, tanto en la pasada «Cruzada» como en los años de «silencio abnegado y trabajo ininterrumpido», su máxima credencial en la vuelta al primer plano político. Cualquier ataque a la Falange se convertía en una ofensa al 18 de julio, a los caídos o al propio Franco porque, según el propio Secretario General del Movimiento, «Falange con su Jefe Nacional y su Jefe Nacional con la Falange forman un todo en el cual no caben fisuras ni hay posibilidades de divergencias»¹⁵.

Bajo estas premisas se iba a iniciar la *refalangistización* en todos los rincones del país. Parecía necesario conocer de primera mano la situación del partido en las provincias españolas. En febrero de 1949, Tomás Romojaro, Delegado Nacional de Provincias, elaboraba un informe sobre la situación de Falange en el conjunto de la nación. En él constaba la «atonía y malestar interno existente en la Organización» y una «falta de consignas por parte de la Superioridad». Pero también reflejaba algunos

¹³ FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo: «Discurso pronunciado al cumplirse el XV Aniversario de la fundación de FE de las JONS de Castilla», en ÍD.: *La Falange ante el momento político actual*, Murcia, Jefatura Provincial del Movimiento, 1949, pp. 14-17.

¹⁴ *Patria*, 14 de abril y 21 de octubre de 1948.

¹⁵ Las citas en FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo: *La Falange ante... op. cit.*, p.7; y del mismo autor *Intemperie, victoria y servicio*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1951, pp. 368-369.

síntomas esperanzadores cuando sostenía que el espíritu latente en Falange «si hasta hace poco era de atonía, hoy es de ansiedad» y que en algunas zonas determinados Jefes Provinciales habían «sabido mantener el fuego sagrado aun en tiempos difíciles»¹⁶. Por tanto, en primer lugar, se hacía imprescindible dar las nuevas consignas para que Falange se impusiera al resto de las fuerzas políticas y recuperara el brío de los primeros cuarenta.

Falange contaba ahora con el viento a favor para realizar tales propósitos. Eliminado el hostigamiento de las «democracias occidentales» y desarticulada en su mayor parte la guerrilla antifranquista, Franco gozaba de una posición más indiscutida que nunca y, en consecuencia, Falange se sentía con libertad para iniciar una política de aperturismo que permitiera la ampliación de las bases sociales del Movimiento y la captación de las primeras generaciones formadas íntegramente bajo el régimen¹⁷. Y encontró una primera oportunidad en el II Consejo Provincial de Jefes Provinciales celebrado a mediados de 1949. De una parte, durante las sesiones celebradas se trató de hacer ver que España estaba llevando a cabo una paulatina «democratización», relajando la censura sobre la prensa y «abriendo las puertas» del Movimiento. De otra, los falangistas intentaron localizar los problemas fundamentales que afectaban al partido e intentaron aumentar su presencia en la vida de las ciudades y pueblos de España. A este fin respondían medidas tales como la creación de un Seminario Central de Política, con sus respectivas ramificaciones provinciales, para la elaboración de los fundamentos doctrinales que ampliasen «la zona de convencidos en las provincias». Y también las propuestas de algunos que abogaban por «desembarazarnos de los que nos estorban» y «encauzar la fe de los que nos interesan» para insuflar vitalidad a la Organización¹⁸. Sin embargo, tales iniciativas de integrar a miembros ajenos a Falange y de rejuvenecer los cargos políticos en las provincias, encontraron lógicas resistencias entre algunos falangistas «de la primera hora». Por tanto, no resulta extraño que la

¹⁶ AGA, Presidencia, SGM, DNP, Caja 51/20779, «Informe general sobre la situación de la Falange en las provincias», febrero de 1949.

¹⁷ SAZ CAMPOS, Ismael: «Paradojas de la historia, paradojas de la historiografía. Las peripecias del fascismo español», *Hispania*, 207, 2001 p. 173.

¹⁸ La propuesta del Seminario en: AGA, Presidencia, DNP, Caja 51/20722, «Tema de la Ponencia 5ª», 6 de julio de 1949; REGUERA SEVILLA, Joaquín. *Formación política de la Falange y labor proselitista*, Madrid, Artes Gráficas de los Hermanos Bedia, 1949. La depuración y revitalización de Falange en AGA, Presidencia, SGM, DNP, Caja 51/20716, «Anteproyecto de conclusiones de la Ponencia 1ª», 17 de mayo de 1949.

pretensión del Jefe Provincial de Granada, Servando Fernández-Victorio, de rebajar la entrada en la Guardia de Franco de 21 a 18 años, chocara con los intereses de los «camisas viejas» y excombatientes de la Guerra Civil y de la División Azul que veían como hombres que «no habían hecho la guerra», podían hacerles sombra y rivalizar con ellos por los puestos de mando¹⁹.

A lo largo de las sesiones de este Congreso, el Jefe Provincial de Falange y Gobernador Civil de Granada se mostró como uno de los participantes más activos. De vuelta en la capital granadina, Fernández-Victorio iba a poner todo su empeño en infundir nuevas energías a la Falange provincial. Y no era Granada uno de esos casos en donde al frente del partido se había situado algún «advenedizo» al que no le despertara excesivas simpatías la política falangista, sino que, por el contrario, la Jefatura había estado ocupada por José María Fontana Tarrats, un falangista procedente de las JONS de carácter verdaderamente combativo.²⁰ Pero ni las circunstancias internas ni las externas con las que contó Fontana, fueron tan propicias como las de su sucesor a la altura de 1949. Aunque la represión y la miseria de los años de la posguerra habían elevado el desprestigio de Falange hasta sus más altos niveles y la opinión popular sobre esta distaba mucho de ser favorable, los falangistas granadinos eran conscientes de que tenían delante su última oportunidad de ganarse a las masas y desplazar a sus enemigos:

[...] podemos afirmar que la pesadilla inminente de la restauración monárquica que tanto había profundizado en este reducido número de camaradas faltos de fe arraigada, ha desaparecido y producido en ellos gran satisfacción, abrigando muchos la esperanza de que aún –dicen– puede recuperarse el decaído espíritu de la Falange, creyendo llegado el momento de una renovación de cargos públicos (Ministerios, Servicios Centrales y Provinciales, entienden) y de la supresión de determinados organismos, haciendo una política de realidades y no de palabras, en las que no creen ya²¹.

¹⁹ AGA, Presidencia, SGM, DNP, Caja 51/20716, «Modificaciones del Jefe Provincial de Granada a la 1ª ponencia del II Consejo de Jefes Provinciales», 16 de mayo de 1949. Un choque que también quedó evidenciado en enfrentamientos mantenidos entre miembros de la Guardia de Franco y del Frente de Juventudes: CAÑABATE VECINA, José Antonio: «Juventud y franquismo en España: El Frente de Juventudes (1940-1960)», en MIR CURCÓ, Conxita (ed.): *Jóvenes y dictaduras de entreguerras*, Milenio, 2007, pp. 168-169.

²⁰ Para conocer su figura véase THOMAS, Joan María: *José M. Fontana Tarrats: biografía política d'un franquista català*, Reus, 1997.

²¹ AGA, Presidencia, SGM, DNP, Caja 51/20753, «Parte mensual de actividades de la provincia de Granada», marzo de 1949.

Era necesario que los falangistas granadinos dieran un golpe de efecto y advirtieran a quienes les habían enterrado que habían cometido un tremendo error. Para ello nada mejor que mostrar a los ojos de la población la revitalización del partido, mediante una puesta en escena digna de la Falange más fascista. Camisas azules, brazos en alto, apelación a los muertos y todos los elementos de la estética falangista volvían a hacer acto de presencia por las calles de la ciudad en la conmemoración del 18 de julio de 1949²². La Falange granadina se felicitaba por los actos celebrados que consideraba un «éxito político» y mostraba un discurso más combativo que nunca. Frente a los «tibios, pesimistas y traidores», los «enemigos de dentro y de fuera» y «los espíritus egoístas, los mezquinos y los torpes»²³, la Falange granadina había querido mostrar en la festividad que tenía tan claros sus objetivos como sus adversarios. Y estos últimos eran encarnados en Granada, por el alcalde de la ciudad: Antonio Gallego Burín. Conscientes de su posición de mayor debilidad ante los nuevos tiempos que corrían, los falangistas capitalinos afilaban nuevamente sus espadas contra el Alcalde²⁴. Así, Fernando Estella, Subjefe provincial del Movimiento, informaba al Delegado Nacional de Provincias que, en la conmemoración del 18 de julio a la que se le había dado un «claro tono falangista», la actitud del Alcalde había sido la nota discordante, generando «gran número de comentarios desfavorables». Concretamente, le acusaba de que, durante interpretación del «Cara al Sol», había permanecido «de brazos cruzados y, sin duda alguna, muerto de risa por dentro».²⁵ El informe realizado por Estella demostraba hasta qué punto el partido había ligado su supervivencia a la del régimen, de manera que cualquier concepción de la nación diferente a la falangista, por muy franquista que esta fuera, era considerada como un acto de deslealtad a los «caídos» y al Jefe de Estado.

Al inicio de la década de los cincuenta, Falange vivía un momento dulce. El partido había logrado obtener la protección de Franco y aprovechaba cualquier

²² Véanse *Ideal* y *Patria*, 19 de julio de 1949. Este último, diario falangista de la provincia, no dudaba en afirmar que la celebración había contado con «un esplendor sin precedentes».

²³ *Patria*, 21 de julio de 1949.

²⁴ Antonio Gallego ya había tenido problemas con algunos de los gobernadores anteriores, especialmente a raíz de suscribir un manifiesto a favor de la restauración monárquica en 1943. Para estas cuestiones véase: HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio: «La construcción ideológica de un franquista: Antonio Gallego Burín», *Actas del X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Santander, Universidad, 2011 (en prensa).

²⁵ AGA, Presidencia, SGM, Secretaría Política, Caja 51/18994, «Informe sobre los actos celebrados con motivo del aniversario del Alzamiento Nacional», 5 de agosto de 1949.

ocasión para darle muestras de su fidelidad. Durante el curso 1949-1950 algunos miembros del SEU granadino habían proferido gritos de «Franco sí, rector no», con ocasión de unas protestas académicas en la Facultad de Medicina²⁶. Los ataques al Rector de la Universidad de Granada, Antonio Marín Ocete, respondían, como en el caso de Gallego Burín, al intento de deshacerse de una personalidad contraria a los ideales falangistas –aunque no a los franquistas– y reafirmar la identificación entre partido y régimen. Mientras tanto, Franco también estaba contribuyendo con sus declaraciones y gestos a cultivar el entusiasmo de Falange e, incluso, daba la sensación de que el partido estaba empezando a ganar prestigio. Al menos, así parece deducirse del informe de ambiente político que el Delegado Provincial de Prensa y Propaganda, José León Arcas, elaboraba en 1950 y en el que aseguraba que entre los granadinos:

Ha sorprendido, en general, el hecho de que S. E. el Jefe de Estado, Franco, haya asistido a los tradicionales funerales por José Antonio, vistiendo el uniforme de la Falange. Esta circunstancia ha sido elogiosamente comentada. Incluso por quienes, genéricamente, cabe calificar de no afectos a FET se ha estimado que es una clara muestra de la independencia del Generalísimo, frente a posibles presiones internacionales²⁷.

Sin duda, debemos tomar con cautela las informaciones proporcionadas por un falangista exultante en estos momentos de «primavera azul» y entender que bien podía percibir que la organización gozaba de una mayor consideración de la que en realidad tenía. Pero no resulta descabellado plantearse que algunos sectores de la población se sintieran en cierta medida molestos por el hecho de que las potencias extranjeras se inmiscuyeran en lo que consideraban asuntos que sólo a los españoles correspondía decidir. Y tampoco parece extraño que aplaudieran el gesto del Caudillo de vestir la camisa azul, como muestra de que España no se dejaba sobornar por presiones externas. Al fin y al cabo, la Falange era una de las caras del franquismo y atacarla suponía atentar también contra el propio régimen.

A inicios de la nueva década, Falange había conseguido recuperar el terreno perdido respecto a las otras fuerzas políticas que apoyaban al régimen. Pero eran conscientes de que los sonoros desfiles y la encendida retórica utilizada a inicios de los

²⁶ Citado en CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 174-175.

²⁷ AGA, Cultura, DNPPR, Caja 21/2367, «Parte mensual sobre actividades provinciales», 5 de diciembre de 1950.

cuarenta y recuperada ahora, no eran suficientes para alcanzar el objetivo de ganarse a las masas. Era necesario emprender una política de realidades, especialmente en uno de los campos en que la propaganda falangista había hecho mayor hincapié: el de la *justicia social*. Las construcciones de viviendas para familias obreras o campesinas, la inauguración de infraestructuras para el riego de los campos y, en general, la atención a las necesidades de las zonas rurales, fueron las vías utilizadas para transmitir que FET de las JONS se preocupaba por el bienestar de la población²⁸. Además, entrar en el terreno de la caridad y las medidas sociales para los más humildes, era una manera más de competir con la Iglesia. En diciembre de 1949, la Jefatura Provincial de Falange en Granada, informaba de que tanto en la capital como en los pueblos de la provincia se estaban llevando a cabo actos de corte falangista, «apreciándose notablemente el ambiente de alegría que reina entre esta pobre gente en estas Pascuas»²⁹. En realidad, más que llevar a cabo mayor número de actos de «justicia social», lo que parecía preocuparle a Falange era que tales acciones fueran más visibles a los ojos de una ciudadanía que, aun habiendo visto mitigadas sus penurias, todavía convivía con el hambre y la miseria. Al respecto, el diario falangista granadino *Patria* exponía que «no era bastante con la labor callada y fecunda» desarrollada por los mandos provinciales, sino que había que «pulsar la pervivencia de nuestros entusiasmos», haciendo pública demostración de la labor social del Movimiento, como había ocurrido días atrás en un multitudinario acto sindical dirigido por el Jefe Provincial³⁰.

Finalmente, para recuperar el prestigio perdido, los falangistas sabían que era necesario desprenderse de la negativa imagen que había cosechado entre la población durante la Guerra Civil y la posguerra. En este sentido se puede entender el papel clave que sus miembros iban a desempeñar en la «democracia orgánica» del franquismo³¹. Por supuesto, las ficticias elecciones que el Estado convocaba servían para ir consolidando un régimen más corporativo que respondiera mejor a los intereses de los grupos dominantes y constituían una oportunidad política para Falange de volver a

²⁸ GARCÍA RAMOS, Domingo: «El canto del cisne. La Falange palentina en los cincuenta», *Actas del VII Encuentro de Investigadores del franquismo*. Santiago de Compostela, USC, 2011.

²⁹ AGA, Presidencia, SGM, DNP; Caja 21/20754, «Parte mensual de actividades de la provincia de Granada», diciembre de 1949.

³⁰ Las afirmaciones y la crónica del acto en *Patria*, 21 de marzo de 1951.

³¹ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *Historia de Falange...*, op. cit., p. 480.

llenar de camisas azules los Ayuntamientos y Diputaciones³². Pero también le eran útiles para denostar la, a su juicio, falsa democracia republicana y demostrar que el régimen se abría a los españoles. El propio Raimundo Fernández-Cuesta había expresado con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del nacimiento de Francisco Suárez la necesidad de «volver al filósofo granadino» para elaborar una «democracia falangista, bien entendida»³³. La apelación a la democracia se convertía en el instrumento idóneo para emprender, una política «integradora» que chocaba con la concepción de España de otros grupos del régimen y que, en estos años, iba a desencadenar el enfrentamiento de mayor envergadura entre los dos proyectos de nación de los que bebía el Estado franquista.

Falangistas contra católicos ortodoxos: la batalla por España al inicio de los cincuenta

No le faltó razón al que fuera durante largo tiempo Ministro de Trabajo de Franco, José Antonio Girón de Velasco, cuando afirmaba que «durante la década de los cincuenta iba a decidirse el futuro de España».³⁴ Porque ciertamente fue a lo largo de esta década cuando se libró la mayor batalla cultural de toda la dictadura³⁵. Una batalla que, sin embargo, iba a convertirse en mucho más que una cuestión de cultura. Porque lo que realmente estaba en juego era la cantidad de falangismo y de catolicismo con los que contaría el régimen de Franco. Mientras, de un lado, estaban los defensores de un nacionalismo español de corte católico y tradicional, del otro, se encontraban quienes apostaban por la concepción falangista de nación y el desarrollo de la revolución. Era evidente que se enfrentaban dos ideas de España y proyectos nacionalistas con postulados considerablemente diversos, pero también lo era que contaban con coincidencias no menos importantes. Puesto que, ante todo, eran dos concepciones esencialmente antiliberales y antidemocráticas³⁶. No resulta por tanto

³² MORENO FONSERET, Roque: «Las consultas populares franquistas: la *ficción* plebiscitaria», en ÍD. y SEVILLANO CALERO, Francisco (eds.): *El franquismo: visiones y balances*, Murcia, Universidad de Alicante, 1999, pp. 52 y ss; MARÍN I CORBERA, Martí: *Els ajuntaments*, op. cit., pp. 206-208.

³³ *Patria*, 21 de octubre de 1949.

³⁴ GIRÓN DE VELASCO, José Antonio: *Si la memoria...*, op. cit. p. 148.

³⁵ SAZ CAMPOS, Ismael: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68, 2007, pp. 145-146.

³⁶ FERRARY, Álvaro: «Las ensoñaciones de un discurso nacionalista: la *intelligentsia* franquista a examen», *Studia Histórica Contemporánea*, 12, 1994, pp. 157-172; SAZ CAMPOS, Ismael: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 373.

sorprendente que Manuel Fraga no percibiera la existencia de algún enfrentamiento entre los «católicos» y los falangistas durante aquellos años³⁷.

¿Cuáles eran, en esencia, los puntos de fricción de ambas concepciones de España? En líneas generales, el proyecto de nación de los católicos-traditionalistas era el mismo que había defendido *Acción Española* en los años treinta y que estaba sustentado en las enseñanzas del polígrafo Menéndez Pelayo. Por tanto, era un proyecto tradicional, monárquico y descentralizador que veía en la religión católica el más firme e insustituible cimiento sobre el que debía asentarse la España de Franco. Representados a nivel nacional por Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid, sus defensores entendían que todos los problemas de España habían quedado solventados con la Guerra Civil. De esta manera, cualquier intento de integración de los vencidos, por tímido que fuese, era concebido como una peligrosa desviación que haría infértiles todos los esfuerzos de la Cruzada³⁸.

Frente a él, se alzaba el proyecto falangista de nación que buscaba su espejo en los hombres del 98 y bebía de las teorías del regeneracionismo español. Propugnaban por tanto un modelo de nación «más dinámico» que permitiera llevar a cabo –al menos en parte– la «revolución pendiente» prometida por Falange. Liderados por intelectuales como Pedro Laín, Antonio Tovar o Dionisio Ridruejo, sus integrantes apostaban por realizar una política nacional más «integradora» y «abierta». Al contrario que sus adversarios, entendían que el problema del ser de España no había quedado resuelto con la derrota de los «enemigos de la Patria» en la Guerra del 36. Reclamaban la incorporación a España de algunos elementos que hasta ese momento pertenecían a la categoría de «vencidos». En absoluto, renunciaban al legado del 18 de julio, a las doctrinas menendezpelayistas o a la religión católica que consideraban esenciales, pero pensaban que era posible recuperar «lo bueno» que había entre algunos de los pertenecientes a la otra España, como ocurría, a nivel cultural, con las figuras de Unamuno, Ortega y Gasset o Antonio Machado³⁹.

³⁷ MILLÁN MESTRE, Manuel. *Fraga Iribarne. Retrato en tres tiempos*. Barcelona, Diosa, 1975, p. 64.

³⁸ Para el proyecto católico-traditionalista de nación véanse especialmente FERRARY, Álvaro. *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956*. Pamplona, EUNSA, 1993, pp. 298-299 y 308 y ss.; PRADES PLAZA, Sara. “Escribir la historia para definir la nación: la historia de España en *Arbor*, 1944-1956, *Ayer*, 66, 2007, pp.177-200; y de la misma autora “España sin problema. El discurso nacionalista de la generación de 1948”, *Actas del IX Congreso de la AHC*, Murcia, 2008.

³⁹ Para el proyecto falangista resultan fundamentales SAZ CAMPOS, Ismael: *España contra España...*, *op. cit.*, pp. 380-383; JULIÁ, Santos: *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, capítulo 9; y FERRARY, Álvaro: *El franquismo...*, *op. cit.*, pp. 297 y ss.

Probablemente, en su mayor parte, estas discusiones por el ser de España no llegaron a la gran masa de la ciudadanía española, profundamente desinformada y preocupada por otras cuestiones de bastante mayor interés para su día a día. Los artículos en revistas intelectuales o universitarias, los editoriales de periódicos nacionales y los discursos en ambientes elitistas, resultaron seguramente inaccesibles para la mayor parte de la población, la cual difícilmente podía descifrar los dardos envenenados y ataques soterrados que se lanzaban unos a otros. A pesar de ello, creo que tales discusiones traspasaron esos reducidos espacios de disputa y consiguieron llegar a las provincias españolas a través de periódicos y revistas con los que algunos sectores sociales tuvieron un contacto cotidiano y, como resultado, conocer y valorar las propuestas de ambos proyectos nacionales de una manera mucho más directa⁴⁰.

En Granada, los postulados de los defensores del proyecto de catolicismo más ortodoxo encontraron su mayor vía de expresión a través del periódico con mayores lectores entre los ciudadanos, el diario de la editorial católica, *Ideal*. Frente a él, se situaba la concepción falangista de España, representada en la provincia por el diario *Patria* y con elementos mucho más activos en la tarea de transmitir a la sociedad las líneas maestras de su proyecto de nación. Pero, al margen de los dos diarios existentes en la provincia, en los ambientes universitarios aparecieron revistas que, aunque de efímera vida, recogieron estos debates y sirvieron para interesar a un número nada despreciable de estudiantes por las polémicas en torno al «problema de España». Fueron dos publicaciones, *Diálogo* y *Clave*, los espacios a través de los cuales aquellos universitarios más activos pudieron ofrecer al conjunto del estudiantado su opinión sobre el proyecto de nación que deseaban para España.

Acompañando a las crónicas de todo acto religioso que se celebraba en la provincia, fue frecuente la aparición en el *Ideal* de estos años de referencias a las obras de Calvo Serer o de decididas defensas de la Monarquía tradicional. Desde sus páginas, por ejemplo, se agradecía a figuras como Menéndez Pelayo, Balmes, Donoso Cortés o Aparisi, que a lo largo del siglo XIX hubieran despertado a España del «cansancio nacional». Al mismo tiempo elogiaban al Jefe de Estado por haber sabido recoger los

⁴⁰ Es en el ámbito de lo local donde los individuos transforman la nación en una experiencia cotidiana. CONFINO, Alon: *The nation as a local metaphor*, Chapter Hill, University of North Carolina Press, 1997, p. XII.

valores de la Monarquía y «preservar las esencias patrias» frente a los intentos por «resquebrajar la unidad nacional».⁴¹ Mayor convicción mostraban en sus escritos los jóvenes católicos que se daban cita en las páginas de *Diálogo*. Uno de ellos, Juan Alcalde, arremetía contra los hombres del 98 por haber ido contra la tradición española y añadía: «construyeron porvenir, pero nos quitaron el pasado. La Tradición debe ser el cimiento sobre el que construyamos los nuevos edificios de las ideas y de las doctrinas; pero ellos no lo vieron así». Para él, la juventud del momento debía proponerse ante todo «un retorno al orden antiguo y tradicional [...] para, seguidamente, hacerse el suyo propio», tenía que ser, en definitiva, «un poco escolástica», «hacerse conservadora»⁴². Para estos granadinos «católicos» y «tradicionalistas» no había otra España que la católica y, así lo expresaba otro estudiante, César Pacheco en un artículo titulado «Maeztu y García Morente» en el que trataba el tema de la conversión al catolicismo de ambos. Para estos estudiantes, Machado, Unamuno o Valle Inclán eran demasiado «poetas de su tiempo», de manera que su desazón había quedado en «deshuesada inquietud, protesta amarga, nostalgia, clausura de toda posible regeneración». Frente a ello –sostenía– Ramiro de Maeztu y García Morente representaban «el retorno a la más fecunda y dinámica tradición española» y, en consecuencia, su conversión suponía «el encuentro con la única España posible»⁴³.

Los falangistas granadinos, como digo, fueron mucho más activos en la defensa de su concepción de nación. En abril de 1950, Rafael Calvo Serer pronunciaba una conferencia en la Universidad de Granada bajo el título de «España, tierra de los antepasados». Las dos ideas principales expuesta por el conferenciante –que el problema de España podía considerarse resuelto y que era necesario adherirse a la esencia hispánica del pasado– fueron inmediatamente contestadas por el camisa vieja granadino, Manuel Jiménez de Parga. Este último consideraba que aún había «problemas que resolver» y, por ello, frente al «patriotismo estático» de Calvo Serer,

⁴¹ *Ideal*, 1 de febrero de 1953.

⁴² *Diálogo: revista para los universitarios*, 2, mayo de 1953.

⁴³ El artículo en *Diálogo*, 2, mayo de 1953; Algo similar lo hicieron a nivel nacional Pérez Embid y sus colaboradores en un homenaje a Manuel García Morente: FERRARY, Álvaro: *El franquismo...*, op. cit., p. 349. Uno de ellos, Federico Sopeña había dado en Granada una conferencia sobre el tema, *Ideal*, 21 de febrero de 1953.

promovía «el patriotismo anárquico de José Antonio».⁴⁴ Este concepto «dinámico» de nación estaba íntimamente ligado al que iba a ser el eje fundamental del aperturismo limitado propio del falangismo, que buscaba la asimilación del vencido una vez hubiera sido purificado. Al respecto, un editorial de *Patria* afirmaba:

No importa tanto acabar con los comunistas, como atraernos a los comunistas mediante una teoría y una práctica social, política y religiosamente superiores; ni puede interesar tanto derrotar por la violencia a los enemigos de la Civilización y de la cultura cristianas, como convencerles de la necesidad y de las virtudes de esa Civilización y esa cultura⁴⁵.

Recuperando el discurso de que Falange no era «ni de derechas ni de izquierdas», abogaban por no «mutilar la historia de España» como, a su juicio, proponían los integrantes de un «reaccionarismo torpe y suicida» que a fuerza de reivindicar la tradición, «negaban hasta la misma existencia de necesidades nuevas»⁴⁶. Sería en la revista universitaria *Clave*, donde aparecerían las muestras más evidentes de este falangismo «integrador». Hombres como Antonio Aróstegui, Víctor Andrés Catena o José Antonio Sainz Cantero formaron parte de ese intelectualismo falangista granadino que se abrió hueco a través de las páginas de *Clave*. Allí pudieron dejar plasmado de manera definitiva su proyecto de España, como de hecho lo hizo Rafael Acosta en el artículo titulado «Menéndez Pelayo y nuestro tiempo». En él aparecían condensadas las líneas maestras del nacionalismo falangista:

A la interpretación menendezpelayista de nuestra historia –de nuestra esencia que en la historia se hace– hay que reprocharle violentamente, a gritos, su inadecuación actual [...] no podemos aceptar una fórmula que hace tan distintos y distantes, tan incommunicables, presente y pretérito. [...] No nos quedan sino dos soluciones. O, de la mano de D. Marcelino, mejor, de los marcelinistas, negar lo español de ellos –herejes de la fe, herejes de España. O, de lo que yo creo más verdadero y agradecido, pues son ellos los que –queramos o no– han hecho nuestra conciencia española, abandonar aquella hipótesis, buscar lo español en aquellos que sentimos nuestros, desde la inquieta raíz, sin distingo de judíos o de gentil⁴⁷.

⁴⁴ *Patria*, 21 de abril de 1950.

⁴⁵ *Patria*, 28 de enero de 1951.

⁴⁶ *Patria*, 5 de junio y 21 de noviembre de 1952. Véase también SAZ, Ismael: «Falangistas y católicos reaccionarios: una batalla político-cultural decisiva», en MATEOS, Abdón: *La España..., op. cit.*, pp. 237-249

⁴⁷ *Clave*, 1, febrero de 1952.

En la línea de lo propuesto por Laín Entralgo, desde *Clave* se negaba que el catolicismo explicara todo y no se comprendía que «por razones religiosas» se le negara su españolismo a individuos «de cuya raigambre nacional sería criminal dudar». Siguiendo la clasificación realizada por Dionisio Ridruejo en su artículo «Excluyentes y Comprensivos», los «comprensivos» de *Clave* no dudaban en atacar a aquellos «trasnochadores sectores» de «reaccionarios ultra» que querían llevar a España «por el camino de la estrechez y de la exclusión», cuando les acusaban de recuperar el liberalismo de Jacques Maritain y, sin embargo, defendían los escritos de Maurras, «presentes en el *Índice* y condenados por Roma».⁴⁸ No es de extrañar que entre los «excluyentes», las afirmaciones hechas desde *Clave* no fueran bien recibidas. *Ideal* achacaba la aparición de la revista a «una reacción malhumorada» de la juventud del momento.

La «lucha por España» que se libraba en las páginas de *Arbor o Ateneo* por un lado, y *Revista o Alcalá* de otro, quedó reproducida en otras provincias españolas que, en principio, podría parecer que se encontraban al margen de estos elevados debates intelectuales. Pero que llegara a las provincias e, incluso, fuera conocido por un considerable número de personas que se movían en determinados ambientes, no significa que tales polémicas calaran en el conjunto de la población. Muy al contrario, todos los indicios parecen sugerir que la gran mayoría de la población vivió ajena a tales luchas, al estar más preocupada por los asuntos cotidianos y ver cómo, paulatinamente, el hambre de la posguerra empezaba a mitigarse en alguna medida. En las páginas de *Diálogo* y de *Clave*, junto a los artículos que habían conformado el debate sobre el «problema de España» en la ciudad de Granada, aparecían críticas al apoliticismo de la juventud, a la perspectiva materialista con la que los estudiantes afrontaban sus carreras universitarias o a la falta de iniciativas por parte de estos. Desde *Patria* se decía al respecto: «fue una lástima que la discrepancia justificada por Calvo y Laín no alcanzara el eco popular y político que merecía» y se lamentaba de que «por desgracia, nuestro pueblo se interesa más por las polémicas agrias, insidiosas y enrevesadas de mala pasión que por las especulaciones serenas»⁴⁹.

⁴⁸ *Ibidem*. Los elogios a la obra de Maurras y las críticas a Maritain, están presentes también en las páginas de *Diálogo*. Algo que también ocurría a nivel estatal en los escritos de Pérez Embid que veía en el pensador francés una «peligrosa desviación»: FERRARY, Álvaro: *El franquismo...*, op. cit., pp. 304-306.

⁴⁹ *Patria*, 16 de septiembre de 1951

A pesar de lo dicho, el enfrentamiento entre el catolicismo-tradicionalista y el falangismo sí pudo tener un eco entre un conjunto de intelectuales y jóvenes universitarios que tenían acceso a tales pugnas culturales. Las posibilidades ofrecidas por la prensa universitaria muchas veces amparada por el propio SEU, sirvieron para que muchos estudiantes entrasen en contacto con algunos de los planteamientos que, hasta aquellos años, habían formado parte de la anti-España. No debemos exagerar el alcance del aperturismo propuesto por estos falangistas, ya que ni estaba inspirado de una verdadera voluntad democratizadora, ni renunciaba a los postulados del 18 de julio⁵⁰. Pero, al reclamar «todo lo nuestro» estos falangistas, al menos, le devolvían la identidad española a parte de la «anti-España», socavando, aunque fuera mínimamente, la visión que había perdurado durante una década, es decir, que en la Guerra del 36 había quedado solventada la lucha entre las dos Españas⁵¹. De esta manera, al asumir parte del legado de los perdedores de la guerra, atentaban inconscientemente contra el fundamento principal de la «Cultura de la Victoria»: la división permanente entre vencedores y vencidos.

Conclusiones

La revitalización de Falange presentó un desafío a los católicos ortodoxos que creían gozar de una posición indiscutida tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. En cierta medida, el retorno de Falange pilló por sorpresa a todos los que consideraban que España no podía ser otra cosa que católica y tradicional y que, la Guerra Civil primero y la derrota de los fascismos después, les habían dado la razón. Sin embargo, a la altura de 1948 se encontraron con una Falange recompuesta y decidida a intentar, una vez más, el acceso a mayores cotas de poder. La protección brindada por Franco y la relajación de la coyuntura internacional consolidó el partido y confirmó que Falange no era algo efímero, sino una pieza fundamental para el régimen. En consecuencia, el proyecto nacionalista de Falange entró en directa confrontación con la concepción «católica» de España. Al ofrecer ciertos visos aperturistas, recuperar autores proscritos y proponer una «integración negativa» de los vencidos basada en su aceptación de la

⁵⁰ Como dice Javier Tusell esta política «aperturista» fue en muchas ocasiones más de gestos que de realidades: TUSELL, Javier: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 324-325.

⁵¹ JULIÁ, Santos: *Historia de las dos...*, op. cit., pp. 363-365.

Victoria, los falangistas pudieron lograr el apoyo de ciertos sectores sociales que abogaban por esta «pseudo-reconciliación». Incluso, entre los grupos de jóvenes universitarios, el intelectualismo falangista tuvo una determinada acogida entre determinados individuos que, con posterioridad, evolucionaron hacia posiciones de corte democrático.

Sin embargo, el renovado proyecto falangista –como también le sucedía al católico– tenía unos límites muy claros. Ambos no dejaban de ser dos proyectos franquistas, profundamente antidemocráticos y fielmente leales al «espíritu del 18 de julio». Además, para el grueso de la sociedad española las polémicas entre falangistas y católicos ortodoxos por presentar su proyecto nacionalista resultaban, en líneas generales, desconocidas y extrañas. Incluso, en aquellos sectores donde los postulados falangistas y las pugnas con los hombres de Calvo Serer pudieron tener mayor arraigo, también se presentaron considerables dificultades. De alguna manera, el SEU se vio desbordado por el «aperturismo» falangista y con el paso de los años se vio conminado a volver atrás en el tiempo, a la mentalidad de los seuístas de la posguerra, para tratar de no perder el control de la Universidad⁵².

Pero, a pesar de que Falange fracasara en lograr un mayor alcance de sus postulados y en reimpulsar la «fascistización» de los españoles, no debemos minusvalorar sus logros. Tras la derrota del Eje, Falange no sólo consiguió sobrevivir, sino que creció de manera notable. De una parte, el partido consiguió trasladar a la esfera local los debates que a escala nacional mantenían con los nacionalistas católicos, haciendo que un mayor número de españoles tuvieran acceso a los mismos. De otra, la vuelta de Falange al primer plano de la escena política desde finales de los cuarenta, le permitió dinamizar sus instituciones de encuadramiento, consiguiendo atraer a importantes grupos de jóvenes hacia organizaciones como el Frente de Juventudes, el SEU o la Sección Femenina. A ojos de la sociedad, Falange permanecía más viva que nunca y ciertas actuaciones como las expresiones de «justicia social», el acercamiento a los pueblos a conocer sus necesidades y el cumplimiento, aunque fuera tardía y parcialmente, de algunas realidades prometidas años atrás, pudieron

⁵² RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: la socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996; RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio: «El largo camino del SEU a través del falangismo. Primera línea del SEU y disidencia en los años cincuenta», *Spagna Contemporanea*, 37, 2010, pp. 99-115.

convencer a no pocos sectores de la población que veían cómo su situación personal mejoraba y el contexto internacional era más favorable.

LA ATRACCIÓN DEL FALANGISMO A LA CAUSA NACIONALSOCIALISTA POR PARTE DE LA SOCIEDAD GERMANO-ESPAÑOLA DE BERLÍN DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Marició Janué Miret
Universitat Pompeu Fabra

Este artículo estudia la tarea de atracción del falangismo a la causa nacionalsocialista que llevó a cabo la Sociedad Germano-Española/*Deutsch-Spanische Gesellschaft* (DSG) de Berlín durante la Guerra Civil española y la respuesta que obtuvo, tanto por parte de los círculos falangistas españoles, como de las autoridades franquistas¹.

La DSG de Berlín se había inaugurado con una celebración en el *Reichstag* a finales de 1930 con la ambición de que se convirtiera en el órgano alemán dedicado al fomento de las relaciones culturales mutuas más representativo². Cuando los nacionalsocialistas tomaron el poder en 1933, la DSG inició un proceso de politización caracterizado por una creciente subordinación a las finalidades propagandísticas y de proselitismo nazis. Se produjo una penetración cada vez mayor en la dirección de la institución de representantes del Estado y de las organizaciones del NSDAP. Esto fue acompañado de una mayor capacidad financiera y, por tanto, de un incremento de sus posibilidades de actuación. En esta etapa, la DSG pasó a elaborar informes sobre España y sus relaciones internacionales para las autoridades nacionalsocialistas. Otra de las funciones que adoptó entonces la asociación y que irá adquiriendo cada vez más relieve, fue la de actuar como organización mediadora entre los españoles que llegaban a Berlín y las instancias estatales y del NSDAP.

¹ Una versión anterior de este artículo, ahora notablemente reformada, es JANUÉ I MIRET, Marició (2008): «Un instrumento de los intereses nacionalsocialistas durante la Guerra Civil española: el papel de la Sociedad Germano-Española de Berlín», *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal*, 31, pp. 27- 44.

² Sobre la historia de esta asociación, vid. JANUÉ I MIRET, Marició (2008): «La cultura como instrumento de la influencia alemana en España: la Sociedad Germano-Española de Berlín (1930-1945)», en JANUÉ I MIRET, Marició (coord.): *España y Alemania: Nuevas investigaciones sobre la historia de las relaciones culturales en el siglo XX*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea-Marcial Pons, Ayer 69 (Dossier), pp. 21-45; JANUÉ I MIRET, Marició (2008): «Imperialismus durch auswärtige Kulturpolitik: die Deutsch-Spanische Gesellschaft als “zwischenstaatlicher Verband” unter dem Nationalsozialismus», *German Studies Review* 31/1, pp. 109-132.

En febrero de 1936, la sociedad pasó a ser presidida por Wilhelm Faupel, quien ya desde 1934 presidía el Instituto Ibero-Americano/*Ibero-Amerikanisches Institut* (IAI) de Berlín. Militar retirado de renombre, antes de la Primera guerra Mundial, Faupel había estado destinado en la China y otros lugares de Asia, en la colonia de África Sur-occidental Alemana y en América Latina³. Condecorado con los mayores honores durante la guerra, en los primeros años de la República de Weimar dirigió un *Freikorps* –milicia paramilitar–, en Silesia y participó desde Görlitz en *Kapp-Putsch* –golpe de estado antirrepublicano– de 1920. De nuevo en el continente americano, fue instructor militar y consejero del ejército argentino y, más tarde, inspector del ejército peruano. Su estancia de más de una década en América Latina le permitió disponer allí de relaciones personales con militares y políticos. Esto coadyuvó a que, cuando retornó a Alemania, el régimen nacionalsocialista lo considerase la persona indicada para dirigir el IAI. Políticamente, se orientó primero al ala radical del conservadurismo, pero más tarde se acercó al fascismo italiano. En los años treinta, ejerció un papel relevante en la Sociedad para el estudio del Fascismo/*Gesellschaft zum Studium des Faschismus*. A pesar de que no ingresó en el NSDAP hasta su nombramiento como primer embajador alemán en la España de Franco en 1937, su actitud desde la presidencia del IAI y de la DSG se caracterizó por la consagración ferviente a la causa de la Alemania nacionalsocialista. Desaparecido en mayo de 1945, se supone que se acabó suicidando junto a su esposa y estrecha colaboradora Edith.

Cuando en España estalló la Guerra Civil, el interés de las autoridades nacionalsocialistas en las relaciones germano-españolas, en concreto por convertir a los rebeldes del bando franquista en aliados para su causa, se incrementó. Este contexto facilitó que la DSG se estableciera como mediadora destacada entre, por un lado, los círculos falangistas españoles sensibles a la causa del fascismo y el nacionalsocialismo y, por otro, las instancias estatales y del NSDAP en Alemania.

³ Vid. GLIECH, Oliver (2003): «Wilhelm Faupel. Generalstabsoffizier, Militärberater, Präsident des Ibero-Amerikanischen Instituts», dins Liehr, Reinhard/ Günther; Mainhold/Vollmer, Günther (eds.): *Ein Institut und sein General. Wilhelm Faupel und das Ibero-Amerikanische Institut in der Zeit der Nationalsozialismus*. Frankfurt a.M.: Vervuert, pp. 131-279. También, MERKES, Manfred (1969): *Die deutsche Politik im spanischen Bürgerkrieg 1936-1938*. Bonn: Ludwig Röhrscheid Verlag, 2ª edición, p. 193

La Falange en Berlín como foco de la atención nacionalsocialista

Desde la fundación de Falange en España en 1933, dentro del partido se produjo una amalgama con grupos tradicionalistas y monárquicos que creó tensiones considerables. En 1934, Falange aprobó un programa donde exigía un nuevo orden económico y social, una revolución nacional-sindicalista, con sindicatos verticales, la estatización del gran capital y una reforma agraria. Esto condujo a la separación de los miembros más tradicionalistas. Además, el partido se unió al ala izquierda de las *Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista*, lo que provocó nuevas tensiones. Después del triunfo del Frente Popular en febrero de 1936, en marzo la Falange fue prohibida y sus líderes encarcelados. Primo de Rivera siguió desde la prisión los preparativos de la revuelta militar contra la Segunda República, pero temía que después del triunfo de los rebeldes las ideas de Falange no se llevaran a término. A pesar de ello, grupos locales de Falange decidieron apoyar el golpe. En realidad, cuando se inició la Guerra Civil, ni Franco ni los militares rebeldes tenían aún claro si se servirían de la Falange para su legitimación y para movilizar a la población. Más bien pensaban en una dictadura autoritaria donde también tomarían parte algunos civiles expertos. José Antonio moriría ejecutado por el bando republicano como conspirador el 20 de noviembre de 1936.

La celeridad con que Hitler el 25 de julio de 1936 –seguido pocos días más tarde por Mussolini–, se decidió a apoyar el golpe de estado de Franco fue fundamental para el afianzamiento de la rebelión franquista y el avance de las tropas rebeldes⁴. Hasta entonces, las relaciones entre el NSDAP y la Falange habían sido muy limitadas⁵. El ideal del líder José Antonio Primo de Rivera era más cercano al fascismo italiano. A pesar de ello, después de estallar la Guerra Civil, la confrontación interna que se produjo dentro de Falange entre quienes apoyaban a Franco y los «camisas viejas»

⁴ ROS AGUDO, Manuel (2002): *La guerra secreta de franco (1939-1945)*, Barcelona, Crítica, pp. 24-26.

⁵ RUHL, Klaus-Jörg (1986): *Franco, Falange y III Reich. España durante la II Guerra Mundial*, Madrid, Akal, (1ª edición en alemán en 1975), p. 57. Sobre la historia de la Falange, vid. THOMÀS, Joan Maria (1999): *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*. Barcelona: Plaza & Janés; THOMÀS, Joan Maria (2001): *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona: Plaza & Janés.

sobre la configuración de la estructura social del nuevo Estado, condujo a que los contactos con el NSDAP se hicieran más estrechos⁶.

A la vez, con el estallido de la Guerra Civil comenzaron a llegar a Alemania españoles que huían de la España republicana. Faupel consiguió que un grupo considerable de estos españoles viera en la DSG una institución de referencia donde acudir para encontrar medios de subsistencia una vez llegados a Berlín. A mediados de octubre de 1936, Faupel se dirigió al Ministerio de Instrucción Popular y Propaganda del Reich/*Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda* (RMVP) solicitándole la concesión inmediata de un presupuesto extraordinario para atender a los refugiados españoles que carecían de recursos financieros que se estaban dirigiendo a la asociación. Dado que una parte de los españoles que acudían pertenecía al mundo académico, Faupel quería utilizar los recursos que se le concediesen para retribuirles modestamente durante algunos meses trabajos científicos que la DSG les encargaría hasta que encontraran un trabajo mejor remunerado. Faupel justificaba el interés de esta actuación como una inversión de futuro para la política exterior alemana ya que,

Precisamente en la situación actual nos hemos de esforzar en dejar obligados al agradecimiento a tantos españoles de ideas patrióticas como nos sea posible gracias a nuestra buena disposición a ayudarlos poniendo con ello las bases para la futura construcción de nuestras relaciones⁷.

La demanda de Faupel se producía paralelamente a la entrada en escena en España del almirante Wilhelm Canaris, responsable del Servicio Secreto militar alemán conocido como *Abwehr*⁸. Este militar recibió el encargo de Hitler de que convenciese a Franco para que aceptase el envío de una unidad aérea alemana para contrarrestar la ayuda cada vez mayor, material y humana, que estaba recibiendo la República. Ante las resistencias de Franco, Canaris aseguró que la intención de su gobierno no era exigir compensaciones territoriales por la ayuda que estaba ofreciendo ni afectar la independencia de los españoles. El Reich sólo pediría contrapartidas económicas. Finalmente, Franco aprobó el envío de la fuerza voluntaria prevista que se denominaría *Legión Cóndor*. Pocas semanas después, una serie de funcionarios de la policía general y de la *Gestapo* fue destinada a España a la sombra de esta unidad

⁶ RUHL (1986): *Franco, Falange...*, pp. 12-15.

⁷ IAI, F 00/10: 926, Carta de Faupel (DSG) al RMVP, 23.10.1936.

⁸ ARIAS RAMOS, Raúl (2003): *La Legión Cóndor en la Guerra Civil. El apoyo militar alemán a Franco*, Madrid, La esfera de los libros, pp. 115-118.

como miembros de una policía militar secreta con la misión de informar sobre la participación de alemanes en las hileras republicanas. Más adelante, desde el verano de 1938, este servicio pasaría a operar desde la embajada alemana ante Franco como una delegación de la policía en lugar de una mera dependencia de la *Legión Cóndor*⁹. Se firmaría entonces un convenio según el cual los funcionarios alemanes enseñarían a sus colegas españoles las técnicas policiales que se utilizaban en Alemania contra los enemigos del Reich, donde se enviarían varias delegaciones de policías españoles.

En relación con la ayuda económica a los refugiados españoles en Alemania que había solicitado la DSG, fue denegada por la Unión de Corporaciones y Organizaciones Estatales/*Vereinigung zwischenstaatlicher Verbände und Einrichtungen* (VzVE), que estaba bajo la supervisión del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania/*Auswärtiges Amt* (AA) y el Ministerio de Instrucción Popular y Propaganda del Reich/*Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda* (RMVP). La VzVE argumentó que consideraba prioritario que los recursos se destinaran a apoyar la recientemente creada representación en Alemania de la Falange Española de las JONS. En concreto, la VzVE pidió a Faupel que su pudiera en contacto con el exagregado de comercio de la embajada española y actual jefe de los falangistas en Alemania, Rogelio García Castell, y, también, con la Organización para el Extranjero/*Auslandsorganisation* (AO) y la Oficina de Política Exterior/*Aussenpolitisches Amt* (APA) del NSDAP para acordar, conjuntamente, a qué españoles era necesario dar apoyo.

Consecuentemente, en los meses que transcurrieron desde el estallido de la Guerra Civil hasta el reconocimiento del gobierno de Franco por parte de la Alemania nazi el 18 de noviembre de 1936, a instancias del NSDAP, el foco de atención de las relaciones de la DGS con España pasó a ser la Falange Española en Alemania. De todos modos, antes de que culminasen las negociaciones sobre la forma de concretar la colaboración entre NSDAP, DSG y Falange en Alemania, Faupel tuvo que abandonar transitoriamente la presidencia de la DSG. La causa era que, a continuación del reconocimiento del régimen de Franco por parte de Alemania, había sido nombrado

⁹ ROS (2002): *La guerra secreta...*, pp. 178-183; VIÑAS, Ángel (2001): *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil. Antecedentes y consecuencias*, Madrid, Alianza Editorial, p. 279-287.

encargado de negocios del gobierno alemán en la España de Franco. En febrero de 1937, fue ascendido a la categoría de embajador.

Los esfuerzos para extender la influencia sobre la Falange en España

El nombramiento de Faupel como encargado de negocios del gobierno alemán en la España de Franco significaba el triunfo de la opción del NSDAP, que priorizaba las relaciones con la Falange, frente a las preferencias del AA, favorable a encarrilar las relaciones mutuas a través de Franco y de su gobierno¹⁰. Faupel tenía vínculos estrechos con la AO del NSDAP y había escrito sobre su papel positivo en la protección de los intereses alemanes en el extranjero¹¹.

Al marchar Faupel de Berlín, asumió la presidencia interina de la DSG Arnold von Engelbrechten, directivo del elitista Club Extranjero Alemán/*Deutscher Auslands-Club* (DAC), que había sido director en España de la empresa de discos de gramola, Odeón S.A. y en 1934 había acompañado a Primo de Rivera cuando asistió al congreso del NSDAP en Nuremberg¹². De todas formas, sería el gerente de la sociedad, Kirchhoff, quien la representaría en las negociaciones sobre cómo dar apoyo a la Falange en Alemania.

La tarea de Faupel en España se definió como la de aconsejar a Franco según demanda, representar los intereses alemanes ante Franco e informar a Berlín sobre los desarrollos en España. En cambio, se advirtió a Faupel que no debía implicarse en cuestiones militares, si bien los militares le habían de informar. Como veremos, Faupel no atendió en absoluto esta advertencia.

Por deseo expreso de Hitler, se proporcionó a Faupel para su marcha a España un grupo de especialistas en prensa y propaganda que pertenecían al RMVP y a la Organización Exterior/*Auslandsorganisation* (AO) del NSDAP¹³. Sería sobre la base de

¹⁰ ARIAS (2003): *La Legión Cóndor...*, pp. 304-306; HERA, Jesús (2002): *La política cultural de Alemania en España en el período de entreguerras*, Madrid, CSIC, p. 338-339.

¹¹ MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 193-196; WHEALEY, Robert H. (1989): *Hitler and Spain. The nazi Role in the Spanish Civil War 1936-1939*, The University Press of Kentucky, Lexington, Kentucky, pp. 62-65.

¹² GARRIGA, Ramón (1965): *Las relaciones secretas entre Franco y Hitler*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, pp. 66; VIÑAS (2001): *Franco, Hitler*, p. 162.

¹³ GARRIGA (1965): *Las relaciones secretas...*, pp. 58-59; MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 249-250; ROS AGUDO, Manuel (2002): *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*, Barcelona, Crítica, pp. 272-273.

este grupo que en junio de 1937 se constituiría el departamento de prensa de la Embajada Alemana en Salamanca. La actividad del departamento se centró en afianzar las relaciones con Falange, facilitando todo tipo de libros, revistas, periódicos y películas de propaganda sobre Alemania y el nacionalsocialismo. También procuró fomentar los viajes de formación de cuadros españoles a Alemania consiguiendo un notable éxito con la Sección Femenina. En su interés por influir en la Falange, el departamento de prensa se encontraba en dura competición escondida con el departamento de propaganda italiano¹⁴. En enero de 1937, Alemania cedió a *Radio Nacional de España* una potente emisora y trece técnicos para su mantenimiento. Las nuevas instalaciones garantizaban que las emisiones se pudieran escuchar en la totalidad de la zona republicana. Más adelante, Faupel se lamentaría de que los españoles pudiesen decidir libremente el contenido de los programas, tal como estipulaba el acuerdo entre la embajada y la Junta Técnica de Burgos del verano de 1937. El tiempo reservado a la emisión en lengua alemana era de un cuarto de hora diario y el espacio dedicado en lengua española a temas sobre Alemania de una hora semanal.

Poco después de su primer encuentro con Franco, Faupel se dirigió directamente a Hitler solicitándole el envío de una división alemana para apoyar la «cruzada española»¹⁵. También propuso incluir a España en el Pacto Anti-Komintern que Alemania y Japón acababan de firmar. A mediados de diciembre de 1936, Faupel volvió a Berlín con un informe sobre la situación en España. Pocos días más tarde, Hitler mantuvo un encuentro en la cancillería del Reich con Göring, Blomberg, el jefe de la *Wehrmacht*, Fritsch, el coronel Wahrlimont, que había organizado la *Legión Cóndor*, el consejero coronel Hossbach y Faupel. Excepto Faupel, todos se mostraron partidarios de mantener limitada la ayuda a España. Consecuentemente, Hitler decidió que Alemania no enviaría más hombres a España excepto como reemplazo del personal de la *Legión Cóndor* y una pequeña unidad de SS para entrenar oficiales de la policía española. Este encuentro y su resultado fueron publicitados en la prensa mundial y dieron a Faupel su única portada en el *The New York Times* del 24 de diciembre de

¹⁴ MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 252-253.

¹⁵ ARIAS (2003): *La Legión Cóndor...*, pp. 193-197; GARRIGA, Ramón (1965): *Las relaciones secretas...*, pp. 82-85; WHEALEY (1989): *Hitler and Spain...*, pp. 54-55; MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 201-208, 230.

1936. La decisión de Hitler se ha interpretado en el sentido de que los intereses alemanes no estaban vinculados tanto a una rápida conclusión de la Guerra Civil, como a que esta fuera útil para distraer la atención de las potencias europeas. El 26 de abril de 1937 la *Legión Cóndor* bombardeó la ciudad de Guernica. Parece que en el transcurso de aquel año, Faupel apoyó también la solicitud de Franco al gobierno nazi de que le enviase gases químicos y máscaras, la cual fue nuevamente rechazada¹⁶.

Después de la denegación del incremento del número de tropas alemanas, Faupel dirigió su atención al entrenamiento militar del ejército español y de la Falange¹⁷. Faupel pidió en un informe que se enviase a España como entrenadores a tres militares retirados que hablaban español y eran veteranos de América Latina como él. El entrenamiento militar de la Falange se encargó al comandante Walter von Issendorf y, a pesar de la desconfianza que despertaba al ejército franquista, se inició ya en enero de 1937¹⁸. Faupel declararía: «Ya que nosotros en este terreno hemos llegado antes que los italianos y es en el pensamiento representado por la Falange que yace el futuro de España, veo en la colaboración con los falangistas ciertas posibilidades de futuro para nosotros»¹⁹. En abril de aquel año 1937, Franco se mostraría satisfecho de que el primer grupo de soldados entrenados por hombres recomendados por Faupel ya estuviera listo para la acción.

Otra petición de Faupel hecha a finales de enero de 1937 fue que se llevara a cabo un plan para realizar un comando general militar conjunto germano-italiano. Ignorando los militares alemanes que en aquellos momento luchaban al servicio de Franco, Faupel sugirió que fuese encabezado por un coronel retirado que había sido consejero en Chile. Este plan fue rechazado por Berlín, pero las intromisiones de Faupel pronto le enfrentarían con Sperrle, primer comandante de la *Legión Cóndor*.

A pesar de las dificultades con la *Legión Cóndor*, Faupel tuvo también algunos éxitos diplomáticos. A comienzos de 1937, había recibido instrucciones de Berlín que había de iniciar rápidamente conversaciones con el gobierno de Burgos con la finalidad de firmar una serie de acuerdos bilaterales que garantizaran la mayor vinculación

¹⁶ VIÑAS (2001): *Franco, Hitler y el estallido...*, p. 110.

¹⁷ ARIAS (2003): *La Legión Cóndor...*, pp. 193-197; WHEALEY (1989): *Hitler and Spain...*, pp. 62-65.

¹⁸ CABALLERO JURADO, Carlos: *The Condor Legion. German Troops in the Spanish Civil War*, Oxford, Osprey Publishing Ltd., 2006, pp. 45-46; MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, p. 245.

¹⁹ MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 249-250.

posible de España con el Reich en los ámbitos económico y político²⁰. El primer documento oficial firmado entre la España de Franco y la Alemania nazi se suscribió el 20 de marzo de 1937, poco después de la elevación de Faupel al rango de embajador. Consistía en un protocolo secreto que se limitaba a marcar las directrices generales de las relaciones entre ambos países para los años siguientes y que prefiguraba el papel neutral benevolente que Alemania deseaba asignar a España en el caso de conflicto armado en Europa. A este primer acuerdo hispano-alemán, le siguieron tres de complementarios de carácter económico que se firmaron en julio de 1937. En estos, se otorgaba a Alemania una posición preferente sobre Gran Bretaña y Francia en el comercio exterior español.

En Alemania, poco después de la marcha de Faupel a España, se produjeron modificaciones en los portavoces de la dirección de la representación de la Falange. En diciembre de 1936, García Castell murió en accidente aéreo en los Alpes y lo sucedió en el cargo su hermano. Este y el representante del APA convinieron en solicitar a la DSG que proporcionase a los representantes de la Falange y a sus colaboradores en prensa y propaganda en Alemania las infraestructuras necesarias para poder desarrollar su trabajo y para cumplir el encargo que habían recibido de estudiar las organizaciones alemanas e informar sobre ellas²¹. La ayuda de la DSG tuvo que concretarse en que la institución prestase provisionalmente a los falangistas dos habitaciones de su local con acceso telefónico y los materiales necesarios para poder realizar su tarea. Con todo, el préstamo del local a la Falange sólo se prolongó hasta mediados de febrero de 1937. Entonces, bajo la nueva dirección de Adolfo Pardo Redonnet, la Falange en Alemania fue reorganizada, tal vez con la finalidad de frenar una actuación excesivamente autónoma frente al gobierno de Franco. Como consecuencia, la mayoría de sus integrantes fueron retornados a España²².

Por un lado, la marcha de los representantes de la Falange en Alemania de los locales de la DSG significó un alivio para la asociación, que de esta manera recuperaba espacio y podía redefinir sus actividades. Ello no obstante, también reabría la cuestión

²⁰ ARIAS (2003): *La Legión Cóndor...*, pp. 193-197; MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 231-232; Ros (2002): *La guerra secreta...*, pp. 28; Whealey (1989): *Hitler and Spain...*, pp. 62-65, 89.

²¹ IAI, F 00/10: 926, Kirchhoff (DSG), *Aktenaufzeichnung Betr. Unterstützung der spanischen Falange-Vertreter in Deutschland*, 8.1.1937.

²² Sobre el nombramiento de Pardo, IAI, F 00/10: 926, Carta de von Engelbrechten (DSG) a Hermann von Raumer (DSG, delegado de la Oficina Ribbentrop), 19.1.1937.

sobre como la institución se podía mostrar imprescindible al régimen nacional-socialista. Con la finalidad de encontrar una solución a esta preocupación, la DSG se puso en contacto con el nuevo jefe de la Falange en Alemania, Pardo Redonnet y le envió un cuestionario con diversas propuestas de colaboración sobre las que había de posicionarse de acuerdo con el parecer del alto comando del ejército franquista. Las iniciativas sometidas a consideración demuestran claramente la intención de promocionar el conocimiento de las organizaciones nacionalsocialistas en España a través de la invitación de jóvenes españoles a realizar estancias en Alemania:

- El envío de oficiales o exoficiales españoles para estudiar el Servicio de Trabajo del Reich/*Reichsarbeitsdienst* (RAD), organización de prestación obligatoria de trabajo.
- El envío de jóvenes españoles que no estuviesen en condiciones de servir como soldados también al RAD o como invitados de las Juventudes Hitlerianas/*Hitler-Jugend* (HJ) y los campamentos de verano en Alemania.
- La organización de estancias en Alemania de hasta 4.000 jóvenes, chicos y chicas de edades entre los catorce y los dieciocho años, prioritariamente huérfanos.
- El envío a Alemania de un número adecuado de personas españolas para estudiar la organización Fuerza a través de la Alegría/*Kraft durch Freude* (KdF), dedicada a la oferta de actividades para el tiempo libre a la población alemana, con la finalidad de que se organizase en España una organización parecida y de que ambas pudiesen colaborar en el respectivo tráfico de viajeros.
- El envío de una delegación española de especialistas en economía en el encuentro anual de la Sociedad Alemana de Economía Mundial/*Deutsche Weltwirtschafts Gesellschaft e.V.*, que se había de celebrar en Frankfurt a.M. en mayo de 1937²³.
- La preparación de un frente anticomunista común entre España y Alemania²⁴.

²³ La DSG no obtuvo la subvención necesaria para esta acción, según IAI, F 00/10: 926, DSG a Embajador Faupel, Salamanca, 7.4.1937.

²⁴ IAI, F 00/10: 926, DSG a Adolfo Pardo Redonnet, *Landesgruppenleiter der Falange Española in Deutschland*, 15.2.1937.

Las propuestas de la DSG recibieron la aprobación de la VzVE, que prometió financiarlas con una subvención que el mismo presidente Engelbrechten calificó de satisfactoria²⁵. Ello no obstante, la VzVE condicionó entonces su apoyo financiero a que la DSG atendiera en su estrategia a determinadas directrices destinadas a no entorpecer el triunfo de la causa franquista. En primer lugar, la DSG no había de invitar a Alemania a jóvenes que estuvieran en disposición de servir como soldados en el ejército de Franco. En segundo lugar, la elección de los jóvenes a invitar, no debía hacerse, como hasta entonces, por acuerdo directo entre las juventudes dependientes de los respectivos partidos de ambos países, sino atendiendo a la decisión de las autoridades españolas. Faupel interpretó que estas directrices implicaban que la DSG debía dejar de dar apoyo prioritario a los falangistas que se encontraban en Alemania, que ya tenían permanentemente la oportunidad de aprender del modelo nacionalsocialista y, en lugar de ello, debía centrarse en la Falange en España²⁶.

Faupel asumió con satisfacción estas directrices porque lo situaban, en tanto que embajador y, a la vez, figura prominente de la DSG, como personalidad mediadora clave en la estrategia propagandística y de proselitismo nacionalsocialista en relación con España. Pero, a pesar de los condicionantes que había puesto la VzVE, la ambición de poder de Faupel lo condujo a relacionarse directamente con los representantes de la Falange en España a la vez que al hacerlo evitaba tener que recurrir a la aprobación de las autoridades franquistas, cosa que acabó enojándolas. Para entenderlo, debe considerarse también que Faupel confiaba más en la Falange que en Franco y los grupos monárquicos, carlistas y tradicionalistas para que en España se llegase a llevar a término unas reformas sociales, particularmente en relación a la mejora de las condiciones de las clases trabajadoras, que consideraba imprescindibles²⁷. Para Faupel, el falangismo había de proporcionar a la empobrecida España una alternativa al «internacionalismo judío marxista leninista». Como era también el caso de otros nazis, las nociones de Faupel sobre la necesidad de una reforma social en España eran más revolucionarias que las visiones que sostenían Franco y la mayoría de sus militantes asociados. El arrogante Faupel asociaba la Falange con las doctrinas «revolucionarias» del nacionalsocialismo.

²⁵ IAI, F 00/10: 926, Engelbrechten (DSG) a embajador Faupel, 9.3.1937.

²⁶ GSTA I.HA.Rep. 218, Nr. 467, Embajador Faupel (Salamanca) a Kirchhoff (DSG), 20.3.1937.

²⁷ MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, p. 121.

Veía en los falangistas a auténticos revolucionarios con ideas nacionales y sociales realmente realizables que podían conducir a un nuevo Estado²⁸. En cambio, consideraba a los tradicionalistas como reaccionarios, particularmente por su catolicismo del cual Faupel desconfiaba, mientras que apreciaba la posición crítica de la Falange frente a la Iglesia. En cambio, los alfonsinos y carlistas que rodeaban a Franco veían a los falangistas más radicales como desclasados buscadores de problemas.

Rápidamente, Faupel empezó a diseñar desde España un plan de invitaciones a falangistas españoles por parte de la DSG:

- Dos falangistas con destino al RAD masculino, como mínimo seis semanas en un campo de trabajo como obreros y, a la vez, en la administración y organización.
- Dos falangistas masculinos con destino al Frente del Trabajo Alemán/*Deutsche Arbeitsfront* (DAF), la organización nacionalsocialista que se encargaba de la regulación de las relaciones laborales.
- Dos falangistas masculinos con destino a las HJ.
- Dos falangistas femeninas con destino a la Federación de Chicas Alemanas/*Bund Deutscher Mädel* (BDM) y el RAD femenino.
- Dos falangistas femeninas con destino a las organizaciones de carácter benéfico Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista/*Nationalsozialistische Volkswohlfahrt* (NSV), Obra de Auxilio de Invierno del Pueblo Alemán/*Winterhilfswerk des Deutschen Volkes* (WHW) y Obra de Auxilio Madre e Hijo/*Hilfswerk Mutter und Kind*.²⁹

La propuesta de Faupel de invitar a estos diez falangistas fue inmediatamente gestionada en Alemania por la DSG, que consiguió la aceptación de las organizaciones nacionalsocialistas implicadas. Sin embargo, un suceso fundamental en el bando franquista, el Decreto de Unificación de abril de 1937, acabaría conduciendo a la suspensión de la invitación.

Paralelamente a estas gestiones, desde la embajada en Salamanca, Faupel enviaba informes al AA sobre las directrices que había de seguir la propaganda cultural en la España nacional³⁰. Según Faupel, era absolutamente necesario que se

²⁸ MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 249-250.

²⁹ GSTA I.HA.Rep. 218, Nr. 467, Embajador Faupel (Salamanca) a Kirchhoff (DSG), 20.3.1937.

³⁰ PAAA, Botschaft Madrid, 615 (Bd 1 1937-1939), Salamanca, 12.3.1937, Faupel a AA, Berlin, Deutsche Kulturpropaganda in Nationalen Spanien; PAAA, Botschaft Madrid, 615 (Bd 1 1937-1939), Salamanca,

proporcionase a la embajada y a las librerías del territorio traducciones españolas de literatura alemana, particularmente en los ámbitos del derecho del trabajo, de la administración, la policía, la higiene y la eugenesia. Así mismo, sobre las organizaciones nacionalsocialistas del Servicio del Trabajo, las HJ, el BDM y otras. También, revistas especializadas de medicina alemana. Faupel solicitó al IAI que le enviase, previa actualización, una lista elaborada hacia 1930 de los libros alemanes traducidos al español para difundirlos. A la vez, pidió, con fines de propaganda, el envío de postales con la fotografía de Hitler y de otros dirigentes alemanes.

De la misma forma, Faupel impulsó la preparación de un Acuerdo Cultural que sirviese de marco legal a las relaciones entre Alemania y España³¹. Para conseguir este objetivo, buscó, con la conformidad de Hitler, a los colaboradores más adecuados. El principal fue Wilhelm Petersen, que había estado vinculado al Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español/*Arbeitsstelle für Deutsch-Spanische Wissenschaftsbeziehungen*, convertido desde 1934 en la rama española del Servicio de Intercambio Académico Alemán/*Deutscher Akademischer Austausch Dienst* (DAAD). Petersen llegó a Salamanca en marzo de 1937 y, en julio, Faupel solicitó al AA entrar en negociaciones con Franco³². Ello no obstante, el AA optaría por pedir a Faupel que frenase las negociaciones hasta que la situación de Franco no se estabilizase.

A pesar de los modestos éxitos diplomáticos de Faupel, sus relaciones con Franco pronto se deterioraron. Sus interferencias en cuestiones militares y de política interior españolas lo convirtieron en persona no grata a Franco. Serrano Suñer, entonces consejero de Franco en cuestiones del partido de la Falange y futuro ministro de interior, denunció que Faupel daba apoyo a los elementos más radicales de la Falange³³.

Con el Decreto de Unificación de abril de 1937, Franco forzó la unificación de tradicionalistas y falangistas radicales en el partido único Falange Española Tradicionalista y de las JONS (FET), desbancando como jefe de la Falange a Manuel Hedilla, que fue condenado a muerte por un tribunal militar. Cuando Hedilla fue

23.6.1937, Faupel a AA, Berlin, Deutsche Kulturpropaganda in Spanien; PAAA, Botschaft Madrid, 615 (Bd 1 1937-1939), Salamanca, 6.1937, Faupel a Ersten Adjutanten des Reichsarbeitsführers.

³¹ Trata ampliamente esta cuestión, HERA (2002): *La política cultural...*, p. 340-341 y 404-431. Vid. también, ROS (2002): *La guerra secreta...*, p. 29.

³² PAAA, Botschaft Madrid, 615 (Bd 1 1937-1939), Salamanca, 5.7.1937, Faupel a AA, Vorbereitung eines deutsch-spanischen Kulturvertrages.

³³ RUHL (1986): *Franco, Falange...*, pp. 57-59; WHEALEY (1989): *Hitler and Spain...*, pp. 62-65.

encarcelado, también lo fue por un breve tiempo el jefe alemán del entrenamiento militar de la Falange Issendorf y otros entrenadores militares alemanes, cosa que Sperrle aprovechó para poner fin al entrenamiento de la Falange por parte de alemanes³⁴. Faupel telegrafió a Berlín manifestando que la condena de Hedilla significaba «la victoria de los círculos posicionados contra la Falange y contra la realización de la reforma social, que en los últimos tiempos influyen cada vez más en Franco»³⁵. Faupel dudaba de la objetividad del tribunal, que creía mediatizado por la intervención política de Serrano Suñer. Por este motivo, el embajador alemán se posicionó a favor de Hedilla e insistió al gobierno del Reich para que interviniese cosa a la cual este se negó. Hay dudas sobre hasta qué punto la defensa de Hedilla por parte de Faupel influyó en que finalmente no se le ejecutase, pero en lo que sí hay acuerdo es en que empeoró sus relaciones con Franco, a la vez que alertó al AA sobre el grado en que el embajador se exponía³⁶.

Después de la creación del partido único FET, Faupel no detuvo sus intromisiones en la política interior franquista. Continuamente daba consejos a Franco en cuestiones sociales y de propaganda y le proponía la ayuda de especialistas alemanes. En un informe sostuvo que «Franco no puede hacer nada mejor que llevar a la práctica lo más pronto posible algunas de las propuestas de reforma que ya ha preparado la Falange, en parte, con ayuda alemana»³⁷. Además de ello, Faupel y Sperrle, a pesar de sus diferencias, coincidieron en quejarse repetidamente a Franco de la lentitud con que se desarrollaban las operaciones de su ejército³⁸.

A raíz de estas intromisiones en la organización militar y política española, en el verano de 1937 Franco hizo abundantes gestiones ante el gobierno alemán para que sustituyera a sus máximos representantes en España en los ámbitos militar y diplomático, ya que se habían extralimitado en sus cometidos³⁹. Al solicitar el relevo

³⁴ MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 259.

³⁵ MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 257.

³⁶ GARRIGA (1965): *Las relaciones secretas...*, pp. 133; GLIECH (2003): «Wilhelm Faupel...», p. 213; MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 250-264; RUHL (1986): *Franco, Falange...*, pp. 15-26; SCHULZE-SCHNEIDER, Ingrid (2004): «Alemania y la Guerra Civil Española: Información y propaganda», en *Spagna Contemporanea*, 26, pp. 57-83, pp. 64-68.

³⁷ MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 257.

³⁸ ARIAS (2003): *La Legión Cóndor...*, pp. 193-197; WHEALEY (1989): *Hitler and Spain...*, pp. 62-65.

³⁹ ARIAS (2003): *La Legión Cóndor...*, pp. 193-197; MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 261; Whealey (1989): *Hitler and Spain...*, pp. 62-65.

de Faupel, las autoridades españolas lo calificaron de «indeseable de todo punto»⁴⁰. Faupel fue forzado a dimitir aduciendo razones de salud a finales de agosto de 1937, siendo sustituido a la cabeza de la embajada por Eberhard von Stohrer, diplomático de carrera, que se entendería mejor con Franco.

La oportunista adaptación al falangismo franquista

El progresivo reforzamiento en España de la figura de Franco frente a la Falange acabó condicionando las relaciones con esta de la DSG. A propósito del Decreto de Unificación por el cual se creó FET y de las JONS, la DSG auguró que «la reorganización en el nuevo partido de Estado no significará para la Falange ningún cambio en sus misiones»⁴¹. A pesar de ello, como precaución, la sociedad decidió suspender momentáneamente sus actividades relacionadas con la Falange.

De todos modos, estas se reemprendieron unos meses después porque Faupel, antes de ser relevado, reclamó el apoyo de la DSG –que hubo de luchar arduamente para conseguir recursos financieros de la VzVE–, para llevar a cabo algunos de sus proyectos. Así, por ejemplo, a finales de julio de 1937, visitaron diversos campamentos de les HJ y el BDM tres chicas y un chico falangistas españoles invitados por la DSG a propuesta de Faupel. La impresión que los jóvenes causaron a la junta de la DSG, insinúa algunas dudas sobre la confianza de la Sociedad en que un excesivo adoctrinamiento en la causa nacionalsocialista hubiese de tener efectos positivos en su labor de proselitismo:

En relación con su nivel espiritual y su inteligencia, se puede afirmar que no superan las de un joven o una joven alemanes de la misma edad. Por este motivo, considero que una introducción demasiado íntima en las cuestiones alemanas (en tanto vaya más allá de las HJ y el BDM), no es necesaria⁴².

Otras de las iniciativas de entonces de Faupel fue la invitación por parte de la DSG a Alemania para una estancia de cuatro semanas con la finalidad de que conocieran las organizaciones nacionalsocialistas y, en particular, las HJ, de los tres mejores estudiantes de los cursos de alemán impartidos en la Universidad de Salamanca, como

⁴⁰ CASANOVA, Marina: *La Diplomacia Española durante la Guerra Civil*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996, p. 44.

⁴¹ GSTA, I.HA.Rep. 218, Nr. 436, Kurt Stoldt (DSG) a Dr. Petersen (Embajada alemana en Salamanca), 29.5.1937.

⁴² GSTA, I.HA.Rep. 218, Nr. 436, Carta de Kurt Stoldt (DSG) a barón von Brandt (DSG), 31.7.1937.

premio por su buen rendimiento en el aprendizaje de la lengua, experiencia que Faupel deseaba repetir en los años siguientes.⁴³

Siendo Faupel aún embajador, durante la última quincena de agosto de 1937 de nuevo tres chicas y un chico falangistas de edades comprendidas entre los dieciséis y los veinte años realizaron por invitación de la DSG una densa estancia en Alemania durante la cual visitaron diversas organizaciones nacionalsocialistas en diversas ciudades, donde también asistieron a numerosos actos culturales. Según el guía de viaje que acompañó a los invitados:

El grupo ha dejado en todos sitios la mejor impresión. En todo momento, se ha mostrado emprendedor e interesado por todo. Las jóvenes damas fueron amables y discretas. La señorita –BDM–, que ya en Marburg había establecido una estrecha amistad con sus camaradas españolas, no se cansaba de ampliar el vocabulario y el cancionero de sus camaradas femeninas y masculinos⁴⁴.

La destitución de Faupel como embajador de Alemania en la España de Franco comportó su reincorporación a la presidencia de la DSG, que se produjo en febrero de 1938⁴⁵. Aquel mismo mes, el agregado cultural de la embajada alemana en Salamanca, Rudolf Bobrick, remitió un informe al nuevo embajador Stohrer sobre la situación de la política cultural en España⁴⁶. En el informe, afirmaba, aún, que una victoria de la Falange revolucionaria representaría, gracias a que su ideología era la más parecida a la concepción del mundo nacionalsocialista, la mejor base para la construcción de una política cultural alemana en España. Este era el motivo por el cual, desde poco después del levantamiento nacional, la vinculación con la Falange por parte alemana se había mantenido tan estrecha como había sido posible. Era una muestra de ello que la Falange femenina con todas sus entidades, conjuntamente con la organización benéfica Auxilio Social –originalmente inspirada en el WHW–, se había construido y organizado sobre la

⁴³ La documentación sobre la organización de esta estancia en GSTA, I.HA.Rep. 218, Nr. 436, embajador Faupel (Salamanca) a Engelbrechten (DSG), 19.4.1937 y 28.6.1937; Stoldt (DSG) a Schütte (Bremen), 21.8.1937; DSG a Heinrich Danayko, *Akademische Auslandsstelle* (Oficina Académica para el Extranjero) (Munich), 21.8.1937; Stoldt (DSG) a Danayko (Dresden), 24.8.1937; Stoldt (DSG) a Schütte (Bremen), 24.8.1937.

⁴⁴ GSTA, I.HA.Rep. 218, Nr. 436, Heinrich Danayko (DSG), *Bericht über die Studienreise spanischer Abiturienten und Mitgleider der «Falange Tradicionalista de las JONS» vom 16.-31. August 1937 auf Einladung der DSG, organisiert vom Deutschen Akademischen Austauschdiens.*

⁴⁵ GSTA, I.HA.Rep. 218, Nr. 928, Engelbrechten (DSG) a Brandt (DSG), 24.1.1938.; GSTA, I.HA.Rep. 218, Nr. 395, Informe sobre la actividad de la DSG 1937-1938.

⁴⁶ PAAA, Botschaft Madrid, 615, Salamanca, febrero 1938, Bobrik, *Kulturbericht*. Para un análisis detallado de este informe, HERA (2002): *La política cultural...*, pp. 362-404.

base de las experiencias alemanas y siguiendo las pautas alemanas. Según Bobrick, no era raro que miembros de la Falange se dirigieran a instancias alemanas para pedir consejo sobre cómo habían de constituir una u otra organización. La influencia alemana en los círculos de los viejos falangistas hasta se había incrementado por la patente insatisfacción ante el Decreto de Unificación. Por este motivo, el agregado cultural consideraba que era necesario invertir todas las fuerzas en que Alemania mantuviese el lugar que había conquistado en relación con su influencia en España. Pero, con esta finalidad, proponía que, a partir de entonces, el trabajo que se había iniciado con la invitación de los círculos de la Falange se ampliase con la invitación de personalidades españolas de otros círculos.

En relación con Faupel, una vez retornado a la presidencia de la DSG, se produjeron algunos cambios en la composición de la junta directiva de la sociedad. Tal vez el más relevante fue la incorporación como vocales de Johannes E.F. Bernhardt y Anton Wahle, directores, respectivamente, de la Compañía Hispano-Marroquí de Transportes Ltda. (HISMA), y de la Sociedad de Compra de Mercancías y Materias Primas *Rohstoff und Wareneinkaufsgesellschaft m.b.H. (ROWAK)*⁴⁷. Las sociedades HISMA y ROWAK constituían durante la Guerra Civil la base del sistema compensatorio per mercancías del que dependían las relaciones económicas germano-españolas⁴⁸. Bernhardt, que era miembro de la AO, en julio de 1936 había transmitido en calidad de enviado de Franco la solicitud de ayuda armada de este a Hitler. Aquel mismo mes, se había fundado la HISMA con la finalidad inicial de disimular el transporte de tropas con aviones alemanes desde África a España. Pronto, sin embargo, esta sociedad asumió la organización en la parte española, del negocio de armas entre Alemania y España. En octubre de 1936, coincidiendo con la creación de la *Legión Cóndor*, se fundó la ROWAK, a la que se atribuyó la tarea de organizar comercialmente los envíos de materias primas y alimentos procedentes de España como pago por la ayuda militar alemana. La HISMA y la ROWAK llegaron a ejercer una especie de monopolio comercial al servicio de los

⁴⁷ IAI, F 00/10: 928, Acta de la asamblea de la Junta directiva de la DSG de 25.8.1938.

⁴⁸ ARIAS (2003): *La Legión Cóndor...*, pp. 301-303; BERNECKER, Walther L. (2002): «Alemania y España en la época del Nacionalsocialismo», en VEGA, Miguel Ángel/WEGENER, Henning (eds.): *España y Alemania. Percepciones mutuas de cinco siglos de historia*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 155-181, 166-169; LEITZ, Christian (1999): «Nazi Germany and Francoist Spain, 1936-1945», en BALFOUR, Sebastian/PRESTON, Paul (eds.): *Spain and the Great Powers in the Twentieth Century*, London/New Cork, Routledge, pp. 127-150, 131-134.

intereses alemanes. A partir de 1937, la HISMA adquirió en España importantes derechos sobre minas. En mayo de aquel año, cuando Faupel aún era embajador, había dicho a Franco que la ayuda alemana podía no llegar si los españoles dejaban de comerciar a través del sistema de Bernhardt⁴⁹. Podemos afirmar, por tanto, que con el retorno de Faupel la DSG pasó a integrar a los más destacados representantes de los intereses económicos nacionalsocialistas en España. Además de los directores de la HISMA y la ROWAK, también se incorporaron entonces como vocales de la junta directiva de la DSG un representante de la AO y otro del RMVP, cosa con la cual se ampliaba el control de la asociación por parte de las instancias del NSDAP y el Estado nacionalsocialista.

El retorno de Faupel a la presidencia de la DSG incidió, también, en un nuevo impulso a las actividades de la DSG y, a la vez, en un incremento del número de españoles que visitaron Alemania gracias a su mediación. Esto, a su vez, repercutió en un crecimiento del número de socios que, sólo entre mayo y agosto de 1938, pasaron de ser unos ochenta y cinco a noventa y ocho⁵⁰. Una innovación que se introdujo entonces por deseo expreso de Faupel fue el traslado de la sede de la asociación a los locales del IAI. Faupel lo justificó, no sólo para ahorrar el pago del alquiler y el sueldo de una secretaria, sino, sobre todo, porque con el traslado la DSG pasaría a disponer de la colaboración de los especialistas de las diversas secciones del IAI, lo que le permitiría llevar a término actividades culturales más ambiciosas⁵¹. Con el traslado, adquirió funciones de gerente quien ya lo era en el IAI, el jurista Dr. Hans-Joachim von Merkat, quien más tarde participaría como militar en la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, sería ministro con Adenauer. Aunque alguno de los colaboradores de Faupel, acabada la Guerra Mundial, afirmarían que este no había exigido la militancia nacionalsocialista a los trabajadores del IAI y la DSG⁵², fuese por iniciativa suya o por exigencia de la VzVE, lo cierto es que desde junio de 1938 la DSG empezó a reclamar a

⁴⁹ WHEALEY (1989): *Hitler and Spain....*, p. 81.

⁵⁰ La lista de socios en 31.5.1938, a IAI, F 00/10: 927. La cifra de socios en 25.8.1938, a GSTA, I.HA.Rep. 218, Nr. 395, Asamblea de la Junta directiva de la DSG en 25.8.1938. La lista de los nuevos socios en IAI, F 00/10: 928, Acta sobre la asamblea de la Junta directiva de la DSG de 25.8.1938.

⁵¹ IAI, F 00/10: 928, Carta de von Brand a Faupel, 1.8.1938; IAI, F 00/10: 928, Acta sobre la asamblea de la Junta directiva de la DSG de 25.8.1938; y IAI, F 00/10: 927, Informe anual sobre la actividad de la DSG 1938-1939, 1.4.1939.

⁵² GSTA, I.HA.Rep. 218, Nr. 380, Dr. Traugott Böhme, director del IAI comisariado por las fuerzas de ocupación de los EEUU, *Überblick über die Geschichte und Tätigkeit des Ibero-Amerikanischen Instituts Berlin*, 7.2.1946.

su personal y a los socios que le confirmasen la militancia a los «órganos del Movimiento»/«*Organe der Bewegung*»⁵³. Gracias a los datos transmitidos por estos sabemos que, como mínimo, dieciséis de los diecinueve integrantes de la junta directiva de 1938 eran socios del NSDAP o de alguna de sus organizaciones de masas.

El número de las actividades desarrolladas por la DSG a partir de la reincorporación de Faupel es ingente. El informe anual de 1938-1939 las clasifica en seis categorías: conferencias, recepciones, actos benéficos, exposiciones y otras, asesoramiento y apoyo, becas, trabajos científicos y otras⁵⁴. En un esfuerzo de adaptación a las directrices que había lanzado el agregado cultural a la embajada alemana en Salamanca en febrero de 1938, en este ejercicio pasaron por la DSG, no tanto jóvenes falangistas como hasta entonces, sino personajes relevantes del falangismo español que disfrutaban de la aprobación de Franco. Son ejemplos de ello, el prestigioso arqueólogo Julio Martínez Santa Olalla, quien en 1927-1931 había realizado una estancia en la Universidad de Bonn; Pilar Primo de Rivera, jefe de la Sección Femenina de la Falange; o la activa falangista fundadora del Auxilio Social, Mercedes Sanz-Bachiller y su colaborador Javier Martínez de Bedoya. Si bien los informes alemanes constatan que muchos de los que fueron invitados a viajar a Alemania volvieron impresionados y satisfechos, hay testimonios de algunos fracasos. Así, sabemos que Pilar Primo de Rivera volvió de su estancia en Alemania en abril de 1938 con impresiones desfavorables como consecuencia, entre otros, de una conversación con Alfred Rosenberg, quien le había dejado la impresión de que los alemanes eran muy irreligiosos⁵⁵. Sea como sea, y a pesar de las malas relaciones que había mantenido con Franco durante su paso por España, Faupel buscaba ahora influir en el falangismo español, pero acercándose a las autoridades franquistas que ya se perfilaban como triunfadoras de la Guerra Civil.

Los esfuerzos nacionalsocialistas para influir en España también tuvieron entonces otras manifestaciones. En septiembre de 1938 llegó a Burgos el nuevo representante de la agencia de noticias alemana Transocean, la misión de la cual era

⁵³ Diversas fichas enviadas entre junio y diciembre 1938 a la DSG por los socios con los datos solicitados al IAI, F 00/10: 928.

⁵⁴ IAI, F 00/10: 927, Informe anual de la DSG 1938-1939, 1.4.1939.

⁵⁵ MERKES (1969): *Die deutsche Politik...*, pp. 252-253.

servir descaradamente a la propaganda nazi en España y la América Latina⁵⁶. Gracias a un acuerdo conseguido con las autoridades francesas, Transocean se convirtió en la única agencia extranjera que tenía el privilegio de poder insertar directamente sus comunicados en la prensa española. Cuando en 1940 se crearía la agencia oficial EFE, se convendría en firmar los comunicados a partir de entonces con las siglas de la agencia española seguidas de las letras S.E.T., que significaban Servicio Especial Transocean.

Pero, a pesar de los esfuerzos nacionalsocialistas, a finales del mismo mes de septiembre de 1938, poco después de la crisis de los Sudetes, cuando la guerra en Europa parecía inminente, el gobierno de Franco declaró apresuradamente la neutralidad «benevolente» ante un eventual conflicto general. Los mandatarios españoles consideraban que era prioritario derrotar a los republicanos, quienes en julio habían iniciado de manera inesperada la ofensiva en el Ebro, y que esto sería imposible si su ejército se implicaba en una guerra en Europa. La reacción de Berlín fue muy negativa. Quizá para compensarlo, a finales de diciembre de aquel año el Ministro de Asunto Exteriores de Franco, Jordana, comunicó que había llegado el momento de reemprender las negociaciones para la firma de un Tratado de Amistad. El embajador alemán Stohrer aprovechó la buena disposición española para proponer a Jordana la entrada de España en el Pacto Anti-Komintern, tal como había querido en su momento Faupel. En febrero de 1939, Franco respondió afirmativamente a las dos invitaciones alemanas. Ambos acuerdos, que se firmaron a finales del mes de marzo, aunque se mantuvieron secretos, marcaron un hito en la senda pro-Eje de la España franquista.⁵⁷

El fin de la Guerra Civil española en abril de 1939, con el triunfo del general Franco, abrió una nueva coyuntura para la DSG, que esta se prometía como muy esperanzadora de cara a incrementar su protagonismo. Ya poco antes del fin de la Guerra Civil, la DSG se atrevía a solicitar un incremento de su presupuesto aduciendo que, «La ayuda ofrecida a España por parte alemana ha contribuido de manera esencial al triunfo del General Franco. Si queremos aprovechar política y económicamente este éxito [...] entonces debemos reforzar de manera especial [...] nuestro trabajo con España [...] La consideración de la Sociedad por parte española ha crecido en el transcurso de los últimos años de tal forma que no pasa ni un solo día sin que un número destacado de españoles y españolas [...] se dirija a la Sociedad. La embajada española

⁵⁶ GARRIGA (1965): *Las relaciones secretas...*, pp. 56-60; ROS (2002): *La guerra secreta...*, pp. 274-275.

⁵⁷ ROS (2002): *La guerra secreta...*, pp. 29-34.

reconoce la efectividad de la Sociedad de manera extraordinaria y en los últimos tiempos trabaja estrechamente con ella de manera conjunta. También las delegaciones oficiales y personalidades privadas alemanes se dirigen en proporción cada vez mayor con solicitudes de información y colaboración a la Sociedad»⁵⁸.

Conclusiones

El estallido de la Guerra Civil española hizo más relevantes las relaciones germano-españolas a los ojos de las autoridades nacionalsocialistas, ya que abría la oportunidad de buscar entre los rebeldes franquistas aliados para la causa nacionalsocialista. Si bien hasta entonces las relaciones entre el NSDAP y la Falange habían sido muy limitadas, a partir de aquel momento la intensificación de los contactos adquirió importancia. Esta circunstancia brindó a Faupel, presidente de la DSG, la anhelada oportunidad de convertir a la sociedad en mediadora destacada de las relaciones entre, por un lado, los españoles del bando franquista, y en particular los círculos falangistas que eran sensibles a la causa del fascismo y el nacionalsocialismo, y, por otro, las instancias estatales y del partido en Alemania. En síntesis, en el transcurso de la Guerra Civil pueden distinguirse tres etapas en relación con las relaciones entre la DSG y la Falange.

Siguiendo las directrices del NSDAP, desde el estallido de la Guerra Civil hasta el reconocimiento del gobierno de Franco por parte de la Alemania nacionalsocialista a finales de 1936, la actividad de la DSG se centró en dar apoyo a la Falange en Alemania.

Ello no obstante, a partir del nombramiento de Faupel como primer embajador alemán en la España franquista, las autoridades nacionalsocialistas pasaron a dar prioridad a influir en los círculos de la Falange en España. En esta coyuntura, Faupel se acercó a los sectores más radicales de Falange por lo que hacía a la reivindicación de reformas sociales en España y posicionamiento crítico ante la Iglesia. En esta estrategia, Faupel prescindió de la aprobación de Franco y de sus círculos más allegados. El afianzamiento de Franco en el poder y la reorganización bajo su comando de la Falange en abril de 1937 puso cada vez más trabas a la actuación indisciplinada de Faupel. Finalmente, la falta de subordinación de las relaciones de Faupel y la DSG

⁵⁸ IAI, F 00/10: 927, Justificación del presupuesto 1939/1940 de la DSG, 14.3.1939.

con la Falange a las directrices de las autoridades franquistas fue uno de los factores clave que explican su destitución como embajador el verano de 1937.

Desde los inicios de 1938, Faupel retornó a la presidencia de la DSG. Desde esta posición, se adaptó a la nueva situación española, que prefiguraba cada vez más la victoria franquista en la Guerra, y optó entonces por concentrar la actuación de la Sociedad en atraer a falangistas destacados con cargos en el gobierno de Franco y que, por tanto, disfrutaban de su favor.

El fin de la Guerra Civil, con la victoria franquista, abriría una esperanzadora coyuntura para la intensificación de las relaciones germano-españoles que, ello no obstante, pronto se vio enturbiada por el estallido de la Segunda Guerra Mundial y, particularmente, por el pacto germano-soviético, que complicaría las relaciones institucionales entre ambos países. De todas formas, la invasión de la URSS por Alemania el verano de 1941 permitió reactivar nuevamente y de forma espectacular las relaciones germano-españolas y las actividades de la DSG. En cambio, el distanciamiento de Franco de las fuerzas del Eje desde finales de 1943 redujo nuevamente y de manera progresiva la actividad de la sociedad.

Cuando las tropas aliadas ocuparon Berlín en mayo de 1945, pusieron bajo su custodia el edificio del IAI y la DSG. Poco más tarde, las tropas de los Estados Unidos se incautaron de las propiedades y archivos y nombraron un director comisariado con el encargo de estudiar las responsabilidades del IAI en el régimen nacionalsocialista. Ello no obstante, este encargo no se extendió a la DSG, motivo por el cual el comisario no informó sobre la Sociedad⁵⁹. Esto explica por qué hasta ahora hemos sabido tan poco sobre la actuación de la DSG.

⁵⁹ Finalmente, las actas de la DSG fueron depositadas juntamente a las del IAI en los *U.S. National Archives* en Washington y microfilmadas. Actualmente, los microfilms se encuentran en el IAI de Berlín y los documentos originales en el *Geheimes Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz* (GSTA).

ARTÍCULOS, REFLEXIONES Y MIRADAS SOBRE EL HUEVO DE LA SERPIENTE. EL FASCISMO VISTO DESDE LA VEU DE CATALUNYA*

Alfons Jiménez Cortacans
Universitat de Girona

Cuando Benito Mussolini se hizo con el poder del Estado italiano durante el año 1922, el fascismo se dio a conocer como movimiento político de factura reciente y protagonizado mayoritariamente por jóvenes en toda Europa, en un momento de tránsito de los sistemas liberales hacia los demócratas, en el momento en que las masas estaban apareciendo en la escena política como protagonistas, añadiendo complejidades a sistemas decimonónicos que no alcanzaban a dar respuestas sólidas para los nuevos desafíos del siglo XX. En los decenios de entreguerras los viejos sistemas de representación de élites eran vulnerables y habían empezado a imponerse otros de signo totalitario que habían encontrado propuestas para la nueva sociedad de masas.

Esta comunicación tiene el objetivo de presentar las diferentes opiniones y análisis sobre el fascismo que se escribieron en *La Veu de Catalunya*, órgano de propaganda del nacionalismo conservador catalán, La Lliga Regionalista, entre los años 1922 y 1936. A lo largo del tiempo cambiaron en un doble sentido o se fueron definiendo progresivamente. Por una parte, porque el fascismo italiano se fue definiendo y construyendo a lo largo de todos estos años hasta articularse como un sistema totalitario. Por la otra, los artículos sobre el fascismo que se escribieron en *La Veu* cambiaron de tono según la situación catalana y española del momento. No fue lo mismo opinar sobre fascismo durante el inicio de la dictadura de Miguel Primo de Ribera que al comenzar la Segunda República española.

El primer fascismo en Roma visto desde Catalunya

La potencia y fortaleza del movimiento fascista, la pasión nacionalista y el sometimiento participativo de las masas al líder, cautivó a diferentes escritores de *La*

* Este artículo no hubiese sido escrito de la misma manera sin los conocimientos y consejos de Maxi Fuentes y la consulta de su tesis doctoral: FUENTES, M.: *Un viaje por los extremos. Eugeni d'Ors, entre la Gran Guerra y el fascismo (1914-1923)*, Girona, Universidad de Girona, 2011.

Veu, que observaban el nuevo movimiento italiano desde Catalunya. Sin embargo, a la par, se opusieron al paganismo fascista, repudiaron la violencia de los camisas negras y lamentaron la brutalidad de las formas políticas crecientemente totalitarias. Esteve Roldán, en el año 1922, lamentaba que Mussolini utilizara formas violentas y le entristecía que «en el cor del món», en Roma, en la ciudad del Vaticano, templo de paz y caridad, se impusiera el fascismo¹. Acusaba el nuevo régimen de ser una ideología muy parecida al comunismo y opinaba que la sensatez perdida en Italia sólo podría recuperarse con un nuevo acercamiento al catolicismo². Roldán manifestó en sus cartas desde la capital italiana el temor ante un nuevo movimiento político de signo desconocido hasta entonces.

El joven escritor, Josep Pla, en cambio, se dejó llevar por la ilusión de una nueva ideología política capaz de conseguir el favor de las masas y describió algunos de los aspectos positivos del fascismo, aunque siguió confiando en el Partido Popular de Dom Luigi Sturzo como la mejor opción de Italia. Todo lo contemplaba bajo el prisma de la construcción nacional. Los municipios y sus gentes de espíritu religioso y católico debían ser la argamasa del sentimiento nacional y, en ese caso, la doctrina de Dom Sturzo le pareció un ejemplo³. La lengua no era menos importante⁴. A nivel europeo, la democracia cristiana, que en Italia estaba representada por Dom Sturzo, debía unirse para combatir dos internacionalismos, el socialismo y el capitalismo judío⁵. «Aquest viatge representa el primer pas eficaç per a unir en una Internacional blanca els partits catòlics nacionals del món, per a promoure una Internacional sindicalista-cristiana per a contrarestar la Internacional socialista i la no visible però existent –per desgràcia– Internacional del capitalisme jueu». Tanto el interés por la construcción nacional, como la voluntad de superar la oposición entre capitalismo y socialismo, tuvieron nuevas vías de desarrollo en el fascismo que terminaron por interesar a Pla.

En el verano del año 1922, el joven Pla estaba en Italia y enviaba crónicas del ascenso continuo del fascismo⁶. Relató la confrontación violenta entre socialistas y

¹ ROLDÁN, E.: «Roma. Eternitat», *La Veu de Catalunya*, 12-IX-1922.

² ROLDÁN, E.: «Esguardant l'esdevenidor», *La Veu de Catalunya*, 21-IX-1922.

³ PLA, J.: «Cròniques d'Itàlia. La força del Partit Popular: el municipalisme», *La Veu de Catalunya*, 27-VI-1922.

⁴ PLA, J.: «Cròniques d'Itàlia. Les raons en la qüestió de l'Adriàtic», *La Veu de Catalunya*, 17-VI-1922.

⁵ PLA, J.: «D'Itàlia estant. La substància del PPI», *La Veu de Catalunya*, 07-VII-1922.

⁶ Sobre Josep Pla ver PLA, X.: *Josep Pla, ficció autobiogràfica i veritat literària*, Barcelona, Quaderns Crema, 1997.

fascistas. Le pareció que la nueva ideología había nacido por un «fet simpàtic: posant-se al costat de la població mig famolenca de les ciutats contra els grans propietaris rurals». La preocupación social estaba, pues, en el origen del nacimiento del fascismo. También apuntó que si el socialismo no se hubiera opuesto a la «fatalitat històrica de la guerra» estaría gobernando Italia desde el final de la Primera Guerra Mundial⁷.

El socialismo, pues, no había conseguido tener éxito por la oposición belicista llevada a cabo por los nacionalistas. El fascismo, en cambio, movimiento nacionalista, contenía preocupación social en sus gérmenes. Representaba la aparición de la clase media en la arena política. «Fou el moment –escribia Pla– que la classe mitjana, l'única que havia estimat la guerra, perquè era l'única que en sabia els dolors, es redreçà contra el socialisme i el conservadorisme alhora. Contra el socialisme defensà la guerra i contra els governs burgesos la necessitat d'una política realista i la necessitat de treure l'Estat del marasme en què jeia»⁸.

El fascismo aparecía como un movimiento revolucionario de síntesis ideológica superior al comunismo. «Ultra la revolució comunista, que hauria estat desastrosa, el feixisme, retornant a la idea clàssica de la nació, en el seu sentit més esquàlid, ha salvat potser la unitat italiana»⁹. El escritor de Palafrugell creía que la política italiana se dirigía a una confrontación inevitable entre el socialismo, que definía como movimiento extranjero a la península italiana, o el fascismo, que había caracterizado como despertador del alma nacionalista.

El reportero catalán elogió diferentes aspectos del nuevo movimiento, su fortaleza debía superar la decadencia del sistema liberal. «El règim parlamentari com a tots els països meridionals, és un desastre, una font continuada de mals exemples i d'egoïsmes de partit o de classe. La substància de la nació, per contra, és magnífica: el poble és apassionat, gens escèptic, ple d'emocions verges i de generositat (...). Un poble així mereixeria altres homes, certament»¹⁰. El nacionalismo era el fermento del fascismo y, para Pla, eso tenía un gran potencial.

Definió el poder del nacionalismo fascista como un movimiento renovador que lo invadía todo en julio del año 1922. «Qui pot oposar-se avui a aquesta reacció, a aquest

⁷ PLA, J.: «Cròniques d'Itàlia. Feixisme contra socialisme», *La Veu de Catalunya*, 15-VII-1922.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

¹⁰ PLA, J.: «La sorollosa caiguda del ministeri Facta», *La Veu de Catalunya*, 24-VII-1922.

corrent d'anarquisme patriòtic que ho inunda tot?»¹¹. De Mussolini, recordaba «sobretot, els ulls, vivíssims, sobre una cara popular i normal i l'aire de tota la persona ple de distinció, de finesa abundant. Un perfil sobri que fa pensar amb un italià filtrat, saxonitzant. I un gran front»¹². Mussolini era definido como un líder carismático de masas con un pensamiento «sempre ferm i coherent, en cada cas i en cada qüestió»¹³.

Benito Mussolini consigue el poder en Italia

Cuando las camisas negras de Mussolini marcharon sobre Roma, el enviado especial a Italia de *La Veu de Catalunya* era Joaquim Pellicena y Camacho. Periodista, director del periódico referenciado, y político de La Lliga como concejal en Barcelona y diputado a Cortes por la ciudad condal. Residió durante años en Filipinas. El periódico explicó que el cambio político acontecido había sido consecuencia de la voluntad «unànime» del pueblo italiano¹⁴.

Las críticas de Esteve Roldán contra el primer fascismo de oposición en las calles italianas habían sido superadas por la solidez que da conseguir el poder y, entonces, era definido como «una força política hàbil i preparada per portar els destins d'un poble»¹⁵. El dictador aparecía como un político de orden¹⁶. Los conservadores Ramon Sala y Rodolf Serrao se declararon abiertamente admiradores de Mussolini¹⁷. Eduardo Aunós pronosticó que el fascismo triunfaría en Europa sobre el comunismo¹⁸. Miquel Cabdevila se convirtió en un seguidor del fascismo, le apasionaba esa nueva «divina malaltia de passió» y apostaba porque los catalanes tenían que «contagiar-se i commoure's per la noble enveja»¹⁹.

Los conservadores catalanes se dieron cuenta de que el fascismo había conseguido un gran poder utilizando el nacionalismo. El periodista Pellicena Camacho, en un primer momento, elogió el fascismo como movimiento nacionalista. «El

¹¹ *Ibid.*

¹² PLA, J.: «De la Itàlia. Mussolini», *La Veu de Catalunya*, (07-VII-1922).

¹³ *Ibid.*

¹⁴ «La reforma del parlament italià», *La Veu de Catalunya*, 10-I-1923.

¹⁵ «Política italiana. Davant les eleccions», *La Veu de Catalunya*, (09-II-1923).

¹⁶ «Itàlia i Iugoslàvia», *La Veu de Catalunya*, 15-II-1923.

¹⁷ «El feixisme en acció. Un míting sense precedents», *La Veu de Catalunya*, 04-I-1923; «Benet Mussolini i el seu govern. Una entrevista amb Rodolf Serrao», *La Veu de Catalunya*, 24-XI-1922.

¹⁸ AUNÓS, E.: «La conferència d'en Eduard Aunós», *La Veu de Catalunya*, 26-II-1923.

¹⁹ CAPDEVILA, M.: «Un poble en febre», *La Veu de Catalunya*, 28-X-1923.

sentiment de pàtria, com l'amor a la família, és un sentiment humà naturalment, peronament humà, superior i anterior a totes les idees, a totes les conviccions»²⁰. Estaba convencido de que Mussolini había tenido éxito por haber basado su movimiento en el patriotismo²¹. El fascismo fue conductor para que «un poble que definitivament s'havia retrobat a si mateix en les sines més fondes de la seva existència nacional»²². Anunciaba el inicio de una nueva era, «extremisme amarat de romàntic somiar (...) que caracteritza tots els moviments revolucionaris»²³.

Mientras los conflictos sociales y el pistoleroismo eran males endémicos en las calles de la ciudad de Barcelona, Mussolini parecía ser capaz de conseguir implantar una política de orden en Italia, que complacía a los conservadores catalanistas de *La Veu*. Pellicena i Camacho lo explicaba: «El cap del feixisme destructor d'abans, afirma, des de la Presidència del Consell de ministres, la necessitat d'una política d'autoritat, d'ordre, de legalitat i de submissió, etapes de grandesa i de vida, i en manifesta la voluntat de realitzar-la plenament. De persistir en aquesta posició superior del governant i estadista, devindrà l'home de demà i de sempre»²⁴. Le impresionó la estructura rígida, jerárquica y eficaz del Partido Fascista²⁵.

El órgano de difusión del pensamiento conservador y catalanista estaba impresionado por el despliegue de la estética fascista en Italia. Las tropas, los símbolos y los uniformes del congreso de Nápoles. La violencia organizada y la rápida victoria de la marcha sobre Roma. Fueron conscientes de que el poder de la estética fascista impregnaba las masas y llegaba a todos los rincones de la nación. Los actos fascistas estaban organizados, las masas eran protagonistas y las calles se convertían en la representación viva de una idea política. «L'arribada contínua de forces feixistes per tots els mitjans de locomoció: a peu, en tren, a cavall, en bicicleta, en automòbil, en aeroplà»²⁶.

A nivel internacional, el fascismo facilitaba las cosas a el anticomunismo. Dieron crédito a los fascistas que se presentaban como la antítesis del régimen soviético.

²⁰ PELLICENA I CAMACHO, J.: «De Nàpols a Roma», *La Veu de Catalunya*, 27-X-1922.

²¹ PELLICENA I CAMACHO, J.: «El feixisme i la Itàlia», *La Veu de Catalunya*, 17-XI-1922.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*

²⁵ PELLICENA I CAMACHO, J.: «El perill feixista», *La Veu de Catalunya*, 17-X-1922.

²⁶ «Del Congrés feixista de Nàpols», *La Veu de Catalunya*, 28-X-1922.

Cuando, a partir del día 29 de octubre, Mussolini ocupó el cargo de presidente del gobierno en Italia, Pellicena escribió que había «triomfat la dictadura del feixisme. Roma és el contracop de Petrograd. Mussolini esdevé la contrafigura de Lenin. Roma, on va néixer el concepte del dret que ha informat durant segles la cultura occidental i ha superat les tragèdies de la història, havia d'ésser, naturalment, la seu on fos negada la concepció comunista que amenaçava destruir de Moscou estant, la mil·lenària civilització europea». Estaba convencido de que «a la negació del sentiment de pàtria a Moscou, negació teòrica, ha seguit l'afirmació apoteòsica del sentiment de pàtria a Roma»²⁷.

En *La Veu*, pues, hubo diferentes elementos del fascismo que se caracterizaron de manera positiva. Era una ideología que tenía el nacionalismo como su raíz más honda. La estética fascista que connotaba el poder de una nación joven dispuesta a defender un lugar en el mundo. La jerarquía y rigidez del Partido Fascista. La fuerza de un líder con todo el poder. La oposición visceral contra el comunismo. El fascismo, en definitiva, había encontrado nuevas vías para activar las masas a favor del orden establecido, sin debilitar estructuras sociales ni económicas.

Sin embargo, también advirtieron sobre los peligros que se cernían sobre Italia y Europa, si algunos de los principios fascistas se consolidaban como modos de actuación política. Pellicena advirtió que la simbología del fascismo recordaba «expressament la idea de les antigues legions romanes. I és que el feixisme vol ressuscitar l'esperit imperial de Roma»²⁸. El imperialismo y el belicismo italiano, advertía Pellicena, comportaría violencia en Roma y el surgimiento de turbulencias internacionales²⁹. El enviado especial de *La Veu* se acabó convirtiendo en un detractor del fascismo. Denunció que el partido de Mussolini actuaba al margen de la legalidad y criticó con contundencia que el dictador italiano utilizase los mismos métodos violentos que Lenin en Moscú³⁰. La aparición del nazismo en Alemania, después del golpe de la cervecería de Múnich, le intranquilizó aún más. El partido de Hitler era la «la força més temeràriament revolucionària que hi ha Europa. Volen cremar-ho tot, i si els deixen fer, acabaran, almenys, calant foc a Alemanya, que és el que tenen més a

²⁷ PELLICENA I CAMACHO, J.: «La victòria de Mussolini», *La Veu de Catalunya*, 31-X-1922.

²⁸ PELLICENA I CAMACHO, J.: «La dictadura feixista», *La Veu de Catalunya*, 30-X-1922.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ PELLICENA I CAMACHO, J.: «El discurs de Mussolini» dins *La Veu de Catalunya*, 17-XI-1922.

mà»³¹. Los conservadores de La Lliga se distanciaron del fascismo extremista revolucionario de manera lenta y débil³².

La primera fascistización

En septiembre del año 1923, tanto la pujanza flamante del fascismo italiano, como la imposición de una dictadura militar en España, crearon un ambiente propicio para la penetración de algunas ideas defendidas por el nuevo movimiento liderado por Mussolini. En *La Veu* publicaron que el golpe de Estado del 13 de septiembre de Miguel Primo de Rivera había sido tan necesario como oportuno³³. Catalunya habría repudiado el sistema de la Restauración, que aparecía como «antipàtic a tots els segments de l'opinió catalana». Se habría llegado «a un grau que no podia empitjorar i qualsevol canvi constituïa una esperança i una millora»³⁴. La acción militar, pues, habría sido recibida con entusiasmo, aunque con cautela. Por ello, advertían que cualquier nuevo régimen tendría que respetar las particularidades catalanas, si pretendía su participación activa y comprometida en un proyecto político compartido. Precisamente, una de las razones aducidas sobre el fracaso del régimen de la Restauración habría sido ignorar las «justes demandes» de Catalunya³⁵.

El inicio del Directorio fue interpretado como una oportunidad de acrecentar el autogobierno catalán por los dirigentes conservadores. «Vivim unes hores històriques. Tots tenim interès vivíssim que el passat no torni. Els catalans tenim el dret i el deure de treballar per tal que el nou estat de coses que sigui creat a Espanya resulti tan avantatjós com puguem per a Catalunya. Cal restar atents a totes les inspiracions de l'actualitat per tal que el pas donat no signifiqui per a nosaltres un retrocés, sinó un avançament».³⁶ La colaboración catalana sería formidable si se respetaban las prerrogativas regionales, «tindria sens dubte l'adhesió íntima de Catalunya

³¹ «La crisi de la unitat», *La Veu de Catalunya*, 12-XII-1923.

³² «L'eixorquia dels extremismes», *La Veu de Catalunya*, 12-I-1923. Y «La crisi del feixisme», *La Veu de Catalunya*, 16-X-1923.

³³ «¿Trae usted la lista?», *La Veu de Catalunya*, 15-IX-1923.

³⁴ «El cop d'Estat militar», *La Veu de Catalunya*, 13-IX-1923.

³⁵ «Serenitat i expectació», *La Veu de Catalunya*, 13-IX-1923.

³⁶ «Serenitat i circumspecció», *La Veu de Catalunya*, 20-IX-1923.

sobrepasant l'habitual formular i estricte respecte als poders constituïts»³⁷. El Directorio debía dar «a les regions tota la força i la llibertat»³⁸.

Los dirigentes de La Lliga opinaban que Catalunya podía contribuir al sueño de una España grande. «Tots desitgem poder col·laborar en la grandesa comuna de la terra hispànica. Companys nostres ho han intentat i el desengany els ha allunyat de l'obra. Nosaltres creiem també que el mitjà de comú convivència i actuació en el moment actual seria crear la regió forta i amb mitjans propis»³⁹. España debía ser un imperio de regiones distintas.

El Directorio pronto desvaneció dudas y se confirmó como un régimen centralista. Se implantaron distintas medidas que trajeron malestar y quejas en *La Veu*⁴⁰. Se denunció la censura, la imposición del castellano y la marginalización del catalán⁴¹. Los conservadores catalanes se lamentaron amargamente de ataques contra la identidad catalana. Prudenci Bertrana escribió un relato breve sobre dos mudos que hablaban en la calle con gestos. Le pareció que eran los únicos que podían expresarse con libertad⁴².

En Barcelona, el fascismo también fue interpretado por grupos nacionalistas españoles para implantar un Estado fuerte y liquidar el catalanismo. El grupo *La Traza* imitaba las formas fascistas y sobre todo fue un reducto de ultranacionalismo español.⁴³ Tenían un vago conocimiento de las ideas fascistas, tal y como se evidencia en las páginas de su publicación homónima. Tampoco disponían de un partido organizado para la acción. En *La Veu*, el nuevo grupo fue interpretado como «una traducció espanyola del feixisme»⁴⁴.

La primera noticia de La Traza apareció en el periódico madrileño *El Sol*. En *La Veu* se hicieron eco de su manifiesto fundacional: «España no morirá (...) La Traza (...)

³⁷ «El nou regime i el problema de Catalunya», *La Veu de Catalunya*, 15-IX-1923.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ «El govern del Directori», *La Veu de Catalunya*, 18-IX-1923.

⁴⁰ «La nostra dissort», *La Veu de Catalunya*, 06-X-1923. Y «Guspires de l'Antic Règim», *La Veu de Catalunya*, 28-X-1923.

⁴¹ «Les "evolucions" polítiques de la Unió Monàrquica Nacional», *La Veu de Catalunya*, 16-X-1923. Y «Les lliçons de l'experiència», *La Veu de Catalunya*, 10-X-1923.

⁴² BERTRANA, P.: «Els dos muts», *La Veu de Catalunya*, 10-X-1923.

⁴³ CULLA, J.B.: «L'extrema dreta a Catalunya durant la República. Els ultres d'abans de la guerra», *L'Avenç*, núm. 6, (1977). Y BENGOCHEA, S. y REY, F.: «En vísperas de un golpe de Estado. Radicalización patronal e imagen del fascismo en España», TUSELL, J., PECHARROMÁN, J.G. y MONTERO, F.: *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, UNED, Madrid (1992), pp. 301-325.

⁴⁴ «Una traducció espanyola del feixisme», *La Veu de Catalunya*, 24-III-1923.

recoge del suelo la bandera española (...). Aspiramos, en nuestra ilusión de hombres jóvenes, a que nuestra generación deje un rastro glorioso a su paso por la Historia».⁴⁵ Tal como afirmaba la propaganda fascista de Roma, los hombres de La Traza también pretendían recuperar un imperio pasado y establecer una dictadura: «Cuantos obstáculos al resurgimiento de la patria encuentren los tracistas serán derribados. Los afiliados se someterán al reglamento interior y jurarán cumplirlo. Un sólo hombre, asesorado por los tracistas que sean necesarios, determinará toda acción»⁴⁶.

Era un buen momento para la expansión de las ideas fascistas por España. Una de las primeras acciones que Miguel Primo de Rivera emprendió cuando se convirtió en dictador, fue la visita protocolaria a Italia acompañado por el monarca español Alfonso XIII. El Rey, tal y como es conocido, presentó al dictador como el nuevo Mussolini español. Los corresponsales de *La Veu* vitorearon la bienvenida de los fascistas a la comitiva española⁴⁷.

La fuerza de movilización fascista tenía un poder estético embriagador: «Multitud de carruatges i tots els tramvies, han estat guarnits amb banderetes espanyoles i italianes. Els carrers per on ha de passar la comitiva, han estat coberts per sorra groga, donant la impressió d'un immens tapís d'or»⁴⁸. Publicaron los elogios de Primo de Rivera a Mussolini: «La vostra figura ja no és italiana solament, sinó mundial: sou l'apòstol de la campanya dirigida contra la dissolució i l'anarquia que anava a iniciar-se a Europa. Heu sabut parlar al cor del poble, d'aqueix poble al qual es volia encaminar fraudulentament cap al mar i amb la vostra eloqüència arrabassadora, l'heu guanyat ràpidament per a la causa de l'ordre, del treball i de la justícia»⁴⁹.

El periódico *Le Temps* en París difundió la noticia de la buena sintonía entre los regimenes dictatoriales de Italia y de España⁵⁰. *La Veu* no sólo destacó el acercamiento entre las dos naciones, sino también las coincidencias ideológicas y doctrinales entre los dos sistemas⁵¹. «El viatge de Roma ha tingut un aspecte de caràcter religiós que

⁴⁵ «La Traza», *La Veu de Catalunya*, 24-III-1923.

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ «El viatge dels Reis d'Espanya a Itàlia», *La Veu de Catalunya*, 19-XI-1923.

⁴⁸ «El viatge dels Reis d'Espanya a Itàlia», *La Veu de Catalunya*, 20-XI-1923. Y «Els Reis d'Espanya a Roma», *La Veu de Catalunya*, 21-XI-1923.

⁴⁹ «Els Reis d'Espanya a Roma», *La Veu de Catalunya*, 20-XI-1923.

⁵⁰ «Espanya i Itàlia, Anglaterra i França. *Le temps*», *La Veu de Catalunya*, 01-XII-1923.

⁵¹ «Els Reis d'Espanya a Roma», *La Veu de Catalunya*, 22-XI-1923. Y «Els Reis d'Espanya a Roma», *La Veu de Catalunya*, 23-XI-1923.

encaixa molt bé amb la fe i la història del poble espanyol».⁵² En aquellos momentos el régimen de Primo de Rivera hubiese podido adoptar las formas y contenidos del fascismo italiano. Era una posibilidad pensable como probable. Ante esta hipótesis, en *La Veu* no hubo argumentos ni contra el fascismo ni a favor de un sistema liberal. La estancia en Roma del monarca español les suscitó recuerdos imperiales: «El viatge dels Reis d'Espanya a Itàlia, evocador de les gestes històriques de la dinastia catalana, ofereix un viu interès a tots els pobles ibèrics que poden considerar la mar Mediterrània verament com a *mare nostrum*»⁵³. No de manera casual, el día 24 de noviembre de 1923, Llorenç Riber relataba la aventura del conde Ramón Berenguer por tierras italianas durante el siglo XII⁵⁴.

En las páginas de *La Veu* el fascismo aún podía serlo todo. Podía ser un nuevo movimiento imperial, jerárquico y de orden. La fascinación por la estética fascista embriagó al dictador Miguel Primo de Rivera temporalmente y contagió a los corresponsales del rotativo catalán. El fascismo también podía ser el instrumento de los españolistas barceloneses de siempre, agrupados ahora bajo un nombre nuevo, La Traza, para sostener una vieja batalla con nombres distintos.

Cuando Primo de Rivera llegó de Italia con el Rey Alfonso XIII su barco atracó en Barcelona. Fue el momento de gloria de La Traza. Había concentrado trescientos manifestantes uniformados con camisa azul en el puerto. Formaban diligentemente y saludaban a la romana. Escoltaron el coche del dictador. En *La Veu* hablaron del acontecimiento. «Aquest cotxe –el de Primo de Rivera– anava voltat per un centenar de membres de l'organització La Traza, amb camisa blava i un distintiu»⁵⁵. En la publicación catalana fueron muy críticos contra este grupo. Combatieron el ultranacionalismo castellanista. Opinaron que habían escrito un manifiesto enrevesado. Advirtieron que un nuevo grupo clandestino sólo embrutecería aún más la atmósfera violenta de la ciudad. En paralelo, elogiaron la fuerza del fascismo italiano y, sin embargo, no encontraron nada positivo en el primer grupo que lo defendía como posibilidad para España. La razón principal había sido que el fascismo cuando llegó a Catalunya había resultado ser españolista.

⁵² «Declaracions d'en Primo de Rivera», *La Veu de Catalunya*, 02-XII-1923.

⁵³ «L'actualitat mediterrània», *La Veu de Catalunya*, 21-XI-1923.

⁵⁴ RIBER, L.: «Un altre viatge triomfal a Itàlia», *La Veu de Catalunya*, 24-XI-1923.

⁵⁵ «Els Reis d'Espanya a Barcelona», *La Veu de Catalunya*, 01-XII-1923.

El totalitarismo arrasa con todas las fronteras legales

El avance del totalitarismo en Italia provocó diferentes conflictos con las otras fuerzas políticas y contra el catolicismo legalista y constitucional del Partido Popular de Dom Luigi Sturzo. Joaquim Pellicena, que en un primer momento había escrito algunos de los puntos fuertes del fascismo, escribió que «el Partit Popular no es fondrà, doncs, amb el feixisme. Conservarà la seva personalitat política i la seva independència ulterior i tot i participant en el govern, romandrà una mica al marge de l'anècdota feixista»⁵⁶. Reivindicó que el Partido Popular era «l'únic partit italià, que, en plena dictadura feixista, tot i insistint en una col·laboració lleial amb el govern de Mussolini, ha proclamat la seva personalitat política i la seva fe en la democràcia constitucional»⁵⁷. Cuando en el año 1923, Dom Sturzo amenazó con dejar de colaborar con el gobierno Mussolini, los conservadores de La Lliga estuvieron del lado de la legalidad demócratacristiana⁵⁸. Y estuvieron al lado del viejo político italiano cuando se decidió a dimitir, después de comprobar que el fascismo no estaba dispuesto a renunciar a aglutinar todo el poder⁵⁹.

El respeto al ordenamiento moral y legal alejaba los pensadores de La Lliga de la propuesta fascista llena de pasión e ímpetu. El gobierno fascista no sólo no había conseguido acabar con la conflictividad en las calles de Roma, sino que los conflictos y desórdenes habían aumentado. Cuando Mussolini actuaba de modo pragmático y no se dejaba llevar por el furor de la demagogia populista, lo aplaudían, y no tenían inconveniente en señalar el mérito de una gestión estable⁶⁰. Jaume Cabrera estaba convencido de que el fascismo respetaría la legalidad liberal y no avanzaría, pues, hacia el arbitrio y el totalitarismo. Pensaba que Mussolini respetaría las instituciones italianas: «Els diaris feixistes han assenyalat ben clarament que sense destruir l'estatut ni les institucions parlamentàries hi ha marge per a implantar reformes d'importància». En *La Veu* se echaba la culpa a las tropas fascistas y se exculpaba el

⁵⁶ PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí internacional. Dom Sturzo i Mussolini», *La Veu de Catalunya*, 14-IV-1923.

⁵⁷ PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí internacional. El congreso de Torí», *La Veu de Catalunya*, 17-IV-1923. Y CABRERA, J.: «El congreso del Partit Popular Italià», *La Veu de Catalunya*, 20-IV-1923.

⁵⁸ «El Partit Popular italià», *La Veu de Catalunya*, 03-V-1923.

⁵⁹ «La dimissió de Dom Sturzo», *La Veu de Catalunya*, 14-VII-1923.

⁶⁰ PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí internacional. L'actitud d'Itàlia», *La Veu de Catalunya*, 08-V-1923 y 15-V-1923. «L'actitud de Mussolini», *La Veu de Catalunya*, 07-IX-1923. Y «El Mussolini dels balcans», *La Veu de Catalunya*, 13-VI-1923.

líder⁶¹. De todos modos, aumentó su preocupación por el avance de la brutalidad política en las calles y los parlamentos europeos⁶².

En el año 1923, se produjo el primer intento golpista de Hitler en Alemania. Eugeni Xammar decía irónicamente que la cerveza de Baviera había sido la causante⁶³. En *La Veu* escribieron que el nazismo alteraría negativamente las relaciones internacionales⁶⁴. Estaban convencidos de que las diferentes formas de fascismo acabarían acarreando confrontaciones entre Estados⁶⁵. La aparición de Hitler en la escena europea, pues, fue un motivo de intranquilidad para los conservadores catalanes.

Sin embargo, la estética fascista continuaba seduciéndolos. «Quant de camí ha recorregut en un sol any! El senyor Mussolini acaba d'assolir a Torí una acollida triomfal (...). Multituds amb veritable entusiasme, se li tiren flors, i fou tota la població, no només els burgesos, amb condició de totes les classes socials (...). No hi ha en això cap miracle, sinó que és el natural resultat de la sàvia i prudent tasca realitzada pel govern. Els obrers i els patrons volen i segueixen el senyor Mussolini»⁶⁶.

Las críticas contra el fascismo catalán de La Lliga continuaban siendo débiles. Los éxitos nacionales e internacionales de Mussolini durante estos años fueron aplaudidos⁶⁷. Continuaron utilizando una vara de medir que vitoreaba la fuerza del nacionalismo y repudiaba los excesos dialécticos y violentos. Seguían preguntándose cuál sería el devenir del fascismo: si implantaría orden o traería más conflicto⁶⁸. A mediados de la década de 1920, el dilema en *La Veu* giraba alrededor de si en el

⁶¹CABRERA, J.: «La reforma constitucional a Itàlia. Els diversos principis en lluita», *La Veu de Catalunya*, 12-V-1923.

⁶²PELLICENA I CAMACHO, J.: «Vents de tragèdia» dins *La Veu de Catalunya*, 14-VII-1923. Y «La reforma electoral a Itàlia», *La Veu de Catalunya*, 19-VI-1923.

⁶³XAMMAR, E.: *El huevo de la serpiente*. Crónicas desde Alemania, 1922 – 1924, Barcelona: Acantilado, 2005. XAMMAR, E.: «L'Alemanya d'avui. Segueix la crisi», *La Veu de Catalunya*, 18-X-1923. Y XAMMAR, E.: «Fora de Berlín» y «El cop d'Estat com a espectacle», *La Veu de Catalunya*, 14 y 17-XI-1924.

⁶⁴«La reacció imperialista d'Alemanya», *La Veu de Catalunya*, 09-XI-1923). Y «El fracàs del moviment imperialista a Munic», *La Veu de Catalunya*, (10-XI-1923).

⁶⁵PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí internacional. El cop d'Estat de Baviera», *La Veu de Catalunya*, 10-XI-1923.

⁶⁶«El viatge de Mussolini», *La Veu de Catalunya*, 28-X-1923.

⁶⁷«Discurs de Mussolini», *La Veu de Catalunya*, 31-IV-1924. «El pacte d'amistat italo-iugoeslau», *La Veu de Catalunya*, 21-I-1924. Y «Des de Roma. Els darrers diez de la propaganda electoral», *La Veu de Catalunya*, 08-IV-1924.

⁶⁸«El feixisme i les eleccions», *La Veu de Catalunya*, 02-II-1924.

fascismo se impondrían los elementos fascistas positivos, asociados al líder, o los de las masas radicalizadas.

Entonces, Joaquim Pellicena efectuó un giro notable y escribió algunos artículos duros contra el fascismo. Advirtió que el régimen de Mussolini haría peligrar la paz en Europa si no cambiaba de conducta⁶⁹. Si bien es cierto que las demandas africanistas italianas le parecieron razonables⁷⁰. Denunció sin ambages el arbitrio de las elecciones municipales de abril del año 1924⁷¹. Dijo que el desorden era mayúsculo cuando gobernaba el comunismo o el fascismo⁷². Escribió que el líder fascista estaba imponiendo un nuevo régimen basado en el terror y la propaganda⁷³. Además, en *La Veu*, el enviado especial a Roma, que firmó artículos con las iniciales R.S., informó que Mussolini estaba persiguiendo a los católicos y los críticos contra el sistema en febrero del año 1924⁷⁴.

Durante esos meses, Francesc Cambó empezó a publicar una serie de artículos a propósito del fascismo⁷⁵. Se entrevistó con Mussolini que le pareció «un home superior al que jo creia (...) una gran voluntat al servei d'un patriotisme gairebé frenètic. Està avui en un d'aquells moments d'exaltació sana i vigorosa que, sense fer-li perdre el sentit de la mesura i la visió de les realitats, donen un director de pobles, per l'autosuggestió de què té confiada una missió transcendental»⁷⁶. Publicó que el fascismo conllevaría unas transformaciones mayores que las revoluciones inglesa y francesa. Y no tenía ningún inconveniente en reconocer que el sistema parlamentario había dejado de ser útil. «Què té d'estrany que els organismes de govern que s'havien creat per regir les realitats d'ahir siguin inadequats per a engolir i regir les activitats d'avui? Tot el que avui en ordre a les transformacions dels poders estatals no són sinó

⁶⁹PELLICENA I CAMACHO, J: «Butlletí internacional», *La Veu de Catalunya*, 07-IV-1924.

⁷⁰PELLICENA I CAMACHO, J: «Butlletí Internacional», *La Veu de Catalunya*, 25-II-1924.

⁷¹PELLICENA I CAMACHO, J: «Butlletí Internacional», *La Veu de Catalunya*, 11-IV-1924. Y PELLICENA I CAMACHO, J: «El triomf del feixisme», *La Veu de Catalunya*, 11-IV-1924.

⁷²PELLICENA I CAMACHO, J: «Butlletí internacional. Les eleccions a Itàlia», *La Veu de Catalunya*, 23-III-1924.

⁷³PELLICENA I CAMACHO, J: «Butlletí Internacional», *La Veu de Catalunya*, 27-IV-1924. PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí Internacional», *La Veu de Catalunya*, 22-V-1924, y «Alemanya i austriacs: Iugoeslàvia, Romania i Rússia. Després de les eleccions», *La Veu de Catalunya*, 01-V-1924.

⁷⁴RS: «De Roma estant», *La Veu de Catalunya*, 15-II-1924, y RS: «De Roma estant», *La Veu de Catalunya*, 21-II-1924.

⁷⁵CAMBÓ, F.: *Entorn del feixisme italià: meditacions i comentaris sobre problemes de política contemporània*, Barcelona, Editorial Catalana, 1924.

⁷⁶«Una intervú amb Francesc Cambó», *La Veu de Catalunya*, 29-III-1924.

els tanteigs per a forjar les futures formes constitucionals»⁷⁷. El fascismo, según Cambó, habría restablecido el prestigio de la autoridad, habría mejorado la organización de servicios, habría fortalecido la economía italiana y habría recuperado el prestigio internacional del país⁷⁸.

La irrupción de un régimen totalitario

El día 30 de mayo del año 1924, Giacomo Matteoti arremetió contra Mussolini en el Congreso y fue duramente crítico contra el fascismo. El 10 de junio fue secuestrado y el 16 de agosto apareció muerto en la orilla del río Flaminia. En *La Veu* se denunció el crimen y se acusó al partido fascista del asesinato⁷⁹. Pellicena escribió que cuando la derecha fascista actuaba de modo tan cruel era tan culpable como la izquierda comunista⁸⁰.

Sin embargo, el partido habría sido el protagonista de la muerte del diputado socialista, mientras que el gobierno italiano estaría al margen del caso. «L'esforç per a descobrir els culpables del segrestament i castigar-los amb tot el rigor. No és que ningú cregués ni un sol moment en una eventual complicitat del govern ni d'en Mussolini, però la sola circumstància que un fet semblant fos possible sota un règim feixista, la màxima justificació del qual volia ésser el restabliment de l'ordre i l'imperi de la llei, és prova significativa per a explicar l'estupor i l'alarma que el vergonyós episodi ha causat a tot el país»⁸¹. Mussolini era visto como inocente. Se lo creyeron cuando aseguró a la viuda que depuraría responsabilidades⁸². La muerte de Matteoti era interpretada como un exceso de las camisas negras⁸³. La tesis más repetida fue la culpabilidad del partido y la inocencia del gobierno y del líder⁸⁴.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ *Ibid.*

⁷⁹ RS: «La crisi del feixisme», *La Veu de Catalunya*, 27-VI-1924. PELLICENA I CAMACHO, J.: «Les conseqüències de la violència», *La Veu de Catalunya*, 01-VII-1924.

PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí Internacional», *La Veu de Catalunya*, 27-VII-1924. Tambien se reclamaba la fortaleza de la oposición de Giolitti a PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí Internacional», *La Veu de Catalunya*, 19-XI-1924. O repetía que no se había acabado con el miedo en contra del comunismo y, por ello, el fascismo había fracasado en PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí Internacional. La crisi del feixisme», *La Veu de Catalunya*, 01-XII-1924.

⁸¹ «L'assassinat del diputat socialista Matteotti», *La Veu de Catalunya*, 17-VI-1924.

⁸² «L'assassinat del diputat socialista Matteotti», *La Veu de Catalunya*, 19-VI-1924.

⁸³ «Tots els ministres del govern feixista han dimitit de llurs càrrecs», *La Veu de Catalunya*, 18-VI-1924.

⁸⁴ «Butlletí Internacional. La crisi del feixisme», *La Veu de Catalunya*, 25-VI-1924.

En *La Veu*, además, recriminaron a la izquierda italiana que quisiera obtener créditos políticos del caso Matteoti. «Segons sembla, Mussolini, els primers dies posteriors al segrestament de Matteotti tractà de reduir la importància política del fet, però topà amb el propòsit decidit de les esquerres de treure'n tot el partit possible i aprofitar la commoció que produïa a Itàlia i a fora d'Itàlia»⁸⁵. El asesinato del dirigente socialista había evidenciado que el fascismo era un movimiento capaz de acabar con la vida de un destacado contrincante político arriesgando la estabilidad política del país. Nunca se aclararon los acontecimientos. Los conservadores catalanes aumentaron la animadversión contra el fascismo.

En el verano del año 1925, un texto firmado con el pseudónimo de Camisa Blanca atacaba muy duramente al régimen fascista. Afirmaba que los fascistas eran hombres agresivos, patriotas radicales, frustrados, egocentristas y trepadores. Denunció los campos de concentración fascistas y el control represivo contra la prensa⁸⁶. Señaló directamente al gobierno italiano como culpable del asesinato de Matteoti. Definió el movimiento como una tórrida tiranía basada en pedanterías pseudocientíficas y racistas⁸⁷. Mientras, Pellicena escribió que Mussolini era tan culpable como el Partido Fascista de la violencia y de la represión. Pronosticó que Europa padecería una crisis por el imperialismo extremo y radical de Hitler y Mussolini⁸⁸. Consideró que el corporativismo y la represión no habían impedido el desarrollo continuado del problema de la lucha de clases.⁸⁹ Volvió sobre sus pasos para reivindicar de nuevo el Parlamento, la Constitución y la legalidad⁹⁰. A la vez, desconfió de modo creciente de los cesarismos y la eficacia de los totalitarismos⁹¹.

Epílogo: la legalidad como frontera

En el año 1931, el Directorio no había cumplido ninguna de sus aspiraciones y España seguía padeciendo problemas estructurales. Los conservadores catalanes se habían distanciado del fascismo durante la década en que Mussolini había erigido un

⁸⁵ «La situación d'Itàlia», *La Veu de Catalunya*, 21-VI-1924.

⁸⁶ Camisa Blanca: «Lletra de Roma», *La Veu de Catalunya* 05, 12 y 23-VII-1925.

⁸⁷ Camisa Blanca: «Lletra de Roma», *La Veu de Catalunya*, 28-VII-1924 y 22 y 25-IX-1924.

⁸⁸ PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí Internacional», *La Veu de Catalunya*, 25-IX-1924 y 02 y 03-X-1925.

⁸⁹ «Butlletí Internacional», *La Veu de Catalunya*, 14-XII-1926.

⁹⁰ PELLICENA I CAMACHO, J.: «Butlletí Internacional», *La Veu de Catalunya*, 20-III-1928.

⁹¹ «La continuïtat del règim i la solució italiana», *La Veu de Catalunya*, 02-X-1928.

régimen totalitario. España giraba a la democracia. En *La Veu* tampoco no era momento para dictadores. Casi diez años después de la proclamación de Mussolini como jefe de gobierno, Josep Pla había olvidado la emoción que sintió ante las masas fascistas por las calles de Roma. Reclamó la importancia de los derechos, la tradición, las instituciones y un delicado equilibrio entre autoridad y libertad⁹². Pellicena se había ido alejando cada vez más del fascismo italiano. Entonces, aducía que la República, si no quería ser un nuevo fascismo, debería estar basada en la legalidad⁹³. A *La Veu*, compartieron la alegría contagiosa por el inicio de la Segunda República. Catalunya podría tener instituciones propias.

Reclamaron que La Lliga habría tenido un papel clave para que Catalunya tuviese autogobierno. Creyeron que la Generalitat no habría sido posible, si antes no hubiese existido la Mancomunitat⁹⁴. También expresaron preocupación por la posibilidad que la República se convirtiese en una dictadura de izquierda, en una «onada roja»⁹⁵. A partir del año 1932, y de forma cada vez más reiterativa, publicaron textos que argumentaban que las dictaduras, fuesen de derechas o de izquierdas, eran un error. La República debía evitar los radicalismos, de derechas o izquierdas⁹⁶.

Las circunstancias locales afectaron la mirada que en *La Veu* se tenía sobre el fascismo. Se interpretaban problemas internacionales en clave nacional. Escribieron que la esencia catalana era extraña a las dictaduras. En la década de 1930, habían renunciado completamente al elogio del totalitarismo y defendían que el comunismo era tan pernicioso como el fascismo. Su opinión cambió de nuevo después del golpe de Estado de los militares rebeldes contra la legalidad republicana en el año 1936, que les obligó a entrar en una terrible decisión contra la cual habían alertado en repetidas ocasiones. ¿Radicalismo de derechas o izquierdas?

⁹² PLA, J.: «El principi de llibertat en l'imperibritànic», *La Veu de Catalunya*, 29-I-1930.

⁹³ PELLICENA I CAMACHO, J.: «El moment polític», *La Veu de Catalunya*, 19-X-1933.

⁹⁴ «Els enemics de la República», *La Veu de Catalunya*, 24-IV-1931.

⁹⁵ «El republicanisme dels socialistes», *La Veu de Catalunya*, 06-I-1934, y PLA, J.: «Anatoli Lunatschanski», *La Veu de Catalunya*, 06-I-1934.

⁹⁶ «El manteniment de l'ordre públic», *La Veu de Catalunya*, 17-I-1934. PLA, J.: «Barcelona, Covadonga de les esquerres?», *La Veu de Catalunya*, 10-I-1934. CAMBÓ, F.: «A l'entorn de les eleccions», *La Veu de Catalunya*, 17 y 18-I-1934. «Catalunya, baluard de l'esquerrisme», *La Veu de Catalunya*, 17-I-1934, y «Els fets selvàtics de Manresa», *La Veu de Catalunya*, 18-I-1934.

FALANGE Y LA CONSTRUCCIÓN DEL CONSENSO EN CANARIAS DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO

Aarón León Álvarez

Introducción

El concepto de «victoria» fue un recurso utilizado de manera permanente a lo largo de todo el período de vigencia del franquismo. Dio sentido a su vez a la imagen de paz y estabilidad que la propaganda del régimen difundiría constantemente durante esos años¹, tal y como ha quedado demostrado por la historiografía española en los últimos años². A partir de ese hecho se produce la articulación de un discurso tendente a lograr amplios apoyos sociales, que no necesariamente tenían que traducirse en manifestaciones masivas de apoyo y que podrían limitarse a mantener una actitud de indiferencia ante la política pero sin que eso significara, ni mucho menos, un cuestionamiento del orden político y social. Entendiendo por esto último, a un amplio sector de la sociedad definido bajo parámetros de pasividad, podemos decir que su importancia resultó esencial para consolidar y contribuir a la estabilidad del franquismo. Este, además, contó con una base de apoyo importante que procedía de los sectores políticos conservadores que se habían alineado con los sublevados desde un primer momento y, posteriormente, integrado dentro del partido surgido del Decreto de unificación de abril de 1937. A su vez, también obtuvo el apoyo de los

¹ Coincidiendo con los actos de celebración de los xxv Años de Paz, el gobernador civil de la provincia de Santa Cruz de Tenerife, Juan Pablos Abril, no dudó en afirmar que «El precio de esta paz fueron tres años de guerra, un millón de muertos de verdad o en espíritu y la devastación cruenta de más de media España.

El fruto de la paz ha sido el proceso maravilloso de la Patria en estos xxv años, como no se ha conocido en la historia (...) Pero más que material, con valer mucho, el gran valor de la paz española ha sido el devolver a la Patria en su sentido histórico, conseguir el respeto internacional de todos, que Dios ande en nuestras cosas como en los tiempos maravillosos del Siglo de Oro, que la Nación sea respetada y amada en esa unidad católica y tradicional, y que los ciudadanos pasen por nuestras calles sin miedo al atentado o al vergonzante pistolero de la esquina.

Mucho nos ha costado todo esto, antes y después de la victoria: guerra y sangre, dolor y destrucción, ruina y hambre, cercos diplomáticos y maniobras internacionales que obligaron a apretarnos el cinturón con medidas estabilizadoras, pero todo esto nos ha llevado al maravilloso progreso de España». *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de abril de 1964.

² Uno de los trabajos en los que queda expuesto de manera clara es CANALES SERRANO, A.: “Las lógicas de la victoria. Modelos de funcionamiento político local bajo el primer franquismo”, *Historia Social*, 56 (2006), pp. 111-130.

principales grupos de poder económico y empresarial, así como de la Iglesia y del Ejército, actuando cada uno de ellos en su ámbito de influencia bajo los parámetros generales defendidos tras el 18 de julio. Pero, también, el franquismo contó con parte de la población, especialmente con aquellos que habían participado en la guerra, los cuales se identificaban con el carácter ultraconservador y católico de la dictadura o que, únicamente, buscaban obtener beneficios económicos y personales que les ayudaran a progresar económica y socialmente. Estos grupos que podemos definir dentro del ámbito de la colaboración –apoyo activo– serían responsables de muchas de las detenciones a partir de denuncias sobre el pasado político de sus vecinos, de la aplicación o inducción a su castigo físico, del aprovechamiento de los bienes incautados a los presos republicanos, pero también de vigilar y defender que se cumplieran y mantuvieran vivos los preceptos del régimen.

Esta fue la base de apoyos sociales sobre la que fue tomando forma el *consenso* en las Islas y que contribuiría a que la dictadura disfrutara de una estabilidad que, al menos en el caso canario, se empezaría a ver cuestionada especialmente a partir de la década de los sesenta y, fundamentalmente, en los años previos a la muerte de Franco³.

En el marco de estos hechos, FET y de las JONS contribuyó en este proceso, como partido único y como referente político de actuación en la vida política local. No obstante, su débil implantación social y su participación en el feroz aparato represivo franquista contribuyeron a debilitar su imagen y sus posibilidades reales de crecimiento, si bien jugó un papel primordial en la promoción y aplicación de algunas de las estrategias –políticas sociales, de propaganda, etc.– tendentes a lograr mayores

³ Sobre las actitudes de resistencia y oposición en Canarias se pueden consultar los siguientes trabajos: ALCARAZ ABELLÁN, J.: *La resistencia antifranquista en las Canarias Orientales (1936-1969)*, Las Palmas de Gran Canaria, Museo Canario-Caja Insular de Ahorros de Canarias, 1981; CABRERA ACOSTA, M. A.: «Algunas notas sobre la oposición política al franquismo en las Canarias Occidentales (1940-1960)», *El Museo Canario*, XLVIII, 1988-1991, pp. 813-829; ÍD.: «El resurgimiento del movimiento obrero canario y la repercusión de las huelgas de Asturias», en VEGA GARCÍA, R. (coord.): *El camino que marcaba Asturias. Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, Ediciones Trea, 2002, pp. 221-236; GUERRA PALMERO, R. A.: *Sobrevivir en Canarias (1939-1959)*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2006, pp. 311-328; LEÓN ÁLVAREZ, A.: *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2008, pp. 273-341. Para el final de la dictadura, véase: MARRERO MARTELL, A. y GUERRA PALMERO R. A.: «Lucha de clases y lucha nacional, Canarias: 1974-1978», *XIII Coloquio de Historia Canario-Americana. VIII Congreso Internacional de Historia de América (1998)*, Las Palmas de Gran Canaria, Casa de Colón/Cabildo de Gran Canaria, 2000, pp. 2784-2807.

apoyos sociales para la dictadura. Estos aspectos son la base sobre la que se tratará de explicar, de manera general, en este trabajo el papel del partido único en el proceso de articulación del *consenso* social en Canarias durante el primer franquismo, con especial atención al período comprendido entre 1936 y 1945.

FET y de las JONS en Canarias⁴: la débil implantación del fascismo insular

Una de las claves para entender el papel de Falange en el proceso de implantación de la dictadura en las Islas y, en buena medida, para conocer su participación en la construcción del *consenso* es saber cuál era su situación con anterioridad al 18 de julio de 1936. A excepción de las islas de Tenerife y de La Palma, se puede decir que la presencia de los falangistas en la vida política canaria era prácticamente inexistente y que el incremento del número de afiliados se produjo únicamente con el comienzo de la guerra civil⁵. En buena medida, esta situación reproducía lo que venía sucediendo en otras zonas del país, donde

Durante las primeras semanas de la guerra la situación de Falange fue caótica, sin mando único, recibiendo miles de nuevos militantes y adheridos, participando en labores combativas –formando unidades (centurias) que se enviaban al frente en seguida en ausencia de efectivos militares suficientes– y en labores de retaguardia⁶.

Para el caso de Canarias, hay que tener en cuenta que como explica Ricardo Guerra, esa escasa implantación se vio agravada además, entre otros motivos, por la llegada al partido de personas procedentes de otros partidos derechistas, «de Acción Católica, de personas sin filiación política anterior y de numerosos arribistas ansiosos de un cargo o de enriquecerse al calor de las circunstancias, a los que se suma un grupo más o menos amplio de personas que, sin ser anteriormente de adscripción derechista, aceptó el estado de cosas existentes y se puso, según la expresión del general Queipo

⁴ La obra de referencia sobre el partido único en Canarias es: GUERRA PALMERO, R. A.: *La Falange en Canarias (1936-1950)*, Santa Cruz de Tenerife, CCPC, 2007; ÍD.: «FET y de las JONS en Canarias en la década de 1940. Una primera aproximación», *Hispania Nova*. 3 (2003) –edición electrónica–. Sobre su papel en el conjunto de la provincia occidental, véase GONZÁLEZ VÁZQUEZ, S.: «Falange Española en la provincia de Tenerife (1933-1939)», *XIII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria, Casa de Colón/Cabildo de Gran Canaria, 1998, pp. 2747-2770.

⁵ Para obtener más detalles sobre el papel político de Falange y la evolución de su militancia en Canarias durante los años de la II República y la guerra civil, véase GUERRA PALMERO, R. A.: *La Falange...*, *op. cit.*, pp. 46-64.

⁶ THOMÁS, J.M.: *Los fascismos españoles*, Barcelona, Planeta, 2011, p. 124.

del Llano, el “salvavidas”, que representaba la camisa azul»⁷. Este hecho resulta muy interesante porque define dos de las características del partido durante esos años, su falta de implantación social en las Islas desde la etapa republicana y su incapacidad para frenar, en la mayoría de los casos, la reincorporación a la vida política de aquellos a los que, desde el propio partido, se relacionaba con las viejas prácticas caciquiles y con la degradación política y social de España durante el período de la guerra⁸. Y eso a pesar de sus insistentes, a la par que infructuosas, denuncias públicas sobre los intentos de reincorporarse a la vida política canaria por parte de quienes se habían beneficiado durante años del juego electoral y de partidos que tanto daño le había causado al país. Al fin y al cabo, «el caciquismo ha sido liberal, conservador, somatén, berenguerista, republicano, cedista, azañista, y después falangista o requeté según sople el viento en cada comarca. El cacique y su dominio perduran mientras el Estado cambia venciendo todas las represiones y todas las depuraciones; luego el caciquismo en España ha sido siempre más fuerte que el Estado»⁹. En esencia, esta viva reivindicación, recordando las palabras de José Antonio Primo de Rivera, se dirigía a evitar que el esfuerzo y la sangre de los combatientes *nacionales* fueran aprovechados por *los de siempre* para recuperar su ámbito de influencia¹⁰.

⁷ GUERRA PALMERO, R. A.: *La Falange...*, op. cit., p. 48.

⁸ Un caso ilustrativo de esta situación es el del municipio de Icod de los Vinos, en el norte de Tenerife. «Hemos de decir que Falange Española, antes del golpe, era un partido minoritario en la localidad, con no más de una docena de miembros» y su actividad política se limitaba a reuniones sin mayor trascendencia política, mientras que desde aproximadamente 1937 se puede decir que «el número de afiliados locales en todas las secciones se mantuvo en torno a los 600 miembros a lo largo de toda la contienda». DÍAZ, P.: *Icod durante la Segunda República y la Guerra Civil*, La Laguna, Artemisa Ediciones, 2004, pp. 52-53. En el caso concreto de este municipio no podemos olvidar la fuerte implantación del Partido Socialista y, en general, de unas organizaciones obreras con notable influencia en su comarca, que posteriormente sufrirían los efectos de la represión en todas sus vertientes.

⁹ «Sobre caciquismo», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de junio de 1938. En este mismo artículo, se recoge una idea clara al respecto: «El caciquismo nació con el Estado liberal, con el estado viejo. Conoceremos que ha llegado el Estado Nuevo cuando podamos decir que ya no hay caciques en España. Por eso combaten los caciques a la Falange, porque la Falange supone el fin de su hereditaria oligarquía».

¹⁰ «Necesariamente hemos de oponernos, por la violencia, a cualquier intento de resucitar formas y modos viejos. Sabemos el resultado de las politiquerías; conocemos demasiado a sus representantes, por muchas caretas que puedan desdibujarles. El 18 de Julio de 1936, nos alzamos contra la vieja política. Porque ella nos trajo una herencia desastrosa, tara grosera y exótica. Porque aquella política lleva enroscada una serpiente que escupe consignas masónicas en las antesalas y tiende celadas y busca la espalda para apuñalar. Porque su proximidad imposibilita todo movimiento [...] no podemos tolerar manejos de enemigos que acechan y escupen, tranquilamente, al borde de la frontera próxima, ni admitiremos más gente que la nuestra en las antesalas ni aun en el campo que nosotros hemos conquistado». «Contra la política», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 5 de agosto de 1938.

Este hecho no fue obviado públicamente por los falangistas que, en más de una ocasión, denunciaron lo dañino que resultaría para el país si finalmente prosperaban los intentos de aquellos de recuperar nuevamente el protagonismo en la vida política insular. Junto a esa denuncia, se construyó paralelamente un discurso sobre la importancia y la necesidad de que Falange interviniera activamente en la vida pública insular. No hay que perder de vista pues, que en esos momentos se estaba produciendo una lucha evidente entre quienes se consideran legítimos detentores del poder y quienes *de facto* lo habían venido controlando a lo largo de décadas en el archipiélago. Si analizamos estas cuestiones a partir de las intervenciones públicas de los falangistas, observaremos con claridad estos hechos, pues su reivindicación de liderazgo y preeminencia política ante la nueva situación incorpora una advertencia continuada sobre los peligros y desastrosos efectos que supondría para España una vuelta al pasado.

A diferencia de lo ocurrido con otros partidos fascistas europeos, en general Falange no logró movilizar ni ideológica ni socialmente a la población. Canarias no fue una excepción a esa situación. En ese marco, teniendo en cuenta lo expuesto hasta ahora, no es de extrañar que se llegase a afirmar públicamente: «hasta la fecha Tenerife es la provincia donde más ha tardado en llegar el espíritu de la Falange, que es revolucionario, sin gritos estridentes, sin bastas maneras, sin plebeyez y sin jactancia»¹¹. Eso explica en parte que se produjera ese tipo de declaraciones pero también que se destacaran esas debilidades y problemas del partido. Sirvan de ejemplo al respecto las palabras pronunciadas por Francisco Aguilar y Paz, por entonces Delegado Provincial de Prensa y Propaganda, en un acto del partido en el barrio santacrucero de San Andrés, y que resultan bastante clarificadoras sobre cuáles eran los objetivos que debían perseguir y cumplir:

Falange tiene que ser pueblo. Nosotros no somos clase sino milicia. Queremos poner a un pueblo en pie para ligarlo a un superior destino. Nosotros no queremos estar sobre el pueblo sino sentirnos pueblo, sentirnos enraizados en el pueblo, asistidos por el pueblo. Nosotros no venimos a perseguir a nadie, a estar mirando a las caras para ver si aquel es más o menos rojo. Nosotros no tenemos tiempo para esto porque la camisa azul ha venido a realizar un Movimiento que no nos permite pararnos en estúpidas consideraciones, en comentarios de calle. Nosotros

¹¹ «Guión», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 24 de febrero de 1938.

venimos a trabajar con nobleza porque Falange es sólo esto: una fuerza creadora. Crear es nuestra obra y nuestra misión histórica. Y esto de una manera militar, con espíritu de disciplina, sintiendo interiormente una noble rebeldía que nos haga lanzarnos al trabajo constante, incansable, para vencer en esta lucha civil doblemente más difícil que la lucha de las trincheras. Cuando un Movimiento trae este propósito de triunfar en una obra de cultura, de Pan, de Patria y de Justicia, lo menos que puede hacerse es concedernos el crédito de confianza que nosotros pedimos. Confianza en la Falange es lo que os pido porque el triunfo de la Falange es el triunfo y la salvación del pueblo español¹².

Este fragmento nos aporta al menos dos ideas esenciales que debemos tener en cuenta. Por un lado, la importancia que tenía la integración de Falange en la sociedad y que, a su vez, esta fuera base del partido. Que entre ambos existiera una conexión a la hora de buscar y solucionar los problemas: referentes comunes en la acción cotidiana de la *Nueva España*. Por otro lado, la necesidad que tiene el partido de demostrar que la situación política ha cambiado, que la camisa azul es signo de confianza, de respeto, de españolidad, de buen gobierno. La necesidad de desmarcarse por completo del pasado, a pesar de que como hemos visto el partido fue incapaz de controlar la llegada de militantes realmente poco interesados en la doctrina falangista y que asumieron el ideario como una forma de adaptarse a la nueva situación política, de proteger y asegurar su posición privilegiada y de optar a ocupar nuevamente cargos de responsabilidad en la vida política insular¹³.

¹² «Ayer tarde en San Andrés», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de diciembre de 1937.

¹³ Véanse las palabras del Gobernador Civil y destacado falangista, Vicente Sergio Orbaneja: «Ya sé que hay muchos, muchos, en Tenerife, y cada vez son más, los que la suben y la anulan a aquellos pobres de espíritu, que aún no se han dado cuenta de la revolución, de esta revolución que no consiente nada contra la Patria, que no deja que haya una sola persona que la traicione. Muy pronto, cuando me presente ante el Caudillo, le diré: Señor: los tinerfeños, en una vida de paz son como en una vida de guerra, lo sé por el tiempo que llevo gobernándoles. Desaparecieron. Señor, ante el general aplauso, los lucros que afeaban la bella Tenerife, aquellos escandalosos asuntos como el azúcar, aquellas tertuliejas formadas por los representantes del viejo régimen, por individuos que con máscara de patriotas, no hacían más que dar chillidos histéricos, queriendo expresar así un falso amor a su patria chica, y luego se descubría que la Hacienda de esta Patria chica se hallaba en quiebra, porque ellos la estafaban, no pagando siquiera sus contribuciones, y le diré: Señor: en Tenerife, se ha sustituido la hipócrita palmadita por el saludo romano, la ostentación en el Casino o en el Café, por el deporte y el trabajo y el manejo de las armas, y en Tenerife, Señor, se admira hoy más que al estratega o político de tertulia, al muchacho que dé centinela donde quiera le manden, porque se sabe que así es más útil a la Patria». «Discurso del camarada Orbaneja en el Radio Club», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 2 de octubre de 1938.

Otro ejemplo bastante indicativo de estos hechos lo tenemos nuevamente en un discurso de Aguilar y Paz poco tiempo después, para entonces siendo ya el Jefe Provincial de FET y de las JONS:

Falange necesita enraizarse en el pueblo; así solamente se salvará de ser un Partido más, creado bajo un estado de fuerza. Si nosotros logramos que el pueblo vea en Falange su propia representación y que el país, hoy invertebrado, se sienta dirigido a través de Falange con la seriedad, la garantía moral y la capacidad que año tras año ha venido pidiendo quizás inútilmente, entonces podremos decir que la Falange está salvada, que el espíritu del Ausente ha producido sus frutos, que las órdenes del Caudillo han sido cumplidas. Esta es la misión que yo creo haber recibido por la exigencia del tiempo. No podemos seguir jugando a Falange. Falange es una realidad en el país, o, por el contrario, Falange es un Club más, un Casino más, sin trascendencia en la vida del país. Pero hay un problema que es el de incorporarse a Falange. Incorporarse a Falange no es entrar en una sociedad más, donde se paga una cuota; incorporarse a Falange es conocer bien los 26 puntos de Falange y procurar empaparse del espíritu de nuestra Revolución Nacionalesindicalista¹⁴.

Falange como algo distinto, marcando distancia con el pasado, reivindicando la necesidad de ser parte del pueblo, de nutrirse de él. Lo que se trataba era de ocupar el espacio político que *por derecho* les correspondía y que, en buena medida, venía dado por su participación en el frente de guerra. Además, se reivindicaba su importancia para lograr la ansiada estabilidad y paz social para conducir a España hacia su renacer histórico. No obstante, las luchas internas y las tensiones existentes en el seno del partido no hicieron más que debilitar su poder e imagen, algo que fue paralelo a su escaso enraizamiento social¹⁵.

Sin embargo, esta búsqueda de apoyo no implicaba que los métodos para lograrlo o que las proclamas utilizadas fueran del todo asimilables a las expuestas en los actos públicos. Como se podrá comprobar en el siguiente apartado, la necesidad real de lograr apoyos sociales no evitó ni imposibilitó las prácticas represivas ejecutadas por el partido, toda vez que antes de construir el *Nuevo Estado* había que derribar los cimientos de la obra republicana y, en consecuencia, eliminar todo rastro de aquello y aquellos que se hubieran significado con la misma. Esto no hizo más que

¹⁴ «La Falange habló al país, el país oyó la voz de Falange», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de marzo de 1938.

¹⁵ En relación con estos temas, resulta bastante interesante la lectura del siguiente artículo: «Camisas viejas», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 7 de enero de 1938.

favorecer un crecimiento considerable de la desconfianza y el temor popular sobre una organización política ya de por sí bastante debilitada desde su fundación¹⁶.

El activo papel de Falange en la represión: control social y uso de la violencia

Uno de los elementos a tener en cuenta es que Falange, junto con la milicia Acción Ciudadana¹⁷, fue el brazo ejecutor de la violencia del nuevo régimen y que su papel resultó esencial para entender todo el proceso represivo articulado en el Archipiélago.

A pesar de que habitualmente los dirigentes del partido tratasen de restar importancia a este hecho y a sus consecuencias en sus apariciones públicas, casi siempre amparándose en la necesidad de justicia social y en la defensa de los intereses de España, lo cierto es que no evitaron que se produjeran manifestaciones como las siguientes en las que se puede extraer una idea general sobre sus pretensiones:

No hay más dialéctica admisible que la de los puños y las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria. ¿Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes de reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables?

En esta hora histórica en que toda una generación se juega la vida, tenemos el deber de limpiar de traidores las calles de España. Los campos y las aldeas van quedando bien limpias tras el triunfo de los Ejércitos del Caudillo. Pero hay que limpiar las calles de la retaguardia, hablando claro, señalando a los traidores del Movimiento Nacional-Sindicalista, a los eternos traidores de la tranquilidad de España¹⁸.

La violencia empleada en el Archipiélago por parte de los sublevados alcanzó un grado de intensidad de enorme trascendencia para comprender el proceso de

¹⁶ Un ejemplo representativo al respecto, lo podemos encontrar en las palabras de Francisco Aguilar y Paz, quien no duda en decir: «Yo advierto que este pueblo no vibra con el Movimiento. Que hay un retraimiento y una frialdad colectiva que Falange tiene que romper y quebrar con una obra noble, inteligente y elevada. Preocupándose de todos los problemas, atendiendo a todas las necesidades que de momento y dentro de nuestras posibilidades podamos remediar». «Un acto de Falange en el Puerto de la Cruz», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de abril de 1938.

¹⁷ Ramiro Rivas la define como «una mezcla de burgueses, terratenientes, capas acomodadas de la población isleña, que junto a capataces, guardamontes privados, esquirols y lumpen afluyen a cientos a afiliarse, será la responsable de la mayoría de las acciones represivas emprendidas en Tenerife». RIVAS GARCÍA, R.: «La Guerra Civil en Tenerife», en CABRERA ACOSTA, M. A. (ed.): *La Guerra Civil en Canarias*, La Laguna, Francisco Lemus Editor, 2000, p. 59. Para mayor detalle puede verse, GONZÁLEZ PÉREZ, P. B.: «La Acción Ciudadana. S/C de Tenerife, 1936», *Revista de Historia Canaria*, 182 (2000), pp. 97-112.

¹⁸ «Señalemos al detractor y al maldiciente», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 15 de diciembre de 1937.

implantación de la dictadura pero también, del propio partido único¹⁹. Como en numerosas ocasiones se ha especificado, y aun a riesgo de caer en la reiteración, en Canarias no existió conflicto bélico²⁰ como tal, y a pesar de eso –o tal vez por eso mismo– la importancia cuantitativa y cualitativa de la represión tuvo un papel fundamental en la construcción de la nueva sociedad española²¹.

El encarcelamiento masivo de líderes obreros y republicanos, las torturas a las que fueron sometidos muchos de ellos, los fusilamientos y la desaparición de cientos de personas, nos muestran de manera global la dimensión del fenómeno represivo. A esto habría que añadir la utilización constante de la amenaza y el castigo físico sobre el resto de la sociedad, en ocasiones, como medio para solucionar conflictos personales del pasado²². La cuantificación de víctimas de la represión en Canarias permite hablar de miles de personas encarceladas y que pasaron por los campos de concentración²³, fundamentalmente de Fyffes y de la Isleta-Gando, en las islas de Tenerife y de Gran Canaria, respectivamente. Sobre estos hechos, si nos referimos a su repercusión social, habría que tener claro que las palizas, amenazas y, en general, las actitudes coercitivas de quienes detentaban el poder contribuyeron a difundir y consolidar una sensación

¹⁹ «Hoy sabemos que la represión desencadenada en Canarias es el resultado de una decisión política planificada, metódica y necesaria, de una política de Estado tendente a desarticular a la oposición al golpe de Estado y a pacificar la retaguardia de un frente de guerra que muy pronto se manifiesta como duradero. La venganza y el exceso individual existieron, pero como factores anecdóticos y, en todo caso, no ininteligibles al margen de las condiciones históricas generadas por el propio golpe de Estado». CABRERA ACOSTA, M. A. (ed.): *La Guerra Civil...*, op. cit., p. 13.

²⁰ Sobre la guerra civil para la isla de Tenerife, véase, RIVAS GARCÍA, R.: «La Guerra Civil...», op. cit., pp. 47-78.

²¹ Aunque no llegó a alcanzar las cotas de intensidad y planificación propias del franquismo, hay que tener presente que, en Canarias, ya durante el período republicano la utilización de la violencia contra el movimiento obrero fue un recurso habitual de los grupos de poder de las islas. Para el caso de las Canarias Occidentales, las siguientes palabras resultan bastante representativas: «El primer bienio se salda, pues, con la comprobación por parte de la clase dominante que el reformismo republicano es incapaz de contener a un movimiento obrero que se robustece con el paso del tiempo. Esta es la causa de que dicha clase adopte en toda su plenitud, a partir de 1934, una nueva táctica en el tratamiento de las luchas obreras: prescinde, casi por completo, de cualquier intento de atracción política y encomienda a la acción represiva el contenido de pacificación social.

El segundo bienio es testigo, en virtud de ello, de una intensificación aun mayor de la represión estatal y las organizaciones obreras se ven condenadas, gran parte del tiempo, a la semiclandestinidad, teniendo que replegarse y reducir bruscamente su actividad sindical y política». CABRERA ACOSTA, M. A.: *La II República en las Canarias Occidentales*, Santa Cruz de Tenerife, CCPC-Cabildo Insular de El Hierro, 1991, p. 619.

²² Una visión de conjunto sobre la evolución de los estudios acerca de la represión franquista en Canarias, puede verse en: GUERRA PALMERO, R. A.: «Canarias (1936-1959): represión, autarquía y control social. Un estado de la cuestión», *Cuadernos Republicanos*, 74 (2010) –edición electrónica–.

²³ GONZÁLEZ VÁZQUEZ, S. y MILLARES CANTERO, S.: «Los campos de concentración en Canarias (1936-1945)», en MOLINERO, C., SALA, M. y SOBREQUÉS, J.: *Els camps de concentració i el món penitenciari a Espanya durant la guerra civil i el franquisme*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 173-195.

de miedo y tensión que sirvió como una herramienta eficaz de control social para la implantación del franquismo. Hay que ser plenamente consciente que lo fue tanto para quienes la sufrieron directamente como para quienes la conocieron de manera indirecta, a través de testimonios, del rumor, del recuerdo. La repetición del hecho en sí multiplicaba los efectos entre los vecinos de la comunidad, contribuía a fortalecer la desconfianza y el temor, es decir, actuaba como un elemento eficaz de paralización del enemigo. Además, a eso se unía el hecho de que las figuras de quienes muchas veces eran identificados con esas acciones represivas veían cómo se fortalecía su posición a nivel social, por su dureza, la impunidad de sus acciones y decisiones, lo que llevaba a cumplir con lo dispuesto o, en su caso, a dejar de hacer algo por temor a futuras represalias, etc.²⁴.

Lejos de promoverse un discurso integrador, como se dejó claro desde el apartado introductorio, la concepción de la victoria dio forma al discurso oficial y la Falange tuvo un papel destacado para asegurar su pervivencia, insistiendo hasta el final de la dictadura en la existencia de españoles y antiespañoles, recordando el enfrentamiento bélico como un acto de liberación nacional y el sistema liberal y de partidos como causante de todos los males de España. Así, fueron habituales las proclamas para limpiar España de enemigos, de liberarla de cualquier oponente extranjero o incluso se incitaba a que se denunciara al enemigo. Eso sí, desde Falange se mantuvo la pretensión de unificar toda la sociedad bajo su mando y sus valores, de tal modo que la integración social partía de una sumisión y alineamiento a su visión del mundo e idea correctora de España, como se puede apreciar a continuación en las palabras del falangista Francisco Barrado y Zorrilla:

Para nosotros no hay más que dos clases de hombres: españoles y antiespañoles. Todo aquel que venga en acto de contrición, proclamando su error, no tiene nada que temer de Falange. Nosotros lo que no podemos tolerar es que no se ame a España. Perdonamos al que fue de la UGT, de la CNT o de FAI porque la Falange es cristiana, generosa y comprensiva. Lo

²⁴ En Canarias disponemos de un trabajo pionero en la investigación sobre la represión franquista a nivel estatal, centrado en la isla de El Hierro y que, desde mi punto de vista, resulta bastante interesante para conocer cómo surgió y se desarrolló y quién sufrió y ejerció la violencia en Canarias. Además, ayuda a entender el desenvolvimiento de la misma y sus efectos en pequeñas comunidades como ocurrió en el caso de la herreña. CABRERA ACOSTA, M. A.: *La represión franquista en El Hierro (1936-1944)*, La Laguna, Centro Amílcar Cabral, 1985. Otro buen ejemplo al respecto, aunque más centrado en el conjunto del Archipiélago, es GARCÍA LUIS, R.: *Crónica de Vencidos: Canarias, resistentes de la guerra civil*, Islas Canarias, La Marea, 2003.

que no toleramos, lo repito, es que a estas alturas se sea antiespañol cuando aún la patria sangra por tantas heridas abiertas por la revolución soviética y salvaje. No penséis jamás en que esto pueda cambiar y que con ello se os dé ocasión de satisfacer vuestros instintos de revancha. Porque yo os juro que esto no lo podríais ver. Así que amad a España y el que esté limpio que llegue a Falange. Cuando voy por la calle y veo a tanta juventud tinerfeña que no viste ningún uniforme, que no se ha dispuesto a ayudar a este Movimiento salvador, pienso que esto es la consecuencia de no haber vivido, como yo la he vivido, la barbarie roja²⁵.

Ese uso continuado de la violencia repercutió claramente sobre la sociedad insular, condicionando previamente la actitud pública de las personas y, a medio-largo plazo, fomentando comportamientos que fortalecieron la indiferencia ante la política e hicieron presente, muchas veces, el recuerdo constante del pasado y las consecuencias negativas del mismo. En definitiva, se produjo un alejamiento de la política y de la participación en la calle que permitió además que se rompieran los lazos de unión y colaboración entre los trabajadores y la sociedad en general. La violencia fue un instrumento muy útil para la dictadura, toda vez que puede considerar que permitió que el miedo a hablar de política se generalizase²⁶, por lo que no es de extrañar que podamos decir que «el gran éxito político del franquismo fue, en efecto, lograr la despolitización forzada de una buena parte de la población española. Qué duda cabe de que ese fue uno de los factores que más contribuyeron a que la dictadura perdurase tantos años»²⁷.

De tal modo que el crecimiento de la desconfianza, del temor y, paralelamente, la traslación de toda actitud pública a la vida privada supuso sin lugar a dudas uno de sus efectos más importantes para entender la sociedad canaria de esos años. Uno de los aspectos a tener en cuenta en relación con estas cuestiones es cómo influyó este hecho en la sociedad y como más allá de las muertes de esas personas, los efectos generados en las comunidades tuvieron que ser, con total seguridad, mayores de lo que podamos creer y demostrar empíricamente. A nivel social, como decía, supuso un cambio en las costumbres y comportamientos públicos de la gente, de tal manera que

²⁵ «Ayer tarde en San Andrés», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 14 de diciembre de 1937.

²⁶ Un testimonio del período de posguerra nos permite al menos visualizar una idea general sobre esa situación de miedo: «Estaba totalmente prohibido hablar de política en general, pues las paredes parece que tenían en aquellos momentos excelentes dotes auditivas. ¡Es que había muchos chivatos y adulones del nuevo régimen!». GUERRA, A.: *Chiquillos de los 40*, Santa Cruz de Tenerife, CCPC, 2002, p. 36.

²⁷ RIQUER I PERMANYER, B. de: *La dictadura de Franco (Historia de España* dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, vol. 9), Barcelona, Crítica, 2010, p. 177.

se tendió a retraer su actividad al interior de sus viviendas. A nivel político, habiendo eliminado a buena parte de los líderes políticos y sindicales, detenidos el resto y con graves secuelas otros, la mayoría de la población, en ese proceso de retraimiento de su actividad pública, centró sus esfuerzos en solucionar las situaciones que ponían en riesgo su supervivencia en lugar de dedicarse a cambiar la situación política de su país. Este hecho contribuyó decisivamente a la creación de un sector social cada vez más indiferente políticamente y más preocupado por sobrevivir en un entorno social y económico marcado por la pobreza, la carestía de alimentos y la corrupción de las autoridades²⁸.

Respecto a esto, queda claro que la contribución de Falange fue decisiva en este proceso y que repercutió notablemente en la construcción del *consenso*, puesto que permitió limpiar la retaguardia de todo oponente político, creó un ambiente de temor y miedo a las represalias si se decía algo en contra del régimen y mantuvo presente durante estas décadas un discurso exaltador de la guerra y reivindicador de la misma, tanto para recordar los peligros y vicios de la democracia como la valentía y ardor guerrero demostrado por los españoles contra los enemigos de la Patria. La división de la sociedad española fue permanente y Falange²⁹ contribuyó activamente en la labor de difusión de ese discurso. Ahora bien, habría que añadir a esto que la utilización de la violencia fue clave para entender tanto el origen como el desarrollo del franquismo, pero no la única razón que nos puede permitir estudiar un período tan largo y un régimen tan complejo y excepcional como este. Entre otras cosas porque un único factor no nos ayuda a entender el porqué hubo personas de las clases media y baja que colaboraron con el franquismo, es decir, existen otros aspectos de tipo político, social, económico y cultural que deben abordarse para explicar con mayor claridad el

²⁸ Los trabajos de Ricardo Guerra sobre las dificultades económicas por las que atravesaba la población, así como por el funcionamiento del mercado negro y el estraperlo, resultan muy útiles y aconsejables para hacerse una idea sobre la realidad socioeconómica de Canarias durante la posguerra: GUERRA PALMERO, R. A.: *Sobrevivir en...*, op. cit., pp. 26-99; ÍD.: «El mercado negro en Canarias durante el período del Mando Económico: una primera aproximación», *Revista de Historia Canaria*, 183 (2001), pp. 175-189; ÍD.: «El racionamiento en Canarias durante el período del Mando Económico del Archipiélago (1941-1946): una primera caracterización», *Revista de Historia Canaria*, 185 (2003), pp. 221-236.

²⁹ «No podemos olvidar a los muertos de España, no queremos que los muertos de hoy sean como los muertos del pasado, la lápida más en el vasto cementerio, sino que sean una llama de recuerdo permanente que aliente y viva dentro de nosotros. Así Falange será la memoria que pueda transmitir a las generaciones del porvenir lo que ha hecho la generación del presente». «La Falange habló al país, el país oyó la voz de Falange», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de marzo de 1938.

porqué de la existencia de apoyos al franquismo y que, por tanto, nos ayudarían a no limitar el análisis únicamente al miedo como clave para dar respuesta a la pasividad e indiferencia.

El discurso falangista y el *consenso* en Canarias³⁰

A diferencia de lo que sucedió en los casos italiano y alemán, el franquismo no buscó la movilización de las masas, a excepción de los primeros años en los que la mayor ascendencia falangista y el propio contexto bélico influyeron notablemente en la vida pública. Sea como fuere, su principal objetivo fue la implantación de un modelo de sociedad desmovilizada y despreocupada políticamente, pero en todo momento bajo el discurso político y moral del régimen. No debemos olvidar que la victoria de los sublevados en la guerra civil puso fin al período de mayor movilización social de la historia de España, acontecido durante la II República. La ciudadanía tomó conciencia de su protagonismo y participó en la vida política del país como nunca antes lo había hecho, en el marco de un período en el que la cultura y la educación pasaron a jugar un papel destacado en la formación de los ciudadanos. Esta situación representó una amenaza sin precedentes para el poder hegemónico de los grupos tradicionales que, tras comprobar su incapacidad para aceptar el juego democrático y sobre todo hacerse visible su temor al avance de las fuerzas de izquierda y del movimiento obrero, recurrió a la fuerza como solución a este conflicto que se le planteaba. El resultado de esta crisis fue la llegada de un sistema destinado a restablecer el orden y la paz social, el encargado de devolver a España su normalidad histórica.

El franquismo dispuso de los medios a su alcance para integrar en su *armoniosa* sociedad a quienes habían mantenido una posición cuando menos crítica con la nueva situación. Para todos ellos desarrolló sus propias estrategias con el fin de captar el apoyo de las masas³¹, sin que ello supusiera la integración plena de aquellas personas que por uno u otro motivo pudieran considerarse enemigas del régimen. La dictadura

³⁰ Para mayor detalle, véase: LEÓN ÁLVAREZ, A.: *Consenso y resistencia...*, op. cit., pp. 113-168.

³¹ «Todo régimen, incluso el más opresor, ha de captar apoyos más o menos generalizados. Los apoyos se ubican en diversos niveles de la estructura social [...] En el caso del franquismo, se incluyen en ellos grupos que se mantuvieron cuando menos neutrales, pero jamás hostiles, frente al ejercicio de la *hegemonía*». ARÓSTEGUI, J.: «Política y administración en el régimen de Franco», en *El Franquismo: el régimen y la oposición. Actas de las IV Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, vol. 1. Guadalajara, Anabad-Castilla La Mancha, 2000, p.43.

utilizó unas prácticas que pasaban fundamentalmente por la incorporación de los *vencidos* a la *nueva* sociedad civil, que debían ser *reeducados* y *adaptados* a la *nueva* sociedad. De manera general, podemos decir que el *consenso* –desde arriba– vino determinado por la continuidad de las elites políticas que detentaban el poder, a las que se unió un importante número de políticos sin experiencia con anterioridad al 18 de julio. Pero existen otros factores como son los relacionados con la ocupación del espacio público por parte de los *vencedores*, las políticas sociales, el adoctrinamiento religioso y educativo³² y la construcción mítica de un discurso que justificó el franquismo como un momento de salvación y de vuelta al orden de España, que se convirtieron en herramientas habituales para atraerse a amplios sectores de la población.

En ese contexto, el partido único –a pesar incluso de la reseñada debilidad de su implantación social– tuvo una presencia absoluta en la vida pública española. Tal vez pudiera tratarse de una posible contradicción, pero lo cierto es que no lo es. En realidad, se asiste con relativa frecuencia durante los primeros años de la dictadura al dominio del espacio público por parte de los falangistas, ya sea mediante actos de conmemoración o destinados a la exaltación de su obra, con discursos que llenaron las hojas de los periódicos insulares o las ondas de las radios, o bien, con la continua movilización de sus organizaciones, caso de la Sección Femenina, el Frente de Juventudes, los Flechas, etc. No obstante, a pesar de controlar los mecanismos de encuadramiento político y social, como ocurre en buena parte del territorio español, eso no quería decir que Falange dispusiera exclusivamente del control de todos los resortes tendentes a la búsqueda de apoyos sociales, toda vez que «la actuación de los “derechistas” y “apolíticos” de cara a la sociedad sirvió al régimen franquista para difuminar la imagen de rigidez y totalitarismo que la excesiva influencia falangista podía proyectar»³³.

³² El régimen se aseguró una serie de mecanismos que articularon un discurso oficial que se transmitió cotidianamente a la población. La escuela y la Iglesia, desde sus respectivos ámbitos de influencia social, contribuyeron decisivamente al adoctrinamiento popular, construyendo un discurso accesible al conjunto de los españoles y con gran calado e influencia durante todos estos años. Maestros y sacerdotes cumplieron activamente con un papel clave en la formación moral de las personas, bajo premisas de jerarquía y orden y de un discurso de represión sexual y moral, que trascendió más allá de las fronteras cronológicas de la dictadura.

³³ SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1939. Diversidad de origen e identidad de intereses*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1996, p.107.

El punto de partida del discurso falangista estaba claro, «estamos en posesión de la única verdad salvadora de España, hemos de ganar la total y absoluta confianza de este pueblo que ya levanta sus brazos y da nuestro grito de verticalidad y de Imperio»³⁴, así como el objetivo de sus esfuerzos:

Por la Patria, el Pan y la Justicia. Por una España más social y más justa; sin privilegios, sin que una clase se pueda sentir herida por el orgullo de la otra. Porque esta España Nueva no es la obra de esta o de la otra clase, sino del sacrificio común de todos los hombres, y todos, sin excepción, pueden sentirse con el mismo orgullo, con la misma fe, con igual derecho y con idéntica responsabilidad. Responsabilidad no tan sólo en la guerra, sino también en la paz. Porque la primera está ganada. Ahora nos falta ganar la paz digna de esta guerra noble³⁵.

El discurso de ayuda social fue sin lugar a dudas una de las armas de captación social más utilizada por los falangistas y contó con una imagen muy efectiva para los intereses de la dictadura³⁶. Su doctrina de ayuda y acercamiento a la población fue un recurso habitual de la propaganda para demostrar que era posible una nueva vida «portada en los recios brazos de la Falange». Así, se ahondó en su capacidad de abordar los problemas sociales, estudiar todas las posibilidades tendentes a lograr la ansiada prosperidad colectiva y, sobre todo, que a diferencia con lo ocurrido en años anteriores, fueron capaces de dar solución a cuantos conflictos, problemas y demás situaciones de interés social existieran en aquellos momentos.

En un contexto de hambre, enfermedades y, en general, de carencia de las necesidades básicas, la población percibió las acciones promovidas desde el Estado

³⁴ «Guión», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de febrero de 1938

³⁵ *Ibid.*

³⁶ En una entrevista para la prensa argentina, el propio Franco expuso de manera clara cuáles eran las medidas y reformas sociales que se estaban implantando, durante el transcurso de la guerra, en los territorios que estaban bajo su mando: «El auxilio a las familias de los combatientes pobres, en proporción a las necesidades familiares, cuesta al Estado varios millones de pesetas al mes. “El plato único semanal”, instituido como prueba de solidaridad con los combatientes, y en beneficio de la clase necesitada. “La fiscalía de la vivienda”, que evita los hogares sin sol y sin higiene. “La exención de pago de alquileres al obrero en paro forzoso o privado de medios”. “Los auxilios bancarios para sufragar los gastos de enseñanza en los hijos de funcionarios públicos”. “El salario familiar” por medio de la Caja de Compensaciones, implantado ya en alguna provincia. “El Patronato Antituberculoso”, que evitará que haya un solo enfermo sin cama. En ocho meses se han organizado ya 39 sanatorios. “El Auxilio Social”, la gran obra del Movimiento, que hace llegar a los últimos lugares la ayuda al desvalido y que convierte en realidad tangible las palabras “auxilio y solidaridad española”. “El establecimiento del servicio social de la mujer”, que eleva y estimula la aportación de la mujer española a la gran obra social. “La creación de la Delegación del Trigo”, que ampara al cultivador contra los abusos de los especuladores». «Declaraciones del Caudillo», *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 1 de marzo de 1938.

como una muestra de preocupación por su situación³⁷. Se buscó esa aceptación entre estos sectores sociales mediante diversas políticas sociales que tendrían mayor éxito entre quienes tuvieran un menor grado de politización. Los obreros con mayor conciencia de clase y conscientes de la situación política, más críticos y hostiles con la dictadura, mantendrían una postura distante y poco receptiva, mientras que por el contrario aquellas personas con un menor grado de politización o de interés por todo ese tipo de cuestiones, se mostrarían receptivas al discurso populista del franquismo³⁸. Lo que está claro es que el franquismo trató de neutralizar la capacidad crítica y contestataria de los trabajadores españoles, siendo lógicamente lo que plantea más dudas a la historiografía si realmente logró atraerse su apoyo³⁹. Al menos, por lo abordado en el caso de las Islas, se puede decir que hasta principios-mediados de los cincuenta no asistiremos a un repunte de sus acciones reivindicativas que irán creciendo paulatinamente a lo largo de la década⁴⁰ y se consolidarán con el transcurso de los sesenta.

Si las políticas sociales se convirtieron en un elemento esencial de contacto del discurso falangista con amplios sectores de la sociedad, el uso de la propaganda y el

³⁷ Sirva de ejemplo el siguiente fragmento con el que se trataba de demostrar como la justicia social había llegado a las familias tinerfeñas, tal y como había prometido el Caudillo:

«Subsidio de vejez: el número de expedientes tramitados es de 1264 pesetas, con un importe mensual de 98.370 pesetas, siendo la cifra abonada a los trabajadores 1.261.424,10 pesetas.

Seguro de accidentes: se cifran en 109 trabajadores los beneficiados de un tota mensual de 8.132,44 pesetas.

Subsidio familiar: incluía a las familias, como núcleo tradicional, junto a viudas y huérfanos, recogiendo para la provincia de Tenerife los siguientes resultados:

Empresas afiliadas: 3478 pesetas.

Número de subsidiarios (padres de familia): 14493 pesetas.

Promedio de pagos mensuales: 180585 pesetas.

Seguro de maternidad:

Número de obreras atendidas: 3445 pesetas.

Pagado a obreras por Descanso: 343755 pesetas.

Pagado a obreras por Lactancia: 140035 pesetas.

También se recuerda que se han concedido quinientos trece préstamos económicos para la construcción de viviendas o mejoras de las propias, así como otras cantidades para fines sanitarios».

El Día, Santa Cruz de Tenerife, 1 de enero de 1941.

³⁸ MOLINERO, C.: «El reclamo de la “justicia social” en las políticas de consenso del régimen franquista», *Historia Social*, 56 (2006), p. 99.

³⁹ Así, por ejemplo, Carme Molinero estima que podemos hablar de «pasividad forzada, pero no indiferencia y menos aceptación», pues si bien consiguió neutralizarlos, no pudo «conquistarlos, y la mayor parte de los trabajadores intentó resistirse a la coacción y al adoctrinamiento como pudo». MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005, pp.202-203.

⁴⁰ Los primeros resultados de nuestra investigación sobre esta cuestión, se encuentran en LEÓN ÁLVAREZ, A.: *Consenso y resistencia... op. cit.*, pp. 329-341.

dominio del espacio público les permitieron asegurarse los mecanismos de difusión y de control social necesarios para hacer llegar el mensaje de la *Nueva España*.

La integración social de las masas había tenido como escenario desde el año 1936 la destrucción de todo vestigio de la República y de cualquier identificación con el liberalismo o los símbolos del movimiento obrero. El cambio en el nombre de las calles, la colocación de esculturas en las principales plazas de la geografía española, la aplicación de normas de convivencia marcadas por la moral católica y un inalterable orden público fueron algunas de las características de este proceso en el que el simbolismo tomó un papel integrador para el conjunto de la sociedad a la par que legitimador de los nuevos gobernantes⁴¹.

Al igual que ocurrió en el resto del país, en Canarias pronto se procedió a la construcción simbólica del franquismo. Este proceso no se limitó a un simple cambio en la denominación de las calles sino que implicó una ocupación absoluta del espacio público, con concentraciones y manifestaciones de adhesión y apoyo al Generalísimo⁴² ante cada nueva victoria en la guerra pero, también, con la colocación de imágenes y elementos representativos de la dictadura. Fueron varias las propuestas para construir monumentos y la realización de diversos tipos de homenajes para exaltar la figura de Franco y su contribución a la historia de España. En todas ellas la idea de pervivencia de la victoria y la ocupación de lo público serán el elemento que las origine y defina. Fue el caso del espacio monumental creado en la Plaza de España, muy próximo al puerto de Santa Cruz de Tenerife. Dadas sus dimensiones y la importancia de su ubicación, no son de extrañar las palabras pronunciadas por el Capitán General de Canarias, Francisco García Escámez, el día de su inauguración:

En estas piedras y en estos bronces –agregó– queda perpetuado el recuerdo de los tinerfeños que dieron su vida por la Patria, y será ejemplo para las generaciones futuras, justicia y satisfacción para los que cayeron y sus familiares, y demostración para propios y extraños de lo que es capaz el

⁴¹ Sobre este tema, véase BOX, Z.: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010. Una explicación sobre estos hechos a escala local pueden consultarse en, PAYÁ LÓPEZ, P.: «Violencia, legitimidad y poder local. La construcción simbólica de la dictadura franquista en una comarca alicantina. El Vinalopó Medio, 1939-1948)», *Pasado y Memoria*, 1 (2002), pp. 197-222.

⁴² No debe obviarse que Franco salió de Canarias con destino a la Península y que este hecho fue una referencia continua en la propaganda. Véase por ejemplo, «Tenerife en el Movimiento Nacional» (conferencia pronunciada por Luis Cabrera Puntero en Radio Club Tenerife), *Amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, 29 de julio de 1938.

pueblo español cuando se ve atropellada su soberanía o cuando se le quieren imponer normas políticas contrarias a sus principios de unidad y a su fe católica.

Yo espero –añadió después– que Tenerife jamás olvidará el valor y significado espiritual de esta obra y la sabrá conservar con el cariño y respeto que se merece⁴³.

Pero además, los falangistas también controlaban uno de los mecanismos de mayor importancia, la propaganda. Hay que tener en cuenta que para entonces, dominaban el espacio público y se dirigían a una sociedad en la que empezaban a hacer efecto el uso de la violencia y la escasez de recursos alimenticios. «Los ideólogos del régimen franquista eran conscientes de la importancia de los medios de comunicación para formular y propagar valores que debían inculcarse en el público lector en función de los intereses de gobierno»⁴⁴, tal y como sucedió en el caso de las Islas. Periódicos como *Amanecer*, *Falange* o *Escuadras* se encargaron de difundir la doctrina falangista, complementándose con los diversos actos y charlas organizadas en distintos puntos del Archipiélago, misión a la que se incorporaría posteriormente también la radio⁴⁵. Todo ello, les permitió construir una estructura desde la que se determinaba la información a transmitir, lo que la sociedad debía conocer y, en definitiva, disponer de un potente recurso de influencia y adoctrinamiento social.

Breve repaso al impacto social de la obra falangista

La última parte de este trabajo la centraré brevemente en conocer de manera global cuál fue el impacto social de estas políticas en la sociedad insular. Para ello, he

⁴³ *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 21 de enero de 1947.

⁴⁴ MARTÍN DE LA GUARDIA, R.: «Los medios de comunicación social como formas de persuasión durante el primer franquismo», en DELGADO IDARRETA, J. M. (coord.): *Propaganda y medios de comunicación en el primer franquismo*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2006, p. 28. Sobre la utilización de la propaganda como complemento de la represión, incluida la participación como delatores de los españoles, véase: FANDIÑO PÉREZ, R. G.: «Cuando convencer forma parte de la Victoria. ¿Consenso o imposición del terror? Propaganda, historia local y primer franquismo», en DELGADO IDARRETA, J. M. (coord.): *Propaganda y medios de...*, op. cit., pp. 79-110.

⁴⁵ Julio Yanes Mesa ha llevado a cabo diversas investigaciones sobre la radiodifusión y el franquismo en Canarias. Algunos de los trabajos más destacados son: YANES MESA, J. A. y RODRÍGUEZ BORGES, R. F.: *La radiodifusión sindical del franquismo. «La Voz del Valle» en las Islas Canarias, 1960-1965*, La Orotava, Ayuntamiento de La Orotava/Cabildo de Tenerife/Gobierno de Canarias, 2007; YANES MESA, J. A.: *Las ondas juveniles del franquismo: radio juventud de Canarias, 1955-1978*, Santa Cruz de Tenerife, Baile del Sol, 2010; ÍD.: *Los orígenes de la radiodifusión en Canarias: Radio Club Tenerife 1934-1939*, Santa Cruz de Tenerife, Baile del Sol, 2010; ÍD.: «La propaganda radiofónica de la España nacional en Canarias durante la Guerra Civil, 1936-1939», *Anàlisi*, 41(2011), pp. 101-116.

tratado de identificar los rasgos fundamentales que explican cuál fue la opinión de la población sobre las políticas de la dictadura y evaluar, de alguna manera, el impacto de algunas de esas acciones tendentes a buscar la consecución de los apoyos sociales necesarios para dar estabilidad al régimen. Como hemos visto, su escasa implantación social no fue óbice para que la camisa azul estuviera presente en todos y cada uno de los ámbitos de la vida política y administrativa de las Islas. Y, por tanto, la identificación del partido y de las decisiones gubernamentales fue un hecho continuo a lo largo de esos años, algo que se puede decir que afectó considerablemente a la visión popular sobre Falange.

A grandes rasgos, podemos decir que las críticas mayoritarias se centraron en el papel de los gobernantes para gestionar los recursos alimenticios que tanto escasearon durante aquellos años y la corrupción generalizada existente en todos los ámbitos de la administración canaria. La escasez de alimentos y el elevado precio de los mismos en el mercado negro fue motivo de queja continua por parte de la población. Así en noviembre de 1947, se informó de que, entre los habitantes de la isla de Tenerife, existía un descontento generalizado por la falta de alimentos y por la incapacidad de las autoridades para poner fin a algunas acciones bastante perjudiciales, sobre todo aquellas que tenían que ver con prácticas fraudulentas fácilmente comprobables, siendo lo más destacado que se les achaque una clara *pasividad y una especie de –im–potencia para encauzar el hecho por la vía legal*⁴⁶.

Además, a ese hecho se unió otro de gran importancia durante el período. La corrupción generalizada y la impunidad con la que actuaban las nuevas autoridades fue motivo de queja y de amarga resignación por parte de la población, tal y como se ha podido constatar en la consulta de los boletines quincenales elaborados por la policía. Esta documentación describe con detalle los numerosos casos de corrupción existentes en las Islas y los refleja como un fenómeno generalizado y del que la población canaria tiene conocimiento, fundamentalmente porque fue algo inherente a su vida cotidiana y del que muchas personas participan activamente. Sin duda alguna los grandes beneficiados de este tipo de prácticas corruptas fueron políticos, responsables de áreas de gobierno, miembros de la administración, funcionarios de

⁴⁶ Archivo Histórico de la Transición en Canarias (AHTDC). Fondo Francisco Fajardo (Universidad de La Laguna). Dirección General de Seguridad (DGS). Caja 2. Legajo 4. Informe de 22 de septiembre de 1947.

Puertos Francos, militares, etc., es decir, todas aquellas personas que tenían contacto directo con mercancías o fondos públicos⁴⁷.

Un ejemplo de esta situación fue el alto grado de corrupción de los jefes y funcionarios de Puertos Francos, a los que se les llegó a acusar de dedicarse a todo tipo de negocios ilegales relacionados con la extracción de mercancías que les había generado importantes sumas de dinero⁴⁸, refiriéndose a escenas en las que se llegaban a producir discusiones entre ellos mismos *por querer beneficiarse unos más que otros*. Uno de esos casos es el de los cigarrillos rubios:

[...] como la Ley autoriza a sacar de dichos Depósitos la mercancía en ellos existente que esté sin permiso de importación siempre que salga nuevamente para el extranjero, se han valido de –sic– falsificando declaraciones en las que se hacía constar que los citados cigarrillos eran para un barco extranjero, sabiéndose que la mayoría o todos fueron vendidos a barcos españoles que tocan en los puertos de Tenerife y Las Palmas⁴⁹.

En general, la información que aparece en las fuentes demuestra como se favorecía a los estraperlistas, normalmente a cambio de dinero o de algunos de los propios productos que aquellos obtenían, a la par que se observan casos en los que los propios guardias se dedicaban por su cuenta a ese tipo de actividades. No obstante, el hecho más destacado es el referido a los comentarios sobre como esos guardamuelles sólo intervenían la mercancía que pudiera haber obtenido algún *padre de familia* para su casa, mientras que a aquellos que se dedicaban al estraperlo en grandes cantidades

⁴⁷ La figura de Franco siempre permaneció ajena a todo comentario negativo o crítico. Muy al contrario, se vio fortalecida, pues la población identificó normalmente a la autoridad civil más cercana como la responsable del estraperlo. Existía una concepción de la política en la que la proximidad -entendiendo por esta la cercanía física de la institución- del gobernante con el pueblo era esencial. Salvo en los comentarios realizados por la oposición, en la documentación consultada no aparece ninguna opinión popular crítica hacia Franco y mucho menos que lo identificase con la lamentable situación económica y social de esos años. Por eso, los alcaldes y gobernadores civiles de ambas provincias solían ser vistos como los responsables de todos los males existentes en las Islas.

⁴⁸ En un informe del año 1947 se refleja claramente lo extendida que estaba la corrupción entre los funcionarios y los empleados que prestaban sus servicios en el puerto de la capital grancanaria, *–los casos de soborno y cohecho, están a la orden del día–*, que les permitía comprarse casas *–los guardamuelles se están hinchando a ganar dinero–* y llevar un nivel de vida muy por encima de sus posibilidades, incluyendo dentro de las prácticas fraudulentas a miembros de la policía armada. Se llegó a decir que el cambullonero *en su verdadera acepción ha desaparecido dejando paso a una ola de traficantes de divisas*. AHTDC. Fondo Francisco Fajardo (Universidad de La Laguna). DGS. Caja 1. Legajo 3. Informe de 29 de mayo de 1947.

⁴⁹ *Ibid.*

no les ponían ningún tipo de impedimento, puesto que llegaban a acuerdos económicos en función de la mercancía que transportasen⁵⁰.

El desequilibrio social existente se reflejaba continuamente en los informes policiales, informándose del aumento de la mendicidad callejera, de los robos, del paro en el sector de la construcción, y como todo ello manifestaba en una gran desigualdad entre el nivel de vida de los obreros y de los patronos, pues los primeros tenían que dedicar buena parte de sus sueldos a adquirir productos en el mercado negro, mientras que los segundos veían como sus ingresos aumentan considerablemente por el aumento de la vida y el elevado coste de la vida⁵¹. No debe sorprendernos que ante esta situación, cuando se dieran a conocer algunos casos de la mala gestión de las autoridades se incrementasen considerablemente las críticas. Así, por ejemplo, como

⁵⁰ Según Ricardo Guerra «esta circulación de mercancías, paralela al mercado oficial, afectó a numerosos productos básicos e implicó a todas las capas sociales, pudiéndose distinguir un “estraperlo de alto nivel”, bien organizado y que realizaba importantes operaciones que permitían la obtención de sustanciosos beneficios y que estaba relativamente tolerado y amparado por los organismos fiscalizadores, y un “estraperlo popular”, efectuado por pequeños propietarios agrarios, pequeños comerciantes y “cambulloneros” que “iban por libre”, que permitió subsistir algo mejor a estos grupos y en cierta medida abastecer a parte de la población. Un estraperlo popular que era reprimido mucho más duramente por las autoridades». GUERRA PALMERO, R. A.: «El mercado negro en Canarias durante...», *op. cit.*, p. 187.

El siguiente fragmento resulta bastante representativo al respecto y, a pesar de lo extenso del mismo, considero que condensa varias de las cuestiones abordadas, desde la corrupción, la imagen que se obtiene de Falange o el descontento de la población ante estos hechos: « [...] Hasta el más ignorante habitante de esta capital, sabe que autorizadamente se vende de estraperlo, azúcar, café y harina por los hoy llamados “provisionistas de buques”. También saben, de que en todas las panaderías de esta capital, se elabora gran cantidad de pan blanco con harina que oficialmente se les suministra a dichas industrias al precio de 11'80 pts. el Kgr., o sea, a precio muy superior al de tasa. Asimismo, se conoce por todos, de que la Recova está llena de puestos en que se vende pan de estraperlo, así como en todos los “carritos” establecidos en esta capital, fruterías, tiendas, etc.

No obstante lo enumerado anteriormente, cuya veracidad puede comprobarse en cualquier momento, la Fiscalía de Tasas de esta capital, no actúa contra aquellas personas, haciéndolo en cambio contra personas humildes que venden un poco de azúcar, café, harina, o bien contra aquellas que tienen establecida una pequeñísima industria donde elaboran clandestinamente, 20 o 30 panes para venderlos de estraperlo. La media de multa que se les viene imponiendo a estos infractores, oscila alrededor de 2000 pts. cada uno, ocurriendo que como casi ninguno de ellos puede pagarlas, sufre el arresto subsidiario consiguiente, siendo muchos los que hay ingresados en la Prisión Provincial con doscientos días de arresto. Haciendo constar, de que ni por la Fiscalía de Tasas ni por el Gobernador Civil al que se le da conocimiento de estas sanciones privativas de libertad, se tiene en cuenta la situación económica y familiar en que pueda encontrarse el encartado. Y así tenemos que, en el día de la fecha, fue decretado el ingreso en la cárcel con 200 días de arresto, de una señora (...), la cual tiene 7 u 8 hijos, todos menores de edad y su marido en Venezuela, por haberla sorprendido con un pequeño horno en el que elabora algunos panes que luego vendía de estraperlo.

Es decir, que, según todo lo expuesto, la tónica que sigue la Fiscalía de Tasas de esta capital, es la de la persecución al estraperlista clandestino y no metiéndose para nada con los que lo hacen a la vista de todos y que son, también, los más pudientes. También figuran muchos sancionados por vender algunos kilos de patatas de estraperlo». AHTDC. Fondo Francisco Fajardo (Universidad de La Laguna). DGS. Caja 2. Legajo 3. Nota informativa de 16 de agosto de 1949.

⁵¹ AHTDC. Fondo Francisco Fajardo (Universidad de La Laguna). DGS. Caja 1. Legajo 5. Año 1949

simple elemento indicativo, si tomáramos como referencia el año 1955⁵², y la repercusión de esos casos de corrupción en los informes policiales comprobaríamos esta situación, especialmente porque buena parte de ellos, estaban relacionados con la actividad del partido y las políticas sociales. A modo de ejemplos, podemos decir que en el informe policial de 30 de enero de 1955 se informaba que se había detenido al Secretario Provincial de Obras Sindicales de la Delegación Provincial de Sindicatos por una malversación de 435 mil pesetas de la Obra 18 de Julio. Un caso similar a lo que ocurrió en el Frente de Juventudes, en este caso, de 10 mil pesetas y en la propia Jefatura, provocando estos hechos los comentarios desfavorables de la población y la difusión de las críticas de los opositores. En una nota de 22 de febrero se informaba que se había cometido un desfalco por valor de 150 mil pesetas en el Instituto Nacional de Previsión en el departamento de Asistencias de Accidentes de Trabajo, que al parecer se llevó a cabo «abonando de dobles facturas de relaciones de obreros al servicio de distintas entidades particulares, en las cuales tenía cómplices que han sido descubiertos».

Conclusiones

Falange fue un partido que nació debilitado en el marco político insular, carente de una base social amplia que le permitiera enraizarse en todos los sectores de la sociedad. Ese hecho unido a otros como el de su participación en la represión desencadenada inmediatamente después del golpe de Estado fueron la base sobre la que debe entenderse su posterior intento por lograr mayores apoyos sociales y por consolidar su posición de predominio político. Los propios falangistas fueron conscientes de esta débil implantación y cómo al mismo tiempo se estaba produciendo una rápida incorporación de políticos de etapas anteriores y, en general, de personas alejadas de la doctrina del partido y simplemente interesadas en obtener prebendas y beneficios. Esta es una de las características esenciales de su discurso durante estos primeros años: sus ataques a quienes obstaculizaban la Revolución y simplemente

⁵² AHTDC. Fondo Francisco Fajardo (Universidad de La Laguna). DGS. Caja 5. Legajo 3.

consideraban que el sacrificio de la guerra serviría para retomar sus viejos vicios y prácticas.

A pesar de estos hechos, su presencia fue determinante para entender algunos aspectos que explican la construcción del *consenso*, especialmente por la aplicación y utilización que hizo el régimen de ciertos puntos de su doctrina, como pudieron ser aquellos de carácter asistencial y social. Además, hay que destacar su papel en la construcción de un espacio público de homenaje y recuerdo a quienes habían vencido en la guerra, así como su labor destacada como responsables del aparato de propaganda franquista. Todo ello contribuyó, junto a otros factores del contexto histórico y del propio régimen, a crear el marco adecuado sobre el que se trató de atraer los mayores apoyos sociales posibles y de controlar a aquellos que nunca cedieron ante el discurso de la dictadura. El franquismo logró asentarse socialmente sobre amplias capas de la sociedad canaria caracterizadas, en general, por su pasividad e indiferencia ante la política y que, al mismo tiempo, llegaron a ser receptivas del discurso difundido por el régimen nacido de la victoria en la guerra civil y que, en buena medida, se debía a los falangistas.

EL DIOS Y EL CÉSAR DE FERMÍN YZURDIAGA, 1936-1939*

Santiago Martínez Sánchez
Universidad de Navarra

El sacerdote navarro Fermín Yzurdiaga, conocido como el *cura azul* por su fervorosa militancia falangista, adquirió un destacado protagonismo en la España sublevada. En 1936, fundó en Pamplona el primer diario falangista, *Arriba España*, y *Jerarquía. Revista negra de la Falange*. Franco le nombró en 1937 consejero nacional y jefe de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española de FET y de las JONS. Como gestor cultural, activista político, y figura eclesiástica, Yzurdiaga infundió en sus empresas político-culturales una impronta híbrida, un falangismo combativo exageradamente católico, o un catolicismo decididamente fascista que fue más atractivo para la propaganda franquista que para la jerarquía eclesiástica, incómoda también ante la resuelta independencia del *cura azul*. De todo ello se habla a continuación.

Yzurdiaga, *camisa vieja*

En 1936, antes de la sublevación militar de julio, Fermín Yzurdiaga era escritor, sacerdote y falangista. Tomadas aisladamente, cualquiera de estas tres actividades otorgaba una cierta notoriedad en la Pamplona de la década de 1930. Por eso, al coincidir en el clérigo y literato y político Yzurdiaga, este se convirtió (durante las particulares circunstancias de la guerra civil española) en un actor poderoso y conflictivo, brillante y envidiado, capaz de articular un discutido proyecto de reconstrucción nacional. Que estos contrastes se ventilasen en su contra en el otoño de 1938 incita a indagar cómo y por qué decidió sin pestañear que sacerdocio, escritura y activismo político debían estar firmemente enlazados, como facetas que componían una realidad o un proyecto político-religioso único e indisoluble.

* Deseo agradecer a José Luis Sales Tirapu, director del Archivo Diocesano de la diócesis de Pamplona, su ayuda y orientación para consultar los fondos de ese archivo eclesiástico.

Nacido en Pamplona el 25 de octubre de 1903, con veinte años cambió la i latina de su apellido por otra griega, al parecerle más elegante o de mejor efecto literario¹. La relevancia del hecho tal vez resida en un cierto afán de distinción y de reconocimiento, y en la temprana atención que aquel joven seminarista prestaba a la escritura y las letras. Cuando esto ocurrió, hacia 1924, se cumplían diez años de su ingreso en el seminario de Pamplona.

Sus calificaciones en las asignaturas de Latín y Humanidades fueron mucho mejores que su expediente en Filosofía y Teología, materias estas últimas que cursó durante un par de años en el seminario de San Carlos de Salamanca, de octubre de 1921 a junio de 1923. La muerte de su padre le hizo regresar a Pamplona y residir en el domicilio familiar, con su madre viuda y su otro hermano, Ramón.

Sus formadores en ambos seminarios y los sacerdotes de su parroquia pamplonica de San Nicolás elogiaron su conducta moral, religiosa y disciplinar². Así que el obispo Múgica le ordenó sacerdote el 4 de octubre de 1926. Al día siguiente, la noticia apareció en la portada del *Diario de Navarra*, periódico en el que Yzurdiaga había comenzado a colaborar siendo todavía seminarista³.

Desde muy pronto, su vida se unió a Pamplona, al periodismo y la escritura, y a la política. A Pamplona, porque su carrera eclesiástica no siguió el convencional y lento ritmo de ascenso desde parroquias rurales a otras urbanas. En febrero de 1927 marchó de ecónomo a la parroquia de Arive, un pequeño pueblo del arciprestazgo de Roncesvalles, en los Pirineos navarros. Fue su primer y último destino rural, pues a finales de ese año estaba de vuelta en Pamplona, a tiempo para ver publicado su *Poema de Navarra*. Los versos de este poemario preanuncian la retórica grandilocuente de sus artículos y discursos propagandísticos del 36 al 39, que Laín Entralgo tildó de «estética neobarroca y neoparnasiana»⁴. Yzurdiaga no se movería ya de la capital navarra, pudiendo así mantener el contacto con el *Diario de Navarra*, responsable tal vez del regreso y permanencia en la capital de aquella joven *promesa*.

¹ Que tengamos constancia, eso ocurrió en 1924: cfr. Archivo Diocesano de Pamplona (ADP), Expediente de Órdenes (EO), instancias de Fermín Yzurdiaga al obispo Mateo Múgica. Algo más tarde, al publicar en 1927 su *Poema de Navarra*, su apellido ya se estampó como Yzurdiaga.

² ADP, EO: informes de los rectores de los seminarios de Salamanca, Luis M. Albert, 17-III-1924, y de Pamplona, Joaquín Elcano, 8-IX-1926; y de los sacerdotes de la parroquia de san Nicolás, Francisco Guillén, 29-III-1924, y Ramón Cejalvo, 4-III-1925, 23-II-1926, 7-IX-1926.

³ Entrevista con José Javier Uranga, Pamplona, 26-I-2011.

⁴ LAÍN ENTRALGO, P.: *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral, 1976, p. 188.

La actitud hostil de la República ante el catolicismo movilizó al Yzurdiaga político, insertándole en un creciente activismo para defender la influencia social de una religión en entredicho. La Asociación Católica Nacional de Propagandistas se convirtió en su primer canal de participación ciudadana, al nombrarle el obispo de Pamplona, Tomás Muñiz, su consiliario⁵. La ACN de P arrastraba una vida más bien lánguida en el Viejo Reino, según deducimos de la ausencia de noticias sobre la delegación navarra en su Boletín oficial. El dinamismo que les aportó la fugaz estancia de Ángel Herrera en Pamplona en marzo de 1930, donde pronunció una conferencia sobre la Acción Católica⁶, lo reforzó en 1931 el anticlericalismo de algunas medidas del Gobierno republicano. La oleada de indignación católica llevó a Yzurdiaga a entrar en la reorganización de la ACN de P en Pamplona, en octubre de 1931⁷.

Estaba entonces cómodo Yzurdiaga entre los propagandistas que defendían la indiferencia hacia las formas políticas de gobierno. Su poco fervor monárquico explica también su distancia hacia el carlismo, hegemónico en Navarra, a cuyas puertas no llamó ni en aquellos primeros tiempos republicanos, que tanto iban a fortalecer la causa tradicionalista⁸, ni luego. Pero poco tiempo ayudó Yzurdiaga a reactivar el pequeño núcleo de propagandistas navarros. Con ellos acabó en el otoño de 1933, lo cual indica sus dudas ante la vía institucional y la participación en los cauces electorales a través de una CEDA que justo entonces, en noviembre de 1933, obtuvo un resonante triunfo en las urnas. Si aquel no era el camino para salvar ni la Iglesia ni la nación, ¿dónde buscar?

Falange fue la respuesta. Lo sabemos por un informe que Francisco Uranga envió al obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, en octubre de 1937. Uranga era amigo de Yzurdiaga y compañero de aventuras en la ACN de P, en la que entraron y salieron al mismo tiempo. Su informe relataba con algún detalle la actividad política de su amigo anterior a la guerra civil.

⁵ ANDRÉS-GALLEGO, J.: *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco 1937-1941*, Madrid, Encuentro, 1997, p. 58.

⁶ *Diario de Navarra*, 7-III-1930, p. 3.

⁷ *Boletín de la Acción Católica Nacional de Propagandistas*, 15-I-1932, p. 4.

⁸ Cfr. MORAL RONCAL, A. M.: *La cuestión religiosa en la Segunda República española. Iglesia y carlismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 117-134; BARREIRO GORDILLO, C.: *El carlismo y su red de prensa en la Segunda República*, Madrid, Editorial Actas, 2002.

Según Uranga, en agosto o septiembre de 1933, ambos se reunieron en las oficinas de *Diario de Navarra* con algunos delegados jonsistas de Valladolid que deseaban expandir las JONS en Pamplona. Pero de la reunión nada salió –según Uranga–, por el carácter «casi antirreligioso» de las JONS, ante el que Yzurdiaga arguyó «la necesidad de un movimiento de tipo fascista pero genuina y esencialmente Católico y Español». Al poco, en noviembre del 33 –proseguía Uranga, sin precisar más– Julio Ruiz de Alda tuvo dos reuniones, también en el *Diario de Navarra*, a las que asistieron, entre otros, Yzurdiaga y él mismo, para establecer en Pamplona un núcleo falangista. Al parecer, «una vez aclarada entre otros extremos la confesionalidad de nuestro movimiento a satisfacción de D. Fermín se inició la constitución de la Falange de Navarra», explicaba Uranga⁹. Yzurdiaga prefirió no encuadrarse en Falange por su condición sacerdotal, lo que Uranga achacaba a «sus escrúpulos a nuestro juicio exagerados al límite». Según Uranga, el sacerdote actuaba entre bambalinas como consejero y censor, llegando incluso a exigir a José Antonio mencionar explícitamente el catolicismo en su discurso en Pamplona el 15 de agosto de 1934¹⁰, o a reclamar que los discursos y mítines falangistas en Pamplona en 1935 y en torno a las elecciones de febrero del 36 subrayasen que Falange era la encarnación del espíritu tradicional español. Uranga acababa su informe resaltando el eje que guiaba la actividad política de su amigo:

En una palabra, desde que Falange nació y aún antes, desde que se sintió en España la necesidad de un Estado fuerte y totalitario, puedo afirmar que la gran preocupación de D. Fermín Yzurdiaga y todos sus esfuerzos han ido encaminados a conseguir que el nuevo Estado fuera católico hasta la médula¹¹.

Así pues, había que creer que Fermín Yzurdiaga seguía siendo en 1937 el mismo que antes de la guerra: un sacerdote-falangista libre de toda sospecha, porque adoraba a Dios y no al Estado. En realidad, el destacado protagonismo que el

⁹ Este protagonismo de Yzurdiaga lo omiten los trabajos sobre el origen y desarrollo de la Falange navarra desde 1933: cfr. FERRER MUÑOZ, M.: *Elecciones y Partidos Políticos en Navarra durante la Segunda República*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, pp. 142-148; GARCÍA VENERO, M.: *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 120-121; DEL BURGO, J.: *Conspiración y guerra civil*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1970, pp. 586-588. Si bien, estas monografías no describen desde dentro, como Uranga, las conversaciones fundacionales de la Falange en Pamplona.

¹⁰ Con una introducción suya, Yzurdiaga editó luego los discursos que pronunciaron ese día José Antonio y Ruiz de Alda en *Jerarquía*, 2 (octubre 1937), «Dos discursos desconocidos», pp. 116-123.

¹¹ ADP, Gobierno Diócesis (GD), informe de Francisco Uranga, 15-X-1937.

Yzurdiaga de la guerra asumió bien gustosamente le alejaba un tanto de esta plácida visión que Francisco Uranga ofrecía de su amigo.

Las plataformas políticas de Yzurdiaga

Producido el golpe de Estado, a los falangistas navarros les faltó tiempo para incautarse del edificio, los talleres y las rotativas de *La Voz de Navarra*, un diario vasquista aparecido en Pamplona en 1923. Lo ha narrado uno de ellos, Rafael García Serrano, en unas memorias que reivindican apasionadamente la figura y el legado de Fermín Yzurdiaga¹². El 1 de agosto del 36 salió en su lugar un nuevo diario, falangista: *¡Arriba España! Hoja de combate de la F.E de las J.O.N.S.* Iba a ser el nuevo hogar periodístico de Yzurdiaga y de Ángel María Pascual, su alma gemela y gran colaborador¹³. Entre ambos echaron a rodar el diario y también *Jerarquía. Revista negra de la Falange*¹⁴. El periódico murió con el franquismo en 1975. La revista, mucho antes: sólo cuatro números aparecieron entre 1937 y 1938. Aquella joya estética pensada como un ariete para minorías se quebró por su estrecha ligazón con Yzurdiaga, relegado al ostracismo público por orden de su obispo en noviembre de 1938¹⁵.

Yzurdiaga figuraba como director de *Jerarquía* y, por su edad y su ascendiente, también fue de hecho el director de *Arriba España*. Aunque el diario echó a andar con Pascual en ese cargo¹⁶, porque el sacerdote no tuvo el permiso de su obispo Olaechea

¹² GARCÍA SERRANO, R.: *La gran esperanza. Nosotros, los falangistas*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 97-99, 157 y ss. A finales de 1936, por incautación o concesión administrativa, la cadena de prensa falangista reunía 27 diarios y 23 semanarios (RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 252-253).

¹³ Sobre Pascual: ARTÁZCOZ LÓPEZ, Mariángeles: «Ángel María Pascual, periodista», tesis doctoral, facultad de Comunicación, Universidad de Navarra, 2001; LECEA Y YÁBAR, J.M.: «Ángel María Pascual (1911-1947)», *Príncipe de Viana*, 215 (1998), pp. 859-874. No hay ninguna biografía sobre Fermín Yzurdiaga.

¹⁴ La revista iba con esa uve arcaizante. Sólo su primer número completaba el título con el lema: «Gozo y flor de las cuatro estaciones», que aludía a su publicación coincidiendo con el inicio de cada estación. Al editarse el primer número, la publicidad de *Jerarquía* en *Arriba España* (4-III-1937, p. 3) indicaba que saldría cada 21 de marzo, junio, septiembre y diciembre. Fue sólo un deseo. La revista pretendía ser «Nieve. Flor. Espiga. Racimo»: *Jerarquía*, 1 (invierno 1936), Nota, sin paginar.

¹⁵ En el índice —o «Tabla»— del cuarto número, a continuación de las dos Notas últimas (una de Daniel de Aramio: «Roy Campbell, poeta irlandés, soldado de España»; otra de Carlos Ribera: «La orientación actual del arte de la Pintura») se indicaba que «Dificultades insuperables nos impiden dar estas dos últimas notas que se publicarán próximamente». Yzurdiaga contaba con proseguir *Jerarquía*, pero no con la voluntad infranqueable de su obispo, que sí que fue una *dificultad insuperable*. Un relato detallado de los recelos de la jerarquía eclesiástica española hacia Yzurdiaga, en MARTÍNEZ SÁNCHEZ, S., «Las tensiones político-religiosas en torno a Fermín Yzurdiaga, 1936-1939» (en prensa).

¹⁶ El dato se escapaba entre líneas, en alguna noticia, pues el diario eludió publicar su Redacción. Por ejemplo: «Para Roncesvalles salieron el doctor don Daniel Arraiza, Jefe Provincial y el Dr. de nuestro periódico D. Ángel M^º Pascual, quienes cumplieron a nuestro amadísimo Prelado Dr. Olaechea, [...]» (*¡Arriba España!*, 19-VIII-1936, portada).

para dirigir el periódico. Desde luego, la indisciplina falangista con la que trató de sortear la prohibición episcopal –entre otras razones– le acabó costando caro, pues Marcelino Olaechea primero vetó que ocupase cargos políticos en la Nueva España franquista en las Navidades de 1937 –cuando el *cura azul* estaba en la cúspide de su poder político– y luego, en el otoño de 1938, le prohibió toda actividad periodística.

Al principio el diario se repartía en los frentes y ciudades *liberadas* por los franquistas: de ahí su subtítulo inicial de «Hoja de combate»¹⁷. Aunque pronto comenzó también a venderse, en Vitoria, S. Sebastián, Logroño, Zaragoza, Sangüesa, Tafalla, Aoiz, Estella y Tudela¹⁸. Además, sus admiraciones juveniles cayeron el 11 de octubre de 1936; se tituló orgullosamente *Primer diario de Falange Española* desde el 1 de enero de 1937; y, tras el decreto de unificación de abril de 1937, quedó ya definitivamente como *Diario de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.* Para entonces, flanqueaban la mancheta los lemas «Para Dios y el César» y «España, Una, Grande, Libre».

Arriba España y *Jerarquía* eran dos voces de un único proyecto y sólo fueron realidad porque existió una guerra civil, que le puso en bandeja a Yzuriaga personas, contactos y recursos. Poder, en definitiva. Sin la guerra, estas empresas habrían sido un sueño quimérico, una poesía más del sacerdote. Aquellas plataformas demostraban a su impulsor que una Nueva España estaba surgiendo y que él podía ser uno de sus constructores. Porque, parece claro, Yzuriaga tenía un plan. Que el primer número del recién fundado *¡Arriba España!* anunciase en un entrefilete algo críptico que: «con Octubre Jerarquía», sugiere que el sacerdote, joven pero curtido en el oficio periodístico durante una larga década, sabía qué quería: un diario para conformar la opinión pública, y una revista para que las minorías iluminadas alumbrasen el camino a los hombres de acción.

Aquellas *naves de papel* brillaban por su tono poético, algo afectado. Por un lirismo barroquizante que pretendía crear un estilo nuevo, cortante y pulido, lleno de adjetivos grandiosos muy del gusto de Yzuriaga y de Pascual; un estilo *imperialista* muy propio también de aquel tiempo de guerra en la España sublevada. En fin, un estilo fascista, que sobrepasaba el lirismo y quería ordenar la totalidad de la

¹⁷ ESTÉVEZ, M.A.: «El nacimiento de la prensa azul», *Historia* 16, 9 (enero 1977), p. 22.

¹⁸ *Arriba España*, 15-X-1936, p. 6.

existencia: «nuestro estilo: un modo nuevo de hacer la vida, desde la monumentalidad arquitectónica hasta el ademán cotidiano»¹⁹. La revista, en particular, estaba exquisita y cuidadosamente editada: «impresionaba, desde luego, el gran formato y el oro del título sobre el negro mate de la cubierta, y en el interior la calidad de los tipos, la riqueza de las tintas, el negro, el rojo y el azul de las clásicas artes de imprimir, la profusión de *culs-de-lampe* y adornos adicionales», cuenta Laín Entralgo, uno de sus principales colaboradores²⁰.

Pascual e Yzurdiaga aspiraban a construir un universo político donde el falangismo, «trigo de oro en el barro nuevo de España»²¹, se alzaba contra el carlismo y el conservadurismo autoritario que se expresaban, respectivamente, a través de los otros dos diarios de Pamplona, *El Pensamiento Navarro* y *Diario de Navarra*.

Es verdad que aquel exceso de retórica y de misticismo parecía poco práctico, y que Yzurdiaga era un tanto «estrambótico»²². Pero lo cierto es que concibió su misión como un combate de ideas, asumiendo que desde esas páginas podía ser herido y morir, pero también herir y dar muerte a sus contrincantes, pues la suya fue también una guerra polémico-retórica sin cuartel: «Pues si la Política –escribió– no tiene entrañas ni sabe mirar con lágrimas, la pila infinita de nuestros Caídos, ya se verá morir cuando se le claven en la carne sensual y maldita nuestras Flechas delirantes y ardidadas»²³. Además, supo articular (efímeramente, eso sí) un grupo de escritores en la Pamplona de 1937, «el denominado “grupo navarro”, con el que puso en marcha algunas iniciativas importantes en materia de prensa y propaganda y del que salió una de las más decididas reivindicaciones del Estado totalitario»²⁴. Grupo (los Laín, Tovar, Ridruejo, etc.) que, en su mayor parte, se arrimaron en enero de 1938 a Ramón Serrano Suñer, la nueva estrella emergente –más voraz y poderosa que el *cura azul*– por su inmejorable posición de intimidad con Franco, el *imán* de aquella mitad de España.

¹⁹ LAÍN ENTRALGO, P.: «Meditación apasionada sobre el estilo de Falange», *Jerarquía*, 2 (octubre 1937), p. 164.

²⁰ LAÍN ENTRALGO, P.: *Descargo de conciencia...*, op. cit., pp. 210-211. Por el contrario, a Dionisio Ridruejo (*Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 118) todo aquel esmero le parecía «poco combatiente». Se acaba de editar una edición facsímil: *Jerarquía. Revista negra de la Falange (1936-1938). Edición íntegra*, introducción de ORELLA, J.L., Madrid, Ediciones Barbarroja, 2011.

²¹ «In pace», *Jerarquía*, 1 (invierno 1936), sin página ni autor.

²² PAYNE, S.G.: *Falange, Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1986, p. 165.

²³ YZURDIAGA LORCA, F.: «Para la Política», *Jerarquía*, 1 (invierno 1936), p. 152.

²⁴ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange...*, op. cit., pp. 252-253). Sobre el grupo navarro, puede verse ANDRÉS-GALLEGO, J.: *¿Fascismo o Estado católico?...*, op. cit., pp. 67-121.

Cruzadas y campañas

Fue el obispo Olaechea y fue en Pamplona, el 23 de agosto de 1936, donde por vez primera la guerra civil se definió como una Cruzada²⁵. En cascada, otros obispos se subieron a ese carro y así el golpe de Estado y la guerra civil se legitimaron según esta clave religiosa. Desde luego, en el clima de exaltación político-religiosa de Navarra y de Pamplona en los momentos iniciales de la guerra²⁶, la retórica *cruzadista* también caló en el *¡Arriba España!* de Fermín Yzurdiaga, que apeló a la Cruzada nada más que echó a andar su nueva identidad sacerdotal-falangista. Y lo hizo antes que ningún otro eclesiástico (al menos, antes que su obispo), pero en calidad de «Jefe de Propaganda» de Falange de las JONS en Navarra.

Al firmar como uno de los mandos falangistas navarros, Yzurdiaga se despojaba de la sotana. Pasaba a ser una «jerarquía falangista», una voz autorizada para interpretar los nuevos dogmas propagandísticos sobre cuestiones religiosas o, mejor dicho, sobre cualquier cuestión religiosa que tocara a la política, o cualquier asunto político que tocara a la religión. Separar aquellos ámbitos, desde luego, no fue lo que ni Yzurdiaga ni muchos otros desearon hacer en la guerra. Entendía la Cruzada como el camino falangista de regenerar la Patria. Su visión despojaba al concepto de sus connotaciones religiosas centrales. Mejor dicho, lo central era la nación necesitada de una cruzada purificadora. Eso era la guerra, una Cruzada para encontrar «la España substancial, la eterna, la nuestra»²⁷, esa España desaparecida por la acción de la masonería, del judaísmo, del marxismo y del liberalismo. Reconstruir la España auténtica exigía una «Cruzada de Heroísmos y de Imperios»²⁸ y esa misión recaía sobre «los ejércitos de Caballeros y de Cruzados que no dejarán triunfar al

²⁵ El tema es bien conocido. Por ejemplo: RAGUER, H.: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península, 2001, p. 206; REDONDO, G.: *Historia de la Iglesia en España, 1931-1939*, tomo II, *La guerra civil, 1936-1939*, Madrid, Rialp, 1993, pp. 72-73; ÁLVAREZ BOLADO, A.: *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y guerra civil: 1936-1939*, Madrid, Universidad de Comillas, 1995, pp. 42-43.

²⁶ Sobre el clima de Pamplona como lugar de fiesta patriótico-religiosa, cfr. UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 149-160, 182-188.

²⁷ *¡Arriba España!*, 7-VIII-1936, «Con las cinco flechas en el yugo. Cruzada contra Política», portada.

²⁸ *¡Arriba España!*, 14-VIII-1936, titular informando del primer campamento falangista en Tolosa, portada.

Extranjero»²⁹. Ejércitos de españoles, por supuesto, en los que –según la retórica místico-belicista del *cura azul*– a la Falange le correspondía un puesto destacado, como «Milicia de Dios, Milicia del Imperio»:

La Falange Española, Haz de Flechas y Yugo –Fernando e Isabel, Reyes Católicos. Catolicismo e Imperio–.

[...] Nuestro fin, hacer con brazos desnudos, sangrantes y victoriosos, el Imperio; reconstruir la esencia de España que corre por nuestra vena delirante y guerrera, sobre lo Eterno, sobre lo católico; con rectitud, con imposibilidad, acaso con esquinas de acero³⁰.

Su Cruzada era antes nacional que religiosa³¹. Su fin prioritario no era rescatar o defender una Iglesia perseguida y en peligro en la España republicana, sino recomponer una Patria rota y sepultada por un pasado equivocado, unos enemigos activos y unos modelos extranjerizantes mitificados erradamente. Su idea de cruzada no acentuaba en absoluto el fervor religioso dominante en la Navarra de entonces. Ni tampoco –como es lógico en su caso– suponía compartir la persecución de la España anticlerical. Anteponer la nación al catolicismo fue el norte de su brújula ideológica, con el que poder ubicar en el mapa político a una Falange minoritaria en Navarra y diferenciar su discurso de otras alternativas dominantes en Navarra o en la España franquista, bien el carlismo, bien la derecha conservadora. Contra unos y otros el periódico se enzarzó en tempranas polémicas, defendiendo su ideario «ante el estupor de los que no nos conocen, ante la envidia impotente y ridícula de los que nos critican ya, entre bostezos tristes de café, y lamentaciones histéricas e infames»³².

Eso sí, Yzurdiaga y su diario nunca mostraron indiferencia hacia la suerte de la Iglesia... en Navarra. Allí, donde la sociedad era muy sensible al catolicismo, la influencia de *Arriba España* podía beneficiarse si algunas campañas periodísticas pulsaban argumentos exclusivamente religiosos.

En 1936, el diario lanzó repentinamente un manifiesto exigiendo a la Diputación foral la restauración en Navarra de la Compañía de Jesús, «Milicia de Cristo y de España». Esto ocurrió el 18 de agosto, día en que Yzurdiaga visitó al vicepresidente de

²⁹ *¡Arriba España!*, 15-VIII-1936, «Con las cinco flechas en el yugo», portada.

³⁰ *¡Arriba España!*, 16-VIII-1936, «Con las cinco flechas en el yugo. La Falange, milicia de Dios, milicia del Imperio», portada. Cfr. también *¡Arriba España!*, 27-VIII-1936, portada; 14-IX-1936, portada.

³¹ En ese sentido, Yzurdiaga participa plenamente del culto falangista a la nación, rasgo identitario de la Falange de preguerra subrayado por Box, Z., *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010, pp. 34-40.

³² *¡Arriba España!*, 18-VIII-1936, portada.

la Diputación junto con José Moreno, jefe territorial de Falange de Navarra, y fue a ver al cardenal Gomá en Belascoain acompañado por el jefe local de Falange, Lucio Arrieta. Por su parte, el director del periódico, Ángel María Pascual, y Daniel Arraiza, jefe provincial de Falange, mostraron en Roncesvalles el manifiesto al obispo Olaechea. La Diputación, que ya el 15 de agosto había restablecido a los jesuitas, lo hizo público el día 19, cuando *Arriba España* pretendía capitalizar una medida en la que su protagonismo fue improvisado (como poco)³³.

Un año después, al comenzar agosto de 1937, una campaña de *Arriba España* exigió a la Diputación aumentar los salarios del clero rural navarro. Las críticas de *El Pensamiento Navarro* sobre presuntos intereses ocultos enfurecieron al diario falangista el 17 de agosto, que también cargó unos días después contra la Diputación, acusando en portada su lamentable insensibilidad tras veinte días de campaña tenaz. Ante las quejas del gobernador civil de Navarra, Francisco de la Rocha³⁴, el obispo Olaechea medió en la cuestión, con una carta que el diario publicó. El prelado les agradecía su campaña, insinuaba que «el ardor y el estilo» empleados podían ser discutibles, y les pedía abandonar «toda ulterior insistencia» en el asunto. Una nota de la Dirección y Redacción del periódico pedía comprensión por «nuestro ardor y nuestro estilo»: «Sólo nos quemaba el fuego de la verdad, que contuvimos muchas veces, siendo atacados injustamente de irreligiosos, porque sólo nos interesa la opinión que Dios y la Jerarquía de su Iglesia tengan de nuestras intenciones, [...] porque para nosotros es lo primero el servicio de Dios y después el servicio del César»³⁵.

Dios y el César

Los cuatro números de *Jerarquía* mantuvieron la misma estructura compositiva³⁶. La primera página sólo contenía el título, *Jerarquía*, a cuyo reverso figuraba una Nota o editorial. En la segunda venía el título completo de la revista, la fecha y los nombres de su director (Yzurdiaga) y editor (Pascual). Abría y cerraba la hoja siguiente

³³ *¡Arriba España!*, 19-VIII-1936, portada y contraportada. Cfr. DEL BURGO, J., *Conspiración...*, op. cit., pp. 42-43.

³⁴ Cfr. MARTÍNEZ SÁNCHEZ, S.: «Las tensiones político-religiosas...» (en prensa).

³⁵ *Arriba España*, 25-VIII-1937, portada.

³⁶ Según indicaba la revista, estos aparecieron en el invierno de 1936, octubre de 1937, marzo de 1938 y, el último, en 1938 a secas.

un «Soneto Imperial», a cuyo reverso figuraba la «Tabla» o índice. Finalmente, antes de los artículos, los cuatro números contenían una nueva página con la dedicatoria «Para Dios y el César». Pero sólo los dos primeros números incluyeron en su reverso unos como vítores a tintas azul y roja, a Cristo y a José Antonio (número 1) y a Franco (número 2), respectivamente. Si Cristo era «Palabra de sabiduría» y José Antonio «capitán de España [...] Soldado de todas las trincheras [...] Profeta de sangre», el homenaje a Franco resaltaba a tinta roja su nombre, Franco («espíritu y brazo de esta cruzada salvadora del mundo») y estos elogios: Genio (de la guerra y de la retaguardia), Artesano («del imperio de las Españas») y Héroe.

Dos discursos del «Generalísimo Franco» figuraron en *Jerarquía*, uno sólo de José Antonio³⁷ y ninguno de Hedilla, presidente de la Junta de Mando Provisional de la Falange del 2 de septiembre de 1936 hasta su detención el 25 de abril de 1937, tras la promulgación del decreto franquista de unificación de partidos. Hedilla no reunía cualidades personales para figurar con nombre propio en una publicación tan elitista. Pero, por ser la máxima autoridad falangista en lugar del *Ausente* José Antonio y porque su origen obrero garantizaba su compromiso por mejorar la condición social de los trabajadores³⁸, recibió el vasallaje de Yzurdiaga y la acogida en *Arriba España* de sus actividades y discursos hasta las mismas vísperas de su ocaso político en abril de 1937³⁹. Entonces, Yzurdiaga y sus empresas trasladaron su lealtad al nuevo *César*, también –o sobre todo– porque a continuación de los sucesos de Salamanca, el 6 de mayo, Franco nombró al *cura azul* jefe de la paraestatal delegación nacional de prensa y propaganda de FET de las JONS. El puesto había quedado vacante porque su anterior titular, Vicente Cadenas, huyó a Italia para no unirse a la suerte de Hedilla⁴⁰.

³⁷ Los de Franco los pronunció en Salamanca el 19 de abril de 1937 y en Zaragoza el 19 de abril de 1938. Para el de José Antonio, ver nota n. 10.

³⁸ El discurso obrerista estuvo muy presente en la propaganda falangista mientras Hedilla fue su jefe provisional (cfr. RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange...*, op. cit., pp. 276-277). Desde luego, así ocurrió en el caso del *Arriba España*.

³⁹ Sirva este texto de la contraportada de *Arriba España*, 21 abril de 1937, al pie de una foto de Hedilla: «Manuel Hedilla, Ductor de la Falange, en la dureza de los parapetos con la valentía de las Milicias; en la gloria difícil de la retaguardia con la serenidad de su temple español por encima de las dentelladas de la Masonería, de las ambiciones de todos los enemigos. ¡Manuel Hedilla!».

⁴⁰ PAYNE, S.: *Falange...*, op. cit., p. 161. Para una visión panorámica sobre la organización de la prensa y la propaganda en la España franquista durante la guerra civil, cfr. DOMÍNGUEZ ARRIBAS, J.: *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2009, pp. 162-175.

Yzurdiaga, más pragmático, no tuvo ningún problema para reconvertir sus empresas en «una trinchera más al servicio de España y a las órdenes del Caudillo»⁴¹.

De estas órdenes nacieron sus problemas con Dios o, para ser más precisos, con la jerarquía de la Iglesia a la que tan vehementemente decía querer inclinarse. En particular, con Marcelino Olaechea, el obispo de Pamplona, a quien nadie pidió permiso para que un sacerdote de su diócesis ocupase aquel cargo político. El obispo supo del asunto por la prensa y estaba molesto, como le dijo a Yzurdiaga por carta, el 8 de mayo y el 5 de julio de 1937. Este, desde luego, se veía tan conforme a derecho como otros sacerdotes durante la República, que habían actuado «en la más turbia política y hasta alguno de la minoría vasca llegó al sumo sacerdocio del pontificado», aludiendo al diputado Antonio Pildain, consagrado obispo en Roma en febrero de aquel año 37. ¿Por qué, entonces, impedirle a él luchar por una España que fuese tan falangista como católica? Por eso le advertía al obispo: «Que algún día no se lamente que fui necesario y no me dejaron trabajar»⁴².

Sin embargo, la mezcla de identidades (la sacerdotal y religiosa con la política y falangista) producían como resultado un Yzurdiaga híbrido, para quien trabajar significaba tanto «hacer política» como «hacer apostolado» o catequizar. Evangelizar al pueblo era entonces «adoctrinarle en la grandeza del pensamiento español»⁴³ y en la fecundidad de las ideas fascistas. En este planteamiento debió haber algo equívoco para la jerarquía eclesiástica, que no percibió tan claramente como él la bondad de esta ideología fascista-católica en la que Yzurdiaga estaba embarcado.

Con todo, en ese verano de 1937, Olaechea no se oponía a su presencia en la jefatura de prensa y propaganda de la nueva Falange (y, habría que concluir, al proyecto de unir falangismo y catolicismo en un mismo haz). Más bien, le mortificaba la autonomía franquista para disponer de los eclesiásticos a su antojo. Ceder ahí —escribió— podría «enturbiar por mucho tiempo la clara corriente de nuestro glorioso movimiento»⁴⁴. Fue la actividad política desplegada por Yzurdiaga en el otoño y lo resbaladizo de algunas de sus decisiones lo que finalmente le enfrentó con Gomá y

⁴¹ *Arriba España*, 18-VIII-1937, p. 4.

⁴² ADP, GD, cartas de Olaechea a Yzurdiaga, 8-V-1937 y 5-VII-1937; Yzurdiaga a Olaechea, sin fecha —5 ó 6-VII-1937—.

⁴³ Con estas palabras *Arriba España* (27-IV-1938, editorial «Libertad y milicia de prensa», portada) saludó la nueva ley de prensa de abril de 1938.

⁴⁴ ADP, GD, carta de Olaechea a Yzurdiaga, 6-VII-1937.

Olaechea, quien clausuró su falangismo soñado. En los episodios que condujeron al veto de su obispo, parece claro que Yzurdiaga sobreestimó el respaldo del *César* a su labor como jefe de la censura y de las consignas de la incipiente prensa del Movimiento y que minusvaloró la opinión de sus superiores eclesiásticos.

Tres actuaciones otoñales del falangista Yzurdiaga le ganaron la indignación del cardenal Gomá y del obispo Olaechea. La primera fue su decisión de eliminar la prensa carlista, muy independiente de las consignas de su jefatura y de la imposición ideológica falangista, publicaciones que Gomá en particular defendió a capa y espada⁴⁵. La segunda fueron las consignas que Yzurdiaga envió a la prensa falangista para celebrar por vez primera la fiesta de los «Caídos», el 29 de octubre de 1937, consignas que criticaban la diplomacia vaticana (cuyas relaciones diplomáticas con Burgos estaban sin normalizar) y denunciaban la mortecina y lánguida vida del catolicismo español. Sobre el particular, Olaechea escribió indignado a Franco y a Serrano Suñer exigiendo el cese inmediato de Yzurdiaga, encontrando sólo buenas palabras⁴⁶.

Por último, el 28 de noviembre, Yzurdiaga pronunció un discurso en Vigo, que se radió a toda la zona sublevada. A juicio del *Arriba España*, fue un discurso «transcendental e impresionante», en el que el *cura azul* invocó la revolución falangista de los espíritus: «el espíritu de una llama eterna, sobrenatural, vehemente y violenta –más violenta que la fuerza ciega de las pistolas– que ilumina, que mueve, que arrastra el gobierno de los mundos». Y donde, igualmente, don Fermín elogió a Hitler, «caudillo de la raza alemana, que al volverse a la vieja historia de su pueblo, se encuentra con las selvas vírgenes, con los dioses Nibelungos y con el dios Votán»⁴⁷. Estas palabras eran chocantes en labios de un sacerdote católico, pero no en la pluma de un falangista que dirigía un periódico que continuamente alababa a ese otro *César* que era Hitler⁴⁸.

⁴⁵ Cfr. ANDRÉS-GALLEGO, J. A.: «La muerte de *Pelayos* y el nacimiento de *Flechas y Pelayos* (1938)», *Hispania Sacra*, 49 (enero-junio 1997), pp. 87-113; y HERRERO SUÁREZ, H., *Un yugo para los flechas. Educación no formal y adoctrinamiento infantil en Flechas y Pelayos*, Lleida, Milenio, 2007, pp. 27-44.

⁴⁶ Cfr. MARTÍNEZ SÁNCHEZ, S.: «Las tensiones político-religiosas...» (en prensa).

⁴⁷ *Arriba España*, 30-XI-1937, portada.

⁴⁸ La germanofilia del diario se hizo particularmente intensa a partir de enero de 1937, primero al resaltar los vínculos entre Hedilla y el nazismo y, después de la caída de este, elogiando las instituciones políticas, las reformas sociales y económicas o la personalidad de Hitler y de otros dirigentes nazis, cuyos discursos se encontraban frecuentemente en las páginas del diario. Sólo ocasionalmente

Pero monseñor Olaechea truncó su doble servicio a Dios y al César cuando el 9 de diciembre escribió de nuevo a los interesados (Yzurdiaga, Franco y Serrano Suñer) dando por acabada la responsabilidad propagandística del sacerdote y exigiendo también su dimisión como consejero nacional. No era una consulta ni una petición, sino una resolución que le imponía a Yzurdiaga y que comunicó dos veces a sus jefes políticos: ese 9 de diciembre y unos días más tarde, el 18. Para evitar que continuase la cadena de disgustos, Olaechea quería que la tribuna de Yzurdiaga fuera el púlpito y no las radios, ni los mítines, ni la prensa. A disgusto, el sacerdote presentó su dimisión, cosa que Olaechea le agradeció el 22 de diciembre. Serrano Suñer, ministro de Gobernación en el nuevo gabinete que Franco constituye el 30 de enero de 1938, asumió el control estatal de la prensa y propaganda y, también, la función paralela que hasta entonces desempeñaba Yzurdiaga en FET de las JONS. Su relevo se anunció en la prensa el 10 de febrero de 1938⁴⁹.

Católico, que conste

Liberado de las cargas oficiales de censura y propaganda, Yzurdiaga comenzó, a partir del 27 de febrero de 1938, una sección fija los domingos en su periódico sobre temas de doctrina católica, llamada «Christvs»⁵⁰. Ahí es donde le quería Olaechea, ante las sospechas de desviación doctrinal que se cernían sobre él: su inclinación al paganismo nazi, su gusto por un idealismo revolucionario, o sus críticas nada veladas a una Iglesia diplomática y no apostólica. El sacerdote, en realidad, se vio urgido a ofrecer pruebas de su ortodoxia católica, pues esa desconfianza echaba por tierra «toda la labor pública, extensa y eficaz, que durante dos años he hecho con la palabra, con la pluma y con mi intervención cerca de las Jerarquías del Estado y de la Falange

mencionó *Arriba España* los encontronazos de la Iglesia alemana con el nazismo, en particular tras la lectura de la *Mit brennender Sorge* en las parroquias alemanas en marzo de 1937; y esto sólo como noticias breves, que contrastaban con otras más extensas que subrayaban las raíces cristianas del régimen o el encauzamiento de sus relaciones con la Iglesia católica.

⁴⁹ Cfr. MARTÍNEZ SÁNCHEZ, S.: «Las tensiones político-religiosas...» (en prensa).

⁵⁰ *Arriba España*, 27-II-1938, p. 3. «Christvs» recuerda a «Catolicismo», suplemento religioso de periodicidad irregular del *Diario de Navarra*, confeccionado por Yzurdiaga y Pascual antes de la guerra: cfr. ARTÁZCOZ LÓPEZ, Mariángeles: *Ángel María Pascual...*, op. cit., pp. 198-202.

para asegurar a este movimiento una Fe Católica firme, que no he dejado de publicar nunca»⁵¹.

Para reforzar doblemente la identidad *católica* de *Arriba España* y su propia (y precaria) posición, publicó en el diario una batería de colaboraciones, empezando por sus comentarios al Evangelio y a la doctrina católica en «Christvs». Por ejemplo, su artículo «Sentir con la Iglesia», aparecido el 8 de mayo de 1938, que fue muy bien valorado por el representante del Vaticano ante el Gobierno de Burgos, Ildebrando Antoniutti. Yzurdiaga glosaba elogiosamente unas instrucciones de la Congregación vaticana de Seminarios y Universidades alertando a los académicos y centros católicos de educación superior ante algunas «detestables» propuestas sobre la idolatría de la raza, del Estado y del panteísmo neopagano nazi. En la misma línea, su artículo en el periódico del 14 de agosto, titulado «Salida al encuentro. Falange, Raza y Racismo». El sacerdote confrontaba la doctrina falangista y el dogma católico sobre el «problema judío» y concluía que Falange «no es, ni puede ser, racista, si antes no traiciona su Doctrina y vacía de sentido su concepción de hombre, de Patria, de Imperio». La afirmación era muy rotunda y contrastaba con el antijudaísmo ideológico del diario, presente desde sus mismos inicios, como si fuese una opinión personal que divergía de la línea editorial del periódico falangista que él mismo había contribuido a crear⁵². Yzurdiaga dedicó nuevos artículos, el 11 y 18 de septiembre, para insistir que no había Falange sin Fe ni nacionalsindicalismo sin catolicismo. Sin embargo, aquel fue su canto del cisne, porque Olaechea le prohibió cualquier actividad periodística el 11 de noviembre, tras tener pruebas de que Yzurdiaga dirigía el diario *Arriba España*, algo que el prelado le había prohibido e Yzurdiaga, a su vez, negado sistemáticamente. Las protestas del sacerdote y falangista no le sirvieron de nada: Olaechea se cerró en banda definitivamente el 7 de diciembre, cuando comunicó al sacerdote su decisión de prohibirle toda actividad periodística con un escueto «no puedo acceder a lo que pide»⁵³. Olaechea, así, condenaba a muerte a la revista *Jerarquía*, cuyo cuarto número de 1938 fue ya el último en editarse.

⁵¹ ADP, GD, Yzurdiaga a Olaechea, 13-V-1938.

⁵² Cfr. MARTÍNEZ SÁNCHEZ, S.: «Las tensiones político-religiosas...» (en prensa). Falta un estudio sobre el antisemitismo de *Arriba España*: algunas referencias en DOMÍNGUEZ ARRIBAS, J.: *El enemigo judeo masónico...*, op. cit., pp. 168, 193-195.

⁵³ ADP, GD, Olaechea a Yzurdiaga, 7-XII-1938.

Conclusiones

Cuando la guerra civil se inició, Fermín Yzurdiaga sólo necesitaba plataformas de acción y colaboradores para “presentar en sociedad” su patrimonio ideológico. El eje político central de aquel sacerdote con oficio periodístico, talento literario y ambiciones públicas era proclamar la hegemonía de una Falange confesionalmente católica. La guerra, su filiación falangista y el apoyo de Franco le brindaron respectivamente la oportunidad de incautar unos talleres para editar un periódico falangista, *Arriba España*; los recursos materiales y humanos para poner también en marcha una elitista revista, *Jerarquía*; y el poder propagandístico para controlar las embrionarias publicaciones falangistas como delegado de la paraestatal delegación de prensa y propaganda de FET y de las JONS. Pero, además, la guerra, su abierta militancia falangista y el respaldo de Franco modificaron sustancialmente ese punto de partida tan rígidamente confesional, por así decir.

De hecho, el Yzurdiaga que actúa en la guerra civil en mítines, artículos y consignas se reveló más creyente en la nación y en la revolución falangistas (siempre esto expresado con un discurso más bien poético) que como un católico conservador. Fue más falangista que sacerdote, pretendió estar más ligado al poder político que al poder religioso. Olvidó que su cordón umbilical con la vida pública en la Nueva España franquista dependía estrechamente de su obispo y no de sus continuas proclamaciones de fidelidad al *César*. Una lealtad política, por cierto, que también la guerra modificó en su caso y en sus empresas político-culturales, al empezar en José Antonio Primo de Rivera, proseguir unos meses en Manuel Hedilla y desembocar definitivamente en Francisco Franco.

En definitiva, Yzurdiaga y sus protestas de catolicismo resultaron oportunistas, falsas o peligrosas para los católicos. Esto —que en su caso ocurrió a finales de 1937— tal vez tenga una relación no pequeña con el temor que por esas mismas fechas algunos eclesiásticos españoles y el propio Vaticano sintieron ante las influencias paganizantes nazis en la España franquista.

«TODO HA SIDO COMO EN CINE»
EL VIATGE D'UN GRUP D'AUXILIO SOCIAL A ALEMANYA, TARDOR DE 1937

Toni Morant i Ariño¹

Exzellenzcluster Religion und Politik
Westfälische-Wilhelms-Universität Münster

Como todas las semanas, te escribo para darte
cuenta de nuestra actividad. [...] Ha sido
precioso. ¡Cómo está todo de bien organizado!
[...] Hemos vuelto encantadas. Todo ha sido
como en cine.

Amb aquestes entusiàstiques paraules es referia la falangista Ángela Lavín a una de les instal·lacions visitades durant una estada d'estudis a l'Alemanya nacionalsocialista, al novembre del 1937. Lavín era la cap d'un grup que la *Delegación Nacional de Auxilio Social* (DNAS), XXX, hi havia enviat aquella tardor per a estudiar el model de les corresponents organitzacions del Partit nazi. Aquesta visita s'inseria en el marc més ample de les relacions que diverses organitzacions falangistes –principalment la *Sección Femenina* (SF), però també l'AS, *Organizaciones Juveniles* o el *Sindicato Español Universitario*– mantingueren durant la Guerra Civil espanyola i de la Segona Guerra Mundial amb les llavors considerades *naciones amigas*: la Itàlia feixista, l'Alemanya nazi i el Portugal de Salazar. Aquestes relacions tingueren la seua expressió més visible en els freqüents viatges fetes aquells anys per falangistes, així com les que membres de les respectives organitzacions del corresponent país feren –si bé en menor nombre– a l'Espanya *nacional*.

Per norma general, la documentació dels departaments directament encarregats de l'organització d'aquestes visites (per part espanyola, la *Delegación Nacional del Servicio Exterior* o la *Regiduría Central del Servicio Exterior* de SF i les respectives contraparts; en el cas alemany, l'*Auslandsamt* o oficina de relacions exteriors) ha desaparegut. Així doncs, per a estudiar les relacions exteriors de les organitzacions falangistes² cal recórrer a fons i fonts de tipologia i origen divers, com ara els dels

¹ L'autor forma part del projecte d'investigació «La identidad nacional española en el siglo XX» (HAR2008-06062/HIST), dirigit per Ismael Saz i finançat pel Ministeri espanyol de Ciència i Innovació (Secretaria d'Estat d'Investigació).

² Definides recentment, per al cas de SF, com a «uno de los aspectos todavía oscuros de la organización»; cfr. DELGADO BUENO, M^a B.: *La Sección Femenina en Salamanca y Valladolid durante la guerra civil. Alianzas y rivalidades*, tesi doctoral, Universidad de Salamanca, 2009, p. 214.

ministeris d'exteriors o a premsa d'ambdós països. La carta de Lavín, adreçada a la Delegada Nacional d'AS, Mercedes Sanz Bachiller, es troba actualment a l'*Archivo General de la Administración* (AGA, Alcalá de Henares) i forma part d'un petit fons que, tot i no ser desconegut per a la historiografia més recent, no ha estat fins ara objecte de cap anàlisi específica³. El fons en qüestió conté més de cent documents relatius a l'organització d'una única estada i aporta importants informacions sobre, per exemple, la seua convocatòria i desenvolupament, el procés de selecció de les participants i llur perfil, així com també informes que les falangistes feren arribar a Valladolid⁴. Suposa, per tant, una excepció en el marc d'aquest tipus de relacions. Al present text tractarem tots aquests aspectes i complementarem la seua anàlisi amb documentació procedent d'altres arxius espanyols, però també alemanys.

Els antecedents: els primers mesos de guerra civil i d'*Auxilio de Invierno*

El mig any anterior a la convocatòria, a la primavera del 1937, del viatge d'aquest grup d'estudi d'AS havia vist sorgir l'embrió d'allò que acabaria esdevenint «la institución asistencial más emblemática» de la dictadura franquista: l'*Auxilio de Invierno* (AI)⁵. El 30 d'octubre del 1936 i a un dels nuclis forts de Falange, el Valladolid *jonsista* d'Onésimo Redondo, *caudillo de Castilla* i difunt marit, Mercedes Sanz Bachiller havia posat en marxa per pròpia iniciativa un menjador infantil, amb la intenció de mitigar la greu situació social de la ciutat arran la guerra i, principalment, la repressió⁶. En aquell incipient *Estado campamental* (Serrano Suñer) que era l'Espanya rebel l'AI neixia amb vocació benèfic-assistencial i un nom que, per la referència temporal de la seua denominació (l'acotació limitada a l'hivern), pretenia no aixecar suspicàcies ni conflictes de competències.

³ Es tracta de: AGA, secció «Cultura» (03), fons «Auxilio Social» (122), caixa 2067; si no s'indica el contrari, la documentació citada d'ara endavant es troba a aquest fons. Hi han fet referència, almenys, CENARRO, Á.: *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 81; i DELGADO, B.: *La Sección Femenina...*, op. cit., pp. 217 i 222.

⁴ A l'esmentat fons de l'AGA se'n conserven setze cartes, de freqüència gairebé setmanal; totes de les viatgeres (principalment de la cap del grup), tret de dos de la Delegada Nacional. És possible, però, que unes poques s'hagen perdut o estiguen a un altre fons encara no localitzat.

⁵ En paraules de CENARRO, Á.: *La sonrisa...*, op. cit., p. XV.

⁶ Un exemple del reconeixement explícit per part de la premsa falangista de la voluntat d'AI de combatre les conseqüències de la repressió, dins: DELGADO, B.: *La Sección Femenina...*, op. cit., p. 39, nota 32.

No era, però, aquesta intenció l'única raó a l'hora de triar-ne el nom: des del setembre del 1933 hi havia a l'Alemanya nazi el *Winterhilfswerk des Deutschen Volkes* (WHW, Obra d'Auxili d'Hivern del Poble Alemany), organitzada per la *Nationalsozialistische Volkswohlfahrt* (NSV, Organització Nacionalsocialista per al Benestar del Poble). No només el nom o també el símbol de l'AI/AS (un cercle dividit a parts iguals entre un cap de drac, a l'esquerra, i una mà amb una fletxa que l'ataca, a la dreta) serien copiats dels seus homòlegs alemanys. També pel que fa als objectius es tractava en el cas d'AI –com per al WHW tres anys abans– d'una mesura organitzada pel Partit feixista per a fer front, en el plànol assistencial, al primer hivern des de la respectiva arribada al poder. Malgrat haver sorgit com a una mesura temporal ambdues organitzacions acabarien esdevenint institucions de caràcter durador i amb voluntat de consolidació. Totes dues, l'alemanya i l'espanyola, compartien un objectiu certament assistencial. Ara bé, si ja en el cas alemany el propòsit era «as much to re-educate the German people and raise their level of Volk-consciousness as to alleviate need»⁷, també en el cas d'AI/AS serien indestruïbles ambdós objectius: d'una banda, mitigar les necessitats d'una part important de la població i, de l'altra, procurar-ne l'adhesió al projecte totalitari de Falange, tot fent d'una *cara amable* al mateix Partit que participava activament de la repressió⁸.

Tanmateix, i al contrari del que sovint se'n diu, el model alemany no havia arribat a Valladolid mitjançant només el testimoni personal que el primer secretari d'AI, el jonsista Javier Martínez de Bedoya, havia fet *in situ* durant la seua estada a Alemanya l'any previ al juliol del 1936⁹. Més enllà de ser instruït en els aspectes econòmics i militars de les relacions hispano-germanes, el primer encarregat d'affers –i des del març següent ambaixador– alemany davant Franco, Wilhelm Faupel (sense «von»), viatjaria a l'Espanya *nacional* acompanyat –per indicació expressa de Hitler– d'un

⁷ DE WITT, T. E.: «“The Struggle against Hunger and Cold”: Winter Relief in Nazi Germany, 1933-1939», *Canadian Journal of History/Annales canadiennes d'histoire*, 12/3 (1978), pp. 361-381, 366. Sobre, en general, les organitzacions socials nazis i, en particular, el WHW vegeu també: VORLÄNDER, H.: «NS-Volkswohlfahrt und Winterhilfswerk des Deutschen Volkes», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 34/3 (1986), pp. 341-380.

⁸ En aquest sentit, no sembla gaire casual que l'esmentat llibre d'Àngela Cenarro duga precisament per títol: «La sonrisa de Falange».

⁹ ORDUÑA PRADA, M.: *El Auxilio Social (1936-1940). La etapa fundacional y los primeros años*, Madrid, Escuela Libre, 1996, p. 34ss.

assessor per a qüestions de propaganda i un per a l'organització de Falange¹⁰. Amb tot, els contactes entre AI i funcionaris alemanys eren anteriors a la seua arribada, com demostra el fet que ja el 20 de novembre es demanara a Berlin la tramesa de propaganda (xapes i cartells) del WHW.¹¹ Dos mesos més tard, a finals de gener del 1937, Faupel afirmava trobar-se ja en condicions de parar més atenció a les «qüestions culturals»¹² i informava de la tramesa «contínua» per part, dels representants de l'*Auslandsorganisation* (AO, Organització Exterior) del NSDAP i del ministeri de Propaganda de Goebbels, de material informatiu sobre organitzacions socials i juvenils nazis. Es tractava d'un sistema intencionadament centralitzat: les diferents organitzacions alemanyes enviaven material a l'ambaixada, la qual el feia arribar als serveis centrals de Falange, des d'on, una vegada adaptat a les «circumstàncies espanyoles», era per últim enviat a les delegacions provincials.¹³ Igualment, sense perdre de vista la «molt intensa» propaganda italiana, l'anomenada *propaganda cultural* alemanya recomanava la traducció al castellà d'obres sobre dret, eugenèsia i higiene, així com de diverses organitzacions, a banda de les ja esmentades, ara ja també les femenines¹⁴.

L'efectivitat de la «política cultural» alemanya quedava exemplificada ja a finals de gener quan, en la presentació a Valladolid de *Hitlerjunge Quex* (1933), la pel·lícula més coneguda de les Joventuts Hitlerianes, «de sano y rotundo patriotismo», el Jefe Provincial, Dionisio Ridruejo, afirmà que la nova Alemanya obria, juntament amb Itàlia i Espanya, «la nueva forma del mundo», mentre que Bedoya parlava d'interclassisme feixista i integració de —que no reconciliació amb— els vençuts i acabava exhortant els *Flechas* a «seguir el ejemplo de la juventud alemana».¹⁵ En un plànol per principalment privat no menys indicatiu de l'abast d'aquests contactes i influències, la pròpia Sanz

¹⁰ Cfr. apunt del ministre Neurath, 18.11.1936, al *Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes* (PA AA, Arxiu Polític del Ministeri d'Afers Exteriors, Berlin), fons *Reich* (R), signatura 103189.

¹¹ Document nº 6, sense autor ni destinatari, 30.11.1936, dins: PA AA, Botschaft (Ambaixada) Madrid, 782.

¹² Cfr. Faupel a Reinecke (*Iberoamerikanisches Institut*, IAI), 22.1.1937, a *Geheimes Staatsarchiv-Preußischer Kulturbesitz* (GStA PK, Berlin), I. Hauptarchiv (HA), Rep. 218 (IAI), Nr. 225.

¹³ Cfr. Faupel a l'*Auswärtiges Amt* (AA, ministeri d'Exteriors), 21.1.1937, a PA AA, R 103191.

¹⁴ Faupel a AA, 12.3.1937, a PA AA, Botschaft Madrid, 615.

¹⁵ Vid. *El Norte de Castilla*, 28.1.1937.

Bachiller havia enviat «los datos de la señorita alemana que deseo para mis pequeños» a la dona de l'ambaixador d'aquest país¹⁶.

L'objectiu de la política cultural exterior alemanya era assolir la major influència possible en la futura reconstrucció de l'Espanya *nacional* i per això havien de fer front no només a la ja esmentada competència italiana, sinó també a la creixent desconfiança dels restants grups polítics que sostenien el poder dels revoltats. Per això, si «algun dia volem collir en el plànol polític i econòmic els fruits del nostre recolzament», escrivia Faupel, «ens hem de posar en marxa, precisament ara i amb la major força possible, en l'àmbit cultural i social»¹⁷. I amb aquest objectiu no bastava només la tramesa des d'Alemanya de material de propaganda.

El plantejament de les visites i la selecció del primer grup d'estudi d'*Auxilio Social*

Així doncs, Faupel anà al març del 1937 un pas endavant i començà a planejar l'enviament directament a Alemanya, durant un mínim de tres mesos, de *mandos* falangistes, per ser qui «més necessitat tenen d'exemples, models i estímuls» a l'hora de desenvolupar la seua tasca política. No es tractava, però, ni per la durada ni pel plantejament, de viatges propagandístics o representatius, sinó de grups d'estudi. En un primer moment, es pensà en un total de deu *mandos*, sis masculins i quatre femenins. Dels masculins, dos haurien de visitar-hi el *Reichsarbeitsdienst* (RAD, Servei Nacional del Treball); dos el *Deutsche Arbeitsfront* (DAF, Front Alemany del Treball) i dos la *Hitlerjugend* (HJ, Joventuts Hitlerianes). De les quatre *mandos* femenines, les dos de SF haurien d'estudiar el *Bund Deutscher Mädel* (BDM, Unió de Xiques Alemanyes, la branca femenina de les HJ) i el Servei del Treball per a la joventut femenina; i les dos d'AS la NSV, en concret, el també esmentat WHW i l'Obra Auxiliar *Mutter und Kind* (Mare i Xiquet). Faupel es mostrava «convençut» que aquest programa d'estades hauria de ser, «tant per a Alemanya com també per a la nova Espanya que volen els falangistes, extraordinàriament profitós i valuós»¹⁸.

Tanmateix, arran el fort tensament de la situació interna del bàndol *nacional*, culminat en el decret d'Unificació forçada del 19 d'abril, els alemanys jutjaren oportú

¹⁶ Sanz Bachiller a Hans Kröger, 15.1.1937, a PA AA, Botschaft Madrid, 784.

¹⁷ En paraules de Faupel al ja esmentat informe del 12.3.1937.

¹⁸ Faupel a Kirchhoff, 20.3.1937, a PA AA, Botschaft Madrid, 759.

esperar algunes setmanes, si més no fins que l'organització del nou Partit únic anés adoptant un perfil definit i quedara clar quines persones ocupaven quins càrrecs¹⁹. Ja a primeries del mes de juny, però, l'ambaixada no només pensava que *les* falangistes –tant de la DNAS²⁰ com de la DNSF– podien ser invitades immediatament, sinó que, a més a més, considerava «extraordinàriament desitjable» augmentar-ne el nombre de, tot passant de les quatre convidades originals a huit o deu, «atès que especialment en la Falange femenina s'ha produït ja la unió de totes les organitzacions» i estava ja prou «consolidada»²¹. En acabant, serien un total de dotze, dividides en dos grups de sis: un de SF, a Alemanya entre el setembre i el novembre següents, i l'altre, d'AS, entre l'octubre i el desembre.

Hi havia pressa per recuperar el temps perdut²², de manera que, per als preparatius de l'estada d'aquest darrer grup, s'aprofità una estada de Carmen de Icaza (coneguda novel·lista i llavors assessora social d'AS), de visita al juny a un congrés d'una suborganització del DAF, la *Kraft durch Freude* (KdF, Força per l'Alegria), però sobretot, les dos setmanes que Mercedes Sanz Bachiller passà a Alemanya al juliol, en una primera presa de contacte directa amb les organitzacions del NSDAP²³. Per a «eventuals negociacions importants» comptava a Berlin amb Hans Kröger, «coneixedor de la situació» en tant que agregat a l'ambaixada a Salamanca i sotcap del *Sonderstab Faupel* (departament especial depenent de Goebbels, encarregat de gestionar aquest vessant de les relacions)²⁴. La invitació oficial per a les sis falangistes, partiria de la *Reichsfrauenführung* (Jefatura Nacional Femenina). El finançament de la visita –com fou sempre el cas de SF– correria de part alemanya: l'estada, a càrrec de les respectives organitzacions, i les despeses de viatge, en aquesta ocasió concreta, de la *Deutsch-Spanische Gesellschaft* (DSG, o Associació Germano-Espanyola), molt

¹⁹ Cfr. Petersen a Stoldt, 27.4.1937, a GStA PK, I. HA, Rep. 218, Nr. 436.

²⁰ Sanz Bachiller fou felicitada a l'endemà del seu nomenament com a Delegada Nacional; cfr. Kröger a Sanz Bachiller, 20.5.1937, a PA AA, Botschaft Madrid, 784. L'ambaixador hi veia «una dona jove, intel·ligent, enèrgica que ha col·laborat estretament amb nosaltres i reconegut clarament les necessitats socials de la seua pàtria»; cfr. Faupel a AA, 28.5.1937, a PA AA, Botschaft Madrid, 682.

²¹ Petersen a Stoldt, 3.6.1937, a GStA PK, I. HA, Rep. 218, Nr. 436.

²² Les gestions calia fer-les «acceleradament», «urgentment», «ben aviat»; segons Petersen a Stoldt, 3.6.1937, i Witte a Stoldt, 15.6.1937, a GStA PK, I. HA, Rep. 218, Nr. 436.

²³ Escrit de la DNAS (Bedoya?) a la delegació provincial de SF a Balears, 5.7.1937. L'acompanyarien dos delegades provincials de SF, en substitució una de Pilar Primo de Rivera, que havia hagut de renunciar-hi en l'últim moment, i una altra de Bedoya qui, anant-hi ja Sanz Bachiller, restà a Valladolid; cfr. telegrama de Faupel a l'AO, 2.7.1937, i Unger a AA, 8.7.1937; ambdós a PA AA, R 102985.

²⁴ Telegrama de Faupel a AO, 2.7.1937, a PA AA, R 102985.

propera a l'ambaixador i part d'un conglomerat organitzatiu sota supervisió dels ministeris d'Exteriors i de Propaganda²⁵. Mentrestant, Sanz Bachiller es mostrava molt satisfeta d'allò vist durant el seu «magnífico viaje»: «Trabajo interesantísimo. Organización magnífica»²⁶. En tornar, declarà haver pogut «admirar de cerca la obra social» nazi²⁷.

En sí, l'organització del primer grup d'estudi d'AS havia començat ja aquella primavera amb el procés de selecció de les seues integrants. La Circular nº 26: «Estudios y preparación técnica en Alemania para muchachas del Auxilio Social» demanava a les delegacions provincials la proposta de «grupos de camaradas selectas». No es tractava –tampoc en aquest cas– d'un viatge protocolari o propagandístic, sinó que hi havia una finalitat clarament formativa: les elegides conformarien un grup de treball que, durant tres mesos, hauria d'estudiar «*todo lo referente a la organización y aplicación del "Auxilio de Invierno" alemán y de la defensa a la Madre y del Niño en dicho País*», amb l'objectiu de formar-les «técnica y espiritualmente» com a futurs «cargos directivos» de l'AS.²⁸ De fet, durant el procés de selecció es deixaria clar que l'acceptació última per part de les candidates triades comportava el compromís vinculant de quedar «incorporadas a la obra de *Auxilio Social* en España durante año y medio o dos años como mínimo».²⁹

El ressò a la circular no es féu esperar: malgrat l'especificat dels requisits, a primeries de juny ja havien arribat vint sol·licituds i, en acabant, en serien un mínim de quaranta. Tot plegat fa palès que, a l'estiu del 1937, en ple procés de feixistització de l'Espanya *nacional*, per a moltes joves falangistes un viatge formatiu a l'Alemanya nacionalsocialista constituïa –en paraules d'Ángela Cenarro– «una oportunidad

²⁵ Vid. escrit de Petersen a Stoldt, 11.9.1937, a GStA PK, I. HA, Rep. 218, Nr. 436; i de Stohrer a AA, 30.9.1937, a PA AA, Botschaft Madrid, 759. El viatge del grup de SF era finançat directament pel ministeri de Propaganda; *ibid.*, sobre la DSG, vegeu: JANUÉ, M.: «La cultura como instrumento de la influencia alemana en España: la Sociedad Germano-Española de Berlín (1930-1945)», *Ayer*, 69 (2008), pp. 21-45.

²⁶ Telegrafiava des de Berlín a la DNAS, 5.7.1937; «magnífico», a la seua carta a Clar[it]a Stauffer, 4.8.1937.

²⁷ Cfr. diari *Badajoz*, 30.7.1937.

²⁸ Cfr. Circular nº 26 (a alguns documents esmentada com a nº 25), no datada, a AGA (03) 122, CA 2052 C. Partint de la documentació alemanya i de les primeres respostes que arriben a la Delegació Nacional potser caldria situar-la entre finals de març i mitjan de maig del 1937, si bé Beatriz Delgado la situa ja «antes de la unificación»; cfr. DELGADO, B.: *La Sección Femenina en...*, *op. cit.*, p. 216.

²⁹ I s'hi afegia: «que contesten si se comprometen a aceptar todo esto»; cfr. escrit de la DNAS a la delegació provincial de Zaragoza, 2.9.1937.

tremendamente atractiva”.³⁰ Les nombroses sol·licituds presentaven un perfil molt determinat.³¹ En primer lloc, la gran majoria de les sol·licitants tenien entre setze i vint-i-sis anys. En segon lloc, les preses en consideració acomplien, en major o menor grau, l’estricta requisit lingüístic («indispensable [...] saber con perfección el idioma alemán») i no poques parlaven una o dos llengües més.³² En tercer lloc, totes –tret d’una– eren ja falangistes (algunes, des d’abans de la guerra; només una afirmava haver sigut carlina) i participaven activament a l’esforç bèl·lic (censura, correctores d’idiomes, hospitals, administració); moltes ocupaven càrrecs a l’organització del Partit. En quart i últim lloc, presentaven una formació acadèmica o professional ampla: qui més qui menys era estudiant de dret, pèrit mercantil, mestra nacional, llicenciada en filosofia i lletres i/o treballava com a periodista, traductora o infermera; d’altres eren doctors en medicina.

En estreta relació amb això resulta interessant des d’un punt de vista de gènere la carta d’un delegat provincial de Sanitat amb set «preguntas [...] netamente femeninas», formulades per falangistes abans de presentar les sol·licituds. Paga la pena detindre’s mínimament en la resposta que, sense gaire presses, li donà Martínez de Bedoya un mes després. El seu escrit, redactat concisament i seca, denotava un cert enuig amb les preguntes; sobretot la resposta a la primera («Si irán acompañadas de personas mayores») no deixa de ser molt il·lustradora de la concepció que els i les falangistes tenien de la seua pròpia *modernitat*: «Los grupos de chicas harán el viaje, *naturalmente*, solas puesto qu[e] todavía *estamos en el Siglo XX*».³³

El 22 d’agost –eren dies d’intens trànsit entre Alemanya i l’Espanya *nacional*³⁴– la DNAS comunicava la decisió final³⁵. Sanz Bachiller en seleccionà sis: Carmen Gomá

³⁰ CENARRO, Á., *La sonrisa...*, op. cit., p. 81.

³¹ *Ibid.*

³² Davant la sorpresa d’algunes *mandos*, des de Valladolid es remarcava com a requisit: “no debe dejarte perpleja [...] en un curso intensivo de tres meses sino –sic– se domina el alemán es perder el tiempo desde el punto de vista nuestro”; cfr. la carta de María Oliveros a la DNAS i la resposta; respectivament, 29.5.1937 i 1.6.1937.

³³ Cfr., respectivament, Martínez Pombo a Bedoya, 29.5.1937, i resposta, 1.7.1937; les cursives són nostres.

³⁴ Un grup gran d’*Organizaciones Juveniles* de Falange ja havia partit; als pocs dies en marxaria –per ser «interés del Reich», amb avió– el primer de SF i acabaven d’arribar les invitacions per al Congrés del Partit nazi a Nürnberg; cfr. la nota per a l’AA, 31.8.1937, així com el telegrama de Heberlein a Lufthansa, 2.9.1937, a PA AA, respectivament, Gesandtschaft Lissabon (legació a Lisboa), 191, i Botschaft Madrid, 784; i la confirmació d’Agustín de Foxá a la Secretaría de Relaciones Exteriores, 4.9.1937, a *Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación*, R 1039/26.

Roger, Pilar Lozano Egerique, Marcelina Íñiguez Galíndez, Mercedes Aínsa Font, M^a Teresa Juárez Fonseca i Ángela (Lita) Lavín Montalbán. Podem establir-ne un breu perfil comú: entre vint-i-un i vint-i-sis anys d'edat (tret de dos que eren més joves), totes eren solteres. De la seua procedència geogràfica destaca notablement la ciutat de Zaragoza, llavors important nucli falangista: quatre de les sis seleccionades hi residien, bé com a lloc d'origen o arran la guerra. Totes sis disposaven d'una destacada formació universitària (o, en un cas, tècnica superior) i d'amples coneixements lingüístics: a banda de l'alemany, dos parlaven anglés i tres francès. Durant la seua estada les quatre amb coneixements de medicina tindrien assignada l'estudi de l'obra *Mutter und Kind* i les altres dos, pèrits mercantils, l'estructura administrativa de les organitzacions nazis³⁶. La seua preparació tampoc no va passar desapercebuda per part alemanya. Així, en anunciar-ne l'eixida, Kröger remarcava que Sanz Bachiller semblava haver prioritzat «en primer lloc, acadèmiques», per creure que en tornar del viatge podrien aplicar millor allò après. Els prejudicis ideològics i de gènere envers una *excessiva* educació femenina es palesaven, però, quan afirmava que, amb tot, «no representen ni saberudes ni intel·lectuals en el mal sentit» i hi adduia que totes, però, havien desenvolupat durant prou de temps tasques a l'AS.³⁷

A mitjan setembre, dos setmanes abans de la partida, un altre funcionari cultural de l'ambaixada viatjaria a Valladolid per a tractar-hi encara els «últims detalls».³⁸ Finalment, fetes les gestions administratives (passaports, permissos i divises), també les falangistes hi passaren per a rebre instruccions i el dia 29 es concentraren a Salamanca³⁹. A última hora, però, sorgí un problema la resolució del qual posa de manifest tant la importància que el viatge tenia per a AS com la determinació de la seua Delegada Nacional: Mercedes Aínsa patí de sobte un agut mal de queixals i, tement un eventual empitjorament a Alemanya, preferí no viatjar-hi. La renúncia precisament de la falangista del grup amb major preparació mèdica (doctora en

³⁵ Encara a mitjan setembre es rebien sol·licituds; cfr. escrit de la DNAS a María Dolores Ozores, 21.9.1937.

³⁶ Cfr. carta de Sanz Bachiller al general Monasterio, 3.9.1937.

³⁷ És a dir, que havien fet treball pràctic; cfr. Kröger al ministeri de Propaganda, 29.9.1937, a PA AA, Botschaft Madrid, 759.

³⁸ Com li anunciava Petersen a Stoldt, 11.9.1937, a GStA PK, I. HA, Rep. 218, Nr. 436.

³⁹ Segons escrit de la DNAS a l'Oficina de Enlace de SF, 22.9.1937.

medicina i cirurgia, a banda de metgesa puericultora), l'últim dia i per eixe motiu, va provocar que Sanz Bachiller l'acusés d'indisciplina i no «mucho espíritu falangista y desde luego ni noción de lo que es jerarquía», i la destituís del seu càrrec a AS.⁴⁰

Les cinc restants volaren el 30 de setembre a Lisboa, on anaren a missa («pidiendo por nuestro Generalísimo y fuerzas para no defraudaros en el desarrollo de la labor»). De passeig per la capital portuguesa, si bé «siempre muy formalitas», causaren «sensació» amb «nuestras queridísimas camisas azules, que son nuestro orgullo». El 3 d'octubre, amb dos dies de retard, partia el vapor que uns dies després les portà a Hamburg⁴¹.

La visita, octubre-desembre del 1937

Per començar tingueren a Berlin una reunió de planificació amb el *Deutsches Frauenwerk* (DFW, Obra Femenina Alemanya), en la qual participà novament Kröger. El programa acordat era flexible i acceptava modificacions segons els seus interessos. D'Espanya s'havien portat un «plan trazado de antemano» per Sanz Bachiller i Icaza amb tots els serveis i aspectes a estudiar. En prenen sempre apunts i setmanalment –millor que no cada quinze dies– n'havien d'enviar informes; als tres mesos, redactar-ne un de final⁴². La comunicació era en alemany i Ángela Lavín –aparentment qui més en sabia– feia sempre d'interpret; quan s'hagueren de dividir, l'organització alemanya facilità a la resta intèrprets per a que no perderen detall de les explicacions teòriques⁴³. La seua base d'operacions era la capital, on visitaven les seus centrals de les organitzacions corresponents o des d'on partien per fer alguna visita. Normalment, el treball setmanal acabava dissabte a migdia i podien llavors fer turisme o assistir a espectacles culturals⁴⁴. Ja de bon començament consideraren excel·lents el tracte i les facilitats rebudes per part alemanya i les seues lloances al respecte travessen sovint tota la correspondència⁴⁵.

⁴⁰ De res no li serviren a Ainsa el seu profund empenediment davant «Falange, a la que he consagrado desde hace tiempo toda mi vida» i l'asseveració de «tal sagrado cariño que siento a mi camisa Azul»; cfr. la seua carta a Sanz Bachiller, no datada, i la dura resposta d'aquesta, 20.10.1937.

⁴¹ Cfr. les cartes d'Ángela Lavín a Mercedes Sanz Bachiller, Lisboa, 1.10.1937 i 3.10.1937.

⁴² Cfr. carta de Lavín a Sanz Bachiller, Fürstenberg an der Havel, 20.10.1937, i la resposta, 2.11.1937.

⁴³ Cfr. cartes de Lavín a Sanz Bachiller, Berlin, 11.10.1937 i 16.10.1937, i Fürstenberg/Havel, 20.10.1937.

⁴⁴ Cfr. cartes de Lavín a Sanz Bachiller, Berlin, 16.10.1937 i 12.11.1937.

⁴⁵ «Estamos encantadas; todos están amabilísimos con nosotras. [...] Nos han instalado estupendamente; en fin, todo cuanto te diga de cómo nos tienen es poco»; cfr. carta de Lavín a Sanz Bachiller, Berlin, 11.10.1937.

A la primera setmana reberen una idea general del funcionament de les organitzacions. A l'endemà de la reunió preparatòria sentiren sengles «interessantíssimes» conferències sobre el DFW i la qüestió social a les fàbriques. Des del tercer dia feren visites il·lustratives als diferents serveis: un «admirable» campament del RAD, un alberg-escola per a mares i xiquets, la seu central del BDM i una *Musterbetrieb* o «fàbrica-model» en el plànol d'organització polític-social («Desde luego que el calificativo de modelo está empleado en propiedad»). Després només d'una setmana, Lavín escrivia ja a Sanz Bachiller: «El estado de todo es algo de cuento, sobrepasa, como tú bien sabes, a todo cuanto uno, por libros y visitas, pueda imaginarse»⁴⁶. A partir de la segona setmana ja es dividiren en tres subgrups –segons els estudis a aprofundir– per a fer cursos temàtics i visites específiques; cadascun aniria informant per separat a Sanz Bachiller. En acabant, les cinc tindrien dos setmanes per a aprofundir els coneixements i estudiar aspectes fora de programa⁴⁷.

El primer dels subgrups, format per Marcelina Iñiguez i M^a Teresa Juárez, s'encarregà durant sis setmanes d'estudiar el *Reichsmütterdienst* (Servei Maternal Nacional o, com elles el traduïren, «Servicio en pro de las Madres»), sobretot, l'atenció i cures als nadons. A Berlin visitarien tres de les deu Escoles Maternals i l'Escola Central, per conèixer-ne a fons l'organització i participar als cursos de teoria i pràctica⁴⁸. També acompanyaren una visitadora de la NSV que acudia a les cases de les famílies necessitades i visitaren un hospital on passaven consulta a mares i fills⁴⁹. La segona quinzena de novembre la passaren amb una *Wanderlehrerin* (o mestra ambulant), això és, una funcionària del Partit que anava per zones rurals impartint cursos de maternitat. En presenciaren un de dos setmanes sobre educació infantil, tots els dies feiners després de la jornada laboral, de 20 a 22h. Durant el dia acompanyaven la *Wanderlehrerin* a les visites obligatòries a les famílies de les alumnes inscrites, «con el fin de conocer y aconsejar a cada una sobre la dirección de la casa y la educación de los hijos»⁵⁰.

⁴⁶ Cfr. carta de Lavín a Sanz Bachiller, Berlin, 16.10.1937.

⁴⁷ Cfr. carta de Lavín a Sanz Bachiller, Fürstenberg, 20.10.1937.

⁴⁸ Cfr. carta de Teresa Juárez i Marcelina Iñiguez a M. Sanz Bachiller, Berlin, 28.10.1937.

⁴⁹ Segons informava Lavín per carta a Sanz Bachiller, Berlin, 12.11.1937.

⁵⁰ Cfr. carta de T. Juárez i M. Iñiguez a Sanz Bachiller, sense lloc, 22.11.1937.

El segon subgrup, amb Carmen Gomá i Pilar Lozano, havia de centrar-se *en* el treball social i s'encarregaria d'estudiar l'organització de *la Frauenamt* (o Oficina Femenina) del DAF. Les instruccions rebudes a Valladolid palesen un gran interès d'AS per l'organització político-social de les fàbriques (sobretot les tèxtils). També la formació especialitzada d'aquest subgrup combinava teoria i pràctica. Pel que fa a la primera, rebien durant dos dies a la setmana conferències sobre els fonaments, estructura i organització del DAF (la meitat dels dies de teoria), o temes com ara l'«economia nacional» (Volkswirtschaft), l'organització social a la indústria tèxtil, els *Werkfrauengruppen* (grups femenins de treball) o el treball manual. A aquesta part teòrica seguien –o precedien– durant la resta de la setmana visites a grans fàbriques o empreses: veieren així les editorials *Scherl i Ullstein* (on n'acompanyaren la representant sindical), dos grans magatzems, els estudis de cinema *UFA* així com les fàbriques *Osram* (bombetes), *Löwe* (maquinària) i *Schwarzkopf* (productes químics). En acabant, reemplaçaren durant una setmana obreres de diferents fàbriques al seu lloc de treball, on tindrien possibilitat de conèixer les experiències de les restants obreres⁵¹.

El tercer i últim subgrup el formava només Ángela Lavín, qui havia d'estudiar principalment l'Obra de la Mare i del Xiquet⁵². A tal efecte visitaria sovint els *Kindergärten* (escoles-bressol) i *Heime* (llars) on, des de primera hora del matí i fins a l'última de la vesprada, es cuidava i s'alimentava (hi feien els tres àpats del dia) els xiquets de mares obreres, que treballaven tot el dia a la fàbrica⁵³. Als quinze dies la cap de l'expedició en trameté un extens informe (diverses pàgines) amb una detallada descripció de l'estructura, funcionament i instal·lacions, tot remarcant com s'hi inculcava als xiquets la disciplina i l'ordre des dels primers anys de vida⁵⁴. A banda, Lavín passaria una setmana a les oficines centrals de la NSV a Berlin, «para ver palpablemente todo lo relativo a la organización de todas estas obras como me indicásteis», tot parant especial atenció al servei de recollida i repartiment de roba de

⁵¹ Cfr. cartes de Carmen Gomá i Pilar Lozano a Sanz Bachiller, Berlin, 28.10.1937 i 23.11.1937.

⁵² En un principi, al tercer grup s'havia d'afegir la substituta de Mercedes Aínsa, però Sanz Bachiller decidí finalment que hauria de ser més útil a la DNAS i no hi viatjà; cfr. la seua carta, Valladolid, 2.11.1937.

⁵³ Cfr. cartes d'Á. Lavín a M. Sanz Bachiller, Fürstenberg/Havel, 20.10.1937, i Berlin, 28.10.1937.

⁵⁴ Cfr. carta de Lavín a Sanz Bachiller, Berlin, sense data (probablement, 4. o 5.11.1937).

segona mà, així com a l'assistència a les famílies, els xiquets i els habitatges⁵⁵. Per últim, acompanyada de Pilar Lozano i Carmen Gomá, visità durant quatre dies a les regions de Saxònia i Silèsia una escola d'assessores de polítiques socials, fàbriques tèxtils, una escola d'aprenents tot just inaugurada, una llar de repòs per a fills d'obrers en edat escolar («cuyos gastos de sostenimiento sufragan los grandes industriales») i, ja tornant cap a Berlín, una residència del DAF, on les obreres que no tenien família a la ciutat s'allotjaven «las horas que su trabajo las deja libres»⁵⁶.

Si, com hem vist fins aquí, els informes enviats a Valladolid eren freqüents i detallats, la correspondència que en rebien va ser, en canvi, més aviat escassa i breu: en els vora tres mesos Sanz Bachiller només els va escriure dos cartes⁵⁷. Abans de partir ja els havia donat cartes i encàrrecs per a determinades mandos alemanyes, que les falangistes anirien lliurant conformes les visitaren, però ara la Delegada Nacional aprofità també per encomanar-los determinades compres a Berlín⁵⁸. A banda, com ja a Valladolid, s'hi preocupava molt pel comportament del grup i els recordava –tenint en compte el tòpic sobre el país– que foren puntuals per a deixar «bien a España y a la Falange»⁵⁹. Ara bé, aquestes dos cartes resulten doblement d'interés perquè Sanz Bachiller hi expressava repetidament la satisfacció i alegria pel fet que llur estada fóra «tan útil y provechosa», i es mostrava «encantada» i feliç per la tasca que, només tornar, farien a la DNAS: «nuestra Obra, que aumenta de forma intensísima, necesita cada vez más de personas preparadas para que llegue al final que nosotros siempre hemos previsto». En concret, tenia pensat que les cinc falangistes formaren el personal que, al seu temps, hauria de servir de professorat dins del Servicio Social de la Mujer: establert per Franco, al poc de partir elles, el 7 d'octubre, Sanz Bachiller els el definiria com a «mucho más revolucionario que ningún decreto sobre la mujer que se haya

⁵⁵ Cfr. carta de Lavín a Sanz Bachiller, Berlín, 12.11.1937.

⁵⁶ Cfr. cartes de Lavín a Sanz Bachiller, Berlín, 12.11.1937 i 22.11.1937. Va ser en relatar per carta aquesta «excursión» que una entusiasmada Lavín escrivia les paraules que obren el present text; la cita, en la segona.

⁵⁷ El que, després d'un primer mes sense rebre'n notícies, els causà preocupació; cfr. cartes de Lavín a Sanz Bachiller, Berlín, 20.10.1937 i 28.10.1937.

⁵⁸ Un dels insistents encàrrecs d'Icaza era aconseguir a les organitzacions alemanyes material de propaganda, que normalment després s'utilitzava per a AS. De fet, aquelles setmanes un diari falangista publicà un article sobre AS, il·lustrat per un cartell de la NSV (precisament de l'Obra de la Mare i del Xiquet) i una foto d'una BDM; cfr., respectivament, la carta de Lavín a Sanz Bachiller, Berlín, 28.10.1937, i *Alerta*, 11.11.1937.

⁵⁹ Cfr. carta de Sanz Bachiller, Valladolid, 2.11.1937.

hecho hasta ahora en Europa». En acabant, els demanava treballar molt, aprofitar al màxim i tornar preparades, tot assegurant-los que «ya podréis observar algún día lo utilísima que ha de ser vuestra estancia en Alemania»⁶⁰.

Durant els tres mesos a Alemanya les falangistes vestiren sempre d'uniforme; la seua estimada *camisa azul* (el seu orgull), suscitava la curiositat de la població i –afirmaven– els feia ser molt ben rebudes arreu⁶¹. No era ni posa ni moda: a les cartes quedava ben palès llur compromís ideològic amb l'Espanya *nacional*, el *Caudillo* i el Partit («encantadas de explicar que somos de la España de Franco y de las camaradas de José Antonio») i, en particular, amb l'AS i la seua Delegada Nacional: «no desaprovechamos momento ni ocasión para contarles lo bien que todo marcha bajo tu dirección y lo hermosa que va a ser nuestra España una vez termine la lucha»⁶². Tot plegat, un retrat seu que la pròpia Sanz Bachiller els havia enviat per correu ocupava, juntament amb els de Franco i Primo de Rivera i al costat de les banderes espanyola i de Falange, «uno de los rincones de nuestra habitación, el más íntimo»⁶³.

Per al mes de desembre només comptem amb dos cartes, la qual cosa fa suposar que les eventualment escrites no es conservaren (o ho feren a un altre fons) o bé, atés el poc temps que els restava per tornar, s'estimaren més no escriure'n cap més i incloure tot allò après a l'últim mes a l'informe final. En tot cas, això comporta una davallada important d'informació sobre llurs activitats durant les últimes setmanes. Coneixem, però, l'article que pocs dies abans de tornar publicà Ángela Lavín a *Der Angriff* («L'Atac»), el diari del DAF. Sota el títol d'«Espanyoles contra boltxevics. Tasques de la dona en la guerra: Auxili Social i educació», la cap del grup començava el seu relat en la postguerra mundial, quan les espanyoles, «no per necessitat, com a d'altres països» víctimes de la guerra, «sinó tot seguint el procés general d'independització de la dona arreu del món», començaren «la seua participació activa en la vida pública» i anaren incorporant-se a fàbriques i tallers, universitats i escoles tècniques, si bé cobrant-hi menys que els homes. Per regla general, continuava, arran el matrimoni l'espanyola (ja fóra obrera, estudianta o oficinista) es replegava dins la seua domesticitat. Tanmateix, la dona «mentre continue, però, soltera constitueix una

⁶⁰ Cfr. cartes de Sanz Bachiller a Lavín, Valladolid, 2.11.1937 i 16.12.1937.

⁶¹ Cfr. cartes de Lavín així com de Juárez i Íñiguez a Sanz Bachiller, Berlin, 20.10.1937 i 22.11.1937.

⁶² Cfr. cartes de Lavín a Sanz Bachiller, respectivament, Fürstenberg, 20.10.1937, i Berlin, 12.11.1937.

⁶³ Cfr. carta de Lavín a Sanz Bachiller, Berlin, 12.11.1937.

valuable ajudant de l'home, també en els seus treballs científics». A les universitats espanyoles, per exemple, ocuparia cada vegada més espais i estaria present, «tant se val com de seca i difícil puga ser una matèria», a totes les facultats. De fet, segons Lavín, hi havia a Espanya metgeses, enginyeres, arquitectes, advocades, economistes, filòsofes... «en proporció fins i tot superior a la d'altres països d'Europa».

Amb la guerra, que hauria trobat a la dona «preparada, tant intel·lectualment com espiritual, per a executar qualsevol tasca d'importància que hom li assignés», la legislació social de l'Espanya *nacional* havia reconegut i protegit «la vàlua del treball femení». Aquest no quedava limitat al front o als hospitals militars, sinó que abastava també l'àmbit social: calia guarir les ferides de «l'odi i la infàmia» que els líders comunistes havien introduït amb les seues «verinoses paraules en els cors, senzills i sense coneixement, dels camperols i treballadors». Les dones d'AS hi treballaven «al servei de la Pàtria [...] juntament amb les seues germanes de la Sección Femenina», encarregades de l'educació de la joventut femenina «en el més estricte amor a la pàtria i la disciplina». Totes plegades volien fer realitat «el seu somni de crear una Espanya, nova, gran i lliure, que en pocs anys ocupe el seu lloc al món»⁶⁴.

L'1 de gener del 1938, una setmana després, les cinc falangistes clourien la seua estada a l'Alemanya nazi i salparen des d'Hamburg. Als pocs dies tornaven –via Lisboa– a Valladolid, «el Múnic espanyol», des d'on havien partit tres mesos abans⁶⁵.

A tall de conclusió

La publicació de l'article de Lavín al diari del Front Alemany del Treball, la major organització de masses nazi amb els seus milions i milions d'afiliats/des, posa un significatiu punt final a l'estada de les cinc falangistes a Alemanya. Una estada que s'havia començat a gestar a la primavera anterior en la intersecció entre, d'una banda, els esforços alemanys per influir en la configuració política de la *Nueva España* mitjançant determinats –i determinades– *mandos* falangistes i, de l'altra, la recerca de referents per part d'aquests/es a partir dels quals bastir primer i desenvolupar després

⁶⁴ Cfr. *Der Angriff*, 24.12.1937. Durant aquells mesos no seria estrany trobar a la premsa alemanya articles sobre l'AS; cfr., per exemple, *Frankfurter Volksblatt* (6.11.1937) o *Deutsche Allgemeine Zeitung* (30.11.1937).

⁶⁵ Cfr. l'última carta de Lavín a Sanz Bachiller, Berlin, 28.12.1937. «Múnic espanyol», a un article sobre l'AS publicat dos mesos abans pel *Frankfurter Volksblatt*, 20.10.1937.

el poder del Partit feixista espanyol. Per als alemanys les relacions eren importants i molt, com ho demostra el fet que –malgrat les seues pròpies disputes internes i dificultats financeres arran, sobretot, de l'autarquia econòmica)– les finançaren durant anys, convençuts com estaven dels guanys que, a nivell polític, econòmic i diplomàtic, obtindrien d'una futura Espanya falangista.

Per a Falange i les seues organitzacions les visites tenien principalment –com hem vist– una finalitat no propagandística, sinó formativa. En el cas de la que ha centrat el present text, l'*Auxilio Social*, per bastir del no-res una organització tan ambiciosa, que aspirava a abastar tota l'esfera de la política social i del benestar del *Nuevo Estado*, no hi havia prou amb les poques referències del seu secretari general, com tampoc amb la còpia d'un nom i uns símbols o la tramesa de propaganda des d'Alemanya. Per a bastir una organització tal calia formar als seus membres per a que, al seu torn, en formaren els quadres intermedis. I això només era possible, si més no al principi, amb estades a Alemanya, enviant gent a estudiar les organitzacions nacionalsocialistes, el model a seguir; la Itàlia feixista sembla tindre per AS encara menys pes que per a SF.

Per això, també el procés de selecció i el perfil de les falangistes del grup era tan important: una vegada assegurat el que podriem anomenar «requisits tècnics» (formació acadèmica, domini de l'alemany, experiència professional... *per se* superiors ja a la mitjana de l'època, per no parlar ja *del* model de dona imperant a l'Espanya franquista), la selecció final de les candidates depenia de llur compromís amb l'AS, no només durant el viatge en si⁶⁶, sinó també i sobretot després del mateix, palés en la voluntat –expressa i vinculant– de treballar a l'organització durant, almenys, any i mig o dos anys. Tot i que el finançament no corria mai de part espanyola, un AS en ple creixement i amb grans plans no podia permetre's enviar les seues integrants per a que, una vegada formades, es desentengueren en tornar de l'organització i del seu projecte polític o, com a mínim, no hi romangueren el temps suficient per a poder treure profit dels seus coneixements⁶⁷.

⁶⁶ Que també; d'ací la contundent reacció de Sanz Bachiller davant la inesperada renúncia de Mercedes Aínsa.

⁶⁷ En aquest sentit cal remarcar que, tot i que en un futur –i potser arran les disputes amb SF– els alts càrrecs d'AS anirien sent ocupats més i més per homes, a la documentació referent a aquesta visita, tant alemanya com espanyola, es parla sempre i només de dones.

En estreta relació amb això cal remarcar dos trets que caracteritzaven les sis *mandos* falangistes. D'una banda, la seua condició de solteres i jove edat: la mancança de càrregues familiars i amb la plenitud laboral encara per assolir, res no semblava oposar-se a un durador lligam amb el seu desenvolupament de l'organització. D'altra, eren, clarament, dones polítiques: nascudes, si fa no fa, a la segona dècada del segle, s'havien socialitzat –i polititzat– entre les acaballes de la dictadura de Primo de Rivera i la República, és a dir, en els anys d'eclosió de la política de masses a Espanya. Al respecte no cal ja detindre'ns en l'article de Lavín. A la seua correspondència –que, si bé adreçada a una superior, no estava destinada a ser publicada– les *mandos* d'AS demostren una assumpció plena dels principis de la ideologia feixista de Falange: ultranacionalisme, revolució, palingenèsia, interclassisme, identificació absoluta amb la simbologia (banderes, retrats dels –i la– líders, *Arriba Españas*, braços en alt, però sobretot la *camisa azul* i l'«orgull» per ella),...

El desenvolupament de les visites pròpiament dites palesa la importància d'un sistema que, mitjançant un programa detallat però flexible, permetia estudiar *in situ* el model (teoria), tot possibilitant alhora observar sobre el terreny (pràctica) –i ací apareix la rellevància que el concepte d'*Erlebnis*, d'experiència en el sentit de vivència, tenia per al concepte nazi d'aprenentatge formatiu– les activitats que després es podrien adoptar i desenvolupar a Espanya. I, des del punt de vista de les falangistes, el resultat no podia ser millor. No era només el tracte rebut («amabilísimos», «cariñosos») o l'interés i flexibilitat demostrats per part alemanya el que feia que les espanyoles estigueren «encantadas». Era, primerament, l'aspecte *objectiu* de la seua estada, aquell més relacionat amb la seua finalitat formativa, allò que exhauria els adjectius de les falangistes («precioso», «bien organizado», «admirable», «interantísimas»). El model de les organitzacions socials nazis depassava, en la seua entusiasmada opinió, tot allò vist en llibres i revistes, anava més enllà de «todo cuanto uno [...] pueda imaginarse». Era, tot plegat, «algo de cuento», «como en cine».

En acabant, les visites havien de contribuir a l'objectiu a llarg termini o, en paraules de Sanz Bachiller, «el final que nosotros siempre hemos querido». Una meta que per a AS no era sinó assolir, en el marc del projecte polític falangista (feixista) de caire totalitari, el monopoli de les activitats socials i de benestar. I al respecte, per al control social de la població que un projecte tal comportava, també els podia ser útil

allò vist i après durant els mesos transcorreguts a Alemanya. Ho demostra, entre d'altres, el cas de l'esmentada visitadora o el de la mestra ambulant, introduint-se a les cases, als espais privats, de les famílies «visitades» i portant amb elles la ideologia i el llarg braç de l'aparell de control nazi; un exemple potser no tan diferent al que, amb les seues infermeres, *divulgadoras rurales* i *visitadoras sanitario-sociales*, AS i SF durien a terme, en paral·lel a –però més enllà de– la seua tasca assistencial, a l'Espanya de la postguerra.

ESPIONAJE, NEUTRALIDAD Y PROPAGANDA FRANQUISTA EN GRAN BRETAÑA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Antonio César Moreno Cantano
*Universidad de Alcalá**

Gran Bretaña fue testigo privilegiado de la apasionada lucha desencadenada por el bando republicano y franquista en su intento por «conquistar» la opinión pública en ese país durante los años de Guerra Civil¹. Tras la finalización de dicho conflicto, a las tareas de legitimación e información impulsadas por el Gobierno de Burgos le siguió como prioridad una intensa campaña de prestigio de España en el exterior. Para alcanzar tal meta se utilizarían las delegaciones de Prensa y Propaganda, que a través de la celebración de actos públicos, edición de diarios y revistas, publicación de escritos en medios informativos extranjeros, etc., deberían contribuir a mostrar ante el mundo entero las cualidades y valores que regían a la *Nueva España*, cuya seña de identidad era su decidida defensa contra la ideología comunista, a la cual se había enfrentado «a sangre y fuego» durante tres años en suelo patrio.

Los orígenes de la propaganda falangista en Gran Bretaña

Al estallar la Guerra Civil, la Junta de Mando Provisional de Falange prestó especial importancia a los falangistas ubicados en Francia, Alemania, Italia y Gran Bretaña. Fue en Londres y Glasgow donde estos participaron más vigorosamente en pos de la coalición golpista. Como ocurría en Francia, la dualidad propagandística entre FE (después FET y de las JONS) y el Estado (en concreto la Delegación de Prensa y

* Miembro del grupo de investigación *Catolicismo y laicismo en la España del siglo XX*, vinculado a la Universidad de Alcalá.

¹ Sobre este tema véase GARCÍA, H.: *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008; las numerosas investigaciones de MORADIELLOS, E.: *Neutralidad benévola. El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Oviedo, Pentalfa Ediciones, 1990; *La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la Guerra Civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996; «Una misión casi imposible: la embajada de Pablo de Azcárate en Londres durante la Guerra Civil (1936-1939)», *Historia Contemporánea*, n.º 15 (1996), pp. 125-146; «The British Government and General Franco during the Spanish Civil War», LEITZ, C., y DUNTHOM, D.J., *Spain in a International Context, 1936-1939*. New York-Oxford, Berghahn Books, 1999, pp. 41-53; o «Una guerra civil de tinta: la propaganda republicana y nacionalista en Gran Bretaña durante el conflicto español», *Sistema*, n.º 164, 2001, pp. 69-97; y AVILÉS FARRÉ, J.: *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la Guerra Civil española*, Madrid, Eudema, 1994.

Propaganda) en tierras británicas ocasionó más de un choque entre quienes tenían la responsabilidad en estos asuntos².

El encargado de dirigir y organizar las actividades de Falange en Londres fue el fascista británico Félix George Sturup, muy próximo a los esquemas defendidos por la *British Union of Fascist and National Socialist*, dirigida por Oswald Mosley. Jefe de Falange en la capital inglesa hasta 1938, estuvo secundado por Enrique Trull, R. B. Midelton y Federico Bowen (Jefe de Propaganda). Todos ellos eran oriundos del lugar y, por tanto, con profundos conocimientos de la realidad social y política del país, lo que sin duda constituía un punto a favor para su empresa propagandística. Sturup y su equipo encauzaron gran parte de sus energías a la celebración de conferencias de índole política por toda Inglaterra. Si nos ceñimos a su palabra, a la altura del mes de abril de 1937 había organizado ya 54, siendo la más importante la de la ciudad de Newcastle, en la que supuestamente asistieron unas seis mil personas. Con este tipo de actos lo que se perseguía era acallar la voz de la prensa inglesa, que diseñaba una «propaganda vergonzosa y mentirosa», y que estaba dirigida por «judíos o masones». De igual manera que sucedía en otras naciones, Falange de Londres se presentaba a sus superiores como el único grupo de la coalición rebelde que «de verdad» luchaba, día a día, por lograr que los ideales de los sublevados fuesen conocidos por todas partes: «existen otras personas que no han querido dar el pecho y a los que hay que tener en cuenta más adelante». En cambio, Falange «siempre estará en la brecha y con disciplina»³.

Poco a poco se fue concretando quiénes eran estas personas que con su falta de vitalidad provocaban que la propaganda nacionalista en Inglaterra fuese «pobre y mala». Sturup señalaba a la Oficina del Estado Español, es decir, a José Fernández Villaverde, Eduardo M^a Danís, el duque de Alba y Juan Mata, además de un personal mayoritariamente inglés, considerado «no muy afecto a FET y de las JONS». Eran estos

² Sobre este interesante tema véanse, GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «El Servicio Exterior de Falange y la política exterior del primer franquismo: consideraciones previas para su investigación», *Hispania*, 186, vol. LIV, Madrid, 1994, 279-307; y MORENO CANTANO, A. C.: «Unidad de destino en lo universal. Falange y la propaganda exterior (1936-1945)», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 24, 2006, 109-133.

³ Archivo General de la Administración (en adelante AGA), Presidencia, Secretaría General del Movimiento (en adelante SGM), caja 14107. «Despacho de F. G. Sturup al Camarada Felipe Ximénez Sandoval», 22 de abril de 1937.

los culpables de que los periódicos españoles llegasen con tanto retraso a Londres, a lo que se le pondría fácil remedio si esta prensa se enviase directamente a la sede de FET.

Concluidas las acusaciones, se pidió a Salamanca fondos y propaganda en forma de folletos y fotografías de actualidad para su inserción en diarios como *The Universe*, *Daily Mirror*, *Catholic Times* o la *Keystone Photo Agency*. Se pensaba que con estos materiales se podría vencer la «apatía desconsoladora» de muchos españoles residentes en la city londinense, que poco ayudaban a la causa franquista «con excusas y evasivas»⁴. La actuación de Sturrup había sido elogiada meses atrás por el secretario de Intercambio del Servicio Exterior de Falange a causa de la gran diversidad e importancia de las iniciativas que se venían desarrollando en Inglaterra desde el principio de la guerra española. Así, se le decía al responsable de Falange en Londres que «su formidable labor... supera con creces a la de cualquier otro Jefe de JONS en extranjero (No es coba)». ¿Cuáles eran las actividades emprendidas por Sturrup que merecían tan grandilocuentes juicios? Entre ellas estaban las gestiones realizadas cerca de Oswald Mosley para fundar un semanario de FE en Inglaterra, pues los contactos del líder fascista británico resultarían muy provechosos para llegar a un mayor número de personas. Además, fotos de este personaje y de sus seguidores servirían, a su vez, para ilustrar las páginas de publicaciones falangistas como *Unidad*⁵.

Muy diferente retrato nos proporciona Juan Mata del papel jugado por la Jefatura Provincial de FET en Londres. Mata reprochaba a Sturrup que con sus campañas para recaudar fondos entre los comerciales españoles establecidos en Inglaterra entorpecía la misión de la Delegación de Prensa y Propaganda del Estado. Lo que se proponía Falange era crear un diario en la capital del país, ignorando la normativa que obligaba al representante de FET a dirigirse previamente a Juan Mata, sobre el que recaía la última palabra en estas cuestiones. De poco práctica se calificaba una dualidad de producciones periodísticas nacionalistas en Londres, máxime cuando la revista *Spain* tenía dificultades para editarse de forma continuada. No solo eso, pues esta pluralidad podía crear una profunda confusión en la opinión pública, a la que resultaría complicado explicar que si ambos grupos perseguían un mismo fin

⁴ AGA, Presidencia, SGM, caja 20887. «Circular n.º 9», 12 de noviembre de 1937.

⁵ AGA, Presidencia, SGM, caja 20887. «Despacho del Secretario de Intercambio al Camarada F. G. Sturrup», 10 de mayo de 1937.

encaminasen sus pasos por diferentes sendas. Ello denotaría una falta de unidad muy contraproducente para la imagen homogénea de la España franquista que se quería vender en el exterior⁶.

Dura reprimenda recibieron, en mayo de 1938, F. G. Sturruy y F. Bowen de la DNSEF a causa de su excesiva independencia, que les había llevado en este caso a nombrar a un tal M. A. Zeitlin-Zetland como representante de FET y de las JONS en Nueva York con el objetivo de emprender tareas comerciales y propagandísticas. Este nombramiento se había realizado sin contar con la DNSEF (que ni conocía a la persona designada para esta misión), ni con el propio Ministerio de Asuntos Exteriores. Además, antes de preocuparse de lo que sucedía en EE.UU., a Sturruy y Bowen se les ordenaba que impulsasen las actividades falangistas en Irlanda, donde la abundante población católica podía ser un excelente caldo de cultivo para sus campañas⁷.

Tres meses después, ya encontramos una figura asociada a la propaganda falangista en Irlanda. Se trata de K. C. Cahill, nombrado en agosto de ese año como subdelegado provisional de FET y de las JONS en Dublín. En este país «quedaba todo por hacer», así que lo que le pedía el jefe de Intercambio y Propaganda de la DNSEF era el suministro de diarios irlandeses y la búsqueda de entidades simpatizantes con el bando nacionalista a las que se les pudiese enviar propaganda, ya fuese en castellano o en inglés⁸. Junto a los núcleos católicos, una importante base sobre la que podía actuar Falange era la representada por aquellos sectores más de derechas y que durante 1933-1936 habían conformado el movimiento de los «Camisas Azules» en torno al general Eion O'Duffy, que defendió un programa inspirado en el corporativismo italiano y opuesto a la democracia parlamentaria⁹.

De nuevo en Londres, indicar que Sturruy cesó de su cargo en julio de 1938. Desconocemos los motivos de tal decisión, pero creemos no andar muy desacertados en apuntar como causas el asunto del nombramiento de Zeitlin-Zetland o la oposición de Juan Mata y el duque de Alba, de igual forma que el resto del cuerpo diplomático,

⁶ AGA, Exteriores, caja 6856. «Carta de Juan Mata al Sr. Comandante D. Manuel Arias Paz», 27 de noviembre de 1937.

⁷ AGA, Presidencia, SGM, caja 20887. «Despacho de la DNSEF al Camarada Jefe Regional de FET y de las JONS en la Gran Bretaña», 31 de mayo de 1938.

⁸ AGA, Presidencia, SGM, caja 20887. «Carta al Camarada K. C. Cahill», 17 de agosto de 1938.

⁹ BOREJSZA, J. W.: *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945*. Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2002, pp. 247-248.

que veía con malos ojos la actividad paralela de Falange en el exterior. A partir de este momento, la representación de FET en Londres fue ostentada por Enrique Trull y R. de Pinedo, antiguo republicano reconvertido en falangista. Era también secretario de la Cámara de Comercio Española, cuya sede en el n.º 5 de Cavendish Square sirvió simultáneamente como local del Partido y representación comercial. Estas personas debían compatibilizar su acción con otras organizaciones de Falange en Inglaterra. Era el caso de Auxilio Social y Frentes y Hospitales, cuya situación de enfrentamiento no hacía más que dificultar las misiones que Falange tenía que realizar. La falta de compenetración entre grupos del Partido y entre estos y los de la propia España nacionalista provocaba, a la postre, que incluso los medios católicos ingleses (organizaciones, periódicos) se abstuviesen de colaborar para evitar conflictos, sembrando también la confusión entre la colonia española, que se sumaba al disgusto de la prensa católica. Esta problemática se resolvió nombrando un comité, presidido por el duque de Alba, bajo cuyo mando estaría el delegado de Falange en Gran Bretaña, que vigilaría la actuación de las delegadas de Auxilio Social y de Frentes y Hospitales. Con esta medida se clarificarían las competencias de cada organización, recuperando así la confianza de los sectores católicos y de los españoles residentes en Londres, lo que beneficiaría la recaudación de donativos hacía el bando franquista y las actividades de prensa y propaganda. Propaganda que era impulsada y divulgada, además de por la acción de la representación del Estado Español, FET y de las JONS y la *Spanish Press Services*, por las ya mencionadas organizaciones de Auxilio Social y Frentes y Hospitales, así como por la Sección Femenina de FET, *The Friends of National Spain*, *The Bishop's Committee for the Relief of Spanish*, *The Association of Our Lady of Perpetual Succour*, *Catholic Times*, *Catholic Herald*, *The Universe*, *The Tablet*... que llevase el sello propio del yugo y las flechas¹⁰.

El espionaje franquista en Londres

Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, personajes como los agregados de prensa Ángel Alcázar de Velasco y José Brugada, o el corresponsal de *ABC*, Luis Calvo, se aprovecharon de su status profesional para desempeñar tareas de espionaje a favor

¹⁰ AGA, Presidencia, SGM, caja 20887. «Carta del Delegado en Gran Bretaña al Camarada José del Castaño», 13 de diciembre de 1938.

del Eje en la *city* londinense. Al amparo del paraguas que les proporcionó la Embajada española en Inglaterra, encabezada por el duque de Alba, estas figuras demostraron a través de sus acciones la validez de la teoría expuesta por la historiadora Marina Casanova, que defiende en una de sus obras el papel que desempeñan las representaciones diplomáticas como centros de información / espionaje¹¹.

Las acciones de espionaje y propaganda se realizaban a través de una triple vía: la diplomática, representada por el duque de Alba; la «periodística», en una primera fase protagonizada por Miguel Piernavieja del Pozo, reemplazado a partir de 1941 por el agregado de Prensa Ángel Alcázar de Velasco, junto con la inestimable colaboración del subdelegado de Prensa de la Embajada, José Brugada (también participe en la que hemos denominado «vía diplomática»), el corresponsal de *ABC*, Luis Calvo, y el corresponsal en Londres de los periódicos *Ya* y *La Vanguardia*, Felipe Armesto; y finalmente, mediante el servicio de espionaje organizado por el Alto Estado Mayor español, capitaneado en la capital inglesa por Miguel de Lojendio, cónsul de España en Londres y, por tanto, estrechamente relacionado con las actividades del duque de Alba.

A fines de agosto de 1940, al iniciarse los ataques aéreos contra la población civil en Londres, el duque de Alba remitió de forma periódica a Madrid una serie de informes, por petición del ministro Beigbeder, en los que daba cuenta de los efectos de estos bombardeos y del deseo de resistencia y bravura de los ciudadanos de esta nación. Lo que desconocía el diplomático español era que estos datos eran transmitidos con posterioridad a la Embajada alemana en España, la cual había solicitado de forma expresa, el 24 de septiembre de ese año, al Palacio de Santa Cruz conocer el efecto devastador de sus bombardeos en la capital británica, pues el Alto Mando de la Luftwaffe no podía evaluar con rapidez, debido a sus escasos agentes operativos en Gran Bretaña¹².

Lo que no sospechaba, o no quiso ver Alba, era que estos informes eran remitidos inmediatamente a Berlín. Así, cuando en noviembre de 1940 leyó en un periódico italiano una transparente alusión suya con un ministro británico, protestó

¹¹ CASANOVA, M.: *La diplomacia española durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Diplomática Española, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996, pp. 79-80.

¹² JUÁREZ, J.: *Madrid-Londres-Berlín. Espías de Franco al servicio de Hitler*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2005, p. 71.

ante el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, por la indiscreción que se había producido, que amenazaba seriamente la confianza que en él se tenía en Londres¹³. Ello no significaba que Alba fuese indiferente a los actos de espionajes, pues su propia Embajada controlaba en Londres las actividades de dirigentes republicanos como Juan Negrín. Pero lo que no podía sospechar era su participación indirecta, por deseo expreso del Ministerio de Exteriores español, a favor de Alemania. Estos informes, trasladados para su conocimiento también al embajador italiano en Madrid, Francisco Lequio, incluían de manera detallada la intensidad de los bombardeos, los lugares afectados, los daños causados y la duración de las alarmas¹⁴.

En segundo lugar nos encontramos con la que hemos bautizado como «vía periodística», pues fueron representante de diversos medios informativos españoles los que, al abrigo que les proporcionaba su profesión, desarrollaron una intensa actividad de captación de información para el Eje, calificada como «fraudulenta» para los intereses germanos por Kim Philby, miembro del MI5 (en el futuro se descubrió que era un agente doble que trabajaba para la URSS), y de totalmente «ineficaz» por los historiadores Morten Heiberg y Manuel Ros Agudo¹⁵.

El primer español enviado al Reino Unido para espiar en beneficio de Alemania fue Miguel Piernavieja del Pozo, un joven falangista que trabajaba como responsable de Prensa del Instituto de Estudios Políticos. Su traslado a Londres en septiembre de 1940 fue fruto de un rocambolesco plan ideado por Serrano Suñer y Ángel Alcázar de Velasco. Este último había logrado convencer de manera sorprendente al embajador británico en España, Samuel Hoare, de que pretendía derrocar a Franco. Para acometer este plan consideró necesario que un colaborador suyo viajase a Inglaterra cerca del duque de Alba, para así buscar apoyos y poder tramar esta conspiración.

¹³ AVILÉS FARRÉ, J.: «Un Alba en Londres: la misión diplomática del XVII duque (1937-1945)», *Historia contemporánea*, n.º 15 (1996), p. 173.

¹⁴ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE, Madrid), serie «Archivo Renovado» (clave R), legajo n.º 2195, expediente n.º 68 (en adelante se abreviará: AMAE, R. 2195/68). «Embajador de España en Londres a Ministro de Asuntos exteriores», septiembre de 1940.

¹⁵ Vid. PHILBY, K.: *Mi guerra silenciosa*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1973, p. 66. Por su parte, en *La trama oculta de la Guerra Civil* los dos investigadores señalados nos explican que: «el empleo de agentes españoles por los alemanes no fue para estos de ningún provecho. Según documentos del Ministerio de la Guerra británico, las organizaciones de Lojendio y Alcázar que trabajaron en Inglaterra para los alemanes fueron totalmente ineficaces... Los británicos tenían buenas razones para creer que casi toda la información de carácter militar que pudiera haber obtenido era falsa o equívoca». Vid. HEIBERG, M. y ROS AGUDO, M.: *La trama oculta de la Guerra Civil. Los servicios secretos de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Editorial Crítica, 2006, p. 231.

Hoare aceptó la propuesta, lo que permitió que Piernavieja del Pozo gozase del apoyo del Foreign Office. Pero detrás de esta pantomima lo que se buscaba realmente era que el enviado español disfrutase de libertad de movimientos por tierras británicas y facilitar así su misión secreta para el Eje.

La ubicación de Piernavieja del Pozo en el número 116 de Piccadilly Street le facilitó enormemente su trabajo. Se encontraba próximo a la Embajada española, a las baterías aéreas de Hyde Park y al complejo gubernamental de Whitehall, donde se hallaba la sede del primer ministro, el Foreign Office y el Ministerio de la Guerra. El hombre de contacto de Piernavieja del Pozo fue Gwilym Williams (nombre en clave *GW*). Este debía ayudarle a crear su primera red de informadores. Para el Abwehr, *GW* era un independentista galés al que había captado en 1939, pero la realidad era muy diferente. Bajo esa fachada se ocultaba uno de los primeros agentes dobles utilizados por el contraespionaje británico. Este hecho permitió al MI5 vigilar la actuación de Piernavieja y prevenir posteriores intentos de infiltración.

Lo que buscaba Piernavieja (incluido en los archivos británicos con el nombre clave de *Pogo*) de *GW* era conocer el paradero de las fábricas de material militar y de las defensas costeras instaladas en determinadas zonas del sur de Inglaterra, cercanas a la isla de Wight. El mayor éxito del periodista-espía español fue mandar a España un mapa muy actualizado con los lugares más afectados por los bombardeos y los principales daños sufridos. Piernavieja regresó a España en febrero de 1941, seguramente por presiones del Gobierno británico sobre las autoridades españolas o por desavenencias con Alcázar de Velasco, que llegó a Londres por esas fechas¹⁶.

En enero de 1941, el MI5 consideraba a la Embajada española en Londres como uno de los focos más activos en la captación de información destinada a Berlín, en mayor grado, posiblemente, que ninguna otra legación de un país neutral. En esos días, el servicio de contraespionaje vigilaba a Piernavieja del Pozo, conocía someramente las actividades de Lojendio, sospechaba del corresponsal del diario *ABC* Luis Calvo y había conseguido que José Brugada se convirtiese en un agente doble, como veremos a continuación. Un escenario al que se sumó, como principal instigador,

¹⁶ La actuación de Miguel Piernavieja del Pozo en Gran Bretaña aparece recogida en JUÁREZ, J.: *Madrid-Londres-Berlín...*, pp. 54-66.

el falangista Ángel Alcázar de Velasco tras su llegada como agregado de Prensa de la Embajada, lo que le confería cobertura diplomática.

Ángel Alcázar de Velasco llegó a Londres el 9 de enero de 1941 junto a su intérprete Manuel Illera (antiguo consejero nacional de Falange). Ese mismo día se reunió con el hasta entonces agregado de Prensa, José Brugada (había trabajado durante la Guerra Civil como agente del SIFNE en Francia) y los corresponsales Luis Calvo y Felipe Fernández Armesto. Las discrepancias entre Alcázar de Velasco y los funcionarios de Prensa de la Embajada, incluido en un principio el propio Brugada, no tardaron en llegar. Alcázar de Velasco, nombrado agregado de Prensa por oficio del 18 de diciembre de 1940 (su nombramiento no apareció nunca en el Boletín Oficial del Estado), llevó a cabo una modificación radical de la delegación de Prensa de Londres: 1) Traslado de esta Delegación (hasta entonces establecida en el n.º 99 de la Regent Street) a la Embajada, disponiendo únicamente de una habitación para la realización de sus tareas; 2) Disolución de la Sociedad *Spanish Press Services Ltd*; 3) Cese de la revista *Spain*; 4) Despidos de personal de la Delegación; y 5) La asignación de un sueldo de 150 libras mensuales sin el visto bueno de la Administración¹⁷. A estas acciones hay que sumar una desconsideración total de Alcázar de Velasco hacia el trabajo realizado en esta delegación antes de su llegada. Así se refleja en el escrito que envió al Subdelegado de Educación Popular, José Jiménez Rosado, a finales de julio de 1941¹⁸. Esta carta llegó a manos del Jefe de Sección de Prensa Extranjera¹⁹, el cual escribió un duro memorando de reproches sobre Alcázar de Velasco al Delegado Nacional de Prensa²⁰. Del análisis de estos datos se desprenden, a nuestro entender, dos ideas básicas: la falta de interés de Alcázar de Velasco por su nuevo puesto, lo que se explicaría en el hecho de que el verdadero motivo de su estancia en Londres era el de ser un espía más al servicio del Abwehr (tarea seguramente desconocida incluso por el

¹⁷ AGA, Cultura, caja 264. «Notas sobre la situación de la Delegación de Prensa en Inglaterra», 1941.

¹⁸ AGA, Cultura, caja 264. «Carta de A. Alcázar de Velasco al Subdelegado de Educación Popular», 30 de julio de 1941.

¹⁹ El funcionamiento y participación de la Sección de Prensa Extranjera de la Vicesecretaría de Educación Popular en las tareas de propaganda exterior de la España franquista durante la Segunda Guerra Mundial se estudia en MORENO CANTANO, A. C.: «El control de la Prensa extranjera en España y Alemania durante la Segunda Guerra Mundial», *Historia contemporánea*, n.º 32 (2006), pp. 311-334.

²⁰ AGA, Cultura, caja 264. «Informe de Pablo Merry del Val al Delegado Nacional de Prensa», 11 de agosto de 1941.

propio Jefe de Sección de Prensa Extranjera) y la búsqueda de enriquecimiento personal a costa de los fondos de la delegación de Londres.

A pesar de todas estas diferencias, Brugada aceptó servir como agente de Velasco, bajo presión de este personaje y seguramente, como analizaremos, del MI5. Esta colaboración con el agregado de Prensa se tradujo en el envío de exhaustivos informes sobre las incursiones aéreas germanas en Gran Bretaña. Esta actividad la venía desarrollando Brugada desde el verano de 1940, momento en el que su superior, Enrique Giménez-Arnau le solicitó «informes, lo más imparciales y precisos posibles, acerca de la repercusión que la guerra, los bombardeos y el bloqueo producen en la Gran Bretaña»²¹. Era un trabajo análogo al que realizaba Alba para Exteriores, con la única salvedad de que sus resultados eran remitidos a la Dirección General de Prensa. Ambas comunicaciones eran trasladadas, tal y como hemos expuesto en páginas anteriores, a la Embajada alemana en Madrid. A esta maniobra eran ajenos, teóricamente, tanto el duque de Alba como José Brugada. Lo que cambió a partir de enero 1941 fue que Brugada tuvo plena conciencia de que Velasco utilizaría estos datos para cumplir con sus obligaciones con el Abwehr, empleando para ello la valija diplomática, de ahí la importancia de su nombramiento como agregado de Prensa por parte de Ramón Serrano Suñer, por entonces responsable de Exteriores y de Prensa y Propaganda. Lo que no sabía Brugada era que el MI5 tenía un conocimiento detallado de todas estas operaciones que el régimen franquista realizaba a favor del Abwehr. Por este motivo se le amenazó con la detención si no pasaba a colaborar como agente doble del MI5. Atendiendo al relato de Kim Philby, fue a partir del descubrimiento del diario de Alcázar de Velasco, en diciembre de 1941, cuando se supo que Brugada participaba en el espionaje alemán²².

Siguiendo con este testimonio, Brugada no pasaría a trabajar para el contraespionaje británico (se le asignó el nombre en clave *Peppermint*) hasta la llegada de Alcázar de Velasco a Londres en 1941. Sin embargo, en *La guerra secreta de Franco*, Manuel Ros retrotrae este hecho al año 1940²³. Coincidimos con esta última tesis, pues ello nos daría una razón de peso para justificar la incorporación de Brugada a la red de

²¹ AGA, Cultura, caja 245. «Escrito de Enrique Giménez-Arnau al agregado de Prensa en Londres, José Brugada», 22 de agosto de 1940.

²² PHILBY, K.: *Mi guerra...*, p. 67.

²³ ROS AGUDO, M.: *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, p. 153.

espías que estaba tejiendo Velasco en Gran Bretaña, pues, como dijimos, las relaciones entre ambos personajes eran tensas (remodelación de la delegación de Londres y pérdida del cargo de agregado de Prensa a favor de Velasco) y no se entiende fácilmente la incorporación a este proyecto si no es por razones de fuerza mayor. Y que mayor razón que la presión del MI5, perfecto conocedor de esta red de informadores españoles y que mediante Brugada podía obtener un «topo» que le comunicase todos los movimientos de Velasco y de su equipo.

Brugada facilitaba a España un compendio de datos (poblaciones afectadas por las bombas alemanas, tipos de bombas, objetivos de los bombardeos) en sus informes²⁴, que superaba con creces los mínimos que se requerían para la elaboración de material periodístico, ya que este se podía cubrir simplemente con los recortes de periódicos ingleses. El lector español no necesitaba que la prensa del país le facilitase detalles tan nimios como el nombre exacto de las calles inglesas donde hacían su efecto las bombas de la Luftwaffe. Esta información respondía, como es lógico, a intereses más profundos. Con ella el cuerpo diplomático germano en España, y por ende el Ministerio de Asuntos Exteriores de Ribbentrop, podía saber los daños reales de las incursiones aéreas que efectuaban sus aviones, pues su escasez de agentes secretos en Gran Bretaña dificultaba la obtención de estos datos. De esta manera, Serrano Suñer y los Servicios de Prensa Extranjera españoles contribuyeron de manera decidida al esfuerzo de guerra nazi. Lo que desconocían estos era que muchos de esos datos habían sido falseados por los agentes españoles o convenientemente manipulados por el contraespionaje británico, que tenía acceso a la valija diplomática de la Embajada de Londres.

Dentro aún de la «vía periodística» cabe tratar el papel en tareas de espionaje de Felipe Fernández Armesto y Luis Calvo. Con respecto al primero, las sospechas provenían del propio Ministerio de Asuntos Exteriores español, que lo consideraba, por su afinidad ideológica con los Aliados, un confidente del servicio secreto británico. Por otra parte, desde el lado británico se llegó a considerar en algún momento que Armesto formaba parte de la red de espías de Alcázar de Velasco, sin embargo, no había datos de peso que confirmasen dicha circunstancia²⁵. El último

²⁴ AGA, Cultura, caja 245. «Raids aéreos alemanes sobre Inglaterra», 22 de septiembre de 1940.

²⁵ ARASA, D.: *Exiliados y enfrentados (Los españoles en Inglaterra de 1936 a 1945)*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1995, p. 221.

personaje en discordia fue el corresponsal de ABC Luis Calvo Andaluz, detenido por las autoridades británicas en febrero de 1942 acusado de trabajar para el espionaje alemán, siendo internado por esta causa en el campo de prisioneros 020 durante tres años. Pero regresemos a principios de 1941 para saber cuál fue el verdadero papel de Calvo en Londres tras la llegada de Alcázar de Velasco. En febrero de ese año, Luis Calvo, ante las continuas ausencias del nuevo agregado de Prensa (Velasco tan sólo permaneció en la capital inglesa tres meses), se convirtió en su hombre de confianza en Gran Bretaña. Pocos podían presagiar entonces su implicación en estos servicios proalemanes, pues un año antes el director de ABC, José Losada de la Torre, le tuvo que llamar la atención por su excesivo apego a las tesis británicas²⁶.

La cuestión es que por influencia de Velasco el corresponsal de ABC fue convirtiéndose, quizás sin ser consciente de ello, en un elemento clave de esta operación de espionaje. Por presiones de su director las crónicas de Calvo fueron adquiriendo un color anglófono, levantando la voz de alarma en el Ministerio de Información británico y Scotland Yard, que en enero de 1941 disponían ya de un amplio informe sobre el círculo de personas que frecuentaba y sobre sus contenidos periodísticos («es amargamente antibritánico y no tiene ningún tipo de escrúpulos»). El dossier policial también aseguraba que algunas de las informaciones remitidas por Calvo al ABC habían sido publicadas en la prensa alemana, y que en algunos casos estos despachos se habían radiado en Berlín antes incluso de que se hubieran publicado en Madrid. La denuncia más grave afirmaba que tras una visita a Coventry, en compañía del embajador argentino para comprobar el bombardeo sufrido por la ciudad, Calvo redactó un extenso reportaje que después de pasar por Madrid fue utilizado por el Ministerio de Propaganda germano²⁷.

El informe policial sobre Luis Calvo llegó al director de la Sección Ibérica del MI5, Dick Brooman-White, el 14 de enero de 1941. Tras leerlo ordenó a sus agentes y al MI6 que averiguaran lo que pudieran sobre el periodista español. No era, por tanto, ningún

²⁶ AGA, Exteriores, caja 6864. «Carta de J. Losada de la Torre al Sr. D. Luis Calvo», 16 de julio de 1940.

²⁷ JUÁREZ, J.: *Madrid-Londres-Berlín...*, p. 110. Muchos de estos datos eran utilizados por las emisoras clandestinas nazis (*Geheim Sender*, o GS) establecidas en Londres desde 1940, como la *New British Broadcasting Station*, *Caledonia*, *Worker's Challenge* o *Christian Peace Movement*, para difundir falsos rumores con los que socavar la moral británica. Vid. NEWCOURT-NOWODWORSKI, S.: *La propaganda negra en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Algaba Ediciones, 2006, pp. 67-70.

desconocido para el servicio de contraespionaje cuando su nombre apareció relacionado con la red de Alcázar de Velasco²⁸. En marzo de 1941 se reactivó al agente doble GW con el objetivo de que este implicara a Calvo en la misión que tiempo atrás había desempeñado, el también español, Miguel Piernavieja del Pozo. En este sentido Calvo actuó como un espía inducido, y GW fue su señuelo²⁹. Gracias al testimonio de GW y del propio Brugada, el servicio de contraespionaje británico tuvo suficientes pruebas para inculpar a Luis Calvo. El detonante de la detención está relacionado con el definitivo regreso de Velasco a España el 9 de septiembre de 1941 (aunque hasta el 13 de enero de 1942 continuó ejerciendo como agregado de Prensa), seguramente apercebido del seguimiento que le realizaba el MI5. Este, para impedir que Luis Calvo también pudiese huir, decidió apresarle en febrero de 1942.

Alcázar de Velasco acogió con sorpresa la detención de su colaborador, pero cuando conoció que había confesado sus actividades y que él mismo había sido acusado, derivó su consideración profesional hacia el desprecio. Aunque en un primer momento se especuló con que Calvo pudiera ser ejecutado, las presiones diplomáticas de Alba y Serrano Suñer limitaron la condena a su reclusión en el campo 020. El lugar era un antiguo hospital militar reconvertido en centro de detención de espías capturados por el Reino Unido³⁰. Luis Calvo fue excarcelado y repatriado el 22 de agosto de 1945.

Con la destitución de Serrano Suñer como ministro de Exteriores y la llegada al mismo del conde de Jordana se produjo un cambio radical en las funciones de la Embajada española en Londres. Detenido Calvo y ausente Velasco, fue nombrado nuevamente como agregado de Prensa José Brugada, del que se desconocía desde Madrid que fuese un agente del servicio secreto británico. Ardua y dura fue la misión del duque de Alba y del propio Brugada a raíz del «incidente Calvo», pues el mismo fue utilizado por el Gobierno británico como instrumento de propaganda, a fin de demostrar la implicación de España en su ayuda clandestina al Eje.

²⁸ JUÁREZ, J.: *Madrid-Londres-Berlín...*, p. 112.

²⁹ *Ibidem*, p. 114.

³⁰ JUÁREZ, J.: *Madrid-Londres-Berlín*, pp. 155-156.

El duque de Alba y la delegación de Prensa española en Londres entre 1942 y 1944

Al incidente Luis Calvo le siguió otro asunto controvertido que deterioró, aún más, la imagen de España ante la prensa británica. Nos referimos al cuestionable posicionamiento del régimen franquista ante los bombardeos que padecía Londres e innumerables ciudades del Reino Unido. Este tema había provocado serios roces entre el embajador Samuel Hoare y el ministro español Francisco Gómez-Jordana³¹. Sin embargo, el origen de esta polémica cabe buscarlo aún más atrás, en concreto tras la invasión y bombardeo de Cataluña por las fuerzas nacionales, momento en el cual el Gobierno británico protestó por los daños que acarreó esta acción sobre la población civil³². Por estos motivos y por su simpatía con el Eje, desde la prensa española se criticó con fuerza los ataques sobre las ciudades alemanas e italianas. Esto ocurría, casualmente, cuando la aviación Aliada se imponía sobre la de sus adversarios, interpretándose por ello desde los medios británicos que esta campaña buscaba la criminalización de sus fuerzas aéreas y la defensa de la «desvaída» población del Eje. Para acallar estas voces se decía que España «enfoca este problema lejos de todo apasionamiento», por ese motivo «sentimos tanto las víctimas inocentes anglosajonas como las francesas o las alemanas, aunque en ello nos vaya el recoger las injusticias, cuando no las injurias de los que, apasionados en la contienda, no ven la luz de la verdad». A las acusaciones del Gobierno británico y de su Prensa, que argumentaba que España sólo protestaba cuando las víctimas civiles pertenecían al Eje, el Ministerio de Exteriores contestaba que España únicamente deseaba «humanizar la guerra», sin importar el país de origen de los muertos³³.

Finalmente, se llegó a un cierto entendimiento entre España y Gran Bretaña en este tema, pues como le dijo Jordana a Hoare, su petición de humanizar la guerra no significaba un rechazo exclusivo al modo de operar de la aviación aliada, tal y como se demostraba en las protestas del propio embajador alemán por los reproches que en ciertos diarios españoles se había realizado contra algunas incursiones aéreas del Eje

³¹ Los enfrentamientos entre ambos personajes se describen de manera detallada en sus libros de memorias. Véase en este sentido, GÓMEZ-JORDANA, F.: *Milicia y Diplomacia. Los Diarios del Conde de Jordana, 1936-1944*, Burgos, Editorial Dossoles, 2002; y HOARE, S.: *Embajador ante Franco en misión especial*, Madrid, Sedmay, 1977.

³² Véase, RAGUER, H.: «La Santa Sede y los bombardeos de Barcelona», *Historia y Vida*, n.º 45, 1980, pp. 22-35.

³³ AMAE, R. 1370/5. «El punto de vista español ante los bombardeos de las poblaciones civiles», 1943.

sobre objetivos civiles. Entendimiento que se plasmó en un acuerdo verbal por el que ambos personajes se comprometían a que los periodistas ingleses y españoles no atacarían a las máximas autoridades políticas de sus respectivos países. Ello no evitó que desde el resto de esferas culturales británicas se continuase atentando contra todo aquello que rezumase olor franquista. Así, en el mes de noviembre de ese año, la Legación española en Irlanda se hacía eco de un folleto en el que se insultaba duramente al régimen español, y que constituía «una verdadera difamación, en todos los órdenes, de su acción política y social». Este escrito, acompañado de abundantes imágenes e inspirado en un largometraje de la serie intitulada *March of Time*, había sido elaborado por Tom Wintringham y editado por Pilot Press de Londres³⁴.

El pretendido deseo del duque de Alba y Jordana de desligar a España de los dogmas exteriores germanoitalianos y guiar al país hacia la neutralidad tropezaba con la oposición de la prensa británica, que pese a valorar los esfuerzos de ambos personajes, reprendía al régimen español por su actuación en años anteriores. Así, por ejemplo, sobre el posicionamiento español ante las últimas operaciones aéreas británicas, el *Evening Standard* decía:

El principal orador al mediodía fue el Contraalmirante Sir Murray Suster, padre de la Aviación Naval. Habló de las lamentaciones de Franco, de que el bombardeo era inhumano, y añadió: Franco dice únicamente lo que Hitler y Mussolini quieren que diga...³⁵.

La percepción de la España franquista entre la colectividad británica no mejoró mucho con la entrada del año 1944. Superada la crisis de los bombardeos, un nuevo filón para la prensa del país fue la identificación que se realizó entre Falange y el NSDAP, acusando al partido único franquista de ser un «agente enemigo» del esfuerzo de guerra aliado. Esta analogía era defendida en las páginas de diarios como el *Manchester Guardian*, lo que provocó una enérgica protesta del máximo responsable de FET, José Luis Arrese³⁶, que pidió a Jordana que el embajador español en Londres emitiese la más contundente respuesta por tal artículo, que consideraba «ofensivo a todas luces para nuestra Organización»³⁷. Sin embargo, mucho tenía que callar Arrese

³⁴ AMAE, R. 2198/32. «Despacho de la Legación de España en Irlanda al Excmo. Sr. Ministro de Exteriores», 8 de noviembre de 1943.

³⁵ *Ibidem*, 10 de junio de 1943.

³⁶ AMAE, R. 2198/32. «Artículo contra España en el Manchester Guardian», enero de 1944.

³⁷ AMAE, R. 2198/32. «Carta del Ministro Secretario General del Movimiento al Excmo. Sr. Dn. Francisco Gómez-Jordana», 20 de enero de 1944.

sobre este asunto, ya que Falange venía colaborando desde años atrás con el servicio de espionaje alemán en España en actos de sabotaje contra los intereses aliados. Por esta razón, poco podía hacer Alba para contener las acometidas de los medios informativos británicos, poseedores cada vez más de un mayor número de argumentos que ponían en evidencia la supuesta neutralidad del régimen franquista. A ello había que sumarle la intensa actividad efectuada en los últimos meses por los republicanos exiliados que, como escribía el diplomático, «no cesan en sus campañas contra la España nacional» a través de la publicación de innumerables folletos y artículos de prensa, fiestas, «comilonas» y reuniones³⁸. El duque de Alba apuntaba con claridad en noviembre de 1944, ya muerto el ministro Jordana, las causas del rechazo hacia la política peninsular: los británicos consideraban al régimen español aquejado de germanofilia congénita y no les resultaba aceptable un sistema de partido único como el que representaba Falange³⁹.

1945: reanudación de la revista *Spain*

El principal denuedo de la Embajada española en Londres a lo largo del último año de la guerra pasó por poner remedio a esta propaganda antiespañola, para lo que se proyectó la reanudación de la revista *Spain*⁴⁰, eso sí, con caracteres que se adaptasen a los nuevos tiempos, es decir, al predominio de los ejércitos aliados en el campo mundial. Esto implicaba la reorientación del régimen español en el nuevo mapa internacional, donde las piezas serían colocadas atendiendo a los dictados de la coalición anglo-americana-soviética. La idea de lanzar al mercado una revista que continuase el camino trazado por *Spain* se remontaba a junio de 1944. Esta publicación tendría que presentarse desligada de la Embajada, ya que ello daría una impresión de mayor independencia. Por el momento, habría que evitar, para que no pudiese achacársele «falta de dignidad y seriedad», la polémica con las publicaciones izquierdistas, en especial con la hoja semanal «roja» *Spanish News Letter*. La revista en proyecto comprendería un breve comentario editorial; un artículo relativo a España escrito por una destacada personalidad literaria o política inglesa; todas las noticias

³⁸ AMAE, R. 2198/33. «La propaganda antiespañola en Inglaterra», abril de 1944.

³⁹ AVILÉS FARRÉ, J.: «Un Alba en Londres...», pp. 177.

⁴⁰ Sobre la bibliografía que analiza los contenidos de esta publicación véase la nota a pie de página número 1 de este artículo.

favorables a la España franquista aparecidas en las publicaciones británicas, sin olvidar el rebatir las hostiles; la información relativa a España que distribuyese la agencia *Reuters* a sus suscriptores «especiales» y que no veía la luz en la prensa inglesa; una sección económica, que sería proveída de material por la Oficina Comercial de la Embajada española; una sección dedicada a reproducir las intervenciones parlamentarias relativas a España; y estaba en estudio la intercalación de entrefiletes con palabras o declaraciones de destacadas personas de izquierda, «que luego los hechos han demostrado su error de manera irrepetible». La tirada mensual sería de unos cuatro mil ejemplares, que acarrearían un gasto calculado en unas dos mil libras⁴¹.

Pasados unos meses se decidió rebajar las pretensiones de este proyecto. En lugar de una revista, «que es más para una clase de propaganda de tiempos normales, en los que se trata de dar a conocer un país», el marqués de Santa Cruz (José Fernández-Villaverde) propuso a Arias Salgado «una hoja informativa de confección rápida, publicada no sólo periódicamente, sino cuando las necesidades del momento lo requiriesen», y cuyos contenidos se relacionasen más con «la propaganda de combate, en la que lo perseguido sea rebatir infundios, deshacer leyendas y contradecir influencias perniciosas». Para que esta publicación fuese un éxito se requería encontrar un editor inglés de plena confianza que, aunque completamente independiente a la Embajada, se mostrase receptivo a todo el material propagandístico que esta le pudiese suministrar. Se trataba de «defender lo español pero sin criticar lo inglés»⁴².

El primer ejemplar de *Spain* en esta segunda etapa se publicó a finales de mayo de 1945, y según se nos transmite en la documentación de la Embajada en Londres fue un éxito, pues se propuso al editor que su aparición pasase a ser quincenal y que se le añadiese un resumen de noticias de España que no recogiesen los periódicos ingleses. Ello implicaría un aumento del número de páginas (de cuatro a ocho) y de los gastos de impresión (de 75 libras por número a 125 si se aplicaban todos estos cambios)⁴³.

⁴¹ AGA, Exteriores, caja 7458. «Revista *Spain*», junio de 1944.

⁴² AGA, Cultura, caja 366. «Carta del marqués de Santa Cruz al Excmo. Sr. D. José Arias Salgado, Vicesecretario de Educación Popular», 17 de enero de 1945.

⁴³ AGA, Exteriores, caja 7458. «Despacho del duque de Alba al Ministerio de Asuntos Exteriores», 10 de agosto de 1945.

A modo de conclusión

El fin de la Segunda Guerra Mundial, al que le acompañó la dimisión del duque de Alba como embajador en octubre, no se tradujo en una mejora de la actitud de los medios periodísticos británicos con respecto a España. El duque de Alba ni su equipo propagandístico (Fernández-Villaverde, Juan Mata o José Brugada) consiguieron a lo largo de sus casi diez años de gestión en Londres imponerse a la propaganda republicana que, venciendo a la política de no-intervención y después a la de apaciguamiento, consiguió que sus argumentos calasen más hondamente en el sentir de la opinión británica. El régimen franquista erró en un aspecto clave, pensó que ganándose el beneplácito de la clase política del país (principalmente a los conservadores) lograría, a su vez, el apoyo de su pueblo. Además, las particularidades religiosas de Gran Bretaña, donde el catolicismo no era la religión mayoritaria, restaron fuerza a la propaganda nacionalista, que se servía en el exterior (al igual que dentro de las fronteras españolas) del elemento católico como instrumento de defensa de sus tesis.

Los esfuerzos neutralistas del duque de Alba y del conde de Jordana durante la Segunda Guerra Mundial no pudieron borrar el lamentable recuerdo de los actos de espionaje de los supuestos periodistas que trabajaron para la Embajada española. Este hecho, junto a la germanofilia impulsada desde la Península Ibérica por Falange, llevó a la identificación del país con un Estado fascista, provocando la repulsa generalizada de los medios informativos británicos, cuyas críticas se acrecentaron a medida que se endurecían los combates con las potencias del Eje. Ambiguas posiciones del Gobierno español ante los ataques aéreos sobre la población civil de Londres no hicieron más que agrandar estas heridas.

La virulencia de los periodistas británicos provocaba a la par la radicalización de la prensa española, que desde *Arriba* o *Pueblo* desarrollaron una anglofobia que perjudicó, si cabe aún más, la labor de los organismos propagandísticos franquistas en Gran Bretaña. Ni la temprana organización de la *Spanish Press Services Ltd* (1937), ni la aparición de *Spain*, ni los multitudinarios mítines organizados por los «falangistas»

Sturruup o Rafael Jorro, ni los viajes de turistas ingleses a España⁴⁴, lograron que tras la conclusión de la contienda mundial el Estado franquista gozase, a nivel popular, de una aceptación similar a la de la derrotada Segunda República, beneficiada sin lugar a dudas por la equiparación que desde años atrás se realizaban entre España y Fascismo.

⁴⁴ Todos estos temas son analizados en mi tesis doctoral (inédita), *Los servicios de Prensa extranjera en el primer franquismo (1936-1945)*, Universidad de Alcalá de Henares, 2008, pp. 416-455.

**EL ESPAÑA CLUB Y EL VOLUNTARIADO ESPAÑOL: UNA BREVE EXPERIENCIA
UNITARIA DE LA EXTREMA DERECHA BARCELONESA (1935-1936)¹.
LOS ORÍGENES DEL ESPAÑA CLUB**

José F. Mota Muñoz

El 6 de octubre de 1934, mientras *escamots* de Estat Català y militantes de la Alianza Obrera pasean armados por las calles de Barcelona y entretanto Companys proclama la República Catalana desde el balcón de la Generalitat, miembros de diferentes grupos de la extrema derecha española² de la ciudad se concentran en la Delegación Especial del Gobierno de la República en Cataluña para defenderla de posibles ataques. Se trata de la sede de la representación del Gobierno central, desde donde se dirigen los servicios de orden público no traspasados a la Generalitat, básicamente policías adscritos a la Oficina de Pasaportes y Extranjería. Para los españoles que allí se agrupan se trata de un lugar simbólico, una representación de la unidad de España atacada por la proclama de Companys. Estos voluntarios coinciden en el local con policías y guardias de asalto, dependientes del gobierno autónomo, pero que se niegan a obedecer a Companys.

En la defensa de la sede de la Delegación convergen miembros de diferentes grupos de acción de la extrema derecha barcelonesa³: socios de la Peña Ibérica, legionarios del Partido Nacionalista Español (PNE), requetés, escuadristas falangistas, pistoleros de los Sindicatos Libres, miembros del Grupo Azul e incluso el periodista anarquista y anticatalanista Juan Osés Hidalgo.

¹ Una fuente clave para este texto han sido las declaraciones recogidas en Archivo Histórico Nacional (AHN). Causa General, Pieza segunda de Barcelona, Del Alzamiento Nacional. Antecedentes, Ejército Rojo y Liberación. A partir de ahora sólo se citará la declaración concreta cuando se transcriba textualmente.

² En el texto cuando hablamos de españoles nos referiremos siempre a estos grupos españoles ultraderechistas para simplificar, aunque en realidad también existen en Barcelona grupos españoles republicanos, como los lerrouxistas del Partido Republicano Radical o los azañistas del diminuto Partit Republicà d'Esquerra.

³ Sobre la extrema derecha barcelonesa: CASTILLO, J. del; ÁLVAREZ, S.: *Barcelona, objetivo cubierto*, Barcelona, Timón, 1958; THOMÀS, J.M.: *Falange, Guerra Civil, Franquisme: F.E.T y de las J.O.N.S. de Barcelona en els primers anys del règim franquista*, Barcelona, PAM, 1992, p. 19-43; SOLÉ SABATÉ, J.M.: «La trama civil del 19 de juliol», en *Breu història de la guerra civil a Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 2005, p. 59-68 y las entradas correspondientes de MOLAS, I. (ed.): *Diccionari de partits polítics de Catalunya: segle XX*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 2000.

A raíz de esta experiencia común se convocarían posteriormente reuniones con el objetivo de crear una entidad que sirviera para aglutinar a los diferentes grupos de acción españolistas de Barcelona que hasta entonces venían actuando de forma descoordinada. Se trataba de grupos ligados a diferentes organizaciones de extrema derecha, bregados en enfrentamientos directos con independentistas y comunistas, encargados de realizar el servicio de orden en mítines de matiz españolista, de proteger la venta de prensa ultra y de realizar acciones simbólicas en defensa de la españolidad de Cataluña. Estos españolistas asaltan sedes independentistas y roban *estelades* de sus balcones como trofeo. También se enfrentan a los comunistas y atacan a masones. En cambio, con los anarquistas hay una relación ambivalente, ya que incluso hay un grupo de anarquistas anticatalanistas que asiste a los actos del PNE. Hasta entonces, estos grupúsculos españolistas han estado vigilados por la policía, sobre todo tras el traspaso de competencias de orden público a la Generalitat. Después de los hechos de octubre la mayor permisividad de las nuevas autoridades les permitió organizarse más fácilmente.

Los promotores de estas reuniones son los miembros del Grupo Azul. Se trata de Emilio Oliver Fernández, Joaquín Díaz Pariente y Emilio Solano Sanduvete, que habían sido expulsados del PNE el 30 de septiembre de 1934 por desacuerdos con Carlos López Manduley, máximo dirigente del partido en Barcelona⁴. Al parecer, las discrepancias se debieron a que el Grupo Azul propuso una acción de fuerza con motivo del juicio celebrado el 9 de septiembre contra el abogado, y militante de Estat Català, Josep M. Xammar a raíz de una polémica sobre el uso del catalán en la administración de justicia. El juicio terminó con la condena por desobediencia de Xammar, trifulca con el público y la detención del fiscal por el comisario policial Miquel Badia⁵. Sin embargo, la dirección de PNE, en un momento en el que ha optado por acercarse al Bloque Nacional y olvidarse de veleidades fascistas, no autorizó aquella acción.

El Grupo Azul agrupaba a los elementos de acción del PNE, el partido hegemónico entre los españolistas barceloneses, al margen de los carlistas, al menos

⁴ Archivo General de la Subdelegación del Gobierno en Barcelona (AGSGB), Registro de Asociaciones, Partido Nacionalista Español.

⁵ VÁZQUEZ OSUNA, F.: *La rebel·lió dels tribunals : l'administració de justícia a Catalunya, 1931-1953 : la judicatura i el ministeri fiscal*, Catarroja, Afers, 2005, p. 75-76 y *La Vanguardia*, 11-09-1935.

hasta 1934. Un partido que entiende *«el uso de la violencia física como componente normal de la acción política y aún de la propia doctrina, a través de la actuación de milicias encuadradas en las propias filas del partido»*⁶. Unas milicias de choque, los Legionarios de España, que *«eran vistas con simpatía por los restantes partidos de la derecha autoritaria, en los que aún no había arraigado la práctica de la violencia civil»*⁷. Agrupa además militantes formados en un feroz anticatalismo. De hecho, en noviembre de 1933, las conversaciones entre José Antonio Primo de Rivera y el PNE de Barcelona para que estos participaran en Falange fracasaron porque López Manduley consideraba que Primo tenía una visión demasiado *«folklórica y sentimental»* del tema catalán, que Manduley *«conceptuaba como de una mayor gravedad y de unas raíces más hondas y por tanto de mayor dificultad en su desarraigo»*⁸. El grupo estaba formado por una decena de miembros, algunos de ellos policías. Además de actuar como servicio de orden del partido, habían realizado algunas acciones de matiz españolista con cierta repercusión mediática, como la colocación de una bandera monárquica de grandes dimensiones en lo alto del monumento a Colón el 29 de abril de 1934, coincidiendo con una manifestación antifascista convocada por los *rabassaires*⁹, o la realización de una pintada gigante, con los colores monárquicos, en un lugar tan céntrico como el Cinc d'Oros. Colgar banderas monárquicas eran acciones simbólicas protagonizadas por grupos carlistas, alfonsinos o españolistas que se repetían por toda España.

Nace el España Club

Después de varias reuniones se esbozó la creación de *«un organismo bajo la forma aparente de una sociedad recreativa, en el cual se agrupasen todos estos grupos dispersos que el 6 de octubre que ante el peligro espontáneamente se reunió, siendo nombrado el declarante [Emilio Oliver] presidente gestor para la constitución de la sociedad de la cual, por fin, surgió con el nombre de España Club, sirviendo (...) de*

⁶ GIL PECHARROMÁN, J.: *Sobre España inmortal, sólo Dios: José María Albiñana y el Partido Nacionalista Español, 1930-1937*, Madrid, UNED, 2000, p. 12.

⁷ Ídem, p. 72.

⁸ AHN. Causa General ..., Declaración de Miguel Joaquín Díaz Pariente.

⁹ *La Vanguardia*, 1-5-1934, y CASTILLO, J. del; ÁLVAREZ, S.: *Barcelona...*, pp. 102-103

punto de reunión de los grupos de ideología españolista, antimarxista y antise-paratista»¹⁰.

Se nombró una comisión organizadora, formada al completo por miembros del Grupo Azul, presidida por Emilio Oliver, acompañado de Miguel Joaquín Díaz y Emilio Solano, cuyo objetivo era preparar los estatutos, redactados por Pedro de Obes, agente de policía. Los estatutos estaban preparados el 26 de enero y se presentaron a la autoridad para su legalización el primero de febrero de 1935. Se decidió utilizar el mismo subterfugio que habían utilizado diferentes grupos de extrema derecha para actuar en Barcelona, es decir, camuflarse como una entidad deportiva o cultural, para eludir así los problemas de legalización ante las autoridades republicanas. La primera en utilizar esta argucia legal sería la Peña Ibérica, una plataforma de españolistas, que se camufla como peña del R.C.D. Español. Con la República, los alfonsinos encubrieron sus actividades actuando como la Peña Blanca, el PNE funcionó como Peña Nos y Ego y Falange Española camufló su local como centro deportivo. De la misma manera, a finales de febrero de 1935 se daba a conocer la Agrupación Cultural y Deportiva España Club, con sede en la calle Rauric 8, principal¹¹. El 16 de febrero había realizado su asamblea constituyente, con asistencia de 75 socios. A propuesta de Juan Segura Nieto había resultado escogida por aclamación una Junta presidida por el comandante de artillería retirado Eduardo González Feijóo, cuyo nombre se utilizó por su prestigio de manera instrumental, puesto que no estuvo presente ni siquiera en este acto fundacional. De manera que quien firma la primera acta es el vicepresidente primero Emilio Oliver, verdadero dirigente del España Club.

Entre los primeros socios encontramos, básicamente, a expulsados y escindidos del PNE, como el mismo Oliver, Joaquín Díaz, Pedro de Obés, Enrique Castellón, Emilio Solano, Julio Muntaner o Pedro Castañedo; a un pequeño grupo de escindidos de Falange, que había pasado previamente por el PNE, liderado por José Fernández Ramírez; a algunos elementos procedentes de los Sindicatos Libres, como Francisco Baños o José Colom Vidal, además de militares retirados por la ley Azaña o de complemento, como el mismo presidente, José Peoli, capitán de intendencia retirado,

¹⁰ AHN. Causa General ..., Declaración de Emilio Oliver Fernández.

¹¹ AGSGB, Registro de Asociaciones, núm. 17134 Agrupación Cultural y Deportiva España Club y *La Vanguardia*, 20-2-1935 y 21-2-1935

o Julio Muntaner, teniente de complemento de infantería. Otro grupo importante estaba formado por policías como el mismo Obés, Ramón Jerez, Santiago Jiménez Vico, Julián Force o Juan Segura Nieto. Además sabemos que otros policías y guardias civiles estaban afiliados con seudónimo. Se trata sobre todo de agentes que se han destacado en la lucha contra el traspaso de competencias de orden público a la Generalitat y que han colaborado en acciones con el Grupo Azul. La transferencia de esas competencias al gobierno catalán había sido polémica, ya que las fuerzas españolistas se opusieron a ella con virulencia. Finalmente la transferencia de las funciones de los cuerpos de Investigación y Vigilancia y de Seguridad se hizo oficial el 15 de noviembre de 1933. Los funcionarios de policía podían optar por pasar al servicio de la Generalitat o continuar al servicio del Estado. Estos últimos, que fueron la mayoría, se mantenían como interinos en Cataluña hasta el 31 de marzo de 1934, momento en el que serían destinados a otras ciudades españolas¹². Una parte de los policías que escogieron esta segunda opción lo hicieron por sus convicciones españolistas.

Juan Segura Nieto era uno de los policías que más se había significado en las protestas contra el traspaso de competencias a Cataluña. Por no pasar a depender de la Generalitat había aceptado su traslado a Castellón, regresando a Barcelona de forma clandestina para ayudar en las acciones del Grupo Azul. Segura, que había militado en la Traza y el PNE, tenía un prestigio como españolista arrojado en los ambientes ultras de Barcelona. Él solo se había enfrentado a una manifestación independentista durante la Diada del 11 de septiembre de 1933; al ver que golpeaban a un militante españolista, arrebató la pistola que empuñaba uno de los que encabezaba la protesta y se plantó en medio de la manifestación con el arma en la mano, obligando a los manifestantes más cercanos a dar vivas a España¹³.

Para darle credibilidad al aspecto cultural de la entidad el España Club iniciará un ciclo de charlas que inaugurará Rene Llanas de Niubó, un personaje clave en el entramado de la extrema derecha barcelonesa. Antiguo carlista pasado al alfonsismo, había permanecido un año en la cárcel por participar en la «Sanjurjada» y tendrá un papel en la formación de Acción Ciudadana, la revitalización de los Sindicatos Libres y

¹² SANAHUJA, J.M.: *Les conselleries de Governació i Justícia de Catalunya, 1931-1934*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1992, pp. 59-63, 105-109

¹³ ABC, 17-9-1933

los grupos antimasónicos. Llanas tratará en aquella charla el tema de la hispanidad. En mayo será el turno del abogado Juan Adolfo Mas Yebra que hablará sobre autonomía. Además el España Club, junto con otros grupos ultras, participará en la Comisión de Homenaje a los Mártires de la Independencia, a la que tratan de dar un carácter españolista. La entidad organizará en 1935 un ciclo sobre el tema con charlas de Pompeyo Claret, presidente de la citada Comisión y, de nuevo, Llanas de Niubó. El 3 de junio, día de la conmemoración de la ejecución de los patriotas barceloneses por los franceses, el España Club participa en un acto de homenaje, junto con otros grupos como el PNE, los Sindicatos Libres o Derecha de Cataluña¹⁴.

En febrero, coincidiendo con la fundación del España Club, había visto la luz la publicación «España», que llevaba el clarificador subtítulo de *«órgano defensor de las esencias históricas de nuestra patria y de los principios fundamentales de un Estado unitario, autoritario y corporativo»*. La publicación estaba dirigida por José Fernández Ramírez y en ella colaboran miembros de su sector de Falange y otros elementos del España Club como Julio Muntaner o Emilio Solano. La revista se dejó de publicar a finales de marzo de 1935.

El España Club bajo dirección de la Unió Militar Española (UME): la creación del Voluntariado Español

Pero el verdadero papel del España Club era acoger grupos de choque españolistas, militantes ultras que se mostraban más interesados por la acción que por la teoría. Por eso recibirían muy positivamente la propuesta que les hizo llegar la UME. Esta organización de militares se había puesto en marcha en 1933, impulsada básicamente por tenientes y capitanes opuestos al rumbo –según ellos «izquierdista»– seguido por la República y por militares retirados por la ley Azaña. Será a fines de febrero de 1935 cuando entre en contacto con tradicionalistas y monárquicos para sumarlos a su proyecto conspirativo contra la democracia republicana. También en Barcelona la UME iniciará contactos con grupos y grupúsculos españolistas de la ciudad para conocer su disposición de cara a actuar en un futuro golpe de estado.

¹⁴ *La Vanguardia*, 20-4-1935, 24-5-1935, 28-5-1935, 4-5-1935 y 4-6-1935

El primer contacto del España Club con la UME será propiciado por el sacerdote Joaquín Guiu Bonastre, cercano a los carlistas, pero con contactos con toda la extrema derecha local. Guiu era secretario del también sacerdote Juan Tusquets, que dirigía la colección «Las sectas» y la revista *Cuadernos de información*, publicaciones antimasónicas y antisectarias. Tusquets era autor de *Orígenes de la revolución española*, una obra con gran repercusión en los medios derechistas, donde defendía que la masonería era la responsable principal de la proclamación de la República¹⁵. Estas publicaciones tuvieron mucha influencia entre grupos derechistas y militares reaccionarios, entre ellos el mismo Franco. Dotaban a estos sectores de un discurso conspiranoico, convencidos de que España era víctima de un complot mundial dirigido por los masones y el judaísmo internacional. Encontramos aquí el origen del «contubernio judeo-masónico-comunista» a que apelará en el futuro el franquismo. Tusquets, con la ayuda de Guiu, mantenía además un fichero con listados de masones, judíos, espiritistas o naturistas de la ciudad, grupos en los que incluso infiltraban seguidores para conseguir información. Serán además los creadores de la Orden de Caballeros de la Inmaculada-Legión San Jorge un grupo secreto antimasónico del que formaban parte funcionarios, policías, militares y conocidos ultras. El jefe en Cataluña de la Orden era Emilio Juncadella y el dirigente en Barcelona el alfonsino José Bertrán Güell.

Guiu entraría en contacto con el España Club gracias al fichero de masones, ya que en los medios ultras se difundió que Emilio Oliver había sido masón, y la directiva del España Club acudió a él para aclarar la situación. Tras la consulta resultó que el «Emilio Oliver» que figuraba en el fichero era otro. Guiu, que participaba con la UME en la búsqueda de contactos con grupos españolistas, aprovechó aquel suceso para conectar al España Club. Así entró en relación con el España Club otro personaje clave de la trama civil, Juan Aguasca Bonmatí, miembro de las Joventuts d'Acció Popular Catalana (JAP) y secretario del capitán Luis López Varela, impulsor de la UME en Barcelona. Aguasca, siguiendo las órdenes de López Varela, había ya contactado con diferentes grupos partidarios de la colaboración con los militares golpistas. El mismo

¹⁵ Sobre Tusquets: CANAL, J.: *Banderas blancas, boinas rojas: una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 293-321; PRESTON, P.: «Una contribución catalana al mito del contubernio judeo-masónico-bolchevique», *Hispania Nova*, nº 7 (2007). <http://hispanianova.rediris.es>.

Aguasca propuso a los dirigentes del España Club participar en el complot y que su asociación sirviera de tapadera legal y local de reunión para los grupos de choque que los diferentes partidos de extrema derecha aportaran a los planes golpistas. La propuesta fue rápidamente aceptada por la asociación, ya que casaba perfectamente con sus objetivos unitarios y con sus ganas de acción.

Se produjo una primera reunión en el local del España Club a la que, además de Aguasca y el propio López Varela, asistieron Miguel Disla por el Requeté, Llanas de Niubó por los Sindicatos Libres, Segura Nieto por la Agrupación de Juventudes Antimarxistas (AJA), José María Poblador por el Partido Español Nacional Sindicalista (PENS), Enrique García-Ramal por los alfonsinos, Manuel Camas Castellet por las JAP y un representante de Falange, seguramente Fernández Ramírez. En esta reunión inicial no se llegó a ningún acuerdo y se decidió convocar un nuevo encuentro, después de que los representantes reunidos consultasen las propuestas discutidas con sus respectivos grupos. En la segunda reunión se acordó que López Varela presentase un plan de acción. La tercera reunión fue la definitiva; en ella, López Varela presentó un reglamento que proponía agrupar todos los grupos y milicias presentes en un sólo organismo bajo dirección de la UME: el Voluntariado Español. Los carlistas se mostraron reacios a ceder su autonomía. Finalmente se aceptó que el Requeté, atendiendo a su mayor importancia y número, mantuviera su autonomía y sus mandos dentro del Voluntariado Español. En esta misma reunión los diferentes grupos informaron de los elementos que podían aportar. Salas, por los Libres, ofreció 200, el PENS una treintena, el grupo de Fernández Ramírez 43, los alfonsinos una docena, las JAP ocho y los carlistas 500¹⁶.

A partir de entonces la UME dirigió y financió directamente el España Club con aportaciones económicas recibidas de medios alfonsinos, fondos llegados principalmente de Madrid. Con estos mismos recursos se pagará a dos de los grupos que se integrarán en el Voluntariado Español: los Sindicatos Libres y la AJA. También se financiarán las publicaciones de estos dos grupos, así como los *Cuadernos de Información* del padre Tusquets.

¹⁶ VALLVERDU, R.: *El carlisme català durant la Segona República espanyola : 1931-1936: anàlisi d'una política estructural*, Barcelona, PAM, 2008, pp. 181-183.

El mismo Aguasca se cuidó de buscar un local más amplio para el España Club en la Plaza del Teatro 14, esquina a las Ramblas, dotado de gimnasio, sala de tiro, billar, café y salón de conferencias, lo que permitía mantener, de cara a las autoridades republicanas, la faceta cultural y deportiva de la entidad.

Dentro del Voluntariado Español cada grupo mantenía su autonomía política, mayor en el caso de los carlistas, pero todos se comprometían a obedecer las órdenes de la UME, transmitidas por López Varela o Aguasca. Además se designaría jefe militar del Voluntariado Español al capitán de infantería retirado Rafael Miralles Bosch. Los siete grupos que participaron en este Voluntariado fueron:

- Los tradicionalistas, concretamente su organización militar, el Requeté. Con diferencia era el grupo más numeroso y mejor preparado, ya que *«ninguna fuerza política, ni grupo de acción de otro tipo, dispuso en España (...) de un aparato paramilitar de la entidad numérica y organizativa del que creó el viejo carlismo»*¹⁷. Desde la llegada de Fal Conde, en mayo de 1934, a la Secretaría de la Comunión Tradicionalista se había impulsado la reorganización del Requeté. Tras los hechos de octubre se refuerza la idea de que el carlismo ha de militarizarse. Incluso requetés catalanes recibieron formación militar en la Italia fascista. Será José María Cunill Postius, nombrado por Fal Conde delegado regional del Requeté, la persona de enlace con el España Club, al que acompañará en las reuniones Miguel Disla, jefe del Requeté barcelonés. El Requeté, por su historia y preparación militar, a pesar de participar en el Voluntariado Español, mantuvo orgánicamente sus fuerzas. Así se acordó en una reunión entre el jefe nacional de Requetés José Luis Zamanillo y López Varela.

- El PENS, que se había creado en enero de 1935 por una cuarentena de exjonsista escindidos de Falange tras la expulsión de Ramiro Ledesma Ramos. La persona que hacía de enlace con el España Club era su máximo responsable, el abogado José María Poblador Alvarez, un «todo terreno» de la extrema derecha barcelonesa. Poblador había pasado por la Traza, Peña Ibérica, PNE, JONS y FE de las JONS tras la unificación, formando parte de su triunvirato, y había sido director de diferentes publicaciones españolistas¹⁸. Ledesma Ramos, más radical, tanto en la

¹⁷ CALLEJA, E.G.; ARÓSTEGUI, J.: «La tradición recuperada: el Requeté carlista y la insurrección», *Historia contemporánea*, nº 11 (1994), p. 29

¹⁸ AHN. Causa General..., Declaración de José María Poblador. THOMÀS, J.M.: *Feixistes: viatge a l'interior del falangisme català*, Barcelona, Esfera dels Llibres, 2008, pp. 54-56.

dimensión social como nacional, que José Antonio en sus concepciones ideológicas sobre el fascismo, rompió con Falange, asumiendo como guía el fascismo italiano y situando como principal objetivo atraer a las masas urbanas. Ledesma vio en Barcelona un lugar idóneo para ello, lo que propició que a partir de marzo de 1935 su órgano de prensa *Patria Libre* pasara a publicarse en la ciudad condal. Los miembros del PENS se reintegrarían a Falange en la primavera de 1936.

- Otro grupo escindido de Falange que se unió al España Club era el que encabezaba José Fernández Ramírez, que tenía también un largo currículum en la extrema derecha barcelonesa: había participado en la «Sanjurjada» y había sido secretario de López Manduley, jefe del PNE en Cataluña, partido del que había pasado a FE tras conocer a José Antonio en la entrevista que este mantuvo con López Manduley en Barcelona. En FE fue nombrado el jefe territorial de Milicias¹⁹. En su paso del PNE a FE le siguió un grupo formado por Santiago García Barbero, Pedro de Armenteros Urbano, Fernando García Teresa y otros. Este grupúsculo siempre mantuvo una cierta autonomía dentro de Falange, disponiendo incluso de un local propio. Precisamente Fernández Ramírez fue expulsado de FE por participar en el Voluntariado Español, contraviniendo las órdenes de José Antonio. Sin embargo, todo ellos volverán a las filas de FE en la primavera de 1936.

- La docena de miembros de las milicias de las juventudes alfonsinas, organizadas en 1931 dentro de la Peña Blanca y a partir de abril de 1933 como Derecha de Cataluña, partido adherido a Renovación Española (RE). Se trataba de jóvenes «*proveniente de la "gente bien" de Barcelona y de los que aspiraban a serlo*»²⁰, que políticamente destacaban por su postura reaccionaria y profundamente anticatalanista. Los alfonsinos, encabezados por José Bertrán Güell, tenían unas milicias dirigidas por el presidente de sus juventudes desde junio de 1935, Enrique García-Ramal Cellalbo y por Luis de Foronda, al que García-Ramal había sustituido en la dirección de las juventudes. Habían actuado, básicamente, como servicio de orden en mítines del partido. Desde el principio los alfonsinos habían apostado por la intervención militar como solución, consideraban al ejército como su aliado natural y columna vertebral de la nación, por lo que no dudaron en participar en la propuesta de

¹⁹ AHN. Causa General ..., Declaración de José Fernández Ramírez y THOMÀS, J.M.: *Feixistes...*, pp. 73-74.

²⁰ FONTANA, J.M.: *Los catalanes en la guerra de España*, Madrid, Samarán, 1951, p. 44

la UME. Pero su papel principal en la trama fueron las aportaciones económicas a la UME y a grupos ultras, ya que *«trató de apuntalar su proyecto insurreccional preferentemente castrense a través de la instrumentalización de los grupos paramilitares creados por otras formaciones políticas»*²¹.

- Miembros de las JAP que *«se vio sumida en un proceso de radicalización retórica y simbólica que puede resumirse imperfectamente en actitudes de creciente fascistización»*²². Este radicalismo fue en aumento tras octubre de 1934, momento en que se crea la organización en Cataluña, presidida por José María Badius Hidalgo de Quintana. La JAP tenía una sección llamada Movilización Civil, cuya *«misión originaria consistía en guardar el orden en cualquier acto público de A.P. o JAP»*, como hicieron durante la visita de José María Gil Robles a Barcelona en diciembre de 1935. Más adelante ampliará sus objetivos a la *«defensa de la sociedad contra la amenaza de una huelga revolucionaria»*. Son la decena de miembros de esta sección, dirigida en Cataluña desde diciembre de 1935 por Manuel Camas Castellet²³, los que se incorporan al Voluntariado Español. Como hemos visto, tendrá un papel fundamental en la trama civil otro japista, Aguasca, aunque más en su condición de secretario de López Varela. Son estos jóvenes fascistizados los que se unen a la trama golpista, a pesar de la oposición de buena parte de la dirección de la CEDA.

- La CNSL. Los Sindicatos Libres estaban prácticamente desaparecidos desde la proclamación de la República, que trajo consigo el asalto de sus sedes y la detención o exilio de sus dirigentes. Tras octubre de 1934 regresó del exilio su líder Ramón Sales Amenós. Como explica Colin Winston *«En febrero de 1935, la CNSL, había abierto otra vez sus oficinas en el antiguo teatro de las Ramblas, y en agosto comenzó a publicarse de nuevo, después de cuatro años de ausencia Unión Obrera. (...) comenzaron a llegar al sindicato numerosos advenedizos procedentes de los diversos grupos españolistas de la derecha radical barcelonesa. A estos individuos apenas les interesaba la actividad sindical y su presencia reforzó la ahora manifiesta colaboración política de los Libres y rompió la barrera que aún separaba a las tendencias populistas y elitista de la derecha radical catalana (...) cuando por fin confluyeron, fue para librar una lucha*

²¹ GONZÁLEZ CALLEJA, E: «La violencia y sus discursos: los límites de la "fascistización" de la derecha española durante el régimen de la II República», *Ayer*, nº 71 (2008), p. 113.

²² Ídem, p. 104

²³ *La Vanguardia*, 31-12-35

*antirrevolucionaria contra la izquierda, no para desarrollar una actividad sindical constructiva»*²⁴. La CNSL se convirtió así en una tapadera sindical para un pequeño grupo de conspiradores antirrepublicanos dirigidos por la UME y financiados por los alfonsinos. René Llanas de Niubó se haría cargo de la Secretaría Técnica y la dirección de su publicación *Unión Obrera*, también pagada por la UME, siendo el encargado de coordinar las actividades de la CNSL con los militares. A partir de la creación de la AJA, la CNSL dejará la acción directa en manos de la nueva organización, a la que pasaran sus elementos más activos.

- La AJA se organizó en abril de 1935 directamente por la UME, que la financiaba y dirigía. Formada por españolistas bregados en combates callejeros y acciones directas, la mayoría de sus miembros provienen de los Sindicatos Libres, la Peña Ibérica y España Club, como Francisco Baños o Emilio Solano. La persona de enlace en el España Club y su verdadero líder era José Segura Nieto, que había regresado a Barcelona tras octubre de 1934 y se hizo cargo de la AJA hasta diciembre de 1935, después de ser destinado a Madrid. La AJA se oficializa ante el Gobierno Civil en octubre de 1935, celebrando su acto de constitución en el local de la CNSL; se afirma que asisten más de 500 adheridos, cifra claramente exagerada pues se trataba de un grupo de no más de dos decenas de miembros. En el mismo acto se nombra por aclamación un directorio presidido por el capitán de caballería retirado Pedro Navarro Antón, miembro de la UME, que había colaborado con la Peña Ibérica y la CNSL, y con Juan Segura Nieto en la vicepresidencia²⁵. Su función principal es actuar como un grupo de provocadores a sueldo de la UME y RE. Su órgano de prensa *Presente*, pagado también por la UME, está lleno de artículos grandilocuentes y difamadores, que le costó multas y querellas a su director, Miguel Giménez Azorín. Su venta por las calles céntricas de Barcelona es un acto de provocación, con militantes uniformados con sus camisas negras, por lo que no es extraño que acaben en trifulcas e incluso tiroteos con escamots y comunistas. En su prensa defendían imponer por la violencia una dictadura totalitaria y se muestran como furibundos antisemitas. También prestan servicio de orden en mítines del Bloque Nacional, participan en el asalto a sedes de

²⁴ WINSTON, C.M.: *La clase trabajadora y la derecha española, 1900-1936*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 291

²⁵ AGDGB. Registro de Asociaciones, AJA y *La Vanguardia*, 2-10-1935.

organizaciones izquierdistas y se encargan de preparar atentados contra militares antifascistas.

Con parecidos objetivos a los de la AJA, pero de forma más discreta, y también bajo mando directo de la UME, actúan otros grupos autónomos, como los miembros originales del España Club que no se habían incorporado a ninguna de estas milicias o la Peña Ibérica. Todos ellos reciben formación para convertirse en grupos de choque, fueron destinados a trabajos de información y preparación de atentados. Su principal objetivo era vigilar y atentar contra los militares y miembros de la seguridad contrarios a la UME.

Con posterioridad se sumaron al Voluntariado Español un grupo de republicanos radicales dirigidos por Ojeda y Abad y miembros de Acción Obrerista, organización socialcatólica y antimarxista, adherida a la CEDA, que había constituido su delegación barcelonesa en julio de 1935.

Los únicos grupos de la extrema derecha barcelonesa que se mantienen al margen de la experiencia son el PNE y FE. El PNE no participa al quedarse sin elementos de acción tras la marcha del Grupo Azul. También debieron pesar razones personalistas, ya que como hemos visto el España Club se inició con escindidos y expulsados del partido. La Falange Española de las JONS también tuvo algún contacto inicial, pero tenía órdenes de su líder José Antonio Primo de Rivera de mantenerse al margen de alianzas para crearse un espacio propio dentro del espectro españolista de Barcelona. Una expresión de esta orientación autónoma fue su negativa a coordinar sus milicias en el España Club²⁶. Precisamente por no acatar estas órdenes fue expulsado el grupo de Fernández Ramírez. Tampoco participarán otros grupúsculos como la Unión Social Hispánica, disuelta en marzo de 1935; o los que aparecen ese mismo año, como el Frente Españolista, formado por seguidores del diputado agrario y feroz anticatalanista Antonio Royo Villanova; la delegación catalana del Partido Agrario Español, a la que se adhirió la Juventud de Acción Española, grupo que funcionaba en Barcelona desde febrero de 1933, o el diminuto Movimiento Nacional de Trabajadores Demócratas del exjonsista José Serrallach Julià, creado a fines de 1935.

²⁶ THOMÀS, J.M.: *Falange, guerra...*, pp. 40-41.

Perfil ideológico del Voluntariado Español

Los grupos que colaboran en el Voluntariado Español tienen en común su fiera oposición a la República y a la autonomía catalana, el ultraespañolismo que profesan –lo que conlleva un implacable anticatalanismo–, su respuesta autoritaria a los problemas políticos y corporativista al problema social, su visión conspirativa de la historia, su antimarxismo, antimasonismo y antisemitismo.

Muchos de los miembros de estas milicias se conocían personalmente, habían militado juntos en alguno de los grupúsculos ultras barceloneses o en la Unión Patriótica, partido único durante la dictadura de Primo de Rivera, en el que participaron alfonsinos, carlistas españolistas, miembros de la Peña Ibérica y de los Libres y militares destinados en Barcelona. Hay que tener en cuenta que el mundillo españolista de la ciudad condal, con la excepción de los carlistas, es muy reducido y más todavía el de los elementos de acción de estos grupos. Eran, pues, una minoría activa que, al margen de su rivalidad política, se conocían personalmente. La mayoría habían pasado por el PNE, verdadera cantera del españolismo barcelonés, y se habían impregnado de su anticatalanismo y de su cultura de la violencia. Además en Barcelona viven en un ambiente hostil. Sus ataques se centran más contra el separatismo, menos contra el marxismo y poco contra el mayoritario anarcosindicalismo, al que incluso algunos aspiran a atraer y del que admiran su disposición para la acción directa. También la afición al RCD Español une a muchos de estos militantes, ya que *«era el que sostenía la bandera españolista en Barcelona»*²⁷.

El único grupo claramente fascista que participa de la experiencia es el PENS, el resto son grupos reaccionarios fascistizados, derecha clásica que ante el desafío de la democracia adopta una serie de elementos provenientes del fascismo. Estos grupos asumen *«una cierta fraselogía, una simbología y las inevitables referencias a la intransigencia y la fuerza bajo un trasfondo ideológico tradicional»*. Se trataba de «modernizar» el conservadurismo tradicional para hacerlo más atractivo haciendo frente al desafío fascista con las mismas armas de este: la movilización armada²⁸. Tanto los tradicionalistas, como los alfonsinos o la JAP utilizaron aspectos fascistas a la hora de presentar su pensamiento reaccionario, como su retórica, su parafernalia o el

²⁷ AHN. Causa General ..., Declaración de Juan Segura Nieto.

²⁸ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La violencia...», p. 115

culto al jefe. No obstante, la mayoría de estos grupos iniciaron un distanciamiento del fascismo a medida que crecía la competencia de FE.

Además, como buena parte de los partidos políticos de la época, estos grupos sufren un proceso de militarización, con la creación de milicias uniformadas, que como hemos visto son las que participan en el Voluntariado Español.

A pesar de la exaltación de la juventud que hacen los grupos fascistas y nacionalistas y su atractivo movilizador entre los jóvenes, no se puede decir que el Voluntariado Español estuviera formado exclusivamente por jóvenes. Sí era el caso de las milicias de la JAP y las alfonsinas, nutridas de las diminutas juventudes de sus partidos, pero entre los fundadores del España Club, o de la CNSL o AJA, a pesar de su nombre, e incluso el PENS, la mayoría de los activistas habían pasado ya la treintena. En el caso de los requetés había más variedad generacional, aunque predominaban los jóvenes.

Por lo que se refiere a la procedencia geográfica de sus militantes hay una clara diferencia entre los militantes del PNE, donde son mayoritarios los nacidos fuera de Cataluña, y los tradicionalistas y la CNSL, en los que la inmensa mayoría de sus miembros son catalanes de nacimiento. En el PENS, las JAP o entre los alfonsinos no hay una clara preponderancia de ninguno de los grupos.

Pero, como ya hemos dicho, el principal nexo de unión de todos ellos es su nacionalismo español. Se trata de un nacionalismo trascendente, con una concepción imperial, común tanto a reaccionarios, como a fascistas. Es el momento en que en toda Europa había llegado la hora «*de los nacionalismos radical y frontalmente antiliberales y antiparlamentarios, antidemocráticos y antisocialistas*»²⁹.

No creemos, no obstante, que los debates teóricos ocuparan mucho el tiempo de los que pasaban por el España Club, ya que más bien se trataba de la agrupación de grupos autónomos de acción españolista y milicias de partidos reaccionarios sin un programa político común, más allá de los conceptos tradicionales de la derecha radical: antiparlamentarismo, antimarxismo, anticatalanismo, antimasonismo, antisemitismo y, sobre todo, unidos por sus ganas de acción, seducidos por la violencia. Son grupos minoritarios, pero «ruidosos», en el que muchos de sus componentes ya han pasado por las comisarías y cárceles. Son grupos serviles con la UME porque su única

²⁹ SAZ, I.: *España contra España: los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 103.

esperanza en un cambio de régimen son los militares. Sólo FE y Requetés ponen condiciones a la UME para participar. Los primeros porque saben que si ellos no dirigen políticamente el golpe será difícil imponer el fascismo, y los segundos porque son conscientes de que son el grupo mayoritario dentro de la extrema derecha catalana y el mejor preparado militarmente.

El nuevo Voluntariado Español y el nuevo papel del España Club

El nulo resultado de las acciones encargadas por la UME al Voluntariado Español, como el intento de asalto de logias masónicas, que fue un fiasco porque los masones se enteraron con antelación de las intenciones de los ultras, redujeron al Voluntariado a actividades provocativas por el centro de la ciudad, que tenían por objeto crear un malestar social, que fuera caldo de cultivo para una intervención militar y a funciones de servicio de orden en mítines en Barcelona de personalidades de la derecha española como Calvo Sotelo, Gil Robles o Lamamié de Clairac. Poco a poco, las divergencias entre los grupos para ver quién lo dirigía se hicieron irreconciliables. En diciembre de 1935 la UME decide disolver el Voluntariado Español y contactar por separado a cada grupo político y milicia, asignándole a cada uno un instructor y un jefe militar.

La UME también decidió crear un nuevo Voluntariado Español bajo mando de militares retirados o de complemento y formado esta vez con miembros de la recién disuelta Acción Ciudadana de Barcelona, una milicia cívica creada tras los hechos de octubre constituida por militantes de la extrema derecha, bajo mando militar, pero sin carácter oficial. En Barcelona esta milicia estuvo dirigida por Luis Tió Rodés, capitán de la Guardia Civil, que tenía como oficial auxiliar a sus órdenes al teniente de complemento de infantería José Solano Latorre. En ella participaron conspicuos extremistas como Llanas de Niubó o el mismísimo Tusquets. Acción Ciudadana de Barcelona fue disuelta por orden del gobierno central el 8 de noviembre.

Inicialmente el nuevo Voluntariado Español, pensado más como servicio de orden que como fuerza de choque, mantiene al mismo jefe militar e instructor que el anterior, Rafael Miralles, que será sustituido en febrero de 1936, al trasladarse a

Valencia, por el capitán de caballería Ramón Ros Martínez, actuando como secretario el teniente José Solano Latorre, que es el enlace con la UME.

El Voluntariado se dividió en media docena de centurias. Este nuevo Voluntariado Español fue armado, básicamente, con los fusiles de la disuelta Acción Ciudadana de Barcelona, llegando a reunir unas mil armas entre cortas y largas, que se almacenan en el cuartel de la Avenida Icaria, donde presta servicios López Varela. Este Voluntariado Español deja el local del España Club y pasa a uno más discreto, en Muntaner 30, donde como tapadera se instala el consultorio del doctor Pedro Abadal Botany.

El verdadero objetivo, para el que había sido creado el primer Voluntariado Español, era el apoyo de civiles armados al golpe de los militares que preparaba la UME. Y la primera vez que pareció llegar el momento de ello fue en diciembre de 1935. El general Barrera se entrevistó con jefatura de la UME para preparar el golpe. Será este nuevo Voluntariado Español el que participe en este complot, preparado tras la salida de Gil Robles del Ministerio de la Guerra. Al igual que el Requeté y resto de grupos conectados por la UME, el Voluntariado Español se concentra armado durante tres días en sus locales esperando órdenes. Se congregan más de 200 hombres, esperando las órdenes para ocupar la Rambla. Pero la orden no llegó nunca.

En febrero 1936 se prepara una nueva intentona para el día anterior o posterior a las elecciones. De nuevo los grupos afines a la UME y el Voluntariado Español son concentrados. En el local del España Club se reúnen unos 600 elementos armados. Finalmente se desestima la acción.

Tras las elecciones de febrero de 1936

Tras la victoria electoral de la izquierda, y un nuevo intento de insurrección abortado, el desánimo, el desencanto y la desmoralización cundió entre la extrema derecha barcelonesa. Con ERC de nuevo en el gobierno de la Generalitat y las competencias de orden público reasumidas, los grupos ultraderechistas y fascistas fueron de nuevo objeto de persecución. Además, a finales de abril, el Gobierno central acuerda la disolución de todas las organizaciones de carácter fascista y privar de

derechos a los militares retirados que participen en actividades contra el régimen republicano.

Los grupos ultras se refugiaron en sus locales y dejaron la calle. Algunos de los policías que participaban de estos grupos pidieron de nuevo el traslado fuera de Cataluña. Además, desde el Ministerio de Defensa se trasladó a los miembros más conspicuos de la UME a destinos alejados. También Pedro Obés, que era el enlace con la UME en la policía, y en esos momentos presidía el España Club, es destinado a Madrid.

Poco a poco, la UME irá retomando los contactos para reorganizar la trama civil del golpe militar que se viene planeando. En el nuevo proceso participarán todos los grupos que habían convivido en el España Club hasta noviembre, el nuevo Voluntariado Español y se unirán los agrarios, un disminuido PNE y, a partir de junio, tras la orden de José Antonio, una FE de las JONS que ha reincorporado a sus filas a los exjonsistas del PENS, al grupo de Fernández Ramírez y ha atraído a nuevos miembros provenientes de las JAP o el España Club³⁰.

En abril de 1936, antes de que se hagan efectivos los nuevos traslados de militares dictados por el Gobierno, se prepara una nueva intentona golpista. El plan es que los grupos de acción y el Voluntariado Español provoquen incidentes durante la celebración del Primero de Mayo, para que los militares golpistas tengan así una excusa para salir a la calle. El 28, 29 y 30 de abril se concentra personal en el España Club esperando las órdenes. Pero en la mañana del primero de mayo se recibe la contraorden de Madrid de abortarlo todo.

La última etapa del España Club

El España Club, ya sin la función de tapadera del Voluntariado Español, se traslada a la calle Ripoll 25, más alejado del centro de la ciudad, donde pasar desapercibidos. Se abre de nuevo como aparente entidad recreativa. De hecho, en febrero de 1936 había organizado una conferencia con Antonio Aunós Pérez sobre

³⁰ Para el desarrollo de la trama civil a partir de febrero: SOLÉ SABATÉ, J.M.: «La trama...» y para los carlistas VALLVERDÚ, M.: *El carlisme...*, pp. 291-343. Nosotros nos centramos en las vicisitudes del España Club y el Voluntariado Español.

corporativismo³¹ y en junio vuelve a ser uno de los grupos convocantes del homenaje a los mártires barceloneses de la guerra de la Independencia.

La UME también ha retomado el contacto con los grupos autónomos que actuaban bajo sus órdenes. Al policía Segura Nieto, cuando regresa con una excedencia a Barcelona, se le ordena recoger antiguos miembros de la disuelta AJA e incorporarse a las milicias alfonsinas, para entrenarlas. Además se encarga a Cruces de Sangre, formada por la Peña Ibérica y militantes españolistas escindidos de diferentes colectivos, la preparación de atentados contra militares antifascistas y labores de información.

Una misión similar es encargada a la milicia del España Club, que tiene una doble dirección, la militar a cargo de Joaquín Díaz Pariente –al que López Varela le confiere categoría de comandante– y la política, en manos de Emilio Oliver. Según Juan Aguasca *«como este grupo esta constituido por agentes de policía, guardias civiles, guardias de asalto y elementos civiles que a su vez están dentro de los otros grupos que pudiéramos llamar autónomos y que constituyen dentro de ellos lo que pudiera llamarse la levadura, no se presentaron como grupo organizado, ni se les asigna jefe militar por ser gente bregada en la lucha y tener que desempeñar su cometido en los cuarteles, en las comisarías y en los mismos grupos autónomos donde habían de prestar un servicio más eficaz»*. A los miembros del España Club se les encarga preparar acciones contra dirigentes del Front d'Esquerres. Y tampoco participa como tal en las reuniones que se realizan entre la UME y los grupos ultras: *«porque no constituían un grupo combatiente unido, sino que por sus cargos la misión que tenían asignada era individual en casi todos ellos en los cuarteles y comisarías en que prestaban sus servicios para anular individualmente, pero por orden de la Organización [UME], cualquier resistencia (...) en los momentos culminantes»*. A pesar de ello, cuando llegue el momento del golpe se les asignará un cuartel al que unirse.

La presión policial sobre los grupos españolistas aumenta en los días anteriores al golpe militar. Se clausuran locales y se detienen a falangistas y otros militantes españolistas. Pero la conspiración y su trama civil avanzan. El 16 de julio la UME comunica a los grupos de civiles que participan en la conspiración la instalación militar a la que han de incorporarse el día de la insurrección. A los miembros del España Club

³¹ *La Vanguardia*, 4-2-1936.

y Cruces de Sangre se les asigna al Regimiento de Artillería de Montaña nº 1, donde está al mando de la sublevación el mismísimo capitán López Varela.

A los miembros del Voluntariado Español se los divide, unos pocos son destinados a reforzar el cuartel de Sant Andreu y a la mayoría, *«se les asignó únicamente la misión de formar en el Rambla, una vez ganado el Movimiento, para dedicarlos a (...) una misión de mantenimiento del orden público»*³².

El día 18 llega a los diferentes grupos implicados en la trama civil la orden de presentarse en los cuarteles en la madrugada del 19 de julio. Esa mañana Julio Muntaner se presenta en el despacho de Emilio Oliver con un sobre lacrado con las instrucciones a seguir, la consigna para entrar en el cuartel asignado y brazaletes para 300 hombres, para que lo entregue a Joaquín Díaz Pariente, jefe militar del España Club. Un enlace de Oliver hace entrega del material a Díaz Pariente. Siguiendo las órdenes de la UME Díaz Pariente cita a los miembros de su milicia a las 19 horas en el local del España Club. Esa misma tarde Juan Aguasca reparte también a los enlaces un sobre con 500 pesetas para los gastos. José Solano es el encargado de hacer la entrega al España Club. Pero nunca entregará el sobre, ya que a las 18 horas la policía clausura el local del España Club y detiene a los pocos militantes que allí se encuentran. A pesar de este contratiempo Emilio Oliver consigue entrevistarse con Díaz Pariente por la noche y quedan en contactar a quien puedan, citándolos en diferentes bares a las dos de la madrugada. Pero cuando Oliver regresa a su casa también es detenido por la policía. Por tanto, la mayoría de miembros del España Club quedan desconectados de la conspiración. Díaz Pariente consigue reunir unos pocos, que se dirigirán al cuartel Jaime I, al que no pueden acceder, pues este acuartelamiento no secunda el golpe, provocándose su dispersión.

Por su parte, sólo un número muy inferior de los comprometidos por el Voluntariado Español se presentan en el cuartel de Sant Andreu, donde estaban citados junto a requetés y militantes de RE.

La suerte posterior de los miembros originarios del España Club y del Voluntariado Español fue diversa. Unos perecieron en los combates del 19 de julio, otros serían detenidos en esos días y ajusticiados a lo largo de la guerra como José Colom Vidal, Emilio Solano Sanduvete, Julio Muntaner Roca, Enrique Castellón o

³² AHN. Causa General ..., Declaración de Juan Aguasca.

Antonio Díaz Sarachaga. Pedro Obés Herrero, que había sido destinado a Madrid, será uno de los asesinados en Paracuellos del Jarama. Otros de sus miembros pasaron la guerra en prisiones republicanas. Por formar parte de la junta del España Club serán condenados en diciembre de 1936 Alberto Horta Ciriquian, Julián Ciriquian Ferrier y Antonio Perdigón. También pasarán por la prisión Joaquín Díaz Pariente, tras actuar en la quinta columna, y Guillermo Bosque, José María Poblador y René Llanas. En cambio Emilio Oliver logrará alcanzar la España franquista, mientras que Juan Segura Nieto pasará la guerra escondido en Barcelona.

Tras la guerra los supervivientes del original España Club fueron marginados dentro del reparto de poder del «Nuevo Estado». A pesar de que inicialmente, en 1939, Díaz Pariente y Emilio Oliver serán designados jefes de distritos de Barcelona, tras el desembarco en Barcelona de la «vieja guardia» falangista y de los que han hecho la guerra, la mayoría de estos ultras que no se incorporaron a Falange hasta iniciada la contienda militar acabarán en puestos menores dentro del Sindicato Vertical o del partido. Algunos de los policías que habían participado en el proyecto del España Club, como Santiago Jiménez Vico o Ramón Jerez, progresarán dentro del cuerpo policial, llegando a comisarios jefes y algunos de los militares retirados reemprenderán la carrera profesional, como Eduardo González Feijóo que llegará a coronel. Sólo algunos de los que se pasaron a Falange en la primavera de 1936, como José Fernández Ramírez o Enrique García-Ramal, harían carrera política.

Conclusiones

La experiencia del España Club y del primer Voluntariado Español será un primer intento de unidad de acción de la extrema derecha barcelonesa, que quedó más bien en una coordinación entre grupos de acción fascistas y, sobre todo, fascistizados, unidos por el nacionalismo español, bajo una dirección militar. Muchos de sus militantes se han formado en un PNE ultraespañolista y anticatalanista que justifica el uso de la fuerza para defender sus ideas. Aunque es exagerado afirmar, como hace Emilio Oliver en sus declaraciones en la Causa General, que «*cabe el honor a los que dirigían el España Club de ser los precursores de la Unificación en España*»³³, lo cierto

³³ AHN. Causa General, Pieza segunda..., Declaración de Emilio Oliver Fernández.

es que el España Club es una primera experiencia de unidad en el entorno de un nacionalismo español. Tal como el franquismo posteriormente se planteó a la hora de hacer del discurso nacionalista español el punto de encuentro ideológico entre las principales fuerzas políticas que se identificaron con él, con el fin de conseguir la construcción e imposición de una idea de España esencialista, eterna y excluyente³⁴.

Sin embargo, la experiencia fue un fracaso. Los tradicionalistas, celosos de su autonomía y conscientes de ser mayoritarios, nunca participaron a fondo en el proyecto. Falange se presenta en Barcelona dividida en diferentes grupos y no será hasta pocas semanas antes del golpe cuando se decida a participar en la trama civil justo cuando, reunificada y crecida, se ha convertido en el grupo hegemónico de la extrema derecha barcelonesa, si exceptuamos a los carlistas. El resto del españolismo barcelonés no sale de su estado grupuscular: son pocos y divididos por rencillas doctrinales y personalismos. En efecto, esta extrema derecha –de nuevo tradicionalistas a parte– no consiguió durante la República salir de su inicial marginación política y social. Los intentos de crear un bloque de la derecha española fracasaron y se vieron obligados a contar con la Lliga en los procesos electorales. Tampoco consiguió una financiación propia o un órgano de prensa estable, así que fijó todas sus esperanzas de cambio político en el ejército, plegándose a sus órdenes. Unos militares que desconfían de los civiles, como diría José María Fontana: *«contó con los civiles, pero como aditamento o coro, sin que nadie pensara que pudiera ser una fuerza militarizable. ¡Y pudo haberse armado en ella a tres mil combatientes experimentados y fanáticos!»*³⁵.

La experiencia que hemos analizado culmina en el gran fiasco del 19 de julio. Juan Aguasca, encargado por López Varela de controlar los movimientos de los grupos civiles vinculados a la trama, tras recorrer toda Barcelona a las 4 de la madrugada constata *«que el elemento civil en un ochenta por ciento al menos no ha concurrido a los sitios en que debía hallarse por virtud de los compromisos adquiridos»*; lo que es juzgado como *«un fallo rotundo y absoluto de tal elemento civil»*³⁶. Un informe del Servicio de Información e Investigación de FET de las JONS para la Causa General sobre

³⁴ SAZ, I: *Fascismo y franquismo...*, p. 262.

³⁵ FONTANA, J.M: *Los catalanes...*, p. 45.

³⁶ AHN. Causa General, Pieza segunda..., Declaración de Juan Aguasca.

«El movimiento nacional en Barcelona» asegura que *«entre la confusión creada por la falta de enlace y la cobardía de muchos de los llamados "españolistas", poquísimos fueron –aparte de los valientes requetés que resistieron en San Andrés– los elementos civiles que cooperaron con el Movimiento»*. Naturalmente, el informe salvaba a Falange: *«que en un número considerable de camaradas, aportó un esfuerzo magnífico y decidido a la Causa de España»*³⁷. En realidad, según el recuento de Francisco Lacruz salieron a la calle menos de 400 civiles³⁸, lejos de los 3.000 combatientes con los que especulaba José María Fontana.

³⁷ AHN. Causa General, Pieza segunda..., Informe del Servicio de Información e Investigación de FET de las JONS, «El movimiento nacional en Barcelona».

³⁸ LACRUZ, F.: *El Alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, Barcelona, Arysel, 1943, pp. 279-288.

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ: ORÍGENES LITERARIOS DE UNA IDEOLOGÍA

Andreu Navarra Ordoño
Universitat Autònoma de Barcelona

Sáinz Rodríguez y el fin de siglo

Debo mi primer contacto con la personalidad de Pedro Sáinz Rodríguez (escribo su apellido con tilde porque él mismo firmaba de esta forma sus libros) a los años en que yo escribía mi tesis doctoral sobre José María Salaverría. Acababa de comprar una edición de *El muchacho español*, manual de patriotismo combativo y el libro en que se expresaba de modo más claro el ideal educativo de aquel regeneracionista autoritario, y de pronto cayó al suelo una cartulina en la que se leía un decreto de Pedro Sáinz Rodríguez expedido durante la Guerra Civil. Este era el breve texto que había sido intercalado entre las páginas del volumen:

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA
«El muchacho español»
DECRETO DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

En atención a las relevantes cualidades que concurren en la obra del ilustre escritor D. José María Salaverría, titulada «El muchacho español», por su pureza de lenguaje, belleza de estilo noble y logrado intento de exaltar los más destacados valores religiosos, morales y patrióticos de nuestro pueblo, obra que ha de sembrar fructíferas semillas en nuestras juventudes y contribuir con su amena lectura a la formación de la España que tenemos el firme propósito de crear, este Ministerio ha resuelto lo siguiente:

ARTÍCULO PRIMERO. Se declara obra de mérito Nacional la titulada «El muchacho español», de D. José María Salaverría.

ARTÍCULO SEGUNDO. Se interesa a los Maestros, Profesorado y Bibliotecarios que aconsejen su lectura como adecuada y provechosa para nuestras juventudes.

Dios guarde a V.I. muchos años.

Vitoria, 25 de abril de 1938.

II Año Triunfal.

Firmado:

PEDRO SAINZ RODRÍGUEZ

Ilmo. Sr. Subsecretario del Ministerio de Educación Nacional

La relación de Salaverría con Pedro Sáinz Rodríguez no termina aquí. Este, como director literario de la editorial Compañía Iberoamericana de Publicaciones, había dirigido la colección popular La Novela de Hoy, en la que vieron la luz algunas novelas de Salaverría, precisamente en aquellos años: *El planeta prodigioso* (1929), *La hija del saltimbanqui* (1929), *El Desdeñoso* (1930), *El revólver cargado* (1931) y *Una aventura en el tren* (1931). A ambos escritores les unió el anhelo común de extirpar la pornografía (y cualquier tipo de devaneo sensual) de las colecciones populares de narrativa que se vendían en los kioscos de cualquier esquina española.

Son bien conocidos los avatares de Pedro Sáinz Rodríguez a partir de que estalla la Guerra Civil y es nombrado ministro de Educación Nacional en el primer gobierno de Franco. Ha sido profusamente descrita por los historiadores (y por él mismo) su labor incansable de conspiración, desde el exilio portugués, encaminada a restaurar la monarquía en España y sustituir el régimen unipersonal de Franco por el gobierno de don Juan de Borbón. De algún modo, ese fue su momento álgido como figura política: el proceso de disidencia comprendido entre 1939 y 1942 representaba el momento más recuperable desde el proceso de transición democrática. Pero en el presente trabajo se analiza un aspecto concreto más bien de su etapa académica y filológica: su ascensión de la crítica menendezpelayiana y noventayochista y, de producirse, la aplicación de lo aprendido en estos autores nacionalistas en la legislación que le tocó redactar en 1938. Anteriores a la época en que Sáinz Rodríguez ejercía de conspirador monárquico en Portugal son los trabajos *Antonio Agustín y sus obras inéditas* (1914), *Juicio político de 1834, por D. Bartolomé José Gallardo y crítica de su tiempo* (1919), materia sobre la que había versado su Tesis Doctoral, *La obra de Clarín* (1921), *La mística española* (1926), frutos de su labor como catedrático de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de Oviedo y como catedrático de Bibliología de la Universidad Central de Madrid, a partir de 1923. Por sus ideas políticas, es especialmente importante su *Evolución de las ideas sobre la decadencia española* (1924), texto en que dialoga con los escritores de la Generación del 98 tratando ampliamente uno de los temas que más le obsesionó: la defensa de la cultura española y sus clásicos frente a la Leyenda Negra y la ojeriza internacional. En este sentido, el

presente trabajo se configura como un complemento a los trabajos de Alicia Alted¹, quien más ha estudiado la labor legislativa de Sáinz y su relación con la pedagogía del primer franquismo.

En definitiva, trataremos de demostrar que no pueden entenderse esos decretos sin relacionarlos con las obras de Ramiro de Maeztu, Miguel de Unamuno, Manuel Bueno y José María Salaverría, y que no puede deslindarse el Sáinz Rodríguez filólogo del Sáinz Rodríguez político. Gracias a la biografía política escrita por Julio Escribano Hernández² podemos afirmar que los escritores del Fin de Siglo nada o muy poco tuvieron que ver con la primera formación intelectual de nuestro autor. Más bien este se consideraba un heredero de los críticos decimonónicos inmediatamente anteriores, especialmente Menéndez Pelayo y, en un grado secundario, Juan Valera. Pedro Sáinz Rodríguez empezó a tratar a Unamuno, Maeztu, Azorín y Menéndez Pidal a partir de los años veinte, y no cabe duda de que la relación era de igual a igual, sin reconocer autoridad de maestro y sí calidad de amigo en aquellos escritores que tanto influyeron en su particular proyecto tardorregeneracionista. Una prueba de ello la encontramos en *Testimonio y recuerdos*: «Ramiro de Maeztu regresó de su residencia habitual fuera de España, en Inglaterra o Alemania, precisamente durante la Dictadura de Primo de Rivera. Recuerdo muy bien su aparición en el Ateneo de Madrid. Allí hablamos por vez primera, escuché alguna de sus conferencias, le oí muchas veces en aquellas tertulias de “La Cacharrería” donde se reunían periodistas y escritores»³. Por lo tanto, el Maeztu que conoció y valoró Sáinz es el posterior a la publicación de *La crisis del humanismo*, el Maeztu tradicionalista, el «converso» de 1916, quien se ofreció para colaborar con Primo de Rivera, y en ningún caso el rebelde de sus primeros años ni el socialista a la inglesa, sino el Maeztu que se zambulló en los clásicos literarios

¹ ALTED, A.: *Política del Nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la Guerra Civil Española*, Madrid, Dirección General de Bellas Artes y Archivos del Ministerio de Cultura, 1984; «Bases político-ideológicas y jurídicas de la Universidad franquista durante los ministerios de Sainz Rodríguez y primera época de Ibáñez Martín (1938-1945)», en *La Universidad Española bajo el régimen de Franco 1939-1975*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 215-229; «Notas para la configuración y el análisis de la política cultural del franquismo en sus comienzos: la labor del ministerio de educación nacional durante la guerra», en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2000, pp.215-229.

² ESCRIBANO, J.: *Pedro Sainz Rodríguez, de la monarquía a la República*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998.

³ SÁINZ RODRÍGUEZ, P.: *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 117.

españoles para buscar fórmulas que hermanasen la regeneración nacional con la tradición secular.

De esta forma se entiende también que Sáinz considerara a Maeztu un intelectual situado en la órbita de Ortega y Gasset, y luego maltratado por los discípulos de este, y en ningún caso un escritor de los años del modernismo.

En una carta a nuestro autor fechada el 28 de octubre de 1928, Miguel de Unamuno escribía que de todo lo que sobre él se había escrito en España «reposa en esa tranquila tan cómoda que llaman generación del 98 y que aún no he llegado a descifrar lo que, fuera de lo meramente cronológico, significa». Precisamente utilizaremos aquí la denominación «Generación del 98» para designar a unos escritores coetáneos, que iniciaron su trayectoria en la década de 1890, sin mayores definiciones de contenido.

En una entrevista de enero de 1931 y publicada en *ABC*, Manuel Bueno instaba al joven catedrático a hablar de su ideología y de su amistad común con Cambó. En junio de 1931 era elegido diputado en las filas de Acción Nacional. Un año antes había colaborado con Cambó y Ortega y Gasset en la organización de una exposición de Libros Catalanes en Madrid. Asimismo, en Barcelona, había escuchado de los labios de Azaña su célebre discurso autonomista. El 20 de septiembre de 1938, en el decreto de reforma de la educación secundaria, Sáinz Rodríguez citaría a Maeztu como uno de los principales teóricos de la moderna revalorización de lo español.

Las polémicas con Maeztu

Las relaciones con Ramiro de Maeztu no fueron, en principio, fáciles. Al volver el vasco de Inglaterra y Alemania, se encontraron en esferas políticas totalmente incompatibles: Maeztu colaboraba abiertamente con la Dictadura, y Sáinz Rodríguez se había posicionado contra el Dictador movido por una coherente tendencia monárquica: el comportamiento del dictador minaba el prestigio de la Corona y de Alfonso XIII, instituciones que Sáinz consideraba verdaderos nexos de comunión entre todos los españoles. Es por esta razón que animó la formación de la Liga Democrática, en oposición a la Unión Patriótica oficial. Luego su postura se fue temperando al aceptar su condición de asambleísta desde la que trató de corregir la política educativa

de la dictadura. Se repetirá la historia en 1939, cuando Sáinz se dio cuenta de que la Restauración no entraba en los planes de Franco, y aún menos un proyecto plural más o menos moderado, y también entendió que la derogación de las libertades civiles por parte de este eran de carácter definitivo y no acciones provisionales necesarias únicamente para ganar la guerra (por lo menos esta es la versión oficial debida al propio autor, escrita con cierta prisa durante la Transición, y hacia la cual debemos reservarnos cierto grado de relativismo). Lo cierto es que Berenguer había asistido a la lectura del discurso *La evolución de las ideas sobre la decadencia en España*, que no pudo leerse interrumpido por vivas a la libertad y a la República, y al final del cual el autor había deslizado una crítica implícita a la Dictadura. Desde *El Sol*, Maeztu pronunciaba con frecuencia invitaciones a colaborar con Primo de Rivera, y en una de esas columnas había atacado el discurso de Sáinz Rodríguez. Este no pudo vengarse, puesto que replicar a Maeztu hubiera significado proclamar públicamente la oposición al régimen, así que el de Madrid decidió esperar a una ocasión más propicia para resarcirse del agravio.

En 1925 estalló una polémica entre ambos que enmascaraba esa rivalidad política. A mediados de febrero, Maeztu dijo en una conferencia celebrada en la Casa del Libro de Madrid que *La Celestina* era una maravillosa obra de carácter radicalmente original, una pura invención espontánea de Fernando de Rojas, a diferencia de las obras que tenían como eje a la figura mítica de don Juan, cuyo desarrollo había sido lento y había ido fraguándose a través de los siglos. El 18 de febrero publicaba Sáinz en *El liberal* un artículo reclamando para Maeztu el respeto y la admiración públicas, pero dejándolo, de algún modo, en ridículo por las manifiestas inexactitudes en que había caído. Precisamente si a algo se presta *La Celestina* es al estudio diacrónico de sus personajes, cuya andadura puede remontarse a Plauto y Ovidio para encontrar en el *Libro de Buen Amor* unos referentes inmediatos e ineludibles. Maeztu, convertido en una presa fácil por el erudito, contraatacó desde *El Sol* y siguieron a esta respuesta textos cada vez más agrios donde Sáinz intentaba presentar a Maeztu como un literato inexperto y Maeztu trataba de llevar la causa a un plano político en que su rival podía quedar francamente perjudicado. Según Maeztu, él nunca dijo que *La Celestina* fuera una obra «original», sino simplemente «definitiva». Como la conferencia que desencadenó el desencuentro fue un evento oral, nunca podremos comprobarlo. Lo que sí parece completamente

cierto es que en su libro *Don Juan, Don Quijote y La Celestina*, Maeztu tuvo perfecto cuidado de remontarse y citar a los clásicos latinos que estaban detrás de la obra de Rojas, y también es muy probable que su afirmación según la cual Calisto no era más que un místico, carecía de toda oportunidad crítica. Calisto es un enamorado sensual, y sus encendidas palabras de pasión provienen de la poesía llamada de cancionero, la poesía tardoprovenzal que ya empezaba a sonar hueca y trasnochada hasta en 1499.

Sin embargo, la oposición a Primo no fue frontal a medida que se acercaba el año 30. Entre 1927 y 1929, Sáinz Rodríguez accedió a formar parte de la Asamblea Nacional más o menos formal o consultiva que organizó Primo de Rivera para aparentar que se informaba a través de la opinión de conocidos próceres de diversa procedencia. Las intervenciones del nuevo asambleísta interesan aquí porque ponen evidencia su interés por las educaciones secundaria y superior. El 29 de octubre de 1927 criticó en la Asamblea el Proyecto de Decreto sobre el Nuevo Plan de Enseñanza Media promulgado el 26 de agosto de 1925, atendiendo a fines humanísticos y culturales. En su discurso, Sáinz recalcaba que las medidas eran muy impopulares y que carecía de sentido obligar a un niño de doce años a decidir si cursaba un bachillerato científico o si optaba por un camino humanístico. El 17 de enero de 1928 repitió estas críticas, aunque el 15 de febrero elogió a los redactores del proyecto de Bases para la reforma de los estudios superiores. Finalmente, Sáinz dimitiría de su cargo como asambleísta al cerrar el dictador la Universidad Central, ya en 1929, para evitar actos de la oposición estudiantil.

Esta crítica a la gestión del ministro Callejo es ya el preámbulo de su Ley de 1938, cuya concepción fundamental estima inútiles los conocimientos técnicos especializados antes de que el alumno haya logrado una satisfactoria cultura humanística.

Tras caer la dictadura, el nombre de Sáinz Rodríguez fue uno de los que más sonó en el momento en que Berenguer nombró a un ministro de Instrucción Pública. Por lo tanto, cuando Franco entregó la cartera a Sáinz, hacía ocho años que este se postulaba como candidato serio al puesto. Finalmente, fue Elías Tormo el encargado de ocuparse de esta cartera, mientras nuestro autor se dedicaba a afianzar su amistad con Cambó en el contexto de una nueva formación monárquica y constitucional que tendrían que liderar Santiago Alba y el antiguo líder de la Lliga Regionalista.

El advenimiento de la Segunda República corregiría las frialdades entre Sáinz y Maeztu y uniría a los antiguos adversarios en dos proyectos fundamentales de la derecha monárquica: la revista *Acción Española*, creada por el Marqués de Quintanar y financiada por la Marquesa de Pelayo, y la oposición antisistema desarrollada por Renovación Española, el partido liderado por Antonio Goicoechea en las Cortes republicanas. Una lucha común hermanó a ambos intelectuales. Allí coincidieron de nuevo Maeztu y Sáinz y nació entre ellos la amistad. Pudo ocurrir que se produjera un curioso intercambio, comercio en que Maeztu aportaba experiencia política y divulgativa, y Sáinz Rodríguez conocimientos exactos sobre Derecho y Literatura españolas que Maeztu aprovechó para *Defensa de la Hispanidad*, el ensayo fundamental que vería la luz en 1934. El propio Sáinz lo relató en 1977:

Cuando [Maeztu] me elogiaba *La política indiana* de Solórzano Pereira, yo le decía:

«- Pero, Maeztu, si hay muchísimas obras tan buenas o mejores que esta.»

Entonces se puso a estudiar libros y libros, incluso prestados por mí. Y me decía:

«- Yo he leído muchos más periódicos que usted, pero usted ha leído muchos más libros que yo, sobre todo españoles.»

Por eso nos hicimos muy amigos y me conmovía ese entusiasmo de neófito de don Ramiro y cómo su gran talento logró, con su estilo literario de periodista y de escritor, hacer que todas esas ideas que estaban en Menéndez Pelayo y en la obra de todos cuantos hemos trabajado en la reivindicación de los valores de la cultura española, plasmaran en *La defensa de la hispanidad*, un libro que por sus características alcanzó una penetración popular y social que nunca agradecerá bastante la cultura española a Maeztu⁴.

Es realmente notable el ego demostrado por Sáinz en estas palabras, que revelan hasta qué punto no se sentía deudor de los noventayochistas, sino, en todo caso, maestro y corrector. ¡Tener como discípulo nada menos que a Ramiro de Maeztu! Pero, bromas aparte, este fragmento nos permite arrojar luz sobre el secreto de elaboración de uno de los textos ideológicos más influyentes de la cultura española del siglo XX. Pudo muy bien ser que su influencia sobre el último Maeztu fuera decisiva. Con independencia del ego que pueda exhibir y alimentar Sáinz Rodríguez, quien

⁴ SÁINZ RODRÍGUEZ, P.: *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 122-123.

siempre fue un académico poco inclinado a escribir, este siempre reconoció el mérito de Maeztu como ensayista y divulgador. Al fin y al cabo es la oportunidad histórica de unas ideas y el estilo lo que hace a un escritor, y no su erudición. Por esta razón, Sáinz Rodríguez abandonó su proyecto de ensayo que debía haberse titulado *El hispanismo creador*, al entender que no podría mejorar la capacidad expresiva del vasco. Este dialogó con su «maestro» puntual en su ensayo de 1934, presentándolo como una cita a tener en cuenta a la hora de apuntalar sus argumentos: «Certeramente ha dicho el señor Sainz Rodríguez que la división de nuestras clases educadas es la razón permanente de nuestras desdichas». Para Sáinz y Maeztu una unanimidad de católicos sería solución a todos los problemas de la Patria. «Las desmembraciones e invasiones y guerras civiles que hemos padecido, desde que surgió en el siglo XVIII la división de nuestras clases educadas en creyentes y racionalistas, atestiguan el rigor de la sentencia»⁵. Para el autor de *La crisis del humanismo*, España era una encina ahogada por la hiedra del racionalismo hasta tal punto abatida que se confundía a la planta parasitaria con el tronco original que había fagocitado.

En torno a *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*

De la lectura de uno de sus trabajos más conocidos, el discurso sobre la *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*, leído en la inauguración del curso académico 1924-25 se desprenden las ideas principales que sostuvo el autor sobre la aportación de los escritores finiseculares a la cultura española. Bien se nota que a Sáinz Rodríguez no le interesaban ni los comentarios azorinianos a Montaigne, ni las invectivas barojianas contra la «roña» de los pueblos de España, ni la peculiar espiritualidad de Valle-Inclán. El 98 que le interesaba era el que bebía directamente de Costa y Giner, esto es, el ensayismo dedicado a zambullirse en lo esencialmente hispánico tratando de depurar la visión de la Historia de España de tendencias extranjerizantes. Y razones para acertar no le faltaban, porque es más bien un acierto darse cuenta de que, paralelo a la demanda de europeización, los textos más decisivos de Unamuno, Maeztu o Azorín son los que tratan de revalorizar a los clásicos españoles, otorgándoles un sentido histórico muy definido.

⁵ MAEZTU, R. de: *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Homo Legens, 2005, p.61.

¿Qué es lo que echaba de menos nuestro autor de la Baja Edad Media y de los tiempos de la Contrarreforma? Lo mismo que uno de los autores que más pudo influirle, el Salaverría de *La afirmación española* (1917) y *Los paladines iluminados* (1926): unidad popular y unanimidad de ideales sociales y religiosos. El 25 de abril de 1938, firmando como Subsecretario del Ministerio de Educación Nacional, Sáinz Rodríguez decretó que la obra *El muchacho español*, de José María Salaverría, se considerase «de mérito Nacional» y se aconsejase para todas las bibliotecas y escuelas de España. Su objetivo era lograr reconstruir una unanimidad de sentimiento rota durante el Siglo de las Luces, una adhesión patriótica acrítica y basada en la uniformización social de las ideologías de los españoles a través de la propaganda y del estudio concienzudo de sus clásicos.

España no entró realmente en una fase de decadencia y postración moral hasta que no se rompió definitivamente la unidad religiosa de los españoles, que convertía al rey y al último de los mendigos españoles en piezas insustituibles del engranaje de la personalidad histórica de una nación. Así se afirma en varios pasajes de la obra: «Lo que intentamos es la explicación del cambio de ideas que se produce en el espíritu del pueblo español hasta arribar el momento en que una parte de él, la más culta, reconoce el hecho de la decadencia y trata de explicarlo, llegando muchos a renegar de los que un tiempo fueron ideales unánimemente sentidos»⁶.

No olvidemos que Sáinz Rodríguez fue, ante todo, en sus etapas anteriores al franquismo y las conspiraciones monárquicas a favor de don Juan de Borbón, un académico y humanista deseoso de seguir los pasos de Menéndez Pelayo. Y este consideraba que, frente a un indudable pluralismo cultural de origen medieval que enriquecía la cultura peninsular, era el catolicismo el principal aglutinante de las gentes y las regiones de España. Es por estas razones que nuestro autor, en su discurso de 1924, trata de presentar obsesivamente hasta los rasgos más discutidos de la acción histórica española (como la Conquista de América y la Inquisición) como operaciones institucionales «popularísimas», que bebían directamente de los estamentos o clases más bajos de la población y contaban con su ciega e «inquebrantable» adhesión. En cambio, y sobre todo a partir del enciclopedismo, cualquier revisión crítica de la

⁶ SÁINZ RODRÍGUEZ, P.: *La evolución de las ideas sobre la decadencia de España*, Madrid, Atlántida, 1924, p.35.

religiosidad oficial española es obra de una camarilla de «resentidos», de una «minoría intelectual» sin raigambre real ni en el pueblo ni en el país.

Por lo tanto, protestantes en el siglo XVI, afrancesados en el siglo XVIII y liberales en el XIX no eran más que sembradores de discordia, elementos perturbadores del orden verídico en que debía descansar la sociedad española, en su voluntad de mantenerse alejada de las disputas europeas. Frente a los escasos y diluidos protestantes, Sáinz Rodríguez reivindica a los erasmistas. Frente a Iriarte, reivindica a Forner y a Gallardo. Frente al demagogo Castelar, opone a Menéndez Pelayo. Y frente a Baroja, verdaderamente el único noventayochista (en caso de que efectivamente lo fuera) dotado de una ideología radical aplicada al descrédito de la historia española (atribución también esta harto discutible), reivindica al Unamuno de *En torno al casticismo*.

Y es que el despliegue del sentido de la historia hispánica coincide con lo expresado por Unamuno en sus cinco ensayos de 1895. Es un común denominador en la obra del vasco considerar la agitación política como una profanación del «sueño eterno» y tradicional del pueblo intrahistórico español. Desear despertar las conciencias y aplicarlas al progreso material y político del país era, para Unamuno, poco menos que un crimen, como se desprende de la tesis de su novelita fundamental de 1931: *San Manuel Bueno, mártir*. Sin embargo, y volviendo a *En torno al casticismo*, en 1895 alertaba ya Unamuno de una posible interpretación «conservadora» e «historicista» de su pensamiento que él no deseaba. El buceo en la intrahistoria del pueblo español no era una reivindicación española de su pasado imperial, ni siquiera una asunción en bloque de la acción hispánica a través de los siglos. En primer lugar, Unamuno cree que ese sumergirse puede y debe producirse *en el presente*, y que existen aún las profundas vetas de hispanidad, dispuestas para que el investigador avisado las descubra y las desvincule del tradicional casticismo superfluo. En segundo lugar, Unamuno no redime a toda la tradición histórica hispánica en bloque, sino que toma a unos modelos muy seleccionados que no se ajustan absolutamente a los cánones de Menéndez Pelayo. La expresión real del pueblo castellano es su mística, la de Santa Teresa de Jesús o Fray Luis de León, no la Inquisición. Una voluntad de salvaguardar absolutamente toda la acción pasada española late tras el discurso de Pedro Sáinz Rodríguez, de forma que le conduce a afirmaciones a todas luces

apartadas de la verdad, algo que no ocurre en los esquemas (y que él me perdone la palabra) unamunianos. Afirmar, como asevera Sáinz Rodríguez, que la Inquisición fue «una garantía de libertad y un valladar contra la intolerancia ignorante que no sabía contenerse dentro de los límites del dogma»⁷ es querer que las cosas encajen demasiado y se orienten excesivamente hacia una concepción ideologizada y acrítica, por no decir torcida y tergiversada, de la historia. Unamuno, fiel defensor de la fe frente a la teología, nunca hubiera defendido la cerebralidad dogmática de la mentalidad contrarreformista. Es más, la hubiera considerado un elemento racionalista más encaminado, precisamente, a minar la verdadera fe, porque en su concepción la teología es el enemigo de la creencia.

Por lo tanto, sorprende el entusiasmo que el discurso de Sáinz Rodríguez despertó en Unamuno, teniendo en cuenta que se trataba, precisamente, del tipo de exposición conservadora que había tratado de diagnosticar en 1895. Es muy posible que pesara más la oposición implícita a Primo que la orientación conservadora del propio discurso. El 23 de octubre de 1924, desde su exilio parisino, en una carta dirigida a los organizadores de un banquete en honor a Sáinz Rodríguez, Unamuno afirmaba que el discurso del catedrático ovetense era «histórico, no arqueológico»⁸, elogiándolo con calor. No fue el único de los ya veteranos escritores del fin de siglo que elogiara aquel discurso. Lo hizo también Manuel Bueno en un artículo publicado en *ABC* el 12 de abril de 1929, cuando la impopularidad de Primo era ya un hecho evidente.

Pedro Sáinz Rodríguez y Unamuno

En el capítulo de *Semblanzas* dedicado a Miguel de Unamuno, nuestro autor tiende a destacar sus facetas de poeta y místico. Su filosofía en verso le interesaba más que su prosa política:

«El pensamiento de la muerte fue en Unamuno, como en Antero de Quental, a quien tan profundamente admiraba don Miguel, la raíz constante de toda su meditación metafísica. La lucha de Unamuno por alcanzar la certeza de la existencia de Dios nace de esta ansia de

⁷ SÁINZ RODRÍGUEZ, P.: *La evolución de las ideas sobre la decadencia de España*, Madrid, Atlántida, 1924, p. 53.

⁸ SÁINZ RODRÍGUEZ, P.: *Semblanzas*, Barcelona, Planeta, 1988, p. 30.

inmortalidad, pues necesita a Dios como garantía firme de la existencia de otra vida para su alma inmortal.

Mucho se podría decir sobre el llamado misticismo de Unamuno, y no he de entrar ahora en ello, y conste que la dificultad de definirlo exactamente no radica en el problema de su ortodoxia, sino más bien en el agónico encuentro entre la fe y la razón, aquel buitre del pensamiento que, según él cantó, devoraba su alma»⁹.

No es de extrañar que para un experto en poesía mística castellana fueran estos los temas destacados, junto con la valoración de la introducción del verso libre y los tonos meditativos en la poesía contemporánea. En una de sus respuestas, desde Madrid le explicaba a su ilustre corresponsal que pensaba enviarle, en cuanto lo tuviera escrito, su libro sobre poesía mística castellana, para que le hiciera llegar sus impresiones. Curiosamente, sería Azorín quien reseñaría ese libro, que había ganado el Premio Nacional de Literatura en 1926.

Sin embargo, las cartas de los años veinte que le envió Unamuno desde su exilio, cartas que Sáinz Rodríguez transcribe tras su retrato, son un cauce por el que el autor de *Niebla* da rienda suelta a su sed de justicia ante las iniquidades de Primo de Rivera, quien llegó al poder mediante un “coscorrón de estado” y no propiamente de un «golpe», y cuyo régimen califica de «anarquía», «cleptocracia» y «pornocracia pretoriana». Se trata, fundamentalmente, de cartas en las que arremete contra el dictador y apela a la conciencia de todos los españoles para que se enfrenten a ella con valentía y sin miedo de perder sueldo o posición social. A través de estas palabras podemos comprender el vago programa de reconciliación nacional, suficientemente difuso como para pasar la censura, con que Sáinz Rodríguez cerraba su discurso de 1924. Unas palabras que, sin contextualizar, resultaban un tanto extrañas en un trabajo de crítica histórica académica.

Sáinz Rodríguez, Ministro de Educación Nacional

Como advertíamos al principio, es Alicia Alted quien realizó una Tesis Doctoral centrada sobre la política cultural del bando nacional durante la Guerra Civil, y quien profundizó en el tema utilizando a fondo el archivo personal de Pedro Sáinz Rodríguez, llegando incluso a grabar y transcribir una serie de entrevistas con él, celebradas en

⁹ SÁINZ RODRÍGUEZ, P.: *Semblanzas*, Barcelona, Planeta, 1988, p. 25.

1981, que revelaban mucho más de aquella etapa que las confesadas en *Testimonio y recuerdos*. Por lo tanto, lo que sigue no es más que un resumen, con el añadido que hemos querido darle a todo ese volumen de información: los orígenes literarios de esa labor legislativa, que hunden las raíces en Menéndez Pelayo y en algunos de los noventayochos peninsulares: en buena parte el nacionalismo espiritualista y místico de Unamuno, totalmente el tradicionalista de Maeztu, Bueno y Salaverría, sin olvidar el regionalista católico y conservador de Prat y Cambó.

La originalidad del ministerio de Sáinz quizá radicara en el hecho de que un estudioso de la mística española se hermanara con un licenciado en Derecho (Sáinz había cursado esa segunda carrera por la Universidad de Salamanca), produciendo una mezcla única en la política española. Julio Escribano ha escrito que «La mística española, según su estudio, no fue la mística de las filosofías decadentes, misteriosa y exotérica, sino una realidad que esperaba influir en la educación moral del pueblo»¹⁰. He aquí una clave del Sáinz Rodríguez ministro: la educación espiritual (o humanística) del alumno es el objetivo, y para lograrlo hay que apartar de los programas nacionales a los revolucionarios, a los radicales, a los partidarios de un nuevo Estado (léase falangistas). Alicia Alted ha resumido así el equilibrio entre facciones de ese primer gabinete franquista de enero de 1938:

La iglesia, a cambio del apoyo prestado a la sublevación, exigió del régimen el control del campo que tradicionalmente había considerado suyo: la educación y enseñanza. Por su parte, Falange como partido único iba a intentar imponerse a través de los *mass media*. Ello explica el reparto de poderes que se realizó tras la constitución del primer gobierno por ley de 30 de enero de 1938: En el Ministerio del Interior (Servicios Nacionales de Prensa y Propaganda) los falangistas; en el de Educación, los monárquicos de Acción Española, con Pedro Sáinz Rodríguez al frente, bajo la atenta vigilancia del cardenal Gomá, primado de España.

[...] Previamente y en un deseo (no conseguido) de consolidar la no intromisión de Falange en el ámbito educativo, Sáinz Rodríguez había sido nombrado delegado nacional de Cultura y Enseñanza de FET y de las JONS, cargo desde el que, como él mismo ha afirmado, nada se hizo¹¹.

¹⁰ ESCRIBANO, J.: *Pedro Sainz Rodríguez, de la monarquía a la República*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998, p. 95.

¹¹ ALTED, A.: «Notas para la configuración y el análisis de la política cultural del franquismo en sus comienzos: la labor del ministerio de educación nacional durante la guerra», en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 215-229.

Sáinz apoyó el Alzamiento (su labor conspirativa y su inclinación golpista había sido febril desde 1932) porque creyó que se instauraría un Estado moderado en España que rectificaría la política antitradicionalista de la República. Una dictadura de cuarenta años en la que un general se permitiera «instituir» y no «restaurar» una monarquía en España no había entrado en sus planes. La ley de los bachilleratos del 20 de septiembre pretende reformar los hábitos vitales de las clases dirigentes españolas hacia un sentido católico y tradicionalista. La mística debe tomar un cuerpo jurídico e informar de nuevo las costumbres de los jóvenes. Lo que debe hacerse es traer el Estado antiguo, el tradicional, el único que considera propiamente español y que puede ser llamado «nacional». Una de las primeras medidas del nuevo ministro fue cambiar el nombre de la cartera que ostentaba, en un deliberado intento de separarse al máximo de la gestión que Callejo había desempeñado durante los años del Directorio. De «Ministerio de Instrucción Pública» se pasó a hablar de «Educación Nacional». El caballo de batalla de la administración era identificar la nacionalidad española con la educación católica.

Para lograrlo debía impedirse que la formación técnica copara unos programas centralizados en el momento en que el alumno ingresara en el Bachillerato. Sáinz (lo explica en sus memorias) intentó descentralizar las opciones educativas en favor de la libertad de la familia para modelar a su gusto la instrucción de los hijos: se trataba del viejo pleito planteado por Gil Robles en las Cortes Republicanas: el objetivo a ultranza era conseguir que el Estado no se inmiscuyese en la educación religiosa de las clases representadas por la derecha. Esta salvaguarda de la catolicidad (a Sáinz Rodríguez siempre le repugnó más la España *roja* que la España *rota*) la plasma el Ministro reforzando las Humanidades en un Bachillerato que define como «formativo, clásico, cíclico y antecedente obligado a la enseñanza superior universitaria». Formativo porque aporta las materias básicas que debe conocer el ciudadano culto; clásico porque implica la necesidad de conocer griego, latín e historia de España; cíclico porque se diseña cada año como una ampliación de los temas del curso anterior (sistema que, por cierto, se intenta emplear de forma regulada en los programas actuales) y obligado porque ese debía ser su carácter para cualquier aspirante a cursar estudios superiores.

Su Decreto sobre Segunda Enseñanza (convertido en «Ley» por Ramón Serrano Suñer para darle más lustre) vino acompañado de una maniobra por parte del ministro que es una prueba más de los antecedentes literarios de su ideología:

He de decir que tuve bastante miedo a que en un Consejo de Ministros formado por personas que no tenían —ni era obligatorio la tuviesen— una formación especial de estudios clásicos, les pareciera un disparate la implantación de tanto estudio de latín y griego; para evitar la posible discusión, tomé la precaución de editar un folleto titulado: *Menéndez Pelayo y la educación nacional*; era en realidad una antología de fragmentos de Menéndez Pelayo exponiendo sus ideas sobre la enseñanza, la educación religiosa, etc.¹².

Quizá sea pertinente decir de paso que la misma editorial que publicaba el folleto (Aldus), reimprimiera ese mismo año *Defensa de la Hispanidad*. El nuevo régimen «plenamente nacional» se encontraba de lleno en una fase de búsqueda de apuntalamientos intelectuales endógenos. La edición de las Obras Completas de Menéndez Pelayo impulsada por el nuevo ministro debe entenderse también este sentido.

A través de un estudio de Alicia Alted podemos comparar el organigrama de estudios del Decreto de 29 de agosto de 1934 reorganizando la segunda enseñanza con la Ley reguladora de estudios de bachillerato elaborada por Sáinz Rodríguez¹³. Las conclusiones que afloran cuando se contrastan las materias de estudio por curso y horas de clase son las siguientes: en primer lugar, no se imparte Religión en el plan de 1934 (algo por otra parte esperable), y en el plan de 1938 los contenidos de Filosofía (que desaparecen como disciplina separada) se incluyen en los de Religión como un apéndice. En segundo lugar, en el plan del año 34 no hay Griego, que sí ocupa tres horas semanales en el plan de Sáinz a partir del cuarto curso. En tercer lugar, el francés pierde terreno y se enseña junto al italiano hasta tercer curso, a partir del cual se imparte inglés y alemán durante una hora semanal a partir de cuarto. En el plan de 1934, el inglés y el alemán recibían seis horas en sexto y séptimo, con lo cual resulta evidente que el estudio de las lenguas clásicas se antepone al de las lenguas modernas. Lo que supone un salto decisivo de un sistema a otro es el aumento espectacular de las

¹² SÁINZ RODRÍGUEZ, P.: *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, p.256.

¹³ ALTED, A.: *Política del Nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la Guerra Civil Española*, Madrid, Dirección General de Bellas Artes y Archivos del Ministerio de Cultura, 1984.

horas totales de clase semanales: mientras en 1934 no pasaban de 23, en 1938 van de 28 en primero, segundo y tercer cursos a los 33 de quinto y sexto. El sentido es evidente: aumentar la cultura general del alumnado y tener más sujetos a la disciplina del aula a los alumnos que deben ser adoctrinados.

El nombre de algunas asignaturas varía sustancialmente siguiendo el espíritu llamado «nacional» de este Plan realizado en plena Guerra Civil. En lugar de hablarse de «Geografía e Historia», en primero, segundo y quinto la materia se centra en España, y en sexto y séptimo, el nombre de la asignatura es: «Historia del Imperio Español. Su contenido histórico. Formación de instituciones», en sexto, con dos horas semanales, e «Historia y sentido del Imperio español. Valor de la Hispanidad», en séptimo, materia también dotada con dos horas semanales.

Las consecuencias a largo plazo del breve paso de Sáinz Rodríguez por el ministerio las resume él mismo en *Testimonio y recuerdos*: por una parte se logra consolidar una débil tradición de estudiosos de la letras clásicas en España y, por otro, y este fue un efecto no deseado, cree Sáinz que a partir de su mandato los españoles identificaron a Menéndez Pelayo con la política institucional de Franco, quedando muy desprestigiada la reputación del crítico para una buena parte de los ciudadanos. Si un objetivo persiguió Sáinz fue la unión de los españoles a través de una religión común y de unos referentes cohesivos que aportaran la identificación con una determinada tradición literaria. No hace falta asegurar que, al apropiarse Franco y su régimen de esos legados literarios y forzosamente ideológicos, les hacía un flaco favor para el porvenir.

Bibliografía:

ALTED, A.: *Política del Nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la Guerra Civil Española*, Madrid, Dirección General de Bellas Artes y Archivos del Ministerio de Cultura, 1984.

_: «Bases político-ideológicas y jurídicas de la Universidad franquista durante los ministerios de Sainz Rodríguez y primera época de Ibáñez Martín (1938-1945)», en *La Universidad Española bajo el régimen de Franco 1939-1975*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 215-229.

- _: «Notas para la configuración y el análisis de la política cultural del franquismo en sus comienzos: la labor del ministerio de educación nacional durante la guerra», en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 215-229.
- AZORÍN: «Los místicos españoles», *ABC*, Núm. 8.084, 1926.
- _: «Los cimientos de España», *ABC*, 7 de septiembre de 1928.
- BUENO, M.: «Teorías sobre la decadencia», *ABC*, 12 de abril de 1929.
- ESCRIBANO, J.: *Pedro Sainz Rodríguez, de la monarquía a la República*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998.
- MAEZTU, R.: *Defensa de la Hispanidad*, Valladolid, Aldus, 1938 (Prólogo de Eugenio Vegas Latapié).
- _: *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Homo Legens, 2005 (Prólogo de Federico Suárez).
- _: *Hispanismo*, Ediciones Peña Blanca, 1934.
- _: *Renovación española y la restauración espiritual*, Madrid, Renovación Española, 1934.
- SÁINZ RODRÍGUEZ, P.: *La evolución de las ideas sobre la decadencia de España*, Madrid, Atlántida, 1924.
- _: *La tradición nacional y el Estado futuro*, Madrid, Cultura Española, 1935.
- _: *La escuela y el Estado nuevo*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938.
- _: *Menéndez Pelayo y la Educación Nacional*, Santander, Aldus, 1938.
- _: *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978.
- _: *Semblanzas*, Barcelona, Planeta, 1988.
- SÁINZ RODRÍGUEZ, P.: *Historia de la crítica literaria española*, Madrid, Taurus, 1989.
- SALAVERRÍA, J. M.: *El muchacho español*, San Sebastián, Librería Internacional, 1938.
- _: «El arte sensual», *ABC*, 23 de julio de 1910.

CINE, REALISMO Y PROPAGANDA FALANGISTA: UN EJEMPLO EN LA REVISTA *PRIMER PLANO*

Óscar Ortego Martínez

Introducción

El 20 de octubre de 1940 el antiguo jefe del Departamento Nacional de Cinematografía durante la Guerra Civil, Manuel Augusto García Viñolas¹, saca a la luz la primera edición de la revista cinematográfica *Primer Plano*; bajo su dirección la revista se convierte, junto con *Radiocinema*, en la plataforma editorial que permitiría a la intelectualidad cinematográfica falangista difundir sus deseos de construir un cine «nacional», que plasmase estéticamente el confuso ideario político del Movimiento; igualmente en sus más de 1200 números de edición semanal permitieron exponer las impresiones que para esta intelectualidad tuvo la evolución del cine español, pero manteniendo sus esperanzas de que dicho cine nacional sería la solución a todos los problemas del cine español, un deseo que nunca se realizaría plenamente.

Como tema de investigación se propone estudiar las relaciones entre los proyectos de la intelectualidad falangista a la hora de crear un cine «nacional» y las principales corrientes cinematográficas, destacando el neorrealismo italiano; para ello se estudiarán los debates que surgieron en el seno de *Primer Plano*, a la hora de crear un cine nacional como supuesta salvación para los problemas estéticos y económicos del cine español; para ello se intentará utilizar, paradójicamente, recursos narrativos procedentes de potencias «liberales», destacando el cine documental inglés y el cine social estadounidense de posguerra, para posteriormente fijarse en el neorrealismo, como la tabla de salvación de un cine español, que a finales de la década mostraba claros síntomas de agotamiento.

¹El Departamento Nacional de Cinematografía (DNC) apareció con el primer gobierno formado por Franco en 1938, en concreto formaba parte de la Subsecretaría de Prensa y Propaganda, que a su vez estaba integrada dentro del Ministerio de Interior, controlado por Ramón Serrano Suñer, más información sobre la labor del DNC y de García Viñolas durante la Guerra Civil en: DÍEZ PUERTAS, E.: *El montaje del franquismo, la política cinematográfica de las fuerzas sublevadas*, Barcelona, Laertes, 2002, pp. 271-290.

Con este pequeño estudio se pretende intentar aclarar las ambiguas relaciones que la cultura falangista tuvo respecto a las modernas formas de representación estéticas, movida entre su admiración como representación de una vida «nueva» alejada del «decadentismo burgués» del siglo XIX y que podría servir para que la propia comunidad nacional se «adaptase» al siglo XX, un buen ejemplo sería las relaciones entre el fascismo italiano y el futurismo, al mismo tiempo que se les condenaba y se reprimía su introducción dentro del país, al ser acusado de poder introducir ideologías izquierdistas que acabarían con el concepto de unidad nacional tan querido por parte de los movimientos fascistas; una ambivalencia que en el caso español tiene como perfecto ejemplo las relaciones entre la crítica cinematográfica de Falange y el impacto del neorrealismo italiano dentro del cine español y un medio que manifestó dicha relación fue sin duda *Primer Plano*, tal como se comentará más adelante.

El papel del cine para el *Primer Plano*

¿Qué sería para Falange la cultura? Si seguimos las líneas maestras del gran teórico español sobre las relaciones entre fascismo y arte, Ernesto Giménez Caballero, podemos concluir que para esta corriente ideológica la cultura tiene como misión, el exponer estéticamente y de un modo propagandístico la existencia de una «esencia nacional», que articularía todos los modelos de organización social; dicha esencia se manifestaría por medio de una idiosincrasia que definiría a la propia sociedad desde una perspectiva comunitaria y nacionalista. El cine como principal arte de masas en la época de los fascismos tendría como misión el reflejar dicha idiosincrasia; esto se convirtió en la gran preocupación para los responsables de *Primer Plano*, la de crear una cine nacional que manifestase dichas peculiaridades nacionales que harían de la sociedad española algo «particular».²

Pero para llegar a este fin antes hay que «regenerar» a un cine español que surgió en una época de «decadencia liberal», manifestado por la existencia de un cine folclórico y de zarzuelas, que para *Primer Plano* daría una visión denigrante de España, al mismo tiempo que considera que este cine es en realidad un producto de extranjeros, herencia del romanticismo francés que ven a una España de pandereta, domi-

²GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Arte y Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, p. 227.

nada por una población gitana que representaría las esencias del país, aspecto que chocaba frontalmente con Falange.

Sin embargo las críticas hacia estos géneros están más en relación con su componente díscolo y popular, visto como un efecto del supuesto libertinaje desatado durante la república, la falta de «jerarquías» que sean bien valoradas en estas películas y el fuerte predominio de las clases populares es el punto de unión en las críticas de ambos subgéneros; este ambiente «negativo» debe ser sustituido por una concepción de lo español más jerarquizada, donde el tópico andaluz fuese sustituido por una visión más castellanizada y «seria» de las supuestas idiosincrasias nacionales; pero en un primer momento sobre todo se exige la eliminación de lo folclórico, lo sainetesco y todas aquellas producciones relacionadas con la zarzuela, teoría apoyada tanto por los artículos de opinión de los críticos de la revista, como por las opiniones de algunos profesionales del sector entrevistados en la misma³.

Este discurso predominante en *Primer Plano* tuvo una única voz discordante importante: el autor teatral y destacado director de cine Edgard Neville, su filmografía nunca se adaptó a las teorías falangistas a pesar de las muy cordiales relaciones que tuvieron entre ellos, reflejadas en la numerosas entrevistas que se hicieron al director madrileño; sin embargo las críticas hacia sus filmes siempre se vieron con el recelo de su pasado republicano, en la caracterización de sus personajes provenientes de la etapa republicana, sobre todo en su tono sainetesco en su visión de las clases populares⁴.

Dos fueron los resultados de este modelo, en primer lugar un intento de transformar el cine folclórico en un género más «digno»; el método fue básicamente la eliminación de los componentes más populares de esta clase de cine, en gran medida protagonizado por la población gitana, y sustituirlo por personajes que reflejasen el armonioso sistema jerárquico que pedía Falange, en donde las diferencias de clase serían eliminadas por la exigencia de servir a los intereses superiores de la nación.

³El mejor resumen de esta interpretación aparece en la editorial *Alerta contra la españolada*, del nº 131; sin embargo las críticas hacia este género son una constante, ya en el nº 18 la editorial firmada por el destacado productor Manuel Goyanes, en los nºs 28, 38, 40 y el nº 71, firmada por el propio García Viñolas.

⁴Los comentarios de Neville aparecen en el nº 315, titulado *En defensa de mi cine*; las críticas de *Primer Plano* a los sainetes en los nºs 85 y 198; los problemas con la censura de un filme de Neville, *Frente de Madrid*, aparecen en el nº 39.

El cine español tuvo que afrontar esta nueva realidad y para ello trató de establecer una serie de fórmulas que permitiesen que el cine folclórico adquiriese un aspecto más «nacional», básicamente reconvirtiendo a los bandoleros en héroes luchadores de la Guerra de la Independencia, lo que permitía darles a estos grupos un carácter paramilitar y en consecuencia poder reflejar su estructura jerárquica, otra forma de «salvar» a este subgénero era pedir que este se hibridase con el cine del oeste, en un intento un tanto retorcido de adaptar el espacio silvestre dentro del cine folclórico, relativamente parecido al existente en el western; pero sobre todo lo que se pide es una elitización por parte de sus protagonistas dejando a las clases populares como meras comparsas de unos protagonistas más «jerárquicos»⁵.

Pero estos intentos de cambios, no fueron suficientes para la crítica de *Primer Plano* y sobre todo para una censura que compartía estas ideas; de modo que el segundo efecto de esta política fue la limitación para poder realizar estos productos, por medio de la censura previa de guiones, que tendía a prohibir los guiones que abordasen este género, sobre todo en el periodo 1940-45; el resultado final fue una fuerte bajada en la producción en esta década del cine folclórico y de zarzuelas, las segundas fueron las más perjudicadas ya que casi fueron eliminadas y nunca volverían a alcanzar más de un 15% de la producción en la etapa republicana, al cine folclórico le sucedió algo parecido, en concreto de suponer mas de un 15% en la etapa republicana se hundió a menos de un 5% en los años 40, aunque el género se recuperase en los años 50⁶.

En contraposición al viejo cine popular folclorista, *Primer Plano* defiende la necesidad de hacer un cine que reflejase la realidad nacional española, desde una perspectiva falangista; un cine que expusiera al mundo las bondades de lo «español» y que acabase con la negativa visión de España difundida por el cine folclórico. Esta visión, que hoy puede sonar a inocente, se convirtió en el centro de uno de los debates más interesantes del semanario: la necesidad de crear un cine que retratase la

⁵ Estas teorías tuvieron sus frutos tal como indica Gómez Tello en las críticas a la *Duquesa de Benameji* y sobre todo *Aventuras de Juan Lucas*, críticas de los n^{os} 472 y 481 respectivamente.

⁶ Datos extraídos de GUBERN, R. [et al.]: *Historia del cine español*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 156 y 230, al mismo tiempo ha sido constatada la bajada de producción de cine folclórico andaluz por CASTRO DE PAZ, J.L.: *Un cinema herido: los turbios años 40 en la cinematografía española (1939-1950)*, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 68-69; la prohibición de guiones sobre cine folclórico se basa en DÍEZ AÑOVER, R.: *La política administrativa en el cine español y su vertiente censora*, Madrid, Tesis doctoral inédita, 1991, p. 498.

sociedad española desde una perspectiva nacionalista y alejada de los retratos folclóricos; estos deseos tienen como instrumento el género documental⁷.

Para *Primer Plano* el cine documental era el mejor género que permitía difundir las supuestas esencias nacionales, debido a que podía ser utilizado para dar una mayor verosimilitud a la propaganda política; así los autores de la revista seguían la experiencia del fascismo italiano, que igualmente se esforzó en encontrar un cine de propaganda «realista» que la hiciese verosímil para los espectadores; para ello el fascismo italiano contaba con dos experiencias anteriores: la teoría del *cine ojo* de Diga Vertov y el cine documental inglés, ambas tendencias ya jugaban con la posibilidad de establecer una visión realista del cine, desde un punto de vista experimental por parte del autor ruso y de un modelo ya práctico por parte de la experiencia inglesa⁸.

Pero la peculiaridad de *Primer Plano* es que su labor de construcción de un cine nacional no se quedó en el ámbito teórico, sino que la propia revista contribuyó a la elaboración de los propios documentales, destacando uno realizado por el propio García Viñolas, que se convertiría para la revista en un modelo de cine «racial»; el filme es *Bodas de Castilla*, un documental que realiza una interpretación claramente falangista sobre la sociedad rural castellana, convertida en la máxima representación de los valores culturales de la sociedad española, una sociedad que el filme representa como idílica, incontaminada por los avatares del liberalismo y que se mantiene incólume en sus ancestrales costumbres cristianas y ascéticas y cuyos valores deben de servir de ejemplo para el resto de la sociedad española; un modelo de interpretación cercana a la visión *volk*, que el nazismo tenía de la sociedad rural alemana⁹.

Con el documental de García Viñolas se produce un relativo desarrollo de los ambientes rurales dentro del cine español, un modelo que afectó a un género anteriormente existente en el cine español: los melodramas rurales. El mejor ejemplo de esta tendencia es sin duda la nueva versión de *La aldea maldita* realizada por

⁷ Ejemplos de un cine «documental» ya aparecen en los primeros números, destaca la editorial del nº 10, firmada por Bartolomé Mostaza con el título de: *El cine como propaganda*, otros ejemplos en las editoriales de los nºs 34 y 55.

⁸ HEREDERO, C. F. y TORREIRO, C. [coord.]: *Historia General del cine: Vol VII Europa y Asia (1929-1945)*, Madrid, Cátedra, 1998. pp. 147-155.

⁹ Destaca la crítica elogiosa al filme, visto como un modelo de cine español falangista en el nº 26, al mismo tiempo que se sigue su presentación exitosa en el festival de Venecia en los nºs 50 y 54.

Florián Rey en 1942, cuyo interés radica en el hecho de que la película es una nueva versión de un filme realizado en 1929 por el mismo director.

Si se compara ambas versiones se puede apreciar claramente las transformaciones ideológicas impuestas por el franquismo; el primero es sin duda la caracterización de los personajes desde su posición social, un gran cambio, pasando de ser muy pequeños propietarios, a formar parte de una familia más acomodada que contrata a jornaleros, al mismo tiempo que se elimina la figura del usurero que deja de existir en las pequeñas localidades castellanas; estos factores son importantes al eliminar el problema de la distribución de la tierra como trasfondo que aparecía implícitamente en el filme anterior, convirtiéndose la fuente de los problemas en algo mucho más coyuntural, unas tormentas y unas malas cosechas, así se obviaba los problemas estructurales del campo castellano en consonancia con la visión idealizada que tenía el régimen de esa sociedad y que no toleraba la existencia de problemas estructurales.¹⁰

El resultado final es tratar de crear una visión naturalizada de la interpretación idealizada que el franquismo en general y el falangismo en particular tuvieron de la sociedad española, potenciando su carácter «realista» por medio de las técnicas documentales; es bajo este interés donde *Primer Plano* establece tanto su interés por las nuevas corrientes realistas en el cine europeo y estadounidense, como sobre todo el hecho de que traten de establecer un punto de conexión entre las corrientes «foráneas» y las «nacionales», tal como se podrá apreciar a continuación.

El neorrealismo y el cine social para *Primer Plano*

El fin de la 2ª Guerra Mundial favoreció la aparición de nuevas corrientes cinematográficas que rápidamente captaron la atención de *Primer Plano*, aunque las mismas fuesen contrarias a la ideología falangista. Dos son las corrientes que centran su interés: el neorrealismo italiano y el cine social y pacifista estadounidense, que se desarrolla como un intento de curar las heridas que la guerra provocó en la sociedad estadounidense; *Primer Plano* asumirá esta evolución, pero manteniendo su base:

¹⁰ Un estudio sobre estos cambios en: SÁNCHEZ VIDAL, A.: *El cine de Florián Rey*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1991, pp. 269-279.

crear un cine que refleje las esencias de la nación española, utilizando modelos de otras cinematografías que puedan concluir a ese fin.

Dos son las películas que permiten descubrir a la revista estas corrientes cinematográficas: *Los mejores años de nuestra vida* y *Roma ciudad abierta*¹¹ producciones dirigidas por William Wyler y Roberto Rosellini respectivamente; la primera película provocó un fuerte entusiasmo en la revista, a pesar del tema que aborda, los efectos que los veteranos de la guerra deben afrontar en su vuelta a la vida civil y sus dificultades a la hora de adaptarse a su nueva realidad, con un tono ligeramente pacifista; esto en teoría se encuentra alejado del ánimo militarista de falange, sin embargo la excelente crítica de Luis Gómez Tello, como responsable de la sección de las críticas de las películas estrenadas en salas madrileñas, se centraba en la capacidad de poder reflejar la vida cotidiana de los protagonistas y es en este punto donde los intereses de *Primer Plano* encajaban con este filme, de modo que al apreciar la película se olvidaban de las objeciones que hacía de la vida militar y se concentraban en este aspecto que podía servir de modelo a la hora de conseguir su tan deseado cine que reflejase los rasgos cotidianos de la sociedad española¹².

Sin embargo las manifiestas dificultades a la hora de querer integrar una cinematografía como la estadounidense, considerada como la gran representación del liberalismo y en consecuencia un arte caduco y en decadencia, obligaba a buscar nuevos referentes en apariencia más cómodos y alejados del enemigo estadounidense; esto se pudo hacer paradójicamente en una corriente cinematográfica aún más alejada del falangismo: el neorrealismo italiano, que desde el fin de la 2ª Guerra Mundial atrae en gran medida a los responsables del semanario que empiezan a dar noticias de esta nueva corriente, sobre todo desde el impacto de *Roma ciudad abierta*, dirigida por Roberto Rosellini¹³.

¹¹ Dentro de esta corriente del cine estadounidense se incluye la obra de Elia Kazan, que es vista por parte de Gómez Tello como ejemplo de cine social y realista, entre sus críticas destaca la realizada a *Pinky*, en su sección de crítica del nº 540.

¹² Comentario extraído del nº 374, aunque hay comentarios al filme en otros números, destacando los nºs 356 y 360.

¹³ Destaca la primera crítica elogiosa del film por parte de Gómez Tello en su sección de crítica, en el subapartado de los nuevos filmes en el nº 336; se sigue el éxito del filme en los nºs 370, 372 y 409; por otro lado se anuncian los siguientes proyectos de Rosellini en el nº 436; en el nº 452 se realiza una entrevista a Rosellini en la que comenta sus técnicas a la hora de hacer su cine, y en el nº 459 se comenta de nuevo *El ladrón de bicicletas*.

Si el filme fue bien acogido por *Primer Plano*, sobre todo por Gómez Tello, a pesar de la conocida militancia comunista de su director, se debe en primer lugar por su origen italiano, aspecto positivo por las fuertes relaciones cinematográficas entre ambos países, en segundo lugar por su consideración de país mediterráneo que, desde su perspectiva, hace que tuviese una mayor cercanía cultural frente a la cultura anglosajona del cine norteamericano, pero sobre todo se apreciaba la utilización de las técnicas documentales dentro del neorrealismo que podía ser utilizadas a la hora de hacer un cine propagandístico de la realidad española desde la perspectiva de Falange; esta interpretación fue posible gracias a que el neorrealismo surge en el contexto de la etapa final del fascismo y muchos de sus autores empezaron a trabajar en plena dictadura fascista, lo que hizo que *Primer Plano* interpretase a este movimiento como el producto de la propia política de Mussolini y en concreto cuando empieza a experimentarse con el realismo en algunos documentales propagandísticos¹⁴.

De este modo *Primer Plano* interpretó que el aspecto «positivo» de la corriente, el retrato realista de la sociedad italiana es producto del intento por parte del fascismo de hacer un cine «nacional» que para su perspectiva es la única manera de retratar de un modo realista la sociedad¹⁵, mientras sus aspectos más negativos, su ideología, es en realidad producto del duro periodo posbélico «liberal» cuya «decadencia» afectaría a esta corriente.

Así llama la atención que *Primer Plano* apenas haga referencia al componente ideológico de los primeros filmes del neorrealismo y que se sustituya por su componente excesivamente duro o crudo a la hora de mostrar la realidad, aspecto que se justifica no tanto por su ideología, sino por la difícil coyuntura histórica en que se mueve, y que se relaciona con un intento de interpretar desde una perspectiva nacionalista este fenómeno. El principal resultado es apreciar al neorrealismo no tanto como una corriente cinematográfica más que pueda ser utilizada, sino que es la base

¹⁴Comentarios extraídos de las críticas del autor a *El último caballo y brigada criminal*, en los nºs 529 y 531 respectivamente, esta línea se siguió durante el resto de la existencia de la revista, como ejemplo en el nº 957 se insiste en esta línea al conmemorar la muerte de Francesco de Robertis.

¹⁵Esto se aprecia en un artículo del nº 471, en donde se relaciona el neorrealismo con Blasetti o Francesco de Robertis e incluso con el filme *Corona de Hierro*, un filme de clara influencia fascista; así se explica que la revista buscase la influencia del neorrealismo en otras cinematografías; como ejemplo destaca el comentario en el nº 479 del filme argentino *Después de la tormenta*, una obra que tiene claras influencias del modelo italiano.

de la narrativa de la cinematografía nacional, al formar parte del modo de expresión artística de la sociedad española, aunque provenga de Italia¹⁶.

Pero el interés de la revista no se centró únicamente en este filme, igualmente destaca el seguimiento de *Berlín año 0* del mismo director, al mismo tiempo que ya hay un interés por la obra de Luchino Visconti, al seguir el rodaje de su film *La terra trema*, que permite igualmente hacer un recorrido de su trayectoria cinematográfica, destacando su filme *Ossessione*; aunque en un artículo del nº 469 se indique que filmes como *Ladrón de bicicletas*, *Roma ciudad abierta* o *Paisa* sean películas «que abren pautas»¹⁷.

Pero no todos los responsables de la revista compartían la opinión de Gómez Tello; el primer claro ejemplo es sin duda el de la propia *Terra trema*, a la que se acusa en el nº 417 de ser excesivamente larga. Igualmente en el nº 431 se defiende la obra de Luigi Zampa frente a la de Rosellini, al ser considerada como la verdadera visión de un neorrealismo poético y sobre todo «positivo» desde su perspectiva¹⁸. Estos comentarios exponen la existencia de insolubles contradicciones a la hora de abordar este fenómeno desde la interpretación «nacional»; de ahí que esta corriente no levante el entusiasmo de todos los responsables de la revista, ya que no era tan sencillo obviar el componente ideológico de la misma simplemente aduciendo la coyuntura histórica en que se movía, aunque el peso de Gómez Tello hace que la balanza caiga a favor de la interpretación «positiva» del neorrealismo.

Esto obligaba a «reinterpretar» el neorrealismo desde una perspectiva falangista, mediante la «nacionalización» de dicha corriente, para así asumirlo como algo propio de la cultura española; para ello se potenció la interpretación de que la cultura española se caracterizaba por su realismo y que en consecuencia el cine español debía asumir este modelo estético; así se podía concluir afirmando que el neorrealismo ya se practicaba en España antes de que surgiese en Italia y que además es el verdadero neorrealismo, ya que no está afectado por el «espíritu negativo» del periodo

¹⁶ El mejor ejemplo de esta teoría aparece en el editorial del nº 575.

¹⁷ Ambos estudios aparecen en el nº 409.

¹⁸ Entre los comentarios negativos hacia esta corriente, destaca el realizado en el nº 437, donde se expone que el neorrealismo tiene una excesiva fama dentro de su cine contemporáneo, igualmente en el Nº 456 se indica que el cine de Rosellini es de un «brutal realismo».

posbélico, y en España al haber un gobierno «nacional» alejado del «decadentismo liberal» es el único país donde esta corriente puede triunfar.

De este modo *Primer Plano* asume una interpretación puramente anacrónica de la cultura española en general, cuyo pasado se vuelve neorrealista, tratando de confirmar su teoría con cualquier filme que casualmente usase algunas de las técnicas del neorrealismo e incluso se atreve a acusar de que este movimiento no es italiano sino español¹⁹. Esta reinterpretación da como resultado una visión dual del neorrealismo, se le alaba su concepto realista, en teoría ya integrada en la cultura española, pero su «problema ideológico» hace al mismo tiempo verlo como algo incompleto y peligroso, de modo que se hacía compatible alabar sus virtudes con un férreo control de la censura para evitar que difundiese su mentalidad comunista.

Pero pese a estos problemas, el neorrealismo seguía siendo para esta crítica falangista un instrumento útil para superar los viejos y condenados géneros populares; sin embargo para llegar a este fin era necesario confiar en una nueva generación de directores que pudieran impulsar esta nueva tendencia, siguiendo los discursos projuveniles típicos del fascismo; las principales esperanzas de *Primer Plano* para el cine español, se centraron en la figura del por aquel entonces joven director y colaborador de la revista José Antonio Nieves Conde, un antiguo jefe local de Falange en Segovia durante la Guerra Civil, que supo calibrar las posibilidades de un cine realista adaptado a los deseos de Falange, amoldándose a una estructura de género cinematográfico, el cine negro, que pudiese combinarse con una concepción más realista del relato cinematográfico; es en este contexto cuando Nieves Conde hace su película más popular: *Surcos*.²⁰

La culminación del debate ideológico sobre el neorrealismo: el impacto de *Surcos*

Los años 50 suponen la vuelta de un fenómeno interrumpido por la Guerra Civil y la más dura posguerra de los años 40: la emigración a las ciudades, aunque sin la intensidad de la década siguiente, empieza a desarrollarse de una manera clara,

¹⁹ Esto lo establece Gómez Tello en su crítica hacia *Una mujer cualquiera* y *La calle sin sol*, películas dirigidas por Rafael Gil, comentado en la sección de críticas de estrenos del nº 462.

²⁰ Destaca el gran interés que tiene la revista ya en los orígenes del cine de Nieves Conde, destacando la crítica de Gómez Tello al debut de Nieves Conde en su filme *Sierra Ignorada*, en la sección de la crítica del nº 316.

cuestión inquietante para diversos sectores del régimen que no comprendían cómo el espacio social que representaba las «esencias» de la nación, sufriese la emigración a unas ciudades, que simbolizaban el lugar donde se desarrolló el liberalismo y el marxismo; los sectores más inquietos de la dictadura debían dar una respuesta y en cierta medida uno de los resultados fue la película *Surcos*.

Pero sobre todo *Surcos* supone la culminación de un proceso de intentar transformar un cine español, adoptando las enseñanzas del neorrealismo como mecanismo que superase el viejo cine folclórico; así el filme se aprovecha de las enseñanzas de las técnicas neorrealistas, destacando la utilización de ambientes exteriores naturales o el abordar una cuestión tan realista como la de la emigración; bajo estas circunstancias no extraña que la cinematografía de este director segoviano estuviese convenientemente publicitada por la revista y que su filme estuviese igualmente apoyado; el resultado son las numerosas reseñas sobre el film que con el paso del año van apareciendo en el semanario, siempre de un modo elogioso hacia el mismo, viéndolo como un ejemplo de cómo se podía hacer un neorrealismo adaptado a la mentalidad de Falange²¹.

El filme ha tendido a interpretarse como un retrato de la emigración y su difícil adaptación en un mundo urbano nuevo para sus nuevos habitantes, sin embargo la película no habla tanto de esto sino que se centra en la realización de un duro retrato sobre la moral del mundo urbano, desde una perspectiva falangista; las peripecias de la familia de emigrantes no son sino una mera excusa para retratar a unas clases urbanas que contagiarían su «inmoralidad», representada por el estraperlista apodado Chamberlain, a los nuevos emigrantes.

Al mismo tiempo se mantiene una visión idílica de los campesinos castellanos que sólo son corrompidos al emigrar a la ciudad, bajo una argumentación demagógica del fenómeno, la familia emigra porque el hijo que ya vivía ahí les convence diciendo que en la ciudad se vive mejor que en el campo; una interpretación que tal como sucedía con *La aldea maldita* realizada en 1942, obviaba los problemas estructurales del campo castellano, como los causantes de la emigración. Así la película expone un proceso de

²¹Como ejemplos del seguimiento al film de Nieves Conde *Primer Plano*, ya se empieza a hablar de comentarios sobre el film en los n^{os} 542, 544 y 546, en la sección de la revista titulada *Moviola* de los n^{os} 577, 578 y sobre todo la crítica elogiosa que hace Luis Gómez Tello en el n^o 579.

corrupción de la bondadosa familia, que representaría los valores sociales del país y que sería la razón última de los «males sociales», hasta producirse un final trágico, en que un hijo muere al dedicarse al mercado negro y la hija acaba prostituyéndose²².

La gran diferencia de *Surcos* respecto a otros filmes anteriores radica no tanto en aspectos ideológicos, sino en que no hay un proceso de «regeneración» por parte de las clases urbanas; así es como la película muestra los aspectos desagradables de la realidad española, el estraperlo o la prostitución, lo que provocaría un fuerte revuelo dentro de la censura, sobre todo la eclesiástica, que obligó a modificar el final de la película; sin embargo esta presión no evitó que el filme fuese declarado de Interés Nacional, la máxima distinción a la hora de recibir subvenciones²³.

Surcos supone la culminación de un proceso de intentar interpretar la realidad de la España de los años 40 y 50 desde la perspectiva de una mentalidad falangista, que podía ver positivamente el neorrealismo italiano e incluso que se aplicasen sus técnicas en España, pero distorsionado por una mentalidad nacional, representada en las clases campesinas castellanas que impedía en última esencia analizar con verdadero rigor la realidad social del país; sin embargo este esfuerzo no será en balde, ya que por estos mismos años surgirá una nueva generación de directores que verdaderamente comprenden las aportaciones del neorrealismo y las utilizarán para realizar un cine que retrate mejor las peculiaridades de la España franquista²⁴.

Conclusiones

Se puede apreciar en primer lugar que *Primer Plano* supone la aplicación, o al menos su intento, del modelo de cultura establecido por Giménez Caballero, convirtiéndose el cine en un instrumento de divulgar estéticamente unos valores políticos, basados en la fijación de una idiosincrasia nacionalista que identificaría a cada tipo de sociedad; sin embargo dicha idiosincrasia estaría «ocultada» tras siglos de

²² GUBERN, R. [et al.]: *Historia del cine español*, op. cit., pp. 247-248.

²³ Esto se aprecia claramente en el informe de los censores; a pesar de que el vocal eclesiástico ve negativamente el filme, delega en el resto de los censores su definitiva aprobación, debido a que estos apoyaron decididamente a la película. Datos extraídos de: AGA 36/3410 y 36/3415. Respecto a la recepción negativa del filme por parte de la Iglesia española, consultar MARTÍNEZ BRETÓN, J.A.: *Influencia de la iglesia católica en la cinematografía española (1951-1962)*, Madrid, El Autor, 1988. pp. 77-78.

²⁴ Estamos hablando de los primeros trabajos de Juan Antonio Bardem y Luis García Berlanga.

«decadencia nacional»; la misión del arte sería la de exponer a los espectadores dichos «valores nacionales», para que los asumieran como lo «real» y de ese modo culminar un proceso de nacionalización de las masas, que permitiera aparentemente poder superar la conflictividad social.

Así las relaciones entre Falange y el neorrealismo italiano se basan precisamente en el carácter propagandístico del modelo de sociedad, que el fascismo creía que existía realmente y que el arte debía representar estéticamente; el cine debía contribuir mediante la difusión de una visión «nacional» de la propia sociedad española, pero para que esto se pudiera hacer de un modo eficaz se hacía necesario que dicha propaganda tuviese una apariencia de verosimilitud, que pudiese ser asumido como algo «real»; el neorrealismo podía de este modo servir de un buen vehículo de propaganda política «invisible», un modelo más eficaz que una propaganda política explícita y que el propio fascismo europeo ya veía como la mejor forma de adoctrinar a la sociedad en el ideario fascista.

El problema era la necesidad de «depurar» el contenido ideológico del neorrealismo, fuertemente relacionado con una mentalidad de izquierdas; así se explica la ambigua relación de *Primer Plano* con una corriente que a la vez puede servir de instrumento político, al mismo tiempo que se le critica su carácter «negativo», la crítica social impulsada por el neorrealismo, pero esto se podía superar si se consideraba que el neorrealismo es en realidad un producto del propio fascismo italiano y que las obras realizadas en los inmediatos años de la posguerra son en realidad una fase más de este movimiento.

Así al entroncar neorrealismo con fascismo, se hacía más fácil interpretar que el neorrealismo podría tener como mejor ámbito de desarrollo en la propia España franquista, supuestamente libre del «decadentismo liberal europeo» y para rematar la interpretación incluso se llega a creer que el neorrealismo proviene de una tradición cultural española anterior al propio cine, a la hora de justificar un imposible «salto» del neorrealismo de Italia a España y que este movimiento pudiese dar sus mejores resultados en España.

Con el recurso del neorrealismo se trataba de desarrollar al máximo el discurso interclasista típico de los fascismos, en este caso tratando de mostrar una «esencia

nacional» como si fuese algo «natural»; así el cine como arte de masas era el medio ideal a la hora de conseguir una máxima naturalización de la ideología nacionalista del propio régimen, aunque cada corriente del franquismo tratase de potenciar los componentes nacionales que más les interesasen, como forma de crear un «consenso social» que permitiese superar sus conflictos internos; pero el precio a pagar fue el de caer en una visión irracionalista de la propia sociedad española, al no tener en cuenta la propia realidad social del país y pensar que esta es simplemente la manifestación de una «esencia nacional», así la ideología sustituye a la propia realidad, imposibilitando cualquier tipo de análisis verdaderamente realista.

Esto se aprecia claramente en *Surcos*, que pese a las buenas intenciones de sus responsables y aunque abordase un tema tan importante como la emigración, lo hace bajo una interpretación ideológica, que a la larga impide un análisis más profundo del fenómeno; habría que esperar a las películas posteriores de Nieves Conde donde sí toma una mejor perspectiva sobre los problemas de la sociedad española, pero en *Surcos* se llega a la conclusión de que la emigración no es producto de las deficiencias de la sociedad rural española de los años 50, sino simplemente producto de un «engaño» de las «decadentes» clases urbanas, que hacen creer a los «inocentes» campesinos castellanos que en la ciudad se vive mejor que en el campo, así se trataba de obviar que la tan reivindicada sociedad rural castellana, sufría un proceso de descomposición, manifestado por la emigración, que provocaría su completa transformación a partir de los años 60; sólo cuando surja ya en los años 50 una nueva oposición política al régimen, se empezará a plantear con un mayor rigor los problemas de la España franquista, pero esto ya es otro tema de investigación.

LA SECRETARÍA GENERAL DEL MOVIMIENTO COMO PILAR ESTRUCTURAL DEL PRIMER FRANQUISMO, 1937-1945

Mercedes Peñalba Sotorrio
Centro Universitario Villanueva

La presente comunicación pretende mostrar el papel que tuvo la Secretaría General del Movimiento en la construcción, estructuración y estabilización del régimen franquista, en su primera época. Para ello, esbozaremos primero los antecedentes y la naturaleza de la institución, para pasar, a continuación, a repasar los hitos principales de su evolución histórica entre 1937 y 1945, y finalizar con una evaluación del papel y función que tuvo la Secretaría dentro del régimen franquista.

Sin embargo, antes de comenzar, es preciso señalar que los resultados aquí presentados son fruto de una tesis doctoral, por lo que nos centraremos en esbozar y defender, únicamente, las aportaciones más importantes de dicha investigación.

Antecedentes y naturaleza de la Secretaría General del Movimiento

Los antecedentes de la Secretaría General hay que buscarlos, inevitablemente, en la estructura organizativa de Falange Española de las JONS y por tanto, en los estatutos de 1934¹, en los que se establecía la existencia de un secretario general de la organización, puesto que recayó en un íntimo amigo de José Antonio Primo de Rivera, Raimundo Fernández Cuesta². La función principal del secretario general, en los orígenes del partido, era la de actuar como enlace entre el Mando Nacional y las Jefaturas Provinciales. Es más, según el testimonio de Manuel Valdés Larrañaga, el principal motivo que adujo José Antonio para instituir dicha figura, fue garantizar que

¹ En la obra de Chueca se puede consultar un cuadro sinóptico, para la comparación de las normas estatutarias de 1934, 1937 y 1939, CHUECA, R.: *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco: un estudio sobre FET JONS*, Madrid, CIS, 1983, pp. 409-452.

² Stanley Payne ya señaló que Cuesta pasó a formar parte de la Junta de Mando de Falange Española de las JONS, tras ingresar en el partido, PAYNE, S.: *Franco y José Antonio, el extraño caso del fascismo español: historia de la Falange y del Movimiento Nacional (1923-1977)*, Barcelona, Planeta, 1997, p. 185. Por otra parte, el falangista Valdés Larrañaga cuenta en sus papeles personales que José Antonio presentó a Cuesta como amigo de la infancia, y que lo situó en un el puesto de secretario general, estableciendo que absorbiera las funciones de la extinta Jefatura de Provincias, Archivo General de la Universidad de Navarra / Manuel Valdés Larrañaga /011/149.

las órdenes que recibían los jefes provinciales emanaran directamente de su mando³. El secretario se encargaba de transmitir las órdenes de la jefatura, mantener la comunicación entre el jefe y las demás jerarquías, vigilar la marcha de los servicios y llevar constancia documental de la actuación de la organización⁴. En este sentido, su función era, ante todo, la de actuar como apoyo fiel del mando nacional, función que heredarían y cumplirían los secretarios generales del Movimiento para con Franco, como Fernández Cuesta la había cumplido para con José Antonio.

Sin embargo, existe una gran diferencia entre el papel asumido por Cuesta en la Falange de preguerra y el que tendría que asumir en la FET de la posguerra. Al fin y al cabo, en sus orígenes, el secretario general era una figura más, que asistía al mando en la gestión de un partido minoritario y en proceso de construcción. Cuando en 1937, Raimundo Fernández Cuesta reciba el encargo de dirigir la recién creada Secretaría General del Movimiento, se encontrará con la gestión de un partido masificado, dentro de un Estado en proceso de construcción.

Cuando se produjo la Unificación de 1937⁵, FE de las JONS adquirió categoría de partido de Estado, aunque esto implicara aceptar como socia forzosa a la Comunión Tradicionalista. Por supuesto, fueron muchos los falangistas que prefirieron enfocar esta asociación como una absorción del tradicionalismo por parte del falangismo, y que actuaron en consecuencia. En cualquier caso, el decreto de Unificación supuso la transposición de la estructura y del ideario falangista al naciente Movimiento Nacional.

La misión de transformar Falange Española en un partido estatal fue encomendada al Secretariado o Junta Política. Como puede verse, no se establecía diferencia alguna entre ambos organismos, a los que, por el momento, se consideraba una misma entidad, y cuya función principal era «auxiliar a su Jefe en la preparación de la estructura orgánica y funcional del Estado, y colaborar, en todo caso, a la acción de gobierno»⁶. Evidentemente, el partido era parte integrante de dicha estructura estatal. De este modo, el Secretariado aparecía como la entidad que, ante todo, debía conectar partido y Estado.

³ AGUN/MVL/011/149.

⁴ Estatutos de 1934, ver: CHUECA, R.: *El fascismo en..., op. cit.*, p. 430.

⁵ BOE, nº 182, 20 de abril de 1937.

⁶ *Ibid.*

Sin entrar a valorar la actividad del Secretariado Político, señalaremos que su existencia fue breve, ya que en diciembre de 1937 fue nombrado Secretario General, Raimundo Fernández Cuesta. A partir de este momento se puso en práctica la estructura prevista en los Estatutos de 1937⁷, y el Secretariado quedó desdoblado en sus organismos originarios: la Secretaría General y la Junta Política.

Por lo que respecta al Secretario General, la integración de su figura dentro de FET y de las JONS conllevó una ampliación de sus funciones. Además de las anteriores, el secretario se encargaba ahora de proponer al mando las medidas que considerase convenientes para la disciplina y actividad del Movimiento, que no trascendieran a la competencia del Consejo Nacional; de actuar como secretario en las reuniones del Consejo Nacional; de ser enlace entre el Ministerio y el Estado participando en las tareas del Gobierno y de presidir las reuniones de la Junta Política, en ausencia del Jefe Nacional⁸.

De este modo, en casi todos los aspectos referentes a la organización y jurisdicción sobre el partido, el Secretario General figuraba como el segundo de a bordo del Jefe Nacional. La única jurisdicción que se le escapaba era la de las milicias, que quedaban bajo la jurisdicción del Jefe Nacional, a través del Jefe segundo de las milicias.

Evolución histórica, 1937-1945

Como hemos adelantado, tras la Unificación, las funciones de la Secretaría fueron desempeñadas por un Secretariado Político. Como se ha narrado numerosas veces, el primer puesto dentro de este organismo recayó en Manuel Hedilla Larrey⁹, que había actuado como jefe nacional provisional de Falange hasta abril de 1937. Sin embargo, la negativa de Hedilla a formar parte de dicho organismo y su rechazo de la Unificación provocaron su arresto y condena¹⁰. Tras estos hechos, el Secretariado quedó constituido por Tomás Domínguez Arévalo; Darío Gazapo; Tomás Dolz de

⁷ Estatutos de FET y de las JONS, *Boletín del Movimiento (BM)*, nº 291, 7 de agosto de 1937.

⁸ *Ibid.*

⁹ *BOE*, nº 187, 25 de abril de 1937.

¹⁰ Para más información sobre Hedilla, aparte de las obras clásicas sobre la historia del partido citadas en esta comunicación, ver: HEDILLA, M., y JEREZ RIESCO, J.L.: *La falange del silencio: escritos, discursos y declaraciones del II Jefe Nacional de la Falange*, Madrid, Barbarroja, 1999 y GARCÍA VENERO, M.: *Testimonio de Manuel Hedilla*, Barcelona, Acervo, 1972.

Espejo; Joaquín Miranda; Luis Arellano; Ernesto Giménez Caballero; José María Mazón; Pedro González Bueno, Ladislao López Bassa y Fernando González Vélez¹¹.

El primer objetivo del Secretariado Político fue hacer realidad la Unificación, a través de la integración efectiva, en el nuevo partido, de las dos organizaciones que debían darle forma, Falange y la Comunión Tradicionalista. Para ello, el Secretariado cursó unas normas de integración¹², en las que se especificaba cómo debía llevarse a cabo la fusión de los servicios de ambas organizaciones y cómo debía procederse a la integración de los mandos provinciales. Respecto a los servicios, salió favorecido el falangismo, ya que contaba con mayor número de secciones. En cuanto al reparto de las jefaturas provinciales, a falta de un estudio específico sobre el particular, podemos decir, únicamente, que hubo una verdadera lucha por hacerse con el control de las mismas, por encima de las normas consignadas por el Secretariado Político, aunque no podemos afirmar, por el momento, qué organización resultó más favorecida.

Las milicias se recordaban unificadas, pero continuaban bajo mando militar, por lo que lo único que hizo el Secretariado fue asignarles un asesor político en cada provincia. Respecto a los sindicatos, se tomó la decisión de dejar que fueran los delegados sindicales de cada organización los que acordaran el modo de llevar a cabo la integración¹³. En cualquier caso, el hecho es que la integración fue complicada y que generó fuertes tensiones en el nuevo partido. Prueba de ello es que el Secretariado Político se vio obligado a recordar, una y otra vez, las normas de integración.

Otra preocupación habitual fue la obtención de una organización jerárquica, disciplinada y controlada. Para ello, el Secretariado puso en marcha diversas medidas. Entre otras, se intentó controlar la celebración de actos para recaudar fondos por parte de los miembros del partido¹⁴; se aleccionó a los afiliados para que atajaran cualquier murmuración¹⁵, con el objetivo de preservar tanto la moral en situación de guerra, como la disciplina dentro del partido recientemente unificado; se procuró controlar la economía del partido y sus distintas delegaciones y jefaturas, para acabar

¹¹ BOE, nº 271, 13 de mayo de 1937.

¹² AGA 9 (17.12) 51/21102.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Circular nº 3, 7 de junio de 1937, AGA 9 (17.12) 51/21102.

¹⁵ Circular nº 5, 15 de junio de 1937, AGA 9 (17.12) 51/21102.

con la corrupción¹⁶; se previno a los jefes provinciales para que no recomendaran para cargos a afiliados que mostraran «apetitos de mando e instintos caciquiles»¹⁷; y se pusieron en marcha mecanismos para vigilar el comportamiento de los afiliados y las actividades de los distintos organismos del partido¹⁸. Por último, en fecha muy temprana, junio de 1937, el Secretariado decidió reabrir la admisión de afiliados¹⁹, probablemente con la intención de suavizar las tensiones que había producido la Unificación, así como para homogeneizar la organización y hacerla efectivamente representativa de la composición política de la España sublevada. Gracias al Secretariado Político, FET y de las JONS comenzaba a funcionar como un verdadero partido, aunque no exento de constantes tensiones.

A finales de 1937, y como ya hemos adelantado, el Secretariado Político desaparecería, al quedar desdoblado en una Secretaría General y una Junta Política. El elegido para tomar el relevo fue el antiguo secretario general de FE de las JONS, Raimundo Fernández Cuesta.

Tras el periodo de desorganización al que se había enfrentado el Secretariado, Cuesta se encontraba con un partido más o menos estructurado. La Secretaría General se había organizado en doce servicios nacionales o delegaciones, que debían funcionar bajo la inspección, dirección y jurisdicción del Secretario General. Estos eran el Servicio Exterior²⁰, Educación Nacional, Organización Juvenil, Justicia y Derecho, Tesorería y Administración, Comunicaciones y Transportes, Sección Femenina, Obras Sociales, Iniciativas y Orientaciones de la Obra del Estado, Sindicatos, Prensa y Propaganda, e Información e Investigación²¹. A estos, habría que añadir el Auxilio de Invierno, integrado dentro de Sección Femenina.

Por otra parte, el recién nombrado secretario debía compartir la orientación del partido con la Junta Política. Según los estatutos, la Junta Política funcionaba como delegación permanente del Consejo Nacional, y tenía una función meramente

¹⁶ Circular nº 3 y nº 6, AGA 9 (17.12) 51/21102.

¹⁷ Circular nº 4, 10 de junio de 1937, AGA 9 (17.12) 51/21102.

¹⁸ Circular nº 6, junio de 1937, AGA 9 (17.12) 51/21102. Sobre el control de los afiliados, ver Circular nº 14, 9 de septiembre de 1937, AGA 9 (17.12) 51/21102; *BM*, nº 4, 15 de septiembre de 1937.

¹⁹ Circular nº 8, 24 de junio de 1937, AGA 9 (17.12) 51/21102.

²⁰ Circular nº 27, *BM*, nº 12, el 15 de enero de 1938. No obstante, parece que este servicio funcionaba ya en la Falange de preguerra desde fines de 1935 o comienzos de 1936, ver: GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «El servicio exterior de Falange y la política exterior del primer franquismo: consideraciones previas para su investigación», *Hispania: Revista española de historia*, 186 (1994), p. 281.

²¹ Estatutos de FET y de las JONS, *BM*, nº 291, 7 de agosto de 1937.

consultiva. Sin embargo, la modificación del artículo 31 convirtió a la Junta en órgano permanente de gobierno de FET, sin perder su carácter de delegación del Consejo²². En ella, el Secretario General, miembro por derecho de la Junta, por ser secretario del Consejo, no gozaba de una posición superior a la de los demás. Sin embargo, a pesar de tener que consultar con la Junta, siempre tendrían preeminencia para el secretario las órdenes del Jefe Nacional. En cualquier caso, la Junta Política no quedaría constituida hasta marzo de 1938.

En el mes de enero de 1938, un mes después de haber sido nombrado Secretario General, Fernández Cuesta fue designado ministro de Agricultura²³. Este nombramiento había sido una concesión al falangismo, pero, como él mismo reconocería²⁴, Cuesta no contaba con los conocimientos necesarios para encargarse de este ministerio. Por ello, optó por designar a un grupo de expertos para que se encargase de la gestión del Ministerio de Agricultura²⁵, mientras él se entregaba a su papel como Secretario General.

Una de sus primeras acciones, al frente de FET, fue la de construir, a su alrededor, una estructura administrativa, para que le ayudara en su cometido. Creó así una Secretaría Técnica, al frente de la cual situó a Joaquín Garrigues²⁶. Dentro de este organismo, trabajaron Pedro Laín Entralgo, Javier Conde, Antonio Tovar, Rodrigo Uría²⁷, Fernando González Vélez, Agustín Aznar y Rodríguez Jimeno²⁸. Esta decisión refleja claramente que Fernández Cuesta era consciente de la ingente labor que tenía entre manos.

De hecho, ya en 1937, recién llegado a la zona sublevada, Fernández Cuesta dejó claro que la situación había cambiado. En una de las primeras entrevistas que concedió, el entrevistador le preguntó qué diferencias encontraba entre la Falange de guerra y la recientemente unificada. Fernández Cuesta contestó del siguiente modo:

²² Decreto 417, BOE, nº 404, 28 de noviembre de 1937.

²³ BOE, nº 468, Burgos, 1 de febrero de 1938.

²⁴ «al no ser un experto en materias agrícolas. [...] se me dijo que, dada mi significación falangista, era una ocasión de llevar al campo un programa de justicia social con una adecuada reforma agraria», FERNÁNDEZ CUESTA, R.: *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Madrid, Ediciones Dyrsa, 1985, p. 175.

²⁵ FERNÁNDEZ CUESTA, R.: *Testimonio...*, op. cit., p. 175.

²⁶ Joaquín Garrigues estuvo autorizado para proponer a los demás colaboradores, AGA 9 (17.04) 52/14107.

²⁷ FERNÁNDEZ CUESTA, R.: *Testimonio...*, op. cit., p. 176.

²⁸ RIDRUEJO, D.: *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 127.

La Falange ha perdido en intensidad lo que ha ganado en extensión. Está pasando por la crisis que representa el tránsito de la oposición rebelde al Poder, tránsito que exige una extensión de consignas que no todos comprenden a primera vista; pero como tenemos absoluta fe en el Caudillo que la dirige, y como conserva su ardor combatiente y revolucionario de siempre, estoy convencido de que pronto se habrá adaptado toda ella a la posición definitiva²⁹.

Conociendo estas declaraciones, no debe extrañar que la primera medida cursada por Cuesta fuera la de prohibir la publicación de cualquier texto que pretendiera interpretar el punto nº 9, referente a la organización sindical de España. Tal y como argumentaba el Secretario General, la interpretación de la doctrina era «función privada del Jefe Nacional». No obstante, la Secretaría animaba a que se enviaran estudios sobre el particular³⁰. Con esta decisión, Cuesta dejaba dos cosas claras, primero que las cuestiones doctrinales podían discutirse en el partido, de forma controlada, pero que en ningún caso debían trascender a la sociedad; y en segundo lugar, que su papel era, ante todo, apoyar al Jefe Nacional, líder indiscutible del partido.

Fernández Cuesta daba, así, claras muestras de que la principal preocupación para la dirección del movimiento debía ser el control de sus actividades y declaraciones, y en este sentido cursó sus circulares. Su intensa labor al frente del Movimiento, se centró, por tanto, en obtener una organización controlada, jerarquizada, disciplinada y depurada³¹. Entre sus medidas más importantes destacaremos el gran interés por recabar información sobre el propio partido –número de afiliados, informes sobre jerarquías y sobre las distintas secciones– así como por poner dicha información al servicio del Jefe Nacional³². Asimismo, es preciso señalar que fue Cuesta quien puso en marcha los primeros ensayos para instaurar una red de

²⁹ ABC de Sevilla, 29 de octubre de 1937.

³⁰ BM, nº 11, 1 de enero de 1938.

³¹ Entre otras cosas, Fernández Cuesta fue el redactor de la normativa sobre distintivos y emblemas del movimiento, - BM, nº 15, 1 de marzo de 1938 - así como de la norma disciplinaria, Ordenanza de 25 de mayo de 1938, BM, nº 21, 1 de junio de 1938. Asimismo, inició la depuración, que comenzó afectando a la revisión de las solicitudes de admisión al partido - Circular nº 28, 23 de marzo de 1938, AGA 9 (17.02) 51/18956-, y que acabó alcanzando a las jerarquías provinciales y locales, Circular nº 34, 28 de mayo de 1938, BM, nº22, 15 de junio de 1938, y Oficio circular, 3 de junio de 1938, BM, nº22, 15 de junio de 1938.

³² Circular nº 26 bis, 17 de febrero de 1938, BM, nº 15, 1 de marzo de 1938.

escuelas de mandos, destinadas a acabar con la deficiente formación doctrinal de las jerarquías del partido³³.

No obstante, quizá sus aportaciones más destacadas fueron la legitimación azul del régimen de Franco, a través de su retórica³⁴, y su colaboración en la redacción del Fuero del Trabajo³⁵, aunque el limitado espacio con el que contamos, no nos permite profundizar en estos aspectos.

Por último, dentro de esta etapa, resulta inevitable hacer referencia al fallido proyecto de reorganización del partido, presentado por Dionisio Ridruejo³⁶ en 1938. Esta propuesta estaba encaminada a garantizar que la organización funcionara jerárquicamente, así como a dotar al partido de un «completo instrumento de mando», que hiciera factible la «autenticidad en la proyección del Movimiento sobre las masas». Para ello, las medidas a implantar serían: la depuración severa de FET, la creación de una elite dentro del partido; la institución de escuelas de formación política; la creación de tres vicesecretarías dentro de la Secretaría General del Movimiento; la creación de un Frente de Trabajo; garantizar la intervención de FET en la dirección de vida cultural española; la subordinación de las milicias a un mando falangista, aunque supeditado al Ejército; la creación de una policía política; el control de la educación juvenil; la estructuración del Servicio Exterior como una «segunda diplomacia»; y por último, la promulgación de un Fuero del Movimiento, que garantizase los privilegios del partido³⁷. Como se puede ver, el proyecto reflejaba tanto una clara tendencia totalitaria, como el afán del partido por copar las funciones del

³³ Circular nº 60, 26 de julio de 1939, AGA 9 (17.12) 51/21102.

³⁴ Este tema se estudia en profundidad en mi tesis doctoral, «Estado y partido: la evolución de la Secretaría General del Movimiento (1937-1945)»; Tesis, Universidad de Navarra, 2010, pero una primera aproximación puede consultarse en PEÑALBA, M.: *Falange Española: historia de un fracaso (1933-1945)*, Pamplona, Eunsa, 2009, pp. 258-266.

³⁵ Sobre el Fuero del Trabajo, ver PAYNE, S.: *Falange. A History of Spanish Fascism*, Stanford, Stanford University Press, 1961, p. 186; RIDRUEJO, D.: *Casi unas...*, op. cit., p. 195; TUSELL, J.: *Franco en la Guerra Civil: una biografía política*, Barcelona, Tusquets, 1992, p. 256; PAYNE, S.: *Franco y José Antonio...*, op. cit., pp. 457-458; TUSELL, J., y QUEIPO DE LLANO, G.: «El Fuero del Trabajo: origen y contenido», en TUÑÓN DE LARA, M. (coord.): *La guerra civil española*, vol. 20, 1997, pp. 74-81 y BERNAL GARCÍA, F.: *El sindicalismo vertical: burocracia, control laboral y representación de intereses en la España franquista (1936-1951)*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, p. 110.

³⁶ RIDRUEJO, D.: *Casi unas...*, op. cit., p. 195; PAYNE, S.: *Franco y José Antonio...*, op. cit., p. 465.

³⁷ Las referencias historiográficas sobre el contenido de este proyecto pueden encontrarse en: ÁLVAREZ PUGA, E.: *Historia de la Falange*, Barcelona, Dopesa, 1969, pp. 184-185 y PAYNE, S.: *Falange...*, op. cit., p. 185. No obstante, la información utilizada en este estudio proviene del documento: Anteproyecto de una reorganización de F.E.T. y de las J.O.N.S., AGA 9 (17.02) 51/18956.

Estado. No es extraño, por tanto, que la propuesta irritara a Franco y que fuera frontalmente rechazada³⁸.

Sin embargo, gracias a nuestra investigación hemos podido comprobar que la mayor parte de las propuestas sí se pusieron en práctica, aunque de modo más limitado. Por ejemplo, durante el mandato de Cuesta, podemos señalar la puesta en marcha de la depuración y de las primeras escuelas de mandos –a las que ya hemos hecho referencia–, así como la creación de tres vicesecretarías, que, aun sin denominación ni competencia específica³⁹, pasarían a asistir al Secretario General en sus labores, sin que por ello desapareciera la Secretaría Técnica.

El año 1939 representaría un punto de inflexión para la Secretaría General, ya que, mediante la reforma de los Estatutos⁴⁰, aparecía la figura del Presidente de la Junta Política, cargo que recaería en Ramón Serrano Suñer. Además, los nuevos estatutos relegaban al Secretario General a un tercer plano, ya que el Presidente de la Junta pasaba a absorber funciones que antes habían correspondido a Cuesta, como la misión de actuar de enlace entre el Estado y el partido. Además, el Secretario General, ya no podía hacer propuestas o estudios, si estos trascendían la competencia del Consejo Nacional o de la Junta. A cambio, recibía la categoría de ministro y pasaba a contar con un vicesecretario general, para que le asistiera en la dirección del partido. El ascenso de Serrano iba a marcar la pérdida de protagonismo e influencia de la Secretaría.

El fin de la guerra civil trajo consigo un cambio de mando de FET. Raimundo Fernández Cuesta fue sustituido por el general Agustín Muñoz Grandes, un militar de filiación falangista, al que se encomendaba también el mando directo de la milicia⁴¹. Como ha señalado Rodríguez Jiménez, el falangismo de Muñoz Grandes no podía ocultar que su nombramiento implicaba un control militar sobre el partido⁴². Sin embargo, el nuevo secretario hubo de enfrentarse al protagonismo, cada vez más acusado, de Serrano, que contaba, además, con un fiel aliado dentro de la Secretaría,

³⁸ PAYNE, S.: *Falange...*, op. cit., p. 186; PAYNE, S.: *Franco y José Antonio...*, op. cit., p. 465; MERINO, I.: *Serrano Suñer: conciencia y poder*, Madrid, Algaba, 2004, p. 253;

³⁹ 25 de junio de 1938, *BM*, nº 23, 1 de julio de 1938.

⁴⁰ Decreto aprobando los Estatutos modificados de FET de las JONS, *BM*, nº 63, 10 de agosto de 1939.

⁴¹ *BOE*, nº 222, 10 de agosto de 1939.

⁴² RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 320.

el nuevo vicesecretario general, Pedro Gamero del Castillo. Esta alianza iba a ser importante, entre otras cosas, porque según el reglamento de la Secretaría General, el vicesecretario era el encargado del despacho inmediato con las delegaciones y jefaturas, así como de preparar los asuntos que debían someterse a la consideración del secretario⁴³. También en virtud de este reglamento, la Secretaría pasó a contar, dentro de su estructura, con un Servicio de Provincias, una Secretaría Política, una Secretaría de Servicios y una Oficialía Mayor.

A pesar de todo, Muñoz Grandes intentó desarrollar una intensa labor, basada en tres principios fundamentales: la fidelidad al Generalísimo, la disciplina y la justicia social. De este modo, el nuevo secretario centró su actividad en aleccionar a los miembros del partido sobre el estilo falangista⁴⁴, a fomentar las actividades sociales de FET⁴⁵, a contrarrestar el mercado negro⁴⁶, a garantizar el trabajo a los combatientes⁴⁷ y en crear un lazo entre la juventud universitaria y el Ejército⁴⁸. Por supuesto, esto no quiere decir que descuidara los problemas de organización, ni el control sobre el partido, ni la continuación de la depuración⁴⁹.

Sin embargo las tensiones y conflictos con el ala serranista del partido motivaron su dimisión, en marzo de 1940, alegando que se sentía controlado en el ejercicio de sus funciones⁵⁰. La Secretaría quedó vacante y sus funciones fueron desempeñadas interinamente por el hombre de Serrano, Pedro Gamero del Castillo. El vicesecretario se centró principalmente en la dirección administrativa y burocrática del partido. Pero, durante su mandato, se impulsaron importantes medidas, como la creación de nuevas

⁴³ Reglamento de la Secretaría General de FET y de las JONS, *BM*, nº 66, 10 de septiembre de 1939.

⁴⁴ Circular nº 87, 4 de noviembre de 1939, *BM*, nº 72, 10 de noviembre de 1939.

⁴⁵ Por ejemplo, pidió que se informara de las viviendas insalubres, para poder actuar en consecuencia, siempre en coordinación con el Ministerio de Vivienda, - Circular nº 64, 23 de agosto de 1939, *BM*, nº 65, 1 de septiembre de 1939; AFNFF, Doc. 26033 -; y puso en marcha las Juntas de Paro en las provincias - *BOE*, nº 244, 1 de septiembre de 1939-.

⁴⁶ Circular nº 82, 11 de octubre de 1939, *BM*, nº 70, 20 de octubre de 1939; AGA 9 (17.12) 51/21102.

⁴⁷ Circular nº 86, 4 de noviembre de 1939, *BM*, nº 72, 10 de noviembre de 1939.

⁴⁸ Según Muñoz Grandes, el SEU debía cumplir tres funciones: procurar oficiales al Ejército, formar una milicia universitaria y hermanarse con las regiones de iberoamericanas. Discurso ante el IV Congreso Extraordinario del SEU, *ABC*, 3 de enero de 1940.

⁴⁹ Muñoz Grandes fue el responsable de instituir las depuraciones quincenales, Circular nº 83, 16 de octubre de 1939, AGA 9 (17.12) 51/21102.

⁵⁰ VADILLO, F.: *Muñoz Grandes, el general de la división azul: de las arenas de Marruecos a las nieves de Rusia*, Madrid, Fundación Don Rodrigo, 1999, p. 104.

escuelas de mandos⁵¹, la creación del Frente de Juventudes⁵², el establecimiento de la Vieja Guardia⁵³ y la aparición de la Milicia Universitaria⁵⁴. Sin embargo, la crisis de mayo de 1941⁵⁵ pondría fin a su dirección interina.

Las tensiones en el seno del partido provocaron grandes cambios en la dirección del movimiento, entre los que figuraba, por supuesto, el nombramiento de un nuevo Secretario General. En esta ocasión, el puesto recayó sobre un «serranista», José Luis de Arrese y Magra. No obstante, a lo largo de su mandato, Arrese iba a demostrar que no era un hombre al servicio de Serrano, sino al servicio de Franco y de sí mismo.

Arrese llegaba a la Secretaría General con dos ideas claras: convertir Falange en un «movimiento limpio y unido que en forma indivisible se entrega con fanatismo a las órdenes de nuestro Jefe Nacional», y demostrar que la hermandad del Ejército y de la Falange era «inalterable»⁵⁶. Pero, sobre todo, tomó posesión de su cargo consciente de que, si quería tomar las riendas del partido, tendría que relegar a Serrano a un segundo plano, y así lo hizo, mediante una nueva reglamentación por la que las labores del Presidente de la Junta Política quedaban reducidas a la orientación ideológica del partido, mientras que el Secretario General afirmaba su poder ejecutivo, es decir el mando directo y la vigilancia sobre todos los organismos del partido⁵⁷. A pesar de estos cambios, en teoría, Serrano mantenía la facultad de nombrar a los cargos del Movimiento, aunque una consulta detenida de dichos nombramientos ha demostrado que, a partir del mes de septiembre, estos comenzaron a aparecer firmados únicamente por el Secretario General.

⁵¹ Ya durante el mandato de Muñoz Grandes, se había puesto en marcha la Escuela de Capacitación de Mandos de Madrid, que funcionaba al menos desde 1939, *ABC*, 30 de enero de 1940. Bajo la dirección de Gamero, se crearon la Escuela Nacional de Jerarquías de la Sección Femenina - *Fotos*, 11 de mayo de 1940 - y la Escuela Ramiro Ledesma Ramos de formación profesional obrera, *BOE*, nº 119, 28 de abril de 1940.

⁵² Ley instituyendo el Frente de Juventudes, *BOE*, nº 342, 7 de diciembre de 1940.

⁵³ En la prensa existen referencias a la Vieja Guardia de Madrid ya en abril de 1940, en el diario *ABC* señalando que se estaban emitiendo certificados no oficiales de pertenencia a la misma.

⁵⁴ Decreto de 22 de febrero de 1941 de Organización de la Milicia Universitaria, *BOE*, nº 64, 5 de marzo de 1941.

⁵⁵ Sobre la crisis de mayo, ver: ELLWOOD, S.: *Prietas las filis: historia de Falange Española (1933-1983)*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 127; SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Francisco Franco y su tiempo*, vol. III, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1984, pp. 237 y ss.; RUHL, K.-J.: *Franco, Falange y "Tercer Reich": España en la Segunda Guerra Mundial*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1986, pp. 64-65; PAYNE, S.: *Franco y José Antonio*,..., op. cit., pp. 528-533; FERRARY, A.: *El franquismo, minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, Pamplona, EUNSA, 1993, p. 164; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange*..., op. cit., p. 355.

⁵⁶ ARRESE Y MAGRA, J.L.: *Treinta años de política*, Madrid, Aguado, 1966, p. 379-380.

⁵⁷ *BOE*, nº 142, Madrid, 22 de mayo de 1941.

A pesar de revestir gran interés, el limitado espacio de esta comunicación y la amplitud del tema tratado nos impiden analizar aquí la retórica arresista⁵⁸, por lo que pasaremos directamente a señalar las aportaciones más importantes de Arrese. En este sentido, el nuevo secretario concentró sus esfuerzos en la estructuración y depuración interna del partido. Para ello, la primera medida fue declarar el comienzo de una depuración total, que aspiraba a alcanzar a todos los afiliados sin excepción⁵⁹. No obstante, el límite originario, establecido en seis meses, se demostró utópico, por lo que la depuración no fue concluida hasta febrero de 1945⁶⁰. De hecho, para poder terminarla dentro de un plazo razonable, decidió excluir a las altas jerarquías del proceso depuratorio⁶¹. Sin embargo, parece indudable que a finales de 1944, FET se había convertido en una organización limpia, ordenada y entregada a Franco.

En cuanto a la estructuración del partido, debemos citar, en primer lugar, la reorganización de la Secretaría en torno a cuatro vicesecretarías –General, de Obras Sociales, de Educación Popular, y de Servicios– que se repartían el control de las distintas delegaciones⁶². Entre ellas, la más destacada fue la de Educación Popular, que pasó a absorber todos los servicios de prensa y propaganda⁶³, antes en manos del grupo de Serrano. Esto suponía un claro incremento de la influencia de la Secretaría General sobre la propaganda del partido y el mundo de la cultura. Asimismo, fue Arrese el responsable de dotar al partido de un Estatuto de funcionario⁶⁴, colaborando con ello a la estructuración definitiva y a la burocratización de la organización.

Clara muestra del peso que estaba adquiriendo el Secretario General, fue el hecho de que Franco le encargara la elaboración de la ley de Cortes⁶⁵. Este gesto fue una prueba más de que la era serranista llegaba a su fin, aunque hizo falta que se produjeran los incidentes de Begoña, para que Franco tomara la decisión de destituir a

⁵⁸ No obstante, estos aspectos han sido analizados en la tesis doctoral, por lo que dicho análisis figurará pronto en próximas publicaciones. Mientras tanto, remitimos a DIEGO GONZÁLEZ, A.: *José Luis Arrese o La Falange de Franco*, Madrid, Actas, 2001.

⁵⁹ Ordenanza de depuración del partido, 20 de noviembre de 1941, *BM*, nº 128, 20 de noviembre de 1941.

⁶⁰ Orden, 14 de noviembre de 1944, *BM*, nº 236, 20 de noviembre de 1944.

⁶¹ *Boletín del Consejo Nacional de FET y de las J.O.N.S. (BCN)*, nº 12, octubre de 1943; *BM*, nº 195, 1 de octubre de 1943.

⁶² Decreto de 28 de noviembre de 1941, *BOE*, nº 334, 30 de noviembre de 1941.

⁶³ Orden de 15 de octubre de 1942, *BM*, nº 161, 20 de octubre de 1942.

⁶⁴ Estatuto General de los funcionarios de F.E.T. y de las J.O.N.S., 19 de febrero de 1942, *BM*, nº 137, 20 de febrero de 1942.

⁶⁵ ARRESE Y MAGRA, J.L.: *Una etapa constituyente*, Barcelona, Planeta, 1982, p. 145.

su cuñado⁶⁶. En el momento en que Serrano abandonó la escena política, la actividad de la Secretaría no sólo se estabilizó, sino que se vio apoyada por el Consejo Nacional y la Junta Política, que comenzaron a trabajar con periodicidad germana y bajo la dirección directa del Secretario General. A partir de entonces todos los proyectos del partido fueron estudiados, en conjunto, por el Secretario y el Consejo Nacional⁶⁷. Es cierto que la inauguración de las Cortes parecía poner fin al papel de legislador al que el Consejo Nacional siempre había aspirado, sin embargo, en esta etapa, las leyes más importantes pasaron por el Instituto de Estudios Políticos, la Secretaría General, la Junta Política y el Consejo Nacional, todos ellos altos órganos del partido, antes de ser sometidas al estudio y votación de las Cortes.

Ya asentado como uno de los hombres de confianza de Franco, Arrese pasó a encargarse de una complicada labor: negar el carácter totalitario del régimen y afirmar la inspiración católica del falangismo⁶⁸. Este cambio del discurso oficial alcanzó su broche de oro con la publicación de *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*. Sin embargo, esta misma defensa del carácter antitotalitario del falangismo haría necesaria la destitución de Arrese, al finalizar la II Guerra Mundial.

Las dos últimas aportaciones del secretario fueron la creación de la Inspección Nacional de Ordenación y Encuadramiento⁶⁹ y su participación en la redacción del Fuero de los Españoles⁷⁰. Fiel a su Jefe Nacional, Arrese abandonó la Secretaría General a mediados de 1945, cumpliendo así una función importante: evidenciar el giro político del franquismo.

Evaluación del papel y función de la Secretaría General

dentro del régimen franquista

Como acabamos de ver, en este periodo ocuparon la Secretaría tres hombres que hicieron su entrada en la política portando carta de naturaleza falangista, de

⁶⁶ BOE, nº 247, 4 de septiembre de 1942.

⁶⁷ Entre los numerosos proyectos que estudió el Consejo Nacional, destacaremos únicamente la institución de la Obra de Lucha contra el Paro y la creación del Consejo Económico Sindical. Ver BCN, nº 9, julio de 1943; BM, nº 187, 10 de julio de 1943 y Decreto por el que se crea el Consejo Económico Sindical, BOE, nº 54, 23 de febrero de 1944.

⁶⁸ Como él mismo afirmaría, había llegado el momento de dejar de mirar con nostalgia hacia el pasado, y comenzar a centrarse en el futuro, ver «Discurso a la Vieja Guardia», 30 de mayo de 1943, ARRESE Y MAGRA, J.L.: *Treinta años...*, op. cit., p. 430

⁶⁹ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange...*, op. cit., p. 450-451.

⁷⁰ «El Fuero de los Españoles», ARRESE Y MAGRA, J.L.: *Treinta años...*, op. cit., pp. 1074-1076.

mayor o menor prestigio, y que por tanto se revelaban claros representantes de dicha familia política. Sin embargo, la unificación obligaba a los secretarios, al menos en teoría, a representar a todas las familias del Movimiento y no a uno sólo de sus componentes. Aun así, en esta etapa, incluso Franco consideró útil permitir cierto protagonismo falangista, por encima de otras familias políticas.

Sin embargo, al analizar el papel representativo de los secretarios generales, resulta evidente que por encima de diferencias personales y de preferencias ideológicas, la nota común a todos ellos fue la lealtad a Franco, al que representaron por encima de cualquier sector concreto. Al fin y al cabo, la Secretaría había sido concebida, desde sus orígenes, como una pieza de unión entre el Mando y las Jefaturas Provinciales, instrumento clave para que el Jefe mantuviera su autoridad sobre el partido.

De hecho, fue gracias a este rol representativo que acabamos de resaltar, y que operaba sobre todo de cara al partido, y a la propia actuación de la Secretaría, centrada en controlar y disciplinar un movimiento tendente a la indisciplina y la inestabilidad, como los secretarios lograron reafirmar el liderazgo de Franco.

Lo cierto es que, como contrapartida a la posición de privilegio con la que contaba el partido, y que le facilitaba un importante cauce para influir sobre la sociedad, FET no tuvo prácticamente influencia sobre el gabinete ministerial, al menos por medio de la Secretaría. Tan sólo la presencia de Serrano, en los primeros años, otorgó influencia política directa a un sector del partido. Y fue precisamente debido a este protagonismo del jefe de la Junta Política, por lo que, en lo referente al ejercicio de su autoridad, la Secretaría experimentó una evolución no lineal, pasando primero por una fase en la que se le otorgó una verdadera autoridad sobre el partido y que duraría hasta 1939; para pasar inmediatamente a un segundo plano, desde el que, valga la redundancia, desarrollaría su papel como organismo secretario dentro de la organización, al quedar por debajo de la Junta Política y de su presidente; finalmente, con la salida de Serrano del gobierno, la Secretaría recuperaría su protagonismo y autoridad iniciales y optaría por el reforzamiento estructural de sus funciones y del partido.

A pesar de no contar con una verdadera influencia sobre el gobierno, la Secretaría no descuidó la construcción y estabilización del nuevo Estado. En este sentido, destacan cinco grandes aportaciones: la aceptación del nuevo papel de las

milicias, como cuerpo auxiliar de las fuerzas del estado y como conducto de formación premilitar y posmilitar de la población; la constante preocupación por frenar las medidas radicales y las exaltaciones personales dentro del partido, que pudieran poner en duda el liderazgo de Franco; el control doctrinal, inaugurado por Fernández Cuesta y culminado con la creación de la Vicesecretaría de Educación Popular, que implicaba el control unificado de la propaganda y la doctrina, y de las Escuelas de Mandos, que buscaban paliar la deficiente formación doctrinal de las jerarquías del partido, presentes y futuras; la legitimización azul del régimen a través de la identificación ideológica entre Franco y José Antonio; y la constante tendencia a la depuración.

Esta actitud, más moderada de lo que algunos esperaban, les atrajo las críticas de sus correligionarios, que cuestionaron su fidelidad a la doctrina falangista. No obstante, parece que la fidelidad al jefe y la práctica de gobierno, que hacía más apremiante la solución de los problemas concretos que la construcción inmediata del Estado pretendido, llevó a los secretarios generales a aceptar que la revolución, en sus diferentes acepciones, debía llevarse a cabo por fases y al ritmo que marcara el nuevo Jefe Nacional, por añadidura Jefe del Estado. Una postura similar adoptaron a la hora de afrontar la actualización de la doctrina falangista. La Secretaría aceptó la lenta implantación de los 27 puntos, especialmente de la organización sindical, lo que conllevó que la completa reorganización de la economía, la transformación de la relación de trabajo o la nacionalización de la banca no llegaran a producirse en esta etapa, aunque fueran anunciadas y estudiadas en numerosas ocasiones.

No obstante, a pesar de todo ello, la Secretaría fue seno de las primeras leyes fundamentales, entre las que destaca especialmente la ley de Cortes, de la que Arrese fue autor principal, y con la que se pretendía gestionar la participación del pueblo en las tareas del Estado, integrando dentro de la institución tradicional la representación familiar, municipal y sindical de la que hablara José Antonio.

Llegados a este punto, podemos establecer qué papel jugó la Secretaría dentro del nuevo sistema político. Esta institución se dedicó, principalmente, a controlar el partido único para someterlo a la autoridad de Franco, con la consiguiente estabilidad política que esto producía. Pero también tuvo un papel importante al dotar al Estado de una serie de instrumentos, a través de los cuales relacionarse directamente con la población, es decir, al convertir el partido en una correa de transmisión entre el pueblo

y el Estado. Por tanto, podemos afirmar que la Secretaría fue una institución vital para la construcción, la estabilización y el sostenimiento del franquismo; ya que se ocupó de convertir el partido único en uno de los sostenes del nuevo régimen, para, una vez cumplida esta misión, quedar vacía, desempeñando así un papel igualmente importante: evidenciar el giro político del sistema frente a la opinión pública extranjera y, sobre todo, frente a los organismos internacionales y los aliados comerciales, efectivos o potenciales.

Teniendo todo esto en cuenta, podemos esquematizar la evolución de la Secretaría, entre 1937 y 1945, en 4 etapas: una caracterizada por la necesidad de tomar el control del nuevo partido y de completar el proceso de unificación, y que abarcaría principalmente la gestión del Secretariado Político, aunque no se cerraría del todo con la llegada de Fernández Cuesta. Una segunda fase, en la que se comienza el proceso de adaptación de la estructura tomada de FE de las JONS y se empiezan a poner en marcha distintos instrumentos y organismos dentro del partido, y que se circunscribiría al paso por la Secretaría de Fernández Cuesta. Una tercera que abarca desde la toma de posesión de Muñoz Grandes hasta aproximadamente 1944, en la que la nota principal es la resolución de problemas concretos y la aparición de nuevas preocupaciones, que surgen en relación al proceso de estabilización del partido. Y finalmente, una cuarta etapa, que abarcaría el periodo entre 1944 y 1945 en el que, bajo la dirección de Arrese, se establece una nueva estructuración de FET, que posibilitará la prescindibilidad del propio secretario general.

Así, la Secretaría colaboró ampliamente a la transmutación del débil y germinal partido revolucionario de preguerra, en una macroorganización burocrática y tentacular. Burocratización que no habría sido causa tanto del fracaso falangista, como necesidad y destino insoslayable de todo partido que deja de ser instrumento de lucha para convertirse en gestor de las funciones que le encomienda el Estado.

Por tanto, a pesar de la escasa atención que la historiografía ha prestado a la Secretaría General, lo cierto es que este organismo fue clave para la construcción y estabilización del régimen, pues gracias a su actuación, los falangistas pasaron de guerreros a funcionarios, y su organización pasó a convertirse en una fiel, que no impotente, administración para el Estado.

GÉNERO Y FALANGE: UN RECORRIDO HISTORIOGRÁFICO SOBRE LA SECCIÓN FEMENINA

M^a Pilar Ramos Lozano
Universidad de Málaga

Franquismo, Falange y Sección Femenina, una inevitable historia comparada

El régimen franquista consigue su dilatada permanencia gracias al diseño de una maquinaria represiva muy eficaz, cuestión a la que se ha prestado gran atención por parte de los investigadores. Sin embargo, el debate historiográfico en torno a la naturaleza política del franquismo, oscilante entre la interpretación «funcionalista» de Linz difundida en los 70 del siglo XX y la interpretación «marxista» defendida, entre otros, por Fontana o Tuñón de Lara, pasó, a su vez, por diferentes y variadísimos matices, desde la discrepancia hasta el énfasis sobre una u otra postura. Encontramos una amplia terminología que, en mayor o menor medida, tenía en cuenta el marchamo fascista grabado en la caracterización e impronta del régimen, llenando páginas y más páginas de polémica, siendo Payne y Tusell quienes más profundamente trataron ese carácter fascista desde la perspectiva comparada.

Los regímenes fascistas de entreguerras presentan especificidades de variado carácter que contribuyeron a su surgimiento y consolidación. De forma habitual, como plantean Moreno o Paxton, la preeminencia de sus líderes consigue que, desde una confortable posición, olvidemos el apoyo que recibieron por parte de las masas de ciudadanos hábilmente conducidos por instituciones creadas a tal fin.

Así, comenzamos a descubrir propuestas interpretativas acerca del régimen franquista que llevan a pensar que fue necesario algo más que la represión para controlar, adoctrinar, movilizar o disuadir a la población; mantienen que el estudio de los apoyos sociales específicos, que hicieron posible una dictadura tan longeva, no solo por la avanzada edad del dictador, actuaron a modo de aval de permanencia¹ y provocaron e instalaron errores simplistas y cegadores que han llegado hasta nuestros días.

¹ LUZÓN, J.: “El estudio de los apoyos sociales del franquismo. Una propuesta metodológica”, en CASTILLO, S. (Ed.): *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, Siglo XXI, pp. 541-543.

La imagen del dictador omnipotente personaliza el fascismo y crea la falsa impresión de que podemos entenderlo perfectamente investigando solo al dirigente. Esta imagen, que aún sigue siendo poderosa hoy, es el último triunfo de los propagandistas del fascismo. Brinda una coartada a naciones que aprobaron o toleraron a caudillos fascistas y desvía la atención de las personas, los grupos y las instituciones que les ayudaron. Necesitamos un modelo más sutil del fascismo que explore la interacción entre caudillo y nación y entre partido y sociedad civil².

Las discusiones historiográficas más recientes en torno a la caracterización de los regímenes y dictaduras de entreguerras, ofrecen interpretaciones más integradoras y transversales que proporcionan «una idea más dinámica y pragmática de las relaciones entre el fascismo y la sociedad»³; el régimen necesitaba algo más que la represión, necesitaba dotarse de legitimación y de ideología, para lo que resultó de gran utilidad la Falange Española Tradicionalista y de las JONS así como sus organismos centrales, –como no, la Sección Femenina (en adelante SF)–, poniendo en contacto al régimen político y las masas, la colectividad *manejada* y al otro lado, *el que manda*⁴.

De esta manera seguimos encontrando motivos para volver a justificar la utilización del género como categoría analítica y como herramienta de análisis histórico. Si, como mantiene Cobo, el género es una construcción cultural, no podemos dejar de considerarlo un objeto de estudio dentro del campo de las ciencias sociales, por las evidentes consecuencias que se derivan para las mujeres en particular y, en general, para la vida de un país en todas sus facetas y aspectos. En este sentido, la gran contribución del feminismo ha sido ceder a las mujeres el protagonismo en la construcción de la historia cultural.

Constatamos, entonces, la existencia de una política común en los regímenes totalitarios del período de entreguerras en lo que a las mujeres se refiere, compartiendo la característica de la subordinación de sus mujeres ante el estado y que, todos ellos, reafirmaron una ideología en la que la mujer tenía su sitio en el hogar, se exaltaba la maternidad y se reforzaba a la familia como eje conformador de la sociedad. Así, la imagen de las mujeres se utiliza como elemento de reproducción

² PAXTON, R.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005, p. 17

³ SEVILLANO, F.: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1998, p. 44.

⁴ MARTÍN, R.: «El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo», en ÁLVAREZ, J. (comp.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, CIS-Siglo XX España Ed., 1987, p. 1.

social y estética para legitimarse y concienciar a estas de ser elementos precisos y conformadores del sistema.

Como recoge Blanco-Cambor⁵, la relación fascismo-mujer es prácticamente ignorada hasta la década de los ochenta, planteándose prácticamente a la vez en España y Alemania como fruto de las investigaciones desarrolladas por M^a Teresa Gallego y por Martin Klaus⁶ respectivamente, aunque con el precedente de la obra de Maria Antonietta Macciocchi⁷. Recientemente, en torno a este debate Rosario Ruiz⁸ observa que las relaciones de género no habían sido recogidas, y que se convierten en un elemento definidor del régimen y pueden resultar extremadamente clarificadoras, coincidiendo con Molinero en que se revelan evidentes. Ruiz da un paso más al afirmar que la vinculación de los regímenes fascistas con las mujeres consiste en una serie de estereotipos fundamentados en que se trata de *un sujeto idóneo*, como origen mismo del núcleo familiar; en el *discurso emocional*, que las convierte en protagonistas; y en *los motivos subyacentes*, tales como la recuperación demográfica y la adopción de políticas natalistas que la sitúan en la esfera privada bajo la tutela del varón.

Lo que se pone aún más de relieve es que la perspectiva global resulta necesaria para entender la difusión de unos contenidos propagandísticos y la incorporación de las mujeres a ese proyecto ideológico. La reflexión comparada sitúa la realidad española en el contexto europeo y se revela como un útil instrumento para confeccionar un esquema general sobre el franquismo, que formó parte de una actitud frente a las mujeres, mostrada por los distintos regímenes totalitarios del periodo de entreguerras a través de las organizaciones creadas para la concreción de sus ideas sobre la mujer y su lugar en la sociedad. La SF no fue un caso singular al constatar la existencia de organizaciones femeninas similares no solo en Europa sino en países tan alejados como Japón: «A pesar de la distancia geográfica y cultural que separa dos

⁵ BLANCO-CAMBLOR, M^a L.: «Similitudes y diferencias entre la Sección Femenina en España y la Bund Deutscher Mädel en la Alemania del Tercer Reich. Una aproximación», en SANTO TOMÁS, M., VAL, M.I. del, ROSA, C. de la y DUEÑAS, M.J.: *Vivir siendo mujer a través de la historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2007, p. 215.

⁶ GALLEGO, M^a T. y por KLAUS, M.: *Mädchen im Dritten Reich: Der Bund Deutscher Mädel*, Köln, Pahl-Rugenstein, 1983.

⁷ MACCIOCCHI, M^a A.: *La donna nera: consenso femminile e fascismo*, Milano, Feltrinelli, 1976.

⁸ RUIZ, R.: *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 24-27.

mundos —el Extremo Oriente y Europa—, el tratamiento otorgado a las mujeres en estas dictaduras fue universal: el antifeminismo»⁹.

El estado de la cuestión

Desde el punto de vista historiográfico, existen pocas obras de carácter general sobre la organización pese a su significado histórico, su repercusión social y el interés que como objeto de estudio suscita. Proceden, en la mayoría de los casos, de tesis doctorales que han visto la luz, quedando por publicar algunas de ellas¹⁰.

Este es, precisamente, el origen del trabajo, el pionero, realizado por M^a Teresa Gallego Méndez, *Mujer, Falange y Franquismo* (1983), que abarca un completo estudio de la SF desde su origen hasta 1945. Más adelante, el trabajo de Rosario Sánchez, *Mujer española, una sombra en el destino de lo universal. Trayectoria histórica de Sección Femenina de Falange (1934-1977)* fue presentado como tesina (1990), siendo el primero en abarcar toda la trayectoria temporal de la SF.

Pese a sus peculiares planteamientos y a su evidente parcialidad, resulta obligatorio citar la obra de Luis Suárez (1993), *Crónicas de la Sección Femenina y su tiempo*. Con ella disponemos de una valiosa cronología, por detallada y exhaustiva, de las actividades de la SF, procedente en su mayor parte de los archivos de la organización depositados por las antiguas afiliadas en la RAH y que abarca desde los inicios hasta la disolución.

En el año 2000, se publica *La España que bailó con Franco* que tiene como origen la tesis de Estrella Casero; la labor de los Coros y Danzas se convierte en objeto de estudio ayudando a superar la subestimación que, hasta ese momento, caracterizaba a la construcción cultural relacionada con lo femenino, yendo más allá de lo folclórico y lo artístico.

⁹ SAITO, A.: *Mujeres japonesas. Entre el liberalismo y el totalitarismo (1868-1945)*, Málaga, UMA, 2006.

¹⁰ LUENGO, A.: *Sección Femenina. Actividad musical*, Universidad de Barcelona, 1996; SÁNCHEZ, F. J.: *Las Cátedras ambulantes de la de la Sección Femenina de FET y de las JONS en Málaga (1955-1977)*, UMA, 1998. GÓMEZ, C.: *Mujeres para el régimen: falangistas y católicas, Discurso y adoctrinamiento ciudadano en Valladolid durante el primer franquismo*, Universidad de Valladolid, 2007. DELGADO, B.: *La Sección Femenina en Salamanca y Valladolid durante la guerra civil. Alianzas y rivalidades*, USAL, 2009; MORALES, A.: *Género, mujeres, trabajo social y Sección Femenina. Historia de una profesión feminizada y con vocación feminista*, UGR, 2010.

En 2004, con la publicación de *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de Falange, 1934-1959* de Kathleen Richmond, nos encontramos de nuevo con una monografía centrada en las propias militantes, mandos y afiliadas; procede igualmente de una tesis y plantea la cuestión contradictoria surgida entre el mensaje que preconizaban esas mujeres frente a su propia experiencia vital que nada tenía que ver con él.

Rosario Sánchez vuelve sobre el estudio de la organización y publica en 2007 *Entre la importancia y la irrelevancia. Sección Femenina: de la República a la Transición*; contempla todo el periodo de existencia de la organización, desvela nuevos datos sobre el desmantelamiento de la Sección y aporta perspectivas como el de las disidencias.

Existen otras monografías que sin tener como objeto de estudio exclusivo a nuestra organización la colocan en una posición destacada y conviene reseñarlas.

Otra tesis doctoral dará lugar al título aparecido en el 2007 *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo* de Rosario Ruiz. Este estudio del marco legal, el ordenamiento jurídico y el estudio de sus reformas resulta esencial para comprender el punto de partida de las que se produjeron años más tarde, ya en la Transición democrática. Se hace mención especial a la SF porque, necesariamente, tuvo que modificar su discurso ante la llegada de nuevos tiempos para las mujeres y no por una cuestión de prioridad.

Existe otro grupo de trabajos centrados en el Auxilio Social que nos aportan información valiosísima en lo referido a los inicios y a los años de la Guerra Civil. Serían *El Auxilio Social. La etapa fundacional y los primeros años (1936-1940)* de Mónica Orduña en 1996 y, por supuesto, *La sonrisa de Falange* publicada en 2006 de Ángela Cenarro.

Sólo a finales de los años ochenta y principios de los noventa las perspectivas se vieron ampliadas gracias a las investigaciones centradas en los ámbitos local y regional que, como mantiene Sánchez, se convierten en privilegiados observatorios. Los trabajos de Sofía Rodríguez para Almería, Inmaculada Blasco y Sescún Marías para Aragón, Mercedes Noval en Murcia, Heliodoro Pérez en el caso de Huelva o Antonieta Jarne en el de Lleida, realizan un seguimiento desde el ámbito regional o provincial y no desde la Delegación Nacional, generador de un enfoque burocrático y discursivo de

carácter urbano sobre la SF¹¹, por la variedad de mecanismos utilizados en la tarea homogénea de control social y propaganda que llevaba a cabo y alimentaba al régimen.

En realidad, el grueso del corpus teórico que tiene a la SF como objeto de estudio consiste en comunicaciones, artículos o capítulos de obras colectivas que reseñaré al final de este trabajo.

A través de las diferentes ediciones de encuentros consolidados dentro de nuestro país, constatamos cómo aumenta el interés por la movilización de las mujeres de Falange; será ya entrado el siglo XXI cuando irrumpa de forma imparable entre las preferencias de gran número de investigadores a medida que la categoría del género se va consolidando a la hora de estudiar y abordar cualquier aspecto de la dictadura o de la historia reciente de nuestro país.

Las diferentes ediciones de los *Encuentros de Investigadores del Franquismo* conforman un punto de referencia obligada en el ámbito de la historiografía académica sobre la España del siglo XX. Aunque desde sus comienzos encontramos aportaciones con la SF como protagonista, será en su cita de 2003 cuando nuestro objeto de estudio tendrá una presencia evidente y cuando, por primera vez, se constituye una mesa dedicada a la Mujer y el Franquismo. Igualmente en la edición de 2006 se incluyó una Mesa temática: «Las mujeres en la dictadura: Fascismo, catolicismo y resistencia», haciendo confluir otro número importante de comunicaciones que se sumaban y completaban las cuestiones ya conocidas sobre la organización y ofreciendo, al mismo tiempo, aspectos hasta ahora totalmente desconocidos.

Como cabe esperar, los *Coloquios Internacionales de la AEIHM*, que vienen realizándose desde 1993, propician igualmente un espacio de encuentro y discusión de especialistas nacionales y extranjeras en Historia de las Mujeres y sus publicaciones suponen otro lugar de referencia obligada en la bibliografía sobre SF.

Asimismo, las actividades organizadas por los institutos y asociaciones dedicadas a la investigación y docencia sobre las mujeres y sus publicaciones, suponen un estímulo y una fuente inagotable de material sobre la Sección; muestra de ello es la

¹¹ MARÍAS, S.: «La Sección Femenina en el mundo rural: auxilio material, formación de la mujer y control social, 1937-77», en *Franquismo y antifranquismo, Seminario año académico 2006/2007*, CIHDE-UNED. Disponible desde Internet en <http://www.cihde.es/seminarios/franquismo-y-antifranquismo>.

organización del Symposium «Mujer, guerra civil y franquismo» por parte de la AEHM de la Universidad de Málaga, que al reunir tal número de contribuciones sobre SF, se concretaron en una publicación por separado, lo que se hizo efectivo en 2010 bajo el título *Encuadramiento femenino, socialización y cultura en el Franquismo*, constituyendo una aportación teórica y metodológica de inestimable valor.

En suma, todo este corpus de reducida envergadura, pero de mayúscula importancia, adopta perspectivas, utiliza metodologías propias y ajenas a la disciplina histórica, y viene a tratar los más variados aspectos de la organización, tanto los ideológicos como los históricos, a través del análisis de los discursos o las distintas convocatorias de los Consejos Nacionales, el mantenimiento de relaciones internacionales contado a través de los viajes de mandos y afiliadas a los países del Eje o de las actuaciones de los Coros y Danzas y su periplo por el mundo; el estudio de su política social a través de servicios como pudieron ser las Cátedras Ambulantes o la Hermandad de la Ciudad y el Campo; se detienen, asimismo, en las distintas profesiones que ejercieron las mujeres dentro de la organización, en cuestiones pedagógicas como la labor formativa y sus publicaciones específicas; los medios de comunicación también merecen atención por medio de sus apariciones en el cine y los noticiarios, así como la difusión de su mensaje a través de las revistas; realizan reflexiones con la historia comparada como marco interpretativo, o se describe el estado de los archivos, analizan las afiliaciones o la organización en regidurías y los cambios experimentados a lo largo de los años, los procesos de socialización y propaganda y su relación con la iglesia o con sus colegas masculinos; algunas de estas aportaciones serán de carácter general o se ubicarán en provincias, desde Guadalajara a Valladolid, Salamanca, Almería, Huelva, Málaga, Sevilla, también Huesca, Barcelona, Girona o Lleida pasando por comunidades autónomas como Aragón, Illes Balears, Castilla-León o Castilla La Mancha.

En otro orden de cosas, existen un grupo de obras que merecen una mención aparte, por tener a las protagonistas como hilo conductor; se trata de las biografías, historias de vida o memorias, cuya tímida aparición no es más que el fiel reflejo de la dinámica de un género que en España no se ha tratado en profundidad.

Por un lado, tendríamos las memorias de la propia Pilar Primo de Rivera, *Recuerdos de una vida*, del año 1983. También, con una edición de la propia autora,

encontramos las memorias de Magüi de León, *Las voces del silencio: memorias de una Instructora de Juventudes de la Sección Femenina*.

En el apartado de las biografías, Rosario Ruiz elaboró en 1997 la de Mercedes Formica, teniendo incluso la oportunidad de entrevistarla; ingresó en Falange y asumiendo cargos de responsabilidad casi desde sus mismos orígenes; ejerció como abogada, escritora y periodista y, desde los años 50, ya reivindica la incorporación de las mujeres al mundo laboral para continuar demandando los más elementales derechos profesionales y laborales de las españolas.

Paul Preston en sendos libros estructurados en un conjunto de biografías, *Las Tres Españas del 36* de 1998 y sus *Palomas de guerra* del 2001, dedicará dos de ellas a Pilar Primo de Rivera y Mercedes Sanz Bachiller respectivamente; en el caso de esta última se basó en una serie de entrevistas con la propia interesada.

En 2006 Inmaculada de la Fuente con su obra *La roja y la falangista. Dos perfiles de la España del 36*, traza en paralelo las divergentes trayectorias de las hermanas Constanca y Marichu de la Mora. Esta última, igual que en el caso de Formica y Sanz, fallece a una edad muy avanzada lo que nos permite conocer la evolución de una mujer, por un lado, se vincula con el Régimen, pero a la vez frecuentó ambientes bohemios o compartió espacios con el círculo de su hijo el director de cine Jaime Chavarri en plena movida de los ochenta.

Finalizamos este apartado con Sara Palacio que realiza una entrevista a Lula de Lara, Regidora central de Cultura y de Prensa y Propaganda de la SF y mujer de confianza de Pilar Primo de Rivera, bajo el titular *La Historia nos ha traicionado* y que publica en 1987.

Me referiré, por último, a los intentos producidos para acercar al público en general unos contenidos que permanecen reducidos dentro de los círculos puramente académicos.

Entre abril y junio del año 2009, dentro del programa de actividades del Centro Documental de la Memoria Histórica, el Ministerio de Cultura, en colaboración con el Ayuntamiento de Salamanca, organizó la exposición *Mujeres de azul* que mostraba, a través de fotografías, carteles y otros objetos propagandísticos, en su mayor parte procedentes del AGA de Alcalá de Henares, la actividad de la SF a lo largo de sus cuarenta y cinco años de existencia. Se realizó un catálogo de cuidadísima edición que

incluye tanto las fotografías como textos de los comisarios de la exposición y de especialistas en el tema.

La exposición itinerante de carácter histórico que organizó el Instituto Andaluz de la Mujer de la Junta de Andalucía, para conmemorar el 75 Aniversario del Reconocimiento del Derecho Electoral de las Mujeres en España por las Cortes Generales Constituyentes de 1931, bajo el título de *Las andaluzas y la política (1931-2006)*, constituye otro ejemplo de ese deseo de difusión fuera del ámbito universitario o académico. En ella se pudieron observar fotografías, periódicos, objetos, mapas, gráficos y documentos procedentes de archivos e instituciones de las distintas provincias andaluzas. La SF aparece reflejada ocupando un lugar destacado.

Bajo la dirección de Javier Ortega, Canal de Historia y New Atlantis coprodujeron en 2006 el documental *La Sección Femenina*; cuenta con el testimonio de la propia Pilar Primo de Rivera e incluye entrevistas a sociólogas, políticas y profesoras; ha sido emitido tanto en Canal + como en La 2 de TVE dentro de su espacio *Paisajes de la Historia*.

La interdisciplinariedad es la clave. Propuestas para el futuro

No por casualidad, dentro de la Sección Femenina se producen algunas de las complejas relaciones entre las mujeres y el franquismo por lo que encontramos autores que nos hablan de la necesidad de avanzar en la interpretación global del periodo franquista¹² agrupando la visión del género junto con otro tipo de aportaciones historiográficas que, hasta no hace mucho tiempo, se desarrollaron de manera autónoma e independiente.

Con todo, la carencia más significativa es la ausencia de un marco interpretativo amplio que contribuya a explicar la naturaleza y la dinámica del consenso de la sociedad española con el régimen franquista desde una dimensión histórica, pero también multidisciplinar..., adquiriendo un indudable valor instrumental conceptos como legitimidad, consenso, socialización, cultura política, propaganda..., aunque siempre desde la reflexión de los propios problemas históricos¹³.

¹² MOLINERO, C. Y SARASÚA, C.: «Trabajo y niveles de vida en el franquismo. Un estado de la cuestión desde una perspectiva de género», en BORDERÍAS, C. (ed.): *La historia de las mujeres: perspectivas actuales*, Barcelona, Icaria Editorial, 2009, p. 311.

¹³ SEVILLANO, F.: *ibid.*, p. 17.

En definitiva, un avance fructífero en la reconstrucción del universo ideológico de esa organización y en el de sus prácticas cotidianas, hace del todo necesaria la interdisciplinariedad mediante el empleo de fuentes y herramientas de distinta procedencia y carácter que proporcionen un enfoque relacional: el establecimiento de criterios diversos como diferentes son los ámbitos abordados, –sociológico, antropológico económico o histórico–; la interpretación de discursos y documentos; el visionado de documentales, noticieros y fotografías, la lectura de monografías, artículos y comunicaciones y también, puesto que la cronología nos lo permite, la utilización de fuentes orales, todo ello destinado a conocer mucho más profundamente el mecanismo de construcción de un modelo de mujer, cuyos rasgos, permanecen en alguna o gran medida en nuestro ideario colectivo actual, como mantiene Blasco, y que aborden el grado de eficacia que alcanzaron en socializar a la población femenina.

Si bien no encontramos estudios expresos sobre las estrategias comunicativas de la SF, la obra de Carme Molinero *La captación de las masas* supone un excelente punto de partida si decidimos ahondar, abordar y reflexionar sobre estas cuestiones. Más allá de esta investigación, las aportaciones sobre socialización, propaganda y medios de comunicación con la SF como objeto de estudio escasean, consistiendo en un pequeño grupo de comunicaciones, capítulos de libros y artículos de carácter heterogéneo tanto en sus áreas de estudio y planteamientos como en su metodología. Nos hablan de imágenes fotográficas y fílmicas, de sus publicaciones, de la vertiente espectacular de los Coros y Danzas, de los escenarios y lugares, de persuasión, de películas y noticieros, etc. Continúa pendiente que las investigadoras, los investigadores, ahondemos en otros aspectos fundamentales; frente a la verticalidad y la unidireccionalidad de los mensajes destinados a un público que difícilmente podía escapar a su influjo, un camino necesario en nuestras indagaciones sobre el montaje informativo que la SF elaboró, pasa por el estudio de lo que pensó y de lo que permanece en la mente de la ciudadanía española sobre esta institución. Confirmar o descartar la impresión formada sobre las mujeres y las actividades de la SF, analizar la opinión pública para conocer más profundamente este esquema de socialización y estudiar el impacto de toda su parafernalia comunicativa, continúa aún pendiente.

Siguiendo con el campo comunicacional, las imágenes fotográficas nos permiten evocar, reconstruir, identificar o invisibilizar lugares, actividades y sujetos, un material que en el caso de la Sección se muestra abundantísimo si sumamos los fondos depositados en el AGA, las fotografías de sus publicaciones y las colecciones personales y familiares pertenecientes a las miles de mujeres entre mandos, afiliadas y simpatizantes que participaron en las actividades organizadas a lo largo de cuarenta y tres años de existencia. Rosario Ruiz en su trabajo titulado *La fotografía como fuente para la investigación histórica de la Sección Femenina de Falange* expuesto en el Symposium «Mujeres, Guerra Civil y franquismo» del 2008, al que ya hice referencia, reflexiona sobre esta cuestión. Otra aportación que abre la puerta a este terreno apenas tratado, sería la publicación *Mujeres y Educación durante el franquismo en imágenes. La Sección Femenina y el Auxilio Social (1934-1977)* coordinado por Azucena Merino. Forma parte de una colección de material fotográfico de carácter histórico que saca a la luz instantáneas procedentes de archivos tanto públicos como privados.

Desde la constitución en 1937 del Departamento de Prensa, cuando se comienza a publicar la revista *Y*, se produjo material de todo tipo: libros de texto y material diverso de carácter pedagógico e ideológico, revistas, agendas y almanaques, publicaciones conmemorativas y discursos. Esta intensa producción editorial de la SF hasta ahora ha sido utilizada exclusivamente como fuente de nuestros trabajos, con escasas excepciones, y espera a convertirse en objeto de estudio.

En páginas anteriores he repasado el material biográfico existente en torno a las mujeres de la SF, que surge en respuesta al interés inusitado que está conociendo en la actualidad pese a la falta de tradición metodológica en nuestro país. Las fuentes orales, junto con otras documentales, recogen un corpus abundante y rico en informaciones «haciendo posible la triangulación informativa y metodológica» y una de las grandes ventajas que podríamos obtener es la de «restablecer las contradicciones y ambigüedades de muchas situaciones sociohistóricas al relatar el individuo su propia trayectoria vital»¹⁴. La calidad del trabajo residirá en que el investigador debe ser consciente de las limitaciones de este tipo de material. La invitación, pues, está cursada.

¹⁴ SANZ, A.: «El método biográfico en investigación social: potencialidades y limitaciones de las fuentes orales y los documentos personales», *Asclepio*-Vol. LVII-1 (2005), p. 114.

Una categoría analítica a considerar, por las posibilidades investigadoras que ofrece para nuestra organización, es la cultura material. Entre otros aspectos, nos permitiría conocer la red de los bienes inmuebles adscritos a la SF y su importancia simbólica y así localizar sus centros de poder distribuidos por toda la geografía española, lo que Borrachina denomina la *geopolítica de la toponimia*. Todos estos enclaves y edificios fueron denominándose utilizando y/o elaborando su propio santoral falangista. Igualmente, conoceríamos sus características generales, las funciones allí desempeñadas, las instalaciones disponibles, su personal, los recursos disponibles, sus actividades o su actuación en el entorno. En este sentido, los trabajos de Heliodoro Pérez para la provincia de Huelva se adaptan bastante a este tipo de análisis.

Igualmente, las cuestiones relacionadas con lo económico, con los presupuestos por delegaciones, por Regidurías, los salarios, su evolución a lo largo de la existencia de la Sección, etc., se encuentran, parafraseando a Rosario Sánchez, en situación de búsqueda de investigadores/as.

En sus trabajos, Sescún Marías mantiene que la historiografía disponible sobre la SF está dedicada fundamentalmente a las cuestiones ideológicas, a su organigrama o a sus fines y objetivos, todo ello desde un punto de vista oficial y «circunscrito al ámbito de las delegaciones de gobierno, las ciudades, quedando el medio rural relegado, algo desplazado por este enfoque burocrático y discursivo, urbano, de estas investigaciones». Aunque lo expresa en relación con el medio rural de Huesca, comparto esta afirmación, porque queda pendiente el estudio pormenorizado de la SF en la mayoría de las provincias, pese a los esfuerzos y al recorrido ya realizado; además, esa contraposición que argumenta, entre el discurso homogéneo y vertical emitido desde Madrid y su puesta en marcha, necesita del ámbito local para confirmar lo homogéneo del mensaje o para desmentirlo si se detectan contradicciones o ambivalencias en la práctica de lo dispuesto desde arriba, realizando así una lectura más allá de la documentación oficial.

Para concluir, se observa un mayor peso del corpus teórico centrado en los años 40 y 50, disminuyendo las aportaciones cuanto más nos acercamos a 1977: la transferencia del personal, cuya presencia para entonces era bastante numerosa, y el desmantelamiento de las sedes e instalaciones a otros ministerios y organismos

gubernamentales, no son cuestiones en las que se detengan minuciosamente las investigaciones sobre la SF.

Monografías

- AA.VV.: *Las andaluzas y la política, 1931-2006*, Sevilla, Junta de Andalucía-Instituto Andaluz de la Mujer, 2006.
- AA.VV.: *Mujeres de azul*, Madrid, Ministerio de Cultura, 2009.
- BLASCO, I.: *Armas femeninas para la contrarrevolución: la Sección Femenina en Aragón (1936-1950)*, Málaga, UMA, 1999.
- CASERO, E.: *La España que bailó con Franco. Coros y Danzas de la Sección Femenina*, Madrid, Nuevas Estructuras, 2000.
- CENARRO, Á.: *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2006.
- FUENTE, I. de la: *La roja y la falangista. Dos hermanas en la España del 36*, Barcelona, Planeta, 2006.
- FORMICA, M.: *Visto y vivido*, Barcelona, Planeta, 1982.
- GALLEGU, M^a T.: *Mujer, Falange y Franquismo*, Madrid, Taurus, 1983.
- GÓMEZ, C.: *Mujeres en Penumbra. Trayectoria y alcance de la Sección Femenina en Valladolid (1939-1959)*, Valladolid, Ayto. de Valladolid, 2004.
- JARNE, A.: *La Secció Femenina a Lleida*, Lleida, Pagès Editors, 1997.
- LEÓN, M.: *Las voces del silencio: memorias de una Instructora de Juventudes de la Sección Femenina*, Madrid, Edición de la Autora, 2000.
- MARÍAS, S.: *Por España y por el Campo: la Sección Femenina en el medio rural oscense (1939-1977)*, Huesca, IEA, 2011.
- MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.
- PÉREZ, H. M.: *La SF de Huelva. Misión, estructura e instituciones formativas*, Huelva, Hergué Editorial, 2008.
- PRESTON, P.: *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza Janés, 1998.
- PRESTON, P.: *Palomas de guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento bélico*, Barcelona, Plaza Janés, 2001.

- PRIETO, L. (Ed.): *Encuadramiento femenino, socialización y cultura en el Franquismo*, Málaga, CEDMA, 2010.
- PRIMO DE RIVERA, P. *Recuerdos de una vida*. Ediciones Dyrsa, Madrid, 1983.
- REBOLLO, M^a P.: *El servicio social de la mujer en la provincia de Huesca (1937-1978)*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2003.
- RICHMOND, K.: *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de la Falange, 1934-1959*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.
- RUIZ, R.: *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- SAITO, A.: *Mujeres japonesas entre el liberalismo y el totalitarismo (1868-1945)*, Málaga, UMA, 2006.
- SÁNCHEZ, R.: *Mujer española, una sombra de destino en lo universal*, Murcia, Universidad de Murcia, 1990.
- SUÁREZ, L.: *Crónica de la Sección Femenina y su tiempo*, Madrid, Asociación Nueva Andadura, 1993.

Capítulos, artículos y comunicaciones

- ABAD, M. y FERNÁNDEZ, C.: «Mujer, escritura y dictadura: el caso de El Ventanal», en SIBBALD, K. M. y FUENTE, R. de la (eds.): *Las representaciones de la mujer en la cultura hispánica*, Valladolid, Universitas Castellae, 2002, pp. 423-438.
- AMADOR, P.: «La mujer es el mensaje. Los Coros y Danzas de Sección Femenina en Hispanoamérica», *Feminismos/s* (2003), nº 2, pp. 101-120.
- BALLESTEROS, R. M^a: «Mujeres de la España azul», en *Actas XIII Coloquio Internacional de la AEIHM*, Barcelona, 19-21 Oct. 2006.
- BARRACHINA, M^a A.: «Lugares y espacios en la representación de redes de actividades de la Sección Femenina de Falange», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de L'Espagne* (1996), nº 24, pp. 176-188.
- BERLANGA, M.: «El uso del folklóre en la Sección Femenina de Falange», en *Congreso Dos Décadas de Cultura Artística en el Franquismo: 1936-1956*, Granada, 2001, pp. 115-134.

- BLANCO-CAMBLOR, M^a L.: «Similitudes y diferencias entre la *Sección Femenina* en España y la *Bund Deutscher Mädel* en la Alemania del Tercer Reich. Una aproximación», en M. SANTO TOMÁS, M.I. DEL VAL, C. DE LA ROSA y M.J. DUEÑAS (coords.), *Vivir siendo mujer a través de la historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2007, pp. 215-239.
- BLASCO, I.: «Las mujeres de la Sección Femenina de Falange: sumisión, poder y autonomía», en *Las mujeres y el poder. Representaciones y prácticas de vida*, Madrid, Al Mudayna-AEIHM, 2000, pp. 253-268.
- BLASCO, I.: «Sección Femenina y Acción Católica: la movilización de las mujeres durante el franquismo», *Gerónimo de Uztariz* (2004), núm. 21, pp. 55-66.
- BOWEN, W. H.: «Pilar Primo de Rivera and the Axis Temptation», *The Historian* (2005), Vol. 67.
- CAMPOS, C. y GONZÁLEZ, M^a J.: «Los discursos de la sumisión de la mujer en cuatro dictaduras europeas del primer tercio del siglo XX (Italia, España, Portugal y Alemania)», en *Mujeres y Dictaduras en Europa y América: el largo camino*, Málaga, UMA, 1996.
- CORDOVILLA, M.: «Las campañas sanitarias de la Sección Femenina y su contribución a la reducción de la mortalidad infantil en la posguerra. (1940-1950)», en *Actas VI Encuentro de Historiadores del Franquismo*, Zaragoza, 15-17 Nov. 2006.
- DUEÑAS, M^a J.: «Cultura y adoctrinamiento de las mujeres: la Sección Femenina en Castilla y León durante el primer franquismo, una revisión crítica», en: *Segon Congrés Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, Lleida, Pagès, 2002, pp. 769-785.
- ENDERS, V.: «Nationalism and Feminism: The Sección Femenina of the Falange», *History of Europeans Ideas* (1992), n^{os} 4-6, vol. 15, pp. 673-680.
- GÓMEZ, C.: «Entre la flecha y el altar: el adoctrinamiento femenino del franquismo. Valladolid como modelo, 1939-1959», *Cuadernos de Historia Contemporánea* (2009), vol. 31, pp. 297-317.
- JARNE, A.: «La Secció Femenina i la seva projecció a Lleida», en AAVV: *Miscel·lània Homenatge a Josep Lladonosa*, Lleida, Diputació de Lleida, 1992, pp. 683-697.

- JARNE, A.: «Models formals i sentimentals al servei de la femineïtat: la postguerra a Lleida», *Ilerda Humanitats* (1991), nº 49, pp. 189-207.
- JIMÉNEZ, E.: «La Mujer en el Franquismo. Doctrina y acción de la Sección Femenina», *Tiempo de Historia* (1981), nº 7 (83), pp. 4-15.
- LABANYI, J.: «La apropiación estratégica de la entrega femenina: identificaciones transgenéricas en la obra de algunas militantes falangistas femeninas», *I/C - Revista Científica de Información y Comunicación* (2009) 6, pp. 489-426.
- LAVAIL, C.: «La estudiante y sus representaciones en la revista Medina (1941-1945): Tentativa de tipología e interpretación», *Bulletin d'Historie Contemporaine de l'Espagne* (1996), nº 24, pp. 107-129.
- LIZARAZU, M^a A.: «En torno al folklore musical y su utilización. El caso de las Misiones Pedagógicas y la Sección Femenina», en *Anuario Musical* (1996), nº 51, pp. 233-245.
- MARÍAS, S.: «La Sección Femenina en el mundo rural: auxilio material, formación de la mujer y control social, 1937-77», en *Franquismo y antifranquismo, Seminario año académico 2006/2007*, CIHDE-UNED. Disponible desde Internet en <http://www.cihde.es/seminarios/franquismo-y-antifranquismo>.
- MARQUÈS, S.: «La Secció Femenina i la formació de les mestres gironines», *Revista de Girona* (1992), nº 153, pp. 76-81.
- MARTÍN, R.: «La Cátedra Ambulante nº 2 de Sección Femenina en Sevilla: una experiencia con las niñas de Villamanrique de la Condesa (1974-1975)», en LAYA, L.M^a y DÁVILA, P.: *La infancia en la historia: espacios y representaciones*, San Sebastián, Erein, 2005, pp. 272-280.
- MARTÍNEZ, M^a E.: «Movilización femenina antifeminista en el Franquismo. La Sección Femenina del Movimiento», en CUESTA BUSTILLO, J. (Dir.): *Historia de las mujeres en España. Siglo XX*, Madrid, Instituto de la Mujer, 2003.
- MOLINERO, C.: «Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un mundo pequeño», *Historia Social* (1998), nº 30, pp. 97-117.
- MORANT, T.: «Dones de blau, dones polítiques. Els contactes i influències entre la Sección Femenina de FET y las JONS i el Bund Deutscher Mädel a la Joventut

- Hitleriana, 1937-1943», en *Actas XIII Coloquio Internacional de la AEIHM*, Barcelona, 19-21 Oct. 2006.
- MORANT, T.: «Cartas desde Alemania. La visita d'una delegació de Sección Femenina de F.E.T. y de las J.O.N.S. al Bund Deutscher Mädel en la joventut hitleriana, setembre de 1937», en *Actas VI Encuentro de Historiadores del Franquismo*, Zaragoza, 15-17 Nov. 2006.
 - MORANT, T.: «Una importante expresión de amistad hispano-alemana. Les visites de Pilar Primo de Rivera a L'Alemanya nacionalsocialista, 1938-1943», en *Actas del I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la AHC*, Zaragoza, 26-28 Sept. 2007, Instituto Fernando El Católico-DPZ.
 - MORENO, J. J.: «El estudio de los apoyos sociales del franquismo. Una propuesta metodológica», en CASTILLO, S. (ed.), *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 541-543.
 - MUÑOZ, E.: «Mujeres españolas y portuguesas bajo dos regímenes autoritarios: imágenes de un antifeminismo», en *Para (re)construir la imagen visual de las mujeres en la España contemporánea*, Madrid, Universidad Carlos III, 2001. Disponible desde Internet en: http://www.uc3m.es/uc3m/inst/MU/esmeralda_munoz.html.
 - MUÑOZ, E.: «La Sección Femenina en la Transición española. Historia de una organización invisible», en *La transición a la democracia en España*, Guadalajara, Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, 2004.
 - NÚÑEZ, M. y REBOLLO, M.J.: «La prensa femenina de postguerra: materiales para la construcción identitaria de la mujer española», en AA.VV.: *Etnohistoria de la escuela. Actas XII CNHE*, Burgos, Universidad de Burgos, 2003, pp. 231-246.
 - OFER, I.: «Historical models-contemporary identities, the Sección Femenina of the Spanish Falange and its redefinition of the term feminity», *Journal of Contemporary History* (2005), vol. 40, pp. 663-674.
 - PALACIO, I.: «Protección a la infancia y maternidad responsable en la escuela del Nacional-Catolicismo. La revista *Consigna* como pretexto», en DÁVILA, P. y NAYA, L.M.: *La infancia en la historia: espacio y representaciones. Actas XIII CNHE*, San Sebastián, UPV, 2005, pp. 698-709.

- PALACIO, S.: «El punto de vista de la Sección Femenina: la Historia nos ha traicionado, entrevista con Lula de Lara», *Tiempo de Historia* (1981), nº 7 (83), pp. 16-23.
- PEREIRA, F. J.: «*Rojo y negro*. Una visión falangista de la mujer en el cine de la Dictadura (1942)», en *Actas XIII Coloquio Internacional de la AEIHM*, Barcelona, 19-21 Oct. 2006.
- PINILLA, A.: «La mujer en la posguerra franquista a través de la revista *Medina* (1940-1945)», *Arenal* (2006), vol. 13, pp. 153-179.
- PINILLA, A.: «La vida privada de la mujer durante el primer franquismo a través de la revista *Medina*: moral, mundo afectivo, familia, hogar y trabajo», en *Actas VI Encuentro de Historiadores del Franquismo*, Zaragoza, 15-17 Nov. 2006.
- POSA, E.: «Una dona portadora de valors eterns. La Sección Femenina 1934-1952», *Taula de Canvi* (1977), nº 5, Barcelona.
- RABAZAS, T. y RAMOS, S.: «La construcción del género en el franquismo y los discursos educativos de la Sección Femenina», *Encounters on Education* (2006), vol. 7, pp. 43-70.
- RABAZAS, T. y RAMOS, S.: «Mujeres e instrucción rural en el desarrollismo español», *Historia de la Educación* (2007), vol. 26, pp. 221-256.
- REBOLLO, M^a P.: «El Servicio Social de la mujer de Sección Femenina de Falange. Su implantación en el medio rural», en C. FRÍAS, y RUIZ, M.Á. (coords.): *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, IEA, 2001, pp. 297-315.
- REBOLLO, M^a P.: «Viaje al centro de ninguna parte: historia de las Cátedras Ambulantes», en A. SABIO y C. FORCADELL (coords.): *Las escalas del pasado*, Huesca, UNED-Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005.
- REMESEIRO, A.: «Una visión crítica del franquismo en provincias: El archivo de prensa y propaganda de la Sección Femenina de Falange en Guadalajara desde 1966 a 1973», en *Actas VIII Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*, Alcalá de Henares, nov. 2002.
- RINCÓN, F. del: «Mujeres azules en la guerra civil», *Estudis d'Historia Contemporania del País Valencia* (1986), nº 7, pp. 45-67.

- RODRÍGUEZ, S.: «Referentes históricos de la mujer falangista», en *Usos Públicos de la Historia. VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Vols. 1-2*, Zaragoza, Asociación de Historia Contemporánea, 2002, pp. 565-581.
- RODRÍGUEZ, S.: «Mujeres de azul: la imagen femenina del franquismo», en P. AMADOR, J. ROBLEDANO y R. RUIZ: *Imagen, cultura y tecnología: Primeras Jornadas*, Madrid, 1-5 Jul. 2002, pp. 409-424.
- RODRÍGUEZ, S.: «La Falange femenina y construcción de la identidad de género durante el franquismo», en C. NAVAJAS: *Actas IV Simposio de Historia Actual*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2004, pp. 483-504.
- RODRÍGUEZ, S.: «La Sección Femenina en Almería. De las mujeres del Movimiento al Movimiento Democrático de Mujeres», en *Actas XIII Coloquio Internacional de la AEIHM*, Barcelona, 19-21 Oct. 2006.
- RUIZ, M. J. y JIMÉNEZ, I.: «Un espacio para las mujeres. El servicio de Divulgación y Asistencia Sanitario-Social en el primer franquismo», *Historia Social* (2001), nº 39, pp. 67-85.
- RUIZ, R. y RUBIO, M^a C.: «Presencia, participación e ideología de las mujeres en la guerra civil española a través de dos revistas: *Mujeres Libres* e *Y*», en M. NASH y S. TAVERA (eds.): *Las mujeres y las guerras*, Barcelona, Icaria, 2003, pp. 502-525.
- RUIZ, R.: «Consignas, propaganda y socialización política: los discursos de Pilar Primo de Rivera en los Consejos Nacionales», en *Actas VI Encuentro de Historiadores del Franquismo*, Zaragoza, 15-17 Nov. 2006.
- SÁNCHEZ, R.: «Sección Femenina, una institución en busca e investigador. Análisis crítico de la bibliografía disponible», *Historia Social* (1993), nº 17, pp. 141-154.
- SÁNCHEZ, R.: «La Secció Femenina: Una institució legitimadora del franquisme», *L'avenç* (1988) nº 121, pp. 52-55.
- SÁNCHEZ, R y RINCÓN, F. del: «Mujeres azules en la guerra civil», *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià* (1986), nº 7, pp. 45-67.
- VICUÑA, I.: «Trabajo femenino en la postguerra: la mujer nacionalsindicalista», *Dossier Ciudadano* (1976), nº 5, Madrid, pp. 69-75.

- ZECCHI, B.: «El Ventanal: aporías de la mujer franquista», en *El Franquismo: El Régimen y la oposición*, Toledo, MECD-Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2000, pp. 295-301.

LAS «GUERRAS DE LA MEMORIA» ENTRE MILITARES Y FALANGISTAS EN CÁCERES, 1936-1942

César Rina Simón¹
Universidad de Navarra

Esta provincia extremeña había sabido mantener el fuego sagrado del honor de las banderas, de la fe (...), cuando salieron de los cuarteles, concentraron el calor de un pueblo, el calor de una juventud y el calor de una raza².

El presente trabajo pretende sintetizar el proceso de construcción de la memoria franquista en la ciudad de Cáceres en el periodo clave de su conformación: la Guerra Civil y la inmediata posguerra. El análisis de los espacios para el recuerdo y sus significados ha generado una abundante producción bibliográfica, que convierte el contenido en un clásico historiográfico³.

Por estos motivos, la investigación realizada supera los marcos habituales de análisis para tratar de explicar el proceso de recuerdo y olvido llevado a cabo en una ciudad. Varias fueron las instituciones protagonistas, enfrentadas por el dominio simbólico del imaginario colectivo⁴.

La construcción del imaginario franquista no respondió a una planificación previa. Más bien, se vio superada por la dinámica de los acontecimientos bélicos, lo cual dificulta aún más la comprensión del fenómeno histórico. Sin embargo, su concreción se debió a una autoridad central efectiva.

¹ El autor es becario de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra. Cursa el Doctorado bajo la dirección del Prof. Dr. D. Francisco Javier Caspistegui Gorasurreta en la Universidad de Navarra. La investigación fue presentada como Tesis de Grado en el mes de diciembre de 2010 en la Universidad de Extremadura, fruto de la dirección y maestría del profesor Enrique Moradiellos García. Del mismo modo, las sugerencias del jurado, formado por D. Mario Pedro Días Barrado, D. Juan Sánchez González y D. Enrique Santos Unamuno, han mejorado sustancialmente el trabajo.

² SELLERS DE PAZ, Germán: *Cáceres visto por un periodista*, Cáceres, ed. propia, 1981, p. 46.

³ Todas las monografías abordan de manera específica aspectos muy concretos de la construcción de la memoria. Para Madrid y otras ciudades: CUESTA BUSTILLO, Josefina: *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid, Alianza, 2008 y CASTRO, Luis: *Héroes y Caídos: Políticas de la memoria en la España Contemporánea*, Madrid, La Catarata, 2008. El caso de Castilla y León en: GARCÍA COLMENARES, Pablo (coord.): *Historia y memoria de la Guerra Civil y primer franquismo en Castilla y León*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2007. O el de Burgos en: CASTRO, Luis: *Capital de la Cruzada: Burgos durante la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2006.

⁴ Vid. SAZ CAMPOS, Ismael: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

El telón de fondo del trabajo es la guerra, origen de la simbología y retórica del Nuevo Estado, y prioridad política en la construcción cultural de la memoria oficial. Los héroes y las hazañas reflejados en las calles fueron los mismos que salieron victoriosos en los campos de batalla. Para ello se recurrió a la práctica del miedo y la admiración por la sangre. Los homenajes a los caídos se convirtieron en actos de fe del régimen, celebraciones de aceptación y socialización con los nuevos modelos de dominación.

En este sentido, debemos diferenciar la terminología utilizada por las distintas facciones del régimen para denominar a los fallecidos en la contienda. Para la Iglesia y otros movimientos ultracatólicos, las víctimas eran mártires, muertos en una cruzada fundamentalmente religiosa. Sin embargo, Falange siempre los denominará caídos, por unos ideales más políticos relacionados con la conformación del Nuevo Estado.

Durante la guerra estallaron las disputas entre los diferentes poderes autodefinidos como líderes del golpe y unidos en la figura central del Caudillo. Estas fricciones potenciaron el clientelismo y la corrupción entre militares, falangistas, derechistas y católicos. A partir de la derrota de las fuerzas del Eje Roma-Berlín, el Estado inició un paulatino proceso de legitimación internacional apartando la simbología falangista de sus conmemoraciones. El conservadurismo militar y religioso se impuso como modelo de poder adaptativo dentro del Movimiento Nacional unificado. Es por esto que nuestro análisis se concentra en la etapa en la que diferentes tradiciones políticas aún pugnan por espacios de dominación simbólica.

La Guerra Civil no sólo se libró en los campos de batallas. Las culturas políticas, diferentes maneras de concebir a España dentro de la convulsa política europea, rivalizaron en representación, propaganda, legitimidad y autoridad. Las tropas sublevadas, a cada nuevo avance, destruyeron recuerdos y vestigios del republicanismo. El objetivo último era borrar un pasado maligno, lo que Franco denominó «el maldito siglo XIX» —«fue la negación del espíritu español, la inconsecuencia de nuestra fe, la denegación de nuestra unidad, la desaparición de nuestro imperio, todas las degeneraciones de nuestro ser, algo extranjero que nos

dividía»⁵—, y comenzar una nueva andadura del Estado aglutinado en la Nueva España victoriosa⁶.

Esta Nueva España emergía frente al virus extranjero, el liberalismo francés que había infectado los cuerpos «sepultados en un sueño de más de cien años». Había que curar la enfermedad europea para recuperar el Imperio. El franquismo, al menos en la época fascista, se presentó como enemigo del liberalismo. La democracia, la masonería, el socialismo, el anarquismo, el comunismo y el separatismo eran males recientes de España, pero todos hijos del liberalismo decimonónico.

El Caudillo presumía en un discurso de 1956: «destruido el abuso, borrada la apariencia de una democracia, la garrulería de una democracia (...) el formulismo de presentar unos nombres cada cuatro o cinco años y preguntar a cuál queréis, para que la masa, engañada, conteste como en aquella triste y primera elección, y diga: ¡Barrabás!»⁷.

Por lo tanto, en los primeros compases se trató de olvidar y romper la memoria reciente. Se impuso una amnesia silenciosa de las víctimas y el recuerdo constante de la guerra como mito fundacional. Después, alcanzado el objetivo de borrar el pasado, la memoria fue secuestrada, reconstruida. No quedó en pie vestigio republicano, ni símbolo ni espacio en el callejero⁸. Los recuerdos se sustituyeron por otros, muy vinculados a las conmemoraciones bélicas y al miedo a un nuevo conflicto. «La memoria de estos tiempos crueles y sangrantes es infinitamente instructiva»⁹.

En mi opinión [explicaba Javier Tusell], el mantenimiento del General Franco en el poder no fue primariamente debido a la inoperancia de las fuerzas de la oposición, ni al apoyo de la Iglesia, ni a la aceptación pasiva de la mayor parte de los españoles. Todos estos elementos, indudablemente, se dieron, pero hubo uno más decisivo. En última instancia, Franco perduró

⁵ Discurso de Franco en 1950. Citado en JULIÁ, Santos: «La sociedad», en CARR, Raymond, PAYNE, Stanley G., TUSELL, Javier, PORTERO, Florentino, PARDO, Rosa, PRESTON, Paul y GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando.: *La Época de Franco 1939/1975*, Madrid, Espasa, 2007.

⁶ ABC, 4/05/1939. Palabras de Franco en Valencia bajo una foto espectacular en la que el Caudillo, engalanado y flanqueado al fondo con los atributos nacionales, se dirige a los asistentes: «Hemos liquidado el siglo XIX, que no debiera haber existido (...). Los siglos gloriosos en que se forjó la unidad de España contemplaron cómo aquella magna obra se realizó por la fe en Dios, una unidad de pensamiento y una mano fuerte en el trabajo».

⁷ JULIÁ, Santos: «La sociedad», *op. cit.*, p. 92.

⁸ CUESTA BUSTILLO, Josefina: *La odisea de la memoria...*, *op. cit.*, p. 147-148. El régimen respetó la idiosincrasia propia de las ciudades. En otros casos, como ha constatado Antonio Elorza con el socialista Jaime Vera y el anarquista Anselmo Lorenzo, sólo la ignorancia de los vencedores permitió que se salvaran algunas calles.

⁹ YAKOVLEV, Alexander N.: *The fate of Marxism in Russia*, Yale, Yale University Press, 1993, p. 185.

porque en un sector importante de la sociedad española se mantenía el recuerdo de la guerra civil¹⁰.

La principal manifestación de la fuerza homogeneizadora de la guerra la encontramos en el culto a los muertos. El régimen se vistió de muerte heroica y honras fúnebres por los caídos en defensa de Dios y España. Más que llorar a los caídos, se les celebra, se convierten en ejemplo a seguir. Las grandes exequias fueron las de José Antonio Primo de Rivera, aunque tampoco escatimaron en gastos ni boatos las de Sanjurjo, Goded, Mola o el cardenal Gomá. Se multiplicaron por la geografía las misas a los caídos, la construcción de grandes cruces y las inscripciones en las fachadas de las iglesias.

Fue tal la simbiosis entre muerte y religión que el arzobispo de Burgos solicitó la concesión de indulgencias plenarias a cuantos feligreses acudieran a las misas por las almas «de los que habían dado su vida por la defensa de la religión y la Patria»¹¹.

Además, el ideario falangista exaltaba la muerte de los caídos como acto valiente de servicio y redención por las creencias. La muerte era una novia redentora, un fin ejemplar¹². Por supuesto, tenía su espacio conmemorativo en el calendario. El 29 de octubre Falange celebraba la Fiesta de los Caídos, mientras que los carlistas lo hacían el 10 de marzo en la Fiesta por los Mártires de la Tradición. La muerte no se esconde, todo lo contrario, se dignifica. «Frente a todo este espíritu falsamente revolucionario, nosotros queremos vivir entre nuestros muertos (...) y queremos, por consiguiente, restituir a España el empalme profundo con su Tradición auténtica»¹³.

Los forjadores de la identidad oficial se apoyan en dos instrumentos simbólicos: el callejero público y el calendario. Uno para reflejar el dominio del espacio –los lugares de la memoria trabajados por Pierre Nora– y otro, el del tiempo. Se domina lo material para fabricar lo intangible, mecanismos mentales apoyados en el recuerdo, el olvido, el silencio y la sustitución.

¹⁰ Palabras de Javier Tusell en GIRONELLA, José María y BORRÁS BETRIU, Rafael: *100 españoles y Franco*, Madrid, Espejo de España, 1979, p. 558.

¹¹ *Boletín oficial del arzobispo de Burgos*, 30/1/1937.

¹² Rafael Sánchez Mazas, *Oración por los caídos de Falange*: «Señor, acoge con piedad en tu seno a los que mueren por España y conservando el santo orgullo de que solamente en nuestras filas se muera por España (...). Haz que la sangre de los nuestros, señor, sea el brote primero de la redención de España».

¹³ Alfonso García Valdecasas, subsecretario de Educación Nacional, en VV.AA.: *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria*, Ministerio de Educación Nacional, vol. 1, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, p. 32.

A ello hay que sumar los nuevos símbolos del régimen, que adquieren la estética propia del fascismo. Celebraciones, homenajes y funerales políticos se confunden con ideología y memoria; mensajes y símbolos se cruzan en unos espacios de sociabilidad que responden a la simbiosis entre las formas tradicionales barrocas y los nuevos tiempos de la sociedad de masas¹⁴. En muchas ocasiones, la historiografía se sorprende al comprobar cómo una dictadura apenas definida y dirigida por militares concede tanta importancia a estos detalles fijadores de memoria. Sin duda, eran conscientes del espacio público y del uso de la memoria.

Las ciudades rivalizaron por la construcción más solemne y más grande a los héroes del alzamiento. También compitieron en las donaciones a las esculturas del Caudillo¹⁵. Estas peticiones públicas aumentaron en 1939 tras el final de la guerra y el estallido de las celebraciones de la victoria. Estos hitos espaciales pretendieron rememorar el origen de la nueva Era durante el conflicto y recordar a todos aquellos que dieron su vida por el proyecto secesionista.

Ante la amplia variedad de iniciativas de erigir monumentos, cruces o altares encaminados en el recuerdo a los caídos, el régimen trató de «buscar unidad de estilo y de sentido a la perpetuación por monumentos de los hechos y personas de la Historia de España y, en especial, de los acontecimientos de la guerra y en honor a los caídos para evitar que el entusiasmo, justificado en muchas ocasiones, pueda regir caprichosamente esta clase de iniciativas»¹⁶. Estamos ante una legislación homogeneizadora similar a la aplicada en la nomenclatura del callejero.

1. Cáceres en 1936

Cáceres, según el censo de 1936, contaba con 28.498 habitantes, algunos más que en la anterior estimación¹⁷. La capital de provincia se encontraba fuertemente politizada, debido a los problemas que acuciaban a la ciudad: el paro, la vivienda y el suministro de aguas.

¹⁴ José Antonio Maravall analizó la conformación de caracteres propios de la sociedad de masas en la cultura barroca. Vid: *La Cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*. Barcelona, Ariel, 2002 [1975].

¹⁵ AHPC, Actas de la Comisión Gestora, 20/11/1936. «Ruego a este Ayuntamiento contribuya con una cantidad a la suscripción abierta para erigir un monumento en El Ferrol, su ciudad natal, al Ilustre General Franco, salvador de España».

¹⁶ BOE, 22/08/1939.

¹⁷ Archivo Histórico Municipal Cáceres (AHMC), Actas de la Comisión Gestora, 2/09/1936.

Cuatro instituciones rivalizaban por el control del poder –tanto ejecutivo como simbólico– y se repartían gastos y homenajes: Ayuntamiento, Diputación, Delegación Provincial del Gobierno central y Obispado de Coria-Cáceres¹⁸. Esta maraña de instituciones ocasionaba tensiones internas, no muy diferenciadas de las acaecidas en otras ciudades. Las soluciones siempre pasaron por el reparto de cargos, la estabilidad de poderes y la retórica del agradecimiento y la felicitación.

La tensión política llevó a las fuerzas ideológicas de derechas a no reconocer las elecciones del 16 de febrero de 1936, que dieron la victoria al Frente Popular. Impugnaron los resultados basándose en un escrutinio recibido con los sobres abiertos en localidades pequeñas –salvo Navalmoral de la Mata y Montehermoso–. El *Extremadura. Diario Independiente* reprodujo la denuncia pública de la oposición: «Es público y notorio el torpe intento de arrebatarnos violentamente la representación parlamentaria que el noble pueblo cacereño nos ha conferido, pero es tan burda la maniobra y tan bárbaro el atropello que nadie duda que las Cortes restablecerán el derecho perturbado»¹⁹. La censura impuesta en los meses posteriores impidió que la prensa conservadora mantuviera en sus publicaciones las sospechas electorales.

Sin entrar a evaluar la justificación de la denuncia, lo cierto es que la Comisión encargada del caso refrendó el proceso electivo. Las fuerzas derechistas –aún con predominio de la CEDA– encontraron apoyos en el ambiente enrarecido de crisis social y el auge de los grupos radicales espoleados por la amnistía a los presos de octubre de 1934.

¹⁸ El obispo, desde el 7 de julio de 1935 hasta el 10 de abril de 1942, era Francisco Barbado Viejo, cuando marchó a encabezar la Diócesis de Salamanca. Dominico nacido en Oviedo, pero estudiante en Roma. Presidió la Comisión de la célebre Biblioteca de Autores Cristianos y organizó la Acción católica en Cáceres. Dotó de esplendor y reformó el Seminario. Logró la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica. Estuvo en Salamanca hasta 1964, cuando falleció. En la capital cacereña le sucedió Francisco Caverio y Tormo.

¹⁹ *Extremadura. Diario Independiente*, 28/02/1936 de febrero de 1936. Más información –aunque sin conclusiones– en AYALA VICENTE, Fernando: «Las polémicas elecciones de febrero de 1936 en la provincia de Cáceres», *Alcántara*, nº 20, mayo-agosto, 1990, pp. 43-52. También en: GARCÍA PÉREZ, Juan y SÁNCHEZ MARROYO, Fernando: *La Guerra Civil en Extremadura*, Badajoz, Editorial Hoy, 1986 y CHAVES PALACIOS, Julián: *Violencia política y conflictividad social en Extremadura*, Salamanca, Diputación de Cáceres y de Badajoz, 2000. Este trabajo ha sido parafraseado por el mismo autor en CHAVES PALACIOS, Julián: *Tragedia y represión en Navidad*, Cáceres, Diputación Provincial de Cáceres y de Badajoz, 2008 y por AGUADO BENÍTEZ, Raúl: «Cáceres en el Verano de 1936», *Alcántara*, nº 55, 2002.

En principio, la CEDA aceptó el orden establecido y Antonio Canales González tomó posesión de la alcaldía el 20 de febrero. S. G. Payne constató que Falange también acató en un principio el juego democrático.

Los jefes cuidarán de que por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo Gobierno, ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas (...) Nuestros militares desoirán terminantemente todo requerimiento para tomar parte en conspiraciones, proyectos de golpe de Estado, alianzas de fuerzas de orden y demás cosas de análoga naturaleza²⁰.

La tensión se reprodujo en los albores de la Semana Santa. La decisión gubernamental de suspender las procesiones irritó a la Iglesia y a sus fieles. Las alegaciones de los sacerdotes no fueron aceptadas. «Siendo muchas las solicitudes dirigidas a este gobierno pidiendo autorización para celebrar procesiones en la próxima Semana Santa, dispongo que queda prohibida absolutamente su celebración, con carácter general en todos los pueblos de la provincia. (...) se dé conocimiento de ello a los curas párrocos de sus localidades y cofradías, para que se abstengan de hacer peticiones en tal sentido»²¹. La Virgen de la Montaña, objeto de gran devoción por parte de los cacereños, tampoco pudo salir en procesión. «Mientras a los socialistas se les permitía el uno de mayo, a los católicos se les privaba de sus funciones religiosas»²².

Las fuerzas obreras denunciaron los abusos y los actos de violencia protagonizados por ciertos políticos de Falange y otras facciones reaccionarias. «La plaza mayor de Cáceres viene siendo escenario de las fantochadas de unos cuantos lacayos, porque no son hombres, y al frente de ellos uno que tiene espalda muy ancha apellidado Madrigal [futuro alcalde] (...) Unas veces pegan insignias de Falange

²⁰ Consignas de Falange a sus militantes citadas en PAYNE, Stanley G.: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985, p. 113.

²¹ Contestación de la Delegación del Gobierno en *Extremadura*. *Diario Independiente*, 30/04/1936.

²² Ídem. Estos acontecimientos estuvieron rodeados en España de cierta polémica, y los historiadores del franquismo, como el archivero y cronista Antonio Floriano Cumbreño (1892-1979, patriarca de la historia oficial local, religioso y cofrade de la cofradía de la Virgen de la Montaña y de Jesús Nazareno), pronto supieron articular una explicación histórica apropiada al presente político. En Sevilla, concretamente, no hubo tal prohibición. En 1932, fueron las cofradías las que boicotearon a la República negándose a salir en procesión –salvo la Hermandad de la Estrella-. Un ejemplo de este ambiente conflictivo lo encontramos en la *Declaración Colectiva del Episcopado Español*, de diciembre de 1931: «los principios y preceptos constitucionales en materia confesional no sólo no responden al mínimo de respeto a la libertad religiosa que hacía esperar el propio interés y dignidad de España, sino que representan una Verdadera oposición agresiva (...)». También se hace un llamamiento a «la obra de reconquista religiosa que ha de ser el ideal totalitario de la actividad de los católicos».

en sitios determinados, otras celebran reuniones en la misma Plaza o en locales que conocemos. Los hechos ocurridos recientemente se han denunciado a las autoridades, y sus resultados los ignoramos pues ellos siguen paseándose tan frescos...»²³.

Pero el 14 de abril, aniversario de la proclamación de la II República, el ejército de Cáceres, comandado por el coronel Manuel Álvarez Díaz, desfiló con normalidad celebrando la efeméride.

La situación se presentaba difícil ante el asesinato del líder de Renovación Española Calvo Sotelo el día 13. También, tras la muerte del guardia de asalto José Castillo²⁴. La conspiración cacereña se puso en marcha. El 18 de julio, las noticias y la rumorología se dispararon ante la sublevación del ejército de Marruecos. La ciudad era un hervidero de intranquilidad.

La noche anterior llegaron las primeras noticias al *Extremadura, Diario Independiente*, dirigido por el Obispado y con importantes conexiones con la prensa derechista madrileña. Aunque la censura ordenada por el Ministerio de Gobernación evitó que la prensa recogiera noticias de levantamiento de tropas, el ambiente enrarecido colmaba los café-debate y las sedes políticas²⁵.

La madrugada del 18 el general Saliquet sublevó el regimiento de Valladolid, haciendo un llamamiento a todas las provincias de su jurisdicción para el levantamiento. Fueron en Cáceres los mandos intermedios, los oficiales, los que encabezaron la sublevación de las tropas. El capitán Visedo presionó al coronel Álvarez Díaz, que no vaciló a la hora de lanzar el bando y ordenar la salida de las fuerzas del cuartel.

²³ *Diario socialista Unión y Trabajo*, carta de Juan Caballero, 4/07/1936. Citado en CHAVES PALACIOS, Julián: *Violencia política y conflictividad social...*, op. cit. Los falangistas detenidos están recogidos en esta misma obra, cuadro 9, p. 102.

²⁴ La noticia llegó al *Extremadura, Diario Católico*, 14/07/1936, logrando esquivar la censura del gobierno central y las llamadas de cautela: «A partir de la una de la tarde en que comenzó a circular la noticia en Cáceres, las llamadas a la redacción se sucedían sin interrupción (...) media hora después de su publicación los números de este Diario se agotaron. También los ejemplares del *Hoy* de Badajoz. El asesinato fue el tema de todas las conversaciones en los centros de reunión, cafés y vida familiar (...) Por cierto, que la expectación no quedó colmada pues la censura había sido muy severa con algunos periódicos».

²⁵ Telegrama del Gobierno Civil el día 18 de julio a todos los gabinetes de censura: «Prohibición absoluta de que se publique alguna noticia referente al movimiento militar».

En la Plaza Mayor, se dio lectura de las órdenes redactadas por el general jefe de la VII División, Andrés Saliquet Zumeta:

1. Queda declarado el Estado de Guerra en todo el territorio de la División.
2. Quedan prohibidas las huelgas que puedan declararse, sometiéndose a sus directivos a juicio sumarísimo.
3. Todas las armas, cortas y largas, que obran en poder de los individuos serán entregadas en un plazo de cuatro horas en los cuarteles de la Guardia Civil, sometiéndose a juicio sumarísimo a todo el que contraviniera este Bando.
4. Serán sometidos igualmente toda aquella persona que trate de alterar o perturbar el orden; los que atenten contra la vida de las personas, contra los medios de comunicación, conducción de agua, electricidad, etc.
5. Queda prohibido transitar por las calles sin autorización en número mayor de tres, los grupos que se formen serán disueltos por la fuerza.
6. Se prohíbe el tránsito de la población después de las nueve de la noche a toda persona o vehículo sin que lleve autorización del Comandante militar. Cáceres, a las 11 horas del 19 de julio de 1936²⁶.

El testimonio posterior del periodista Antonio Reyes Huertas nos permite conocer cómo vivió la ciudad aquellos momentos de incertidumbre.

Desde que llegó a nuestro conocimiento la muerte de Calvo Sotelo, puede decirse que empezó el Movimiento en Cáceres. Sabíamos algunos que se preparaba algo. Se vivían unas horas intensísimas de inquietud y de afanes. (...) El Capitán Luna estaba en la cárcel con los más significados elementos de su organización. Se rumoreaba que en la madrugada del 16 iban a ser deportados y en la cárcel había un lujo de fuerzas desacostumbrado. Muchos elementos de derechas estábamos vigilados, espiados y algunos, como los que componíamos la redacción del periódico, avisados por algún policía benemérito para estar preparados a cualquier evento²⁷.

La mañana del 18 estuvo dominada por el silencio. Sólo hablaban las fuentes gubernamentales para transmitir tranquilidad. Sin embargo, por la tarde, se extendió el rumor que Gonzalo José Queipo de Llano se había sublevado en Sevilla, lo que acrecentó el nerviosismo de la población y la inseguridad de las fuerzas políticas. Las autoridades provinciales tampoco fueron conscientes de la relevancia de los

²⁶ Testimonio de Manuel Villarroel en CHAVES PALACIOS, Julián: *Violencia política y conflictividad social...*, op. cit. Bando en *Boletín oficial de la provincia de Cáceres (BOPC)*, 23/07/1936.

²⁷ REYES HUERTAS, Antonio: «Cómo empezó el movimiento salvador de Cáceres» en *Extremadura. Diario Católico*, 18/07/1937. Este periodista dirigió el periódico desde el 20 de julio de 1936, cuando los militares sublevados tomaron el control de la prensa.

acontecimientos, y se limitaron a enviar a la capital guardias de asalto para apoyar una posible defensa de Madrid.

El domingo 19 de julio había programados diferentes eventos políticos: el más relevante, un referéndum del Consistorio sobre el suministro de aguas y, también, la I Conferencia Provincial del Partido Comunista.

Aquella mañana las tropas formaron en el patio del cuartel Infanta Isabel, arengadas por Álvarez Díaz y a las órdenes del comandante Linos²⁸. Sobre las once y media, y al toque del himno de Riego, salieron en dirección a la plaza de Santa María. Ocuparon el Ayuntamiento sin resistencia armada²⁹. Por su parte, el capitán de la Guardia de Asalto, Cano Pericat, se mantuvo neutral con sus tropas tras el consejo de apaciguamiento del gobernador civil, Miguel Canales³⁰. El objetivo, cumplido, era evitar un baño de sangre.

Del mismo modo, la Diputación Provincial, formada por una coalición de la Izquierda Republicana y el PSOE, y presidida por Ramón González Cid, entregó pacíficamente el poder a la espera de que la situación recobrase el cauce democrático.

En la responsabilidad del gobernador civil se nombró comandante de la benemérita a Fernando Vázquez Ramos. Como presidente de la Diputación, al coronel veterano de infantería Carlos Montemayor Krauel. Para la alcaldía, Manuel Plasencia Fernández, líder político y concejal de la CEDA.

Antonio Canales, antiguo presidente del Consistorio, y González Cid, expresidente de la Diputación, corrieron peor fortuna y murieron fusilados las siguientes navidades ante la política de represión y aniquilamiento de las voces políticas discrepantes.

²⁸ Linos, amigo de la infancia de Franco en Ferrol, contaba con 42 años y estaba al mando por ser el más antiguo en su escalafón –ascendido con 34 años a comandante-. La historiografía le convirtió en mito de la conspiración, cuando, en realidad, no participó en ninguna de las acciones golpistas. El franquismo le entregó la medalla de Oro de la ciudad de Cáceres en 1964 «por su valiente y decisiva actuación el 19 de julio de 1936».

²⁹ AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 21/07/1936. El 21 de julio el teniente de seguridad Pedro Sánchez y Sánchez y Manuel Plasencia Fernández –próximo alcalde- exigieron a Antonio Canales la alcaldía por órdenes del nuevo gobernador civil, don Fernando Vázquez, comandante de la Guardia Civil.

³⁰ El comandante Linos entró en el despacho del gobernador civil con corrección. Miguel Canales fue cesado y procesado en consejo de guerra, pero evitó la pena capital por su amistad con el jefe local de Falange, el capitán Luna. Vid.: VEIGA LÓPEZ, Manuel: *Fusilamientos en Navidad. Antonio Canales*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1993. Sólo se produjeron leves enfrentamientos en la cárcel, donde se encontraban encarcelados los falangistas Francisco Fuentes Lubián, Joaquín Giner Bravo, José Montes Pintado y José Luna Meléndez. Liberados el mismo 19 de julio.

El golpe militar en Cáceres estuvo liderado por miembros de Falange. Contaban con más peso social desde el acceso al poder del gobierno del Frente Popular por la radicalización de los simpatizantes de derechas, que vieron en los falangistas la fuerza política que atendía a sus deseos de acción. El día 11 de marzo, a raíz del asesinato frustrado del diputado socialista por Madrid Luis Jiménez de Asúa, el partido fue prohibido, sus líderes –Primo de Rivera, Ruiz de Alda, Fernández Cuesta y Sánchez Mazas– detenidos, y las sedes clausuradas. La tensión fue aprovechada por los simpatizantes de Falange para desestabilizar con violencia la frágil situación social.³¹

La sublevación había triunfado sin apenas resistencia en la capital cacereña y, según apuntan las fuentes, con una aparente cordialidad entre las diferentes facciones políticas.

Siendo las once horas y cuarenta y cinco minutos del día 21 de julio de 1936, se personó en este Ayuntamiento el teniente de Seguridad, don Pedro Sánchez y Sánchez, y don Manuel Plasencia Fernández, manifestando el Sr. Teniente de Seguridad que había recibido orden Verbal del gobernador civil interino, don Fernando Vázquez, comandante de la Guardia Civil, de requerir al Sr. Alcalde, don Antonio Canales González, para que hiciera entrega de la Alcaldía-presidencia del Ayuntamiento al mencionado Don Manuel Plasencia Fernández (...). El Sr. Alcalde, don Antonio Canales, presente en el acto, manifiesta que, como Alcalde, elegido por elección popular, ha venido desempeñando el cargo y que hoy, teniendo a la orden que por el Sr. Gobernador Civil se le comunica, aun contra su voluntad, pero obligado por la fuerza, hace entrega de la Alcaldía al Sr. Plasencia, para quien tiene todos sus respetos y considera digno de ocupar ese cargo (...). El Sr. Plasencia manifiesta que tiene para el Sr. Canales González toda clase de consideraciones, y reconoce la labor desarrollada en esta casa en beneficio de los intereses municipales y del vecindario en general, lamentando que las circunstancias presentes hagan al Sr. Canales retirarse de la Presidencia de la misma, deseando que muy pronto pueda volver al seno de la Corporación municipal, donde cuenta con los afectos y la cooperación de todos los señores concejales sin distinción alguna³².

Para mantener el orden y la tranquilidad, la prensa afín publicaba exhortaciones de origen militar: «¡Cacereños! El comandante militar de esta plaza os exhorta a manteneros en la más absoluta tranquilidad. Los destinos de España no se decidirán en una lucha fratricida entre los buenos cacereños (...). Hago una llamada patriótica al

³¹ Detalles de los acontecimientos y detenidos en CHAVES PALACIOS, Julián: *Tragedia y represión...*, *op. cit.*

³² AHMC, Actas Comisión Gestora, 21/07/1936:

pueblo cacereño en evitación de los males que se originarían, ya que estoy dispuesto a cumplir el bando de guerra en virtud del cual la paz pública no se puede por ningún concepto perturbar. ¡Viva España! ¡Viva la República!»³³. Aparentemente, el objetivo se cumplió, y las terrazas del Cine Norba y del Café Viena mantuvieron sus animadas tertulias.

El nuevo alcalde formó un Comisión Gestora con un número reducido de ediles para administrar la ciudad y mantener el orden público. Fueron escogidos entre las figuras más representativas de la ciudad, vinculados a la derecha: Fernando Vega Bermejo, Eleuterio Sánchez Manzano, Marcos Mariño Báez y Gabino Muriel Espadero³⁴. El Presidente del Consistorio logró plenos poderes bajo el pretexto del difícil Estado de guerra. Todas aquellas «necesidades y organización de servicios tanto militares como civiles que se refieran al movimiento salvador iniciado, cuyo triunfo ha de ser la salvación de España»³⁵. También, los ediles le otorgaron plenos poderes en materia económica.

El 26 de agosto del mismo año, Franco abandonaba Sevilla en dirección a la capital cacereña, donde estableció el cuartel de las tropas del sur³⁶. Aquí el General se convirtió en Jefe de las fuerzas militares expedicionarias de la columna en dirección a Madrid, anulando los avances de Queipo de Llano, detenido en el control de Andalucía. El recibimiento al Generalísimo fue digno de su nombramiento como Jefe de Gobierno del Estado Español. Aclamado por una ciudad que le ovacionaba desde la plaza de San Mateo hasta las puertas del Palacio de los Golfines de Arriba, donde instaló su residencia hasta octubre, Fue memorable la manifestación de júbilo mientras Franco, el general de aviación Kindelán; el propietario, político de derechas, Gonzalo López Montenegro y Carvajal; el Coronel Francisco Martín Moreno; y el diplomático José Antonio Sangroniz, saludaban a las masas desde el balcón.

³³ *Extremadura. Diario Católico*, 20/07/1936.

³⁴ *AHMC*, Actas de la Comisión Gestora, 5/08/1936: «La comisión gestora acordó por unanimidad trasladarse al Gobierno Civil a fin de visitar al Excmo. Sr. Gobernador Civil y ofrecerse incondicionalmente y con todo entusiasmo al gobierno constituido en Burgos y felicitarle por el movimiento iniciado que ha de ser la salvación de España»

³⁵ *AHMC*, Actas de la Comisión Gestora, 26/08/1936. La retórica de la Salvación es palpable en cada comunicado. Franco y el Movimiento como valores providenciales.

³⁶ Franco dirigía el ejército del sur desde la Orden de la Junta de Defensa de Burgos, 23/08/1936.

2. Las «guerras de la memoria» entre militares y falangistas

El primer alcalde del nuevo Estado, Manuel Plasencia Fernández –presidente del Consistorio desde el 21 de julio al 2 de agosto de 1936– era un político de reconocido prestigio en la ciudad, volcado con los grupos conservadores desde 1914 y concejal de la CEDA. Fue una elección de compromiso, de urgencia ante la sublevación, y pronto fue sustituido por un gobierno militar más propicio para esta labor ambientada en el Estado de guerra. «Las circunstancias actuales exigen que los mandos estén en poder del elemento militar»³⁷.

El elegido fue el capitán retirado Luciano López Hidalgo³⁸ –alcalde de la ciudad desde agosto de 1936 a junio de 1937; presidente de la Diputación entre 1938 y 1939; y gobernador civil de la provincia desde 1939 a 1944– miembro de toda confianza para el nuevo Estado, como demuestra su trayectoria política.³⁹

Fue el primer alcalde en afrontar la construcción de la identidad franquista a partir del dominio espacio-temporal del imaginario colectivo. La acogida al Generalísimo o la hazaña toledana de Moscardó –luego se proyectaría un documental en la sala Norba con masiva aceptación– centraron la actividad política, más volcada en la fabricación de la memoria que en la solución de los problemas acuciantes de los cacereños. Por otra parte, aceleró la depuración de funcionarios públicos y concretó el modelo de celebraciones del régimen, muy conectadas con la retórica de la muerte⁴⁰. Recibió el incondicional respaldo de la Comisión Gestora de la ciudad, que acordó concederle:

³⁷ AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 28/07/1936.

³⁸ Nacido en Badajoz (1898-1964), capitán retirado tras las reestructuraciones militares de la República –muchos de los golpistas pertenecían a este elenco de mandos en la reserva–. En África logró una apoteósica carrera militar: Placa de San Hermenegildo, la Gran Cruz de la Beneficencia y la Medalla del Sufrimiento por la Patria. «Operado por el doctor Herranz, que le extrajo un proyectil que tenía incrustado en el hueso sacro», citado en SELLERS DE PAZ, Germán: *Cáceres visto por un periodista...*, op. cit. El 31 de mayo de 1937 se notificó el traslado del alcalde López Hidalgo al sexto batallón del Regimiento de Bailén.

³⁹ Acompañado, prácticamente, de los mismos concejales: Juan Zancada del Río, Narciso Maderal Vaquero (siguiente alcalde), Dionisio Acedo Iglesias (director del *Extremadura. Diario Católico*), Antolín Fernández Guillén, José Martínez Cabezas y Gustavo Hurtado Muro (hijo del antropólogo Publio Hurtado).

⁴⁰ La carencia de funcionarios públicos –la guerra movilizó a buena parte de los hombres en edad laboral y sus lodos tragan la vida de muchos de ellos– llevó al alcalde Narciso Maderal Vaquero a revocar los despidos de algunos simpatizantes de izquierda para suplir las carencias del Consistorio. Se reincorporaron Victoriano Antequera Nacarino, Luis Mena Cordón, Antonio Gracia Flores, Ceferino Gómez Romero y Genero Gómez Polo. AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 5/07/1940.

voto de confianza y una amplia autorización (...) para realizar dentro de las consignaciones del presupuesto cuanto gastos sean precisos para atender debidamente las necesidades y organización de servicios tanto militares como civiles que se refieran al movimiento salvador iniciado, cuyo triunfo ha de ser la salvación de España⁴¹.

Le sucedió el presidente de la Diputación, Narciso Maderal Vaquero⁴² –julio de 1937 a diciembre de 1940– debido a la incorporación del alcalde, el 9 de junio de 1937, a las milicias nacionales. Durante unos días el cargo recayó provisionalmente en el concejal Manuel Plasencia Fernández, hasta que fue designado Narciso Maderal.

El día 23 de junio de 1937, cinco aviones de las fuerzas aéreas republicanas sobrevolaron la ciudad.⁴³ La defensa se vio favorecida por los sacos terreros colocados en los soportales de la plaza mayor y las baterías antiaéreas desplegadas en los puntos neurálgicos de la ciudad. Cayeron proyectiles sobre la plaza de Santa María, el Instituto de Segunda Enseñanza, el Gobierno Civil y las traseras del Cuartel de la Guardia Civil. Pero, el peor parado, fue el palacio del Mayoralgo. Causaron una treintena de muertos, nuevos mártires de la cruzada y héroes ejemplarizantes de la ciudad.

El odio y el miedo se entremezclaron en similares proporciones, lo que el franquismo utilizó para intensificar la represión. «España soportó –según el alcalde– todo un desbarajuste hasta la ruina de la Economía Nacional, so pretexto de una protección a la clase trabajadora, que no tuvo expresión más que en el burocratismo, enchufismo, del señoritismo crapuloso de izquierdas; desmoralización de las

⁴¹ AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 26/08/1936.

⁴² Nacido en Zamora en 1879, llegó a Cáceres en 1910 como funcionario auxiliar de Hacienda. Mientras, trabaja en la imprenta *El Noticiero*, donde adquiere fama como periodista. Más tarde redactó el diario *La Montaña*, fundado por Santos Floriano González. También colaboró en el *Extremadura. Diario Católico*. De pasado socialista –presidente de la casa del Pueblo– derivó al conservadurismo con la Unión Patriótica de Primero de Rivera y, más tarde, con la Renovación Española de Calvo Sotelo, su principal líder político. De hecho, inauguró el 19 de julio de 1937 el parque Calvo Sotelo. Su compañero del *Extremadura. Diario Católico*, Isaías Lucera, le definía como «un Torcuato Luca de Tena». Estas fueron sus palabras al tomar la Alcaldía. AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 9/06/1937: «Recuerda las alegrías y emoción causadas al ordenar de nuevo la bandera que fue siempre de la Patria, los acordes del hoy Himno Nacional y el desfile entusiasta de esos pequeños que componen las milicias de una juventud llena de valor y entusiasmo, representantes de nuestra Historia y tradición». Fue sustituido por enfermedad en la Alcaldía en enero de 1938 el edil Marcos Mariño Báez. Don Juan Durán García-Pelayo, Don Juan Luis Moreno de Espinosa, Julio Álvarez Buylla, Manuel Villaroel Dato, Juan Muriel Albarrán, Juan Milán Cebrián, Javier García Téllerez, Miguel Grech Avellán y Severiano Población. El señor Sánchez Manzano es el edil con mayor protagonismo. En AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 17/07/1938.

⁴³ El bombardeo se produjo el 23 de julio de 1937, sobre las 9 de la mañana. Cinco aviones bimotores soviéticos Túpolev SB-2 Katiushka, de la cuarta escuadrilla del teniente coronel Jaume Mata Romeu de las Fuerzas Aéreas de la República. Cayeron un total de 18 bombas, que provocaron una treintena de víctimas.

costumbres hasta llegar a lo más bajo del impudor a título de una cultura física, de la que podían sentirse avergonzados, de su promiscuidad, las propias fieras de la selva»⁴⁴.

Narciso Maderal comprendió la necesidad de identidad colectiva para asentar el nuevo régimen. Sus directrices de gobierno estuvieron encaminadas a magnificar el Nuevo Estado a partir de celebraciones públicas y monumentos arquitectónicos de inspiración totalitaria. La población aumentó hasta los 45.429 habitantes, debido a la migración de la carestía y el leve crecimiento de la natalidad en la posguerra⁴⁵.

El Alcalde dejó una importante huella de la memoria en la ciudad, en elementos paradigmáticos de la historia local, como pueden ser la Cruz de los Caídos, la construcción del cementerio musulmán para los muertos en defensa de la cruzada nacional y organizó la multitudinaria jura de bandera de los Alféreces Provisionales de la XIII promoción de la Academia de Granada el 16 de octubre de 1938.

La primera obra conmemorativa cacereña, y a la vez la más significativa, fue la Cruz de los Caídos. La figura sintetizaba los valores del régimen, la cruzada victoriosa de la religión y el franquismo contra la desviación comunista y liberal. «Vamos a inaugurar –comentó el Alcalde– esta Cruz, que siendo símbolo de la redención del género humano, lo es a la vez de la redención de España»⁴⁶.

Sin embargo, a la Falange cacereña no le pareció suficiente la construcción nacional en base a un sustrato nacional heterogéneo. Los líderes del Movimiento demandaban más alusiones, calles, homenajes y monumentos concretos a los héroes de Falange. El edil Manuel Villarroel Dato transmitió constantes quejas por la excesiva atención del Alcalde a los militares, actitud bochornosa para los ideólogos fascistas.

Fueron las luchas de poder habituales por el control de las nuevas esferas públicas a partir de un entramado multiforme. FET y de las JONS impuso sus nombramientos y directrices durante los años posteriores a la guerra, hasta que el régimen se asentó como modelo militar cambiante bajo la figura única y constante del Caudillo.

⁴⁴ El testimonio choca con su pasado ligado al movimiento obrero de la ciudad. Palabras citadas en VEIGA LÓPEZ, Manuel: *Fusilamientos en Navidad...*, op. cit., p. 232.

⁴⁵ AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 14/12/1940.

⁴⁶ AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 11/05/1938.

El conflicto de modelos autoritarios estalló en marzo de 1940, cuando el Alcalde inauguró el nuevo Barrio de Aguas Vivas nombrando las calles con las gloriosas batallas en las que había participado el Regimiento de Argel: Brunete, Alfambra o Belchite. Villarroel Dato, secretario de Falange y amigo del héroe local el Capitán Luna⁴⁷, expresó su pesar por las conmemoraciones dirigidas al ejército y el abandono aparente de FET y de las JONS en la simbología urbana. El edil recordaba que Falange «ha tenido igual comportamiento en el Glorioso Movimiento». La respuesta fue tajante: «la presidencia lo ha tenido en cuenta para cuando se vayan a designar otras calles»⁴⁸.

Los políticos e ideólogos falangistas se movilizaron contra la alcaldía de militares y lograron boicotear la aprobación de presupuestos del año 1941. Narciso Maderal Vaquero presentó su dimisión el 9 de noviembre de 1940 en un pleno general ante los problemas de autoridad que sufría en la comisión gestora desde octubre. «Surge una discrepancia fundamental sobre los mismos entre los demás Vocales y esta Presidencia, que pone de manifiesto mi incompatibilidad para continuar desempeñando el cargo, por lo que me veo obligado a poner el mismo a disposición de V. E. a fin de no interrumpir en lo más mínimo la marcha económica del municipio»⁴⁹.

Se produjo entonces el giro falangista de la ciudad que por falta de fondos y tiempo no se concretó en un entramado público de construcción de la memoria. El cambio estuvo motivado por la pugna de Falange en el control de la ciudad, en tanto

⁴⁷ Nacido en Valencia de Alcántara y miembro de Falange desde su ingreso en la Delegación Sindical de Cáceres el 17 de agosto de 1937. Concretó los valores del Movimiento en la ciudad, superando el periodo de orden militar desideologizado. En su juramento afirmó «prometo no apartarme, lo más mínimo de la norma y el estilo que el fundador de la Falange». Sobresalió en el partido tras dirigir la visita de José Antonio Primo de Rivera a Cáceres el 4 de febrero de 1934, acompañado del aviador Julio Ruiz de Alda y Rafael Sánchez Mazas. Se presentó a las elecciones de 1936 por Falange junto a Manuel Mateos Mateos –fundador del partido en la ciudad– y José Luna Méndez –jefe provincial–. José Antonio Primo de Rivera volvió al Cine Norba el 19 de enero de 1936, con un discurso más pragmático que el conceptual de los años anteriores. Manuel Villarroel Dato fue uno de los partícipes del levantamiento en Cáceres, viajando a Madrid –concretamente a la casa de José Antonio Primo de Rivera– para organizar las acciones. Recibió la orden de «regresar a Cáceres, pues el levantamiento militar serían inminente». En el Bar Castaña, le esperaban el comandante Joaquín González Martín, Alfonso Pérez Viñeta y Francisco Visedo Moreno, artífices del levantamiento en Cáceres. Era secretario de Falange.

⁴⁸ AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 8/03/1940.

⁴⁹ AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 9/12/1940. Ese mismo día se acepta la renuncia y «por aclamación se designa a Don Manuel Villarroel Dato, quien puesto en pie, como todos los concurrentes de la sesión, dice que va a pronunciar pocas palabras, siendo lacónico en sus frases da las gracias a los camaradas aquí presentes, por la confianza que en él depositan a quienes conoce de muy antiguo y unidos han luchado defendiendo la doctrina de Falange, agrega que jura no apartarse en ningún momento del estilo y normas que José Antonio dio a la Falange y con las frases de España que son contestadas por los presentes con la de Una Grande y Libre. Arriba España».

que no debemos aceptar el mito propiciado por Falange que acusaba a Narciso Maderal de acometer medidas contrarias al Movimiento o los símbolos oficiales de FET y de las JONS.

El relevo vino del alcalde Manuel Villarroel Dato –de diciembre 1940 a septiembre de 1941–, el hombre más cercano al líder local de Falange: el capitán Luna. Compartió el poder y la representatividad de la ciudad con el gobernador civil, Luciano López Hidalgo y los presidentes de la Diputación Provincial, Víctor García Calvelo e Hilario Muñoz Dávila. La Falange se vio obligada a repartir el poder entre las tres fuerzas afines al nuevo Estado defendido con las armas por Franco: la CEDA, los militares y Falange. Este falso equilibrio no estuvo libre de pugnas internas y rencores ideológicos soterrados.

Los dirigentes de Falange insistieron en la imparcialidad del alcalde Manuel Villarroel Dato, aunque recalcaran en las intervenciones municipales la guía ideológica del fascismo:

Repetidamente hemos dicho que para nada contamos con la opinión en la Falange, toda vez que nuestro modo de obrar no obedece ni a nuestro libre albedrío ni a políticas de determinado sector, sino a la norma exacta y continua que nos marca una doctrina.

Pero vosotros, camaradas que conmigo compartís la dura tarea de llevar a cabo esa doctrina desde los puestos de este Ayuntamiento, no ignoráis que el gran impulsor que, con el mayor cariño para Cáceres nos alienta y nos ayuda, haciendo posible nuestra labor falangista, es ese camarada al que, con el respeto a su jerarquía pero con el cariño que le debemos, llamamos Ramón Serrano Suñer⁵⁰.

El nuevo alcalde impuso la línea ideológica de Falange frente al eclecticismo de los gobiernos militares. Diseminó por el espacio señas de identificación: retratos de José Antonio y yugos y flechas en todas las dependencias municipales, en lugares públicos de buena visibilidad y en los despachos privados. Su figura constante se acompaña de una serie de normativas que obligó a los empleados del ayuntamiento a unirse al Movimiento de las FET y de las JONS.

El purismo falangista modificó antiguas señas de memoria con el rigor conceptual que requiere un modelo de gobierno homogéneo. El letrero luminoso de la fachada del edificio consistorial se modificó de tal manera que el «Viva España» fue

⁵⁰ AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 19/02/1941. Carta del alcalde Manuel Villarroel Dato a los concejales.

sustituido por «Arriba España». Del mismo modo, se retiraron las banderas extranjeras para destacar los pendones de los poderes: la nacional y la falangista⁵¹. También se dispuso un uniforme representativo para los ediles, consistente en el traje de Falange, un fajín con los colores de la bandera nacional sindicalista (negro-rojo-negro) y hebilla de plata con el escudo de de Cáceres. El Alcalde, sustituiría la plata por el oro en el cinturón⁵².

Pronto, los miembros de partidos de derecha entraron a formar parte del entramado político del Movimiento y los militares, al finalizar las incertidumbres de la guerra, regresaron a los cuarteles para dejar el poder local en las élites burocráticas del régimen.

Pero, al menos durante la guerra, la sucesión constante de nombres en la Diputación, el Gobierno Civil y el Ayuntamiento paralizó en buena medida las disposiciones ejecutivas que afectaban a la vida cotidiana de los cacereños. La política, la construcción y el asentamiento del franquismo, la persecución a las disidencias y el reparto de favores protagonizaron los primeros años del régimen.

El Nuevo Estado impuso la unicidad de pensamiento –flexible para aglutinar diferentes tradiciones políticas– y prohibió la crítica interna. El objetivo último era conseguir un mensaje unificado. Para ello se publicaron impresos repletos de recomendaciones a las instituciones y, en casos de relativa importancia, las autoridades tenían la obligación de enviar las noticias al gobierno central a la espera de ser aprobadas.

⁵¹ AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 27/11/1940: estas reformas ya las comienza Muñoz Dávila por la presión constante de los ediles falangistas.

⁵² AHMC, Actas de la Comisión Gestora, 12/04/1941.

Cuadro I: Los gobernadores civiles

1936	Fernando Vázquez Ramos <i>Comandante de la Guardia Civil</i>
1937 (del 9 al 11 de marzo)	Leopoldo Sousa Menéndez-Conde <i>Abogado asturiano derechista</i>
1937	Francisco Sáenz de Tejada y Olazábal <i>Marquesado de Torres de Mendoza</i>
1939	Luciano López Hidalgo <i>Militar vinculado al levantamiento</i>

Cuadro II: Los presidentes de la Diputación

1936	Narciso Maderal Vaquero <i>Periodista de la CEDA</i>
1937	Gonzalo López-Montenegro y Carvajal <i>Alcalde en 1922. Propietario del Palacio de los Golfines de Arriba, residencia de Franco desde el 26 de agosto al 3 de octubre de 1936</i>
1938	Luciano López Hidalgo <i>Comandante del Ejército</i>
1939	Víctor García Calbelo
1941	Hilario Muñoz Dávila
1941	Oscar Madrigal Tapioles <i>También presidente del C. D. Cacereño</i>

Cuadro III: Los alcaldes

Julio -Agosto 1936	Manuel Plasencia Fernández
Agosto 1936-Julio 1937	Luciano López Hidalgo
Julio 1937-Diciembre 1940	Narciso Maderal Vaquero
Diciembre 1940-Septiembre 1941	Manuel Villarroel Dato

RAMIRO DE MAEZTU Y LA REDACCIÓN DE *THE NEW AGE*: EL IMPACTO DE LA I GUERRA MUNDIAL SOBRE UNA GENERACIÓN DE INTELLECTUALES.

Andrea Rinaldi
University of Bergen

Introducción

The New Age fue publicada por primera vez en Londres en 1894, y era el principal medio de comunicación de la Sociedad Fabiana, un movimiento de opinión democrático y socialista, vinculado al Partido Laborista, en cuyas filas destacaron intelectuales como George Bernard Shaw, Virginia Woolf y Bertrand Russell. La revista obtuvo rápidamente éxito entre los intelectuales británicos, y lo conservó por lo menos durante las dos primeras décadas del siglo pasado. En 1907 *The New Age*, bajo la dirección de Joseph Clayton, adquirió un tinte bastante radical que no acababa de encajar con el reformismo gradualista de los fabianos, por lo que la revista sufrió una fuerte caída en las ventas. En mayo del mismo año, dos intelectuales hasta entonces no muy conocidos, Alfred Richard Orage y George Holbrook Jackson, relevaron la revista; los dos consiguieron entrar en la dirección gracias a la ayuda económica de Shaw, que decidió cederles parte de los derechos de autor de la exitosa comedia *The Doctor's Dilemma*, y también gracias a la contribución del financiero Lewis Wallace¹.

Orage era un exprofesor de instituto de Leeds, que había trabajado, junto al mismo Jackson y a Arthur J. Penty, para el *Leeds Art Club*, un círculo cultural muy activo en la preparación de conferencias de temas varios (política, filosofía, religión, ocultismo, arte, etc.) en las que participaban intelectuales del rango de Yeats o el mismo Shaw. Orage consiguió hacerse rápidamente con el mando exclusivo de la revista; de hecho, Jackson trabajó como coeditor sólo durante el primer año, mientras que Orage fue el único director hasta 1922, año en que decidió venderla².

The New Age se publicaba semanalmente, y contaba con un amplio número de redactores con diferentes intereses que garantizaban a la revista un vasto horizonte

¹ FERRALL, C.: *Modernist Writing and Reactionary Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 14-16.

² MOODY, A. D.: *Ezra Pound: Poet I: The Young Genius 1885-1920*, New York-Oxford, Oxford University Press, 2007, p. 160.

cultural; en sus páginas se afrontaban diferentes temas de literatura y arte, pero también política, ocultismo y economía. Aspectos como sus ilustraciones, que recordaban las obras de los expresionistas alemanes, la manera en que se discutían en sus columnas temas tan diferentes, así como su concepción informal e innovadora, han hecho que fuese identificada como el equivalente británico de la más conocida y renombrada *Der Sturm*. Así pues, bajo la dirección de Orage, *The New Age* se convirtió rápidamente en una de las principales referencias de las vanguardias artísticas de Gran Bretaña, y, simultáneamente, hizo un viraje político volviéndose el medio de comunicación del llamado *Guild Socialism*; entonces la revista destacó por ser de las primeras que empezaron a hacer propaganda de las teorías de Nietzsche en el Reino Unido. Orage tuvo la habilidad de reunir velozmente algunas de las personalidades más destacadas del ambiente intelectual británico de la época, convirtiendo la redacción en uno de los centros más importantes del modernismo europeo. El principal colaborador de la revista fue Ezra Pound (siendo el único redactor que recibía regularmente una compensación en metálico por parte de Orage) y por la redacción de *The New Age* pasaron personajes como los ya citados Yeats y Shaw, o el poeta y pintor canadiense Wyndham Lewis, los italianos Marinetti y Papini, entre muchos otros³.

Pronto una personalidad se impuso entre las demás: Thomas Ernest Hulme, que empezó a trabajar en la redacción de la revista como una especie de director artístico. Hulme ejerció desde el principio una importante influencia sobre los intelectuales cercanos a la redacción de *The New Age*, entre los cuales destacaban Pound y Eliot, que le describió como un *classical, reactionary and revolutionary*. En aquellos años *The New Age* fue deslizándose de manera paulatina desde la original posición socialista a posturas patentemente nacionalistas y radicalmente derechistas⁴.

En aquellos años Ramiro de Maeztu se encontraba en Londres, donde trabajaba como corresponsal del *Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España* y *Nuevo Mundo*, y allí empezó a colaborar también con *The New Age*, donde entró en contacto

³ MARTIN, W.: *The New Age under Orage: Chapters in English Cultural History*, Manchester, Manchester University, New York, Barnes & Noble Inc., 1967, pp. 24-32. Orage fue uno de los primeros en publicar traducciones y ensayos sobre Nietzsche en el Reino Unido: *Friedrich Nietzsche: The Dionysian Spirit of the Age* (London, 1906), *Nietzsche in Outline and Aphorism* (London, 1907); *Consciousness: Animal, Human, and Superhuman* (London, 1907).

⁴ GRIFFITHS, R.: «Another form of Fascism: The Cultural Impact of the French “Radical Right”, in Britain», en GOTTLIEB, J. V. y LINEAHN, P. (eds.): *The Culture of Fascism: Visions of the Far Right in Britain*, London, New York, I.B. Tauris, 2004, pp. 162-181.

con este ambiente cultural próximo a la derecha europea, nacionalista y antiliberal de la Europa de principios de siglo. Maeztu era un lector de la revista, que definía adecuada «para el uso de los jóvenes e intranquilos», notando como esta tenía normalmente unos tonos y unos matices agresivos y batalladores, por lo menos desde que Orage empezó a dirigirla. Aunque en esa época sentía todavía fascinación por la política y las instituciones liberales británicas, Maeztu empezó justamente en aquellos años su recorrido de regresión intelectual, que le llevó a abrazar el nacionalismo y el tradicionalismo católico más ortodoxo; su obra *Authority, Liberty and Function in the Light of the War*, editada en 1916 y publicada en castellano como *La crisis del humanismo*, es una recopilación de muchos artículos que el vitoriano publicó en diferentes órganos de prensa, algunos en la misma *The New Age*, y es un testimonio importante de la deriva ideológica de Maeztu⁵.

La influencia de Hulme

Hulme era un apasionado de la filosofía (él mismo se definía como un *philosophical amateur*) al que le entusiasmaban las ideas de Charles Maurras, Henri Bergson, y George Sorel, de los que había traducido la *Introduction à la métaphysique* y las *Réflexions sur la violence*. Con la llegada de Orage a la dirección de *The New Age*, Hulme empezó a colaborar establemente con la revista, donde tenía una fuerte influencia sobre toda la redacción, incluso sobre De Maeztu; en la revista, Hulme tenía el rol de director artístico, aunque de manera informal. En aquellos tiempos el periódico buscaba, aparte de una referencia política concreta, una colocación clara en la amplia variedad de vanguardias culturales que convivían en Londres en aquellos años inquietos⁶.

Nemi d'Agostino define a Hulme como un *bergsoniano antirromántico y contrario a la modernidad*, a la que contrapone su propia ética basada en una

⁵ Los activistas de la Sociedad Fabiano fundan su propio órgano de prensa, la revista *The New Statesman*, GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: *Maeztu: biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 171. La expresión regresión cultural pertenece a Francisco Rivera Pastor, cit. en GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: «El organicismo de Maeztu», *Razón Española*, 96 (2010), Recuperado de internet (<http://www.galeon.com/razonespanola>).

⁶ HULME, T. E.: «A Translator's preface to Sorel's Reflections On Violence», *The New Age*, vol. XVII, nº 24 (4/10/1915), pp. 469-470; SOREL, G.: *Reflections on violence*, New York, Peter Smith, 1915 (versión traducida por T. E. Hulme); TYTELL, J.: *Ezra Pound, the solitary volcano*, Chicago, Ivan R. Dee Publisher, 1987, pp. 71-74.

religiosidad antirracionalista, según la cual la imperfección de la naturaleza humana puede ser corregida sólo a través de una rígida disciplina moral y política, gracias a la cual el hombre puede librarse de las limitaciones que le impiden aspirar a la perfección.

En realidad, las invectivas de Hulme iban dirigidas principalmente contra el progresismo, más que contra la modernidad en general; cuando, por ejemplo, en 1911 participó en un congreso de filosofía en Bolonia, escribió en su diario que el único tipo de progreso a admitir es *aquel de los príncipes y de los ejércitos*, es decir, que él consideraba benigno sólo el progreso fructífero para la nación, de particular modo el progreso técnico que lleva a mejorar los aparatos militares⁷.

El escultor Jacob Epstein, que fue uno de los fundadores de la vanguardia artística del Vorticismo, comparaba a Hulme con Sócrates o Platón porque el inglés había sido capaz de rodearse de un grupo de jóvenes y destacados intelectuales, gracias a su personalidad impetuosa: de él decía que «era capaz de pegar patadas a alguien tanto teórica como físicamente». Procedente de una familia acomodada, el joven Hulme había ya manifestado su ímpetu físico, más que intelectual, al ser expulsado del prestigioso St. John's College de Cambridge por estar involucrado en una pelea. Después de su expulsión, Hulme pasó el 1906 y el 1907 en Canadá, donde desahogó su ánimo inquieto trabajando como leñador. Su propensión a la violencia volvió a aparecer en distintas ocasiones, como cuando en 1913, en el curso de una conferencia pública sobre Bergson, incitó a los asistentes al enfrentamiento físico contra sus adversarios políticos, mientras agitaba el puño americano de bronce que le había forjado a medida su amigo escultor Henri Gaudier-Brzeska⁸.

De todos modos, hay que reconocer que Hulme no destacaba sólo por su ímpetu verbal y físico: en el citado congreso de Bolonia conoció personalmente a Bergson, y este encuentro resultó ser particularmente fructuoso porque, a partir de ahí, el joven intelectual desarrolló notablemente sus teorías, dotándolas de bases teóricas más sólidas. Además consiguió ganarse la simpatía del filósofo francés, que decidió

⁷ D'AGOSTINO, N.: *Ezra Pound*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1960, p. 68; HULME, T. E.: *Meditazioni*, Firenze, Vallecchi, 1969, p. 236.

⁸ Jacob Epstein escribió la introducción de HULME, T. E.: *Speculations*, London, Routledge & Kegan Paul, 1960, pp. VI-VII; sobre Bergson y Hulme: GARUFI, L. C.: *Invito alla lettura di Pound*, Milano, Mursia, 1978, p. 43. El episodio de la conferencia de Bolonia se puede encontrar en: MARTIN, W.: *The New Age under Orange*, p. 182.

escribirle una carta de recomendación, gracias a la cual Hulme volvió a ser aceptado en Cambridge.⁹

En la carta Bergson definió a Hulme como:

Un esprit d'une grande valeur [...] destiné à produire des œuvres intéressantes et importantes dans le domaine de la philosophie en général, et plus particulièrement peut-être dans celui de la philosophie de l'art¹⁰.

Bergson, que indudablemente ya tenía mucha influencia en los círculos culturales ingleses, en modo particular los más radicales y aquellos que se dedicaban al esoterismo, vio difundirse sus teorías gracias también a la propaganda que le hizo Hulme, y la redacción de *The New Age*, entre las filas sindicales y unionistas británicas, y también en el neonato movimiento sufragista.

Guild Socialism

Se podría datar la fecha de nacimiento del *Guild Socialism* en el año 1906, cuando el ya nombrado Penty publicó *Restoration of the Gild System*, aunque no sería correcto afirmar que Penty fue el único padre del socialismo gremial; de hecho se trató más de un trabajo colectivo de un grupo de intelectuales decepcionados que procedían de la Sociedad Fabiana, y que colaboraban activamente con *The New Age*, entre los cuales destacaron Samuel G. Hobson y George D. H. Cole. Por esto es bastante complejo describir la identidad ideológica y las propuestas políticas concretas que este movimiento de opinión, antes que político, propugnaba, ya que en su interior coexistían diferentes almas y corrientes de pensamiento. De todos modos, se puede afirmar que el *Guild Socialism*, o socialismo gremial, fue un movimiento que se inspiraba en las cofradías y en los gremios de las artes y los artesanos medievales, que aspiraba a renovar y adaptar a las condiciones de la clase obrera de principio del siglo XX, proponiendo así un modelo de sindicato alternativo a las *Trade Unions*¹¹.

Algunos observadores han querido identificar en el socialismo gremial un movimiento análogo al sindicalismo revolucionario continental, pero las diferencias

⁹ GALLESSE, L.: *Le origini del fascismo di Ezra Pound*, Milán, Ares, 2005 p. 33-34.

¹⁰ HULME, T. E.: *Speculations*, op. cit., p. x.

¹¹ PENTY, A. J.: *The restoration of the gild system*, London, S. Sonnenschein and co., 1906; HOBSON, S. G.: *National Guilds, an Inquiry Into the Wage System and the Way Out*, London, Bell Publication, 1919; WILLGOOS, R. G.: *George Douglas Howard Cole: his Guild Socialist period*, Washington, Catholic University of America, 1970.

entre las dos escuelas son notables, a pesar de que seguramente muchos de los activistas fabianos ingleses leían textos de los socialistas revolucionarios, entre los cuales destacaba Sorel. La diferencia principal entre las dos escuelas reside justamente en la composición de su base: mientras que el socialismo gremial era un movimiento únicamente compuesto por intelectuales, y no consiguió nunca ganarse ni el consenso ni la participación activa de muchos trabajadores, el sindicalismo revolucionario podía presumir de una amplia base de masas, y de un considerable número de cuadros y activistas. Esta condición podría explicar, en parte, la actitud menos radical de la mayoría de socialistas gremiales, en comparación con el sindicalismo revolucionario¹².

De hecho, los exponentes del *Guild Socialism* eran contrarios al uso de violencia, y no creían en el mito de la huelga general porque, según ellos, era preciso derrocar el sistema capitalista desde su interior, a través de la progresiva transferencia del control de los medios de producción de la patronal a los trabajadores. A este propósito hay que mencionar que la ideología gremial no hacía distinción entre el trabajo manual y conceptual, es decir que sus demandas no hacían referencia exclusivamente a las clases obrera y campesina, sino al mundo laboral en general, incluidos los profesionales. Efectivamente, el fin del traspaso de los medios de producción no tenía que ser la dictadura del proletariado, sino el mejoramiento de las condiciones de vida de todo trabajador, y no sólo por lo que concierne a su salario, sino sobre todo en el sentido de la calidad del trabajo. Se podría considerar el *Guild Socialism* como el legítimo heredero de la tradición de intelectuales ingleses que en siglo XIX se opuso a la industrialización salvaje, y que tiene en Thomas Carlyle, John Ruskin y William Morris, unos de sus representantes más destacados. Además, es posible matizar diferentes rasgos comunes entre este tipo de sindicalismo y el socialismo utópico y asociacionista como lo entendía Robert Owen¹³.

Otros observadores han querido ver en el socialismo gremial una especie de precursor del corporativismo fascista, y de hecho los dos movimientos comparten algunas ideas: los dos entendían el sindicato como una asociación de productores, y aspiraban a substituir una de las cámaras parlamentarias por un órgano de emanación de los mismos sindicatos, formado por representantes de todas las artes y las

¹² GALLESSE, L.: *Le origini del fascismo di Ezra Pound*, op. cit., pp. 69-95.

¹³ GALLESSE, L.: *Le origini del fascismo di Ezra Pound*, op. cit., pp. 93-94.

profesiones. Realmente, algunos de los exponentes del socialismo gremial llegaron a simpatizar con el fascismo, incluso participaron de forma activa en el movimiento, entre estos el mismo Maeztu y sobre todo Penty; este último, buen amigo del alavés, en todo su periplo cultural y político pasó antes por la Sociedad Fabiana, y luego desde el socialismo gremial llegó a posiciones muy similares al fascismo continental, manteniendo estrictas relaciones políticas con la *British Union of Fascist* de Oswald Mosley. Pero, el número total de simpatizantes fascistas procedentes de las filas del socialismo gremial es francamente muy insuficiente para poder suponer un carácter de filiación entre los dos movimientos. En efecto, los dos movimientos sindicales discrepaban sobre un asunto fundamental: el socialismo gremial cuestionaba el principal pilar del sistema capitalista, la propiedad privada, mientras que el corporativismo fascista creía firmemente en su legitimidad y necesidad¹⁴.

Maeztu fue seducido por la ideología del *Guild Socialism*, e hizo suya la causa gremialista aportando su propia contribución a la construcción del movimiento:

Para Maeztu, el guildismo era, y así lo expresó en una carta a su amigo Ortega, un auténtico reto intelectual, dado que aún no estaba suficientemente teorizado, tarea que él se proponía abordar: «El socialismo gremial tiene una ventaja y una desventaja. No está aún pensado. Hay que inventarlo». Maeztu entiende por «gremio» una asociación autónoma e independiente del Estado, en la que se encuentran organizadas todas las clases sociales y grupos de interés. La razón de ser del gremialismo es la pluralidad de clases sociales y sus respectivos intereses. El principio «funcional» comprende todas las actividades del hombre y sanciona cada una de ellas con los derechos correspondientes a la «función». En el reparto de funciones y competencias se encuentra la garantía de las libertades reales. Maeztu se inclina por las tesis propias del «pluralismo» británico frente al concepto de soberanía estatal¹⁵.

El estallido de la I Guerra Mundial y el vuelco nacionalista

En 1946, María de Maeztu, hermana de Ramiro, se ocupó de recopilar y volver a publicar una selección de artículos de su hermano bajo el título *Europa y España*; ella misma escribe también la introducción del libro, donde señala la marcada diferencia entre la *actitud ideológica* del Ramiro joven, veinteañero, y la de *los años de madurez* y

¹⁴ DORRIL, S.: *Blackshirt: Sir Oswald Mosley and British Fascism*, London, Viking 2006 p. 73; GALLES, L.: *Le origini del fascismo di Ezra Pound*, op. cit., pp. 82-84, 27.

¹⁵ GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: «El organicismo de Maeztu», op. cit.

plenitud espiritual. Maeztu escribió durante exactamente cuarenta años en la prensa nacional y extranjera, produciendo una enorme mole de textos; a partir del año 1896, cuando se estrena como periodista en el pequeño diario bilbaíno *El Porvenir Vasco*, donde comenta la cuestión cubana, hasta el año 1936, cuando, pocas horas antes de su muerte, escribe su último artículo para el madrileño *La Prensa*. Según María estos cuarenta años de trabajo pueden ser claramente divididos en dos etapas de veinte años, en las que la orientación ideológica, política y espiritual del vitoriano es completamente diferente.

El viraje intelectual, por lo tanto, ocurrió en 1916 cuando, en plena Guerra Mundial, el vitoriano vistió la divisa británica y visitó como reportero las primeras líneas de batalla. Este acontecimiento, junto a la frecuentación de Hulme, fue crucial en este radical viraje ideológico, y no es casualidad que redactara y publicara *La Crisis del Humanismo*, justamente en 1916. A partir de entonces De Maeztu rechazó todos sus escritos anteriores; por ejemplo, al referirse a su primer libro, *Hacia otra España*, que le había situado entre los más destacados pensadores de la generación del 98, escribió:

Todas sus páginas merecen ser quemadas, pero su título corresponde al ideal de entonces y de ahora [...] No existe tal generación [n.d.r. la del 98]; el concepto de generación es impreciso y falso, y si existe, yo no pertenezco a ella¹⁶.

Leyendo los artículos de *España y Europa* escritos en 1916 se puede notar como Maeztu reemplaza gradualmente su racionalismo con un idealismo que confiere a la idea de nación un significado trascendental. Como cuando, refiriéndose al Imperio Alemán, afirma que «un gran imperio no es más que un gran amor y pasión». El periodista pasa sucesivamente a argumentar este desprecio por la tradición racionalista, y fundamenta sus argumentos tanto en observaciones empíricas que realiza durante los años de guerra, como en elucubraciones de carácter teórico. Según el vitoriano, quien fundó con base rigurosa esta actitud profundamente radicada en el carácter de los alemanes fue Immanuel Kant, que privilegió la razón por encima de los *buenos sentimientos*, y basó la moral y la ética en la razón práctica, haciendo de esta

¹⁶ MAEZTU, R. de: *España y Europa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1959, pp. 11-12.

un principio universal, ya que todo hombre debe ser guiado por la razón práctica que le hace obedecer a las leyes del Estado.

Siguiendo el discurso de Maeztu, el filósofo alemán polemizó con los moralistas ingleses Shaftesbury, Hutcheson y Fergusson que, en cambio, creían que la verdadera base de la moral tenía que estar en el *sentido* (o *sentimiento*) *moral*. Tal como ya había expresado anteriormente Hume: «las distinciones morales no se derivan de la razón, queriendo así reparar el error humanista que buscaba en el hombre el origen último de las distinciones morales». La moral kantiana inculcó en los alemanes la convicción de que, a fin de cuentas, la ética positiva es seguir las leyes positivas; en la época contemporánea el Estado es el legislador y, por lo tanto, es normal que los alemanes sigan ciegamente las órdenes de este, sin cuestionarlo moralmente¹⁷.

Ya en el primer artículo que Maeztu redacta para *The New Age*, escrito a principios de 1915, tras un análisis de las culturas dominantes entre las élites inglesa y alemana, afirma que en Inglaterra la cultura se basa principalmente en los hombres, en Alemania, en cambio, toda la atención se enfoca en el trabajo. En Inglaterra se tiene en muy alta consideración el respeto por los demás, y especialmente por la esfera privada de su vida, mientras que en Alemania el trabajo parece ser el valor más alto sobre el que se apoya la sociedad, y al que se subordina todo; por esto la eficiencia militar de los soldados teutones es tan abrumadora.

De Maeztu llega así a sostener que, una vez acabada la guerra, podría surgir una especie de cultura híbrida, que recogiera los mejores aspectos de la alemana y de la inglesa, pero al mismo tiempo reconoce que, en el largo plazo, la sociedad europea empezaría a buscar una solución mejor, una cultura que superara la simple unión de estas dos diferentes tradiciones, y que, en suma, no son más que experimentos dictados por las contingencias muy particulares de los años de guerra. Según el vitoriano el único tipo de sociedad que pueda dar lugar a una cultura en que estos dos polos opuestos puedan encontrarse de forma armónica es una civilización profundamente religiosa¹⁸.

¹⁷ MAEZTU, R. de: *España y Europa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1959, pp. 128-134.

¹⁸ MAEZTU, R. de: «England and Germany: two types of cultures», *The New Age*, vol. XVI, nº 12 (21/01/1915), pp. 304-305.

En su siguiente artículo, Maeztu aclara mejor cuál es su personal concepto de nacionalismo, que define como una pluralidad de seres humanos, en que prevalece la voluntad de reunirse en un estado soberano (si las circunstancias lo permiten) o, en el caso en que estos hombres ya estén reunidos bajo el mismo estado, de mantenerse dentro de esta condición, es decir, sin tener que soportar injerencias por parte de gobiernos extranjeros. Estas condiciones son, naturalmente, la comunidad de la raza, de la lengua, de los hábitos culturales, la religión del destino o del sufrimiento¹⁹.

En el mismo artículo De Maeztu comenta su concepto de nación, y se refiere en particular modo al caso del nacionalismo belga, a la cultura y a la índole de sus habitantes, y exalta la figura de su rey Alberto I. La opinión de Maeztu es que Alberto I regía el reino de manera mucho más honesta que su predecesor Leopoldo, reo de haberse manchado las manos con la sangre de los congolese esclavizados, y de haber favorecido el oscurantismo en la religión, secundando las instancias de los católicos más ortodoxos, en la convicción de que esto hubiera reforzado su reinado. Alberto I, en cambio, había tenido la valentía de enfrentarse con las armas a la avanzada alemana, quedándose en la primera línea cerca de sus soldados, mientras que el gobierno nacional se veía obligado a trasladarse a Francia, a la ciudad de Le Havre. Esta decisión y su conducta heroica hicieron que los soldados belgas viesen en su rey un verdadero ejemplo a seguir, un líder capaz de instigar en ellos un fuerte sentimiento nacional, de amor hacia su patria. De hecho, hasta el estallido de la I Guerra Mundial, Bélgica no podía decirse una verdadera nación, no era sino un *trozo de papel* que unificaba sólo formalmente dos comunidades, la francófona y la flamenca, completamente diferentes por culturas, hábitos y, naturalmente, por el idioma hablado. A partir de entonces los belgas se ganaron a pulso la simpatía del periodista vasco:

*Spain is a sentiment, France is a sentiment, England is a sentiment, Germany is a sentiment; but where could King Albert draw his patriotic feelings from if Belgium was not a sentiment; if Belgium, up to five or six months ago, was literally nothing more than the international treaty that guaranteed her neutrality? [...] I am neither a legalist nor a pacifist; I believe in no other laws than those which one defends with steel or on the Cross. Belgium gained my sympathies only when I saw her soldiers grouping themselves round the sword of her King*²⁰.

¹⁹ MAEZTU, R. de: «On Belgian Nationality», *The New Age*, vol. XVI, nº 14 (04/02/1915), pp. 304-305.

²⁰ *Ibidem*.

El inquieto Hulme consideraba la guerra como una faceta aterradora y al mismo tiempo inescindible de la condición humana, una más de las fatigas a las que los hombres se habían visto condenados por culpa del pecado original; él se alistó como voluntario nada más estallar la guerra, y en diciembre de 1914 llegó al frente francés como teniente de artillería, donde fue herido levemente, por lo que tuvo que volver a Londres por un tiempo. A finales de 1915, Hulme se encontraba nuevamente en primera línea, donde se mantuvo hasta el 28 de setiembre de 1917 cuando, en el pueblo de Nieuport, fue herido mortalmente. Maeztu se quedó asombrado por el heroísmo de su compañero, tanto que reconoció que, más allá del ámbito intelectual, el ejemplo de coraje del compañero difunto había sido su principal enseñanza²¹.

González Cuevas, nos habla del periodista vasco como un reportero que en algunos momentos se demostraba *extasiado por el espectáculo de la guerra*. En efecto, a pesar de considerar todos los males y el sufrimiento que el conflicto estaba causando, Maeztu creía que algo bueno podría surgir de ello, como el progreso técnico y la mejorada organización del trabajo que aumentarían la producción. Maeztu, valoraba el sentimiento de solidaridad que la vida de trinchera genera entre los militares, tanto que llegó a pensar en la organización militar como un posible prototipo de una hipotética sociedad futura, donde las jerarquías y las tareas personales son respetadas porque todo el mundo se ve involucrado en una lucha en función de la misma tarea final, que en el caso de la guerra era la victoria, mientras que en época de paz podía ser el bien de la nación²².

Reportero en la guerra de masas

En *On Luxury and Waste*, Maeztu subraya reiteradamente la necesidad de impedir que las clases más ricas malgasten sus recursos en bienes de lujo superfluos, y paralelamente recalca las características inéditas de la Guerra Mundial, que obliga a los contrincantes a reconvertir toda su producción industrial a favor del esfuerzo bélico, movilizando a toda la población. Según el vasco, tanto los civiles como las fuerzas armadas deben esforzarse para que el sector secundario inglés pueda alcanzar los niveles de producción de Alemania, que durante el primer periodo del conflicto

²¹ MAEZTU, R. de: *Autobiografía*, Madrid, Opera, 1974, p. 199.

²² GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: *Maeztu: biografía de un nacionalista español*, op. cit., p.181.

adelantaba a la británica en cuanto a armamento y a todo tipo de material necesario para las tropas. Por lo tanto, Maeztu cree que el gobierno británico debe conseguir que las clases obreras tengan un nivel de vida digno y que los intelectuales gocen de los recursos suficientes para desarrollar plenamente sus capacidades, porque estas son la condiciones para que toda la sociedad británica se sienta involucrada en la causa nacional de producción y participe activamente en el proceso de producción²³.

En 1916 el vitoriano tiene la posibilidad de visitar durante varios días los campos de entrenamiento militar de Salisbury, cerca de la ciudad de Plymouth, donde le recibe el almirante House, que le invita a *la más elegante y deliciosa cena que había probado [en] años*. Allí, a pesar de su ignorancia en materia de armas y estrategias, puede apreciar el majestuoso esfuerzo bélico inglés, que se manifiesta en toda su majestuosa dimensión, allí, en los campos de entrenamiento, los hombres se convierten en soldados y los estudiantes en oficiales. Maeztu debe reconocer que la actitud hacia la guerra que tiene el ejército británico es, en cierto modo, anticuada: la cena fastuosa, la manera de entrenarse de los jinetes, que todavía emplean mucho de su tiempo en enseñar a sus caballos los pasos rítmicos, delatan que muchas de las costumbres de las tropas inglesas son todavía más acordes con el tipo de guerra que se combatía en el siglo anterior, y no a una guerra total como resultó ser la I Guerra Mundial. Además, a pesar del importante papel que jugaron los lanceros ingleses durante la campaña de Bélgica, en el curso de los siguientes meses estos irán perdiendo mucha importancia; tanto que en 1916, Maeztu declaraba que *ahora la verdadera caballería son los hombres voladores*. Pero si la calidad del adiestramiento de los soldados británicos está todavía lejos del nivel de preparación alcanzado por las tropas alemanas, en otros aspectos el ejército de su majestad Jorge V es mucho más avanzado que la milicia del Kaiser Guillermo II porque puede presumir de la más moderna de las armas, la aviación²⁴.

En efecto, en su siguiente artículo, el reportero vasco puede notar ya la rapidez de adaptación del ejército británico que, por tradición, estaba acostumbrado a las guerras en tierras coloniales, un tipo de lucha completamente diferente de la *guerra de masas* y trincheras, inusual para las tropas inglesas que no tenían ni el equipamiento ni preparación necesarios. En breve los británicos tuvieron que

²³ MAEZTU, R. de, «On Luxury and Waste», *The New Age*, vol. XVII nº 2 (15/05/1915), pp. 34-35.

²⁴ MAEZTU, R. de, «A Visit to the Front», *The New Age*, vol. XX nº 2 (09/11/1916), p. 29.

reconvertir sus hombres y armamentos a la guerra del continente, un cambio radical que los ejércitos de otras naciones habían materializado en casi cuarenta años, y que ellos tuvieron que realizar en un bienio, como un mayor del campo de Salisbury hace notar a Maeztu.

El entonces Ministro del Armamento, el liberal Lloyd George, se enfrentó a la difícilísima tarea de tener que reconvertir toda la producción industrial del Imperio en favor del esfuerzo bélico. Un cambio de época que afectaba a todos los aspectos, y no sólo en lo económico, de la vida de la ciudadanía. Una verdadera *revolución espiritual* en la que debía participar toda la población británica en su conjunto; por esta razón no era posible tolerar las voces de los disidentes y de los pacifistas que podían minar la moral en la retaguardia. En aquel entonces, Maeztu elogiaba la decisión del coronel Russel que prohibió a su primo Bertrand el acceso a las ciudades en donde estaba previsto algún discurso público suyo, y subrayaba la necesidad de leyes gubernamentales para silenciar a todos los *pacifistas y los liberales*.

Mientras la nación en la retaguardia se estaba transformando, los soldados comprendían gradualmente que el *carácter británico* podía encontrar en la guerra de trinchera un campo abierto donde enseñar sus altas cualidades. Los *raids* estaban cambiando radicalmente la manera de entender y afrontar la guerra, haciéndola más y más cercana a las virtudes innatas del soldado británico, que tiene en su capacidad de adaptación e improvisación una de sus mejores cualidades. En cambio, los contra-*raids* por parte de los alemanes difícilmente conseguían los objetivos deseados, porque el genio histórico de la raza alemana era incompatible con ese tipo de guerra. Razonablemente, nadie podía esperarse un espíritu de iniciativa comparable al de los ingleses en unos soldados que estaban entrenados únicamente para la obediencia pasiva y para moverse sólo según las ordenes de sus superiores. La iniciativa, por lo tanto, habría llevado a los ingleses a ganar la guerra, y a tener un rol de primer plano entre las naciones de la *Entente Cordiale*. El coraje de los militares ingleses no se podía entender sin notar cómo, entre ellos, corría una especie de optimismo, de alegría física, que era aquello que los diferenciaba de todos los demás, y que quizás fuera la característica más íntima de la *raza británica*.

En esta líneas, Maeztu polemizaba con su maestro y amigo Ortega y Gasset que, en *El Espectador*, argumentaba sobre la gran tristeza con la que todos los soldados van

a la guerra. Maeztu, en cambio, estaba convencido de que los ingleses tenían una actitud completamente diferente: si, en general, todos los europeos iban al frente con la tristeza en la sangre, los ingleses eran una excepción, y, según Maeztu, el intelectual madrileño cometía un grave error de evaluación a causa de su escaso conocimiento del carácter británico. Maeztu, que nunca logró convencer a Ortega y Gasset a pesar de su amistad, decía que un inglés entendía perfectamente qué es la tristeza de la guerra, pero al mismo tiempo reclamaba su derecho a encontrar el lado alegre también en las cosas más tristes. De la misma manera todos los ingleses entendían claramente la impaciencia que tenían los alemanes por ganar la guerra, porque ellos también tenían prisa por ganar; pero para ellos lo fundamental no era la victoria, sino participar en el juego, *to play the game*.

Estaba claro que era preferible ganar, pero lo esencial, para el verdadero carácter británico, era que se jugara el partido, y esta actitud, a la larga, sería la ventaja que daría al pueblo inglés la fuerza para ganar. Los militares franceses, por ejemplo, habían empezado a entender que afrontar el combate de una manera menos negativa, podía ser muy ventajoso; siempre, hasta la derrota de Verdún, la infantería francesa había ido al frente con la tristeza en el corazón; en cambio, cuando estos soldados tuvieron que defender las últimas trincheras que quedaban por ser conquistadas por las tropas alemanas, cuando ya no tenían otra alternativa, empezaron a dejar de pensar en la muerte, cambió su manera de entrar en combate y un «suspiro de inmortalidad refrescó su alegría», haciéndoles capaces de obtener su revancha contra los teutones que se aproximaban peligrosamente a sus casas²⁵.

En la primera línea el mundo cambia y nace una sociedad más justa

Maeztu veía claramente cómo las economías europeas saldrían gravemente perjudicadas del conflicto, especialmente por la apabullante cantidad de dinero que cada Estado tenía que gastar para mantener su maquinaria bélica, y para que esta pudiera competir con los ejércitos enemigos. Hasta el estallido de la guerra, la principal fuente de lucro de las clases más altas procedía de los intereses que estas sacaban de sus inversiones en las colonias, mientras que la explotación del trabajo asalariado era

²⁵ MAEZTU, R. de, «A Visit to the Front», *The New Age*, vol. XX nº 4 (23/11/1916), pp. 77-78.

una parte menor de las riquezas de las clases asentadas. En cambio, una vez acabada la guerra, el mantenimiento de las *clases parasitarias* habría dependido casi exclusivamente de la explotación del trabajo de la clase obrera, ya que la mayor parte de las colonias habrían pagado buena parte de sus deudas abasteciendo de materiales y productos a las madres patrias.

Pero, siempre según el de Vitoria, después de la guerra las clases trabajadoras no podrán soportar este peso, y los políticos se verán obligados a cambiar este tipo de sistema económico, buscando justificaciones creíbles a los ojos de los más ricos. Los gobiernos deberán empezar a reformar el sistema fiscal, imponiendo más tasas sobre las rentas de las clases altas, argumentando, por fin, que los impuestos no son simplemente el medio de pagar los gastos del Estado, sino que representan también un instrumento de redistribución de la riqueza. Una vez acabada la guerra, todos los europeos serán más pobres, tanto los ricos como los necesitados, pero si los políticos saben gestionar con sabiduría la situación, repartiendo de manera más igualitaria el peso fiscal, podrán apelar al sentido de justicia de la clase trabajadora que, viendo cómo los más ricos también padecen por los recortes de sus rentas, aceptarán de buen grado también su empobrecimiento.

El sentimiento de justicia social, obviamente, era anterior a la guerra, pero el conflicto había hecho más evidente que ya no era posible soportar la injusticia de un sistema económico que no se basaba en el bien común, y que sustentaba *clases parasitarias e improductivas*. Estas habían gozado de la protección de sus riquezas por parte de un sistema político que defendía la propiedad privada, dando por descontado que esta fuese el principal motor del progreso económico y del desarrollo mercantil; la guerra, sin embargo, no sólo había puesto en evidencia que este principio era artificial, y beneficioso sólo para unas pocas personas mientras que perjudicaba al resto de la sociedad, sino que, además, había dado pie al espíritu de solidaridad que tiene la fuerza para reformar esta sociedad injusta, y sin el uso de la violencia: gracias a este principio habría surgido una sociedad en la cual los derechos se fundamentan únicamente en el cumplimiento de los deberes.

War is a lesson in solidarity. Rich and poor disappear in the brotherhood of arms. [...] The separation of governors and governed is not effected in war in fulfilment of the will of the dead, as is the separation of rich and poor in times of peace; but by the differentiation of functions

*which everybody realises as necessary. In this sense war is a lesson in discipline; but the discipline is founded on the evidence that the ruled fulfils less difficult function than the ruler. War teaches men to respect merit more profoundly-and not merely the merits of soldiers, but all technical abilities. Men are learning in the Army, for example, that the greatest efforts and sacrifices of which men are capable are not called forth by love of money, but by the spirit of honour and by the Guild spirit. Every army is a guild in which, in the hour of danger, the whole nation incorporates itself*²⁶.

En cierto sentido la previsión que De Maeztu expresa en el final del mismo artículo resultará ser verdadera: todos los países involucrados en la Gran Guerra vivirán a continuación una etapa de fuerte inestabilidad social, y una reagudización de las protestas del movimiento obrero que, después de haber pagado la cuenta más dura de una guerra de trinchera y de posición en la que prevalecía el papel jugado por la infantería, reclamará en voz alta el derecho a participar en la vida política de su país de la cual todavía estaba excluido. En cambio, no siempre los gobiernos nacionales europeos se comportaron según las sugerencias del periodista alavés.

*It is not conceivable that, after having learned in war to face death and to exert their will, the workmen of Europe can return to the apathy which resigned them to economic injustice perpetrated by stamped paper, at a time when their reason had been won over to the principle of social solidarity. It is not likely that, after a shock so deep as war, the workmen will return to their factories and pay for the campaign out of their reduced wages in order that shareholders may come quietly back to their old idle existence. The war is awakening, in millions of brains, nervous cells which had long been asleep*²⁷.

Conclusiones

A los expertos en la vida y las obras de Ramiro de Maeztu quiero proponer el análisis de los muchos artículos que Maeztu publicó en la revista modernista, que ahora son de muy fácil consulta vía internet y gracias al *The Modernist Journals Project* de las Universidades Brown y de Tulsa, que ofrecen la entera colección de *The New Age* en los años en que fue dirigida por Orage (es decir de 1907 a 1922). Realmente, mi interés por Ramiro de Maeztu es indirecto, es decir que me encontré con estos artículos del periodista vasco debido a mi dedicación al estudio historiográfico de la

²⁶ MAEZTU, R. de: "War and Solidarity", en *The New Age*, vol. XVIII, nº 4 (27/05/1915), pp. 81-83, cit. en p. 83.

²⁷ MAEZTU, R. de: "War and Solidarity", *The New Age*, vol. XVIII, nº 4 (27/05/1915), pp. 81-83, cit. en p. 83.

figura de Ezra Pound, el notorio poeta norteamericano citado en el trabajo, ejemplo muy peculiar de dedicación a la causa fascista. Como he expuesto brevemente, Pound y Maeztu se conocieron e intercambiaron opiniones en la redacción de *The New Age* y, aunque no tenga constancia de que este intercambio fuese muy intenso, siempre me han llamado la atención algunos rasgos comunes que compartían estos dos intelectuales, tanto por sus biografías como por sus recorridos intelectuales, que llevó a ambos a abrazar ideologías de la derecha radical, antes, y declaradamente fascistas después²⁸.

De manera particular, he querido fijarme aquí en el peso de la Gran Guerra, el gran *événement* colectivo, la centrifugadora que desintegró la sociedad del siglo XIX y la proyectó brutalmente en la era de la modernidad. Es sabido cómo la Primera Guerra Mundial marcó a una o más generaciones europeas, tanto de intelectuales como de gente común, pero la neutralidad de España ha hecho que en algunos casos se haya restado peso a este fenómeno sobre la vida cultural de la península ibérica. Aunque de manera del todo diferente, tanto Pound como Maeztu empezaron a abrazar ideologías radicalmente derechistas y nacionalistas en los años de guerra y en aquellos inmediatamente sucesivos. Para los dos, además, uno de los factores más importantes en esta conversión fue la observación empírica de las particulares condiciones económicas de Europa en los años de guerra. A este propósito cabe añadir que tanto el norteamericano como el vasco, otra vez, tenían una manera muy peculiar de entender la economía, que entrelazaban frecuentemente y de forma muy personal con sus convicciones en materia religiosa, un tema también muy amplio e interesante que aquí no se ha podido abordar por razones de espacio.

Mi intención ha sido hacer una pequeña contribución a la descripción de aquel ambiente cultural que, a pesar de no poderse definir todavía ni como fascista ni tampoco como protofascista, fue aquel famoso *caldo de cultivo* en que se generaron los primeros gérmenes políticos de la derecha radical europea de la época de entreguerras, que, con el tiempo, dio lugar al verdadero fascismo como partido político de masas, al cual pertenece también el movimiento falangista a pesar de todas

²⁸ Existe una tesis doctoral sobre la estancia de Maeztu en Inglaterra que, desafortunadamente, no he podido leer: SANTERVAS SANTAMARTA, A. R.: *La Etapa inglesa de Ramiro de Maeztu*, Madrid, Universidad Complutense, 1987.

sus particularidades. Durante muchos años, algunos de los historiadores que se han ocupado del franquismo español han tendido a subrayar la substancial diferencia del falangismo en relación a todos los demás movimientos fascistas europeos. Afortunadamente, hoy en día la historiografía ha cuestionado esta interpretación, poniendo en duda los estereotipos que por mucho tiempo han alimentado la creencia sobre la supuesta diferencia entre España y los otros países europeos. En mi opinión, el hecho de poder identificar de qué manera diferentes exponentes destacados del fascismo europeo coincidieron físicamente y se relacionaron entre sí, puede ayudar a superar estos estereotipos.

CUERPOS ENFRENTADOS EN *SIN NOVEDAD EN EL ALCÁZAR*

Aintzane Rincón Díez*

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

En la presente comunicación me acercaré al imaginario falangista de la película *Sin novedad en el Alcázar* (Augusto Genina, 1940)¹. Centraré el estudio en analizar cómo el filme articuló el significado de la anatomía patriótica y femenina a partir de la lógica de bandos enfrentados en la Guerra Civil. El análisis parte de los fundamentos teóricos, metodológicos y conceptuales que otorgan un papel central al lenguaje en el análisis histórico. Como ocurre con otros rituales sociales, «la *performance* del género se basa en la repetición. Esta repetición es a la vez re-presentación y la re-experimentación de una serie de significados que han sido ya socialmente establecidos y es la forma mundana y ritualizada de su legitimación»². El cine popular, que estructura sus relatos de acuerdo a convenciones sociales, se nos presenta como un «dispositivo de poder»³ que crea y legitima el significado hegemónico de las identidades.

La evolución en las relaciones de género, asociada a los cambios que supuso el tránsito a la modernidad, despertó gran ansiedad e incertidumbre entre amplios sectores de la sociedad. Las sensibilidades más conservadoras vieron en aquella transformación un peligro para la estabilidad social. Para los sublevados, la guerra supuso, entre otras cosas, la búsqueda de una solución autoritaria a esta cuestión⁴. Con su victoria el 1 de abril de 1939, dio comienzo a un régimen que impuso una lógica de frentes entre «vencedores» y «vencidos». El discurso oficial de posguerra aspiró a construir una realidad plana y sin fisuras donde la idea de patria y las políticas del

*Este estudio se enmarca en el proyecto de investigación «La experiencia de la sociedad moderna en España 1870-1990», financiado por la UPV/EHU.

¹ GENINA, A.: *Sin novedad en el Alcázar*. Estreno: 28-10-1940 cine Avenida, Madrid; 21-11-1940 cine Coliseum, Barcelona.

² BUTLER, J.: *Gender Trouble. Feminism and the Subversión of Identity*, Nueva York, Routledge (1999), p. 178.

³ Entiendo el poder en términos foucaultinanos, como un ejercicio descentralizado y fragmentario, cambiante y productivo que colabora en la construcción de las identidades. FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI (1977), pp. 112-117.

⁴ CENARRO, Á.: «Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). Un ejercicio comparativo», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 16 (2006), p. 160.

género aparecían indisolublemente unidas. El franquismo pretendió imponer de forma autoritaria, inflexible y sin voluntad integradora, un orden de género que hizo referencia a las tradiciones y a la naturaleza. En este intento el cine jugó un papel fundamental como productor de «cuerpos disciplinados», ayudando y colaborando a la construcción de la «cultura de la victoria» y de la motivación civil en las tareas represivas y de vigilancia⁵. Fueron las «películas de cruzada» las que, aparentemente, mejor respondieron a los propósitos del nuevo régimen. Estas películas constituyeron un proyecto explícito para elaborar y legitimar el relato que el bando sublevado realizó de la Guerra Civil. Participaron de una concepción absoluta de la verdad y el error ayudando a imponer la certeza de los vencedores de que la contienda se resolvió con la victoria del bien y la destrucción del mal. El mayor número de películas «de cruzada» tuvo lugar en los años en que el falangismo, que comprendió el cine como el gran aliado para su revolución, tuvo mayor presencia en los órganos de gestión y regulación del cine. Entre estas cintas, *Sin novedad en el Alcázar* fue una de las que mayor tiempo permaneció en cartel y que participó, más nítidamente, con los preceptos falangistas⁶.

A favor del cine jugó la sensación de verosimilitud de lo narrado y, sobre todo, su capacidad para generar emoción⁷. El argumento, desde un lenguaje maniqueo e hiperbólico, se basó en un episodio bélico acaecido en los primeros días de la Guerra Civil. Narró la resistencia de «un pequeño pueblo»⁸ que se refugió en el Alcázar de Toledo y sobrevivió a los ataques exteriores. Los dos bandos enfrentados aparecían claramente delimitados por la frontera que establecía el edificio militar. Sus muros albergaron y alumbraron, como si del útero femenino se tratara, a la «verdadera España». Esta representación alegórica de la «madre patria» en términos reproductivos reforzó la idea de la función patriótica de la maternidad. Desde una

⁵ FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 142. Sobre la «cultura de la victoria», ver DEL ARCO, M. A.: «El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre», *Ayer*, 76, 4 (2009), pp. 245-268. CENARRO, Á.: «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, 44 (2002), pp. 65-86.

⁶ CAMPORESI, V.: *Para grandes y chicos. Un cine para los españoles 1940-1990*, Madrid, Turfan, 1993, p. 119. Sobre el «cine de cruzada», ver GUBERN, R. (et al.): *Historia del cine español*, Madrid, Cátedra (1995), pp. 229-239.

⁷ ARESTI, N.: *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2010, pp. 20-23; DÍAZ FREIRE, J. J.: «Cuerpo a cuerpo con el giro lingüístico», *Arenal*, 14, 1 (2007), pp. 5-29.

⁸ GENINA, A.: *Sin novedad en el Alcázar* (1940), minutos: 0:32:04.

mirada fetichista y fragmentada de sus cuerpos, *Sin novedad en el Alcázar* parecía otorgar sentido político a la tarea reproductiva de las mujeres. Como ha señalado Victoria de Grazia para el caso italiano, también el proyecto franquista de «restauración» generó nuevos tipos al rearticular las antiguas nociones de maternidad respondiendo a un nuevo patrón discursivo y al operar sobre un terreno diferente⁹.

La idea de la guerra como un acontecimiento «sanador del cuerpo de la nación»¹⁰ se representó particularmente a través de Carmen. El análisis de este personaje nos permite estudiar cómo el falangismo posibilitó que la «pura tradición y substancia de aquel pasado ideal español» se envolviera en las «formas nuevas, vigorosas y heroicas»¹¹. Igualmente nos ayuda a identificar las posibilidades interpretativas que escapan de la lógica interna del relato y de la intención con que fue creado. Teniendo en cuenta que en la posguerra el cine popular ofreció la posibilidad de evadir la cotidianeidad, permitió al público mantener intacto un espacio privado e interior que se negaba a ser colonizado por el Estado¹². Es decir, constituyó un terreno particularmente susceptible para la asimilación, transformación, reapropiación o rechazo de los discursos hegemónicos.

1. Un cine para la redención

El cinematógrafo, en tanto surgió de la experimentación científica, fue el espectáculo de masas paradigmático de la modernidad. En un contexto en el que las masas eran consideradas como un grupo receptivo homogéneo, carente de voluntad propia e independiente, el cine fue considerado como un medio particularmente capaz para la movilización y el adoctrinamiento sociales. En línea con esta lógica reinante en las primeras décadas del siglo XX, el destacado director y teórico cinematográfico ruso Sergei Eisenstein pensaba que a partir de las emociones que generaba el cine, la individualidad del público resultaba «esclavizada por la individualidad del autor»¹³. En

⁹ DE GRAZZIA, V.: *How Fascism ruled women. Italy, 1922-1945*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press (1992), p. 2.

¹⁰ DEL ARCO, M. A.: *op. cit.*, p. 253.

¹¹ FRANCO, F.: *Habla el Caudillo* [s.l.], Editorial Nacional (1939), p. 18.

¹² LABANYI, J.: «El cine y la mediación de la vida cotidiana en la España de los años 40 y 50», *Pandora: Revue d'études hispaniques*, 2 (2002), p. 254.

¹³ EISENSTEIN, S. M.: *Hacia una teoría del montaje*, vol. 1, Barcelona, Paidós (2001), p. 38.

consecuencia, la voluntad del público resultaba moldeable por quien controlara los medios de difusión¹⁴.

En España el cinematógrafo gozó siempre de una gran aceptación y seguimiento popular. Aunque la consolidación de la industria se vio relativamente truncada por el estallido de la Guerra Civil, la producción no se paró en absoluto en estos años. Al contrario, ambos bandos se afanaron en la producción. De hecho, el cine participó durante la contienda como uno más de los dispositivos propagandísticos, consolidándose la idea del medio fílmico como instrumento adoc-trinador¹⁵. Terminada la guerra, el cine se convirtió en una de las prioridades del régimen franquista y la administración del Estado se implicó de manera directa en las cuestiones cinematográficas¹⁶. Como señaló Ramón Serrano Suñer, Ministro de Gobernación entre 1938 y 1940, era «innegable la gran influencia que el cinematógrafo tiene en la difusión del pensamiento y en la educación de las masas». En consecuencia, resultó «indispensable que el Estado lo vigile en todos los órdenes en que hay riesgo de que se desvíe de su misión»¹⁷. En efecto, los espectáculos no quedaron fuera de la labor de regeneración de costumbres y a través de diversas medidas, el régimen trató de impulsar y potenciar la producción de un cine que respondiera fielmente al carácter nacional. Dentro de esta lógica, fue el cine «de cruzada» y el de «reconstrucción histórica» el que resultó gozar del aplauso del régimen.

Habría que matizar que las posturas de las diferentes sensibilidades sublevadas con respecto al papel social que podía cumplir el medio no fueron inequívocas desde el principio. Fue la de Falange Española (FE) la que se presentó

¹⁴ Esta idea se comprende en el contexto del protagonismo de las masas, de su presencia en la vida pública y de la importancia que adquirió la voluntad popular en el primer tercio del siglo XX. Ver DÍAZ FREIRE, J. J.: *La república y el porvenir. Culturas políticas en Vizcaya durante la Segunda República*, Donostia, Kriselu, 1993, p. 27; FUSI AIZPURUA, J. P.: «La Edad de las Masas (1870-1914)», *Historia Social*, 4 (1990), pp. 261-272.

¹⁵ Sobre el cine en la Guerra Civil, ver GUBERN, R.: *1936-1939, la guerra de España en la pantalla: de la propaganda a la historia*, Madrid, Filmoteca Española, 1986; SÁNCHEZ-BIOSCA, V.: *Cine y Guerra Civil española. Del mito a la memoria*, Madrid, Alianza (2006).

¹⁶ Para profundizar en la gestión, medidas de control y promoción del cine, ver GUBERN, R. (et al.), *op. cit.*, pp. 181-293; GURBERN, R.: *La censura. Función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo, 1936-1975*, Barcelona, Península (1981); VALLÉS COPEIRO del VILLAR, A.: *Historia de la política de fomento en el cine español*, Valencia, Filmoteca de la Generalitat Valenciana (1992).

¹⁷ B.O.E.: *Normas para la Censura de Películas: Organiza Comisión y Junta Superior*, Orden del 2 de noviembre 1938, núm. 128.

desde el principio, a diferencia, por ejemplo, de la Iglesia Católica¹⁸, favorable a la utilización del cine. Desde las filas falangistas el control de los medios de comunicación constituyó una prioridad para lograr la movilización y el adoctrinamiento moral e ideológico de las masas. A partir de una idea jerarquizada de la sociedad, comprendieron el medio como un instrumento a través del que una determinada élite de intelectuales, «audaz y carismática», podía llevar a cabo «una revolución desde arriba»¹⁹. La confianza que tuvo el falangismo en el cine fue similar a la que presentaron grandes movimientos totalitarios internacionales²⁰. En este sentido, Joseph Goebbels, ministro de cultura popular y propaganda de la Alemania nazi, también confió en el valor de los mensajes fílmicos para «ganar el corazón del pueblo y conservarlo»²¹. En cualquier caso, el cine sería un arma muy poderosa y eficaz, pero peligrosa si caía en manos enemigas. De aquí el interés falangista por controlar los medios de difusión.

Los primeros años de la posguerra, y hasta 1945, fueron aquellos en los que FE logró una mayor capacidad de control sobre el medio y cuando podía pensarse en el de mayor producción de cine plenamente fascista²². Y, sin embargo, el conjunto de la producción de posguerra no encaja nítidamente en la categoría de cine fascista o propagandístico en su sentido técnico-estilístico. En cualquier caso, sí existen cintas que pueden considerarse falangistas. En el caso de *Sin novedad en el Alcázar*, la película fue reeditada en 1966 con numerosos cortes con respecto a la primera versión. Esta acomodación del metraje de acuerdo a una gramática menos falangista, nos sugiere pensar que al menos las instancias oficiales sí vieron en ella un carácter fascista.

¹⁸ DÍEZ, E.: *El montaje del franquismo. La política cinematográfica de las fuerzas sublevadas*, Barcelona, Laertes (2002), pp. 111-121.

¹⁹ *Ibidem*, p. 245.

²⁰ TAYLOR, B. y VAN DER WILL, W.: *The Nazification of Art. Art, Design, Music, Architecture and Film in the Third Reich*, Winchester, The Winchester Press (1990); PAZ REBOLLO, M. A. y MONTERO DÍAZ, J.: *El cine informativo (1895-1945): Creando la realidad*, Barcelona, Ariel, 2008. Algunas de las producciones más importantes del «cine de cruzada», como el caso de la película que nos ocupa, fueron el resultado de la colaboración española con la Italia fascista.

²¹ PAZ REBOLLO, M. A. y MONTERO DÍAZ, J.: *op. cit.*, p. 192.

²² Las políticas del cine dependieron del Ministerio de Gobernación (1938-1941), gestionado por el falangista Ramón Serrano Suñer, y de la Vicesecretaría de Educación Popular (1941-1945), gestionada por el partido unificado FET y de las JONS.

2. El Alcázar y los elementos definitorios de la raza

El fascismo español, en sintonía con otros movimientos europeos, apareció como un movimiento adscrito a las vanguardias y a las formas de acción social modernas. Ernesto Jiménez Caballero, uno de los ideólogos del falangismo, miró al fascismo italiano como referente a seguir. Consideró crucial elaborar una fórmula fascista propia, porque «el pueblo que no encuentra en sí su propia fórmula de fascismo es un pueblo influido, sin carácter, sin médula»²³. El falangismo concibió a la nación como un cuerpo sobre el que había que aplicar técnicas atléticas fascistas de salubridad para su constitución fuerte y sana. En este sentido, los proyectos eugenésicos de años anteriores fueron rearticulados para responder a las exigencias de la regeneración, saludable y fuerte, de la «raza»²⁴. Hay que matizar que el discurso racial de FE presentó particularidades importantes con respecto a otros fascismos europeos. En efecto, el falangismo comprendió la raza hispana como una combinación de características genéticas y tradiciones culturales²⁵. Entre estas segundas, el catolicismo ocupó un lugar fundamental y resultó ser un elemento definitorio del patriotismo. Aunque el partido apostó por que la Iglesia y el Estado mantuvieran campos de actuación separados, se caracterizó por su carácter profundamente católico²⁶. Este rasgo se mostró útil para lograr la comunión entre las diferentes sensibilidades sublevadas y permitió ofrecer un discurso profundamente arraigado en la tradición revestido de los aires de renovación que ofreció el falangismo. Además, su sentido católico operó como un elemento fundamental para articular el relato bélico como una lucha entre la materia y el espíritu. Como ha señalado José Javier Díaz Freire, desde la cultura política de la derecha, el advenimiento de la Segunda República fue percibido como el aluvión de las bajas pasiones sin freno de unas masas arrolladoras²⁷. A partir de esta idea, los sublevados

²³ JIMÉNEZ CABALLERO, E.: «Europa. Conferencias: Raid. 12.302 Kms. Literatura», *La Gaceta Literaria*, 15 de agosto de 1928.

²⁴ VAZQUEZ GARCÍA, F. y MORENO MENGÍBAR, A.: *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XVI-XX)*, Madrid, Akal (1997), p. 173-176.

²⁵ CÁMARA VILLAR, G.: *Nacional-Catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Madrid, Hesperia (1984), p. 391, nota 55.

²⁶ NÚÑEZ XEISAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons (2006), pp. 189, 190 y 195.

²⁷ DIAZ FREIRE, J. J.: *La República...*, op. cit., pp. 133-199.

entendieron la guerra como una cruzada contra la inmoralidad y todo lo que atentaba contra la familia cristiana²⁸.

El contraste visual y narrativo que proyectó *Sin novedad en el Alcázar* de los dos bandos enfrentados reprodujo el imaginario dicotómico de una guerra del bien contra el mal. La caracterización del enemigo como personas ociosas, frívolas y crueles estaba presente en todo el relato. Esta proyección venía a deshumanizar y a cargar de sinrazón a la comunidad «vencida». La indisciplina y el desorden de los soldados republicanos se visualizó de manera particular a través de sus vestidos, no uniformados, de su apariencia descuidada y poco higiénica o presentándolos ebrios y ociosos. Un episodio del metraje subrayaba el contraste entre los dos bandos en relación a esta idea. Se trata de un momento en el que un soldado del Alcázar se ofrece como voluntario para infiltrarse en el bando contrario. Para esta tarea el soldado aparecía, a diferencia con los minutos precedentes, despeinado y con ropas rurales. Sus compañeros le auguraban el éxito en su labor comprendiendo que «con la facha que te hemos puesto» nadie sospecharía²⁹. En varias ocasiones el frente enemigo ofreció a los sublevados la posibilidad de rendición con la promesa de que no habría represalias. Estos episodios permitían exaltar el carácter patriótico del soldado rebelde para el que «la palabra rendirse no existe»³⁰. El ejército sublevado estaba compuesto por hombres que preferían ver el Alcázar convertido en un «cementerio» antes que, tras la posibilidad de la rendición, deviniera en «un estercolero»³¹. Igualmente, la película sugería la idea de que el bando enemigo utilizaba malas «artes» de guerra. Una de sus estratagemas era la de difundir informaciones falsas con respecto al ánimo de los que resistían en el Alcázar. En múltiples ocasiones *Radio Madrid* difundió la noticia falsa de que los rebeldes se habían rendido o de que el gobierno republicano controlaba la situación del país. El propio coronel Moscardó de ficción, lamentaba que «en cuanto a mentiras, nada les detiene»³². Con todo ello, el frente enemigo pretendía hacer desistir de su intento «al avance victorioso de las

²⁸ MENÉNDEZ REIGADA, I. G.: *La Guerra Nacional Española ante la Moral y el Derecho*, Bilbao, Editora Nacional (1937), p. 9.

²⁹ GENINA, A.: *op. cit.*, minutos: 0:54:10-0:59:40.

³⁰ *Ibidem*, minutos: 0:42:23.

³¹ *Ibidem*, minutos: 1:22:00-1:26:00.

³² *Ibidem*, minutos: 0:52:51.

tropas de Franco»³³, que llegaría con refuerzos. En otra ocasión el frente contrario viola el alto el fuego acordado entre ambos lados. La cuestión se torna particularmente dramática cuando la pareja sentimental de una de las protagonistas resulta herido de muerte por una bala del enemigo. Este episodio cargaba de razón y emoción las palabras de la viuda cuando más tarde señalaba que «no ha sido sangre derramada en vano»³⁴.

El contraste entre las formas de vivir la guerra se proyectó particularmente en dos episodios. En uno de ellos un grupo de políticos y militares aparecen alrededor de una mesa cubierta de abundantes comidas, bebidas y fumando. En aquel banquete uno de los personajes se jacta de estar ocupando el lugar que antes perteneció al clero diciendo: «¡estos obispos vivían como reyes!»³⁵. Mientras tanto, la supervivencia de los refugiados se complica como causa de la escasez de víveres. Este contraste se repite cuando un grupo de civiles, hombres y mujeres, aparecen fumando, portando cámaras de foto, video y prismáticos, riendo mientras contemplan el asedio al Alcázar. Insistiendo en la caracterización de personajes carentes de escrúpulos, uno de ellos asevera que estaba siendo «¡un espectáculo magnífico!»³⁶. El punto álgido de la crueldad y violencia del enemigo tiene lugar cuando un grupo de soldados secuestra a la mujer de uno de los militares refugiados. Los soldados enemigos llaman desde su frente al esposo de la presa y, mientras la amordazan, gritan: «De salud está muy bien, ¡tienes una mujer estupenda Fernando!»³⁷.

Al contrario, el interior del Alcázar aparece como un universo de paraíso moral donde reina el respeto a la jerarquía militar, a las tradiciones y a la religión. La película trasladaba la idea de que el edificio militar protegía en su seno, hasta la llegada de los refuerzos, a los elementos definitorios de la «raza». Como vimos anteriormente, en la concepción racial falangista el catolicismo ocupó un lugar central. También en el filme de Augusto Genina la presencia religiosa tenía un protagonismo particular, haciendo aparecer al frente de guerra como un templo. En particular, se proyectaba un largo metraje, previo a la batalla final, donde tenía lugar una misa colectiva e, incluso, la

³³ *Ibidem*, minutos: 1:51:00.

³⁴ *Ibidem*, minutos: 1:50:30.

³⁵ *Ibidem*, minutos: 0:34:20-0:36:48.

³⁶ *Ibidem*, minutos: 1:41:19.

³⁷ *Ibidem*, minutos: 0:45:00.

celebración de un matrimonio entre una refugiada y su novio en el lecho de muerte³⁸. La película exaltaba los valores de religiosidad y disciplina que garantizaban el orden. Era un espacio donde los soldados secundaban esos valores de disciplina y jerarquía militares y respetaban la máxima de relegar los intereses particulares a favor de los colectivos. La escena más representativa a este respecto la protagoniza Moscardó, el coronel al mando. El episodio muestra una conversación telefónica en la que los soldados republicanos comunican al militar que han apresado a su hijo y que, de no rendirse, será fusilado. El coronel, impasible, se dirige a su hijo ordenándole que encomiende su «alma a Dios» y que muera «como un patriota gritando ¡Viva España!»³⁹.

Todos estos episodios enfrentaban la tergiversación y la crueldad republicanas frente al orden y el respeto a la tradición de los sublevados. La carga emotiva de los episodios señalados pretendía que el público se identificara con el imaginario de quienes resistían en el Alcázar. La empatía que pretendía generar con respecto al sufrimiento de la comunidad refugiada venía a otorgar mayor intensidad a las escenas finales de la victoria ambientadas con la banda sonora del *Cara al Sol* y con imágenes de reencuentros entre familias⁴⁰. Una representación que aspiraba, a partir de una lógica de relación causal extra-diégetica, a legitimar el poder de quienes, en la fecha de exhibición del filme, regían los destinos del país.

3. El imaginario femenino falangista

El orden que imperaba en el Alcázar venía representado también a través de una proyección de mujeres que parecían responder, en colectivo, al imaginario de la «auténtica feminidad católica» franquista⁴¹. El carácter maternal era el elemento identificador de las mujeres refugiadas que aparecían ante la cámara rodeadas de niños y niñas, temerosas ante los ataques y rogando a Dios como el único «que puede salvarnos»⁴². El franquismo equiparó la grandeza de la patria con el aumento demográfico y, así, el fomento de la natalidad fue una cuestión fundamental para el

³⁸ *Ibidem*, minutos: 1:28:00-1:35:46.

³⁹ *Ibidem*, minutos: 0:40.20-0:42:23.

⁴⁰ *Ibidem*, minutos: 1:51:00-1:53:32.

⁴¹ MORCILLO, A.: *op cit.*

⁴² GENINA, A.: *op. cit.*, minutos: 1:49:50-1:50:30.

régimen. De ellas dependía la existencia de la «raza», de manera que la maternidad constituía su particular aportación patriótica. En este sentido, responder a los dictados biológicos determinados en sus cuerpos se convirtió en una cuestión política. Ilustra esta idea un diálogo del filme en el que un antiguo amante de la protagonista propone a esta matrimonio arguyendo que «ahora que España necesita españoles, el matrimonio es un acto de patriotismo»⁴³. Igual de sugerente es el episodio en el que una de las mujeres refugiadas da a luz a un bebé al que bautizan con el significativo nombre de Salvador⁴⁴. Esta escena resulta también relevante porque parece proponer el parto como la forma femenina de la bravura militar. En efecto, el episodio que narra el alumbramiento proyecta un repentino cambio de actitud de los personajes. Mientras que las mujeres que asisten el parto se muestran serenas y con la situación bajo control, Rafael, el padre, aparece totalmente agitado y nervioso.

De acuerdo a las políticas pronatalistas del franquismo, cualquier práctica que supusiera la reducción consciente de la natalidad no se consideraba solamente un crimen contra la vida humana, sino también un crimen contra el Estado y contra la «raza»⁴⁵. El descenso de la tasa de natalidad, el control de la misma o las normas más relajadas de conducta sexual eran atribuidos a la «degeneración moral» del período republicano. La idea de la «mujer moderna» de los años veinte y treinta aparecía como la representación paradigmática de toda aquella decadencia. Y, sin embargo, el personaje femenino principal del filme, no respondía al imaginario maternal. El relato redimía a Carmen de su frivolidad moderna al enseñarle el valor de una ética fundada en el servicio a la patria. Pero, en esta reformulación, la protagonista aparece como una mujer vigorosa e impetuosa en su nuevo compromiso con la causa nacional. En su nueva caracterización, se semeja al «ideal de la mujer falangista»⁴⁶ que corporeizaron las mujeres de Sección Femenina (SF). Como es sabido, esta organización fue, junto a Acción Católica (AC), el único canal de movilización femenina que el régimen de Franco

⁴³ *Ibidem*, minutos: 1:16:17-1:17:42.

⁴⁴ *Ibidem*, minutos: 1:02:00-0:04:10.

⁴⁵ NASH, M.: «Pronatalismo y maternidad en la España franquista», en BOCK, G. y THANE, P. (eds.), *Maternidad y políticas de género: La mujer en los estados de bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Feminismos (1996), pp. 279-308.

⁴⁶ Marie A. Barrachina se refiere al «ideal de la mujer falangista» como el modelo que encarnaron las militantes falangistas en oposición al «ideal falangista de la mujer» que predicaron para el resto de mujeres. BARRACHINA, M. A.: «Ideal de la mujer Falangista. Ideal falangista de la mujer», en *La mujer en la Guerra Civil española: III Jornadas de estudios monográficos. Salamanca, octubre 1989*, Madrid, Dirección de Archivos Estatales (1991), pp. 211-215.

permitió y auspició. El objetivo de ambas organizaciones respondió a la labor de adoctrinar y educar a las mujeres en los valores de la maternidad y la domesticidad y, al hacerlo, se alejaron en su trayectoria vital de ese ideal⁴⁷.

3.1. *Carmen, una mujer de dudoso pasado*

Desde los primeros minutos del metraje se caracteriza a Carmen de forma negativa. Su preocupación por el aspecto físico aparece como el resultado de su frivolidad. La iluminación y los encuadres de cámara refuerzan su figura sensual, de mirada profunda, seductora y activa, coqueta y preocupada por sus vestidos y el ocio. Carmen se muestra cercana a un tipo de feminidad que el franquismo asoció a la vida desordenada de los años veinte y treinta, ajena a los valores patrióticos y religiosos. Incluso su nombre evoca a la mitología de la *femme fatal* española, exótica y peligrosa, atractiva, sexualmente activa y estéril. El personaje cinematográfico se asemejaba, en nombre y actitudes, a la figura literaria creada por el escritor francés Prosper Mérimée (1845). Gracias a una conversación con Pedro, un antiguo novio, el público se entera de que la joven tuvo un pasado sexualmente activo. La escena que presenta a Carmen, cuando se apea en la estación de tren de Toledo procedente de Madrid, sugiere la misma idea. La protagonista sale del vagón despidiéndose de un hombre. Su amiga Conchita, que la espera en el andén y conoce su carácter y comportamiento, le da la bienvenida con una pregunta retórica: «has hecho una conquista ¿eh?», a la que Carmen responde que fueron dos⁴⁸. Cuando dos soldados presentan al héroe fílmico tiene lugar un episodio protagonizado por el desentendimiento lingüístico que refuerza la idea del interés superficial de Carmen por los hombres. Los militares se refieren al capitán Dávila como un hombre «bizarro», a lo que Carmen responde, enfocada con un profundo y luminoso primer plano, que «es guapo». Inmediatamente los soldados corrigen a la protagonista señalando que se refieren al valor del militar, describiéndolo como un «oficial excelente, un hombre decidido, que sabe lo que

⁴⁷ Esta cuestión no ha pasado desapercibida para la historiografía. Para el caso de SF ver, CENARRO, Á.: «La Reina de la Hispanidad: Fascismo y nacional catolicismo en Zaragoza. 1939-1945», *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 72 (1997), pp. 91-102; RICHMOND, K.: *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de la Falange, 1934-1959*, Madrid, Alianza (2004).

⁴⁸ GENINA, A.: *op. cit.*, minutos: 0:05:40.

hace»⁴⁹. La misma Carmen reconoce más tarde haberse enamorado «ya tantas veces...» que «el amor para las mujeres es un hombre que nos gusta y nada más»⁵⁰. Las cualidades de su feminidad resultan ser la antítesis de la figura de la mujer virgen-esposa-madre. Representa a un tipo de mujer a la que el franquismo, desde diferentes instancias, pretendió hacer frente. Como se señaló desde las páginas de la revista *Y*, aquel modelo era, además, antipatriótico:

La mujer de España, por española, es ya católica... es un consuelo tener a la vista la imagen antigua y siempre nueva de esas mujeres españolas comedidas, hacendosas y discretas. No hay que dejarse engañar por... esa fémina ansiosa de «snobismo» que adora lo extravagante y se perece por lo extranjero. Tal tipo nada tiene que ver con la mujer española⁵¹.

En efecto, como venía interpretándose desde anteriores años, el aspecto de la protagonista no se limitó a una cuestión de imagen exterior, sino que alcanzó también al carácter y a los modos de comportarse⁵². Cuestiones que el franquismo identificó en términos patrióticos. Precisamente la actitud inicial de Carmen ante el estallido de la guerra se muestra como el síntoma de su falta de espiritualidad y patriotismo. El filme recurre aquí a un significativo contraste entre Conchita y Carmen en su reacción ante la información del estallido bélico y la necesidad de refugiarse. Mientras la primera aparece preocupada y agitada, Carmen responde con hastío diciendo: «¡Qué fastidio! Ir al Alcázar, llevar mis cosas, mis vestidos...»⁵³. Una vez en el refugio, el público ve corroborada la actitud de Carmen que, en contraste con el resto de la comunidad, no se resigna a las inclemencias que impone la situación bélica. Su porte resulta aún más negativo cuando, mientras el resto de refugiados se las apaña para acomodarse a duras penas con los pocos recursos a su alcance, Carmen recurre a las estrategias de seducción con el fin de lograr mejores pertrechos e insiste en que, aun siendo más peligroso, preferiría trasladarse a algún lugar más cómodo, porque «yo no puedo

⁴⁹ *Ibidem*, minutos: 0:06:14.

⁵⁰ *Ibidem*, minutos: 0:32:13-0:33:04.

⁵¹ ISERN, A.: *Y*, septiembre de 1943.

⁵² Sobre las disputas entre las «actitudes políticas sobre el cuerpo» contrapuestas, ver DÍAZ FREIRE, J. J.: «La reforma de la vida cotidiana y el cuerpo femenino durante la dictadura de Primo de Rivera», en CASTELLS, L. (ed.), *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, EHU/UPV (1999), p. 252.

⁵³ GENINA, A.: *op. cit.*, minutos: 0:18:33-0:18:55.

dormir con tanta gente»⁵⁴. Toda esta escena se desarrolla mientras Carmen se mira y peina en un espejo de mano subrayando su carácter vanidoso. Cuando se produce la transformación, la joven aparece aseándose la cara con la poca agua que tiene a su alcance. En esta ocasión, el objetivo de su higiene resulta ser bien diferente. La propia protagonista señala que prefiere «la sed antes que encontrarme sucia», porque «si tenemos que explotar, quiero subir con la cara limpia»⁵⁵.

En oposición a Carmen, la obra inspiradora de las políticas de género franquista fue *La Perfecta Casada* de Fray Luis de León (1583). Conchita, la amiga de la protagonista, parece encajar, desde el principio, en el modelo de feminidad franquista que también fomentó SF. La escena más representativa de sus virtudes de esposa sacrificada es aquella en la que contrae matrimonio con su novio, que se encuentra en el lecho de muerte. Este es uno de los momentos de mayor emotividad y dramatismo del filme, que sitúa a Conchita en un estadio de perfección superior. Arrodillada y rendida ante el cuerpo del héroe, lo llora como hiciera la Virgen María con Jesús, proyectando un imaginario femenino aún más cercano a la perfección nacional-católica y próxima a los dictados de la Iglesia Católica⁵⁶. La situación bélica imposibilita la consumación como madre de Conchita, que pasa, sin embargo, a convertirse en una «heroica viuda».

3.2. *La transformación de Carmen*

Los días dentro del Alcázar despiertan en Carmen un renovado sentir patriótico haciéndola aparecer como el resurgir de una «mujer nueva». Pero, como vengo señalando, su transformación no encaja del todo con el modelo femenino de las virtudes tradicionales de modestia y retraimiento al que sí responde Conchita⁵⁷. El filme sugería que el amor al héroe había despertado la motivación de la protagonista por la causa nacional. De hecho, su cambio es más evidente a partir de una confesión nocturna que hace la protagonista a su amiga reconociendo sentir «algo que no se

⁵⁴ *Ibidem*, minutos: 0:19:57-0:20:42.

⁵⁵ *Ibidem*, minutos: 1:14:00.

⁵⁶ *Ibidem*, minutos: 1:32:40-1:35:46.

⁵⁷ La distancia existente entre Carmen y Conchita puede interpretarse como la existente entre AC y SF. Ver, RICHMOND, K.: *op cit.*, pp. 105-129.

puede explicar» por el capitán Dávila⁵⁸. Esta estructura narrativa reforzaba la idea principal de la cinta que respondía a la máxima franquista de la capacidad del «soldado nacional» de subordinar los intereses privados a los colectivos, algo que las mujeres aprendían a realizar sólo de manera imperfecta. En cualquier caso, el hecho de que fuera el deseo amoroso el factor que despertara la motivación patriótica de la joven provocaba que su redención no resultara del todo completa.

Una de las escenas que explicitan el cambio de actitud de Carmen se produce al encontrarse con un antiguo amante en el refugio. La protagonista aparece como una afanosa enfermera y el personaje citado acude en busca de sus cuidados. Mientras ella sana sus heridas, él le habla con nostalgia de los días felices que pasaron juntos y de «la noche de nuestro primer beso». Este diálogo es significativamente espiado, como evaluando el alcance de la transformación, por la mirada celosa y vigilante del Capitán Dávila. A diferencia de la frivolidad y descaro con que había actuado en los primeros minutos, la protagonista reacciona ahora con rubor e incomodidad⁵⁹. En su nuevo modo de actuar Carmen parece responder positivamente a llamamientos como los que realizaba la revista *Medina* cuando aseveraba:

Escuchamos con frecuencia a personas que... hablan con nostalgia de «tiempos fáciles», de «tranquilidad», de «abundancia», de «bienestar». Los falangistas no sentimos hoy nostalgia de bienestar material, ni mucho menos de aquella triste época de vida fácil⁶⁰.

La protagonista tampoco recuerda con nostalgia los días con aquel amante, incluso reconoce a su amiga Conchita haberse comportado con los hombres como una mujer «ligera», insistiendo en que «no me daba cuenta, pero aquí dentro lo he comprendido»⁶¹. Pero, la necesidad de subrayar el rechazo de su pasado y la persistente exigencia de demostrar la honestidad de su transformación ofrece posibilidades de lecturas disidentes con los preceptos franquistas. En efecto, sonrojada y abochornada, Carmen responde a la petición de matrimonio de aquel amante

⁵⁸ GENINA, A.: *op. cit.*, minutos: 0:56:43-0:56:59.

⁵⁹ *Ibidem*, minutos: 0:46:40-0:47:58.

⁶⁰ *Medina*, 5 de junio de 1941.

⁶¹ GENINA, A.: *op. cit.*, minutos: 0:56:43-0:53:59

señalando que «sería una locura. No lo hicimos hace un año cuando era yo quien quería y tú no. Evitémoslo también ahora»⁶².

Por otro lado, en su novedoso carácter de defensa de la causa nacional, la protagonista responde con una actitud de entrega tal que puede resultar excesiva. La escena en la que Carmen habla con el capitán Dávila sobre la forma en que se está desarrollando la contienda resulta sugerente. Cuando él le informa sobre la gravedad de la situación la protagonista responde, con ímpetu: «¡no nos rendiremos!». Ante el asombro del capitán por la repentina energía patriótica de la joven, ella responde: «pronto seré como usted. En materia de valor, le he tomado por modelo»⁶³. En este sentido puede pensarse en una rearticulación de la actividad sexual del personaje canalizada y transformada ahora en diligencia patriótica. La articulación de la masculinidad falangista no se alejó de esta idea. De hecho, el ideal estético y disciplinado masculino de FE venía a simbolizar el autocontrol y el dominio de la voluntad⁶⁴. En estos términos Carmen encajaría en la élite que estaría «a la cabeza de la revolución nacional sindicalista»⁶⁵. La distinción entre un grupo social selecto y la masa pervivió aun muerto el fundador del partido y se puso especialmente de manifiesto entre las afiliadas de la SF. Podría pensarse en Carmen como el personaje que encarnó la excepcionalidad femenina falangista que guiaría al resto de la población femenina en la tarea, igualmente patriótica, de traer una nueva generación de hombres nacional sindicalistas⁶⁶. Una singularidad regida, en cualquier caso, por la disciplina y la jerarquía. La forma de filmar las conversaciones entre los protagonistas, con Carmen en picado y el héroe en contrapicado, subrayaron la idea de una relación jerárquica. También la oratoria de SF presentó siempre la tarea patriótica femenina en concordancia con su feminidad y definida como «perfecto complemento al hombre y a la obra viril de la Falange»⁶⁷.

Esta relación de poder desigual que proyectó la película se tradujo tanto en la tarea patriótica de los personajes como en su relación íntima. En la película se

⁶² *Ibidem*, minutos: 1:16:17-1:17:42.

⁶³ *Ibidem*, minutos: 0:39:34-0:40:21.

⁶⁴ VINCENT, M.: «La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28 (2006), pp. 135-151.

⁶⁵ PRIMO de RIVERA, J. A.: «Acerca de la revolución», *Haz*, núm. 9, 12 de octubre de 1935.

⁶⁶ BARRACHINA, M. A.: *op cit.*

⁶⁷ «Estatutos de la Sección Femenina de Falange Española de las J.O.N.S.», I Consejo Nacional de la Sección Femenina, enero de 1937.

confundieron las dos dimensiones. La idea de que la historia romántica cumplía una función disciplinadora parece reforzarse cuando el final de la cinta relega a la invisibilidad el relato de amor, dejándolo, por otro lado, totalmente abierto a la creatividad del público. Además, el arranque de la historia romántica se produce en una escena en la que el héroe alecciona y endereza a Carmen ante sus impertinentes exigencias de acomodo en el Alcázar. Así, le hace saber que el somier que pide hace «falta para los enfermos y heridos» e insiste, ante la impotencia de la joven, en que debe «resignarse incluso a compartir su colchón con otra mujer»⁶⁸. Aunque el relato de amor parece secundario, contribuye a consolidar una idea jerárquica de las relaciones que coincide con los mensajes de los «consultorios» de la revista falangista *Medina*. Desde sus páginas, proponía que «la vida de toda mujer» respondía a «un eterno deseo de encontrar a quien someterse», e insistía en que «la dependencia voluntaria» era, para ellas, «el estado más hermoso»⁶⁹.

Con todo, a pesar de que Carmen parece finalmente responder a una feminidad aceptable para el régimen, hay un elemento desestabilizador relacionado con su pasado que la película no resuelve. Se trata de su labor como enfermera, algo que, por sí solo, no parecía traicionar su cambio. La protagonista se ofrece a estas tareas confesando, orgullosa, poseer el diploma de la Cruz Roja y haber trabajado anteriormente como enfermera, pero elimina cualquier posibilidad de comprender su pasado en clave positiva cuando apostilla, en un tono más humilde, que «no es mérito», porque aquella dedicación a la enfermería fue el resultado de la atracción que sentía por un doctor. En el presente su interés es otro: «Ahora quiero tan sólo servir, seré una verdadera enfermera»⁷⁰. Este episodio deja abierto un terreno fértil a interpretaciones divergentes. ¿Por qué el público debía pensar que no era también ahora la atracción superficial por el héroe la que le hacía a Carmen afanarse en estas tareas? Si, por el contrario, aceptaban la honradez de sus propósitos, ¿por qué deberían pensar que las intenciones del pasado eran tan profundamente negativas? Este tipo de ambigüedad que el relato no resolvía pretendía llevar al público, dentro de un discurso misógino, a una actitud de sospecha hacia Carmen. Al mismo tiempo

⁶⁸ GENINA, A.: *op. cit.*, minutos: 0:21:46.

⁶⁹ *Medina*, 13 de agosto de 1944.

⁷⁰ GENINA, A.: *op. cit.*, minutos: 0:33:25-0:34:15.

coadyuvaba a que su afanosidad nunca resultara del todo meritoria en comparación con la del héroe.

4. Conclusiones

Los cuerpos otorgan a los imaginarios abstractos, como el de nación o género, un potencial explicativo poderoso. La película analizada proyectó al enemigo a partir de personajes frívolos y extremadamente crueles que descargaron toda su ferocidad sobre la comunidad que se refugiaba en el Alcázar. La estructura narrativa, respondiendo a las convenciones de la gramática del melodrama, llamó a las espectadoras y espectadores a que se identificaran con el dolor y sufrimiento de la comunidad asediada y, por ende, con los valores que defendían. Aquellos que atacaban el edificio militar pretendían violar, erosionar y eliminar aquel orden. La tenacidad de los sublevados permitió que el Alcázar, la «madre patria», alumbrara a la comunidad ahora a salvo.

El filme proponía, así, que el alzamiento de 1936 y el heroísmo de la «España nacional» lograron rescatar, entre otras cosas, a la auténtica feminidad patriótica que la injerencia externa pretendió violar. Participando y ayudando a construir el arquetipo femenino de posguerra, la película articuló la maternidad como un acto femenino de patriotismo, como un acto político. En efecto, en la película se difuminaron las fronteras entre lo privado y lo público. El filme colaboró, con la fuerza de la verosimilitud y la emotividad, a imponer una idea de lo personal como político. Esta estrategia discursiva pretendió proponer a lo segundo como una consecuencia natural de lo primero legitimando, también, la instauración del régimen.

La película participó del sometimiento del cuerpo social a una intensa purificación a través de Carmen. La protagonista descubría, en el seno del Alcázar, el verdadero sentido de su feminidad patriótica. En su proceso de «purificación», la protagonista no eliminaba el carácter activo de su pasado sino que lo rearticulaba, canalizando el ímpetu y vigorosidad de los primeros minutos hacia la causa nacional. El filme pretendía, con ello, situar a Carmen dentro de una feminidad vanguardista que defendía una modernidad «bien entendida». Pero como hemos visto, su cambio dejaba el campo abierto a la creatividad de un público que, en los años cuarenta,

estaba compuesto mayoritariamente por mujeres de clases bajas urbanas. El hecho de que esa mayoría la constituyeran dos de las categorías que más sufrieron bajo el franquismo nos hace suponer que, hasta cierto punto, estas pudieron realizar lecturas no ortodoxas. Más aún teniendo en cuenta que se trató de espectadoras a las que la censura acostumbró a leer entre líneas y a buscar significados alternativos. Este panorama deja para la historia oral un campo de estudio muy estimulante y poco explorado.

UNIÓN DEL PUEBLO ESPAÑOL (UDPE): LOS ORÍGENES DE LA MACROASOCIACIÓN «AZUL» DE ALIANZA POPULAR (AP)*

Miguel A. del Río Morillas
Universitat Autònoma de Barcelona (UAB)

La presente comunicación pretende presentar los orígenes de la macroasociación del Movimiento, la Unión del Pueblo Español (UDPE), en un contexto marcado por los últimos intentos del «reformismo limitado» franquista de Arias Navarro por potenciar el proyecto del «espíritu del 12 de febrero», con la creación de una asociación «movimentista», desde el gobierno, que diese credibilidad al marco asociativo de finales de 1974. La muerte de Herrero Tejedor, uno de los máximos valedores del proyecto de UDPE, y la confusión y desorientación política de Arias, produjeron que la macro-asociación «azul» se convirtiera en un proyecto diferente al ideado inicialmente, llegando, tras la muerte de Franco, a representar una asociación más del desprestigiado estatuto asociativo de Arias, que se uniría, posteriormente, al proyecto de extrema derecha neofranquista llamado Alianza Popular (AP). En este sentido, y para completar los orígenes de UDPE, creemos necesario también plantear los orígenes de lo que sería la plataforma aliancista para poder contextualizar mejor la evolución de la propia UDPE en la extrema derecha española «operativa».

Los orígenes de UDPE

Antes, brevemente, fijemos que el fracaso de Arias en el intento de potenciar las asociaciones con la participación de Fraga y el fracaso de la «Triple Alianza», añadido a la crisis económica y a las movilizaciones sociales, produjeron en Arias una vuelta hacia posiciones más intransigentes, ya de por sí, intentando fomentar una asociación política basada en las estructuras del Movimiento-Organización. Esta asociación, que sería la UDPE, en un primer momento denominada extraoficialmente Alianza para el Pueblo Español, le permitiría a Arias contar con los nuevos cuadros del Partido Único de carácter más «azul filorreformista», en contraposición a la «vieja guardia azul»

* El presente trabajo forma parte del proyecto de tesis doctoral del autor y está financiado por el programa de Formación de Profesorado Universitario (FPU) del Ministerio de Educación.

–tipo Fernández-Cuesta o Girón de Velasco–, en un intento de dar credibilidad al proceso asociativo bautizado por él. El objetivo era que la organización substituyera al Movimiento Nacional como cauce de representación y participación política, dejando exclusivamente la estructura administrativa en manos del Movimiento. Lo que se pretendía, era, que la gran mayoría del denominado «franquismo social», transmitiera su adhesión al Movimiento a través de la nueva asociación, la cual tendría al Consejo Nacional del Movimiento como máximo dirigente y a las Leyes Fundamentales como dogma «constitucional». Claramente, la UDPE contaría con el beneficio de las estructuras del Movimiento, ya fuese a partir de recursos humanos, materiales, estructurales y financieros, a través del apoyo de los sectores del Movimiento que postulaban un aperturismo controlado desde las estructuras del Movimiento Nacional, como podrían representar los jóvenes «azules» Martín Villa o Abril Martorell, o los ya veteranos Emilio Romero y Jesús Fueyo. En un primer término, la asociación fue liderada por Herrero Tejedor, el cual había substituido a Utrera Molina en la Secretaría General del Movimiento, bajo el objetivo primordial de encabezar una rápida revitalización del marco asociativo con la puesta en funcionamiento de algunas asociaciones –un máximo de tres–, que le diesen sensación de funcionalidad¹.

La dirección de la macroasociación «azul», la UDPE, fue ofrecida a Manuel Fraga, el cual rechazó la oferta por el talante «continuista más que reformista» de la asociación², aunque su quinto borrador de proyecto para la creación de una asociación, no difería del *continuum* propuesto por la UDPE. Asimismo, Herrero Tejedor también sondeó al reformista «azul» José Miguel Ortí Bordás para presidir la asociación, encontrándose con la negativa de este. Según afirma en sus memorias, rechazó su propuesta por cuatro motivos: el primero, residía en el inconveniente que la lista de promotores y la dirección estuvieran integradas casi exclusivamente por hombres del Movimiento, en un momento nada proclive a la formación de una asociación de esa tipología; el segundo, se basaba en que la UDPE fuese creada desde el poder sin tener en cuenta a las bases; el tercer motivo subyacía en que la UDPE presentaba una

¹ GALLEGO, F.: *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica, 2008, pp.128-139.

² FRAGA, M.: *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 347. Según otra versión, fue el propio Arias quien ofreció la UDPE a Fraga; GILMOUR, J.: *Manuel Fraga and the rebirth of Spanish Conservatism, 1939-1990*, Caerdigion, The Edwin Mellen Press, 1999, p.86

imagen claramente relacionada con el «continuismo»; y el cuarto motivo, versaba en la desconfianza en que la UDPE tuviera alguna voluntad de establecer la democracia en España. En resumen, según Ortí Bordás, la UDPE «iba a ser la asociación de quienes, en el fondo, no querían las asociaciones»³. Otra persona a la cual le fue ofrecida la posibilidad, no ya de ser presidente, pero sí de integrarse en la UDPE, fue a López Rodó. La respuesta del exministro catalán de Franco ante el ofrecimiento del vicesecretario general del Movimiento, Adolfo Suárez, fue contundente y conocida a través de sus memorias:

Le dije [a Suárez] que (...) la lista de promotores era muy floja y predominaban en ella el «desecho de tientas» del Partido Único; que esos hombres no inspirarían confianza al país. Llegué a decirle, en un momento de sinceridad excesivamente fogosa, que el proyecto de asociaciones me parecía «un engendro», lo cual le enojó vivamente⁴.

Siguiendo con las memorias de López Rodó, hay un concepto interesante durante el proceso de gestación de la UDPE, y que reside en la primera reunión que se celebró en la presidencia del Gobierno para formar dicha asociación el martes 11 de febrero de 1975. En ella se reunieron, junto al presidente Arias, trece personas relacionadas con el Movimiento, destacando Herrero Tejedor, José Solís, Carlos Pinilla, Emilio Romero y Adolfo Suárez, entre otros. Según cuenta López Rodó, lo que allí se propuso, fue crear una asociación, La Alianza para el Pueblo, que evitase «la entrega del poder a Fraga, lo cual, a juicio de los reunidos, supondría la destrucción del Régimen». Asimismo, según recoge Rodó, Arias Navarro finalizó la reunión con unas frases definitorias afirmando: «hay que salvar lo esencial del Régimen con el que siempre he colaborado», para acabar añadiendo que «el tiempo urge; Franco está mal: no contamos con meses, ni siquiera con semanas, sino solo con días»⁵. Ninguna fuente parece corroborar las palabras de López Rodó sobre la afirmación de que la UDPE fuese creada como una asociación anti-Fraga. Todo ello parece bastante contradictorio ya que, como hemos visto, Herrero Tejedor ofreció la presidencia de la «macroa-

³ ORTÍ BORDÁS, J.M.: *La Transición desde dentro*, Barcelona, Planeta, 2009, pp. 173-176.

⁴ LÓPEZ RODÓ, L.: *Las claves de la Transición. Memorias IV*, Barcelona, Plaza&Janés, 1993, pp. 126-127.

⁵ *Ibid.*, p. 105. Según se afirma en otra fuente, el origen embrionario de UDPE se realizó en una reunión que tuvo lugar el 12 de enero de 1975 en Fuente del Fresno, en la que participaron varios consejeros nacionales y gente del Movimiento, como Emilio Romero, Jesús Aramburu, Rodríguez-Acosta, Julio García Ibáñez, Francisco Labadie, Carlos Pinilla, Mónica Plaza o José Luís Toboada; CONTE BARRERA, J.: *Las asociaciones políticas*, Barcelona, ATE, 1976, p. 79.

sociación azul» a Fraga, aunque si el objetivo, con ello, era neutralizar al político gallego integrándolo al «barco azul» para, de esa manera, tenerlo «controlado», podría tener bastante sentido como hipótesis.

Finalmente, la presidencia de la UDPE pasaría a manos de Adolfo Suárez el 17 de julio de 1975, a propuesta de José Solís⁶ –nuevo Secretario General del Movimiento en sustitución del desaparecido en accidente de coche el 12 junio de 1975, Herrero Tejedor–. Anteriormente, Herrero Tejedor intentó que Suárez asumiera el secretariado de la UDPE bajo el objetivo de coordinar y visitar las sedes provinciales de la asociación, a lo que se negaron gran parte de los promotores «alegando la falta de prestigio del candidato»⁷. La UDPE de Suárez obtuvo el apoyo de algunos de los políticos franquistas que formarían parte de la futura plataforma gubernamental, que sería la UCD, así como de otros que formarían parte de la historia de la transición y del tardofranquismo como, José Solís, Gregorio López Bravo, Nieto Antúnez, Fernando Liñan, Agustín Cotoruelo, Fernando Abril Martorell, Federico Mayor Zaragoza, Hernández Gil, Martín Villa, Rafael Anson, Manuel Ortiz, o Carmen Díez de Rivera. A su vez la junta directiva de la UDPE, después de la designación de Suárez como presidente de esta, estaba formada por: Carlos Pinilla Fernando Ibarra, Francisco Escrivá de Romaní, Alberto Bailarín y Javier Carvajal. En el periodo que Suárez presidió la UDPE –desde julio de 1975 hasta su designación como Secretario General del Movimiento del primer gobierno de la monarquía, en diciembre de 1975–⁸, se han destacado, más bien como anécdota, las palabras «democráticas» que Suárez realizó en la presentación de la UDPE ante Franco, al afirmar que, «esta asociación política no es más que un embrión imperfecto e insuficiente del pluralismo político que será

⁶ El príncipe Juan Carlos intercedió sobre Solís para que la UDPE fuese ofrecida a Adolfo Suárez; FUENTES, J.: *Adolfo Suárez. Biografía política*, Barcelona, Planeta, 2011, p. 118. Por otro lado, también hubo cierta influencia del futuro monarca en la proclamación de Suárez como «político del mes» por parte de la revista *Blanco y Negro* de Luis María Anson; HERRERO, L.: *El ocaso del régimen. Del asesinato de Carrero a la muerte de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, pp. 198-199.

⁷ MORÁN, G.: *Adolfo Suárez. Ambición y destino*, Barcelona, Debate, 2009, p. 536.

⁸ «Adolfo Suárez, presidente de la comisión provisional de la UDPE», *ABC*, 12 de julio de 1975. Con la sustitución de Adolfo Suárez como presidente de la UDPE por Martínez Esteruelas, en diciembre de 1975, se dejaba claro que el cambio en la presidencia no supondría ninguna modificación en la esencia de la UDPE, al afirmar este último su adhesión al sentido de continuidad histórica del franquismo: «nosotros no solo no repudiamos el pasado, sino que nos sentimos orgullosos de él; esto no excluye la evolución; sencillamente, creemos que no hay cuestión de borrón y cuenta nueva»; citado en FRAGA, M.: *Alianza Popular*, Bilbao, Albia, 1977, pp. 52-53

inevitable cuando se cumplan las previsiones sucesorias»⁹. Entrever en tal afirmación la defensa de la «democracia», como actualmente se interpreta, resulta más un intento de justificar su evolución política como «demócrata convencido» en la UCD y como presidente del gobierno, que la realidad de sus palabras en el citado momento. Suárez, como presidente de la UDPE y fiel a lo que representaba el sistema donde había crecido como político, pretendía dar a entender que el futuro se basaba en «democratizar» hasta donde se pudiese el sistema, sin sobrepasar, nunca, lo marcado por las Leyes Fundamentales del régimen del 18 de julio y, menos aún, nada que tuviese relación con el desmantelamiento del franquismo o su ruptura. La clave sería evolucionar «democratizando» el sistema sin romper con él ni con sus intereses, otorgando para ello, una mayor participación y representatividad popular a las instituciones franquistas, pero teniendo muy en cuenta a quién representaba –el Movimiento– y los límites que no se debían rebasar. Asimismo, la afirmación posterior que realizó Suárez a Franco, después de la presentación de la UDPE, sobre que «la llegada de la democracia será inevitable porque lo exige la situación internacional», o las palabras que citó en su discurso al ser destituido como vicesecretario general del Movimiento, 3 de julio de 1975, afirmando que «el esfuerzo de la modernidad es la construcción de una democracia que traduzca el pluralismo legítimo que se da en la sociedad y la implantación de una justicia social que el fundamento de toda democracia real»¹⁰, iban en el mismo sentido de lo explicado anteriormente y deben interpretarse de la siguiente forma: «democratizar» el sistema sin romper con él o, dicho de otra manera, interpretar «democráticamente» las Leyes Fundamentales sin abrir ningún proceso constituyente o de ruptura con el pasado –clave esto último para todos los reformistas franquistas–.

Partiendo de esta base, las tendencias «democratizadoras» que podían tener políticos como Suárez, no eran contradictorias con la defensa del régimen y de su «caudillo», como podemos ver en la participación de la UDPE, con Suárez a la cabeza, en la manifestación franquista del primero de octubre de 1975 en adhesión a Franco, después de la condenas internacionales ante la ejecución de cinco antifranquistas. Suárez, y varios miembros de la UDPE, estuvieron en la plaza de Oriente gritando

⁹ Citado en ABELLA, C.: *Adolfo Suárez*, Madrid, Espasa Calpe, 2006, p. 53.

¹⁰ Citado en HERRERO, L.: *El ocaso...*, *op. cit.*, pp. 196 y 200.

consignas a favor de Franco y de la UDPE, mientras repartían unas octavillas redactadas por ellos mismo afirmando que:

En estas horas difíciles es preciso repetirnos que no estamos solos librando la batalla de Occidente. Más allá de nuestras fronteras, fuerzas de seguridad de diversos países, a veces heroicamente, han logrado salvar nuestras representaciones oficiales. Innumerables víctimas han sufrido, sin razón agresiones y daños a manos de los enemigos de lo que España representa, ininidad de personas ven con asombro indignado el avance del terror manejado por minorías comunistas, protegidas por el miedo y la mentira. Una vez más, España es piedra de toque, objetivo y barrera. Pero bien, una vez más, nadie podrá impedir que nuestra unidad y serenidad, nuestra decisión y nuestra voluntad de paz haga posible proseguir el desarrollo ordenado hacia el futuro de la vida española, de acuerdo con la evolución que rigen nuestras leyes»¹¹.

Igualmente ocurriría tras la muerte de Franco, cuando los políticos franquistas que hablaban de «democratizar» el sistema, de «aperturismo controlado», de «reformismo», de «centrismo», de «evolución perfectiva», de «homologación con los sistemas representativos de la Europa Occidental», entre otras frases rimbombantes, no tuvieron ningún sentimiento contradictorio cuando redactaron gran parte de las loas a la figura «histórica» de Franco y a su «legado histórico»¹². Según su mentalidad, no podía haber una mejor manera de defender la figura de Franco y de su legado, que «mejorar» y «adaptar» el franquismo a las nuevas pautas y contextos imperantes en la Europa Occidental, pero, eso sí, sin perder ni un ápice de «independencia» para llegar a una «democracia» congruente con su pasado más reciente, el franquismo, y sin ningún condicionante que pudiera desembocar en ningún tipo de ruptura con el régimen y sus legitimidades. Al fin y al cabo, era gente

¹¹ Citado en MORÁN, G.: *Adolfo Suárez...*, op. cit., pp. 537-538

¹² Tal es el caso de Fraga, el cual redactó: «el fallecimiento del Jefe del Estado, Generalísimo Francisco Franco, constituye un hecho histórico de mayor transcendencia. La Historia (...) juzgará su larga etapa de gestión del bien común como un período excepcional (...)»; FRAGA, M.: *Memoria breve...*, op. cit., p. 344. También tenemos el caso, de la UDPE, que afirmaba, «el ejemplo de Francisco Franco, ejemplo de grandeza histórica, de entrega y fuerza, de servicio, de fe en el destino colectivo de un pueblo, de firmeza contra presiones y violencias de todo tipo, es un reto y una lección que UDPE hace suyos en esta hora solemne, sabiendo que esta opción comporta rigor y seriedad, esfuerzo y sacrificio»; citado en MORÁN, G.: *Adolfo Suárez...*, op. cit., p. 538. Otros como López Rodó, en sus memorias póstumas, no hacen referencia a sus loas a Franco y se «parapetan» en el discurso que el príncipe Juan Carlos pronunció el día de su proclamación como Rey ante las Cortes franquistas, en el que se alababa la figura y la obra de Franco; LÓPEZ RODÓ, L.: *Las claves de...*, op. cit., p. 175. Aunque también los hay que «vanaglorian» la figura y obra de Franco, posteriormente en sus memorias, bajo la excusa de la «visión objetiva» que les ha proporcionado el tiempo transcurrido desde la muerte de Franco, como en SILVA MUÑOZ, F.: *Memorias políticas*, Barcelona, Planeta, 1993, pp. 318-321.

del régimen, que habían crecido dentro de él, y que se diferenciaban dentro de él por sus diferentes interpretaciones de cómo debía continuar el régimen, no por estar fuera de él o querer romperlo, aunque sus discursos, por muy «democratizadores» que se planteasen, instigasen a la confusión. Se tenía bien claro que sólo se podía partir a través de tres legitimidades franquistas dogmáticas: la de «origen» (el 18 de julio), la de «ejercicio» (marco constitucional abierto), y la del «desarrollo económico y de sucesión»¹³. En este sentido, las frases de Suárez se tienen que integrar en esa estructura cultural autoritaria y que poco difería, por ejemplo, de las palabras que Solís podía realizar en esa misma época en el Consejo Nacional referente a la «democracia»¹⁴.

De interés, en este sentido, son las propias opiniones de Adolfo Suárez en agosto de 1975, recogidas por la periodista Pilar Urbano, acerca de lo que él mismo interpretaba sobre la UDPE y el futuro. Las referencias a la fidelidad al régimen con frases tan categóricas como «sí, somos hombres del Régimen», dejaban clara la situación inicial y hacia dónde se pretendía ir, eso era «contribuir de forma eficaz a la continuidad, en el sentido exacto de la palabra», en tanto que «continuidad con evolución», añadiendo, posteriormente, que «queremos que las esencias del régimen continúen y rechazamos toda pretensión de ruptura con el proceso perfeccionador de nuestras Instituciones y del sistema que encuadra nuestra vida pública». La entrevista continuaba con referencias constantes al «continuismo-evolutivo» sin ruptura y a la certeza de que la monarquía que encabezaría el príncipe Juan Carlos, no supondría ningún cambio de régimen ni ninguna desnaturalización, asegurándose, para ello, la instauración de la «monarquía del 18 de julio». Palabras como «aperturismo», «democracia» o «reforma» son substituidas en este caso por «continuidad», «perfección» o «evolución», conceptos mucho más coherentes con la concepción

¹³ Véase el concepto de las tres legitimidades franquistas, en GALLEGO, F.: *El mito... op. cit.*, p. 21; véase, también AGUILAR FERNÁNDEZ, P.: *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 101-118.

¹⁴ «La originalidad de nuestro Régimen ha consistido en hacer primero la democracia social, la democracia base, sobre la familia, el municipio y el sindicato. Ahora, junto a ello, vamos a hacer la democracia política. Cuando acabemos esto podremos decir que estamos en nuestro siglo y no en el siglo pasado»; SOLÍS RUIZ, J.: *Discurso de José Solís Ruiz en la sesión plenaria del Consejo Nacional celebrada el 28 de julio de 1975. Anteproyecto de decreto que regula la comparecencia de las asociaciones políticas en los diversos procesos electorales*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1975, p. 9.

evolutiva propiciada desde el Movimiento, que con las tesis reformistas que no tenían en cuenta las estructuras del Partido Único¹⁵.

Siguiendo con la evolución de la UDPE, es importante recalcar que fue la primera asociación aprobada en el nuevo marco asociativo de Arias, el 28 de julio de 1974¹⁶. Anteriormente, el 11 de junio, José Moreno presentaba, en nombre de los 144 promotores, la documentación de la UDPE al Consejo Nacional. En la lista de promotores había personas principalmente relacionadas con el «sector azul» del Movimiento, desde consejeros nacionales –como Francisco Abella o Fernando Hernández Gil–, pasando por miembros destacados de la Organización Sindical Española (OSE) –como José María Fernández de la Vega o Noel Zapico Rodríguez–, a miembros de los consistorios municipales y diputaciones –como Juan Antonio Samaranch o Antonio Alarcón Constant–, así como procuradores en Cortes, militares, consejeros del reino y altos directivos de empresas controladas por el INI, aparte de promotores a título independiente¹⁷. Cabe resaltar la ausencia, en la lista de promotores, de personas que habían defendido hasta el final el asociacionismo y que provenían del mundo «azul», como Utrera Molina. Asimismo, es destacable que, el falangista malagueño, tampoco ingresase en la otra formación de carácter más históricamente falangista y menos «movimentista», representada por la asociación de Fernández-Cuesta, Frente Español (FE), o en las asociaciones y proyectos de asociaciones de carácter falangista más radicalizado como, Nueva Izquierda Nacional, Alianza Popular de Izquierdas, la desestimada Falange Española de las JONS de Diego Márquez, o la ambigua Reforma Social Española de Cantarero del Castillo¹⁸.

¹⁵ URBANO, P. : *España cambia de piel. Entrevistas políticas*, Madrid, Sedmay, 1976, pp. 133-138; véase también la concepción de UDPE en la entrevista que realiza Pilar Urbano al falangista Carlos Pinilla en la misma obra (pp. 82- 86).

¹⁶ «Reconocimiento definitivo de Unión del Pueblo Español», *ABC*, 29 de julio de 1974.

¹⁷ La lista completa de los 144 promotores y sus cargos, así como la primera junta directiva y promotores que intervinieron en la fundación de la UDPE, en CONTE BARRERA, J.: *Las asociaciones...*, *op. cit.*, pp. 84-92.

¹⁸ Un resumen de los postulados de las citadas asociaciones falangistas, *ibid.*, pp. 113-117; 143-149; 159-160; 161-166; 167-174. Para una visión de Reforma Social Española (RSE) y del sector falangista encabezado por Diego Márquez en la época, véase la entrevista de Pilar Urbano, fechada en mayo de 1975, a Cantarero del Castillo y a Diego Márquez, respectivamente, en URBANO, P. : *España cambia...*, *op. cit.*, pp. 37-45 y 21-23; también véase CANTARERO DEL CASTILLO, M.: *Reforma Social Española*, Bilbao, Albia, 1977; y MÁRQUEZ HORILLO, D.: *Círculos José Antonio*, Bilbao Albia, 1977.

Respecto a las bases constituyentes y estatutos de la UDPE¹⁹, queda muy claro de dónde partían y hasta dónde querían llegar. Un aperturismo controlado con reminiscencias del Partido Único, que nacía «del Estado fundado por Francisco Franco sobre la base de la tradición histórica y de exigencias sociales revolucionarias –joseantonianas–», y que transcurría a través del «desarrollo cristalizado en una constitución estable y abierta a todas las posibilidades de perfeccionamiento». A su vez el objetivo era dirigirse hacia la consolidación de «una España nueva, con posibilidades abiertas a todo desarrollo, que funda en la participación del hombre en las tareas del estado y en la libertad profunda de la persona, una democracia que la Nación ha ratificado en varias ocasiones, tanto en la legitimidad de sus orígenes, como en el desarrollo histórico de su existencia». Todo ello sin olvidar que, el futuro encabezado por «las previsiones de la sucesión en la Jefatura del Estado», les situaba «ante la necesidad de mantener la continuidad histórica de la obra que hace tantos años fue emprendida (...)». Asimismo, se tenía claro que la UDPE sería el lugar de encuentro de todos aquellos españoles que tuviesen en común «la aceptación de los valores esenciales del orden constitucional y un afán de evolución sin rupturas y una mayor exigencia de justicia social»²⁰.

Claramente, ya podemos observar ideas de plena continuidad, con referencias falangistas a la justicia social y a la «evolución-perfectiva» del orden constitucional «desde el mismo sistema». Todo ello acompañado de referencias a la legitimidad incuestionable del origen del estado del 18 de julio, y a la negativa a todo proceso que pudiera desencadenar una ruptura.

A su vez, el compendio de artículos y afirmaciones generales versaban en garantizar el desarrollo político acorde con la propia dinámica constitucional e histórica del franquismo, «donde el respeto de la Constitución vigente abierta a las reformas necesarias, por los cauces y procedimientos que en su propio contexto se establece, permita afrontar las demandas de la nueva sociedad», para que, de esta

¹⁹ Parte del escrito de presentación y estatutos de UDPE han sido recogidos, en CONTE BARRERA, J.: *Las asociaciones...*, op. cit., pp. 79-92; PENELLA M.: *Los orígenes y evolución del Partido Popular. Una historia de AP. 1973-1989*, Salamanca, Caja Duero, 2005, pp. 1162-1168; y SÁNCHEZ NAVARRO, A.J.: *La transición española en sus documentos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / BOE, 1998, pp. 145-146. Asimismo, también podemos encontrar los objetivos básicos de la asociación y la memoria presentada al Consejo Nacional sobre los fines que perseguía la UDPE, en UDPE: *Unión del Pueblo Español. Participación y justicia*, Madrid, s.n., 1975.

²⁰ UDPE: *Unión del Pueblo...*, op. cit., p. 4 («escrito de presentación»)

manera «España continúe la marcha de su Historia, sin quiebra ni ruptura», a través de «la necesaria evolución desde el propio sistema», así como de la necesaria «integración de los españoles en una democracia de participación pública, política, social y económica»²¹.

Aparte de conceptos generales sobre la base continuadora del régimen y su incuestionable inserción en él²², son de interés la concepción social de origen falangista que la UDPE recoge y que iría desde «la socialización del crédito al servicio de los intereses generales del país», a «una reforma fiscal que sirva de base a la justa distribución de las cargas y de las rentas», pasando por una «amplia acción a favor del cooperativismo y de la empresa comunitaria en general». Asimismo, se recalcaba la defensa de una economía mixta subordinada al hombre, basada «en una democracia económica y social», y una «organización sindical con entidad y personalidad propia, independiente del gobierno y de la Administración, que mantenga el principio de unidad». Otros puntos, que no se dejaban de resaltar, eran la defensa de unas Fuerzas Armadas equipadas «con la dignidad social y los medios que se precisan a la altura de nuestro propio desarrollo», así como la defensa de la juventud a partir de la potenciación de «oportunidades generalizadas para participar en el logro de sus legítimas aspiraciones». Finalmente, y haciendo referencia a la defensa de los «valores esenciales a toda comunidad social» y de la «radical europeidad de España», se acababa afirmando, por si cabía algún tipo de confusión, que «proclamamos, en este camino, el respeto a la peculiaridades nacionales y a las especificidades vías de sus distintos desarrollos democráticos»; forma de afirmar la legitimidad evolutiva de formas «democráticas» distintas a las imperantes en la Europa Occidental, como podía representar el desarrollo de una «democracia a la española» congruente con su origen franquista²³.

Con las citadas normas se llegaría a la conversión en partido político en junio de 1976, pero más como necesidad del desarrollo político que comportaba la dinámica de

²¹ *Ibid.*, p. 5 («escrito de presentación»).

²² «Artículo.2-. Las actividades de las Asociación no excederán sus específicos fines estatutarios, ni contravendrán los Principios del Movimiento y las Leyes Fundamentals del Reino»; citado en PENELLA M.: *Los orígenes...*, *op. cit.*, p. 1165.

²³ UDPE: *Unión del Pueblo Español...*, *op. cit.*, pp. 6-8 («Memoria comprensiva de las razones por la que se desea constituir la Asociación, de fines específicos de la misma, y de cualquier observación que, a juicio de la Comisión Organizadora sea pertinente»).

los acontecimientos, que por interés o convicción, así como su posterior ingreso en la federación AP²⁴. La UDPE, que en septiembre de 1975 recogía un total de 32.000 firmas de apoyo –por las 30.000 de la Asociación Proverista y la Unión Democrática Española (UDE), las 26.000 del Frente Nacional Español (FNE), las 25.000 de la Unión Nacional Española (UNE) y la Asociación Nacional para el Estudio de Problemas Actuales (ANEPA), las 18.600 de Reforma Social Española (RSE), o las 7.000 de Cambio Democrático (CC)—²⁵, se convertiría en la asociación política más potente, encuadrando a la mayoría del funcionariado del Movimiento, el cual tuvo que elegir, a partir del segundo gobierno de la monarquía, entre seguir al reformismo de Suárez o seguir al reformismo fraguista. Asimismo, la UDPE le daría al ideario de AP, el peso de las reivindicaciones más relacionadas con la justicia social joseantoniana, las cuales también serían recogidas por la otra asociación política integrante de la federación popular de similar tendencia «azul», la Democracia Social (DS) del falangista Licinio de la Fuente²⁶.

El proyecto de crear una macroasociación: los orígenes de AP

Parte de las asociaciones que integrarían Alianza Popular en octubre de 1976, tienen sus orígenes en la ley de asociaciones de Arias de 1974 y en las bases de la Ley Orgánica del Estado (LOE) de 1967. Mientras Fraga y sus «equipos» de trabajo intentaban crear un borrador para una asociación política, otros representantes de la élite política franquista se reunieron continuamente para dar forma a una macroasociación, o una federación, que defendiera a capa y espada las bases de unión del Movimiento Nacional y las Leyes Fundamentales que lo informaban, o si se quiere decir de otra manera, las esencias del régimen franquista. En estas reuniones, que se realizaron especialmente a partir del estudio del estatuto de asociaciones de 1974, se postuló la formalización de asociaciones en el marco vigente y la posible federación posterior, como fórmula para defender el franquismo y sus legitimidades de toda la amalgama de versiones de aperturistas que estaban teniendo un protagonismo

²⁴ «Elección de la junta directiva y conversión de la asociación en partido, objetivos del congreso de la UDPE», *La Vanguardia*, 23 de junio de 1976; «Terminó el I Congreso Nacional de UDPE. Javier Carvajal anunció la transformación de la asociación en partido político», *ABC*, 24 de junio de 1976.

²⁵ CONTE BARRERA, J.: *Las asociaciones...*, op. cit., pp. 77-78.

²⁶ Véase DE LA FUENTE, L.: *Valió la pena*, Madrid, Edaf, 1998, pp. 275-311.

destacado en la vida pública española. Se concebía el método de las asociaciones, no como un instrumento de desarrollo y evolución política, sino como un nuevo utensilio que completara la democracia orgánica franquista, pudiendo ser de utilidad para la defensa del régimen del 18 de julio en los «nuevos» tiempos imperantes. En cierta medida, la utilización de las asociaciones parecía hecha a regañadientes y sin deseo alguno de que ninguna de ellas pudiese evolucionar hacia algo parecido a un partido político que ayudase a desnaturalizar o erosionar el régimen. Estas reuniones se realizaron más como acto defensivo, ante el auge público del reformismo y todo aquello que pudiese derivar hacia una posible ruptura, que como propuesta política alternativa. De estas reuniones continuadas, de la cuales nunca participó Fraga, saldría la idea base cara a la constitución de la futura Alianza Popular como representante más próxima al continuismo que al reformismo. Hay que destacar que, las circunstancias del momento, no deseadas, serían el detonante para que AP se constituyera en formación política, a regañadientes de muchos de los propios promotores, y sin atisbo de intencionalidad democrática inicial:

Durante el año 1976 se suponía que, con sus diversos matices, las asociaciones iban a competir dentro del propio Movimiento Nacional, conforme a la LOE de enero de 1967, y al Estatuto Jurídico del Derecho de Asociaciones Políticas aprobado el 21 de diciembre de 1974. Sin embargo, los acontecimientos irían de manera muy distinta a la prevista, con situaciones muy difíciles de afrontar, debido a la interesada precipitación de las disposiciones legislativas del gobierno de Suárez, aprobadas en el primer trimestre de 1977. El paso a los partidos políticos se había dado, y las asociaciones políticas, ya en el fondo y en la forma partidos políticos, no tenían otra alternativa que entrar en el nuevo juego creado, lo que suponía obviamente la ruptura con el Régimen franquista, por más que sus promotores lo negaran, por alejar de ellos el peor estigma que cabe en supuestas personas leales²⁷.

El citado ejemplo de Velo Antelo, nos puede ayudar a arrojar otra tesis sobre la formación de AP, alejada de las defendidas por parte de Fraga y «sus equipos de trabajo», y por parte de la actual derecha española, en la que AP se había constituido como aglutinante de la derecha «democrática» de origen franquista. En realidad, lo que se pretendía con la formación de AP nada tenía que ver con la colaboración en la «traída

²⁷ VELO DE ANTELO, J.M.: *De Ayer a hoy. Los orígenes del Partido Popular*, Madrid, Galland Books, 2010, p. 16. José María Velo de Antelo fue vicepresidente de las asociación tradicionalista Unión Nacional Española (UNE), miembro de la primera Junta Directiva de AP y vicepresidente del primer congreso de AP.

de la democracia» o en las ansias democráticas de sus federaciones, sino en hacer frente al «rupturismo» de izquierdas y de derechas a través de la defensa del «mantenimiento» de todo lo que pudiese ser representante de la obra de Franco más concentrada en la herencia del evolucionismo franquista del desarrollismo de los años 60:

Alianza Popular no surgió por la simple decisión de unos políticos franquistas, ministros de Franco, que, en su día, optaron por crear diversas asociaciones políticas dentro del Movimiento Nacional, y posteriormente federadas, un partido político, sino por algo mucho más trascendental. Se trataba de asumir la nueva situación política creada a la muerte de Franco y, por consiguiente, de la necesidad de crear varias asociaciones políticas, pronto partidos políticos, que aliados, pudieran competir contra los partidos de izquierda y de la derecha rupturista, en las elecciones generales que lógicamente tendrían que convocarse, visto el panorama político creado por los dos gobiernos de Arias y, sobre todo, por el primer gobierno de Adolfo Suárez²⁸.

Continuando, y en lo referente a lo anteriormente citado sobre las reuniones de futuras asociaciones que integrarían y constituirían AP, cabe mencionar los encuentros liderados por José María Velo de Antelo a partir de mayo de 1974. Velo Antelo tenía claro que la «derecha franquista no rupturista», tenía que organizarse en un núcleo duro que representase un germen de asociación, a partir del cual se aglutinara la derecha continuadora del franquismo en su versión defensora del Movimiento Nacional. La idea de Velo Antelo era muy clara:

Yo estaba convencido de que había que unir fuerzas y que todos los que alguna manera formaban parte del Movimiento Nacional no tenían más remedio que entenderse para crear una asociación política que pudiera hacer frente a una oposición de derechas ajena al Régimen, y, desde luego, al largo espectro de la oposición izquierdistas, que iba desde el socialismo radical de Tierno Galván a la extrema izquierda²⁹.

A esas reuniones, que se iniciaron el 17 de mayo de 1974, asistieron, intermitentemente, las bases del franquismo político más reticentes a todo lo que hiciese referencia a reforma o aperturismo, destacando, asimismo, la presencia de figuras provenientes de los núcleos más duros del falangismo, tradicionalismo e integrismo tecnocrático, respectivamente. En este sentido, estuvieron presentes en las reuniones personalidades tan destacadas como: José Antonio Girón de Velasco,

²⁸ *Ibid.*, p. 15.

²⁹ *Ibid.*, p. 93.

Raimundo Fernández-Cuesta, Manuel Valdés Larrañaga, Jesús Suevos, Carlos Pinilla, Labadie Otermín, Laureano López Rodó, Gonzalo Fernández de la Mora, el marqués de Valdeiglesias, José María Oriol, José Luis Zamanillo, Thomas de Carranza o el propio Velo Antelo³⁰. Las conversaciones se centraron en un análisis, en versión catastrofista, de la situación política y en la posible unificación de las fuerzas del 18 de julio en una única asociación, pero pronto existieron diferencias al respecto. Por parte de Fernández-Cuesta, su idea básica consistía en crear una asociación exclusivamente falangista, aunque no cerraba puertas a otorgar apoyo a todo lo que significase unir esfuerzos. Por parte de Oriol y Fernández de la Mora, se postulaban por constituir una gran asociación que integrase a todas las fuerzas del Movimiento, para llegado el momento, poder hacer frente al marxismo y a la democracia cristiana. Finalmente el marqués de Valdeiglesias, se decantaba por realizar una asociación que resucitase el espíritu de Acción Española. Aparte de las tendencias de cada uno, también existían reticencias personales como las que podían tener Girón de Velasco y José María Oriol, los cuales chocaban en temas relacionados con la organización socioeconómica del franquismo, ya que uno representaba la lectura más «revolucionaria» del falangismo y el otro el espíritu más «conservador» del tradicionalismo.

Finalmente, después de algunas reuniones, en que primero prevaleció la idea de crear asociaciones diversas –cada una con su propia personalidad– cara a una futura federación, se codificó, a finales de 1974, la idea de organizarse en tres asociaciones diferentes pero unificadas por un secretariado compuesto por Valdés Larrañaga, Labadie Otermín, Thomas de Carranza y Velo de Antelo, asignando a este último el cargo de coordinador de los tres grupos políticos. A lo largo de 1975, y especialmente a partir de 1976, se fueron incorporando otras personalidades del régimen a las reuniones, entre las que destacaban Silva Muñoz, Sánchez Bella o López Bravo, a lo que ya se llamaba «el pacto de Torrelodones», por tener lugar las reuniones en la casa que tenía Velo de Antelo en aquella localidad madrileña. Aunque la idea inicial era la constitución de tres asociaciones del Movimiento Nacional para posteriormente federarlas (primero se

³⁰ López Rodó se integraría en las reuniones a partir del 23 de diciembre de 1974; LÓPEZ RODÓ, L.: *Claves...*, *op. cit.*, p. 97. Paralelamente, mientras López Rodó realizaba contactos en aras de la constitución de una federación de fuerzas del 18 de julio, también, mantuvo contactos con Areilza sobre la posibilidad de una futura unificación de fuerzas entre él, Areilza, Fraga y Silva Muñoz, cara el objetivo de construir una «democracia desde arriba» que pudiese serle de utilidad al príncipe Juan Carlos (p. 159).

pensó en la UNE, la UDPE y el grupo de la UDE más afín a Silva Muñoz –la futura Acción Democrática Española–), paulatinamente se fueron uniendo otras asociaciones para la posible alianza, como la ANEPA, el germen de Acción Regional (AC) de López Rodó –que se constituiría primero en el Grupo Parlamentario Regionalista³¹, el germen de la DS de Licinio de la Fuente, el Frente Institucional (FI) de Ramón Forcadell, o el Frente Nacional Español (FNE) de Fernández-Cuesta –aunque esta última prestaba más apoyo «moral» a la futura federación que intención real por integrarse³².

Paralelamente, también existían vasos comunicantes por parte de algunas asociaciones anteriormente citadas, especialmente por parte del FNE, la UNE y ANEPA, cara la formalización de otra plataforma que agrupase a otros sectores más radicalizados de la extrema derecha del régimen –la integrista Fuerza Nueva (FN); la coordinadora fascista Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), que agrupaba a grupos como el neonazi Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE) o la Junta de Estudiantes Tradicionalistas (JET); la carlista Comunión Tradicionalista (CT) o la Confederación Nacional de Excombatientes–, en torno al extremista Partido de Acción Nacional (PAN)³³. El intento aglutinante del PAN no fructificó, disipándose poco a poco bajo la excusa de no querer constituir una fuerza disgregadora de la derecha, aunque, no por ello, cesó de hacer comunicados públicos animando a la unión de todos los grupos «nacionales» en un único frente³⁴.

Finalmente, las «conversaciones de Torrelodones» darían fruto a lo que sería Alianza Popular a partir de octubre de 1976, aunque con la participación activa de

³¹ «Ha quedado constituido el grupo parlamentario regionalista, presidido por el señor López Rodó», *La Vanguardia*, 8 de abril de 1976.

³² VELO DE ANTELO, J.M.: *Los orígenes...*, op. cit., pp. 93 y ss. Las referencias a las reuniones entre las futuras federaciones de AP, se podía seguir en la prensa del momento, véase «Cuatro asociaciones políticas han constituido un frente electoral», *La Vanguardia*, 13 de mayo de 1976; «UDPE, ANEPA, FN y UNE. Declaración de principio del nuevo pacto electoral», *ABC*, 25 de mayo de 1976; «UNE, FI, ANEPA y UDPE reiteran que su alianza se debe únicamente a fines electorales», *La Vanguardia*, 12 de junio de 1976; «UNE aceptar participar en una confederación o alianza con otras fuerzas políticas afines», *La Vanguardia*, 13 de julio de 1976.

³³ GALLEGO, G. y VIGIL, M^a D.: «Así nace la “Platajunta” fascista», *Cuadernos para el Diálogo*, 161 (29 de mayo de 1976), pp. 24-25; «El Partido de Acción Nacional pretende una alianza de todos los grupos de extrema derecha», *La Vanguardia*, 12 de junio de 1976. Sobre la evolución de la extrema derecha del régimen, véase CASALS, X.: *La tentación neofascista en España*, Barcelona, Plaza&Janés, 1998; GALLEGO, F.: *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*, Madrid, Síntesis, 2006; y RODRIGUEZ, J.L.: *Reaccionarios y golpista. La extrema derecha en España*, Madrid CSIC, 1994.

³⁴ «Suspendido el congreso del Partido de Acción Nacional. Llamamiento a UNE, UDPE, ANEPA, Falange y Comunión Tradicionalista para lograr una coordinación», *La Vanguardia*, 1 de julio de 1976. Referente al PAN, el partido ofreció su presidencia a Fernández de la Mora y su posible fusión con la UNE; «El Partido de Acción Nacional ofrece su presidencia a Fernández de la Mora» *ABC*, 29 de septiembre de 1976.

Fraga y Silva Muñoz, los cuales, especialmente el primero, a partir de septiembre, iniciarían una potencialización de la futura alianza³⁵. De las asociaciones que habían mantenido un constante diálogo desde que se iniciaron la reuniones dirigidas por Velo de Antelo, finalmente no cristalizaron su participación en AP, ni el FNE de Fernández-Cuesta ni el FI de Ramón Forcadell³⁶. En el caso de los falangistas, fue debido a la prioridad otorgada, por parte de Fernández-Cuesta, al pleito mantenido con el grupo de Márquez Horillo por el nombre de FE-JONS y al intento de reunir fuerzas para una posible unificación del disperso mundo falangista en una única agrupación. Por parte del FI, adoptó el nombre de Partido Social Regionalista (Unión Institucional), registrándose como asociación política a inicios de octubre de 1976³⁷, sin mayor repercusión para el atomizado mundo tradicionalista³⁸. Por su parte, en sustitución de las dos citadas asociaciones, se integró a la federación aliancista el partido de Fraga, Reforma Democrática (RD).

³⁵ «"Gran coalición", parece ser ya un hecho. Puede aparecer como Alianza Popular», *ABC*, 24 de septiembre de 1976; en el artículo se hace referencia a la reunión mantenida el día 23 de septiembre de 1976 entre Fraga, Silva, Fernández de la Mora, Martínez Esteruelas, López Rodó, López Bravo, Fernando Sordo y miembros de ANEPA. «Esta semana volverán a reunirse los cinco ex ministros de la "quíntuple" alianza», *La Vanguardia*, 29 de septiembre de 1976; en esta ocasión se hace referencia a la reunión entre Fraga, Silva, López Rodó y Fernández de la Mora.

³⁶ Finalmente ANEPA también se alejaría de AP a partir de enero de 1977, como consecuencia de las disputas internas relacionadas con la forma en que ANEPA debía integrarse definitivamente en la federación aliancista. El sector encabezado por Thomas de Carranza se quedó en la federación aliancista con un nuevo partido, la Unión Social Popular; «Se ha constituido el partido "Unión Social Popular"», *La Vanguardia*, 17 de febrero de 1977.

³⁷ «El Ministerio de la Gobernación da a conocer las asociaciones políticas inscritas en el registro creado a tal efecto», *La Vanguardia*, 2 de octubre de 1976.

³⁸ Según señala Josep M. Clemente, el partido carlista, posteriormente, apoyó a Ruiz-Mateos en las primeras elecciones al parlamento europeo; CLEMENTE, J.M.: *Seis estudios sobre el carlismo*, Madrid, Huerga y Fierro editores, 1999, p. 27. Véanse las bases programáticas del partido en, FORCADELL PRATS, R.: *P. S.R. Unión Institucional*, Bilbao, Albia, 1977.

**LA RETÓRICA DEL PODER EN *DESTINO*.
ENTRE EL PERIODISMO Y LA LITERATURA (1939-1944)**

Blanca Ripoll Sintes
Universitat de Barcelona

Estudiar cómo la voluntad catequizadora del régimen se propagó a través de, entre otras muchas vías, la prensa periódica nos da la oportunidad de adentrarnos en el desarmamiento de los más íntimos resortes de los procedimientos de control ideológico del gobierno dictatorial franquista. Tomando como punto de partida el primer lustro del semanario *Destino*, ya en Barcelona (1939-1944), vamos a analizar los significantes y los contenidos concretos que sirvieron a un grupo de intelectuales y escritores –desde Vicens Vives a Josefina de la Maza, desde Concha Espina a Rafael Sánchez Mazas, pasando por Ignacio Agustí o Eugenio Nadal– como armas de enaltecimiento del régimen y como muestras de adhesión incondicional al mismo. Una retórica del poder que se extendería, como comprobaremos, hasta el territorio mismo de la creación literaria y hasta el dominio de la cotidianidad del pueblo español durante la primera posguerra.

Debido a la gran cantidad de artículos localizados, nos centraremos en este primer trabajo en las colaboraciones que la revista barcelonesa publicó entre 1940 y 1942 de la novelista santanderina Concha Espina y de su hija, Josefina de la Serna. De desigual calidad, los diversos artículos publicados comparten una voluntad estilística, estética e ideológica que trascienden los meros posicionamientos individuales y se insertan en los programas ideológicos que el régimen emprendió durante el primer lustro de la posguerra y que se suavizarían tras la pérdida en la II Guerra Mundial del bloque germanófilo y, ya en los años cincuenta, ante la necesidad del gobierno franquista de verse legitimado a nivel internacional.

De forma casi paralela al principio, la revista *Destino*, nacida bajo las alas ideológicas del Servicio de Prensa y Propaganda de Burgos durante la guerra civil (en 1937), va a situarse durante este primer quinquenio como vocera de las voluntades del régimen. Las voces preponderantes en el seno del semanario serán las de su director, Ignacio Agustí, y las de su redactor jefe, Eugenio Nadal, falangista militante. Es muy

claro, a este respecto, el recuerdo de Ángel Zúñiga, colaborador de la revista en la sección cultural: «Eugenio Nadal, buena persona, casi siempre vestía la camisa azul (...). Un día escribí un artículo muy proaliado. Eugenio me lo rechazó con bastante insolencia»¹.

A su vez, en la sección de política nacional e internacional algunos artículos de Jaume Vicens Vives (con el pseudónimo de «Lorenzo Guillén») o de Manuel Brunet (como «Romano») nos daban la clave de la germanofilia que ostentó *Destino* sin excesivos reparos hasta la victoria aliada en la segunda batalla de El Alamein, ofensiva que en noviembre de 1942 decantaba el resultado de la guerra de forma importante. Y será, precisamente, entre agosto y noviembre de aquel mismo año cuando dos colaboradoras finalizarán su presencia en el semanario barcelonés. Estamos hablando de la novelista montañesa Concha Espina y de su hija, Josefina de la Serna (que firmaría todas sus obras como «Josefina de la Maza»). Ambas van a ofrecer un tipo de colaboración heterogénea, que sume géneros como el ensayo, el relato breve, la crónica de viajes o el artículo de reconstrucción histórica, y una misma visión de la realidad: la perspectiva monolítica, sin fisuras, auspiciada por el Servicio de Prensa y Propaganda del gobierno del general Franco.

Vayamos por partes.

Concha Espina, novelista con obra anterior a la guerra, en la que se había forjado un estilo propio, suma de realismo y descripción lírica, con enorme hincapié en la labor psicológica a la hora de forjar a sus personajes, participará de forma activa durante la posguerra en la vida cultural más cercana y afín al régimen. Tras publicar la novela *Retaguardia* (1937) –en la que la novelista santanderina nos da su particular visión de la guerra civil en su ciudad natal–, no será hasta 1941 cuando publique su primera novela después de la contienda: *Princesas del martirio* (Ediciones Armiño, Barcelona), novela casi hagiográfica, mitad reportaje, mitad crónica bélica. De 1945 será *Victoria en América* (Editora Nacional, Madrid) y de 1949, *Un valle en el mar* (Imp. Aldus, Santander). Moral y literatura van de la mano de la producción literaria de Concha Espina, a la par que ofrece una visión eminentemente partidaria y laudatoria del gobierno franquista. Con el tiempo, tanto el modelo narrativo como la retórica –cada vez más excesivamente lírica– de la escritora cántabra fueron alejándose de la

¹ ZÚÑIGA, Á.: *Mi futuro es ayer*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 122.

demanda general de lectores y críticos en la España de la posguerra. Coherente con sus ideas y con su apuesta estética hasta su muerte, mantuvo hasta entonces una concepción de la literatura como la expresión sesgada y estilizada –hermoseada, cuando convenía a la autora– de la realidad.

No es gratuito que hayamos evocado la producción literaria, su apuesta ética y estética, pues son numerosos los puentes tendidos entre esta y su colaboración en prensa –y, en nuestro caso, su colaboración en la revista *Destino*–.

En primer lugar, cabe destacar la mixtificación genérica. Rasgo característico de la modernidad, en el caso de Espina responde al uso –y abuso, en numerosas ocasiones– de los esquemas evolucionados de la literatura de folletín decimonónica. En el caso de sus novelas, se entretajan fórmulas de la novela rosa, con las de la novela histórica o la de aventuras. En cuanto a sus colaboraciones en el semanario barcelonés, se combinan como hebras de un gran tapiz las características propias del relato breve, del ensayo o artículo de opinión, de la prosa poética, de la crónica de viajes y del artículo histórico, si bien en todos los casos no muestra un apego excesivo a la verdad histórica de los hechos, con lo que el lector se halla ante recreaciones literarias con pequeñas píldoras de historia real.

Así, en el texto «Río Duero»² suma al lirismo descriptivo propio de la escritora montañesa, la combinación de geografía, historia y literatura que dio en identificar Castilla con España; Edad Media y Siglos de Oro, con la gran época dorada del Imperio español; y figuras como el Cid, Gonzalo de Berceo o San Juan de la Cruz con símbolos de los que, también sesgadamente, se apropió la ideología que difundió el franquismo. Mezcla particular que, no obstante, tiene sus raíces en el pensamiento español de finales del siglo XIX, que buscaba regenerar el país a través de la búsqueda de su esencialidad, de su autenticidad. De este modo, lo esencial, lo auténtico, adquirirá visos casi raciales y enormemente excluyentes: del mismo modo que en el Siglo de Oro se reivindica el castellano viejo, el franquismo buscará el español auténtico, mezcla de hidalgo castellano y superhombre nietzscheano, un hombre varonil, vigoroso y joven.

² ESPINA, C.: «Río Duero», *Destino*, 172 (1940), p. 10. El servicio de digitalización de publicaciones periódicas ARCA de la Biblioteca Nacional de Catalunya ofrece de forma pública y gratuita todos los números del semanario *Destino*, agrupados por años, a continuación por el número de la revista y, en última instancia, por páginas. Vid. Biblioteca Nacional de Catalunya – ARCA: <http://www.bnc.cat/digital/arca/> [vigente].

En esta línea, Concha Espina reflexiona con un lirismo que cae, las más de las veces, del lado de la cursilería, acerca de los múltiples simbolismos adjudicables al río Duero: columna vertebral que recorre Castilla, medula esencial de España, cuyos afluentes riegan los territorios más nobles del país. El Duero, como el hombre español auténtico, es heroico, recio, valiente y obstinado, tenaz y trabajador, fuerte y espiritual:

Obstinado cuando niño, ibérico hasta morir, fecundo en trascendencias españolas, el Duero realiza un destino atlántico, rebelde al surco geológico de su cuna, que parecía brizar una niñez mediterránea.

No ha sentido, como el Ebro, ensoñaciones exclusivamente latinas, encantos del mar azul. Sino que, recio y constante, en calidad de buen castellano, escuchó desde mozo la llamada heroica del otro mar, el camino verde y terrible. Y partió los senos profundos de Urbión, perfumándose de espliegos y manzanillas, para doblarse en un arco magnífico y cumplir su destino imperial³.

Conceptos como «destino», «imperio», «buen castellano» o «heroico», inundaron el discurso oficial del régimen, procedentes de la retórica que el grupo de «La Ballena Azul» –José Antonio, a la cabeza, con su discurso en el Teatro de la Comedia de Madrid, pronunciado el 29 de octubre de 1933, como texto insignia– creó como «estilo» –otro concepto muy al uso– propio, distintivo, de Falange. Y, del discurso oficial, fluyó hacia el discurso periodístico y el discurso literario, en especial durante este primer quinquenio que nos ocupa.

Además de los valores tradicionalistas, falangistas y católicos presentes en los textos de Espina, cabe señalar el particular estilo de la escritora santanderina. La excesiva retórica, su lirismo cursi y su romanticismo trasnochado no sólo responden a su caso individual, sino que son rasgos comunes a muchos otros escritores y periodistas de la época. Un estilo contra el que, pasado cierto tiempo, reaccionarían los jóvenes novelistas, pero que, a principios de los cuarenta pareció extenderse a todos los espacios de la cotidianidad española y que perduraría, pese a los embates de los novelistas, poetas y críticos literarios, en géneros como el de la novela radiofónica o el de la novela rosa o sentimental.

Rasgos, estos últimos, que hallamos de forma patente en el relato breve titulado «El Cordero Pascual», publicado por el semanario el 21 de diciembre de 1940, con

³ ESPINA, C.: «Río Duero», *Destino*, 172 (1940), p. 10.

motivo del número extraordinario para la Navidad. La melodramática historia de una pequeña, hija y nieta de cómicos ambulantes, que va a vender a su corderito para costear el entierro de su recién difunto abuelo ejemplifica a la perfección esta combinación de folletín literario y moral católica propia de Espina y tantos otros escritores del momento. A modo de botón de muestra, el final del relato:

Allá van los faranduleros camino adelante, dejando en el lodazal de la carretera el hondo surco de las caravanas humildes. Abandonan aquí penosamente el barro de una tumba, donde el maestro afronta el reposo de la eternidad, a los sones pascales de las chirimías y dulzainas, címbalos y tambores. Un viento húmedo y salado chasquea las ramas desnudas de los árboles; rugen todavía las olas entre las peñas: el fondo distinto y vario de todos los murmullos se oye el balido amoroso del cordero que acompaña a los pobres artistas, viajeros de la tarde gris.

Y aquella voz, perdiéndose en la línea turbia de la playa, tiene un acento alegre de piedad: es íntima, cándida y aguda como la nota de un cascabel...⁴.

Otro aspecto a destacar en los textos de Espina –tanto literarios como periodísticos– es su eminente voluntad catequizadora, su actitud de reivindicación de la victoria franquista como algo necesario para la redención de España. Veamos, a modo de ejemplo, el párrafo final del texto «Río Duero»:

Río Duero, que nos ha sido fiel como invicto adalid, sin perder ni una sola hebra de sus raudales en el terreno invadido por los demonios.

Y así contribuye, como agua bendita, a la exaltación de un linaje misionero en la nueva conquista de su independencia y de su glorioso destino.⁵

En cuanto a su singular forma de recrear literariamente la historia española, contamos con dos ejemplos publicados por la revista barcelonesa. Se trata del artículo «Cinco esmeraldas»⁶ y de «Camineros»⁷. El primero aprovecha las diversas leyendas articuladas en torno a la figura histórica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca para transmitir al lector su actitud ética y sus valores ideológicos sobre la patria, la sexualidad y el heroísmo. Antes de empezar, dota al conquistador de un carácter casi mítico y describe la época de la conquista como un tiempo de hechos sobrenaturales:

⁴ ESPINA, C.: «El Cordero Pascual», *Destino*, 179 (1940), p. 7.

⁵ ESPINA, C.: «Río Duero», *op. cit.*

⁶ ESPINA, C.: «Cinco Esmeraldas», *Destino*, 181 (1941), p. 7.

⁷ ESPINA, C.: «Camineros», *Destino*, 205 (1941), pp. 1-2.

Auroras del Descubrimiento, cuando España, arriba por el orbe, contó las mensuras casi astronómicas de una capacidad viril y supo encender en su cielo estrellas desconocidas.

Raza de bronce la suya en aquellos siglos de la creación milagrosa, que se confunde con la leyenda y hasta se diluye en la mitología, a la penumbra de los soles de hoy, menguados en general por un eclipse de los arrestos físicos y la divina inspiración, esta celeste gracia que debemos reconocer como la luz del mundo.⁸

Después de narrar las vicisitudes pasadas por Alvar Núñez en tierras americanas –relato propio de un folletín de aventuras–, se detiene ante una visión que horroriza a la novelista montañesa:

Veriles oscuros en el aspecto más sombrío de la existencia moral; hay aquí un poblado de indios entre los cuales Alvar Núñez percibe una «diablura», según él cuenta en páginas inmortales; parejas de hombres unidas, como en Sodoma, por vicios tórpidos.

El gran viajero, alma limpia y luminosa, no hubiera podido suponer que seres de tan ruin calaña, a quienes él define como «amarionados», lograrían vivir y aun extenderse algún día por tierras civilizadas.

Y el egregio español hizo la señal de la Cruz ante el miserable contubernio, para seguir caminando...⁹.

Quizá se nos había olvidado precisar que el superhombre español auténtico debía ser, de forma radical y absoluta, heterosexual.

El último detalle que queremos destacar de este texto –auténtico filón de los valores ultramontanos, católicos, de la escritora– es el relato que une dos símbolos importantísimos para la Falange y el franquismo: los Reyes Católicos y el yugo y las flechas. Paradigmas, los primeros, de la unidad de España, de la religión católica y garantes del poder imperial del país en los dos siglos siguientes, ostentaron, junto con el nudo gordiano y el lema «Tanto monta», el emblema del yugo y las flechas, a partir de su unión. Falange retomó el símbolo, que, a su vez, sería representativo de toda la dictadura franquista. En el relato de Concha Espina, Alvar Núñez Cabeza de Vaca reivindica el señorío de los Reyes Católicos con cinco flechas y cinco esmeraldas –regalo de pueblos indígenas, esta vez heterosexuales–. Y concluye Espina:

Y desde entonces la piedra más valiosa del mundo adquiere un ético poder indecible, con las cinco flechas clavadas para siempre en los destinos españoles, como radiante lema de salvación.

⁸ ESPINA, C.: «Cinco Esmeraldas», *op. cit.*

⁹ *Ibidem.*

Porque siempre habrá en España hombres capaces de mantener un rútilo ideal de patriotismo; como aquel vidente de las cinco esmeraldas indestructibles y redentoras, agudas al través de los tiempos, de las sodomías y de los calvarios nacionales¹⁰.

El segundo artículo, «Camineros», pretende ser una reflexión, con el pretexto de la institución de los camineros, en torno de los valores supuestamente eternos de la españolidad: la vida austera, la caridad, el coraje, el sentido del deber, la fe católica... Culmina así el texto: «Porque imagino que sirven de cauce y andarivel a toda mi España, que ha vuelto íntegra y triunfal a sus majestuosos “camino reales”»¹¹.

Las dos crónicas «Flora de Berlín»¹² y «Flores en Alemania»¹³ se dedican a ensalzar la naturaleza, las costumbres y el urbanismo berlinés –y alemán, en última instancia– y, bajo ellas, late una admirada visión de las políticas del Führer. Espina describe una «raza firme y ruda», sugestionada totalmente por la retórica y la estética nazis:

Estoy segura de que en la reforma ornamental inaugurada solemnemente por el Führer-Canciller, no está excluido ni un pétalo del bosque germano, ni una quima de la selva clásica que da carácter y sugerencias a la robusta capital: escucho delicioso y consolador para el viajero, que en sus caminos más tristes busca siempre el latido de la naturaleza como un hálito inefable de Dios.¹⁴

Y mencionará de nuevo la cuestión racial en la segunda crónica: «Esta raza joven y formidable, que tiene el áspero vigor de la selva, tiene además, de un modo apasionado, la romántica devoción a las flores»¹⁵.

Bajo las más que probables alas protectoras de su madre, Josefina de la Maza (pseudónimo bajo el cual escondió su apellido real: de la Serna) iniciaría también en 1940 su colaboración en el semanario *Destino*. Alcanzaría una notoriedad inferior –también fue inferior su talento– a la de su madre, con algunos relatos infantiles (como *Cuentos de la mamá: para niñas*¹⁶ o *Éranse una vez... Las catorce obras de*

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ ESPINA, C.: «Camineros», *op. cit.*, p. 2.

¹² ESPINA, C.: «Flora de Berlín», *Destino*, 201 (1941), p. 11.

¹³ ESPINA, C.: «Flores en Alemania», *Destino*, 209 (1941), p. 2.

¹⁴ ESPINA, C.: «Flora de Berlín», *op. cit.*

¹⁵ ESPINA, C.: «Flores en Alemania», *op. cit.*

¹⁶ Publicados por M. Aguilar (Madrid) en 1945.

*misericordia*¹⁷, de evidente carácter catequístico), con colaboraciones en prensa, una biografía sobre su progenitora (*Vida de mi madre Concha Espina*¹⁸) y otra sobre una de las figuras que más impresionaría a la escritora, *Vida de San Juan de la Cruz*¹⁹, tema que compartiría con uno de los últimos artículos que publicaría Josefina de la Serna en *Destino*, «El místico Juan de Yepes»²⁰.

También en esta ocasión, las colaboraciones firmadas por Josefina de la Maza ofrecen cierta heterogenia genérica: ensayo histórico (sin apego a la verdad histórica), relato breve o artículo de opinión. Los textos de carácter historicista dan cuenta de las lecturas y figuras insignes para la hija de Concha Espina: un retrato de carácter patriótico sobre Miguel de Cervantes, en «Este que honró con su apellido España»²¹ y otro sobre Lope de Vega²²; el recuerdo de los años barceloneses de Marcelino Menéndez Pelayo, en «Altísima de Amor Filosofía»²³; el ya citado texto sobre San Juan de la Cruz²⁴; y su última publicación en *Destino*, «Gaspar Melchor de Jovellanos»²⁵.

Además de la poca veracidad histórica de los datos apuntados en sus artículos, cabe destacar la –en la época habitual– mezcla de valores tradicionalistas y católicos, y la atención a lo sentimental –que también habitualmente caía del lado de lo cursi–. En la mayoría de estos retratos, Josefina de la Maza centra su atención en los amoríos de cada uno de los personajes, en lugar de reivindicar su figura por aquello que los había convertido en seres atemporales y eternos: su trabajo, su talento, su creación literaria.

Este sentimentalismo tiñe el tono y los temas de todas las demás colaboraciones que hemos registrado en la revista barcelonesa. Así se descuella la redención final de Don Juan Tenorio –vía Zorrilla, obviamente– frente a la grandeza trágica de sus pecados en vida, en el texto titulado «Don Juan Tenorio»²⁶; se describe el arrobamiento místico de una moza madrileña al paso del Viático en «Un golpe de abanico»²⁷; el

¹⁷ Editados por Brouwer&Cía (Bilbao), en 1948.

¹⁸ Publicada dos años después de la muerte de la escritora santanderina, por Ed. Marfil (Alcoy), en 1957.

¹⁹ Aparecería en Editora Nacional (Madrid), en 1947.

²⁰ MAZA, J. de la: «El místico Juan de Yepes», *Destino*, 244 (1942), p. 7.

²¹ MAZA, J. de la: «Este que honró con su apellido España», *Destino*, 203 (1941), p. 11.

²² MAZA, J. de la: «Lope de Vega», *Destino*, 215 (1941), p. 7.

²³ MAZA, J. de la: «Altísima de Amor Filosofía», *Destino*, 200 (1941), p. 10.

²⁴ MAZA, J. de la: «El místico Juan de Yepes», *op. cit.*

²⁵ MAZA, J. de la: «Gaspar Melchor de Jovellanos», *Destino*, 280 (1942), p. 7.

²⁶ MAZA, J. de la: «Don Juan Tenorio», *Destino*, 164 (1940), p. 7.

²⁷ MAZA, J. de la: «Un golpe de abanico», *Destino*, 167 (1940), p. 10.

extraño cristianismo de una niña negra en Nueva York, en «La niña negra»²⁸; o el melodrama de tres ancianitas que acaban adoptando a una niña harapienta en «Las tres hermanas grises»²⁹.

El conservadurismo de Josefina de la Maza se nos dispensa en multitud de fragmentos a lo largo de estos textos. Es sorprendente, quizá, a ojos del lector de hoy, que una mujer tenga una concepción de lo femenino tan cercana de la visión patriarcal que, por otro lado, inundaba el ambiente social de la España de la época. Así, en «Un golpe de abanico»:

Íbamos pensando en el excesivo impulso exterior de nuestro pueblo, en la excesiva pintura de las muchachas, en el excesivo taconeo, en la excesiva disminución de los vestidos, en el excesivo, en fin, alarde pagano y «gentil» de la española.³⁰

O una concepción racial que hoy sería políticamente incorrecta, ante la visión del protagonista de «La niña negra» al entrar en una casa de gente antillana de color, en pleno barrio del Bronx en Nueva York:

Y el muchacho hace girar, en su pálida mano hidalga, el puño de la cerradura: cede una puerta. En su vano se recorta la figura de Carlos. Y Carlos ve un espectáculo sin igual. Es una sala grande, de suelos fregados, de paredes lisas: está llena de gente negra. Hombres a los que su ascendencia «carabalí» ha dado unos ojos inconfundibles, con una expresión patética de puro sencilla. Mujeres maternas, amplias, sensuales, rientes. Niños maravillosamente bonitos, como muñecos de bronce. Una ancha bondad animal, una gran ternura, un hondo lirismo los envuelve. Todo lo ve Carlos o lo intuye muy de repente³¹.

Los fragmentos anecdóticos llenarían demasiadas páginas. Los dos casos de Josefina de la Maza y de su madre, Concha Espina, se inscriben en una constelación de escritores y periodistas que, durante el primer quinquenio, llenaron las páginas color «de pan de racionamiento» del semanario *Destino*, siendo este vocero de las voluntades del régimen y estando todavía enlazado de forma sólida con figuras importantes de Falange. La sabia habilidad de los periodistas y escritores aglutinados en torno a *Destino* fue saber captar los latidos de su época y saber proporcionar a sus lectores aquello que querían leer. Dirigido a la clase media barcelonesa, el semanario

²⁸ MAZA, J. de la: «La niña negra», *Destino*, 231 (1941), pp. 6-7.

²⁹ MAZA, J. de la: «Las tres hermanas grises», *Destino*, 242 (1942), p. 14.

³⁰ MAZA, J. de la: «Un golpe de abanico», *op. cit.*

³¹ MAZA, J. de la: «La niña negra», *op. cit.*, p. 7.

evolució n h a c i a u n t i p o d e p u b l i c a c i ó n – h e r e d e r a d e l a s g r a n d e s r e v i s t a s b a r c e l o n e s a s d e a n t e g u e r r a , c o m o *Mirador*, y , a s u v e z , t a m b i é n d e l a s g r a n d e s r e v i s t a s i l u s t r a d a s d e l a s e g u n d a m i t a d d e l s i g l o X I X , c o m o *Arte y Letras*– d e i n f o r m a c i ó n v a r i a d a , f u e r t e h i n c a p i é e n l a s e c c i ó n c u l t u r a l y t o n o c o n c i l i a d o r y e u r o p e í s t a . N o o b s t a n t e , c r e e m o s i m p o r t a n t e r e i v i n d i c a r a m o d o d e t e s t i m o n i o l a e x i s t e n c i a d e u n a r e t ó r i c a , d e u n o s d i s c u r s o s d i r e c t a m e n t e v i n c u l a d o s c o n l o s d i s c u r s o s d e l p o d e r v i g e n t e , q u e p r e t e n d í a n c a t e q u i z a r , f i d e l i z a r a u n a p o b l a c i ó n r e c i é n s a l i d a d e l a g u e r r a c o n q u i z á m á s m i e d o q u e c o n v i c c i ó n e n l a v i c t o r i a f r a n q u i s t a .

HEDILLISMO EN FILIPINAS. LA CULTURA POLÍTICA FALANGISTA FRENTE AL RESTO DE FRANQUISTAS DURANTE LA GUERRA CIVIL

Florentino Rodao
Universidad Complutense de Madrid

Contexto

La guerra civil española tuvo un impacto peculiar entre los españoles en Filipinas. A la exaltación política, al igual que ocurrió con otras comunidades expatriadas en América Latina, que llevó a tres años de movilizaciones continuas, se unieron unas disputas internas que afectaron en especial a los franquistas. Aunque ya existían numerosas agrupaciones derechistas antes de la Guerra en España, la fundación de una rama del partido fascista, la Falange Española y de las JONS, apenas comenzó como una agrupación más para vehicular la creciente politización de la colonia española, pero pronto se convirtió en el grupo catalizador de las ideas más radicales.

Este trabajo se centra en las culturas políticas que colisionaron dentro de la comunidad profranquista. Para ello, tras un recuento de los acontecimientos, se centra en las características de los líderes de cada bando y en las diferencias de las propuestas falangistas para plantar cara a la hegemonía tradicional basada en el poderío económico. Con ello, se pretende mostrar las razones detrás de los argumentos utilizados, puesto que destapó tensiones sociales solapadas hasta la Guerra Civil. Al considerar que el conflicto tuvo su origen en las diferencias sociales entre la comunidad, descarta limitarlo a las disputas entre españoles de primera y segunda generación¹, y niega las acusaciones de «fascista» a Andrés Soriano, que han realizado un buen número de historiadores filipinos².

Unas disputas diferentes

La comunidad española en Filipinas fue favorable a los rebeldes, tal como ocurrió con las de América Latina escasas en número y con una media elevada de ingresos.

¹ BACAREZA, H.E.: *A History of Philippine-German Relations*, Manila, Bacareza, 1960, p. 127.

² *Ibid.*, p. 134; CONSTANTINO, R.: *The Philippines: A past revisited*, Manila, Constantino, 1975, pp. 386-387; CONSTANTINO, R. y CONSTANTINO, L.: *The Continuing Past*, Quezon City, The Foundation for Nationalist Studies, 1978, pp. 9, 160.

Pero su riqueza era mayor, por las exportaciones a Estados Unidos que provocaron una abundancia inaudita en Asia en esos años, que convirtieron a Filipinas, por ejemplo, en el territorio con más líneas de teléfonos o vehículos a motor de toda la región. La opulencia llegaba también a la comunidad española y a sus empresas y el dinero fue especialmente fácil en los años de la Guerra Civil, durante los que al alto tipo de cambio (dos pesos por dólar) se sumó una burbuja especulativa por las expectativas de minas de oro.

La Guerra Civil también tuvo un impacto especial por el contexto político local. Tras haberse dotado de una constitución, Filipinas acababa de empezar la Mancomunidad, un decenio de transición hacia la independencia total durante el cual, mientras disfrutaba de una casi total autonomía (excepto en algunos ámbitos, como las relaciones exteriores), debería definir su identidad: desde el acceso a la propiedad inmobiliaria o la relación con la Iglesia Católica hasta su propia lengua nacional. Teniendo en cuenta que lo hispano era parte de esa identidad por ser definida, la Guerra Civil modificó la percepción e impactó en esas definiciones.

La mayoría de españoles apoyó el golpe de estado de 1936 con entusiasmo, tanto por su situación social acomodada como por identificar los ataques a la iglesia en la península con los proferidos en Filipinas por los anticlericales filipinos. Llevó a múltiples manifestaciones espontáneas, en especial hasta el mes de noviembre de 1936, que después se esforzaron por mantener desde la península los propios militares rebeldes (en especial, los envíos de dinero), nombrando de forma oficiosa como cónsul honorario a Andrés Soriano, que entonces era «sin duda, el líder principal de la comunidad española»³.

Los falangistas se convirtieron en uno de sus principales problemas. El *Centro Falange Española*, fundado el 1 de agosto de 1936, como aseguraba un informe americano, se convirtió en un grupo «militante demagogo»⁴. Sus actividades propagandísticas fueron especialmente visibles, en parte por sus banderas y por la participación de mujeres de su Sección Femenina⁵, pero también por su radicalidad,

³ J. WELDON JONES a Secretario de Estado, 1-8-1939, Military Intelligence Division, Philippine department «The Spanish Community in the Philippines», 11-10-1939 NARA-RG-350-1318 (en adelante, Spanish Community, 1939), p. 7.

⁴ SPANISH COMMUNITY: 1939, p. 9.

⁵ «The Falange in the Philippines», Feb. 1945. CIDT-441-0.2. SWPA 41st. CIC Det. NARA-RG-94-18839.

incluidos los sermones en la iglesia más frecuentada por la colonia española, la de San Sebastián. Sus ataques se dirigieron pronto hacia sus compatriotas pro-franquistas. Los carlistas de *Comunión Tradicionalista* y los monárquicos de *Renovación Española*⁶ fueron pronto objeto de acoso falangista, así como el vicecónsul honorario Enrique Zóbel de Ayala, por haber aceptado en el pasado condecoraciones de la II República y no contribuir con suficiente dinero, quien les replicó por estar «desobedeciendo órdenes y provocando conflictos»⁷, por intentar expandirse en provincias al margen de su autoridad y, en definitiva, por atribuirse la «exclusividad del patriotismo»⁸. A pesar de ello, carecían de la simbología típicamente fascista y no hay constancia en esos momentos de las amenazas de «dañar físicamente a aquellos que no apoyaban los métodos y los principios totalitarios»⁹: sus miembros eran de mediana edad y apenas sabían del partido por las escasas noticias de la prensa¹⁰.

Su vida interna también estuvo repleta de sobresaltos. Tras el regreso a España de su fundador, Ignacio Jiménez, una Junta Provisional se hizo cargo, encabezada por dos hombres de negocios, Marino Olóndriz y su amigo íntimo Joaquín Orio Parreño, y el bodeguero Felipe Fernández Acuña. Carmen Díaz Moreu, la mujer de uno de los hombres más ricos del país, Joaquín José Elizalde, les acusó de malversación de fondos, y el 19 de febrero de 1937, una asamblea interna lo ratificó al votar a la Junta apenas cuatro afiliados frente a los treinta del candidato alternativo, Patricio Hermoso, delegado en Manila de una de las grandes casas comerciales, Aboitiz y Cía¹¹. Ante ello, argumentando que sólo habían participado 34 de los aproximadamente 190 asociados, el cónsul oficioso Soriano ordenó parar su funcionamiento en tanto recibía instrucciones pero sin obligar a dimitir a la Junta Directiva y Hermoso promovió una escisión, llamándolo *Comité interino de Gobierno y Propaganda*. La disputa estuvo enquistada durante ocho meses hasta que Olondriz y Orio accedieron a entregar una carta de dimisión justificada por «la indisciplina creada por algunos afiliados de la

⁶ ZÓBEL a Secretario de Relaciones Exteriores, Manila, 28-8-1937. AMAE-R-1736-28.

⁷ Ídem.

⁸ ZÓBEL a Secretario de Relaciones Exteriores, Manila, 7-8-1937. AMAE-R-1736-28.

⁹ SPANISH COMMUNITY: p. 9. El vicecónsul oficioso Enrique Zóbel también calificó a la Falange como un «cuerpo, hoy día semimilitar». Zobel a Serrat, Manila, 7-8-1937. AMAE-1736-28

¹⁰ «Solemne misa de réquiem en la basílica de San Sebastián», *Excelsior* 1042, Noviembre 1936.

¹¹ Cita en ¡*Arriba España!* Fernández de Celis a Castaño, Legaspi, 22-7-1938. AMAE-R-1736-29.

Agrupación local y de no recibir órdenes concretas desde España»¹². No era así, pero el cónsul Soriano había preferido dejar que el grupo se degradara antes que entregar Falange al grupo mayoritario, que no controlaba.

La unificación en 1937 y la fundación de la Delegación Nacional del Servicio Exterior –DNSEF–, con el objetivo de: «encuadrar y unificar los esfuerzos patrióticos de los españoles residentes en cada localidad»¹³ permitió desatascar el problema de Filipinas. A falta de Soriano, su tío y vicecónsul oficioso, Enrique Zóbel de Ayala, uno de los oligarcas más famosos de las islas, propuso una lista de candidatos mientras nombró un comité provisional para lo más inmediato: «hacerse cargo de la documentación y el sello de Falange»¹⁴. Pero el recientemente nombrado delegado del Servicio Exterior, José del Castaño, ignoró los informes favorables a esos candidatos de Zóbel, y el 9 de octubre de 1937 nombró a Martín Pou i Roselló como jefe en Filipinas, con carácter provisional pero concediéndole «plenos poderes» para «reorganizar» el partido lo antes posible¹⁵. Aseguró que Pou era el candidato más apropiado: camisa vieja –es decir, falangista de antes del estallido de la Guerra Civil– y un «buen organizador»¹⁶, pero aparentemente quiso dejar claro que no quería intromisiones¹⁷.

Pou comenzó su cargo con una intensa actividad. Nombró una Junta de gente nueva para empezar una nueva etapa sin lastres (agrupaba a las diferentes familias pronacionales, pero excluyó a las facciones que se habían enfrentado) y obtuvo el apoyo de las empresas españolas, en especial la principal empresa del país, la Compañía General de Tabacos de Filipinas, con sede en Barcelona, o Tabacalera, que ordenó a sus empleados españoles afiliarse a Falange, un ejemplo que después fue seguido por «muchos negocios españoles»¹⁸. Los afiliados crecieron tanto que se puso un plazo para solicitar la adhesión mientras que Pou hizo su presentación política en el Casino Español de Manila.

¹² Cartas dirigidas a Zóbel, Manila, 6-610-1937, en Zóbel a Serrat, Manila, 15-10-1937. AMAE-R-1736-28.

¹³ FEDERICO DE URRUTIA (seud. de FEDERICO GONZÁLEZ NAVARRO): *Falange Exterior* (Santander: Talleres Aldus, s.d. [1939]), n.p.

¹⁴ ZÓBEL a Secretario de Relaciones Exteriores, Manila, 15-10-1937. AMAE-R-1736-28.

¹⁵ Despacho urgente de Castaño al Secretario de Relaciones Exteriores, Salamanca, 9-10-1937 AMAE-R-1736-29.

¹⁶ Ídem para su propio relato, “1er. Discurso del Sr. Martín Pou en el Casino Español el día 26 de Octubre de 1937, a las 7:00 P. M.” Anexo de Zóbel a Serrat, Manila, 10-12-1937, AMAE-R-1736-29. Anexo con informe sobre Martín Pou.

¹⁷ Delegado Nacional a Secretario Relaciones Exteriores, Salamanca, 16-11-1937. AMAE-1736-28

¹⁸ SPANISH COMMUNITY: 1939, p. 10.

Apenas cuatro días después de esa presentación, Zóbel de Ayala solicitó a sus superiores del Gabinete Diplomático (la oficina de exteriores franquista, establecida en Salamanca) la destitución de Pou, argumentando que su actitud causaba problemas al consulado oficioso y era dañina, por forzar la afiliación a Falange, por nombrar a sus representantes en provincias sin consultarle y por afiliar no-españoles¹⁹. Zóbel además calificó a Pou en propia cara de «impertinente», por lo que el falangista le ignoró escudándose en los nuevos estatutos de Falange, que expresaban su dependencia directa del delegado Castaño²⁰. En una situación «embarazosa» a causa del desprecio de Pou por «la jerarquía»²¹, Zóbel de Ayala lanzó un órdago a sus superiores (o destituían al líder falangista o le nombraban cónsul²²) que le salió mal, porque provocó una amplia solidaridad con Pou. Fue una victoria para los falangistas, que aprovecharon para poner en marcha la *Ficha Azul*, con suscriptores mensuales y para proclamar que en torno al 90% de la colonia española en Filipinas era falangista. Era una de sus muchas exageraciones, pero da cuenta de su renovada popularidad: su arrojo había vencido a la riqueza.

Tras volver Soriano a Filipinas, todos proclamaron la necesidad de unidad, pero no faltaron las maniobras soterradas de cada grupo. Los falangistas se esforzaron por evitar el control de Soriano, y aunque debía informarle diariamente, Pou se rodeó en la Junta de la facción mayoritaria liderada por Patricio Hermoso, tales como un empresario exitoso, un joven padre agustino, un químico, dos trabajadores de Tabacalera (uno de ellos antiguo anarquista que acabaría como misionero) y, sobre todo, a dos hermanos de una familia enemistada públicamente con Soriano y ejemplo típico de empresarios hechos a sí mismos, Francisco y Antonio Ferrer Gutiérrez. Además, la Falange dejó de utilizar la Casa de España, el complejo de instituciones españolas en donde había instalado su sede (gratis), e impulsó dos actividades propias que erosionaban indirectamente el dominio del cónsul oficioso: una revista bimensual, *Yugo* y el *Auxilio Social*, la rama de Falange dedicada a ayudar a los pobres, enmarcada en la idea de la justicia social. Antes que participar en el boletín diario de Soriano, *¡Arriba España!* o en la moribunda Sociedad Española de Beneficencia, Falange

¹⁹ ZÓBEL a Serrat, Manila, mencionado en 24-11-1937. AMAE-R-1736-28.

²⁰ POU a Zóbel, Manila, 24-11-1937. AMAE-R-1736-28.

²¹ ZÓBEL a Serrat, 25 y 27-11-1937. AMAE-R-1736-28.

²² ZÓBEL a Muguero, 24-11-1937, cit. 5 Dec. 1937. AMAE-R-1736-28.

prefería empezar desde cero. Mientras tanto, Soriano aseguró la lealtad de las instituciones, al impedir a última hora una victoria falangista en la Cámara de Comercio y nombrar como vicecónsul honorario a Adrián Got, nuevo director en Filipinas de Tabacalera, para atar en corto a la empresa que había favorecido a Pou contra su tío. Además, con el argumento de dotar a la comunidad profranquista de unidad para la recaudación de fondos, Soriano creó la Junta Nacional Española, aunque buscando sobre todo realzar su autoridad. Las Juntas Nacionales ya existían en América Latina, pero la de Manila estaba diseñada para diluir a Falange, con apenas un voto frente a las otras instituciones, en general dominadas por el consulado oficioso. Soriano dejó Manila para viajar de nuevo a Europa y Estados Unidos, pensando que lo tenía todo atado.

Con Adrián Got como vicecónsul, las disputas llegaron a nuevos límites y Soriano aprovechó su estancia en la península para conseguir la destitución del falangista. Utilizando un telegrama caído en sus manos fortuitamente (tenía a su servicio a un antiguo militar del ejército español) que mostraba acusaciones de Pou contra Got —con términos como «coerción», «cinismo», «calumnia» o «traición» y concluyendo que era «absolutamente incompatible»²³, Soriano pidió al ministro de Exteriores, el marqués de Jordana, la destitución de Pou. La disputa había llegado a niveles de tensión insalvables y un informe del Ministerio de Exteriores lo reconoció, señalando que las disputas entre las representaciones franquistas y las ramas de Falange eran frecuentes en las comunidades españolas expatriadas, pero que el conflicto de Filipinas era especialmente grave: «han culminado especialmente en Manila»²⁴. Jordana, de hecho, parece sobrepasado por el enfrentamiento en Filipinas y aunque primero pensó en discutir la cuestión directamente con Falange, acabó hablándolo directamente con el general Franco²⁵, quien en una entrevista de fecha no conocida pero anterior al 18 de agosto de 1938, decidió cesar a Pou siguiendo los procedimientos, es decir, por medio de una comunicación de su propio superior falangista, Castaño²⁶.

²³ El telegrama es de 31 de mayo de 1938 y Pou acababa pidiendo a Castaño lo que Zóbel había hecho pocos meses antes contra él, es decir, su inmediata sustitución como vicecónsul. 31-5-1938, incluido en Tel. Castellví a Soriano, 2-7-1938. AMAE-R-1736-29

²⁴ Informe de M. Pujadas, Sección de Ultramar y Asia. Burgos, 20-7-1938. AMAE-R-1736-29.

²⁵ Nota manuscrita al proyecto de carta de Jordana a Fernández Cuesta, Burgos, 11-6-1938. AMAE-R-1736-29.

²⁶ Así reza una última nota indicando que Soriano ya había sido informado. AMAE-R-1736-29. Informe de M. Pujadas, Sección de Ultramar y Asia. Burgos, 20-7-1938, Anotación Jordana 18-8-1938.

Exteriores había ganado, pero las maniobras de Falange para revocarlo fueron numerosas. Para hacer reconsiderar la decisión, Castaño primero quiso pagar el viaje de un inspector neutral a Manila, luego vaticinó la «desintegración» de Falange²⁷ y por último viajó desde San Sebastián a Burgos, aunque sólo pudo forcejear algunas instrucciones de Exteriores a Manila, como prestar a Falange «apoyo y colaboración plenos», e instrucciones verbales al cónsul Soriano, pronto a embarcar de regreso a Filipinas, para que Falange mantuviese la continuidad con el «mismo espíritu y autonomía [que] hasta ahora»²⁸. Reacio a aceptar la derrota, Castaño se tomó un tiempo para enviar el telegrama de dimisión, que diluyó al informar que era «acuerdo cese para venir», que no una «destitución», mientras le sugería futuros destinos más elevados que nunca se cumplieron²⁹. Y pensando en el futuro de su grupo, Castaño habló con Tabacalera en España puenteando a su enemigo Got para que mantuviera su propaganda en la revista falangista *Yugo*.

En Manila, Pou quiso dejar «terminada la misión» tal como apareció en el editorial de *Yugo*³⁰. Temeroso de disidentes, cambió por sorpresa al tesorero, Julio de Castro Boucos, el empleado de Tabacalera que un año antes había enviado los telegramas pidiendo solidaridad, y puso en marcha nuevos programas, como la Caja del Estudiante, para facilitar becas a españoles pobres; un ropero de Falange, similar al que ya tenían sus adversarios, y el aula «Fray Luis de León», a cargo del agustino Octavio Cubría, que poco tiempo después fue destinado a China³¹. Las instrucciones de Del Castaño fueron menos altruistas, porque transmitió a sus subordinados en Manila sus deseos de venganza: «a partir de ese momento termina la obligación de parte de esa Falange de guardarle [a Got] las consideraciones obligadas»³².

La conmemoración del aniversario de la muerte de José Antonio los puso en bandeja. Declarado obligatorio tras el traslado de sus restos mortales de Alicante a Madrid en lo que Stanley Payne define como «la ceremonia más infinitamente

²⁷ CASTAÑO a JORDANA, San Sebastián, 24-8-1938. AMAE-R-1736-29.

²⁸ GONZÁLEZ ARNAO, subsecretario de Asuntos Exteriores a Got, Salamanca, 2 septiembre; Got a Pou, Manila, 19 septiembre y 20 octubre; Castaño a Pou, San Sebastián, 2 septiembre y Hermoso a Got, Manila, 20 y 26-10-1938 AMAE-R-1004-7.; Got a Jordana, Madrid, 25-10-1938. AMAE-R-1736-28.

²⁹ Copia de telegramas de Gastaño a Pou, 20-9-1938, en Got a Jordana, Manila, 20-10-1937. AMAE-

³⁰ La versión oficial sobre la salida de Pou, «Con igual rumbo, sobre la misma ruta», *Yugo*, 22.

³¹ *Yugo*, Nº 22, 25-11-1938. El programa de los actos, en *Yugo*.

³² CASTAÑO a POU, texto preparatorio de 26-10-1938 y carta de 10-11-1938. AGA-SGM-27. También, Castaño a Secretaría General Manila, San Sebastián, 21-12-1938. AGA-SGM-27.

elaborada en la historia contemporánea de España»³³, los obstáculos de Got a celebrar esa «velada necrológica», a pesar de la asistencia prometida por el arzobispo y por el delegado papal, llevaron a que se involucrara el propio Secretario General de Falange – y Ministro de Agricultura–, Raimundo Fernández Cuesta, a quejarse a su colega Jordana.

La salida de Got, además, no consiguió restablecer la paz entre franquistas. Aunque se nombró a un nuevo dirigente falangista local bien visto por la oligarquía y Soriano destituyó a Got, y se volvieron a realizar declaraciones prometiendo restañar heridas, los falangistas cruzaron también su rubicón, incitados en parte por Del Castaño: «Desde el momento que Got ha dejado de ser representante de España no necesitáis guardarle consideración alguna»³⁴. Así, durante las celebraciones por la toma de Barcelona, en enero de 1939, los falangistas presentaron quejas inéditas: acusaron a Soriano de apropiación de ideas, le pidieron que reprendiera públicamente a Got por unas cuestiones menores y se quejaron de la falta de ecuanimidad en el Casino Español, por autorizar un homenaje a Don Alfonso de Borbón organizado por Andrés Soriano mientras declinaba una propuesta falangista. El empresario cervecero perdió su temple por primera vez. Acusó sin ambages a los falangistas de «aviesa intención»³⁵ y escribió en una larga carta los ataques que hasta entonces había eludido hacer directamente: antiguos izquierdistas retractados tardíamente, poca importancia de su contribución aunque despreciando la del propio Soriano, y una actitud irrespetuosa, haciendo fracasar cualquier esfuerzo por unir a la comunidad³⁶. Su respuesta salida de tono, no sólo provocó nuevas y viscerales réplicas y contrarréplicas, sino que ensombreció definitivamente las celebraciones por la victoria final franquista que tanto había ansiado. De hecho, se ausentó de Manila unos días antes del 1 de abril y rechazó continuar en el consulado tras el reconocimiento oficial de Estados Unidos. Los franquistas se habían convertido en el «hazmerreír»³⁷ de la sociedad manileña, para especial regocijo de los pocos republicanos.

³³ PAYNE, S.G.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997, p. 469.

³⁴ CASTAÑO a SECRETARÍA GENERAL Manila.: San Sebastián, 21-12-1938. AGA-SGM-27.

³⁵ SORIANO a JORDANA.: Manila, 13-2-1939, AMAE-R-1736-29.

³⁶ Al informar de esta nueva disputa al Ministerio de Asuntos Exteriores, Soriano repitió los argumentos ya utilizados por Adrián Got, acusando a Falange. Soriano a Jordana, Manila, 13-2-1939, AMAE-R-1736-29.

³⁷ MALDONADO A MAE.: Manila, 8-8-1939. AMAE-1736-28.

Personajes de la disputa

Para entender los enfrentamientos entre la comunidad española, conviene remontarse a los liderazgos dentro de la misma anteriores a la Guerra Civil. A pesar de que el principal proceso entre la comunidad era de asimilación dentro de la sociedad filipina, la situación especial de Filipinas como antigua colonia en busca de una identidad propia hace que los líderes puedan ser considerados más bien como catalizadores y agentes difusores de una conciencia étnica, que era reelaborada según sus intereses³⁸. El tradicional predominio de los religiosos entre la comunidad española durante el período español había sufrido un vuelco importante durante el período americano, en parte por la ausencia del apoyo administrativo, el retorno de una importante proporción y las críticas a la iglesia que culminaron con la Revolución Filipina (1896-1898), pero sobre todo por un auge económico que fortaleció a grupos oligárquicos ya existentes en el siglo XIX pero que se aprovecharon de las oportunidades de exportación a Estados Unidos. Por otro lado, teniendo en cuenta que buena parte de los españoles (y filhispanos, esto es, filipinos que abogaban por una hispanización de su país) vivían concentrados (en barrios como la llamada «mesticería» de Manila) y sus numerosas instituciones, su vida aparecía estabilizada, con una serie de roles sociales atribuidos y unas jerarquías aparentemente legitimadas. La hegemonía, en definitiva, giraba en torno a cuatro grupos, dos de carácter familiar, y dos institucionales, que señalamos ligeramente:

1. El clan Zóbel-Ayala era el más prominente de la comunidad, por su importancia en Filipinas pero también por ser el más activo en promover el hispanismo y las instituciones españolas. Su poder había aumentado en especial desde 1914, cuando además las diferentes ramas de la familia se habían especializado en sectores diferentes; los Roxas en azúcar, los Sorianos en la manufactura y la minería y los Zóbel en las finanzas, los seguros y las inmobiliarias³⁹. El significado de su representante

³⁸ NUÑEZ-SEIXAS, X.M.: «Modelos de liderazgo en comunidades emigradas. Algunas reflexiones a partir de los españoles en América (1870-1940)», en BERNASCONI, A. y FRID, C. (eds.): *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgo (1880-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006, p. 18. Este apartado del trabajo se ha beneficiado mucho de este artículo.

³⁹ BATALLA, E.V.C.: «Growth and Survival for Generations: The Case of the Ayala Group of the Philippines, 1834–1996», San Diego, Conference given at the Session 185: Firm and Network in the Study of Southeast Asian Business History, Association of Asian Studies, Annual Meeting 2004, p. 11. Agradezco al autor que me haya provisto de la copia del trabajo.

principal, Enrique Zóbel de Ayala era por complementar su labor como el principal empresario del sector asegurador del país con un currículo completo de actividades hispanistas, desde poner en marcha la *Casa de España en Manila*, concentrando en un mismo espacio el Consulado General, el Casino Español de Manila, el Fondo Española de Beneficencia y la Cámara Española de Comercio, hasta financiar el más cuantioso premio literario en Filipinas, el Premio Zóbel, que sigue existiendo.

2. La familia Elizalde era la otra gran fortuna entre la comunidad, más centrada en el mercado interno. Su poderío derivaba de una diversidad de negocios centrados en el comercio y la industria en Filipinas, donde trabajaban alrededor de 10.000 empleados en 1937, según fuentes propias⁴⁰, pero cada vez estaban más implicados en los negocios de exportación, no sólo en Estados Unidos sino también en Asia –Hong Kong, Shanghai–. Su influencia sobre la comunidad española era menor que la de los Zóbel de Ayala, aunque también estaban fuertemente implicados en actividades hispanistas, puesto que aunque su vinculación con España era menos intensa –cuatro de los hermanos habían solicitado la nacionalidad filipina en 1936–, los Elizalde favorecían también un futuro hispanizado para la futura República independiente⁴¹.

3. Tabacalera era otra empresa española que había sabido adaptarse a la colonización americana. Desde el negocio principal del tabaco en el siglo XIX, la Compañía General de Tabacos de Filipinas se involucró también en negocios como la navegación, pero sobre todo en los productos de exportación a Estados Unidos, especialmente la copra y el azúcar, producto del que pasó de un 3,5 por ciento del total de la exportación a Estados Unidos en 1909, a controlar el 30 por ciento en 1933-34. Los beneficios fueron difíciles de emular, porque durante su «época dorada», tras la Primera Guerra Mundial había distribuido entre sus accionistas «ininterrumpidamente durante veintidós años un dividendo del 17 por ciento»⁴², pero además representaba para muchos el vínculo visible con España, tanto por su importancia económica –era la compañía con más empleados de Filipinas, después de

⁴⁰ ELIZALDE, S.A.: *Elizalde: Model Employer*, Manila, Elizalde & Co., 1937, n.p.

⁴¹ HORN, F.: *Orphans of the Pacific; the Philippines*, New York, Reynal & Hitchcock, 1941, p. 135; Spanish Community, 1939, pp. 8-9.

⁴² GIRALT RAVENTÓS, E.: *La Compañía General de Tabacos de Filipinas, 1881-1981*, Barcelona, CGTF, 1981, p. 137.

la administración y tenía aproximadamente 200 españoles diseminados el archipiélago— como por sus numerosas actividades a favor del legado hispano en Filipinas⁴³.

4. Las órdenes religiosas, por último, conservaban una buena parte de la influencia de antaño gracias a la renovación de sus mensajes que les había permitido detener la sangría de fieles posterior a la Revolución Filipina. Había sido provocado en parte por la competencia con los nuevos misioneros, pero también por el dinero conseguido gracias a la venta forzosa de tierras y por su renovada imbricación con el poder político. La historia y una buena proporción de misioneros provenientes de España mantenían la identificación de algunas de las órdenes con España, en especial la Orden de Predicadores. Su Universidad de Santo Tomás había sabido renovarse en la década de 1920 y contaba con un alumnado creciente que le estaba obligando a trasladarse a terrenos más amplios, en un barrio llamado «España» (ahora, Sampaloc).

Los vaivenes en las complicadas relaciones entre estos grupos y la comunidad son necesarios para entender la Falange en Filipinas. La familia Elizalde fue decisiva para impulsar el Centro Falange Española, puesto que el fundador del mismo, Ignacio Jiménez (que había adquirido fama y prestigio tras participar en 1926 en un vuelo pionero de Madrid a Buenos Aires), estaba casado con Carmen (*Carmentxu*) Elizalde, la única hermana de los seis hijos de esta familia, mientras que la madre Carmen (*Carmita*) Díaz Moreu militó activamente y el único hijo que mantuvo la nacionalidad española, el director de orquesta Federico (*Fred*), ofreció conciertos recaudatorios y viajó a la península a luchar. Tras quedarse rezagada de los Zóbel-Ayala, dominando apenas el Hospital Español de Santiago, la fundación del Centro Falange Española aparece como la apuesta de uno de los grupos económicos por retomar un liderazgo perdido. Fue complementario con el esfuerzo de los otros cuatro hermanos —Ángel, Juan Miguel, Manuel (*Manolo*) y Joaquín Miguel (*Mike*)— que apenas entregaron cantidades de dinero a la rebelión porque sus deseos de reconocimiento social estaban enfocados a la sociedad filipina, tal como demostró la puesta en marcha de *Los*

⁴³ HORN, F.: *op. cit.*, 137; NAGANO, Y.: «The Oligopolistic Structure of the Philippine Sugar Industry during the Great Depression», en ALBERT, B. y GRAVES, A. (eds.): *The World Sugar Economy in War and Depression, 1914-40*, Londres y Nueva York, Routledge, 1988, p. 178

Tamaraws, un club social dedicado al polo, deporte en el que consiguieron trofeos internacionales.

Frente a estas rivalidades intrafamiliares, la Tabacalera careció del liderazgo de otras ocasiones, aparentemente por ser tangencial a sus intereses inmediatos. Mientras que el posicionamiento inicial con Falange se puede explicar por las reticencias generalizadas contra Enrique Zóbel, lo que explica mejor el antifalangismo visceral del Adrián Got es su adhesión al carlismo y, aparentemente, su fracaso por tener un hijo falangista. Got no fue un moderado; de hecho, fue quien acuñó el término «extremas derechas» para definir a su grupo antifalangista, pero recelaba de la marginación del carlismo en el régimen carlista. Su falta de carácter y trato –«grosero» según Pou– y el desdén hacia advenedizos de clases inferiores explican que les acusara sin recato como «turba anárquica e indisciplinada y en rebeldía a las órdenes del caudillo»⁴⁴.

La Falange recibió inicialmente el apoyo de una de los clanes oligárquicos, que perdió al profundizar en su radicalidad, tras lo que sólo mantuvo el de algunas órdenes religiosas. No de los Agustinos Recoletos, que tenían sus inversiones en la Cerveza San Miguel con Soriano, ni tampoco de los capuchinos vascos, que apoyaron a la República, sino entre el resto de Órdenes, puesto que algunos de los misioneros incluso participaron en la Junta Directiva. Pero el cambio de destino del agustino Cubría a China tras haber sido designado por Martín Pou, al igual que le ocurriera a Quintana, un trabajador de Tabacalera también trasladado tras ser incorporarse a la Junta Falangista, muestra el carácter subordinado de la órdenes religiosas, aparentemente por un proceso de toma de decisiones más lento.

Los principales apoyos de Falange, por tanto, fueron los empresarios de éxito, como Paulino Miranda Sampedro, un empresario bien relacionado con la comunidad china, o los hermanos Ferrer. Francisco Ferrer era accionista principal de *Manila Gráfica*, un edificio de tres plantas dedicado a imprenta y librería en la calle Escolta, la principal de negocios de la ciudad, y con aficiones literarias que le habían llevado a ser miembro del jurado del prestigioso Premio Zóbel. Según un izquierdista, había sido «una persona decente, razonable y educada», para cambiar de bando tras su matrimonio con la alemana, Amelia (*Meli*) Diening, simpatizando con el nazismo y

⁴⁴ CASTAÑO a JORDANA.: San Sebastián, 24-8-1938. AMAE-R-1736-29.

convertirse en un «ardiente falangista». Antonio Ferrer estaba casado con la catalana Rosa Torrelles, poseía una exitosa tienda de muebles modernos –el presidente Quezón era cliente suyo, por ejemplo– y era miembro destacado de la Cámara de Comercio. El mismo Ferrer reconoció su pasado anarquista –aunque lo limitó en el tiempo–, pero prefería recordar cuando, a principios de la década de 1930, colaboró en secreto con Soriano para acabar con *Nuestra España*, un periódico nacido para apoyar a la Segunda República en Filipinas⁴⁵.

Durante la Guerra Civil, el abogado mallorquín Martín Pou y Roselló fue «lanzado en paracaídas»⁴⁶, como Xosé Manoel Núñez-Seixas asegura que ocurrió a tantos líderes impuestos durante la Guerra Civil en comunidades expatriadas de América Latina. Casado con la filipina Luisita Valdez Tuazón, prima del consejero militar del presidente Quezón, el general Basilio Valdez⁴⁷, Pou complementó esas conexiones familiares tan necesarias en Filipinas con sus propuestas políticas novedosas. Pou era un falangista violento que había sido amigo de Federico García Lorca y de Salvador Dalí en 1926, en la Residencia de Estudiantes, y había participado en las luchas contra la dictadura de Primo de Rivera; después, su padre fue el primer gobernador en Mallorca, por el Partido Radical Republicano, y llevó a cabo un cambio que le hizo afiliarse a Falange antes del estallido de la Guerra Civil⁴⁸. Durante los primeros días del golpe de Estado tuvo un papel crucial en el éxito del golpe en Mallorca, y en pocos días fue enviado a Roma para conseguir armas con las que defender la rebelión frente a un posible ataque republicano, tras lo cual estuvo al mando de las milicias navales de Falange. La boda con una filipina, una herida y problemas con compañeros le hicieron dar un cambio a su vida y viajar a Filipinas, adonde había enviado a su familia con anterioridad.

Al contrario que otros líderes «recibidos» –es decir, fuentes de poder y legitimidad trasplantadas del Viejo Mundo y continuadas–, Pou se labró también un liderazgo interno, es decir, se convirtió en el representante y defensor de un grupo frente al exterior, con tareas asimilables a las que señala Núñez-Seixas: proporcionar

⁴⁵ ANTONIO FERRER a SORIANO.: Manila, 14-2-1939, p. 2. AMAE-R-1736-29. El membrete de su negocio: «Antonio Ferrer. Interior Decoration. Antique and Modern Furniture». RODRÍGUEZ RAMÓN a MINISTRO DE ESTADO: Manila, 25-7-1937. AMAE-1011-01.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 22.

⁴⁷ *La Vanguardia*, Manila, 12-7-1936; MESTRE MESTRE, B.: *¿La última palabra? Mallorca 1936-1939. Memorias de un soldado médico*, Mallorca, Bauzá, 1976, p. 250.

⁴⁸ FERNÁNDEZ DE CASTRO a CASTAÑO: Legazpi, 22-7- 1938. AMAE-1736-29

servicios económicos, catalizadores de la sociabilidad del grupo, defensa del país o región de origen, círculos de lealtad más o menos concéntricos y cuidado del prestigio y la respetabilidad interna. Aparece como un caso claro de «interacción osmótica»⁴⁹ que permitió compartir no sólo ideas o un pasado poco homologable sino sobre todo vislumbrar a los locales unos objetivos hasta entonces inalcanzables, como era erosionar el poder de los clanes dominantes. Andrés Soriano era el caballo ganador indiscutible porque tenía las características típicas de los líderes tradicionales de la comunidad, tales como dinero, vinculación con España, deseos de impulsar su hispanidad y además vinculaciones fuertes en la península, por su cercanía a José Antonio Sangróniz. Pero a Andrés Soriano le tocó ejercer ese liderazgo en tiempos de paz y a la hostilidad de su familia contra los Ferrer, y a su rivalidad de los Elizalde y con los Aboitiz, los jefes de Patricio Hermoso, se sumó una actividad política inusitada que fue la Guerra Civil, con ideas nuevas y sobre todo esa participación de las «masas» que provocó la irrupción de Falange.

Falange contra la oligarquía

Para comprobar las diferencias internas, el discurso de presentación política de Martín Pou en el Casino Español de Manila resulta revelador del nuevo lenguaje que tendría la confrontación. Pou mostró sus diferencias a lo largo de tres temas cruciales para los españoles en Filipinas en esos momentos: el papel de la comunidad, el papel de la Falange y, por último, cómo promover el rol de España en Filipinas.

En primer lugar, Pou mostró que no iba a ser un líder acomodaticio. Calificó la ayuda enviada a España hasta esos momentos como una «decepción», aun siendo consciente de la fama de las contribuciones de Andrés Soriano e incluso del asesinato de un miembro destacado de esa élite en su palacio de Barcelona al poco de estallar la guerra, Luis Pérez Samanillo, a los pocos días del estallido de la guerra. Pou insistió en ir a luchar a España —«yo doy correajes, cartucheras y un puesto en la vanguardia donde se recibe el primer tiro para morder y besar las tierras de España»— o, en su defecto, contribuir de acuerdo con sus bienes, preguntando quién había mermado sus cuentas desde el estallido de la guerra. Y además, Pou culpó a Soriano y a sus

⁴⁹ NÚÑEZ SEIXAS, X.M.: *op. cit.*, p. 40.

seguidores de las «rencillas» y las «luchas sin cuento» dentro de la comunidad en Filipinas, asegurando que merecían «que los fusiles de nuestros hermanos se volvieran contra vosotros»⁵⁰.

Sobre Falange, en segundo lugar, Pou mostró una visión esencialista que favorecía sus ambiciones. Aseguró que todos los partidos en España habían desaparecido, por lo que la Falange era el Estado y viceversa. La comunidad en Filipinas, por tanto, debía apoyar a su único partido y reconocer ese estatus superior, por ser equiparable al régimen de España, y por encima del consulado honorario oficioso que, aseguró, representaba meramente al gobierno. El estatus del propio Pou, como líder de Falange, debía ser reconocido situándole a la izquierda del cónsul en los actos oficiales y sustituirle cuando estuviera ausente. Además, aun cuando debía aceptar órdenes del cónsul, podría también apelar a sus superiores en Falange, el partido único que parece prefirió seguir manteniéndolo en una cierta nebulosa, si nos atenemos a la descripción recopilada por sus enemigos: «una cosa que no se puede definir, que no se puede expresar con palabras: es como la belleza y como esta para quererla hay que sentirla, lo mismo Falange, no se expresa, se siente»⁵¹.

Las tareas por hacer, en tercer lugar, mostraron que Pou veía su liderazgo no sólo en las esferas cultural o social, sino que también creía en la necesidad de erosionar el poder de la plutocracia, ese enemigo que apareció en tantos discursos falangistas. Se refirió a la necesidad de promover la lengua y la cultura españolas, para lo cual las órdenes religiosas habrían de tener un papel crucial, pero también de apoyar un comercio donde se evitara la competencia mutua y se organizaran actividades conjuntas en beneficio de todos, desde botar barcos a crear bancos propios. Ante una pregunta, aseguró que Falange se haría cargo de las funciones de la Cámara de Comercio: «Si la Cámara de Comercio quisiera seguir fuera de Falange, en el caso de que aquella y la Delegación Comercial de Falange informasen al Estado, este no haría caso más que de esta última y no de la Cámara de Comercio»⁵². Para esta labor, se crearía una delegación de comercio de Falange que se encargaría de reorganizar tanto las importaciones como las exportaciones.

⁵⁰ «1er. Discurso del Sr. Martín Pou en el Casino Español el día 26 de Octubre de 1937, a las 7:00 P. M.» Anexo de Zóbel a Serrat, Manila, 10-12-1937. AMAE-R-1736-29.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*

Aunque todavía no se había aliado con los falangistas radicales, el mallorquín trasladó a Filipinas las tensiones internas en la España de Franco. Dejó fehaciente su animadversión contra los monárquicos, a los que consideraba culpables de «dirigir operaciones comerciales siempre contra España»⁵³, reiterando incluso las críticas a Zóbel de los primeros dirigentes falangistas por «no contribuir al envío de fondos» en la medida de sus posibilidades⁵⁴. Pou también justificó el rechazo de los falangistas a inscribirse en el registro consular, por entender que su actuación era paralela y no subordinada a la de los representantes diplomáticos, a los que negó autoridad aun cuando el consulado oficioso se había puesto en marcha antes de que Falange hubiera sido convertida en partido único⁵⁵. En definitiva, Pou repitió su eslogan preferido, «Falange es España», aseguró que quien no era falangista no podía ser español o, incluso, que no podría volver a España⁵⁶, y manipuló continuamente para encumbrarse sobre el podio falangista. Como los anteriores líderes que habían dominado la colonia, Pou intentó hegemonizar la vinculación con España, y cuando lo puso en duda el padre Silvestre Sancho, OP., Rector de la Universidad de Santo Tomás que acababa también de regresar de España, Pou le acusó de derrotista, asegurando además que era necesario «acatar las órdenes que se dan sin discutirlo»⁵⁷. Era un nuevo estilo.

El choque de dos culturas políticas

Falange provocó un vuelco en la vida de la comunidad española en Filipinas. A la incertidumbre por el futuro de Filipinas y las tensiones provocadas desde España, el nuevo partido primero reveló unas características poco conocidas entre los compatriotas, como la radicalidad y la demagogia (los apoyos a la II República fueron de personajes más cercanos a Izquierda Republicana, aunque su anticlericalismo también fue furibundo). Después, desafió el espacio público, tanto en las calles como en las iglesias o en las actividades donde mostraban sus uniformes y celebraban sus rituales e incluso se permitió el intento de conquistar instituciones españolas, tales como la Cámara de Comercio e incluso los salones lujosos del exclusivo Casino Español.

⁵³ MESTRE: *op. cit.*, p. 253.

⁵⁴ ZÓBEL A MUGUIRO: Manila, 30-8-1937. AMAE-1736-28

⁵⁵ MALDONADO a MAE: Manila, 24-7-1940. AMAE-1736-28. Zóbel a Secretario de Relaciones Exteriores, Manila, 7-8-1937. AMAE-R-1736-28.

⁵⁶ MALDONADO a MAE: 17-9-1939. AMAE-1736-28.

⁵⁷ «1er. Discurso...» *Ibid.*

El liderazgo tradicional estaba muy consolidado, pero el desafío falangista triunfó, no por ganarlo, sino porque desde entonces la comunidad perdió su cohesión interna y su poderío económico. El papel de los líderes se movía en cuatro esferas: cultural (mantener los límites étnicos de la comunidad, recreándolos e inventándolos si fuera necesario), político (representar a la comunidad hacia el exterior), social (prestación de ayuda mutua) y psicosocial (ofrecer modelos de referencia emulativos)⁵⁸ y la Falange lo acosó con un enfoque amplio. Por un lado, creando una serie de instituciones que desafiaron con planteamientos propios los diferentes ámbitos de ese espacio público que eran dominio de la oligarquía, desde la ayuda a los necesitados o las agrupaciones de mujeres y de juventud hasta las celebraciones. Por otro lado, consiguiendo una empatía amplia gracias al rechazo al autocrático dominio de la oligarquía. Por supuesto de las personas menos favorecidas, pero sobre todo con esos empresarios de éxito cuyas ansias de liderazgo y reconocimiento tenían un techo de cristal, el de los difíciles resquicios que dejaban los ya existentes.

Martín Pou destapó una tensión latente que ya fue imposible volver a contener. De alguna forma, pudo hacer lo que muchos otros falangistas en la península soñaron pero nunca pudieron realizar por el control al que estuvieron sometidos no tanto por las familias oligárquicas sino más bien por unos militares comprometidos con la defensa del orden social y por una Falange copada por el general Franco. Gracias a la lejanía y al desinterés por Filipinas, Martín Pou pudo cumplir con algunos ideales de la Falange original, como la lucha contra los monopolios y contra los que entonces denominaban como plutócratas. Fue un período breve, pero intenso, que fue decisivo para la comunidad. También para él en el plano personal, porque al regresar dejó definitivamente a su familia en Filipinas e inició un declive que aparentemente le llevó al hospital psiquiátrico de Mallorca en donde murió. Y gracias al cual tenemos su versión de los hechos, puesto que el médico que le trató publicó sus conversaciones.

⁵⁸ NÚÑEZ SEIXAS, X.M.: *op. cit.*, p. 40.

LOS ÚLTIMOS FASCISTAS: JUVENTUD, POLÍTICA Y DICTADURA FRANQUISTA EN LOS AÑOS CINCUENTA

Sergio Rodríguez Tejada
Universitat de València

NOSOTROS, la juventud revolucionaria, no admitimos la normalidad; eso significa estancamiento, vil conformismo con lo hasta aquí realizado, y a nuestro entender no se ha hecho más que empezar. No podemos quedarnos paralizados en el camino. Pero en el supuesto de que la Revolución se hubiese concluido, no toleraríamos el estancamiento, la normalidad. Seguiríamos nuestro duro batallar hacia metas más ambiciosas y difíciles.

Si no aceptamos la normalidad, en ningún caso consentiremos el «volver» a la normalidad que nunca nos gustó. La vuelta a lo pasado, sea como sea, es antihistórica. Antijvenil¹.

Introducción

El estudio de la llamada «disidencia interna» en la dictadura franquista, como en cualquier régimen de naturaleza comparable, se enfrenta a una doble dificultad de partida. Hay, en primer lugar, un problema de recopilación de información, derivado del intento de numerosos participantes en los hechos de reinterpretar su pasada trayectoria política a la luz de intereses políticos posteriores. Ello afecta tanto a la fiabilidad de la memoria oral y escrita, como al acceso a determinadas fuentes documentales, hurtadas al escrutinio público por un particular celo garantista de la legislación vigente. En segundo lugar, hay un problema de interpretación de la información obtenida, por cuanto la misma noción de un disentimiento desde dentro plantea numerosas dudas sobre la sinceridad, determinación, coherencia y alcance de semejante posicionamiento político.

Si esta actitud opositora se asocia a posiciones falangistas se añade una tercera dificultad: la de la vieja discusión sobre la naturaleza, fascista o no, del franquismo; sobre el papel del partido único en su seno; y sobre las adaptaciones –renuncias– ideológicas que llevaron a muchos a transitar en algún momento de su trayectoria

¹ *Nosotros. Portavoz falangista de la Legión de Guías*, núm. 5 y 6, Valencia, 1953, Archivo personal de José María Adán García.

política desde un fascismo genuino en la juventud a un difuso y pragmático posfascismo de corte conservador que quiso justificarse, entre otras cosas, en el llamado «crepúsculo de las ideologías». Aunque la investigación de las últimas dos décadas ha clarificado notablemente este debate introduciendo matices muy necesarios para una conceptualización ajustada, todavía existen ciertas inercias teóricas que pueden complicar una adecuada validación de los hechos.

Hay un aspecto de la cuestión que merece todavía mayor atención: la recepción de los componentes críticos del discurso falangista y su apropiación selectiva por parte de aquellos sectores de la población descontentos, por una razón u otra, con la situación existente. Este proceso vino en parte determinado por la escasez de alternativas disponibles, por cuanto las contraculturas políticas de izquierdas habían sido prácticamente arrasadas y expulsadas del espacio público. Y se vio limitado por factores semejantes a los que afectaban al incipiente cristianismo social y a grupos minoritarios como el carlismo: sus retóricas y prácticas menos complacientes aparecían a menudo confundidas y subordinadas al discurso oficial de sus respectivas organizaciones matriz.

En ambos casos, los jóvenes tuvieron un importante protagonismo en esa reinterpretación y adaptación de las doctrinas victoriosas en la guerra civil. Diversos factores favorecían este hecho. En primer lugar, la experiencia histórica reciente había mostrado el potencial político juvenil y eso les hizo destinatarios de un discurso de atracción y reclutamiento especialmente dirigido a ellos. El fascismo, en particular, siempre había utilizado la juventud como metáfora de su proyecto revolucionario nacionalista. Era de esperar que la posición privilegiada de los falangistas en España como gestores exclusivos de las organizaciones juveniles oficiales –el Frente de Juventudes (FJ) y el Sindicato Español Universitario (SEU)– les llevase a mantener, o incluso intensificar, esa oferta.

En segundo lugar, la subordinación al Caudillo y la competencia permanente habían impulsado desde el principio a falangistas y nacionalcatólicos a intentar mejorar sus respectivas posiciones futuras mediante el adoctrinamiento de las nuevas generaciones, especialmente de aquellos sectores de las mismas destinados –por sus mejores oportunidades intelectuales y socioeconómicas– a ser los herederos del régimen, como eran en principio los estudiantes universitarios. El SEU constituía a

priori una ventaja para los falangistas, pero la escolarización previa en centros privados de la Iglesia y el atractivo asociativo de las organizaciones de Acción Católica ofrecían a sus rivales una compensación nada desdeñable, sobre todo porque no tenían que cargar con el desprestigio acumulado por el sindicato único por su labor fiscalizadora y represiva desde el final de la guerra civil. Por otra parte, el rol oficial del SEU no se veía nada favorecido por el desinterés, más que manifiesto, de las autoridades por la movilización juvenil, algo coherente con la política general de masas que había venido aplicando la dictadura.

En tercer lugar, las cohortes de edad nacidas después de la proclamación de la segunda república habían crecido en la nueva situación política y, en general, se habían adaptado a ella con mayor facilidad que sus mayores. Pero, a la vez, eran también quienes encontraban más estrechos los límites de la censura y la moral oficiales en una dictadura que exhibía permanentemente el recuerdo de la guerra civil. La actitud apática y desinteresada de los jóvenes españoles de la época ante cuestiones relacionadas con la política oficial –un motivo habitual de queja para las autoridades y los medios de comunicación– apenas ocultaba la brecha creciente que se estaba abriendo entre el poder establecido y las nuevas generaciones.

A la luz del movimiento estudiantil de masas de los años sesenta, caracterizado por una creciente politización de signo democrático e izquierdista, el sincretismo ideológico característico de muchos jóvenes de la primera mitad de los años cincuenta puede parecer extraño e incluso inverosímil. Sin embargo, era un producto esperable de las circunstancias de la época.

Como siempre, hay que establecer matices. En la universidad, el tamaño y el peso geopolítico de los dos grandes distritos de Madrid y Barcelona favorecieron que una parte de los jóvenes más inquietos –especialmente aquellos procedentes de familias antifranquistas– fuesen suficientes en número para agruparse por su cuenta y contar con recursos políticos propios, procedentes de lo que quedaba de las subculturas de izquierda (sobre todo, de la comunista), de los nacionalismos no españolistas o de la democracia cristiana. A la vez, este hecho mantuvo un mayor nivel de confrontación política abierta, incluyendo el uso regular de la violencia por parte de los falangistas. Aunque sin duda hubo muchas posiciones ambiguas, la cesura entre leales y opositores fue mucho más nítida y lo fue antes. En cambio, las alternativas

doctrinales y la tensión política eran mucho más reducidas en los distritos de tamaño mediano o pequeño, lo que favoreció que la imagen pública de los falangistas no se deteriorase con tanta rapidez.

Salvo las minorías más politizadas, los jóvenes de la época estaban saturados de los viejos discursos políticos del pasado que la dictadura exhibía en sus historias de buenos y malos; y se guiaban, por el contrario, por ideales y prácticas más personales y cercanas. Este factor es clave para explicar la erupción de disenso que se produjo en la década siguiente, y también para constatar hasta qué punto fue producto del agotamiento de otras posibilidades de expresión. No basta con afirmar que era inevitable que los jóvenes acabasen rechazando el SEU: hay que explicar cómo y por qué.

La reactivación falangista en los años cincuenta

Los años cincuenta constituyen un periodo especialmente interesante para el estudio de las dinámicas internas del franquismo y, en particular, del complejo papel que el falangismo jugó en su seno. Durante la primera mitad de la década, el reconocimiento internacional y la ayuda económica en el contexto de la guerra fría, junto con el agotamiento definitivo de los focos de resistencia inspirados en el pasado republicano, garantizaron la consolidación y normalización de una dictadura que ya nadie veía como provisional. El relativo predominio en el discurso oficial de un lenguaje reaccionario, anticomunista y católico, intentaba, a la vez, hacer olvidar las incómodas alianzas del pasado reciente y presentar al «Centinela de Occidente» como un adelantado en la lucha contra el peligro rojo.

En la disputa por el poder dentro de la coalición franquista, los falangistas retenían la gestión de las organizaciones de masas de afiliación obligatoria e importantes parcelas de poder, pero su promoción personal implicaba aceptar el coste que ello suponía en términos de renuncia ideológica, sumisión burocrática y creciente competencia de sus rivales católicos. A pesar de que su relevancia política en España era una rareza en el contexto de Europa occidental –con la relativa excepción de Portugal–, el complicado juego de equilibrios en que se basaba el poder del Caudillo había facilitado una recuperación de las posiciones falangistas como contrapeso a las

ambiciones monárquicas y nacionalcatólicas: en 1948 la Secretaría General del Movimiento fue dotada de nuevo con un responsable en la persona de Raimundo Fernández Cuesta y tres años después recuperó la presencia en el gabinete con rango ministerial². En consecuencia, se produjo una reactivación organizativa e ideológica que vino a coincidir con la expresión de un malestar, difuso pero creciente, en diversos ámbitos de la sociedad española.

A medio y largo plazo los falangistas siempre cerraron filas y se aprestaron a defender la dictadura contra los enemigos exteriores, en particular contra la recurrente amenaza comunista. Sin embargo, a principios de los cincuenta aprovecharon la coyuntura para intensificar de manera calculada su ambiguo discurso de «disidencia interna». Con ello pretendían, simultáneamente, reivindicar su «revolución pendiente», combatir a sus rivales políticos en el seno del régimen —el «enemigo interior»—, exhibir sus capacidades de movilización popular y de absorción de las críticas como argumento de poder, y probar su lealtad a un líder, Franco, al que los más exaltados rendían pleitesía en público más por necesidad que por entusiasmo. Dado el reparto de las bazas, esta estrategia tenía pocas posibilidades de éxito, como pudo verse, en las crisis de 1951, 1953 y, sobre todo, en la de 1956. Pero, en su momento, era quizás la mejor estrategia posible para un movimiento político que había sobrevivido, enquistado pero todavía activo, a la derrota de los restantes fascismos en la segunda guerra mundial.

En el ámbito educativo, el rearme ideológico falangista se vio favorecido por el nombramiento de Joaquín Ruiz-Giménez en 1951 como titular de Educación. Típico ejemplo del político franquista de síntesis, habitual entonces, procedía de las filas católicas, pero se alió con sectores intelectuales y críticos dentro del falangismo agrupados en torno a Dionisio Ridruejo, algunos de los cuales se incorporaron a su equipo: Pedro Laín en el Rectorado de la Universidad Central de Madrid y Antonio Tovar en el de Salamanca. Frente a las tesis excluyentes del nacionalcatolicismo más reaccionario, les unía su defensa de una ambiciosa política de enseñanza, que incluía la dinamización de la universidad y la rehabilitación de antiguos catedráticos apartados

² PRESTON, P.: *Franco: «Caudillo de España»*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994, p. 763. PAYNE, S. G.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*. Barcelona, Planeta, 1997, p. 611 (con error en la fecha). SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 379 ss.

por delitos políticos. En esta nueva situación, el SEU debía sacudirse el enquistamiento burocrático y recuperar su papel como factor clave en la formación política y la movilización de los estudiantes. Independientemente de cómo la recordasen ellos años después, cuando ya habían adoptado posiciones antifranquistas, la política del nuevo ministro y de sus aliados no fue producto de una voluntad liberal o democrática, sino una estrategia destinada a mejorar la imagen internacional de la dictadura y a ganar posiciones de poder en el seno de la misma³.

La renovación del SEU podía venir inducida por, y ser parte de, un proyecto de alta política, pero al mismo tiempo fue obra de un colectivo de jóvenes que habían accedido a la universidad con una formación política previa en el Frente de Juventudes y, a menudo, gracias a sus becas. Muchos provenían de las llamadas Falanges Juveniles de Franco (FJF), la élite de la organización, y continuaron jugando un papel destacado en el SEU como minoría activista en la llamada Primera Línea, una agrupación de militantes en el seno del sindicato oficial creada en 1951. Aunque la tradición androcéntrica fascista la limitaba a los varones, no hay que olvidar la presencia en la Sección Femenina del SEU de numerosas jóvenes que, igual que sus compañeros, profesaban un falangismo puro y, por tanto, idealizado⁴.

Ejemplos de ello es que estos jóvenes de ambos sexos se apoyasen en el mito de José Antonio para criticar a Franco, o que el nombre de la propia Primera Línea estuviese tomado de las escuadras armadas que habían propiciado el clima de violencia previo a la guerra civil a la manera de las *Sturmabteilungen* (SA) nazis: una violencia a la que, por cierto, ellos mismos no renunciaban. Su ideario falangista –es decir, fascista– les parecía perfectamente compatible con una preocupación social e intelectual que iba más allá de las palabras y también con un fervor religioso que

³PAYNE, S. G.: *Franco y José Antonio...*, p. 616. BALDÓ LACOMBA, M.: «Excluyentes y comprensivos. La política universitaria de Ruiz-Giménez, 1951-1956», en NIETO, J. y COMPANY, J. M. (coord.): *Por un cine de lo real. Cincuenta años después de las «Conversaciones de Salamanca»*. Valencia, IVC, pp. 25-35. RUIZ CARNICER, M. A.: *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 277 ss. ÁLVAREZ COBELAS, J.: *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*. Madrid, Siglo XXI, 2004, p. 49 ss.

⁴MARSAL, F.: *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*. Barcelona, Península, 1979. SÁEZ MARÍN, J.: *Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la posguerra (1937-1960)*. Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 131 y ss. CAÑABATE, J. A.: *Les organitzacions juvenils del règim franquista (1937-1960). Trajectòria general i evolució a les Balears*. Palma de Mallorca, Documenta Balear, 2004, pp. 116 ss. RUIZ CARNICER, M. A.: *El Sindicato...*, pp. 308-312.

rivalizaba con el de los jóvenes de Acción Católica. Desde otras posiciones políticas y/u otro momento histórico podrían parecer inconsistencias, pero todo ello tenía una evidente coherencia desde su propio punto de vista, sobre todo porque esas combinaciones se daban ya en el falangismo original⁵.

Como también sucedía en el Frente de Juventudes, ello no excluye que hubiese candidatos a ingresar en la Primera Línea atraídos por las ventajas sociales en forma de becas y residencias universitarias que la pertenencia les podía proporcionar. Pero lo interesante a la luz de la experiencia de movilización estudiantil posterior es que durante ese periodo en muchas universidades el círculo de estudiantes que militaba en la organización era el principal referente de la vida asociativa y cultural. A menudo no eran los hijos de los jefes del Movimiento los que integraban estos grupos, sino jóvenes con antecedentes familiares muy diversos que, a falta de una prevención ideológica específica, encontraban en ese activismo una oportunidad para desarrollar sus inquietudes personales.

En todo caso, como en otros momentos y en otras organizaciones muy diferentes, la gradación del compromiso y de la responsabilidad asumidos por cada uno permitían que una amplia orla de estudiantes poco o nada politizados pudiese relacionarse con una minoría militante y participar en sus actividades socioculturales. Quizás para muchos de los que frecuentaban los locales y actividades falangistas –o, al menos, no pocos testimonios lo recuerdan así años después– se trataba tan sólo de aprovecharse, sin mayores implicaciones, de unos servicios que sólo el SEU ofrecía, o que ofrecía mejor que nadie (no hay que olvidar la competencia de los católicos). Sin embargo, para los propios militantes era todo un éxito lograr atraer y mantener la atención de los estudiantes, en especial, de los más inquietos y populares. Con un gradualismo político que no mucho más tarde harían suyo otros grupos, ya radicalmente antifranquistas, asumían que primero había que mostrar su utilidad en la vida cotidiana de su audiencia potencial antes de llegar a convencer a nadie de la validez de su doctrina.

De nuevo, la proyección hacia el pasado de situaciones algo posteriores contribuye a crear confusión. Después de la crisis de 1956 y, sobre todo, a partir del

⁵RODRÍGUEZ TEJADA, S.: «El largo viaje a través del falangismo: Primera Línea del SEU y disidencia interna en los años cincuenta», *Spagna Contemporanea*, 37 (2010), pp. 99-116.

cambio de década, diversos núcleos antifranquistas estudiantiles presentaron candidatos independientes a las elecciones del sindicato oficial y después utilizaron los puestos de representación legal obtenidos para movilizar desde dentro a los universitarios contra los falangistas. Pero antes de 1956 la situación era bien diferente: donde existían, los pequeños grupos antifranquistas eran muy restringidos y trabajaban exclusivamente en la clandestinidad. Sus acciones se basaban en las estrategias de resistencia heredadas de la posguerra⁶. Como en otros ámbitos de la administración del Estado y del Movimiento, hubo casos de infiltración en el SEU, pero se trataba más bien de individuos aislados que actuaban como *topos* para obtener información, documentación o pasar propaganda por la frontera. Es cierto que en los años cincuenta se beneficiaron de la relajación general de los controles sobre los antecedentes personales y familiares que habían sido habituales en la década anterior. Sin embargo, ya se habían producido incluso cuando esas precauciones y represalias estaban aún vigentes⁷.

La diferencia sustancial entre 1950 y 1960 es que en la primera fecha eran los activistas falangistas los que se esforzaban por atraer a los estudiantes a las iniciativas sindicales, culturales y sociales que ellos impulsaban; mientras que diez años después habían perdido, *de facto*, el control sobre las mismas en numerosos distritos, aunque todavía muchas de ellas se realizasen formalmente bajo el paraguas institucional del SEU. En buena medida, la situación de 1960 era una consecuencia de la de 1950, porque fue ese calculado aperturismo falangista el que creó las condiciones que más tarde hicieron posible la ocupación de las estructuras oficiales por los disidentes demócratas. Lo que había cambiado, obviamente, es que los falangistas habían perdido su ascendiente sobre los estudiantes y, con ello, la hegemonía en el espacio público académico. Como resultado, se volvieron a lo que siempre había sido su último recurso, la tan manida dialéctica de los puños y las pistolas que fue la seña de identidad de los grupúsculos ultraderechistas hasta el final de la dictadura.

⁶ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: «Estratègies d'oposició i moviment estudiantil antifranquista: una reflexió des del cas valencià», *Recerques*, 44 (2002), pp. 139-172.

⁷ Un análisis específico sobre las variedades de la infiltración antifranquista en RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*. Valencia, PUV, 2009, volumen I, pp. 169-172.

El fascismo renovado del SEU en la práctica

Las medidas adoptadas al filo de 1950 para renovar el SEU y acercarlo a los estudiantes comenzaban por la propia actitud de los miembros de la Primera Línea, a los que se exigía una vida personal y académica ejemplar. La utilización de la excelencia académica como argumento a favor o en contra de una causa sindical o política constituía una tradición muy arraigada en la universidad, algo lógico si consideramos que el propio sistema de calificaciones había favorecido desde siempre la comparación entre los resultados obtenidos por los estudiantes. Al igual que otros grupos, como los cristianos de base y, más tarde, los propios comunistas, los falangistas quisieron ser referentes para sus iguales, para obtener más fácilmente atención para sus propios propósitos⁸.

Aunque el jefe de Distrito y los respectivos delegados de centro seguían siendo nombrados desde arriba, en 1951 se redujeron los controles establecidos sobre las elecciones a delegados de curso para incentivar la participación general y, llegado el caso, poder cooptar a jóvenes prometedores a los que se animaba a presentarse como candidatos independientes (una práctica esta habitual en organizaciones posteriores de muy distinto signo). En esa misma línea de encuadrar todos los posibles sectores de la población escolar, la normativa recordaba que desde 1944 las universitarias habían tenido derecho al sufragio activo en igualdad con los varones. Sin embargo, se suprimieron las antiguas regidoras de curso y de centro de la Sección Femenina que se habían establecido en los años cuarenta cuando superaban el treinta por ciento de la matrícula. Tácitamente se las excluyó de los cargos principales de responsabilidad de curso, centro y distrito. En 1953 fueron autorizadas para ocupar cargos menores, «preferentemente [...] actividades culturales y artísticas, tales como aulas de Cultura, Teatro, Coros, Cine-Club, Música, Pintura, etc.», en parte por la tradicional visión androcéntrica de la sensibilidad femenina, en parte porque eran efectivamente muy demandadas por las jóvenes, que solían concentrarse en estudios relacionados, como los de Filosofía y Letras⁹.

Para mostrar su eficacia en la atención a los problemas más prácticos, fueron actualizados los servicios asistenciales del sindicato, tales como becas, academias de

⁸ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 195-196.

⁹ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 199-200.

estudios, oficinas de gestión de ayudas y viajes, hogares-comedores y Colegios Mayores masculinos y femeninos. Además, se implantaron otros nuevos, como los Clubes Universitarios, concebidos para ser a la vez centros de dinamización de la vida sociocultural estudiantil y sedes de la Primera Línea. Como era de esperar, estos locales respondían a una concepción puramente fascista –a la vez política y creativa– del ambiente: eran *espacios totales* pensados para fomentar el adoctrinamiento a través de la decoración y el mobiliario. En ellos se mezclaban detalles del diseño más avanzado y obras de artistas de vanguardia –símbolos del carácter revolucionario de la organización– con recursos propagandísticos más tradicionales, como los retratos y eslóganes en sus muros.

Con el doble objetivo de legitimarse ante los estudiantes y de contribuir a la causa general falangista, en 1953 –unos meses antes del primer y único congreso de su organización matriz– el SEU organizó un Congreso Nacional de Estudiantes en la Ciudad Universitaria de Madrid que clausuró el propio Caudillo. Su principal resultado fue la aprobación de un Estatuto que atribuía al estudio «la máxima consideración social» y lo consideraba un «trabajo» y un «título suficiente para exigir tutela y asistencia social». Reconocía a cada universitario el carácter de «miembro de la comunidad nacional» y le daba derecho a participar «en la vida pública española a través de su Sindicato», al igual que «en las Juntas académicas y Órganos consultivos de carácter universitario», «con voz y voto». Las consecuencias directas del Estatuto fueron limitadas, pero resulta muy revelador cómo la posición estructural del SEU –colocado entre las autoridades y los estudiantes– le llevaba a reivindicar una identidad y unos derechos estudiantiles, a la vez muy atractivos y muy difíciles de satisfacer bajo una dictadura¹⁰. La retórica fascista, que había servido para combatir la democracia y para justificar la violencia franquista, y que continuaba siendo útil como instrumento de poder en la confrontación interna, podía llegar a tornarse subversiva al confrontarse con el incumplimiento sistemático de sus promesas. Cuando el falangismo renovado de los años cincuenta cesó en sus reivindicaciones, otros las mantuvieron y las dirigieron contra el propio SEU.

¹⁰ RUIZ CARNICER, M. A.: «El Sindicato Español Universitario (SEU) y el surgimiento de la oposición estudiantil al régimen», en TUSELL, J. et al., *La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación*. Madrid, UNED, 1989, tomo II, pp. 223-236.

Antes de que esto último sucediera, el SEU complementaba su oferta de asistencia social a sus afiliados y su tradicional fomento del estudio y de los deportes con una potente y renovada propuesta cultural, que deliberadamente desbordaba las expectativas de los jóvenes, por no decir el gusto convencional de la época. Quizás sea en esta fusión de arte y política donde mejor se aprecia la naturaleza genuinamente fascista de los jóvenes falangistas de los años cincuenta. Así como el fascismo original había surgido, como una suerte de futurismo político, en el contexto de las primeras vanguardias artísticas del siglo XX, este fascismo epónimo que pervivía y rebrotaba en España retenía ese potencial de absorción de novedades y era capaz de utilizar las formas expresivas de mediados de siglo como vías de expresión. El SEU promocionaba a jóvenes artistas plásticos, mediante becas, exposiciones, premios y encargos de trabajo, y después se atribuía el éxito de estos «compañeros de viaje», una estrategia a la que también recurrieron después los comunistas españoles. Como se ha mencionado más arriba, algunos de los más destacados representantes de las vanguardias españolas de mediados de siglo, tales como el informalismo y el arte cinético, participaron en la decoración de locales del sindicato y garantizaron una ilustración de primera fila en sus publicaciones¹¹.

Los medios escritos, como los carteles y las revistas, eran posiblemente la forma más característica del *agit-prop* del SEU. Además de difundir las opiniones de los falangistas, cumplían otras funciones complementarias mediante la atracción de colaboradores independientes –la mayoría jóvenes, pero también algunos adultos– interesados en poder escribir sobre cuestiones que les interesaban. De esa forma, se captaban nuevos talentos y se obtenía información de primera mano del estado de opinión en la universidad, presentando al SEU como un ámbito de tolerancia y «crítica constructiva». Los propios falangistas utilizaban estas tribunas para exhibir su apertura de miras, que les llevaba a saludar el carácter nacional revolucionario de causas anticoloniales como las de Argelia y Cuba, a valorar favorablemente el impulso rebelde juvenil que se expresaba mediante nuevas músicas como el *Rock n' Roll*, o a denunciar el abandono al que estaban sometidos los sectores sociales más humildes en la España franquista¹².

¹¹ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, p. 213.

¹² RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 283 y 324-327.

Como puede verse, las publicaciones del sindicato trataban una gran diversidad de cuestiones y solían hacerlo con un tono polémico, que no era sino una variación de las típicas estrategias retóricas de los medios falangistas adultos. Era habitual el uso de referencias veladas para criticar tanto al «enemigo exterior» comunista como al «enemigo interior» reaccionario. Al igualarlos implícitamente, su propia alternativa a ambos emergía como una deseable tercera vía, a la vez nacional y revolucionaria. En realidad, la principal novedad respecto a los órganos del fascismo clásico era que en esta ocasión era necesario adaptarse al hecho de formar parte, aunque fuese en una posición subordinada, de la estructura política establecida.

Por otra parte, los falangistas apostaron fuerte por el teatro como instrumento de movilización, siguiendo en buena medida los éxitos previos del teatro universitario republicano. Ya durante la guerra civil su Teatro Español Universitario (TEU) se había apropiado de los recursos capturados al enemigo. En la segunda mitad de los años cuarenta se había desarrollado un nuevo interés por el teatro experimental y de cámara. Se representaron obras de vanguardia que expresaban la crítica falangista, como *Escuadra hacia la muerte* de Alfonso Sastre¹³, pero también las de autores españoles y extranjeros igualmente muy alejados estética y políticamente del teatro autorizado en las salas comerciales, lo que atrajo a las funciones a un público de edad y orientación muy diversa. Testimonios posteriores han presentado esta convivencia como una claudicación del SEU, pero nuevamente hay que recordar que desde el punto de vista de sus dirigentes se trataba más bien de un proyecto de cooptación adaptado a un contexto despolitizado y ávido de novedades, algo singularmente cierto en las ciudades de provincias. No podían sino alegrarse al ver que las representaciones no sólo interesaban a jóvenes, sino también a intelectuales adultos con los que podían relacionarse. Ese era el objetivo de la política cultural falangista por aquel entonces¹⁴.

Por último, los medios de comunicación de masas –y, en particular el cine– habían atraído desde el principio el interés de los movimientos revolucionarios del primer tercio del siglo. Ya en los años cuarenta y no sin problemas con las autoridades, la crítica cinematográfica de las revistas del SEU había atacado duramente el cine más

¹³ MARTÍNEZ-MICHEL, P.: *Censura y represión intelectual en la España franquista: El caso de Alfonso Sastre*, Hondarribia, Hiru, 2003.

¹⁴ SAZ CAMPOS, I.: *España...*, p. 379 ss.

comercial, incluyendo las producciones propagandísticas de orientación nacional-católica auspiciadas por el gobierno. Al mismo tiempo, saludaban con entusiasmo propuestas novedosas como las del neorrealismo italiano, al que reconocía su orientación de crítica social. Los cine-clubes de la organización recibieron un nuevo impulso, proyectando cine clásico, político y de autor, con el propósito de educar el gusto de los asistentes. Tras la proyección, era habitual que se organizaran coloquios entre los promotores y un público muy variado, en los que se aprovechaba para expresar opiniones críticas de tipo artístico, social y político: un precedente que supieron continuar y adaptar disidentes más decididos en la década siguiente¹⁵.

Además de esta amplia y agresiva oferta cultural, la otra gran apuesta fue el Servicio Universitario de Trabajo (SUT)¹⁶. Tampoco era una novedad radical, puesto que actualizaba una orientación propia del nacional-sindicalismo que ya había quedado apuntada –aunque nunca se llegase a desarrollar– en la Ley de Organización Universitaria de 1944. De alguna forma, se presentaba como complemento simétrico de los servicios asistenciales y formativos que prestaba el SEU a sus afiliados, al invitar a estos a devolver a la sociedad una parte de los beneficios recibidos.

Otra vez puede apreciarse aquí la capacidad sincrética del falangismo de los años cincuenta, ya que combinaba experiencias autóctonas previas de carácter independiente con el ejemplo coetáneo de un amplio movimiento europeo de campos de trabajo de orientación social y/o cristiana. Sus objetivos eran diversos: combatir la actitud y la imagen de «señoritos» que tenían los universitarios, fomentar la colaboración interclasista y, sobre todo, encauzar la inquietud social juvenil. La idea era mostrar la alternativa práctica y eficaz que suponía la «revolución pendiente», opuesta por igual al clasismo reaccionario predominante y a la oposición «destructiva» del histórico enemigo comunista. Ahora bien, como se ha mencionado respecto al Estatuto del Estudiante, la propuesta del SUT se veía lastrada por el tremendo choque con las realidades rurales y suburbanas de la España franquista. Por mucho que el voluntariado se concibiese como una herramienta para aliviar la miseria y el analfabetismo, la propia retórica extremista que la acompañaba desmentía su utilidad

¹⁵ RUIZ CARNICER, M. A.: «Amor, fe y aventura. El cine y el SEU antes de Salamanca», en NIETO y COMPANY: *Por un cine...*, pp. 37-49. LLORENTE, A.: *Arte e ideología en el franquismo (1936-1951)*. Madrid, Visor, 1995, pp. 251-274. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, pp. 213-215.

¹⁶ RUIZ CARNICER, M. A.: *El Sindicato...*, p. 437 ss.

y podía fomentar, por contraste, sentimientos de decepción e indignación, no sólo contra el gobierno, sino también contra un movimiento que se decía radical, pero que nunca se atrevía a ser totalmente consecuente en su rechazo al orden establecido. De hecho, para muchos jóvenes concienciados, el SUT fue un estadio de paso hacia compromisos políticos más resolutivos.

Los límites del nuevo falangismo

Este contraste entre lo que se decía y lo que finalmente se hacía también era evidente para los propios activistas de la Primera Línea, que no podían dejar de advertir que ellos mismos pecaban de aquello que más echaban en cara a sus propios mandos. Eso les llevaba a intentar demostrar su mordiente en acciones menores, que además contaban con una cierta tolerancia por parte de la policía, tales como realizar pintadas nocturnas contra el capitalismo o encabezar puntualmente manifestaciones estudiantiles por cuestiones escolares de corto alcance. Aunque ya en los años cuarenta se habían producido incidentes del primer tipo, la disposición a apoyar protestas públicas sí constituía una novedad, ya que en el pasado se habían esforzado precisamente en evitarlas: por tanto, no dejaba de formar parte de la nueva actitud asumida por los militantes del SEU¹⁷.

Sin embargo, había una doble limitación para emprender acciones subversivas de verdadero calado. Por un lado, a pesar de que continuaban encargados de supervisar a los estudiantes, se sabían controlados ellos mismos por los diversos servicios de seguridad de la dictadura, que de manera rutinaria mantenían un sistema de vigilancias cruzadas formado por la Brigada Social, la Guardia Civil, los diversos servicios de inteligencia militar y los de la propia Falange. Por otro lado, y mucho más importante, aunque parafraseasen constantemente a José Antonio diciendo que España seguía sin gustarles, la mayoría de los jóvenes falangistas se sentían demasiado vinculados a la herencia del 18 de julio como para emprender iniciativas que realmente pudiesen ponerla en peligro. Cada vez que se implicaban en un conflicto con las autoridades, el temor a verse desbordados por la «disidencia externa» los devolvía

¹⁷ MESA, R.: *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*. Madrid, UCM, 1982, p. 81-82. LIZCANO, P.: *La generación del 56. La Universidad contra Franco*. Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 103. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, pp. 243-245.

por sí solos al redil. Y aquellos pocos que persistían no tardaban en tener encima a las fuerzas de seguridad.

Estos mecanismos se hicieron notar en las dos principales crisis políticas en que la Primera Línea se vio envuelta directamente: el boicot a los tranvías de Barcelona de 1951 y los enfrentamientos en la Universidad Central de Madrid de 1956¹⁸.

En los hechos de la capital catalana no sólo estuvieron envueltos activistas del SEU, sino también militantes de la Central Nacional Sindicalista (CNS) y algunos intelectuales falangistas. Estos sectores críticos saludaron inicialmente una protesta popular que había surgido de manera espontánea y muchos incluso se sumaron a ella. Pero cuando comprobaron la magnitud que estaba adquiriendo, la mayoría vaciló y finalmente se unió a la policía en las labores de represión. Eso no evitó que se realizase una purga interna contra los elementos clasificados como más peligrosos –en especial adultos afines al ridruejismo– ante el temor a que se extendiese la rebelión a otros lugares, como Granada y Valencia, donde el falangismo crítico también había expresado su descontento¹⁹.

Los hechos de Madrid fueron mucho más graves y acabaron precipitando la destrucción de la Primera Línea. Los primeros síntomas de alarma aparecieron en enero de 1954. La dirección del SEU fue incapaz de enfrentarse a sus superiores y protestar abiertamente contra la represión indiscriminada sufrida por las demostraciones que ellos mismos habían convocado en diversas ciudades con ocasión de la visita de la reina británica a Gibraltar. La hipocresía manifiesta de asumir la versión oficial, que culpaba a los estudiantes y que todo el mundo sabía falsa, abochornó a los propios falangistas, pero lo peor es que echaba por la borda el esfuerzo invertido en presentarse como portavoces genuinos de sus compañeros. A partir de entonces también se rompió la sintonía que había existido con las autoridades académicas. El propio rector de la Universidad Central, Pedro Laín,

¹⁸ La crisis de 1953 –desencadenada por la intervención personal de Franco para acallar el enfrentamiento abierto entre nacional-católicos y falangistas– les afectó también, pero tan sólo por ser parte de Falange. SAZ, I.: *España...*, 396-397.

¹⁹ COLOMER, J. M.: *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*. Barcelona, Curial, 1978, vol. I, p. 85 ss. CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*. Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 179-200. FANÉS, F.: *La vaga de tramvies del 1951*. Barcelona, Laia, 1977, pp. 44-47, 82 ss. y 163. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 216-219.

comenzó a aceptar como interlocutores a un grupo de estudiantes independientes, rompiendo de hecho el monopolio del SEU²⁰.

En octubre de 1955 la dirección del sindicato dimitió en protesta por esto último. Sin embargo, la Primera Línea estaba sumida en la duda, porque dos de sus referentes intelectuales y políticos, Dionisio Ridruejo y Miguel Sánchez-Mazas, también estaban en conversaciones con sus nuevos rivales en la universidad. Los activistas de ambas tendencias coincidieron en un acto de homenaje póstumo a Ortega y Gasset que acabó derivando en una expresión de rechazo contra el gobierno. En noviembre de ese año, jóvenes falangistas concentrados en El Escorial le gritaron su resentimiento al propio Franco. La presencia de un colectivo rival estaba colocando a los militantes del SEU entre la espada y la pared: habían perdido el control de la situación y ya no podían seguir con sus ambigüedades retóricas.

En febrero de 1956 el colectivo independiente de estudiantes redactó un manifiesto que desafiaba públicamente a la dictadura. Algunos destacados dirigentes del SEU de Madrid aceptaron firmarlo, cruzando peligrosamente la línea que separaba la crítica interna de la oposición. La Primera Línea reventó definitivamente. Malgrado su proyecto político, sólo quedó la violencia escuadrista. Como había sucedido en 1951, un sector intentó demostrar su lealtad al Caudillo atacando la Facultad de Derecho, golpeando a alumnos y profesores en dos ocasiones. El segundo asalto fue planificado por el propio ministro de la Gobernación, Blas Pérez, y contó con refuerzos adultos de la Guardia de Franco. A pesar de que el ministro había prohibido expresamente que militantes ajenos al SEU entraran en el edificio, sus instrucciones no se respetaron. Esto tiñó el conflicto de odio de clase contra los «señoritos» estudiantes y puso la acción fuera de la ley, pues su intervención ya no podía presentarse como un ejercicio de las competencias de orden público del sindicato. En cambio, otro sector de la Primera Línea intentó defender a los estudiantes y la propia Facultad, queriendo hacer cumplir esa misma normativa²¹.

²⁰ SALGADO-ARAUJO, F.: *Mis conversaciones privadas con Franco*. Barcelona, Planeta, 1976, p. 156. MESA, R.: *op. cit.*, *passim*. LIZCANO, P.: *op. cit.*, p. 95 ss., RUIZ CARNICER, M. Á.: *El Sindicato...*, p. 286 ss. HERNÁNDEZ SANDIOCA, E.: "Universidad y oposición al franquismo: Reflexiones en torno a los sucesos de 1956 en Madrid", en TUSELL, J. et al.: *op. cit.*, tomo II, pp. 185-190. ÁLVAREZ COBELAS, J.: *Envenenados...*, p. 68 ss.

²¹ LIZCANO, P.: *op. cit.*, p. 136 ss. PRESTON, P.: *Franco...*, p. 803. PAYNE, S. G.: *op. cit.*, p. 622. RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L., *Historia de la Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 492 y 506-507. MESA, R.: *op. cit.*, pp. 117-119. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, p. 248.

En un choque callejero posterior, dos jóvenes falangistas resultaron heridos por fuego amigo, uno de ellos de gravedad. En medio de la confusión, sus camaradas pidieron venganza y se temió una noche de cuchillos largos, dirigida, entre otros, contra el equipo de Ruiz-Giménez, al que ahora se acusaba de traición. Todo ello provocó la primera declaración de Estado de excepción de la dictadura y la destitución del ministro Secretario General del Movimiento y del titular de Educación. Aunque estos hechos han sido presentados a menudo como el inicio del posterior movimiento estudiantil de oposición al franquismo —el grupo de estudiantes independientes resultó estar encabezado por activistas comunistas—, los antecedentes y el mismo tratamiento que les dio el dictador permiten relacionarlos con los enfrentamientos internos entre las facciones en el poder y con la impotencia del falangismo crítico para encabezar una contestación consecuente.

En todos los distritos los militantes del SEU encontraron muy difícil aceptar la versión oficial. Las acusaciones de connivencia con el comunismo formuladas contra Ridruejo les resultaban poco creíbles, sobre todo porque podían referirse también a ellos mismos. Sin embargo, una vez más, su indecisión los traicionó. Su tensa inacción y sus esfuerzos por evitar que lo ocurrido pudiese ser aprovechado por activistas de la oposición fueron interpretados por muchos estudiantes como una evidencia de su complicidad con el inmovilismo de la dictadura²².

Igual que en 1951, estas vacilaciones no les servirían para eludir represalias, y estas fueron proporcionales a la sensación de alarma creada. El modelo de sindicato único impulsado por el falangismo crítico fue juzgado demasiado peligroso por las autoridades políticas y se optó por abandonarlo y devolver al SEU a la senda de la despolitización. Entre 1956 y 1961 fue separado del Frente de Juventudes y se modificaron sus Estatutos, la Sección Femenina, sus servicios sindicales y la administración económica. Buscando inspiración en otros países, tres normativas electorales sucesivas fueron promulgadas con la intención de atraer a los estudiantes a una estructura representativa puramente gremial, del estilo del sindicalismo corporativo portugués²³.

²² MESA, R.: *op. cit.*, pp. 256-257. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 252-253.

²³ RUIZ CARNICER, M. A.: *El Sindicato...*, p. 320 ss. YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 3-4. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 259-271.

Numerosos testimonios de antifranquistas de la época han resaltado que estas reformas favorecieron, sin pretenderlo, la penetración antifranquista en los cargos electos del SEU. Pero a los ojos de los falangistas críticos lo peor fue ver su proyecto arrasado, arrebatadas sus principales competencias –como ocurrió de facto con las de seguridad después de la ley de orden público de 1959–, el sindicato sometido completamente al control de las autoridades académicas y la causa falangista derrotada en el gobierno. Y es que, si la reactivación del SEU había sido posible por la pasajera recuperación de su propia facción política, la crisis de 1956 fue una excelente excusa para que sus rivales nacional-católicos desplegasen un contraataque en toda regla. Apoyados en la creciente influencia de Luis Carrero Blanco y en la necesidad de una nueva gestión económica que evitase una crisis social de consecuencias imprevisibles, en 1957 el desembarco de los tecnócratas del Opus Dei en el gobierno acabó por proporcionarles el mayor peso político que era posible ostentar bajo la égida del Caudillo.

El vaciado al que fue sometido el SEU supuso la aplicación en la universidad de este cambio político general. Y no fue un acontecimiento menor, considerando que su monopolio sobre los estudiantes había sido el mejor bastión en el ámbito educativo. Por otra parte, si el servilismo de los activistas falangistas ante la dictadura les había privado de buena parte del mucho o poco apoyo que habían logrado obtener en los diversos distritos, la vivisección que sufrió el SEU les arrebató la mayor parte de su poder y los expuso a ser vistos por los estudiantes como unas meras marionetas a las que ahora se les veían claramente los hilos.

En realidad, lo peor de todo fue que los jóvenes que habían integrado la Primera Línea y tanto habían criticado el orden establecido no sólo encajaron sin rechistar todos estos golpes, sino que además colaboraron activamente en el desmantelamiento de su propia obra sindical. Detrás de este comportamiento hay una mezcla, en proporciones diferentes según la persona, de temores diversos: a sufrir represalias y perjudicar sus expectativas personales, al vacío que suponía una ruptura abierta, a perjudicar la causa en la que habían sido educados, a romper el principio de liderazgo...

De una manera u otra, tampoco había nadie más a quien la dictadura pudiese recurrir. Por tanto, los cuadros dirigentes del SEU continuaron mayoritariamente ocupados por antiguos miembros de la desaparecida Primera Línea. Fueron ellos los que censuraron al TEU cuando fue objeto del ataque de los militares y de la prensa

conservadora, los que eliminaron cualquier referencia elogiosa al *Rock n' Roll* y a los procesos revolucionarios tercermundistas de las revistas del SEU, y los que refrenaron el celo social de los jóvenes voluntarios del SUT. Fueron aquellos falangistas una vez críticos los que, en definitiva, integraron las escuadras de las Falanges Universitarias (FU), el penúltimo escalón de un proceso degenerativo que sólo dejó como residuo la violencia al servicio de la policía de Defensa Universitaria y los grupos ultraderechistas posteriores²⁴.

Presionados desde arriba por unos mandos que rechazaban cualquier concesión y desafiados desde abajo por unos activistas democráticos que iban ocupando una a una las posiciones que ellos abandonaban –logrando así un creciente apoyo entre los estudiantes– los antaño críticos falangistas estaban ya fuera de tiempo y de lugar, incluso desde un punto de vista generacional. De forma parecida a los activistas de la Federación Universitaria Escolar (FUE) que resucitaron brevemente el sindicato republicano en los años cuarenta y no tuvieron después quien los reemplazase, estos otros jóvenes que habían llegado a la universidad sintiéndose orgullosos de ser los «hermanos menores» de los camaradas del 18 de julio y de la División Azul ya no sabían hacia 1960 a qué carta quedarse.

Unos aceptaron los hechos consumados y aceptaron un posfascismo interesado que les garantizaba un ascenso político en la estructura del régimen: los antiguos jefes nacionales Jesús Aparicio Bernal y Rodolfo Martín Villa representaron un caso extremo, ya que en 1965 llegaron a participar como asesores en la liquidación del SEU. Otros acabaron sus estudios y dejaron atrás un pasado político lleno de frustraciones. Y otros más, definitivamente decepcionados con la dictadura, optaron por integrarse en la oposición antifranquista a través de diversas organizaciones, incluido el propio Partido Comunista. Ello no obsta para reconocer que, incluso los primeros, a su manera, contribuyeron años después al advenimiento de la democracia actual.

Conclusiones

Para concluir esta comunicación, resulta imprescindible resaltar varios puntos que pueden ayudar a interpretar adecuadamente el rol que jugó el falangismo crítico universitario en los años cincuenta.

²⁴ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 283-285.

En primer lugar, resulta evidente que la apuesta de estos jóvenes falangistas por una «disidencia interna» estaba condenada al fracaso. No sólo porque fuese producto de una determinada coyuntura política atípica en el contexto internacional, sino también porque los obligaba a una posición de complicidad con el orden establecido que chocaba frontalmente con sus proclamas de radicalismo práctico y coherencia política.

En segundo lugar, es fundamental que se aprecie hasta qué punto no es posible desvincular lo que sucedía en un ámbito social determinado –especialmente uno tan relevante como era la universidad– de las dinámicas de la dictadura en su conjunto. Y ello doblemente, puesto que la ventana de oportunidad en la que se desarrolló el falangismo crítico, entre 1948 y 1956, se abrió por un cambio en el campo de fuerzas franquista; pero, a la vez, lo que ocurría en un sector social determinado podía influir, y mucho, en esa resultante global de vectores políticos del régimen, como sucedió cuando la crisis universitaria de 1956 fue utilizada por los nacional-católicos para reducir de nuevo la fuerza falangista en el gabinete.

En tercer lugar, por más que esta experiencia demuestre que cabían pocos espacios de ambigüedad entre el franquismo y el antifranquismo, también revela que lo ocurrido en el seno de la dictadura influía en la oposición, al menos tanto como el estado de la opinión pública pesaba en el ánimo de los dirigentes franquistas. Y en ambos casos mucho más de lo que unos y otros estaban dispuestos a reconocer. En la cuestión que nos ocupa, fue el deseo de paliar el escaso entusiasmo que el régimen despertaba entre los estudiantes lo que llevó a las autoridades a propiciar el experimento de la reactivación del SEU a principios de los años cincuenta. Ese mismo objetivo condujo a partir de 1956 a despolitizar el sindicato y abrirlo a la participación estudiantil, y en 1965 a abolirlo y sustituirlo por unas Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APE) supuestamente independientes. De la misma forma, el potencial de movilización popular que revelaron las crisis de 1951 y de 1956 contribuyó al cambio de la política de masas del Partido Comunista en su apuesta por la reconciliación nacional, así como también 1956 fue la inspiración para que surgiesen nuevos grupos estudiantiles de oposición, como la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) y el Frente de Liberación Popular (FLP).

En cuarto lugar, el recorrido por las prácticas del falangismo crítico durante la primera mitad de los años cincuenta permite realizar comparaciones con otras

experiencias de activismo estudiantil, anteriores y posteriores, que vienen a mostrar una pauta que se ha repetido, con algunas diferencias, independientemente del signo político que inspirase a los militantes que propiciaban en cada momento la movilización juvenil. La defensa de una identidad estudiantil diferenciada, los esfuerzos de los militantes por convertirse en referentes simbólicos para sus compañeros, la necesidad de probar la utilidad cotidiana de sus propuestas, el recurso a los murales y revistas para difundir sus ideas, el uso de estas colaboraciones y de las elecciones para reclutar a los más despiertos, el aprovechamiento de cualquier tertulia –como los debates después de las proyecciones en los cine-clubs– para agitar la polémica: en definitiva, esta politización mediante la práctica constituye otra aplicación del viejo principio de posibilidades limitadas y permite referirse a las peculiaridades genéricas de la política estudiantil en la época contemporánea.

En quinto y último lugar, por más que los luchadores antifranquistas pudiesen creer lo contrario, los estudiantes no repudiaron el SEU tanto por su ideología falangista, como por ser parte de la dictadura de Franco. Cuando los falangistas actuaban de una manera crítica y consecuente, podían esperar un cierto apoyo entre, al menos, un sector considerable de los estudiantes. Y, más importante todavía, no daban oportunidades añadidas a otras opciones para crecer y desarrollarse. Eso sucedió en fechas tan tardías como finales de los años cincuenta, en las que todavía encontramos en algunos distritos ejemplos de falangistas convocando auténticas manifestaciones de protesta y logrando un seguimiento masivo: por ejemplo, en un intento puntual de paliar las medidas contra el TEU de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. Cuando esa sensibilidad ante los intereses y preocupaciones de los jóvenes cesó completamente, nada hubo ya que los vinculase a ellos.

Esto tiene dos implicaciones que pueden resultar sorprendentes, pero no por ello dejan de ser importantes. La primera es que el antifranquismo pudo combatir al SEU hasta destruirlo, en parte porque los activistas falangistas renunciaron –por interés personal, por lealtad o por indecisión– a ser consecuentes con su retórica crítica. La segunda es que los activistas antifranquistas no consiguieron la complicidad y el apoyo de la mayoría de los universitarios en la segunda mitad de los sesenta meramente porque fuesen de izquierdas, o porque se limitaran a utilizar una retórica

democrática, sino porque con su práctica participativa y de reivindicación coherente demostraron las ventajas –en términos de liberación, experimentación y afirmación colectiva e individual– que sus propuestas podían tener para el resto de los estudiantes.

EL FRACASO DEL PROYECTO TEATRAL FALANGISTA

Diego Santos Sánchez
Universitat Autònoma de Barcelona

En el marco de la España republicana, laica, igualitaria y en buena medida federal, las artes y la ciencias experimentaron un desarrollo sin precedentes que ha llevado a la crítica a hablar de «la edad de plata» de la cultura española. Los sectores más reaccionarios de la política, entre los que se encontraba la Falange, recelaban del formidable desarrollo cultural, del que culpaban en buena parte de la deriva política. Como ha señalado Julio Rodríguez Puértolas¹, la Falange carecía antes de la guerra civil de cualquier tipo de aspiración en el ámbito de la cultura. Sin embargo, esta situación cambiaría a lo largo de la guerra y en la inmediata posguerra. Cuando Franco escogió a la ya unificada Falange para constituir el brazo político del nuevo estado que nació aún durante la guerra, desde las filas falangistas se comenzó a comprender la necesidad de crear un arte para el nuevo estado, que cumpliera una doble función propagandística y estética. En este trabajo se desgranarán las medidas tomadas por la Falange y el nuevo estado franquista para la consolidación de un teatro falangista entre los años 1937 y 1941.

El teatro había sido una de las joyas de la corona de la España republicana. Figuras como la de Lorca cultivaron un teatro que supo aunar la gran tradición teatral española con las innovaciones de la vanguardia. Además de los autores, toda una pléyade de críticos, actores, directores y escenógrafos contribuyó a hacer de una ciudad como Madrid un gran centro cultural, especialmente en el ámbito del teatro. Durante la guerra continuó esta tendencia, ya que los principales núcleos de población y cultura (Madrid, Barcelona y Valencia) se mantuvieron bajo el control de la República hasta prácticamente el final. El estado organizó y amparó instituciones, en su mayoría dirigidas por María Teresa León², que llevaron a cabo un teatro de propaganda antifascista: el Comité de Agitación y Propaganda de la Alianza de Intelectuales para la

¹ RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la Literatura Fascista Española*, Madrid, Akal, 2008, p. 76.

² AZNAR SOLER, M.: «María Teresa León y el teatro español durante la Guerra Civil», *Anthropos*, 148 (1993), pp. 25-34.

Defensa de la Cultura con su Comité de Agitación y Propaganda o el Consejo Central de Teatro y el Teatro de Arte y Propaganda son, seguramente, los ejemplos más sobresalientes. Sus actividades, además de desarrollarse en los núcleos de población, se llevaron también al frente, como modo de alentar, instruir y entretener a los combatientes.

El desmoronamiento de la República, con su aparato teatral, es simultáneo a la construcción de una política cultural por parte del estado al mando del general Franco. El nuevo régimen había adquirido consciencia de la utilidad de un aparato propagandístico a través del que propagar el carácter inevitable y necesario de la reconquista, la interpretación de la guerra como una cruzada liderada por Franco contra los impíos rojos. Aunque el aparato político del régimen, la Falange, no contase con una vasta nómina de intelectuales, sí que se forjó un discurso cultural heredero de la concepción nacionalista, imperialista, ultrarreligiosa y castiza de Menéndez Pelayo, que hablaba de España como el pueblo «escogido para ser la Espada y el brazo de Dios»³. No en vano, Primo de Rivera ya había dejado clara su ansia imperial en los principios de la Falange: «Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio [...] España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales»⁴. El imperio había sido el momento álgido de la historia de España, por lo que se contemplaba como una utópica Edad de Oro a la que volver. Al mismo tiempo, se buscó su embrión en Castilla y sus mitos: el Cid o los Reyes Católicos, con los que había ahora que equiparar al general Franco.

Se tomaron medidas contundentes para acabar con cualquier signo de la cultura republicana, entre las que destaca la supresión de su sistema educativo secular⁵. Pero además de la supresión, se procedió con la creación de nuevos aparatos que se encargasen de la gestión (propagandística) de la cultura. Intelectuales falangistas del orden de Ernesto Giménez Caballero o Dionisio Ridruejo engrosaron las filas de estos nuevos aparatos de propaganda, en los que también se filtraron grandes figuras de la cultura que provenían de la derecha más tradicional, como Pemán o Marquina. El primero de ellos se hizo cargo de la Comisión de Cultura y Enseñanza de la Junta

³ En RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la Literatura Fascista Española*, Madrid, Akal, 2008, p. 88.

⁴ En RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la Literatura Fascista Española*, Madrid, Akal, 2008, p. 64.

⁵ DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, L.: *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992, p. 80.

Técnica del Estado; Marquina asumió, en 1938, la recién creada Junta Nacional de Teatros y Conciertos del Ministerio de Educación Nacional. El falangista Dionisio Ridruejo fue el encargado de los servicios de Prensa y Propaganda, operativos desde comienzos de 1938. Su concepción del papel que había de jugar el teatro en el nuevo estado se pone de manifiesto en sus palabras: «En estos momentos trascendentales en que se debate el porvenir de la Patria, el teatro debía surgir como beligerante en el campo de las ideas —él que es maestro de la vida, como la Historia— para recoger las explosiones de patriotismo que han llevado a una gesta de reconquista al glorioso pueblo español»⁶.

Para lograr este cambio de deriva en el teatro no bastaba con ofrecer nuevas vías, sino que había que deshacerse de elementos considerados como indeseables. En este punto hay que situar el nacimiento de la censura teatral. Apenas finalizada la guerra, el 8 de abril de 1939, el gobierno publicó las «Normas para los empresarios de espectáculos públicos», por las que se establecía que todas las obras escritas tras el alzamiento de 1936 debían ser sometidas a censura previa a su representación. Esta medida inicial buscaba fundamentalmente evitar en el teatro del nuevo estado menciones a la guerra, que podrían ser interpretadas bajo una óptica distinta a la ortodoxa y por tanto generar conflicto. Sin embargo, las medidas fueron más allá y ya en octubre de ese mismo año se amplió el ámbito de acción de la Sección de Censura, que pasó a ocuparse a partir de entonces de todas las obras de teatro, con la única salvedad de «las obras consideradas clásicas»⁷. Virtualmente toda la actividad teatral, salvo la del venerado teatro clásico, esplendor de la España imperial, pasaba a someterse a un férreo escrutinio por parte de una serie de censores dispuestos a mutilar la escena con un doble fin: uno claramente político e inserto en el aparato de propaganda del nuevo estado; y otro de orden más estético, dirigido a elevar la calidad artística de las tablas españolas.

En efecto, la censura se entendió inicialmente no sólo como herramienta de represión, sino también como medio para refinar la escena, como proceso de *limpieza* a través del cual elevar el tono y calidad de la actividad teatral. La prensa de

⁶ En RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la Literatura Fascista Española*, Madrid, Akal, 2008, p. 319.

⁷ MUÑOZ CÁLIZ, B.: *El teatro crítico español durante el franquismo, visto por sus censores*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005, p. 37.

la época manifiesta su optimismo ante lo que se definió en multitud de ocasiones como una *censura estética* que podría contribuir a la sofisticación de un público general que, dejando de lado ciertos sectores de corte más intelectual en los años de la República, estaba en su mayoría acostumbrado al consumo de teatro de variedades, vodeviles, astracanes y sainetes, géneros considerados frívolos e indeseables por el nuevo régimen y sus censores. El crítico de *Ya* Antonio de Obregón se refería a la censura en estos términos: «Se da un paso importantísimo, por el cual el Estado acomete una de sus empresas más difíciles: la elevación del nivel de nuestra producción teatral»⁸.

Había, además, una serie de dramaturgias diametralmente opuestas al régimen que había que barrer de la escena: el teatro extranjero y los grandes iconos de la República. La naturaleza extremadamente nacionalista del nuevo régimen, por un lado, y su definición en oposición al sistema político anterior, por otro, deslegitimaron desde el mismo inicio cualquiera de estos dos discursos teatrales. Las obras extranjeras se contemplaban con mucho recelo, cuando no con desprecio; no en vano el régimen de Franco se conceptuaba a sí mismo como el estandarte del Catolicismo en la impía Europa. El dramaturgo Marquina, inserto como hemos señalado en el aparato teatral del régimen, manifestó abiertamente que el teatro español necesitaba «liberarse de las herejías europeas» para llegar a representar el verdadero espíritu del pueblo⁹. London (1997) ha señalado la escasez de obras extranjeras en este primer período, más allá de alguna revista inocua que ofrecía escapismo visual y de una serie de obras italianas y portuguesas estrenadas en 1939 por conveniencia y afinidad política con las potencias del Eje.

La virulencia desatada contra la cultura republicana excedía con creces el desdén que imperaba respecto al teatro extranjero. Los intelectuales de la República pasaron a considerarse la *anti-España* en tanto que culpables por haber conducido el país a la degradación moral que, por otra parte, había hecho necesaria la cruzada dirigida por el general Franco para devolver España a su tradicional pasado glorioso. Intelectuales como Pemán y Maeztu propusieron en la prensa que los autores vinculados a los

⁸ En MUÑOZ CÁLIZ, B.: *El teatro crítico español durante el franquismo, visto por sus censores*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005, p. 36.

⁹ En SCHWARTZ, K.: «Culture and the Spanish Civil War – A Fascist View: 1936-1939», *Journal of Inter-American Studies*, 7: 4 (1965), p. 562.

grandes hitos republicanos, como el Ateneo de Madrid o la Institución Libre de Enseñanza, debían ser excluidos de la vida pública en el nuevo estado¹⁰. Valle-Inclán, Lorca o Alberti se convirtieron en diana de duras críticas por su carácter impío o su supuesta sumisión al diablo comunista. Las obras de estos autores no serían estrenadas con normalidad hasta bien entrada la década de los sesenta y en buena medida gracias al giro en política propagandística de la *apertura* de Fraga Iribarne, empeñada entonces en demostrar una fachada de liberalización a los países del entorno europeo. La muerte, el silencio o el exilio fueron pues las únicas opciones para una tradición, la de la edad de plata, que había elevado las letras españolas a un nivel sin precedentes. El intelectual falangista Giménez Caballero resumía así el ambiente imperante: «Yo volví, y creo que muchos otros, a la mística de la anticultura debido a que la cultura nos había precipitado a la barbarie de una Guerra»¹¹.

Existía, como se está intentando demostrar, una gran voluntad por parte del nuevo estado de incidir en la actividad teatral y hacer de ella una herramienta de elevación estética y de propaganda. Como se ha señalado, nunca, desde tiempos de la Inquisición, había existido un intento tan deliberado por determinar el curso de la literatura en España¹². Pero a las medidas de prohibición y silenciamiento había que añadir otras que fomentasen la creación de una nueva voz dramática con que poblar los escenarios. En el terreno conceptual se establecieron directrices claras; los ideales falangistas del imperio y la recuperación de un pasado glorioso determinaron una mirada atrás en el terreno cultural hacia los hechos y figuras que forjaron la gran historia de España: el Cid y la Reconquista, los Reyes Católicos y el Descubrimiento de América. La historia se entendía ahora de manera sesgada como una serie de grandes sucesos que se había visto interrumpida por épocas de declive político y moral, de las que la segunda república se erigía en paradigma. Por tanto, la legitimación de la guerra como cruzada de liberación nacional y la interpretación de Franco en clave providencial para salvar a España y devolverla al curso natural de su grandilocuente historia impregnaron la creación artística y teatral durante la guerra.

¹⁰ RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la Literatura Fascista Española*, Madrid, Akal, 2008, p. 468.

¹¹ En RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la Literatura Fascista Española*, Madrid, Akal, 2008, p. 469.

¹² SCHWARTZ, K.: «Culture and the Spanish Civil War – A Fascist View: 1936-1939», *Journal of Inter-American Studies*, 7: 4 (1965), p. 558.

Puede hablarse de un teatro de circunstancias que giró en torno a la idea de España y su grandeza recuperada: *Apoteosis de España, España Inmortal, Madre España, Viva España, En la España que amanece* o *La Nueva España*¹³ son todos títulos que, a modo de ejemplo, dan fe del teatro que se creó en aquella época. La mayoría de las obras coincide en una serie de características básicas que definen su poética: configuración alegórica, finales providenciales y explotación de los mitos nacionales. Por poner un ejemplo, *La Nueva España*, de Sánchez Reina, presenta a España como una gran sometida a diversas amenazas de las que le liberan el Alzamiento Nacional y las regiones españolas, personajes que la devuelven a su esplendor inicial.

Además de la serie de autores más o menos anónimos que apoyaron la nueva España de Franco, hubo otros de mayor renombre que pusieron su creación dramática del lado de los rebeldes. *La Santa Hermandad* de Marquina, *La mejor reina de España* de Rosales y Vivanco o *Santa Isabel de España* de Tomás, son todas obras que recurren al pasado imperial, a través de configuraciones de corte histórico-poético, para justificar a través de sus símbolos y grandes figuras, como Isabel la Católica, la grandeza de la España eterna. El teatro de Pemán, que había sido incluido en los aparatos culturales del nuevo régimen, destaca especialmente en este escenario en parte por la repercusión pública del autor, definido por la prensa como «inspiradísimo cantor de nuestra Cruzada»¹⁴. Él mismo definió su obra *De ellos es el mundo* como «obra de ocasión»; estrenada en 1938, el autor explícitamente impidió que volviese a ser representada tras el final de la contienda. En el texto se da voz a una serie de jóvenes de derechas que se embarcan, antes y durante la guerra, en la misión de recuperar la ya olvidada gloria nacional a que sus padres habían, en buena medida, renunciado. El texto ha sido definido como «una apoteosis patriótica»¹⁵ y como la mejor muestra de teatro de circunstancias escrita en el bando nacional¹⁶.

¹³ GARCÍA ÁLVAREZ, C.: «El teatro durante la guerra civil en la zona nacional», en BOLAND, R. y KENMOOD, A. (eds.): *War and Revolution in Hispanic Literature*, Melbourne-Madrid, Voz Hispánica, 1990, p. 204.

¹⁴ SCHWARTZ, K.: «Culture and the Spanish Civil War – A Fascist View: 1936-1939», *Journal of Inter-American Studies*, 7: 4 (1965), p. 573.

¹⁵ MARTÍNEZ CACHERO, J.M.: *Liras entre lanzas. Historia de la Literatura «Nacional» en la Guerra Civil*, Madrid, Castalia, 2009, p. 116.

¹⁶ GARCÍA ÁLVAREZ, C.: «El teatro durante la guerra civil en la zona nacional», en BOLAND, R. y KENMOOD, A. (eds.): *War and Revolution in Hispanic Literature*, Melbourne-Madrid, Voz Hispánica, 1990, p. 206.

La actividad teatral durante el conflicto no se limitó a este tipo de dramaturgia; si bien la zona nacional no contó con las grandes capitales culturales y su vida teatral fue significativamente menor que la de la España republicana, muchas compañías continuaron sus giras por las diversas provincias con montajes de los Álvarez Quintero, Arniches o Jardiel Poncela. Hay que tener en cuenta, además, que muchas compañías comerciales con sede en Madrid se vieron sorprendidas por el alzamiento estando de gira y no volvieron a la capital, quedándose en la zona nacional y contribuyendo así a lo que puede definirse como una floreciente vida teatral que, no obstante, resultó en buena medida ajena a la propaganda y siguió las directrices del teatro comercial.

Las muestras de teatro políticamente militante que se han mencionado más arriba engrosaban un canon de urgencia que no podía ser más que transitorio ante la ausencia de directrices claras sobre cuál habría de ser el teatro del nuevo régimen. Por ello la élite intelectual de la Falange comenzó lo que se consideraba una labor necesaria: la teorización sobre un futuro teatro falangista. Muchos autores se lanzaron a la reflexión de cómo poner el arte, y más en particular el teatro, al servicio del nuevo estado. En este panorama hay que destacar los manifiestos de dos figuras fundamentales: Felipe Lluch y Gonzalo Torrente Ballester. El primero de ellos, que con el tiempo llegaría a dirigir el Teatro Español de Madrid, propugnaba un teatro «nacional, religioso y popular; nacional sin patrioterismo, religioso sin ñoñez, popular sin chabacanería»¹⁷. En efecto, el carácter religioso y nacional, dogmas que acabarían definiendo en nacional-catolicismo del régimen, son una constante en los escritos de los diversos autores; el carácter popular tampoco falta en la mayoría de manifiestos, empeñado como estaba el aparato propagandístico de Franco en crear ciudadanos fieles más que audiencias sofisticadas. El referente al que mirar, como no podía ser de otra manera, fue el teatro de la edad de oro de la nación y su imperio: «maravillosa flor del teatro popular [...] En España floreció durante cien años justos: de 1580, en que apareció en los «corrales» el arte del «monstruo de la Naturaleza» [...] el gran Lope de Vega, a 1681, en que murió Calderón, «monstruo de ingenio»¹⁸.

¹⁷ En GARCÍA RUIZ, V.: *Teatro y fascismo en España. El itinerario de Felipe Lluch*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2010, p. 282.

¹⁸ En GARCÍA RUIZ, V.: *Teatro y fascismo en España. El itinerario de Felipe Lluch*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2010, pp. 282-83.

La preeminencia de estas ideas encuentra su máximo exponente en la obra del propio Lluç *España, Una, Grande y Libre*, quizá «el único caso de teatro estrictamente falangista o fascista con algún interés o calidad»¹⁹, estrenada en el Teatro Español en el primer aniversario de la victoria de las tropas de Franco. El texto incluye, entre otros elementos, un acto en que Castilla consigue reunir al resto de regiones, todas distintos personajes, para formar una gran nación que sea admitida, junto a Roma o el Imperio de Alejandro, en el recinto de la Historia. Se vuelve, como ya se indicó anteriormente, al concepto de la España nacional que surge del germen de Castilla, como ya lo quisiera Menéndez Pelayo, y se ahonda, a partir de ahí, en la grandeza nacional del imperio. Y todo ello se lleva a cabo siguiendo los moldes formales de la gran comedia del Siglo de Oro.

El otro manifiesto de gran calado es la «Razón y ser de la dramática futura» de Gonzalo Torrente Ballester. En él se insiste en buena medida en las mismas ideas presentadas por Lluç: en las fuentes, que deben ser desde Calderón, los autos sacramentales y el Corpus Christi a los misterios medievales; y en el potencial del teatro como único arte para las muchedumbres. Se le otorgaba al teatro un carácter también especial como «liturgia del Imperio», que sería atendida por un público con carácter devoto y nunca con ansias de diversión, ya que este teatro no había de dirigirse a los sentidos, sino al intelecto, a la formación de una conciencia nacional. La sumisión de lo plástico a lo estrictamente literario se hacía, pues obligatoria. Con esta caracterización, que seguía en buena medida la línea de la *Poética* aristotélica, Torrente Ballester promulgaba un modelo clásico y formal que dejaba de lado toda renovación plástica, en claro desprecio del carácter más escénico que literario de la vanguardia, asociada ineludiblemente a la República. La tradición, el orden y el estilo se oponían, de hecho, al que ya se consideraba el lenguaje herético de la vanguardia. Dicho lenguaje había sido, por su carácter complejo y de difícil asimilación, considerado como elitista y pretencioso, lo que iba radicalmente en contra de la nueva concepción del teatro como arte para instruir a las masas. Este rechazo frontal y sin fisuras de la vanguardia, asociada indiscutiblemente a la izquierda, cerró cualquier puerta a que el régimen de Franco forjase una estética oficial de corte innovador: «se

¹⁹ GARCÍA RUIZ, V.: *Teatro y fascismo en España. El itinerario de Felipe Lluç*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2010, p. 265.

confirmaba [...] el fracaso de todo intento de lo que hubiese podido ser una eventual estética fascista que hubiese podido buscar recuperar para sus propios fines la herencia innovadora y modernista de las vanguardias de preguerra»²⁰.

El modelo para el nuevo teatro, pues, parecía claro: todo intento de innovación quedaba cancelado y los ojos se volvían hacia el teatro del Siglo de Oro, máxima expresión cultural de la España imperial del siglo XVII. Esta tendencia se incentivó con iniciativas como la creación en 1938 de un premio para autos sacramentales de nueva composición que fue, curiosamente, ganado Gonzalo Torrente Ballester. Las nuevas obras habrían de presentar la historia de manera providencial, de modo que la Cruzada de Franco contra la República pudiese ser interpretada a la luz del Cid luchando contra los moros o de los conquistadores propagando el Catolicismo en las Américas. *La santa virreina* de Pemán, por ilustrar este fenómeno con un ejemplo, incide de alguna manera en estos presupuestos al alabar la construcción del imperio basado en la religión, negando la leyenda negra y haciendo recaer todo el énfasis en la labor evangelizadora de los conquistadores. Estas obras hacían un uso más que sesgado de la historia y servían a una propaganda positiva del régimen, de manera que sus súbditos justificasen el alzamiento y la guerra como una necesidad histórica para mantener la línea gloriosa de la tradición española.

Un último aspecto a tener en cuenta para comprender la dimensión de la agenda teatral franquista es el de los Teatros Nacionales. Estando Madrid bajo dominio Republicano, los sublevados, como ya se ha notado, carecían de una gran infraestructura teatral más allá de los teatros de provincias. Pero, lo que es más importante, carecían de una agrupación que se pudiese convertir en «el teatro oficial». El germen llegó de una pequeña compañía fundada por Luis Escobar, cuya primera representación tuvo lugar en la fachada de la Catedral de Segovia el día del Corpus Christi de 1938. El texto escogido fue *El hospital de los locos* de José Valdivieso que, como no podía ser de otra manera, era un auto sacramental. Este fenómeno muestra cómo la «obsesión por el pasado imperial y teatrocrático»²¹ había permeado hasta el

²⁰ SERRANO, C.: «La funcionalidad del teatro en la guerra civil y el caso de José María Pemán», en DOUGHERTY, D. y VILCHES, M.F. (eds.): *El teatro en España. Entre la tradición y la vanguardia (1918-1939)*, Madrid, Tabapress, 1992, p. 400.

²¹ En RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la Literatura Fascista Española*, Madrid, Akal, 2008, p. 323.

ámbito de los grupos *amateur* durante la guerra, lo que nos sirve como muestra de la efectividad propagandística de la España rebelde.

El propio Dionisio Ridruejo, delegado nacional de Propaganda, se referiría en estos términos a aquella representación: «El teatro y la función religiosa se habían hecho una misma cosa, como si estuviéramos en el siglo XVII»²². Con el beneplácito de los representantes de la cultura oficial, por su manera de apropiarse del discurso religioso y fundirlo con el teatro, la compañía experimentó un gran éxito que le llevó a formar una gira por la España nacional para constituirse después en el Teatro Nacional de la Falange. La compañía fue también aplaudida desde la prensa: «Esta joven y aguerrida agrupación [...] enraizada en la más noble y auténtica tradición teatral española [...] esperanza de un nuevo teatro español»²³. El 27 de abril de 1940, el Teatro María Guerrero de Madrid, convertido en uno de los nuevos teatros oficiales del régimen, abrió bajo la dirección del propio Luis Escobar. La temporada estuvo marcada por estrenos del Siglo de Oro; la conmemoración del alzamiento del 18 de julio se celebró con *La cena del rey Baltasar*, de Calderón de la Barca.

Felipe Lluch, por su parte, había estado intentando que el Teatro Español, cuya propiedad recaía en el ayuntamiento de Madrid, se convirtiese en el segundo de los Teatros Nacionales «para educar al pueblo en los valores de la nación, religioso y político»²⁴. Finalmente el traspaso de titularidad se llevó a cabo y el autor fue nombrado director del teatro. Sorprende su manera de entender el servicio público que el teatro debía dar en el nuevo estado y las condiciones en que debía hacerlo. Sus convicciones eran las siguientes: el teatro tenía que someterse completamente a la política; la fiscalización por parte del Estado de la actividad teatral debía ser completa, acabando con entidades como la SGAE; se entendía como positiva la desaparición de toda iniciativa privada en el ámbito del teatro²⁵. Lluch, teórico del teatro y sindicalista activo, proponía una nacionalización total del teatro bajo el férreo control único de la Falange y dentro de los parámetros de la más pura ortodoxia fascista y totalitaria. Con

²² En RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la Literatura Fascista Española*, Madrid, Akal, 2008, p. 324.

²³ En GARCÍA RUIZ, V.: «“La guerra ha terminado”, empieza el teatro: Notas sobre el teatro madrileño y su contexto en la inmediata posguerra (1.IV-31.XII.1939)», *ALEC*, 22: 3 (1997), p. 520.

²⁴ AGUILERA SASTRE, J.: *El debate sobre el Teatro Nacional en España (1900-1939). Ideología y estética*, Madrid, Centro de Documentación Teatral, 2002, p. 350.

²⁵ GARCÍA RUIZ, V.: *Teatro y fascismo en España. El itinerario de Felipe Lluch*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2010, p. 277.

estas credenciales comenzó su gestión del Teatro Español. Como no podía ser de otra manera, los clásicos del teatro del Siglo de Oro compusieron un programa ribeteado con piezas de Shakespeare y su propia versión de *La Celestina*, además de su obra apologética de la liberación nacional que ya se ha comentado más arriba.

Pero los dos aspectos más marcados de su gestión se hicieron con el tiempo inviables. El primero de ellos fue el mantenimiento de un nuevo canon teatral basado íntegramente en el teatro aurisecular y en recreaciones contemporáneas del mismo. Es un hecho consumado el que los intereses de la audiencia seguían otros derroteros bien distintos a este tipo de dramaturgia. El Teatro Español hubo, de hecho, de volver la espalda a este repertorio y hacer primar criterios más comerciales: la vuelta al drama convencional representado por figuras como Benavente o los Álvarez Quintero fue la responsable de que el teatro no se viese empujado al desastre económico causado por el gran fracaso de público²⁶. Los teatros nacionales trataban de imponer un nuevo canon basado en la tradición, pero sin el apoyo del público de nada servía la teorización; al fin y al cabo, las audiencias reclamaban el teatro al que estaban acostumbradas, especialmente en un momento en que lo que se buscaba desesperadamente era la evasión.

El segundo de los principios que pareció regir el credo teatral de Lluch, la total estatalización de la actividad teatral y la supresión de la iniciativa privada, tampoco llegó a materializarse. Poco a poco, tras el final de la guerra, los teatros de Madrid fueron abriendo con un repertorio basado casi íntegramente en la comedia ligera, en obras fáciles de montar y en una concepción, a fin de cuentas, del teatro como entretenimiento y forma de evasión. En su estudio sobre los primeros meses de la cartelera madrileña tras la guerra civil, García Ruiz (1997) habla de una primera remesa de obras de género frívolo, que rápidamente dejaron paso a autores comerciales de preguerra como Muñoz Seca, los Álvarez Quintero, Jardiel Poncela o Benavente, reclamados por un público que parecía demandar el drama escapista²⁷. Este panorama, completado ocasionalmente por homenajes teatrales a mártires de la guerra como Muñoz Seca y zarzuelas, presenta una clamorosa ausencia de obras del

²⁶ AGUILERA SASTRE, J.: *El debate sobre el Teatro Nacional en España (1900-1939). Ideología y estética*, Madrid, Centro de Documentación Teatral, 2002, p. 355.

²⁷ LONDON, J.: *Reception and Renewal in Modern Spanish Theatre: 1939-1963*, Leeds, Maney & Son, 1997, p. 56.

Siglo de Oro, lo que nos permite extraer dos conclusiones: por un lado, la gran cultura teatral del público madrileño (y este es un dato fácilmente extrapolable al resto del territorio), interrumpida por el fenómeno de la guerra, se retomaba tras la contienda por unas audiencias ávidas de entretenimiento, de frivolidad y escapismo; esto determinó, por otro lado, que la actividad teatral continuase en términos de empresa, adaptando las carteleras de los teatros privados al gusto del público, con independencia de lo que el aparato propagandístico, con los Teatros Nacionales al frente, dictase. Si estos últimos se habían visto obligados a volver a moldes teatrales de la convención de preguerra para evitar el colapso económico, parece evidente que las salas comerciales ni siquiera se llegasen a plantear un cambio en la estrategia comercial respecto a los años anteriores.

En efecto, las tablas españolas volvieron paulatinamente a recorrer la senda que habían venido recorriendo durante el primer tercio del s. XX, especialmente antes de la República. El público, históricamente habituado a un teatro fácil, sin vinculaciones políticas, demandaba nuevamente ese teatro por dos razones. La primera es meramente teatral y técnica: era el teatro en cuyos parámetros se desenvolvía con facilidad, cuyos códigos entendía y para el que, en definitiva, había sido educado. La segunda razón pertenece más al orden de la sociología: el país, claramente dividido entre vencedores y vencidos, quería olvidar la experiencia traumática de la guerra y se decantó por un teatro más inocuo y aséptico, dejando de lado la propaganda y su claro revanchismo.

¿Qué pasó, entonces, con el proyecto de teatro falangista? Las ideas falangistas habían estado presentes en la génesis de la agenda teatral del nuevo régimen de dos formas. Por un lado, fomentando una nueva ortodoxia a través de la redacción de manifiestos y la creación de infraestructuras que permitiesen propagar un nuevo teatro; por otro, silenciando la heterodoxia a través de la censura y la propaganda. Todas estas medidas habían sido ejecutadas con la única finalidad de auspiciar y difundir una nueva dramaturgia que, si bien se llegó a materializar en obras como la *España, Una, Grande y Libre* de Lluch, contó con un problema fundamental: el desapego del público. Este hecho determinó que la esperanza del gran teatro falangista se desvaneciese antes incluso de haberse formalizado. La censura y los Teatros Nacionales seguirían su andadura hasta el final mismo del régimen, dejando

atrás sin embargo la nueva dramaturgia llamada a ser la joya de la corona de la política teatral franquista. Aunque atendiendo a casuísticas diversas, el empeño por crear un teatro específicamente falangista como herramienta propagandística fracasó, como había sucedido en la Alemania nazi y la Italia fascista²⁸. Al igual también que en esos países, se consiguió, sin embargo, una teatralización de la vida pública, con claros ejemplos en las ceremonias orquestadas en torno a la figura de Franco o el cortejo fúnebre que condujo los restos mortales de Primo de Rivera, durante diez días, de Alicante a Madrid. Esa es, a largo plazo, la gran aportación del «teatro falangista» al régimen de Franco: la liturgia del Imperio, con claras reminiscencias a la misa católica, de que hablaba Torrente Ballester.

La evolución de la dramaturgia falangista fue, en cierto modo, similar a la deriva de la propia Falange. Al igual que el partido se había convertido en el brazo político de Franco durante la guerra, adquiriendo un poder sin precedentes que lo sacaba de la marginalidad en la que había vivido durante los años de la República, la necesidad de un teatro falangista, que diese soporte intelectual al régimen y le sirviese de herramienta propagandística, se hizo patente desde 1937. En este trabajo se han trazado las líneas maestras de los esfuerzos que, por parte del nuevo estado, se llevaron a cabo durante la guerra y en la inmediata posguerra para abrirle camino a un eventual teatro falangista. Cerradas todas las puertas de la innovación con la proscripción de la vanguardia por su asimilación a las izquierdas republicanas, las poéticas del nuevo teatro volvieron los ojos atrás y se reclamaron herederas del gran teatro del siglo XVII, al igual que Franco se reclamaba heredero legítimo de la gran España católica e imperial forjada por los Reyes Católicos. Todo el teatro producido desde el siglo XVIII hasta 1936 era descartado, del mismo modo que la historia parecía haberse detenido en el apogeo del Imperio; todo lo acaecido después, entendido como desvío de la gran senda nacional, era borrado del nuevo discurso.

Pero este nuevo teatro imperialista, revanchista, de corte clásico y formal se hizo inviable, al igual que se hizo inviable un estado netamente falangista. Aunque los procesos no coincidan en el tiempo y atiendan también a procesos de naturalezas distintas, el teatro falangista fue rechazado por el público del mismo modo que el

²⁸ GARCÍA RUIZ, V.: *Teatro y fascismo en España. El itinerario de Felipe Lluch*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2010, p. 218.

propio Franco procedió a la desfasticización del estado, otorgándole ya en los primeros años del régimen mayor peso político a los sectores de la derecha española más tradicional. Podría establecerse un vínculo entre esta derecha tradicionalista y autores como Pemán, que alcanzó mayores cuotas de presencia y éxito en la escena española de la posguerra, especialmente a medida que su teatro se despolitizaba y atendía a los gustos y necesidades del público, obviando las directrices propagandísticas del régimen. Como ya se ha apuntado, el público español contaba con una gran tradición teatral de la que no estaba dispuesto a prescindir; este hecho pesó sobre la política cultural del régimen y determinó el fracaso de la dramaturgia falangista.

FASCISMO AGRARIO Y PROSELITISMO REVOLUCIONARIO EN EL PENSAMIENTO DE ONÉSIMO REDONDO

Matteo Tomasoni
Universidad de Valladolid

Del sindicato local al sindicalismo nacional

Hablar hoy de Onésimo Redondo Ortega significa rememorar una página de la historia vinculada a la fundación y desarrollo de Falange. No obstante, este vallisoletano de adopción fue también protagonista de una batalla por la defensa de los derechos del mundo agrario y del planteamiento de una fórmula política –según él– capaz de rescatar a la sociedad del estancamiento económico-social de la época: el sindicalismo nacional¹. Sin duda Onésimo no estuvo solo en su lucha; desde los comienzos de su actividad política coincidió en muchos aspectos con las ideas propuestas por el grupo encabezado por Ramiro Ledesma Ramos. Más tarde consintió en la unificación –aun reservando cierta incertidumbre– con los seguidores de José Antonio Primo de Rivera, dando vida al partido Falange Española de las JONS. Sin embargo, Onésimo se diferenciaría de los demás fundadores por sus raíces agrarias, por su cercanía a la gente del campo y por su firme e inagotable defensa del mundo agrario².

Onésimo nació el 16 de febrero de 1905 en el pequeño pueblo de Quintanilla de Abajo en plena Ribera del Duero, a pocos kilómetros de Valladolid. Sin entrar en más detalles sobre los años de su juventud, los que tratamos sus escritos coincidimos en

¹ Esta nota introductiva refleja muy bien el concepto que se desarrolló alrededor de la figura de Redondo tras su muerte. Su primer biógrafo, Narciso García Sánchez, relata en una obra sobre Onésimo como la mayor aspiración del sindicalista fue la «defensa del campo», además de su compromiso político: «para sus camaradas es el fundador de una doctrina salvadora, el espíritu práctico, [...] que hace de su vida estilo y norma y es la síntesis más acabada del concepto y de la expresión». Cfr. GARCÍA SÁNCHEZ, N.: *Onésimo Redondo*, Madrid, Publicaciones Españolas, nº 39, 1953, pp. 6-7.

² En el manifiesto fundacional de «La conquista del Estado», Ramiro Ledesma había señalado el problema existente en los campos frente al cual «el nuevo Estado torcerá el cuello al pavoroso y tremendo problema agrario que hoy existe» (Cfr. *Nuestro Manifiesto Político*, La Conquista del Estado, nº 1, 14/03/1931). No obstante, fue el grupo de Onésimo el que dedicó más atención a la situación del medio rural; según explica Martinell Gifre: «Onésimo tuvo en sus manos la gran misión de llevar por el cauce de la revolución nacional a las masas campesinas, y de ser el primero que tradujo a la acción de masas los primeros ideales del Estado Nuevo». Cfr. MARTINELL GIFRE, F.: *La política con alas. José Antonio, Ramiro y Onésimo desde una perspectiva actual*, Madrid, Ed. del Movimiento, 1974, p. 94.

que Onésimo siempre tuvo una conexión muy estrecha con su tierra³. Aun siendo muy joven, además de ser hijo de campesinos, se identificaría rápidamente con el mundo agrario local y no tardaría en empezar una profunda reflexión en torno de ello:

[...] las referencias al campo castellano son una constante en sus escritos y de su lectura, aunque pueda discreparse de alguno de sus planteamientos, se desprende que Redondo era un especialista en las cuestiones agrarias⁴.

Durante su estancia en la ciudad de Salamanca (entre 1923 y 1926) donde trabajó como funcionario al tiempo que estudiaba la carrera de derecho, sus relaciones con el campo siguieron siendo muy estrechas. Onésimo aprovechaba los momentos de descanso para dar un paseo por el campo salamantino manifestando, según el testimonio de Eduardo Martín Alonso, «su entusiasmo por el campo charro»⁵. También, el joven aprovechaba las pocas ocasiones que tenía para regresar a su aldea natal, así como se relata en un libro de propaganda de la primera época del franquismo:

[...] alterna su afanoso estudio con los descansos que le permiten volver otra vez a la tierra. [...] No era el señorito que volvía a pasar días de holganza, [...] era un campesino más, con la tierra y el sol metida en el alma, que volvía a su casa de adobe encalado⁶.

Es a partir del otoño de 1929 cuando Onésimo Redondo se acerca de manera más decisiva al mundo agrario. Esta aproximación se puede decir que fue desde un punto de vista profesional, algo casual. Se ha hecho hincapié en el fuerte vínculo entre Redondo y el campo castellano, pero no se debe olvidar que en el verano de 1927

³ Resulta indispensable la lectura del texto de MÍNGUEZ GOYANES, J.L.: *Onésimo Redondo 1905-1936. Precursor sindicalista*, Madrid, San Martín, 1990, para tener un primer conocimiento de la vida y obra del sindicalista vallisoletano. En colaboración con el Dr. Martín de la Guardia de la Universidad de Valladolid, estamos finalizando la publicación de un ensayo que aparecerá en la revista *Alcores* en su nuevo número 10, (año 2011). Semejante publicación tiene el objetivo de analizar con más atención el pensamiento de Redondo, dando a conocer cómo y de qué forma su ideal y sus escritos han mantenido cierto eco en los años del régimen franquista, sin olvidar la caída hacia el ostracismo que se concretizó tras el proceso de democratización del país.

⁴ MÍNGUEZ GOYANES, J. L.: *Onésimo Redondo 1905-1936, op. cit.*, p. 76.

⁵ *Ibidem*, p. 9.

⁶ La lectura de los textos que exaltaron la figura del héroe de Castilla, esconde entre sus líneas un aspecto casi legendario de Onésimo. Un anónimo nos hace observar cómo la vuelta al pueblo de Quintanilla se transformaba en una especie de ritual, donde el estudiante-funcionario, dejaba de un lado sus ocupaciones para volver a vestir los hábitos campesinos. Este aspecto ha influido mucho en la interpretación de Redondo durante el primer franquismo, haciendo de sus palabras el máximo ejemplo para la defensa de la producción agraria no sólo castellana, sino también española. Cfr. ANÓNIMO: *Onésimo Redondo. Vida, Pensamiento, Obra*, Madrid, Jefatura de Propaganda-Afrodisio Aguado, 1941, p. XV.

Onésimo acababa de terminar su carrera universitaria. Es probable que entonces el joven abogado se viese más atraído por una carrera profesional, pero las cosas no fueron de esta forma. Redondo entró en contacto aproximadamente entre el verano y el otoño de 1929, con Millán Alonso Lasheras, que había liderado durante algunos años un sindicato azucarero local. En breve Onésimo se ganó la amistad del entonces presidente Filemón Álvaro Prieto, que ya había empezado una reforma interna que llevaría a la agrupación a llamarse «Sindicato de Cultivadores de Remolacha de Castilla la Vieja»⁷.

El abogado se integró en el sindicato como secretario asesor del mismo y al poco tiempo de hacerse cargo del conjunto administrativo, lo revolucionó por completo. Según las fuentes redactadas por Goyanes, en la revista *SP* se relata de esta forma la llegada de Onésimo al sindicato:

[...] sus primeros pasos, al incorporarse a él [sindicato], fueron de propaganda y captación. Su labor fue recorrer los pueblos de Castilla, explicando las ventajas que podían derivarse de la unión. [...] Después fue la construcción de acequias para la irrigación y adquisición de una nueva fábrica azucarera que rompiera el monopolio⁸.

La obra de Onésimo dentro del sindicato fue intensa y a menudo le obligó a hacer numerosos desplazamientos por los pueblos de Castilla. De esta forma el joven secretario de la organización no sólo tuvo la oportunidad de conocer y establecer un contacto más estrecho con la gente del campo, sino que también trabajó para fomentar la obra de proselitismo; en poco tiempo el sindicato se convirtió *de facto* en la cabecera sindicalista regional, logrando el reconocimiento de todas las agrupaciones remolacheras.

⁷ El cambio de nombre del sindicato se produjo precisamente poco antes de la llegada de Redondo. En marzo de 1929, el anterior Sindicato Agrícola de Cultivadores de Remolacha de Valladolid cambió su nombre por el de Sindicato de Cultivadores de Remolacha de Castilla la Vieja, tras la decisión de la Junta General del sindicato, según lo escrito por el mismo presidente en una carta dirigida al gobernador civil: «"El Señor Presidente dice que esta Junta no tiene otro objeto que aco[rd]ar el cambio de nombre de este Sindicato por el de Sindicato de Cultivadores de [R]emolacha de Castilla la Vieja". "Por unanimidad se acuerda así". "Valladolid, 7 de marzo de 1929"». Archivo Histórico Provincial de Valladolid (desde ahora AHPVA), *Sindicato Agrícola de Remolacha de Castilla la Vieja*, fondo: «Gobierno Civil», caja 323, subdivisión 1, carpeta nº 2.

⁸ «José Antonio y Onésimo», *SP – Revista de información mundial*, nº 96, Madrid, 8 de marzo de 1959, p. 10; citado por MÍNGUEZ GOYANES, José Luis, en: *Onésimo Redondo 1905-1936, op. cit.*, p. 13 y «Onésimo Redondo», *Vallisoletanos*, nº 40, Valladolid, Obra cultural de la Caja de Ahorros Popular, 1984, pp. 145-146.

Este primer salto cualitativo impulsó al sindicato hacia la búsqueda de nuevos respaldos. Redondo intervino en ello aprovechando como mejor pudo su experiencia en la administración, logrando la adhesión de nuevos socios y nuevos ingresos financieros. En poco tiempo el sindicato quedó completamente renovado tanto en el aspecto económico como en el organizativo. Como demuestra el nuevo reglamento publicado en 1931, uno de los principales objetivos eran el servicio, el beneficio y el amparo de los socios⁹. Sin embargo, es lícito considerar estas reformas como una pequeña victoria personal del mismo Redondo, ya que fue él quien promocionó la reforma del estatuto, defendiendo la mejoría de los derechos y retribuciones del campesinado¹⁰. Durante todo 1930 y parte de 1931 la obra de Onésimo fue por lo tanto de exclusiva dedicación a la causa sindical siendo, en palabras de su sucesor Tomás Bulnes Villalobos, «el reorganizador del sindicato de arriba abajo»¹¹.

Todavía no era un sindicalista y crea, como principal obra constructiva, un Sindicato potente. Esta posición, que le permite una ideológica concepción desde el punto de vista económico, ha de ser trasladada más tarde al terreno político¹².

Desde 1929 hasta 1931 la mayor preocupación de Redondo fue la de concentrarse en su trabajo de sindicalista, dejando de un lado los asuntos políticos. Desde los años universitarios el joven abogado había mantenido una estrecha relación con Enrique Herrera Oria –hermano del influyente director de *El Debate*, Ángel Herrera– asistiendo a reuniones de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. En 1931 la caída del régimen primorriverista, del que Onésimo era partidario¹³, provocó una grande incertidumbre entre los monárquicos. Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 dejaron evidencia del recelo popular, especialmente en las

⁹ Art. 2 del *Reglamento del Sindicato de Cultivadores de Castilla la Vieja*, AHPVA, «Cooperativa de cultivadores de Remolacha», fondo: «Delegación Provincial de la Organización Sindical», caja 2971, nº 12, p. 3.

¹⁰ Se observa claramente esta actitud de Onésimo en las asambleas de 1930 (febrero y diciembre) cuando se debatió la reforma reglamentaria del sindicato. Según las fuentes que hemos consultado, él mismo se encargó de redactar los partes del nuevo estatuto (la copia original es mecanográfica y firmada por el mismo) en el que se curarían especialmente los fines, como repartición de los beneficios de la venta, mejora de cultivos, enseñanza técnica y especializada del cultivo, etc. Véase: *Reglamento del Sindicato de Cultivadores de Castilla la Vieja*, AHPVA, *op. cit.*, pp. 3-4.

¹¹ MÍNGUEZ GOYANES, J. L.: *op. cit.*, p. 146.

¹² ANÓNIMO: *Onésimo Redondo. Vida, Pensamiento*, *op. cit.*, p. XIX.

¹³ Esta afirmación es posible a través de la investigación de Goyanes en el archivo familiar de las hermanas de Onésimo, Natalia y Eugenia Redondo. Véase: MÍNGUEZ GOYANES, J. L.: *op. cit.*, p. 9.

capitales de provincia; la proclamación de una segunda República en España dejaba de ser una utopía¹⁴.

Onésimo Redondo se había esforzado en las semanas previas a las elecciones en fomentar el voto católico a favor de los monárquicos, colaborando en la obra propagandística de la recién nacida Acción Nacional¹⁵; sin embargo, como sabemos, el esfuerzo fue vano también en Valladolid¹⁶. El aspecto más curioso de la entrada en la política por parte de Redondo, es que este coincide con uno de los momentos más engorrosos para el conservadurismo nacional. Según Javier Martínez de Bedoya –futuro colaborador del jonsismo vallisoletano– el real «bautizo político» de Onésimo fue el día 15 de abril. A primeras horas de la tarde de aquel día, en la estación de Valladolid se cruzaron por pocos minutos dos convoyes muy especiales: uno que transportaba miembros del gobierno provisional hacia Madrid, el otro la reina Victoria Eugenia y sus hijos en dirección contraria hacia el exilio. En respuesta a la multitud que celebraba de esta forma la proclamación del régimen republicano, otros se reunieron en la Casa Social Católica de la ciudad para debatir la situación. Según el testimonio de Bedoya, «vimos a un joven subido en una silla que nos miraba intensamente y que, con los brazos, hacía los gestos que suelen hacer los directores de orquesta»; este fue el discurso que el joven pronunció:

Las masas urbanas, desarraigadas de los valores que la tierra conserva y alimenta, han echado por la borda a la Monarquía. Con ello no hacen sino cargarnos con mayores responsabilidades respecto a nuestro destino común, al destino de la patria. [...] Dentro o fuera de esta Casa habrá que organizar algo que nos permita emplear bien las libertades

¹⁴ Nos dan una clara evidencia los datos que resumen el voto del 12 de abril de 1931, con la larga mayoría de concejales republicanos en las principales ciudades de España de la época; véase *Elecciones Municipales 12 de abril de 1931*, URL: < <http://www.historiaelectoral.com/e1931m.html> > [visitado el: 20/07/2011].

¹⁵ Como explicaba el más influyente periódico de Valladolid: «continúa con gran entusiasmo la propaganda electoral. Los jóvenes monárquicos recorrieron ayer toda la ciudad en automóviles, repartiendo profusamente candidaturas, manifiestos y proclamas. Pasearon las calles céntricas, acudieron a los barrios». Cfr. «Ante las elecciones», en *El Norte de Castilla*, nº 33119, 11 de abril de 1931.

¹⁶ Tenemos en consideración el valioso estudio de la profesora Concepción Marcos del Olmo sobre el resultado de estas primeras elecciones de 1931; con respecto a Valladolid, el análisis demostró cómo en esta ciudad, «núcleo más poblado e industrializado del entorno castellano-leonés» destacó por sus «resultados más sorprendentes [...], la ciudad que treinta años antes contara con 10 concejales republicanos (el 50%) y, aunque en proporciones mucho menores, nunca careciera de representantes de esta filiación». Cfr. MARCOS DEL OLMO, M^a C.: *Voluntad popular y urnas. Elecciones en Castilla y León durante la Restauración y la Segunda República (1907-1936)*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones-Universidad de Valladolid, 1995, p. 87.

políticas a favor de los valores hispánicos. A mí se me ocurre que debemos comenzar por sacar a la calle un semanario moderno en torno del cual comencemos a unirnos. Yo lo voy a intentar. Me llamo Onésimo Redondo, soy abogado e hijo del campo¹⁷.

Desde aquel discurso no pasó mucho tiempo cuando, «deseoso de una oposición radical a la República»¹⁸, el 13 de junio salió a la calle el semanario del que había hablado: *Libertad*. Así como el grupo de *La Conquista del Estado*, Redondo identificó su semanario con una agrupación política que pretendía ser una corriente independiente y ajena a los demás partidos¹⁹.

Fiel a su organización sindical, Onésimo organizó sin particulares impedimentos una agrupación que no tardó en captar la atención de una parte concreta de la ciudadanía. Fue sobre todo a los jóvenes a quienes Redondo apeló: «Libertad es de jóvenes, y a los jóvenes se consagra perfectamente. No nos importa contar o no con una mayoría borreguil ante las urnas y repudiamos el concurso de las multitudes embriagadas de desorden por las calles. Disciplina y audacia es nuestro lema»²⁰. Las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica (JCAH) nacieron a mediados de aquel verano de 1931, organizadas y establecidas como un grupo sindical coordinado por una estructura jerárquica, liderada por el mismo Onésimo. En las primeras reuniones se trabajó para establecer unas ordenanzas en las que se discutieron los puntos fundamentales de la doctrina y de la acción política a emprender. No quedan prácticamente restos del manifiesto original, pero entendemos este primer núcleo como la plasmación de un cuerpo disciplinado (inspirado en las milicias) proclive a la propaganda y dispuesto a defender con la fuerza su propio ideario²¹.

¹⁷ MARTÍNEZ DE BEDOYA, J.: *Memorias de mi aldea*, Madrid, Ámbito, 1996, p. 31.

¹⁸ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, p. 88.

¹⁹ Bien lo indican estas palabras en el primer número de presentación del semanario: «No está LIBERTAD identificada con Acción Nacional, para entendernos que su finalidad transitoria dista mucho de cumplir plenamente las necesidades de defensa que Castilla necesita: nosotros propugnamos una acción constante, reforzada más allá propiamente de las Cortes, porque no será de ningún modo definitiva la constitución que en ellas [...] se apruebe, ni esta resolverá todos los problemas». Cfr. «*Los propagandistas jóvenes y sus enemigos*», *Libertad*, nº 1, 13 junio 1931.

²⁰ GARCÍA SÁNCHEZ, N.: *Onésimo Redondo*, op. cit., p. 9.

²¹ De los 16 puntos que componían la doctrina de la JCAH, hoy tenemos sólo algunos fragmentos, sabiendo que todavía en *Libertad* se recuperaron o adoptaron algunos de ellos como en el caso del artículo «Castilla salva a España» (nº 9, 10 de agosto de 1931). Parte de las ordenanzas se pueden visualizar en las *Obras Completas de Onésimo Redondo: edición cronológica; prologo del ministro de trabajo José Antonio Girón de Velasco*, vol. I, Madrid, Publicaciones Españolas, 1954, pp. 247-249. Véase también la interpretación de MÉLIDA MONTEAGUDO, M.: «Los resortes de Onésimo Redondo y los días grises de sus Juntas Castellanas de Actuación Hispánica», *Aportes* nº 32, XI (marzo), Madrid, 1996, pp. 28-29; y ANÓNIMO, *Onésimo Redondo. Vida Pensamiento, Obra*, op. cit., pp. LXVII-LXIX.

El «hijo del campo»: entre sindicalismo, corporativismo y reforma agraria

Como ya se ha hecho referencia, en sus comienzos las JCAH se organizaron a través de una estructura piramidal de base sindical. En el momento de su fundación Onésimo llevaba más de un año al frente del Sindicato Remolachero y por lo tanto fue inmediata la introducción de los aspectos agrarios también entre las JCAH. Según él, el campo sufría la incompetencia y el derroche de las autoridades públicas, además de padecer el control de un caciquismo aún poderoso: «ahí tenemos el auténtico problema regional de la crisis triguera: dos años llevamos gimiendo sobre la ruina de los precios, lanzando imprecaciones a Madrid y saetas a Cataluña por las presuntas importaciones»²². El compromiso de las JACH con el mundo rural fue resaltado también en las ordenanzas que se establecieron en su fundación. Si por un lado se exhortaba la defensa del campo frente a los ataques de un Estado aparentemente poco propenso al desarrollo del medio rural, por el otro se planteaba la solución corporativista:

Se declara la preferencia de la organización sindical corporativa, protegida y regulada por el Estado, como sistema obligado de relación entre el trabajo y el capital y de uno y otro con los intereses nacionales de la producción²³.

Al igual que Onésimo, también Ramiro Ledesma Ramos había dado su propia opinión respecto al sistema sindical, eligiéndolo como forma económica a seguir: «el nuevo Estado impondrá la estructuración sindical de la economía, que salve la eficacia industrial, pero destruya las “supremacías morbosas” de toda índole que hoy existen»²⁴. Sin embargo, la palabra «corporativismo» se manifestó más bien entre las filas del grupo vallisoletano que entre los madrileños. Ledesma Ramos concibió una revolución inminente basada en los ejemplos ideológicos más influyentes de la época: la revolución fascista y la bolchevique. Como afirma el hispanista e historiador italiano Luciano Casali, «*è in questa confusa situazione che Ramiro Ledesma Ramos decise di “scendere in campo” [...]. Il futuro della Spagna non doveva essere delegato né alle destre né alle sinistre, ma ai veri valori ispanici, ad una rivoluzione che ne risolvesse*

²² «Castilla desamparada», *Libertad*, nº 1, 13 de junio de 1931.

²³ Artículo nº 2 de las ordenanzas de las JCAH, en «Fragmentos de las ordenanzas de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica», en *Obras Completas, op. cit.*, vol. II, p. 248.

²⁴ «Nuestro Manifiesto Político», *La Conquista del Estado*, nº 1, 14 de marzo de 1931.

concretamente i problemi al di fuori di ogni schieramento ideologizzato»²⁵. Sin embargo, en Onésimo la crítica al sistema político y económico no salía de una argumentación racional, sino de un materialismo basado en el análisis de aspectos diarios y próximos al terreno de los hechos²⁶. Por esta razón el jefe castellano mantendría una mirada firme e interesada a uno de los países ideológicamente más cercanos a su concepción revolucionaria, Italia. No tanto por su obra propagandística de los valores patrióticos y del ingenio itálico –a diferencia de autores como Ernesto Giménez Caballero que los abrazaron con entusiasmo²⁷– sino más bien por su forma de reacción contra el comunismo y la valoración del trabajo del hombre, de las masas, y como subrayó Redondo, del mundo rural.

El fascismo en su significación de una reacción titánica contra el huracán comunista que intentaba hundir al mundo a la miseria [...] no es alemán, ni turco, ni siquiera italiano: es sencillamente, un modo de reaccionar que adoptan los hombres y los pueblos ante la vista de la miseria material y psicológica, y este modo de reaccionar –puesto que todos los hombres somos muy semejantes–, tiene que ver el mismo, o casi idéntico, en todas las latitudes del planeta²⁸.

Es sorprendente ver como la identificación entre lo político y la cuestión agraria fue para Onésimo un punto central de su pensamiento. Este aspecto, que siempre le diferenció de Ledesma Ramos y Primo de Rivera, se basó –como ya se ha señalado– en su crítica diaria al sistema socialista, punto central de su preocupación política y lema de su propaganda: «el socialismo será la muerte de la Agricultura». La falta de un Estado corporativista era según él, el principal fallo de un sistema destinado al fracaso: «si era verdad que la política olvidó la agricultura en tiempos de la Monarquía y amargó la vida de los pueblos fomentando entre sus habitantes las discordias, señalamos la nueva política de las Casas del Pueblo como la más funesta que podía caer contra el campo»²⁹. Si el grupo madrileño de *La conquista del Estado* ensalzaba la

²⁵ CASALI, L.: *Società di massa, giovani, rivoluzione. Il fascismo di Ramiro Ledesma Ramos*, Bologna, Clueb, 2002, pp. 68-69.

²⁶ MARTINELL GIFRE, F.: *La política con alas*, op. cit., p. 113.

²⁷ Ya en su primera edición Giménez Caballero demostró su afán por el desarrollo de un fascismo español; véase: *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, Madrid, Ediciones de La Gaceta Literaria, 1932.

²⁸ «¿El fascismo exótico?», *Libertad*, nº 80, 23 de abril de 1934.

²⁹ «Agresión socialista a la agricultura», *Libertad*, nº 5, 12 de julio de 1931.

lucha social del campesinado³⁰, el grupo vallisoletano propugnaba medidas más legales y en sintonía con los fundamentos de la reforma agraria:

1.º Que se persigan tenazmente por la ley las excrecencias criminosas de esos núcleos de defensa de la libertad del trabajo.

2.º La unión de los obreros no contaminados por el morbo internacionalista y de los labradores acometidos, de cerca o de lejos, para ponerse en pie de guerra si es preciso.

3.º La realización rápida y franca de una justicia social, que debe llegar a la total emancipación económica del que trabaja la tierra. Como mínimo, el salario familiar. En las grandes explotaciones la participación en las ganancias y en todas partes la ascensión a propietarios del mayor número de braceros³¹.

Aunque la principal crítica fuese directa al ministro de Justicia del Gobierno provisional, Fernando de los Ríos³², el objetivo de Redondo fue apuntar a un proceso revolucionario que tuviese como fundamento una reforma agraria digna y respetuosa de los derechos del mundo rural. Según el ideario del grupo, «para nuestro concepto de revolución social, no aniquiladora, sino creadora y eminentemente positiva, *la entrega de tierra a los campesinos es un postulado irrenunciable*»³³. Si la idea era básicamente la de transformar a los obreros agrícolas en propietarios, en clara disconformidad con el ideal socializador del marxismo, el problema de la reforma que se discutía entonces era que esta fuese realmente capacitada para defender y fomentar la actividad del campesinado.

³⁰ Véase en un artículo escrito por el mismo Ramiro Ledesma: «Hay que legislar para el campesino. Hay que valorizar sus economías, impidiendo la explotación a que hoy se le somete. Hay que saciarlo de tierra y permitirle que se defienda con las armas de la opresión caciquil». Los ledesmistas se fijaron desde un primer momento en el campesinado ya que según ellos representaba una especie de primera milicia necesaria para amalgamar las corrientes revolucionarias: «Nuestro gran deseo es lanzar la ola campesina contra las ciudades decrépitas que traicionan el palpitar vitalísimo del pueblo con discursos y boberías. Nunca con más urgencia y necesidad que ahora debe buscarse el contacto de los campesinos para que vigoricen la Revolución y ayuden con su rotunda expresión hispánica a darle y garantizarle profundidad nacional. El campesino, hombre adscrito a la tierra, conserva como nadie la realidad hispana, y tiene en esta hora a su cargo la defensa de nuestra fisonomía popular»; cfr. «El bloque social campesino», *La conquista del Estado*, nº 14, 13 de junio de 1931.

³¹ «El mayor peligro para el campo», *Libertad*, nº 6, 20 de julio de 1931.

³² El diputado socialista fue víctima de ataques por parte del grupo vallisoletano, tras su aprobación del primer proyecto de reforma agraria, juzgado por Redondo como un «insulto a los diputados, y no decimos al pueblo español»; cfr. «La reforma agraria», *Libertad*, nº 7, 27 de julio de 1931.

³³ «Ideas de reforma agraria. ¿Tierra para los campesinos? I», *Libertad*, nº 14, 14 de septiembre de 1931; cursiva original.

Desde los socialistas de blanca camisa, como nuestro beatífico De los Ríos, hasta los energúmenos que se sustentan del oro ruso, todos viven para el Poder político y no para la idea: esta se estira, encoge o disimula a tono con la atmósfera de los hambrientos, mientras se les habla, y de la conveniencia del partido, mientras se gobierna. Por eso todo socialismo promete tierras *en propiedad* a los campesinos³⁴.

El aspecto más complicado del pensamiento de Redondo parece ser por lo tanto la comprensión de cómo los campesinos podían acceder a la propiedad agrícola sin perder aquel aspecto «socializante» que tradicionalmente unificaba al mundo rural en su principal núcleo de defensa: el sindicalismo. A diferencia de las propuestas marxistas y ya lejos del obsoleto liberalismo, el grupo de Valladolid mantuvo e incluso asimiló en su doctrina el aspecto más innovador del asociacionismo obrero: el corporativismo. Es cierto que este sistema de organización socioeconómica no era ninguna novedad. El ejemplo italiano lideraba desde hace una década el modelo estatal corporativista, llegando a perfilar un proyecto económico y social «[che] *ha destato curiosità, speranza, e perfino entusiasmo. L'Italia è diventata la Mecca di studiosi della scienza politica, di economista, di sociologi, i quali vi si affollano per vedere coi loro occhi com'è organizzato e come funziona lo Stato corporativo fascista*»³⁵. Si Redondo consideraba su núcleo como una tercera vía en lo político, lo mismo pretendía demostrar el sistema corporativo italiano:

*Il fascismo volle proporsi come «terza via» alternativa al capitalismo e al socialismo, come esperimento rivoluzionario fondatore di uno «Stato nuovo» e di una sistema sociale basato su un diverso equilibrio tra Stato, società e mercato. Della terza via fascista [...] il corporativismo fu uno degli aspetti principali e maggiormente appariscenti*³⁶.

La experiencia italiana había empezado en los primeros años tras la primera guerra mundial, cuando frente a las revueltas campesinas, los sindicatos fascistas empezaron su larga pero eficaz recuperación de las relaciones tradicionales del campo italiano; la solución fue un nuevo tipo de sindicalización que aportó las bases para la

³⁴ «Ideas de reforma agraria. ¿Tierra para los campesinos? II», *Libertad*, nº 15, 21 de septiembre de 1931; cursiva original.

³⁵ SALVEMINI, G.: (prefación) «Sotto le scure del fascismo», en VIVARELLI, R.: (eds.), *Scritti sul fascismo*, vol. III, Milano, Feltrinelli, 1974, p. 4.

³⁶ GAGLIARDI, A.: *Il corporativismo fascista*, Bari, Laterza, 2010, p. 8.

formación de una estructura corporativa³⁷. Tras la unificación de otoño de 1931 entre el grupo de *La Conquista del Estado* y las JCAH, el ejemplo corporativo italiano fue la base para la formación del ideal social y económico de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS)³⁸, quedando evidente el intento de recuperar el anterior acercamiento primorriverista al corporativismo³⁹. Según Martínez de Bedoya el acercamiento entre Ledesma y Redondo fue gradual y en más de una ocasión el jefe castellano se resintió de la unión con los madrileños⁴⁰. No obstante el acuerdo se concretizó alrededor de la postura sindical –sin duda ampliamente apoyada por un sindicalista como Onésimo– llegando a ser redactada entre las consignas uno de los puntos fundamentales de la doctrina jonsista:

Sólo polarizando la producción en torno a grandes entidades protegidas, esto es, sólo en un Estado sindicalista, que afirme como fines suyos las rutas económicas de las corporaciones, puede conseguirse una política económica fecunda. Esto no tiene nada que ver con el marxismo, doctrina que no afecta a la producción, a la eficacia creadora, sino tan sólo a vagas posibilidades distributivas⁴¹.

³⁷ Un claro ejemplo de este proceso de fascistización del campo italiano aparece en un texto de Bogliari, que presenta un relato de la época sobre el proceso de infiltración del sindicalismo fascista en los campos más productivos de la península italiana, la llanura Padana. «*E la violenza venne, e si sferra ora nelle zone dove la organizzazione dei lavoratori della terra ottenne maggiori successi. [...] La borghesia provvide allora alla propria difesa: non le mancavano elementi ai quali l'esercizio della guerra aveva insegnato lo sprezzo della vita altrui, e ai quali ripugnava riprendere le normali occupazioni di prima della guerra. [...] I proprietari terrieri uscirono così dalle case dove si eran ritirati con paura e scoramento, si misero dietro ai gruppi fascisti e li mandarono avanti. Li mandarono ad abbattere tutto quello che i lavoratori avevano costituito per la conquista della propria indipendenza. [...] Agli uffici di classe i fasci ne hanno sostituito altri di "nuovo stile" [corporaciones].*» Cfr. GIORNI, O.: «Il fascismo nelle campagne», in *La Terra*, Bologna, 31 marzo 1921, en BOGLIARI, F. (eds.): *Il movimento contadino in Italia, dall'unità al fascismo*, Torino, Loescher, 1980, p. 334. Respecto a la «reforma italiana» sobre la agricultura, Redondo expuso en un interesante artículo las causas que llevaron a la realización de un «justificado» plan agrario de parte de las autoridades fascistas, que –a diferencia de España– se basaron en un descontento general provocado por la guerra europea (primera guerra mundial) y las promesas nunca respetadas por el conservador Antonio Salandra de conceder «las tierras a los campesinos»; cfr. «Ante la reforma agraria IV», *Libertad*, nº 35, 8 de febrero de 1932.

³⁸ Según las palabras del historiador Santomassimo, el «mito corporativo» italiano se oficializó solo a partir de 1934, así como lo demuestra la anterior nota de Salvemini de 1935. El sistema corporativo italiano se estructuró en distintos departamentos entre los cuales figuran las agrarias repartidas en cuatro grupos: del aceite (*olearia*), del vino (*viti-vinicola*), cereales (*cereali*), acelgas y azúcar (*bietole e zucchero*); cfr. SANTOMASSIMO, G.: *La terza via fascista, il mito del corporativismo*, Roma, Carocci, 2006, p. 213.

³⁹ Como explica Casali, un primer tentativo de introducir el sistema corporativo en España fue durante la etapa central del régimen de Primo de Rivera, impulsado especialmente por el Ministro de Trabajo Eduardo Aunós; cfr., CASALI, L.: *Società di massa, giovani, rivoluzione. Il fascismo di Ramiro Ledesma Ramos, op. cit.*, nota 4, p. 135.

⁴⁰ Es cuanto Martínez de Bedoya relató a Mínguez Goyanes en una entrevista de noviembre de 1981. Véase: MÍNGUEZ GOYANES, J. L.: *Onésimo Redondo 1905-1936. Precursor sindicalista, op. cit.*, p. 23.

⁴¹ «Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. Nuestras consignas», *La Conquista del Estado*, nº 23, 24 de octubre de 1931.

Con este decreto Redondo lograba hacer realidad dos puntos concretos de su doctrina: por un lado las Juntas intervenían en el ámbito político resaltando un ideal nuevo y juvenil como el sistema corporativo, mientras por otro se preservaban asimismo valores patrióticos y de profundo sentimiento nacional, indispensables para la recuperación de España y protectores de la unidad estatal frente a los criticados ataques del separatismo vasco-catalán⁴². Sin embargo las JONS no pretendieron ser un llamamiento descaradamente fascista; al revés, utilizaron el fascismo como identidad común de la civilización occidental: «Aquel [el fascismo] es un recurso de fuerza para salvar a la civilización [...] se presenta desde el primer momento como una idea que venera la fuerza, que erige la dictadura nacional en régimen de salud; la opinión que se le agrega sabe lo que aplaude y lo que vota. Sube este al Poder (sic) con un título de veracidad que le hace legítimo y respetable»⁴³. Onésimo Redondo convertiría este concepto en la base de su lucha, resaltando la necesidad de someter al campo a una eficaz reforma agraria (intervención del Estado), organizada de forma sindical (corporaciones) y adecuada a la economía del país (producción agrícola); «porque la reforma agraria puede verificarse de dos maneras: bien directamente por el Estado, encargándose él por sí solo de realizarla, o bien impulsando y favoreciendo las iniciativas que aisladas surgen en la sociedad, haciendo que sea ella y no él la que verifique la reforma»⁴⁴.

Una revolución necesaria

Durante el verano de 1931 tanto desde las páginas de *La conquista del Estado*, como de *Libertad*, el concepto revolucionario se mantenía como una necesidad firme y necesaria; si la tentación es aquella de analizarla como una misma revolución, no obstante hay que considerar aspectos diferentes⁴⁵. La idea revolucionaria de los

⁴² Se puede decir que con estas consignas, se superó el llamamiento propuesto en el célebre artículo de ensalzamiento nacional *Castilla salva a España* (*Libertad*, nº 9, 10 de agosto de 1931), aunque durante su permanencia en los altos cargos de Falange, Redondo seguiría manifestando su defensa «*in primis*» de la región castellana núcleo «del vivir nacional [...] y región que concibió e hizo la España grande» (*Ibidem*).

⁴³ «Dictadura fascista y dictadura parlamentaria», *Libertad*, nº 33, 25 de enero de 1932.

⁴⁴ «Ante la reforma agraria I», *Libertad*, nº 32, 18 de enero de 1932.

⁴⁵ Elemento clave entre los ledesmistas fue el promover una rápida intervención que, asimilada entre las masas, fomentaría una justificación moral de la violencia para lograr el objetivo: «Vivimos horas revolucionarias. El pueblo se entrena para las nuevas jornadas, y muy pronto preferirá debatir el

ledesmistas se colocó en una corriente –afirma Luciano Casali– más cercana a la «*teoria generale*» del fascismo che è stata suggerita da George Mosse sin dal 1979. [...] In Spagna il richiamo alla gioventù diventava un elemento ovvio, anche perché direttamente connesso con i modelli di riferimento, italiano e tedesco»⁴⁶.

Para los seguidores del jefe castellano la revolución asumía un carácter diferente⁴⁷; no se trataba de aportaciones extranjeras, ni tampoco de una modelización de la sociedad española según los cambios sociales del siglo XX. Redondo miró atrás, empezando por Castilla. El núcleo patriótico, el que había dado vida a la España gloriosa e imperial necesitaba «despertarse» de su largo sueño⁴⁸. La gran diferencia con Ledesma consistía en que España necesitaba una reconstrucción no tanto material, sino espiritual. El elemento católico, tan trascendental en su carácter unitario según Onésimo, era el vínculo fundamental para la salvación de un pueblo víctima de la demagogia «indecente y cavernaria» de los enemigos:

[...] debe defenderse el pueblo de la mentira interesada con que libertarios de todo orden embaucan a los ignorantes, haciendo de cada clase, región o partido político una tribu que lucha contra las otras. [...] ¡¡¡Por la unidad hispana, por la reconciliación económica, por la paz ideal entre los hispanos!!!⁴⁹.

El grupo vallisoletano buscaba más bien una revolución apaciguadora, que no un «aniquilamiento» de la sociedad hasta entonces establecida⁵⁰. Para obtener semejante

problema de España en la calle, armas al brazo, en vez de emitir votos en las urnas. Desde nuestro primer número hemos mostrado una decidida intervención revolucionaria, creyendo que lo único y primero que hoy corresponde hacer al pueblo español es una verdadera y auténtica Revolución» (cfr. *La revolución en marcha*, La Conquista del Estado, nº 10, 16 de mayo de 1931). La de Onésimo fue más bien una reacción al inmovilismo español del siglo XIX, basada en la recuperación de una «perdida» tradición de la época imperial y muy preñada de un nacionalismo juvenil: «La revolución hispánica, que no ha comenzado, que es urgente, que es necesaria para la salvación de todos, tiene que correr a cargo de una promoción juvenil inflamada de anhelo de engrandecer a España, dispuesta a morir por restituir la Nación a su honor ancestral» (cfr. «La revolución hispánica», *Libertad*, nº 7, 27 de julio de 1931).

⁴⁶ CASALI, L.: *Società di massa, giovani, rivoluzione. Il fascismo di Ramiro Ledesma Ramos*, op. cit., pp. 156-157. (La referencia es a MOSSE, L. G.: *Il fascismo. Verso una teoria generale*, Roma-Bari, Laterza, 1996).

⁴⁷ No olvidemos la influencia de la reflexión orteguiana en Ledesma respecto a los conceptos de masas y revolución: «Cualquiera puede darse cuenta de que en Europa, desde hace años, han empezado a pasar «cosas raras». Por dar algún ejemplo concreto de estas cosas raras nombraré ciertos movimientos políticos, como el sindicalismo y el fascismo. [...] El entusiasmo por la innovación es de tal modo ingénito en el europeo, que le ha llevado a producir la historia más inquieta de cuantas se conocen»; cfr. ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas*, Madrid, Tecnos, 2009 (2.ª ed.), p. 203.

⁴⁸ Véase nuevamente *¡Castilla salva a España!*, art. cit., 10 de agosto de 1931.

⁴⁹ «La reconstrucción de España», *Libertad*, nº 15, 21 de septiembre de 1931.

⁵⁰ Otro aspecto que parece ser muy discordante con los ledesmistas: «De igual modo que se fusila en tiempos de guerra a los derrotistas cobardes, hoy el pueblo español tiene derecho a exigir la última pena

resultado la única fórmula posible era un proceso revolucionario que favoreciese la realización de una auténtica dictadura popular, «un gobierno fuerte, ganado en la calle por la lucha franca, impuesto férreamente por el arte de los patriotas y por la adhesión del pueblo, y poseedor no de unas fórmulas mediocres de paz y buena voluntad, sino de querer histórico»⁵¹. Redondo reconocía la introducción de unos valores vinculados a la violencia en la actuación política, ya que la «acción directa» resultaba ser un principio intrínseco a la misma lucha de clases⁵². La violencia se convertía en aquel «instrumento» que «toda organización de las llamadas “de derechas”, puede y debe aceptar» con el fin de «preparar una posible actuación física de los militantes, que coadyuve y ampare la actividad espiritual de la propaganda»⁵³.

Lo que los dos jefes del jonsismo tenían claro –ensalzándolo en su doctrina José Antonio⁵⁴– era que también la revolución española tenía que lograr aquellos objetivos que el fascismo europeo estaba consolidando tras las dificultades de la posguerra: «[far] leva sui sentimenti vitali della massa, sulla possibilità di reagire violentemente dietro uno stimolo opportuno, pretendendo la partecipazione del singolo e il suo irreggimentarsi nella macchina dello stato [...] una precisa volontà del fascismo rivoluzionario di impegnare politicamente le masse»⁵⁵. Una revolución «moderna e intelectual», afirmaba en 1924 Giuseppe Bottai, en la que el fascismo «è nato precisamente da un rivoluzionario gesto di rifiuto della cultura che lo precedette nella pratica e nei metodi di governo delle vecchie classi dirigenti»⁵⁶; y una revolución «organizada y entusiasta» que mantenía involucrada las masas, «in quanto sembrava

para los que se opongan a la marcha de la Revolución [...] La Revolución tiene que impedir muchas cosas. No sólo la mediavuelta alfonsina, que en eso todos estamos y estaremos conformes. Sino también la definitiva momificación de España en una vulgar democracia parlamentaria»; cfr. *La Revolución y la violencia*, La Conquista del Estado, nº 11, 23 de mayo de 1931.

⁵¹ «La solución», *Libertad*, nº 18, 12 de octubre de 1931.

⁵² Es nuevamente Ortega el que nos aclara semejante observación; el intelectual afirma el «hecho patente de que ahora, cuando la intervención directora de las masas en la vida pública ha pasado de casual e infrecuente a ser lo normal, aparezca la “acción directa” oficialmente como norma reconocida». Cfr. ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas*, op. cit., p. 206.

⁵³ «Hacia una nueva política. Justificación de la violencia», *Libertad*, nº 28, 31 de diciembre 1931.

⁵⁴ Véase las declaraciones de José Antonio, tras volver desde Italia en abril de 1935: «la idea central del Fascismo, de la unidad del pueblo en un Estado totalitario, es la misma que la de Falange Española»; en GIL PECHARROMAN, J.: *José Antonio Primo de Rivera, retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy, 2003, p. 342.

⁵⁵ BORDONI, C.: *Cultura e propaganda nell'Italia fascista*, Messina-Firenze, G. d'Anna, 1974, p. 25.

⁵⁶ «Il fascismo come rivoluzione intellettuale» de un discurso de Giuseppe Bottai en una conferencia pronunciada en Roma el 27 de marzo de 1924; en: DE FELICE, Renzo, *Autobiografía del fascismo. Antología de testi fascisti 1919-1945*, Torino, Einaudi, 2001, p. 138.

coinvolgere tutti, isolava chiunque potesse opporsi, o anche solo nutrire scetticismo nei confronti dell'instaurazione dello stato totalitario: [...] un rinforzo essenziale della dittatura»⁵⁷.

El jonsismo actuó en esta dirección hasta la integración, en febrero-marzo de 1934, entre las filas de Falange. Si por aquella época Italia y Alemania se habían consolidado como Estados totalitarios, efecto de la ola revolucionaria fascista, España –según los jonsistas– permanecía en un estatus de «revolución pendiente». La incapacidad de realizar un partido de masas, los contrastes internos y la indiferencia de ciertos sectores de las Derechas (disconformes a la hora de fraternizar con Falange), estaban perjudicando el camino revolucionario marcado por los fundadores del jonsismo. Sin embargo, la «revolución pacificadora» planteada por Onésimo Redondo había virado hacia soluciones más concretas durante la primavera de 1932; las carencias políticas –incapaces de dirigir al país hacia nuevas perspectivas– favorecían la necesidad de una intervención urgente y sistemática. Un preludio al desastre que poco después desencadenará el conflicto civil de 1936:

La guerra se avecina, pues; la situación de violencia es inevitable. [...] Es necio rehuir la guerra cuando con toda seguridad nos la han de hacer. Lo importante es prepararla, para vencer. Y para vencer, será preciso, incluso, tomar la iniciativa en el ataque⁵⁸.

⁵⁷ SHERIDAN ALLEN, W.: «Come si diventa nazisti. Storia di una piccola città 1930-1935», *Torino, Einaudi*, 2006, p. 192. (ed. original: *The Nazi Seizure of Power*, Chicago, Quadrangle Books, 1965).

⁵⁸ «Nueva Política. Cómo se realiza hoy la guerra», *Libertad*, nº 44, 11 de abril de 1932.

EL MOVIMIENTO ANTES DEL MOVIMIENTO: DE LAS ASOCIACIONES CATÓLICAS A FET DE LAS JONS. EL CASO DE VIGO

Luis Velasco Martínez
Universidad de Santiago de Compostela

Martín Codax y el fascismo en Vigo

El fascismo encontró un blanco perfecto para su esfuerzo propagandístico entre un grupo de personas jóvenes, de ambos sexos, muchos de ellos con estudios universitarios o medios, cercanos al catolicismo y a la URD, y un indudable antimarxismo y nacionalismo español: la agrupación Martín Codax con su revista homónima. La ciudad de Vigo contó desde diciembre del año 1932, con una asociación juvenil, vinculada a la acción católica y a la CEDA, llamada Martín Codax. Fundada por el sacerdote Emilio Álvarez Martínez, entre sus primeros integrantes encontramos apellidos relacionados con la Acción Católica de la ciudad: Seoane Buján, Pastoriza Álvarez, Oria Berea, Carrera Lorenzo, Montaña Montaña, Blanco Pérez, Gascón Fernández, Soneira Díaz, Romero Romero, etc. Algunos de estos poco más tarde se relacionarían con *Renovación Española*, caso de Manuel Campos Gómez, y con Falange Española como José Vázquez Fernández, posterior secretario local de la organización desde mucho tiempo antes del golpe de estado¹.

Su primer interés fue desarrollar obras teatrales a través de las que sufragar otras actividades benéficas, educativas en la mayoría de los casos, entre la clase obrera viguesa. Así los diarios de Vigo *El Pueblo Gallego* y *Faro de Vigo*, solían informar de las actividades educativas de Martín Codax en sus páginas de información local, loando generalmente la implicación benéfica de la agrupación, aunque en un principio obviarán que estas las realizaba concretamente un grupo concreto de jóvenes dirigidos por Álvarez Martínez, relacionando las actividades directamente con la Acción Católica local². Este sacerdote fue acusado tras el golpe de Estado por parte del exilio gallego en Buenos Aires de ser el gran defensor del falangismo en la ciudad y de haberse encargado de sostenerlo a través de Martín Codax. Las veladas en la escuela nocturna,

¹ *La Nueva España*, 6-10-1936, p. 5.

² *El Pueblo Gallego*, 26-2-1933, p. 5.

para recaudar fondos para las clases impartidas a los obreros y sus hijos en la *Escuela Nocturna Obrera* fueron convirtiéndose en un llamamiento tópico en las secciones locales de la prensa viguesa desde el primer día³; en estas primeras actuaciones representaban un sinfín de obras cómicas, en cada entreacto otros miembros de la agrupación desarrollaban otra amplia variedad de actividades que iban desde los recitales poéticos hasta la interpretación de piezas de música clásica y de canciones propias de la música tradicional gallega⁴. Realizándolas todas ellas en la *Escuela Nocturna Obrera*, un círculo cultural destinado a darle formación práctica a los obreros vigueses –a la altura de 1934 contaría con unos 700 socios–, organizado desde el asociacionismo católico local, bajo el apadrinamiento de algunos notables de la *Unión Regional de Derechas*, la filial gallega de la CEDA. No en vano las reuniones de este grupo político en Vigo se desarrollaban en los locales de la escuela⁵, curiosamente los mismos locales que la agrupación Martín Codax utilizaba para sus actuaciones, ensayos y reuniones.

Con posterioridad al éxito de la primera actuación a principios de 1933, a mediados de enero de ese mismo año se bautizó al grupo definitivamente como Martín Codax y se comenzó a trabajar en las siguientes obras a realizar en la misma *Escuela Nocturna Obrera* para la que habían ido destinados los beneficios de la anterior representación. Las fechas para las nuevas representaciones fueron los días 27 de febrero, 7 de mayo y 28 de mayo. Esta última de una significación especial, ya que fue un homenaje al propio Álvarez Martínez.

Tras unos meses de descanso y aprovechando la temporada estival que dejaba libres a muchos de sus integrantes, aún escolares, comenzaron a realizar una serie de viajes por los alrededores de Vigo con distinta suerte. Así en Carballiño cosecharon cierto éxito⁶, pero la falta de coordinación con la Acción Católica de Ribadavia supuso un desastre económico en su visita a esta villa. Tras este suceso, el seis de agosto, después de otra infructuosa actuación fuera de Vigo, los miembros de la agrupación mantuvieron un enfrentamiento violento en la localidad de Baiona contra elementos

³ *El Pueblo Gallego*, 6-1-1933, p. 5.

⁴ *Ibid.*

⁵ MÍGUEZ MACHO, A; CABO VILLAVARDE, M.: «Reconquistar Galicia para Cristo. Un balance del catolicismo social en Galicia (1890-1936)», *Ayer*, 79 (2010), p. 242.

⁶ *Martín Codax*, nº 3, 1935, p. 2.

hostiles⁷. Si bien el *choque* tuvo un nulo interés por parte de la prensa local, que no reflejó en sus páginas este suceso y sus resultados, lo cierto es que este primer incidente nos otorga una información en nada desdeñable.

Por una parte la agrupación cultural Martín Codax fue vista como un enemigo y/o un grupo susceptible de ser atacado por las fuerzas políticas obreras en función a la composición sociopolítica de sus miembros y las ideas políticas que pretendían difundir a través de sus actuaciones y de su propia existencia como asociación constituida⁸. Un suceso que necesariamente se habría debido a razones estrictamente políticas, ya que el atacante se trataba de un grupo *entorpecedor de la labor que Martín Codax venía realizando*⁹; esa labor dirigida por la Acción Católica a través de un sacerdote sólo podría tener su contrapunto en fuerzas políticas antagónicas a los valores de la Acción Católica. No en vano el fundador de Martín Codax era conocido entre los círculos izquierdistas y obreros de Vigo como *El reisiño*¹⁰ y se le acusaba de ser inspirador de numerosos choques entre fuerzas izquierdistas y fascistas. Vinculado por las mismas fuentes con la dirección falangista viguesa de los primeros momentos del alzamiento nacional¹¹ también fue acusado por estas de convivir con una mujer, aparentemente amancebado, durante años¹². Álvarez Martínez fue un personaje muy conocido en Vigo, donde presidió la Beneficencia Municipal, además de ocupar un puesto en el claustro del primer instituto de enseñanza media de la ciudad¹³, donde desempeñó la cátedra de Religión Católica¹⁴.

Este primer incidente violento de los agrupados de Martín Codax, junto a la evidencia de que la guía espiritual y política del grupo recayera en un sacerdote con la fama de Álvarez Martínez, nos da muestra de que el clima de violencia política existente era patente, pese a que no sea fácilmente diagnosticable dado el aparente desinterés de buena parte de la prensa olívica por este tipo de sucesos, pese a todo, las fuentes orales también nos informan de que en Vigo los casos de choques entre

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

¹⁰ FLORY, J.: *Galicia bajo la bota de Franco. Lo que han hecho en Galicia: episodios del terror blanco en las provincias gallegas contados por quienes los han visto*, Santiago de Compostela, Alvarellos, 2005, p. 137 y ss.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

¹³ SEGOVIA LAGO, A.: «O ilustre prelado vigués», *Atlántico Diario*, 31-5-2008.

¹⁴ *Ibid.*

personas próximas a las organizaciones políticas de derechas y elementos izquierdistas eran algo bastante habitual¹⁵. Una afirmación que no podemos contrastar sistemáticamente con la prensa viguesa del momento, ya que guardamos constancia de algunos incidentes semejantes a través de las notas de prensa emitidas por corresponsales de otros periódicos en Vigo¹⁶, que no eran reproducidas por los rotativos locales olívicos. En este sentido podría abrirse un interesante campo de estudio, centrado en los intereses o intenciones que podrían haber llevado a la prensa local por ocultar o no informar de algunos incidentes violentos protagonizados por jóvenes fascistizados.

Así hemos logrado tener constancia de violencia política ejercida por grupos fascistas en el desarrollo de acciones de propaganda, lanzamiento de panfletos, etc. Un ejemplo son los sucesos del 17 de septiembre de 1934 recogidos por *La Vanguardia* de Barcelona. Durante su transcurso un grupo de falangistas interrumpieron la proyección de una película en un cine ambulante ubicado en la Puerta del Sol de Vigo, chocando contra elementos de extrema izquierda y causando un gran revuelo, que originó varias detenciones entre las filas fascistas, incautándose también propaganda falangista¹⁷. Es de destacar que este tipo de sucesos cobran magnitud por el momento en el que se desarrollan, justo a las puertas de la revolución de Asturias de 1934, en medio de un airado escándalo nacional surgido por la interceptación de cargamentos de armas destinados a una inminente revolución asturiana, y con la entrada de la CEDA en el gobierno radical de Lerroux¹⁸.

Tras la reciente destitución del alcalde socialista Emilio Martínez Garrido¹⁹, el alcalde agrarista –y monárquico²⁰– provisional de Vigo Ángel Campos Varela, hasta ese momento teniente de alcalde, tendría la deferencia de presidir el gran acto que dio a conocer definitivamente a la agrupación Martín Codax en la sociedad viguesa: la jornada en honor a su fundador²¹. El miércoles 28 de mayo de 1934, el Teatro García Barbón de Vigo abría sus puertas para rendirle un sentido homenaje a Álvarez

¹⁵ «Entrevista a Alejandro Moldes Rabal», *Historga*, nº 455, Antonio González Lomba, 20-12-1988.

¹⁶ *La Vanguardia*, 18-9-1934, p. 24.

¹⁷ *La Vanguardia*, 18-9-1934, p. 24.

¹⁸ P. ej. vid. RUIZ, D.: *Octubre de 1934: revolución en la República española*, Madrid, Síntesis, 2008.

¹⁹ *ABC*, 11-3-1934, p. 5.

²⁰ *El Pueblo Gallego*, 14-4-1931, p. 6.

²¹ *El Pueblo Gallego*, 13-4-1934, p. 8.

Martínez entre el loor de sus acólitos. Durante el transcurso del mismo, el director artístico de la agrupación recordó los fundamentos ideológicos sobre la que esta planteaba toda su labor social y artística: arte, cultura, progreso y beneficencia²².

Ideal este último en el que Álvarez Martínez insistía en centrar la actividad de la agrupación cultural, dado su carácter de funcionario municipal al frente del Negociado de Beneficencia de la ciudad²³, no en vano la derecha católica y tradicional española, también la que fue fascistizada durante los años veinte y treinta, tuvo una especial querencia hacia adoptar actitudes de cariz paternalista con la clase trabajadora²⁴. Este tipo de discurso, teóricamente apolítico, estaba lleno de citas comunes sobre la *raza*, la esencia católica, la necesaria dirección de la sociedad conforme valores puros y cristianos, de una juventud activa y renovadora, de una juventud lista para dirigir el futuro, etc.²⁵.

El secretario general del ayuntamiento, Juan Baliño Ledo –durante la Guerra Civil secretario de la comisión gestora municipal presidida por el comisario de guerra José Giménez García²⁶– sería el encargado de loar al *Reisido*, junto a destacados asociados de Martín Codax²⁷, la prensa local y la directiva del *Centro Orensano de Vigo*²⁸ –inaugurado el 6 de febrero de ese mismo año por Basilio Álvarez²⁹, en ese momento diputado radical³⁰–, dando así por finalizado un acto total de exaltación del clérigo, su vida y obra, así como de la asociación por él fundada. Frente a ellos, aplaudiéndolos, se encontraban los representantes de las familias con más fuste y solera de la sociedad viguesa del momento, si bien no fue hasta noviembre de 1934 cuando se constituyeron legalmente como asociación y formaron su primera junta directiva legal el presidente Emilio Torrado Lima, el secretario José Vázquez Fernández y el tesorero

²² *Martín Codax*, nº 2, p. 5.

²³ *Archivo Histórico Municipal de Vigo*, PLE-174, 3-4-1936.

²⁴ CASADO PÉREZ, D.: «Apunte histórico de la construcción de los servicios sociales», ÍD.; FANTOVA AZCOAGA, F.: *Perfeccionamiento de los servicios sociales en España: informe con ocasión de la Ley sobre autonomía y dependencia*, Madrid, FOESSA, 2007, p. 108.

²⁵ *Martín Codax*, nº 2, p. 5.

²⁶ *Archivo Histórico Municipal de Vigo*, PLE-175, 22-7-1936.

²⁷ Ameijeiras Arca, Elena de Arana, Adela y Carmen Nogueira, Ángeles Méndez, Seoane Buján, Vázquez Fernández, Pastoriza Álvarez, Martín Valdés, Macías Alonso, Ochaita, etc. *Vid. El Pueblo Gallego*, 13-4-1934, p. 8.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *ABC*, 6-2-1934, p. 27.

³⁰ ARBELOA MURU, V.M.: *La Iglesia que buscó la concordia (1931-1936)*, Madrid, Encuentros, 2008, p. 56.

Manuel Campos Gómez³¹. Su primera intención fue desarrollar una serie de actividades culturales destinadas a colmar las expectativas de los intereses que habían declarado sus estatutos, centrados en estimular la creatividad artística, las obras de beneficencia y el progreso, a través de la ayuda al menesteroso y al obrero. Pero tras esos loables intereses también se escondía el claro interés por parte del catolicismo militante para organizar a su juventud y utilizar esta nueva asociación, en principio cultural y proautonomista, como una organización que tendría una triple utilidad mucho más útil para sus patrocinadores económicos y políticos.

Por una parte sirvió como vivero de sus futuros cuadros políticos dentro de las clases medias viguesas, por otra permitió a la Acción Católica disponer de jóvenes militantes influyentes en la actividad cultural de la ciudad, situándolos además en los focos de decisión política de la ciudad y alrededores, como por ejemplo en la administración municipal olívica, así como en el seno de las formaciones políticas de una derecha católica fragmentada: el Partido Republicano Conservador, Falange Española de las JONS, el Calvosotelismo y el tradicionalismo; la teórica independencia política de la agrupación Martín Codax resultaba menos real de la imagen que se pretendía dar. Si bien la variedad de militancias era una realidad, esa misma política de la que pretendía huir parecía marcar una serie de límites ideológicos claros entre los que se moverían los diferentes individuos participantes del proceso de constitución, arraigamiento y desarrollo de la agrupación.

En tercer lugar estos afiliados hicieron una interesante labor de acercamiento a las clases populares viguesas a través de una señalada acción cultural y social. Particularmente a través de su participación en la financiación de las escuelas para obreros, la elaboración de cursos radiados de las más variadas temáticas a través de la emisora local³² Radio-Vigo³³, espectáculos literarios o teatrales radiados y representados en los principales teatros de la ciudad y de los pueblos del entorno (O Carballiño, Baiona, Ribadavia, etc.), charlas literarias, deportivas, etc. Todo ello sazonado continuamente de veladas, o en ocasiones claras, referencias hacia la

³¹ *El Pueblo Gallego*, 17-11-1934, p. 3.

³² Para ver el papel de la radio *vid.* GARITAONANDIA, C.: *La radio en España, 1923-1939. De altavoz musical a arma de propaganda*, Bilbao, Siglo XXI, 1988.

³³ *El Pueblo Gallego*, 4-2-1936, p. 6: vocera de la ultraderecha, y nos ofrece sin rebozo su mercancía, con la insistencia que sólo solía poner en recomendar ciertas pastillas para el catarro.

situación social del país, la necesidad de reconstituir la moral pública y las costumbres en él, sin olvidar el pertinente interés por reorganizar y dirigir el proceso de concesión de autonomía política la región antes de que el proceso fuera dirigido por los enemigos de la unidad nacional de España.

Es de destacar la participación de falangistas en esta organización y en la redacción de su órgano mensual homónimo. Así José Vázquez Fernández, importante dirigente de la Falange viguesa antes de la rebelión militar de julio de 1936, ejerció como director de la publicación y como secretario de la agrupación, su hermano Jesús, que además de estar agrupado en Martín Codax también era afiliado falangista; también encontramos a falangistas como Emilio Torrado Lima, Silvio Pérez Arias Francisco Rodríguez Nogue, Eduardo Canitrot Robles o los niños Alfonso Sobrino, Celestino Vázquez y su hermano Lisardo Vázquez, estos tres últimos formando parte de la *Organización de Balillas de Falange Española de las JONS*³⁴.

La implicación falangista en una publicación de este tipo no deja de ser esperable, tanto por el perfil socioeconómico del agrupado de Martín Codax, como por la retórica españolista, las actividades desarrolladas desde la asociación, o la mezcla de ambas. No en vano el grupo de teatro de la agrupación Martín Codax, quizá la sección de la misma más conocida en la ciudad y en los alrededores, se había especializado desde sus mismos comienzos en la representación de obras de José María Pemán y Pemartí, el famoso articulista, dramaturgo y escritor conservador, pluma habitual en *Acción Española*, del que en la agrupación eran fervientes admiradores, a fin de cuentas desde el primer número se advierte que un retrato firmado del mismo preside el local de reuniones del grupo³⁵. Una situación bastante curiosa a la luz del nombre con el que se bautizó la agrupación, el de un trovador en lengua gallego-portuguesa de los siglos XIII y XIV, al que se hará constante referencia durante los números de la revista que se irán sucediendo hasta que llegue la rebelión, principalmente a través de homenajes y la reproducción de poesía en lengua gallega. Un interés por la literatura gallega que les llevará a publicar en numerosas primeras páginas versos del autor que dio nombre a la agrupación, aunque también tendrían espacio para homenajes a otros

³⁴ *Martín Codax*, nº 19, p. 3.

³⁵ *Martín Codax*, nº 1, p. 4.

autores gallegos como Rosalía de Castro³⁶, así como para la publicación de numerosas composiciones en gallego de diferentes agrupados. Este amor por su lengua vernácula sorprendentemente compatible con su admiración por José María Pemán, les llevaría a homenajear a este a través de toda una serie de composiciones musicales con letras en gallego que interpretaría el agrupado Varela Saavedra³⁷. José María Pemán visitó a la agrupación Martín Codax durante su visita a la ciudad olívica de 1935, en ella se celebró la ceremonia en la que aceptó ser agrupado de honor –el honor se le había concedido con anterioridad³⁸–, e incluso accedió a permitir que la sección de teatro de la agrupación pudiera representar sus obras de forma gratuita, sin cobrar sus derechos de autor. Este, quizá fue el acto social más importante al que hizo frente la organización desde su creación, sólo igualado por un homenaje semejante y ya citado al Marqués de Valterra³⁹. Durante el desarrollo de esta visita del escritor gaditano a Vigo, se le rindieron diferentes homenajes por parte de la comunidad política contrarrevolucionaria y conservadora local, concentrándose la mayoría de los mismos en el homenaje que Martín Codax le brindó en el Café Savoy, el lugar de reunión habitual de la clase acomodada y de los contrarrevolucionarios vigueses del momento.

A priori, un lugar en el que se fomenta la poesía en la lengua gallega, no parece el lugar adecuado para que se localice a un nacionalista español extremo como los miembros de la Acción Católica y de las Juventudes de Acción Popular de la ciudad de Vigo, por más que esta visión pueda quedar más o menos matizada en función a la capacidad de ocultación de la agrupación, este regionalismo expuesto desde la agrupación fue matizado a través de una gruesa capa de localismo exacerbado en forma del *viguismo* propuesto desde la asociación Martín Codax⁴⁰.

Este aprecio por su ciudad, por su futuro y por la defensa de la propia identidad de Vigo dentro del contexto gallego llevó a la agrupación a convertirse en uno de los principales baluartes defensores de la urgente necesidad de construir un aeropuerto en la ciudad⁴¹, dentro de una campaña emprendida por los diarios generalistas de la

³⁶ *Martín Codax*, nº 6, p. 5.

³⁷ *Martín Codax*, nº 5, p. 5.

³⁸ *Martín Codax*, nº 6, p. 8.

³⁹ *Martín Codax*, nº 5, p. 1.

⁴⁰ Entre otros: *Martín Codax*, nº 8, p. 1; íd., nº 1, p. 3.; íd., nº 8, p. 1.; íd., nº 17, p. 1.

⁴¹ *Martín Codax*, nº 6, p. 1.; íd., nº 7, p. 4.; íd., nº 8, p. 4.

localidad y que tendría su máximo baluarte en el casarista *El Pueblo Gallego*⁴². Una posición que no significará en absoluto que Martín Codax tenga una posición contraria a la creación de una autonomía en Galicia, sino que la defenderá por entender que significa un paso más en la defensa de la unidad de la patria y en la integración en ella de una Galicia que le ha aportado a España uno de sus símbolos más importantes, su patrón: el apóstol Santiago⁴³. Aunque tampoco debemos llamarnos a engaño, la defensa de la autonomía reclamada desde la asociación Martín Codax así como desde la Acción Católica y la Unión Regional de Derechas, a cuyas juventudes pertenecían la mayoría de sus afiliados y que formaban parte de las JAP, se circunscribía a una serie de características muy específicas, fuera de las cuales no podría ni debería haber lugar para la autonomía⁴⁴. Esta podría ser muy positiva para Galicia y para España, o muy negativa dependiendo únicamente de quién guiara los designios de la nueva autonomía política. Desde la denuncia de que la propaganda autonomista parecía reducir esta a ser la autonomía del *Frente Popular*, por el silencio de los partidos de la derecha sobre ella, los agrupados de Martín Codax denunciaban que la batalla política por la conquista del poder autonómico en Galicia sería la antesala de la reconquista de España; no podría haber una autonomía gallega capaz de ayudar a la regeneración de España si no estuviera en manos de aquellos miembros de la clase política enemigos de Dios y amigos sólo de repartirse un botín pactado de antemano en las antesalas de la presentación de candidaturas del *Frente Popular* para las anteriores elecciones de febrero de 1936⁴⁵.

Para esta cita electoral anterior, la agrupación a través de su órgano de prensa había decidido reclamar paz social para la ciudad, en aquel momento inmersa en una situación de gran tensión por motivo de las elecciones generales y la amenaza de huelgas por parte de los sindicatos, amenaza que se acabaría concretando en la convocatoria de las centrales sindicales para el día 27 de abril, momento a partir del cual se acabaría de dinamitar la paz social en la ciudad disparándose una conflictividad que ya sólo pararía la rebelión militar y la represión subsiguiente⁴⁶. En este contexto en el que desde los meses de noviembre y diciembre los tiroteos se suceden en Vigo

⁴² *El Pueblo Gallego*, 07/12/1933, p. 10.

⁴³ *Martín Codax*, nº 18, p. 1.

⁴⁴ *Martín Codax*, nº 18, p. 6.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ GIRÁLDEZ LOMBA (et alii): «Vigo», en WOUTERS, M. (ed.): *1936: Os primeiros días*, Vigo, Verais, 1993, pp. 19-44.

con frecuencia, y en los que suelen tener que ver diferentes militantes de Falange Española, el órgano de la agrupación Martín Codax no en vano formada y dirigida por un buen número de militantes y simpatizantes de dicho movimiento, saldrá a la palestra para defender el honor de sus agrupados, así como el de los militantes encausados de Falange Española por reyertas callejeras y diferentes episodios de violencia política en la órbita de aquellos reconocidos por Fernando Meleiro en la ciudad de Ourense.

Tanto en la capital de las Burgas como en la ciudad olívica, la violencia política desarrollada por los falangistas en enfrentamiento directo con las fuerzas y sindicatos obreros se había convertido en una interminable cadena de acciones y respuestas que habían desarrollado una interminable concadenación de sucesos violentos que no pocas veces habían terminado con algún muerto. En las propias páginas de Martín Codax, veremos cómo el agrupado de más rango entre los que militante en la Falange, el secretario *codixta* José Vázquez Fernández, mano derecha del *Reisño* en sus actividades culturales y sociales, defenderá a capa y espada la inocencia de Luciano Conde Rodríguez⁴⁷, un falangista acusado de matar a un obrero de filiación comunista en diciembre de 1935⁴⁸. Como vemos, los agrupados no eran indiferentes ante los más graves sucesos que ocurrían en la ciudad, especialmente si un falangista estaba involucrado en ellos, algo que no es de extrañar, pues había falangistas en Martín Codax desde antes de su misma constitución como asociación, y no cualquiera, sino alguno de los fundadores del partido fascista en Vigo. Xavier Ozores Pedrosa, era mucho más que un *vinculeiro* cualquiera y el legítimo propietario del pazo de *La Pastora* era el mejor contacto con la alta sociedad viguesa tanto de Falange Española como de la agrupación Martín Codax. En los jardines de su pazo se desarrolló la fiesta en homenaje a los dos más egregios amigos de la asociación cultural fundada por el padre Álvarez Martínez: el Marqués de Valterra y don José María Pemán –no en vano ambos eran agrupados de honor–. Podría ser muy posible que en ese mismo jardín se llevara a cabo parte de la planificación y los prolegómenos de la rebelión militar viguesa de julio de 1936, así como de la preparación de toda la represión política

⁴⁷ *Martín Codax*, nº 11, p. 5.

⁴⁸ *La Voz de Galicia*, 20-12-1935, p. 8.

subsiguiente a la misma. Sin duda alguna, Falange Española y la agrupación cultural Martín Codax tuvieron en común algo más que el gusto de sus dirigentes por el teatro.

¿Martín Codax una asociación fascista?

Los rasgos fascistas de Martín Codax se hacen especialmente evidentes a través de la implicación de personajes destacados de la militancia falangista viguesa anterior al estallido de la guerra; no obstante, estos estarán acompañados de una mayoría de militantes de las JAP agrupados en Martín Codax, que si bien estarán sometidos a un proceso de fascistización y hasta cierto punto podrían ser considerados fascistas, *strictu sensu* no estaríamos hablando de falangistas. Tal y como dijimos que plantea Lowe, las JAP fueron de una manera u otra fascistas, e incluso para muchos llegaron a suponer el gran peligro fascista dentro de la España de los años treinta, aunque relatos como el de Meleiro en Ourense nos rebajen considerablemente las expectativas revolucionarias y violentas que cabría esperar, por lo menos, de estos japistas de provincias.

Lo que no deja de ser cierto, pese al escaso o aparentemente escaso radicalismo y culto a la violencia del fascismo japista en Galicia, es que pasaron a integrarse de forma masiva en Falange Española una vez que esta fue ilegalizada. En ese caso, si algo cabría esperar es que el proceso de fascistización al que se sometían la propias *Juventudes de Acción Popular* a través de sus rituales iniciáticos, de sumisión y aceptación total del líder, de culto aparente –aunque fuera más retórico que práctico– a la violencia, al orden, a la disciplina y, cómo no, a la tradición entendida desde una óptica fuertemente influenciada por el corporativismo y el regeneracionismo, sería que se convirtieran con la llegada del proceso de radicalización política de la vida española, en la organización fascista y violenta en la que se acabaría convirtiendo Falange Española. Quizá, la explicación más plausible que podamos encontrar para esta incógnita pueda ser que realmente la derecha accidentalista republicana encarnada por la CEDA y por la URD en Galicia, nunca dejó de ver posible continuar jugando con la baza democrática, o por lo menos pretendería guardar las formas con el juego democrático con las mínimas garantías de poder continuar aspirando a ser un jugador de nivel en el juego electoral. Algo que evidentemente no podrían acabar de hacer radicalizando irreparablemente a sus juventudes. El ejemplo alemán era cercano,

Hitler llegó al poder con el beneplácito de las derechas tradicionales germanas, bien les podría parecer a las derechas españolas que, en ocasiones, afianzar de alguna manera las expectativas fascistas españolas a base de apoyarlas económicamente o con otros medios, podría ayudar a las mismas a recuperar el poder, incluso a utilizar al fascismo y hacer de él un peón más en su particular partida electoral. No obstante no parece que este planteamiento hubiera sido el adecuado, al contrario, en pleno proceso de descomposición política de la CEDA, tras las elecciones de 1936, el grupo mayoritario de la oposición no tenía un líder que la dirigiera, sino que de forma efectiva este rol lo desempeñaba José Calvo Sotelo, el gran financiador de Falange Española a nivel general del Estado. Además a esta falta de fuerza política, se le sumó no sólo la casi total descomposición de las JAP en unos pocos meses después de perder las elecciones, sino el trasvase en masa de sus afiliados a otra organización política, recién ilegalizada, extraparlamentaria y, además, que había pasado a rehusar abiertamente el juego político parlamentario para intentar tomar el control en las calles a través del pistolero y con una clara vocación violenta y de acceder al poder por el ejercicio de la misma.

En este contexto, es evidente que nos encontraremos fascistas en Martín Codax, incluso de una forma u otra debemos aceptar que esta asociación habría sufrido de forma directa un proceso de fascistización que, a fin de cuentas, vendría dado por el que estaban sufriendo sus miembros. No obstante, no podríamos decir que Martín Codax fuera una agrupación fascista. Entre otras cosas porque de una forma u otra, había aceptado un proceso de división autonómica del Estado, por muy concretas que fueran sus cláusulas de aceptación. Martín Codax como grupo aceptaba la viabilidad hasta julio de 1936 de una posible región autónoma gallega dentro del marco del Estado integral republicano. Si bien hasta la propia Falange tenía ciertas veleidades regionales –por ejemplo antes del 18 de julio tenía un jefe territorial que agrupaba orgánicamente el mando sobre las cuatro provincias gallegas: Jesús Suevos–, la asunción de una parte importante de la identidad gallega no podría ser compatible con un fascismo centrado en la nación española, sino más bien en el juego posibilista de los partidos dentro del sistema. Unos partidos que en un proceso de regresión electoral sufrido escasos meses antes, no podían menospreciar la oportunidad de que se crearan nuevas estructuras administrativas capaces de ejercer como eventual

contrapunto de poder frente a la dirección central del Estado y, además, como válvula de escape de las tensiones internas propias de los partidos fuera del gobierno y, por tanto, con una cantidad muy limitada de cargos institucionales con los que saciar el ansia de sus cuadros de mando. En otras palabras, una mayoría de la derecha contrarrevolucionaria estaba dispuesta a seguir con el juego legal y parlamentario republicano para lograr de forma pacífica cuotas de poder, aspiraban a crear *gibraltares vaticanistas* –en palabras del líder socialista Indalecio Prieto refiriéndose a la autonomía vasca del lehendakari Aguirre– por toda España a través de las autonomías regionales⁴⁹. Una realidad esta que otra buena parte de la derecha contrarrevolucionaria española, especialmente aquella extraparlamentaria y/o fascistizada en mayor medida, no estaba dispuesta tolerar⁵⁰.

Desde luego Martín Codax era una asociación fuertemente españolista, su amistad con José María Pemán, del que continuamente representaban sus obras ante los obreros vigueses, sus continuos ciclos en homenaje a los grandes escritores del *siglo de oro* de la literatura española como Lope de Vega o Calderón, las proclamas unitarias dentro de su aceptación del modelo autonómico, o incluso la galleguización del nombre de uno de sus patronos y, además, fundador de la Falange viguesa Xavier Ozores Pedrosa, parece que permitirían aceptar cierto grado de veleidades regionalistas, generalmente reducidas a muestras puramente floclóricas, del fascismo español en Galicia, pudiendo explicarse la existencia de un jefe territorial de Galicia de Falange Española, simplemente por la necesidad de agrupar y coordinar a unos núcleos falangistas desperdigados y muy alejados entre sí y de Madrid.

En todo caso, el grado de implicación verídica de los agrupados de Martín Codax en el falangismo vigués es reducido. Efectivamente hemos podido seguirle la pista a unos cuantos, algunos más representativos que otros para la organización de José Antonio Primo de Rivera en la capital olívica, pero estos no dejan de ser una muestra muy localizada de *radicales opulentos*. Las bases reales del falangismo estarían ocultas bajo *las catacumbas*, si en una reunión detenían a cuarenta y dos personas, ¿cuántas podrían ser en total las implicadas en la organización falangista viguesa? El doble, quizá

⁴⁹De la GRANJA SAINZ, J.L.: *Nacionalismo y II República en el País Vasco: estatutos de autonomía, partidos y elecciones: historia de Acción Nacionalista Vasca, 1930-1936*, Madrid, Siglo XXI, 2008, p. 153.

⁵⁰ABC, 24-4-1936, pp. 20-21.

el triple, no lo sabemos, pero en todo caso, serían algo mayores. Los agrupados de Martín Codax que se descubren como afiliados a Falange Española con anterioridad al 18 de julio nos dan una idea de que estamos hablando aproximadamente de, como mínimo una veintena más de personas, quizá el doble. Pero no podemos dejar de tener en cuenta que a partir de la rebelión militar el auge de las afiliaciones y de las altas en el partido realizadas por *free riders* y por elementos que buscaban limpiar su historial de pasados relacionados con organizaciones o personas de izquierda pueden nublar y hasta cierto punto falsear el dato del número real de falangistas, o de la capacidad real de movilización política de estos con anterioridad al golpe de Estado, una vez fueron descartados los resultados electorales de febrero de 1936 como fuente válida de datos por poder conducirnos a importantes errores de cálculo dadas las incongruencias entre el número de falangistas que contrastamos en otras zonas y el de votos emitidos a sus candidaturas⁵¹.

La defensa de Falange por parte de Martín Codax quedará en evidencia a través del falangista José Vázquez Fernández en su artículo de diciembre de 1935, en el que pretende limpiar el honor del falangista acusado de matar a un obrero de filiación comunista⁵². Si bien debemos suponer que la revista editada por la organización tenía una tirada bastante limitada y que, igualmente, sus actividades tenían una importante limitación de seguimiento en directo, el medio de comunicación por el que Martín Codax más podría haber influido en la sociedad y en la juventud viguesa habría sido el nuevo medio de comunicación de masas: la radio. Como plasmamos antes, Radio Vigo estaba dirigida en aquel momento por un falangista y había sido acusada desde *El Pueblo Gallego* por hacer abiertamente propaganda de tintes fascistas, probablemente el temor del rotativo casarista no fuera exactamente el fascismo, sino la propaganda para las candidaturas de la URD que se haría desde la emisora, pero no deja de ser reseñable que quizá, la información más precisa sobre el grado de fascistización de la agrupación hubieran podido ser grabaciones de aquellas alocuciones radiadas⁵³. En cierta forma la propaganda de la URD y el proselitismo fascista que se pudiera realizar de forma velada desde los medios codixtas serían todo uno; de la misma forma que

⁵¹ GREGORIO MOSQUERA, P.: «Breve síntesis del nacionalsindicalismo gallego en la España de la Segunda República», Santiago de Compostela, USC, 2009, p. 144.

⁵² *Martín Codax*, nº 11, p. 5.

⁵³ *Martín Codax*, nº 11, p. 2.

nos encontramos la defensa de un falangista realizada por otro falangista en las páginas del órgano de la asociación, podemos encontrarnos la visita del mismo agrupado falangista a las nuevas instalaciones de la Juventud Católica en compañía de la plana mayor de la asociación⁵⁴, o las duras críticas de la estricta moral católica de los miembros por las atrevidas proyecciones cinematográficas de los cines de la ciudad⁵⁵. No en vano la heterogeneidad de los miembros de la agrupación era la suficiente como para que entre sus simpatizantes realizaran donaciones a la biblioteca del grupo con temáticas tan curiosas como *La vida en Marte*, *El martirio de Jesús*, o *La Cartuja de San Bruno y sus hijos por un Cartujo del Aula Dei* (sic), entre otras.

Estos anecdóticos títulos, recogidos de entre los fondos de la biblioteca *Álvarez Martínez* de la agrupación Martín Codax, pretenden ser un breve ejemplo de que la fascistización y los fascistas que había en esta asociación, como probablemente en otras de su tipo en otros lugares de la geografía española, era mayúscula. Y que pese a poseer ciertos rasgos identificativos comunes, y a haber sufrido una misma alienación política, es muy probable que muy pocos de los individuos a los que consideramos o englobamos políticamente dentro del fascismo, como individuos más o menos comunes, tuvieran una noción real de lo que significaba el fascismo, por más que ellos de una forma consciente o inconsciente estuvieran participando en él, una realidad, que bien pudieramos considerar no sólo para los individuos sino también para el conjunto de estos y de la que no podría excluirse a asociaciones como Martín Codax.

Conclusiones

En la asociación Martín Codax de Vigo, y en su órgano periodístico, nos hemos encontrado un lugar de encuentro de las diferentes familias políticas que más tarde formarían el llamado *Movimiento Nacional*; desde miembros de la URD hasta católicos, japistas, falangistas y tradicionalistas pasaron por la membresía de la asociación, participando activamente en su labor benéfica así como en sus actividades propagandísticas.

⁵⁴ *Martín Codax*, nº 10, p. 2.

⁵⁵ *Martín Codax*, nº 10, p. 7.

El estudio de este tipo de asociaciones, cercanas a la Acción Católica y con afiliados, simpatizantes y colaboradores provenientes de un amplio abanico ideológico dentro de la derecha política del momento, nos parece especialmente interesante.

Este interés viene dado por tratarse de asociaciones y lugares de encuentro en el que socializaron y compartieron experiencias políticas, organizativas, asociativas, benéficas y escuadristas elementos de las diferentes familias ideológicas y organizativas que pasarían a integrarse posteriormente en el *Movimiento Nacional*.

En este sentido entendemos que hasta la fecha, el interés historiográfico en torno a las diferentes familias que englobaban la amalgama política e ideológica que sustentó el golpe de Estado y que dio carga política al mismo durante la guerra y la postguerra, se ha detenido de forma bastante específica en la difererenciación entre sus diversos actores ideológicos, pero no en torno a los procesos comunes de socialización anteriores a la guerra. Dicho de otra forma, la historiografía ha visto con interés los incidentes y las confrontaciones internas entre las diferentes familias del régimen antes, durante y después de la guerra, pero se ha detenido poco en los procesos de socialización comunes a través de la participación en los mismos elementos asociativos, como clubes juveniles, femeninos, etc.

Entendemos que, a través de este tipo de estudio, ampliado numérica y geográficamente, podrían desarrollarse nuevas líneas de investigación sobre la aparición y proliferación de elementos y formas de fascistización en la derecha política española de los años treinta, así como sobre el papel real y cualitativo desempeñado por afiliados y simpatizantes de Falange en el mismo. Así, el estudio de las categorías parafascistas en el futuro no debe descartar el estudio de las asociaciones culturales ni de los sujetos integrados en ellas, para comprender su utilidad y funcionamiento como vías de inculturación política fascista en la España de los años treinta.

EL FALANGISMO EN CRISIS CON LA CRISIS DE FEBRERO DE 1956

Jesús M. Zaratiegui
Universidad de Navarra

Cuando cruzaba el ecuador de las cuatro décadas de vigencia del régimen (1936-75), el franquismo sufrió una crisis, un cambio de rumbo, connotado por el definitivo declive del falangismo como hilo conductor y el progresivo encumbramiento de la nueva corriente tecnocrática. La larga pugna entre el sector tradicionalista (Carrero, Iturmendi, López Rodó, *Arbor*)¹ y el falangista (Ruiz-Giménez, Laín, Tovar, Sánchez Bella, Artajo)² se saldará, tras los sucesos de febrero de 1956, con la salida de Ruiz-Giménez y Fernández Cuesta. Aunque el exministro de Educación declaró que «cualquier parecido con la realidad era mera coincidencia», es decir, que no tenían nada que ver el cese simultáneo, todos sabían que Franco había aplicado su sentido del equilibrio sacando del Gobierno a las cabezas de los dos estilos de falangismo: el ortodoxo y el falangismo liberal.

Paradójicamente, esta defenestración abrió un periodo de esperanza al encargar Franco a otro falangista, Arrese, la elaboración de un *corpus* legislativo para los siguientes diez años. Fue un año, de febrero a febrero, en el que la ilusión renacida dio paso a la amargura de la derrota. Pareció repetirse en doce meses el proceso vivido en veinte años: ascenso de Falange, que copa la dirección del Estado Nuevo; vaciamiento de la sustancia falangista en el constructo del Movimiento; declive final. Para entender la reacción de los sectores de Falange, una vez lanzado el proyecto Arrese, sucesor de Fernández Cuesta en la Secretaría General del Movimiento y en el ministerio, conviene examinar primero las razones que llevaron al país a ese punto de paroxismo.

La confrontación entre los sectores tradicionalistas y falangista había tenido su punto álgido en torno a 1950 cuando Calvo Serer y Laín, cada uno atrincherado en su revista (*Arbor* y *Revista del Instituto de Estudios Políticos*), habían contendido sobre el ser de España (*con problema o sin problema*) y las soluciones que cada grupo (*inclusivos y excluyentes*) puso sobre la mesa (aglutinar lo mejor de las energías de los

¹ DÍAZ, O.: *Rafael Calvo Serer y el Grupo Arbor*, Valencia, 2008.

² RUIZ-GIMÉNEZ, J.: *El camino hacia la democracia. Escritos en «Cuadernos para el diálogo» (1963-1975)*, Madrid, 1985.

españoles, de uno y otro bando; o el contenido en el lema de: «España, o será católica, o no será»). Los años posteriores fueron de debilitación de los dos grupos, el falangista por el desgaste de Ruiz-Giménez en su tarea de ministro desde 1951; el grupo *Arbor* con la caída en desgracia de Calvo Serer, su inspirador y motor, tras la publicación de su famoso artículo en *Écrits de Paris* (XI/53). El antaño poderoso grupo *Arbor*, con su aliado López Rodó, segundo de Albareda en el CSIC, comenzó a astillarse como recuerda Calvo Serer:

Cuando en 1953 la «tercera fuerza» se esforzaba en plasmar en realidades su programa mediante la publicación del referido artículo de Calvo Serer en París, el administrativista empieza a dudar de las posibilidades políticas de tal operación y decide en consecuencia abrirse paso por otros caminos, tras haber hecho propias algunas de las ideas políticas de Calvo Serer. Así es como López Rodó comienza a aglutinar a un grupo de influencia creciente, el llamado «tecnocrático», que con el tiempo iría consiguiendo el nombramiento de ministros como López de Letona, López Bravo, Allende, Liñán, Monreal, Mortes³.

Una extraña relación amor-odio porque López Rodó declarará en 1957 que «hemos venido a llevar a cabo el programa de Rafael», aunque Rafael Calvo Serer encontrase estomagante este aparente plagio de sus ideas.

López Rodó había conseguido la colaboración de López Amo para hacer frente a la política que, desde el Ministerio de Educación, venía desarrollando Ruiz-Giménez. A fines de 1955 hizo circular un dossier político contra Ruiz-Giménez a quien acusaba de desarrollar una acción cultural que favorecía a los comunistas. Con la ayuda de Iturmendi, que habló a Franco en su favor, consigue ser secretario general técnico de la Presidencia. Allí se convierte en la eminencia gris de Carrero, ayudante de confianza de Franco. Su estrella seguía ascendiendo y creará la escuela de funcionarios de Alcalá, en pugna con un proyecto alternativo de *Escuela Nacional de Administración* que promovía Sánchez Bella y en el que este intentó involucrar, sin éxito, al *Instituto de Estudios Políticos*. Su director, Lamo de Espinosa, contestó (11/XII/56) que, muy a su pesar, no contaban con medios para lanzarse al proyecto.

Hasta 1956 todos –falangistas y tradicionalistas– habían intentado operar desde el Estado. A partir de entonces, ya no se piensa en la unidad *de* España (hacia atrás), sino en la integración *en* Europa (hacia adelante). Es un importante cambio de perspectiva

³ CALVO SERER, R.: *Mis enfrentamientos con el poder*, Barcelona, 1978, p. 53.

que se va a completar con la insistencia de Juan XXIII en la sociedad, y no en el Estado: la libertad religiosa del Concilio Vaticano II frente a la unidad católica del Estado español, que se entenderá como libertad de conciencia. Este cambio copernicano dejó a los católicos dirigentes franquistas en un estado de confusión mental.

La crisis de 1956 fue la de mayor calado que había sufrido el régimen desde 1936⁴. Franco creyó que todo se le iba de las manos porque fueron varios los frentes que hicieron crisis simultáneamente: la organización institucional, sin nuevas leyes desde 1948 (nueve años estáticos); la economía, ahogada por una autarquía insoportable; las bases (Falange) se están desviando; los dos grandes acuerdos del 53 (Estados Unidos y Vaticano) no habían resuelto los graves problemas por los que atravesaba España; la universidad estaba descontrolada. La situación era descrita en una nota que preparó López Rodó en enero para que Carrero la hiciera llegar a Franco, sobre «La situación política española al comenzar 1956»⁵. A lo largo de 1955 Franco había precisado que la estructura política española era la monarquía popular y social, encarnada en la dinastía de Alfonso XIII. Era el desarrollo de las formas políticas que le sostuvieron en la guerra: falangistas, católicos, y monárquicos. La nota describe las distintas etapas recorridas por el régimen. La nacional-sindicalista (1936-45) se asoció a los regímenes totalitarios aliados; la estabilización interior y la imagen exterior exigió dar primacía a los católicos (1945-54); y el eclipse de la democracia cristiana abría la fase de tono monárquico. Pero la lealtad que los monárquicos mostraron en las dos primeras fases parecía no ser correspondida por falangistas y católicos desde 1955. «La actitud antimonárquica, antitradicional de determinados elementos falangistas en colaboración con otros elementos católicos» se ha agravado hasta hacer oposición desde dentro del Gobierno, se queja en la nota citada.

Estas muestras de rebeldía del conjunto falangista-católico se habrían acentuado durante 1955: en febrero, con motivo del Día del Estudiante Caído, el plante de los estudiantes falangistas agrupados en torno a Jorge Jordana, instrumento de Francisco J. Conde, director del *Instituto de Estudios Políticos*; los artículos antimonárquicos en *Haz*, periódico nacional del SEU; la hostilidad sorda de *Arriba* hacia la monarquía; gritos falangistas antimonárquicos en la conferencia en el *Ateneo* del antiguo

⁴ ARRESE, J. L.: *Una etapa constituyente*, Barcelona, 1982.

⁵ Archivo General Universidad de Navarra (AGUN). Fondo López Rodó (LLR). Caja 462/01.

embajador italiano Cantaluppo; mutilación del monumento a la Infanta Isabel por individuos cercanos al Frente de Juventudes; propaganda clandestina para disolver la FE y de las JONS, y volver a la primitiva Falange Nacional-Sindicalista. Todo un catálogo de esa creciente oposición «desde dentro».

La nota acusa del enrarecido clima universitario al ministro de Educación Nacional Joaquín Ruiz-Giménez, a sus directores generales (Pérez Villanueva y Fernández Miranda), a los rectores de Madrid (Laín) y Salamanca (Tovar), y a la actitud de Dionisio Ridruejo en los cursos de Santander. Todos ellos falangistas. La Escuela Central de Mandos del Frente de Juventudes se habría convertido en «un hervidero de demagogia y de rebeldía». Las reuniones de falangistas con socialistas (Zaragoza) y anarquistas (Barcelona) parecían buscar una conversión de la OSE en remedos de la UGT y la CNT. El Congreso de Jóvenes Escritores, la publicidad de la película *Muerte de un ciclista* de J. Bardem, los actos tras la muerte de Ortega. En definitiva, «pasan como franquistas, pero sin Franco». El escrito convenientemente situado por Carrero en El Pardo echa al fuego la leña que Franco necesitaba para alarmarse más aún y hacer la minicrisis de febrero.

En realidad, la desafección de la intelectualidad respecto al régimen es un proceso que venía produciéndose desde comienzos de los cincuenta, pero no es casual este sincronizado desencanto de algunas de las cabezas que habían sido soporte del proyecto franquista. Veamos tres ejemplos, ordenados por orientación política, de derecha a izquierda: Calvo Serer, Ruiz-Giménez y Ridruejo.

Rafael Calvo Serer nació en Valencia en 1916⁶. Estudió Filosofía y Letras y sacó la Cátedra de Historia Moderna por la Universidad Central en 1942. Amplió estudios en Basilea, Zúrich y Friburgo. En el CSIC, dirigió la revista *Arbor* desde 1947, el Departamento Internacional de Culturas Modernas, y el Departamento de Filosofía de la Cultura, puestos en los que cesó en 1953. Como delegado de la Junta de Relaciones Culturales trabajó para el establecimiento de las relaciones culturales con diversos países de la Europa Occidental (1946-49). En estos años publicó dos obras de filiación integrista: *España sin Problema* (1949); y *Teoría de la Restauración* (1952). En 1953 publicó un polémico artículo en la revista francesa *Écrits de Paris*. Franco conocía el artículo ya que Calvo Serer se lo había hecho llegar a través de Jorge Vigón, pero no le

⁶ DÍAZ, O., *Rafael Calvo Serer...*, op. cit., pp. 17-18.

gustó que lo publicase fuera. Calvo Serer perdió todos sus puestos en el CSIC y en *Arbor*, y pasó a formar parte del Consejo privado de don Juan de Borbón. De 1966 a 1971, presidió el Consejo de Administración de FACES, sociedad editora del diario *Madrid*. En 1958 publicó su libro *La fuerza creadora de la libertad*, fruto de su estancia en los Estados Unidos, en el que se distancia de sus posiciones conservadoras intransigentes. Así pues, en 1956 Calvo Serer comenzó este viraje que le llevará en los años setenta a firmar en París el documento constitutivo de toda la oposición en el exilio.

Joaquín Ruiz-Giménez, ministro de Educación entre 1951 y 1956, ya había iniciado la apertura hacia posiciones liberales cuando, nada más tomar posesión de su cargo, colocó en puestos clave a personas como Laín y Tovar. Su política de mano tendida dirigida a recuperar a todos los que habían militado al lado de la República, para sacar lo mejor de cada uno, le había ganado la animadversión de los más duros del régimen. Además, su empeño por desactivar la fuerza del grupo *Arbor*, con la complicidad del CSIC (López Rodó y Albareda) y del *Ateneo* de Madrid, donde Pérez-Embid era presidente, junto a las innovaciones en el sistema de formación de tribunales de cátedras universitarias, hicieron de esos cinco años un infierno por la pugna encarnizada entre los dos grupos.

Ruiz-Giménez justifica su apoyo a Franco tras la Segunda Guerra Mundial por su habilidad para no meternos en ella, luego todos los países reconocieron a España («el régimen no era tan antidemocrático») y, sobre todo, porque el régimen lo habían hecho realmente los católicos. Pero el examen más profundo en Roma durante el Concilio de estos hechos le llevó a la crisis de conciencia política que se inicia

... cuando yo, en el ejercicio de mi cargo de ministro, me pongo en contacto con las realidades de casi todas las provincias españolas, de los pueblos españoles; cuando me encuentro con la imposibilidad de aumentar las escuelas porque carezco de fondos; cuando me doy cuenta de que hay una gran insensibilidad en los sectores más importantes del sistema para dedicar a educación nacional las cantidades necesarias para hacer una auténtica política de educación de todo el mundo; cuando veo que hay cerrazón por parte de sectores tradicionales para realizar una enseñanza media lo más igualitaria posible; cuando me tropiezo con que desde el punto de vista de las Universidades y mi deseo de incorporar de nuevo a elementos valiosos que estaban exiliados, se produce una campaña que poco a poco va minando mi crédito y mi prestigio dentro del gobierno⁷.

⁷ VILAR, S.: *Protagonistas de la España democrática*, Barcelona-París-Madrid, 1968, p. 458.

El viraje se va a consolidar en sus años de Salamanca (1956-60) que «fueron decisivos para mi profundo cambio, no de mis creencias religiosas básicas, como en mi enfoque de la Filosofía del Derecho, para enraizarla en el terreno sustancial de los derechos humanos fundamentales y de la organización democrática de los poderes públicos»⁸. En un clima de diálogo con los colegas de docencia por encima de diferencias ideológicas, especialmente con «Enrique Tierno Galván, porque merced al esfuerzo de comprensión recíproca y de diálogo sin veladuras, sobre el duro pasado, el difícil presente y el incitante futuro, logramos pasar de una patente animadversión, por no decir hostilidad, a una estimulante cooperación; él, desde su marxismo doctrinal, nunca tergiversado, y su agnosticismo religioso, pero con delicado respeto al creyente, y yo desde mi fe cristiana y mi ya firme voluntad de acción democrática, hasta lograr una sincera sintonía en nuestras perspectivas». También allí se reconcilia con Giménez-Fernández con motivo de una conferencia que dio este sobre Fray Bartolomé de las Casas. Esta postura de integración recibirá las críticas de Serrano Suñer: «era contradictorio porque cortejaba a la vez a Franco, a Juan XXIII y al PCE»⁹.

Tierno Galván estaba en Salamanca desde 1953 y se calificaba como no católico y no falangista, según cuenta su discípulo Raúl Morodo¹⁰. Una conferencia en el IEP de Javier Conde, teórico del falangismo proalemán, introductor de Schmitt y de los teóricos de la revolución nacional, le marca y queda fijado como antirrégimen y como «enemigo interior». Tierno venía siendo discretamente trabajado no por el PCE, que tenía escaso peso entonces, sino por el PSOE cuyo liberado, Antonio Amat, visitaba al profesor en Salamanca. Será precisamente Amat quien en marzo de 1955 anuncia una próxima entrevista de Teodomiro Menéndez, enlace habitual con disidentes del interior como Ridruejo.

Cerramos el triángulo con Dionisio Ridruejo, el hombre más a la izquierda del grupo, que se debatía por no romper con el franquismo. «En el año 1955 consideré que esta tentativa era quimérica, que nada podría hacerse sin fuertes presiones sociales y que el gran problema era que el pueblo español había perdido su conciencia civil. Había, pues, que devolvérsela. Por lo tanto, había que situarse en el extrarradio

⁸ RUIZ-GIMÉNEZ, J.: *El Concilio del siglo XXI*, Madrid, 1987, pp. 131-147.

⁹ SAÑA, H.: *Franquismo sin mitos: conversaciones con Serrano Suñer*, Barcelona, 1982, pp. 323-325.

¹⁰ MORODO, R.: *Atando cabos*, Madrid, 2001, pp. 131-147.

del Régimen, para crear un movimiento de conciencia social en el país»¹¹. Los contactos de los socialistas con el antiguo líder falangista, a través del Movimiento Socialista de Catalunya, se habían iniciado en Madrid a comienzos de 1955¹². Su participación en el movimiento estudiantil le lleva a la cárcel: «eso representó para mí algo que no hubiese conseguido con 50 conferencias: mi presentación al público que no pertenecía a la familia triunfadora».

Precisamente unos días antes de ser detenido, Ridruejo escribió (24/I) a Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores, quejándose por la suspensión de las revistas falangistas *Ínsula* e *Índice*, hasta entonces toleradas por el régimen como manejables, y «que por el mero hecho de existir y de manifestarse en su independencia y su apoliticismo daba al régimen una patente –seguramente inmerecida– de liberalismo y moderación»¹³. Las dos se sentenciaron al publicar un número monográfico a Ortega, muy laudatorio. El público de *Ínsula* estaba en el exterior, «era el puente entre una España intelectual no comprometida pero respetuosa y respetada, con un mundo propenso a no creer semejante posibilidad de una vida intelectual en España no ya libre, sino siquiera en “libertad vigilada”. He aquí que llevan razón». Pero más grave era el caso de *Índice*, una revista creada por el régimen y cuyo director era un falangista excombatiente: «Representaba entre nosotros uno de los varios intentos para demostrar que el Régimen –al menos como hecho consumado y punto de partida– tenía posibilidades de apertura, de inclusión, de interrogación, de progreso perfectivo». Para arrancar posibles brotes de liberalismo, el Ministerio de Información suspendió estas dos revistas culturales que llevaban diez años publicándose. *Índice* tiraba 7.500 ejemplares, *Ínsula* 3.500. Meses antes había pasado lo mismo con las revistas estudiantiles *Alcalá* y *Haz*, por incluir artículos con críticas a la política educativa del Gobierno.

Los generales Aranda y Kindelán eran también parte de esa «oposición manejable» que el dictador permitía. Se movían en círculos parecidos a los de Ridruejo. En carta a Don Juan el 31 de enero de 1956, el general Aranda le reprochaba la sospechosa coincidencia de declaraciones con las de Franco y que revelaría el giro

¹¹ RIDRUEJO, D.: *Entre literatura y política*, Madrid, 1973, p. 216.

¹² MATEOS, A.: *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974*, Madrid, 1993, p. 52.

¹³ Ridruejo a Martín Artajo, 24 enero 1956 (AGUN/MPS/006/027).

franquista que había dado Estoril. «En virtud de tal acuerdo, los monárquicos pasamos de la oposición bien fundada a la fusión con los beneficiarios del Régimen, aceptando todas y cada una de sus Leyes y principios», una «Monarquía atada previamente de pies y manos» por un régimen que «ha caído en la falta absoluta de libertad»¹⁴. Reprocha al Borbón que con ese viraje pierde el apoyo de las masas obreras y de muchos monárquicos. Así Aranda se separa definitivamente de Don Juan, al que acusa de plegarse a Franco.

Seguir a estos personajes en torno a 1955 permite hacerse una idea del ambiente político en la España franquista en vísperas de producirse los disturbios estudiantiles que condujeron a la mayor crisis del régimen. Había otro problema ya citado: la actitud abiertamente contraria de Falange. No se trataba de gritos aislados contra Franco (en Orense, en el Valle de los Caídos) sino de un desenganche de lo que entendían era la tendencia vencedora, la monárquica patrocinada por Carrero y López Rodó. Fernando Herrero Tejedor se preguntaba: ¿tiene aún Falange una misión? Se cumplía el XX aniversario de la visita de José Antonio a Ávila: muchos españoles viven en condiciones miserables, y eso seguía igual, «todavía está pendiente nuestra revolución», dijo Herrero. Franco también se había excusado porque han sido «20 años críticos, azarosos, de inquietudes fuertes, en que hemos prevalecido con honor, con gloria y con éxito». El lema de Franco (unidad sin fisuras) comenzaba a crear problemas incluso a hombres adictos como Tejedor.

El líder falangista ponía el dedo en la llaga al hablar de muchos correligionarios «amargados por las brutales experiencias de los últimos decenios», y «los que se retiran a disfrutar de su propio bienestar». Este era el resultado de una diferente actitud ante la política (el absentismo de muchos años estaba dando paso a una mayor implicación); pero la elección de la cita debió poner nervioso a más de un asistente al acto: «Laín Entralgo en *Sobre la cultura española* ha dicho que las generaciones pasan por tres tiempos: vivencia inicial, polémica y cumplimiento (...) tras la primera fase de absentismo, ahora marchan en busca de una polémica que de nosotros depende sirva para remachar una vez más las verdades profundas y permanentes de España»¹⁵. No aludió al progresivo desenganche de Falange del rector de la Universidad de Madrid.

¹⁴ FRANCO SALGADO-ARAUJO, F.: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, 1976, p. 161.

¹⁵ Palabras de F. Herrero Tejedor en Ávila, 11 de enero de 1956.

Herrero Tejedor le da la vuelta calificando de positiva esa insatisfacción, es lo menos que se podía esperar de los hijos del 18 de julio. Y recordaba unas recientes palabras aduladoras de Fernández Cuesta a Franco: «nos enorgullece su apasionada fe, su constante acicate, su crítica exigente porque se prueba que la capacidad de sugestión de nuestra doctrina, a pesar del desgaste del tiempo, de los embates de la realidad, de la fatiga propia y del odio enemigo, sigue intacta». La insatisfacción uniría al Movimiento y a José Antonio. Esa juventud insatisfecha ha de ser recogida, encauzada, como había pedido el Caudillo: «Yo apelo a las generaciones nuevas para que se apresten a la tarea, y pido a los fatigados (...) se acojan al retiro honroso de quienes han servido». Como las bases se estaban desenganchando porque no veían que ese extraño constructo del Movimiento fuera a dotarles de «una doctrina común, de unos principios básicos e insoslayables», apelaba al peligro rojo, «ahora cubierto con la capa de la paz y la tranquilidad». Que en 1956 el régimen agitara el espantajo del comunismo («nos hemos acostumbrado a él») indica el grado de desafección de los hombres que habían hecho la guerra, y de la juventud que les sucedió.

El mensaje de los jóvenes falangistas era nítido en el artículo «El descontento no es una postura negativa», publicado en *La Hora* (II/56). ¿Qué pide la juventud a sus mayores?: que los muertos entierren a sus muertos. «Una misma postura de sinceridad, de intentar el diálogo, la proximidad entre todos los españoles, unido al deseo de no desfasarse históricamente, de encontrarse en constante actualidad, de ser capaces de realizar lo que el momento histórico exige, son los dos fundamentales elementos que encuadran el pensamiento político de la juventud». La actitud de la juventud era una carga de profundidad para el régimen. Quieren la superación de la vieja distinción en izquierdas y derechas. No comprenden el llamado «problema de los intelectuales», en el diagnóstico de la enfermedad nacional. Valoran todo lo que de auténtico hay en Menéndez Pelayo y en Ortega, y la aportación de ambos a los problemas nacionales. No hay que mirar atrás para trazar el camino del futuro. Se entiende que leyendo semejantes artículos en revistas adictas, Franco interpretara correctamente que había perdido el control de una gran parte de la Falange, sobre todo, de sus elementos jóvenes.

Así lo percibió también el inquieto monárquico Pablo Beltrán de Heredia que en carta (4/III) a Eugenio Vegas Latapié juzgaba peligrosos los disturbios estudiantiles

«por el fermento de subversión revolucionaria que demuestran. Es indudable que para hablar hoy a los estudiantes hay que comenzar manifestándoles una absoluta insolidaridad y disconformidad con todo lo actual». La situación y la respuesta del poder político y de los intelectuales, era la que se dio en 1931. Pero si entonces la única salida fue el socialismo, cree que ahora lo será el comunismo. Los intelectuales tendrían que «volver a entonar el “No es esto, no es esto” (...) Es preciso hacerse con los jóvenes (...) quienes hoy reclaman posturas sinceras y ejemplares»¹⁶. Es el momento de proclamar su independencia ideológica, aunque eso suponga disidencias y rupturas. Ve a los jóvenes envueltos en los disturbios en la confusión generada por el nacionalcatolicismo, y se plantea proclamar que «se puede ser un perfecto católico sin compartir las opiniones políticas de las jerarquías eclesíásticas españolas». En el orden práctico propone «rechazar, para cualquier empresa que se acometa, la colaboración de nadie que, directa o indirectamente, mantenga contactos activos con el Régimen». Ese tipo de persona incontaminada es escasa y habría que buscarla entre los jóvenes: «para ofrecer a la juventud, desalentada y descontenta, un cauce de disconformidad con el Régimen opuesto al cauce liberal, que, cándida e ingenuamente, les proponen Laín, Tovar y demás compinches».

La violencia que se desbordó en los incidentes estudiantiles venía incubándose desde inicio de curso. En octubre de 1955 hubo un intento desbaratado por la autoridad gubernativa de celebrar en Madrid un congreso universitario de escritores jóvenes, auspiciado por el rector Laín, y promovido por Tamames, Pradera, Múgica y Sánchez Dragó¹⁷. En diciembre, el ministro de Educación Ruiz-Giménez crea el círculo cultural «Tiempo Nuevo», en cuyos locales prepararon (I/56) los cuatro un manifiesto pidiendo la celebración del congreso. La tensión se desborda al celebrarse las elecciones estudiantiles sin control del SEU en Derecho (7/II). Acude la Centuria XX de la Guardia de Franco, que agrede al decano Torres López y a varios estudiantes. Unos 500 de ellos van en manifestación por la Gran Vía para informar a los de Medicina de lo ocurrido. Al día siguiente, los falangistas acuden a Derecho y cantan el *Cara al sol* ante la lápida de los Caídos que había sido apedreada. Algarada delante del ministerio de Educación, carreras, los falangistas rompen cristales del «Colegio

¹⁶ Pablo Beltrán de Heredia a Eugenio Vegas Latapié, 4 de marzo de 1956 (AGUN/PBH/05/022).

¹⁷ LÓPEZ RODÓ, L.: *Memorias*, Barcelona, 1990, p. 38-39.

Estudio», dirigido por Jimena Menéndez Pidal. El 9 de febrero, Día del Estudiante Caído (en honor del asesinado Matías Montero en 1933), hay un acto ante el monolito de la calle Víctor Pradera al que asiste la plana mayor falangista. Sale de allí una manifestación, chocan con grupos de estudiantes, y cae herido de bala Miguel Álvarez, del Frente de Juventudes. Nunca se aclaró pero parece que fue un falangista el autor del disparo. El Consejo de Ministros del día 10 decidió el cierre de la Universidad de Madrid y la suspensión de los artículos 11 y 18 del Fuero de los Españoles (sobre libertad de residencia y sobre detención gubernativa). La reunión en la sede de la SGM decretó la expulsión del Partido de Dionisio Ridruejo al que se consideraba inspirador del manifiesto leído por los estudiantes. En los cuarteles se habló abiertamente de Don Juan, que venía preparando el terreno con promesas de aumentar los salarios¹⁸.

Franco decretó (15/II) el cese de Ruiz-Giménez y de Fernández Cuesta (les sustituyen Rubio y Arrese). Los fieles de Ruiz-Giménez, como Sopeña, acuerdan irse con él; Francisco Yndurain dimite (17/II) como rector de Zaragoza, coincidiendo con la llegada del nuevo ministro, y se va dos años a Berkeley. Otros, como Torcuato Fernández Miranda, se quedan en el nuevo equipo de Rubio (como director general de Enseñanzas Universitarias). En la toma de posesión (16/II) el exministro de Educación juega al despiste y dice que es una mera coincidencia la doble dimisión. Se reanudan las clases en Madrid (28/II). De la importancia de la crisis dan fe: un informe de Dionisio Ridruejo (1/IV), y la carta-memorial de Girón a Franco (19/IV), de los que nos ocuparemos más adelante.

Arrese fue convocado (14/II) por Franco en El Pardo¹⁹. Ese día el futuro ministro come con Iturmendi, Cavestany y Lamo de Espinosa, se declara ajeno a cualquier posible compromiso político, y les cuenta lo que le ha dicho Franco: hay una reacción neoliberal en la universidad, él se siente incómodo, la Falange se le iba de las manos. Se le pide una actuación de disciplina y orden. Se resiste aunque intuye «una serie de posibilidades infinitas», y se ve más capacitado que Raimundo para reconducir la Falange por el buen camino. La respuesta de Arrese: «Lo que usted mande. Le debo la vida» (alusión quizá al indulto de Salamanca). La prensa habla de «cambios

¹⁸ CRÉACH, J. : *Le cœur et l'épée*, Paris, 1958, pp. 366-367.

¹⁹ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, *op. cit.*, p. 16.

ministeriales, dando tu nombre como posible Secretario General, en sustitución de Raimundo Fernández Cuesta (...) eres la única persona, por tu prestigio, que en estos momentos puede sustituir a Raimundo, figura señera en nuestra Falange. Desde luego, de ser así, te va a corresponder uno de los periodos más delicados y de mayor responsabilidad para el futuro del Movimiento. Han sido muchos los años que han pasado sin que se previeran futuras contingencias»²⁰. Era una remoción y «expresión auténtica de una nueva vitalidad». Los cambios dejan «entrever una vuelta al significado de los Gobiernos del año 40 y 41 (...) ha triunfado la tendencia exclusivista de Arrese sobre la colaboracionista de Raimundo». En efecto, Arrese se planteó como objetivo legislar para que al morir Franco continuara el Partido, aunque no se lo dijera con esa claridad al Caudillo.

Arrese revela el reagrupamiento de las fuerzas falangistas que tenía en mente el día de su toma de posesión (16/II)²¹. Sabe que Girón, antiguo compañero de estudios en los jesuitas de Orduña, no ha aceptado la Secretaría General del Movimiento, convencido de que tendría que dismantelarla, pero puede contar con él pues está proponiendo entusiastas planes para hacerse con la universidad. En concreto, Girón sugiere a Salas Pombo crear en la Universidad Central un seminario de Estudios Sociales y Sindicales, para contrarrestar: 1) la corriente roja o «progresista»; 2) «la corriente democristiana que pretende, con su Instituto Social León XIII, monopolizar el “socialismo” no marxista y formar los únicos sociólogos preparados del país. Sociólogos que luego nos los encontramos, a merced de su asepsia política aparente, hasta en la sopa haciendo traición»²². También tiene sugerencias para hacer de *Pueblo* un instrumento eficaz sindical. Arrese montó rápidamente su equipo con la inestimable ayuda del vicesecretario Salas Pombo: Girón a Obras Sociales; Ismael Herraiz como Delegado Nacional de Prensa del Movimiento; para la delegación Justicia y Derecho trae a Tomás Gistau; a Navarro Rubio lo hace secretario nacional de Sindicatos, aunque había chocado con Raimundo, cuando este vetó la propuesta de Sanz Orrio. Con esto, pensaba Arrese que era suficiente ya que Martín Artajo y Carrero cubrían la «representación de los sectores y organizaciones católicas».

²⁰ Valdés Larrañaga a Arrese, 15 de febrero de 1956. AGUN. Fondo Valdés Larrañaga (04/010).

²¹ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, op. cit., pp. 20-28.

²² Girón a Salas Pombo, 22 de febrero de 1956. AGUN. Fondo Salas Pombo (06/040).

Es interesante el análisis que hace de la crisis un hombre tan cercano a Carrero y a Arrese como Calvo Serer²³. La crisis corta soluciones seudorrepublicanas y posterior fracaso del proyecto Arrese lo atribuye a su parecido con las «constituciones de países soviéticos». Así se justificó la amplia renovación (II/57) con generales monárquicos (Vigón, Alonso Vega) y lo que «quedó en posición destacada fueron los neo-franquistas tecnócratas». Después de crisis fueron «decapitadas» las organizaciones de política cultural: Conde, del Instituto de Estudios Políticos a Filipinas; Sánchez Bella, del Instituto de Cultura Hispánica a Santo Domingo; García Gómez, del Instituto de Estudios Árabes a Irak; el teórico dirigente del Instituto Español de Cooperación Internacional (Calvo Serer) ya había sido desmontado (XII/55), Yndurain deja Zaragoza. Pero no adelantemos acontecimientos.

Arrese se había formado una idea de hasta dónde llegar en su reforma sin alarmar a Franco ni defraudar el cheque en blanco que le había dado, y eso se notaba en las reuniones de un gabinete consciente de su provisionalidad. En sus anotaciones sobre los consejos de ministros, sobre la resaca de los incidentes en la universidad: «un pisto de mandilones y de incautos de derecho pide el indulto de los estudiantes de la última huelga»²⁴. A Franco le había disgustado «el artículo de *Ecclesia* sobre los sucesos estudiantiles, Artajo pasa muy mal rato pero el comentario y el tema son supervividosos. Justicia: Habla del procesamiento de los enredadores estudiantiles y no me gusta la intervención de Arrese que quiere derivar el asunto a la jurisdicción de la Falange contentándose con una simple corrección disciplinaria». Sin embargo, unos días más tarde (16/III) Vallengano se quejará de que –Arrese– «no informa ni dice nada a diferencia de Fernández Cuesta que poco o mucho siempre informaba algo. Supongo que será nueva táctica y despachará con el Caudillo pero para esto ¿para qué un Ministro?».

El equipo de Arrese comenzó a trabajar sobre el proyecto de reforma. Bajo la experta dirección de Salas Pombo, el grupo del *Instituto de Estudios Políticos*, formado por Conde, Fraga y Fueyo, tuvo pronto un borrador de lo que algunos llamarían «constitución soviética». Si hemos de hacer caso a la versión de Suárez el proyecto

²³ CALVO SERER, R.: *Franco frente al Rey. El proceso del Régimen*, París, 1972, pp. 14-17.

²⁴ Cf. Notas del consejo de ministros tomadas por el conde de Vallengano, 23-24/II/56. AGUN. Archivo Conde de Vallengano (77/01).

de Arrese se basaba en la ponencia (Ley del Poder Ejecutivo) que había redactado (XI/55) una comisión presidida por Jorge Jordana Fuentes e integrada por Antonio Castro Villacañas, Mario Hernández Sánchez-Barba, Manuel Galea, César García Sánchez y Gabriel Elorriaga²⁵. No quiso relación alguna, aunque le fue ofrecida, con el grupo de Vigón, Pérez-Embid y Calvo Serer que afirmará: «enseguida montamos la oposición a las leyes totalitarias». El 4 de marzo Arrese anuncia en Valladolid su programa inmediato: institucionalización, paso a la juventud y ganar la calle. Parece que revivía la Falange como las flores en primavera. De la lectura de las memorias de Arrese se deduce que sostuvieron una fase ascendente en el ánimo de Franco y en la aceptación unánime por parte de la clase política franquista hasta el mes de junio²⁶. A comienzos del verano de 1956 fue posible incluso una crisis política que beneficiara tan netamente al sector falangista del régimen y que le permitiera ocupar, a la vez, la subsecretaría de Presidencia, Información, la Secretaría General del Movimiento y Exteriores, desplazando para ello a Martín Artajo.

Son los meses en los que Franco confía en el ministro que infunde un dinamismo nuevo a las tareas de gobierno. Arrese convence al Caudillo de celebrar consejos de ministros quincenales, y activa la Junta Política del Movimiento (se reunirá cada dos meses, cuando antes lo hacía solo para aprobar los presupuestos de la Secretaría General)²⁷. Choca, en cambio, con el cardenal Segura, tan santo como molesto, que recuerda a Arrese que él es el único arzobispo de Sevilla. El motivo es una doble y antigua ambición de Falange: la participación de todos, no solo del dinero, en los beneficios de la producción, y la intervención de la mano de obra y de la técnica en la dirección de la empresa²⁸. Para remediarlo, Franco tiene (1/V) en Sevilla una de sus tres intervenciones capitales en 1956 (las otras dos ante el Consejo Nacional y en Badajoz). Habla a las Falanges sevillanas y parecía querer convencerlas de la necesidad de una Monarquía, pero al mismo tiempo creyéndose ante una organización respaldada por una fuerza que no tenía. Habla de la intangible supremacía del Movimiento y, ante el asombro de unos y el entusiasmo de otros, dice que riadas de

²⁵ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Francisco Franco y su tiempo*, Madrid, 1984/V, p. 265.

²⁶ TUSELL, J.: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, 1984, pp. 392-398.

²⁷ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, op. cit., pp. 33-34.

²⁸ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, op. cit., p. 42.

boinas rojas y camisas azules arrollarían a los que tratasen de oponerse a su primacía (aunque llevaran arreos cardenalicios). Se refiere a la monarquía que con tantos recelos acabó en 1931, ahora somos «un Movimiento de unidad, de jerarquía, un Movimiento de autoridad; somos como una pirámide que en la punta hay una persona, y tenemos una disciplina y una obediencia. En nada se aproxima esto a una república, a un régimen presidencialista. Somos de hecho una monarquía sin realeza, pero somos una monarquía»²⁹. Era un respaldo al desairado Arrese cuando dijo: «la Falange podría vivir sin monarquía, pero no la monarquía sin la Falange».

Es interesante ver cómo se recibió el discurso en Estoril donde Ramón Padilla, secretario de Don Juan, apunta que, a tenor de lo dicho en Andalucía «Franco se dispone a la evolución hacia una Monarquía falangista y esta operación que no cuenta con el Monarca, con los Monárquicos, ni con el país, corre el riesgo de realizarse en falso (...) Hay unas Leyes en preparación redactadas sin consulta ni contacto con nadie, fuera de un pequeñísimo grupo que actúa dentro del Partido y a las órdenes inmediatas de Arrese y del Jefe del Estado»³⁰. Ve a Franco muy presionado por los hechos recientes (Marruecos, huelgas, huelgas universitarias, proceso Girbau) y poco propicio a las peticiones que iban a hacerle Martínez Campos y Andes en su próxima audiencia: que en la redacción de esas leyes estén presentes ellos (los monárquicos), la Iglesia y el Ejército.

Un primer borrador de Arrese comenzó a ser estudiado por los ministros a finales de mayo. Girón pensaba que era un error sacarlo tan pronto a la luz porque tenía aún sin resolver la consolidación del nuevo equipo de la Secretaría General del Movimiento³¹. Arrese no provocó la crisis a tiempo, y adelantó el proyecto de reforma a este hecho. Luego le echaría la culpa a la subida de salarios. En muy pocos días toda la plana mayor del franquismo conocía los detalles del escrito. Hubo algunas tibias muestras de apoyo pero su antecesor Fernández Cuesta adelantó sobre las leyes en preparación: siguen la concepción soviética del poder político ejercido al margen del Gobierno y por organismo distinto, y las Cortes quedan desactivadas. En palabras de Calvo Serer, Arrese «tuvo el mérito de poner al descubierto el vicio fundamental del

²⁹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Francisco Franco...*, op. cit., pp. 288-293.

³⁰ Ramón Padilla a Juan Tornos, 5 de mayo de 1956. AGUN. Archivo Conde de Vallellano (78/02).

³¹ GIRÓN, J. A.: *Si la memoria no me falla*, Barcelona, 1994, pp. 169-173.

régimen de Franco. Un régimen que –por ser puro poder personal– resultaba interino e insuficiente. Se imponía la necesidad de la sustitución por un régimen institucional»³². Para ello hizo suyos los proyectos de Javier Conde y su colaborador Jesús Fueyo, «y presentó, con un anacronismo de diez años de retraso, un proyecto de constitución totalitaria, al estilo de los países satélites». Se encontró con la oposición monárquica, la de los católicos no colaboracionistas, y la jerarquía española que lo calificó de «monstruosidad anticristiana».

Todo iba bien hasta entonces pero, dice Arrese, «hubo un día que, de pronto, dejé de ser el niño mimado de El Pardo y pasé, sin saber por qué, a caballo desbocado al que es preciso sujetar la brida». La crisis no se llevó a cabo, no hubo gobierno «homogéneo» (es decir, falangistas) y empezaron a existir discrepancias en contra del texto en la comisión redactora (Iturmendi y Carrero en contra). Arrese persistió pasado el verano, pero diagnostica bien los hechos. El punto de inflexión fue la «Nota sobre la ponencia de las Leyes Fundamentales» de Carrero (5/VI). Era un ataque fuerte y Arrese perdió la confianza que el Caudillo le había mostrado cuando en febrero le diera el encargo de elaborar las nuevas leyes. En septiembre anunció en Salamanca la conclusión de los trabajos de la ponencia (dos de los proyectos habían sido ya entregados a Franco). Octubre fue adverso para Arrese porque arreciaron las críticas. Por eso, acudió directamente a presentar sus anteproyectos ante el Consejo Nacional. Al tiempo percibió «que la oposición había llegado al Pardo», Franco le entregó 15 puntos de discrepancia «que había oído» y que a Arrese le parecieron «15 sentencias de muerte a la bella ilusión que durante algunos meses había alimentado»³³. El problema: en vez de optar por una solución republicana, que debía resultar simpática a algunos sectores del falangismo, se limitó Arrese a crear un Movimiento independiente y con unos poderes enormes concentrados en su Consejo Nacional y en el Secretario General del Movimiento.

Los sucesos de febrero tuvieron otras derivaciones en el campo falangista, como ya mencionamos. En primer lugar, Dionisio Ridruejo soltó las últimas amarras con el régimen al dirigir (1/IV) un informe de 50 folios a los miembros de la Junta política de FET y de las JONS, sobre los últimos sucesos universitarios. Deja claro que fue iniciativa

³² CALVO SERER, R.: *Franco frente, op. cit.*, p. 78.

³³ ARRESE, J. L.: *Una etapa...*, *op. cit.*, pp. 88-157.

suya la celebración del frustrado congreso de jóvenes escritores, porque «el SEU, reducido ya a minoría y representante de una política de “tesis única”, no podía ser el titular único de esta organización»³⁴. Los jerarcas del SEU dieron la consigna de oponerse a esa pretensión y de «promover incidentes para que pudiera intervenir la Policía». Ridruejo concluye que están actuando por despecho: «la juventud se le ha ido a la organización oficial de las manos: los propios cuadros del Frente de Juventudes rezuman inquietud, hipercrítica, descontento. Y el SEU se va quedando desierto». Unos pocos días más tarde (19/IV) el ministro de Trabajo, José Antonio Girón, escribía a Franco tomando pie de los sucesos estudiantiles: ¿cómo podían poner, se preguntaba, a todo un país en estado de histeria unos sucesos minúsculos si se comparan con los que podría resistir un país fuerte? «¿Qué ocurrirá el día en que nos falte Franco?», porque solo el Ejército había estado en su lugar. «¿Qué fortaleza es la del Movimiento que se estremece jurídicamente hasta el punto de suspender las garantías por un ataque de unas cuadrillas sueltas sin fuerza?». La gente de la calle sacó sus conclusiones: «el sistema jurídico sobre el que el Movimiento reposa tiene unos fallos que impiden perpetuarle», lo que ha obligado a articular «sistemas de seguridad, (...) instrumento jurídico que asegure firmemente el Régimen», en clara alusión a los proyectos de Arrese.

Un tercer hecho vino a alterar el artefacto falangista: el juicio contra Vicente Girbau (IV/56). Girbau se licenció con el Premio Extraordinario en Derecho en la Universidad de Barcelona. Discípulo del internacionalista Trías de Bes y del historiador de Derecho Luis García de Valdeavellano, bajo cuya influencia se formaron destacados académicos, juristas y políticos. En plena revuelta estudiantil, en 1956, firmar manifiestos para pedir libertad suponía jugarse el tipo. Girbau los redactó y fue detenido. Le defendió Gil Robles, en su primera actuación ante un tribunal desde la República, y usó un argumento difícilmente rebatible: no hay delito porque cuanto se dice en los manifiestos es cierto. El TOP fue relativamente benévolo: un año de cárcel. A la salida de Carabanchel, la suspensión de empleo y sueldo como diplomático. En 1958 fue expulsado de la carrera. Por un tiempo, en exilio mitad forzado, mitad elegido, vivió a salto de mata. «Cuando ocurrió lo del contubernio de Múnich –dice– pensé que Franco ya no moriría nunca y que tenía que forjarme otra vida». Fue

³⁴ LÓPEZ RODÓ, L.: *Memorias...*, op. cit., pp. 40-41.

funcionario de la FAO, la OIT y la OMS, vivió en Ginebra, París, Roma y Londres, conoció a Álvarez del Vayo, a Pablo de Azcárate, a Rafael Alberti, a Antonio Amat, y tuvo tiempo para reunir 100.000 pesetas e invertirlas en la editorial Ruedo Ibérico, que llegó a ser símbolo del antifranquismo.

Lo que parecía un caso más de depuración se enredó cuando Gil Robles incluyó entre los testigos de la defensa a Manuel Torres López, exdecano de la Facultad de Derecho de Madrid, falangista y Consejero del Consejo Nacional, que había sido golpeado por falangistas de la Centuria XX de la Guardia de Franco en su propia Facultad. Asqueado por la actitud de sus correligionarios, decidió abandonar el Partido. Comunica a Salas Pombo, Vicesecretario General de FET y de las JONS, su «decisión de abandonar todo cargo político (...) mi irrevocable petición de cese de Consejero Nacional de FET y de las JONS como un ineludible imperativo de mi propia conciencia, que insiste en asegurarme que con el público entredicho político que se ha fulminado sobre mí, no puedo ejercer cargo político alguno»³⁵. Salas Pombo comunicaba (24/IV) a Arrese que era partidario de cesar a Torres: «La situación en torno a él es políticamente insostenible. Y su actuación de ayer como testigo movido hábilmente por Gil Robles será tremendamente perjudicial para nuestro Movimiento (...) Sus nervios se han destemplado más de lo admisible». Y se lo hace saber a Torres: «No acierto a comprender cómo un hombre de tu inteligencia puede haberse prestado a ser juguete político en manos de los enemigos de Franco y de la Falange. Es un deber testificar la verdad (...) Pero una cosa es la verdad del testimonio, y otra la torpe y lamentable forma de dejarse envolver en una maniobra cuyos objetivos son bien claros (...) Pido a Dios aclare tu ofuscación y te haga ver las lamentables repercusiones que tu actitud tiene»³⁶. En el Consejo de Ministros del 27 de abril se trata del proceso a Girbau «y se excitan los ánimos entre el ministro de Justicia y el de Gobernación; Torres López y Laín Entralgo quedan en sus declaraciones por los suelos y no digamos Gil Robles prestándose a defender»³⁷. Los incidentes continuaron los meses siguientes.

³⁵ Torres López a Salas Pombo, 18 de abril de 1956. AGUN. Archivo Salas Pombo (DSP) (06/07).

³⁶ Salas Pombo a Torres, 24 de abril de 1956. AGUN. Archivo Salas Pombo (DSP) (06/03).

³⁷ Cf. Notas del consejo de ministros tomadas por el conde de Vallellano, 23-24/II/56. AGUN. Archivo Conde de Vallellano (77/01).

En resumen, una oportunidad única de enderezar el rumbo y el papel de Falange dentro de las estructuras del Estado franquista condujo, quizá por la falta de realismo de Arrese, a la búsqueda de soluciones que no contentaron a los falangistas, salvo a unos pocos. El fracaso de la operación sirvió para que Falange perdiera ya definitivamente cualquier peso real en los órganos de poder franquistas.



C. S. I. C.

< CONTIENE CD

